UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
FACULTADE DE XEOGRAFÍA E HISTORIA

DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA E DE AMÉRICA

LA MEMORIA DE LAS GUERRAS DE MARRUECOS EN ESPAÑA (1859-1936)

ALFONSO IGLESIAS AMORÍN

TESIS DOCTORAL

REALIZADA BAJO LA DIRECCIÓN DEL

DR. XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Agradecimientos

No puedo empezar este trabajo sin dar las gracias a una serie de personas e instituciones sin las cuales su realización no hubiese sido posible. Su ayuda, directa o indirecta ha sido fundamental para poder llevar a cabo una investigación de muchos años, en muchos lugares, con muchas historias y muchas memorias.

En primer lugar tengo que referirme a mi director, Xosé Manoel Núñez Seixas, principal responsable no solo de muchos de los méritos de esta tesis doctoral, sino también de la evolución en la forma de trabajar de su autor. Han sido muchas manías y muchos errores corregidos, muchos consejos y ayudas proporcionados, y la tranquilidad de sentir que el camino recorrido era en la dirección correcta. Seguro que hay una buena factura de errores que corren exclusivamente de mi cuenta, pero sin esa tutela hubiesen sido más, muchísimos más. También le tengo que dar las gracias a mi hermana Inés, por esas exhaustivas correcciones que han ayudado a hacer esto más legible. Sé que si por ella fuera seguiría encontrando y corrigiendo errores unos cuantos meses más, pero a veces no queda otra que parar.

De mis compañeros de profesión, de becas, de despacho y de fatigas podría decir muchas cosas, pero saben como nadie lo que cansa esto y son los primeros que me van a perdonar que sea breve. Pero gracias Alba, por tantas horas de trabajo y conversaciones compartidas, gracias Jose por estar siempre ahí para todos mis problemas técnicos, gracias Sergio y Erik por hablar de tantas cosas, gracias Araceli, Rosalía, Fátima, Patricia, Bea y Lisandro por hacer de nuestro despacho un lugar de agradable convivencia. Gracias también a los maestros, por sacarme de dudas cuando me ha hecho falta y por los pequeños grandes aportes, a Emilio Grandío, a Miguel Cabo, a Javier Moreno, a Andreas Stucki o a Carlos Reyero. A los de Dublín, Alan Kramer, Patrick Bernhard y Martina Salvante, por hacer que no me sintiese allí como un extraño.

Mi agradecimiento también a todo el personal de archivos y bibliotecas que me ha tenido que aguantar tantos y tantos días. A la gente de la Biblioteca Nacional, del Archivo General de la Administración, de la Biblioteca de Palacio, de la Biblioteca del Trinity College Dublin y de todas las bibliotecas de la Universidade de Santiago. Del mismo modo no quiero olvidarme de la gente que ha hecho posibles las impresionantes hemerotecas digitales de las que nos podemos valer hoy en día los historiadores. Especialmente las de la Biblioteca Nacional, el Arxiu de Revistes Catalanes Antigues, el Portal de Cultura de Defensa, la Fundación Pablo Iglesias, la Hemeroteca del Ayuntamiento de Gijón, la Biblioteca dixital de Galicia, el Archivo Municipal de Murcia, el Archivo Municipal de Castellón, la Biblioteca Virtual de Andalucía o las hemerotecas de los periódicos *ABC* y *La Vanguardia*. Sin todos ellos la cojera de este trabajo sería terrible.

Tampoco puede faltar el recuerdo a mis padres, mis hermanos y sobrinos, siempre ahí, apoyándome y poniéndome las cosas fáciles para poder seguir adelante. A mis amigos, a punto en cualquier momento para “tomarle un algo” o “echar unas partidas”. Y, cómo no, a Lucía, por su paciencia, por su comprensión y su sonrisa, por haber estado siempre ahí aguantando sin rechistar los daños colaterales de un esfuerzo tan sostenido en el tiempo como éste. Nadie se merece más que por fin esté terminado.

Contenidos

INTRODUCCIÓN 1
Algunas reflexiones sobre memoria y memoria colectiva 3
Memoria bélica e identidad nacional 6
Las fuentes de la memoria 9
Cuestión de nombres 13
Apuntes geográficos e históricos 17

1 - LA GUERRA DE ÁFRICA (1859-1860) 20
¿Quijotada o guerra con objetivos definidos? 20
Un deseado casus belli 24
El discurso nacional (ista) y el apoyo ¿popular? 26
Luchando por la Patria grande desde la Patria chica 34
Un enemigo que merece ser escarmentado, conquistado y civilizado 46 44
Los británicos, el enemigo invisible 47
Cronistas para retransmitir una guerra 49
La Guerra de África y la creación literaria 55
La exaltación a través de la música 62
Representando las imágenes de un conflicto lejano 63
La prensa y la guerra 72
La memoria de los héroes 75
Los leones del Congreso y la ausencia de escultura conmemorativa 82
Tetuán de las Victorias y la guerra en el callejero 84
Las lagunas de la memoria 86
La paz chica de la guerra grande 92

2 - EL "BANQUETE COLONIAL" Y EL AFRICANISMO ESPAÑOL 96
El africanismo español decimonónico 97
El boom de las sociedades geográficas 99
Las Conferencias internacionales y el reparto de África 102
Orientalismo y arabismo frente a africanismo 107

3 - LA GUERRA DE MELILLA (1893) 110
La muerte de Margallo, símbolo indiscutible de la campaña 112
Un nuevo despertar patriótico 113
El creciente rechazo a la guerra en Marruecos 120
Recordando la Guerra de África 123
Cronistas y crónicas, entre la exaltación patriótica y el análisis crítico 126
Una prensa en crecimiento y una censura difícil de evitar 129
Aproximaciones a la campaña en literatura, poesía y teatro 132
Las imágenes de un conflicto entre el grabado y la fotografía 141
El recuerdo de los "héroes" de la campaña 144
La guerra chica tampoco tuvo una paz grande 151

4 - LA MEMORIA DE AITA TETTAUEN DEL SEXENIO A LA RESTAURACIÓN 154
La *gesta gloriosa* no se olvida 154
El avance de una memoria menos idealizada 157
La guerra en la escuela 159
Recuerdos de los héroes, problemas de los veteranos y memoriales 160
Manifestaciones artísticas acerca de la guerra 168

Literatura, poesía y teatro para no olvidar la guerra 170
Aita Tettauen, el contrapunto al recuerdo romántico 173

5 - ENTRE EL FIN DEL IMPERIO Y LA BÚSQUEDA DE UNO NUEVO 180
La Guerra de Cuba y su repercusión en Marruecos 181
El reparto de Marruecos y la Conferencia de Algeciras 183
El avance hacia el "barranco" 185

6 - EL BARRANCO DEL LOBO Y LA GUERRA DE MELILLA DE 1909 188
La "operación de policía" que se convirtió en guerra 189
La protesta supera al fervor patriótico 192
La Semana Trágica de Barcelona y Melilla 198
Un desastre invisible 201
La victoria que mostró el desastre 203
Recordando conflictos pasados 207
El fundamental papel de la prensa y la censura del ministro La Cierva 210
Escritos de cronistas e intelectuales 215
La campaña de 1909 en la literatura 221
La definitiva consolidación de la fotografía como referente visual 227
La primera guerra en los cines españoles 231
Héroes y villanos 232
Monumentos conmemorativos: honrando el sacrificio 241

7 - LA DÉCADA DEL PROTECTORADO Y EL CAMINO HACIA EL DESASTRE (1910-1920) 247
El viaje a Melilla de "Alfonso el Africano" 247
La apuesta de Canalejas por la ocupación y la vía al Protectorado 249
La Guerra del Kert, una campaña olvidada 252
Las guerras del Protectorado 254
Marruecos, un feudo de los militares 259
¿El fin del entusiasmo patriótico? 262
Creación literaria de esta etapa intermedia 263
Las imágenes de la guerra 266
Las cámaras de cine continúan su avance, con poca presencia marroquí 268
La memoria de las anteriores "guerras de África" 269

8 - ANNUAL, EL NOMBRE DEL DESASTRE 274
Héroes y cobardes 278
Los prisioneros y su rescate 282
El Expediente Picasso, mucho más que un informe judicial 285
Buscando responsables 293
Los muertos y el impacto de las cifras 297
El mayor desastre colonial africano 301
Los "pobres soldados" y su falta de medios 303
El enemigo: la traición del "moro amigo" 304
El Tercio de Extranjeros, los héroes tras el Desastre 310
Clamor por el abandono contra clamor por la venganza 313
La movilización ¿patriótica? para ayudar a los soldados 321
El Desastre de Annual y los periódicos 324
La narrativa sobre el Desastre 326
Annual y el teatro 343
Annual en la poesía y el cancionero popular 346

El Desastre y la reconquista en las salas de cine 350
Annual y el monumento conmemorativo 353
Pintando y dibujando la catástrofe 357
Annual y la fotografía: el desastre más real 359
Calles a los sacrificados por la patria, no a los desastres 361
La memoria personal, la gran olvidada 363

9 - DEL ABANDONO A LA CONQUISTA 366
El golpe de Estado de Primo de Rivera y la "cuestión marroquí" 366
La "retirada táctica" o el "semiabandono" 367
Abd-el-Krim contra Francia 375
La colaboración con Francia y el desembarco victorioso 376
Completando la pacificación 380
Los "héroes" de la pacificación 382
Una prensa mediatizada por la censura 384
Crónicas y novelas de guerra 385
El teatro sobre Marruecos en los años de la Dictadura 388
El fin de las campañas en el cine 389
Las imágenes de la victoria y del nuevo rumbo 392
Monumento conmemorativos para cerrar la campaña del Rif 395
Mirando hacia el pasado 397

10 - MARRUECOS Y LA II REPÚBLICA 400
El Protectorado, una realidad incómoda para el nuevo régimen 400
La ocupación de Ifni en 1934 403
La "guerra africana" en Asturias 404
La memoria de las anteriores guerras 410

CONCLUSIONES 418

BIBLIOGRAFÍA 423

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Imágenes

	Entre páginas
Plancha I (Figs. 1-2)	18-19
Planchas II-V (Figs. 3-13)	68-69
Planchas VI-VII (Figs. 14-20)	84-85
Planchas VIII-XIII (Figs. 21- 32)	150-151
Planchas XIV-XVI (Figs. 33-38)	168-169
Planchas XVII-XVIII (Figs. 39-43)	202-203
Planchas XIX-XX (Figs. 44-48)	228-229
Planchas XXI-XXII (Figs. 49-54)	242-243
Planchas XXIII-XXIV (Figs. 55-61)	354-355
Planchas XXV-XXVIII (Figs. 62-70)	358-359
Planchas XXIX-XXXIII (Figs. 71-81)	396-397
Plancha XXXIV (Figs. 82-84)	416-417

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Introducción

España y Marruecos, norte y sur, amigos y enemigos, fieles e infieles, conquistado y conquistador, protector y protegido. Un estrecho de menos de 15 kilómetros ha representado durante siglos la separación y la unión de dos realidades, a veces tan próximas que casi eran una sola, como en tiempos del Imperio Romano o del Califato Omeya; otras tan separadas que el conflicto entre las dos orillas era algo inevitable. Las guerras entre entidades políticas asentadas a ambos lados del Estrecho son muy anteriores a la existencia de España y Marruecos como tales, pero en los siglos XIX y XX -objeto de nuestro estudio- la división entre dos mundos enemistados tras la invasión musulmana de la Península Ibérica era clara, y sobrevivió al final de la Reconquista, cuando el Estrecho se convirtió en una gran frontera. Para los españoles el marroquí, el *moro*, había llegado a convertirse en el enemigo por antonomasia, contribuyendo a la propia definición por oposición a un Otro del que se estaba separado por notables diferencias religiosas, étnicas y culturales, aunque existía una conciencia de compartir un pasado común que tendría una notable influencia. Tras una etapa de relativa calma, en la segunda mitad del XIX y sobre todo en el primer tercio del siglo XX, la guerra contra el *moro* volvió a convertirse en la prioridad del Ejército español, y la única contienda exterior del país en ese último siglo. Decenas de miles de ciudadanos españoles, en su mayoría reclutados contra su voluntad, lucharon y murieron lejos de sus hogares en una serie de campañas cada vez más impopulares que convirtieron el "problema marroquí" en un factor decisivo en la política y sociedad españolas del primer tercio del siglo XX.

El objeto central de esta investigación será determinar cómo al calor de los conflictos bélicos entre España y Marruecos se generó una determinada memoria colectiva de los mismos, cómo influyeron en su configuración múltiples condicionantes y cómo evolucionó en las etapas siguientes, en un constante proceso de elaboración y reelaboración de la memoria que es inherente a la misma. La acotación cronológica del trabajo arranca en un punto de inflexión decisivo como es la Guerra de África, el único conflicto de verdadera entidad protagonizado entre España y Marruecos en todo el siglo XIX y que definió las relaciones entre ambos en los años siguientes, además de incrementar el interés de muchos españoles por los asuntos de Marruecos. El final lo hemos situado en 1936 por la evidente ruptura que este año supone para la historia de España. Hubiese resultado de gran interés incluir la propia Guerra Civil (en la que Marruecos fue un elemento decisivo) y la Dictadura franquista, dada la importancia que las guerras y el Ejército de Marruecos adquirieron como mito del régimen. Cubrir hasta 1975 hubiese desbordado en extensión y tiempo de realización esta tesis doctoral, pero sería nuestro deseo desarrollar esta etapa en un nuevo trabajo en el futuro.

El cubrir un espectro temporal y temático tan amplio ofrece problemas y dificultades, pues limita la exhaustividad de la investigación de cada una de las etapas. No obstante, la gran ventaja es que nos permite trazar una evolución a largo plazo, comparar cómo los cambios sociopolíticos en España condicionaron la conformación de una memoria colectiva muy diferente dependiendo de la época, tanto a la hora de interpretar el presente como de reinterpretar el pasado. Las rupturas y continuidades, la distinta influencia de agentes clave a la hora de forjar una memoria (medios de comunicación, producción artística, movilización social, políticas gubernamentales, elementos cotidianos, etc.), o el análisis específico de esos agentes serán algunos de los objetivos centrales de nuestro trabajo.

Para algunos de los ámbitos analizados existen estudios de referencia en relación a las campañas de Marruecos que nos han resultado de excepcional utilidad, como los trabajos de Juan José López Barranco para la literatura o Eloy Martín Corrales para las

representaciones visuales[1]. No obstante, para otros como la escultura conmemorativa, el teatro o la música, hay una manifiesta ausencia de obras específicas, por lo que hemos tenido que apoyarnos fundamentalmente en investigaciones más generales o en estudios centrados en análisis de aportaciones sueltas[2]. También han constituido un soporte fundamental diversos estudios exhaustivos y muy elaborados sobre las campañas militares, desde el influyente trabajo de Andrée Bachoud[3], aproximación muy completa al impacto de la guerra en la opinión pública española, a las imprescindibles aportaciones de Sebastian Balfour, María Rosa de Madariaga, Juan Pando Despierto o Pablo La Porte[4]. Igualmente nos gustaría destacar los estudios sobre cuestiones identitarias y de percepción de Marruecos, como los de José Antonio González Alcantud o Susan Martín-Márquez[5], así como diversos trabajos sobre el nacionalismo español y sus símbolos, desde trabajos ya clásicos como los de José Álvarez Junco o Carlos Serrano a otros más recientes como los de Xosé Manoel Núñez Seixas y Javier Moreno Luzón[6].

---

[1] LÓPEZ BARRANCO, J. J.: *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*, Universidad Complutense de Madrid, 2003; LÓPEZ BARRANCO, J. J.: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Mare Nostrum, Madrid, 2006; MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Bellaterra, Barcelona, 2002. Específicamente sobre el cine: MARTÍN CORRALES, E.: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 9-32. Para el cine también destaca ELENA, A.: *La llamada de África: Estudios sobre el cine colonial español*, Bellaterra, Barcelona, 2010.

[2] En cuanto a estudios de generales podemos referirnos para la pintura a trabajos destacados como los de Tomás Pérez Vejo, Enrique Arias Anglés o Pilar Capelástegui: PÉREZ VEJO, T.: *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2002; ARIAS ANGLÉS, E.: "La visión de Marruecos a través de la pintura orientalista española", en *Melanges de la Casa de Velázquez* 37.1 (2007), pp. 13-37; CAPELÁSTEGUI, P.: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Universidad Autónoma de Madrid, 1985. Para el caso del teatro especialmente SALGUES, M.: *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010; DOUGHERTY, D. y VILCHES DE FRUTOS, Mª F., *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y Documentación*, Fundamentos, Madrid, 1990; DOUGHERTY, D. y VILCHES DE FRUTOS, Mª F.: *La escena madrileña entre 1926 y 1930. Un lustro de transición*, Fundamentos, Madrid, 1997. Para el monumento conmemorativo en España: REYERO, C.: *La escultura conmemorativa en España. La Edad de Oro del monumento público (1820-1914)*, Cátedra, Madrid, 1999; y a nivel europeo especialmente los trabajos de Alan Borg y Jay Winter: BORG, A.: *War Memorials. From Antiquity to the Present*, Leo Cooper, Londres, 1991; WINTER, J.: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge University Press, 1995.

[3] BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa, Madrid, 1988.

[4] Destacando BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002; LA PORTE, P.: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001; MADARIAGA, Mª R.: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Alianza, Madrid, 2005; PANDO, J.: *Historia secreta de Annual*, Altaya, Barcelona, 2008. También nos parecen dignos de mención SUEIRO SEOANE, S.: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la "Cuestión Marroquí", 1923-1930*, UNED, Madrid, 1992, por haberse acercado con una investigación concienzuda a un tema menos estudiado; PICH I MITJANA, J.: *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-1894*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2008, trabajo que, pese a centrarse en un tema muy específico, desborda el análisis del mismo y resulta posiblemente el ensayo más elaborado sobre un conflicto marginal en la historiografía; o GAJATE BAJO, M.: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, Madrid, 2008, que aunque tome como hilo conductor la prensa salmantina, resulta en conjunto uno de los mejores trabajos sobre la opinión pública y las guerras de Marruecos.

[5] GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Anthropos, Barcelona, 2002; MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011.

[6] Las diferentes obras consultadas se incluyen en la bibliografía, pero podemos destacar ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001; SERRANO, C.: *El*

Por lo general, la historiografía ha tendido a centrarse en momentos de impopularidad de las campañas de Marruecos (como la Semana Trágica o el Desastre de Annual), pero ha tenido menos acierto al rastrear el poso persistente de estereotipos e imágenes de esas mismas guerras[7]. En nuestro caso, aunque vamos a tomar como eje central e hilo conductor los conflictos armados, intentaremos ver lo que permaneció de ellos pasado el impacto a corto plazo, y cómo evolucionó su recuerdo en etapas en las que el tema ya no gozaba de actualidad. Esta investigación responde también a la preocupación relativamente marginal que el tema de la memoria colectiva ha tenido en los estudios sobre las campañas de Marruecos, siendo nuestra intención la de aportar una visión global y presentar un marco general que tal vez pueda ser de utilidad en estudios más específicos, sin duda necesarios para profundizar en un tema de un gran interés y que todavía está desaprovechado. Por ejemplo, la memoria de la Guerra Civil es un tema abordado exhaustivamente desde multitud de enfoques y por una ingente cantidad de trabajos. En comparación, las campañas de Marruecos, a pesar de su importancia decisiva en la historia española de Época Contemporánea, han recibido una atención más marginal, derivada en parte del desinterés por los asuntos de Marruecos que se impuso en España tras la independencia del país africano en 1956, poniendo fin a una época muy prolífica en estudios sobre la realidad marroquí, su historia y la de sus relaciones con España.

Algunas reflexiones sobre memoria y memoria colectiva

Hemos considerado la memoria como el eje vertebrador de nuestro análisis ya desde su propio título. Por la complejidad del concepto, su polisemia y su complicada pero imprescindible interrelación con la historia, resulta indispensable que señalemos algunos aspectos sobre su teorización.

La aparición de la memoria como un objeto de estudio en sí misma para la Historia es bastante reciente[8]. Los trabajos previos de autores como Bergson, Durkheim o Halbwachs aportaron bases teóricas importantísimas para profundizar en este campo[9]. Especialmente decisivas fueron las contribuciones del sociólogo Maurice Halbwachs, que consolidó un concepto fundamental para nuestro análisis como es el de "memoria colectiva". La memoria, según su principal definición, es una facultad física por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado. Como capacidad humana no puede ser colectiva, pero podemos atribuirle un aspecto social y es ahí donde tiene hueco el concepto de "memoria colectiva", que no haría referencia a los recuerdos de un individuo concreto sino a los que caracterizan a una sociedad en su conjunto, aunque influyan decisivamente en las memorias individuales[10]. La memoria colectiva es, por tanto, un discurso

nacimiento de Carmen: Símbolos, mitos, nación, Taurus, Madrid, 1999; MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013.

[7] NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F.: "Las Españas y sus enemigos", en ID: (Eds.): Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, p. 26.

[8] Será en la década de 1970 cuando se empiece a distinguir claramente como un campo historiográfico con entidad propia, y poco a poco irá ganando peso hasta lograr una amplia difusión en los 80 y sobre todo en los 90, convirtiéndose la memoria colectiva en eje central de muchos estudios.

[9] BERGSON, H.: *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*, Cactus, Buenos Aires, 2006 (original de 1896); DURKHEIM, E.: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza; Madrid, 1995 (original de 1895), y HALBWACHS, M.: *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004 (original de 1950).

[10] Esta conceptualización de la memoria como algo sociológico de Maurice Halbwachs, contradice a la del filósofo Henri Bergson, que consideró la memoria como algo subjetivo.

socialmente construido, que está condicionado por las estructuras políticas, sociales y económicas, y del que la conmemoración sería la representación práctica[11].

Son muchas las complicaciones a la hora de encarar un trabajo histórico sobre la memoria. La memoria colectiva es fruto de un momento concreto, cambia enormemente en función de la época, las circunstancias o el lugar en el que se produce. La Historia, en cambio, debe aspirar a ir más allá a través de su pretendida universalidad y objetividad. Pero como la Historia nunca puede ser del todo objetiva, participa de la memoria, modificando sus planteamientos a través de los años y respondiendo muchas veces a las necesidades memorísticas de la sociedad en la que se inscribe. Es por eso que, aún cuando nos esforcemos en hacer historia de la memoria, no podemos abstraernos del todo de la influencia de la segunda. Para Halbwachs, son dos los aspectos principales que distinguen memoria colectiva e Historia: que la primera es una corriente de pensamiento continuo, en la que solo se mantiene lo que ha quedado vivo del pasado o es capaz de vivir en la conciencia del grupo, y que existen infinidad de memorias colectivas, mientras que solo hay una Historia[12]. Otro aspecto fundamental señalado por Halbwachs es que, cuando recordamos, partimos del presente, de un sistema general de ideas del que no podemos abstraernos, de los condicionantes de nuestro propio lenguaje y de los puntos de referencia de la sociedad en la que vivimos. Por eso, la mente humana reconstruye sus recuerdos bajo la presión de la sociedad, y cualquier recuerdo individual acaba teniendo un componente social[13]. Y por esa misma razón, la memoria, tanto individual como colectiva, se enriquece constantemente con el pasado histórico[14], de ahí que los historiadores hayan sido fundamentales en la construcción de las memorias de los Estados-nación[15]. Pero no solo los recuerdos caracterizan la memoria individual y la memoria colectiva: aspectos como el silencio y el olvido son la otra cara de la misma, y un aspecto que es necesario tener en cuenta.

En definitiva, y respecto al tema que nos ocupa, nos vamos a encontrar con dos tipos básicos de memoria: una memoria personal, la de los que vivieron directamente los hechos, y que en algunos casos transmitieron su perspectiva a través de crónicas u otros medios; y una memoria "social", más amplia pero de límites imprecisos y muy variables, que deriva de la perspectiva colectiva con la que se encararon unos hechos que solo una proporción muy pequeña de la población había vivido de primera mano, pues fueron unos conflictos alejados del ámbito peninsular que solo se podían conocer por las noticias que

[11] SHERMAN, D. J.: "Art, commerce, and the production of memory in France after World War" en GILLIS, J.R. (coord.): *Conmemorations: The Politics of National Identity, Princetown University, New Jersey*, 1994, p. 186.

[12] HALBWACHS: *La memoria colectiva*, p. 81. Para Pierre Nora, la Historia es una reconstrucción incompleta del pasado que requiere análisis u discurso crítico, mientras que la memoria es siempre un fenómeno del presente. Además, ha señalado que la memoria es siempre sospechosa a los ojos de la historia, cuya verdadera misión es demolerla, reprimirla: NORA, P.: "Between Memory and History", en ID. (Ed.): Realms of Memory: Rethinking the French Past. Volumen I, Columbia University Press, Nueva York, 1996, p. 3. Un concepto controvertido es el de "memoria histórica", cuya frontera con el de "memoria colectiva" resulta en ocasiones muy difusa. Paloma Aguilar es partidaria de asignar "memoria colectiva" a los que vivieron los hechos y "memoria histórica" a los que no, pero en todo caso es algo al margen de la Historia: AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política: El caso español en perspectiva comparada*, Alianza, Madrid, 2008, p. 59.

[13] HALBWACHS, M.: *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 40 y 136.

[14] RICOEUR, P.: *La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004 (original en francés de 2000), p. 510.

[15] La historia ha sido clave para socializar recuerdos e infundir valores en la sociedad, pues la identificación con un pasado común ha demostrado ser uno de los elementos con más fuerza a la hora de cohesionar un grupo social.

transmitían los medios o por lo que contaban los que volvían[16]. Además, hay que tener en cuenta que una memoria colectiva no tiene por qué ser compartida por todos los miembros de una sociedad. Puede haber casos en los que (por aislamiento, por ejemplo) muchos individuos no tengan acceso a ella. Por otro lado, aunque en general nos referiremos a una memoria colectiva "nacional", dentro de una misma nación suele haber distintos grupos (afines por ejemplo a una determinada ideología política o con una identidad nacional diferente) cuyas memorias colectivas son variables, aunque suelen influirse mutuamente y con frecuencia entrar en conflicto.

También aludiremos con frecuencia a una "memoria oficial" o "memoria institucional", que es la difundida desde el poder, habitualmente para tratar de influir en la memoria colectiva de la sociedad. Autores como Paul Ricoeur o Tzvetan Todorov han destacado la importancia de los "usos y abusos" de la memoria por parte del poder[17], que se han materializado en gobiernos convertidos en máquinas de memoria o de olvido institucionalizado[18]. Como ha señalado Jacques Le Goff, la memoria colectiva ha sido un hito en la lucha de poder conducida por las fuerzas sociales, siendo la apropiación de la memoria y del olvido una de las grandes preocupaciones de las clases, grupos e individuos que han dominado las sociedades históricas[19]. Las principales herramientas del poder para controlar la memoria son la propaganda y la censura, que en buena medida se corresponden con la dualidad memoria-olvido, ya que mientras la primera tiene por objeto difundir unas determinadas ideas para intentar manipular las de los ciudadanos, la segunda supone la imposición del silencio, de un olvido selectivo sobre determinados temas que se quieren ocultar a la población, lo que supone una nueva manipulación. También es fundamental la importancia del sistema educativo, que tiene un peso enorme en la transformación y difusión de memorias colectivas. En nuestro trabajo, el avance a través de las diferentes etapas de la política española nos permitirá analizar las diferencias entre diversos modos de llevar a cabo políticas memoriales. Por ejemplo, en la España del siglo XIX, el liberalismo trató de conseguir que la lealtad de los ciudadanos pasase del rey o la Iglesia a la patria, y para ello la Historia fue un ámbito prioritario, por lo que se potenció una determinada perspectiva y se vertebró una nueva memoria institucionalizada que suponía la aceptación de una historia común, parte esencial de una cultura que, según la concepción nacionalista, debían compartir los ciudadanos de un mismo Estado[20].

Otro concepto fundamental en los estudios sobre este tema ha sido el de "lugar de memoria", acuñado por Pierre Nora y eje fundamental de la novedosa investigación sobre la memoria en Francia promovida por este historiador en los años ochenta. Lawrence D.

---

[16] En este caso las excepciones serían Ceuta y Melilla, ciudades en las que por su situación geográfica se vivieron más de cerca aquellos episodios bélicos, pudiendo en ocasiones comprobar de primera mano sus efectos. Pero en general, el desconocimiento jugó un papel fundamental, porque el que solo una proporción ínfima de la población hubiese estado en Marruecos a finales del XIX favoreció la propagación de estereotipos y tópicos, como los centrados en el exotismo. Con las campañas del siglo XX más y más españoles fueron obligados a combatir en Marruecos, lo que unido a otros aspectos como el desarrollo de la fotografía o el cine fue modificando las visiones que se hicieron más realistas, aunque la manipulación informativa y la distancia seguirían condicionándolas.

[17] TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien: Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelona, 2002; RICOEUR: *La memoria, la historia, el olvido*.

[18] CUESTA, J.: *La odisea de la memoria: Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Alianza, Madrid, 2008, p.42.

[19] Para este historiador, los olvidos y silencios de la historia son a menudo reveladores de los mecanismos de manipulación de la memoria colectiva: LE GOFF, J.: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, 1991 (original de 1977), p. 134.

[20] ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, p. 195.

Krizman, uno de los colaboradores de *Les Lieux de mémoire*, señalaba que si el concepto tuviese que tener una definición oficial sería: "cualquier entidad significativa, de naturaleza material o inmaterial, que a causa de la voluntad humana o el trabajo del tiempo se ha convertido en un elemento de la herencia memorística de una comunidad"[21]. Esta definición amplia del concepto supone que no se refiere sólo a la acepción física de lugar, teniendo cabida hechos históricos importantes para una colectividad. Lo que no puede es haber un lugar de memoria si no existe una voluntad de recordar[22].

En nuestro trabajo no pretendemos realizar una definición novedosa de los conceptos "memoria" o "memoria colectiva" pero, pese a su complejidad y a los problemas que presenta su utilización, consideramos que resultan idóneos para nuestro objeto de estudio. Pretendemos fundamentalmente analizar los mecanismos que posibilitan que, a partir de unos hechos históricos determinados, como son las guerras de Marruecos, se genere una determinada memoria colectiva. Para ello, nos ocuparemos tanto del desarrollo de esta memoria de forma inmediata a los hechos, lo cual resulta decisivo, como de su evolución en las etapas siguientes[23].

Memoria bélica e identidad nacional

En el siglo XIX se asistió a la constitución de la nación como la unidad social por excelencia, al menos para el caso europeo. Su importancia fue tal que se convirtió en la principal fuente de legitimación del poder político y en una base fundamental de la organización social. Este proceso fue aparejado a la creación de unas identidades nacionales que son las que permitieron la propia afirmación de los individuos como miembros de una nación. En el caso español, el Estado liberal fue el primero que se volcó en la configuración de una memoria colectiva[24]. Con él comenzaron a cobrar especial relevancia los símbolos, emblemas y mitos nacionales, partes de un discurso social que servía para afirmar la propia identidad[25]. Las funciones principales de los símbolos eran condensar los elementos de la ideología compartida, marcar los indicadores de la identidad del grupo, crear emociones, cohesionar la comunidad y mover a la gente a actuar con solo verlos y evocarlos[26]. El símbolo es una representación material, mientras

[21] KRIZMAN, L. D.: "In Remembrance of Things French", en NORA, P. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*, Columbia University Press, Nueva York, 1996, p. XVII.

[22] NORA, P.: "Between Memory and History", en ID. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. Volumen I, Columbia University Press, Nueva York, 1996, p. 14.

[23] El testimonio es la base fundamental de esta memoria que podríamos definir como "inmediata". Los que de un modo u otro viven el conflicto bélico (o incluso los que no lo han hecho) lo transmiten, ya sea a través de los relatos orales, los medios de comunicación, la literatura, las representaciones artísticas, etc., con los cuales los que no lo han vivido pueden ajustar sus memorias, que se van formando reformando según pasa el tiempo. CALDER, A.: *Disasters and Heroes. On War, Memory and Representation*, University of Wales Press, Cardiff, 2004, p. VIII. El propio Halbwachs mostró la importancia de la memoria del presente, porque al fin y al cabo la memoria responde a necesidades del momento en que se está, y por ello es muy útil cuestionar qué recordamos, cómo, cuándo, dónde, con quién y por qué. McCORMACK, J.: *Collective Memory: France and the Algerian War (1954-1962)*, Lexington Books, Plymouth, 2007, p. 4.

[24] Fruto de la cual fue la creación de un "patrimonio nacional" desde las cortes de Cádiz. Una de las muestras fue el patronazgo de las artes, los museos arqueológicos e históricos, las estatuas de plazas públicas y jardines o el que se llenase la topografía de los ensanches urbanos únicamente con figuras nacionales: PÉREZ GARZÓN, J. S.: "España: Nacionalización del Estado, de la propiedad y de la cultura", en LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, p. 104.

[25] SERRANO: *El nacimiento de Carmen*, p. 17.

[26] MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, p. 11.

que el ritual sería su expresión práctica y el mito el marco narrativo de ideas y creencias. Todos estos componentes forman el imaginario nacional, que Javier Molina Aparicio ha definido como "el conjunto de ideas, imágenes, valores, estereotipos, representaciones, símbolos, motivaciones y actitudes que componen la identidad de un grupo humano, su realidad social y sus prácticas sociales en un determinado contexto histórico"[27].

En esta creación de identidades e imaginarios nacionales las guerras han jugado siempre un papel fundamental. Los conflictos bélicos contribuyen al incremento de la cohesión social entre distintos sectores del cuerpo nacional, al consolidar lazos comunitarios. Por otra parte, la oposición a un enemigo común estereotipado con cualidades claramente negativas suele facilitar la autoidentificación por contraste[28]. Para Álvarez Junco, que considera la nación como la creación cultural de mayor éxito como elemento movilizador en la era contemporánea (aunque la clase le disputó ese puesto), la construcción del sujeto colectivo ha sido fundamental en la movilización bélica, porque al creerse parte de un colectivo es cuando sus miembros se arriesgan por él contra un enemigo común[29]. Esto pone de relieve que no solo las guerras fortalecen la identidad nacional, sino que además la existencia de ésta facilita la implicación de los ciudadanos en las guerras. Aunque por sí solas las campañas militares no sirven para crear una conciencia nacional, tienen una gran influencia sobre ella, pues el patriotismo que se genera a su alrededor suele afectar de forma decisiva a la identidad, hasta el punto de que en algunos casos incluso se puede hablar de un nacionalismo de guerra. Núñez Seixas ha distinguido cuatro características especialmente representativas del nacionalismo de guerra: La exaltación de valores con un fuerte componente emocional, como la idea de la sangre derramada o el sacrificio compartido; la idealización de un destino común, vinculado a la relación de los combatientes con su patria; la exaltación de la guerra como el lugar en el que se forjan los mejores patriotas, gracias a valores como la disciplina, el orden o el respeto por las jerarquías; y el culto a los héroes de guerra, especialmente a los muertos, y que puede extenderse a los caídos en general. Aunque estas características aparecieron en mayor o menor medida en la España contemporánea, no lo hicieron hasta el punto de poder hablar de un nacionalismo de guerra, pese a las importante movilizaciones alrededor de imágenes estereotipadas del Otro, entra las que la del *moro* fue una de las más destacadas[30].

Por otra parte, aunque los hombres han mitificado la guerra durante milenios, no ha sido hasta la época contemporánea cuando esta mitificación alcanzó su cénit, coincidiendo con el paso de los ejércitos de mercenarios a un reclutamiento obligatorio cada vez más numeroso. La Revolución Francesa supuso un punto de inflexión en el que el soldado común se convertía por primera vez en objeto de culto, y así iba a manifestarse en las conmemoraciones, que honraban a los muertos por la patria en su conjunto[31]. El otro gran punto de inflexión fue la Gran Guerra, cuya magnitud en movilización y cantidad de muertos no tenían precedentes en Europa. Para tratar de superar el impacto los gobiernos nacionalizaron la memoria, lo cual, entre otras cosas, se materializó en una

---

[27] MOLINA APARICIO, F.: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid, 2005, p. 59.

[28] NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor!: Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-39)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2006, p. 11.

[29] ÁLVAREZ JUNCO, J.: "El nacionalismo español como mito movilizador: Cuatro guerras" en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (coords.): *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 35.

[30] NÚÑEZ SEIXAS*: ¡Fuera el invasor!*, pp. 12 y 22

[31] MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Oxford, 1991, p. 46.

mayor preocupación por las tumbas y el recuerdo de los caídos[32]. Por otro lado, sobre los diferentes conflictos bélicos de estos años se fue generando una determinada memoria, pero que no era unitaria sino que presentaba variantes. Jay Winter ha distinguido a grandes rasgos entre una memoria moderna y otra tradicional: la moderna sería la de los relatos más realistas, que analizaban la guerra atendiendo a su faceta dramática, terrible y desgraciada, mientras que la tradicional estaría plagada de los eufemismos, del sentimentalismo y de las mentiras de la propaganda bélica[33]. En el caso español, y específicamente en lo referido a los conflictos marroquíes, apreciaremos muy bien estos dos tipos de memorias, asistiendo a un declive de la memoria tradicional (que fue la dominante durante la Guerra de África de 1859) y a un progresivo avance de la moderna, que va a nutrirse mucho del rechazo y descontento cada vez mayor de los españoles respecto a las campañas.

La memoria de los muertos

Uno de los componentes más importantes de la memoria bélica es la muerte, hasta el punto de que en la conmemoración nacionalista los muertos suelen tener preferencia sobre los vivos, e incluso es normal que los vencedores conmemoren más el sacrificio que la victoria[34]. La utilización social y memorística de la muerte se beneficia además del hecho de que el difunto ya no puede hablar para dar sentido a su vida o a su muerte, de modo que suele resultar muy fácil de instrumentalizar en un sentido concreto[35].

En las guerras de la Antigüedad o de época medieval, solo las muertes de los que eran de noble cuna alcanzaban verdadera repercusión, pero en época contemporánea la realidad va a ser muy diferente. Ya durante la Revolución Francesa se apuntaron los primeros indicios de este cambio, que se acrecentó considerablemente en la segunda mitad del XIX y sobre todo desde la Primera Guerra Mundial, en un proceso de democratización inherente a los ejércitos levantados con reclutamiento obligatorio y el espíritu de los voluntarios[36].

En España, el repertorio fúnebre del siglo XIX se integra en la cultura de la muerte propia de la Europa occidental y mediterránea, una cultura de carácter romántico[37]. La democratización se va percibiendo en la aparición de monumentos a los caídos en general o a soldados de baja graduación[38]. No obstante, la tendencia continuó sin grandes variaciones en el primer tercio del siglo XX, pues la Primera Guerra Mundial no supuso un punto de inflexión en el tratamiento de la muerte como ocurrió en otros países de Europa[39]. Por ejemplo, fueron característicos los entierros simbólicos del "soldado

[32] Vid. WINTER: *Sites of Memory, Sites of Mourning*.
[33] Ibídem, p. 2.
[34] GILLIS, J.R.: "Memory and identity: the history of a relationship" en ID (coord.): *Conmemorations: The Politics of National Identity, Princetown University, New Jersey*, 1994, p. 11.
[35] UCELAY-DA CAL, E.: "Enterrar al ciudadano o el tránsito que para el tránsito. El gran funeral público del prócer en la Barcelona ensanchada (1900-1939)" en CASQUETE, J. y CRUZ, R. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009, p. 224.
[36] MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 99.
[37] CRUZ R.: "El sabor fúnebre de la política española entre 1876 y 1940" en CASQUETE, J. e ID. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009, p. 74.
[38] Especialmente significativos resultan los monumentos al soldado Eloy Gonzalo (1902) y al cabo Luis Noval (1912), ambos erigidos en Madrid.
[39] Especialmente destacado es el caso francés, donde se llegaron a realizar 38.000 monumentos a los muertos (que había sido cerca de millón y medio): PROST, A.: "Monuments to the Dead" en NORA, P. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. Volumen II, Columbia University Press, Nueva York, 1996, pp. 307-308.

desconocido", como los realizados en París o Londres. Este ejemplo de gesto simbólico, concebido y organizado "desde arriba", logró una gran acogida "desde abajo"[40], pero España fue una de las pocas naciones occidentales europeas en las que la idea no prosperó[41]. Sin embargo, ello no supone que no hubiese un importante culto a la muerte y a los soldados caídos, hasta el punto de que en muchos momentos podríamos hablar de una "sacralización" de la guerra y de la muerte en combate. Fue especialmente en Ceuta y Melilla, las dos ciudades españolas de África, donde esta sacralización alcanzó su cénit, y donde se enterraron la mayor parte de los muertos en las guerras de Marruecos, siendo pocos y señalados los que se repatriaron a sus lugares de origen, limitando así la existencia de rituales en la Península.

Las fuentes de la memoria

Para llevar a cabo nuestro trabajo hemos recurrido a una gran diversidad de manifestaciones memorísticas, a las principales formas de informar de la guerra a los ciudadanos, de representarla o de conmemorarla. A continuación señalaremos brevemente aquéllos que más información nos han aportado y algunos apuntes metodológicos y de aplicación a nuestro objeto de estudio.

Por volumen de material consultado tenemos que comenzar destacando la prensa, fuente de valor incalculable para la Historia contemporánea y el análisis de la opinión pública[42]. Por su conservación, periodicidad, carácter nacional y local, variedad de orientaciones ideológicas o su propia capacidad para influir y transformar las sociedades resulta muy completa, por lo que la citaremos constantemente[43]. Nos permite conocer mucho acerca de las diferentes memorias colectivas, por ejemplo las vinculadas a determinadas ideologías, y cómo éstas condicionaban diferentes maneras de entender e interpretar el pasado. Como ha señalado Josefina Cuesta, la prensa refleja de forma privilegiada las huellas de la memoria insertadas en la sociedad[44]. Su importancia a la hora de difundir recuerdos y hacerlos colectivas la convierte en uno de los más potentes vectores de memoria[45]. Aunque los periódicos ofrecen mucha información, conviene analizarlos con prevenciones, debido a la constante manipulación a la que estaba sometida la información en ellos contenida, especialmente en momentos en los que mecanismos como la propaganda y la censura los condicionaron de forma excepcional[46].

---

[40] GOEBEL, S.: "Cultural Memory and the Great War: Medievalism and Classicism in British and German War Memorials", en LOW, P.; OLIVER, G. y RHODES, P. J. (Eds.): *Cultures of Conmemoration. War Memorials, Ancient and Modern*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 141.

[41] PUELL DE LA VILLA; F.: *El soldado desconocido. De la leva a la mili (1700-1912)*, Biblioteca Nueva, Madid, 1996, p. 13.

[42] La "opinión pública" es un concepto muy difícil de definir, que precisamente por los múltiples intentos se caracteriza por su vaguedad epistemológica. Ha sido de especial interés para sociólogos, politólogos o investigadores de la comunicación, pero hasta hace unas pocas décadas había sido bastante dejada de lado por los historiadores. GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 65.

[43] Para ofrecer la mayor cantidad de información posible, hemos optado por citar añadiendo elementos que no se suelen incluir en las referencias a los periódicos, como el título de los artículos o la página en la que aparecen. Para este último aspecto, y dado que la mayor parte de los periódicos de la etapa estudiada no están paginados, hemos contado las páginas en los consultados en papel o puesto el número de página que les asignaba la hemeroteca correspondiente en los consultados digitalmente.

[44] CUESTA: *La odisea de la memoria*, p.19.

[45] McCORMACK: *Collective Memory*, p. 133.

[46] Otros aspectos importantes son sus tiradas, a las que en ocasiones aludiremos y que suponen una buena muestra del enorme impacto de algunas publicaciones, porque en la mayoría de los casos eran las ofrecidas por los propios periódicos, y algunos autores han señalado problemas de credibilidad: GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 83. También es muy importante recordar que en los años analizados todavía

Otra fuente fundamental es la literatura[47], que siempre resulta un reflejo de la realidad histórica de su tiempo. Como iremos viendo a lo largo de este trabajo, la cronología de las campañas de Marruecos discurre casi paralela a su empleo como tema en la literatura española. La mayor parte de la producción se dividió en dos líneas, que Dionisio Viscarri ha definido como "nacionalista colonialista" y "reivindicativa pacifista". La primera, caracterizada por la exaltación patriótica de la guerra y la defensa del colonialismo, se iniciaría con el famoso *Diario de un testigo de la Guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón, mientras que la otra, desmitificadora de la guerra y habitualmente preocupada por el sufrimiento a ella inherente, tuvo como primer gran exponente la novela *Aita Tettauen*, de Benito Pérez Galdós[48]. Nuestro objetivo principal será buscar los aspectos en los que la literatura fue un reflejo de una determinada memoria colectiva de las guerras de Marruecos[49], y al mismo tiempo reflexionar sobre la importancia que tuvo para influir y condicionar esa memoria colectiva, algo que algunas obras de especial difusión llegaron a conseguir a gran escala.

Las representaciones visuales tienen un papel primordial en la memoria, sobre todo cuando el receptor desconoce la realidad que representan, pues definen su forma de percibirla. Pero aunque la imagen sea expresión iconográfica de la realidad representada, ésta ha sido condicionada por el tamiz de su creador, y refleja de un modo u otro las ideas hegemónicas en los tiempos que le ha tocado vivir"[50]. Fundamentalmente podemos distinguir entre la pintura, en general culta y dirigida más a las clases altas, aunque podía alcanzar gran difusión a través de postales o su reproducción en periódicos y otras publicaciones[51]; y representaciones, más modestas y usuales, como grabados, dibujos, caricaturas, etc. Todo ello sería clave para que la gente conformase su imagen de realidades lejanas hasta la consolidación de la fotografía, que desde finales del XIX se fue convirtiendo en el verdadero referente visual. Lo que se ve en la fotografía es real, pues a través del objetivo se obtiene una imagen idéntica a lo que hay delante, marcando una notable diferencia con respecto a la pintura e incrementando mucho su credibilidad. Pero no se debe perder nunca de vista que la fotografía puede ser objeto de fácil manipulación, por ejemplo cuando se recogen como reales escenas que han sido cuidadosamente preparadas. Por ello, la realidad que ofrecen las postales o fotografías de los periódicos es sesgada, al depender su perspectiva de los intereses del fotógrafo, y de

existía en España una importante proporción de analfabetos, por lo que no toda la población podía llegar directamente a la prensa, aunque había otros modos de difundir su contenido, En cuanto al factor económico, los periódicos siempre fueron relativamente asequibles (por ejemplo en 1900 los principales costaban 5 céntimos, mientras que un kilo de pan rondaba los 50 céntimos. LÓPEZ MONDÉJAR, P.: *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Lunwerg, Barcelona, 1992, p. 75.

[47] Por literatura nos referimos a novelas, poemas y obras dramáticas, e incluso a escritos considerados historia por sus contemporáneos, que desde nuestra perspectiva actual no resultan tales por la ausencia de cualquier tipo de rigor.

[48] VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 35.

[49] Para un interesante análisis del discurso utilizado Vid. CLARK, R.: "A Critical Re-evaluation of Languages of War in Spain's Relations with Morocco (1859-1921)" en *Bulletin of Hispanic Studies* 88.7 (2011), p. 743.

[50] MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Bellaterra, Barcelona, 2002, p. 23.

[51] En ocasiones nos referiremos a esta pintura como "pintura de historia", empleando un concepto usado para referirse a una corriente que se caracterizó por ser una pintura ideológica, muy vinculada al nacionalismo, que parecía destinada a dar una imagen del pasado histórico de la comunidad. Vid. PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*, p. 17. El principal problema de la denominación será la proximidad cronológica a los hechos narrados, pues en ocasiones incluso los pintores han asistido a los episodios recreados, por lo que la denominación puede resultar un tanto inapropiada.

la posterior elección del que la pública o distribuye[52]. En España esto se aprovechó con frecuencia, tanto para dar una visión menos dramática y más romántica de la guerra colonial, como para ofrecer una imagen idílica de la labor protectora de España en Marruecos[53], aunque en otras ocasiones también sirvió para ofrecer visiones trágicas de la guerra cuyo impacto en la opinión pública fue enorme[54].

Aunque algo más tardío, el impacto en la memoria de otro avance tecnológico como el cine fue igualmente decisivo, convirtiéndose en un medio de reproducción de la realidad todavía más realista que la fotografía gracias al movimiento. Desde principios del siglo XX el cine se convirtió en un medio único para capturar el pulso vital de su tiempo, y también una útil herramienta del poder para influir en la sociedad, pues la propaganda y la censura actuaron sobre él más que sobre ningún otro medio. En toda la etapa estudiada el cine jugó un papel fundamental para contrarrestar la agitación antimilitarista. Desde sectores militares (especialmente el Ministerio de la Guerra) se favoreció y se trató de controlar la filmación de documentales y películas que dieran una visión épica de la actuación del Ejército español en Marruecos, y también que engrandecieran la labor civilizadora. El principal problema para el historiador es que, de los múltiples documentales y películas que se filmaron, especialmente entre principios de siglo y la década de 1930, son muy pocos los que se conservan, por lo que para su estudio tenemos que basarnos en fuentes secundarias. Es el caso de la prensa periódica, en la que aparecen numerosos títulos de películas e información sobre su contenido, ya sea a través de las opiniones de los redactores o de la propia publicidad, aunque ésta destaque de forma interesada las virtudes de las filmaciones.

Otro objeto de estudio fundamental serán los monumentos, elemento especialmente visible de la conmemoración y cuya relación con la guerra es casi tan antigua como la guerra misma. No obstante, mientras los monumentos antiguos solían rememorar específicamente la victoria, en época contemporánea va a haber una preocupación mayor por los sacrificios, por la pérdida de vidas jóvenes y el sufrimiento de los individuos[55]. El monumento es una manifestación artística llamada a mantenerse en la memoria por su carácter ejemplarizante, de especial interés por su gran concentración de valores metafóricos y que podía ejercer una función decisiva a la hora de socializar recuerdos históricos y fijarlos en la memoria colectiva. Además, también el proceso que lo hace posible nos ofrece mucha información, pues aspectos como su concepción, financiación, emplazamiento e inauguración resultan indispensables para entender el porqué de su significación[56]. En el siglo XIX hay una creciente tendencia por

[52] Marie Loup Souguez lo explica señalando que la fotografía tiene la capacidad de retener lo que se presenta ante el objetivo, sin que en principio medie la interpretación del autor, pero eso es muy relativo porque siempre tiene que actuar el hombre en la orientación del enfoque y la elección del sujeto. Vid. SOUGEZ, M. L. (coord.): *Historia General de la fotografía*, Cátedra, Madrid, 2007, p. 17.

[53] Por esto último la fotografía fue fundamental en el proceso de afirmación colonial. Vid. GARCIA RAMÓN, M. D.: "Colonialismo, imperialismo y exploración en geografía: Nuevas aportaciones críticas sobre orientalismo y postcolonialismo", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, p. 42.

[54] Pese a la innegable utilidad para el historiador de la fotografía española de la época, López Mondéjar considera que apenas reflejó la situación política y social del país, y que fue bastante despreciada, considerándose como una criada de las artes o un pasatiempo recreativo sin verdadera relevancia: LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II*, p. 13. Por su parte, Gómez Barceló calificó la fotografía bélica del XIX como meramente testimonial, y la del primer tercio del siglo XX como muy mediatizada por una censura que impidió mostrar los horrores de la guerra: GÓMEZ BARCELÓ, J. L.: *Tiempo de guerra, imágenes de paz. Iconografía militar de Bartolomé Ros*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005, p. 37.

[55] BORG, A.: *War Memorials. From Antiquity to the Present*, Leo Cooper, Londres, 1991, p. X.

[56] Por ejemplo en numerosas ocasiones se acudía a suscripciones "populares" para recaudar fondos, con el objeto de hacer partícipe al conjunto de la sociedad de la erección del monumento. Por otro lado, la elección

construir memoria en torno a monumentos físicos, que sirven para afianzar los recuerdos colectivos[57]. Respecto a las campañas marroquíes van a predominar los monumentos a soldados heroicos, muchas veces caídos en batalla[58]. Los muertos por la patria eran en cierta medida los "santos" en los que podía mirarse una sociedad cada vez más laica[59].

Aunque habitualmente se les presta poca atención los manuales escolares son una fuente muy útil y que puede haber influido en más personas que obras literarias famosas. Suelen resultar excelentes síntesis de la forma en la que se quiere enseñar la historia a los más jóvenes, reflejando los valores y la particular reescritura del pasado en una época determinada, lo cual resulta representativa por el intenso control al que estaban sometidos. La escuela jugó además un papel fundamental en el desarrollo de las identidades nacionales. El pedagogo Rafael Altamira escribía en 1891 que la escuela era la base sobre la cual se construía el futuro de toda nación, y si ésta fallaba, todo el sistema se tambaleaba. Por eso, estimaba fundamental que la escuela enseñase pero, sobre todo, que "formase españoles"[60]. Los manuales no solo transmiten conocimientos, también valores, y deben ser entendidos como un producto ideológico[61]. Eso sí, no hay que pensar en ellos como la única influencia sobre los estudiantes, pues otros elementos como el profesor, los ritos, las normas, etc., resultan también fundamentales[62].

Finalmente, vamos a señalar algunas otras fuentes de las que también hemos obtenido información interesante, como la toponimia urbana, un vector de memoria a menudo minusvalorado pero muy interesante, pues los nombres de lugares o edificios públicos son un elemento muy afectado por los cambios políticos, a menudo se dedican a "personas, hechos, conceptos o valores en sintonía con el régimen bajo cuyo amparo

---

del motivo, el lugar de emplazamiento o el objetivo subyacente al monumento eran aspectos que con frecuencia generaban controversia. Los lugares básicos de emplazamiento eran tres: el propio frente de batalla, donde el memorial se situaba en el lugar geográfico en el que había ocurrido el hecho conmemorado; los cementerios, lugares especialmente apropiados para el culto a la muerte y con un importante componente religioso; y finalmente lugares públicos, en los que el monumento estaba más en contacto con la cotidianeidad de los ciudadanos, lo que ampliaba su utilidad ejemplarizante.

[57] En parte respondían a necesidades ornamentales en un momento de expansión urbanística sin precedentes, pero todavía más a motivos ideológicos y de transmisión de determinados valores: REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, p. 26. Stéphane Michonneau considera el monumento conmemorativo como un instrumento privilegiado para imponer la nueva cultura nacional a las clases urbanas: MICHONNEAU, S.: *Barcelona: memoria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Eumo Editorial, Vic, 2002, p. 57.

[58] Al igual que en el resto de Europa, se siguieron representando al estilo del ideal griego, el del soldado masculino y viril: MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 102. Por otro lado, el soldado suele aparecer indemne y erguido, pues representar un soldado herido era más problemático, aunque desde finales del XIX se va convirtiendo en una práctica cada vez más habitual.

[59] REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, p. 411. En caso de los monumentos a soldados muertos en un sentido colectivo, se convertían a menudo en lugares donde la gente lloraba a sus muertos, tanto individual como colectivamente, además de ser símbolos de orgullo nacional. Vid. WINTER: *Sites of Memory, Sites of Mourning*, p. 79.

[60] ALTAMIRA, R.: *La enseñanza de la Historia*, 1891. Cit. en CAMPOS PÉREZ, L.: *Los relatos de la nación. Iconografía de la idea de España en los manuales escolares (1931-1983)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, p. 19. Respecto al tema de la escuela como factor en la nacionalización española, estudios recientes han considerado que el sistema escolar español del XIX no tenía unas pautas muy diferentes a las del resto de Europa y, si bien hubo una notable debilidad material del sistema escolar, no hay indicios a priori que permitan hablar de un fracaso nacionalizador: LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M.: "Enseñanza primaria y nacionalización de la población española (1850-1931)", en ID. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, p. 127.

[61] PUELLES BENÍTEZ, M. DE: "Prólogo", en CASTILLEJO CAMBRA, E.: *Mito, legitimación y violencia simbólica en los manuales escolares de Historia del franquismo*, UNED, Madrid, 2008, p. 21.

[62] MARTÍNEZ TÓRTOLA, E.: *La enseñanza de la Historia en el primer bachillerato franquista (1938-1953)*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 20.

actúa la institución dominadora"[63]; los mapas, que además de facilitar la comprensión visual de los conflictos tienen una gran importancia en la construcción de los imaginarios nacionales por la identificación de la patria con su geografía[64]; o la música, que posee una notable capacidad para encender los ánimos, infundir valor, provocar movilizaciones patrióticas, inculcar ideas o consignas, etc.[65], por lo que también se ha instrumentalizado con frecuencia[66].

Cuestión de nombres

Este apartado lo vamos a dedicar a un breve recorrido por algunos conceptos y denominaciones que aparecerán con mucha frecuencia en las próximas páginas, cuya precisión será útil para evitar confusiones y facilitar la comprensión. Un primer punto al que conviene aludir es a la gran cantidad de denominaciones con las que a lo largo del tiempo se ha aludido a los diferentes conflictos de tipo colonial que España tuvo en Marruecos. Por ejemplo, el uso de "Guerra de Marruecos" resulta poco operativo para referirse de forma individual a cualquiera de estos conflictos, pues fácilmente puede inducir al error por haber recibido esta misma denominación casi todos los episodios bélicos en los que vamos a centrar nuestro estudio. Por ello vamos a sintetizar las claves a la hora de denominar cada conflicto y los nombres que con más frecuencia se han utilizado. Además, la forma de denominar un episodio bélico es importante en la memoria, porque prioriza una información determinada que, en caso de imponerse, condicionará para siempre la forma de recordarlo.

El primer conflicto que será objeto de análisis en nuestro trabajo es la guerra que tuvo lugar entre España y el sultanato de Marruecos entre 1859 y 1860. La denominación más popular y que consideramos más adecuada es la de "Guerra de África". El término es una muestra de una anacrónica analogía desarrollada en la España del XIX según la cual África y Marruecos eran poco menos que sinónimos. No obstante, este nombre tan ostentoso que fue el más utilizado, tanto por los contemporáneos al conflicto como en épocas posteriores, no supone confusión porque no fue aplicado a los restantes conflictos en territorio marroquí, y además recuerda constantemente el discurso épico que empapó toda la intervención. Otras denominaciones menos prácticas son la de "Guerra de Marruecos", confusa por haberse aplicado a todas las campañas; "Primera Guerra de Marruecos", poco utilizada y que supondría obviar los conflictos que durante siglos habían enfrentado a España y Marruecos; o "Guerra de Tetuán", que pone de relieve la importancia de esta ciudad en el conflicto y, aunque resulte un poco simplista porque hubo muchos más episodios bélicos que el de Tetuán, también es operativa por no haber sido utilizado para otras guerras[67].

---

[63] CASTRO, L.: *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea*, Catarata, Madrid, 2008, p. 213.

[64] Para la construcción de los imaginarios nacionales a través de los mapas Vid. GARCÍA ÁLVAREZ, J.: "Los mapas", en MORENO y NÚÑEZ SEIXAS: *Ser españoles*, pp. 315-363.

[65] NAGORE FERRER, M.: "Historia de un fracaso: el "himno nacional" en la España del siglo XIX", en *Arbor*, septiembre-octubre 2011, p. 828

[66] También resultan importantes otros objetos cotidianos, pero resultan más difíciles de rastrear. Por ejemplo los juguetes bélicos, además del gran interés que suelen despertar entre los niños, son importantes para familiarizarlos con conceptos bélicos, en lo que supone una cierta trivialización de la guerra, para hacerla menos terrible. El niño que hace la guerra con sus juguetes ve el lado romántico de la misma, pero no el cruel: MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 142.

[67] En el caso de los estudios marroquíes se refirieron al conflicto como "guerra de Tetuán" o "guerra hispanomarroquí", mientras que estudios franceses e ingleses se han inclinado más por "campaña de

El segundo conflicto de nuestro recorrido tuvo lugar a las puertas de Melilla en 1893. Aunque por su magnitud apenas merece el calificativo de guerra, la mayor parte de las denominaciones lo han considerado como tal. La más usual ha sido la de "Guerra de Melilla", que es la que nosotros más emplearemos, aunque haya sido utilizada para la campaña de 1909. También ha sido denominada con frecuencia como "Guerra de Margallo" o "Guerra del Margallo", por el impacto que supuso la muerte en combate del general Luis García Margallo, comandante militar de Melilla.

Entre 1909 y 1927, los conflictos armados entre el Ejército español y las cabilas del norte de Marruecos fueron casi continuos, por lo que la historiografía española ha tendido a considerar toda esta etapa como un único conflicto. Su denominación de "Guerra del Rif" resulta la más extendida y cómoda, aunque hay que tener en cuenta que lo es entendiendo Rif en su sentido geográfico más amplio, que se referiría a toda la zona norte de Marruecos[68]. Dentro de este periodo se pueden distinguir diferentes conflictos, como la "Guerra de Melilla" de 1909 o "Guerra del Barranco del Lobo"; la "Guerra del Kert" de 1911; las "campañas de Yebala" contra El Raisuni (irregulares entre 1913 y 1925) o la gran insurrección liderada por Abd-el-Krim en el Rif entre 1921 y 1926[69]. De esta larga campaña, el episodio más famoso ha sido el conocido como "Desastre de Annual", que en 1921 supuso la caída de todo el despliegue español en la zona oriental del Protectorado. La denominación resulta muy reduccionista, pues el desastre fue de toda la Comandancia de Melilla, en la que Annual era solo una de las posiciones, si bien muy importante y abandonada con enormes pérdidas humanas. Aunque la derrota comenzó en Abarrán e Igueriben, y en Monte Arruit se produjo el episodio más luctuoso, nada disputó a Annual su predominio absoluto como definición del desastre, ya desde que éste estaba teniendo lugar[70]. El otro gran episodio, en este caso exitoso, fue el "Desembarco de Alhucemas" de 1925. Con este nombre se suele denominar la operación que acabó con la pacificación definitiva del Rif, pero desde que éste tuvo lugar todavía pasaron casi dos años y se tuvieron que librar más combates.

Marroquí, moro, árabe, rifeño, bereber, musulmán…

La forma en la que los españoles denominaron a sus vecinos del sur del Estrecho también resulta muy interesante, pues nos aporta información sobre una visión estereotipada que, en algunos aspectos, todavía pervive en la actualidad. Al margen de "marroquí"[71], el término por excelencia para referirse a ese Otro ha sido el de "moro". Procedente del latín *maurus*, gentilicio de la provincia romana de Mauritania, se ha utilizado con significados muy diversos, como señala la RAE en su diccionario, que

Marruecos": SERRALLONGA URQUIDI, J.: "La Guerra de África (1859-1860). Una revisión" en *Ayer* nº 29, 1998, p. 139.

[68] El Rif propiamente dicho es una región montañosa que abarca desde Yebala hasta Kebdana, y de la que quedarían fuera las llanuras de la vertiente atlántica. No obstante, con frecuencia se ha considerado como Rif toda la franja costera del norte de Marruecos. Vid. SALAS LARRAZÁBAL, R.: *El Protectorado de España en Marruecos*, MAPFRE, Madrid, 1992, p. 14.

[69] Aunque algunos autores como Stanley Payne han considerado como "guerra del Rif" únicamente la parte final del conflicto, situando el comienzo en 1920 ó 1921: PAYNE, S. G.: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968; la mayor parte de los historiadores españoles han apostado por 1909 ó 1911 como fecha de inicio.

[70] Por ejemplo en octubre de 1921 Indalecio Prieto hablaba de "el desastre iniciado en Annual": PRIETO, I: "Ocho mil cadáveres españoles" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos* (1ª parte), Planeta, Barcelona, 1990, p. 141. En los periódicos fueron frecuentes definiciones como "rota de Annual" o "desastre de Annual". También se habló del "derrumbamiento de la Comandancia de Melilla", denominación que carecía de gancho y se usó cada vez menos.

[71] Gentilicio de Marruecos, nombre procedente de Marrakech, que en bereber significaría "tierra de Dios".

acepta su uso para referirse a los naturales del norte de África o a "todo aquel que profesa la religión islámica"[72], entre otras acepciones. No obstante, en España se ha utilizado con frecuencia con un sentido peyorativo del que el término carece en Marruecos[73]. Paralelamente al uso indiscriminado del término "moro", los españoles han tendido a confundir o generalizar otros como "árabe", "rifeño", "bereber" o "musulmán". En el caso de este último, se trata de un adjetivo que tiene únicamente connotaciones religiosas, pero que se ha asimilado al término "moro" debido a su polisemia, y que con frecuencia se ha utilizado de forma genérica para referirse a todos los marroquíes, que no necesariamente han de profesar la religión mahometana. Por su parte, "árabe" y "bereber" son conceptos étnicos, habitualmente confundidos por los españoles, sobre todo por la creencia errónea de que todos los habitantes de Marruecos son árabes[74]. Arón Cohen ha hablado de hasta cinco grupos étnicos: bereberes (origen africano), árabes (asiático), moros (europeo)[75], negros (africano) y judíos (asiático), aunque especialmente a los tres primeros se haya aludido con mucha frecuencia como *moros* o musulmanes sin preocuparse por distinguirlos[76].

En el caso de "bereber", ha sido frecuente asimilarlo a "rifeño" por la pertenencia a este grupo étnico de la mayor parte de los habitantes del Rif. Pero este último es un término geográfico, por lo que puede haber rifeños árabes, rifeños bereberes, rifeños hebreos, etc. El Rif se ha considerado siempre como una parte de Marruecos a nivel geográfico, pero a nivel político hay que hacer algunas matizaciones. Por ejemplo a la altura de la Guerra de África algunos autores consideraban que el Rif y el Imperio de Marruecos eran dos entidades diferenciadas, recomendando buscar el enfrentamiento con

[72] El factor religioso es difícil de separar de la *otredad* del *moro*. En 1938 el filósofo católico Manuel García Morente lo sintetizaba así: Desde la invasión árabe, el horizonte de la vida española está dominado, en efecto, por la contraposición entre el cristiano y el moro […] Lo ajeno es a la vez musulmán y extranjero. Lo propio es, pues, a la vez, cristiano y español. La afirmación de lo propio recae simultánea e indivisa sobre la catolicidad y la hispanidad, como la negación de lo ajeno recae igualmente simultánea e indivisa sobre la religión y la nación del intruso. Todavía hoy, en nuestros campos andaluces, se llama moro al niño no bautizado […] Amigo o enemigo, maestro o discípulo, el moro es siempre el otro –aunque conviva y colabore en una misma comarca o ciudad- y es el otro en los dos sentidos inseparables de la otra religión y de la otra nacionalidad […] Durante ocho siglos no hay diferencia entre el no ser árabe y el ser cristiano; la negación implica la afirmación; la afirmación lleva en sí la negación: GARCÍA MORENTE, M.: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961, cit. en GOYTISOLO, J.: *Crónicas sarracinas*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1982, p. 7.

[73] COHEN, A.: "Razas, tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí" en NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. M. (Eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Milenio, Lleida, 1999, p. 233. No obstante, tal fue la generalización del término "moro" que era igualmente usado por los autores que menos prejuicios tenían hacia los marroquíes. Otros términos como "mohamed" (cuando no era un nombre propio), "mojamé/s", y "jamido/s" sí eran siempre empleados con connotaciones peyorativas.

[74] No obstante, los que conocían bien la realidad marroquí eran conscientes de la existencia de distintos grupos, y por ejemplo en la guerra de África se habló de intentar oponerlos para generar discordias internas: COHEN: ""Razas", tribus, clases…", p. 230. En 1893 el geógrafo Gonzalo de Reparaz distinguía en Marruecos entre berberiscos (unos 5 millones que habitaban en las montañas), árabes (sobre un millón sobre todo en ciudades y comarcas llanas) y moros propiamente dichos (para él una clase dirigente que procedía de los moriscos españoles, y de la que buenos ejemplos eran los ministros del sultán Mohamed Vargas y Mohamed Torres): REPARAZ, G.: *Melilla. Peligros-Desaciertos de España. Urgente necesidad de remediarlos. Manera de hacerlo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1893, p. 15. R. J. Frisch, Teniente Coronel del Ejército francés, consideraba a los berberiscos como agricultores sedentarios y muy apegados al suelo en que vivían, que adoraban la independencia y la libertad y serían enemigos casi invencibles de no ser por su escasa disciplina: FRISCH, R. J.: *La guerra en África*, Talleres del Depósito de la Guerra, Madrid, 1913, pp. 20-23.

[75] Aquí Aron Cohen emplea la acepción de "moro" que aludiría exclusivamente a los marroquíes descendientes de los que abandonaron la Península Ibérica, especialmente tras la Conquista de Granada.

[76] COHEN: ""Razas", tribus, clases…", p. 232.

la primera y la paz con la segunda[77]. Por otro lado, como señalaba en 1893 el geógrafo Gonzalo de Reparaz, los *moros* daban varios nombres a la costa de Marruecos entre Ceuta y la frontera de Argelia, pero para los europeos toda ella era el Rif[78]. En 1914 la Real Sociedad Geográfica había debatido la división del Protectorado, primando la idea de que la más lógica era entre el Rif (región oriental) y el Garb del norte o Bajo Lucus (zona occidental hasta el Estrecho)[79].

Orientalismo, arabismo y africanismo

Estos tres conceptos, utilizados para definir corrientes culturales y de pensamiento, merecen una mención aparte por su importancia, su reiterada utilización y las frecuentes confusiones entre ellos. Estas tres corrientes aparecen en el siglo XIX muy vinculadas al avance colonizador europeo en África y Asia. Arabismo y orientalismo se han caracterizado por primar la vertiente investigadora y cultural, mientras que en el caso del africanismo lo prioritario ha sido el interés colonialista y comercial. España presenta una clara diferencia con Europa, y es que estas tres corrientes se orientaron de forma general hacia Marruecos[80]. Además, es un caso único de nación al mismo tiempo orientalizada y orientalizadora, Yo y Otro a la vez, lo cual ha provocado una cierta "desorientación"[81]. En las últimas décadas, el término "orientalismo" ha sufrido una importante revisión, especialmente a causa de la influencia del trabajo *Orientalismo* (1978), de Edward Said[82]. Said ha criticado este concepto por su eurocentrismo, su vinculación con la dominación colonial y los falsos prejuicios a los que iba asociado[83]. Aunque sus teorías han recibido no pocas críticas, han sido fundamentales en la formulación de un concepto complicado[84].

En cuanto al término "africanista", éste define en sentido estricto al estudioso de cualquier materia relacionada con África, pero desde mediados del XIX se aplicó a aquellos que defendían intereses de España en el norte de África (ya fuesen comerciales, estratégicos o de otra índole) y buscaban la implicación del Estado para hacer posible su realización. Ya en el siglo XX, su significado fue de nuevo reducido para referirse a una determinada élite militar forjada en las campañas de Marruecos[85]. Algunos autores han

[77] Un claro ejemplo es el de Ignacio de Abenia, que incluso trazaba un plan de conquista de la región. Vid. ABENIA: *Memorias sobre el Riff*, p. 42.

[78] REPARAZ: *Melilla*, p. 49.

[79] La denominación de Garb del norte era defendida Por Emilio Bonelli, Cañizares o Martín Peinador, mientras que Bernando Quirós o Dantín Cerceda consideraban más adecuado el neologismo Bajo Lucus, así como el uso de Yebala para una parte del Rif que no era Rif propiamente dicho.

[80] A veces de forma tan exlusiva que casi se podría hablar de "marroquismo".

[81] MARTÍN MÁRQUEZ, S.: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 22.

[82] SAID, E.: *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002 (original de 1978).

[83] Said distinguió además tres tipos de orientalismo: el político, cuyo principal objetivo era la dominación; el científico-académico, de los estudios bajo un prisma eurocéntrico; y el romántico (presente fundamentalmente en el arte). SAID, E.: *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002 (original de 1978).

[84] Se le ha criticado especialmente que sus apreciaciones sobre cultura e imperialismo resultan excesivamente maniqueas: GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: "El enemigo lejano. Mística colonial y políticas de contacto cultural de los ejércitos de ocupación francés y español en Marruecos", en ID (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, p. 133. En nuestro caso también es un factor decisivo el que no tuviese en cuenta el particular caso español, habiendo centrado su discurso sobre todo en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

[85] VILLALOBOS, F.: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Ariel, Barcelona, 2004, p. 55. Indalecio Prieto recordaba que se denominaba "africanistas" a los militares que estaban en África buscando hacer carrera. PRIETO, I: "Recuerdos personales" [11-IV-1956] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), p. 222.

intentado ofrecer términos alternativos, como María Rosa de Madariaga que los ha denominado "africanomilitaristas", para intentar evitar las confusiones[86]. No obstante, nosotros hemos optado por mantener el uso de "africanistas", tratando de dejar claro cuándo hacen referencia a una u otra tendencia. Por otra parte, esta última acepción del término "africanista" ha formado una interesante dualidad con el de "juntero", que sería su opuesto. Este segundo hacía sobre todo referencia a los miembros de las Juntas de Defensa y a los militares afines a ellas, que consideraban injusto el trato de favor a los que ascendían rápidamente en Marruecos y pedían volver a los ascensos por antigüedad, además del fin de las recompensas por méritos de guerra[87].

Apuntes geográficos e históricos

La geografía del norte de Marruecos

El territorio de Marruecos está compartimentado por su geografía en varias regiones naturales: El Rif, la depresión de Taza, la meseta marroquí y los llanos costeros, el Atlas, Tafilete y el desierto[88]. La que más nos va a interesar es la primera, que es en donde de forma casi exclusiva se desarrollaron los enfrentamientos entre el Ejército español y las cabilas del norte de Marruecos de los que nos ocupamos. El resto del territorio fue área de influencia francesa, por lo que el papel de España allí fue mínimo. Dentro del propio Rif se distinguen varias zonas: la zona atlántica, llanura de tierras bajas y fértiles, principal comunicación de la zona del estrecho con el resto de Marruecos; la horquilla occidental (Yebala y Gomara), zona intermedia de valles y montañas; el Rif propiamente dicho, accidentado y en general poco fértil; y la región oriental (horquilla del Garet y valle del Muluya), zona más seca de todo el Rif y con partes casi desérticas. Los principales puertos de esta área son Arcila y Larache (zona atlántica), Tánger y Ceuta (estrecho de Gibraltar) y Melilla (mar de Alborán)[89]. Entre las ciudades interiores han destacado históricamente Tetuán y Xauen, ambas situadas en la horquilla occidental.

El principal accidente geográfico del Rif es su cordillera, que con frecuencia supera los 2.000 metros y cubre la mayor parte del terreno. Aunque tenga valles interiores, muchos de ellos son de difícil acceso por el perfil irregular de la región, lo que ha favorecido la fragmentación y un cierto aislamiento respecto al resto de Marruecos. Este aislamiento ha hecho habitual considerar el Rif como *bled es siba*, territorios al margen

[86] De este modo distingue a los auténticos militares africanistas, como Gabriel Morales o Emilio Blanco Izaga, cuyas actuaciones y opiniones sobre Marruecos estarían en la línea de los africanistas del XIX; de los africanomilitaristas, un grupo mucho más numeroso en el que sus miembros se caracterizaban por el objetivo de una rápida carrera carrera militar, escasa cultura e ideas políticas antidemocráticas: MADARIAGA, Mª R.: *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil Española*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 2002, p. 44. Balfour y Laporte han establecido una división similar con los "civilistas", que creían más en la labor pacífica y que tuvieron mayor importancia entre 1913 y 1918, con José Marina y Francisco Gómez Jordana al frente de la Alta Comisaría de España en Marruecos. Vid. BALFOUR, S. y LA PORTE, P.: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36", en *European History Quarterly*, vol. 30 (2000).

[87] No obstante, las diferencias entre ambos grupos fueron difusas en muchos casos, con ejemplos como el de José Riquelme, que podía ser considerado tanto africanista como juntero.

[88] SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 14.

[89] Ceuta y Melilla, ciudades españolas desde 1580 y 1497, respectivamente, fueron fundamentales en las relaciones entre España y Marruecos. Eran la base de la irradiación, los principales cuarteles desde los que se lanzaron las campañas y el principal lugar de descanso. El incremento de la acción española en Marruecos provocó además que su crecimiento fuese exponencial, pasando de poco más que presidios a ciudades muy pobladas y prósperas.

del poder del Sultán, en comparación con b*led el majzén*, donde este tendría influencia directa. Pese a que estas ideas han estado fuertemente arraigadas en la historiografía española e incluso marroquí, en los últimos años se ha intentado relativizar ambos conceptos y autores como Youssef Akmir han defendido lo contrario, recordando que en el Rif, pese a que la orografía limitaba la influencia, se alternaron momentos conflictivos con otros de clara colaboración con el Sultán[90].

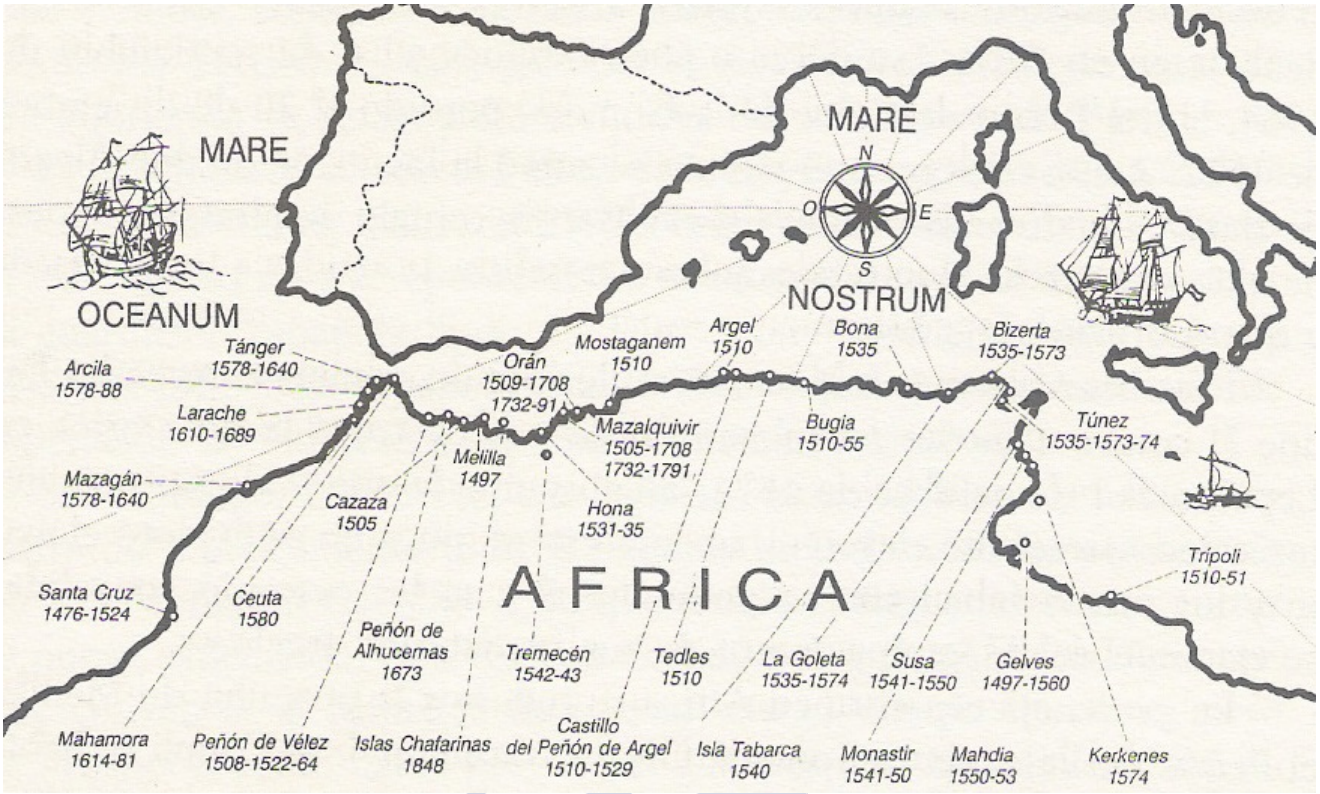
En cuanto a la población, ésta ha estado dividida en cabilas (término empleado tanto para referirse a las diferentes tribus como al territorio sobre el que se asientan), con una base étnica predominantemente imazighen (bereber). No obstante, a lo largo de los siglos diversos pueblos que colonizaron la zona dejaron en ella su impronta, como fenicios, griegos, romanos o árabes, especialmente estos últimos, no solo por su número, sino porque fueron los que hicieron que Marruecos entrase en la órbita del Islam, sin cuya influencia no se puede entender su evolución. En las montañas del Rif la influencia árabe ha sido menor que en otras áreas, por lo que las costumbres y el idioma bereber se han conservado casi inalterables, y también por ello ha sido una zona tradicionalmente separada, política y culturalmente, del resto de Marruecos. En el Protectorado español no hubo censos oficiales hasta 1935, año en que se contabilizaron 795.336 habitantes para el Protectorado español (de los que unos 45.000 eran españoles y alrededor de 14.000 hebreos)[91].

Aunque nos ocuparemos mucho menos de ella porque apenas acogió conflictos armados de entidad, también hemos de referirnos a la amplia área de casi 300.000 kilómetros cuadrados, casi toda desierto, que perteneció nominalmente a España entre finales del siglo XIX y 1975. Su parte norte, hoy conocida como Tarfaya, se consideró parte del Sultanato de Marruecos, mientras que el resto, La Saguía el Hamra y Río de Oro, era un territorio cuyas cabilas estaban al margen de la influencia del Sultán, quien no puso objeciones cuando España reclamó el territorio en 1885 durante la Conferencia de Berlín. Se habían aducido para ello derechos históricos y la presencia a través de expediciones recientes en esta zona de especial valor para España por ser un *hinterland* para las islas Canarias.

Las relaciones entre España y Marruecos antes de 1859

Con la caída de Granada en manos cristianas en 1492 se ponía fin a siglos de Reconquista en la Península ibérica, por lo que el litoral norteafricano se convirtió en la nueva frontera entre el cristianismo y el Islam. Para Isabel la Católica, Granada no había sido el final, y en su famoso y recordado testamento pedia a sus sucesores "que no cesen de la conquista de África e de pugnar por la fé contra los infieles". Apelando a este objetivo ya se tomó Melilla en 1497, convirtiéndose desde entonces en el baluarte más estable de la presencia española en África. En 1508 se ocupó el Peñón de Vélez de la Gomera, perdido en 1522 y reconquistado en 1564. En 1580, en virtud de la unión de España con Portugal, Ceuta, plaza bajo dominio luso desde 1415, quedaba bajo control de la Corona española, y así seguiría desde entonces a pesar de la posterior independencia de Portugal. En 1673 se tomó el peñón de Alhucemas. A estas cuatro ocupaciones, que han llegado hasta nuestros días, hay que añadir conquistas temporales como la de Orán

[90] AKMIR, Y.: "La historiografía marroquí y la crítica al colonialismo español", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 84-85.
[91] SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 117.



(Fig. 1) Dominios de España en el Norte de África entre 1497 y 1850. Reproducido de Areilza Y Castiella: *Reivindicaciones de España*.



(Fig. 2) El territorio ocupado por el Protectorado español en Marruecos, con sus principales ciudades y algunas posiciones militares que fueron relevantes durante la Guerra del Rif.

por el cardenal Cisneros (1509), la de Túnez en tiempos de Carlos I (1535)[92], o la de Larache, cedida a Felipe III por el sultán (1610), entre otras muchas (Fig. 1). Los enclaves en la costa norteafricana fueron un importante motivo de fricción con los poderes marroquíes, especialmente desde que en 1659 se estableció la monarquía alauí. Ceuta fue atacada en 1674, 1680 y 1694 (con un sitio en este último caso que se dilató hasta 1720); Melilla lo fue en 1687, 1696 y 1697; y el Peñón de Vélez de la Gomera en 1680. A todos estos episodios había que sumar el constante estado de alerta en que tenían que estar las guarniciones de las diferentes plazas debido a los continuos enfrentamientos con las cabilas cercanas. Pese a los ataques sufridos por Ceuta, Melilla y los peñones, fueron los únicos lugares que España mantenía tras la Guerra de Sucesión, conflicto que incluso había supuesto la pérdida de Gibraltar y Menorca. No obstante, Felipe V logró en 1732 recuperar Orán y Mazalquivir, que serían cedidas por Carlos IV en 1791 a cambio de ventajas comerciales.

En el primer tercio del siglo XIX, la presencia de España en el norte de África se redujo a su mínima expresión, convirtiéndose Francia en la principal influencia europea, sobre todo desde la ocupación de Argel en 1830 y Orán en 1831. La intervención francesa en Argelia tendría un notable impacto en España, donde no se olvidaba la centenaria presencia en Orán. Las posiciones tomadas en el sur por el vecino del norte eran vistas como un peligro estratégico, además de una demostración de la pérdida de influencia hispana en el exterior. Por entonces empezaban a surgir voces, como las del político conservador Donoso Cortés, que alertaban del peligro de que una potencia se asentara en la costa africana más próxima al Estrecho: "Si asentar nuestra dominación en África es para nosotros una cuestión de engrandecimiento, impedir la dominación de ningún otro pueblo en las costas africanas es para nosotros cuestión de existencia"[93]. El único paso adelante que dio España en el litoral norteafricano en estos años fue la ocupación de las pequeñas islas Chafarinas, ordenada por el general Narváez en 1848. La operación se llevó a cabo precipitadamente porque se creía que Francia estaba a punto de hacer lo mismo desde Argelia, y cumplió sus objetivos sin que Francia o Marruecos elevasen protesta alguna[94]. Por otro lado, en el siglo XIX las plazas españolas en Marruecos continuaron registrando conflictos con las cabilas cercanas, como demostró el ataque de la de Anyera contra Ceuta en 1837, o los combates en las inmediaciones de Melilla en 1856[95], además de actos de piratería contra embarcaciones españolas. Uno más de estos incidentes fronterizos tuvo lugar en 1859, pero en aquella ocasión se magnificó de forma extraordinaria y dio lugar a una guerra que marcaría un antes y un después en las relaciones de Época Contemporánea entre España y Marruecos. A ella que dedicaremos el primer capítulo de nuestro recorrido.

[92] La ciudad se ocupó para reponer en el trono a Muley Hassan, rey de Túnez y vasallo de Carlos I, que había sido destronado por Barbarroja en agosto de 1534. En 1541, fracasó un intento por ocupar Argel.
[93] COMELLAS, J. L.: *Isabel II. Una reina y un reinado*, Ariel, Barcelona, 1999, p. 271.
[94] La operación de desembarco permitió tomar las islas Isabel, Rey y Congreso. Este suceso sería recordado positivamente en etapas posteriores, como demostración de la conveniencia de actuar con rapidez y energía para no verse ninguneados internacionalmente.
[95] Según Ignacio de Abenia Taure, en 1856 hubo 19 muertos españoles en Melilla, de los 500 soldados que habían salido de la plaza: ABENIA: *Memorias sobre el Riff*, p. 52. Eloy Martín Corrales cifra en 212 españoles y al menos 158 marroquíes los muertos en los distintos enfrentamientos relacionados con Melilla entre 1815 y 1858: MARTÍN CORRALES, E.: "El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848). Antecedentes de la Guerra de África de 1859-1860", en *Illes i Imperis*, nº 7, primavera 2004, pp. 11-43. p. 19

1 - La Guerra de África (1859-1860)

Los hechos a los que en el apartado anterior hemos aludido demuestran con claridad que, aunque hayamos elegido 1859 como punto de partida para la acotación de nuestro trabajo, lo que sucede en ese año no es en absoluto una ruptura sino la continuación de un proceso que se remonta a siglos atrás. Las plazas de soberanía españolas en el norte de África llevaban siendo objeto de ataques de las cabilas circundantes de forma continuada, no teniendo el incidente fronterizo de ese año unas proporciones que hiciesen de él algo inusual.

El ataque se produjo en agosto de 1859 a las tropas que defendían la construcción de un fuerte en las proximidades de Ceuta, e incluyó la destrucción del escudo de armas español que marcaba el límite fronterizo, hecho que sería considerado un agravante especialmente lesivo contra el honor nacional. A partir de ahí se produjo una escalada de tensión entre España y el sultanato de Marruecos que llevaría a la declaración formal de guerra en el Congreso de los Diputados el 22 de octubre de 1859, por unanimidad de los 187 diputados presentes en la votación nominal[1]. Comenzaba así una campaña que duraría alrededor de cuatro meses y para la que se movilizaron unos 43.000 soldados y cerca de 2.000 jefes y oficiales, con unas cifras de muertos que oscilan entre los 4.000 y los 7.000 hombres, dos tercios de las cuales se derivaron de enfermedades como el cólera[2]. Una cifra que basta para poner en duda el carácter de guerra heroica y feliz para España que popularmente se le atribuyó.

Pero más allá de los aspectos estrictamente militares, la campaña destacó por la ola de patriotismo y exaltación nacionalista que durante su desarrollo tuvo lugar por toda España, y cuyo análisis será uno de los aspectos fundamentales a desarrollar durante las siguientes páginas, en las que trataremos de perfilar la memoria que a corto plazo se generó de un conflicto al que ya desde entonces se conocería con el ostentoso nombre de Guerra de África.

¿Quijotada o guerra con objetivos definidos?

La mayor parte de la historiografía, incluso en años recientes, ha sostenido que el conflicto fue una campaña de prestigio del régimen de Leopoldo O'Donnell, cuyo principal objetivo habría sido el de favorecer la estabilidad política en el interior del país del Gobierno de la Unión Liberal, al mismo tiempo que se mantenía ocupado al Ejército, principal responsable de los múltiples cambios de sistema que se produjeron a lo largo del siglo XIX. Aunque en general se tuvo en cuenta también la orientación "exterior" del conflicto, éste fue con frecuencia analizado de modo bastante simplista, enmarcándolo dentro de las intervenciones en el extranjero del Gobierno de O'Donnell y limitándolo a un deseo de demostrar a nivel internacional que España seguía siendo una potencia a tener

[1] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 144.

[2] ESTEBAN DE VEGA, M.: "La nacionalización española en la sociedad castellana. Actitudes ante la guerra de África (1859-1860)", en ID. y CALLE VELASCO, Mª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 290.

en cuenta, política tachada con frecuencia como "quijotesca" o "inconexa", valorándose sólo la utilidad interior de la campaña, de efectos efímeros[3].

No obstante, en los últimos años han aparecido investigaciones que han puesto en duda estos planteamientos. Algunos trabajos han argumentado que la política exterior de O'Donnell no era tan inconexa o improvisada como muchas veces se ha insistido, y también se ha tratado de reducir el peso otorgado a la política interior a la hora de explicar las motivaciones de una Guerra de África que, en palabras de Martín Corrales, se ha leído en clave de política interior "justificada pero exageradamente"[4]. Si nos atenemos en exclusiva a la justificación de la guerra en clave de política interior del gobierno de la Unión Liberal, además de minusvalorar de forma injusta la visión exterior de O'Donnell, resulta difícil entender la unanimidad en el apoyo de los partidos políticos de entonces a la operación militar, los cuales favoreciendo a la opción en el poder estarían perjudicando sus propios intereses y su labor de oposición. La guerra consiguió aunar los esfuerzos de las diferentes corrientes liberales, que tradicionalmente habían discrepado en política exterior. Pero no solo ellas, sino que se consiguió que se mostrasen favorables a la acción bélica las fuerzas nostálgicas del Antiguo Régimen[5]. Ni siquiera desde fuerzas emergentes situadas a la izquierda del espectro político como el republicanismo o el movimiento obrero se mostró, de primeras, un rechazo a la posición de enfrentamiento contra el sultanato de Marruecos. Con todo, con posterioridad sí que serían críticos con aspectos concretos del conflicto, ligados sobre todo al reclutamiento y las condiciones que hubo de soportar la tropa. Lo que es manifiesto es que, para esta etapa, no se puede hablar en absoluto de una oposición organizada contra la campaña. Ésta apareció de modo manifiesto desde 1895 alrededor del conflicto que tuvo lugar en Cuba, aunque con una intensidad todavía muy limitada, culminando con el apoyo masivo a las campañas de oposición a las guerras de Marruecos en el siglo XX.

Aunque se haya abusado de la política interior como clave para explicar las motivaciones del conflicto, sería también un error negar su importancia. De hecho, parece evidente que O'Donnell vio en el conflicto una oportunidad excelente para unir en una causa común a las diferentes tendencias políticas, al mismo tiempo que un medio perfecto para tener entretenidos a los militares, protagonistas habituales de guerras civiles y de pronunciamientos "salvadores de la patria" que con frecuencia habían terminado en cambios de Gobierno o de régimen. De este modo hacía recaer sobre el Ejército el peso de la política exterior y no de la interior. A ello podríamos añadir también la distracción que la guerra supondría respecto a los diversos problemas internos que acuciaban al país. Si asumimos por buenos estos objetivos, habría que hablar de un éxito relativo en todos ellos, lo que demostraría que las "aventuras" de O'Donnell no fueron tan infructuosas, radicando su principal problema en que no se las pudo dotar de continuidad.

De cara a la opinión pública, sin embargo, no se dejó traslucir ninguna de estas ideas, y la defensa del honor nacional fue la motivación esgrimida de forma casi absoluta desde el poder, teniendo una acogida sorprendentemente positiva. Las motivaciones que el líder de la Unión Liberal adujo para justificar la campaña se resumen de forma muy

[3] Por ejemplo en 1905 el político e historiador Gabriel Maura señalaba el poco provecho de lo que calificaba como "un acto estéril y de perjudicial quijotismo": MAURA GAMAZO, G.: *La cuestión de Marruecos, desde el punto de vista español*, M. Romero, Madrid, 1905, p. 22.

[4] MARTÍN CORRALES, E.: "El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, p. 146. El mejor ejemplo de la relectura de las intenciones de O'Donnell es el de INAREJOS MUÑOZ, J. A.: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*, Sílex, Madrid, 2007.

[5] Aunque algunas de las opciones más absolutistas fueron inicialmente los sectores más reacios al conflicto, posteriormente participarían con entusiasmo de la exaltación de la campaña bélica.

ilustrativa en el siguiente fragmento de lo que el político y militar español afirmó en las Cortes poco después de la declaración de guerra:

> No vamos a África animados de un espíritu de conquista, no. El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestro ejército y de nuestra armada harán ver a los marroquíes que no se insulta impunemente a la nación española, y que iremos a sus hogares, si es preciso, a buscar la satisfacción. […] No nos lleva un espíritu de conquista, vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías para lo futuro[6].

La guerra contra Marruecos no fue la única intervención armada del Gobierno de la Unión Liberal fuera de las fronteras españolas, pues a ella se sumaron otras en la Cochinchina (1858-1862), la República Dominicana (1861-1865), México (1861-1862) o la guerra en el Pacífico contra Chile y Perú (1864-1866). Se ha reiterado hasta la saciedad que todas ellas terminaron sin ningún resultado positivo, lo cual hacía que se mostraran como tentativas erróneas y poco coherentes de una nueva política exterior española, más activa, que quería devolver al país al primer plano de la política internacional. No obstante, estudios recientes han cuestionado este tipo de apreciaciones achacándolas a la falta de estudios, pues con ellos se demostraría que éstas respondieron a unos intereses bien definidos[7]. De entrada, se tuvieron en cuenta condicionantes económicos, entre los que aparece la idea de abrirse camino en un mercado muy cercano, que estaba siendo monopolizado por británicos y franceses[8]. En segundo lugar, el interés por mejorar las defensas de Ceuta y ampliar la importancia de su puerto[9], en un momento en que la construcción del canal de Suez, iniciada en abril de 1859, revalorizaba la importancia estratégica del Estrecho de Gibraltar; así como la de reforzar la posición de las islas Canarias, de las que O'Donnell era oriundo, con algún *hinterland* en la costa africana. El que todos estos objetivos se viesen cumplidos total o parcialmente es una demostración bastante evidente de que la campaña no era tan "incoherente". Más dudas hay respecto al tema de la ampliación territorial, pues en la prolífica producción ensayística y periodística que se generó durante el conflicto e incluso con anterioridad al mismo, es fácil comprobar lo difundidos que estaban los deseos expansivos, en los que se incluían ante todo las ciudades de Tetuán y Tánger. En general, los estudios recientes insisten en que apenas se sostiene la idea de que la campaña marroquí hubiese sido concebida como una guerra de conquista, por la categórica oposición de Londres a cualquier ocupación permanente, que estaba en los despachos del Gobierno español desde semanas antes de que éste diese comienzo a las operaciones[10]. No obstante, si el Gobierno

[6] Citado en GARCÍA BALAÑÀ, A.: "Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)" en MARTÍN CORRALES, E. (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002, p. 13.

[7] Así lo afirma en su elaborado trabajo INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 167.

[8] Gran Bretaña había obtenido del sultán de Marruecos la cláusula de "nación más favorecida" en el ámbito comercial, y Francia había adquirido una posición fuerte en el Magreb desde su progresiva ocupación de Argelia a partir de 1830.

[9] Los avances en la artillería hacían que Ceuta estuviese mucho más en peligro, de ahí la urgencia por fortificar El Otero. Según Salvador Acaso, O'Donnell prefería una guerra que esperaba ganar fácilmente que seguir con la ciudad poco guarnecida: ACASO DELTELL, S.: "Orígenes y características de la Guerra de África 1859-1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, p. 392. Vid. también INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 16 y ss.

[10] La elección de Tetuán en lugar de Tánger, que a priori parecía que iba a ser el principal objetivo de la campaña, ya pudo estar influida por la idea de que podía ser una adquisición más factible, pues la negativa inglesa a la ocupación de Tánger hubiese sido mucho más intensa por la importancia estratégica que dicha ciudad tenía en el Estrecho.

español descartaba anexiones territoriales, es difícil entender que las primeras propuestas de paz presentadas por España al sultán de Marruecos tras la batalla de Tetuán incluyeran la ocupación permanente de la ciudad santa marroquí como una condición. Tal exigencia no se modificó hasta que, tras la batalla de Wad-Ras -una victoria con notables pérdidas- O'Donnell vio que extender la campaña podía ser un grave peligro, y se aceptó devolver Tetuán cuando Marruecos pagase la indemnización de guerra.

Otro aspecto de interesante análisis es la intención nacionalista que pudo subyacer a la campaña africana. Se ha destacado el vigor que cobró el discurso del nacionalismo español durante el conflicto, ya fuera por un esfuerzo estatal o por la labor de iniciativas locales que se mostraron igualmente eficaces a la hora de reforzar el sentimiento nacional[11]. Pero resulta difícil saber hasta qué punto subyacía este interés en las intenciones de O'Donnell al proyectar lo que Inarejos Muñoz ha definido como "las primeras actuaciones internacionales del nacionalismo español"[12]. Esta idea de la guerra como una especie de "reconstituyente" de la nacionalidad española la expresó muy bien Benito Pérez Galdós en este fragmento de su novela *Aitta Tettauen*, escrita casi medio siglo después de la Guerra de África:

> Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo que disciplinara las almas[13].

Sin la perspectiva temporal que tenía Galdós e imbuido por el fragor del momento, Pedro Antonio de Alarcón, autor de la más famosa obra literaria sobre esta guerra, participaba así de este sentimiento de "gallear" ante Europa, que llevaba tiempo olvidado: "Desde que luchó con Napoleón y demostró a la espantada Europa que aquel gigante no era invencible, ese espíritu parecía muerto o viciado, hoy resucita". Veía además Alarcón que España no tenía por qué sentirse inferior a otros países europeos: "Llevamos, pues, al África un gran ejército, a la altura de los mejores de Europa"[14]. Ideas como éstas tuvieron una gran difusión en su momento, siendo frecuentes los análisis que reducían a las mismas las motivaciones de la campaña. Pero aunque ésta fuese precipitada y no del todo bien ejecutada, hemos podido ver que las miras de O'Donnell no eran tan simples, y subyacían objetivos económicos, estratégicos y de política interior y exterior. Incluso más allá de las intenciones del Gobierno de la Unión Liberal pudo haber algo más, aquello que Morales Lezcano ha definido como "el fin de un pulso de siglos entre las dos riberas"[15].

[11] Vid. por ejemplo ÁLVAREZ JUNCO: "El nacionalismo español como mito movilizador", pp. 35-67.
[12] INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 9.
[13] PÉREZ GALDÓS, B.: *Aitta Tettauen*.
[14] ALARCÓN: P. A.: *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Ediciones del Centro, Madrid, 1974 (original de 1860, pp. 30-31.
[15] MORALES LEZCANO, V.: "Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 80.

Un deseado casus belli

La chispa que hizo estallar la guerra tuvo lugar el 10 de agosto de 1859, cuando un grupo de cabileños hostilizó el cuerpo de guardia conocido como la Caseta de la Sangre, derrumbando los hitos de demarcación del terreno que señalaban la línea fronteriza en las inmediaciones de Ceuta fijada en 1844[16].

> Para dar principio á la reedificación de las fortificaciones de esta plaza se acordó por los señores ingenieros la construcción de un cuerpo de guardia en el sitio llamado *ataque de Santa Clara* en el Campo del Moro; con el objeto de que la tropa estacionada allí pudiera impedir las deserciones de los presidiarios trabajadores, al campo infiel. Más en la noche del 10 de este mes traspasaron los moros la línea divisoria y destruyeron el muro ya levantado del todo y comprendido en la figura de un rectángulo de 18 varas de longitud y 8 de latitud; terraplanaron las cavidades de los cimientos, y arrancaron y destrozaron la garita[17].

No obstante, según la prensa coetánea, este incidente inicial no fue en sí el más problemático, pues al día siguiente algunos miembros de las cabilas cercanas ayudaron "a colocar el garito en su puesto", lo que podría haber supuesto el fin de los problemas de no ser por la escalada que se generó en los días siguientes, sobre todo a partir del 21 de noviembre: "derribaron las mojoneras con el escudo de las armas españolas que dividen ambos territorios"; "fue levantada de nuevo la mojonera, y retirándose nuestro piquete, fue despedazada y arrojada al suelo"; "hemos perdido casi en su totalidad el campo que teníamos, y ellos ocupan las mejores posiciones"; "tres muertos y varios heridos de la clase de tropa"[18]. Las escaramuzas militares fueron remarcadas en los periódicos, pero quizá lo que más indignación generó y más se empleó para enardecer a la opinión pública fue la "afrenta" perpetrada al escudo y la bandera españoles. El incidente fronterizo no fue muy superior en magnitud a otros similares sucedidos en años anteriores, pero ahora se amplificó de forma totalmente artificial con un claro deseo intervencionista. Estos fragmentos de los periódicos liberales *La Iberia* o *La Discusión*, que se mostraron aún más belicosos que la prensa gubernamental, son un buen ejemplo de ello:

> Se han ejercido actos de piratería contra nuestros buques; se han asesinado nuestros soldados; se han hollado las armas de España; se nos ha atacado dentro del territorio de nuestras posesiones[19].

> Tiene razón nuestro corresponsal: «¿Qué dirá la Europa al saber que hacemos tratados con el hermano que acaudilla á los que vienen a insultarnos y hacer armas contra la guarnición de Ceuta?» Solo risa inspirarán esas aspiraciones ilusorias que se nos prometen[20].

Dada la magnificación que se hizo de los incidentes ocurridos, así como la constante insistencia en el ultraje que había sido proferido al honor nacional y que era inevitable vengar, buena parte de la prensa se mostró de forma muy decidida en pro de la intervención militar, tratando de generar una corriente de opinión favorable a la lucha.

---

[16] GÓMEZ BARCELÓ, J. L.: "El siglo XIX", en VILLADA PAREDES, F.: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*, Tomo II, Instituto de Estudios Ceutíes y Ciudad Autónoma de Ceuta, Ceuta, 2009, p. 155.
[17] *El Clamor Público*, 21-VIII-1859, p. 1.
[18] *El Clamor Público*, 31-VIII-1859, p. 1.
[19] "Declaración de guerra a Marruecos", en *La Discusión*, 25-X-1859, p. 1.
[20] "Cuestión de África", en *La Iberia*, 20-IX-1859, p. 1.

Aunque la prensa es la fuente más utilizada por los historiadores para analizar este discurso, por ser la que mejor ha sobrevivido al paso del tiempo, hay que pensar que su alcance era limitado, como más adelante veremos, porque su difusión era reducida y restringida a sectores cultos de la población. Por ello, otras vías como las homilías de los sacerdotes, las proclamas en las calles, los romances o canciones improvisados en celebraciones y otros actos, así como diferentes iniciativas auspiciadas desde entes locales pudieron tener un impacto mucho mayor a la hora de generar una corriente de opinión favorable a la contienda y de ir encendiendo los ánimos con un discurso muy belicoso. El Gobierno estuvo en buena medida detrás de esta campaña, aunque parece que vio superadas sus expectativas iniciales. Según el entonces embajador francés, el conde de Barrot, la campaña había sido prevista para marzo de 1860 pero hubo de ser adelantada "a raíz de las presiones ejercidas por una opinión pública que en un primer momento, y contradictoriamente, había sido enervada de forma «imprudente» por el propio gobierno"[21]. Muchos autores, ya en la época, insistieron en que la campaña había sido iniciada de forma precipitada y en unas fechas poco convenientes[22].

Por otra parte, son muchos los argumentos que demuestran que el sultán de Marruecos no quería ir a la guerra, entre ellos las notables concesiones iniciales a varias de las exigencias realizadas por el Gobierno español, que progresivamente iba incrementado sus demandas. Victoriano de Ameller, en su excepcional *Juicio crítico de la Guerra de África*, señaló ya en 1861 que España no había hecho nada por evitar la guerra, desmontando el tan cacareado argumento del honor nacional al señalar que el Sultán había reconocido las humillaciones y estaba dispuesto a compensarlas, mientras a los españoles se les vendía que la guerra era el único recurso posible para salvar la honra. Empleando diversa documentación de las relaciones diplomáticas previas al conflicto, Ameller demostraba que Marruecos accedía a casi todo, mientras que España seguía ampliando cada vez más sus demandas, como si quisiese tensar la cuerda lo necesario para romperla:

> Estas palabras envuelven la más grande injusticia, porque tienden a imposibilitar una nueva contestación satisfactoria, que traiga en pos de sí la paz, que es el fin que en buena moralidad deben procurar los diplomáticos en los conflictos que ocurren entre las naciones[23].

Esta perspectiva es difícil de encontrar en los prolegómenos del conflicto, cuando de forma mayoritaria se alababan las gestiones gubernamentales. En octubre de 1859 *El Clamor popular*, periódico del Partido Liberal y, por tanto, opuesto al Gobierno, ensalzaba las gestiones diplomáticas de éste señalando que había actuado con justicia y patriotismo, no temiendo la guerra pero demostrando que "en igualdad de resultados una solución pacífica era la que merecía la preferencia[24]. En general, la prensa liberal apostó con fervor por la guerra. En ella se destacó ese argumento, convenientemente desmontado por Ameller, de que España quería la paz; pero en ocasiones se vislumbra esa belicosa prisa que dejó al sultán de Marruecos sin tiempo para satisfacer las demandas españolas que evitarían la guerra, como se aprecia en este fragmento de *La Discusión*, órgano de prensa del Partido Democrático:

---

[21] INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 24.

[22] El mejor ejemplo fue el militar retirado Vitoriano de Ameller: AMELLER, V. DE: *Juicio crítico de la Guerra de África*, Imprenta de Francisco Abienzo, Madrid, 1861, p. 42.

[23] AMELLER: *Juicio crítico…*, pp. 12 y 22.

[24] "Sección política", en *El Clamor público*, 22-X-1859, p. 1.

> A primera hora declaró el señor ministro de Estado que el emperador de Marruecos estaba dispuesto á satisfacer todas las exigencias del gobierno español; pero que siendo necesarias ciertas aclaraciones, se le había concedido un brevísimo plazo, a fin de que el gobierno supiese en definitiva la resolución que debía tomar. El público, esa multitud que asiste á las sesiones, no como cunero ni como ministro, sino como contribuyente, quedó muy poco satisfecho[25].

Tampoco quedaron satisfechos en *La Discusión*, pues lo que lamentaban no era que el Gobierno no se esforzase por conseguir la paz sino, al contrario, que O'Donnell no hubiera cumplido sus promesas de dar un plazo "improrrogable" hasta el día 15. Al mismo tiempo, desde el periódico del Partido Democrático se pedía la guerra inmediata, con la reparación del honor nacional como principal motivo.

En este contexto de guerra inminente se fue formando un cuerpo de ejército a cuyo mando se puso al mariscal Echagüe, y que contaba con 11.500 soldados, a los que progresivamente se irían agregando más hasta alcanzar los 36.000 hombres que compondrían el cuerpo expedicionario. La declaración de guerra en el Congreso se produjo el 22 de octubre, siendo sultán de Marruecos Mohámmed IV, que había sucedido a su padre Abd ar-Rahmán, muerto unas semanas antes, lo que había complicado mucho las negociaciones para el Imperio marroquí, el cual vivía momentos de gran inestabilidad.

El discurso nacional (ista) y el apoyo ¿popular?

De acuerdo con los planteamientos de este trabajo, nuestro principal interés no reside en el conflicto en sí, sino en su interpretación y rememoración, tanto en el momento en que se produjo, que es el que analizamos en este capítulo, como en etapas posteriores. La Guerra de África supone, junto con los otros episodios bélicos del periodo de la Unión Liberal, un elemento decisivo para analizar el discutido proceso nacionalizador de la España del XIX. Buscar los agentes del respaldo nacionalista y analizar la retórica historicista empleada para legitimar el conflicto serán elementos fundamentales de nuestro análisis.

Como ha señalado Álvarez Junco[26], en esta guerra confluyeron dos discursos patrióticos muy diferentes, como son el nacionalista-católico y el liberal-progresista, que se habían venido enfrentando constantemente a lo largo de todo el siglo XIX, y que hicieron causa común ante este conflicto[27]. Un ejemplo muy revelador lo tenemos en la comparación de las arengas del arzobispo de Valladolid y el político Emilio Castelar, un anticlerical declarado. Las similitudes entre ambas son muy notables, sobre todo por la importancia que dan a la patria, aunque la primera apele a la religión, recordando grandes victorias contra el infiel, y la segunda a la civilización y al progreso: "La causa de la civilización es vuestra causa. El cielo os ha escogido para cumplir los grandes fines de la historia moderna. Vais a abrir un nuevo camino a la idea gloriosa del progreso"[28].

Ambos discursos están caracterizados por la importancia que se da al elemento nacional español, y poseen un fuerte contenido historicista, manifestado en evocaciones a la Reconquista, a la Guerra de Independencia o a las pasadas glorias imperiales españolas. El discurso católico subraya sobre todo el elemento religioso, pero sin

[25] "Crónica parlamentaria" en *La Discusión*, 18-X-1859, p. 1.
[26] ÁLVAREZ JUNCO: "El nacionalismo español como mito movilizador", pp. 35-67.
[27] No obstante, como ha señalado Albert García Balañà, conviene no exagerar estas confluencias, pues la retórica imperialista no eliminaba del todo los conflictos políticos domésticos, sirviendo en ocasiones de vehículo crítico. Vid. GARCÍA BALAÑÀ: "Patria, plebe y política…", pp.13-77.
[28] ÁLVAREZ JUNCO: "El nacionalismo español como mito movilizador", p. 47.

renunciar al componente patriótico, pues ambos encajan a la perfección con esta idea de nueva Reconquista. En palabras de Esteban de Vega "la Guerra de Marruecos parece servir así de elemento conciliador entre la monarquía isabelina y un catolicismo que, pese a su antiliberalismo doctrinal, comienza a encontrar su papel en el nuevo Estado"[29]. Por otra parte, el liberalismo en su vertiente más progresista complementó su discurso patriótico apelando a la necesidad de civilizar el norte de África, una especie de responsabilidad de España con el progreso de la Humanidad que justificaba la intervención armada. A medio camino entre ambos habría que situar un tercer discurso, el de la Unión Liberal, más ecléctico y en el que confluían las apelaciones a la religión o a la civilización, siempre con la nación española de fondo como elemento integrador, y con la reparación del honor como el principal argumento para apoyar la intervención armada. Entre los tres se podría concluir que en España se consideraba la guerra como santa, justa y civilizadora, con varios discursos que confluían en uno. La unidad nacional no fue solo escenificada por las fuerzas políticas. También el Ejército se mostró unido en un momento en que combatieron de la mano oficiales que habían sido enemigos en las guerras carlistas. Literatos y poetas incluyeron con frecuencia referencias a los antiguos rivales que ahora luchaban codo con codo, lo cual resultaba muy atractivo desde esa visión romántica de la guerra que tuvo tanta incidencia. Incluso la intelectualidad participó sin notables oposiciones de la exaltación del conflicto.

Aunque la unidad fue la nota predominante, y la convivencia entre los diferentes discursos a la que antes aludimos fuese general, no excluía las diatribas entre ellos, como demuestran estas palabras volcadas en *El Clamor público*:

> No hay nadie, á escepción [sic] de los reaccionarios, que pretenda convertir la guerra de Marruecos en una guerra de conquista, que sería una iniquidad, o en una guerra de religión, que sería un anacronismo[30].

El Marqués de Molins, a quien luego aludiremos por su *Romancero de la Guerra de África*, debía ser entonces uno de estos reaccionarios pues, según *La Discusión*, afirmó en el Senado que la guerra con África era "santa, patriótica y tradicional" y que España tenía la misión providencial de conquistar África[31]. De la mano de estos discursos, en los que conceptos como "Patria" y "Nación" estuvieron constantemente presentes, se produjo una explosión de retórica patriótica que con mucha diferencia fue la más destacada de las que tuvieron lugar entre 1814 y 1895. La guerra coincidió con un momento especialmente favorable para una lectura en clave nacional, una etapa que Álvarez Junco ha definido como "de frenética afirmación de identidades culturales", en la que la construcción o invención de mitos y símbolos fue fundamental para que las colectividades nacionales pudiesen demostrar su protagonismo histórico, y poder ser así titulares de la soberanía política[32]. De este modo, en las diversas llamadas a la guerra, ya fuese contra el infiel, el salvaje o el enemigo ultrajador del honor español, ya viniesen desde el púlpito, la prensa o cualquier otro medio, aparecieron con fuerza una serie de referentes de legitimación bélica y del orgullo patriótico que tendrían una notable importancia en la construcción mítica de la guerra, y cuyo origen es fundamentalmente medieval. Entre ellos destacan figuras clave en la construcción del relato histórico de la nación española como el Apóstol Santiago, Pelayo, el Cid Campeador o Isabel la Católica, así como grandes episodios del *glorioso* pasado patrio, con preferencia en ese momento por aquellos interpretados como

[29] ESTEBAN DE VEGA: "La nacionalización española en la sociedad castellana, p. 300.
[30] "Sección política", en *El Clamor público*, 11-XI-1859, p. 1.
[31] "Crónica parlamentaria", en *La Discusión*, 18-X- 1859, p. 1.
[32] ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa*, p. 188.

grandes victorias contra el Islam, como las batallas de Las Navas de Tolosa (1212), Lepanto (1571) o Alcázarquivir (1578). La insistencia en estos referentes favoreció el progreso de una memoria patriótica que hasta entonces nunca había sido muy intensa en España, y que se produjo y difundió socialmente hacia abajo, con un impacto real bastante notable en el momento, pero con una incidencia social a medio y largo plazo que sería muy discutible[33]. Existió un notable apoyo popular al discurso belicista, pero éste fue claramente inducido, patrocinado por un Estado y unas elites entre cuyas motivaciones estaba construir una identidad nacional.

Entre esta serie de referentes legitimadores de profundas raíces históricas brillaron con especial intensidad el de la reina Isabel la Católica, que en su testamento había dejado dicho que no se descuidara la conquista de África[34], y la política del cardenal Cisneros de expansión por el territorio norteafricano. A la recuperación del testamento de Isabel I contribuyó de forma notable el hecho de que precisamente fuese otra Isabel, Isabel II, quien entonces ocupaba el trono, popularizándose una ineludible analogía entre ambas[35]. La importancia de la figura de la reina española en la configuración del particular discurso bélico fue notablemente alimentada por ella misma. En su deseo de figurar como alentadora de la lucha llegó al extremo de ofrecer sus propias joyas para la financiación de la campaña, combinando en su discurso el ardor patriótico y la humildad al servicio de la nación:

> Quiero se vendan todas mis joyas, si es necesario al logro de tan santa empresa, y que se disponga sin reparo de mi patrimonio. Disminuiré mi fasto: una humilde cinta brillará en mi cuello mejor que los hilos de brillantes, si éstos pueden servir para defender la honra de España[36].

Este hecho simbólico se convirtió en uno de los más aludidos, cantados, exaltados y celebrados de los momentos previos al conflicto, por más que se tratase de un mero gesto de cara a la galería cuya consumación real fue nula. Por otra parte, contribuyó todavía más a insistir en la analogía con Isabel la Católica, basándose en la falsa -pero muy difundida- creencia de que el primer viaje de Colón había sido financiado gracias a la venta de las joyas de la monarca española. A modo de ejemplo, vemos a continuación como aludía al ofrecimiento de la reina, adornándolo convenientemente, el periodista y poeta Eduardo Bustillo en su *Romancero de la Guerra de África*:

> Las palabras que ella dijo
> dichas fueron en buen hora;
> el que de español se precie
> bien las oirá de mi boca:
> -«que se tasen y se vendan
> todas mis preciadas joyas
> y que de mi patrimonio
> con libertad se disponga,
> si así de tan alta empresa
> los altos fines se logran.
> Yo disminuiré mi Fausto;

[33] NÚÑEZ SEIXAS*: ¡Fuera el invasor!*, p. 21

[34] Para la política africana de Isabel I Vid. AZNAR VALLEJO, E.: "África en la política de Isabel la Católica", en RIBOT, L; VALDEÓN, J. y MAZA, E. (coords.): *Isabel la Católica en su época. Actas del Congreso Internacional (2004)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2007, pp. 591-610.

[35] BURDIEL, I.: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Taurus, Madrid, 2010, p. 631.

[36] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. III.

una cinta humilde y sola
mejor lucirá en mi cuello
que las piedras que hoy le adornan,
si con ello contribuyo
á levantar ante Europa
la fama de nuestra España
con los timbres de su honra»[37].

La frecuencia con la que Isabel la Católica y el cardenal Cisneros aparecieron en la retórica patriótica refleja el historicismo dominante en el discurso nacionalista español, que se remontaba a una época considerada como emblema de la gloria nacional y momento más álgido de los valores que darían lugar al Imperio español y su añorada hegemonía, que algunos pretendían recuperar. Ese discurso también estaba empapado de un profundo catolicismo que renovaba su importancia porque la guerra volvía a ser contra el infiel mahometano (en la guerra antinapoleónica la defensa de la religión también había estado presente en el discurso, pero de forma sensiblemente menor). La lectura del conflicto como una continuación de la Reconquista fue constante, del mismo modo que respecto a la campaña en la Cochinchina se trazó la analogía con la conquista y evangelización de las Indias. El aniversario de la toma de Granada, habitual día de fiesta, se convirtió, al cuadrar en medio de la campaña, en un día "de conmoción, de entusiasmo, de lágrimas, de orgullo", en el que recuperar como nunca el "no olvidéis, no dejéis la conquista de África" de Isabel I[38].

Un buen ejemplo de esta retórica lo tenemos en el mensaje que el obispo de Salamanca dedicó a Isabel II en noviembre de 1859. En él rogaba a Dios que concediese a la reina la gloria de cumplir la última voluntad de la primera Isabel, conquistando de nuevo plazas africanas y devolviendo el Evangelio a aquéllas tierras. En su discurso recordaba victoriosos episodios españoles como Túnez y Orán, así como santos obispos como San Agustín o San Cipriano, que habían nacido en aquéllas tierras "profanadas hoy por los sectarios del impostor Mahoma". Ese enorme peso de la Iglesia en el discurso patriótico favoreció que la guerra se envolviese en un halo de cruzada. Así, se puso de relieve en múltiples ocasiones que se estaba ante un importante episodio en defensa de la fe cristiana. Las misas por el éxito de la campaña o los difuntos y los Te-Deum por las victorias o los regresos de tropas fueron una constante. En Salamanca, por ejemplo, se sacó en procesión el Cristo de las Batallas, que según la tradición era el mismo que había llevado el Cid en las campañas contra los *moros*[39]. En Santiago de Compostela, tras la batalla de Tetuán, el Cabildo organizó un doble homenaje: el domingo una misa y un Te-Deum agradeciendo a Dios la victoria, y el lunes una "función fúnebre por las almas de los valientes fallecidos en tan encarnizada lucha"[40]. Los templos se llenaron de banderas de España e incluso de fusiles, que recordaban los tiempos en los que la espada y la cruz habían ido de la mano.

Al margen de las características del discurso bélico imperante, debemos preguntarnos si la popularidad alcanzada por la guerra entre las distintas clases sociales se puede generalizar, como ha sido frecuente, de modo que parezca que la sociedad española en su conjunto no solo apoyó el conflicto sino que además interiorizó los aspectos principales del discurso nacionalista que se introdujo con él. Las muestras de apoyo a la Guerra de África fueron tantas, tan numerosas y recogidas con tanta intensidad por las fuentes de la época que resulta complicado pensar que la indiferencia, mucho más

[37] BUSTILLO, E.: *Romancero de la Guerra de África*, Gaceta Militar, Madrid, 1860, p. 28.
[38] FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, M.: "La toma de Granada" en *El Museo Universal*, 1-I-1860, p. 6.
[39] ESTEBAN DE VEGA: "La nacionalización española en la sociedad castellana…", pp. 293 y 299.
[40] EL ESTUDIANTE: "Crónica" en *La Joven Galicia*, nº 8 (19-II-1860), p. 63.

imperceptible para el historiador, fue probablemente la opción mayoritaria. Es por ello que debemos ser precavidos a la hora de emplear expresiones como "apoyo mayoritario", "entusiasmo general" o "todo el país", que inducen a percibir una participación aún mayor de la que en realidad se produjo, sobre todo en el ámbito rural que, recordemos, seguía siendo el mayoritario. De todos modos, es cierto que se utilizaron referentes de legitimación, como el de la lucha contra el "moro" -el secular enemigo de España[41]- o el de la defensa de la religión, que pudieron resultar más próximos a las clases populares que el interés civilizador o la defensa del honor nacional. Se favoreció así una dimensión interclasista en la movilización, con motivaciones que podían ser diferentes según los sectores sociales, pero que confluyeron con frecuencia en muchas de las celebraciones y muestras de adhesión al conflicto.

A diferencia de lo que a final del siglo sucedería con el conflicto cubano, no hubo en 1859 y 1860 una oposición organizada a la Guerra de África. Por esa razón no se generaron pruebas visibles para el historiador, como pudieran ser manifestaciones públicas de rechazo, prensa abiertamente crítica hacia la campaña o lemas de tanto alcance como el "o todos o ninguno" popularizado por los socialistas. Entre las causas de esta diferencia está desde luego la falta de vertebración del movimiento obrero que, desde 1895, se mostró claramente en contra de la Guerra de Cuba, especialmente por el tributo de sangre que estaba suponiendo para las clases más humildes. Las resistencias al servicio militar en forma de redenciones, sustituciones o fugados demuestran que a la altura de 1859 la contribución militar a la patria no era apetecible para una gran parte de la sociedad[42]. La alta mortandad producida en las guerras de la época, derivada sobre todo de las enfermedades, así como la larga duración del servicio militar, que en 1856 se había fijado en 8 años, son algunas de las razones que explican la resistencia. No obstante, ésta funcionaba sobre todo en una dimensión individual y familiar, que dejó muy pocas fuentes a los historiadores. En 1856 se establecieron varias causas de exención física del servicio militar, pero algunas hubieron de ser suprimidas en 1862 por "las frecuentes mutilaciones voluntarias de los mozos", una buena demostración de esta resistencia coincidiendo precisamente con los años de la Guerra de África. Galicia y Asturias, donde tradicionalmente la proporción de fugados era mayor, registraron a lo largo del XIX entre un 30 y un 50 por ciento de prófugos respecto al contingente aportado[43], una cifra realmente alta, mientras que en regiones como Cataluña las exenciones en metálico eran mucho más numerosas[44]. Todos estos esfuerzos no dejaban de ser una muestra de oposición a cualquier conflicto bélico e incluso al Ejército mismo, sobre todo entre las

[41] Vid. por ejemplo MARTÍN CORRALES, E.: "El «moro», decano de los enemigos exteriores de España. Una larga enemistad (siglos VIII-XXI)", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F.: (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 165-182.

[42] Vid. GIMÉNEZ GUERRERO, J.: *El reclutamiento militar en el siglo XIX. Las quintas en Málaga (1837-1868)*, Universidad de Málaga, 2001.

[43] SERRANO, C.: *Final del Imperio. España 1895-1898*, siglo XXI, Madrid, 1984, p. 32; GIMÉNEZ GUERRERO, J.: *El reclutamiento militar en el siglo XIX. Las quintas en Málaga (1837-1868)*, Universidad de Málaga, 2001, p. 158, 225 y ss.; BALBOA LÓPEZ, X. L..: "Quintos e prófugos: os galegos e o servicio militar no século XIX, en VV. AA.: *Mentalidades colectivas e ideoloxías. VI Xornadas de Historia de Galicia*, Deputación Provincial de Ourense, Ourense, 1991, p. 62

[44] En torno a 1860 la provincia de Barcelona tenía un 44,45% de redimidos, seguida por Navarra con un 34,86% y Baleares con un 30,62%, mientras que Ourense o Lugo no superaban el 0,2%, y A Coruña estaba por debajo del 3%, muy lejos del 16% de media española: FERNÁNDEZ VARGAS, V.: *Sangre o dinero. El mito del Ejército nacional*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 136-137.

clases más humildes, pues muchos de los que podían permitirse el pago de los 8.000 reales que costaba la exención luego serían fervientes ensalzadores de la campaña africana[45].

Otro tema complejo es el de los altos índices de soldados que participaron "voluntariamente" en la contienda, y resaltamos las comillas porque habría que preguntarse hasta qué punto muchos de los voluntarios no se veían sino forzados, por su situación económica o por deudas contraídas, a enrolarse en el Ejército[46]. Estudios recientes no sólo han cuestionado la existencia de un entusiasmo real por parte de los voluntarios, sino que también han insistido en otras posibles motivaciones al margen del patriotismo, como la camaradería, ideales de masculinidad, condicionantes económicos, el deseo de abandonar el entorno social o familiar, o incluso como una forma de integración en la sociedad por la alta estima en que se tenía a los voluntarios en el discurso público del XIX[47]. También estaría lo que George L. Mosse ha definido como voluntarios que se enrolaban para "ver mundo"[48], un concepto que encaja bastante bien con una concepción romántica de la guerra para la que probablemente 1859-60 sea uno de sus últimos exponentes.

Las suscripciones patrióticas son otro elemento empleado con frecuencia para demostrar la implicación de amplios sectores de la población en el apoyo a la guerra. No obstante, el hecho de que muchas veces las donaciones se hacían públicas podía llevar a que se realizaran aportaciones, no por convencimiento, sino simplemente por no ser menos o por la vergüenza de no figurar donde sí lo hacían otros ciudadanos de similar condición. Por ejemplo, en el periódico *El Clamor público* se iban actualizando con frecuencia los datos de las suscripciones que había recaudado en sus oficinas, que el 31 de enero ascendían a 24.579 reales, recogiendo en sus páginas cada una de las donaciones, incluso las de aquellos que habían puesto un real[49]. También se reflejaba casi a diario el total recaudado con todas las suscripciones del país que centralizaba el banco de España, que el 23 de marzo, cuando la última batalla de la guerra tenía lugar, alcanzó la cifra de 4 millones de reales de vellón[50]. El principal motivo de las suscripciones era favorecer a los mutilados de guerra y la atención de los heridos. Para este fin se llevaron a cabo muchas otras iniciativas, como la creación de juntas de socorro, organización de banquetes, funciones teatrales o corridas de toros benéficas, además de otros esfuerzos de Diputaciones, Gobernadores Civiles, Ayuntamientos o particulares. Incluso, se convirtió en algo habitual la difusión de la imagen de damas de alcurnia preparando hilas y vendas para los heridos. En Albacete, el propio Ayuntamiento estableció en 4.000 reales la ayuda para las familias de los soldados de la localidad que resultasen muertos o inútiles[51].

También fueron frecuentes las dotaciones económicas para premiar a soldados que destacasen por su valor y arrojo, intensamente publicitadas en los periódicos,

---

[45] Esa era la cifra necesaria para obtener la exención en 1859 según señala FERNÁNDEZ VARGAS: *Sangre o dinero*, p. 24.

[46] En la provincia de Málaga, por ejemplo, la mayor parte de los sustitutos eran hijos de padres sexagenarios pobres o de viudas, lo que demuestra que la pobreza era un factor decisivo a la hora de enrolarse voluntariamente: GIMÉNEZ GUERRERO, J.: *El reclutamiento militar en el siglo XIX. Las quintas en Málaga (1837-1868)*, Universidad de Málaga, 2001, p. 381.

[47] Vid. KRUGER, C. G. y LEVSEN, S.: "Introduction. Volunteers, War, and the Nation since the French Revolution", en I.D. (Eds.): *War Volunteering in Modern Times*, Palgrave McMillan, Basingstoke, 2011, pp. 5-7.

[48] MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 31.

[49] *El Clamor público*, 31-I-1860, p. 2.

[50] *El Clamor público*, 23-III-1860, p. 1.

[51] En una suscripción popular hecha a tal efecto se recaudaron 5.586 reales en donativos, una cifra aceptable pero que únicamente daba para completar una de esas ayudas: MORCILLO ROSILLO, M.: "Albacete y la Guerra de África (1859-1861)" en *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, Nº. 8, 1993, p. 91.

ensalzando el patriotismo de quienes las financiaban. Por ejemplo, en *La Correspondencia de España*, en enero de 1860, se daba cuenta de la decisión del colegio de abogados de Guadalajara de poner 1.000 reales a disposición del Gobernador civil para "premiar al soldado que más se distinga en la Guerra de África después del premiado por aquel ayuntamiento". La noticia se usaba para resaltar que "todas las clases de la sociedad" ayudaban al Ejército, aún cuando dicha iniciativa, al igual que las demás señaladas ese día, correspondía claramente a sectores privilegiados de la población[52].

La mayor parte de estas iniciativas se acompañaban del aludido discurso del fervor patriótico, pero sus muestras más intensas se produjeron coincidiendo con las victorias militares, que desembocaron en celebraciones por todo lo alto[53]. Episodios como las batallas de los Castillejos (enero de 1860) y Wad-Ras (febrero de 1860) provocaron grandes manifestaciones de júbilo, que también se registraron en combates de menor trascendencia como el del Serrallo o el boquete de Anghera (diciembre de 1859). Pero ninguno de ellos disputó a la batalla de Tetuán y la posterior toma de la ciudad (febrero de 1860) el privilegio de ser el acontecimiento más celebrado de toda la guerra, con mucha diferencia. En palabras del escritor Evaristo Ventosa, la toma de Tetuán "hizo estallar en la capital del reino y en todos los pueblos, hasta en los más insignificantes, ese movimiento de indecible entusiasmo que todos hemos tenido la dicha de sentir y presenciar"[54]. No debió quedar ninguna ciudad española que no contase en aquel momento con un inflamado discurso para celebrar semejante efeméride, y toda la retórica que desgranamos al principio de este apartado se manifestó con más fuerza que en ningún otro momento de la guerra. Por ejemplo, la proclama de la Diputación de Ciudad Real suponía un magnífico compendio de las motivaciones de la guerra, la exaltación de la campaña o la retórica historicista que la acompañó:

> Manchegos: El escudo de nuestras armas, roto y pisoteado por la morisma delante de Ceuta, brilla hoy clavado sobre las puertas de Tetuán. El ultraje queda vengado, la Nación honrada y temida. ¡Viva España!
>
> ¡Qué gloriosa campaña! ¡Qué heroico Ejército! Rudos combates, epidemia tenaz, lluvias y vendavales, cumbres inaccesibles, angostos desfiladeros, valles pantanosos, nada ha hecho retroceder a nuestros soldados, nada ha podido vencer su arrojo y constancia. La campaña de los ochenta días figurará en la historia de nuestra patria como digno epílogo de la guerra de ocho siglos. Ya podemos evocar sin avergonzarnos los recuerdos de nuestra antigua grandeza. El corazón de la primera Isabel late en el pecho de Isabel II, el genio de Gonzalo de Córdoba y de Hernán Cortés resplandece en nuestros heroicos generales, y el invicto ejército de África es digno sucesor de aquellos famosos guerreros que triunfaron en las Navas, Cerínola, Pavía, Lepanto, Otumba, Orán y Bailén. Manchegos: ¡Viva la Reina! ¡Viva España! ¡Viva el heroico Ejército español![55]

Los periódicos y las crónicas se afanaron por recoger y mostrar con exhaustividad el modo en el que las diferentes localidades hicieron gala de su patriotismo lanzándose a las calles, ya con notable intensidad después de la victoria del día 4 de febrero, pero todavía mucha más con la toma de la ciudad dos días después. Así sucedió por ejemplo

[52] *La Correspondencia de España*, 2-I-1860, p. 2.

[53] Entre los elementos más habituales en las mismas podemos referirnos a adornos de fachadas con pendones y banderas, cierre de comercios, manifestaciones, bandas de música, toque de campanas, Te-Deum en las iglesias, discursos, bombas de palenque, banquetes, comparsas, iluminaciones, corridas de toros, limosnas a los pobres y un largo etcétera.

[54] VENTOSA, E.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860, p. 768.

[55] Cit. en INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 36.

en Málaga, donde se hizo participar de la celebración a los heridos de la campaña que se recuperaban en la ciudad andaluza:

> Hoy se ha sabido aquí la toma de Tetuán, y el pueblo está loco. Numerosos grupos recorren la ciudad dando vivas a la reina y al ejército, y muy particularmente á los heridos que se encuentran en esta ciudad. Al coronel Ulibarri, que es uno de ellos, le han hecho salir al balcón, lo cual pudo verificar con algún trabajo, dirijiéndoles [sic.] sentidas frases de gratitud y reconocimiento, que terminó con vivas á la Reina, al ejército, al general O'Donnell y al pueblo de Málaga[56].

Evaristo Ventosa incluyó en su *Historia de la Guerra de África* referencias a lo sucedido en lugares tan variados como Burgos, Salamanca, Palma de Mallorca, Granada, Cáceres, Viana (Navarra), Caravaca, Alcalá la Real, Ribadeo o Monzón, además de numerosas localidades catalanas. Especialmente interesantes resultaron sus referencias a Palma de Mallorca, al incidir en la Reconquista medieval de la ciudad y su incorporación a la cristiandad:

> La que vio penetrar en sus muros la luz de la civilización y de la cultura desde el momento en que imperó en ella el signo de la redención cristiana, no podía menos de alzar el grito santo del entusiasmo, al contemplar á la morisca ciudad tendida ya como una hermana á la sombra del glorioso pabellón de España, clavada en sus baluartes por el heroico esfuerzo de los hijos del Cid[57].

La toma de Tetuán fue sin lugar a dudas el momento culminante de la guerra, pero no fue vista en general como un episodio definitivo. Muchos españoles esperaban más avances, entre ellos el de Tánger, el otro gran objetivo sobre el que al final no se pudo avanzar.

Para terminar este apartado nos gustaría señalar que, aunque la historiografía española haya prestado muy poca atención al tema, la exaltación patriótica se hizo extensiva a las todavía colonias españolas de Cuba y Puerto Rico. Este apoyo incluyó iniciativas que recaudaron importantes sumas de dinero, como demuestran los diversos agradecimientos aparecidos en *La Gaceta de Madrid* a los habitantes de las islas o al Banco español de Cuba por sus préstamos y aportaciones económicas. El apoyo sería extensivo a lugares que ya no eran españoles pero que seguían manteniendo un fuerte vínculo y en los que había muchos emigrantes, como es el caso de Buenos Aires, desde donde fue enviado dinero para financiar el esfuerzo bélico[58]. Incluso hay referencias a comunidades más reducidas, como la de los residentes españoles en Argel, que hicieron un banquete para celebrar la toma de Tetuán, en el que participó un centenar de personas abarrotando el lugar[59].

---

[56] *La Iberia*, 11-II-1860, p. 1.

[57] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 707.

[58] Según un artículo de *El Imparcial* en 1884 tanto los españoles residentes en Argentina como los propios argentinos habían colaborado generosamente. "Los españoles en la República Argentina", en *El Imparcial*, 26-XI-1884, p. 2. Las referencias al apoyo cubano, aunque minoritarias, aparecen en varias obras de la época, incluso en poesía, como por ejemplo en RIVAS, DUQUE DE: "Romance II" en MOLINS, MARQUÉS DE: *El Romancero de la Guerra de África*, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1860, p. 32. Vid. también GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 190.

[59] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 806. Hacia 1859 unos 50.000 españoles residían en Argelia: MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: Desorientaciones. *El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 62.

Luchando por la Patria grande desde la Patria chica

Uno de los aspectos que más nos interesa al analizar el discurso patriótico que de forma tan intensa se propagó por todos los lugares de España, es el de comprobar la forma en la que los ámbitos local y regional interactuaron con el "nacional"[60]. Muchas veces se resalta de la Guerra de África la entrega con la que se apoyó la campaña desde las distintas partes de España, incluyendo aquéllas en las que la identidad regional era más fuerte. En ellas se produjo una combinación de elementos propios con elementos españoles sin que en ningún caso entrasen en contradicción ambos discursos. Esta circunstancia ya no volvería a darse de forma general en etapas posteriores, en las que la confrontación entre los nacionalismos periféricos y el nacionalismo español iba a estar, con mayor o menor intensidad, siempre presente.

Muchas ciudades y villas de España se entregaron a una defensa de la patria, que con la campaña africana se imponía como un deber nacional, colaborando de una u otra forma con el esfuerzo bélico. En estas muestras de apoyo con frecuencia apreciamos un interés localista en una doble vertiente. En primer lugar en la del discurso, en el que además de los llamamientos a los paisanos se integran diversos referentes locales, muchos de ellos de contenido historicista, como por ejemplo héroes propios del pasado o episodios memorables considerados glorias locales. En segundo lugar por las actuaciones prácticas, entre las que podemos incluir las suscripciones patrióticas o las donaciones, que habitualmente se destinaban de forma exclusiva al marco de la propia localidad, provincia o región. Por ejemplo, en Albacete, el Ayuntamiento había establecido que ayudaría con 4.000 reales a las familias de los soldados locales que falleciesen o quedasen impedidos por causa de la campaña. Solo hubo un candidato, Juan Obdulio García, que era quintado en Albacete, donde residía, pero al ser natural de Pozohondo, pese a estar la localidad en la misma provincia, no se le concedió la ayuda aunque se habían recaudado más de 5.000 reales en suscripción popular para dicha causa[61]. En Santiago de Compostela se hizo lo mismo, y en este caso no hubo duda con Manuel Torrado y Seijas, el primer compostelano muerto en la campaña, cuya familia recibió la ayuda[62]. Tras estos ejemplos de ayudas de ámbito exclusivamente local casi siempre estaban Diputaciones y Ayuntamientos, con una relativa ausencia del Estado, lo cual invita a pensar en su tan aludida debilidad centralizadora.

Aunque hubo excepciones como la gran suscripción realizada a nivel nacional y que centralizaba el Banco de España, la gran mayoría de las iniciativas a las que se aludió en la prensa y la documentación oficial tenían origen local o regional. Lo más habitual fue destinarlas a la atención y cuidado de los heridos que iba dejando la campaña, pero también fueron frecuentes las ayudas para financiar el esfuerzo bélico e incluso la creación de unidades militares. Hasta se llegó a considerar una propuesta, surgida de la Diputación de Sevilla, que instaba a que cada una de las provincias españolas financiase la construcción de un buque de guerra con el que fortalecer la débil Marina española, lo que permitiría a la patria recuperar su gloria de antaño. Este último proyecto, como era lógico esperar, no pasó de las buenas intenciones, pese a la buena acogida que inicialmente tuvo en numerosos medios. Las astronómicas cifras necesarias, que desde el semanario gallego *La Joven Galicia* se calculaban en "de veinte a veinte y cuatro

[60] Para la relación entre las identidades regionales y nacionales en el XIX Vid. "The region as essence of the fatherland: Regionalist variants of spanish nationalism (1840-1936)" en *European History Quarterly* Vol. 31(4), 2001, pp. 483-518; así como La construcción de la identidad regional en Europa y en España (siglos XIX y XX), monográfico de la revista Ayer (2006) (4) editado por Xosé Manoel Núñez Seixas.
[61] MORCILLO: "Albacete y la Guerra de África (1859-1861)", p. 91.
[62] O MORCEGO: "Crónica" en *La Joven Galicia*, nº 5 (29-I-1860), p. 39.

millones" por provincia, lo hicieron inviable, aunque el escepticismo no fuese la nota predominante: "preparémonos pues en esta provincia para hacer en aras de la patria la ofrenda de un navío"[63].

La idea de la unión de los diferentes territorios que componen España en defensa de la patria común es algo muy recurrente en el discurso bélico del momento, con una presencia constante en poemas, romances y canciones. Se insistía en la unión de los habitantes de toda la geografía nacional en una causa común en la que nadie podía quedarse sin participar, ya fuera el soldado que se esforzaba en territorio africano o el ciudadano que salía a la calle a aclamar o que aportaba una parte de su capital para colaborar con la campaña y los heridos de la misma. El dramaturgo y crítico teatral Manuel Cañete recogía así en un romance la diversidad geográfica de las aclamaciones patrióticas:

> No es Madrid sólo:
> Desde Gádes á Cantabria,
> Del Miño al Genil, del Turia
> Al oculto Guadiana (…)
> ¡Tetuán, Tetuán por España![64]

Mientras que el escritor y crítico de arte Pedro de Madrazo, en otro romance, empleaba algunas de las más populares danzas regionales españolas para mostrar la unión de toda esa diversidad en un único frente:

> Las rondeñas de la Mancha,
> Las muñeiras de Galicia,
> Las jotas aragonesas,
> Las cañas de Andalucía;
> Por cien músicas á un tiempo
> Con estrépito reunidas
> De mil vivas entusiastas
> A la atronadora grita[65].

Si miramos más específicamente a las tres regiones del Estado español en las que la identidad propia era más fuerte, Galicia, Cataluña y las Provincias Vascas, podemos comprobar que se apoyó sin ambages el conflicto, aunque al mismo tiempo esa insistencia en destacar las características propias sin renunciar al españolismo era todavía más marcada. Incluso se unieron al entusiasmo patriótico diversas corrientes regionalistas, que apostaron por reivindicar el particular aporte que sus territorios daban al esfuerzo global español. Comprobamos pues la existencia de una identidad regional complementaria e interdependiente de la española[66], a la que se subordina y con la que se integra en perfecta simbiosis, sin contradicciones.

No obstante, pese a la indudable unidad nacional del conflicto, la fuerza de los elementos regionales y la progresiva emergencia posterior de los nacionalismos periféricos, la Guerra de África se ha tendido a considerar como un intento interesante, pero fallido a medio y largo plazo, de reactivar el nacionalismo español. Un intento con una base débil porque la acción nacionalizadora del Estado en otros ámbitos había sido

[63] "Guerra de África" en *La Joven Galicia*, nº 10 (4-III-1860), p. 73.
[64] CAÑETE, M: "Romance XXII" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 336.
[65] MADRAZO, P. DE: "Romance VII" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 123.
[66] MOLINA APARICIO, F.: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid, 2005, p. 44.

relativamente escasa[67], y tuvo como principales baluartes una educación que era en castellano y en el efecto unificador del servicio militar obligatorio (limitado, entre otras cosas, por no resultar igual de obligatorio para todos). A la labor del Estado en esta dirección se sumó la que pudieron realizar otras instituciones como diputaciones y ayuntamientos, así como la propia Iglesia, que tenía una notable capacidad para difundir su mensaje y fue capaz de favorecer la extensión de un cierto patriotismo. Pero con todo, como ha señalado Núñez Seixas, en España hubo una evidente desproporción entre el discurso nacionalista que manejaba una élite intelectual y la escasa capacidad y disposición del estado liberal para llevar a cabo un programa "nacionalizador"[68].

El caso más expresivo y también el más estudiado es el de Cataluña, donde la fuerza que alcanzó la movilización patriótica en clave españolista fue tan indiscutible como la escasez de oposición. Eloy Martín Corrales ha señalado que la corriente hegemónica de la historiografía catalana "cree, o intenta hacer creer, por razones de no se sabe qué naturaleza, que el catalanismo cultural y político de la segunda mitad del siglo XIX y el nacionalismo catalán de comienzos del XX fueron claramente anticolonialistas"[69]. Como éste y otros autores han demostrado[70], esto es bastante difícil de sostener y, en la parte que ahora nos ocupa, la manifiesta ausencia de ejemplos de oposición a la contienda dificulta justificar la existencia de ese pretendido anticolonialismo. Por otro lado, numerosas figuras próximas al incipiente catalanismo y al movimiento de la *Renaixença* participaron del discurso patriótico catalano-español. Fue el caso de los literatos Víctor Balaguer, Manuel Angelón o Antonio Altadill, que colaboraron en publicaciones como *Guerra al Moro* o *El Cañón Rayado. Periódico Metralla de la Guerra de África*, que mostraron una gran belicosidad y una caracterización muy peyorativa del marroquí[71], defendiendo a capa y espada la guerra que España estaba llevando a cabo. Aunque pueda parecer contradictorio, la Guerra de África supuso un notable impulso para el catalanismo cultural, porque la movilización bélica favoreció la recuperación de referentes históricos como pueden ser los almogávares, que si bien en relación con la Guerra de África se integraron en esa fusión catalana y española, en el futuro sirvieron de forma exclusiva y diferenciadora al nacionalismo catalán.

La sociedad catalana mostró su adhesión al conflicto a través de diversas iniciativas, en las que participaron no solo las élites políticas o intelectuales y el clero,

[67] En los últimos años, la famosa tesis de la "débil nacionalización" planteada por Borja de Riquer se ha ido superando, Para Ferrán Archilés, esta tesis había ido evolucionando hasta convertirse en paradigma dominante en los 90 y a principios del XX, singularmente a través de la obra de Álvarez Junco, pero desde entonces las cosas. Vid. ARCHILÉS CARDONA, F.: "Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea", en SAZ, I. e ID.: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, p. 250 y ss. Aportaciones locales como las de Molina Aparicio o Ferrán Archilés han demostrado que la fortaleza de las identidades regionales, que con frecuencia se había utilizado para explicar esa debilidad nacionalizadora, era compatible con el fortalecimiento de los sentimientos nacionales de la "Patria grande". También destacan las importantes aportaciones de Núñez Seixas sobre las identidades regionales. Vid. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: "The region as essence of the fatherland: Regionalist variants of spanish nationalism (1840-1936)" en *European History Quarterly* Vol. 31(4), 2001, pp. 483-518).

[68] Vid. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *La construcción de la identidad nacional en Europa y España (siglos XIX y XX)*, monográfico de la revista Ayer, número 64 (2006).

[69] MARTÍN CORRALES, E.: "La Conferencia de Algeciras en la prensa catalana: entre el pragmatismo económico de *La Vanguardia* y el imperialismo orsiano de *La Veu de Catalunya*" en ID.; GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007, p. 220.

[70] Vid. también UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003.

[71] MARTÍN CORRALES: "La Conferencia de Algeciras en la prensa catalana", p. 222.

sino también las clases populares. Entre estas muestras destacaron los numerosos donativos, sobre todo los relacionados con la atención de los heridos. Por ejemplo, la provincia de Barcelona puso el dinero necesario para establecer un hospital en el cuartel de barracones de la localidad gaditana de San Roque[72]. Pero sin duda la iniciativa catalana más famosa y que más caló en la memoria colectiva fue la creación del cuerpo de Voluntarios de Cataluña. Su origen estuvo en una petición de "catalanes entusiastas" enviada al Gobierno, que fue la que llevó a O'Donnell a disponer la creación de dicha fuerza. A través de una Real Orden se establecía la organización del cuerpo, diversas normas para el alistamiento y la denominación de "Voluntarios de Cataluña"[73]. La contribución de la Diputación de Barcelona para el éxito de esta iniciativa fue enorme, pero las disposiciones dictadas desde Madrid complican el poder definirla como una creación directa de la misma. Se han avanzado numerosas interpretaciones respecto a los motivos de la creación de este cuerpo de voluntarios, buscando justificaciones más allá del simple deseo por colaborar con el esfuerzo bélico español. Morales Lezcano ha reducido la finalidad a complacer los ardores patrióticos del general Prim[74]. Es una visión un tanto simplista y limitada, pero no descabellada, pues por ejemplo García Balañà, con más argumentos, defiende la hipótesis de que los Voluntarios Catalanes habían sido concebidos entre Domingo Dulce, capitán general de Cataluña y Juan Prim[75]. Pere Anguera señala que Dulce fue quien presentó la propuesta que aceptó el Ministerio de la guerra, y entre sus objetivos principales estaba rebajar la tensión social existente[76]. Para comandar a los voluntarios fue elegido el laureado oficial Victorià Sugranyes, de pasado radical, que a pesar de sus antecedentes políticos, tenía una imagen de hombre relativamente moderado.

Como casi todas las despedidas de tropas del momento, la de los Voluntarios Catalanes estuvo cargada de júbilo y ardor patriótico, pero fue especialmente exitosa por sus connotaciones específicamente catalanas, presentes en un discurso patriótico que ensalzó como ningún otro las especificidades regionales. Fueron por ejemplo constantes las alusiones a su carácter de nuevos almogávares, que llevarían como antaño su carácter heroico lejos de su patria. El obispo de Barcelona les dio a todos ellos medallas de la Virgen de Monserrat tras pronunciar un inflamado discurso en el que las referencias religiosas se fundieron con las patrióticas. Entre el 29 de diciembre de 1859 y el 26 de enero del año siguiente se alistaron 466 voluntarios, que llegaron a tiempo para combatir en la decisiva Batalla de Tetuán, coincidiendo las diversas fuentes de la época en destacar su valeroso comportamiento, incluyendo numerosas bajas, como la del propio comandante Sugranyes, que perdió la vida. Las bajas de este cuerpo en su andadura por tierras marroquíes fueron de 41 muertos y 170 heridos[77].

Cuando llegaron a Marruecos, las tropas fueron puestas directamente en manos de Prim, uniéndose a su cuerpo de ejército. El Conde de Reus los recibió con una recordada arenga en catalán, que posee un excepcional interés puesto que muestra varios aspectos muy reveladores del discurso simbiótico entre lo catalán y lo español. Interés incrementado porque además se convirtió en la alocución más famosa de todo el conflicto,

[72] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 651.
[73] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 93.
[74] MORALES: "Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino…", p. 71.
[75] GARCÍA BALAÑÀ: "Patria, plebe y política…", p. 29.
[76] ANGUERA, P.: *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Edhasa, Barcelona, 2003, p. 323.
[77] GARCÍA BALAÑÀ: "Patria, plebe y política…", p. 27. Otros autores han dado cifras más bajas, como los 16 muertos y 99 heridos en REDONDO PENAS, A.: "Voluntarios catalanes: Gloria en los campos de África (1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, p. 194.

con una enorme difusión tanto en Cataluña como en el conjunto de España, por vías como la prensa, crónicas, romanceros e incluso obras de teatro. Se demostraba así el impacto mediático que Prim alcanzó en el conflicto, que llegó a superar al del propio O'Donnell:

> Catalanes: Bienvenidos seáis al valiente Ejército de África, que os acoge como camaradas. Persuadido estoy de que seréis dignos de estos heroicos soldados, y sería no conoceros si lo dudase un solo instante. Todos sentís la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra en que habéis nacido; […] si uno solo de vosotros se portase con cobardía volviendo la espalda al enemigo, la honra de Cataluña quedaría mancillada. Seguro estoy de que no quedará[78].

A este emotivo saludo seguían referencias a las glorias de los antepasados, a quienes habrían de imitar los llamados a ser los nuevos héroes catalanes, y al entusiasmo con el que los habían despedido sus paisanos, cuyo honor tenían el deber de dejar en alto lugar.

> No defraudéis sus esperanzas, que son las mías; pero si por desdicha, lo que no espero, así no fuera, ni uno solo de vosotros volvería a pisar el suelo patrio; aquí moriréis todos, antes de mancillar en lo más mínimo el nombre que lleváis. Siguiendo las huellas de vuestros antepasados, y haciéndoos dignos de este ejército de bravos, al regresar a vuestros hogares, los catalanes os recibirán con aplauso, y donde quiera que uno se encuentre, oiréis por todas partes: ¡he ahí un valiente! - Soldados: ¡Viva la Reina![79]

La transcripción de las palabras de Prim traducidas al castellano a la que pertenecen los anteriores fragmentos es la más conocida y recurrente, aunque nos es imposible conocer hasta qué punto se ajusta a lo que verdaderamente dijo el militar. Además, las diferencias entre las variadas versiones limitan su credibilidad, si bien todas ellas coinciden en el contenido, aunque cambien las palabras. Buenos ejemplos de ello los tenemos en verso, como la particular versión del poeta Cayetano Rossell en el romance XVII del *Romancero* del Marqués de Molins[80], o la de Eduardo Bustillo en su *Romancero de la Guerra de África*, en la que se puede apreciar, pese a la lírica forma de expresarlo, cómo el fondo del contenido apenas ha cambiado:

> Bienvenidos, mis paisanos,
> les dice con voz vibrante,
> bienvenidos a estas tierras
> á lidiar con musulmanes,
> hoy las veis, quizás mañana
> las regueis con vuestra sangre,
> lleguéis al festín de gloria,
> nunca para el bien fué tarde
> ¡Ay si de mi Cataluña
> empuñáis el estandarte!
> con uno solo que tiemble,
> que en el peligro no avance,
> os juro que ya ninguno

[78] Así apareció en numerosos periódicos de entonces, por ejemplo a través de la correspondencia de Núñez de Arce: NÚÑEZ DE ARCE, G.: *Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860)*, María Antonia Fernández Jiménez (Ed.), Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, p. 219.

[79] NÚÑEZ DE ARCE: *Crónicas periodísticas…*, p. 219. Casi idéntica es la reproducción que hizo GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, pp. 95-96.

[80] ROSELL, C.: "Romance XVII" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 262.

verá nunca sus hogares,
que más valéis aquí muertos
que en nuestra Pátria cobardes[81].

La excepcional difusión de esta arenga contribuyó de forma decisiva a la popularidad de los Voluntarios Catalanes, que pese a su escasa importancia en el conjunto del contingente (alrededor del 1% del mismo), se convirtieron en un modelo recurrente de patriotismo y de la unión de todos los pueblos de España, rodeados de un halo casi legendario que los hacía merecer la comparación con sus antepasados más recordados. Otro curioso episodio de estas tropas narrado por varios autores sucedió presuntamente tras la batalla de Tetuán y antes de ocupar la ciudad, cuando se quiso cambiar la bandera en la alcazaba. Como los muros eran muy altos y no había escalas, la reacción de Prim fue decir a los catalanes: "Ala, minyons, feu la torre, i a dalt", y pronto la enseña española ondeaba en lo alto del minarete[82]. Desconocemos si el episodio está bien documentado, pero la introducción de la tradición de los *castells* catalanes parece casi un recurso literario aprovechado para destacar una vez más la especificidad que aquel cuerpo militar tenía dentro del Ejército español en el que todos estaban integrados[83].

Otra intervención de la Diputación barcelonesa respecto al conflicto que nos interesa notablemente, sobre todo desde el punto de vista de la memoria, es el hecho de haber enviado a un pintor, Mariano Fortuny, para que hiciese las veces de cronista visual de la campaña. Cuando hablemos de la pintura nos referiremos a esta iniciativa con más detalle, pero en resumen, lo que se buscaba era que captara las imágenes de la gloriosa campaña que se estaba llevando a cabo, con especial atención a la participación catalana, materializada, cómo no, en los voluntarios. La elección de Fortuny respondió al hecho de que era un pintor joven pero de gran proyección, que ya había demostrado sus aptitudes pintando algunas escenas de los almogávares que, según la comisión formada a tal efecto por la Diputación, se aproximaban al tipo de exaltación que se quería hacer de las heroicidades de los voluntarios catalanes en Marruecos.

La iconografía de la guerra estuvo muy presente en las celebraciones de la época en Cataluña, incluso en aquéllas que no se derivaban directamente del conflicto. Un buen ejemplo lo tenemos en los Carnavales de 1860, que coincidieron en un momento álgido de la campaña, y en el que *moros* y Voluntarios Catalanes fueron los dos polos de la representación. Incluso se decoró el ferrocarril de Mataró a Barcelona con cabezas de moro y banderas españolas:

> El silbato del conductor anunciaba la proximidad de la locomotora que a los pocos momentos hacía su entrada triunfal arrastrando un tren especial, completamente empavesado con banderas nacionales y orlado de cabezas de marroquíes[84].

Si comparamos el caso vasco con el de Cataluña encontramos numerosas similitudes, siendo la más sonada y difundida la de que también se creó una fuerza militar

[81] BUSTILLO: *Romancero de la Guerra de África*, p. 155.
[82] REDONDO PENAS, A.: *Guerra d'Àfrica (1859-1869): els 466 del general Prim*, Cossetània Edicions, Valls, 2008, p. 75. Recogida también por OLIVAR BERTRAND, R.: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, Luis Mirade, Barcelona, 1952, p. 209.
[83] Hay que tener en cuenta que la batalla de Tetuán se libró en campo abierto, y no en la propia ciudad, que fue ocupada posteriormente, por lo que en todo caso el episodio no pudo ser durante la propia batalla como señaló Olivar Bertrand.
[84] CLAVÉ, J. A. y TORRES, J. M.: *El Carnaval de Barcelona en 1860*. Cit. en MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, p. 71.

propia, los Tercios Vascongados[85], para luchar en Marruecos por España en nombre del pueblo vasco. Debemos tener en cuenta que las provincias vascas, a la altura de 1859, mantenían su régimen foral tradicional, lo cual, entre otras cosas, suponía la exención de contribuir al servicio militar en el Ejército regular, aportando voluntarios solo cuando se considerase necesario. Cajal Valero ve en el apoyo vasco (que pudo costar a las autoridades forales alrededor de 30 millones de reales) un interés por demostrar al resto de España el eficaz funcionamiento del sistema foral, que por entonces era puesto con frecuencia en entredicho y se temía por su liquidación[86]. Esto no supondría la negación de la sinceridad patriótica pero incorporaba un objetivo interesado, como era el de favorecer la causa foral, lo cual era lógico en una mentalidad en la que el amor por la Patria (España) no estaba reñido con los Fueros[87]. La creación de este cuerpo de ejército se acordó en Guernica, bajo el roble, y se decidió que lo compusiesen 3.000 hombres divididos en tres tercios mandados por el mariscal de campo Carlos María de la Torre y Nava Cerrada[88].

A diferencia de los Voluntarios Catalanes, los vascos no llegaron a tiempo de participar en la toma de Tetuán, pero sí pudieron combatir en Samsa y Wad-Ras, los últimos episodios bélicos del conflicto[89]. En total registraron solo 5 muertos en batalla, a los que se sumaron otros 44 por enfermedad, la mayoría víctimas del cólera. Pese a ser mucho más numerosos que los catalanes, su tardía participación, la menor proporción de bajas sufridas y el no contar con un general de la fama de Prim hizo que la iniciativa vasca fuese mucho menos recordada que la catalana. Según Molina Aparicio, los tercios vascos llegaron "tarde y perezosamente", y la lentitud de su preparación contrastó con la rapidez que se había demostrado en las guerras carlistas[90]. Posiblemente estas circunstancias contribuyeron a que, a pesar del reconocimiento que se les tributó al terminar la campaña, cayesen en el olvido poco después[91]. Su estandarte fue una bandera española con un añadido en la franja inferior de tres manos entrelazadas y el lema "Irurac Bat"[92] (Las tres Provincias en una), un buen ejemplo de fusión patriótica vasco-española. Todavía más representativa fue la misa solemne que la corporación foral vizcaína organizó en Bilbao

[85] El nombre oficial de esta fuerza fue el de Brigada Vascongada del Ejército de África, aunque ha pasado a la historia con la denominación más breve y eficaz de Tercios Vascongados, que ya se extendió desde el primer momento.

[86] Para la interrelación entre foralismo y nacionalismo español en el XIX Vid. MOLINA: *La tierra del martirio español*. Este autor define el concepto de "foralismo" como el "discurso de exaltación de la identidad foral de las tres provincias vascas, de sus derechos y deberes para con la corona hispánica" (p. 68).

[87] CAJAL VALERO, A.: "La Guerra de África (1859-1860) y las expresiones patrióticas en el País Vasco", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, Mª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 264.

[88] Al final serían cuatro, reunidos en Vitoria, Tolosa, Bilbao y Durango. Del total del contingente, unos 250 serían de fuera de Euskadi, la mayoría navarros, pero ello no quita mérito a la recluta de casi 3.000 voluntarios en una población de poco más de 400.000 habitantes. Precisamente por esto, hubo un rechazo general al número de hombres ofrecidos, que doblaban a los que corresponderían por población. Vid. ALBISU: "La división vascongada. El segundo tercio. Guerra en África 1859-1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860*, XII Jornadas de Historia de Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, p. 40.

[89] El retraso se debió en buena medida a problemas logísticos y de organización. Por ejemplo embarcaron el 27 de enero y no llegaron a la playa de Tetuán hasta el 27 de febrero. Para un análisis pormenorizado de su periplo Vid. ALBISU: "La división vascongada…", pp. 73-80.

[90] MOLINA: *La tierra del martirio español*, p. 236.

[91] Patxi Albisu ha señalado que, aunque fueron tratados como héroes al terminar la campaña, muy pronto dejaron de ser noticia, y se convirtieron en un grupo humano con el que nadie quería identificarse: ALBISU: "La división vascongada…", p. 94.

[92] Para más datos al respecto Vid. ÁLVAREZ GILA, O.: *Ikuriñas antes de la ikurriña. Banderas, símbolos e identidad vasca en América (1880-1935)*, p. 18.

por todos los difuntos caídos en defensa de España. En el templo se colocó un catafalco con el letrero "Vizcaya noble los ensalza y llora, que por la patria en África murieron, y el pendón de la Cruz enaltecieron, la religión los glorifica y ora", acompañado del ros, la boina y la barretina, elementos que venían a representar al Ejército Regular, los Tercios Vascongados y los Voluntarios Catalanes. Además en los cuatro costados del catafalco estaban presentes los escudos de España, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya[93]. El patriotismo español con referencias vascas fue muy notable en las diferentes manifestaciones de exaltación y apoyo a la campaña. El discurso y las aclamaciones en las victorias tuvieron referentes de claro españolismo como España, Isabel II, O'Donnell o el Ejército, que copaban los "vivas", pero también otros específicamente vascos, como los "vivas" al país vascongado, a los Fueros o al general Latorre, aunque se fundían en clara sinécdoque con los españoles.

Desde Galicia no se llegó a lograr la creación de un cuerpo propio de voluntarios como en los casos vasco y catalán, pero ello no significa que no se participase igualmente del entusiasmo bélico, el fervor patriótico y el discurso nacionalista. Las celebraciones de las victorias y las funciones patrióticas aparecieron por todas partes. Por ejemplo en Santiago da cuenta *La Joven Galicia* (29-I-1860) de una función realizada a beneficio de los heridos de África, en la que en la decoración, además de flores, luces o colgaduras, destacaban los nombres de generales y batallas como Serrallo o Castillejos, y en la que se recaudaron 5.900 reales entre entradas y donativos.

El discurso empleado también participó de la fusión de elementos genéricamente españoles y específicamente gallegos, sin que hubiese un conflicto entre ambos. Las invocaciones al Apóstol Santiago fueron más constantes que en ningún otro sitio, y se recurrió a referentes históricos medievales considerados gallegos, como los reyes Alfonso VI y Alfonso VII, cuya aportación a la Reconquista fue notable, aludiéndose también con frecuencia a la participación gallega en episodios como las Navas de Tolosa o la conquista de Sevilla. Por ello también, como en el pasado, Galicia entregaría su valor y su sangre en beneficio de la patria, pese a que, como señalaba Rodríguez de Izquierda, su tierra estaba mermada por su falta de desarrollo y diversos males que la asolaban: "Galicia apenada por el hambre de 1853, muy luego por el cólera y hoy por el oídium, Galicia enferma, aunque hermosa, ocupará su puesto en la lucha"[94]. Desde el discurso liberal progresista, que insistía en que Galicia debía buscar en la modernidad la salida a sus males estructurales, hasta el más tradicionalista, el apoyo a la guerra fue patente. Incluso los provincialistas, precedente del galleguismo político, presentan a Galicia como la hija más fiel de la nación española, apuntándose sin ambages a la tendencia del resto de España[95].

La mayor parte de los textos y composiciones realizadas por autores gallegos relacionadas con la guerra fueron escritas en castellano. No obstante, es posible encontrar algunos ejemplos en gallego que se inscriben perfectamente en los mensajes patrióticos y el exaltado discurso que domina la inmensa mayoría de la producción en España entre 1859 y 1860. Por ejemplo en *O vello do Pico Sacro*, publicación de orientación provincialista y precedente de la prensa periódica en gallego, cuyo primer número se publica precisamente en 1860, se pueden encontrar algunos buenos ejemplos en diversas fechas:

[93] CAJAL: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 269.
[94] DOMÍNGUEZ DE IZQUIERDA, J.: en *La joven Galicia*, nº 4, (22-I-1860), p. 26.
[95] BERAMENDI, J. y TABOADA, S.: "Guerras y nacionalización en la Galicia del siglo XIX", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, Mª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 226.

Q'esta guerra é nacesaria
Xa ninguen o negaría […]
S'algun se atreve a negalo
Será mouro da mourisma […]
Dámol-os fillos gustosos
Por q'anosa nación viva
Con honra q' é despreciabel
O q' a honra non estima.

-¡Viva Spaña.!
-¡Viva a Reina!
-¡Que viva Odonelle o bravo!
-Viva Prim peito de ferro
-O campeador d'ogano.

Voemos a Áfreca
Ibeira Nacion
Q'o Mouro bandido
Manchóunol-a honor.
¡Á Afreca! ¡á Afreca!
Guerreiro Español!
¡Con sangre se lava
A mancha d'honor![96]

En Cataluña también predominó la producción en español, tanto artística como ensayística, respecto a la escrita en catalán, aunque esta última fue bastante más numerosa que la realizada en gallego. Los poemas y cánticos en catalán dedicados a los soldados fueron frecuentes, como éste que recogió Tomás García Figueras:

Ja tornan, ja, los fills de la victoria.
Ja tornan, ja, los inclits vencedores.
Por qui son los combats festas de gloria
Y los camps de batalla llits de foilrs[97].

O la muchas veces referida *Los nets dels almugàvers*, composición para canto coral escrita por Anselm Clavé, que también aparece referida muchas veces como *Els néts dels almogávers*, nombre por el que por ejemplo se anunciaba en *La Veu de Catalunya* de cara a las fiestas de Barcelona en 1919[98], lo cual también demuestra su éxito a lo largo del tiempo. Según Francesc Pujol y Joan Amades esta pieza era cantada y bailada con frecuencia, y popularmente se la conoció como *Rigodona de l'Africa*[99] (en *La Veu de Catalunya* aparecía *rigodón de l'Africa*). En su letra se pueden apreciar notables elementos del discurso catalano-español, así como un marcado belicismo y un papel central de los almogávares, referentes históricos como modelo de valor y entrega, que como ya vimos permitían insistir en la especificidad catalana, aunque fuese al servicio de España, y que tuvieron un peso notable en la Renaixença:

[96] *O Vello do Pico Sacro* nº 1 (3-III-1860), nº 2 (10-III-1860) e nº 3 (7-IV-1860), Cit. en BERAMENDI y TABOADA: "Guerras y nacionalización en la Galicia del siglo XIX", p. 226.
[97] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 173.
[98] "Las festes de la ciutat", en *La Veu de Catalunya* (15-VIII-1919), p. 11.
[99] PUYOL, F. y AMADES, J.: *Cançoner popular de Catalunya. Vol. 1: Diccionari de la dansa, dels entremesos i dels instruments de música y sonadors*, Fundació Concepció Rabell i Cibils, Vda. Romanguera, Barcelona, 1936, p. 130.

Nets dels guerrers almugàvers
Los fills del poble que un jorn a grechs doná dur botxorn
Mitj mon posá á sota peu
Ab sanch d'africans sabrem tenyir nostras dagas
Ab sanch d'africans sabrem rentar nostras mans
May podrá jent estranya
Tacar de Espanya'l bon nom
Primer s'enfonse l'Espanya
Primer que muyra tothom [...]
Sembrem de cadàvers llurs camps, si! si! [...]
Hurra som nets de uns héroes
Hurra al combat! [...]
Sens pietat corra sanch mora. [...]
Ferro, desperta ferro[100].

Hubo incluso obras teatrales que se representaron en catalán, como *Los voluntaris catalans*, de Víctor Balaguer, uno de los más destacados autores de la Renaixença; o *Los catalans en África*, de Joaquim Rubió i Ors, siempre cantando las glorias españolas, pero protagonizadas por unos voluntarios específicamente catalanes.

Finalmente, tampoco las provincias vascas fueron una excepción, aunque la inmensa mayoría de la producción se escribiese en castellano. Era una producción a la que fundamentalmente tenía acceso la población culta, pero tuvieron también bastante difusión los *bertso-paperak* (papeles de versos), hojas volanderas que contenían poemas en euskera, ya fuesen de autores populares o autores cultos que querían influir en las capas humildes[101]. Aunque esta difusión quedase limitada por el alto índice de analfabetismo existente, habría que tener en cuenta que serían habituales formas de transmisión oral de este tipo de textos, muy comunes especialmente en pueblos y aldeas, donde podían ser leídos en celebraciones o reuniones, e incluso memorizados y luego transmitidos por tradición oral. En general, se trataba de versos que legitimaban la guerra e intentaban promover la movilización de la población a favor de la misma (salvo un excepcional verso de un mozo que lamenta tener que marchar a la guerra). Por otro lado, era habitual recordar las antiguas victorias sobre los moros y llamar a la fidelidad del pueblo para defender la patria y los fueros[102], siendo estos últimos una referencia específicamente vasca con mucha presencia, como ya vimos al respecto de la creación de los Tercios Vascongados. Resulta un interesante ejemplo el poema *Español denenonran Afrika'ko gerragatik* (La Guerra de África por la honra de todos los españoles), que versa sobre la recuperación de España de un puesto entre las potencias, y cuya traducción en español sería:

Hacían burla en todas partes;
tanto por tierra
como por mar
no había en ningún lugar
ayuda para nosotros.
Era penosa

[100] PRADO, A.: *El retorn de l'Islam a Catalunya*, Libres de l'índex, Barcelona, 2008, p. 35.
[101] Aunque se pueden consultar algunos de estos poemas en la prensa de la época, Arturo Cajal Valero ha señalado señala que la mayor parte de los que conocemos se deben a la excepcional labor recopiladora de Antonio Zavala, recogida en *Arika'ko guerra (1859-60)*, Tolosa, Auspoa, 1977. Vid. CAJAL VALERO: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 283.
[102] CAJAL VALERO: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 284.

nuestra suerte
no era posible
seguir así
por mucho tiempo. […]
Se ha despertado el león
viva España
vivan los españoles
y vivan los vascos[103].

Otra composición muy paradigmática es *Marruecosco guerracuac*, del poeta Eusebio María de Azkue, en la que arengaba a los Tercios Vascongados a demostrar su valor y mantener bien alto el honor de los vascos en particular, materializado en su bandera:

Chapel gorrijak, mutil vicijac,
Batera ibili, beti guztijac,
Basco bandera imiñi artian
Fezco minaret ganian.

Chapelgorris, vivos muchachos
Id todos a una, siempre,
Hasta poner la bandera vasca
Encima del minarete de Fez[104].

A modo de conclusión, podemos decir que la Guerra de África favoreció una fuerte reacción patriótica de la que participaron al mismo tiempo la identidad española y las identidades regionales, incluso aquéllas con más amplio arraigo, que precisamente se encontraban en una etapa de despertar cultural que la guerra contribuyó a avivar, pero que ya venía de antes. Los primeros *Xogos florais* de Galicia datan de 1861, lo que podría dar lugar a pensar en la influencia de la ola romántica de 1859-60, pero se hicieron a imitación de los *Jocs florals* catalanes, cuya primera edición fue en mayo de 1859, justo antes del conflicto, que fue el tema más recurrente en su segunda edición. Esto es una buena demostración de que la guerra coincidió con un momento de importante afirmación cultural, tanto española como específicamente regional.

El hecho de que la guerra fuese contra un enemigo tradicional y lejos del territorio patrio contribuyó notablemente a la solidez del discurso patriótico. También que se saldase de forma victoriosa (no como otras de las intervenciones exteriores del periodo) favoreció su éxito. Sin embargo, todo este despliegue tuvo muy poco alcance en el tiempo y, terminada la contienda, los ánimos se apagaron muy rápido, perdiéndose el efecto de esta efusión de patriotismo español justo en unas décadas que iban a ser decisivas para el desarrollo de las identidades nacionales periféricas en España.

Un enemigo que merece ser escarmentado, conquistado y civilizado

La imagen del marroquí, generalizado como "el moro", enemigo secular de los españoles, ya estaba fuertemente estereotipada cuando llegó la Guerra de África, como hemos visto en el capítulo introductorio. Durante el conflicto, y una vez terminado el mismo, la mayor parte de los estereotipos y prejuicios se mantuvieron, adquiriendo incluso una nueva dimensión que sirvió para establecer un adversario que supusiese la

[103] Cit. en CAJAL VALERO: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 285.
[104] Cit. en y traducida por ÁLVAREZ GILA: *Ikuriñas antes de la ikurriña*, p. 18.

contraimagen que se necesitaba para consolidar la imagen propia del Yo nacional[105], tan fundamental en el desarrollo de los nacionalismos. Aunque el despliegue militar fue lo suficientemente grande como para que varios miles de españoles conocieran a los *moros* a través de sus propios ojos, la inmensa mayoría de la gente tuvo que seguir conformándose con las representaciones gráficas, los relatos escritos y el tradicional boca a boca que secularmente había servido para difundir las maldades de los *moros*.

La demonización del enemigo fue también un argumento muy útil para justificar la guerra, independientemente del razonamiento principal por el cual ésta se considerase necesaria. Nos parece que en los verbos escarmentar, conquistar y civilizar se resumen muy bien las variables que se encuentran en los diversos discursos bélicos y que confluyen en demostrar la necesidad del conflicto armado. Escarmentar porque los *moros* habían ultrajado el honor español y merecían pagar por ello, conquistar porque era el momento de que España recuperase su lugar entre las grandes potencias ampliando sus posesiones, y civilizar porque el progreso hacía imperativo contribuir a cambiar el estado de salvajismo en el que las gentes al otro lado del Estrecho se encontraban. José Planellas, científico barcelonés afincado en Santiago, escribía así desde *La Joven Galicia* acerca de las "feroces hordas de la barbarie":

> Pueblos semi-salvages, que no escuchan mas que á sus odios, saciarán su furor con sangre de vuestras venas. Irrevocablemente, para esos pueblos no hay más justicia que la del sable, ni otro argumento que el estampido del cañón. Caiga, pues, sobre sus cervices la cuchilla del pueblo injuriado, y abra la metralla anchas brechas con sus nutridos escuadrones[106]

Pero pese al empleo de estos argumentos, apelaba a la civilización para mantener un cierto reconocimiento de la humanidad de los enemigos, la misma que se esgrimía a la hora de pensar en sacarlos del atraso al que habían quedado condenados:

> Lamentamos tanta sangre derramada, tantas víctimas inmoladas al ciego furor de las peleas: los unos porque son nuestros hermanos, porque en vida fueron la honra de la patria, porque son mártires gloriosos de nuestra redención: los otros porque, si bien ignorantes, fieros y soberbios, al fin son hombres[107].

A pesar de la existencia de argumentaciones concretas en este sentido, lo que se impuso fue sin duda la idea del primer párrafo sobre la del segundo, pudiéndose considerar que todo lo que se hiciese contra el enemigo estaba más que justificado, y a nadie debía extrañar que no se tomasen prisioneros[108]. Incluso se generalizaron y celebraron representaciones gráficas en las que los *moros* derrotados aparecían casi como trofeos de caza, expuestos sin atisbo alguno de respeto e incluso en grandes montones de cadáveres. En la obra teatral *El héroe de Anghera* aparece un ejemplo muy explícito de esta imagen peyorativa del *moro* y lo sobradamente justificado que estaba tratarlo sin compasión. Nos referimos a la ejecución de unos *moros* que se habían rendido, a los que se insulta y golpea antes de matarlos a tiros, mientras éstos intentan morder a los

[105] NÚÑEZ SEIXAS*: ¡Fuera el invasor!*, p. 14. Vid. también NÚÑEZ SEIXAS y SEVILLANO: "Las Españas y sus enemigos", pp. 13-27.
[106] PLANELLAS, J: "Guerra de África", en *La joven Galicia*, nº 2 (8-I-1860), p. 2.
[107] PLANELLAS, J: "Guerra de África", en *La joven Galicia*, nº 2 (8-I-1860), p. 2.
[108] El médico militar Nicasio Landa señalaba en su crónica que, después de que se recuperasen dos cadáveres españoles descabezados, había entendido por qué no tenían prisioneros: LANDA, N.: *La campaña de Marruecos (1859-1860). Memorias de un médico militar*, Algazara, Madrid, 2008 (original de 1860), p. 39.

españoles que dicen cosas como: "mi sargento, este bárbaro se come mi poncho, y temo que si no lo achoco me come los huesos"[109]. Además, se remarca en repetidas ocasiones la fealdad de sus enemigos. Después de la ejecución, uno de los españoles se dirige al público para apuntillar lo siguiente:

> "Dios mío, qué cosa tan horrible! No culpéis a mis camaradas por esta sangre vertida. El soldado español es generoso porque es cristiano; pero de nada sirven con las fieras los sentimientos de piedad"[110].

Evaristo Ventosa, en su *Historia de la guerra de África*, fue más comedido, tratando de explicar que los españoles se habían visto forzados a actuar con extrema dureza por las circunstancias: "A pesar de la moderación y del buen trato de que eran objeto los *moros* por parte de nuestros soldados, estos no podían separarse algunos pasos del campamento sin exponerse a ser asesinados"[111]. El mismo autor señalaba además que los españoles fueron muy benevolentes al principio, pero que llegado un momento no tuvieron problema en quemar aldeas enteras como escarmiento[112].

Es evidente que la imagen peyorativa del enemigo había sido claramente exagerada, tanto en lo relativo a su desempeño bélico como a su sociedad y costumbres, por más que en muchos casos tuviese una cierta base real. Algunos de los señalados no distan mucho de lo dicho por fuentes marroquíes de la época, como la indisciplina y el desorden característicos del guerrero marroquí. Así por ejemplo se expresaba Ahamed En-Nasiri en su obra en árabe sobre la Guerra de África:

> El guerrero musulmán va a combatir sin víveres ni agua: cuando tiene hambre o sed le es necesario satisfacerlos como sea… los musulmanes combaten sin orden ni concierto: se esconden antes de atacar, pero no saben abordar al enemigo de frente sino en grupos aislados e intermitentemente… cuando muere el día, cada uno regresa a su jaima, generalmente situada lejos del campo de combate… además de todo lo anterior, no cuentan con un jefe que les indique lo que hay que hacer[113].

Por supuesto, no todo fue visión negativa, aunque las positivas fueron minoritarias, especialmente de autores que, como Alarcón en literatura o Fortuny en pintura, quedaron fascinados por lo que vieron en Marruecos. Pero incluso en estos casos, como veremos más adelante, se justificaba la guerra y era leída en clave heroica. Lo que sí se exaltaba con frecuencia era la capacidad guerrera de los *moros*, pero solo porque, para vender las heroicidades de los soldados españoles, el enemigo tenía que estar a la altura, como indicaba *El Clamor público*: "los moros, que se baten con valor y parecen dirigidos por jefes inteligentes y conocedores de la estrategia moderna"[114]. Así, cada victoria española resultaba mucho más meritoria que si se hablaba siempre de un enemigo desorganizado, cobarde y mal armado.

Pero una cosa era escarmentar a los *moros* y otra muy diferente llevar a cabo una expansión territorial por el norte de Marruecos. Antes incluso de que dieran comienzo las

---

[109] AYLLÓN Y ALTOAGUIRRE, M.: *El héroe de Anghera*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1860, p. 31.
[110] Ibídem, p. 32.
[111] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 943.
[112] Ibídem, p. 944.
[113] ENNA-SIRI, A.: *Kitab el Istiqsa*. (1898), cit. en MORALES LEZCANO, V.: *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1986, p. 36.
[114] "Guerra de África", en *El Clamor público*, 27-XI-1859, p. 1.

operaciones, poco después de los incidentes fronterizos, se generó una corriente de opinión transmitida sobre todo a través de la prensa y de otras publicaciones, que intentaba convencer al público de las ventajas y facilidades que tendría la conquista del norte de Marruecos. Fue el caso de Ignacio de Abenia Taure en su obra *Memorias sobre el Riff, su conquista y colonización*, en la que afirmaba que "El Riff nos convida a su conquista, y España cuenta con elementos suficientes para poseerlo"[115]. Muy optimista en sus análisis, este autor consideraba que era el momento idóneo, que la colonización podría ser posible desde el primer momento y que someter a los *moros* no sería gravoso en hombres ni en dinero[116]. Semejante actitud estaba además justificada por el desprecio generalizado al enemigo. Abenia Taure consideraba el Rif como "un país de piratas" y a sus habitantes como "un pueblo bárbaro", llegando al punto de afirmar que "El Riff no es otra cosa que un país de foragidos reunidos en sociedad para ser el azote del género humano"[117]. A pesar de todo esto, también veía posible su redención, e insistía en la necesidad de ser amable con la gente del territorio, con el objeto de ir sentando las bases para una futura colonización. En su discurso, por tanto, como en tantos otros de la época, se unían las ideas de escarmentar, conquistar y civilizar.

Los británicos, el enemigo invisible

Ya hemos aludido a cómo la oposición frontal que Londres manifestó hacia cualquier cambio territorial en las inmediaciones del Estrecho frenó en buena medida los posibles deseos expansionistas españoles. Hay que tener además en cuenta el contexto: por un lado, la cada vez mayor competencia de las potencias europeas por ir ganando influencia en África; por otro, el inicio precisamente en abril de 1859 de las obras del Canal de Suez, un ambicioso proyecto que iba a cambiar para siempre el tráfico marítimo mundial, y que incrementaría de forma notable la importancia estratégica del estrecho de Gibraltar.

A través del embajador británico en Madrid, el Gobierno de Londres había hecho saber a España que no deseaba cambio alguno en la posesión de la costa del Estrecho. El manifiesto fue dirigido al Ministro de Estado, Calderón Collantes, y en él se pedía una declaración escrita del gobierno español en la que asegurase que, en caso de tener que ocupar la plaza de Tánger debido a las hostilidades, dicha ocupación sería temporal, pues era vista como un peligro para la seguridad de la fortaleza británica de Gibraltar[118]. Esta petición, si bien no muy divulgada, fue respondida positivamente desde España, lo cual comprometía bastante al Gobierno, aunque el embajador español en Londres manifestó "el derecho de España a obrar respecto al Sultán con completa libertad e independencia[119]. La elección de Tetuán como objetivo, y el hecho de que nunca se realizara el avance hacia Tánger, esperado por muchos, respondieron en buena medida a

[115] ABENIA: *Memorias sobre el Riff,* p. 5.
[116] Señalemos aquí que consideraba la cifra de 20.000 hombres como suficiente para la invasión, y que con el añadido de 10 ó 12.000 más se podría asegurar la conquista con la mayor brevedad y mínimo gasto. Sus requerimientos fueron holgadamente superados en la realidad, lo que no impidió notables pérdidas y unas costosísimas operaciones, demostrando en buena medida la falta de perspectiva del autor. ABENIA: *Memorias sobre el Riff,* p. 67.
[117] ABENIA: *Memorias sobre el Riff,* p. 49.
[118] COMELLAS: *Isabel II,* p. 271.
[119] ANGUERA: *El general Prim*, p. 309.

este acuerdo firmado con los británicos. La postura de Londres también pudo influir en la ausencia de grandes beneficios territoriales en el tratado de paz[120].

Aun así había autores como Ignacio de Abenia Taure que, faltos de una perspectiva realista sobre la situación internacional, creían que España no debería detenerse por "lo que podrán decir por su adquisición otras naciones", considerando que además había un precedente perfectamente válido: "obremos como la Francia en Arjel, que si la envidiaron las Naciones extranjeras la elogiaron al infinito por haber desterrado, totalmente, la piratería de aquellas costas y las de Europa"[121]. La comparación con lo que había hecho Francia desde 1830 fue bastante frecuente, y se esgrimió a menudo como un motivo más para que España hiciese valer sus derechos históricos en Marruecos, antes de que se le adelantaran. Fuera cual fuera el impacto real de la política exterior de Gran Bretaña en el desarrollo y desenlace de la Guerra de África, la convicción de que los británicos boicoteaban los avances españoles, e incluso ayudaban directamente a los marroquíes en su lucha contra España, estuvo muy extendida en los diferentes medios de la época. También hay ejemplos en la literatura, como la forma en la que el Duque de Rivas se acordaba de los británicos en su Romance II para *El Romancero de la Guerra de África*:

> Sólo se respira guerra
> y vengar el desacato,
> aunque impedirlo procuren
> con sus encubiertos tratos
>
> Los que ¡oh vergüenza! aún ocupan
> de Gibraltar el peñasco,
> para envilecer a España
> con su innoble contrabando[122].

Esta perspectiva fue una constante en la prensa, y rara era la publicación periódica en la que no aparecieron en algún momento referencias a la postura británica. La resumía muy bien *El Clamor público* en enero de 1860:

> Nuestros lectores saben cuál ha sido la conducta del Gobierno inglés respecto de nosotros desde el momento en que temió que pudiéramos hacer la guerra a Marruecos, cómo se esforzó al principio por hacer la paz, aun a costa nuestra; cómo después trató por todos los medios de fijar á la guerra los límites que creyó convenientes; cómo en fin procuró, aunque en vano, privarnos de los recursos necesarios para hacerla con éxito[123].

A diferencia de lo que pasó a finales de siglo con respecto a Estados Unidos, cuando se consideró que estaba ayudando a través del contrabando a los rebeldes cubanos en su lucha contra España, en 1860 no se alzaron voces que pidieran el enfrentamiento contra Gran Bretaña, considerada entonces sin duda como la primera potencia militar del mundo especialmente por su poderío naval, contra el que poco podría hacer la decadente

[120] No obstante, seguimos sin conocer las verdaderas intenciones de O'Donnell en este punto, por la contradicción que supone plantear que la guerra no era de conquista, y posteriormente no ceder en las negociaciones respecto a la ocupación de Tetuán hasta que se comprobó que Marruecos no la aceptaría en ningún caso y sería necesario extender más el conflicto.
[121] ABENIA: *Memorias sobre el Riff*, p. 27.
[122] RIVAS, DUQUE DE: "Romance II" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 29. Para el contrabando relacionado con Gibraltar en el XIX vid. SEPÚLVEDA, I.: *Gibraltar. La razón y la fuerza*, Alianza, Madrid, 2004, p. 188 y ss.
[123] *El Clamor público*, 31-I-1860, p. 2.

flota española. De hecho, la idea surgida en Sevilla de que cada provincia española costease un buque de guerra no respondía a una necesidad directamente relacionada con la guerra contra Marruecos, cuyo potencial naval era mínimo, sino a la de competir con los británicos y no tener que estar plegándose siempre a sus exigencias.

Cronistas para retransmitir una guerra

Muchos de los que participaron en el enfrentamiento armado que tuvo lugar en tierras marroquíes tenían muy claro que estaban asistiendo en primera persona a un episodio de enorme valor simbólico que se proyectaría con luz propia en el futuro. Por ello, fueron muchos también los que volcaron una gran preocupación en la narración de los hechos, relatándolos ellos mismos o rodeándose de escritores para que se encargasen de hacerlo. Detrás de este interés podemos distinguir un afán claro por "hacer historia", por dejar escritas las gestas para darlas a conocer y para que su recuerdo perdurase. Pero además también había un cierto afán "periodístico", pues aunque la figura del corresponsal de guerra no estaba todavía consolidada, las crónicas enviadas para su publicación en la prensa por periodistas que estaban, presuntamente, viviendo los hechos de primera mano, tuvieron un auge que hasta ese momento era inusual en España. Eso sí, la publicación de estas crónicas no era tan inmediata como lo sería en décadas posteriores, por las dificultades en las comunicaciones. María Antonia Fernández señala que las cartas de Núñez de Arce tardaban siete días en llegar a las páginas de *La Iberia* por la lentitud del correo, y que la línea telegráfica entre Tarifa y Ceuta, la única que entonces cruzaba el estrecho, solo funcionó entre el 19 de diciembre de 1859 y el 8 de enero de 1860 porque se rompió el cable[124].

Entre las numerosas obras de estas características brilla con luz propia el *Diario de un testigo de la Guerra de África*[125], del escritor granadino Pedro Antonio de Alarcón, al que por su alcance, repercusión y difusión dedicaremos un apartado propio a continuación. En esta obra se combinan las dos facetas anteriormente referidas: la de crónica periodística destinada a informar y la de relato para la posteridad, que canta las hazañas de una guerra cuyo recuerdo se creía llamado a perdurar en el tiempo.

Como se pudo constatar en 1860, la crónica era un género en auge, que generalmente iba apareciendo por entregas en los periódicos, aunque a veces se publicase como un único volumen. Varios de los autores de las principales crónicas de la campaña eran corresponsales de algún periódico. Pedro Antonio de Alarcón lo era de *El Museo Universal*, Gaspar Núñez de Arce de *La Iberia*, Carlos Navarro de *La Época*, Juan Antonio Viedma de *Las Novedades*, Juan Pérez Calvo de *El Eco de Europa*, Joaquín Mola de *El Diario de Barcelona* o Lafuente Alcántara de *Crónica del Ejército y la Armada*. Sobre la veracidad de sus escritos conviene ser cautos, pues incluso en su momento fueron varios los autores criticados por estar en Ceuta escribiendo tranquilamente sus crónicas basándose en relatos de otros. Tomás García Figueras se refiere al ejemplo de Carlos Navarro, que pese a los 32.000 reales anuales que cobraba no parece que hubiese hecho lo que el diario *La Época* esperaba de él[126]. La mayor parte de los escritores de estas crónicas fueron civiles, pero también hay un núcleo bastante importante de militares,

[124] FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, M. A.: "Introducción", en NÚÑEZ DE ARCE, G.: Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860), ID. (Ed.), Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 31-32.
[125] ALARCÓN, P. A.: *Diario de un testigo…*
[126] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 44.

entre los que destacan Antonio Ros de Olano (Aunque sus *Episodios Militares* no llegaron hasta 1884[127]) o José Gómez de Arteche.

Al margen de la obra de Pedro Antonio de Alarcón, una de las crónicas más destacadas fue *Recuerdos de la campaña de África*[128], de Núñez de Arce. Pese a presentar ciertas semejanzas con *Diario de un testigo de la Guerra de África*, la obra carece del romanticismo, la exhaustividad y el interés por el exotismo de ésta. El esfuerzo de Núñez de Arce por intentar comprender el atraso en el que vive el pueblo marroquí, así como sus descripciones realistas, hacen que su crónica tenga un toque mucho menos literario que la de Alarcón, aunque mantenga en parte el envoltorio romántico tan del gusto de la época[129]. Como el autor granadino, Núñez de Arce osciló entre el respeto por el enemigo, tanto por su dignidad como pueblo como por su dureza en la lucha, y el desprecio por él, sobre todo por su ignorancia, superstición e indolencia. A finales de marzo se alineó claramente con la idea de que el abandono de Tetuán era la opción más sensata, por la voluntad de resistencia del pueblo marroquí, y su posición favorable a la paz provocó discordias con *La Iberia*, que se negó a publicar uno de sus artículos, lo que provocó el fin de su vinculación al diario[130].

Otra obra interesante es *La campaña de Marruecos, Memoria de un médico militar*[131], de Nicasio Landa (1860). Para este autor África eran hospitales, heridos, enfermedades, muerte y terminología médica. Es bastante detallista con el fin de atrapar la atención del lector, usando el lenguaje de la Medicina como lenguaje de guerra. Además, aparecen algunas crudas descripciones que no fueron muy habituales en la época. Pero su discurso, con términos como sueño para referirse a la muerte, o el sentido de camaradería que acompaña al soldado al sacrificio le dan a éste una cierta dignidad[132]. Su obra es en buena parte un análisis del desempeño del cuerpo de Sanidad Militar en la campaña, pero también hay mucho de crónica personal[133].

Pese a la presencia de estos cronistas del frente, la mayor parte de las principales historias o crónicas de la campaña fueron hechas por autores que poco o nada participaron de la misma. Este es el caso, por ejemplo, de Víctor Balaguer, que escribió *Jornadas de Gloria* y *Los españoles en África*; Félix González Ruesgas, autor del *Diario de la guerra de África* (1860); Evaristo Ventosa (pseudónimo de Fernando Garrido) con su ingente *Historia de la guerra de África* (1859), en la que fue relativamente crítico con la campaña y el gobierno, aunque mostró su reconocimiento hacia algunos aspectos positivos de la guerra, especialmente la movilización social generada[134]; la *Crónica de la Guerra de África*, de Emilio Castelar, F. de Paula Canalejas, G. Cruzada Villaamil y Miguel Morayta; o el *Juicio crítico de la guerra de África*, de Victoriano de Ameller (1861), un

127 ROS DE OLANO, A.: *Episodios Militares*, Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid, 1884.
128 NÚÑEZ DE ARCE, G.: *Recuerdos de la campaña de África*, Imprenta de José M. Rosés, Madrid, 1860.
129 María Antonia Fernández ha considerado que su deseo de veracidad parece más bien un recurso retórico: NÚÑEZ DE ARCE: *Crónicas periodísticas…*, pp. 233 y 245.
130 NÚÑEZ DE ARCE: *Crónicas periodísticas…*, p. 282 y ss.
131 LANDA, N.: *La campaña de Marruecos (1859-1860). Memorias de un médico militar*, Algazara, Madrid, 2008 (original de 1860).
132 CLARK, R.: "A Critical Re-evaluation of Languages of War in Spain's Relations with Morocco (1859-1921)" en *Bulletin of Hispanic Studies* 88.7 (2011), p. 752.
133 Una crónica realizada con pretensión de exactitud y veracidad que, aunque no exenta de ensalzamiento del Ejército español, resulta mucho más creíble que por ejemplo la de Alarcón, en parte por su estilo más sencillo y directo.
134 La fecha de 1859 para algunas de estas obras se corresponde al momento en que comenzaron a publicarse, pero hay que tener en cuenta que ninguna estaría completa hasta 1860.

exhaustivo ensayo sobre la campaña y sus problemas, y que por su interés analizaremos en detalle más adelante[135].

A pesar de la existencia de algunas voces críticas con ciertos aspectos de la campaña, la mayor parte de las crónicas contribuyeron a difundir una imagen muy positiva de la guerra. Ésta resaltaba su carácter heroico, de gloria nacional, justificaba los importantes sacrificios que estaba suponiendo, al insistir en la guerra como algo totalmente necesario para salvaguardar el honor nacional. No sucedió nada comparable a lo que pocos años antes se había visto por ejemplo en Gran Bretaña, con crónicas sobre la Guerra de Crimea como las de William Howard Russell, corresponsal del *The Times*, que con sus duros y difundidos escritos contribuyó a generar una notable corriente de opinión en contra de la guerra, que llevaría incluso a la caída del gobierno de Lord Aberdeen en 1855[136]. La Guerra de Crimea marcó un punto de inflexión en la forma de cubrir y difundir los conflictos armados, que se notó en la Guerra de África, aunque no del modo comentado para el caso británico. No obstrante, la presencia de numerosos corresponsales era algo insólito en un conflicto español, y desde entonces se convertiría en algo usual. Hay que dar cuenta incluso de la presencia de extranjeros como Frederick Hardman (*The Times*) y Charles de Yriarte, que se enroló en el Ejército español como dibujante del periódico *Le Monde illustrè*, y en 1861 publicó *Sous la tente, souvenir du Maroc*[137].

Alarcón, el cronista por excelencia, y su influyente diario de un testigo

El granadino Pedro Antonio de Alarcón había ido a Marruecos como corresponsal de *El Museo Universal*. Son muchísimos los autores que hablan de él como un precursor, o como el primer corresponsal de guerra hispánico. Esta afirmación, a nuestro modo de ver, resulta matizable, pues mientras enviaba sus crónicas desde el norte de África, corresponsales de otros periódicos, como los que hemos referido anteriormente, hacían lo mismo. Quizá sea más correcto hablar de él como el más destacado exponente, por difusión y trascendencia de sus escritos, de un tipo de crónica militar que durante la Guerra de 1859-60 tuvo en España una notable emergencia[138].

Ya nos hemos referido a la voluntad de "hacer historia" de muchos de los que acudieron a la llamada de las armas contra Marruecos, y de la importancia que tiene desde el punto de vista del estudio de la memoria este deseo de perpetuar las gestas que estaban por venir. En este sentido, Alarcón es un modelo excelente, no solo por su diario, sino también por su intención de ser un precursor y que se le recordase por ello. Intentó ser el primero en introducir la fotografía en Marruecos, llevando consigo un cámara; y fundó *El Eco de Tetuán*, que quedó para la historia como la primera manifestación de prensa

135 BALAGUER, V.: *Jornadas de gloria o los españoles en África*, Librería Española, Madrid, 1860. GONZÁLEZ RUESGAS, F.: *Diario de la Guerra de África*, Imprenta de Anselmo Santa Coloma, Madrid, 1860. VENTOSA, E.: *Historia de la guerra de África*, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860. CASTELAR, E.; PAULA CANALEJAS, F. DE.; CRUZADA VILLAAMIL, G. y MORAYTA, M.: *Crónica de la Guerra de África*, Imprenta de V. Matute y B. Compagni, Madrid, 1859. AMELLER, V. DE: *Juicio crítico de la Guerra de África*, Imprenta de Francisco Abienzo, Madrid, 1861.

136 ROTH, M. P.: *Historical Dictionary of War Journalism*, Greenwood, 1997, p. 266.

137 YRIARTE, C.: *Sous la tente, souvenir du Maroc*, Morizot, Paris, 1863.

138 Márquez Villanueva lo define como "el iniciador en España de la moderna literatura de reportaje". MÁRQUEZ VILLANUEVA, F, en PÉREZ GALDÓS, B.: *Aita Tettauen* (Edición comentada), Akal, Madrid, 2004, p. 26.

marroquí[139]: "Mañana, acaso, se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá eternamente. No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico"[140]. El 2 de diciembre (un día antes de alistarse) Alarcón escribía desde Málaga sobre las motivaciones de su viaje, insistiendo sin reparos en su afán de protagonismo, aunque adornado con las responsabilidades para con su patria:

> ¡Allí luchaban por mi patria, por mis hermanos, por mí, por cuantos tienen en las venas sangre española! […] Y ¿había de contentarme yo con ser mero testigo donde tenía la obligación de ser actor? ¿Podría yo permanecer ocioso, indiferente, avaro de mi sangre, mientras que mis hermanos combatiesen ante mis ojos por nuestra madre la España?[141]

Alarcón fue a Marruecos en condición de ordenanza del general Ros de Olano, lo que le permitió acompañar al Tercer Cuerpo de Ejército y disfrutar de ciertos privilegios como tener su propio caballo, una tienda o un criado[142]. Aunque en principio Alarcón no pensaba combatir, llegó a tomar parte en acciones muy destacadas, hasta el punto de recibir varias condecoraciones, incluyendo la Cruz Laureada de San Fernando, la más alta condecoración militar española[143]. Pese a ello, según sus propias palabras, nunca estuvo interesado en la carrera militar, y reconoció no poseer las condiciones para ser oficial[144].

Diario de un testigo de la guerra de África es una obra que, como muy bien ha apuntado González Alcantud, está "entre el reportaje de guerra y la confesión personal"[145]. Esta última característica encaja muy bien con el diario de tradición romántica, notablemente subjetivo y centrado en todo momento en los sentimientos personales del autor; pero la obra tiene también mucho de crónica, con pretensiones de objetividad y de tener al mismo tiempo valor documental y periodístico. De todos modos, Alarcón en ningún momento se consideró un historiador, creyendo carecer de dotes para ello y afirmando directamente que el libro "no es la Historia de la campaña, sino el Diario de un testigo", en el que prometía ser "narrador exacto"[146].

Pero cualesquiera que fueran las pretensiones de objetividad de Alarcón, éstas quedaron bastante lastradas por el artificioso estilo empleado en la narración, así como por la glorificación que hace de la guerra y la visión romántica de todo su periplo por tierras africanas. Aunque con frecuencia se ha considerado que el romanticismo del autor está fuera de contexto, desde nuestro punto de vista tiene poco de anacrónico. Aún con la evidencia de que por entonces esta corriente literaria estaba en decadencia, en relación directa con la imposición del realismo, el movimiento romántico todavía estaba muy vivo, lo cual quedó demostrado con su influencia en muchas de las manifestaciones culturales relacionadas con la guerra y con los diferentes discursos en general empleados. El

---

[139] Alarcón consiguió el impacto mítico que buscaba, pese a que la difusión del periódico fue mínima y su vida corta, hasta el punto de que se le perdió la pista y en años posteriores se llegó a dudar de su existencia, finalmente indudable por la aparición de algunos ejemplares.

[140] ALARCÓN, P. A., en el número inaugural de *El Eco de Tetuán*. Cit. en ALARCÓN: *Diario de un testigo…* p. 484

[141] ALARCÓN: *Diario de un testigo…* p. 27.

[142] Como muestra de agradecimiento, Alarcón dedicó al general su famosa obra.

[143] Para más detalles sobre las acciones por las que Alarcón recibió reconocimiento militar Vid. ENRIQUE, A.: "África: radiografía de un sentimiento en Pedro Antonio de Alarcón", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 108.

[144] GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: "Poética de la conquista en la obra orientalista de Pedro Antonio de Alarcón", en ID. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 16.

[145] Ibídem, p. 20.

[146] ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, pp. 26, 63.

siguiente fragmento es un ejemplo muy revelador del cariz de la obra y del planteamiento general que le da Alarcón en todo momento:

> […] Hace que la guerra se vaya convirtiendo, de bárbaro tormento y dolorosa prueba que era hace algunos días, en poético torneo o caballeresca cruzada, en empresa sublime, en epopeya viviente, en una de esas campañas, en fin, embellecidas por el romance o por la tradición[147].

En su análisis del conflicto, Alarcón resulta un buen paradigma de la consideración del musulmán como el Otro que se puede encontrar en la mayor parte de las obras de esta etapa, y que entronca con la tradición anterior que lo convierte en el enemigo secular de España. Pero al mismo tiempo se percibe en el diario un cierto respeto por el *moro*, que podría derivar del origen granadino de Alarcón, quien incluso mostró un cierto orgullo por las raíces *moras* que afirmaba tener. No obstante, aunque en ocasiones ensalzó al enemigo y se identificó con él, tratando de ponerse en su lugar para interpretar los hechos, a lo largo de toda la obra predomina la visión negativa.

La imagen peyorativa del moro iba muy ligada a su religión, pues Alarcón participaba de la idea de guerra santa, llegando a haber en el diario una clara identificación entre ser español y ser católico. El que el enfrentamiento fuese con el tradicional enemigo de la región cristiana potenciaba la importancia de Dios como elemento central a favor de la victoria española, presente de forma constante a lo largo de las páginas del diario:

> Nuestra causa es santa; es que Dios nos guía, es que llevamos la seguridad de vencer y el derecho de triunfar; es que sabemos que nuestra muerte en África sería el mejor timbre de nuestro nombre y de nuestra vida.

Como acabamos de señalar, se fundió la imagen peyorativa del *moro* con una cierta atracción hacia él, especialmente por su exotismo. Alarcón ya se sentía atraído por Marruecos antes de su viaje, y durante el mismo trató de conocer todo aquello que siempre le había llamado la atención. Uno de los aspectos que más le interesó fue la psicología de los marroquíes, que trató de entender sin dejarse condicionar por sus prejuicios, pero no llegó muy lejos y siempre predominó la crítica. Su visión peyorativa se hizo también extensiva a los judíos, a los que criticó por su facilidad para cambiar de bando o carecer de honor, mostrando un gran desconocimiento de su historia y costumbres, especialmente cuando creyó que habían aprendido algo de castellano para adular a los españoles, sin saber que lo conservaban desde hace siglos[148]. Donde más se aprecia su atracción por lo marroquí es respecto a la ciudad de Tetuán, a la que se refirió como "odalisca" o "bellísima sultana", como si fuese una mujer, por el deseo y atracción que en él despertaba.

En la obra abundan las descripciones de lugares, gentes y costumbres, pero el peso principal de la narración recae en los episodios bélicos, que son narrados con exhaustividad. Aunque a veces reconoció la dureza de las condiciones y se atisba el lado más duro de la guerra, siempre termina alabando la actitud del Ejército español, y no hay crítica a la guerra. Todo está envuelto por un vocabulario rimbombante y frecuentes referencias clásicas, muy en la línea de la tradición romántica, con las que Alarcón enfatizó los hechos, incrementando su halo legendario. Sirva de ejemplo su comparación

[147] Ibídem, p. 256.
[148] ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, p. 346. No cometió el mismo error el médico Nicasio Landa, que en su crónica sí aludía a esta peculiar conservación del idioma español: LANDA: *La campaña de Marruecos*, p. 127.

entre el enfrentamiento de Cabo Negro, donde hay un paso estrecho de difícil acceso, con la batalla de las Termópilas[149]. La exaltación también incluye las cifras de combatientes, siempre muy desfavorables para el Ejército español, así como poco fiables, algo habitual porque no se disponían de medios muy eficaces para calcular el volumen numérico del enemigo. Pero cuanto mayor fuese la diferencia, mayor era la gloria, y las cifras que reflejaron los cronistas de entonces fueron mayoritariamente asumidas, y consideradas como válidas durante décadas por casi toda la historiografía.

> Esta ha sido la memorable batalla de los Castillejos, ganada por menos de ocho mil españoles contra todo el ejército marroquí, compuesto hoy por más de treinta mil combatientes[150]

Alarcón ensalzó con frecuencia a figuras concretas de la campaña como O'Donnell, Prim o Ros de Olano, pero en general destacó la existencia de una unidad por encima de las gestas colectivas, afirmando que todos eran uno en la lucha, que no se llevaba a cabo en pos de glorias individuales sino en conjunto por la gloria de una patria de la que todos formaban parte.

Alarcón fue consciente en Marruecos del entusiasmo que el conflicto estaba generando en la Península, y que él contribuía a incrementar. Consideraba lógico dicho entusiasmo debido al renacimiento de la grandeza pasada gracias a la "ostentación de nuestra fuerza" o al valor de "derrotar ejércitos extranjeros y tomar plazas enemigas"[151]. El autor consideró la guerra como justa por la necesidad de lavar el honor ultrajado, pero en general rechazaba la idea de ocupar el territorio, aunque en ocasiones la contempló por afán civilizador, siendo en este aspecto un precursor de los africanistas de finales de siglo. Aun así, Alarcón nunca pensó en aspiraciones económicas o de política interior, como hicieron muchos otros autores. Para Alarcón, en un territorio de las características de Marruecos, era imposible la dominación si había actitud de resistencia, pues el hostigamiento sería muy grande, y con una población aguerrida y dispersa, la sangría sería terrible[152]. Este planteamiento hubiese supuesto una valiosa lección en el siglo siguiente de haber sido escuchada.

Diario de un testigo de la Guerra de África destacó por sus virtudes literarias en una época en la que la copiosa producción escrita sobre el conflicto fue básicamente circunstancial y de poca calidad, razón por la cual ha sido tan recordada y se la ha considerada la principal obra escrita en su tiempo sobre la guerra. Pero lo que más nos interesa aquí es el decisivo impacto que tuvo en España a causa de su enorme difusión, logrando que la visión que muchos españoles tuvieron de la Batalla de los Castillejos, de la ciudad de Tetuán, del Ejército español o de sus enemigos, fuese la directamente derivada de la lectura de las crónicas de Alarcón. Y no solo eso: con posterioridad, el *Diario* permaneció como una lectura ineludible para todo aquel que quisiese acercarse al conflicto iniciado en 1859, convirtiéndose, pese a sus evidentes limitaciones como fuente objetiva, en un referente historiográfico del que bebieron muchos autores. Por tanto,

---

149 ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, p. 195.

150 Ibídem, p. 138. Actualmente se considera que el balance de fuerzas en esa batalla rondó los 10.000 españoles contra unos 20.000 marroquíes, lo que reduciría a la mitad el desequilibrio entre ambos contingentes.

151 ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, p. 429.

152 Su experiencia sobre el terreno y su conocimiento de la ferocidad y voluntad de resistencia de los marroquíes modificaron las ideas de ocupación que podía tener, y eso que Alarcón partió de Marruecos antes de la batalla de Wad-Ras, hecho que le valió ciertas críticas, pero él pidió la licencia porque consideraba terminada su misión en África, y quería contar a sus paisanos lo que allí había sucedido a través de la prensa, aunque realmente eso era algo que llevaba haciendo desde mucho antes de su regreso.

definió más que ninguna otra manifestación escrita lo que sería la memoria de la Guerra de África en España durante décadas. Esa es la principal razón por la que nos hemos detenido con cierta exhaustividad en su contenido.

El éxito comercial y de difusión de la obra no tenía precedentes en España. En principio se distribuyó en entregas de ocho páginas que iban saliendo según avanzaba el conflicto y enseguida alcanzaron un éxito abrumador, hasta el punto de que cuando su autor todavía estaba en Marruecos había recibido alrededor de 20.000 cartas de lectores entusiastas, que hubo de quemar antes de regresar a España. Posteriormente se puso a la venta la primera edición (Madrid, Gaspar y Roig, 1860), tardando muy poco en venderse los 50.000 ejemplares que se imprimieron. Teniendo en cuenta que el precio de cada uno era de 50 reales, daría un total de 2,5 millones de reales, que ascenderían a los 4 millones con las reimpresiones posteriores. Incluso en 1880 se publicó una segunda edición, todavía en vida del autor, que constaba de tres volúmenes[153]. Además, la difusión sería muy superior a las unidades vendidas, no solo porque varios lectores pudiesen acceder a cada ejemplar, sino también porque era normal en la época la lectura pública de este tipo de relatos[154]. Pese al enorme éxito que tuvo su diario, Alarcón fue bastante criticado por ciertos aspectos formales, no solo por esta obra sino también por otras posteriores, críticas que tendrían mucho que ver en que dejase de escribir. Trató de dedicarse a la política, pero también ahí cosechó un relativo fracaso. De este modo, su nombre quedó para siempre ligado fundamentalmente a la Guerra de África, y a la obra que lo hizo tan famoso.

La Guerra de África y la creación literaria

Aunque hoy literatura e historia estén claramente diferenciadas, a la altura de 1860 todavía no existía una línea definida entre ambas, sino una débil frontera derivada de la notable falta de rigor de las crónicas y la profusa decoración estilística que en general presentaban. Desde los parámetros actuales, *Diario de un testigo de la guerra de África* es una creación literaria, mientras que en su momento fue leída como una crónica periodística o un trabajo histórico, entendiéndose en general como estrictamente real todo aquello que en sus páginas se relataba. No obstante, no podemos considerar la obra como una novela, pues al margen de su mayor o menor rigor y de su estilo literario, Alarcón no crea personajes, no introduce historias, no tiene ninguna intención de crear un relato de ficción en un contexto real, al igual que en el resto de las obras referidas en el apartado anterior.

Pero la novelística contemporánea al conflicto y ambientada en él fue cuantiosa, apareciendo una vasta producción caracterizada generalmente por su escasa calidad. Muchas obras eran poco más que propaganda de una guerra ajena a sus autores, que apenas sabían de lo que hablaban al conocer exclusivamente de oídas la realidad marroquí, y no suplir su ignorancia con una adecuada documentación previa. Se trata de obras dominadas por la exaltación épica de la guerra, que intentaron aprovechar el tirón comercial del conflicto, utilizándolo muchas veces como telón de fondo de una manida historia de amor que bien podía haber estado ambientada en cualquier otro contexto. La

[153] LARA RAMOS, A.: "Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 143.

[154] Por ejemplo María Antonia Fernández señala que las crónicas de Núñez de Arce tuvieron mucho éxito entre lectores y oyentes, porque eran leídas públicamente en las calles de Madrid: FERNÁNDEZ: "Introducción", en NÚÑEZ: *Crónicas periodísticas*…, p. 32.

visión de Marruecos que en general ofrecen es enormemente estereotípica, pues muestran aspectos exóticos de la vida cotidiana y de la sociedad marroquíes que podían resultar especialmente llamativos para el lector. Junto a ellos, se presentaba sin ambages al *moro* como portador de todos los tópicos peyorativos que le eran atribuidos desde siglos atrás[155], siendo malvado por naturaleza, tan atroz y salvaje que no merecía más que el escarmiento y la sumisión. El Otro solo era respetable como enemigo, pero únicamente porque no podía haber gloria en la guerra si aquel contra el que se luchaba no era digno; por eso se daba relieve a sus cualidades para la lucha, para hacer más valiosa la victoria, y se olvidaba su inferioridad en armamento. También aparece una constante burla del Islam al tiempo que se exaltan las virtudes del cristianismo. Entre estas obras noveladas, de las que ninguna alcanzó verdadera trascendencia, podemos citar *El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos*, de Rafael del Castillo[156]; *La cruz y la media luna o la guerra de África*[157], escrita por D. A. Cubero, y *Rodrigo y Zelima o La toma de Tetuán*[158], de Antonio Redondo. Según López Barranco, ninguna de ellas supone un intento por hacer una recreación literaria de la guerra, y sí de rentabilizar comercialmente un hecho muy popular[159].

De todos los géneros literarios, el que registró una producción más ingente fue la poesía, aunque pasó muy desapercibida para la posteridad, en buena medida por la escasez de algún referente que sobresaliera, como fueron los casos de Alarcón en la prosa o Mariano Fortuny en la pintura. Al igual que lo comentado con anterioridad respecto a la novelística, la poesía destacó por una evidente escasez de calidad en la inmensa mayoría de las obras, así como por el desconocimiento generalizado de los autores acerca de la realidad que estaban evocando. La lírica sobre el conflicto marroquí participó de la afirmación españolista del momento, y en general se integró en la ola de romanticismo que impregnó las artes durante la guerra. La producción poética fue enorme, destacando especialmente los romances, que circularon con profusión, hasta el punto de que era extraño el desfile de tropas, la despedida, el recibimiento o cualquier otro acto similar en el que no se leyeran algunos poemas.

La obra en verso con la Guerra de África como telón de fondo que más ha sido citada es *El Romancero de la Guerra de África*, encabezado por Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, y que contiene veintidós romances de autores diversos, como Antonio Alcalá Galiano, José Amador de los Ríos, Joaquín José, Juan Eugenio Hartzenbusch, el Duque de Rivas o Cayetano Rossell. La obra se abre con una dedicatoria a la reina -por haber sido ella quien costeó el volumen- en la que se indica que se proyectó "en medio del entusiasmo que suscitó la memorable toma de Tetuán"[160]. A continuación se inserta un romance invitatorio en el que el propio Marqués de Molíns insta a otros poetas a unirse a su llamada:

> Sus, españoles; seguidla:
> Uníos; levad las anclas;
> Moved las tiendas: en ellas
> Irá Dios. ¿Quién le contrasta?

[155] Para una síntesis de la percepción del *moro* desde época medieval Vid. MARTÍN CORRALES: "El «moro»", pp. 165-182.
[156] CASTILLO, R. DEL: *El honor de España. Episodios de la Guerra de Marruecos*, Imprenta de Don Antonio Gracia y Orga, Madrid, 1859.
[157] CUBERO, A.: *La cruz y la media luna ó la Guerra de África*, Murcia y Martí, Madrid, 1860.
[158] REDONDO, A.: *Rodrigo y Zelima o La toma de Tetuán*, La Probidad, Cádiz, 1860.
[159] LÓPEZ BARRANCO, J. J.: *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 92.
[160] MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 5.

Y vosotros, que heredasteis
La cítara de Quintana
Dad al español guerrero
El tributo de la fama

Decid con cuánta entereza,
Con cuán sublime constancia
Es soldado de su culto,
Noble mártir de su patria […]

Cantadlas también vosotros,
Hijos de Herrera, cantadlas;
Mas no en la ronca tirteida,
A españoles labios agria,

Sino en los patrios concentos
Que vuestros padres usaban,
Y que resisten a los siglos
Más que obeliscos y estatuas[161]

Como se puede ver, hay un deseo de emular a los poetas que cantaron las grandes gestas de la historia española, y de mantener a través del tiempo y de las generaciones la memoria de los hechos heroicos que estaban teniendo lugar. También lo afirmó en la dedicatoria a la reina al señalar el interés del Romancero de perpetuar "la memoria de hechos que añaden un eslabón más a la cadena de nuestras glorias militares"[162]. Además, el "Romance invitatorio" está adornado de multitud de referencias a las gestas pasadas de la patria, a la religión o al carácter bárbaro del enemigo, aspectos que serán una constante a lo largo del resto de la obra.

Según Tomás García Figueras, la obra disfrutó de un escaso éxito popular[163], y a buen seguro muchos de sus poemas se difundieron más por su aparición en periódicos coetáneos que por el impacto de la publicación conjunta. Tampoco trascendió especialmente por su calidad literaria. Juan Goytisolo ha considerado el romancero como "mediocre y desvaído", definiéndolo además como un compendio de la visión caricaturesca del Otro como síntesis y encarnación de la barbarie[164]. En efecto, la imagen peyorativa del enemigo es constante en buena parte de los autores, aunque supeditada al ensalzamiento del Ejército español y cada una de sus gestas. De todos modos, la variedad de poetas y la inconexión entre los romances hace que nos encontremos en ellos temas de lo más diverso, como por ejemplo el "Romance V", de Antonio Flores, que está dedicado a las mujeres que quedaron esperando con lágrimas en las despedidas. Hay incluso un poema, de Juan José Cervino, escrito desde el punto de vista de un marroquí, aunque ello no supone ningún cambio real de perspectiva, pues incorpora todos los tópicos peyorativos, algo que al final acaba sucediendo casi siempre que un autor español intenta recoger los hechos desde el punto de vista *moro*, y no solo en la poesía. El *Romancero* nos ofrece muestras muy variadas de hasta qué punto se demonizó al enemigo, con ristras de insultos e improperios, empezando por su aspecto:

[161] MOLINS, MARQUÉS DE: "Romance invitatorio" en *El Romancero de la Guerra de África*, pp. 15-16.
[162] MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 7.
[163] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 10.
[164] GOYTISOLO: *Crónicas sarracinas*, p. 10.

De salvajes es su aspecto.
Torpe su presencia y sucia:
Todo en ellos es extraño,
y al par que espanta, repugna[165].

Pero lo más explotado eran sobre todo sus costumbres relacionadas con la guerra, especialmente su salvajismo y gusto por la violencia. La obra participa de la frecuente deshumanización que se hacía del moro y que trascendió mucho más allá de la lírica. Era frecuente el empleo de términos como "canes", "perros", "lobos" o "chacales", acompañados de adjetivos como "hambrientos" o "rabiosos" y referencias tales como que peleaban "a bocados". También son frecuentes los "manada" o "jauría" para referirse a grupos, así como "liebres" o "conejos" al señalar cobardes retiradas. Son además un enemigo que disfruta matando y se regocija en la violencia, como señaló Leopoldo Augusto de Cueto:

Y no falta entre los jeques
Algún frenético joven
Que, como sangriento emblema
De sus instintos feroces,
De un español la cabeza
Sobre una pica enarbola.
Con el mísero trofeo
Plazas y calles recorre,
Y gozando como tigres
De la sangre en los horrores,
Salvajes turbas le siguen
Con júbilo de hotentote…[166]

Existe otro romancero de título casi idéntico al del Marqués de Molins: *Romancero de la guerra de África*, escrito por Eduardo Bustillo, y publicado en 1860 por la Gaceta Militar[167]. Se trata de un largo romance que quiere ser también una crónica de la campaña, pues recoge en orden cronológico sus principales episodios, idealizándolos la mayoría de las veces de forma exagerada. Además, está repleto de referencias a la tradicional retórica épica española: la de Covadonga, el Apóstol Santiago, El Cid, Pelayo o Guzmán el Bueno.

Para promocionar aún más la oleada lírica que se estaba produciendo, la Real Academia Española organizó un certamen literario con la finalidad de conmemorar los triunfos del Ejército español que tenían lugar en tierras africanas. El ganador fue el poeta Juan José Cervino, con su obra *La nueva guerra púnica o España en Marruecos*[168], un canto épico plagado de complejas y rebuscadas referencias históricas, multitud de metáforas y otros recursos literarios que lo alejan de la mayor parte de la producción a la que nos referimos, por lo general más sencilla y espontánea. La medalla de oro del certamen le fue impuesta por la propia Isabel II, cuya presencia fue habitual durante todo el conflicto en diferentes actos que se hicieron para ensalzarlo.

Éstas son algunas de las obras líricas dedicadas a la Guerra de África que más repercusión tuvieron, aunque ninguna destacó por su difusión. Ante la ausencia de alguna obra lírica sobre el conflicto que despuntase como lo hizo el *Diario* de Alarcón en

[165] ALCALÁ GALIANO, A.: "Romance VI" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 106.
[166] CUETO, L. A. DE: "Romance XVI" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 242.
[167] BUSTILLO: *Romancero de la Guerra de África*.
[168] CERVINO, J. J.: *La nueva guerra púnica o España en Marruecos*, Imprenta Nacional, Madrid, 1860.

narrativa, la mayor parte de los españoles se acercarían a la poesía a través de manifestaciones más populares y espontáneas como por ejemplo los folletines, las hojas volanderas o su recitado en los más variados círculos. Estos versos en muchos casos quedaron resonando en la memoria popular durante años, cuando el entusiasmo generado por el conflicto había desaparecido del todo. Un ejemplo de la sencillez de estos poemas es éste impreso en Carmona (Sevilla) y que se difundió en pequeños folletines:

> Viva la Reina Isabel
> viva nuestra gran victoria
> viva la España valiente
> que se ha cubierto de gloria[169]

De estas coplillas populares una de las más famosas y que fue bastante recordada hasta bien entrado el siglo XX, decía así:

> Del día 6 de febrero
> nos tenemos que acordar
> entraron los españoles
> en la plaza de Tetuán
>
> La plaza de Tánger
> la van a tomar
> también han tomado
> la de Tetuán
>
> ¡Centinela, centinela
> centinela del Serrallo!
> ¡alerta, alerta que vienen
> los moritos a caballo![170]

El teatro fue otro género artístico que vivió un breve pero intenso período en el que la Guerra de África se convirtió en el tema por excelencia. Pero al igual que la poesía, se caracterizó por una ingente producción que aprovechaba el ardor bélico del momento para buscar el éxito con obras de escasa calidad, poco fieles a los hechos históricos y que mostraban un claro desconocimiento del entorno que se quería recrear. El fervor patriótico y la total ausencia de una visión crítica de la guerra fueron también rasgos comunes de este teatro, no solo porque la adhesión sincera a la presunta gloria nacional fuese compartida por la mayoría de los autores, sino también porque la censura prohibió obras y escenas. De hecho, en muchas de las publicaciones en papel de obras que se conservan todavía se puede ver al final la firma del censor autorizando el contenido.

Pese a la escasa calidad de estas obras, podemos destacar *La guerra de África o la rendición de Tetuán*, que presuntamente se estrenó en abril en el teatro Novedades de Madrid, y a una de cuyas funciones asistió Prim, que recibió una fuerte ovación[171]. Así

[169] Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 9.

[170] Cit. en PASTOR COMÍN, J. J.: "El conflicto con Marruecos en la música española", en ALÍA MIRANDA, F. (Coord.): *La Guerra de Marruecos y la España de su tiempo (1909-1927)*, Sociedad Don Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2009, p. 202.

[171] Así lo afirmó GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 67. También ANGUERA: *El general Prim*, p. 331, que incluso señala la función en Novedades el día 8 de abril. No obstante, nos ha sido imposible localizar dicha obra, que no está entre las que se conservan en la Biblioteca Nacional ni aparece

como otros títulos de cierto éxito estrenados en diferentes ciudades como pudieron ser *Españoles a Marruecos, En Ceuta y en Marruecos, Escenas de campamento, La toma de Tetuán* (todas ellas estrenadas en Madrid), *¡Al África, minyons!, Lágrimas y laureles, ¡Al África!* (Sevilla), *El paso de los Castillejos, España triunfante en Marruecos o la toma de Tetuán* (Cádiz), *El Ángel de Tetuán* (Zaragoza), *Santiago y a ellos* (Vitoria) o *La toma de Tetuán* (La Habana), por poner algunos ejemplos representativos[172]. Aunque haya diferencias entre los planteamientos y los hechos aludidos sean diferentes, ciertos elementos son comunes a casi toda esta producción. Es el caso de la trama amorosa, a menudo introducida de forma muy forzada, o la exaltación exagerada de los hechos armados protagonizados por soldados españoles de excepcional valentía. Toda esta oleada de obras fue considerada ya en su momento por los críticos como una producción circunstancial, carente de calidad y reiterativa en sus temas. Al respecto resulta especialmente significativo este texto de Nemesio Fernández Cuesta para *El Museo Universal*, publicado el 1 de diciembre de 1859, del que por su notable interés reproducimos un amplio fragmento:

> Los teatros han querido representar también algunas producciones de circunstancias. Sus autores las han llamado generalmente *apropósitos* y se titulan los *Moros del Rif, En Ceuta y en Marruecos, Españoles a Marruecos, Los Cazadores en África, Santiago y a ellos*, etc., etc. En todas ellas aparecen constantemente dos hechos culminantes: una mora enamorada de un soldado español, y los soldados españoles luchando con los moros que es una bendición de Dios. El público hace repetir las escenas del ensartamiento y aplaude este género de literatura. La historia, las costumbres y hasta la geografía se ha dejado á un lado en compañía de la verosimilitud, de la cual desde el principio se creyó sin duda necesario prescindir. Hay árabes que gritan *¡hurra!*, como si fueran cosacos; madres y novias de soldados que se meten por los aduares y las tiendas de los moros como por viña vendimiada; andaluces ó más bien gitanos que hablan familiarmente con los bajaes; mucho fusil, mucho tiro, mucho ¡armas al hombro!
>
> Lo menos malo de este género es la pieza *Españoles á Marruecos*, representada en Novedades. Hay en ella decoraciones de muy buen efecto. En el mismo teatro se ha representado el *Pelayo*, de Quintana, a beneficio del señor Ruiz, que parte al África.[173]

en los principales estudios sobre teatro consultados. Además, dicha función no aparece referida en los principales periódicos madrileños de esos días, de hecho *La Discusión* anunciaba para el 8 de abril las funciones en Novedades de *El preceptor y su mujer* y *Quince años há, ó los incendiarios de Prést-Saint-Paul*.

[172] SEGURA, D.: *Españoles a Marruecos*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1859; PUERTA VIZCAÍNO, J. DE LA: *En Ceuta y en Marruecos*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1859 (la obra es una versión de *Un gitano en Marruecos*); NICETO DE SOBRADO, P.: *Escenas de Campamento*, Imprenta de Cristóbal González, Madrid, 1860; ALBA, J. DE: *La toma de Tetuán*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1860 (Existen varias obras de teatro publicadas el mismo año con el mismo nombre); FERRER FERNÁNDEZ, J. A.: *¡Al África, minyons!, Impremta de la Publicitát de Antoni Florats!*, Barcelona, 1860; ALTADILL, A.: *Lágrimas y laureles*, Imprenta de Jaime Jepús, Barcelona, 1860; LON DE COMPAÑY, R.: *¡Al África!*, Imprenta Las Novedades, Sevilla, 1859; YACOSA y LEÓN, M.: *El paso de los Castillejos*, Imprenta y lit. de El Provenir de Sevilla, Cádiz, 1861; JIMÉNEZ, M. M.: *España triunfante en Marruecos o la toma de Tetuán*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid y firmado en Cádiz en 1860; FAURA Y CASANOVA, A.: *El Ángel de Tetuán*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid y firmado en Zaragoza en 1860; EGUILAZ, L. DE: *¡Santiago y a ellos!*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1859; ZAFRA, A. E. DE: *La toma de Tetuán*, Imprenta Militar, La Habana, 1860. Para un recopilatorio muy amplio de obras vid. SALGUES, M.: *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010.

[173] FERNÁNDEZ CUESTA, N.: "Revista de la quincena", en *El Museo Universal*, 1-XII-1859, p. 8.

La escasa calidad de muchas de estas obras no debería sorprender si tenemos en cuenta la velocidad con la que a veces fueron elaboradas. El compositor y musicólogo Francisco Asenjo Barbieri dio cuenta de que el día 7 de febrero se tomó Tetuán (realmente fue el día 6) y la noticia se conoció en Madrid el día 8, el mismo en que por la noche se representó en el Teatro de la Zarzuela el *apropósito* -calificado por él de "despropósito"- *Tetuán por España*, cuya acogida fue poco satisfactoria "a pesar de las favorables circunstancias"[174]. Manuel Nieto, compositor de la música para la zarzuela *La toma de Tetuán*, recordaba muchos años más tarde en sus memorias, cómo se trabajaba sobre los hechos según éstos se iban produciendo. Decía que de los tres actos de que iba a constar la obra, le habían dado dos y medio, mientras que la parte final estaba pendiente del desenlace de la campaña. Justo cuando estaban a punto de prescindir de la toma de Tetuán cambiándole el título por otro como *Moros y Cristianos* o *Los españoles en África*, les sorprendió la noticia de la conquista de la ciudad, con lo que se apresuraron a culminar el trabajo para su estreno en Córdoba:

> La toma de Tetuán se terminó y se ensayó a todo escape… se anunció el estreno como única y última función de la compañía que no podía demorar su marcha. Pero, en vista del extraordinario éxito de la obra, le dieron tres representaciones que fueron tres llenazos colosales[175].

El tirón del conflicto lo aprovecharon incluso obras que nada tenían que ver con él, como *La Unión en África*, de Miguel Vicente Roca y Carmelo Calvo Rodríguez, ambientada en Cádiz y Orán en los tiempos de Felipe V. Esta obra se llegó a calificar en su momento como "una de las mejores producciones de literatura marroquí"[176], imprecisión geográfica que ya de por sí demostraba el claro desconocimiento respecto a temas africanos que entonces era frecuente. Aunque en las obras referidas los elementos bélicos tenían un claro predominio, también hubo excepciones, como el caso de *Lágrimas y laureles*, de Antonio Altadill, una breve alegoría "escrita para celebrar la entrada de los Voluntarios Catalanes en Barcelona", en la que "el Valor" entrega a "Cataluña" una corona de laurel, mientras ambos ensalzan las gestas de los voluntarios[177].

Otro aspecto interesante está en las muestras de entusiasmo y fervor patriótico que tenían lugar frente al escenario. Las funciones teatrales se convirtieron en un espacio en el que el público participaba de la exaltación bélica, y la prensa reflejó con frecuencia los gritos de apoyo que en ellas se escuchaban, similares a los de las manifestaciones espontáneas en las calles cuando se conocían las noticias de alguna victoria. Además, era habitual que el público hiciese repetir algunas escenas, especialmente aquellas que mostraban combates heroicos. La actitud enfervorizada del público en estas representaciones llevaba a que los actores que interpretaban a los moros fuesen muchas veces abucheados e increpados, por lo que la línea entre realidad y ficción parecía disiparse por momentos. Según señalaba el periódico *El Valenciano* en diciembre de 1859, en algunas producciones dramáticas los comparsas se habían negado a ponerse el turbante, y los demás actores habían tenido que ser convencidos reiteradamente para que lo hicieran, terminando por aceptar debido a que las funciones eran en beneficio de los

[174] ASENJO BARBIERI, F., recogido en CASARES RODICIO, E.: *Francisco Asenjo Barbieri. Volumen 2. Escritos*, Instituto Complutense de Ciencias Musicales, Madrid, 1994.
[175] NIETO, M.: *Memorias añejas*, R. Velasco, Madrid, 1915. Cit. en PASTOR COMÍN: "El conflicto con Marruecos en la música española", p. 201.
[176] GARCÍA FIGUERAS, T.: "La proyección de la «Guerra de África» (1859-60), en el teatro español", en *ABC*, 17-IV-1960, p. 43.
[177] ALTADILL, A.: *Lágrimas y laureles*, Imprenta de Jaime Jepús, Barcelona, 1860.

que luchaban en Marruecos[178]. Aún más insólito fue lo ocurrido al día siguiente durante una representación de *Guzmán el Bueno* (1828), drama histórico de Gil y Zárate que había recuperado el éxito al estallar la Guerra de África, se produjo una escena sorprendente cuando el moro ordena a Don Alonso entregar la ciudad:

> El público no aguantó la escena y descargó papazos sobre el pobre moro, con voces, improperios y ademanes. […] El actor se acercó al proscenio para explicar: "¡Canario! que no soy moro, que soy como ustedes". Dio incluso su nombre y apellidos pero el público seguía gritando que lo echaran. […] Tuvo que meterse entre bastidores, y desde allí dijo su desgraciado papel, no sin ver volar papas y tomates, y naranjas agrias por delante de sus narices, cuando las asomaba a los bastidores[179].

Finalmente, añadir que era muy frecuente que el dinero recaudado en estas funciones teatrales se destinase al auxilio de los heridos o a otros usos directamente ligados al esfuerzo bélico, como ya hemos puesto de relieve en apartados anteriores.

La exaltación a través de la música

La música supuso otro gran ejemplo de producción circunstancial, con un breve e intenso *boom* que iba a dejar muy poco para la posteridad, especialmente por la escasa calidad que caracterizó la mayor parte de las composiciones. Los himnos nacionales registraban en el siglo XIX una relevancia hasta entonces desconocida, convirtiéndose en representaciones del espíritu nacional y un refuerzo simbólico para aquellos que luchaban por la patria[180]. En el caso de España funcionó como tal la *Marcha Real* o *Marcha de Granaderos*, aunque la ausencia del consenso existente en otros países permitió la aparición de composiciones que le disputaron el puesto o que alcanzaron aún mayor popularidad en momentos determinados.

Según María Nagore Ferrer, los españoles carecían de un himno con el que cantar las victorias de la Guerra de África, hasta el punto de que se propuso al Ministerio de Fomento convocar un certamen para elegir uno nuevo. El Ministerio no ejecutó la idea, pero sí lo hizo el Conservatorio de Madrid con un certamen que ganó José Gabaldá con el "himno nacional" *El grito de la patria*, dedicado "al invicto duque de Tetuán y al bravo ejército español". Su éxito fue muy efímero, y mientras a O'Donnell se lo recibía en suelo africano con la *Marcha Real*, la toma de Tetuán o los recibimientos de soldados en muchas ciudades se festejaron al son del *Himno de Riego*[181]. No obstante, otro himno cosechó mucho más éxito que el de Gabaldá: el *Himno marcial* de Juan de Castro, dedicado también a Leopoldo O'Donnell, y que se convirtió en el símbolo musical de la campaña[182]. Tenía letra, y su estribillo fue con diferencia la parte más popular:

> Guerra, guerra al audaz africano;
> Guerra, guerra al infiel marroquí,

[178] *El Valenciano*, 14-XII-1859, p. 2. Cit. en SALGUES: *Teatro patriótico y nacionalismo…*, p. 74.
[179] *Ibídem.*
[180] Vid. MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 21 y ss.
[181] NAGORE: "Historia de un fracaso", pp. 836-837.
[182] Tomás García Figueras señaló que el himno se había hecho tan popular que de él se dijo que no había persona en España que lo desconociese. Aunque no llegaría a tanto, es evidente que debió ser muy famoso. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, pp. 73-74.

Que de España el honor ha ultrajado;
Guerra, guerra, vencer o morir[183].

Tal fue el éxito del himno que su autor fue condecorado por Isabel II. Muchos años después en el periódico *El Globo* se recordaba la audiencia de la reina, señalando que ésta incluso había entonado unas palabras del estribillo: "Pasa, Castro, pasa. Ya te conocía. Tu himno es muy bonito y ha enardecido mucho al soldado. No creas, que yo también he cantado. Y la reina entonó con aire marcial: -guerra, guerra, al infiel marroquí"[184]. Juan de Castro compuso además la *Marcha triunfal al Ejército de África*, también dedicada a O'Donnell, cuando ya se había firmado la paz. En la portada del libreto con la música notada se aludía al compositor como "Autor del himno del Ejército de África ¡GUERRA! GUERRA!"[185].

Otras composiciones musicales que podemos señalar son *La toma de los Castillejos*, marcha militar dedicada a Juan Prim por el compositor José Bracamonte[186]; el *Himno y polka del General Prim*, de Dámaso Zabalza[187], que se llegó a tocar en África en los combates, algo para lo que pudo haber sido concebido pues estaba compuesta sobre el toque de ataque[188]; *El sitio de Tetuán*, polka de la pianista Penélope Bigazzi; *Marruecos: marcha triunfal*, de Blas María Colomer; o *El asedio de Tetuán*, de Evaristo Ciria Sanz[189]. En las Provincias Vascas destacaron las composiciones de Juan María Altuna, famoso poeta vizcaíno autor de la música del Guernicaco Arbola, que puso música a poemas de los vitorianos Joaquín Saraúa (*Himno patriótico al levantamiento de los españoles contra Marruecos*) y Manuel Ciórraga (*Himno guerrero de los Tercios Vascongados*)[190].

La cantidad y variedad de composiciones fue enorme: himnos, marchas militares, polkas, tonadillas, zarzuelas o cantatas... Donde no hubo tanta variedad fue en los temas, siendo los más socorridos la batalla de los Castillejos y la toma de Tetuán; ni tampoco en las dedicatorias, con Prim y O'Donnell como destinatarios de la mayor parte. A pesar de que estas músicas debieron sonar con mucha frecuencia en 1860, su éxito fue efímero incluso para las más populares, y ni siquiera el exitoso *Himno marcial* iba a ser recuperado como un tema popular para los conflictos africanos de décadas siguientes.

Representando las imágenes de un conflicto lejano

Otra manifestación artística fundamental a la hora de analizar la forma en que se imaginó el conflicto marroquí es la pintura, a la que la Guerra de África alimentó durante varios años con un motivo cercano en el tiempo y con una notable carga emotiva y épica, tan del gusto de una perspectiva romántica que seguía muy viva. Era una época en la que estaba muy en boga la representación pictórica de episodios emblemáticos del relato de la historia nacional española, desde los Numancia y Sagunto a las glorias de los Tercios

183 CASTRO, J. DE: *Guerra! Guerra! Himno Marcial*, Madrid, 1860.
184 "El autor del Himno de la Guerra de África", en *El Globo*, 15-VI-1897, p. 3.
185 CASTRO, J. DE: *Marcha triunfal del Egército* [sic.] *de África*, Casimiro Martín, Madrid, 1860.
186 BRACAMONTE, J.: *Toma de los Castillejos: marcha militar para piano*, J. Carrafa, Madrid, 1860.
187 ZABALZA, D.: *Himno y polka del General Prim*, Carrafa y Sanz Hermanos, Madrid, 1860.
188 El médico Nicasio Landa señaló en su crónica que hacían sonar el toque de ataque, "al que allí llamábamos polka de Prim". LANDA: *La campaña de Marruecos*, p. 117.
189 BIGAZZI, P.: *El sitio de Tetuán: polka militar*, Casimiro Martín, Madrid, 1860; COLOMER, B. M.: *Marruecos: marcha triunfal*, E. Saint-Hilaire, París, 1860; CIRIA, E.: *El asedio de Tetuán: himno patriótico-popular*, E. Abad y Gil, Madrid, 1860.
190 CAJAL VALERO: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 282.

de Flandes, pasando por las gestas medievales[191]. Muchos de los pintores que trataron la Guerra de África habían pintado antes estos temas, encontrándose ahora, de forma excepcional, con una inusual proximidad cronológica a los hechos recreados. Pese a ello, no todos aprovecharon tal circunstancia para documentarse con precisión, por lo que muchos de los cuadros tenían tanto de inventado como aquellos inspirados en hechos muy lejanos en el tiempo, siendo una constante los estereotipos poco contrastados. El crítico de arte José Francés, refiriéndose a este tipo de pintura, afirmaba lo siguiente en la publicación *El Año Artístico*, en 1924:

> […] Los pintores especializados en este género de producciones (mediocres casi siempre) tampoco han pecado más allá de la convencional distribución de combatientes y muertos enemigos, y de poner en el cielo, inevitablemente azul de África, más humaredas de disparos que nubes, y en el suelo, acaso más piteras y chumberas que en realidad tiene la ingrata tierra del Rif[192].

La ola pictórica comenzó al poco de iniciarse el conflicto y se extendió a lo largo de algunas décadas. Los motivos preferidos fueron las grandes batallas, fundamentalmente Los Castillejos, Tetuán y Wad-Ras, así como la paz que se firmó en este último lugar. Por otra parte, la tendencia derivada del conflicto reavivó de forma general el interés por lo marroquí, siendo decisivo en el empuje orientalista de la segunda mitad del XIX en España. Prestigiosos pintores como Moragas o Tapiró, aunque nunca recrearon el conflicto, sí trabajaron con notoriedad sobre motivos marroquíes. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1860 hubo hasta 12 artistas que trataron temas africanos, los cuales con anterioridad habían sido poco recurrentes[193]. Incluso pintores costumbristas se subieron al carro de la recreación de escenas sobre la Guerra de África ante el éxito de la misma.

El más destacado fue Mariano Fortuny, en el que por su especial importancia nos detendremos a continuación, pero fueron muchos más los autores que se acercaron al tema de forma sobresaliente. Es el caso del pintor andaluz Joaquín Domínguez Bécquer, autor de *La paz de Uadrás*, que recoge el momento en el que O'Donnell y el príncipe Muley Abbas van a darse la mano frente a la *jaima* de este último, seguidos por sus respectivas huestes (Fig. 3). Arias Anglés ha comparado la composición del cuadro con la del clásico *La Rendición de Breda* (1635), de Diego Velázquez[194], en el que parece inspirarse. La obra fue un encargo en 1860 del Ayuntamiento de Sevilla, como muchas otras que estuvieron promocionadas por los poderes públicos, y Bécquer fue de los que se trasladó a Marruecos para documentarse antes de pintar el lienzo, algo que no hicieron la mayoría de los pintores. Tomás García Figueras distinguió con bastante acierto entre "pintores africanos", aquellos que conocieron y amaron África, y "pintores de motivos de África"[195], que simplemente la usaron como justificación, mostrando en general un claro desconocimiento de la realidad marroquí que evidenciaron en sus obras.

---

[191] Para la pintura de historia y su papel en la construcción nacional española en el XIX Vid. PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*.

[192] FRANCÉS, J.: "Evocaciones marroquíes", en *El Año Artístico*, 1924, p. 267. Cit. en CAPELÁSTEGUI, P.: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Memoria de Licenciatura, Universidad Autónoma de Madrid, 1985, p. 17.

[193] CAPELÁSTEGUI: *El tema marroquí en la pintura española*, p. 26.

[194] ARIAS ANGLÉS, E.: "La pintura orientalista", en VV. AA.: *Pintura orientalista española [1830-1930]*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, p. 70.

[195] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 18.

Aunque en lienzos como los de Fortuny o Bécquer se pueda hablar de una imagen dignificadora del enemigo, esta forma de representarlo no sería un rasgo común a la mayor parte de la pintura. Es el caso del popular *El general Prim, seguido de voluntarios catalanes y el Batallón Alba de Tormes, atravesando las trincheras del campamento de Tetuán* (1865), de Francisco Sans y Cabot, realizado por encargo de la Diputación de Barcelona (Fig. 4). La imagen del enemigo es muy peyorativa, pues se le muestra siendo aplastado o huyendo despavorido, en una composición que recuerda a la habitual del Santiago Matamoros[196], y cuyo principal objetivo es ensalzar la figura del militar español. Esa figura de Prim ecuestre, con su espada en alto y cayendo sobre los moros, es una de las más repetidas y representativas del conflicto.

La Batalla de Tetuán fue con diferencia el episodio más recreado, destacando además de las de Fortuny o Francisco Sans las obras de los pintores Eduardo Rosales, Vicente Palmaroli o Ángel Lizcano. Le siguió la batalla de Wad-Ras, a la que se acercaron Fortuny, Ángel María Cortellini o José Chaves Ortiz, entre otros. Sin lugar a dudas los combates eran el motivo más atractivo, más demandado por los patrocinadores y con el que más éxito podían alcanzar los artistas del momento; pero también hubo cuadros de otros hechos directamente vinculados con el conflicto en los que estaba ausente el enfrentamiento. Es el caso, por ejemplo, del referido *La paz de Uadrás*, o de otros como *El regreso de la guerra de África* (1861), de Eduardo Cano de la Peña, en la que un oficial, tradicionalmente identificado con Juan Prim, es abrazado por su esposa en un entorno doméstico (Fig. 5); *El asistente de un oficial muerto en guerra de África, entregando el equipaje de aquel a su madre y hermana* (1860), *de* Carlos María Esquivel, que representa la entrega del equipaje del fallecido a su madre y hermana; o *La despedida de un soldado para la guerra de África* (1859) de Manuel Ojeda y Siles[197]. Este tipo de pinturas mostraban el otro lado de la guerra, carente de épica y con espacio para sentimientos como la tristeza o el amor, pero fueron muy minoritarias dentro de la vorágine de exaltación de la campaña. También hubo una serie de pinturas sobre las celebraciones de las victorias y el desfile del ejército triunfante en Madrid, entre las que destacaron las pinturas de Joaquín Sigüenza, que gracias a una de ellas se convirtió en pintor de cámara de la reina Isabel II[198].

La pintura tuvo una gran influencia en la forma en que los españoles se imaginaron los hechos de armas de España en Marruecos, así como otros aspectos exóticos y costumbristas de aquel territorio que resultaba tan próximo y a la vez tan lejano. Aunque muy poca gente accedería a estos cuadros a través de su contemplación directa, su difusión en litografías o reproducciones en periódicos y libros amplificaba su alcance. Con todo, la mayor parte de los españoles estaban más en contacto con otro tipo de representaciones gráficas, más sencillas y modestas, mucho más ancladas en estereotipos peyorativos, frecuentemente caricaturescas e irrespetuosas con el enemigo. En la pintura, aunque también fuesen constantes los estereotipos y visiones negativas, se buscaba un cierto realismo en la representación y, como afirma Martín Corrales, se solía conceder cierta nobleza a los individuos recreados[199].

---

[196] ARIAS: "La visión de Marruecos a través de la pintura orientalista española", p. 21.

[197] Vid. CAPELÁSTEGUI: *El tema marroquí en la pintura española*, p. 48; PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*; También Enciclopedia online del Museo del Prado: http://www.museodelprado.es/enciclopedia/enciclopedia-on-line.

[198] *Los gloriosos trofeos ganados a los marroquíes en la toma de Tetuán por el bravo ejército español, paseados triunfalmente en presencia de SS.MM. y AA.RR el 14 de febrero de 1860* (1864) y *Entrada triunfal del Ejército de África en Madrid el 11 de Mayo de 1860* (1866).

[199] MARTÍN CORRALES, E.: "Imágenes del Protectorado de Marruecos en la pintura, el grabado, el dibujo, la fotografía y el cine", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, p. 379.

Pero fue esa otra imagen, la del *moro* despiadado, cruel, fanático, con mucha frecuencia ensartado en armas españolas, la más frecuente en la prensa gráfica, la cual por entonces había ganado mucho en calidad y volumen de publicación gracias a los avances en la impresión. Los periódicos ilustrados se publicaban especialmente en Madrid (*El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana*…), y sobre todo en Barcelona (*El Museo de Familias*, *La Ilustración barcelonesa*, *La Ilustración*, *La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración catalana*, *La Ilustración artística*, *La Ilustración Moderna*, *La Hormiga de Oro*…)[200]. Aunque en muchos de ellos también aparecían ilustraciones que trataban de ser más objetivas y mostrar la realidad marroquí de un modo fidedigno, las imágenes satíricas y humorísticas fueron las preferidas. Es el caso de las del famoso *El Cañón Rayado*, en el que se podían ver variadas escenas de los marroquíes representados como animales (especialmente monos o perros), seres salvajes, incultos (resulta significativa por ejemplo la de un marroquí subido a otro intentando escuchar en los cables de telégrafo lo que dicen los españoles, Fig. 7), ingenuos o cobardes. También era llamativa la exagerada incidencia en los *moros* de color negro, generalizándolos de una forma poco ajustada a la realidad y demostrando un claro racismo, además de representarlos muchas veces como monos (Fig. 8), con unas características que prefiguran lo que años más tarde se hará con el mambí en la Guerra de Cuba[201].

Entre las publicaciones ilustradas de mayor seriedad destacó el semanario *El Mundo Militar*, que justamente se comenzó a publicar en 1859 aprovechando el tirón del conflicto marroquí. En sus páginas ofrecía numerosos grabados de los grandes episodios y también escenas cotidianas de la vida en campaña (soldados montando tiendas, cavando, preparando el terreno, etc.), (Figs. 9 y 10). También contenía mapas, incluyendo algunos muy completos de las batallas; representaciones de diversas armas o enseres tomados al enemigo; y retratos de moros, mostrados de un modo bastante realista y en los que la visión negativa se hace más relativa y difusa. Entre las firmas de los corresponsales que enviaron sus ilustraciones estaban Manuel María Jiménez, N. Landa, E. Merás, A. Calderón y E. Castroverde.

La fotografía, como en breve veremos, todavía no había evolucionado lo suficiente como para dotar a la prensa gráfica del material necesario, así que la subjetividad siempre inherente al dibujante seguiría estando presente. De todos modos, no podemos generalizar y comparar las típicas caricaturas peyorativas con las trabajadas ilustraciones de prestigiosos corresponsales gráficos, de los que se esperaba un trabajo lo más próximo posible a la realidad. En este sentido nos parece de gran interés la polémica que surgió por entonces entre los dibujantes José Vallejo y Charles de Yriarte, cuando el primero acusó al segundo de haber realizado un retrato de Muley Abbas totalmente inventado, señalando que casi nadie había podido acompañar a O'Donnell a la tienda del hermano del Sultán[202]. Charles de Yriarte colaboraba con *El Museo Universal*[203], por lo que había acompañado a Alarcón, corresponsal de este periódico. El propio escritor granadino señaló en *Diario de un testigo de la guerra de África* haber podido entrar en la tienda de Muley Abbas con el selecto grupo español[204], por lo que Yriarte podría haberse

[200] Ibídem, p. 379.

[201] Para la imagen del rebelde cubano vid. STUCKI, A.: "¿Guerra entre hermanos en la Gran Antilla? La imagen del rebelde cubano (1868-1898)", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F.: (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 269-291.

[202] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 53.

[203] El viaje lo hacía como corresponsal del periódico francés *Le Monde Illustrè*, pero también colaboró con el madrileño *El Museo Universal*.

[204] ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, p. 463.

basado en su descripción. No obstante, meses después el propio Alarcón afirmó en *El Museo Universal* que el dibujante estuvo con él durante la media hora que pudo contemplar al emir[205]. A continuación vemos cómo, el 31 de marzo de 1860, desde *Crónica del Ejército y la Armada de África* se cargaban tintas contra la ilustración de su competidor, señalando lo siguiente:

> "El *Museo Universal* ha publicado un retrato de Muley Abbas, y las *Crónicas*, que cuenta con el lápiz del señor Vallejo, no le tiene aún en su poder. Esto puede dar lugar a que, con justicia, se nos haga una grave acusación, y mayor aún a nuestro compañero, el dibujante señor Vallejo. […] Como nosotros no acostumbramos a inventar, porque tal cosa nos asusta, casi nos atrevemos a afirmar que el retrato publicado por *El Museo* no lo es, y que la minuciosa descripción del personaje marroquí es tan sólo una bellísima muestra de las altas dotes de novelista que tanto honran a nuestro amigo el señor Alarcón"[206]

Y añadían una carta de José Vallejo en la que el dibujante explicaba a los lectores que había hecho todo lo posible por ver al emir pero éste no salió a despedirse, como él esperaba. Además, añadía su desconfianza acerca de si realmente Alarcón había podido contemplar a Muley Abbas durante media hora como afirmaba *El Museo Universal*:

> Todos creían, hasta que otra cosa ha dicho el señor Alarcón, que los únicos que vieron a Muley Abbas eran, además del general duque de Tetuán y el intérprete Reynaldi, los generales Prim, García, Ustariz, Ríos y Quesada, que al finalizar la entrevista fueron presentados por el general O'Donnell. Esta explicación, más difícil para mí que el haber «inventado» el relato de Muley Abbas, demostrará que respeto como es debido a las personas que nos han honrado suscribiéndose a las *Crónicas*, y que ni ahora ni nunca podré inventar retratos. José Vallejo"[207].

La polémica resulta muy interesante porque, al margen de quién tuviese razón[208], demuestra que la rivalidad entre los distintos medios dificultaba poder inventarse el material gráfico, pues la competencia saltaría a la menor oportunidad de desacreditar a un rival. También demuestra la credibilidad y autenticidad que se le reconocía a las representaciones gráficas cuando los artistas las plasmaban en base a sus vivencias personales. Aunque la figura del reportero de guerra fuese algo incipiente y muy alejada de lo que se verá unas décadas después, los escritores y dibujantes que vivieron de cerca las operaciones militares pudieron dar una visión relativamente realista, aunque matizada por su propia subjetividad. José Vallejo fue quizá el mejor ejemplo de información gráfica de la Guerra de África, participando en combates al mismo tiempo que elaboraba sus grabados para la *Crónica de la guerra de África*.

Por otra parte, aunque nos hayamos centrado en la prensa ilustrada por su trascendencia en la difusión de imágenes de la guerra, también hay que señalar el uso de grabados en obras de otro tipo, incluyendo aquéllas en las que éstos eran la pieza central,

---

[205] ALARCÓN, P. A. en *El Museo Universal*, 11-X-1860, p. 5.

[206] *Las Crónicas*, 31-III-1860. Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 55.

[207] *Las Crónicas*, 31-III-1860. Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 56.

[208] Parece difícil contrastar lo que realmente pasó, pero es posible que desde *Las Crónicas* tomasen demasiado en serio la palabra "inventen", a la que Alarcón seguramente quiso dar otro significado, el que contempla la RAE de "Dicho de un poeta o de un artista: Hallar, imaginar, crear su obra". También hay que tener en cuenta que O'Donnell no se reunió con Muley Abbas una única vez, por lo que el momento en el que Yriarte lo contempló pudo no ser el mismo al que Vallejo hacía referencia.

como el *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África*, de Francisco Ortego y Juan Velasco, editado por el Depósito de la Guerra en 1861, y calificado por García Figueras como un "monumento litográfico"[209]. También diversas crónicas e historias fueron adornadas con imágenes para su publicación, como el mismo *Diario de un testigo de la guerra de África*, en el que colaboró precisamente Francisco Ortego. Incluso obras líricas como el *Romancero de la Guerra de África*, estaban frecuentemente ilustradas para tratar de dar un mayor verismo al texto al que acompañaban.

Fortuny, el pintor de la guerra, y de Marruecos

Si Alarcón mereció un apartado propio por la especial trascendencia y difusión de su *Diario*, y por contribuir como ningún otro autor a que los españoles se hiciesen una determinada idea del conflicto africano, el pintor catalán Mariano Fortuny fue la otra gran figura de la representación artística del conflicto. Su producción directamente relacionada con la guerra se redujo a dos lienzos, pero por su impacto y calidad quedaron para siempre como emblemas visuales de aquella guerra romántica.

Uno de los aspectos que más nos interesa de la obra pictórica de Fortuny sobre la Guerra de África es que no fue algo espontáneo, que él decidiese *motu proprio*, sino que respondió a un encargo de la Diputación de Barcelona y de la Academia de San Jorge, para que hiciera un cuadro o una serie de ellos en honor a los Voluntarios Catalanes. El que el encargo viniera de un ente público no era algo extraño; de hecho era lo más habitual en la pintura histórico-nacional que se cultivó en los años anteriores, y que en lugar de emanar de las élites aristocráticas era fundamentalmente un fenómeno de inspiración oficial[210].

En un momento en el que la fotografía todavía estaba emergiendo y presentaba numerosas dificultades técnicas, la decisión de enviar un "pintor de guerra" muestra un gran interés por exaltar a los *héroes* catalanes que participaron en la campaña y que su recuerdo perdurase en el tiempo. Fortuny había realizado pinturas sobre los almogávares, que gustaron mucho en la Diputación barcelonesa y que tuvieron mucho que ver en que se eligiera al pintor de Reus. La lectura de los almogávares como héroes "catalanes y españoles" era idónea para aplicar a los nuevos héroes que se sabía que surgirían en la contienda en Marruecos. El propósito de la Diputación era poder "consignar al lienzo los acontecimientos más memorables de la gigantesca lucha que la nación sostiene en desagravio de su honor ultrajado por Marruecos"[211]. Dicho interés se materializó en un acuerdo por el que el pintor de Reus se comprometía a pintar diez lienzos al óleo ("cuatro grandes y seis medianos") sobre los principales episodios del conflicto, atendiendo especialmente a la representación del papel jugado por los Voluntarios Catalanes y por Juan Prim, una muestra más del interés por ensalzar a los héroes propios que luchaban por el conjunto de la nación. El encargo, para el que se destinaron 40.000 reales, fue diseñado con sumo detalle, pues incluso contemplaba la estancia de Fortuny en París para estudiar los cuadros del pintor Horace Vernet, especialmente *Prise de la smalahd'Abd-*

[209] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 54.
[210] ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa*, p. 252.
[211] FONTBONA, F.: "Africanismo y orientalismo en la renovación de la pintura catalana moderna" en *AWRAQ: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*: Anejo al volumen IX: Actas de ciclo de conferencias "Africanismo y orientalismo español", Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1990, p. 107.



(Fig. 3) *La Paz de Uadrás* (Joaquín Domínguez Bécquer, 1863)



(Fig. 4) *El general Prim, seguido de voluntarios catalanes y el Batallón Alba de Tormes, atravesando las trincheras del campamento de Tetuán* (Francisco Sans y Cabot, 1865).



(Fig. 5) *El regreso de la Guerra de África* (Eduardo Cano de la Peña, 1861)



Los moros del Riff dan una muestra de su valor midiendo sus armas con las armas de España.

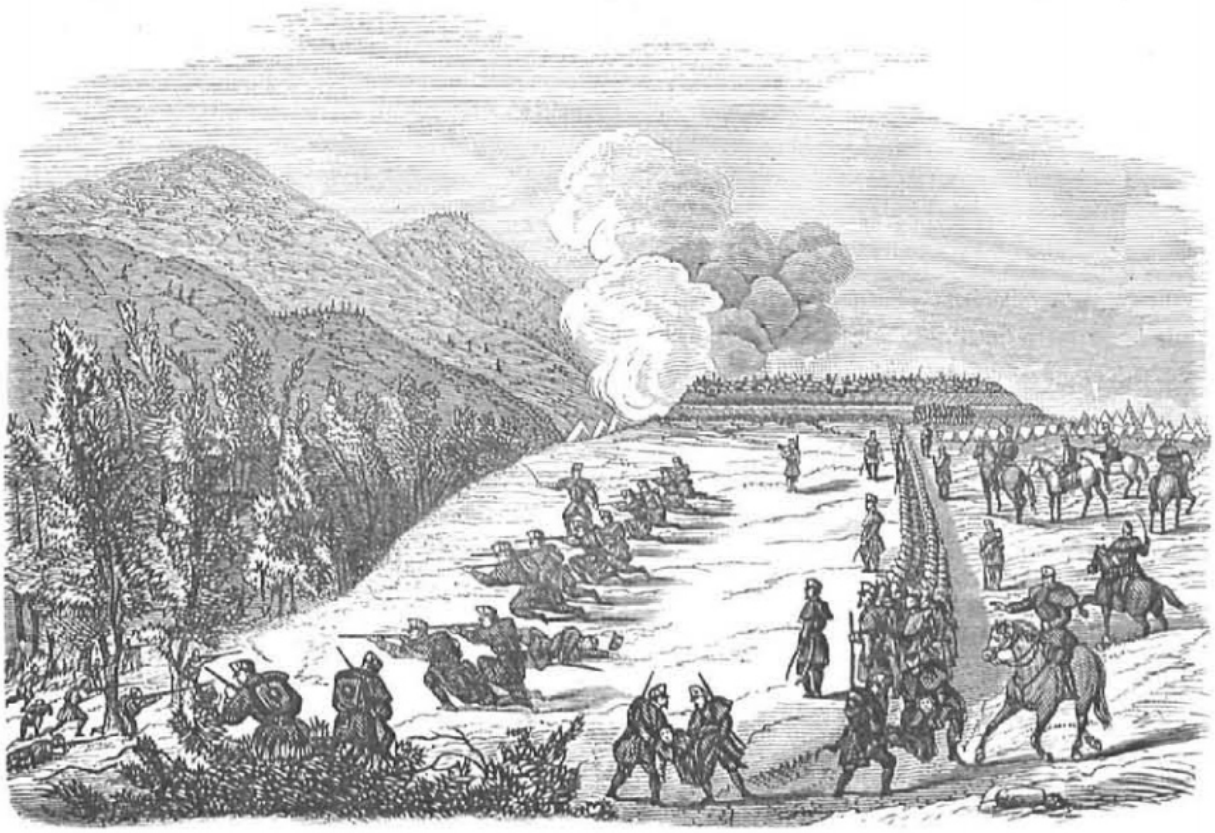
(Fig. 6) *El Cañon Rayado*, 11-XII-1859, p. 3.



(Fig. 7) "Espías marroquíes", en *El cañón rayado*, 15-III-1860, p. 3.



(Fig. 8) "La provincia de Tetuán manda al Emperador de Marruecos el contingente de guerra", en *El cañón rayado*, 15-XII-1859.



El batallon cazadores de Simancas en la accion del 22 de noviembre.
(Remitido por el Sr. Coronel D. Joaquin Cristou.)

(Fig. 9) *Mundo Militar*, 25-XII-1859,



Soldados de Ingenieros trabajando en los reductos.
(Remitido por nuestro corresponsal D. M. G.)

(Fig. 10) Mundo Militar, 15-I-1860, p. 1.



(Fig. 11) *La batalla de Wad-Ras* (Mariano Fortuny, 1862).



(Fig. 12) Detalle de *La Batalla de Tetuán* (Mariano Fortuny, 1863).



(Fig. 13) *La Batalla de Tetuán* (Mariano Fortuny, 1863).

el-Kader, que representa la toma de una posición por parte del Ejército francés en Argelia, y cuya influencia se dejará ver en algunos de los lienzos de Fortuny.

Cuando el pintor de Reus llegó a tierras africanas el 12 de febrero de 1860 ya habían tenido lugar las famosas batallas de Los Castillejos y Tetuán, pero pudo asistir personalmente al último enfrentamiento de entidad de la guerra, la batalla de Wad-Ras, durante la cual tomó gran cantidad de apuntes y dibujó varios bocetos. Según Folch i Torres, la visión de los heridos y los muertos en esta batalla causó una honda impresión al pintor, que nunca había asistido a un episodio semejante[212]. Esto marcó una gran diferencia entre Fortuny y la gran mayoría de pintores españoles que habían tratado el tema musulmán o *moro* antes que él, sin la perspectiva que únicamente la vivencia personal podía ofrecer. Además de los numerosos apuntes y bocetos, el pintor se llevó de Marruecos efectos y vestuario del equipo militar de los *moros*, para poder reproducirlo con la mayor precisión, e incluso algunas fotografías. Sin embargo, los dos meses y medio que Fortuny estuvo en Marruecos no despertaron en él tanto interés por plasmar lo militar como por recrear lo cotidiano. El pintor quedó embargado por el ambiente, los escenarios y las gentes. Según el escritor Charles Yriarte, que junto con Fortuny obtuvo el permiso de Prim para visitar Tetuán a su antojo[213], al pintor le gustó la Tetuán más popular, y afirmó que prefería "las suciedades del barrio judío, las cuevas sórdidas y ennegrecidas donde se agrupaban los vencidos, la impresión de la calle, el espectáculo de la vida oriental"[214]. Fortuny se interesó tanto por lo marroquí que comenzó a aprender árabe y a pintar escenas costumbristas de los lugares que visitaba, convirtiéndose el encargo al que se había comprometido en un verdadero quebradero de cabeza para él, hasta el punto de que no pudo terminarlo. De hecho, cuando después de un año sin noticias suyas, la Diputación barcelonesa se interesó por el estado del encargo, Fortuny envió *La Odalisca* (1861), una pintura claramente orientalista pero que poco tenía que ver con los motivos que se le habían solicitado[215], y una fotografía del boceto para su gran cuadro sobre la batalla de Tetuán, al mismo tiempo que solicitaba más fondos para otro viaje a Marruecos y más tiempo para completar su trabajo.

Por la buena acogida de la pintura recibida y por la confianza que la Diputación tenía en el pintor, el 2 de marzo presentó un acuerdo de prorrogarle por dos años su pensión de 8.000 reales anuales. Se destacaba que era "un pintor que promete días de gloria a la patria", entre otros halagos, y se incluía un resumen de sus viajes. Además, el 31 de ese mes se resolvía librar al pintor de la mayor parte de los lienzos que se habían acordado[216], indulto por el cual serían únicamente dos los cuadros que pintó Fortuny sobre episodios bélicos librados en la Guerra de África, cuadros que se convirtieron en las obras pictóricas más representativas y recordadas sobre el conflicto marroquí. Se trata de *La Batalla de Wad-Ras* (1862, Fig. 11) y, especialmente, *La Batalla de Tetuán* (1863, Figs. 12 y 13). Este último lienzo, una grandiosa obra de 3 x 9,72 metros, muestra en su parte central a las tropas de Voluntarios Catalanes, así como a Prim y a O'Donnell, cuyas figuras destacan con bastante claridad en la composición. Aunque el cuadro fue muy del agrado de la crítica pictórica del momento, y también de los promotores de la obra, éstos últimos lamentaron que las grandes figuras, por ejemplo Prim y O'Donnell, no fueran

[212] FOLCH I TORRES, J.: *Fortuny*, Asociación de Estudios Reusenses, Reus, 1962, p. 79.
[213] Los civiles no pudieron entrar en la ciudad conquistada sin la autorización de alguno de los altos mandos del Ejército.
[214] GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 172.
[215] Susan Martín-Márquez señala que dicho cuadro se podría interpretar como un episodio de la guerra de forma metafórica, por la subyugación sexual que de él parece desprenderse. MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: "«Here's Spain Looking at You»: Shifting Perspectives on North African Otherness in Galdós and Fortuny", en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 5 (2001), p. 15.
[216] FOLCH: *Fortuny*, p. 110.

representadas de forma más detallada, pues se pierden en el caos de la batalla, y esto aleja notablemente al cuadro de la pintura didáctica de historia dominante[217]. Lo cierto es que el encargo estaba concebido como una obra de exaltación, pero Fortuny terminó por convertirla en una pintura orientalista. Según Francesc Fontbona, el pintor de Reus está a medio camino entre el romanticismo, por su visión épica de los episodios recreados, y el realismo, por la fidelidad al modelo[218]. Pese a la base realista, hay aspectos claramente imaginados, como la disposición de los líderes militares o el aspecto del fértil valle del Jelú, que aparece como una estepa árida, posiblemente para ajustarse a la visión tópica de los españoles sobre el Norte de África[219]. La admiración de Fortuny por lo marroquí se refleja en todas sus obras, incluso en los *moros* que se enfrentan al Ejército español, pues aunque sean el enemigo derrotado, están plasmados de forma honorable, sin recurrir a estereotipos peyorativos, e incluso a veces destacando vivamente en la imagen.

El impacto del trabajo de Fortuny en su momento fue notable, influyendo considerablemente en la visión de muchos españoles sobre cómo pudieron haber sido aquéllos enfrentamientos que tanto habían celebrado, pero no se puede comparar al que por ejemplo tuvo el *Diario* de Alarcón, por más que compartiese con él para la posteridad su lugar como referente artístico del conflicto. Hay que tener en cuenta que, cuando Fortuny terminó sus enormes lienzos ya hacía tiempo que había terminado el conflicto, las tropas españolas habían abandonado Tetuán y apenas era perceptible el entusiasmo o fervor patriótico que la guerra había levantado. No obstante, las obras de Fortuny tuvieron una gran influencia en etapas posteriores, como veremos en los siguientes capítulos. La interpretación pictórica del pintor de Reus se convirtió en la más usada para ilustrar la Guerra de África. Además, su autor fue considerado la cumbre pictórica del momento, formando un binomio con Pedro Antonio de Alarcón que se puede encontrar en multitud de estudios a lo largo de muchas décadas, manteniéndose todavía en buena medida en la actualidad.

Enrique Facio y la fotografía de guerra española

A la altura de 1859, veinte años después de que el daguerrotipo -el primer procedimiento fotográfico- hubiese sido presentado al público, la fotografía ya estaba relativamente desarrollada, aunque requería unos medios bastante complejos, obligando a trasladar amplios equipos con un material muy voluble, y a largos posados. Estos aspectos no suponían un gran problema para la fotografía en estudio, pero complicaban sobremanera el moverse por diferentes escenarios, y, en consecuencia, el cubrir un conflicto bélico. No obstante, ello no fue impedimento para que en la Guerra de Crimea (1853-1856) apareciesen las primeras manifestaciones de lo que podemos denominar como "fotografía de guerra", cuyos precursores fueron el olvidado rumano Carol Popp de Szathmari[220], el francés Ernest Edouard de Caranza y el británico Roger Fenton, que se llevaría la mayor parte del mérito. Con un carromato comprado a un vendedor de vinos y

[217] MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: "«Here's Spain Looking at You»: Shifting Perspectives on North African Otherness in Galdós and Fortuny", en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 5 (2001), p. 11.
[218] FONTBONA: "Africanismo y orientalismo…", p. 111.
[219] CARBONELL PALLARÉS, J. A.: "Los pintores de la guerra hispano-marroquí de 1859-1860. El caso particular de Marià Fortuny", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860*, XII Jornadas de Historia de Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, p. 216.
[220] La desaparición de su trabajo ha sido fundamental para que a menudo haya caído en el olvido, pero ello no quita mérito al hecho contrastado de que fue el primer fotógrafo profesional que acudió a la campaña, como defendió el famoso historiador de la fotografía Helmut Gernsheim (FERNÁNDEZ RIVERO.: "La fotografía militar…", p. 465).

convertido en laboratorio ambulante, Fenton fue capaz de obtener gran cantidad de capturas de la guerra o, mejor dicho, de su contexto, pues no fotografió combates o muertos en el campo de batalla. Esto se debió en parte a las instrucciones del Ministerio de la Guerra británico, que se sumaron a las dificultades logísticas que ya de por sí limitaban al fotógrafo, y que serían un problema de la fotografía bélica hasta la Primera Guerra Mundial.

Aunque en la Guerra de África no se hiciese nada comparable a lo que Roger Fenton hizo en 1854, ello no quiere decir que no hubiera intentos al respecto, como acredita la presencia del fotógrafo Enrique Facio en Ceuta y Tetuán[221]. Considerado como el iniciador del fotoperiodismo de guerra en España por sus capturas de protagonistas de la campaña y de los campamentos militares, fue contratado por Alarcón con la idea de completar sus crónicas con material fotográfico, algo que solo pudo hacer a medias porque los problemas técnicos de Facio le impidieron realizar su trabajo fuera de las ciudades. Estaba claro que Alarcón también pretendía ser el pionero de la introducción de la fotografía en Marruecos, como lo fue de la prensa[222].

Diario de un testigo de la guerra de África no se acompañó de fotografías sino de grabados, pero en muchos de ellos se puede leer "de fotografía" anotado al pie, algo que en su momento era interpretado como una evidente muestra de verismo, pues la fotografía se consideraba pura realidad. Como señala Juan Antonio Fernández Rivero[223], este aspecto se remarcó notablemente a la hora de publicitar la crónica de Alarcón, incluyendo afirmaciones tan impactantes cómo ésta:

> "Los lectores de la obra pueden por tanto estar seguros de que los grabados que en ella aparezcan serán la reproducción exacta de la verdad, pues la fotografía es la verdad misma y nada superior á ella puede prometerse ni efectuarse"[224].

Comparando algunas de las fotografías con los correspondientes grabados reproducidos en la publicación se puede apreciar un notable parecido (Fig. 14)[225], aunque siempre existen diferencias, que por leves que sean, ya desacreditan la ambiciosa frase de la publicidad de la crónica antes referida. A eso habría que añadir la subjetividad también inherente a la fotografía, pues aunque ésta posea una innegable dosis de realidad, la elección del punto de vista por parte del fotógrafo o el posado condicionado del sujeto de la imagen son aspectos que se bastan para entender por qué incluso con la fotografía debemos ser escépticos.

La Guerra de África fue la última de las que analizaremos en este trabajo en la que la pintura mandó claramente a la hora de definir la imagen visual del conflicto, pues en los años siguientes la fotografía evolucionó muy rápido hasta requerir muchos menos medios. Además, su fervorosa acogida social la convirtió en el referente principal a la

---

[221] Para un conocimiento más exhaustivo de los avatares del periplo africano de Enrique Facio y de su trabajo vid. FERNÁNDEZ RIVERO: "La fotografía militar…", pp. 459-492

[222] José Luis Gómez Barceló lo niega, afirmando que, ya antes del viaje de Alarcón, Antonio Arrabal había empleado en Ceuta una cámara oscura (Vid. GÓMEZ BARCELÓ, J. L.: "El cine en Ceuta" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, p. 59). No obstante, aunque Ceuta es claramente África, solo formó parte de Marruecos como Protectorado español, por lo que esta apreciación parece simplemente un matiz que no tiene por qué contradecir la afirmación del propio Alarcón de que Facio fue el primer fotógrafo en Marruecos. Más concretamente, Alarcón se refirió a "El Imperio de Marruecos", por lo que, salvo la improbable opción de que Arrabal hubiese pasado la frontera de Ceuta para realizar fotografías, no parecen existir argumentos para negar la afirmación del escritor granadino.

[223] FERNÁNDEZ RIVERO: "La fotografía militar…", p. 465

[224] *La Iberia*, 7-XII-1859, p. 4.

[225] La mayor parte de las fotografías de Facio se conservan en el Archivo General de Palacio, en Madrid.

hora de imaginar, de un modo más realista que nunca, aunque no exento de manipulaciones, lo que sucedía en la distancia.

Nuevas formas de representar la guerra

La fotografía no fue el único medio nuevo de representación visual que surge y se extiende en el siglo XIX. Aunque han recibido una atención mucho menor por parte de los investigadores, a lo largo de la centuria proliferaron una serie de espectáculos y entretenimientos ópticos, basados en los avances tecnológicos de esos años, que permitieron sorprender a los espectadores con perspectivas inéditas o efectos novedosos. Fue el caso de los cosmoramas (pinturas que se veían a través de un vidrio óptico y con efectos de iluminación que la resaltaban) o los cicloramas (pinturas panorámicas de gran tamaño que eran contempladas desde el interior, dando al espectador una perspectiva de 360 grados). Estos espectáculos han sido estudiados para el caso valenciano por Carmen Pinedo Herrero, que nos ofrece conclusiones sobre la importancia que en ellos tuvo la Guerra de África, a la que califica como "la reina de las guerras, en los espectáculos de vistas exhibidos en España"[226].

Según el valenciano *Diario Mercantil*, ya en 1859 el cosmorama de la Bajada de San Francisco presentaba diez vistas "de las acciones y hechos heroicos de nuestro Ejército en África, las cuales se irán variando con los últimos hechos de la guerra"[227]. En marzo de 1860 se inauguró otro en la calle de la Sangre, con diversas vistas que incluían "cuantas batallas ha dado nuestro valiente ejército, los atrincheramientos de nuestras tropas, la entrada en Tetuán, etc. etc. Todo exactamente sacado del natural, tal como ha sucedido"[228], ambiciosas palabras que suponían una buena muestra de la verosimilitud que se otorgaba a las imágenes, aunque no fuesen fotografías. Nosotros hemos localizado en la prensa madrileña varios anuncios de un ciclorama procedente de Italia e instalado en los salones de Capellanes. Contaba con 14 vistas diferentes, la primera de las cuales era la "gran batalla junto a las murallas de la ciudad de Tetuán dada por el ejército español contra los marroquíes el 4 de febrero de 1860"[229].

Cosmoramas, cicloramas y otros medios como cuadros cromo-fundentes mostraron diversos episodios del conflicto, levantando expectación y sorpresa entre los contemporáneos, pero casi nunca han sido abordados en los estudios como parte de las representaciones de la Guerra de África a las que la sociedad española estuvo expuesta.

La prensa y la guerra

> *La prensa, que es el reflejo de la opinión pública, que representa los distintos modos de ver en cuestiones de tanta trascendencia y que es al mismo tiempo el norte que guía a los afiliados a la bandera o partido político a que pertenece cada periódico, no podía menos que ilustrar a la opinión del país que miraba aquella cuestión con general ansiedad.*

[226] PINEDO HERRERO, C.: *El viaje de ilusión: un camino hacia el cine*, Ediciones de la Filmoteca, Valencia, 2004, p. 176.

[227] Aunque únicamente dos eran sobre episodios bélicos propiamente dichos, como la batalla del Serrallo, pues las restantes eran de diversos embarques de tropas, escenarios de Marruecos y otras escenas. *Diario Mercantil*, 22-XII-1859, tomados de PINEDO: *El viaje de ilusión*, pp. 110 y 176.

[228] *Diario Mercantil*, 15-III-1860, Cit. en PINEDO: *El viaje de ilusión*, p. 110.

[229] *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 9-XII-1860, p. 4; *La Correspondencia de España*, 16-XII-1860, p. 4; *La Esperanza*, 20-XII-1860, p. 4.

Evaristo Ventosa, *Historia de la Guerra de África*, 1860.

Esa frase del político republicano Fernando Garrido, que firmaba con el pseudónimo de Evaristo Ventosa, resulta muy reveladora acerca de la consideración que la prensa tenía como reflejo directo de los pensamientos de la opinión pública, así como de faro para orientar a los lectores hacia una determinada ideología. También nos habla de una perspectiva muy limitada del concepto "opinión pública", pues dejaba fuera los pensamientos que podía tener una gran parte de la población que no podía expresarlos en un medio "público". En todo caso, es evidente que los periódicos siempre han funcionado como catalizadores de las opiniones generadas en su tiempo, a la vez que buscaban formar opinión bajo unos puntos de vista determinados. Aunque lejos de las tiradas de más de 100.000 ejemplares que se alcanzarían en los tiempos de la Guerra de Cuba a finales del XIX, la de África coincidió con un momento de notable expansión de la prensa, con tiradas que superaban los 20.000 ejemplares.

Antes del conflicto marroquí los periódicos españoles apoyaron generalmente la intervención y, una vez empezado el mismo, apoyaron casi sin excepciones al Ejército español. No obstante, buena parte de la historiografía ha tendido a llevar demasiado lejos estas afirmaciones, favoreciendo ideas como la de que todos los periódicos españoles pidieron la guerra a ultranza, algo que desde luego no es cierto; o que la prensa dio una imagen casi idílica del conflicto, leyendo cada episodio en clave de gloria y heroísmo sin reflejar las pérdidas y el sufrimiento que estaba ocasionando, lo cual, aún teniendo bastante de cierto, tampoco hace honor a la verdad. Debemos tener en cuenta que la censura funcionaba, y los gobernadores civiles tenían capacidad para secuestrar la información sobre el conflicto que pudiese considerarse "atentatoria"[230], lo cual dificultaba la oposición pública a la guerra, así como el referirse a los aspectos más crudos y dramáticos de la campaña. Aun así, hubo diversos niveles de adhesión al conflicto. Por ejemplo, para demostrar que no toda la prensa española pidió la guerra sin ambages, podemos emplear el caso del popular diario conservador *La Época*. Desde este periódico, si bien una vez comenzado el conflicto se optó por el apoyo al Ejército, antes se había defendido la no intervención armada, como señalaba poco después de la declaración formal de guerra en el Congreso:

> "[…] Nosotros, que no hemos pedido la guerra a todo trance, nosotros, que hemos abogado por la paz, si por esas vías habíamos de alcanzar lo que íbamos a exigir por medio de la guerra, no nos arrepentimos de haber observado esa conducta prudente y patriótica. […] Pero la paz no era, no ha sido, ni será nunca para nosotros una abdicación de la honra nacional y el sacrificio de la magnífica y gloriosa herencia de los Reyes Católicos, de la inmortal tradición de la nacionalidad española. […] No nos hagamos ilusiones que, aunque levantadas y generosas, pudieran ser funestas. La guerra con Marruecos no puede ser hoy de modo alguno una guerra de conquista"[231].

Se consideraba que España no contaba con recursos para llevar a cabo una colonización como la de Francia en Argelia, e incluso con el conflicto en marcha seguían pidiendo una paz lo más pronta posible[232]. Como es lógico, cuando llegaron las grandes victorias, éstas fueron ensalzadas en *La Época* con el entusiasmo común al resto de medios, pero ello no quita que podamos señalar una línea bastante escéptica en relación al conflicto.

[230] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 145.
[231] JUANCO, J. en *La Época*, 22-X-1859, p. 2.
[232] Vid. Por ejemplo FERNÁNDEZ MANRIQUE, M. en *La Época*, 16-XI-1859, p. 2.

Progresistas y demócratas resultaron ser los más entregados. Algunos de los periódicos con líneas más críticas con el Gobierno de O'Donnell, como *El Clamor público*, órgano del Partido Liberal; *La Iberia*, también liberal; o *La Discusión*, del Partido Democrático, apostaron claramente por la necesidad de declarar la guerra, lanzando sus diatribas al Gobierno por su gestión de las negociaciones, así como por su tardanza en iniciar las hostilidades. No obstante, cuando la guerra ya era una realidad, todos ellos depusieron temporalmente su discurso de firme oposición al partido gobernante, justificándolo en que la patria estaba por encima de las disputas entre partidos:

> No seremos nosotros los que con una oposición inoportuna embaracemos la acción del gobierno. Mientras dure la guerra, tregua en política con el ministerio. Nuestros tiros no irían contra el gabinete, sino contra el corazón de la patria[233].

La demanda de noticias sobre la guerra favoreció una especial difusión de la prensa española, aumentando las ventas de las publicaciones y apareciendo *ex profeso* periódicos para informar sobre la campaña. Fue el caso por ejemplo de *El Telégrafo*, *El cañón rayado* o *El Eco de Tetuán*. Este último, fundado por Pedro Antonio de Alarcón en la ciudad recién conquistada, está reconocido como el primer periódico publicado en Marruecos[234]. Poco después también se publicaron en la ciudad marroquí *El Noticiero de Tetuán* (del que se publicaron 89 números hasta 1861) y *Revista de Tetuán*[235]. Otro periódico destacado fue *El Cañón rayado*, famoso por sus ilustraciones sarcásticas. Se publicaba seis veces al mes y comenzó su andadura el 11 de diciembre de 1859 con el objetivo de contribuir al esfuerzo militar por medio de la sátira[236]. Sus cuatro páginas estaban dedicadas a una visión del conflicto humorística y llena de ironía, en géneros tan variados como la prosa, el verso, el teatro o la ilustración. En un extremo totalmente opuesto al de *El Cañón rayado* podemos referirnos al Semanario gráfico *El Mundo militar*, que se publicó en Madrid de 1859 a 1865. Era una publicación profesional y técnica, con numerosos grabados y láminas realizados con gran realismo. La Guerra de África fue su principal fuente de noticias y su razón de ser original, como es bastante fácil intuir por sus fechas (se empezó a publicar en noviembre, un mes después de la declaración de guerra), aunque tenía vocación de continuidad y desde el primer momento trató temas variados.

Es innegable que la prensa fue un instrumento más a la hora de favorecer el fervor patriótico y la movilización popular. También lo es que la visión de la guerra fue por lo general muy sesgada, y se caracterizó por dar bombo a cualquier tipo de acción militar, por hacerse eco de cada acto o manifestación favorable al conflicto, o por eliminar, en su mayoría, las referencias al coste económico o humano de la guerra y al sufrimiento generado por ella. Pero debemos dejar claro que, aunque nunca apareció en la prensa una oposición "beligerante" a la intervención militar en la prensa, ésta no fue deseada por todos en la misma medida. Además, no se ocultaron de forma sistemática, como con frecuencia se ha insistido, las numerosas bajas y los notables problemas con los que el Ejército español se encontró, aspecto este último en el que profundizaremos más adelante.

---

233 "Declaración de guerra a Marruecos" en *La Discusión*, 25-X-1859, p. 1.

234 Todos los autores consultados coinciden al respecto, aunque Tomás García Figueras apuntó la posibilidad de que el *Diario de operaciones del Ejército de África* fuese anterior, pero su publicación nunca pudo ser demostrada. Vid. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 21.

235 GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 33.

236 "¿Por qué?" en *El cañón rayado*, 11-XII-1859, p. 1.

Finalmente, antes de terminar este apartado, es conveniente recordar que muchas de las crónicas a las que nos hemos referido con anterioridad fueron publicadas en la prensa o difundidas como anexos a los periódicos, de modo que la frontera entre Historia, crónica y periodismo era en aquel entonces muy difusa.

La memoria de los héroes

Un cambio muy destacado que se aprecia en Europa a partir de la Revolución Francesa y de la generalización de las levas en masa modernas es una especie de *democratización* de la memoria bélica, la cual supone, en la parte relativa a los homenajes personales, la presencia cada vez mayor de soldados de baja graduación que destacaron por sus acciones heroicas. Esto se hizo patente a partir de la Guerra franco-prusiana de 1870-71, y sobre todo desde la Gran Guerra[237], pero cuando tuvo lugar la Guerra de África todavía no era tan frecuente, siendo casi siempre ensalzados los nombres de los grandes generales, mientras que el pueblo llano que era el que más contribuía quedaba en el olvido[238], pese a que a veces los oficiales apelasen a su recuerdo[239]. Por eso el protagonismo en la memoria pública de esta campaña fue copado por importantes militares como O'Donnell, Prim, Ros de Olano o Echagüe, con muy pocas excepciones como Francisco López Conejero, con diferencia el soldado raso que más famoso se hizo por sus acciones en el conflicto.

Las manifestación más rápida y evidente del ensalzamiento de las grandes figuras de la guerra cuando ésta terminó fue la lluvia de ascensos, honores y títulos nobiliarios que se produjo, incluyendo un ducado, un condado, tres marquesados, nueve tenientes generales, once mariscales de campo y veintisiete brigadieres[240]. El mayor de estos honores, concedido por la reina Isabel II, fue el de hacer a O'Donnell, que había dirigido al Ejército español, Duque de Tetuán. "Queriendo perpetuar la memoria de la gloriosa campaña de África, y especialmente la toma de Tetuán"[241]. El presidente del Consejo de Ministros no estaba dispuesto a dejar para ningún otro militar los principales honores de la campaña, por lo que se puso a sí mismo al frente de las tropas. Además de su nuevo título nobiliar fue ascendido de general de división a teniente general. La figura de O'Donnell fue ensalzada de innumerables maneras, desde los "vivas" que se le tributaban en las manifestaciones populares, hasta recreaciones pictóricas como las de Fortuny o Eduardo Rosales sobre la Batalla de Tetuán. También en la prensa y la literatura fue una figura aludida una y otra vez de forma en extremo laudatoria, haciendo especial hincapié en su temple (contrastado con la impetuosidad de Prim) y en su perfecta organización de la contienda, obviándose los numerosos errores estratégicos y de planificación que la campaña tuvo. Con frecuencia se le conoció por su título de Conde de Lucena, que poco después de la entrada en Tetuán fue sustituido a menudo por el de Duque de Tetuán, aunque no recibió de forma oficial dicho privilegio hasta unos meses después. En la poesía fue poco frecuente el nombre de O'Donnell, posiblemente por su dificultad fonética, y se prefirió el empleo de Leopoldo, su nombre de pila, o alguno de sus títulos.

---

237 BORG: *War Memorials*, p. 104. Sobre la conmemoración en la Primera Guerra Mundial Vid. WINTER: *Sites of Memory*; y MOSSE: *Fallen Soldiers*.

238 GILLIS: "Memory and identity…", p. 9.

239 Cuando se cumplían 50 años de la guerra, en La Ilustración Española y Americana se recordaba que al concluir la guerra, el general Ros de Olano había brindado en un banquete "por el héroe anónimo, por el soldado raso, que con sus oscuras hazañas salva a la patria y «da en flor la dulce vida»": FERNÁNDEZ BREMÓN, J.: "Crónica general", en *La Ilustración Española y Americana*, 30-VII-1909, p. 50.

240 MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 22.

241 "Real Decreto", en *La Gaceta de Madrid*, 8-II-1860, p. 1.

A su retorno de Marruecos fue recibido por todo lo alto y se le dedicaron multitud de homenajes. Recibió agasajos de todas partes de España, entre los que destacó un sable de honor enviado por la ciudad y provincia de Granada, que se conserva en el madrileño Museo del Ejército, o una espada de ceñir de lujo, regalada por los reyes (Isabel y Francisco), con grabados de los episodios más destacados de la guerra. Los regalos no solo procedían de remitentes ilustres, pues sociedades, grupos o instituciones más modestas también enviaron obsequios. Por ejemplo la Sociedad Amistad Zamorana le regaló un bastón, que El Mundo Militar reprodujo en sus páginas a través de un minucioso grabado[242].

Solo hubo una figura capaz de ensombrecer el reconocimiento y la glorificación de la de O'Donnell, aunque en principio parecía alguien destinado a tener un papel secundario en el conflicto. Nos referimos a Juan Prim y Prats, que gracias a su insistencia pudo conseguir un puesto en la reserva, desde el que logró convertirse en un verdadero héroe nacional por un par de acciones ensalzadas de forma adecuada. Según Olivar Bertrand, O'Donnell no quería llevar a Prim a África para no incrementar sus méritos, al ver en él un futuro rival, pero organizó y le concedió una división de reserva para evitar granjearse un enemigo[243]. Al final, aunque el éxito político de la campaña fue para O'Donnell, la mayor popularidad la obtuvo Prim[244].

El episodio que catapultó al entonces Conde de Reus a la fama fue su actuación en la Batalla de los Castillejos, que por entonces se ensalzó con insistencia y quedó en la memoria como una gran gesta militar, por más que actualmente sean muchos los autores que coincidan en su desmitificación, como es el caso de Gabriel Cardona, que lo considera "un episodio de poco relieve de la guerra de África, magnificado por la propaganda del gobierno O'Donnell, deseoso de fabricarse glorias militares"[245], o García Balañà, que habla de "escaramuzas de dudoso mérito y ampliamente publicitadas"[246]. Pero en su momento apenas se puso en duda el valor de estas operaciones, y se aceptó ciegamente la gesta del héroe catalán, que según el parte oficial: "con ese valor sereno que tanto le caracteriza, poniéndose al frente de sus batallones, al grito eléctrico de ¡Viva la Reina!, salió al encuentro del enemigo", al que logró derrotar en un hecho de armas envuelto en gloria[247]. Si el parte del Ejército era laudatorio, en la literatura, e incluso en las crónicas, el encumbramiento fue notablemente mayor. Los lectores españoles de aquel tiempo pudieron acceder a numerosos relatos sobre este hecho, muchos de los cuales convertían a Prim en un verdadero héroe, comparable a los protagonistas de las gestas nacionales de antaño. Incluso se le llegó a comparar con personajes de leyendas clásicas, como hizo por ejemplo Eduardo Bustillo en su *Romancero de la Guerra de África*, en el que se llegó a referir a él como "el nuevo Aquiles"[248]. Además de su famosa intervención en los Castillejos, también logró un enorme reconocimiento por su desempeño en la batalla de Tetuán, en la que según las crónicas asaltó a caballo una batería enemiga. También se ensalzaron reiteradamente su visión política y su humanidad, que dejó patente en hechos como la ocupación de Tetuán o las negociaciones de paz, en las que, según Evaristo

[242] *El Mundo Militar*, 29-IV-1860, p. 4.
[243] OLIVAR: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, p. 202.
[244] FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *Los espadones románticos*, Síntesis, Madrid, 2007.
[245] CARDONA ESCANERO, G.: *El problema militar en España*, Albor, Madrid, 2005, p. 68.
[246] GARCÍA BALAÑÀ: "Patria, plebe y política…", p. 29.
[247] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 108. Lo que pocas veces se recuerda es que sin la ayuda de las tropas de Zavala y la previsión de O'Donnell, que le envió una división fresca para apoyar su flanco, es bastante posible que la temeridad del militar español hubiese terminado en tragedia, pero estas circunstancias quedaron eclipsadas por los relatos de la hazaña.
[248] BUSTILLO: *Romancero de la Guerra de África*, p. 128.

Ventosa "en lugar de mostrarse arrogante como vencedor, procuró, por el contrario, con nobleza, caballerosidad y esquisito tacto, reanimar el abatido espíritu de los vencidos"[249].

Teniendo en cuenta la fuerza y alcance de que gozó esa campaña de exaltación, es perfectamente comprensible que la figura de Prim se convirtiese en la más glorificada de la guerra. Pero además, dicha consideración fue compartida por las obras históricas posteriores durante décadas, siendo apenas puesta en duda hasta la aparición de estudios recientes como los anteriormente comentados. Más de un siglo después de sus logros en Marruecos, Tomás García Figueras lo calificaba sin dudarlo como la figura más sobresaliente de la campaña[250], mientras Stanley Payne lo consideraba no sólo el militar que más lauros mereció en los combates de Marruecos sino también "el general más sobresaliente del siglo"[251]. Esta ausencia en la historiografía de un acercamiento crítico a la "leyenda" de Prim nos demuestra la falta de escepticismo con la que los historiadores han asumido durante mucho tiempo valoraciones hechas "en caliente", convirtiéndose la memoria a corto plazo que se generó durante el conflicto en una memoria a muy largo plazo que, si bien en la actualidad es puesta en duda con frecuencia, sigue siendo la imperante[252]. Al igual que O'Donnell, a su llegada de Marruecos, Prim fue muy agasajado y vitoreado. En Reus, su ciudad natal, se le ofrendó un bastón de mando que usó toda vida y que actualmente se conserva en el Museo del Ejército[253]. Y no fue el único que recibió, pues la ciudad de Alicante haría lo propio. Otro ejemplo del esfuerzo por reconocer sus méritos fue la suscripción iniciada en Cataluña para comprarle un sable de honor, y cuya comisión la justificaba de la siguiente manera:

> La bravura, la pericia y el arrojo del general Prim en la guerra de África son glorias del pueblo español y envanecen a Cataluña: El hábil y valiente general O'Donnell glorifica sus hechos y nosotros que, como buenos españoles, hemos visto con satisfacción que se dedicaba una espada al digno jefe del ejército, como buenos catalanes creemos cumplir un acto de justicia ofreciendo un obsequio patriótico al conde de Reus, que, a su vez, ha proclamado las altas prendas del general en jefe…[254]

El sable pondría en la empuñadura "AL GENERAL PRIM, LOS ENTUSIASTAS DE SU BIZARRÍA", y en la hoja "PARA DEFENDER TU PATRIA Y TU VIDA", además de las armas de España y Cataluña[255]. El montante recaudado en la suscripción había ascendido a los 44.680 reales[256]. La fama obtenida por Prim en el conflicto fue tal que incluso su imagen se utilizó para ilustrar objetos cotidianos, como el licor lanzado por la empresa barcelonesa Rómulo Bosch y Alsina con el nombre de Castillejos, y cuya botella estaba adornada con una litografía en la que se podía ver al general Prim al frente de los Voluntarios Catalanes avanzando sobre cadáveres de *moros* y portando una bandera española (Fig. 17).

El peso en la exaltación y memoria sobre el conflicto de las figuras de Prim y O'Donnell no tuvo comparación. Entre los demás militares que participaron en la contienda hubo muchos más que recibieron un notable reconocimiento, pero nunca

[249] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 888.
[250] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 42.
[251] PAYNE, S. G.: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 27.
[252] Para un acercamiento crítico Vid. ANGUERA: *El general Prim*.
[253] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 235.
[254] OLIVAR: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, p. 210.
[255] Ibídem, p. 222.
[256] ANGUERA: *El general Prim*, p. 332.

comparable al de los dos personajes anteriores. Destacaron por ejemplo los nombres de Juan Zavala, Antonio Ros de Olano o Ramón de Echagüe. Los tres recibieron títulos nobiliarios por sus acciones y un notable peso en la memoria del conflicto. Pero Zavala iba al mando del II Cuerpo de Ejército, Ros de Olano era general y Echagüe mariscal de campo, lo cual nos recuerda lo que antes señalamos de que los lugares preferentes en la memoria estaban reservados casi de forma exclusiva a los militares de alta graduación, algo que en las próximas décadas iba a ir cambiando en toda Europa hasta culminar en la Gran Guerra, facilitando que alcanzasen la fama soldados rasos y que la conmemoración tuviese en cuenta incluso a los héroes anónimos, aquéllos caídos cuyo nombre no pudo ser recordado.

No obstante, en la Guerra de África hay algunas excepciones, siendo la más destacada y famosa la de Francisco López Conejero, un soldado de Caudete (Albacete) perteneciente al regimiento de infantería del Rey, que el 26 de noviembre de 1859 arriesgó su vida para salvar a un compañero herido de manos de los *moros*. Su hazaña se convirtió en una gesta cuyo eco resonó por toda España. En enero de 1860, con la campaña africana todavía en marcha, la Diputación de Albacete aprobó una solicitud del ayuntamiento de Caudete para que se recompensara a su paisano, y en el pleno se explicó en detalle cómo se había desarrollado la acción militar, además de referirse a la medalla de oro que le adjudicó O'Donnell y que le fue costeada por la Academia de literatura del Ateneo de Cádiz[257]. Esta medalla se convirtió en un mérito constantemente recordado al hablar de este soldado, como nos demuestra por ejemplo el *Romancero de la Guerra de África* de Eduardo Bustillo:

> La Academia gaditana
> supo levantar un trono
> á aquel humilde soldado
> que, con su virtud tan solo
> sin poder y sin riquezas
> que ambiciona el mundo loco,
> lega timbres á sus hijos
> con sus laureles gloriosos[258]

El recuerdo de la gesta de López Conejero llevó incluso a que se le dedicase una obra de teatro, escrita precisamente por Miguel Ayllón y Altolaguirre, presidente del Ateneo de Cádiz, y que llevó por título *El héroe de Anghera*[259] (el boquete de Anghera era el nombre de desfiladero en Marruecos en el que tuvieron lugar una serie de escaramuzas en las primeras semanas del despliegue español). La obra incide en el origen humilde del soldado, la tristeza y comprensión de su familia ante su marcha, su heroica acción y el reconocimiento posterior que mereció:

> "[O'Donnell] comprendiendo en su respetable juicio que tanta abnegación, tan señalada virtud y tan generosos sentimientos no se recompensan ni con cruces, ni con ascensos, ni con dinero; ha señalado como premio a vuestro bizarro compañero, esta medalla de oro que la academia de literatura del Ateneo de Cádiz costeó y mandó grabar para que fuera galardón insigne de un hecho de la naturaleza del practicado por Conejero"[260]

[257] INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, p. 38.
[258] BUSTILLO: *Romancero de*, p. 58.
[259] AYLLÓN Y ALTOAGUIRRE, M.: *El héroe de Anghera*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1860.
[260] Ibídem, p. 38.

Aunque el caso de López Conejero fuese el de mayor alcance, no fue el único, y proliferaron los homenajes, especialmente en un ámbito local, a soldados de baja graduación que habían recibido reconocimiento por su valor y heroísmo en el campo de batalla. Otro nombre destacado fue el del cabo Pedro Mur, quien en los Castillejos arrancó una bandera de manos del enemigo que aún hoy se conserva en el Museo del Ejército (Fig. 16)[261]. Hubo incluso el caso excepcional de un perro, *Palomo*, que se convirtió en héroe de la campaña gracias a una sorprendente historia, pues el animal se separó en el puerto de Cartagena de su amo, que se embarcó a la guerra sin opción de poder llevarse a su mascota porque el reglamento del Ejército no lo permitía. Pero el can apareció unas semanas después al lado de su amo en el frente de Marruecos, sin que nunca se supiese cómo llegó al otro lado del estrecho. Como un héroe más de la guerra, el animal se paseó por las calles de Madrid para celebrar la victoria, y su imagen apareció en la prensa ilustrada entre los grandes personajes del conflicto (Fig. 15)[262].

No obstante, aunque fuesen numerosos los casos de soldados concretos agasajados, lo que registró una mayor trascendencia fueron los homenajes generales, entre los que brillaron con luz propia los realizados para recibir a las tropas que regresaban victoriosas. Este tipo de actos derivaron en grandes fiestas populares que rivalizaron con las celebradas tras la victoria de Tetuán y la toma de la ciudad. Según Tomás García Figueras, los más destacados recibimientos tuvieron lugar en Madrid, Barcelona (Voluntarios Catalanes), Bilbao (Tercios Vascongados), Alicante (desembarco de Prim) y otras ciudades como Sevilla, Córdoba, Granada, Burgos, Tarragona, Vic o Reus[263]. En el caso de Burgos, por ejemplo, entre las disposiciones que adoptaron la Diputación y el Ayuntamiento estuvo la de construir un arco triunfal en el que se pudiesen colocar las "armas morunas" que los soldados trajeran, o la de que "las dos corporaciones, presididas por el Sr. Gobernador Civil e interpolados sus individuos, saldrán en carretelas descubiertas a recibir a las tropas a la entrada de la población"[264]. Este tipo de disposiciones dictadas con varios días de antelación fueron habituales, y carecían de la espontaneidad de las celebraciones de las victorias. En éstas también colaboraron las autoridades, pero fue más lo que quedó a la improvisación de los ciudadanos porque no era posible una planificación cuidadosa por no conocer de antemano el día de la celebración. Precisamente ese fue el problema del primer recibimiento de tropas retornadas que se produjo el 12 de abril en Valencia, donde a las autoridades no le dio tiempo a preparar nada y un amplio gentío se agolpó frente a la casa del Gobernador civil protestando porque ésta no estuviese decorada[265]. En contraposición, cuando Prim entró por Alicante el 1 de mayo, la ciudad llevaba días preparándose, y las celebraciones duraron varias jornadas.

En el caso de las provincias vascas los recibimientos fueron especialmente efusivos a los Tercios Vascongados, aunque también recibieron pomposos homenajes las tropas castellanas que llegaron por sus puertos, si bien con una inversión económica sustancialmente menor. Las ciudades vascas participaron de la ola de arcos del triunfo que se extendió por todo el país, financiados con dinero municipal, con inscripciones como las de San Sebastián: "A los valientes que en la tierra agarena vindicaron el honor nacional", Vitoria: "Viva Isabel II / La ciudad de Vitoria al Tercio alavés / Guad-Ras,

[261] El pintor Vicente Silvestre dedicó un cuadro al cabo Mur, aunque en una fecha bastante tardía como 1887.
[262] Por ejemplo *El Museo universal* le dedicó una litografía en su número del 27 de mayo de 1860.
[263] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 172.
[264] ESTEBAN DE VEGA: "La nacionalización española en la sociedad castellana.", p. 298.
[265] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, pp. 1110-1111.

honor, valor", Durango: "Viva Isabel II / viva el valiente caudillo que del agareno triunfó", Tolosa: "La villa de Tolosa / a los vencedores de África", o Azcoitia, uno de los casos menos frecuentes en los que la inscripción del arco estuvo en euskera: "Onguietorriyac / izan zaiteste / euscaldummaite / gogoangarriac" (bienvenidos seáis queridos vascos)[266].

Todavía más abrumador fue el recibimiento de los Voluntarios Catalanes que entraron triunfalmente en Barcelona el día 3 de marzo, con una fiesta que se prolongó durante varios días. La ciudad se engalanó con arcos del triunfo llenos de flores y gallardetes en los balcones, y fueron constantes la música y los coros, las bendiciones religiosas, las alocuciones patrióticas, los banquetes o las funciones teatrales. Incluso se repartieron lotes de dinero a los voluntarios[267]. Otro ejemplo señalado lo tenemos en Reus, donde tuvo lugar una espectacular movilización para recibir al laureado batallón de cazadores de Alba de Tormes. Sus heroicas hazañas en Marruecos y el hecho de que estuviese comandado por el general Prim (precisamente nacido en Reus) lo convirtió en uno de los más reconocidos. Estas muestras de entusiasmo no fueron efímeras, pues en septiembre de 1860 tuvo lugar una gira por Cataluña de Prim y algunos de los Voluntarios Catalanes, que despertó pasiones patrióticas y gran expectación. Con ello se demostraba que el ardor patriótico no murió instantáneamente al terminar el conflicto.

Otra forma menos vistosa pero más gratificante de honrar a los soldados fue la económica. La entrega de lotes de dinero que apuntábamos antes fue una práctica habitual en los diferentes homenajes, pero todo parece indicar que los repartos de este tipo funcionaban de un modo un tanto aleatorio. Mucho más equitativo y general fue el premio otorgado por el Gobierno a través de un Real Decreto para que el servicio militar desarrollado en Marruecos contase como si hubiese durado el doble de tiempo a la hora de cobrar el salario, además de incorporar una serie de ventajas económicas a recibir por los heridos y las familias de los fallecidos, que se unían a las que ayuntamientos y diputaciones habían establecido a tal efecto.

En un apartado referido al ensalzamiento de los que fueron considerados héroes de la campaña no podemos referirnos exclusivamente a los vivos, pues como ya explicamos en la introducción, la memoria de los caídos es un elemento fundamental de la memoria de la guerra, tanto a corto como a largo plazo. No parece que en 1859 y 1860 existiese una política de culto a los caídos en la guerra diseñada por el Gobierno como la que se desenvolvió en etapas posteriores, pero por toda España se hicieron homenajes, misas y funerales, ya fuesen destinados a los paisanos de la misma localidad o a los muertos de la campaña en general. Aunque fuese constante la presencia de los gobernadores civiles en representación del Estado, la iniciativa fue mayoritariamente local. Donde sí se aplicó una política más sistemática para honrar a los caídos fue en territorio marroquí, siguiendo la costumbre del Ejército de glorificar y sepultar a sus muertos, rituales a los que se daba una gran trascendencia. Son numerosas las referencias a este tipo de actos después de las batallas u operaciones especialmente complicadas. Por ejemplo Cervino, en su poema *La nueva guerra púnica o España en Marruecos*, señalaba refiriéndose a O'Donnell tras la batalla de Sierra Bullones:

> El piadoso caudillo en tanto ordena
> honorar la memoria
> de los que han dado su preciosa vida
> por su Dios y su patria. Ya resuena
> en funeraria pompa

[266] CAJAL VALERO: "La Guerra de África (1859-1860)…", p. 267.
[267] OLIVAR: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, p. 221.

triste la voz de la enlutada trompa:
redobla el tambor enroquecido[268]

Algunos cadáveres de los que perdieron la vida en tierras marroquíes pudieron ser repatriados para que se les enterrara en sus lugares de origen, pero los restos de la mayoría iban a descansar en la tierra que estaban atacando. El principal cementerio que habilitaron los españoles en Marruecos estuvo en las proximidades de Tetuán, y posiblemente a él se trasladaron cuerpos sepultados en cementerios de campaña más pequeños. El área ocupada por el camposanto tenía unas dimensiones de 193x116 metros[269], y cuando los españoles hubieron de abandonar Tetuán al año siguiente de su conquista, no trasladaron los restos de los allí enterrados sino que rodearon el recinto con una valla de dos metros de altura y entregaron las llaves a las autoridades locales. Según Tomás García Figueras, este cementerio cayó muy pronto en el olvido por la dejadez de los gobiernos españoles y si se conservó aceptablemente fue gracias a la labor de los franciscanos de Tetuán[270]. La poca atención prestada a este cementerio y su caída en el olvido se explica en parte por el precipitado abandono de la ciudad en 1862, pero también por la inexistencia de una política eficaz para honrar a los muertos por la patria, que sí aparecería en futuros conflictos.

La permanencia en Marruecos de los restos de la inmensa mayoría de los soldados muertos en la campaña parece una explicación válida a la escasa presencia de la Guerra de 1859-60 en los cementerios españoles. No obstante, también en la Guerra de Cuba y posteriores conflictos marroquíes sólo se repatriaron los cadáveres de algunos muertos de especial trascendencia, pero en estos casos sí resulta fácil encontrar monumentos funerarios recordando a los fallecidos, por lo que debemos preguntarnos dónde está la diferencia. La principal explicación es la falta de una política conmemorativa bien definida, que fue ganando peso en Europa a lo largo del siglo XIX, y que en España no apareció de forma clara hasta la etapa de la Restauración, en la que desde las autoridades estatales se impulsó una política monumental y de culto al sacrificio por la patria de un modo antes desconocido. Si analizamos el discurso de nacionalismo bélico no encontramos muchas diferencias, pero en lo que se refiere al monumentalismo público el cambio fue sustancial, como más adelante veremos.

Años más tarde, cualquier intento de "perpetuar la memoria" no parecía completo si no incluía una estatua o al menos una placa. Pero en 1860 todavía no era así, y las funciones religiosas constituían el principal homenaje. Buen ejemplo de ello son unas honras fúnebres que se celebraron en el campamento del Serrallo, cerca de Ceuta, el 16 de mayo de 1860, de las que daba cuenta el diario *La Esperanza*, señalando la gran acogida de la iniciativa entre los soldados y las generosas aportaciones de los mismos:

> "La entusiasta acogida que ha merecido entre estos batallones la idea de perpetuar la memoria de sus compañeros muertos, con una función religiosa, obligó a nuestro apreciable general, advertido por los jefes de los cuerpos de los excesivos ofrecimientos de sus subordinados, á fijar el tipo máximo del donativo que era permitido hacer a cada uno, porque todos ellos se sentían dispuestos a desprenderse de de cuanto poseían. Nada

[268] CERVINO: *La nueva guerra púnica*, p. 37.
[269] Repartidos de la siguiente manera: 31x22 metros para oficiales, 82x64 metros para tropa y 70x30 para civiles. Vid. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 254.
[270] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 254.

> les parecía bastante a demostrar el cariño que profesaban a sus desgraciados compañeros"[271].

Dicho esto, no debe sorprender la escasa presencia en España de homenajes monumentales a los muertos en la Guerra de África. Además fue un conflicto que, pese a su impulso inicial, no trascendió tanto en los años posteriores, por lo que no mereció que se erigieran monumentos en su honor como sucedió con la Guerra de la Independencia[272]. Lo más habitual es encontrar referencias a los soldados que perdieron la vida en España a causa de las heridas sufridas en Marruecos, como es el caso de Sevilla, en cuyo cementerio se erigió un monumento en memoria de los 61 soldados allí enterrados, trazado por el arquitecto José de la Coba (Fig. 18)[273], que está rematado por una columna con una cruz y un bajorrelieve con una amazona representando la Victoria y coronando al león de Castilla. La columna y la cruz son dos de los elementos más comunes en el monumentalismo conmemorativo, y la Victoria es un elemento de inspiración clásica que se ha seguido utilizando en todas las épocas, aunque a menudo con connotaciones religiosas o, como es el caso, patrióticas, por lo que en conjunto resulta una construcción bastante típica[274]. La inscripción reza lo siguiente:

> Aquí yacen sesenta y un soldados.
> Muertos en esta ciudad de las heridas que recibieron en África.
> Peleando como buenos por la honra de su Patria en guerra con los moros.
> Para conservar a las generaciones venideras el glorioso recuerdo de su heroico valor, Sevilla edificó este sepulcro.
> Año 1861.
> Siendo Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento el Sr. D. Juan J. García Vinuesa[275].

El discurso utilizado presenta detalles interesantes que caracterizarán el monumentalismo conmemorativo de las décadas siguientes. Todos los soldados son tratados como iguales, sin que se aluda a ninguna distinción a causa de su rango o su procedencia. Se insiste en su muerte en defensa de la Patria, incluyendo el motivo de la honra, que tanta importancia tuvo para justificar el conflicto. Se reconoce el objetivo conmemorativo del monumento, al que se trató de ligar el recuerdo de aquéllos soldados y de lo que hicieron. Finalmente, se señala con detalle de donde partió la iniciativa y su financiación.

Los leones del Congreso y la ausencia de escultura conmemorativa

Aunque en la década de 1860 apenas se cultivó la escultura conmemorativa relacionada con esta guerra, sí debemos dar cuenta de un homenaje monumental, el más famoso y perdurable aunque en la actualidad se recuerde poco su origen. Nos referimos a los dos grandes leones que flanquean en Madrid la entrada al Congreso de los Diputados (Fig. 19). Estas dos esculturas fueron fundidas en la Fábrica de Artillería de Sevilla, y la materia prima empleada para su elaboración fue el bronce de los cañones que se tomaron

[271] "Noticias políticas", en *La Esperanza*, 22-V-1860, p. 3.
[272] La mayor parte de los monumentos a la Guerra de la Independencia (fueran funerarios o no) se erigieron durante los años de la Restauración. Vid. REYERO: *La escultura conmemorativa en España*.
[273] *Guía de Sevilla. Su provincia*, 1873, p. 199.
[274] BORG: *War Memorials*, pp. 6, 11 y 97.
[275] Cit. en *ABC*, 29-XII-1960, p. 31.

al enemigo en Tetuán y el Serrallo, para que, como señaló García Figueras, la obra "no sólo fuese adorno y complemento del Pórtico de la Asamblea parlamentaria, sino poner en sitio tan distinguido un notable recuerdo de gloria nacional con motivo de la campaña de África"[276]. La costumbre de realizar esculturas con cañones o armas del enemigo posee un destacado valor simbólico, pues no sólo sirve para dejar recuerdo para la posteridad de un episodio glorioso, sino que supone una especie de humillación perenne del enemigo, al quedar para siempre sus antiguos artefactos de guerra al servicio de la glorificación de aquellos que los derrotaron[277]. Aunque curiosamente ninguno de los cañones tomados a los *moros* estaba hecho en Marruecos (los había españoles, suecos, ingleses, venecianos, holandeses, portugueses y franceses[278]), eran los que estaba utilizando el enemigo, por lo que se consideraron indudablemente marroquíes, y por ello tenían un valor simbólico tan alto. De hecho, cualquiera que se acerque al Congreso puede seguir leyendo la gran inscripción que figura en cada una de las bases: "Fundido con cañones tomados al enemigo en la Guerra de África en 1860".

Otro aspecto habitual en la escultura conmemorativa es el tiempo considerable que pasó entre el fin del conflicto y la inauguración de este homenaje, que tuvo lugar más de una década después, cuando ya el episodio estaba cayendo en el olvido y el régimen político había cambiado en dos ocasiones. Ponciano Ponzano, escultor de cámara de la Reina, terminó el molde en 1865, y Jacinto Bergueret fue el encargado de esculpir y cincelar las dos figuras desde diciembre de 1865 hasta bien entrado 1872, año en que se colocaron en su actual ubicación. Los leones no recibieron ningún nombre, pero los operarios de la Fábrica de Artillería de Sevilla los llamaban Daoíz y Velarde, en recuerdo de los héroes del 2 de mayo, denominaciones que quedarían en la conciencia popular junto a las de Benavides y Malospelos[279], la otra forma en que los madrileños conocieron a estas estatuas.

Otro ejemplo coetáneo al conflicto es la escultura ecuestre al general Prim, erigida en un céntrico cruce de calles de Barcelona, y que no se conserva porque fue concebida como un monumento efímero[280], al igual que los numerosos arcos triunfales que se construyeron por toda España.

Finalmente, vamos a aludir a un ejemplo excepcional que no hemos encontrado referido en toda la bibliografía consultada en castellano: la iglesia de San Joaquín, situada en la localidad del mismo nombre en la provincia filipina de Iloilo. Esta iglesia, iniciada en 1859 por auspicio del fraile agustino Tomás Santarén[281], presenta en su fachada una espectacular recreación de la batalla de Tetuán. El relieve, que ocupa todo el frontón del templo, muestra al fondo la ciudad amurallada, y multitud de soldados a pie o a caballo

[276] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 241.

[277] La tradición de ligar las armas con los memoriales es de origen medieval. Vid. BORG: *War Memorials*, p. 40.

[278] Para información detallada sobre los cañones tomados al enemigo vid. VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 873.

[279] El origen parece ser un relato de Leopoldo Alas "Clarín" en 1893, titulado León Benavides, que comienza con una cita de *La prudencia de la mujer*, de Tirso de Molina: "Un león por armas tengo / y Benavides se llama". El cuento es la historia de uno de los leones del Congreso, del que se dice que se llama León y se apellida Benavides: CLARIN: "León Benavides", en *Cuentos Morales*, Cátedra, Madrid, 2012, pp. 269-274. "Malospelos" fue un apodo que, según Clarín, pusieron a dicho león por su enmarañada melena, aunque al final el pueblo madrileño denominó con él a la otra estatua.

[280] ANGUERA: *El general Prim*, p. 330; MICHONNEAU: *Barcelona: memoria i identitat*, p. 62 y ss.

[281] Según su lápida funeraria, en la propia iglesia, Tomás Santaren había nacido en Valladolid en 1828, y fue el cura párroco de la iglesia, donde lo sepultaron tras su muerte en 1886. Dicha lápida aparece en una fotografía en SERAG, S. S. C.: *The Remnants of the Great Ilonggo Nation*, Book Store Inc., Ciudad Quezón (Filipinas), 1997.

en pleno combate (Fig. 20). Por sus dimensiones y el lugar que ocupa, este homenaje monumental no tiene parangón con ninguno realizado en la metrópoli. Las noticias de la victoria española no llegaron a Filipinas hasta finales de 1860, cuando Santaren decidió incorporar ese motivo a la iglesia, que ya estaba en construcción desde 1859, y que no se terminaría hasta 10 años después. Aunque en las iglesias cristianas hayan sido habituales las pinturas o relieves relacionados con episodios bélicos, esta representación resulta excepcional, tanto por la época como por el lugar. No obstante, la concepción de la campaña como una guerra de religión la podía convertir en un motivo apropiado, y más en un territorio en el que se producían frecuentes incursiones de *moros*, como los españoles denominaban a la población musulmana de la cercana isla de Mindanao[282].

La escultura conmemorativa será un tema al que dedicaremos mayor extensión en próximas etapas, sobre todo en la Restauración, época durante la cual la creación de estatuas fue especialmente abundante, y existen numerosos ejemplos relacionados con los conflictos africanos, entre los que destacan la estatua a Prim que se levantó en el parque de la Ciudadela de Barcelona o el monumento a los muertos en la campaña de la Plaza de África en Ceuta.

Tetuán de las Victorias y la guerra en el callejero

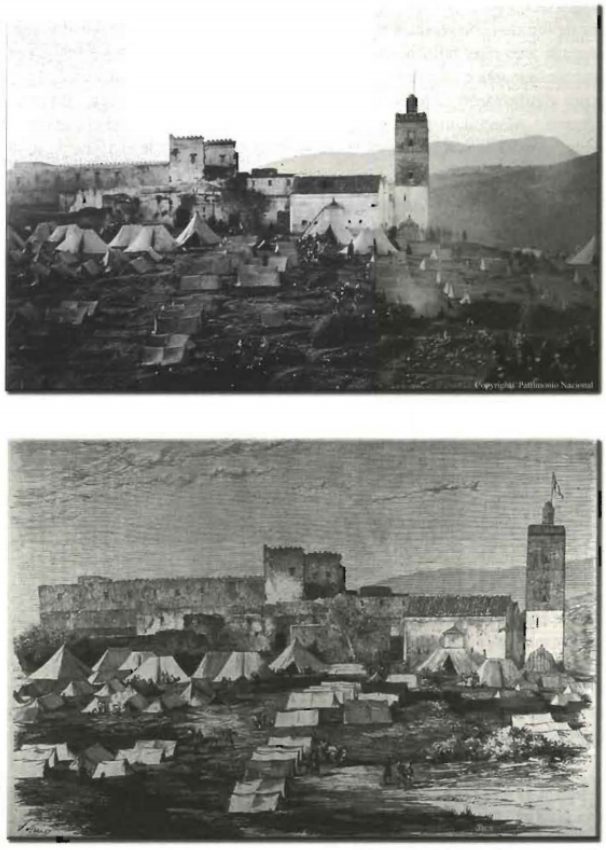
La historia de los callejeros nos ofrece una información muy útil desde el punto de vista de la memoria, pues al mismo tiempo que manifestación visible y cambiante de la memoria oficial, es algo con lo que los ciudadanos están en contacto en su día a día cotidiano. Por ello, aunque muchas veces la sombra del olvido se cierne sobre el homenaje que cada nombre supone, o éste se pierde al ser substituido por otro, hay una información para el historiador a la que muchas veces se presta poca atención, pero cuyo contenido simbólico y conmemorativo puede ser muy valioso. Un claro ejemplo de ello lo vemos cuando los españoles ocuparon la ciudad de Tetuán, pues entre las primeras actuaciones que llevaron a cabo, por lo mucho que representaba, estuvo la de modificar los nombres de las puertas y las calles de la ciudad, a los que se denominó con lugares y personajes emblemáticos de España, convirtiendo la ciudad en lo que Benito Pérez Galdós llamaría un "diccionario de la guerra"[283]. Por ejemplo, las denominaciones de las ocho puertas resultan bastante reveladoras de algunos de los motivos recurrentes del discurso patriótico: Reina, Reyes Católicos, Cid, Tánger, Victoria, San Fernando y Alfonso VIII. Como vemos se honra a Isabel II, la entonces reina; a figuras clave de la Reconquista como son Alfonso VIII, Fernando III, los Reyes Católicos y el Cid; se recuerda a la ciudad de Tánger, que era uno de los principales objetivos de la campaña; y el nombre de Victoria hace referencia a la puerta por la que los vencedores entraron en la ciudad. En las calles destacaron nombres de localidades, regiones y accidentes geográficos españoles, así como algunos relativos al Ejército o incluso a otras poblaciones marroquíes[284].

En la Península, la campaña se dejó notar con una serie de nombres en el callejero que con frecuencia perduraron. Las denominaciones más frecuentes fueron las de Tetuán y los Castillejos, que se pueden encontrar todavía hoy en multitud de ciudades españolas.

[282] Esta información procede de la web Historicphilippines.com, dedicada al estudio de las iglesias históricas de Filipinas: http://historicphilippines.com/all-our-churches/san-joaquin-church-of-san-joaquin-2/ En la misma web también se señala que en San Joaquín algunos afirman que el padre de Santarén era militar y participó en la guerra. La iglesia se construyó con trabajos forzados de los residentes de la zona, algo habitual en el sistema colonial español en Filipinas.

[283] PÉREZ GALDÓS, B.: *Episodios Nacionales, Serie Cuarta. Carlos VI en la Rápita*, Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

[284] Para el nomenclátor completo vid. VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 855.



(Fig. 14) El campamento del Serrallo según una fotografía de Enrique Facio (arriba) y un grabado del *Diario de un testigo* (abajo).



(Fig. 15) "Entrada triunfal del perro Palomo en la villa y corte. De vuelta de la Guerra de África". *El Museo Universal*, 27-VI-1860, p. 8.



(Fig. 16) "Hazaña del cabo de Húsares Pedro Mur (de croquis)". *Diario de un testigo de la Guerra de África*.



(Fig. 17) Litografía de Pujades y Oliver para el licor Castillejos.



(Fig. 18) Monumento a los soldados heridos en la Guerra de África y muertos en Sevilla, 1861.



(Fig. 19) León del Congreso de los Diputados, Madrid, 1872.





(Fig. 20) Relieve de la Batalla de Tetuán en el frontón de la Iglesias de San Joaquín. Iloilo (Filipinas), 1869.

A la izquierda, imagen de la fachada completa.

También hay presencia de episodios menores como el del enfrentamiento en el Boquete de Anghera, anteriormente aludido, que tiene una calle en la localidad cordobesa de Palma del Río, mientras que en Gijón existe la calle de Anghera, también en honor a la lucha en el desfiladero. Algunos de estos cambios en el nomenclátor urbano fueron de una inmediatez sorprendente, como en el caso de Madrid, respecto al cual *La Gaceta* decía el 8 de febrero de 1860: "Hoy ha amanecido la antigua calle de la Zarza con el nombre de calle de Tetuán: el ayuntamiento lo tenía realizado de antemano para el caso de celebrarse tan Fausto acontecimiento"[285]. Por otro lado, varios de los grandes protagonistas de la guerra contaron y todavía cuentan con numerosas calles con su nombre, siendo especialmente notorios los casos de O'Donnell o Prim. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la mayoría de las que homenajearon a estos dos personajes no estuvieron vinculadas a su participación en la Guerra de África, sino a sus logros políticos. Por ejemplo, buena parte de las nombradas como Prim surgieron tras la Revolución de 1868, *La Gloriosa*, y no tras la batalla de los Castillejos o el fin de la guerra en 1860. Por otra parte, no apreciamos todavía en este tipo de homenajes del nomenclátor urbano la aparición de "héroes populares", de soldados de baja graduación que se hubiesen caracterizado por sus valerosas acciones. Esta práctica se hizo muy frecuente con posterioridad, especialmente para homenajear a paisanos de la propia localidad. Sin embargo vemos una vez más que a la altura de 1860 todavía no se había alcanzado esa mayor democratización de la guerra que fue característica a principios del siglo XX, aunque ya hubiese personajes como el referido López Conejero que habían suscitado una notable expectación a pesar de su origen humilde.

De entre todas las denominaciones de lugares en España derivadas de la Guerra de África, hay una especialmente destacada que aún hoy se conserva para todo un céntrico barrio de Madrid: Tetuán de las Victorias. El origen de este nombre no sólo recuerda la victoriosa entrada de las tropas españolas en la ciudad marroquí, sino que también nos remite al origen del barrio, íntimamente ligado al conflicto bélico. En lo que a la altura de 1860 se conocía como Dehesa de Amaniel, que estaba fuera de Madrid y pertenecía al municipio de Chamartín de la Rosa, acamparon 18 batallones y algunos escuadrones y baterías del Ejército que habían retornado de Marruecos. El enorme campamento atrajo a multitud de visitantes, pero además, para cubrir sus importantes necesidades de abastecimiento, generó un notable tráfico comercial, favoreciendo la aparición de numerosos establecimientos que no desaparecieron cuando las tropas se fueron. Ése fue precisamente el germen de la aparición del barrio, que terminaría siendo absorbido por la capital española en su crecimiento. El *cronista de la villa* de Madrid, Carlos Cambronero, señalaba al respecto en 1889:

> El Ejército que había operado en África entró en Madrid, ya terminada la guerra, el día 11 de mayo de 1860. Acamparon durante algún tiempo de la misma forma que lo habían hecho en Marruecos, y el campamento fue visitado por millares de personas que acudieron de Madrid y de otros puntos cercanos deseosas de ver de cerca a los valerosos soldados que por última vez habían alcanzado los laureles en la victoria sobre el extranjero[286]

La presencia de semejante cantidad de soldados en las inmediaciones de Madrid respondía al deseo de celebrar la victoria en la capital, con un desfile a la altura y otras actividades que había tenido en consideración la comisión nombrada a tal efecto por el

[285] *La Gaceta de Madrid*, 8-II-1860, p. 4.
[286] Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo I*, CSIC, Madrid, 1966, p. 244.

Ayuntamiento, que presupuestó 435.000 reales. Además de para la decoración e iluminación de calles y edificios o la creación de un arco floral de grandes dimensiones, el dinero sirvió para organizar una corrida de toros, una función teatral, diversas actuaciones musicales y para beneficencia. El éxito del campamento fue tal que, según diferentes periódicos de la época, la afluencia osciló entre las 40.000 y las 80.000 personas solo durante el día 10. El día 11 se produjo el desfile por las calles de Madrid, abriendo la marcha por Atocha y recorriendo algunas céntricas calles antes de regresar por la carretera de San Jerónimo hacia el Prado[287].

Además del nombre de Tetuán, las calles del barrio se llenaron de denominaciones relacionadas con la guerra, como Prim, O'Donnell, Castillejos, Wad-Ras, Sierra Bullones, Serrallo, Topete, Ceuta, Voluntarios Catalanes… algunas de las cuales se han conservado hasta la actualidad, mientras que otras se perdieron con la anexión a Madrid, donde ya existían varios de estos nombres.

Las lagunas de la memoria

A la hora de analizar e interpretar la memoria sobre algún hecho como esta campaña que nos ocupa, es frecuente que los olvidos, los silencios, las ausencias, nos ofrezcan una información muy útil muchas veces minusvalorada. Para el caso de la Guerra de África tenemos ejemplos bastante evidentes, pues la glorificación y exaltación de la campaña dejó poco lugar para el relato de los sufrimientos provocados por la misma, y para el análisis de los numerosos errores que en su desarrollo se cometieron o las cuantiosas pérdidas humanas y económicas que supuso, no sólo para Marruecos, sino también para España.

Nombres como Serrallo, Anghera, Castillejos, Tetuán o Wad-Ras se hicieron un notable hueco en la memoria colectiva de los españoles, pero únicamente en clave de gloria y exaltación de lo que allí había sucedido. En palabras de Serrallonga Urquidi: "Nada se dirá del inmenso sufrimiento que la guerra acarreará, ni nadie se molestará en buscar la verdadera opinión de las clases populares sobre un conflicto que sin duda van a soportar con intensas aflicciones"[288].

De todos modos es un error, no pocas veces recurrente, generalizar como si todo lo que se hubiese escrito o dicho en su momento sobre el conflicto se hubiese adherido sin ambages a la perspectiva oficial. Aunque en comparación su número fuese muy escaso y su repercusión limitada, hubo autores que mostraron sin tapujos los problemas y dificultades que el conflicto había tenido, algunos incluso antes de que éste hubiese terminado. La falta de independencia de los medios, la censura de la prensa y de otras publicaciones o la casi inexistencia de los movimientos obreros, que sólo unas décadas después materializaron la oposición a la Guerra de Cuba, eran aspectos que generaban un escenario muy poco favorable para la difusión de contenidos centrados en las cuantiosas pérdidas, la incompetencia de los gobernantes o el absurdo de la guerra. Pero este tipo de análisis existieron, tanto en ensayos como en la prensa del momento, y fueron especialmente difundidos una vez terminada la guerra.

Buena parte de los escritos más alejados de la perspectiva oficial, especialmente en los periódicos, tenían por principal objeto desacreditar al Gobierno, destacando sus errores con fines políticos. Por ello, en la prensa de oposición fueron habituales los artículos criticando la guerra e incluso poniendo en duda su necesidad. Por ejemplo,

[287] OLIVAR: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, p. 219.
[288] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 143.

haciendo balance del año 1860, en las páginas de *El Clamor público* se podía leer, entre diatribas varias contra el gabinete de O'Donnell:

> El año que acaba hubiera sido para nosotros una cantidad negativa, si no quedara escrito en las páginas de la historia con la sangre de nuestros soldados y las lágrimas de muchas familias. Los laureles que dentro de sus límites hemos conquistado en África y los sacrificios que hemos hecho para engrandecernos, se han convertido en ramos de lúgubre ciprés y en inútiles alardes de valor y patriotismo[289]

También podemos encontrar ensayos que analizaron la guerra sin centrarse en una narración de hechos y en la exaltación de los mismos. Entre ellos figura el que sin duda es el ejemplo más completo de este tipo de escritos, el *Juicio Crítico de la Guerra de África, ó apuntes para la historia Contemporánea, dedicados a la prensa periódica de todos los matices políticos, por el coronel retirado Don Victoriano de Ameller*. Esta obra, que se mantiene al margen de cualquier lucha política, destaca y sorprende por no compartir en absoluto el típico entusiasmo de la época, por afirmar públicamente que la guerra fue muy perjudicial, por sus juicios cuidadosamente argumentados y por la exhaustiva labor de documentación que demuestra. De hecho, pese a haber sido publicada en una fecha tan temprana como 1861, su escepticismo respecto a la versión oficial, su elevado recuento de las bajas o su poco idealizado análisis de las batallas son aspectos que apenas tienen que envidiar a los más documentados estudios recientes, lo cual le da un valor que le ha sido, en general, poco reconocido. Por ejemplo Esteban de Vega, resumiendo las valoraciones negativas de la campaña en los estudios sobre el tema, señala improvisaciones, lenta movilización, errores de planificación o equivocada elección de Tetuán y no Tánger como principal objetivo[290]. Todos estos problemas fueron debidamente señalados y cuidadosamente argumentados por Ameller en su concienzudo análisis, el cual seguiremos en buena medida para continuar analizando las principales "lagunas en la memoria" que la campaña africana dejó, y cuyo conocimiento podía haber contribuido a evitar errores que se volvieron a cometer, y que este coronel retirado quería evitar:

> El cúmulo de desgracias que son consecuencia dolorosa de aquella infausta guerra, forma un cuadro terrible y conmovedor, que en vano procuramos apartar de nuestra vista. Vivamente impresionados, hemos escuchado la voz de la conciencia, que nos hace sentir el deber de señalar a nuestros conciudadanos los errores cometidos, con los peligros que pueden repetirse; y desear que no se exploten en lo sucesivo las bellas pasiones de los españoles; que no se haga servir a España de instrumento para satisfacer ambiciones personales; finalmente, que se entere siempre á nuestro país de cuantas negociaciones se entablen á su nombre con otros Estados, antes de que voten las Cortes recurso ninguno de sangre y de dinero para la guerra. Esto nos inspira el patriotismo. ¡Quiera el cielo que la publicación de las ideas que hemos escrito en estas páginas, contribuya de alguna manera á librar á nuestra patria de futuras calamidades![291]

El propio *casus belli* supone un buen ejemplo de lo sesgada que fue la historia construida desde el primer momento, que convirtió la guerra en algo casi inevitable, a lo que había que ir forzosamente en defensa del ultrajado honor español. Como ya señalamos en un apartado anterior, los intentos del Sultán para poner fin a la escalada diplomática reconociendo la afrenta y ofreciéndose a compensarla pasaron casi

289 "Sección política" en *El Clamor público*, 1-I-1861, p. 1.
290 ESTEBAN DE VEGA: "La nacionalización española en la sociedad castellana", p. 290.
291 AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 72.

desapercibidos, así como también la constante ampliación de exigencias por parte de España, que no fue explicada a la opinión pública. Lo más sorprendente es que estas ausencias no fueron apenas corregidas por la historiografía hasta más de un siglo después, y aún en la actualidad son con frecuencia omitidas en los análisis. Esto nos demuestra la eficacia de la memoria difundida a corto plazo a la hora de edificar una memoria de largo alcance, sin necesidad de una política concienzuda al respecto, como la que aplicaron las dictaduras en la España del siglo XX.

También fue bastante generalizada la ocultación de los problemas logísticos o los errores de planificación, aunque en las crónicas más elaboradas y objetivas se apuntaron aspectos que era difícil omitir del todo, como los problemas de abastecimiento, que llegaron a ser dramáticos, o los brotes de cólera, que mermaron considerablemente al ejército[292]. El propio Alarcón se refirió a fallos logísticos como la llegada de un cargamento de munición que no se pudo usar por ser del calibre equivocado[293], aunque en general dejó bastante de lado los aspectos más negativos e incluso afirmó que no le parecía conveniente difundir ciertos aspectos que ya se conocerían cuando terminase la campaña[294]. La enorme incidencia del cólera fue uno de los aspectos que Alarcón no quiso o no se atrevió a difundir como merecía. Gómez Barceló señala que llegaron a registrarse una media de 300 casos diarios de cólera[295], cifra bastante próxima a la ofrecida por María Rosa de Madariaga cuando afirma que en cuatro meses se alcanzaron 33.000 casos de enfermedad, algo verdaderamente escandaloso si consideramos que el Ejército contaba con 55.000 efectivos[296]. Con semejante volumen, ni siquiera una férrea censura podía dejar la cuestión al margen de las noticias, y basta leer la prensa de la época para conocer los estragos que las enfermedades provocaron en el Ejército. Si a ello sumamos los miles de enfermos retornados para ser atendidos en hospitales de la Península, o incluso la correspondencia envida desde Marruecos por los soldados, el tema tenía que ser de relativo dominio público e incluso se usó para ensalzar la resignación y capacidad de sufrimiento del soldado español.

Las cifras de bajas son otro aspecto controvertido en la historiografía. Sigue siendo habitual leer que se ocultó deliberadamente a los españoles el terrible coste en bajas humanas que estaba registrando la campaña, pero atendiendo a las fuentes del momento es muy fácil aseverar que esto no fue así. Si bien es cierto que los dramáticos partes de bajas no fueron utilizados para oponerse a la guerra, como sí sucedió en etapas posteriores, es fácil constatar que llegaban a la prensa sin mayores dificultades. Por ejemplo, en *El Clamor público* del 20 de diciembre de 1859 se podían leer datos precisos sobre las bajas en la acción del día 9 en Sierra Bullones, concretamente 80 muertos, 292 heridos y 32 contusos[297]. Sólo un día después de la Batalla de los Castillejos, en *La Discusión* se ofrecía un parte que cifraba entre 400 y 600 las bajas españolas del día anterior[298]. A mediados de enero de 1860, en *La Correspondencia de España*, se afirmaba que el 10 de enero el despliegue español había alcanzado las 3.000 bajas, con 419 muertos, 2.268 heridos y 313 contusos[299]. En su *Historia de la Guerra de África*, que se iba publicando conforme se desarrollaba el conflicto, Evaristo Ventosa dedicó hasta

[292] El médico militar Nicasio Landa fue de los más explícitos al respecto, destacando problemas logísticos como la falta de camillas o la alta incidencia que registró el cólera, enfermedad que no se había previsto. LANDA: *La campaña de Marruecos*, pp. 45-46 y 58.
[293] ALARCÓN, P. A.: *Diario de un testigo…*, p. 119.
[294] Ibídem, p. 82.
[295] GÓMEZ BARCELÓ: "El siglo XIX", p. 156.
[296] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 24.
[297] *El Clamor público*, 20-XII-1859, p. 1.
[298] *La Discusión. Boletín estraordinario de noticias*, 2-I-1860, p. 1.
[299] *La Correspondencia de España*, 16-I-1860, p. 1.

nueve páginas para detallar las bajas producidas en la batalla de Tetuán[300]. Datos como éstos, de los que podríamos señalar muchos más, hacen muy difícil poder hablar de ocultación de bajas, máxime si tenemos en cuenta que las cifras arrojadas por la mayor parte de estudios actuales no difieren demasiado de las que acabamos de referir, por lo que no parece que en España se ignorasen tanto las pérdidas humanas que el conflicto estaba causando.

Los partes oficiales, que además se iban publicando en *La Gaceta de Madrid*, recogieron según Victoriano de Ameller 7.175 hombres entre muertos y heridos[301], una cifra que sigue siendo aceptable, pues raro es el estudio que no cifre las bajas entre los cuatro y los siete mil hombres, aunque siga siendo frecuente la confusión de bajas y muertos. Ameller considera además que las bajas podrían llegar hasta los 16.000 por la no contabilización de muchos enfermos de cólera que habrían sido bajas efectivas. Evaristo Ventosa señaló que "De 50.000 hombres que han pasado el estrecho, 18.000 han entrado en los hospitales por enfermedades y heridas, y 6.000 han sucumbido á los golpes del enemigo, del cólera y de la disentería"[302].

Ofrece pocas dudas, pues, el hecho de que a través de fuentes no censuradas y relativamente difundidas se dieron a conocer datos precisos sobre las terribles pérdidas que la campaña estaba produciendo. La mayoría de las veces se ofrecían estos datos de un modo bastante aséptico, o se aprovechaban para exaltar las virtudes del Ejército. Quedaba pues, en un plano bastante secundario, la brutalidad de la guerra, y apenas se pueden encontrar detalles escabrosos sobre la forma en la que los soldados españoles perdían la vida. No fueron raras las terribles descripciones del campo de batalla, con referencias a cadáveres mutilados, restos de carne y otros detalles desagradables, pero a diferencia de lo que sucedería en los conflictos del siglo siguiente, en los que se usarían para defender la oposición a la guerra, esas descripciones casi siempre se referían a cadáveres enemigos.

Aunque fueron escasos, hubo textos que dieron las cifras de bajas de un modo más crítico, empleándolas para oponerse a la corriente de exaltación mayoritaria. Victoriano de Ameller, en su análisis de la parte puramente militar, criticó y desmitificó casi todas las acciones principales, como la del Serrallo, una "gloria nacional" en la que hubo 500 muertos y heridos para no obtener apenas ventaja, e incluso Castillejos, que no consideró una victoria tan útil como para compensar sus 600 bajas[303]. También fue muy crítico con la lentitud en llegar a Tetuán, contrastada con la ilógica precipitación por tomar la ciudad, que pudo haber terminado en desastre y que explicó de forma muy sugerente a través de una metáfora:

> "La precipitación en ir a Tetuán por el camino que se ha seguido (permítasenos una comparación, aunque muy vulgar, para que todo el mundo nos entienda), esa precipitación se nos figura igual a la que tendría uno por penetrar dentro de una casa donde le fuesen hostiles los vecinos; y siendo de noche y lloviendo, á pesar de tener la seguridad de lograr su objeto después del amanecer, en vez de estar reposando, se empeñase en forzar la puerta calándose y recibiendo pedradas, pasando una noche fatal y arrostrando inútiles peligros, para conseguir igual fin que si se hubiese acostado y acudido al ser de día a la casa en cuestión"[304].

[300] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, pp. 691-699.
[301] AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 66.
[302] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 1141.
[303] AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 52 y 59.
[304] Ibídem, p. 61.

El excesivo número de combates en terrenos poco favorables, fruto de una mala planificación, o el haber prolongado innecesariamente la guerra desde el 11 de marzo, lo que llevó a más de un millar de bajas en Wad-Ras sin que la nueva victoria supusiese ninguna ventaja fueron otros aspectos muy criticados por Ameller[305].

Evaristo Ventosa consideró ya en su momento la batalla de Wad-Ras como "el hecho de armas más glorioso y sangriento ocurrido en aquella lucha y cuyo resultado inmediato fue la paz". No tuvo ningún reparo en afirmar cosas como que el Ejército "quedó diezmado" o se sufrieron "pérdidas horrorosas". Señaló que inicialmente se habían contabilizado 137 muertos y 954 heridos, pero luego las bajas alcanzarían los 1.268 hombres, cifra que había levantado clamor por la paz incluso en periódicos muy proclives a la guerra[306]. Con los datos de Wad-Ras y aún incluso antes de que se firmara el tratado de paz, Ventosa ya manejaba las cifras oficiales para el conjunto de la guerra a las que antes hicimos alusión:

> "Según los estados oficiales, las bajas en todos conceptos que había tenido el ejército de África desde que empezaron las operaciones hasta el 25 de marzo, día en que se firmó el amisticio, pasaban de diez y ocho mil hombres. ¡Con cuánta elocuencia hablaba esta enorme cifra en favor de la digna y honrosa paz que estaba a punto de ratificarse!"[307]

Un aspecto que las autoridades se afanaron bastante más en ocultar fue el de los costes económicos que para España había supuesto la guerra, de los cuales nunca se publicaron cifras oficiales. En general, en 1860 se coincidió en señalar que, con la indemnización de 400 millones de reales que se había fijado al sultanato de Marruecos, las pérdidas económicas para España por causa del conflicto quedaban cubiertas. Esta afirmación resulta difícil de creer, aunque puede ser válida si nos referimos exclusivamente a los gastos que fueron a cargo de las arcas estatales. Siguiendo los datos de un estudio de Antonio Pirala de 1893, Serrallonga Urquidi cifra en alrededor de 236 millones de reales los pagos a los que hizo frente el Tesoro español[308], cifra similar a la derivada de otros análisis[309]. Obviamente, aunque este dato sea cierto, no incluye los enormes aportes de diputaciones y ayuntamientos, así como las donaciones de instituciones y particulares, por lo que resulta muy difícil establecer cuánto le costó la guerra a España, pero parece muy probable que se situase bastante por encima de los 400 millones de reales[310].

Otro aspecto rodeado de omisiones, silencios e incorrecciones es el de las razones por las que España no pudo obtener apenas territorios con su victoriosa campaña. Se reiteraron las trabas puestas por Inglaterra, pero apenas se mencionó el acuerdo con los británicos asegurando Tánger antes de la campaña, y en los acuerdos de paz se contempló la ocupación indefinida de Tetuán hasta la batalla de Wad-Ras, algo que dificulta acusar al Gobierno de Londres de forzar el abandono de la ciudad, y que es poco compatible con las reiteraciones de que la campaña no era de conquista[311]. No obstante, los

[305] Ibídem, pp. 52 y 67.
[306] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, pp. 1023, 1035 y 1052.
[307] Ibídem, p. 1057.
[308] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 141.
[309] Aunque la cifra de 400 millones de reales de indemnización aparece siempre, son pocas las obras que, ante la escasez de datos sólidos, ofrecen una aproximación de los gastos de España. José Luis Comellas en *Isabel II*, p. 274, también habla de alrededor de 200 millones.
[310] Vitoriano de Ameller situó los costes muy por encima de la indemnización: AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 34.
[311] Según Evaristo Ventosa, "desde el general en jefe hasta el último soldado, en el campamento de la Aduana, y desde la choza del palacio en la Península, todo el mundo conservó la ilusión de que una vez

periodistas y cronistas de entonces emplearon otros argumentos justificativos, como el muy recurrente de convertir la toma de Tetuán en algo casi humanitario, como era salvar a la población sometida, especialmente a los judíos:

> "Más bien que seres humanos
> Parecen bandada hambrienta
> De buitres que ya se ciernen
> Sobre un rebaño de ovejas"[312].

Esta referencia lírica del Marqués de Auñón aludía a las represalias que hubo en Tetuán contra la comunidad judía justo antes de que los soldados españoles ocupasen la ciudad, siendo considerados éstos como salvadores de la misma por la población que en ella quedaba. Sin embargo, cuando se abandonó Tetuán se "olvidó" que se estaba devolviendo a los que antes eran "verdugos". Aun así, la visión peyorativa de los judíos seguía presente, como demuestra el uso habitual del término "rebaño" para referirse a esta comunidad, que llevaba aparejada una consideración de cobardía.

Pero quizá el aspecto directamente relacionado con la guerra que más se ocultó en aquel momento, y que permanecería casi ignorado hasta estudios relativamente recientes, fue el de los problemas de reclutamiento generado por los altos índices de prófugos, automutilados, redimidos y sustituidos que hubo en la campaña. En un momento en que Galicia alcanzaba cifras cercanas al 50% de huidos para no prestar servicio, o que en la provincia de Barcelona más del 50% de los quintos eran redimidos o sustituidos, sorprende que no apareciese casi nada al respecto en las crónicas o historias de la campaña realizadas entonces. Encontramos escuetas referencias en la prensa a normas y legislación sobre las redenciones y sustituciones, así como sobre castigos e indultos a insumisos, pero resulta muy difícil encontrar editoriales u opiniones que encaren ese problema y la oposición a la guerra que llevaba aparejado. Por otra parte, en el conflicto participaron nada menos que 1.500 confinados del penal de Ceuta, un grupo que por razones obvias quedó al margen del reconocimiento generalizado al resto de soldados. O'Donnell los arengó antes de que entraran en combate, ofreciéndoles reducción de condena[313], pero sus palabras quedaron en el olvido, mientras que las de Prim a los Voluntarios Catalanes se convirtieron en las más recordadas de toda la campaña. Aunque de vez en cuando aparecieron referencias ocasionales al valor y arrojo mostrado por algunos de estos presidiarios, nunca pudieron hacerse un hueco en la memoria de la guerra.

Otro tema olvidado en los medios de opinión, y que incluso en estudios recientes apenas es referido, es el de la gente que hizo negocio con la campaña, como es el caso de los asentadores Joaquín Tourne y los hermanos Bertrán de Lis, o la firma inglesa H. Powell[314]. En los conflictos del siglo XX, buena parte de la prensa, y de modo muy especial la obrera, se preocupó de informar acerca de qué grupos o particulares se enriquecían más con la campaña como otro argumento para llamar al antibelicismo, pero en 1859-60 fue algo que pasó totalmente desapercibido. Y aunque no esté directamente vinculado con el conflicto, llama la atención la escasa presencia del levantamiento carlista de San Carlos de la Rápita (más conocido entonces como "la rebelión de Ortega") en las obras contemporáneas sobre la Guerra de África. Este intento de pronunciamiento se produjo el 1 de abril de 1860, cuando el ejército de O'Donnell aún no había vuelto.

---

conquistada, España conservaría la plaza de Tetuán": VENTOSA, E.: *La regeneración de España*, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860, p. 125.

[312] AUÑÓN, MARQUÉS DE: "Romance XIX" en MOLINS: *El Romancero de la Guerra de África*, p. 299.

[313] GÓMEZ BARCELÓ: "El siglo XIX", p. 156.

[314] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 158.

Aunque fue rápidamente desarmado, ponía en duda la supuesta y tan cacareada unidad que existía en España respecto a la guerra, además de dar un buen motivo de crítica a los que, como Ameller, señalaron que la Península había quedado muy mal defendida con el despliegue en África del grueso de su Ejército[315].

Estas "lagunas" de la memoria contribuyeron a que la glorificación del conflicto primase sobre su desmitificación, y la forma de percibir la guerra que se impuso en su momento se mantuvo con una sorprendente continuidad. Aunque en las dos últimas décadas han aparecido numerosas obras historiográficas que han derribado muchos de los mitos y tópicos, siguen notablemente arraigados. Por ello, mientras todas las guerras de Marruecos posteriores, fueran o no victoriosas, se recuerdan en buena medida resaltando el sufrimiento y las pérdidas que generaron, la guerra de 1859-60 sigue siendo la guerra romántica, la del apoyo popular y la de una gran victoria en el campo de batalla que no se vio correspondida con una paz a la altura de lo esperado, en el que, como ahora veremos, es otro de los grandes tópicos.

La paz chica de la guerra grande

> "Hemos hecho una guerra nueva para nosotros, única en que á mi juicio puede perderse una campaña ganando todas las batallas"[316]
>
> Ros de Olano, general español en la Guerra de África y escritor.

Si bien en su momento la visión de la guerra fue abrumadoramente positiva, no sucedió lo mismo con la paz que se obtuvo cuando ésta concluyó. No es que ello significase la aceptación de que la guerra había sido un error o que de repente se pensase que no había estado justificada, pues los argumentos del honor nacional siguieron siendo perfectamente válidos una vez terminado el conflicto. Pero la ausencia de conquistas cuando se comprobó que no había más remedio que abandonar Tetuán fue decepcionante, como señalaba Evaristo Ventosa: "La fausta noticia de haberse firmado las preliminares de paz fue en general acogida en España con marcadas muestras de descontento, y la razón principal que lo motivaba, era la base en que se estipulaba la devolución de Tetuán"[317]. La continuación de la Reconquista no podía ser tal si el Ejército volvía con las manos vacías tras devolver a Marruecos el territorio invadido, de modo que el discurso tuvo que cambiar. Por ejemplo resultó muy apetecible culpar a Inglaterra de amenazar a España para evitar que fuese hasta Tánger y forzarla a devolver Tetuán, como ya hemos visto.

Inicialmente, la firma del acuerdo de paz fue recibida muy positivamente, pues suponía el fin de la guerra y la demostración del sometimiento de los *moros* a un triunfante Ejército español. Como tal, fue cantada por los poetas como una hazaña comparable a las batallas[318]. Sin embargo, al conocer que los beneficios no eran los esperados comenzó a nacer la idea de "la paz chica de la guerra grande". La paz tuvo ventajas para España, pero éstas resultaron poco atractivas a ojos de la opinión pública, aunque podían ser más ventajosas que la ocupación de una ciudad cuya consolidación sería problemática. Entre los términos del tratado de Wad-Ras estaba la ampliación del territorio jurisdiccional de

[315] AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 34.
[316] VENTOSA.: *Historia de la guerra de África*, Tomo 2, p. 1098.
[317] Ibídem, p. 1077.
[318] Vid. por ejemplo BUSTILLO: *Romancero de la Guerra de África*, p.180.

Ceuta[319], la obligación de que el Sultán mantuviese una guarnición regular que evitase acometidas de las cabilas, la cesión del territorio alrededor de Santa Cruz del Mar Pequeña[320], una indemnización de guerra de 400 millones de reales de vellón (a cuyo pago se abandonaría Tetuán) y se fijaban las bases para futuros acuerdos comerciales ventajosos para España. Aunque los derechos sobre Santa Cruz de Mar Pequeña no supusieron ningún beneficio a corto y medio plazo, pues pasaron muchas décadas antes de que se ocupara, no sucedió lo mismo con los acuerdos comerciales y la intervención de las aduanas marroquíes por funcionarios españoles. Según autores como Martín Corrales o García Balañà[321], las ventajas de estas disposiciones fueron claramente ignoradas y minusvaloradas, pero supusieron pingües beneficios para ciertos sectores colonialistas. La Compañía Trasatlántica o el grupo Comillas fueron buenos ejemplos de ello, el segundo gracias a las líneas de navegación que desde entonces estableció entre el puerto de Barcelona y los de Ceuta, Tánger, Larache, Rabat, Mazagán y Mogador. Desde 1862 también se produjo la intervención de las aduanas marroquíes por parte de interventores españoles, en un total de ocho puertos, para asegurar el cobro de la indemnización de guerra[322]. La propia indemnización fue otro beneficio para España, aunque ya hemos expuesto las dudas sobre si fue suficiente para cubrir los gastos ocasionados por la guerra, como aseguraron las autoridades; pero al margen de esto, fue un ingreso considerable para las arcas del Estado.

Más allá del debate sobre si para España hubiese sido o no beneficioso ir a la guerra, hay que intentar entender los réditos de la campaña al margen de lo que fue estrictamente el tratado de paz. Como recientemente ha señalado Juan Antonio Inarejos, además de las posibilidades comerciales que la paz generaba, la Guerra de África tuvo un valor decisivo en una doble vertiente: la continuidad de O'Donnell y la mayor confianza para futuras empresas en el exterior "durante la gestación y transcurso de las cuales las referencias a la guerra de Marruecos fueron recurrentes en el plano simbólico, militar o político"[323].

Finalmente, habría que hacer referencia al beneficio "moral" o "espiritual", que fue precisamente la gran pérdida cuando en 1898 se liquidó el antiguo imperio colonial de España. Ya en su momento, y con mucha frecuencia durante las décadas siguientes, se insistió en el valor que había tenido la guerra para recuperar la perdida gloria española en el campo de batalla, demostrar ante otras potencias que todavía no era una nación muerta y que debía ser tenida en cuenta en el reparto colonial del mundo que se estaba llevando a cabo. Un siglo después del conflicto todavía se mantenía con fuerza esta interpretación, como demostró Tomás García Figueras en un capítulo titulado "Las ocasiones perdidas":

---

[319] Además de esta ampliación se fijaban claramente los límites fronterizos, y se establecía un "campo neutral" entre los territorios español y marroquí.

[320] Los derechos sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, un territorio en la costa africana cercana a Canarias acerca de cuya ubicación exacta había dudas, se remontaban a un fuerte que allí había construido Diego García de Herrera en tiempos de los Reyes Católicos (alrededor de 1478) y que se había perdido en 1524. La instalación de una pesquería en esa zona de Marruecos revestía un especial interés para los canarios, que pudieron instar a su paisano O'Donnell a tener en cuenta la posibilidad en las negociaciones, aunque al final iban a pasar muchas décadas antes de que la ocupación real de dicho territorio se pudiese hacer efectiva.

[321] Vid. por ejemplo MARTÍN CORRALES, E.: "El nacionalismo catalán y la expansión colonial española en Marruecos: de la guerra de África a la entrada en vigor del Protectorado" en ID. (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002, p. 187.

[322] Vid. RODRÍGUEZ ESTELLER, O.: "La intervención española de las aduanas marroquíes (1862-1885)", en MARTÍN CORRALES, E. (Ed.): Marruecos y el colonialismo español [1859-1912], Bellaterra, Barcelona, 2002, pp. 79-131.

[323] INAREJOS: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español*, pp. 41- 42.

> "Era normal que la Guerra de África (1859-60) no respondiera, en sus resultados, a las ilusiones que respecto a ella se habían forjado muchos españoles. Planteada sobre bases que no respondían a la realidad del momento internacional y sobre ideales españoles que estaban ya largamente sobrepasados, no podían esperarse de ella otros frutos que los que se recogieron, frutos bien distintos a los que una propaganda conveniente podía hacer esperar. En realidad, el más valioso y el más importante fue comprobar las virtudes y el heroísmo del soldado español, reverdecido desde Ceuta hasta Uadrás.
>
> Pese a todo ello, era innegable que la Guerra de África abrió, para la acción española en África, un periodo esperanzador y con posibilidades indiscutibles de una acción fecunda para los dos pueblos: Marruecos y España"[324].

Cuando llegó la hora de celebrar el primer aniversario del conflicto, Tetuán todavía se encontraba bajo dominio español, por lo que aún no se había extendido del todo esa idea de "la paz chica de la guerra grande", que se consolidó definitivamente tras el abandono de la ciudad marroquí. Por ello no debe extrañar que fuesen varios los actos conmemorativos que se realizaron, como banquetes y funciones de teatro, sobre todo coincidiendo con el primer aniversario de la batalla de Tetuán y la conquista de la ciudad. En Albacete, por ejemplo, el 6 de febrero de 1861 hubo una misa de difuntos por las víctimas y fue un día de fiesta local, con tres días de vacaciones en los colegios, feria, bandas de música, iluminaciones y otras galas[325]. Algunos de los banquetes hubieron de posponerse para poder contar con figuras como la de Prim, cuya presencia era muy demandada, según señalaba *La Correspondencia de España*[326]. Sin embargo, en comparación con la tremenda ola de celebraciones de 1860, con el aniversario quedó claro que la mayor parte del entusiasmo y fervor patriótico se había apagado bastante rápido. El propio Ameller indicaba al respecto:

> Basta comparar la actitud del pueblo español el día en que recibió la noticia de la toma de Tetuán, con la que ha podido observarse en el mismo pueblo en el aniversario de aquella victoria. ¿Qué ha sido de aquel entusiasmo y de aquella satisfacción indescriptibles? ¿Por qué hoy los españoles no se conmueven al recuerdo de los triunfos obtenidos en Marruecos?[327]

Pese a las palabras de Ameller, ya hemos visto que en el primer aniversario aún se registraron varias celebraciones; sin embargo en el segundo, poco antes de que Tetuán fuese devuelta al Sultán y coincidiendo con la campaña en México, la aparición en la prensa u otras fuentes de actos relacionados con la conmemoración de la contienda fue mínima, reduciéndose a alguna celebración muy aislada y organizada por militares, pues la idea de la "paz chica" ya había conquistado a la opinión pública, aunque no se olvidase del todo la "guerra grande".

En definitiva, el mito de la paz chica de la guerra grande, hoy ya en buena medida superado, brotó con fuerza desde el mismo momento que se conocieron las condiciones finales de la paz con el sultanato de Marruecos, y se consolidó al comprobar que el abandono de Tetuán era inevitable y se iba a hacer efectivo. Durante más de un siglo la historiografía apenas se preguntó sobre lo cuestionable de una idea cuyo calado en la memoria histórica española había sido notable. La infravaloración de los beneficios fue

---

[324] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo I*, CSIC, Madrid, 1966, p. 145.
[325] MORCILLO: "Albacete y la Guerra de África (1859-1861)", p. 93.
[326] *La Correspondencia de España, 8-II-1861*, p. 1.
[327] AMELLER: *Juicio crítico…*, p. 4.

generalizada, teniendo apenas en consideración que la intervención de 1859 fue importante para que España fuese tenida en cuenta, aunque con reservas, en el reparto del continente africano que culminó en los años finales de esa centuria y comienzos de la siguiente. Al contrario, la difundida idea de los escasos beneficios obtenidos favoreció que en el futuro muchos más sectores se mostrasen muy críticos con la experiencia colonial.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

2 - El "banquete colonial" y el africanismo español

Al margen de los mayores o menores beneficios que se pudieron derivar de la Guerra de 1859-1860, es evidente que supuso un punto de inflexión en los intereses de España en África y las relaciones con Marruecos. A finales del siglo XIX en unas décadas caracterizadas por el gran reparto colonial del continente entre las principales potencias europeas, España, pese a su situación de antiguo imperio colonial en decadencia, había dejado sentadas unas bases muy favorables para la penetración en Marruecos. A pesar de la decepción que el fin del conflicto supuso, la presencia de funcionarios españoles en los principales puertos del sultanato[1], con el fin de asegurar el cobro de la indemnización, fue un importante factor de influencia, que se sumó al incremento de la red consular española. Como ya expusimos en el capítulo anterior, esta actividad fue decisiva para que con posterioridad España fuese tenida en cuenta por las grandes potencias de cara a un eventual reparto de Marruecos.

El triunfo de la Revolución de 1868 y el inicio del Sexenio Democrático abrieron una etapa en la que la política española se dirigió mucho más hacia el interior y por ello los temas africanos perdieron interés. Además, ese mismo año tuvo lugar el Grito de Yara que dio comienzo a la Guerra de los Diez Años en Cuba[2], atrayendo las miradas colonialistas hacia la Gran Antilla. Al terminar el régimen isabelino, la euforia generada por la Guerra de África se apagó, y hubo que esperar a la Restauración para que se reavivasen los intereses de España en Marruecos.

Durante la I República incluso apareció una corriente partidaria de abandonar las diferentes posesiones españolas en el norte de África, lo que podía afectar no sólo a los presidios menores, sino también a Ceuta, que algunos consideraban la llave para la tan ansiada recuperación de Gibraltar a través de una permuta con los británicos[3]. Precisamente en 1873 Nicolás Cheli, antiguo coronel de Ingenieros de la ciudad africana, publicaba el opúsculo *Engrandecimiento de Ceuta, decadencia de Gibraltar*[4], dirigido en buena medida contra los que defendían semejante cambio, y proponía el desarrollo de ciudades como Algeciras o Ceuta para reducir el predominio británico sobre la zona[5]. No obstante, la inestabilidad político-institucional del Sexenio hizo imposible la materialización de alguna política concreta respecto a las plazas africanas. En 1875 dio comienzo la Restauración y se sentaron las bases políticas para una nueva y larga etapa en la que el interés por Marruecos se incrementó progresivamente. De hecho, llegó a convertirse en un elemento fundamental, y también en el principal factor de inestabilidad para un régimen que definió la política española durante casi medio siglo. El africanismo español, que hasta la Guerra de África prácticamente no había existido y gracias a ella vivió una etapa de cierta expansión, conoció desde 1875 su etapa de máximo esplendor,

[1] Fueron ocho puertos en total: Casablanca, Rabat, Tánger, Tetuán, Mogador, Safi, Larache y Mazagán

[2] Se ha conocido como "grito de Yara" al pronunciamiento iniciado por el líder independentista cubano Carlos Manuel de Céspedes, origen de una larga guerra entre el Ejército español y los rebeldes cubanos.

[3] GÓMEZ BARCELÓ: "El siglo XIX", p. 167.

[4] CHELI, N.: *Engrandecimiento de Ceuta, decadencia de Gibraltar*, Imp. de la Revista Médica, Cádiz, 1893.

[5] Aunque sus ideas no eran nuevas, y por ejemplo Núñez de Arce en 1859 había afirmado que, según la opinión de personas que conocían bien el tema, Gibraltar estaba en clara decadencia, y ésta sería mucho más rápida si el Gobierno español declarase Ceuta puerto franco, y se modificara en sentido liberal el sistema arancelario español. NÚÑEZ DE ARCE: *Crónicas periodísticas…*, p. 80.

coincidiendo con los años de mayor intensidad del reparto de África entre las potencias colonialistas europeas.

El africanismo español decimonónico

Entendemos fundamentalmente por africanismo el estudio de todo lo relacionado con el continente africano, pero en la España de la segunda mitad del XIX el término comenzó a referirse sobre todo a un grupo de personas e instituciones que reivindicaban que España tenía en el norte de África unos intereses esenciales, por los que se debía luchar a través de una acción decidida en varios ámbitos (comercial, político, cultural…). El africanismo español se centró claramente en Marruecos, hasta el punto de que casi podríamos hablar directamente de "marroquismo". El término se ha usado quizá con demasiada amplitud y, como ha resaltado Morales Lezcano, se pueden encontrar africanistas en grupos tan diversos como políticos e intelectuales, militares, cuerpo diplomático y consular, arabistas, expedicionarios y viajeros, religiosos y artistas[6].

La secular presencia española en las costas marroquí y argelina favoreció que desde época medieval hubiese en España personas con un gran conocimiento sobre estos territorios, así como partidarios de una mayor penetración. La presencia en Argelia había concluido en 1791 después de que Carlos IV vendiese la ciudad a los otomanos. La conquista francesa de Argel, Orán y otros puntos de la costa argelina desde 1830 tuvo bastante influencia en España, por lo que comenzaron a aflorar voces que alertaban del peligro de que Francia se estableciese también en Marruecos y con ello rodease a España por el norte y por el sur. Una de ellas fue la del político conservador Donoso Cortés, considerado frecuentemente como el primer "africanista", que apeló al destino histórico de la nación para justificar sus ideas de colonización en África[7], además de calificar como una "cuestión de existencia" que ningún pueblo europeo que no fuese España se estableciese al sur del Estrecho[8]. Un precedente de este primer africanismo fue el militar y aventurero Domingo Badía, que destacó por su extenso conocimiento del mundo árabe, que le permitió incluso infiltrarse en la corte del Sultán de Marruecos como espía al servicio de Carlos IV, tomando el nombre árabe de Ali Bey. Sus relatos se publicaron en varios países, pero desde la primera edición en Francia en 1814 hasta que salió en España pasaron más de veinte años, lo que supone una buena muestra del menor interés que inicialmente había en España por los temas magrebíes.

En 1844, tras una serie de incidentes que culminaron con el asesinato de Víctor Darmon[9], agente consular de España en Mazagán, se produjo una de las crisis más graves de la primera mitad del siglo, considerada por algunos autores como un punto de inflexión en la atención prestada a los problemas de Marruecos[10]. El escritor y auditor general del Ejército, Estébanez Calderón, fue uno de los primeros que se preocupó de sensibilizar "a la opinión" sobre el tema de Marruecos[11]. Lo hizo especialmente a través de su obra *Manual del oficial en Marruecos o Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y*

[6]MORALES LEZCANO, V.: *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, UNED, Madrid, 1988, p. 72.
[7] Por ejemplo MARTÍN MÁRQUEZ: *Desorientaciones*, p. 63.
[8] COMELLAS: *Isabel II*, p. 271.
[9] Como los ataques de las cabilas fronterizas a la plaza de Melilla, que no eran algo novedoso.
[10] Para un análisis detallado sobre los diversos estudios árabes durante el reinado de Isabel II Vid. LÓPEZ GARCÍA, B.: *Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917)*, Universidad de Granada, 2011, pp. 37-73.
[11] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 1, CSIC, Madrid, 1966, p. 31.

militar de aquel imperio[12]. El título da una idea de la variedad de temas abordados en sus páginas, y de que la obra estaba pensada sobre todo para militares que tuviesen que trabajar allí. Para Bernabé López es un libro surgido de la frustración de la no intervención en 1844[13].

Pocos años después, en 1848 y durante el Gobierno de Ramón María Narváez, España ocupó las islas Chafarinas por miedo a que Francia se adelantase desde Argelia. Esta intervención demostró que las clases dirigentes españolas estaban recuperando la orientación exterior del país hacia el litoral norteafricano, tanto en la teoría como en los hechos. En 1852 un joven Cánovas del Castillo (que precisamente era sobrino de Estébanez Calderón) publicaba *Apuntes para la historia de Marruecos*, de cuyo epílogo procede una famosa y reiterada cita, perfecto exponente de una concepción clave en la segunda mitad del XIX:

> Hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos, en el Mogreb alacsa; la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue a dominar una de las orillas del Estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo dominará la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse[14].

Después de la Guerra de África estas palabras adquirieron un especial valor, y muchos las consideraron casi proféticas de una especie de destino que España estaba llamada a cumplir. En el discurso de Cánovas había además un providencialismo histórico que recordaba al de Donoso Cortés y que compartirían con él destacados africanistas de la segunda mitad del XIX como Francisco Javier Simonet. La Guerra de África supuso un gran aldabonazo para estos y otros discursos sobre la colonización española en Marruecos, y dio lugar a las primeras manifestaciones africanistas en la conciencia pública española[15]. Al mismo tiempo, marcó un punto de inflexión en el progresivo abandono de la perspectiva romántica de los africanistas españoles, y el paso a una visión más pragmática que se consolidó durante la Restauración[16].

En 1911, el político e historiador Gabriel Maura dividió en dos grupos a los africanistas españoles: el grupo que definió como "especulativo o platónico", y su opuesto, el "programático o utilitario". Afirmaba respecto a los adeptos al primero que solían invocar antiguas glorias históricas para justificar derechos de España y "recordaban a roso y velloso el testamento de Isabel la Católica, las hazañas de Cisneros en Orán, de Carlos V en Túnez, de Prim en los Castillejos, de O'Donnell en Tetuán, etc, etc…"[17]. Este primer grupo sería, por tanto, el de los que soñaban con una nueva Reconquista, con que España sometiese militarmente Marruecos, y su influencia en el plano discursivo fue mucho mayor que en el de la política real, como se vio en la Guerra de África y como se verá en la Guerra de Melilla de 1893. Por el contrario, el segundo grupo sería el que apostaba por la "penetración pacífica" y una colonización más orientada hacia las

[12] ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.: *Manual del oficial en Marruecos o Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Imprenta de Don Ignacio Boix, Madrid, 1844.
[13] LÓPEZ GARCÍA: Orientalismo e ideología colonial…, p. 132.
[14] CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *Apuntes para la historia de Marruecos*, Imprenta de la América, Madrid, 1860, p. 202. Aunque la edición sea de 1860, en ella se señalaba que la mayor parte de la obra había sido escrita en los últimos meses de 1851, incluyendo la famosa frase del epílogo.
[15] LA PORTE, P.: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, p. 30.
[16] LÓPEZ GARCÍA: Orientalismo e ideología colonial…, p. 273.
[17] MAURA, G.: "Prólogo" a CAMPOAMOR, J. M.: *La actitud de España sobre la cuestión de Marruecos (1900-1904)*, Madrid, 1911, Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 1, CSIC, Madrid, 1966, p. 266.

explotación económica y comercial. Lo más habitual es que a la hora de referirse al africanismo español del XIX se haga referencia fundamentalmente a este último grupo.

Pich i Mitjana distingue cinco grupos principales dentro del africanismo español: el madrileño, impulsado por Joaquín Costa y vinculado a la Real Sociedad Geográfica y a la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas; el granadino, con Ángel Ganivet como principal figura y la revista *La Estrella de Occidente*[18] como órgano de difusión; un grupo de religiosos franciscanos dirigidos por el padre Lerchundi; el grupo catalán, en el que había empresarios de tanta relevancia como los marqueses de Comillas o teóricos como Josep Ricart; y los *militaristas*, que soñaban con la conquista militar de Marruecos para civilizar el país y establecer un nuevo imperio español en África[19]. Exceptuando el último grupo, todos apostaban por la "penetración pacífica", y no consideraban la guerra como un método adecuado para cumplir los objetivos coloniales de España.

El concepto de "penetración pacífica" es fundamental para entender el cambio operado en el discurso por algunos sectores, que trataban de extenderlo lo máximo posible entre una población española mucho más receptiva a la tradicional concepción peyorativa del *moro* como el Otro. La idea de "penetración pacífica" llevaba años siendo aplicada por las principales potencias coloniales europeas, como Francia o Gran Bretaña[20]. Esa misma idea fue asumida por buena parte del colonialismo español respecto a Marruecos, intensificada por la sensación de que con Marruecos se compartía un pasado común que hacía más lógico ese paternalismo. Para Martín Corrales el ideario de la "penetración pacífica" era común al grupo heterogéneo de los africanistas españoles (dejaría por tanto fuera a los que apostaban por una ocupación militar). En general se consideraba que esta penetración sería natural por la superioridad española económica (industria), política (estabilidad) y militar (disuasión)[21]. El mismo autor destaca entre las principales figuras de este heterogéneo grupo a políticos como Cánovas del Castillo o Segismundo Moret; los militares Francisco Coello, Gómez de Arteche, Julio Cervera, Felipe Ovilo o Emilio Bonelli; el ingeniero Eduardo Saavedra, los geógrafos Gonzalo de Reparaz y Ricardo Beltrán y Rozpide, el padre Lerchundi, los investigadores arabistas Merry y Colom o Almagro Cárdenas, el jurista y escritor Joaquín Costa, el científico Quiroga y Rodríguez o el marino Ricart y Giralt, entre otros.

El boom de las sociedades geográficas

La Restauración dio paso a la etapa dorada del africanismo español. Podemos considerar el año 1876 como un punto de inflexión, por ser el de la fundación de la Sociedad Geográfica de Madrid, la primera de una serie de asociaciones que desarrollarían una importante labor a la hora de favorecer la política africanista. Buena parte de la acción colonial española de finales del XIX derivó de los esfuerzos de esta institución, y a ella pertenecieron la inmensa mayoría de los africanistas del periodo[22]. La sociedad quiso dotarse de una amplia base social, pero su notable cifra inicial de 653 socios no haría más que descender en los años siguientes, y pasó además por graves

[18] Se definía como "periódico literario quincenal, publicado en las lenguas castellana y árabe, con la colaboración de escritores españoles y marroquíes", y su primer número se publicó en 1879.
[19] PICH I MITJANA, J.: *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-94*, Bellaterra, Barcelona, 2008, p. 40.
[20] El darwinismo social imperante en la época suponía el reconocimiento de una superioridad de la cultura y la civilización europea, de la que se derivaba la obligación de llevar esa cultura a los pueblos considerados inferiores, sin que ello estuviese reñido con la explotación de sus riquezas en el propio beneficio.
[21] MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, p. 78.
[22] RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A.: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco (Madrid), 1996, p. 59.

problemas económicos hasta que en 1901 fue reconocida por el Instituto de Instrucción Pública[23], lo que le permitió mejorar su situación financiera y convertirse en Real Sociedad Geográfica.

Muchas otras asociaciones con objetivos similares proliferaron desde entonces. Entre ellas podemos destacar la Asociación Española para la Exploración de África (1877), la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas (1883), la Sociedad de Geografía Comercial (Barcelona, 1884), la Sociedad Española de Geografía Comercial (1885), la Sociedad Geográfica de Barcelona (1895), los Centros Comerciales Hispano-marroquíes, la Sociedad de Geografía Comercial de Barcelona (1909) o la Liga Africanista Española (1913). Estas sociedades organizaron conferencias y promovieron una serie de publicaciones desde las que difundir sus ideales, como *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid* (1876), *Revista de geografía comercial* (1885), *Revista de geografía colonial y mercantil* (1900), *España en África* (1904) o *África española. Revista de colonización, industria, comercio, intereses morales y materiales* (1913). Estas sociedades eran entidades ciudadanas no académicas ni gubernamentales, aunque sí eruditas y con importantes lazos con el poder establecido. Su principal impulso procedía de grupos burgueses adinerados con inquietudes colonialistas, y los intereses eran muy heterogéneos, pero en general se vinculaban al proceso de expansión colonial[24]. Desarrollaron una amplia labor que se materializó especialmente en la financiación de diversas expediciones científicas y comerciales a la costa atlántica africana, sobre todo en los años ochenta, pero hasta después de 1898 el africanismo no tuvo verdadera repercusión en la política española.

Entre los miembros de estas asociaciones destacaron algunos autores cuyos escritos y actividades tuvieron una especial influencia, como el geógrafo militar y cartógrafo Francisco Coello, el escritor y jurista Joaquín Costa o el periodista y geógrafo Gonzalo de Reparaz. La de Joaquín Costa es probablemente la figura más destacada e influyente de todo el africanismo decimonónico, y vigorizó de forma notable la Sociedad Geográfica desde que se incorporó a la misma en 1883. Consideraba que había que pasar de la teoría a la práctica, y fue uno de los grandes promotores del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil de ese mismo año, que definió una serie de líneas de actuación para los años siguientes, incluyendo la fundación de una "Sociedad de Africanistas Españoles", especialmente para "ilustrar y agitar" la opinión pública y mover a los poderes públicos[25].

La exposición más famosa y representativa de las ideas de Joaquín Costa en aquella época fue su discurso en marzo de 1884 en el teatro Alhambra de Madrid, en un *meeting* auspiciado por la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas. Acudieron 1.500 personas y, según se recogió en la publicación de los discursos, hubo una "concurrencia extraordinaria de señoras, académicos, militares, comerciantes, periodistas, socios y público que, no cabiendo en los palcos y butacas, se había apiñado en las galerías"[26]. En su intervención, Joaquín Costa llevó a cabo un amplio repaso a la historia común de ambos lados del Estrecho y defendió el origen compartido de españoles y marroquíes, recordando además lo mucho que estos últimos habían aportado culturalmente. Convencido de la herencia cultural compartida, Costa pronunció su famoso: "así como para la historia natural, el África empieza en los Pirineos, en términos

[23]NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L.: "Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos", en ID. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, p. 189.
[24]Ibídem, p. 185.
[25]Conclusión 18ª. Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo I*, CSIC, Madrid, 1966, p. 102.
[26] *Intereses de España en Marruecos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1884, p. 5.

de historia humana, el África, para cada español, empieza en las plantas de los pies y acaba en los pelos de la cabeza"[27]. El público que se encontraba en el teatro madrileño estaba muy predispuesto al mensaje, pero el hecho de que el orador tuviese que parar por los "atronadores aplausos" cuando estaba hablando del compromiso de mirar a los marroquíes como hermanos demuestra que la visión del marroquí como el Otro también tenía detractores, al menos circunstanciales[28]. En el discurso también se destacaron cualidades como la hospitalidad y bondad inherente a los marroquíes[29], lo que suponía un ataque directo a algunos de los tópicos más extendidos de la época. Joaquín Costa definió al estrecho de Gibraltar como "una puerta abierta por la Naturaleza para poner en comunicación las dos habitaciones de una misma casa"[30]. También consideraba que España aprovechaba muy poco las posibilidades comerciales que el país vecino brindaba, y que ayudar al desarrollo de Marruecos no solo era para España un deber histórico sino que además evitaría que otras potencias se hiciesen con el control del Sultanato, cuya independencia se debía mantener. Finalmente, completaba su discurso con una serie de críticas a los políticos españoles por no haber hecho más que desaprovechar oportunidades para incrementar los vínculos entre España y Marruecos.

Ideas similares expusieron el resto de los ponentes, también figuras relevantes del africanismo español. Fue el caso de Francisco Coello, que destacaba los lazos de unión y señalaba que era preciso llevar la paz como estandarte y desarrollar diversas labores "protectoras"[31]. Otra intervención destacada fue la del ingeniero y economista Gabriel Rodríguez, que afirmó no admitir como medio de civilización la conquista[32]. Lamentaba que en 1860, tras la guerra, no se hubiese hecho una verdadera labor comercial y civilizadora, aportando numerosos datos sobre el comercio con Marruecos, y clamando contra el progresivo descenso que año a año se constataba. Las conclusiones de este influyente conjunto de conferencias pronunciadas en Madrid en un momento clave para la colonización de África (unos meses antes de la Conferencia de Berlín iniciada en noviembre de 1884) se materializaron en 22 puntos dirigidos a las Cortes. Estaban relacionados especialmente con temas comerciales y de comunicaciones a mejorar: la eliminación de los presidios y el fomento del desarrollo de Ceuta y Melilla, la fundación de escuelas, la mejora de la diplomacia o el aprovechamiento de las concesiones contenidas en el Tratado de Paz de Wad-Ras que no se habían utilizado[33].

Otra figura destacada de esta tendencia fue Gonzalo de Reparaz, que para García Figueras formó con Costa el tándem de los máximos exponentes del africanismo español[34]. Al igual que Joaquín Costa, Reparaz destacó las analogías tanto históricas como geográficas entre España y Marruecos, aludiendo al territorio situado entre el Estrecho de Gibraltar y el Atlas como la "España africana", y comparando el Rif con las sierras andaluzas o el Atlas con el Pirineo del Sur[35]. Reparaz criticaba la falta de atención de los españoles a todo lo relacionado con Marruecos salvo los incidentes fronterizos. Por

[27] COSTA, J., discurso en *Intereses de España en Marruecos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1884, p. 28.
[28] Ibídem, p. 30. El inciso final lo hacemos porque el propio Joaquín Costa cambiaría radicalmente de discurso con el paso del tiempo, abandonando su apuesta por la confraternización que tanto defendió en la década de 1880.
[29] COSTA, J., discurso en *Intereses de España en Marruecos*, p. 38.
[30] Ibídem, p. 14.
[31] COELLO, F., discurso en *Intereses de España en Marruecos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1884, p. 8.
[32] RODRÍGUEZ, G., discurso en *Intereses de España en Marruecos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1884, p. 49.
[33] "Á las Cortes", en *Intereses de España en Marruecos*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1884, pp. 105-112.
[34] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 1, CSIC, Madrid, 1966, p. 116.
[35] REPARAZ: *Melilla*, p. 8.

ello, en plena crisis de Melilla de 1893, instaba a aprovechar que el tema estaba fresco, "porque al mes de haber vuelto á la Península las tropas que están en Melilla, no habrá mucho más de un centenar de españoles que soporte la lectura de dos columnas de cualquier periódico tratando del Rif"[36]. Para este geógrafo y periodista, la liquidación del Imperio marroquí era algo inminente, y alertaba del peligro que representaba una Francia que preparaba la anexión de Marruecos "por pasión de grandezas", mientras que Inglaterra, cuando el problema se plantease, se instalaría tranquilamente en Tánger "para quedar muy segura dueña de su querido Estrecho de Gibraltar, bocado exquisito y que puede digerirse en paz"[37].

También es un texto muy representativo del africanismo español *La política hispano-marroquí y la opinión pública en España*, presentado en 1885 por la Sociedad Española de africanistas y colonialistas, que lo planteó como una petición elevada a las Cortes. Incluía también solicitudes de múltiples instituciones, como sociedades, Ateneos, Ayuntamientos, centros mercantiles, Sociedades Económicas de Amigos del País o círculos literarios. Las recomendaciones principales eran defender la integridad territorial marroquí, estrechar las relaciones entre ambos pueblos y fomentar el progreso de Marruecos tanto como fuese posible[38]. En la solicitud aportada por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País las conclusiones principales eran: tomar Santa Cruz de Mar Pequeña y nuevas posesiones en la costa occidental de África, estudiar las posibilidades comerciales, subvencionar vapores, mantener una fuerza militar en Canarias para cuando se requiriese intervención armada, favorecer la inmigración, trasladar los presidios a la Península, colonizar los campos de Ceuta y Melilla, mejorar los puertos de ambas plazas y reducir sus guarniciones, mayores libertades comerciales, control de aduanas o fundación de escuelas[39]. Puntos que vuelven a demostrar la apuesta por un colonialismo fundamentalmente comercial, que fue sin duda el que dominó en aquella época. Se veían los beneficios obtenidos por Francia, Inglaterra, Alemania o Bélgica y se quería lograr lo mismo, por más que el modesto desarrollo industrial español lo hiciese más difícil[40].

Las Conferencias internacionales y el reparto de África

El último tercio del siglo XIX marca el punto álgido del colonialismo europeo en África, y también de la mayor competencia entre las potencias a la hora de repartirse el continente, casi totalmente explorado tras las expediciones de Henry Morton Stanley en la década de 1870. Para regular dicho reparto y evitar mayores tensiones se celebraron varias conferencias internacionales en los años siguientes, entre las que fueron especialmente decisivas para los intereses de España la de Madrid de 1880 y la de Berlín de 1884-1885.

La Conferencia de Madrid fue convocada por el Presidente español Antonio Cánovas del Castillo a petición del Sultán Hasán I, y tenía como objetivo fundamental fijar las condiciones de la influencia extranjera en Marruecos. Acudieron representantes

[36] Ibídem, p. 3.
[37] Ibídem, p. 30.
[38] *La política hispano-marroquí y la opinión pública en España*, Biblioteca de la Sociedad Española de africanistas y colonialistas, Madrid, 1885.
[39] *Ibídem*, pp. 89-92.
[40] Así se defendía por ejemplo en La Vanguardia, señalando que Marruecos ofrecía "grandes horizontes á nuestra abatida industria y á nuestro reducido comercio", y que aquél podía ser un mercado seguro para el exceso de producción. "España y Marruecos" en *La Vanguardia*, 8-I-1888, p. 2.

de doce potencias[41] y del propio sultanato. Supuso un marco inicial para la denominada por los europeos como "penetración pacífica", que se iba a traducir en la obtención de ventajas comerciales, iguales para todos al compartir la consideración de "nación más favorecida", pero el sultanato conseguía mantener una independencia que fue defendida por España. Pese a que Cánovas había afirmado en sus *Apuntes para la historia de Marruecos* que la frontera natural de España estaba en el Atlas[42], una vez en el poder apostó por el sostenimiento del *statu quo* y defendió la independencia del sultanato ante las potencias europeas, en consonancia con la idea predominante en el africanismo español de la época. No obstante, algunas voces disidentes como la del político y diplomático Fernando León y Castillo comenzaban a alertar que esa situación tenía fecha de caducidad, que el *statu quo* caería "hecho pedazos cuando menos se piense", y que España debería estar debidamente preparada para ese día, en el que se plantearía el más grave problema de su política exterior[43].

La independencia de Marruecos se refrendó en reunión la más decisiva relacionada con el tema colonial: la Conferencia de Berlín de 1884-1885, que fijó las reglas del juego de las potencias en África para los años siguientes. Marruecos se benefició de las enormes rivalidades existentes por el control del Estrecho y de su relativa estabilidad interna para mantener su integridad unos años más[44]. Mientras para otros Estados la Conferencia de Berlín permitió afianzar extensas ocupaciones territoriales en África, España solo pudo hacer efectivo el reconocimiento de sus antiguos derechos sobre los territorios de Río Muni y Fernando Poo[45]. A los que se añadieron a última hora los de la costa occidental del Sáhara, pues gracias a una expedición del militar y explorador Emilio Bonelli, Cánovas pudo enviar a la Conferencia la reclamación de ese territorio por parte de España, que le fue admitida.

Hasta los acuerdos con Francia en los primeros años del siglo XX, la colonización del norte de Marruecos no era un objetivo realista, por lo que las miradas colonizadoras se dirigieron hacia dos destinos factibles como eran Santa Cruz de Mar Pequeña y el Sahara Occidental. El primero de ellos era un asentamiento que databa de 1474 (reinado de Isabel de Castilla), pero cuya ubicación exacta se desconocía tras siglos abandonado. En el tratado de Wad-Ras se había establecido su cesión a España, pero los años pasaban y no se ejercía el derecho de ocupación. Pese a las múltiples peticiones desde finales de siglo para que se ocupara el enclave (denominado ahora como Ifni[46]), no cayó en manos españolas hasta una fecha tan tardía como 1934.

Mucha más importancia tuvo la costa occidental del Sahara, próxima a las islas Canarias, que iba a suponer el área más extensa de la escasa participación española en el reparto africano. La zona era de tradicional influencia española por la presencia habitual en sus aguas de pescadores canarios que habían establecido diversos convenios con las tribus locales. Estos acuerdos les permitían fondear en la península conocida como Río de Oro para descanso, suministro y salazón de pescado[47]. En 1881 la Compañía

[41] España, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Italia, Holanda, Bélgica, Portugal, Suecia-Noruega, Dinamarca y Estados Unidos.
[42] CÁNOVAS: *Apuntes para la historia de Marruecos*, p. 202.
[43] Cit. en MORALES: *España y el Norte de África*, p. 43.
[44] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 33.
[45] Las posesiones en el Golfo de Guinea habían sido cedidas a España por Portugal en 1778, pero hasta la segunda mitad del XIX no hubo verdaderos esfuerzos coloniales.
[46] Ciudad de la costa atlántica marroquí que, según se consideró, se correspondía con el emplazamiento de la antigua factoría española, aunque actualmente se apuntan que los restos del Fuerte de Santa Cruz de Mar Pequeña estarían en otro lugar próximo, conocido como Puerto Cansado.
[47] ALONSO DEL BARRIO, J. E.: *Sahara-Ifni ¿Encrucijada o abandono? 1956-1963*, Tomo II, Mira Editores, Zaragoza, 2010, p. 102.

Pesquerías Canario-Africanas daba un paso más al lograr la cesión nominal a España de la Península comprándola a los ulad Delim-Ulad Baamar. Pese a esta presencia, no existía nada parecido a una ocupación del territorio, y fueron varios los africanistas que alertaron del peligro de que otra potencia tomase posiciones en lo que era el *hinterland* de las islas Canarias. Entre ellos había miembros de la Sociedad Geográfica o la Sociedad Española de Africanistas; y precisamente esta última pasó de las palabras a los hechos, ya que con la aquiescencia del Gobierno de Cánovas fue la promotora de la decisiva expedición protagonizada por el militar y arabista Emilio Bonelli en 1884, que reconoció la costa entre el cabo Bojador y el cabo Blanco, y estableció tres casetas-factorías: Río de Oro (Villa Cisneros), Cintra (Puerto Badía) y Cabo Blanco (Medina Gatell)[48]. La expedición sirvió para que Cánovas pudiese enviar la noticia a la Conferencia de Berlín y lograr que las potencias reconociesen la posesión española del territorio, sin que el hecho hubiese generado problema alguno con Marruecos[49]. Pese al relativo éxito que supuso esta operación, las factorías fueron lugares difíciles de mantener y su comercio generó poca riqueza, demostrando que la práctica era mucho más compleja que la teoría[50]. De hecho, en 1885 la tribu de Bu Hamad ya había atacado la factoría del Río de Oro, matando a la mayoría de los colonos. Desde Canarias se envió una operación de castigo y Bonelli fue nombrado comisario regio, poniendo fin a una crisis que, a diferencia de lo que había sucedido con los varios incidentes fronterizos en Ceuta y Melilla, o con el reciente conflicto con Alemania por las Carolinas, generó una reacción de la opinión pública mucho más tibia. Se habló de "El atentado de Río de Oro"[51], acusando del incidente a unos cuantos *moros* ávidos de botín: "evidentemente, el único móvil del ataque ha sido el robo, cohonestado por el odio de religión", pero también se reconocía que los colonos se habían confiado en exceso[52]. Aspectos como la distancia de la metrópoli, la sensación de que no era territorio español como sí lo eran Ceuta y Melilla o que el ataque se considerara de unos *salvajes* sin relación alguna con el Sultán, explican que la atención al incidente no generase apenas reacciones exaltadas.

Pese a la reclamación del territorio y a los modestos asentamientos españoles, la ocupación del Sahara Occidental no se hizo efectiva en estos años, con el consiguiente descontento de muchos africanistas, que incluso defendían la ocupación del territorio situado entre el Cabo Bojador y el Río Draá[53]. Así lo pedía el geógrafo Martín Ferreiro al señalar que con ello se evitaría que otra nación cercase por el sur al Imperio de Marruecos, además de facilitar la seguridad de las Canarias. Sin embargo, para este autor "los consejos de la Sociedad Geográfica son predicaciones en el desierto y quizá molesten como rarezas de dómine pedante, sin considerar que tienen sólida base, como andando el

[48] Los nombres de estos lugares estaban dedicados al Cardenal Cisneros, que una vez más aparecía como un personaje histórico a cuya memoria se apelaba en relación a la expansión africana; a Domingo Badía (Alí Bey), del que hemos hablado al inicio de este capítulo; y a Joaquín Gatell i Folch (Kaid Ismail), un catalán que hablaba árabe y se integró en Marruecos, hasta el punto de llegar en 1861 a ser comandante de artillería de la guardia del Sultán. Según Salas Larrazábal no se le prestó ningún interés hasta la Restauración: SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 63.

[49] Rodríguez González destaca el hecho de que el Sultán no protestó por la ocupación de unos territorios que le eran ajenos, argumento que sería usado con frecuencia para defender el derecho a la independencia del Sahara respecto a Marruecos. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: *La Guerra de Melilla en 1893*, Almena, Madrid, 2008, p. 32.

[50] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 1, CSIC, Madrid, 1966, p. 179.

[51] "El atentado del Río de Oro", en *El Día*, 27-III-1885, p. 1.

[52] "El ataque de Río de Oro", en *El Liberal*, 28-III-1885, p. 2.

[53] Zona que posteriormente sería conocida como Tarfaya, sur del actual Marruecos y límite norte del Sahara Occidental.

tiempo lo demostraría la experiencia"[54]. Hasta 1916, con la ocupación de puntos estratégicos por el capitán Francisco Bens, España no ejerció una ocupación efectiva del territorio.

Como ya hemos señalado, las aspiraciones territoriales de España que defendieron la mayoría de los africanistas de esta etapa no afectaban al sultanato de Marruecos, predominando la idea de que España debía optar por ayudarlo para que otras potencias no pudiesen hacerse con su control. No obstante, ante las cada vez mayores muestras de debilidad del Imperio marroquí se reforzó la idea de que la intervención de España debía ser más directa. En palabras del periodista José Boada en 1895: "El Imperio se desmorona, sin que basten á impedirlo ni los esfuerzos de los sultanes ni las rivalidades de las naciones interesadas en su conservación", añadiendo que diversas potencias acechaban a la espera de devorar los despojos, algo que España debía evitar con una obra que tarde o temprano se vería obligada a emprender[55].

Para el naturalista Odón de Buen (1893) la única política conveniente en Marruecos era la de atracción de la población (tanto árabe como bereber), que luego permitiese a España ejercer una especie de tutela: "atraer el sultán hacia nosotros; que sus simpatías, que sus intereses, que la seguridad de su imperio, le obliguen a echarse en brazos de España, a confiarle el porvenir de Marruecos", y consideraba que para esta política era fundamental la integridad del sultanato[56]. Este autor fue un ejemplo del africanismo francófilo, que apostaba por una alianza con Francia como clave para incrementar la influencia en Marruecos; mientras que anglófilos como Josep Ricart, Antonio Alfau o Gonzalo de Reparaz consideraban a Francia como el principal rival de los intereses españoles, y mucho más lógica la alianza con Gran Bretaña[57]. Algunos de ellos incluso confiaban en que esa estrategia permitiría recuperar Gibraltar a costa de concesiones en el litoral norteafricano, como podía ser la de Tánger[58].

A pesar de todo, la posición de la inmensa mayoría de los españoles respecto al colonialismo en África siguió siendo de absoluta indiferencia, haciendo inútiles los esfuerzos de todos los sectores que deseaban "movilizar a la opinión pública". Pero, asimismo, es importante señalar que tampoco existió un rotundo rechazo a la acción colonial hasta que la contribución de sangre en Marruecos puso en contra a muchos sectores. La ausencia casi total de críticas a la colonización del Sahara o Guinea, territorios en los que los españoles no se enfrentaron a conflictos de entidad, revela que no existía una oposición al colonialismo *per se*. Lo que se rechazaba eran las guerras coloniales, fundamentalmente por el alto coste humano y económico que éstas llevaban aparejadas para la metrópolis. Las pocas voces que eran anticolonialistas por definición habría que buscarlas en el anarquismo, el socialismo o el republicanismo federal, que estaban en contra incluso de la "penetración pacífica". Un buen ejemplo era el del republicano Pi y Margall, quien afirmaba que todavía quedaba mucho que colonizar en España como para pensar en otros territorios:

> No nos dejemos llevar de esos que dicen que nuestro porvenir está en África. Tierra, ¿para qué la necesitamos, si no cultivamos la nuestra? Sólo a una décima parte del

[54] FERREIRO, M.; Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 1, CSIC, Madrid, 1966, p. 114 (texto original de 1890).

[55] BOADA Y ROMEU, J.: *Allende el Estrecho*, Seix Editor, Barcelona, 1895, s/n.

[56] BUEN, O. DE: El conflicto de Melilla y la cuestión hispano-marroquí. Cit. en PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 354.

[57] PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 50.

[58] El interés por recuperar Gibraltar, que nunca había dejado de existir en España desde la pérdida del Peñón, se reforzó mucho por la influencia del libro NAVARRETE, J.: *Las llaves del estrecho: Estudio sobre la Reconquista de Gibraltar*, M. Ginés Hernández, Madrid, 1882.

> territorio que cultivamos se extienden los beneficios de la labranza. ¿Tenemos tampoco una población exuberante como otras naciones? Aquí donde podrían vivir holgadamente 34 millones de almas, no viven sino 17 millones. En la Península está nuestro porvenir y nuestro tesoro. Las guerras de conquista son tanto o más costosas después de la victoria que antes de la victoria. No se resigna fácilmente ningún pueblo a perder su independencia ni a vivir en la servidumbre. ¿Habremos de dejarnos llevar siempre de ilusiones?[59]

Las palabras de Pi y Margall recuerdan bastante a las que otro republicano, Evaristo Ventosa, había utilizado tres décadas antes, acerca de las posibilidades abiertas para la colonización de Marruecos tras la Guerra de África:

> No somos nosotros de los que creen que está en África el porvenir de España. Las riquezas de nuestro suelo bien esplotadas, bastarían para mantener holgadamente una población de treinta millones de habitantes, y hoy apenas tenemos poco más de la mitad[60].

Además Ventosa también había considerado que aumentar las colonias "no haría más que debilitar sus fuerzas [las de España] y engendrar nuevos obstáculos al desarrollo de su prosperidad interior". Ese discurso siguió vigente durante muchos años, aunque como ya se prefiguró en 1893, se afirmó en 1898 y todavía más en 1909, fue derivando en otro mucho más crítico y beligerante, respuesta al incremento exponencial de los gastos humanos y económicos derivados del colonialismo español.

Un último aspecto que nos gustaría señalar es que la fiebre colonialista de esos años también afectó a España en sentido inverso, pues potencias más boyantes pusieron sus ojos en los restos del antiguo Imperio colonial español. Bien conocido es el interés de Estados Unidos por la isla de Cuba[61], pero el principal incidente tuvo lugar con Alemania por la posesión de las islas Carolinas, un pequeño archipiélago en el Pacífico que pertenecía nominalmente a España, pero que no había sido ocupado de forma efectiva. La presencia alemana en 1885 generó una crisis diplomática y un estallido "popular" en España como no había tenido lugar desde la Guerra de África[62], con miles de ciudadanos protestando en las calles y quemando banderas alemanas por una ofensa inferida en unas islas cuya existencia era prácticamente desconocía unos días antes[63]. El conflicto se resolvió favorablemente para España gracias a la mediación del papa León XIII, aunque con la concesión de algunos privilegios para Alemania en el archipiélago. En la reacción "popular" se aprecian notables paralelismos con la que se produjo contra Marruecos en 1893 (acerca de la cual profundizaremos en breve), y sobre todo contra Estados Unidos en 1898.

---

[59] "Discurso pronunciado por D. Francisco Pi y Margall la noche del día 10, en el Centro Federal de Madrid, con motivo de la inauguración de las conferencias de ese año", en *El Nuevo Régimen*, 11-XI-1893, p. 1.

[60] VENTOSA: *La regeneración de España*, p. 120.

[61] Vid. OJEDA EISELEY, J. D.: *El 98 en el Congreso y la prensa de los Estados Unidos*, Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 1999, pp. 11-34.

[62] Para Álvarez Junco se trató de un fenómeno "protagonizado por clases medias-altas, cultas, seguramente profesionales e intelectuales, en muchos casos de tendencias liberales o incluso republicanas". ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa*, p. 519.

[63] Unos años después se podía leer en *El Nuevo Régimen*: "De los diez y siete millones de nuestros compatricios, los diez y seis, por lo menos, ignoraban que tuviéramos derecho alguno sobre las Carolinas, y los quince de seguro no habrían podido decir qué parte del mundo ocupaban aquellas numerosas islas". "El orgullo nacional", en *El Nuevo Régimen*, 14-X-1893, p. 2.

Orientalismo y arabismo frente a africanismo

En la introducción a este trabajo ya apuntamos los problemas de definición de estos conceptos y la habitual confusión entre ellos. Para no incurrir en repeticiones, señalaremos ahora únicamente que arabismo y orientalismo se contraponen a africanismo al estar definidos por una vertiente investigadora y cultural, mientras que en este último el interés colonialista y comercial es el dominante. Buena parte de la confusión en España se deriva del hecho de que, a diferencia de lo que sucede en el resto de Europa, arabismo, africanismo y orientalismo dirigen su mirada fundamentalmente hacia un mismo lugar: Marruecos.

Bernabé López ha considerado el arabismo español como un "orientalismo", porque "así se estimó a sí mismo y así fue considerado a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX", aunque reconoce el problema derivado del desgaste del término en las últimas décadas, que incluso ha adquirido una acepción peyorativa[64]. Este mismo autor también ha destacado el hecho de que el discurso arabista español se insertó en un marco europeo que influyó notablemente en él, y que se desarrolló paralelamente al avance de la colonización. No obstante, el caso español siguió siendo excepcional[65], porque los estudios árabes también se orientaban hacia dentro, hacia la España musulmana y la herencia andalusí, de modo que contribuían a reconstruir el pasado nacional y por ello no debían "ser instrumentalizados políticamente en aventuras coloniales"[66]. El incremento del interés por Marruecos desde 1860 y la conciencia de un pasado común con las gentes del otro lado del Estrecho también incidieron de forma muy importante en estos estudios[67]. El caso excepcional de España no deriva sólo de la propia percepción de su historia o su herencia común, sino que además desde fuera se puede apreciar que España posee una cierta imagen exótica relacionada con ese carácter "árabe" u "oriental". Un buen ejemplo lo encontramos en dos de los grandes artistas del XIX en la vecina Francia: el literato Víctor Hugo, que en su obra *Les Orientales* (1829) afirmó que "España continúa siendo Oriente, España es medio africana"; o el pintor Delacroix, quien señaló haber "encontrado en España todo lo que había dejado entre los moros […] Nada cambia, solo la religión"[68].

Parece bastante evidente la existencia de una vinculación entre el auge de los estudios árabes en la España de la segunda mitad del XIX y el proceso de construcción de una identidad nacional, que en esa etapa se encontraba en su apogeo. Aunque lo más habitual ha sido considerar que esa identidad se construyó fundamentalmente por oposición al Otro, estudios actuales han puesto de relieve un proceso más ambivalente, en el que al mismo tiempo que se veía el mundo musulmán como el enemigo por antonomasia de España, se lo admiraba y se le consideraba una parte indivisible de la identidad española, provocando esa cierta "desorientación"[69]. Pedro Antonio de Alarcón fue un buen reflejo de esa ambivalencia, como pudimos ver al analizar su *Diario de un testigo de la guerra de África*, aunque en el caso del escritor granadino sus prejuicios parecen triunfar sobre ese respeto y admiración derivado de la herencia común que él conocía perfectamente de su Granada natal.

---

[64] LÓPEZ GARCÍA: *Orientalismo e ideología colonial…*, p. 415.

[65] Idea en la que insisten los principales estudiosos sobre el tema, por ejemplo LÓPEZ GARCÍA, B.: Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917), Universidad de Granada, 2011, p. 417 y 419 o MORALES: *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, p. 14.

[66] LÓPEZ GARCÍA: *Orientalismo e ideología colonial…*, p. 419.

[67] MARÍN, M.: "Los arabistas españoles en Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, p. 76.

[68] Cit. en MARTÍN MÁRQUEZ: *Desorientaciones*, p. 36.

[69] MARTÍN MÁRQUEZ: *Desorientaciones*, p. 41.

La guerra iniciada en 1859 marcó un punto de inflexión decisivo para los estudios árabes en España. Aunque con anterioridad hubo varios momentos en los que se aprecia un mayor interés por la cuestión[70], el empuje de la Guerra de África supuso un punto y aparte, y la extensión del arabismo hispano fue superior a la de cualquier etapa anterior, materializándose incluso en la creación de asociaciones y en la aparición de toda una moda cultural de la que participó incluso el Gobierno[71]. Sin embargo, esta atracción existente desde 1859 no llevó aparejado un conocimiento real sobre el país vecino, y los más destacados arabistas del momento no conocían el árabe dialectal marroquí[72]. Pese a esto, y a no haber tenido un orientalismo del todo articulado, España generó escuelas de arabistas, arqueólogos del arte medieval o peritos en el urbanismo hispano-musulmán[73].

Entre los intelectuales más destacados que acometieron este tipo de estudios podemos destacar nombres como los de Francisco Codera, Julián Ribera[74], Eduardo Saavedra[75], Francisco Javier Simonet, Asín Palacios, Maximiliano Alarcón o Ángel González Palencia. También destacaron figuras que, no siendo arabistas, acometieron con interés temas arábigos, como Amador de los Ríos o Modesto Lafuente. Algunos como Ribera o Saavedra combinaron la preocupación por los estudios con un interés colonialista, por lo que al mismo tiempo pueden ser considerados africanistas y arabistas. Aunque muchos de estos investigadores demostraron tener una visión relativamente positiva sobre Marruecos y un discurso ambivalente, otros como Javier Simonet entendieron el pasado musulmán de la Península de forma excluyente y manteniendo una perspectiva peyorativa sobre los marroquíes[76].

El orientalismo artístico

No podemos finalizar esta breve contextualización sin referirnos al orientalismo artístico, que tuvo en la literatura y la pintura su máxima expresión, y que contribuyó de forma excepcional a crear una imagen exótica de Marruecos. Este movimiento coincidió cronológicamente con el romanticismo, del que recibiría una importante influencia.

[70] Como el referido incidente de 1844, que entre otras cosas se saldó con la muerte de Víctor Darman, agente consular de España en Mazagán, desde el cual se puede apreciar un arabismo más preocupado por la cuestión africana; o el influyente discurso sobre la influencia árabe en las letras y las artes españolas de José Amador de los Ríos con motivo de su admisión en la Real Academia de Historia en 1848, que dotó de un mayor prestigio a estos temas de investigación. Para un análisis detallado sobre los diversos estudios árabes durante el reinado de Isabel II Vid. LÓPEZ GARCÍA: *Orientalismo e ideología colonial…*, pp. 37-73.

[71] Fue el Gobierno el que en una fecha tan temprana como el 30 de octubre de 1859 (una semana después de la declaración de guerra), envió al historiador y arabista Emilio Lafuente Alcántara para localizar documentos que pudieran ser útiles para ampliar el conocimiento de la "historia patria". Su trabajo dio lugar a la publicación en 1862 el *Catálogo de los códices arábigos adquiridos en Tetuán por el Gobierno de S. M.*, que recogía información sobre un total de 233 códices. LAFUENTE ALCÁNTARA, E.: *Catálogo de los códices arábigos adquiridos en Tetuán por el Gobierno de S. M.*, Imprenta Nacional, Madrid, 1862.

[72] MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, p. 55.

[73] MORALES: *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, p. 18.

[74] Codera y Ribera pertenecieron a la escuela aragonesa de arabistas, una de las más destacadas. Codera tenía una visión de Marruecos como un simple objeto de estudio, mientras que Ribera apostó por un arabismo de utilidad más práctica. Vid. LÓPEZ GARCÍA: *Orientalismo e ideología colonial…*, pp. 153 y ss, 298, 300 y 421.

[75] Famoso por haber descubierto el emplazamiento de Numancia en 1860, pero que también destacó por sus estudios sobre la España musulmana y sobre Marruecos.

[76] Simonet incluso afirmaba que todas las contribuciones de Al-Andalus a la civilización habían sido "españolas", coinsideraba un acierto expulsiones como las de los moriscos y entendía que la empresa civilizadora en África no debía excluir el uso de las armas, algo que a finales del XIX rechazaban la mayor parte de los especialistas.

Acabamos de señalar Marruecos porque es nuestro objeto central de estudio y porque fue con absoluta claridad el escenario dominante en el orientalismo español. No obstante, no debemos caer en la típica generalización entre orientalismo español y Marruecos, por lo que nos parece adecuado recordar que también hay un importante orientalismo artístico centrado en la presencia árabe en la Península, así como algunas referencias a otros entornos como el Imperio Otomano e incluso Extremo Oriente. Arias Anglés ha señalado que el orientalismo en general, como se suele entender en la pintura, excluye Extremo Oriente e incluye el Norte de África (incluso otros escenarios como Al-Andalus o Rusia…), lo que compromete todavía más el término utilizado[77].

Al igual que acabamos de señalar respecto a los estudios orientalistas, investigadores actuales de la pintura o la literatura respecto a Marruecos no dudan en definir el año 1859 como un punto de inflexión decisivo para el orientalismo en el arte español[78], así como la influencia de Fortuny y Alarcón en el posterior desarrollo de la pintura y la prosa, pues sus trabajos marcaron época e influyeron en mayor o menor medida en casi todos sus sucesores.

El exotismo del mundo musulmán-africano es un elemento predominante en pintores tan destacados como Francisco Lameyer, Mariano Fortuny, Tomás Moragas o Josep Tapiró. La mayor parte de la pintura del XIX sobre Marruecos, casi toda relacionada con la Guerra de África y a la que ya nos hemos referido en su correspondiente apartado, queda fuera de lo que se puede considerar orientalismo porque falta el interés por recrear esa otra realidad, demasiado supeditada a la exaltación de las glorias guerreras españolas, por lo que suele simplificarse con tópicos peyorativos. Por otra parte, la corriente orientalista fue más bien respetuosa con el *moro*, estando más cerca de la fascinación que del rechazo. Pilar Capelástegui duda acerca de si esta vertiente de la pintura española fue una respuesta rezagada a la búsqueda europea del exotismo en África, favorecido por la guerra, o si por el contrario se trató más bien de una búsqueda de las raíces de la tradición hispano-árabe[79].

Entre los elementos más característicos y definidores de este orientalismo han estado el sexo y la sensualidad. Por ello, temas como el harén o las odaliscas fueron muy frecuentes en muchas de las ensoñaciones, tanto pictóricas como literarias, que se hicieron en toda Europa en relación al Oriente. España también participó de estos elementos, aunque tuvieron menos presencia en comparación con ideales como el de la nobleza árabe, cercano a un heroísmo de orígenes tardomedievales, que será el modelo que impere en la colonización de Marruecos desde 1860 hasta 1956. De él se deriva por ejemplo la reiteración de la figura del venerable anciano y el respeto que se le profesa[80]. También la violencia ha sido un tema bastante habitual en el orientalismo español, porque "en el ensueño hispánico no se desea al Otro, se le combate"[81], aunque como ya hemos comentado, en muchos autores orientalistas la fascinación está por encima del rechazo, pero ello no supone que no se pueda sentir fascinación por el enemigo, como muy bien ejemplificó Alarcón.

Este orientalismo vivió en España su época dorada en la segunda mitad del XIX, pero a principios del siglo XX su presencia ya era bastante marginal debido en parte al triunfo del realismo en literatura y el modernismo en pintura.

---

[77] ARIAS ANGLÉS, E.: "La pintura orientalista", en VV. AA.: *Pintura orientalista española [1830-1930]*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, p. 27.

[78] Vid por ejemplo ARIAS ANGLÉS: "La pintura orientalista", p. 40 o GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 16.

[79] CAPELÁSTEGUI: *El tema marroquí en la pintura española*, p. 18.

[80] GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 16.

[81] Ibídem, p. 17.

3 - La Guerra de Melilla (1893)

A pesar de la victoria española en 1860 y el posterior tratado, se quedó lejos de alcanzar una paz completa y duradera entre España y Marruecos, pues los incidentes no cesaron en los años posteriores, siendo especialmente habituales los enfrentamientos fronterizos, los ataques a embarcaciones o las agresiones contra ciudadanos españoles que vivían en puertos marroquíes[82].

En 1893 uno de estos incidentes provocó una crisis diplomática entre España y el Sultanato de Marruecos, la más grave desde 1859. Dicha crisis estuvo acompañada de una serie de combates en las inmediaciones de Melilla que le valieron pasar a la historia con el calificativo de "guerra", por más que la magnitud de los hechos militares que se produjeron hace que éste le quede un poco grande. No hubo una declaración de guerra por parte de España como la que se produjo en 1859, y para muchos autores no fue más que un conjunto de acciones defensivas que se llevaron a cabo dentro de los límites territoriales de la plaza[83]. Se la suele conocer como "Guerra de Melilla"[84] porque todas las operaciones se produjeron en la zona fronteriza de esta ciudad española; o "Guerra de Margallo", por la muerte en combate, el 28 de octubre, del General Juan García y Margallo, gobernador de la plaza. También se emplea la denominación "Primera Guerra del Rif", por ser el primer conflicto de cierta entidad de los muchos que el Ejército español protagonizó en esta región de Marruecos en época Contemporánea; o el de "Guerra chica", derivado de su limitada magnitud, pero confuso por ser el mismo con el que se suelen denominar los episodios bélicos acontecidos en Cuba tras la firma de la paz de Zanjón en 1878.

El *casus belli* fue la construcción de un fuerte español en el campo de Melilla[85], al lado del cementerio y la mezquita de Sidi Guariach. Los españoles no atendieron las peticiones de los cabileños de emplazarlo en otro lugar[86], por las que en 1890 se habían paralizado las obras, y las comenzaron el 28 de septiembre de 1893. En sus ataques nocturnos los rifeños empezaron a destruir lo que era construido durante el día, por lo que se enviaron destacamentos para proteger las obras. No obstante, el 2 de octubre, un numeroso ataque de los cabileños se saldó con 19 muertos españoles[87], cifra que superaba al conjunto de todos los incidentes que tuvieron lugar desde la Guerra de África. Incluso hubo que hacer un pacto para recoger los cadáveres, que habían sido quemados y "profanados", lo que causó un gran impacto en la opinión pública y se consideró un tremendo ultraje[88].

---

[82] Para un análisis de los principales incidentes anteriores a 1893 Vid. RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 36 y ss.

[83] Así lo considera por ejemplo SALAFRANCA ORTEGA, J. F.: *El sistema colonial español en África*, Algazara, Málaga, 2001, p. 74.

[84] Este nombre también se utiliza con frecuencia para referirse al conflicto de 1909, cuyo episodio más destacado fue el Desastre del Barranco del Lobo.

[85] La zona estaba justo en el límite entre el campo exterior de la plaza española y el territorio marroquí, fijado por un acta de 1862 y otra de 1891, pero no parece que la delimitación estuviese claramente definida. Vid. REMACHA TEJADA, R.: "Las fronteras de Ceuta y Melilla", en *Anuario de derecho internacional* nº 10 (1994), pp. 217-219.

[86] Acerca de las negociaciones previas al ataque sobre las obras Vid. PICH: *Francesc Pi y Margall…*, pp. 96-99.

[87] Rafael Guerrero en su Crónica hablo de 10-12.000 combatientes (GUERRERO, R.: *Crónica de la Guerra del Riff*, Maucci, Barcelona, 1895, p. 9), mientras que recientemente Rodríguez González ha situado la cifra máxima en unos 9.000 (RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 87).

[88] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 94.

En los días siguientes se enviaron apresuradamente refuerzos desde la Península, que se fueron acumulando en Melilla sin apenas intervenir. Buena parte de la opinión pública española clamaba por la necesidad de vengarse del ataque, apareció un marcado discurso patriótico y se produjeron escenas de fervor popular, especialmente en lugares en los que embarcaron las tropas, como por ejemplo en Málaga. Aunque la campaña se prolongó durante meses, la mayor parte de las bajas se produjeron en unos pocos días[89], desde que el 27 de octubre un grupo de 600 hombres, liderado por el propio general Margallo, quedó cercado en el fuerte de Cabrerizas Altas, a cuyas puertas éste perdió la vida en una arriesgada salida. El asedio se levantó en una operación dirigida desde Melilla por el general Ortega que fue lo más celebrado en una campaña pobre en triunfos[90]. El difunto Margallo fue sustituido por Manuel Macías, que ya había sido Gobernador de Melilla. Desde su llegada la situación se tornó más tranquila, y a partir del 23 de noviembre ya no se registraron más bajas, imponiéndose la vía diplomática como salida al conflicto.

La guarnición de Melilla, que contaba con 1.500 hombres antes del conflicto[91], superó los 20.000 a principios de diciembre[92], tras una movilización progresiva que fue criticada hasta la saciedad por caótica y lenta[93]. Todo este despliegue apenas participó en combates, y terminó siendo más bien una exhibición para demostrar determinación al Sultanato de Marruecos. La vía pacífica, que se consolidó con el nombramiento del prestigioso general Martínez Campos para que negociase con el Sultán, supuso una decepción para varios sectores, especialmente dentro del Ejército y en buena parte de la opinión pública[94]. Las gestiones, aunque lentas y farragosas, fructificaron en 1894 con la firma de un tratado de paz. Se tranquilizaban así las potencias europeas que seguían más de cerca la crisis[95], poniendo fin de modo poco espectacular a una campaña cuyo balance de víctimas había sido de 58 muertos, 151 heridos y 53 contusos[96]. Para algunos, con la paz el honor quedaba a salvo, mientras que para otros fue la enésima demostración de la decadencia española, como más adelante veremos.

[89] Las acciones desde el día 27 hasta que se levantó el cerco se saldaron con 32 muertos, 75 heridos y 21 contusos. RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 106. Llanos Alcaraz en su crónica estableció en 60 el total de muertos a causa del fuego enemigo en el conjunto de la campaña (de un total de 265 bajas, la mayoría en solo dos días, 70 el 2 de octubre y 106 el 28 del mismo mes): LLANOS Y ALCARAZ, A.: *Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-94*, R. Velasco, Madrid, 1894, pp. 285-287.

[90] En el periódico satírico republicano *Don Quijote*, por ejemplo, se lo calificó de "triunfo hermoso", que acercaba la victoria definitiva y que les daba derecho a estar entusiasmados. *Don Quijote*, 3-XI-1893, p. 1.

[91] REPARAZ, G.: "Los sucesos de Melilla", en *Actualidades*, Segundo semestre de 1893, p. 200.

[92] Según el periódico La Iberia eran 21.770 hombres a principios de diciembre, con 500 caballos y 20 cañones: *La Iberia*, 6-XII-1893, p. 1

[93] Por ejemplo, Gonzalo de Reparaz señaló que había sido un cúmulo de despropósitos organizado desastrosamente, y que en los 20 primeros días sólo se habían logrado movilizar 2.000 hombres, con un ridículo promedio de 100 al día. REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 219.

[94] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 32. RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 119.

[95] Especialmente Gran Bretaña y Francia. Para un completo análisis sobre las relaciones diplomáticas internacionales derivadas del conflicto Vid. RUBIO, J.: *El final de la era de Cánovas. Los preliminares del "desastre" de 1898*, tomo II, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2004, pp. 774-779.

[96] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 112. Pich i Mitjana eleva la cifra a 123 muertos y 165 heridos: PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 105.

La muerte de Margallo, símbolo indiscutible de la campaña

Si los momentos más destacados y que más perduraron en la memoria de la Guerra de África fueron victorias españolas, como las de los Castillejos y Tetuán, el emblema de la guerra de 1893 fue sin lugar a dudas la muerte del Gobernador Militar de Melilla, Juan García y Margallo, hasta el punto de dar nombre a la campaña. Esto supone una buena muestra de la poca entidad que tuvo el conflicto y lo limitado de las acciones españolas.

La muerte del general estuvo desde el primer momento envuelta en controversia, no sólo por el debate sobre si ésta debía catalogarse de heroica o irresponsable, sino también por las diversas teorías que circularon en relación a su temeraria acción, entre ellas la de que había sido disparado por uno de sus hombres, concretamente el teniente Miguel Primo de Rivera (el futuro dictador), indignado por el hecho de que muchos de los fusiles que los *moros* estaban empleando habían sido vendidos clandestinamente por el general[97]. Más común todavía fue la hipótesis de que Margallo, conocedor de que iba a ser relevado y sustituido por el general Macías, habría salido al lugar de mayor peligro sin temer por su vida. Así se podía leer por ejemplo en *La Correspondencia de España* dos días después de la muerte del general:

> Aquí todo el mundo cree que Margallo salió ayer de la plaza dispuesto a que lo mataran. Y, efectivamente, se le vió en todas ocasiones en el puesto del mayor peligro. Apenas se supo en la plaza la desgracia, se habló de una carta que el general había recibido de Madrid momentos antes de salir ayer al campo, y se relacionaba el contenido de esta carta muy directamente con su muerte[98].

Aunque varios periódicos argumentaron contra esta posibilidad[99], se hizo bastante popular, pues muchos de los corresponsales en Melilla se inclinaron por ella[100]. También la memoria del general generó bastante debate, entre la vehemente defensa que de su figura hicieron periódicos como *La Correspondencia Militar*[101], y las duras críticas de otros como *El Día*, que incluso había pedido para él un consejo de guerra[102]. Las diatribas se redujeron tras conocerse la noticia de su fallecimiento, y la mayor parte de los corresponsales que presenciaron su muerte en Cabrerizas Altas hablaron bien de él, caso de Domingo Blanco, de *La Vanguardia*, que sobre sus acciones el día 27 concluía con un estilo romántico:

---

97 El escritor Manuel Ciges Aparicio defendió esta teoría: LEGUINECHE, M.: *Annual 1921. El desastre de España en el Rif*, Alfaguara, Madrid, 1996, p. 167. Un insistente rumor del que se hizo eco Stanley Payne, señalando que pese a que la corrupción y la venta de armas estaban demostradas, "esta explicación melodramática de la muerte de Margallo está enteramente desprovista de fundamento": PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 56.

98 *La Correspondencia de España*, 30-X-1893, p. 1. Aunque Margallo murió el día 28 por la mañana, la noticia no llegó a la prensa hasta el día 30, porque desde el fuerte de Cabrerizas Altas era entonces imposible la comunicación con Melilla.

99 En *El Día* se desmintió la posibilidad basándose en las fechas, pues si la carta la escribió el Ministro de la Guerra el día 26 no podía haber llegado a Margallo en la mañana del 27, y después estuvo cercado en Cabrerizas Altas. *El Día*, 30-X-1893, p. 3. Con esa explicación coincidió Rafael Guerrero en su crónica, dando además muchos detalles sobre las explicaciones que proliferaron esos días. GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, pp. 189-190.

100 Eso señalaba el corresponsal de *La Época*, que mostraba sus dudas. ESCOBAR, A.: "Impresiones de un corresponsal", en *La Época*, 1-XI-1893, p. 1.

101 Desde este periódico se afirmó que al Ministerio de la Guerra le interesaba dejarlo como desobediente, imprevisor y temerario para tapar sus propios errores: "No tiene nombre lo que se quiere hacer con el general Margallo. No bastó, sin duda, calumniarle rastreramente en vida; era preciso aún ofender su memoria después de muerto". *El Correo Militar*, 31-X-1893, p. 1.

102 Por haberse retirado sin tener órdenes. "Un consejo de guerra á Margallo", en *El Día*, 28-X-1893, p. 3.

> ¡Qué héroe! ¡Qué hombre! Y su grandeza y su valor; y su generosidad y el temple de su alma resplandecen más aún cuando, ya todo el mundo en salvo dentro del fuerte queda el último para entrar el general Margallo[103].

Margallo fue enterrado en Melilla tres días después de su muerte, en un entierro en el que estuvieron presentes las sociedades civiles de la plaza, la oficialidad de los regimientos allí acuartelados, representantes de la prensa española, soldados y vecinos de ciudad[104]. En *La Vanguardia* se resaltaba lo multitudinario del sepelio afirmando que "concurrió toda Melilla"[105]. Entre la muerte de Margallo el día 28 y su entierro el 31 de octubre tuvo lugar el principal éxito español de la campaña, que precisamente supuso la liberación del fuerte de Cabrerizas Altas y permitió trasladar a Melilla los restos del general. Pese a la intensa exaltación que en numerosos medios de prensa se dio en su momento a tal episodio, quedó eclipsado por la muerte del que era Gobernador Militar de la plaza africana, que se convirtió en la noticia más difundida y comentada del conflicto, manteniéndose como tal en su memoria futura.

Un nuevo despertar patriótico

Pese a lo limitado del conflicto, y a que nunca se llegó a convertir en una guerra abierta, en octubre y noviembre de 1893 se asistió a un notable resurgir del discurso patriótico que había caracterizado la Guerra de África. Era un proceso cíclico, que reaparecía con cada incidente internacional considerado lesivo para el honor español. Así sucedió con el de las Carolinas en 1885, o solo dos años después de la campaña que nos ocupa con el comienzo de la Guerra de Cuba. Aunque su intensidad en 1893 no tuvo comparación con la de 1859, el repertorio fue muy similar, con despedidas entusiastas de las tropas, multitudinarias manifestaciones pidiendo que se castigase a los *moros*, suscripciones patrióticas, actos para recaudar dinero u ofrecimientos de voluntarios, entre otros. No obstante, los tiempos habían cambiado debido a factores como el progresivo incremento del movimiento obrero y otras tendencias claramente antibelicistas, por lo que ya no hubo la aparente unanimidad de la Guerra de África. Al margen de la resistencia "silenciosa", habitual ante cualquier conflicto que suponía movilización de reservistas, se produjeron incluso demostraciones de descontento más ostensibles, llegando a producirse motines como el que tuvo lugar en Getafe, al que más adelante nos referiremos. Aún así, la ola de patriotismo fue de nuevo muy superior al rechazo en lo que a manifestaciones visibles se refiere, apagando en buena medida estas muestras relativamente aisladas de descontento.

La noticia de la agresión de los *moros* se difundió velozmente por toda España, agravándose cuando se conoció el estado en que habían quedado los cadáveres recogidos en el campo de Melilla. Rafael Guerrero señalaba en su crónica que la nueva había llegado "hasta los lugares más apartados" y "los pueblos más insignificantes", despertando además a España, el grito de guerra contra el marroquí y el deseo de lucha para vengar a los soldados muertos y lavar el honor patrio[106]. Señalaba además que toda la prensa se había puesto del mismo lado, que las luchas políticas se habían detenido, y que "el

[103] BLANCO, D.: "Un rasgo de Margallo", en *La Vanguardia*, 3-XI-1893, p.2.
[104] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 203.
[105] "Puñado de noticias", en *La Vanguardia*, 1-XI-1893, p. 6.
[106] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 35.

patriotismo se deshizo en ofrecimientos y la musa popular en notas bélicas"[107]. Esas ideas de la unidad nacional al margen de disputas políticas o intereses regionales, de que el dormido león español despertaba con fiereza cuando se agredía su honor, aparecieron con fuerza en el discurso manifestado a través de la prensa, intervenciones en actos públicos o composiciones patrióticas. Así lo expresaba, por ejemplo, el periódico *El Imparcial*:

> ¡Consolador espectáculo! El honor de España está en tela de juicio, y particularismos regionales, cuestiones de campanario, antagonismos de clase, conveniencias de bandería, todo ha sido puesto en olvido. Las pequeñas patrias han desaparecido ante la patria grande. Nadie piensa ahora que es gallego o navarro, castellano o catalán, sólo se acuerda de que es español[108].

También el periodista y escritor costumbrista Luis Royo Villanova insistía en esa idea desde las páginas de *Blanco y Negro*, afirmando que la nación, que hasta ese momento "parecía la capa del estudiante, *hecha toda de retazos de diferentes colores*" ahora volvía a ser la España "valiente, decidida y legendaria", sin más colores que los de su bandera, lo que le llevó a recordar el famoso refrán "no hay mal que por bien no venga", e incluso a afirmar que, si no hubiese tenido lugar la ofensa de Melilla, "habría que inventarla"[109]. No obstante, pese a lo exaltadas que parecen algunas partes del artículo de Royo, también desprende bastante ironía respecto a lo que estaba sucediendo y mucha crítica con los gobernantes.

La presunta unidad nacional que tanto se publicitó respecto a la Guerra de África reapareció pues con fuerza en el discurso belicista de 1893. Pero esa misma unidad nacional también comenzaba a ser cuestionada, especialmente en Cataluña, donde algunos sectores del catalanismo se desmarcaron del apoyo a la intervención española. Quizá por eso, los embarques de tropas en Barcelona fueron los más fríos de toda España, generando más curiosidad que pasión patriótica[110]. El escaso entusiasmo alrededor de una de estas despedidas lo demostraba *La Vanguardia* en octubre, cuando se preguntaba "a qué atribuir la frialdad que se observó en la despedida hecha a los artilleros de la 4ª batería que se embarcaron ayer", y afirmaba que "daba pena ayer ver desfilar casi solos a los individuos de la 4ª batería, sin más que algún que otro viva aislado que viniese a romper aquella frialdad inesperada". El diario catalán culpaba principalmente al "elemento oficial" por no haber promovido el acto lo suficiente, y no se planteaba la posibilidad de que un descenso del ánimo patriótico pudiese ser la causa[111]. En cualquier caso, después de la muerte de Margallo sí se apreció un mayor apoyo popular en Cataluña, con una mayor exaltación de la opinión pública catalana o el rotundo éxito de la suscripción popular iniciada por *La Vanguardia*[112].

Volviendo al discurso belicista y patriótico empleado, de nuevo advertimos la presencia de un fuerte componente historicista, con referencias a la Reconquista, al testamento de Isabel la Católica o a las grandes *glorias* militares españolas. Pero constatamos muchas menos alusiones a la religión católica, y del "por Dios y por la

---

[107] Ibídem, p. 37.
[108] "Movimiento saludable", en *El Imparcial*, 6-X-1893, p. 1.
[109] ROYO VILLANOVA, L.: "A ocho días vista. La guerra del moro", en *Blanco y Negro*, 21-X-1893, p. 2.
[110] Pich i Mitjana recogió varios testimonios sobre el escaso entusiasmo en las despedidas de la tercera y cuarta batería en dos días consecutivos, sin colgaduras en las calles ni las típicas muestras de entusiasmo por todo lo alto, o el fracaso de una manifestación patriótica estudiantil que recaudó muy poco dinero. Vid. PICH: *Francesc Pi y Margall…*, pp. 164-168.
[111] "Embarque de la 4ª batería", en *La Vanguardia*, 20-X-1893, p. 2.
[112] PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 167-168.

patria" se pasó a un mayoritario "por la patria". Con ello no queremos decir que el providencialismo o la defensa de la religión hubiesen desaparecido completamente del discurso, pero es evidente que su presencia fue mucho menor. Esta circunstancia se lamentaba muy amargamente desde medios católicos como el periódico murciano *El Orden*, muy explícito al respecto:

> ¿Qué se ha hecho aquel espíritu eminentemente cristiano que llevó nuestras banderas de victoria en victoria desde Covadonga hasta Granada, desde Yucatán hasta el cabo de Hornos? […]
>
> ¿Qué se ha hecho aquel entusiasmo religioso merced al cual España dominó al dominador de Europa en este siglo y después á las kábilas marroquíes que la insultaron?

Esa falta de devoción y fe que percibían en la España de entonces les hacía incluso temer por el desenlace del conflicto, que podría ser catastrófico. Señalaban que cincuenta años atrás una guerra contra los *moros* se hubiera considerado una guerra de religión, y que en el momento actual se miraba como una empresa puramente civil "y esto, francamente, nos hace temblar"[113]. A pesar de lo categórico de estas interesantes afirmaciones de *El Orden*, siguió siendo habitual la presencia de las autoridades eclesiásticas en las diversas manifestaciones patrióticas, con alocuciones en las que la religión seguía siendo componente fundamental. Siguieron los tedeum, como el que tuvo lugar en la catedral de Málaga en honor a Martínez Campos antes de que partiera a finales de noviembre rumbo a Melilla, al que llegó entre los ruidosos vivas de un canónigo cuando se iba a arrodillar a orar frente al altar[114]. Las misas de campaña fueron continuamente referidas en la prensa, y la religión iba de la mano del patriotismo en cada funeral o entierro de soldados que se llevaba a cabo. Podemos pues afirmar que, aunque la pérdida de fuerza de la religión en la retórica patriótica fue notable, su papel siguió siendo decisivo, e incluso en medios liberales se apelaba a "llenar los destinos providenciales" de España en Marruecos "cueste lo que cueste y pese a quien pese"[115].

Entre las oportunidades para demostrar adhesión nacional y apoyo a la intervención española contra Marruecos, las despedidas de los soldados que partían hacia el otro lado del Estrecho volvieron a ser de lo más destacado. Colgaduras, aglomeraciones y emotivas escenas fueron de nuevo una constante, especialmente en Málaga, ciudad que vio partir a la mayoría de los contingentes. El 5 de octubre su Ayuntamiento emitía una proclama en la que instaba al vecindario a mostrar su afecto en la despedida que se iba a tributar a las "primeras fuerzas de nuestro valiente ejército que en nombre y representación de la patria van á vengar las ofensas inferidas á nuestro pabellón por las salvajes kábilas del Riff"[116]. Así harían los vecinos en los múltiples embarques que desde la ciudad andaluza se produjeron.

Escenas similares se vivieron en grandes ciudades, como Madrid, en despedidas como las que se tributaron a los regimientos de Wad-Ras y Canarias, que salían en tren para Málaga, y que fueron aclamados en las calles de la capital. Los diferentes periódicos reflejaban los típicos vivas y aclamaciones patrióticas, siendo los más habituales al Ejército, la Marina, a España, al rey y a la reina[117]. Incluso en pequeños pueblos se registraban manifestaciones patrióticas, en general relacionadas con el movimiento de tropas, como podían ser las despedidas a los reservistas de la localidad. Por ejemplo, en

[113] "Tristeza", en *El Orden*, 22-X-1893, p. 2.
[114] "El viaje de Martínez Campos", en *El Liberal*, 28-X-1893, p. 1.
[115] ALFAU BARALT, A.: "Mis presentimientos", en *El Día*, 26-X-1893, p. 1.
[116] *El Correo Militar*, 6-X-1893, p. 2.
[117] "Tropas para Melilla", en *El Imparcial*, 29-X-1893, p. 1. *La Correspondencia de España*, 28-X-1893, p. 3. *El Día*, 29-X-1893, p. 1.

noviembre, en las páginas de *La Iberia* podemos ver referencias a pequeñas localidades como Santisteban del Puerto, Viso del Marqués, Torrevieja, Andújar, Alcañiz o Sagunto. El discurso y el repertorio eran similares a las grandes ciudades, y el clero y las autoridades locales solían estar siempre presentes[118].

Al margen de las despedidas de tropas, fueron frecuentes las manifestaciones en las que los objetivos eran fundamentalmente mostrar adhesión a la causa nacional o pedir al gobierno más mano dura contra los marroquíes. Los estudiantes fueron los principales promotores de este tipo de movilizaciones, aunque con frecuencia acababa formando parte de ellas gente de todo tipo, y en ocasiones las propias autoridades locales estaban detrás. Así pasó por ejemplo en Toledo, donde se realizó un llamamiento muy explícito: "¡Pueblo toledano, esperamos que acudirás mañana, á las tres de la tarde, al paseo de Merchán, para protestar allí severamente contra esta nueva afrenta!". Se logró, según *La Época*, llenar la plaza de Zocodover, en la que estuvieron presentes importantes figuras como el arzobispo o el gobernador militar. Abundaron los vivas al Ejército y a España, se recordaron nombres de *gestas* como las de Covadonga, Lepanto u Orán, e incluso había una bandera con el lema: "¡A Melilla por el honor de la Patria! ¡Viva el Ejército español" portada por Alfonso Díaz, veterano y herido en la Guerra de África, una demostración de la continuidad que constantemente se intentó trazar entre ambos conflictos[119]. Otros ejemplos interesantes los tenemos en Valencia, donde según *El Imparcial* la manifestación fue "imponente y patriótica", se inició con estudiantes en la Universidad y "el número de manifestantes no bajaría ciertamente de 12.000[120]; Alicante, donde según *La Época* asistieron 4.000 personas y se pretendía crear un batallón de voluntarios[121]; Zaragoza, con unos 2.000 escolares el 21 de octubre[122]; o Granada, con "2.000 estudiantes y mucha gente del pueblo"[123]. Nos encontramos siempre en estas manifestaciones la protesta por la agresión de los cabileños, pero también era frecuente que se protestase contra la parsimonia del gobierno, especialmente después de la muerte de Margallo[124], o que se recogiesen donativos para auxiliar a heridos y familias de fallecidos.

Aunque fuesen los actos de las grandes ciudades los que más alcance y repercusión lograban, también en pequeños pueblos se producían este tipo de manifestaciones patrióticas, al margen de las despedidas tributadas a soldados. Sirvan como ejemplo las que señalaba a principios de noviembre *El Diario de Murcia* para localidades de la provincia como Abanilla, en donde tomó parte "el ayuntamiento, clero, fiscal municipal y casi todo el vecindario", siendo mayoritarios los vivas a España, al Ejército y a la Marina[125]; o Alhama, a la que acudió "el ayuntamiento y todas las clases sociales", con notable entusiasmo[126].

La prensa y crónicas contemporáneas interpretaban el apoyo popular como una demostración del fervor patriótico del pueblo español, muchas veces contrapuesto al de unos políticos que no respondían como debían a los deseos de la población. No obstante, de vez en cuando había visiones críticas con estas actitudes, destacando su falta de utilidad. Así lo hizo el periodista Calixto Ballesteros desde las páginas de *La Iberia*, aludiendo a las manifestaciones encabezadas por los estudiantes en ciudades como Granada, Valencia o Madrid. Ballesteros respetaba el patriotismo de ese tipo de actos,

[118] *La Iberia*, 22-XI-1893, p. 2.
[119] "Manifestaciones en provincias", en *La Época*, 16-X-1893, p. 4.
[120] "Ofrecimientos", en *El Imparcial*, 12-X-1893, p. 1.
[121] "Manifestaciones en provincias", en *La Época*, 16-X-1893, p. 4.
[122] "La cuestión de Melilla", en *La Época*, 21-X-1893, p. 3.
[123] "Ofrecimientos", en *El Imparcial*, 12-X-1893, p. 1.
[124] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 207.
[125] "La Provincia", en *El Diario de Murcia*, 7-XI-1893, p. 3.
[126] "La Provincia", en *El Diario de Murcia*, 9-XI-1893, p. 2.

pero al mismo tiempo incidía en su notable inutilidad, preguntándose qué se conseguía con sacar a la calle pendones y banderas, dar mueras y vivas o tomarla contra unas alfombras en las que había unos *moros* representados. Señalaba la paradoja de sacar una bandera española de algún bazar y luego ponerla casi como una reliquia, sin que hubiese sido laureada en hecho de armas alguno. Y contrastaba eso con la bandera del Batallón Literario guardada en la universidad compostelana, "hecha girones, acribillada por las balas, cubierta su lanza de corbatas que recuerdan otros tantos bautismos de sangre"[127]. Además de esto, Ballesteros dudaba de la implicación de muchos de los que tanto fervor mostraban, que, según él:

> Si fuesen llamados al servicio activo las reservas cómo se agarrarían a las faldas de sus madres muchos de los estudiantes que ayer salieron en manifestación patriótica, y por Dios y por los santos les pedirían que pusiesen en juego recomendaciones e influencias para que los reservistas se quedasen en sus casas, sin ver otra África que la trazada en el mapa.

Por todas estas razones, le parecía que era necesario huir de que "el noble patriotismo degenere en bullanguera patriotería", y que el amor a la patria debía manifestarse por procedimientos racionales y prudentes[128]. Opiniones como la de Ballesteros, que hubiesen sido muy excepcionales a la altura de 1859, no eran raras en 1893. Incluso conocidos hombres de la época, como los políticos Pablo Iglesias y Pi y Margall o el periodista y geógrafo Gonzalo de Reparaz criticaron abiertamente lo vacías que resultaban muchas de las demostraciones populares. Este último censuró diversas muestras exaltadas de patriotismo. Por ejemplo, recurría a un rimbombante comentario en la prensa sobre la manifestación del 5 de octubre en Valencia: "Este vecindario ha dado, con motivo de lo acaecido en Melilla, prueba de que al pueblo valenciano podrá igualarle otro en patriotismo, pero superarle imposible". Reparaz se preguntaba qué había hecho el pueblo valenciano hasta ese día, y concluía que no era más que "pedir unánimemente que se castigara a los rifeños", lo que le parecía estar muy lejos de ser una muestra de insuperable patriotismo[129].

En periódicos obreristas como *El Socialista* se minimizó el presunto respaldo a estas manifestaciones patrióticas, señalando las exageraciones de los periódicos y afirmando que todo había quedado reducido a "algaradas estudiantiles", recibidas con indiferencia por la mayoría del pueblo[130]. En *El Nuevo Régimen*, órgano del partido republicano federal de Pi y Margall, siempre muy crítico con la guerra y todo lo relacionado con ella, se sorprendían de que, a pesar de todo el sufrimiento y las escasas ventajas que conflictos así suponían para el pueblo, no parecía que éste se mostrase contrario, a juzgar "por las mil y una manifestaciones patrióticas iniciadas por los escolares de casi todos los distritos universitarios, y las que se verifican en los puntos de que salen, en los puntos por que pasan y en los puntos a que llegan los regimientos expedicionarios"[131]. Además se resaltaba con ironía la "inmensa riqueza" demostrada por el país, el que la contribución de sangre parecía haber dejado de ser odiosa, las organizaciones de batallones de voluntarios, aperturas de suscripciones, colaboración de las diputaciones, etc.

---

[127] BALLESTEROS, C.: "¡Manifestémonos", en *La Iberia*, 15-X-1893, p. 1. El Batallón Literario fue una unidad compuesta por estudiantes de la Universidad de Santiago que se formó para combatir a los franceses en el marco de la Guerra de Independencia contra los franceses.
[128] BALLESTEROS, C.: "¡Manifestémonos", en *La Iberia*, 15-X-1893, p. 1.
[129] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 222
[130] "La semana burguesa", en *El Socialista*, 27-IX-1893, p. 1.
[131] "La semana", en *El Nuevo Régimen*, 4-XI-1893, p. 1.

Todavía no nos habíamos referido a las diferentes suscripciones, muestras de adhesión que resultaban bastante más prácticas, al derivar en aportes económicos o materiales para la guerra o para los heridos y sus familias. Teniendo en cuenta la escasa magnitud del conflicto, la frecuencia y cantidad de este tipo de demostraciones indica un importante grado de apoyo a la causa, y que se le dio al conflicto una importancia que en la práctica nunca llegó a alcanzar.

Rafael Guerrero, en su crónica, recogía muchos de estos apoyos económicos, como el del Ayuntamiento de Barcelona, las más de 60.000 pesetas recaudadas sólo por *La Vanguardia*, las funciones benéficas o los envíos de tabaco, entre otros. Afirmaba además que "todas las poblaciones" de España habían contribuido[132]. La ayuda del Ayuntamiento de Barcelona consistió en 50.000 pesetas mensuales para el sostenimiento de los gastos de la guerra, además de abrir con 10.000 pesetas una suscripción para comprar fusiles Mauser, prepararse para dar colocación a los catalanes inutilizados por la campaña, pensionar a las familias de los soldados muertos y ofrecer cuerpos de voluntarios[133]. Como ya lo habían hecho entre 1859 y 1860, ayuntamientos y diputaciones estuvieron constantemente promoviendo suscripciones y contribuyendo con dinero como mejor demostración de apoyo. Entre las donaciones más cuantiosas estuvo la de la Diputación foral de la provincia de Navarra, que ascendió a un millón de reales (250.000 pesetas), y que sirvió para demostrar el "amor inquebrantable" de Navarra a España, que estaba "por encima de todo"[134]. Otros ejemplos fueron la donación del ayuntamiento de Sevilla de 25.000 pesetas a una suscripción para los gastos de la guerra, acompañada del compromiso de pensionar a los inutilizados y a los huérfanos de los que perdiesen su vida en la guerra[135]; o la suscripción que el Ayuntamiento de Palma de Mallorca inició con 5.000 pesetas para los heridos y familiares de los muertos provocados por los sucesos de Melilla[136]. Como se puede ver, las contribuciones se centraban siempre en ayudar al Estado a costear la campaña, o bien en hacer más fácil la vida de los heridos, así como de sus familias y las de los fallecidos. Esto era algo aplicable también a las frecuentes contribuciones encabezadas por periódicos, particulares o asociaciones, como la de las señoras de la Cruz Roja de Sevilla, que contribuyó con 5.075 pesetas para inutilizados de la campaña y familias de los fallecidos[137]. Lo mismo se puede decir de los diferentes actos realizados para recaudar dinero, ya fuesen "veladas patrióticas", funciones teatrales, corridas de toros, etc. Diversas compañías donaron sus productos para el Ejército en Melilla, y las principales navieras ofrecieron sus barcos para el transporte de tropas[138].

Lo que no hubo en esta ocasión fueron cuerpos de voluntarios costeados por instituciones públicas o surgidos de iniciativas populares que salieran adelante. Bien es cierto que no faltaron propuestas infructuosas, como la de la juventud de Pontevedra, que según *La Época* preparaba la formación de un batallón de voluntarios que sería el primero en ofrecerse al gobierno para ir a Melilla[139]. Este batallón nunca llegó a Marruecos, y tampoco tenemos constancia de que hubiese sido ofrecido al gobierno como tan alegremente se suponía que pasaría. En su resumen sobre "los sucesos de Melilla", Gonzalo de Reparaz recogió que hubo voluntarios que se presentaron espontáneamente en lugares como Aranjuez, Valencia, Cádiz, Pontevedra o Zaragoza. Sobre esta última

[132] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 206.
[133] "Ofrecimientos", en *La Época*, 1-XI-1893, p. 2.
[134] "Generosidad Patriótica", en *La Correspondencia de España*, 10-XI-1893, p. 3.
[135] "Ofrecimientos y donativos", en *El Imparcial*, 4-XI-1893, p. 2.
[136] "Manifestaciones en provincias", en *La Época*, 15-X-1893, p. 4.
[137] *El Reservista*, 22-VII-1894, p. 2.
[138] Fue el caso de la compañía de Navegación Menorquina, Ibarra, Barcos e Hijos de Haynes, Terrasa o la Trasatlántica: PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 157.
[139] "Manifestaciones en provincias", en *La Época*, 15-X-1893, p. 4.

ciudad añadía que el Gobernador les quitó el entusiasmo afirmando que los sucesos no tenían la importancia que ellos imaginaban, y que el Gobierno era el encargado de castigar a los rifeños. A Reparaz le pareció maravillosa esa muestra de sentido común, "cosa rara en España en circunstancias tales"[140]. El mismo autor también fue crítico con los ofrecimientos de militares para ir a África, señalando que podían suponer una "oficiosidad punible", pues los soldados habían de estar preparados para cualquier destino, pero no pedirlo[141].

La mayor parte de los medios de prensa reflejaron de forma acrítica toda esta oleada de patriotismo, centrándose en mostrar el apoyo popular e institucional, pero eran mucho más escasas las críticas a su ausencia. Las grandes ciudades se solían ver arrastradas a participar en iniciativas como las anteriormente descritas, pues de lo contrario podía cuestionarse su adhesión a la causa nacional. En lugares más pequeños, sin embargo, la ausencia de muestras de este despertar patriótico solía pasar desapercibida fuera, pero a nivel local se podían encontrar críticas de los paisanos. Un buen ejemplo lo podemos encontrar en *El Correo de Llanes*, respecto a esta localidad asturiana, ya a principios de noviembre:

> [Época] de tranquilidad para Llanes, que olvidando el general entusiasmo de los españoles, ni ofrece compañías de voluntarios para ir a Melilla, ni organiza manifestaciones públicas, ni abre suscripciones, ni se ocupa en otra cosa que en llevar y traer a los círculos, tertulines y cajones de invierno, el hálito ponzoñoso de la crítica (mal entendida) y la chismográfia" "¿Es que la llama del amor pátrio se ha extinguido entre nosotros?"[142]

Diez días después, la situación no había mejorado:

> Barcelona, Castro Urdiales, Villanueva de la Serena, Castellón, Consuegra, y tantos y tantos Ayuntamientos de España que cita la prensa, acaban de darnos señaladas muestras de patriotismo, respondiendo á los sentimientos de la opinión, iniciando suscripciones públicas para adquirir fusiles Maüser, y levantando el espíritu nacional en aras del amor de la patria.
>
> Y en cambio, ¿qué ha hecho el ayuntamiento de Llanes ante el conflicto del país? Forzoso nos es contestar con la palabra sacramental de siempre: *¡nada!*"[143]

A partir de entonces fue el propio *El Correo de Llanes*, el que tomó la iniciativa, abriendo desde sus páginas una suscripción para comprar fusiles Mauser, práctica muy frecuente en los periódicos de entonces. No lo era tanto el que se hiciese como respuesta directa a la desidia de una institución pública, a la que en este caso se atacaba sin ambages. Finalmente, el alcalde en persona encabezó otra suscripción similar, lo que alegró en *El Correo de Llanes*, pero para ellos llegaba tarde con lo que era una muestra más de falta de iniciativa[144].

Manifestarse en las calles, recaudar dinero de diversas formas u ofrecerse como voluntarios fueron los modos básicos de mostrar patriotismo, en los que se engloba la inmensa mayoría de lo que se hizo. Pero siempre aparecen curiosas excepciones, como la del pueblo murciano de La Raya, en el que los vecinos cambiaron espontáneamente el nombre de la calle "de los Moros" por el de "Conde de Venadito". Desde *El Diario de*

[140] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 224.
[141] Ibídem, p. 225.
[142] "Siluetas decenales", en *El Correo de Llanes*, 1-XI-1893, p. 2.
[143] "Nuestro Ayuntamiento ante el conflicto nacional, en *El Correo de Llanes*, 10-XI-1893, p. 1.
[144] "Nuestro Ayuntamiento ante el conflicto nacional, en *El Correo de Llanes*, 1-XII-1893, pp. 1-2.

Murcia consideraron tal hecho "una manifestación muy aceptable de patriotismo", pero también señalaban que sería inconcebible la Huerta de Murcia si hubiese que quitar todos los nombres moriscos, que debían conservarse por ser "datos históricos muy importantes"[145].

Todo este despertar patriótico respondió a una presunta agresión al honor español que fue magnificada al igual que en 1859, pero en 1893 no tiene sentido acusar de dicha magnificación al gobierno, que demostró carecer de interés en provocar una guerra contra el Sultanato de Marruecos. No sucedió lo mismo con la prensa, que en esas tres décadas había incrementado mucho sus tiradas e influencia. Muchos periódicos, como pocos años después ante el conflicto cubano, exaltaron de forma exagerada los episodios bélicos, describiendo escabechinas de escasa consideración como si de gestas heroicas se tratara, e incluso periódicos de tanto prestigio y tirada como *El Imparcial* o *Heraldo de Madrid* se contagiaron de rumores que se demostrarían falsos[146]. El referido éxito del convoy a Cabrerizas Altas, una operación que libró a cientos de soldados de un asedio que comenzaba a ser preocupante, pero que a nivel militar no tuvo nada de espectacular, apareció como una incomparable hazaña. Según Rafael Guerrero, la opinión pública española tenía tantos deseos de victorias que sólo así se explica que fuese celebrada en todas partes: "El entusiasmo popular no tenía límites: en las provincias se desbordó en aclamaciones y vítores a nuestro ejército y los comentarios subían de punto al conocer los detalles de la victoria"[147]. Con la imagen que la gente se haría a partir de este tipo de relatos, no resulta extraño entender la magnitud del apoyo popular para una crisis que, como bien señalaba el Gobernador civil de Zaragoza, no era tan extrema como mucha gente estaba pensando. Reparaz llegó a decir que, a juzgar por los acuerdos que se habían tomado en Madrid en noviembre, parecía que los moros estuviesen a las puertas de la capital de España[148].

No obstante, en diciembre toda esta ola se había apagado, y los festivos recibimientos de las tropas que volvían en 1860 dejaron paso a los poco efusivos retornos de 1893 y 1894, como el que registraba irónicamente el semanario *Don Quijote*:

> Las tropas que han regresado á Málaga, procedentes de Melilla, han sido recibidas con gran frialdad en aquella población.
>
> ¡Efectos de la temperatura![149]

El creciente rechazo a la guerra en Marruecos

Aunque ha sido frecuente afirmar que poco quedaba del optimismo intervencionista de 1859, y que la opinión pública estaba mucho menos motivada ante la posibilidad de una guerra, hemos podido comprobar en el apartado anterior que hubo abundantes muestras de lo contrario. Por supuesto, la sociedad había cambiado, con mucho más peso de sectores políticos y asociativos opuestos por definición a la guerra y al colonialismo. También dentro del africanismo surgido a finales del siglo, eran muchos los autores que abogaban por una penetración pacífica en Marruecos, considerando la guerra como algo contraproducente que solo alejaba más y más a los pueblos de ambos lados del Estrecho.

---

[145] "Lo del día", en *El Diario de Murcia*, 28-X-1893, p. 2.
[146] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 35.
[147] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 173.
[148] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 222
[149] "Lanzadas", en *Don Quijote*, 5-I-1894, p. 4.

El partido Republicano Federal, cuya principal figura entonces era Francesc Pi y Margall, se mostró como uno de los más vehementes opositores a que España pudiese convertir en una guerra la crisis de 1893, y también se mostró claramente contrario a la efervescencia patriótica que se propagó por el país. Desde las páginas de *El Nuevo Régimen*, su órgano de prensa, se lamentaban de estas actitudes y de las nefastas consecuencias que al país podían acarrear: "Mucho sentiríamos que el Gobierno se dejase llevar de esas corrientes y nos trajese una nueva complicación y un nuevo motivo de ruina. ¿No está aún bastante exhausto nuestro Tesoro? ¿Es aún poco formidable la crisis por que pasamos?"[150]. En los múltiples artículos sobre el conflicto de Melilla aparecidos en sus páginas siempre se mantuvieron con coherencia esas mismas ideas, y se apostó desde el primer momento por la vía diplomática como única forma válida de arreglar la crisis. Lanzaron además múltiples diatribas contra aquellos a los que acusaban de fomentar el injustificado entusiasmo y orgullo patriótico:

> ¿No deben, por el contrario, los hombres serios procurar aplacarlo siempre que sin razón se exalta? Ya que no piensan las muchedumbres, no deben pensar por ellas los que las dirigen? ¿Es la guerra cosa de tan escasa trascendencia para que se la provoque, ya en interés de un partido, ya con el deseo de arrancar efímeros aplausos? Nosotros no la queremos ni para la monarquía, ni para la república, ya que bajo la monarquía, como bajo la república, ha de ser siempre la nación la que sufra las consecuencias[151].

Por eso, mientras en otros periódicos se quejaban amargamente por el enfriamiento de la situación, que era ya muy evidente a mediados de noviembre, en *El Nuevo Régimen* mostraban su satisfacción: "La cuestión de Melilla va perdiendo todo el interés que despertó en los primeros días. Todo hace prever un feliz término en tan enojoso asunto"[152], desenlace que en diciembre ya parecía más que evidente por el avance de las negociaciones: "Se debería, á nuestro juicio, recibir con satisfacción y alborozo tan gratas nuevas. No faltan desgraciadamente hombres que las acojan con ceño a causa de no haberse vengado, dicen, las víctimas sacrificadas por los moros" venganza que, según *El Nuevo Régimen*, no generaría más que el vano sacrificio de más hombres[153].

A la hora de explicar la oposición de la población a la guerra en 1893 se ha aludido con frecuencia al motín que tuvo lugar en Getafe en noviembre de ese año, explicándolo como una manifestación del descontento existente[154], pero sin dar detalles sobre el mismo, los motivos de que estallase o sus consecuencias, por lo que resultan valoraciones un tanto gratuitas, y lo aislado del motín hace que difícilmente pueda resultar representativo. La mayor parte de la prensa de esos días consideró que lo sucedido en Getafe había derivado de la situación en la que se encontraban allí los reservistas, y no de la oposición de éstos a salir hacia Melilla. Según *La Correspondencia de España*, que el 21 de noviembre daba detallada cuenta de los hechos acaecidos en Getafe, los rumores se habían exagerado muy rápido, incluyendo múltiples muertos y heridos, cuando al final todo quedó en dos guardias civiles y cinco paisanos heridos leves. Explicaban que se encontraban en Getafe muchos familiares de reservistas que habían ido a despedirlos, y los ánimos estaban caldeados porque muchos soldados apenas tenían qué comer y habían dormido al raso por los problemas logísticos. La gota que colmó el vaso fue una aglomeración de reservistas mal organizada, que llevó a los familiares a protestar cada vez con más intensidad, hasta el punto de que tiraron algunas piedras y la Guardia Civil

[150] "La semana", en *El Nuevo Régimen*, 7-X-1893, p. 1.
[151] Declaraciones recogidas por *La Correspondencia de España*, 17-X-1893, p. 2.
[152] "La semana", en *El Nuevo Régimen*, 18-XI-1893, p. 1.
[153] "Melilla", en *El Nuevo Régimen*, 16-XII-1893, p. 1.
[154] Por ejemplo MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 34.

tuvo que intervenir. Se insistía en que los reservistas no habían participado en el tumulto, lo que se demostraba porque los cinco contusos por los culatazos de los agentes eran civiles, y que la situación había quedado totalmente pacificada en poco tiempo[155]. *El Correo Militar* catalogaba la versión de *La Correspondencia de España* como "la que más se ajusta a la verdad de lo ocurrido"[156], y acusaba al ministro de la Guerra, López Domínguez, por fijar el lugar de concentración de la reserva de la mayor ciudad de España en Getafe, un lugar sin edificios militares, en el que para colmo habían faltado víveres y medios[157]. Mientras que en *El Liberal* se señaló que "El motivo del tumulto –según todas las versiones- no es otro que una imprevisión, verdaderamente inexplicable, y digna de hacer fijar la atención del ministro de la Guerra, á fin de que la movilización del ejército se realice con todas las formalidades que exige la importancia del asunto"[158].

La unanimidad al respecto de estos y otros periódicos permite pensar que, en efecto, el excepcional "motín" de Getafe respondió a hechos puntuales, no a un descontento de raíces más profundas. A buen seguro la mayor parte de los reservistas no estaban contentos con la idea de partir hacia Melilla, pero no se puede generalizar lo sucedido en Getafe, ni compararlo con verdaderos motines que se produjeron ya en el siglo XX, en los que el descontento y la oposición a las *aventuras* en Marruecos eran claramente los motivos aducidos. También se señaló el peligro de que estallase algún problema de ese tipo en Melilla, por la enorme cantidad de soldados instalados en poco espacio y con unos medios bastante precarios. Por ejemplo, en *El Clamor de Castellón* se afirmaba que en la guarnición de Melilla reinaba tanta agitación que había peligro de "un rompimiento abierto contra el ministro de la Guerra"[159]. En todo caso, nada de esto se produjo, y de nuevo el principal motivo de descontento hubiesen sido las condiciones de vida, no la guerra en sí, pues la mayoría de los movilizados no llegaron a disparar un solo tiro.

Por supuesto, y al igual que comentamos para la Guerra de África, la resistencia a ser reclutado supone un tipo de oposición a la guerra. Tanto el *quinto* que emigra a América para eludir el servicio o el redimido en metálico para que otro vaya en su lugar no son precisamente ejemplos de fervor patriótico. Y a buen seguro muchos de los redimidos formaban parte de las diferentes manifestaciones rebosantes de ardor bélico, como señalaba Calixto Ballesteros[160]. Pero una cosa era salir a una algarada callejera a gritar contra los rifeños y dar vivas a España, y otra muy diferente tener que ir enrolado a Melilla temiendo que la crisis se convirtiera en una verdadera guerra. La movilización reactivó las redenciones como no sucedía desde que había terminado la Primera Guerra de Cuba en 1878. Incluso se crearon sociedades para gestionar este tipo de pagos, como la que anunciaba *El Diario de Murcia* en octubre de 1893:

> Los padres de los mozos comprendidos en el sorteo próximo, que se propongan redimir á metálico del servicio activo á sus hijos y deseen hacerlo con la mayor economía, pueden suscribirse en la «Sociedad de Padres de soldados sorteables para el reemplazo de 1893», antes del día 9 de Diciembre próximo, dirigiéndose al Secretario de la misma, D. Francisco Narbona, San Cristóbal, 12, quien les facilitará reglamentos y cuantas noticias deseen[161].

[155] "Tumulto en Getafe. Los reservistas y sus familias", en *La Correspondencia de España*, 21-XI-1893, p. 3.
[156] "El motín de Getafe", en *El Correo Militar*, 21-XI-1893, p. 2.
[157] "Mundo militar", en *El Correo Militar*, 21-XI-1893, p. 1.
[158] "Los reservistas en Jetafe", en *El Liberal*, 21-XI-1893, p. 3.
[159] "Lo de Melilla", en *El Clamor de Castellón*, 19-X-1893, p. 2.
[160] BALLESTEROS, C.: "¡Manifestémonos", en *La Iberia*, 15-X-1893, p. 1.
[161] Por ejemplo "Redención a metálico", en *El Diario de Murcia*, 27-X-1893, p. 3. Con el mismo texto la convocatoria aparece varios días más.

Agrupaciones obreras como el Partido Socialista fueron muy críticas con la redención en metálico mucho antes de la crisis de Melilla, pero ésta dio una buena oportunidad para que repuntara la oposición a un sistema considerado claramente injusto. No obstante, las críticas fueron muy débiles en comparación con la impresionante campaña "o todos o ninguno" desarrollada durante la Guerra de Cuba. Aunque el principal caballo de batalla del socialismo era el sufrimiento que la guerra ocasionaba a los "hijos del pueblo", obligados a ir a luchar por defender "un pedazo de terreno que para nada sirve ni para nada nos hace falta"[162], la oposición se hacía extensiva a la guerra en sí misma. La lucha contra la redención en metálico y contra el sistema de quintas fueron aspectos centrales de las demandas socialistas en toda esta época. No obstante, al haber guerra, ya fuera en Cuba o en Marruecos, se clamaba por su inutilidad y costes más allá de los "proletarios españoles", y percibimos un cada vez mayor anticolonialismo, aunque con matices. Este anticolonialismo era más claro en los anarquistas por su internacionalismo, además de su consideración de patriotismo y nacionalismo como creaciones de la burguesía que no servían más que para que ésta mantuviese sus privilegios.

Recordando la Guerra de África

La guerra que en 1860 culminó con la conquista de Tetuán seguía todavía muy viva en la memoria de los españoles. Habían pasado poco más de tres décadas, por lo que no era recordada como una lejana *gloria nacional*, sino cómo una muy cercana en el tiempo, de la cual numerosos protagonistas estaban todavía vivos, y que muchos creían posible repetir si fuera necesario. Por todo ello, las referencias en 1893 a la Guerra de África fueron una constante, considerándose el nuevo conflicto como continuidad del anterior.

En 1893 el capitán Álvarez Cabrera publicó la obra *La Guerra en África. Apuntes militares sobre el Imperio de Marruecos*. Aunque su trabajo no hacía referencia a los sucesos de Melilla de ese mismo año, lo que permite suponer que su redacción fue anterior el estallido de la misma, supone una buena muestra de lo vivo que estaba el interés por Marruecos y la campaña de 1859-60, sobre todo por sus lecciones sobre la penetración en África. La obra tenía por objetivo mantener el recuerdo de un tema que iba a seguir de actualidad, pues consideraba proféticamente que España tendría que batirse en Marruecos a no mucho tardar, y había un notable desconocimiento al respecto:

> No aspiramos a formar una enseñanza, ni menos constituirnos en maestros de la manera de hacer campaña en Marruecos. Nuestros esfuerzos quedarán reducidos en esta ocasión a que no se olvide materia tan interesante, y a procurar que nuestros conferenciantes y tratadistas, en vez de discutir y razonar sobre las luchas europeas del porvenir, dediquen parte de su iniciativa y de su saber a facilitar mañana a nuestro Ejército el triunfo en las comarcas del África Septentrional, en donde está llamado a combatir en el más breve plazo.

Álvarez Cabrera consideraba que Marruecos era el lugar en el que España podía reproducir sus glorias pasadas, algo que iría de la mano con la regeneración y

[162] "La semana burguesa" en *El Socialista*, 3-XI-1893, p. 1.

engrandecimiento de la patria[163]. Ese pensamiento estaba muy en la línea de las ideas de muchos de los principales exponentes del africanismo español de la época, y muy pronto la crisis de Melilla iba a convertir el tema en una cuestión nacional. Y era muy difícil tratar el tema de la penetración en Marruecos, ya fuese pacífica o por las armas, sin tratar el conflicto de 1859-60.

El uso más habitual del recuerdo de la Guerra de África en 1893 fue su introducción en el discurso de exaltación patriótica que se volvió a extender con fuerza por toda España. Si en 1859 había que recurrir a referentes lejanos de la lucha contra el *moro*, como Las Navas de Tolosa, Lepanto o Alcázarquivir, en 1893 el principal referente era muy próximo y no ofrecía lugar a dudas. Repetir la victoria de 1860 se convirtió en un objetivo para los que clamaban por la guerra, y el recuerdo de los *héroes* de aquella campaña estaba muy presente, ganándose incluso un lugar en las aclamaciones de los enfervorizados manifestantes en las concentraciones patrióticas[164]. En la prensa sus nombres aparecieron con tanta frecuencia como si la conquista de Tetuán hubiese tenido lugar poco tiempo antes[165]. En las crónicas se les recordaba, ya fuera para analizar sus logros o para simple exaltación de su recuerdo, a veces con claros tintes de mitificación, como cuando Rafael Guerrero apuntaba que "El espíritu del general Prim parecía que flotaba en aquella atmósfera: la figura del invicto caudillo cegaba todos los ojos"[166].

Aunque era muy fácil trazar analogías entre lo sucedido en 1860 y lo que se quería que sucediera en 1893, la realidad era mucho más difícil de comparar, por la manifiesta ausencia de episodios destacables en este último año. Aún así, no costaba nada intentarlo, como demostró la portada de *El Reservista* el 8 de octubre de 1859, que estaba compuesta de dos columnas iguales. La primera tenía por título "Batalla de Tetuán. Campamento enemigo a 4 de febrero de 1860", un retrato de Alarcón, un texto de este autor, y un pequeño poema sobre la guerra; la segunda, el título "Batalla de Melilla. Campamento enemigo a 2 de octubre de 1893", una imagen del Teniente Palacios (voluntario de la reserva y fallecido en combate), un texto firmado por Rezpe y un pequeño poema sobre la exaltación patriótica de los hechos. Aunque obviamente no se trataba de comparar la magnitud de los hechos de armas, ambas eran catalogadas como "páginas de honra" del Ejército español[167]. Otros ejemplos fueron el del semanario satírico barcelonés *La Campana de Gràcia*, que en su edición del 21 de octubre llevaba en su portada un enorme grabado con el título de "Glorias espanyolas" y el pié "La batalla de Tetuán"; o su homólogo *Don Quijote*, con una ilustración que mostraba en una esquina a Prim con la bandera española liderando a sus tropas en los Castillejos, y en el centro en gran tamaño

[163] ÁLVAREZ CABRERA J.: *La Guerra en África. Apuntes militares sobre el Imperio de Marruecos*; Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo I*, CSIC, Madrid, 1966, p. 52.

[164] Por ejemplo en una "manifestación patriótica" en octubre en Valencia los principales vivas fueron para España, el Ejército y los Caudillos de la Guerra de África: "Ofrecimientos", en *El Imparcial*, 12-X-1893, p. 1.

[165] Por ejemplo en *Don Quijote*, 24-XI-1893, p. 3, donde se finalizaba un poema con "Muchos recuerdos a O'Donnell, primer Duque de Tetuán, á Prim, Ros de Olano, Echagüe, Ríos Zabala y demás". En *Blanco y Negro*, 21-X-1893, pp. 9-11, José Ibáñez Marín dedicaba un amplio artículo titulado "Una Cruz Laureada" al comandante Gutiérrez Maturana, protagonista de un heroico episodio en aquella guerra. En Cataluña el recuerdo de los Voluntarios Catalanes fue el que predominó, como mostraba el especial "Los Voluntaris Catalans del any 60", en *La Campana de Gracia*, 28-X-1893, p. 4. Pero incluso fuera de Cataluña seguían siendo un referente, como demostró *Blanco y Negro* con un especial de tres páginas ("Los catalanes en África") firmado por Francisco Barado el 25-XI-1893, pp. 8-10. El artículo destinaba un claro tono de exaltación, especialmente de la figura de Prim, pero también de sus paisanos, que en nada desmerecían a los que habían luchado en Grecia o Asia Menor.

[166] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 104.

[167] *El Reservista*, 8-X-1893, p. 1.

una escena casi calcada, en la que el famoso general era sustituido por una mujer representando a la patria, también portando la bandera española y con un pequeño león sobre su cabeza (Fig. 21)[168]. En *El Imparcial*, lo que se recordaba con nostalgia era la unidad mostrada por los políticos en 1859 de cara a la declaración de guerra, que se contraponía con la situación actual, en la que las propuestas de tregua mientras durase el conflicto eran fuertemente censuradas por algunos sectores (por ejemplo canovistas o zorrillistas), lo que era considerado una muestra de degeneración[169].

Sin negar su carácter de gran episodio de la historia de España, resultó muy curiosa la forma en la que López Domínguez, ministro de la Guerra, recordó la campaña para defenderse ante las críticas por la lentitud con la que estaba movilizando las tropas. Según el corresponsal de *La Vanguardia* lo expresó de la siguiente manera:

> Recuérdese lo que sucedió en 1860: desde el día en que se hizo la declaración de guerra a Marruecos hasta que salió la expedición del primer ejército mandado por el general Echagüe, pasaron diez y seis días y hasta que llegó el general O'Donnell pasaron otros doce días[170].

Pero no sólo se evocó la Guerra de África como un modelo de gloria nacional o de expresión del heroísmo español, también se recuperó, especialmente por diferentes figuras africanistas, como un momento de oportunidades perdidas, del que había que aprender para que éstas se aprovechasen si volvían a presentarse. Así pensaba por ejemplo Luis Morote, corresponsal en Melilla de *El Liberal*, quien señalaba que España había perdido terreno, influencia y prestigio desde 1860. Consideraba que cualquier nación habría buscado avances, pero España estaba como en vísperas de Wad-Ras, sin haber aprovechado sus ventajas, pues ni siquiera se sabía hasta dónde llegaba el campo español de Melilla, que debía haber sido ensanchado en virtud de lo estipulado en la paz de 1860[171]. Todavía más explícito era Gonzalo de Reparaz, que en su extenso "Los sucesos de Melilla" ofrecía una lectura muy negativa, tanto de la Guerra de África como de la paz subsiguiente y lo poco que se aprovechó, encontrando en ello las explicaciones a los presentes problemas en la plaza africana:

> En el tratado de 1859 pedimos y obtuvimos para Melilla un pequeño campo que la desahogara algún tanto. Pero más atento el Gobierno en 1860 á terminar aquella guerra tan imprudente y torpemente comenzada, y á obtener del Sultán una regular indemnización, no pidió para nuestra desgraciada plaza africana lo que debía pedir: el ensanche siquiera hasta la cumbre de los montes Uoreck. Tratábase de un par de kilómetros más de lo que tenemos y, de haberlo conseguido, habríamos quedado dominando la divisoria entre ambas costas de la península. Pero nos contentamos con un semicírculo de tres kilómetros de radio, y quedamos dominados por todas partes. El campo actual de Melilla es una ratonera en la que ni nuestro mayor enemigo se atrevería á aconsejarnos que nos encerráramos"[172]

Recordar la campaña de África en clave crítica fue también habitual entre algunos de los sectores a los que nos referimos como tajantemente opuestos a la guerra. Fue el caso del Partido Republicano Federal de Pi y Margall, desde el que se aprovecharon las críticas al conflicto melillense de 1893 para desmitificar la campaña de 1859-60. En

[168] *Don Quijote*, 13-X-1893, p. 2.
[169] "Recuerdos y contrastes", en *El Imparcial*, 30-XI-1893, p. 1.
[170] "Últimas impresiones y noticias", en *La Vanguardia*, 6-X-1893, p. 6.
[171] MOROTE, L.: "Errores acumulados", en *El Liberal*, 20-X-1893, p. 1.
[172] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 196.

octubre se podía leer en *El Nuevo Régimen*: "No falta ya quien sueñe con renovar la Guerra de África, que tan estéril para nosotros fue, á pesar de la victoria", opinión que era compartida en el discurso de fuerzas obreras como el socialismo. El propio Pi y Margall, ante los gritos de guerra y las tropas que se preparaban con destino a África, se preguntaba irónicamente si se volvería al año 1859, se exagerarían de nuevo las demandas para que Marruecos no pudiese aceptarlas, los políticos tratarían de desviar hacia la guerra la atención de la opinión pública, o se tratarían de revivir las ideas de gloria y conquista[173].

Estas concepciones negativas, que nos recuerdan bastante al *Juicio crítico* de Victoriano de Ameller y otras obras inmediatamente posteriores a la Guerra de África que la interpretaron en clave crítica, seguían siendo claramente minoritarias, pero iban ganando fuerza a medida que decaía el entusiasmo hacia las aventuras en África. Con todo, pese a que los nuevos episodios en Marruecos iban a ser considerados cada vez más peyorativamente, la Guerra de África se mantuvo bastante al margen de estas apreciaciones, conservando en buena medida su halo de romanticismo y *gloria*.

Cronistas y crónicas, entre la exaltación patriótica y el análisis crítico

Si en 1859 la figura del corresponsal de guerra era algo novedoso y sin precedentes en otros conflictos españoles, en 1893 ya estaba totalmente definida. Tan pronto tuvieron lugar los sucesos del día 2 de octubre en Melilla, muchos periódicos españoles enviaron a la ciudad a sus corresponsales, para dar cuenta con la mayor rapidez las novedades que se fuesen produciendo. Algunos de estos corresponsales salieron al campo de Melilla, que no era precisamente seguro entonces, con las tropas españolas, y buena prueba de ello fue que varios quedaron cercados en el fuerte de Cabrerizas Altas, pudiendo ver con sus propios ojos la muerte del general Margallo. Fue el caso de Luis Morote (*El Liberal*), Antonio Rodríguez Lázaro (también de *El Liberal*), Domingo Blanco (*El Heraldo*), Joaquín Oliver (*El Resumen*) y José Boada (*La Vanguardia*)[174]. Este tipo de periodistas, además de nutrir diariamente a los periódicos de detalles sobre el curso de los acontecimientos, fueron los responsables de la mayor parte de las crónicas que en la época se escribieron sobre la crisis, destacando *Crónica de la Guerra del Riff*, de Rafael Guerrero (1894)[175], *Melilla: historia de la campaña de África en 1893-94*, de Adolfo Llanos Alcaraz (1894)[176], *Allende el Estrecho*, de José Boada y Romeu (1895) o "Los sucesos de Melilla", de Gonzalo de Reparaz, publicada en la revista *Actualidades* (1894)[177]. Todas ellas presentan notables diferencias y una objetividad variable, pero ninguna es una crónica novelada como las que proliferaron alrededor de la Guerra de África. Su éxito también fue relativo, y en buena medida la pobreza de la campaña limitó su difusión.

La *Crónica de la Guerra del Riff*, de Rafael Guerrero, alcanzó al menos tres ediciones en menos de dos años, aunque sin conocer la tirada de las mismas este dato es

[173] "Lo que dice el señor Pi", en *La Época*, 11-X-1893, p. 1.

[174] Agustín Rodríguez González calificó sus crónicas sobre el asedio de "tan animadas como discutibles": RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 108. Martínez Salazar ofrece algunos detalles sobre estos corresponsales y otros como Francisco Hernández Mir (*El Porvenir*) o Ramón García Rodrigo Nocedal (*El Siglo Futuro*) en MARTÍNEZ SALAZAR, A.: "Pero no, la guerra no es bonita. Aproximación a la figura del corresponsal de guerra", en Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca, nº 7, 1997, pp. 111-114.

[175] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*.

[176] LLANOS ALCARAZ, A.: *Melilla: historia de la campaña de África en 1893-94*, R. Velasco, Madrid, 1894.

[177] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", pp. 187-266.

poco consistente para poder hablar de éxito. Se trata de un extenso relato que oscila entre el reflejo de la dura realidad de la guerra y una exaltación de los hechos de armas con un estilo bastante rimbombante y no exento de romanticismo. Frases como "A cada paso surgía un héroe, y á cada instante una hazaña digna de esculpirse en bronce" son buen ejemplo de que esa estética aún no había pasado de moda. La constante exaltación de los soldados españoles era inversamente proporcional a la del *moro*, caracterizado como un enemigo formidable, atroz e inhumano, que disfruta robando y mutilando, dominado por su fanatismo religioso: "Dar muerte a un cristiano es el mayor servicio que pueden hacer á su Dios", y que vive "andrajoso" y en un estado "salvaje" por los montes del Rif[178]. La imagen del barbarismo del *moro* se apoyaba en algunas descripciones terribles, como la de un soldado español salvajemente mutilado, acompañada de una cruda ilustración[179], que servían para justificar la lucha, aunque sorprendan porque lo más habitual era mostrar la muerte de los españoles como heroica y gloriosa. Rafael Guerrero valoraba muy positivamente el patriotismo mostrado por los españoles, generalizando absolutamente el apoyo a la guerra por parte de la población, ofreciendo datos sobre suscripciones populares y otras demostraciones. Recogió incluso diálogos de las despedidas de las tropas, que cuesta bastante creer que no sean inventados, por lo pomposos que en muchos casos resultan, pero el autor señaló la importancia de dejarlos para la posteridad:

> Justo, muy justo sería dejar consignadas estas escenas, para que ni el tiempo ni la ingratitud las alejara de la memoria, pero no hace falta esto, porque ni es nuevo en el carácter de los españoles, ni la única vez que esta explosión de sentimiento brota del corazón de este pueblo generoso[180].

Una vez terminado el relato de las hostilidades, la crónica se refiere en tono muy negativo a la actitud contemporizadora del Gobierno y las negociaciones de paz, señalando que la guerra es deseada por todos, que hay que vengar el ultraje: "Esto pide el ejército, esto pide el pueblo, y quien se obstina en desoírlo, labra la fosa en la que han de sepultarle sus desaciertos"[181].

Un cariz muy diferente tiene *Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-94*[182], de Adolfo Llanos y Alcaraz, que en 1859 había combatido en Marruecos como alférez y obtuvo una Laureada, pero que pocos años después se retiró de la vida militar para dedicarse al periodismo y la literatura. En 1893 acudió a Melilla como corresponsal de *La Ilustración Nacional*. Su obra es un estudio militar, en el que describe las operaciones que tuvieron lugar en los alrededores de Melilla, incluyendo el cerco de Cabrerizas Altas[183]. También realiza un estudio pormenorizado de las unidades militares que se batieron en 1893 y las que fueron movilizadas en la plaza, así como datos precisos sobre las bajas, con los nombres de todos los caídos en combate. Su belicismo es manifiesto, e insiste en la necesidad de reparar el honor derramando sangre enemiga[184].

Allende el Estrecho, de José Boada, no es únicamente una crónica de los sucesos de Melilla, sino un relato más amplio, en el que se incluyen los viajes que este reportero realizó por tierras de Marruecos entre 1889 y 1894, reflejando numerosos elementos de

[178] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, pp. 16 y 69-70.
[179] Ibídem, p. 152.
[180] Ibídem, p. 62.
[181] Ibídem, pp. 244-247.
[182] LLANOS: *Melilla*.
[183] Señala que la labor del Ejército en Melilla, ignorada por la mayor parte de los españoles, fue encomiable, y se trabajó sin perder el tiempo: LLANOS Y ALCARAZ, A.: *Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-94*, R. Velasco, Madrid, 1894, p. 10.
[184] LLANOS: *Melilla*, p. 6.

los usos y costumbres marroquíes. En la introducción, Boada incidía en la necesidad de que los españoles se interesasen más por Marruecos, señalando acertadamente su situación de Imperio en descomposición, acechado por las naciones de Europa, lo que obligaría a España a intervenir tarde o temprano, si no quería afrontar el peligro de tener una nación poderosa al otro lado del Estrecho[185]. También consideraba a Marruecos el lugar al que España debería enviar la mayoría de sus emigrantes, en detrimento de América o Argelia, pues allí estaba "el verdadero porvenir de la industria española". Ideas que situaban a Boada muy próximo al africanismo español decimonónico, apostando más por la penetración pacífica, pero entendiendo como necesaria la militar en ciertas circunstancias. José Boada estaba en Melilla enviando crónicas para *La Vanguardia* y fue uno de los periodistas que quedó cercado en Cabrerizas Altas el 27 de octubre, junto a los 600 hombres encabezados por Margallo. Fue por tanto testigo de excepción de esos hechos, narrados en un relato envuelto en no poca épica y heroísmo, pero también refleja bastante bien la angustia y sufrimiento de esos días, en los que la escasez de agua les hacía temer lo peor, e incluso los periodistas fueron armados y salieron al campo a repeler algunos ataques[186]. Posteriormente, Boada viajó con la embajada española encabezada por el general Martínez Campos que fue a Marrakech a negociar la paz con el Sultán. Su crónica vuelve al estilo de la literatura de viajes del inicio del libro, centrándose más en aspectos costumbristas, descripciones de gentes y lugares o curiosidades sobre Marruecos[187]. Aunque consideró insuficientes los acuerdos de paz, valoró positivamente la crisis de 1893 por haber devuelto las miradas españolas al otro lado del Estrecho[188].

Finalmente, nos queremos detener en la obra *Los sucesos de Melilla*, de Gonzalo de Reparaz para la revista *Actualidades*, excelente paradigma de un tipo de crónica mucho más crítica que las anteriores, más analítica y nada influida por el entusiasmo patriótico. Presenta ciertos paralelismos con el *Juicio crítico* realizado por Victoriano de Ameller sobre la Guerra de África en 1861. Son apenas 80 páginas que desgranan la planificación de las operaciones por Margallo y el Ministerio de la Guerra, con muchas críticas a ambas, especialmente por el cúmulo de despropósitos e imprevisiones que caracterizaron la movilización de efectivos hacia Melilla. El dato de que en 20 días sólo se lograron llevar a la plaza 2.000 hombres, una media de 100 diarios, le parecía sencillamente ridículo[189], al igual que la llamada a las armas de 10.000 soldados de caballería sin disponer de suficientes caballos[190]. Respecto al reclutamiento, celebraba el hecho de que el 90 por ciento de los llamados hubiesen acudido a filas, lo que le parecía una de las pocas demostraciones de vitalidad nacional que había tenido lugar aquellos días. No opinaba lo mismo de las presuntas muestras de fervor patriótico que eran las manifestaciones o las celebraciones de irrelevantes victorias, y que veía como "alegrías del enfermo crónico que se siente mejor"[191]. También le parecía irrisorio que cualquier cosa era noticia, ya fuera que a un soldado le habían dado en la bota de vino o que otro había recibido un tiro en el fusil, por no hablar de la proliferación de noticias falsas o de que se llegase a declarar acción patriótica el cortar orejas de moros[192].

---

185 BOADA Y ROMEU, J.: *Allende el Estrecho*, Seix Editor, Barcelona, 1895, p. s. n.
186 Ibdídem, p. 355.
187 Una crónica todavía más extensa de este viaje fue la del periodista y político Rodrigo Soriano, que en 1893 era corresponsal de *La Época*: SORIANO, R.: *Moros y cristianos: Notas de viaje (1893-1894)*, Librería de Fernando Fé, Madrid, 1894.
188 BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 551.
189 REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 219.
190 Ibídem, p. 243.
191 Ibídem, p. 240.
192 Ibídem, p. 238.

Reparaz se oponía claramente a la guerra. Pese a ser un claro defensor de la penetración española en Marruecos, apostaba claramente por la vía pacífica y diplomática, y salía al paso de los que tachaban a los africanistas de belicosos:

> El africanismo español no es, como cree el número infinito de los abladores (sic) y escribidores que andan por ahí comentando estas materias, partidario de empresas militares en África, antes las condena por insensatas, porque conociendo el problema, sabe que no puede resolverse a favor nuestro si con mucha anticipación no nos preparamos[193].

La publicación de crónicas alrededor de la guerra de 1893 fue escasa en comparación con la de 1859-60, algo muy normal teniendo en cuenta la diferencia de magnitud entre ambas, pero además hay que tener en cuenta el enorme crecimiento que la prensa periódica había registrado en esos años, que llevó a que la inmensa mayoría de lo que se escribió sobre el conflicto de Melilla apareciese en los periódicos.

Una prensa en crecimiento y una censura difícil de evitar

La prensa experimentó un notable desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX, tanto a nivel técnico como en lo relativo a demanda de la población. Desde la década de 1880 se habían introducido las impresoras rotativas, que permitían el lanzamiento de grandes tiradas, e incluso lo hacían necesario para poder rentabilizar los costes de dichas máquinas[194]. Este desarrollo había conllevado también un incremento de la capacidad de la prensa para influir en la opinión pública, y en relación con los conflictos bélicos se había convertido en un elemento destacado en la movilización, como se había demostrado en la guerra franco-prusiana de 1870 y como se demostraría alrededor del conflicto cubano de 1895 a 1898, tanto en España como en Estados Unidos[195]. Un aspecto que influyó en la relevancia de los periódicos fueron sus actividades al margen de la propia publicación, pues se convirtió en algo común que organizasen colectas, competiciones, viajes, manifestaciones e incluso obras sociales de carácter benéfico. Esta diversidad de acciones socialmente bien consideradas contribuyeron a aumentar su prestigio a niveles tan altos que, como ha afirmado Jesús Timoteo Álvarez, "honrados ciudadanos como el caso de un madrileño de fin de siglo, hacían imprimir bajo su nombre y en sus tarjetas el honroso título de suscriptor de *El Imparcial*"[196].

Si los hechos de 1893 tuvieron tanta resonancia con respecto a otros anteriores de características similares, fue sobre todo por el papel de la prensa. Intentando atraer la atención y satisfacer a un público cada vez más numeroso, los periódicos reflejaban con todo lujo de detalles (incluso a veces más de los reales) toda cuanta escaramuza se producía[197]. Gracias al telégrafo, que ya se había podido tender a través del Mediterráneo, las novedades podían llegar en muy poco tiempo, si bien era frecuente que no lo hiciesen por problemas como la censura o dificultades técnicas, que provocaban amargas quejas de los periódicos porque con el retraso se perdía rápidamente el interés[198]. En plena

---

[193] Ibídem, p. 251.

[194] BOTREL, J. F.: *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993, p. 211 y ss.

[195] Vid. ÁLVAREZ, J. T.: "Opinión pública y propaganda bélica al inicio de la contienda", en DIEGO, E. de (dir.): *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Editorial Complutense, Madrid, 1996.

[196] Ibídem, p. 235.

[197] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 35.

[198] "Noticias de hoy" en *El Día*, 13-X-1893, p. 2.

campaña llegó a haber en Melilla más de 50 corresponsales[199], una cifra expresiva del buen momento que atravesaba la prensa.

Los incidentes de octubre generaron un interés por todo lo relacionado con Melilla que hizo habituales en la prensa los artículos que repasaban la historia de la plaza española y las relaciones fronterizas con Marruecos[200]. Incluso se adjuntaron detallados mapas, como el que regalaba *La Correspondencia de España* el 29 de octubre, para que los lectores pudiesen "seguir paso a paso la marcha de las operaciones que en breve se van a desarrollar en el campo de Melilla"[201]. Otro ejemplo fue el de *La Época*, que incluía en su portada del 15 de octubre un mapa de dimensiones bastante notables de los alrededores de Melilla[202], pero que resultó pequeño en comparación con el que publicaron a página completa el 1 de noviembre[203].

La poderosa influencia de la prensa y su impacto sobre la opinión pública era temida por los gobiernos, que trataban de difundir sus propias ideas a través de los periódicos afines, pero también intentaban controlar el resto de publicaciones con los medios a su alcance, sobre todo la censura, que respecto a esta guerra se ejerció de forma muy eficaz en las oficinas de telégrafo de Melilla, donde era interceptado todo aquello que no gustase a los censores. En el diario barcelonés *La Dinastía* se daba cuenta en octubre de un corresponsal que afirmaba irse de Melilla desesperado porque no le permitían expresar lo que quería en sus telegramas[204], mientras que el corresponsal del periódico republicano *El País* fue expulsado por las autoridades españolas. Si los periodistas en Melilla ya tenían bastantes limitaciones, con la llegada del general Martínez Campos a la plaza la situación se agravó. El 4 de diciembre emitió un polémico bando que restringía todavía más su libertad de expresión, con el presunto objetivo de evitar traiciones y no desvelar información militar al enemigo. Su contenido lo resumían así en *El Nuevo Régimen*:

> Serán pasados por las armas, dice el bando, los que sin autorización competente posean armas o municiones de guerra; los que impidan la llegada de confidentes; los que retarden la llegada de noticias y los que comuniquen para su publicación las referentes á los proyectos de operaciones militares, a la situación de las tropas, a la calidad y cantidad del armamento y a los medios con que cuenta el ejército.

En el periódico republicano se mostraba preocupación por el peligro en el que presuntamente quedaban los corresponsales en Melilla, pues bastaba leer los periódicos para temer por sus vidas, ya que se publicaban constantemente informaciones que sobrepasaban las limitaciones impuestas por el general[205]. La situación llegó al punto de que todos los periodistas acordaron abandonar la plaza en señal de protesta, por lo que Martínez Campos concedió 80 palabras diarias por cable a cada uno[206]. Pese a la existencia de esta censura, que afectaba mucho más a los telegramas de Melilla que a lo que después era publicado en la prensa[207], fue mucho menos intensa de lo que sería en otras etapas de la historia de España, y los periódicos opuestos a la guerra y al gobierno

[199] PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 169.
[200] Por ejemplo *La Correspondencia de España*, 27-X-1893. p. 1.
[201] *La Correspondencia de España*, 29-X-1893, p. 1.
[202] *La Época*, 15-X-1893, p. 1.
[203] *La Época*, 1-XI-1893, p. 5.
[204] "Notas sueltas" en *La Dinastía*, 22-X-1893, p. 1.
[205] "La semana", en *El Nuevo Régimen*, 9-XII-1893, p. 1.
[206] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 292.
[207] Formas sencillas de evitarla eran a través de los envíos postales o incluso de utilizar medios extranjeros para el envío de las crónicas. MARTÍNEZ SALAZAR: "Pero no, la guerra no es bonita", p. 112.

pudieron publicar duras críticas sin grandes atrancos, que muchas veces no pasaban de la negación oficial de ciertas informaciones. El semanario satírico *Don Quijote* señalaba en octubre con mucha ironía:

> El ministro de la Guerra ha declarado que las noticias publicadas por los periódicos respecto á las *hazañas* de los riffeños son completamente falsas.
>
> ¡Oh, la verdad oficial!
>
> El día menos pensado va á afirmar el general López que no hay moros en el Riff![208]

Salvo en los medios más afines al Gobierno liberal de Sagasta, en la prensa predominó de forma muy mayoritaria una visión crítica de la gestión de la crisis. Así ocurrió tanto desde aquellos periódicos más decididamente belicistas, que se indignaron porque no se castigase por las armas la afrenta rifeña; como de los que se oponían al conflicto, pues consideraban que la vía diplomática se había encarado mal o que la movilización había sido incongruente y mal organizada.

Entre los más decididos apoyos al Gobierno estaba *La Iberia*, pues aunque en ocasiones mostrase un tono bastante belicista, considerando la necesidad de un duro y sangriento castigo a los rifeños[209], nunca contradecía la postura oficial, e incluso criticaba a otros periódicos, como *El Imparcial*, por sus ataques al Gobierno. Culpó desde sus páginas a Margallo por oponerse a que se enviasen numerosas tropas a Melilla, mientras defendía al Gobierno como previsor y prudente por la movilización de refuerzos[210]. Ya en diciembre, cuando estaba claro que se imponía la apuesta por la paz, *La Iberia* olvidaba su belicista discurso de algunos momentos de octubre para felicitar a los gobernantes por elegir ese rumbo:

> Bien ha hecho [el señor Sagasta] en poner la prosa de los números y de la esterilidad de una campaña contra los riffeños al lado de la poesía y los ardores bélicos de los periódicos que predican la guerra a todo trance[211].

Pero lo más habitual fue censurar la actitud del Gobierno, y concretamente la del ministerio de la Guerra. Periódicos claramente belicistas como *El Correo Militar*, que apostaba sin ambages por la intervención armada contra Marruecos, insistían en cada número en desgranar los errores en la gestión de la crisis, en artículos con titulares tan reveladores como "Protestamos", "En ridículo", "Desprevenidos", "Desorden escandaloso" o "El bochorno"[212]. El irreverente periódico satírico *Don Quijote* supone otro buen ejemplo de extrema belicosidad y constantes críticas al Gobierno[213]. Algunos de los que pedían la guerra incluso se atrevían a trazar ambiciosos planes de batalla, en los que el recuerdo de la campaña de 1859 estaba habitualmente presente. En *El Clamor de Castellón*, por ejemplo, se recogía antes de la muerte de Margallo que, dado que el sultán no iba a poder contener a las cabilas, la declaración de guerra iba a ser inevitable, en cuyo momento recomendaban un desembarco costero cerca de Tetuán para su

[208] *Don Quijote*, 13-X-1893, p. 4.
[209] "Lo inexplicable", en *La Iberia*, 10-X-1893, p. 1.
[210] Por ejemplo en "Optimismos y pesimismos", en *La Iberia*, 29-X-1893, p. 1.
[211] "Melilla", en *La Iberia*, 22-XI-1893, p. 1
[212] *El Correo Militar*, 23-X-1893, p. 1; 26-X-1893, p.1; 11-XI-1893, p.1; 24-XI-1893;
[213] Llegó a decir que "todos los periódicos, con rara unanimidad, hacen responsable al general López Domínguez de la catástrofe del día 28", atrevida afirmación que podemos negar fácilmente con *La Iberia*, pero que demuestra que el ministro de la Guerra era objetivo preferente de las críticas: "Protestamos", en *Don Quijote*, 3-XI-1893, p. 1.

invasión, y la colocación de la armada frente a Tánger, para impedir la acción de Inglaterra (codiciosa de instalarse en dicha parte del Estrecho)[214]. Cualquiera podía diseñar sus estrategias, tuviera o no conocimientos de la realidad, y había análisis mucho más surrealistas que el anteriormente referido. El escritor Luis Royo lo expresó muy bien en un divertido artículo titulado "Napoleones… en cuartos", en el que parodiaba los alocados planes que muchos trazaban, e instaba al Ministro de la Guerra a examinar los cafés, para imbuirse de aquellas ideas[215].

Aun entre los que no deseaban la guerra, la actitud del ministro de la Guerra generó mucha polémica. Ya hemos visto cómo desde las páginas de *El Nuevo Régimen* o *El Socialista* se criticó la movilización y sus errores. Periódicos como *La Época*, que demostraba su apuesta por la paz en declaraciones como que la guerra era "cosa en que ni siquiera cabe pensar, y en todo caso hubiera debido evitarse en lo humanamente posible"[216], se cebaron primero con los problemas y la lentitud de la movilización, y después con las negociaciones, lamentando por ejemplo que se hubiese empezado por negociar con los *moros* del Rif en lugar de hacerlo directamente con el Sultán. Estas críticas se remataban señalando que las cosas no hubiesen sido así "de haber seguido en el poder el Partido Conservador", lo que dejaba bastante claro que las opiniones estaban bastante definidas por la orientación política.

En conjunto nos encontramos en 1893 una prensa que había cambiado en buena medida con respecto a la de 1859. Muchos de los periódicos de mayor tirada eran entonces más profesionales, algo que se notó en un modo más *moderno* de cubrir el conflicto. Los tonos patrióticos también fueron menos encendidos que 33 años atrás, pero si la comparación la hacemos con los periódicos de 1859 anteriores a la declaración de guerra, las diferencias en este sentido son mucho menores (por ejemplo una crítica a los políticos bastante similar), circunstancia que nos lleva a preguntarnos si quizá una declaración formal de guerra en 1893 podría haber aunado de nuevo el apoyo de la mayor parte de la prensa como hizo en 1859. En todo caso, es evidente que comparar la reacción en ambos momentos sin tener en cuenta las enormes diferencias entre los conflictos resulta engañoso.

Aproximaciones a la campaña en literatura, poesía y teatro

En comparación con la ingente producción literaria que se derivó de la Guerra de África, la que surgió alrededor de la Guerra de Melilla tuvo una magnitud muy limitada, proporcional a la de la propia campaña. La ausencia de episodios dignos de elogio complicó el estallido de una amplia producción artística. No obstante tenemos ejemplos en prosa, lírica y drama, demostraciones de que el interés por Marruecos, que solo unos pocos sectores habían mantenido vivo desde el *boom* de 1860, se reactivó notablemente en 1893, generando una producción que, aunque escasa, circunstancial y en general de muy poca calidad, resulta bastante representativa.

Si bien el de las crónicas y relatos fue un género relativamente cultivado en relación con la campaña, en la prosa de ficción encontramos un enorme vacío, limitado a unos cuantos cuentos cortos, en general poco sustanciosos y publicados fundamentalmente en la prensa. Entre los casos excepcionales que terminaron en libros sin duda destacan, por la trascendencia de su autor y su propio interés, los de Leopoldo

[214] "La bola de nieve", en *El Clamor de Castellón*, 26-X-1893, p. 1.
[215] ROLLO VILLANOVA, L: "A ocho días vista. Napoleones… en cuartos", en *Blanco y Negro*, 4-XI-1893, pp. 5-6.
[216] "La contestación del Sultán", en *La Época*, 9-XI-1893, p. 1.

Alas "Clarín": *El sustituto* y *Don Patricio o el premio gordo en Melilla*. *El sustituto* es un peculiar relato corto, publicado en *Los lunes de El Imparcial* el 4 de diciembre de 1893 y que formó parte del recopilatorio *Cuentos Morales*[217], publicado en 1896. Lejos de ser una narración bélica convencional, su tema principal es la redención en metálico:

> ¡Oh, cruel sarcasmo! ¡Sí, terrible vergüenza! ¡*Cantar* a la patria mientras el pobre *gallina* se estaba batiendo como el primero, allá abajo, en tierra de moros, en lugar del *señorito*![218]

El señorito, protagonista del relato y que también era poeta, se llamaba Eleuterio Miranda, y su padre pagó un sustituto para que fuese a la guerra en su lugar. El sustituto, Ramón Pendones, aceptó para evitar el desahucio de su madre y sus tres hermanos, que debían dinero al padre de Eleuterio, y dejar algo a su novia. Hasta aquí nada extraordinario, pero el relato adquiere tintes de fábula moralista cuando Eleuterio, en un arrebato de honor y patriotismo, decide enrolarse voluntario para poder luchar codo con codo con su sustituto. Todavía más excepcional se torna la historia cuando Eleuterio encuentra a Ramón a punto de morir de fiebre en un hospital de Málaga, y tras su fallecimiento decide ir a África a ocupar su puesto, diciendo a su capitán que no quiere que la familia se entere de que ha muerto en un hospital "oscuramente, de tristeza y de fiebre":

> Quería pagar a Ramón la vida que había dado en *su lugar*; quería ser sustituto del sustituto y dejar a los seres queridos de Ramón una buena herencia de fama, de gloria y algo de provecho.
>
> Y, en efecto, estuvo acechando la ocasión de portarse como un héroe, pero como mi héroe de veras. Murió matando una porción de moros, salvando una bandera, suspendiendo una retirada y convirtiéndola, con su glorioso ejemplo, en una victoria esplendorosa[219].

Así, el nombre de Ramón Pendones apareció en los periódicos, y para su madre hubo una cruz póstuma, pensionada, con la que pudo pagar de por vida la renta de su finca a Pedro Miranda, cuyo hijo también había muerto en África sin que supiera cómo. *El sustituto* carece de referencias temporales, de hechos de armas o de personajes reales que permitan ubicar el relato en la campaña de Melilla de 1893 o en cualquier otra. No obstante, las referencias a la guerra en África, a la redención en metálico y la fecha de publicación de la obra evidencian que la inspiración de Clarín derivó de ese reciente conflicto. La guerra aparece como un marco adecuado para ubicar la historia, y hay implícita una cierta crítica a la redención en metálico por medio del pago de un sustituto, pero Clarín no va más allá y el relato es sobre todo una historia moralizante en la que un hombre renuncia a su propia gloria y hasta a su vida por considerar que está en deuda con su patria y con el hombre que había ido en su lugar. Aunque, como decía su capitán, que contaba la historia sólo a sus más allegados para mantener el secreto, no estaba obligado a tanto, pues al fin y al cabo Ramón había ido por su propia voluntad. Pero claro, Eleuterio era un poeta.

También en *Cuentos morales* se incluyó *Don Patricio o el premio gordo en Melilla*[220], que había aparecido originalmente en *El Liberal* el 23 de diciembre de 1893.

---

[217] CLARÍN: "El Sustituto", en *Cuentos Morales*, Cátedra, Madrid, 2012, pp. 346-356.
[218] CLARÍN: "El Sustituto", en *Cuentos Morales*, Cátedra, Madrid, 2012, p. 352.
[219] CLARÍN: "El Sustituto", en *Cuentos Morales*, Cátedra, Madrid, 2012, p. 354.
[220] CLARÍN: "Don Patricio o el premio gordo en Melilla", en *Cuentos Morales*, Cátedra, Madrid, 2012, pp. 339-345.

Aquí sí tenemos referencia explícita a Melilla, en una historia que gira alrededor de un indiano adinerado al que sus vecinos instan a ayudar a los heridos, huérfanos y viudas de la campaña militar, algo de lo que él quiere librarse instando a todos a participar en la lotería de Navidad y que el ganador de la mitad del dinero a tal fin. Su propuesta tiene buena acogida, pero aunque él había afirmado participar, se comprobó que mentía cuando trataron de gastarle la broma de que le había tocado el premio. La campaña de Melilla aparece de forma muy tangencial en el cuento, y lo más interesante es la ridiculización que hace Don Patricio del patriotismo de sus vecinos, que para él no justificaba el gasto de un solo céntimo.

Unos años más tarde, en 1906, la campaña de Melilla cobró un protagonismo fundamental en un relato de Ciges Aparicio difícil de encuadrar, por estar a medio camino entre la autobiografía y la novela[221]. Se trata de *El Libro de la crueldad: Del cuartel a la guerra*[222], que narra la experiencia del autor entre 1893 y 1896[223], años que pasó en el Ejército y en los que pudo comprobar la dura realidad que a éste estaba asociada. Su relato es muy crítico, incidiendo en las nefastas condiciones de vida, la corrupción que lo envolvía todo, las injusticias que se cometían, el abuso de autoridad por parte de los oficiales, etc.[224]. Llegó un poco justo para la campaña de Melilla, pues fue destinado en noviembre y más que en combates participó en "simulacros", pero su relato supone un magnífico acercamiento a la dramática y rutinaria vida del soldado, anticipándose a lo que harán algunos destacados autores del ciclo de Annual. Ciges pulsó de forma soberbia la mentalidad militar de superioridad que llevará al desprecio por lo civil, pero también la trágica vida del soldado, que había de padecer enfermedades, parásitos, suciedad, sed, degradación… en contraste con la comodidad de los jefes. La guerra era en resumen una triste tragedia en la que los pobres soldados eran peones que sufrían por unos ideales que difícilmente alcanzaban a comprender. El capítulo sobre la campaña de Melilla terminaba con un contundente "Nos vamos por donde hemos venido. La comedia ha terminado"[225].

Respecto a la lírica, tampoco encontramos largos romanceros, certámenes de poesía o a los principales poetas del momento componiendo loas al Ejército español. Lo que sí vuelve a convertirse en frecuente son las coplas populares (algunas nuevas y otras viejas conocidas que se pusieron nuevamente de moda), las composiciones de rápida factura y escasa calidad que se leyeron en diversos actos patrióticos o los múltiples poemas que llenaron algunos periódicos. Algunas de las "cuplés" populares más típicas del momento fueron recogidas por Rafael Guerrero en su crónica, y en ellas podemos distinguir varios temas recurrentes de esta lírica popular, como las referencias al amado que va a la guerra, convirtiendo a las mujeres en recitadoras por excelencia de este tipo de poemas, como por ejemplo:

> A mi amor que está en Melilla,
> le he escrito con mucho afán;
> diciéndole que me mande
> una oreja del sultán.

[221] Vid. LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, pp. 177 y 181.
[222] CIGES APARICIO, M.: *El Libro de la crueldad: Del cuartel a la guerra*, Bernardo Rodríguez, Madrid, 1906.
[223] CIGES APARICIO, M.: *El Libro de la crueldad: Del cuartel a la guerra*, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, 1986.
[224] Por ejemplo la descripción del trayecto en barco a Melilla es dramática, en unas condiciones lamentables y caracterizada por los vómitos de los soldados: CIGES APARICIO, M.: *El Libro de la crueldad: Del cuartel a la guerra*, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, 1986, pp. 150-152
[225] CIGES: *El Libro de la crueldad*, p. 192.

Cuando vayas a la guerra
que no te olvides de mí,
pero no vuelvas al pueblo
como no te llames Prim[226].

Esta última coplilla nos demuestra además cómo la figura de Prim seguía brillando con luz propia, como modelo de héroe por excelencia de las campañas de España en Marruecos. Otros temas recurrentes eran el valor y coraje de los soldados españoles o el salvajismo y fanatismo religioso de los *moros*, tratados con términos peyorativos que no han cambiado desde la Guerra de África. Por supuesto, tampoco podían faltar las referencias al honor español ultrajado y a la necesidad de venganza:

A la bandera española
los moritos ofendieron;
mi hermano lava la mancha
con sangre de los rifeños[227].

Algunas de estas muestras de lírica popular también se encuentran en los periódicos de entonces, pero éstos generalmente incluían una poesía más culta, cuyos temas eran similares, pues aunque no aparezca la figura del amado que va a la guerra (en este caso el autor es casi siempre un varón y no están pensadas para recitar, por lo que pierde sentido), sí lo hace la exaltación del soldado español, las referencias negativas a los *moros* o la necesidad de lavar el honor ultrajado, como en el siguiente poema de José Aparicio para *La Juventud Literaria*. En él también aparece otro aspecto recurrente de la lírica sobre la Guerra de África, la unidad de todas las regiones para defender la patria común:

Cataluña y Aragón,
Andalucía y Castilla
lavarán ese borrón
que cayó sobre Melilla.

Toda la España entera
sin que exista distinción,
defenderá su bandera
de esa infamante agresión"[228]

Lo cierto es que en Cataluña las cosas habían cambiado, como anteriormente señalamos, y ya no existía tanta unanimidad en torno a la lucha por el honor español en Marruecos que se vio en 1859. No obstante, a diferencia de lo que sucedió respecto a las guerras en África del XX, todavía era mayoritario el sentimiento españolista y el tono belicista, lo que se reflejó en múltiples composiciones en catalán que mantenían un registro semejante a las de la Guerra de África, como se aprecia en este fragmento de un largo poema publicado en *La Campana de Gràcia*, con un discurso fuertemente historicista y que presenta la tradicional fusión entre episodios genéricamente españoles (Numancia, Bailén, Sagunto) y otros específicamente catalanes (Bruch, Girona), pero siempre con la defensa de España por encima de todo:

[226]GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 37.
[227]GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 38.
[228] APARICIO, J.: "A España con motivo del ataque de Melilla", en *La Juventud Literaria*, 22-X-1893, p. 2.

¡Guerra als moros de Melilla!
¡guerra al africá envilit!
¡guerra al traidor islamita
que á insultarnos s'ha atrevit![229]

Otra publicación satírica catalana, el semanario bilingüe *La Tomasa*, incluyó algunos poemas en un tono similar al de *La Campana de Gràcia*, mostrando un claro apoyo a la causa española, pidiendo la colaboración catalana y demonizando al enemigo. Por ejemplo, el poema "A matar moros", firmado por Un del Bruch, comenzaba así:

¡Guerra á mort á los riffenyos
per la barra que han tingut,
guerra al moro sens tardansa
guerra á n'ells, que Deu ajut![230]

A pesar de la abundancia de poemas de exaltación patriótica, encontramos con bastante más frecuencia que en la campaña de 1859 poemas satíricos, que no solo dirigen su mordacidad contra los moros, objetivo habitual, sino que también incluyen la actitud del Gobierno como blanco de las burlas. En el semanario *Don Quijote* se contraponía claramente la valentía y deseo de lucha de la mayoría de españoles, que despreciaban su vida cuando se trataba del honor de su patria: "Todos los hombres hoy sienten / el deseo de venganza / y si en ellos consistiese / partieran allí mañana"; con la actitud de los políticos, caracterizada por la desidia e incompetencia, y que hacía imposible la deseada reparación del honor: "Podeis estar bien tranquilos / que este gobierno de maulas / hasta el siglo venidero / de fijo que no hace nada"[231]. También era frecuente la presencia de los británicos como enemigo[232], por favorecer a los rifeños con su contrabando; las mofas sobre la interminable diplomacia rifeña; las ironías sobre la lenta movilización de tropas o los problemas que había alrededor del telégrafo.

Muchos de estos motivos aparecen en un largo poema publicado el 1 de diciembre en *El Correo de Llanes*, con la firma de un tal Terencio, cuyas irónicas rimas dejan por los suelos tanto a los *moros*, a los que llama "gallina raza", como a la política española, ya sea exterior o interior[233]. El poema comenzaba con un "Desde el monte Gurugú", elevación geográfica cercana a Melilla, cuyo nombre comenzó a sonar especialmente a los españoles desde 1893, y que años más adelante terminaría siendo uno de los topónimos marroquíes que mayor hueco se hicieron en la memoria colectiva española. Para finalizar con estos apuntes sobre la lírica, nos ha parecido muy representativa la copla recogida por Mariano de Cavia en *El Liberal*, que decía haber escuchado el día anterior, y que era una imitación de otra sobre la guerra antinapoleónica que conocía desde hacía años, la que sigue:

¡Adiós puente de Tudela!
Por debajo pasa el Ebro,
por encima los franceses,
que van al degolladero!

[229] GUMÁ, C.: "¿Al África?", en *La Campana de Gràcia*, 7-X-1893, p. 2.
[230] UN DEL BRUCH: "A matar moros", en *La Tomasa*, 3-XI-1893, p. 4.
[231] "No hay miedo", en *Don Quijote*, 13-X-1893, p. 4.
[232] Un ejemplo lo tenemos en "Armas de contrabando / les manda Gibraltar, / así se van armando / los de Benisicar. / ¡Ay!, ¡ay! mutilá, / la escuadra dónde está": Mutilá", en *Don Quijote*, 27-X-1893, p. 1.
[233] TERENCIO: "Siluetas decenales", en *El Correo de Llanes*, 1-XII-1893, p. 2.

El degolladero era entonces para el enemigo francés, por el valor y coraje propios; pero las cosas habían cambiado mucho desde principios de siglo, y ahora le correspondía sufrirlo a los españoles, por culpa de unos políticos incompetentes que habían dejado que Melilla se convirtiese en una plaza sitiada:

¡Adiós Cabrerizas Altas!
¡Adiós Fuerte de Camellos!
¡Memorias a los soldados
que van al degolladero![234]

Poco quedaba ya de las *gestas* españolas en 1808 ó 1859, y eran cada vez más los que pensaban que no se podía conseguir ninguna gloria combatiendo en una tierra ajena en la que poco había que ganar y muchas vidas españolas se podían perder.

En el drama el tema marroquí también experimentó una breve reactivación, con algunos "apropósitos" que intentaron aprovechar el interés que en la opinión pública generó la crisis de Melilla. Fue el caso por ejemplo de *Un defensor de Melilla*, de Vicente Tafalla Campos[235], *Odios africanos o la batalla de Melilla*, de Jesús López Gómez[236], *Los Riffeños*, de Joaquín Arqués, o *Moros en l´horta o el riffeño Ben-Cheroni*, de Luis Bernat Ferrer[237], este último un "apropósito bilingüe" en castellano y valenciano. Una vez más, se trata de obras compuestas en pocos días, de muy escasa calidad y con un notable desconocimiento de la realidad marroquí. Aspectos que no parecían importar mucho a un público español que, en general, recibió bien estas representaciones, aplaudiendo a los soldados españoles y abucheando a los *moros* como si aquello que estaban viendo sobre el escenario fuese la misma realidad que representaba.

De *Odios africanos o la batalla de Melilla* sabemos por varios periódicos que fue recibida por intensos aplausos de los espectadores, pero las diatribas contra la obra por parte de algunos críticos resultaron feroces. *La Correspondencia de España* señalaba que era "uno de tantos dramas de esos que suelen aprovechar las empresas para llamar gente al teatro, sin cuidarse, por supuesto, del mérito de la obra". Se acusaba al autor de haber intentado hacer drama patriótico y de actualidad sobre los sucesos de Melilla, pero había demostrado muy poco conocimiento sobre el tema, y que "aquello fue la tomadura de pelo más horrorosa que en el teatro hemos visto". Como puntilla, añadía que producciones así dejaban en ridículo al Ejército y la patria[238]. Es evidente que para el público que aplaudió entusiasmado estos aspectos eran de poca relevancia, pudiendo el sentimiento patriótico hacer buena cualquier obra. Como es lógico, estos "apropósitos" morían irremisiblemente tan pronto como se apagaba un poco la llama del entusiasmo popular.

Desde el semanario satírico *Don Quijote* se mofaban sobre todo del heroísmo y valor que solían destilar estos "apropósitos", en contraste con el ridículo que, según ellos, estaba protagonizando España por la cobardía de sus gobernantes, que con su ironía habitual expresaban así:

---

234 CÁVIA, M. DE: "El degolladero", en *·El Liberal*, 10-XI-1893, p. 3.
235 TAFALLA CAMPOS, V.: *Un defensor de Melilla*, Est. Tip. de V. Botella, Alicante, 1893.
236 LÓPEZ GÓMEZ, J.: *Odios africanos o la batalla de Melilla*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional con un sello del Teatro de la Zarzuela del 18 de octubre de 1893.
237 BERNAT FERRER, L.: *Moros en l'horta o el riffeño Ben-Cheroni*, Impr. de Manuel Alufren, Valencia, 1893.
238 "Teatro de la Zarzuela", en *La Correspondencia de España*, 19-X-1893, p. 3.

> En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado un melodrama titulado: *Odios africanos ó la batalla de Melilla*.
>
> Mal título.
>
> Esa obra debiera titularse: *El fuerte de Sidi-Aguariasch, o el gobierno español gallina*.[239]

Por la frecuencia con la que los periódicos de entonces informaron de sus representaciones, uno de los mayores éxitos del momento debió ser *¡Españoles! ¡A Melilla!*, que se estrenó en el Teatro Circo Español de Barcelona el 20 de octubre de 1893. No hemos podido localizar ninguna transcripción de la obra, pero según el diario *La Dinastía* se trataba de un "cuadro dramático en un acto y cuatro cuadros, original de dos conocidos autores de esta población, escrito exprofeso para este teatro"[240]. *El Imparcial* afirmó que el Teatro registró lleno absoluto su estreno[241], y llegó a programar dos sesiones diarias. Se representó todos los días casi sin interrupción hasta el 1 de noviembre. Desde entonces siguieron anunciándose sus funciones, aunque de forma más puntual[242].

Pese a ser estas obras teatrales una evidente ficción, eran tomadas muy en serio por muchos de los espectadores, con lo que fueron habituales los abucheos a los actores que representaban a los *moros*. Tal vez eran simplemente reacciones de entusiasmo puntuales e inofensivas, pero lo cierto es que a veces había incluso problemas para reclutar figurantes que quisieran caracterizarse de *moro*, como revela esta interesante noticia publicada en *La Correspondencia de España*:

> Ni en broma.
>
> La empresa del circo Colón que se propone, como es sabido, poner una pantomima titulada *La Guerra de África*, ha buscado por todas partes, hasta en los tejares, individuos que quieran *hacer de moros* en la referida pantomima, y no los ha encontrado, á pesar de pagarles a 2 pesetas.
>
> Sólo ha logrado reunir ocho de veinte que necesitaba.
>
> Algunos han contestado que ni por 10 pesetas eran moros[243].

Que ni siquiera con dinero fuese fácil convencer a la gente para que hiciese de *moros* es un sorprendente ejemplo de lo arraigado que estaba en la memoria colectiva el odio a ese Otro que una vez más ultrajaba algo tan alejado de la vida cotidiana de los españoles como era el "honor de la patria". Todavía más escandaloso resulta un incidente referido por Marie Salgues en Murcia, durante el estreno de *Los Riffeños*, en el que, según un diario local, un espectador sacó una pistola para intentar hacer fuego sobre los actores que hacían de *moros*, algo que fue evitado por el público cercano. Según esta autora, era tanto el interés en que los espectadores tomasen por real lo que se les presentaba en el escenario que con ello a veces se rompía la distancia mínima que el público debía mantener con el espectáculo[244]. Poco antes del estreno de esta obra, Ramón Blanco, del periódico cultural murciano *La Juventud Literaria*, hablaba de ella en base al libro, al que ya había podido acceder, y consideraba el trabajo de Joaquín Arqués como un modelo ejemplar de vis cómica, con cuya lectura se había reído mucho y al que auguraba un buen éxito de público. Además, afirmaba que la música, de los señores Gascón y Calvo, sería

[239] "Lanzadas", en *Don Quijote*, 20-X-1893, p. 4.
[240] "Espectáculos" en *La Dinastía*, 20-X-1893, p. 4.
[241] "La opinión de España", en *El Imparcial*, 21-X-1893, p. 1.
[242] En *La Dinastía* se publicitaba como "éxito extraordinario todas las noches": "Espectáculos" en *La Dinastía*, 28-X-1893, p. 3.
[243] *La Correspondencia de España*, 19-X-1893, p. 3.
[244] SALGUES: *Teatro patriótico y nacionalismo…*

un patriótico reflejo del entusiasmo nacional. También señalaba que cuando explotase *El dúo de la Africana*, que estaba siendo un éxito rotundo, sería el momento perfecto para *Los Riffeños*[245]. No llegó tal momento, porque la zarzuela *El dúo de la Africana*, de Manuel Fernández Caballero, mantuvo un éxito excepcional durante años, mientras que el interés por la campaña de Melilla se desvanecía semana a semana, de modo que *Los Riffeños* pasó por los escenarios como un apropósito más de vida breve. Respecto a la popular obra de Caballero, que se estrenó en mayo de 1893, aunque su título puede llevar a pensar en alguna relación con Marruecos, trata en realidad sobre una humilde compañía dramática que prepara la representación de *L'Africaine*, una ópera francesa sobre Vasco da Gama.

Otro drama de la época que nos resulta de un excepcional interés, aunque no parece haber tenido muchas representaciones, es *La voz de la Patria*[246], de la escritora Rosario de Acuña. Este drama en verso está ambientado en 1893 en un pueblo aragonés cercano a la frontera francesa, y está protagonizado por una familia cuyo único hijo, Pedro, es llamado a la guerra. Mientras el padre, veterano de la Guerra de África, lo asume, la madre intenta prepararle una fuga a Francia con su prometida. La obra contrapone un discurso masculino caracterizado por valores como el honor y el deber, y otro femenino que entiende la guerra como algo absurdo e irracional. Ambos discursos están muy bien argumentados y, aunque al final tiene que triunfar uno de los dos con la decisión del hijo, ninguno parece ser despreciado o minusvalorado por la autora. Juan, el padre, insiste ardientemente en el tema del honor: "Una guerra que es por honra / no la maldicen las madres, si es que honrados a sus hijos / quieren ver". Ante las protestas de la madre, que le increpa no querer a su hijo por no tener miedo de enviarlo a una posible muerte, éste replica que lo prefiere muerto con honra que vivo con vergüenza. La novia de Pedro, de acuerdo con su madre, trata de convencerlo, situando la importancia del amor y de la familia por encima de gloria, honores o riquezas, pero Pedro se muestra inflexible hasta que descubre que su prometida está embarazada, lo que sí le hace dudar[247].

Esther Zaplana ha visto la existencia de unos valores "protofeministas" en esa actitud de María e Isabel (la madre y la prometida), aunque reconoce que en la obra reina mucha ambigüedad[248]. La dualidad no se reduce a una cuestión de sexos, pues en *La voz de la Patria* aparece algún personaje masculino que cuestiona el patriotismo y cómo éste se manipula para unos fines concretos, así como una mujer deseosa de que sus hijos venguen a toda costa las afrentas de los rifeños a la patria. Al final el patriotismo triunfa, pues el joven Pedro decide ir a la guerra siguiendo los consejos de su padre; pero la obra expresa con mucho acierto las discordancias existentes en la España de la época, y la dificultad de elegir entre la familia y la nación[249]. Pese a que el ciclo teatral acerca de la campaña de 1859 fue mucho más prolífico, no encontramos ningún exponente que muestre de forma tan explícita este debate, aunque a buen seguro estuvo presente en el seno de muchas familias. La victoria final del patriotismo es significativa, pero el énfasis en el debate anterior y el hecho de que éste no generase una gran controversia muestran que a la altura de 1893 era más fácil plantear públicamente dudas sobre el valor del

[245] BLANCO, R.: "Palique", en *La Juventud Literaria*, 22-X-1893, p. 1.
[246] ACUÑA R. De: *La Voz de la Patria. Cuadro dramático en un acto y en verso*, R. Velasco, Madrid, 1893.
[247] Ibídem, pp. 11 y 19.
[248] ZAPLANA, E.: Rewriting the Patria: War, Militarism and the Femenine Habitus in the Writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazán" en *Bulletin of Spanish Studies*, Volume LXXXII, Number 1, 2005, pp. 48-52.
[249] Para un excelente análisis sobre el tema de la nación y el patriotismo en la obra Vid. ARKINSTALL, C.: "Configuring the Nation in Fin-de-Siècle Spain: Rosario de Acuña's La Voz de la Patria", en *Hispanic Review* (University of Pennsylvania) Vol. 74, Nº 3 (verano, 2006), pp. 301-318.

sacrificio por la patria. El drama teatral fue muy aplaudido en su estreno (20 de diciembre de 1893) y, en general, muy bien recibido por la crítica. El *Diario oficial de avisos de Madrid* recogía que "todo el drama está muy bien hecho y admirablemente versificado[250]. Donde la obra no fue tan bien recibida fue en ciertos sectores ultraconservadores, precisamente por las ideas liberales de su autora, y no por el debate sobre el patriotismo. Carrasco, en *El Siglo Futuro*, lamentaba amargamente la positiva acogida por otro periódico de línea similar: "ha logrado entusiasmar a *El Movimiento Católico* hasta un punto verdaderamente lamentable en *órgano tan apreciable*". En su dura columna se mofaba del argumento, y se mostraba muy crítico con la circunstancia de que la prometida del protagonista esperase un hijo antes de haberse casado, y todavía más que la madre confortase a la muchacha con palabras como "*el amor santifica todo lo que crea*, y otros consuelos tan librepensadores como ese"[251].

Aunque el objetivo fundamental del teatro que se hacía era la representación dramática, también había sitio para una producción más simple, únicamente para ser leída, que podía aparecer en la prensa o en folletines. Con frecuencia aparece en publicaciones satíricas, como *La Campana de Gràcia* o *Don Quijote*. Un buen ejemplo de esta última es el "pasillo cómico burlesco" publicado en diciembre de 1893, una escena teatral que mostraba el diálogo entre El Tuerto y Arseniovich (dos personajes claramente basados en Muley Arafa, hermano del Sultán marroquí y Arsenio Martínez Campos), y en la que destacaba la paciencia y falta de belicosidad de ambos, así como la extrema facilidad con la que el marroquí retrasaba cuanto quería las negociaciones.

Finalmente, cabe incluir una breve referencia a la música, muy ligada al teatro y a la poesía, y que constantemente acompañaba los festejos belicistas. Era, como ha apuntado Luis Castells, una buena muestra de un patriotismo nacional más informal, pero que tenía más posibilidades de impregnación popular, y de educar en la nación a través del esparcimiento lúdico[252]. Si en 1859 los himnos que más se escucharon en relación con la guerra habían sido el *Himno nacional* de Juan de Castro, la *Marcha Real* y el *Himno de Riego*; en 1893 los más referidos fueron la jota de *El dúo de la africana* y la marcha de la zarzuela *Cádiz*, constantemente aludidos en las crónicas periodísticas sobre los embarques de tropas y otras concentraciones populares, quitando protagonismo a la propia *Marcha Real*, que no obstante también aparece con frecuencia[253]. Manuel Ciges Aparicio escribía que la *Marcha de Cádiz* estaba en boga, que cuando algún cuerpo desfilaba siempre marcaba el paso y el delirio patriótico se apoderaba "de todas las cabezas", y que hasta "el paisanaje catalán", habitualmente hostil al soldado, simpatizaba entonces con los desfiles de las tropas[254].

La zarzuela *Cádiz*, con texto del dramaturgo Javier de Burgos, había sido estrenada en 1886 en el Teatro Apolo de Madrid, con un éxito extraordinario. Lo que más trascendió fue su música, de Federico Chueca y Joaquín Valverde, especialmente la marcha que sonaba al final del primer acto, cuando el pueblo gaditano recibía enfervorizado a los soldados españoles que llegaban para defender la ciudad de los

[250] "Los estrenos de anoche", en *Diario Oficial de avisos de Madrid*, 21-XII-1893, p. 3.
[251] CARRASCO: "Los estrenos", en *El Siglo Futuro*, 23-XII-1893, p. 2.
[252] CASTELLS, L.: "La conmemoración como identidad (el 2 de mayo bilbaíno)" en LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, p. 154.
[253] Por ejemplo Rafael Guerrero en su crónica señalaba que "la jota del Dúo de la Africana y el pasa-calles Cádiz animaban el cuadro y los vivas a España y al Ejército no se interrumpían un instante: GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 59.
[254] CIGES: *El Libro de la crueldad*, p. 149.

franceses[255]. Tal fue el éxito de la música que llegó a proponerse que sustituyera a la *Marcha Real* como himno nacional[256]; la idea no prosperó, pero tanto durante la campaña de Melilla como poco después en la cubana, fue la composición más interpretada en las calles[257]. Menos duradero fue el éxito de *El dúo de la africana*, pero su jota sonó con mucha frecuencia en 1893. Aunque éstos fuesen los predominantes, no fueron los únicos y, por ejemplo, el 21 de octubre *La Época* daba cuenta de que en una manifestación patriótica en Zaragoza la banda de música había interpretado, además de la *Marcha Real*, los pasodobles *Cádiz*, *La espada del honor* y *Carmen*[258]. El 31 del mismo mes el barcelonés *La Dinastía* anunciaba que la sociedad coral La Palma iba a interpretar dos celebrados coros como eran *Los nets dels Almugavers*, viejo conocido de la campaña de 1859, y *Gloria á Espanya*[259].

De todas estas composiciones, ninguna fue realizada expresamente para la campaña de 1893, aunque ello no quiere decir que no hubiese intentos, pero desde luego éstos no alcanzaron la popularidad suficiente. Es por ejemplo el caso de *¡¡Voluntarios al África!!* escrito para canto y con acompañamiento de piano, del que se daba cuenta en *El Clamor de Castellón*, que indicaba que su autor, Ángel Gascó, era un joven profesor de piano, y que el himno estaba siendo ensayado por la Sociedad coral castellonense y por el orfeón valenciano *El Micolet*, para su próxima presentación[260].

Las imágenes de un conflicto entre el grabado y la fotografía

A lo largo del siglo XIX se produjeron diversos avances que permitieron que al final de la centuria la difusión de imágenes fuese mucho más sencilla que en los inicios. Fue además el siglo del nacimiento de la fotografía, que a la altura de 1893 ya había evolucionado mucho en comparación con el primitivo estado en que se encontraba en 1859. Las publicaciones ilustradas se multiplicaron en las últimas décadas gracias a los nuevos métodos de impresión, y cualquier periódico o libro podía incorporar grabados e incluso fotografías con una considerable calidad y sin que supusiesen un coste excesivo. El concepto de "crónica ilustrada" proliferó notablemente en esos años. No obstante, el limitado alcance de la campaña lastró en buena medida la creación de material visual relacionado con la misma, y por ejemplo apenas se pintaron cuadros sobre ella o se desplazaron a Melilla fotógrafos para cubrir con sus cámaras los sucesos. Predominaron sobre todo los grabados que aparecieron en periódicos y crónicas. Sus motivos más habituales eran las escenas de combates, retratos de personajes relacionados con el conflicto, paisajes y construcciones (especialmente los fuertes de los alrededores de Melilla), a los que habría que añadir las típicas ilustraciones satíricas de ciertos medios.

La pintura pasó prácticamente desapercibida, no solo porque la campaña no se prodigó en grandes *gestas* que mostrar en lienzos, sino también porque la *pintura de historia* española, que tan en boga había estado a mediados del siglo XIX, atravesaba ya a finales de la centuria una etapa de decadencia que se iba a agravar a principios del XX

[255] BURGOS, J. DE: *Cádiz: Episodio nacional, cómico-lírico-dramático, en dos actos, dividido en nueve cuadros y en verso*, José L. Vallejo, Antigua Librería Religiosa, c. a. 1890, México, pp. 48-49.
[256] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 166. NAGORE: "Historia de un fracaso", p. 840.
[257] No obstante, su declive fue evidente tras la derrota de 1898, pasándose a convertir, en palabras de Carlos Serrano, en "símbolo de la patriotería más ramplona". SERRANO: *El nacimiento de Carmen*, p. 143.
[258] "La cuestión de Melilla", en *La Época*, 21-X-1893, p. 3.
[259] "Espectáculos" en *La Dinastía*, 31-X-1893, p. 4.
[260] "Crónica local y provincial", en *El Clamor de Castellón*, 19-X-1893, p. 2.

por el éxito de las vanguardias pictóricas y la cada vez mayor difusión de la fotografía[261]. El único cuadro del que hemos tenido constancia es *Soldado disciplinario herido en las piteras de Melilla*, firmado por Concha Vignau y presentado a la Exposición Nacional de 1895[262].

La campaña de Melilla de 1893 fue la primera en la que pintores y fotógrafos trabajaron a la par como corresponsales gráficos[263]. Basta con ver cualquier número de entonces de la famosa publicación ilustrada *Blanco y Negro* para comprobar cómo fotografías y dibujos se turnaron constantemente a la hora de ilustrar las noticias o artículos varios sobre el conflicto[264]. Manuel Compañy, uno de los grandes fotógrafos españoles de la época, fue sin duda el más destacado por su trabajo sobre la crisis de Melilla. Realizó gran cantidad de capturas relacionadas con el Ejército, muchas de ellas posados de tropas o de la oficialidad, pero también obtuvo imágenes de maniobras militares y entrenamientos, realizadas en movimiento y que transmiten un gran dinamismo, como "Maniobras de sección de caballería" o "Una sección de soldados haciendo esgrima á la bayoneta" (Figs. 22 y 23)[265]. Casi no encontramos fotos del frente o de combates reales, pues además de los problemas técnicos para mover el equipo fotográfico el conflicto apenas ofreció enfrentamientos favorables para que pudiesen ser capturados por los fotógrafos[266].

De este modo, las escenas de batallas y momentos destacados de la campaña siguieron siguiendo patrimonio exclusivo de la mano de dibujantes[267]. Escenas como la muerte de Margallo, la toma de unos cañones por el joven teniente Miguel Primo de Rivera (Fig. 25), o algunas acciones del Batallón Disciplinario o la conocida como *guerrilla de la muerte* estuvieron entre las más representadas de la campaña. Especialmente la muerte de Margallo, pese a su controversia, tendió a mostrarse de modo bastante épico y acompañada de apelativos como heroica o valerosa. Se recreó sobre todo el preciso momento en que el general recibía el tiro montado en su caballo[268], o bien su cadáver en el suelo o en brazos de algún soldado, en escenas que muchas veces recuerdan la composición de una *pietà* (Fig. 24). También fueron frecuentes los dibujos mostrando a soldados poco conocidos que se habían caracterizado por alguna acción heroica, o escenas genéricas que mostraban soldados anónimos, y que en muchos casos no serían más que fruto de la imaginación del dibujante. Aunque el tono general que primaba era una visión heroica y memorable de la guerra, aparecieron con más frecuencia que para la

[261] Sobre el fin del predominio de la pintura de historia Vid. PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*, p. 34 y ss.

[262] Señalado por CAPELÁSTEGUI: *El tema marroquí en la pintura española*, p. 55.

[263] GÓMEZ BARCELÓ.: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 62.

[264] En los primeros días ya aparecieron algunos dibujos sobre los sucesos de Melilla, pero las fotografías publicadas eran genéricas, mostrando personas y escenarios marroquíes sin relación con los hechos. Las enviaba García Rufino, corresponsal en Tánger, y los títulos eran tan genéricos como las imágenes: "un riffeño", "una riffeña" o "un mercado en Tánger": *Blanco y Negro*, 7-X-1893, p. 1; 21-X-1893, p. 5 y 28-X-1893, p. 5. Fue a partir del 28 de octubre cuando aparecieron capturas de Melilla en la publicación madrileña, remitidas por el fotógrafo Manuel Compañy o el periodista García Rufino, que se combinarían con los grabados enviados desde Melilla por diversos artistas.

[265] Publicadas en *Blanco y Negro*, 4-XI-1893, p. 4; y 25-XI-1893, p. 7.

[266] Lo más que aparecen son algunas fotografías como "Avanzadas de nuestro campamento", en la que se ven soldados españoles que presuntamente disparan sobre los rifeños ocultos en los repliegues del terreno: *El Liberal*, 21-XI-1893, p. 1. La imagen es un grabado realizado a partir de una fotografía instantánea de Compañy.

[267] En muchos de los casos se señalaba que los dibujantes habían asistido en persona a los hechos dibujados, pero también fueron muy frecuentes las imágenes en cuyo pie se indicaba que habían sido hechas a partir de croquis enviados por corresponsales.

[268] Vid. por ejemplo el dibujo de Huertas en *Blanco y Negro*, 11-XI-1893, p. 11. El general está al frente de sus hombres, muchos de ellos disparando al enemigo.

Guerra de África escenas de gran dureza, como la ya señalada de la crónica de Rafael Guerrero u otra muy similar publicada en Don Quijote (Fig. 26)[269].

Menos comunes, pero también podemos encontrar imágenes entre lo realista y lo alegórico, que incluían representaciones de la patria u otros elementos con un fuerte simbolismo. Un notable ejemplo es el grabado titulado "Barcelona despedint á las tropas que van a Melilla", publicado en noviembre en *La Campana de Gràcia*, con el pié "¡Visca L'exército espanyol!" (Fig. 28). En él aparece una mujer con el escudo de armas de Barcelona y otros símbolos de la ciudad, como la corona condal, que despide a los soldados. También se ve al fondo lo que parece un león del monumento a Colón, pero que además juega con la alegoría de este animal como representación del honor y el orgullo de España, muy habitual a finales del siglo XIX. La mujer representando a España o el fiero león español fueron recurso habitual, pero más bien en ilustraciones satíricas que en un estilo realista[270].

La imagen satírica registró una gran vitalidad. El objetivo favorito de sus caricaturas eran los políticos españoles, pero por unos meses el *moro* volvió a recuperar su lugar, y proliferaron las representaciones, casi siempre peyorativas, que deformaban la imagen del enemigo buscando convertirla en grotesca, ridícula, fanática o brutal, en función de si el objetivo era buscar la sonrisa del lector o fomentar su indignación con el enemigo. El estilo predominante, que apareció especialmente en publicaciones satíricas como *Don Quijote* o *La Campana de Gràcia*, fue muy similar al de 1859 de por ejemplo *El Cañón Rayado*. Buscando lo cómico se solía jugar con la incultura de los marroquíes, su indolencia, libertinaje o la forma en la que eran castigados por los soldados españoles, especialmente volando por los aires tras un cañonazo o atravesados por bayonetas, incluso como si de una caza de animales se tratara (Fig. 29)[271]. Cuando eran los españoles los que sufrían las *salvajadas* de los *moros*, los dibujos o viñetas perdían el carácter cómico, aunque a menudo manteniendo la ironía, como la de *Don Quijote* titulada "Moritos estar amigos", que mostraba soldados españoles empalados y un *moro* chupando un fémur humano[272]. La mayor diferencia con 1859 radica en que las parodias no apuntaban en una única dirección, la de los marroquíes, sino que ahora se volvían hacia España, en especial hacia unos gobernantes caracterizados como gallinas o en escenas que mostraban desidia y despreocupación. El blanco preferido fue con diferencia el Ministro de la Guerra, el general López Domínguez, al que la revista *Don Quijote* presentó reiteradamente como una gallina, que ignoraba lo que pasaba en Melilla y trataba de convencer a todos de que las noticias sobre Marruecos eran falsas (Fig. 30)[273]. A partir de mediados de diciembre las negociaciones entre España y Marruecos quitaron a los hechos bélicos todo el protagonismo[274].

[269] Por ejemplo en Don Quijote, 17-XI-1893, p. 2.

[270] Por ejemplo en "L'unica embaixada", dibujo de M. Moliné, una mujer con atuendo militar y los símbolos de castilla enseña a los *moros* un gran proyectil de cañón que pone Melilla, con el que el autor quiere reflejar que guerra es lo que España puede ofrecer en sus negociaciones (*La Campana de Gràcia*, 14-X-1893, p. 1).

[271] La ilustración resulta entre cómica y dramática. Por un lado, un grupo de soldados españoles ensarta una especie de pequeños tigres con cabeza de *moros* que tratan de huir a sus madrigueras. Pero en el cielo, a modo de un recuerdo aparece un conjunto de cadáveres horrorosamente mutilados con la fecha 2 de octubre. En el pié se indica que ya que se han portado como fieras, como tales deben ser tratados.

[272] *Don Quijote*, 8-XII-1893, p. 3.

[273] Se le representa más veces como gallina que en forma más "humana". Vid. por ejemplo 27-X-1893, p. 2; 3-XI-1893, p. 2; 1-XII-1893, p. 2.

[274] Un divertido ejemplo lo ofrece *Blanco y Negro* el 16 de diciembre, con el texto: "Queremos indemnización, y el Sultán dice que sí con la cabeza. Queremos zona, y el sultán asiente. Queremos castigo, y el Sultán sigue cabeceando. No cabe duda, el Sultán y España caminan paralelamente. Lo que quiere

Por otro lado, en ocasiones se intentó presentar a los marroquíes de modo más realista y menos peyorativo, a través de grabados o imágenes que mostraban al Otro como guerrero o en escenas costumbristas. Respecto a estas últimas, más todavía que la prensa destacaron una serie de libros de viajes e historias de Marruecos, como el exitoso álbum *Recuerdo del viaje de la embajada Embajada española de 1894*[275], compuesto exclusivamente por fotografías tomadas por Francisco Echagüe durante su viaje como parte de la embajada encabezada por Martínez Campos que se desplazó hasta Marraquech para negociar la paz con el sultán.

Finalmente, el otro gran recurso ilustrativo fueron los mapas, que aparecieron en periódicos de todo tipo y con muchísima frecuencia, especialmente tras los sucesos del 2 de octubre y en los días anteriores y posteriores a la muerte de Margallo. *La Correspondencia de España* regaló uno de gran tamaño aparte del periódicos para que sus lectores pudiesen "seguir paso a paso la marcha de las operaciones que en breve se van a desarrollar en el campo de Melilla"[276]. *El Imparcial* señalaba a finales de octubre que tenían terminado el dibujo y grabado del plano de Melilla hecho por el geógrafo Francisco Coello, y que en breve lo pondrían en circulación impreso "a cuatro tintas". También señalaban que ascendían "a 280.000 los ejemplares que se nos han pedido, y nos será imposible servir las nuevas peticiones, lo cual advertimos a nuestros corresponsales de provincias"[277]. Esta cifra es sin duda una buena muestra del gran éxito y difusión que este tipo de mapas lograron. *La Época*, *El Liberal*, *Blanco y Negro* o *La Ilustració Catalana*[278] también nos ofrecieron buenos ejemplos de esto que podríamos denominar como una "cartografía de circunstancias".

El recuerdo de los "héroes" de la campaña

Un conflicto de las características del que tuvo lugar en Melilla en 1893 no se prestaba especialmente para convertirse en una fábrica de héroes como lo fue la Guerra de África. Hubo muy pocos nombres que se forjaran un gran prestigio gracias a la campaña, que recibiesen grandes homenajes o viesen sus acciones quedar escritas con fuerza en la memoria colectiva española. No obstante, la tradicional exaltación castrense de la mayor parte de las operaciones militares y muertes en combate permitió que casi a diario pudiesen aparecer "héroes" en los periódicos, al menos durante los meses de octubre y noviembre.

Si las grandes figuras de la campaña de 1859-60 fueron los oficiales de alta graduación, en 1893 no sucedió lo mismo, y de los tres generales que llegaron a dirigir las tropas españolas, tan solo Margallo fue catalogado con cierta frecuencia de héroe, por haber perecido con valentía al frente de sus tropas. Pero ya nos hemos referido en detalle a la controversia generada por su papel en la campaña y las últimas acciones que protagonizó. De haber vuelto para España relevado por Macías, es muy probable que su figura hubiese sido muy criticada en los diferentes medios, pero su muerte y la trascendencia que ésta tuvo limitó el alcance de las diatribas y encumbró su figura como símbolo de la campaña. El principal homenaje se le tributó en su concurrido entierro en

decir, matemáticamente hablando, que ¡á buena hora nos vamos a encontrar!", acompañando a una imagen del Sultán cuyo cuello es un muelle.

[275] ECHAGÜE, F.: *Marruecos. Recuerdo del viaje de la Embajada española de 1894*, Fototipia de Hauser y Menet, Madrid, 1894.

[276] *La Correspondencia de España*, 29-X-1893, p. 1.

[277] "El plano de Melilla", en *El Imparcial*, 27-X-1893, p. 2.

[278] *La Época*, 15-X-1893, p. 1 y 1-XI-1893, p. 1. *El Liberal*, 29-X-1893, p. 1. *Blanco y Negro*, 4-XI-1893, p. 2. *La Ilustració catalana*, 15-X-1893, p. 4.

Melilla el 31 de octubre, pero además desde el Gobierno se le agradeció su sacrificio por la patria a través de sus parientes. En sesión parlamentaria en mayo de 1894 el ministro de la Guerra señaló que el gobierno había hecho cuanto había podido en beneficio de la familia de Margallo, concediendo a su viuda la pensión máxima, dando un ascenso a su hermano y un empleo y una cruz a su yerno, además de cursarse la solicitud para el fallecido de la cruz laureada de San Fernando[279], que nunca se le llegó a conceder. Respecto a los sucesores de Margallo, Manuel Macías estuvo al frente de un Ejército que acumulaba efectivos, pero que llevó a cabo operaciones muy limitadas contra los rifeños, mientras que Martínez Campos tuvo que ejercer más como diplomático que como militar. Podemos destacar la figura del general Ricardo Ortega, pues lideró la ofensiva de 3.000 hombres que liberó el asediado fuerte de Cabrerizas Altas, lo que le valió un notable reconocimiento y que su figura fuese alabada en periódicos y crónicas.

Mucho más destacado fue el reconocimiento para un joven teniente: Miguel Primo de Rivera. El que décadas más tarde se convertiría en dictador, protagonizó una valerosa acción en la que, al frente de diez hombres, evitó que unos cañones cayesen en manos del enemigo durante el asedio a Cabrerizas Altas. La escena fue ensalzada por algunos corresponsales y cronistas como "heroica", "con un valor sin ejemplo"[280]. Primo de Rivera obtuvo la Cruz Laureada de San Fernando y la escena fue recreada gráficamente en múltiples ocasiones, como en el gran dibujo de Gros, desbordante en bizarría, que se publicó en *Blanco y Negro* (fig. 25). Otro Laureado de la campaña que se haría mucho más conocido años después, por instruir la mayor investigación militar de la historia de España, fue un capitán de 36 años, Juan Picasso González. Durante el asedio de Cabrerizas Altas hizo de correo con una cabalgada en solitario de tres kilómetros bajo fuego enemigo[281], primero hasta el fuerte de Rostrogordo y luego hasta Melilla. Sin su petición de apoyo, Cabrerizas Altas pudo haberse perdido[282]. José Boada, que pudo verla desde el fuerte, recordaba así la arriesgada cabalgada en *Allende el Estrecho*:

> Picazo (sic.), entretanto, cruza veloz los campos ocupados por el enemigo. A cada momento creíamos verle caer, y no obstante, sigue galopando. ¡Ya está cerca de Rostrogordo!... ¡Su buena estrella le ha salvado!...[283]

Estas dos serían las acciones más recordadas en el futuro, en buena medida por la fama que alcanzarían sus protagonistas, que contribuyó notablemente a que fuesen rememoradas, pero hubo una Laureada más y otros muchos episodios destacados[284], como se puede fácilmente apreciar en los periódicos de aquellos días, especialmente en los locales, en los que la mínima acción de un paisano era merecedora de un gran reconocimiento. Por ejemplo *El Independiente*, periódico de Orihuela, abrió una suscripción popular para comprarle una espada de honor al teniente Rogel, oriolano, por la lucha cuerpo a cuerpo que mantuvo con varios *moros* para que compañeros suyos no

[279] *El Siglo Futuro*, 8-V-1894, p. 3.
[280] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 353. Vid. también GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 136. Incluso autores recientes han coincidido en reconocer el mérito de la operación: MARÍN FERRER, E.: *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos (1859-1926)*, Susaeta, Madrid, 2012.
[281] Agustín Rodríguez afirma que la hizo en compañía de dos soldados: RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 105., pero la mayoría de las fuentes consultadas solo aluden al capitán. Vid. por ejemplo MARÍN: *Atlas ilustrado*… p. 55.
[282] GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, p. 252.
[283] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 348.
[284] La tercera y última por la campaña de 1893 la obtuvo el Coronel de Infantería Lucas Hernández Ruiz, también por una acción en Cabrerizas Altas.

fuesen copados[285]. Las suscripciones para premiar los méritos de los soldados fueron comunes en octubre y noviembre de 1893, con la prensa y asociaciones como principales impulsoras. El Casino de Murcia, por ejemplo, inició una para premiar al soldado de la localidad Pascual Verdú Marín, "que tanto se distinguió en Melilla", y que había sido propuesto para una recompensa por el general Margallo[286]. De este soldado de caballería se publicó en varios periódicos una carta a su madre, que además de para ensalzar su *hazaña*, servía para destacar su humanidad, y hacer su imagen mucho más cercana y amable para los lectores:

> Tuve que montar á caballo y tuvimos fuego atroz con los moros, y yo me vi en medio de dos moros en el suelo, porque me caí del caballo y me querían matar; pero tuve la suerte de que me batí con ellos y le partí a uno los brazos con el sable. Yo quedo bueno por ahora […] Su hijo que le quiere de corazón[287].

La publicación de este tipo de correspondencia personal en la época no fue algo generalizado, pero sí que podemos encontrar diversos ejemplos, que trataban de dar una visión más "desde dentro" que la que podían aportar los diferentes cronistas de los periódicos, que aunque en ocasiones vivían los hechos muy de cerca, no dejaban de dar una visión ajena a la realidad de los soldados[288].

Otro ejemplo de *héroe* de baja graduación fue Antonio San José, soldado del Batallón Disciplinario, que en la retirada a Cabrerizas quedó herido y tuvo que "arrastrarse penosamente" durante unos 400 metros hasta ponerse a salvo. Según la crónica de *Blanco y Negro* "mil veces estuvo á punto de morir á manos de los moros, que de todas partes acudían, y mil veces salió victorioso con ayuda de su bayoneta y con el auxilio del fuerte, que con vivo fuego de cañón protegía aquella hermosa retirada"[289]. Al final tuvieron que amputarle una pierna en Melilla, pero su imagen peleando herido desde el suelo se convirtió en un paradigma del valor y espíritu de lucha del soldado español. Aun así, el recuerdo de la mayoría de los españoles que perdieron su vida en esa campaña no iría mucho más allá del que conservaran sus conocidos, de un nombre publicado en una lista de muertos y de unas rápidas honras fúnebres si éstas eran posibles. Esta realidad se apuntaba en el semanario *Don Quijote*:

> Sí, muy triste es la muerte del comandante general de la plaza de Melilla, ¿pero y la muerte de esos otros infelices?
>
> La historia, siempre injusta, no reserva á esos héroes anónimos ni un solo recuerdo. No hay lágrimas ni gloria para ellos. El olvido solo, el negro olvido. Ni siquiera llegan a averiguarse sus nombres. Basta con saber que pertenecían al batallón tal ó al

---

285 "Noticias Locales", en *El Diario de Murcia*, 9-XI-1893, p. 3.

286 "Manifestaciones en provincias", en *La Época*, 15-X-1893, p. 4.

287 "Carta de un soldado", en *El Liberal*, 12-X-1893, p. 1. En el periódico madrileño también se indicaba que la carta iba a ser publicada al día siguiente en *El Diario de Murcia*, "con orla, en honor del valiente soldado".

288 Vid. por ejemplo GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 3. La obra comienza precisamente con la carta a su madre de un soldado, aunque en este caso no sobre una heroica acción, sino acerca de lo mal que lo pasaban de vigilancia y los sustos que le daban los moros. Otro ejemplo son los testimonios aparecidos en *Don Quijote*, presuntamente enviados por un voluntario que firmaba como Juan Soldado, que se había embarcado en Málaga hacia Melilla por el honor de España, pero que estaba hastiado tras semanas sin pegar un solo tiro (8-XII-1893); y que cuando vuelve contrasta la alegría de sus paisanos al llegar al pueblo con su decepción, avergonzándole incluso contar lo sucedido (12-I-1894, p. 1).

289 *Blanco y Negro*, 18-XI-1893, p. 13.

> batallón cual, que es el que carga á la postre con la gloria. ¡Oh, las injusticias de la suerte![290]

Se añadía que precisamente a esos desconocidos había que agradecer la victoria: "Ellos, la carne de cañón, son siempre los factores del triunfo", aunque los laureles siempre eran para los que llevaban entorchados.

Mención especial merecen dos unidades militares muy particulares que ejercieron un notable impacto sobre la opinión pública, derivada en buena medida del origen de sus miembros y del halo casi legendario del que se los envolvió, prefigurando a pequeña escala lo que décadas después sucederá con el Tercio de Extranjeros. Nos referimos al Batallón Disciplinario, unidad del Ejército compuesta por presidiarios que cumplían condena en el penal Melilla; y a la *Guerrilla de la muerte*, unidad de pequeñas dimensiones que se caracterizó por sus rápidas incursiones, sus métodos poco ortodoxos y su violencia. Sobre el Batallón Disciplinario recayó buena parte del peso de las operaciones y, si bien en 1859 su participación había sido claramente minusvalorada, eclipsada por la de otras unidades, en 1893 no tuvieron demasiada competencia, de modo que sus acciones encabezaron titulares y su nombre apareció por todas partes en los días de los principales combates. Su condición de penados resultaba llamativa y se aprovechaba para captar la atención de los lectores. En *Blanco y Negro*, en la crónica ilustrada de los corresponsales Arpa y García, un artículo titulado "El soldado del disciplinario" exaltaba la labor de estos hombres, especialmente en la "acción memorable del 28", en la que Margallo había perdido la vida. Se le quitaba hierro a su condición de penados con un curioso "una falta ligera, un descuido en el cumplimiento de la Ordenanza, les arrojó de España hasta un puesto de castigo y disciplina", como si casi no hubiesen cometido delito alguno, al tiempo que se destacaba el poco reconocimiento individual que habría para los miembros de este batallón, que a su condición de simples soldados añadían la de su desarraigo social:

> ¡Gloria, pues, á estos héroes ignorados, á estos pobres hijos del montón que abrazados al ataúd que conduce al cementerio los restos del compañero de infortunio, no saben si esa misma será su suerte! […] Para ellos no habrá lauros, ni sepulcros, ni coronas, únicamente lágrimas[291].

José Boada recordaba en su crónica que "¡Viva el disciplinario!" había sido un grito habitual de los soldados que estaba en el fuerte en esa jornada, en la que habían combatido en primera línea con bizarría[292].

La *Guerrilla de la muerte* fue un caso todavía más excepcional. Se trataba de una partida de hombres muy reducida, pero que alcanzó una enorme fama en aquellos días por el relato en la prensa de sus aventuras. La unidad había nacido por iniciativa personal del capitán Francisco Ariza, que había ido a Melilla por su cuenta convencido de que el general Macías le dejaría formar una partida con penados al estilo de las que había dirigido años atrás en el conflicto cubano. La guerrilla constaba de 40 penados el 18 de noviembre, y fue el pueblo el que la bautizó como *guerrilla de la muerte* al conocer sus correrías nocturnas. Las condenas de los penados que la componían oscilaban entre los veinte años y la cadena perpetua[293]. Las *hazañas* de esta partida fueron recurrentes en los

[290] "Las víctimas", en *Don Quijote*, 3-XI-1893, p. 1.
[291] "El soldado del disciplinario", en *Blanco y Negro*, 25-XI-1893, p. 12.
[292] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 357.
[293] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 390. GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, pp. 270-271.

periódicos y crónicas[294], dotándose a veces de un carácter aventurero y casi romántico que no empañaban sus violentos métodos, pues al fin y al cabo con la consideración en que se tenía al enemigo, la brutalidad contra él estaba justificada. La fama fue tal que el del capitán Ariza fue uno de los grandes nombres de la campaña[295], y aún en la actualidad una calle melillense conserva su nombre. A pesar del reconocimiento popular, varios medios lamentaban que desde las autoridades no se recompensará la labor de estos hombres. Así aparecía a finales de enero de 1894 en *Don Quijote*:

> El capitán Ariza, aquel que dirigía la célebre partida de la muerte, no ha sido agraciado ni siquiera con una mala cruz. Ni para él, ni para los suyos ha habido recompensas.
>
> El ministro de la Guerra se habrá dicho: ¿quién es ese Ariza? Y se habrá contestado: ¡Ah. Sí!, un pobre capitán de la reserva, un D. Nadie, como si dijéramos[296].

No obstante, pocos días después en *La Época* daban cuenta de haber recibido una carta "del guerrillero Sr. Ariza" en la que decía haber conseguido del Gobierno el indulto de los penados que con más valor habían luchado contra los *moros*[297]. La *guerrilla de la muerte* fue disuelta por Martínez Campos, y en ello tuvo mucho que ver un incidente que ensombreció bastante su historia. Tuvo lugar a finales de noviembre, y fue protagonizado por José Farreu (o Farreny[298]) Riera, quien según José Boada "cometió ayer la barbaridad de cortar las orejas a un moro, antiguo confidente de la plaza, que apresaron en el campo. Sangrando por las cruentas heridas, presentáronlo al general en jefe. La hazaña produjo indignación. El penado creía haber realizado un acto meritorio"[299]. Martínez Campos lo sometió a juicio sumarísimo, y el 1 de diciembre fue ejecutado sin que nada pudiesen lograr las múltiples peticiones de indulto. La polémica todavía coleaba meses después, y por ejemplo en mayo de 1894 Nicolás Salmerón afirmaba en el Congreso que el asesinato de Farreu había sido ilegal, que no se había respetado la Constitución y que la guerrilla de la muerte había sido una afrenta para España y para el Ejército[300]. Para Gonzalo de Reparaz, Martínez Campos había hecho bien "a medias" con su sentencia, pero consideraba que había una culpa que no se podía ocultar, y era la que correspondía a los periódicos, por las múltiples "bravatas" en las que aludían con mucha alegría a acciones como cortar orejas y beber sangre de *moro*, que podían haber promovido el pensamiento de que desorejar al enemigo era un gran mérito[301].

La recompensa para los que formaron parte de esta guerrilla y del Batallón Disciplinario no pasó del indulto antes citado y alguna reducción de condena. Esto favoreció la aparición de voces indignadas contra el hecho de que las recompensas de la campaña fuesen más por recomendación que por mérito, como se afirmaba en *Don Quijote* ante el hecho de que 964 individuos hubiesen sido premiados en una campaña considerada "deshonrosa". Ponían como un claro ejemplo el hecho de que se hubiese concedido una Cruz al mérito militar al infante D. Antonio de Orleans y Borbón solo por

---

294 Vid. por ejemplo el especial "Ariza guerrillero" en *Don Quijote*, 1-XII-1893, p. 4. Pequeñas noticias o telegramas aparecieron en cualquier periódico que tratase con frecuencia la guerra.

295 Por ejemplo en *Heraldo de Madrid*, en su número del primero de enero de 1894 incorporaba una serie de grabados con rostros destacados del año que acababa de terminar. En un cuadro dedicado a Melilla los cuatro escogidos eran Macías, Moret (ministro de Estado), Martínez Campos y el capitán Ariza.

296 "Las recompensas", en *Don Quijote*, 26-I-1894, p. 1.

297 "Melilla", en *La Época*, 4-II-1894, p. 1.

298 En la mayor parte de la prensa del momento aparece como Farreu, pero en obras recientes es más habitual verlo referido como Farreny, e incluso se habla del incidente como el "caso Farreny".

299 BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 402.

300 "Congreso", en *La Época*, 9-V-1894, p. 2.

301 REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 257.

hacer acto de presencia, mientras que Ariza y sus valientes, que se habían jugado la vida continuamente, no habían tenido premio[302]. Desde *El Nuevo Régimen* también se criticaron con dureza los premios exagerados, especialmente en un artículo titulado "Recompensas", en el que se señalaba lo contradictorio de solicitar gratificaciones por lo que era un deber de los militares, que además seguían cobrando cuando no tenían que cumplirlo por la ausencia de trabajo[303].

Un ejemplo todavía más claro de desmitificación de las presuntas hazañas heroicas y episodios gloriosos de la campaña nos lo ofreció Gonzalo de Reparaz:

> Sólo como síntoma de nuestra imprevisión era cosa de importancia el suceso del 2 de Octubre, indigno del nombre de batalla y bien calificado con el de escaramuza. Pero el que hubiera de juzgarlo por el relato de los periódicos, creería que fue una de las más descomunales peleas que han visto los tiempos, poco menos sangrienta e importante que Lepanto, Waterloo, Sadowa y Sedán. Pues, ¿y sí se hubiera de medir por el número infinito de héroes que se descubrieron? Heróico el general; heróicos los oficiales, heróicos los soldados; todos héroes, todos levantados cien codos sobre los más valientes guerreros de los pasados siglos.

Para Reparaz, nunca en España se había alcanzado semejante "empacho de heroísmo", y veía un síntoma de la decadencia española el que acciones de esas características se considerasen gloriosas. Criticaba con ello directamente a la "opinión pública", antes llamada "vulgo", por ser necia, estar muy desinformada y carecer de voluntad y criterio, oscilando según la información que le ponían delante[304].

Para terminar este recorrido por los "héroes" de 1893 nos gustaría referirnos a algunos homenajes a los muertos de la campaña, cuya memoria se quiso conservar, como era habitual en el Ejército. Por toda España se celebraron honras fúnebres por el descanso de los valientes caídos en África, siendo en ocasiones diferentes asociaciones o periódicos los que costearon las solemnidades religiosas[305]. Pero al margen del tratamiento especial que recibió Margallo en su funeral, sobre el que ya hemos hablado, hay que referirse al trato que se dio a los restos de los que perdieron la vida en los combates. Sobre el enterramiento de los muertos del día 2 de octubre resulta de gran interés un texto de José García Rufino en la revista *Blanco y Negro*, en el que desgranaba sus impresiones ante el olvidado y oscuro rincón en que fueron sepultados, haciendo hincapié en la necesidad de un monumento que rindiese honores al sacrificio por España que aquellos hombres hicieron:

> Un montón de piedras cubre la tumba; junto á él, una carretilla donde se trajo la cal que como eterno sudario envolvió el mutilado cuerpo de los españoles…
>
> Y nada más.
>
> Sobre aquella tumba aún no había caído una lágrima, ni una corona pobre y humilde ha venido a marchitarse sobre la tierra del sepulcro. […]
>
> Ese rincón del cementerio es para nosotros un lugar sagrado; la patria debe elevar allí un monumento digno, y mañana, cuando nuestros hijos se detengan ante él, podremos decirles: -¡Mirad, ahí duermen el sueño eterno unos valientes que dieron su vida por la patria![306]

[302] "Las recompensas", en *Don Quijote*, 26-I-1894, p. 1.
[303] PI Y ARSUAGA, F.: "Recompensas", en *El Nuevo Régimen*, 20-I-1894, p. 1.
[304] REPARAZ: "Los sucesos de Melilla", p. 208.
[305] GUERRERO: *Crónica de la Guerra del Riff*, p. 199.
[306] GARCÍA RUFINO, J.: "¡Pro Patria!" en *Blanco y Negro*, 11-XI-1893, p. 744.

A este estado de abandono habría que sumar el enterramiento que se realizó durante el cerco de Cabrerizas Altas en el foso del propio fuerte, pues en principio solo el cadáver de Margallo fue trasladado a Melilla. Según el relato de José Boada, a aquellos "mártires de la patria" se les preparó un modesto sepelio, y fueron enterrados bajo un montón de tierra, que únicamente quedó indicado por una cruz hecha con dos trozos de madera, "sencillo, pero conmovedor monumento alzado á la memoria de aquellos valientes"[307]. La idea de García Rufino de la conveniencia de un monumento tuvo eco poco después, y en febrero de 1894 los tenientes Manzano Valdés, Guiao Fernández y Peñuelas Calvo (los dos primeros del Disciplinario y el último del Regimiento de Toledo) propusieron que se crease un mausoleo para acoger los restos de todos los fallecidos en la campaña, que se debía erigir en el cementerio de Melilla. Según la placa que todavía hoy se conserva en el interior del Panteón:

> La oficialidad de los cuerpos que en 1893 constituyeron el ejército de operaciones de África inició una suscripción voluntaria a la que respondió todo el elemento militar de España para erigir un mausoleo que conservara los restos y perpetuara la memoria de los compañeros de armas que en los meses de octubre y noviembre del citado año sucumbieron en el campo de esta plaza combatiendo contra las kabilas fronterizas.

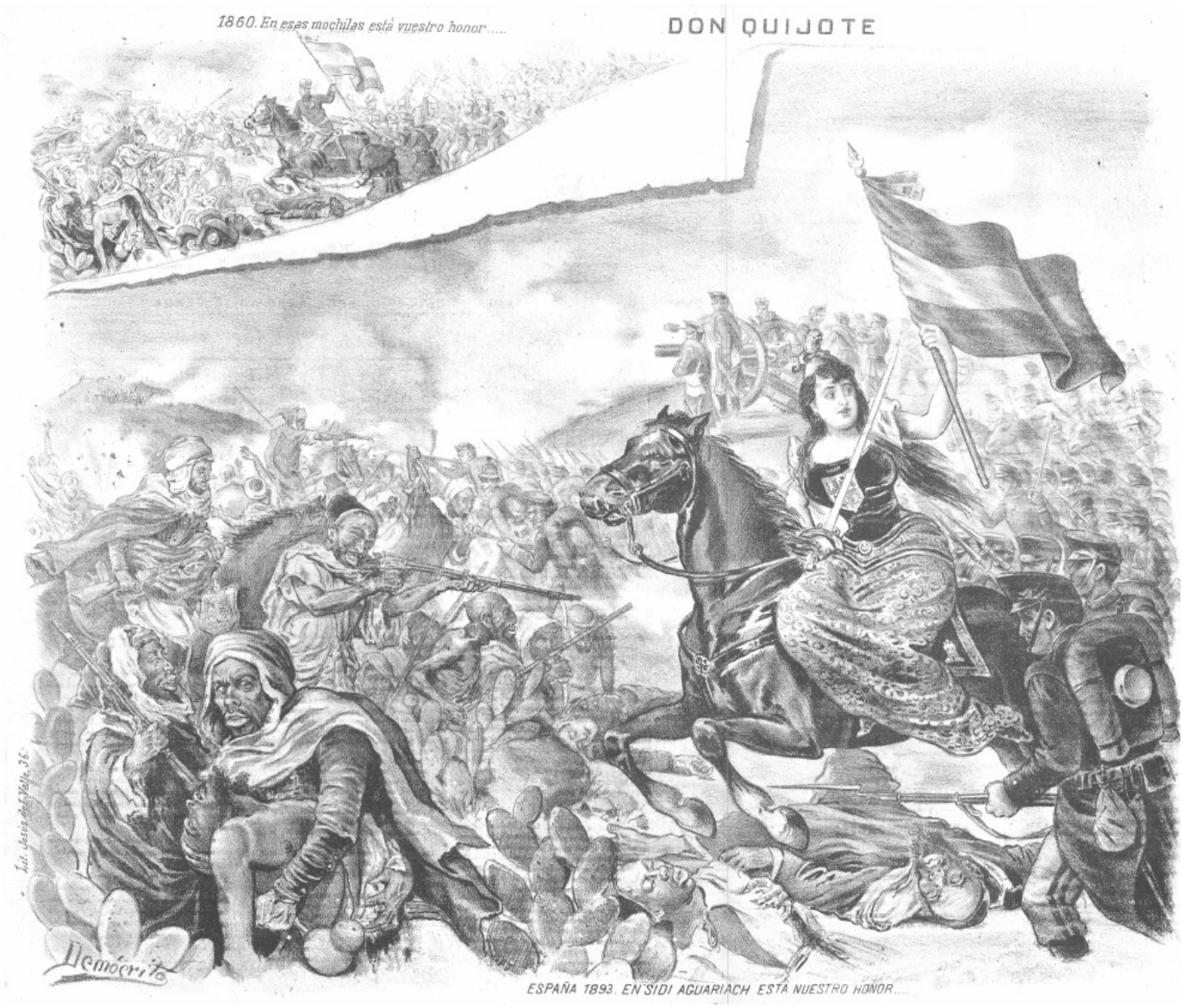
El proyecto que se diseñó en función del dinero recaudado fue aprobado por Real Orden de 23 de octubre de 1895, y comenzó a ser construido en junio de 1896, quedando terminado el 25 de noviembre de ese mismo año. La edificación resultante consistió en un sobrio edificio de planta cuadrada, cuya tipología recuerda por algunos elementos al arte funerario egipcio[308]. Sus cuatro lados están decorados con ramos de laurel que representan la gloria y lleva una cruz sobre la entrada. En la parte superior del panteón hay un edículo sobre una escalinata, que sirve de remate (Figs. 31 y 32). Pese a quedar terminado en 1896, el traslado de los restos al nuevo monumento no culminó hasta el 31 de diciembre de 1900, fecha en la que, según *La Correspondencia Militar*, se realizó un solemne acto, que comenzó en la iglesia parroquial de Melilla, continuó en el cuartel de Caballería, donde reposaban los "restos de las víctimas de los luctuosos sucesos del 93", incluidos los de Margallo; y culminó con el cortejo fúnebre dirigiéndose hasta el mausoleo del cementerio de Melilla, en cuya cripta se enterraron. En un momento en que el Ejército, tras el desastre cubano, se encontraba en plena reforma y muy cuestionado, el citado periódico aprovechaba la ocasión para destacar la grandeza que demostraba dicho acto:

> El Ejército […] se dedica a proporcionar digna y decorosa sepultura a aquellos de sus muertos que honraron la Patria, dando por ella su sangre toda. ¡Hermoso ejemplo, digno de imitarse por todas las demás instituciones españolas![309]

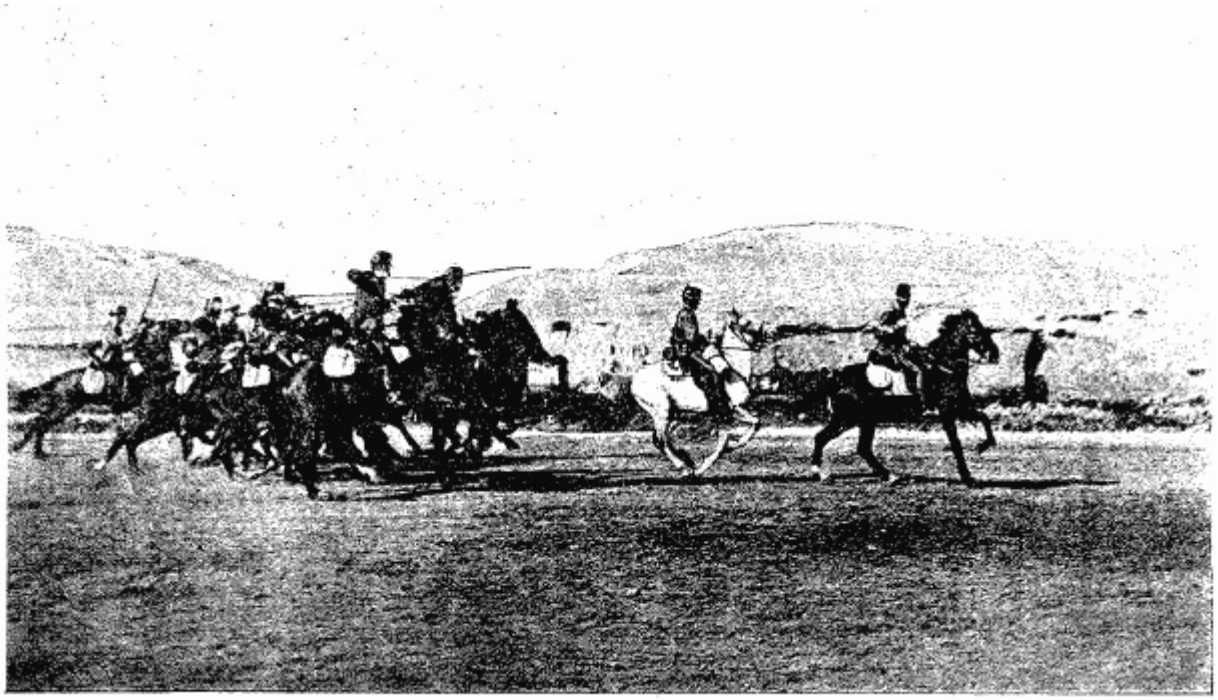
[307] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 367.

[308] Su forma y las paredes inclinadas recuerdan a una mastaba, un tradicional monumento funerario egipcio cuya forma se empleó con frecuencia en cementerios europeos en los siglos XIX y XX. Además, la decoración de la entrada también remite al arte egipcio.

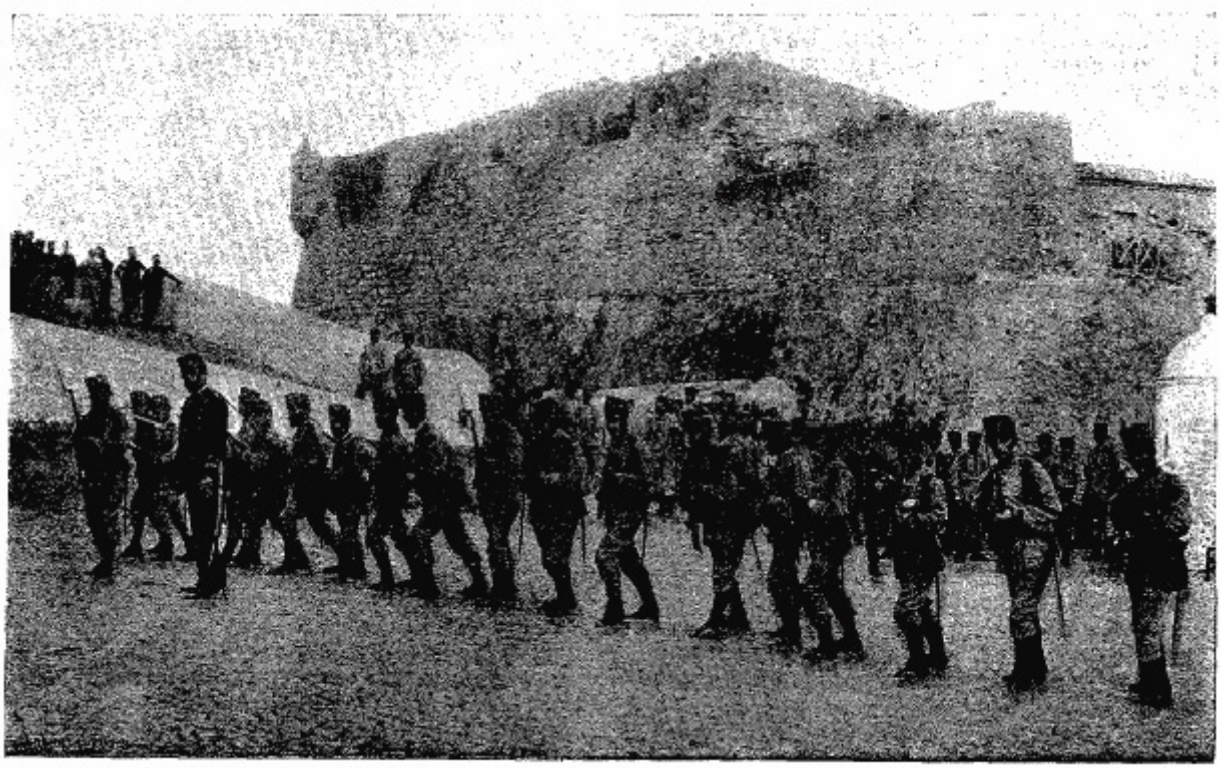
[309] "Cartas de Melilla", en *La Correspondencia Militar*, 7-I-1901, p. 2.



(Fig. 21) Dibujo de Demócrito publicado en el semanario *Don Quijote*, 13-X-1893, p. 2.



MANIOBRAS DE LA SECCIÓN DE CABALLERÍA



UNA SECCIÓN DE SOLDADOS HACIENDO ESGRIMA Á LA BAYONETA

(Figs. 22 y 23) Fotografías de Manuel Compañy publicadas en la revista *Blanco y Negro*. 4-XI-1893, p. 4 y 25-XI-1893, p. 7



(Fig. 24) "Mort del heróych General Margallo en las inmediacions de Cabrerizas Altas". Dibujo de J. Blanco Coris publicado en *La Campana de Gràcia*, 11-XI-1893, p. 1.



(Fig. 25) "Acción heroica del teniente Primo de Rivera". Dibujo de Gros en *Blanco y Negro*, 11-XI-1893, p. 15.



(Fig. 26) Dibujo publicado en *Don Quijote*, 17-XI-1893, p. 7



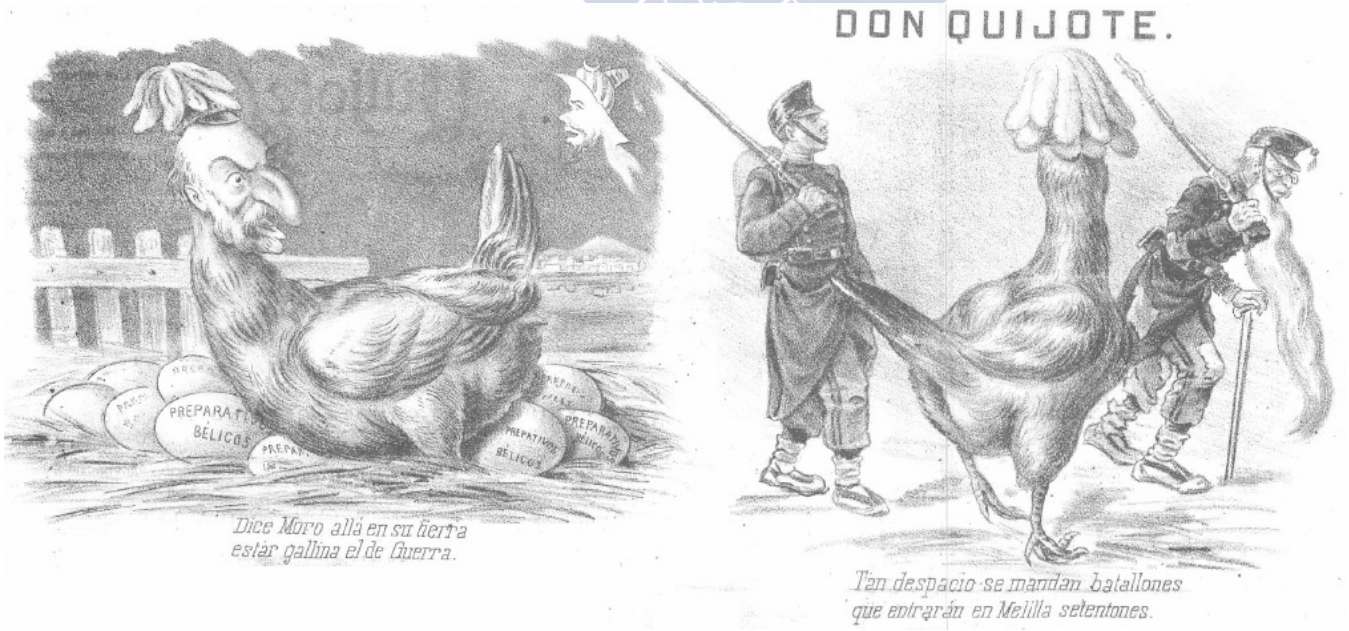
(Fig. 27) "Barcelona despedint a las tropas que van a Melilla, en *La Campana de Gràcia*, 18-XI-1893, p. 8.



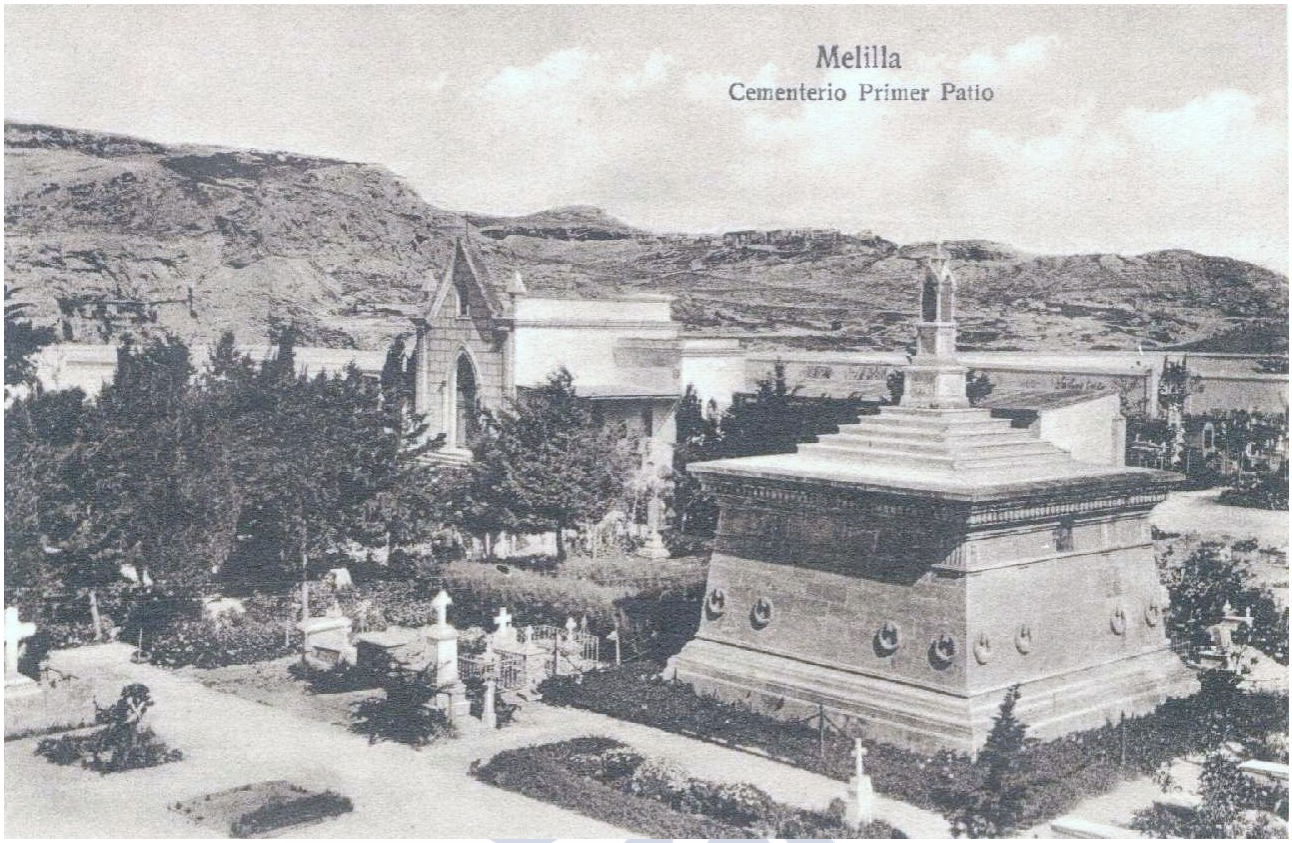
(Fig. 28) "L'Aspiració D'Espanya, en *La Campana de Gràcia*, 9-XII-1893, p. 1.



(Fig. 29) “Moritos estar amigos”, en *Don Quijote*, 8-XII-1893, p. 3.



(Fig. 30) Dos representaciones del ministro de la Guerra, general López Domínguez, como una gallina, en *Don Quijote*, 20-X-1893.



(Figs. 31 y 32) Postal de la época y fotografía reciente del Panteón de Margallo. Melilla, 1896.



La guerra chica tampoco tuvo una paz grande

Desde diciembre de 1893 ya se apreciaba claramente que la guerra había entrado en punto muerto, pasando desde entonces todo el protagonismo a los acuerdos de paz. En las calles ya se había apagado la breve ola de entusiasmo popular y entre los periódicos, salvo los más beligerantes, fue asumida la idea de que era hora de negociar. Por ejemplo desde las páginas de *El Imparcial*, que había apostado por la necesidad de lavar por las armas el honor de España, se veía ahora con buenos ojos el fin de las hostilidades, considerando que ya se había recuperado el territorio próximo a Melilla, se estaba en condiciones de construir el fuerte de Sidi Guariach sin que los *moros* se opusiesen, y se podía evitar una guerra que no sería contra unas pocas kabilas, sino contra todo el sultanato, lo que podía suponer la indeseable intervención de otras potencias[310].

Después de varias negociaciones que fueron concretando las posturas de España y Marruecos, a finales de enero de 1894 se organizó una embajada española encabezada por Martínez Campos, que se desplazó desde la ciudad portuaria de Mazagán hasta Marrakech para negociar directamente con el sultán Hassan I. La embajada captó la atención de los periódicos, e incluso fueron varios los corresponsales que la acompañaron en su viaje. El 20 de enero en *La Iberia* se indicaba que habían salido para Mazagán "los corresponsales de *La Época*, *La Ilustración Española*, *El Imparcial*, *La Vanguardia*, de Barcelona, y *El Liberal*, Sres. Soriano, Simonet, Muñoz, Boada y Morote"[311]. Al final, más que cubrir unas poco jugosas negociaciones, se destacaron por los relatos sobre el periplo, propios de la típica literatura de viajes.

Las declaraciones de Martínez Campos antes de partir dejaban entrever que acudía a negociar sin haber enterrado todavía el hacha de guerra, lo que favoreció que algunos medios siguiesen todavía creyendo en la guerra:

> Voy por la paz o por la guerra; no sé si tendremos guerra o paz, pues las instrucciones que llevo del Gobierno son muy enérgicas, y más enérgicas todavía han de ser las reclamaciones que yo haga en favor de los derechos de España. Si vuelvo con la paz ha de ser en condiciones tales, que la opinión quede totalmente satisfecha[312].

Pero lo cierto es que el general iba con la clara intención de llegar a un acuerdo, y las negociaciones se dilataron lo que hizo falta para que terminaran. Durante esos días se empezó a hablar de cómo debería ser el tratado, y fueron muy frecuentes los artículos que analizaban las diversas cláusulas, estando siempre de fondo como referente la paz de Wad-Ras. Pero el interés fue decayendo según pasaba el tiempo sin que las negociaciones fructificasen, y crecía el escepticismo ante la sensación de haber entrado en el juego del sultán: "Habremos sido objeto de una nueva burla de la diplomacia sultanesca"[313] afirmaba *El Correo Militar* antes de los acuerdos, pero fue una idea que mantuvieron ya conocidos éstos. Desde el *Heraldo de Madrid* se mostraban desesperanzados ante la situación, y veían perdida la posibilidad de salvar el honor nacional:

> [El Heraldo] comulga en sentimientos con aquella grande y generosa opinión nacional que un día estuvo dispuesta á toda clase de sacrificios, pero que al cabo tuvo que perder la esperanza de que el honor y los intereses patrios quedaran á salvo en esta negra tragedia de Melilla[314]

---

310 "La campaña en el Rif", en *El Imparcial*, 7-XII-1893, p. 1.
311 "Corresponsales", en *La Iberia*, 20-I-1894, p. 1.
312 "Una interview", en *La Iberia*, 20-I-1894, p. 1.
313 *El Correo Militar*, 24-XI-1893, p. 1.
314 "Sin esperanza", en *Heraldo de Madrid*, 9-II-1894, p. 1.

Catalogaban la resolución del conflicto de completo fracaso, porque las negociaciones no llevarían a nada, y se concluía con un abatido: "Fuimos una gran nación. Ya no lo somos".

El Tratado se firmó en Marrakech el 5 de marzo. Según lo acordado, el Sultán se obligaba a castigar a los rifeños (como muy tarde el verano siguiente[315]), se nombraría un caíd del campo de Melilla para mantener el orden, se fijarían los límites de dicho campo y se establecían los plazos para el pago de la indemnización. Dos de los artículos aludían simplemente a cumplir lo ya acordado en Wad-Ras. En la práctica el tratado venía a suponer que el Sultán castigaría a los rifeños cuando quisiese y como quisiese, se cumplirían artículos del Tratado de Wad-Ras que los sucesivos sultanes habían incumplido y se daría una indemnización que no cubriría más que una parte de los preparativos bélicos españoles, y nada de los daños a bienes o personas por la agresión rifeña[316]. Aunque la indemnización ascendió a 20 millones de pesetas, algunos cálculos indican que el costo total de las operaciones había sido de 35 millones[317]. El ministro de la Guerra, López Domínguez, llegó a declarar que "cuando la Guerra de África se dijo que para una guerra grande se había obtenido una paz chica, ahora puede esta calificarse de guerra chica y de paz grande"[318]. Esta optimista perspectiva no fue en absoluto compartida por la mayoría de los españoles de entonces. Así, la sensación de derrota fue generalizada en toda la prensa, y de modo especial en la militar. Aunque el esfuerzo había sido infinitamente más reducido que el de 1860, la idea de que no había quedado suficientemente recompensado volvió a imponerse. Según Salas Larrazábal, que consideró la paz "no muy ventajosa para España", a su retorno Martínez Campos fue recibido con mucha frialdad, pero el propio general respondió a los periodistas que lo que le sorprendía era no haber sido recibido a pedradas[319].

Pese al generalizado tono negativo, hubo también visiones positivas (al margen de las oficiales) que aludían al valor de la paz en sí misma, más por lo que se dejaba de perder que por lo que se ganaba, como la de Pi i Margall[320]; o al efecto positivo que la campaña había tenido para reunir las miradas españolas al otro lado del Estrecho. Era el caso, por ejemplo, de José Boada:

> Si bien lo que nos dan los moros no bastará á indemnizarnos de los gastos hechos, no por esto habrá sido infructuosa la campaña de Melilla.
>
> Con ella habremos logrado, cuando menos, fijar la atención de nuestros estadistas sobre los asuntos de Marruecos, muy dignos de ser estudiados tanto por lo que afectan á nuestra misma nacionalidad cuanto por lo que, en día no lejano, puedan contribuir al mayor esplendor y engrandecimiento de la patria"[321]

A corto plazo, las repercusiones de esto que señalaba Boada no se dejaron notar demasiado, y en breve los problemas en Cuba distraerían durante bastante tiempo la atención de la costa norteafricana, pero no se puede negar que muchos españoles

[315] Salvo con el caso de Maymón-Mohatar, considerado como el principal instigador de la rebelión de las kábilas, que fue hecho prisionero y entregado a las autoridades españolas. BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 422. Posteriormente España lo devolvió a Marruecos para que fuese juzgado en Tánger.

[316] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 156.

[317] GÓMEZ BARCELÓ: "El siglo XIX", p. 174. También en PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 303. Para Javier Rubio si España no pidió una mayor indemnización fue por las presiones de Gran Bretaña y de Francia: RUBIO: *El final de la era de Cánovas*, tomo II, p. 777.

[318] RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 157.

[319] SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 70.

[320] Vid. por ejemplo "El tratado", en *El Nuevo Régimen*, 10-III-1894, p. 2.

[321] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 551.

aumentaron su conocimiento sobre Marruecos. Además, la ciudad de Melilla obtuvo beneficios del enorme despliegue de soldados y la actividad económica que éstos generaron, ampliando notablemente su población, que era en 1895 de 10.004 en 1895 (3.026 militares, 6.515 civiles y 473 presos), mientras que una década antes ni siquiera llegaba a los 2.000. Con ello se sentaron las bases para que Melilla se convirtiese unos años después en un centro clave de colonización y comercio, dejando incluso de ser presidio en 1907, y también en base de operaciones de una campaña militar en la región oriental del Rif, como estimaba conveniente Gonzalo de Reparaz[322].

En junio de 1894, pocos meses después de los acuerdos de paz, moría el sultán Muley Hassán, hecho decisivo para el debilitamiento del poder central en Marruecos, pues de la inestabilidad y las luchas entre sus sucesores se aprovecharía Francia para hacerse con el control del sultanato[323]. Esta situación ya había sido anticipada por varios africanistas españoles antes incluso del fallecimiento de Muley Hassan[324].

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[322]REPARAZ: *Melilla*, p. 59.

[323] A Muley Hassán lo sucedió su hijo Abd al-Aziz, de solo 14 años, mientras que el primogénito, Abd al-Hafid, se enfrentaría a su hermano, llegando a derrocarlo en 1908, para mantenerse solo hasta 1912 cuando abdicó en otro hermano, Yusuf, con el que comenzó el protectorado francés.

[324] El más contundente fue el propio Gonzalo de Reparaz, que alertaba de la posible liquidación del Imperio marroquí si moría el sultán, para la que España no estaba preparada, al contrario que Francia, aunque era consciente de que sus palabras pasarían desapercibidas: "la nación duerme tranquila en el seno de la santa ignorancia": REPARAZ: *Melilla*, p. 4.

4 - La memoria de Aita Tettauen del Sexenio a la Restauración

La intensa movilización patriótica que provocó la Guerra de África se extinguió muy pronto, y ya casi nada quedaba de ella a los pocos meses de terminada la campaña. No obstante, ésta no cayó en el olvido, pues el hueco que se hizo en la memoria colectiva del nacionalismo español fue notable, al ser considerada una de las grandes gestas de los últimos siglos y el último gran ejemplo de la fuerza del viejo y agotado *león* español. Considerada a menudo como gloriosa e infructuosa al mismo tiempo, su memoria siguió viva en los tiempos del Sexenio y especialmente de la Restauración.

Desde 1868, con el triunfo de *La Gloriosa*, España entró en una etapa política de intensas luchas partidistas y de la búsqueda de un nuevo sistema político, de convergencia entre muchos proyectos ideológicos e identitarios que no dejaron mucho tiempo ni para el desarrollo del africanismo ni para la configuración de una memoria nacional comparable a la que proliferaría en el periodo siguiente, tras la Restauración borbónica. El Estado español de esta nueva etapa intentó socializar ampliamente la idea de nación española, lo que incluyó una política de memoria histórica, con un modelo claramente conservador-católico y castellanista[1]. Por ello en esta etapa la memoria histórica nacional adquirió un peso mayor al de cualquier momento anterior, como se aprecia en la proliferación de monumentos públicos representando los principales paradigmas de la nación, que supone una invasión del espacio público por los símbolos de la patria[2].

La Guerra de África iba a formar parte de las *glorias nacionales* exaltadas en esta etapa. A ello contribuyó mucho su consideración de gran hazaña patria todavía "viva", en el sentido de que aun había supervivientes que habían participado en ella, por lo que el recuerdo era mucho más próximo y los veteranos podían participar de la conmemoración.

La *gesta gloriosa* no se olvida

Aunque con los años fueron apareciendo análisis más críticos, que examinaban el conflicto sin dejarse llevar por el entusiasmo patriótico, lo cierto es que continuó predominando una visión de la guerra enormemente positiva. El prestigio internacional adquirido con la campaña, los logros en el campo de batalla o la heroicidad demostrada por el Ejército español estaban fuera de duda, y lo único que se lamentaba con frecuencia seguía siendo la paz, lo que hacía que términos como "gloriosa y estéril" o "brillante e infructuosa" se usasen con frecuencia para definir lo sucedido en 1859 y 1860. Pero además de la campaña en sí misma, continuó recordándose el entusiasmo popular generado por la guerra y la unidad de todos los españoles respecto a un mismo fin. La aparición de movimientos sociales opuestos a la guerra (y especialmente al reclutamiento) como sucedió por ejemplo en 1893, 1895-1898 ó 1909; así como la aparición de nacionalismos periféricos que ponían en duda la idea misma de nación española, fueron elementos que favorecieron la recuperación de la memoria de la Guerra de África como un ejemplo de unidad patriótica que amplios sectores añoraban. Lo que en 1882 se

[1] ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa*, p. 188; CASTRO: *Héroes y caídos*, pp. 64-66. Para la socialización de la nación a través de sus símbolos Vid. SERRANO: *El nacimiento de Carmen*.
[2] Vid. REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, pp. 391-397.

catalogaba en *El Imparcial* como el "hecho que despertó el mayor entusiasmo patrio de nuestra historia moderna"[3] era claramente un ejemplo a seguir.

Junto a la unidad nacional, otro aspecto recordado con mucha frecuencia fue el de la unidad religiosa. En tiempos en los que los privilegios de la Iglesia eran cada vez menores, especialmente durante el Sexenio, muchos católicos veían en ello un síntoma de decadencia de la patria y del genuino carácter español, siempre ligado al catolicismo. La Guerra de África, aunque en absoluto había sido una guerra surgida por motivos religiosos, era interpretada por varios sectores católicos como una gloriosa muestra del éxito que acompañaba a España cuando llevaba su fe por bandera. Así lo recordaba en las Cortes el diputado católico Ramón Ortiz de Zárate en 1869, cuando señalaba que las grandes y exitosas empresas españolas siempre habían estado caracterizadas por un papel preponderante de la religión, en contraste con la eminentemente militar de Francia o la económica y comercial de Inglaterra[4]. Con la llegada de la Restauración borbónica la Iglesia recuperó buena parte de sus privilegios, pero era evidente que el peso de la religión en la sociedad y la política habían descendido, por lo que el carácter eminentemente cristiano que muchos quisieron ver en la campaña de O'Donnell siguió sirviendo para añorar la firme unidad religiosa de antaño. Así lo manifestó José Mansó i Juliol, Conde de Llobregat, en el Congreso en 1876, en medio del debate sobre la libertad de cultos, cuando afirmó que si la Guerra de África se había ganado había sido porque todos los que apoyaron la lucha lo habían hecho bajo la bandera del catolicismo, y señaló además que solo la bandera cristiana y la unidad religiosa había dado la victoria a los pueblos civilizados[5].

Los grupos políticos conservadores y sus órganos de prensa se mostraron como los más fervientes defensores de lo que consideraban una ejemplar gesta nacional, y en ocasiones se lamentaron del relativo olvido en el que estaba quedando durante el Sexenio. Buena muestra de ello nos la da el periódico monárquico *La Esperanza*, cuando en 1873 recogía una carta acerca de la situación en Cádiz, donde la calle Duque de Tetuán había pasado a llamarse Sixto Cámara (político republicano muerto en 1859), e incluso se había retirado la lápida conmemorativa de la Guerra de África. Era solo uno entre muchos nombres de calles que se modificaban en la ciudad andaluza y, según el autor de la carta, los operarios del Ayuntamiento se afanaban en la "tarea ridícula de variar los nombres de las calles, sustituyendo los de santos por otros profanos, antiespañoles unos, impíos los más, y no pocos impronunciables para el docto pueblo"[6].

Otra idea en la que también se insistió bastante en estos años, especialmente en relación con el africanismo, fue la de que el conflicto iniciado en 1859 había sido una guerra civilizadora, que había servido para volver a acercar a dos pueblos que llevaban siglos separados, y que abría todo un mundo de posibilidades comerciales y de progreso mutuo[7]. El propio Joaquín Costa, en su intervención en el teatro Alhambra en 1884, habló de guerra de civilización, en la que vencedores y vencidos se estrecharon la mano, como hermanos reconciliados que volvían al regazo de la madre común[8]. Este tipo de ideas tuvieron un notable calado entre los sectores afines al africanismo, pero resultaban muy difíciles de difundir entre el conjunto de la población, y su presencia en los prensa de la época fue limitada.

[3] *El Imparcial*, 9-XII-1882, p. 1.
[4] "Cortes", en *La Discusión*, 11-VI-1869, p. 3.
[5] *El Siglo futuro*, 2-V-1876, p. 3.
[6] B. S. M.: "Situación de Cádiz", en *La Esperanza*, 22-IV-1873, p. 1.
[7] Al final, se reproducían en buena medida las ideas de campaña civilizadora y evangelizadora que habían caracterizado el discurso bélico que rodeó al conflicto.
[8] COSTA, J., discurso en *Intereses de España en Marruecos*, p. 40.

Además del incidente de Melilla de 1893, en relación al cual ya analizamos cómo fue recordada la Guerra de África, con el conflicto cubano iniciado en 1895 también se evocó mucho la famosa campaña, especialmente como un modelo de conducta para España y su Ejército en la Gran Antilla. Uno de los aspectos más envidiados de la actitud de 1859 fue el de la unidad de todos los políticos desde que tuvo lugar la declaración de guerra, que poco tuvo que ver con los constantes enfrentamientos entre conservadores y liberales acerca de cómo gestionar la rebelión cubana[9]. Por ello fue normal recordar aquella actitud de 1859 que se consideraba tan patriótica, como evocaba por ejemplo Rafael Gasset, del Partido Conservador, al solicitar en 1896 en el Congreso una tregua política que permitiese afrontar con energía el problema cubano, tal como se había hecho en la Guerra de África[10]. La insistencia en comparar 1859 y 1895 parecía derivar sobre todo del deseo por culminar en éxito la costosa campaña antillana. Un episodio victorioso próximo era un referente apropiado, al contrario que la campaña de Melilla de 1893, que muchos seguían considerando un deshonor, especialmente en el seno del Ejército. En 1895, con el conflicto cubano ya en marcha, desde *El Correo Militar* se señalaba que la escuadra fondeada en Ferrol debía situarse estratégicamente en otras aguas, como las de Marruecos, entre otras cosas para "mantener vivo el recuerdo de la Guerra de África, haciendo olvidar la campaña de Melilla"[11]. Está última campaña fue incluso acusada de haber animado a la rebelión de los independentistas, que habían podido comprobar la tibieza de España a la hora de responder a desafíos armados.

Desde la perspectiva de muchos, la comparación de los conflictos africano y cubano también daba lecciones sobre cómo había que terminar la guerra, aprendiendo de errores como el Tratado de Paz, que seguía considerándose desventajoso e incluso peligroso para la patria[12]. Mensajes de este tipo llamaban a continuar la guerra en la isla hasta la definitiva victoria, y a no seguir políticas de atracción que buscasen una paz negociada. Un colaborador de *La Época* que firmaba como El Lego, afirmaba en 1897 que la Guerra de África también había recibido muchas críticas en su momento, por cuestiones como los problemas de sanidad militar, las deficiencias en los transportes o los abusos en intendencia, señalando luego que "han pasado treinta y siete años, y de todo aquel movimiento no queda más que el recuerdo gratísimo de la victoria". Con ello, daba a entender en su artículo que con la Guerra de Cuba pasaría lo mismo, que todas las críticas del momento se olvidarían en el futuro y solo quedarían los recuerdos de la victoria y del prestigio obtenido por una España que enviaba el mayor ejército que jamás hubiese cruzado el Atlántico[13].

Los pocos hechos de armas que se pudieron celebrar entre 1895 y 1898, como fue el caso de la muerte del líder cubano Antonio Maceo en 1897, generaron un entusiasmo popular que se comparó rápidamente al producido con la toma de Tetuán[14]. En Madrid, por ejemplo, se formó una manifestación espontánea de tanta magnitud que el paso por diversas calles de la capital era imposible[15]. Como en ella, muchas otras ciudades se caracterizaron por la música, fuegos de artífico, festejos, banquetes y, en general, el regocijo popular digno de una gran victoria, por más que en el fondo hubiese sido un

[9] Vid. RUBIO: *El final de la era de Cánovas. Los preliminares del "desastre" de 1898*.
[10] "Congreso", en *El Imparcial*, 12-VII-1896, p. 1.
[11] "Nuestra escuadra", en *El Correo Militar*, 13-VIII-1895, p. 2.
[12] "La insurrección de Cuba" en *La Ilustración ibérica*, 15-II-1896, p. 7. En este análisis se consideraba incluso que el levantamiento carlista en Sant Carles de la Ràpita se había derivado de los acuerdos de paz, pues sus instigadores se proponían establecer un gobierno que continuase la guerra.
[13] LEGO, EL: "Crónicas Ligeras. Tetuán", en *La Época*, 5-II-1897, p. 1.
[14] Vid. por ejemplo "Notas de última hora" en *La Época*, 12-V-1897, p. 3.
[15] "Manifestación pública", en *La Época*, 9-XII-1896, p. 3.

pequeño incidente, que si bien se saldó con la muerte de un símbolo de la rebelión, no supuso que el fin de la guerra estuviese próximo[16].

La intervención de los Estados Unidos elevó todavía más el ánimo belicista y el fervor patriótico, recuperándose las antiguas glorias de España, que en ocasiones se empleaban como la mejor demostración del poderío español contra un país "sin historia". Coincidiendo precisamente con este contexto se comenzó a publicar una serie de pequeños volúmenes por entregas titulada "Glorias de España", que se vendían a 10 céntimos y cuyo undécimo tomo fue *Batalla de los Castillejos*, que salía a la venta poco después de la derrota de la escuadra española en Santiago de Cuba, y que seguía a episodios como *El combate del Callao*, *Batalla de Lepanto*, *La batalla de Bailén* o *Una derrota gloriosa*, este último alusivo a la batalla de Trafalgar y cuya publicación resultaba especialmente paradójica[17]. *Batalla de los Castillejos* presentaba en poco más de 30 páginas una lectura idealizada de la campaña de África, basada en buena medida en la de Alarcón. A pesar de su título se trataba más la figura del general Prim que la propia batalla, incluyendo diversos aspectos biográficos que nada tenían que ver con la guerra de 1859-60[18].

El avance de una memoria menos idealizada

Aunque la concepción del conflicto como una gesta gloriosa o la última gran hazaña del Ejército español se mantuvo durante toda la etapa de la Restauración, también proliferaron los análisis menos laudatorios de la campaña, y no nos referimos a visiones críticas de la casi siempre denostada paz, sino también de la propia guerra. El propio Juan Prim, héroe por excelencia del conflicto, reconoció en el Congreso en 1870 que cuando se dirigió a embarcar "a cada paso me encontraba grandes grupos de soldados licenciados" que decían a sus hombres "buen viaje amigos, y matar muchos moros"; pero que ni uno solo de ellos se había reenganchado, con lo que en buena medida daba a entender que el tan aludido entusiasmo generalizado resultaba un tanto artificioso[19].

Desde el africanismo de estos años, que ya hemos analizado, se consideró que la guerra había sido una campaña de prestigio exterior, con el objetivo de despertar el espíritu nacional, y que se caracterizó por una deficiente actuación diplomática o por la ausencia de una planificación coherente[20]. El propio Joaquín Costa afirmó que España, a la primera insinuación de Inglaterra, se detuvo cuando marchaba camino de Tánger, y devolvía Tetuán sin pedir alguna compensación al sur del Imperio, algo que, según él, se habría conseguido fácilmente, por lo que se malgastó el esfuerzo de los soldados. Además, también señalaba que las intervenciones exteriores de la Unión Liberal no habían dejado nada para el futuro, que no habían sido más que sueños, pero que al menos en aquel momento sí se soñaba[21], criticando claramente la inacción exterior española con posterioridad a aquella etapa. El argumento costiano de la falta de resultados de la campaña fue compartido por muchos autores de la época, por más que la guerra se considerase heroica, y valoraciones como "gloriosísima para nuestras armas y de todo

[16] IGLESIAS AMORÍN, A.: *Imagen y repercusiones de la Guerra de Cuba en Galicia*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2008, p. 79.
[17] *Diario oficial de avisos de Madrid*, 18-VII-1898, p. 3.; TOMASICH, E.: *Una derrota gloriosa*, Oficinas de "La Última Moda", Madrid, 1898.
[18] RODRÍGUEZ-SOLÍS, E.: *Batalla de los Castillejos*, Oficinas de "La Última Moda", Madrid, 1898.
[19] ANGUERA: *El general Prim*, p. 315.
[20] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 31.
[21] "España y la expansión colonial. La voz de Costa", Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 2, CSIC, Madrid, 1966, p. 156.

estéril para nuestros intereses" o "Tan llena de gloria como vacía de resultados prácticos"[22] eran constantes para desmitificar una guerra que en 1905 el político e historiador Gabriel Maura definió como un "acto de estéril y perjudicial quijotismo[23].

Si desde el africanismo lo que más se criticaba era la ausencia de beneficios, desde sectores como el republicanismo federal se insistía en que nada de la guerra había sido bueno para el país. Recordarlo fue especialmente importante en 1893, ante la amenaza de una nueva intervención, y se afirmaba que era una guerra por intereses particulares, que había costado mucha sangre y oro a la nación, y que se había apelado a un orgullo patriótico que no se debía fomentar para intervenciones militares[24].

Por otro lado, en un momento en que el interés por la historia de España era tan elevado, muchos historiadores se aproximaron a la Guerra de África, aunque no tantos lo hicieron desde una visión crítica y que no tuviese como fuente principal el *Diario de un testigo de la Guerra de África* de Alarcón. Entre ellos podemos destacar el caso de Francisco Martín Arrue, experto en Historia Militar que ofreció durante varios años cursos en Madrid sobre el conflicto marroquí, analizándolo de un modo concienzudo y libre de entusiasmo patriótico, como se demostró a través de los numerosos resúmenes y fragmentos de sus charlas que llegaron a la prensa española de entonces. A finales de 1897, en las sesiones que tuvieron lugar en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, explicaba que la opinión pública había sido preparada para la guerra por el Gobierno a través de la prensa, pero aquél no había sabido hacer lo mismo respecto a la paz. Por ello, la situación se le había ido de las manos tras la toma de Tetuán. Entre sus inusuales afirmaciones estaba la de que la situación logística del Ejército español tras la conquista de Tetuán era muy precaria: "estuvo expuesto en Tetuán a no tener absolutamente con qué alimentarse"[25], pues según la documentación del ministerio de la Guerra las operaciones que llevaron a la batalla de Wad-Ras no se iniciaron antes por falta de provisiones. También afirmaba que el Ejército en general estimaba inconveniente continuar la guerra y mantener Tetuán, pero que el clamor popular complicó poner fin a la campaña[26]. Sin embargo, estudios desmitificadores de la guerra como los de Arrue no alcanzaron gran difusión, y la romántica perspectiva de Alarcón continuó siendo la referencia para entender, analizar y recordar la campaña de 1859-1860. Al menos hasta que en 1905 vio la luz otra obra sobre la guerra que obtendría gran popularidad: *Aita Tettauen*, uno de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós. Esta novela histórica fue sin duda la mayor contribución a la divulgación de una visión de la guerra más crítica y menos envuelta en épica o romanticismo, que por su importancia para la reformulación de la memoria sobre el conflicto analizaremos en detalle más adelante.

[22] "¿Qué hay de verdad en todo ello?", en *La Discusión*, 13-VIII-1879, p.1 y "Marruecos" en *La Iberia*, 27-IV-1880, p. 1.
[23] MAURA, G: *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, Madrid, 1905, p. 22.
[24] Vid. por ejemplo "El orgullo nacional", en *El Nuevo Régimen*, 14-X-1893, p. 2.
[25] "Ateneo de Madrid", en *La Correspondencia de España*, 7-XII-1897, p. 1.
[26] "Ateneo", en *La Correspondencia Militar*, 26-XI-1897. También en *La Época*, 25-XI-1897, p. 2.

La guerra en la escuela

La Restauración fue una etapa en la que el Estado dio mucha importancia a la educación, a pesar de que el ritmo de crecimiento de la alfabetización continuó siendo bastante lento. Dentro de la educación, la Historia se convirtió en una materia fundamental, al ser considerada como el principal medio para empapar a los ciudadanos desde niños de una conciencia nacional española[27]. Por eso se convirtió en materia obligatoria, y se produjo una avalancha de manuales caracterizados por reflejar de forma sintética el discurso histórico amparado por el Estado[28]. El historiador y pedagogo Rafael Altamira afirmaba en 1891 que la escuela era "la base sobre la que se construye el futuro de toda nación". Si ésta fallaba, todo el sistema nacionalizador se tambaleaba, por lo que había que preparar concienzudamente a los maestros para ello, para que la escuela enseñase y, sobre todo, para que formase españoles[29].

Aunque los estudios relacionados con la teoría de la débil nacionalización han insistido en el mal funcionamiento del sistema educativo como un elemento clave en el fracaso relativo de la nacionalización española, la puesta en duda de esta teoría ha llevado también a replantearse este punto. Según concluyen entre otros Ramón Facal y Miguel Cabo, el sistema escolar español del XIX seguía unas pautas que correspondían a las mayoritarias en Europa y, aunque es evidente que hubo una debilidad en recursos del sistema escolar, no han visto indicios a priori de un fracaso nacionalizador[30].

Según el *Programa de elementos de Historia para las oposiciones a las escuelas superiores de niños* de 1897[31], la Guerra de África aparecía como el tercero de los cinco apartados dentro del tema 22: "España desde 1845 hasta 1868", compartiendo espacio con "Sucesos más notables ocurridos desde 1845 hasta 1854", "El bienio 1854 1856" "Progresos evidentes en todos los ramos" y "La revolución de 1868"[32], lo que daba buena idea de la importancia que se otorgaba dentro del periodo a una guerra que había durado cuatro meses y cuyas consecuencias fueron muy limitadas, pero que por su condición de *epopeya gloriosa* tenía siempre un lugar reservado. Todavía más claro era el caso en el mismo programa relativo a las oposiciones para las Escuelas elementales de niños y niñas, en el que el tema 21 se componía únicamente de los siguientes títulos: "La monarquía constitucional. Cambio radical ocurrido a la muerte de Fernando VII. –Reinado de doña Isabel II: períodos en que puede dividirse: acontecimientos y personajes más notables de cada período. –La guerra de África"[33]. De nuevo podemos comprobar que se le consideraba el hecho más reseñable de la etapa, pues desde la Reconquista son únicamente cuatro los conflictos que tienen apartado propio en el temario, la Guerra de

[27] No obstante, Carolyn Boyd ha señalado que el Estado no aprovechó del todo las amplias posibilidades "nacionalizadoras" de la educación, pues la respuesta del poder a la amenaza de las clases trabajadoras en las décadas de 1880 y 1890 fue la de apostar más por la represión y la manipulación electoral que por integrar a los grupos subalternos en el orden político y social a través de la educación. BOYD, C. P.: *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Pomares, Granada, 2000, pp. 26-27.

[28] PÉREZ GARZÓN: "España: Nacionalización del Estado…", p. 104.

[29] ALTAMIRA, R.: *La enseñanza de la Historia*, 1891. Cit. en CAMPOS PÉREZ: *Los relatos de la nación*, p. 19.

[30] LÓPEZ FACAL y CABO: "Enseñanza primaria y nacionalización…", p. 127.

[31] Hemos utilizado el de este año, pero también hemos podido constatar cómo éstos programas se mantienen con pocas modificaciones durante bastantes años. Por ejemplo en la *Gaceta de instrucción pública* del 23-I-1895 se puede ver un programa para las oposicones de primera enseñanza prácticamente idéntico.

[32] "Programa de elementos de historia para las oposiciones a las escuelas superiores de niños", en *La Escuela Moderna*, marzo de 1897, p. 209.

[33] "Programa de elementos de historia para las oposiciones a las escuelas elementales de niños y de niñas", en *La Escuela Moderna*, marzo de 1897, p. 213.

los Treinta Años, la Guerra de Sucesión, la "invasión de los franceses, y su expulsión" y la Guerra de África.

En el *Compendio de Historia de España*, de Alfonso Moreno Espinosa, que estaba adaptado a la segunda enseñanza, se consideraba la Guerra de África como un "prestigio y gloria", se destacaban las "proezas" de Guad-el-Jelú y los Castillejos, parándose especialmente en el relato de esta última y en la intervención del general Prim, y también se aludía al ofrecimiento de las joyas de Isabel II o al Himno Marcial de Juan de Castro[34]. Se trataba, en conjunto, de una visión bastante acrítica, muy centrada en los principales tópicos y que refrendaba la visión "romántica" de la campaña. Sobre la paz, rechazaba que esta hubiese sido un despropósito y recriminaba a los que había criticado el abandono de Tetuán, empleando para ello un significativo texto de Cánovas del Castillo: "no debemos pensar en conquista o adquisición de más costosos dominios en el África inhospitalaria y bárbara, ni debemos desear que desaparezca del lado de allá del Estrecho un imperio que es el más inofensivo y menos deshonroso vecino que haya de otorgarnos allí la providencia"[35]. La exaltación de O'Donnell por el éxito de esta intervención no se hacía extensiva a las otras que protagonizó, de las que se hacía una lectura mucho más negativa.

Recuerdos de los héroes, problemas de los veteranos y memoriales de los muertos

En los años del Sexenio la figura del general Prim, que seguía envuelto de un inolvidable halo de heroicidad por su participación en la campaña africana, adquirió un relieve todavía mayor, más por sus méritos políticos que por los militares, dada su participación decisiva en la revolución que permitió la instauración del nuevo régimen. Especialmente en Barcelona, el gran peso que adquirió su figura estuvo ligado a su actividad política en estos años. Ya desde 1868 la barcelonesa calle de Cristina había pasado a llamarse de Prim, pero fue sobre todo su apoyo al derribo de la Ciudadela Militar, un símbolo del centralismo borbónico[36], el hecho que le dio mayor prestigio en la capital catalana, y fue decisivo en la estatua que se le erigió años después, precisamente donde había estado la Ciudadela. Su fallecimiento en un controvertido asesinato en 1871, cuando se encontraba en la cima de su carrera política, tuvo un gran impacto en la sociedad española, y el recuerdo de sus *hazañas* en Marruecos estuvo constantemente presente en las múltiples elegías que por entonces se le dedicaron. La espada que utilizó en los Castillejos se entregó al Ayuntamiento de Barcelona[37], y su título de Marqués de los Castillejos fue elevado al de Duque. Prim no tuvo que esperar a su prematura muerte para que se le reconociera como héroe, pues ya había sido exaltado como tal en vida; pero su leyenda no hizo más que agrandarse con el paso de los años, y se le tributaron multitud de homenajes en los que el recuerdo de la Guerra de África estuvo casi siempre presente. Entre ellos podemos destacar la inauguración de una estatua en su honor en Barcelona en 1887, a la que asistieron un buen número de voluntarios catalanes que habían luchado a sus órdenes[38]; o el homenaje que le tributaron en Madrid en 1905 algunos de los pocos voluntarios catalanes supervivientes, quienes depositaron una corona en su tumba, en un

[34] MORENO ESPINOSA, A.: *Compedio de Historia de España*, octava edición, Imprenta de la Revista Médica de D. Federico July, Madrid, 1898, p. 479.
[35] Ibídem, p. 479.
[36] FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *Los espadones románticos*, p. 437.
[37] OLIVAR: *El caballero Prim (vida política y revolucionaria)*, p. 324.
[38] "Crónica general", en *La Ilustració catalana*, 31-V-1887, p. 2.

evento que tuvo una gran repercusión en la prensa del momento, como veremos más adelante.

El recuerdo de O'Donnell, la otra gran figura de la campaña, continuó en buena medida ensombrecido por el de Prim. Aún así, su nombre siguió ligado muy directamente a la victoria española, a la que rara vez no se aludía cuando se apelaba a su memoria, por ejemplo en los aniversarios de su muerte[39]. El general falleció en 1867, y desde 1870 sus restos reposaron en un monumento que se le erigió la madrileña iglesia de Santa Bárbara. Este homenaje conmemorativo también se quiso decorar con referencias a la Guerra de África. Así lo demostró la petición por parte de la comisión encargada de erigir el monumento memorial, de autorización para trasladar a la iglesia algunas de las banderas cogidas en la campaña, petición que fue aceptada por el ministro de la Guerra[40], y que complementaba la inscripción con el nombre "Tetuán" que se podía leer en el mausoleo, entre ángeles y laureles, como una de sus hazañas.

Aunque Prim y O'Donnell siguieron capitalizando el recuerdo de la Guerra de África, otros *héroes* de la campaña continuaban siendo recordados, desde los grandes generales como Ros de Olano o Echagüe, hasta soldados rasos que se habían hecho famosos por protagonizar algún hecho de armas destacable. En 1886 fallecía Ros de Olano, y la prensa en general ensalzó su figura, recordando su papel en Marruecos con términos como "descanse en paz el ilustre caudillo de la Guerra de África"[41]. En Barcelona se le dedicó una calle en 1907, y otra a Victorià Sugranyes, el hombre que encabezó los Voluntarios catalanes. Rafael Echagüe falleció solo un año después que Ros de Olano, y su muerte tuvo eco especialmente por su participación en la guerra. Según se recogía en *La Iberia* en 1888, sus hijos habían regalado al Museo de Artillería la espada que su padre había usado en Marruecos, "para perpetuar la memoria del primer general español que en la Guerra de África penetró en el territorio enemigo"[42].

Entre los soldados de baja graduación, hemos podido localizar referencias a dos viejos conocidos a los que aludimos por su popularidad en 1860. Uno era López Conejero, quien gracias al reconocimiento obtenido en la campaña recibió un trato de favor a la hora de entrar en la guardia de la Casa Real en 1880, tal como señalaba *La Época*:

> Enterado S. M. el rey que el soldado Conejero, que tan brillantemente se portó en los hechos de armas más heróicos de la guerra de África, y que fue premiado con la medalla de oro, había solicitado una plaza de guarda de la Real Casa, ha dispuesto se le conceda inmediatamente y que se le dé la cantidad necesaria para traer a su familia del pueblo donde se encuentra[43].

Otro soldado famoso de la Guerra de África había sido un corneta que cortó la cabeza a un *moro* que lo había hecho prisionero y regresó al campamento. En este caso podíamos leer en *La Unión* en 1886 que había sido uno de los fallecidos en el naufragio de una barca de pesca al sur de la isla de Mallorca. Aunque no se mencionaba su nombre, se recordaba que había adquirido gran celebridad de muchacho, por la valerosa *hazaña* que había protagonizado[44].

Estos ejemplos nos ilustran sobre la memoria, pues vemos cómo, décadas después, todavía eran recordados protagonistas de la guerra que no eran grandes personalidades,

[39] Por ejemplo a los 22 años de su muerte se le recuerda en La Iberia como "el vencedor de la Guerra de África": "Funerales por el Duque de Tetuán", en *La Iberia*, 6-XI-1889, p. 2.
[40] "Noticias políticas", en *La Esperanza*, 31-X-1870, p. 3.
[41] *La Unión*, 24-VII-1886, p. 2.
[42] "Noticias generales", en *La Iberia*, 19-II-1888, p. 2.
[43] *La Época*, 6-VI-1880, p. 3.
[44] "Provincias", en *La Unión*, 29-XI-1886, p. 3.

pero también ilustran sobre el olvido, ya que posiblemente su recuerdo no habría aparecido de no protagonizar una anécdota el uno y una desgraciada muerte el otro. La realidad para la mayoría de los veteranos no fue fácil y, pasado el entusiasmo inicial, solo fueron recordados para homenajes puntuales. Muchos de ellos incluso tuvieron serios problemas para percibir sus pensiones, lo que demuestra poca preocupación por parte de unas autoridades que usaban la campaña como modelo ejemplar de esfuerzo y sacrificio por la patria. Así quedó patente en las múltiples ocasiones en las que en la prensa se aludió al tema a lo largo de todos estos años, como en 1879, cuando la cuestión fue objeto de debate en el Congreso y algunos diputados señalaron la necesidad de socorrer a las familias de los fallecidos e inutilizados en la Guerra de África[45], lo que en buena medida demostraba que no se hacía, aunque encontramos muestras de preocupación de algunos entes públicos, como ayuntamientos y diputaciones. Por ejemplo, en 1887, el Ayuntamiento de Barcelona había aprobado entregar 100 pesetas a cada uno de los voluntarios catalanes que careciesen de recursos[46]. Empero, la nota dominante fue la falta de apoyo por parte de las autoridades, favoreciendo así el surgimiento de asociaciones como la Sociedad de Veteranos de la Guerra de África, o la Asociación de Socorros Mutuos para los Voluntarios Catalanes de la Guerra de África de 1860, que se constituyó en 1895. Estas iniciativas contribuirían a aliviar un tanto los problemas de algunos veteranos y sus familias, pero la situación seguiría siendo precaria, e incluso habría veteranos que no tenían ni para comer. En junio de 1907 el periódico *El País* señalaba que uno de los veteranos que quedaban de "aquella campaña triunfal e infructuosa" se había intentado suicidar, y señalaban como motivo el estado de pobreza en el que se encontraba. Muy críticos con el Gobierno por ello, en *El País* añadían el fragmento de un documento de la Sociedad de Veteranos que ofrecía una visión bastante desesperanzadora:

> Hay un corto número de esos beneméritos veteranos, que se hallan en tan extrema indigencia y absoluta falta de pan, que algunos de ellos tienen que dedicarse con mengua y vergüenza de España entera á implorar caridad pública y hasta recurrir al suicidio…

Ante este panorama, los veteranos habían intentado en múltiples ocasiones conseguir ayuda del Estado, pero reconocían no haber logrado algún "modesto destino" o una "humilde pensión" para esos individuos especialmente necesitados[47]. La situación no parecía haber mejorado mucho en 1908. En mayo de ese año la revista ilustrada *Nuevo Mundo* incluía una fotografía de los que se describían como "voluntarios castellanos supervivientes de la guerra de África" (Fig. 33a), señalando que uno de ellos les había trasladado sus quejas sobre lo desatendidos que estaban, y esperaba que "otro veterano ilustre, el general Primo de Rivera, tenga para ellos un rasgo de piedad, una reparación patriótica y justa para los últimos años, harto breves ya, de su vida"[48]. El 6 de julio del mismo año, interpelado por un diputado, el Ministro de la Guerra señalaba que a los veteranos se les pagaría cuando llegasen créditos pendientes[49]. Tan solo tres días después de estas declaraciones en varios periódicos se especificaba la documentación que debían remitir los veteranos de la Guerra de África para "poder aspirar a los beneficios que les

[45] "La sesión del Congreso", en *La Época*, 19-VII-1879, p. 1.
[46] "Crónica local" en *La Dinastía*, 15-V-1887, p. 2.
[47] "Los beneméritos veteranos de la guerra de África", en *El País*, 15-VI-1907, p. 1.
[48] "Voluntarios castellanos supervivientes de la guerra de África", en *Nuevo Mundo*, 21-V-1908, p. 26.
[49] "Congreso", en *La Época*, 6-VII-1908, p. 2.

puedan corresponder"[50], lo que parece indicarnos que, en efecto, se concedió algún tipo de pensión. Estas ayudas se completaban con las conseguidas por otros medios, por ejemplo las funciones teatrales en beneficio de los veteranos, como la que en octubre de 1908 había logrado llenar el madrileño Teatro Price para la representación de la ópera *La Africana*[51]. En 1912 el tema seguía indignando a los implicados. En mayo *La Vanguardia* publicaba un texto de la Comisión de Veteranos de la Guerra de África, en el que se instaba a los gobernantes a cumplir el legado del general O'Donnell, que tras la batalla de Wad-Ras había prometido a sus soldados "una vejez sin privaciones"; mientras que la realidad era que cada poco moría alguno de ellos en la situación más precaria, y solo quedaban ya unos 300[52]. Todavía en una fecha tan tardía como 1921, las comisiones de veteranos de esa guerra protestaban por la difícil situación de algunos supervivientes[53].

También resultan de gran interés los homenajes tributados a estos veteranos supervivientes, entre los que destacaron con claridad los Voluntarios catalanes, una unidad cuya proporción en el despliegue español apenas superó el uno por ciento, pero cuyo valor simbólico se mantuvo extraordinario. Sobre todo desde principios del siglo XX, una etapa de crecimiento del catalanismo, las formaciones centralistas que controlaban el Estado respondieron en todos los ámbitos, desde el judicial, como demostró la Ley de Jurisdicciones de 1906[54]; hasta el del discurso histórico, insistiendo en la españolidad de Cataluña a través de sus aportaciones a la mayor gloria de España, entre las que los Voluntarios catalanes eran un espléndido ejemplo, y tan cercano en el tiempo que todavía se podían homenajear a protagonistas del mismo. Además, su memoria fue siempre de la mano de la del general Prim, que había dirigido a todo un cuerpo de Ejército en la campaña, pero cuyo recuerdo nunca se separaba del de sus paisanos voluntarios[55].

Entre los diferentes homenajes tributados a los Voluntarios catalanes, la mayoría de pequeña entidad[56], destacó con mucha diferencia el que tuvo lugar en Madrid en octubre de 1905, que se convirtió en una verdadera fiesta patriótica y de exaltación de la españolidad de Cataluña. Su cobertura en buena parte de la prensa durante esos días fue verdaderamente excepcional. 45 años después de terminada la guerra solo se pudo contar con la presencia de ocho voluntarios que, según *El Imparcial*, "fueron a Madrid en representación de los veteranos que lucharon en África a las órdenes del caudillo [Prim]"[57]. Recorrieron algunas calles de Madrid entre aclamaciones, acompañados de una comitiva en la que participaban autoridades políticas, militares y religiosas, entre las que destacaba el alcalde de Madrid, Eduardo Vicenti, que los calificó de "recuerdo glorioso". En homenaje a Prim llevaron a su mausoleo, que desde 1901 estaba en el Panteón de

[50] "Noticias", en *El Día de Madrid*, 9-VII-1908, p. 3. La documentación incluía la licencia absoluta o el certificado de la misma legalizado por el comisario de guerra de la respectiva región, cédula personal y sellos de franqueo.

[51] "Por los teatros", en *El País*, 31-X-1908, p. 2.

[52] NOLLA, T.: "El legado del general O'Donnnel, incumplido", en *La Vanguardia*, 16-V-1912, p. 5.

[53] "Una comisión de veteranos de la guerra de África visitó ayer al ministro de Hacienda para exponerle la difícil situación en que se encuentran la mayoría de ellos, a quienes no alcanzan los beneficios de la pensión concedida a los más ancianos", en *ABC*, 1-IX-1921, p. 12.

[54] Esta ley daba derecho al ejército para censurar los ataques de la prensa contra su honor colectivo. Vid. BOYD, C. P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1990, pp. 25-28.

[55] Por ejemplo, en 1895 el diario La Dinastía señalaba que miembros de la Asociación de socorros mutuos para los voluntarios catalanes de la guerra de África, que acababa de publicar sus estatutos, se trasladarían a Reus el 7 de abril para colocar una corona de laurel en el monumento a Prim de dicha localidad, que ya les preparaba un "entusiasta recibimiento": "Crónica local", en *La Dinastía*, 31-III-1895, p. 3.

[56] Especialmente habituales fueron las funciones de teatro benéficas que se le tributaron en Barcelona, y que suelen aparecer citadas en la prensa (Vid. por ejemplo *La Dinastía* 1-II-1895, p. 4 ó 31-I-1902, p. 3).

[57] "Los voluntarios catalanes. Homenaje a Prim", en *El Imparcial*, 31-10-1905, p. 1.

Hombres Ilustres de Madrid, una corona de bronce que imitaba al laurel, con la inscripción "Los voluntarios catalanes de la guerra de África de 1860 a su general D. Juan Prim"[58] (Fig. 33b), y también depositaron una corona en el Escorial ante los restos de Isabel II[59]. La reina, que durante la guerra había sido uno de los grandes símbolos de la campaña, fue bastante menos recordada en el futuro, posiblemente por el triste fin de su reinado y porque nunca retornó a España tras su exilio en Francia en 1868. A buen seguro, la devaluación de la imagen de la reina llevó a que este homenaje pasase mucho más desapercibido en la prensa que el tributado a Prim. Además, es probable que el acto en buena medida se produjese por lo próxima que estaba en el tiempo la muerte y traslado de los restos de Isabel II al monasterio del Escorial, que habían tenido lugar en 1904. Después de varios días en la capital, en los que se hicieron múltiples fotos con su uniforme completo, el 6 de noviembre fueron homenajeados con un banquete en el Frontón Central de Madrid al que asistieron más de 500 comensales. Según *El Heraldo de Madrid*, la iniciativa partió del periodista Mariano de Cavia y de su periódico, *El Imparcial*[60]. El salón estaba decorado con cuadros de episodios como la conquista de Túnez (1535) o la propia Guerra de África, así como los retratos de Prim y O'Donnell. En el banquete se pronunciaron varios discursos, fiel reflejo de las ideas y objetivos que envolvieron el homenaje, entre los que destacó uno del escritor Benito Pérez Galdós muy ovacionado[61], en el que afirmó que esos ochos voluntarios habían llevado a Madrid "la visión maravillosa de los hechos que más clara y universalmente ilustraron á nuestra patria en el siglo anterior, la guerra y conquista de Tetuán"[62]. Señaló además que era la "grandeza militar" que más cariño inspiraba por ser la más próxima, y esperaba que esos voluntarios sirviesen como ejemplo que ayudase a España a salir de la apatía en la que vivía. Otro destacado discurso fue el de Rafael Gasset, en nombre de la prensa, en el que también incidió en la importancia simbólica de homenajes como aquél para levantar la afligida moral patria española:

> Mucho hicisteis, voluntarios catalanes […] en Tetuán; pero todavía, en mi sentir, habéis hecho más viniendo ahora a Madrid a confortarnos con el recuerdo de la gloria de ayer. Entonces disteis a la patria lo que os pedía, vuestra sangre; ahora la dais algo que importa mucho más: le devolvéis la fe, le dais el alma, que le es precisa para incorporarse y seguir su camino[63].

En las páginas del *Heraldo de Madrid* se definió el homenaje como una fiesta "consagrada por el pueblo de Madrid a enaltecer la memoria de los héroes muertos y la gloria de los héroes vivos de la guerra de África". Se destacaba el hecho de que, después de 45 años, unos voluntarios catalanes que casi estaban en el olvido se hubiesen levantado "a la altura de grandes capitanes". También se enfatizaba el hecho de que se había aclamado a Cataluña, y con Cataluña a España[64], muy en consonancia con los vivas a la

[58] "Los voluntarios catalanes. Homenaje a Prim", en *El Imparcial*, 31-10-1905, p. 1.
[59] "Los voluntarios catalanes en Madrid", en *Nuevo Mundo*, 9-XI-1905, p. 13
[60] "Los voluntarios catalanes. Fiesta española", en *El Heraldo de Madrid*, 7-11-1905, p. 1.
[61] El escritor estaba en el banquete, pero su texto fue leído por un actor.
[62] La comparativa con la visión de Galdós en *Aita Tettauen*, a la que luego nos referiremos, resulta un tanto paradójica, pues su novela tuvo un importante papel para desmitificar la guerra.
[63] "Los voluntarios catalanes. Homenaje a Prim", en *El Imparcial*, 31-10-1905, p. 1.
[64] "Un banquete y un viaje", en *El Heraldo de Madrid*, 7-11-1905, p. 1.

patria y a los "catalanes españoles" tributados por los asistentes[65], que demostraban lo mucho que tenía el festejo de afirmación españolista[66].

Pero a pesar de que la mayor parte de los medios de comunicación se volcaron a favor de este homenaje, también hubo voces menos entusiastas, y no nos referimos precisamente al nacionalismo catalán[67], sino a sectores del nacionalismo español. Fue por ejemplo muy virulenta la crítica aparecida en *La Lectura dominical*, órgano del Apostolado de la Prensa, de orientación católica, en la que se consideraba totalmente inútil el festejo:

> Nos amenaza un nuevo festejo.
>
> Por ahí han parecido unos cuantos veteranos de la guerra de África que, á fuer de catalanes, han venido a visitar la tumba del general Prim, y en seguida se ha echado a volar la idea de obsequiarlos.
>
> Obsequiamos a Calderón; obsequiamos a Colón; hemos obsequiado a Cervantes, todos muertos ilustres; ahora vamos a obsequiar a los vivos que quedan de los catalanes que combatieron en África.
>
> Bueno, hombre, bueno. Ya que no otra cosa, tengamos ganas de aparatar y festejar glorias pasadas. Al fin la presente es tan abominable que cualquier cosa de ayer parece mejor: ¡Hasta Prim![68]

Se señalaba que de todos los centenarios de grandes personajes de la historia de España no se había sacado nada en limpio, considerando inútil "perder el tiempo en divertirnos a costa de estos pobres veteranos", y también se percibía una cierta crítica a la identidad catalana.

El de 1905 fue el último gran homenaje que se tributó en vida a los Voluntarios catalanes. Empero, el recuerdo de la unidad no se extinguió al fallecer el último de ellos. Incluso constatamos la existencia en esos años de un "batallón infantil", formado por niños barceloneses, y que parecía una forma de perpetuar a los voluntarios y educar a las nuevas generaciones en las *hazañas* de sus antepasados[69]. Por otro lado, resulta interesante incidir en el enorme peso del recuerdo de esta unidad militar respecto a las demás, hasta el punto de que resulta difícil encontrar referencias a voluntarios de otras regiones de España. Al tratar de la visita al cementerio de San Sebastián de la reina María Cristina y la infanta María Teresa, en *El Imparcial* se señalaba que habían estado "orando primero en la capilla y después ante la tumba del general Echagüe, el valeroso Chapelgorri que llevó a los tercios vascongados a la guerra de África y a la victoria de Wad-Ras"[70]. Los Tercios Vascongados, a pesar de haber sido mucho más numerosos, llegaron muy al final de la campaña y sufrieron pocas bajas, lo que ayudó a que fuera de las provincias

[65] "Los voluntarios catalanes. Fiesta española", en *El Heraldo de Madrid*, 7-11-1905, p. 1.

[66] Más de medio siglo después, en 1961, Tomás García Figueras afirmó que la visita a Madrid de los Voluntarios catalanes había coincidido con un momento en el que se "apreciaban en Cataluña peligrosos y pujantes brotes de antimilitarismo y de separatismo", y la patriótica presencia de los voluntarios había sido un símbolo de la repulsa de esos sentimientos: GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 97.

[67] La principal publicación catalanista de la época, *La Veu de Catalunya*, recogió con bastante detalle los diferentes homenajes tributados en la capital de España a los Voluntarios, sin hacerles una crítica. Vid. por ejemplo "El banquet als voluntaris catalans", en *La Veu de Catalunya*, 7-XI-1905, p. 3.

[68] MÍNIMUS, en *La lectura dominical*, 4-XI-1905, p. 697.

[69] Aparece por ejemplo referido en "Desde Barcelona", en *La Correspondencia de España*, 27-II-1902, p. 2.

[70] "San Sebastián al día", en *El Imparcial*, 17-VIII-1901, p. 1. "Chapelgorri" significa boina roja, en relación al gorro característico de los Tercios Vascongados.

vascas su recuerdo fuese limitado, e incluso en éstas fueron bastante olvidados[71]. Por otro lado, el menor desarrollo por entonces del nacionalismo vasco con respecto al catalán los hizo un elemento menos interesante para el discurso nacionalista español. También encontramos referencias aisladas a voluntarios castellanos, como la que tuvo lugar en 1908[72], pero son realmente escasas en comparación con el ejemplo catalán.

Respecto a los aniversarios de las grandes *hazañas* de 1860, ninguna de ellas, ni siquiera la batalla de Tetuán o la toma de la ciudad, se convirtieron en efemérides de primer orden, conmemoradas de forma festiva por todo el país. El 4 de febrero, día de la batalla de Tetuán, se realizaban misas en honor de los que combatieron en ella, e incluso algunas funciones teatrales, pero en general poco más[73]. El principal lugar donde la memoria de la Guerra de África en general, y la batalla de Tetuán en particular, sí se convirtió en una efeméride anual fue, por razones evidentes, el madrileño barrio de Tetuán de las Victorias. Según el periódico *Ciudad Lineal* en 1907, la fiesta con la que cada año conmemoraba el barrio la Guerra de África se extendería los años siguientes a toda la Ciudad Lineal de Madrid[74]. No obstante, resulta llamativo que la fecha de la celebración no fuese ni el 4 ni el 6 de febrero, días de la famosa batalla o de la toma de la ciudad marroquí, sino el 26 de abril, fecha de la firma del tratado de paz. El día anterior a la celebración de 1906 se podía leer en el *Diario oficial de avisos de Madrid*:

> La populosa barriada se prepara a conmemorar dignamente los hechos gloriosos de la guerra de África, coronados por la toma de la plaza marroquí cuyo nombre ostenta, y el tratado de paz concluido en 26 de abril de 1860, y el cuadragésimo sexto año de su fundación.

El programa del festejo incluía fuegos artificiales, misa solemne, procesión, bailes y rifa de objetos, entre otros[75].

Por otra parte, no podemos terminar este breve recorrido por los homenajes sin referirnos a lo que sucedió durante estos años con los restos de los soldados españoles caídos en la campaña de 1859 y 1860. Muchos descansaban en el cementerio cristiano de la propia Tetuán, que quedó casi olvidado una vez que los españoles abandonaron la ciudad. Otros reposaban en Ceuta y, según afirmaba en 1887 la *Revista de Sanidad Militar*, no estaban todo lo cuidados que deberían:

> En Ceuta yacen amontonados los restos de los heróicos soldados que sucumbieron en la guerra de África, sin que haya siquiera una piedra que señale o indique aquel lugar que debe ser sagrado para todos los españoles[76].

Esta situación se corregiría en buena medida con la construcción de un monumento en el centro de Ceuta, en la entonces llamada Plaza de la Constitución (hoy Plaza de África), que fue proyectado en 1892 por el ingeniero militar José Madrid Ruiz.

---

[71] Eran recordados en la prensa local en los aniversarios de la guerra, y hubo propuestas como la de Pedro María de Soraluce en 1911 para que las diputaciones vascas dedicasen un pequeño monumento en memoria de los caídos de los tercios que estuviesen enterrados en Tetuán, Ceuta o donde fuese. Pero en general fueron bastante olvidados en las décadas posteriores a su actuación en la guerra. ALBISU: "La división vascongada…", pp. 94 y 100-103.

[72] "Voluntarios castellanos supervivientes de la guerra de África", en *Nuevo Mundo*, 21-V-1908, p. 26.

[73] Vid. por ejemplo "Barcelona", en *La Época*, 4-II-1895, p. 2 ó "Provincias", en *El Globo*, 5-II-1901, en los que se señalan misas conmemorativas de la batalla, y en la segunda de las fechas también una función en beneficio de los Voluntarios catalanes en el teatro Novedades de Barcelona.

[74] "Fiesta de Tetuán", en *Ciudad Lineal*, 10-V-1907, p. 191.

[75] "En Tetuán de las victorias", en *Diario oficial de avisos de Madrid*, 25-IV-1906, p. 3.

[76] "Variedades", en *Revista de Sanidad militar*, 1-VII-1887, p. 24.

Su inauguración tuvo lugar el 4 de mayo de 1895[77], el mismo día que se trasladaron a una cripta bajo el mismo los restos de varios jefes y oficiales. Como había propuesto el comandante general de Ceuta, se tributaron honores de capitán general que muere en plaza a los restos trasladados[78], y desde el Ayuntamiento se instó a que los vecinos de las calles por las que pasase el cortejo fúnebre adornasen los balcones con banderas nacionales con crespones en señal de duelo[79].

El monumento que se erigió en la plaza es un edículo neogótico de 13,5 metros de altura (Fig. 34a). Aunque por su tipología no resulta especialmente original, resulta un caso muy inusual por albergar restos humanos en un espacio público, algo difícil de encontrar en España[80]. Una vez terminado fue adornado con bajorrelieves de bronce del escultor sevillano Antonio Susillo Fernández. Uno de ellos presenta una imagen ecuestre de Prim en la batalla de los Castillejos (Fig. 34b), mientras que otro presenta la inscripción "A los soldados españoles muertos gloriosamente en la guerra de África". En la inauguración no estuvo el joven rey Alfonso XIII, que por entonces se comenzaba a convertir en un habitual de actos de este tipo que se celebraron por toda España[81], pero el monarca visitó el monumento en su viaje a la ciudad en mayo de 1904.

También se pensó en trasladar a los soldados enterrados en el cementerio de Tetuán, pero la idea no se llevó a cabo. La prensa se hizo eco de la propuesta, especialmente en 1902. Según *El Siglo Futuro*, la iniciativa partía del propio Ayuntamiento de Ceuta, y señalaba que los trámites entre España y Marruecos estaban hechos, mientras que el Ayuntamiento se proponía "construir un panteón digno de guardar los gloriosos restos, que en adelante yacerán en territorio amparado por la bandera de la patria"[82]. El proyecto no siguió adelante por causas que desconocemos, pero al menos parece que la campaña contribuyó a recuperar el recuerdo de aquel cementerio, al que desde entonces la prensa hizo referencia con más frecuencia. En el Día de Difuntos de 1907 incluso tuvo lugar un homenaje a los caídos que, según *Nuevo Mundo*, yacían "en ruinosos y abandonados cementerios". En el homenaje participaron representantes de los cuerpos militares de la guarnición en Ceuta, comisiones de la colonia española de Tánger y Larache, judíos sefardíes y periodistas, que depositaron varias coronas sobre la cruz que adornaba el cementerio de guerra[83]. Este homenaje, y la polémica generada al haber insistido numerosos periodistas en el mal estado en que estaba el cementerio, llevaron al Gobierno a tomar medidas y disponer su restauración al poco tiempo. Así lo agradecía en el Congreso el diputado Miguel Villanueva, aprovechando para describir la "conmovedora ceremonia" que allí había podido presenciar en noviembre[84]. Desde el establecimiento del Protectorado en 1912, el cementerio que se había creado en 1860

[77] Estaba prevista para el día 2 de mayo, para que coincidiera con la celebración de ese día, pero tuvo que ser retrasada, probablemente por el retraso del permiso del Papa para la consagración del sitio, que según se decía unos días antes en *La Época*, era lo único que faltaba. "Desde Ceuta", en *La Época*, 22-IV-1895, p. 3.

[78] *La Unión Católica*, 12-II-1895, p. 3.

[79] "Sección de noticias", en *El Correo Militar*, 1-II-1895, p. 2.

[80] Aunque hay excepciones, como el monumento a los Héroes del 2 de mayo en Madrid o el panteón Quijano en Alicante, pero son poco habituales.

[81] Vid. MORENO LUZÓN, J.: "Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)", en *Hispania*, nº 244, mayo-agosto 2013, pp. 319-348.

[82] "Traslación de restos gloriosos", en *El Siglo futuro*, 2-XII-1902, p. 4.

[83] "Homenaje a los héroes de la guerra de África", en *Nuevo Mundo*, 14-XI-1907.

[84] "Congreso", en *La Época*, 29-I-1908, p. 2.

cerca de Tetuán volvió a ser utilizado por los españoles, y el de oficiales, llamado de San Rafael, fue ampliado con otro más al norte, San Cecilio[85].

Manifestaciones artísticas acerca de la guerra

A pesar del *boom* del monumento público que se produjo durante la Restauración, y que se nutrió de episodios bélicos de actualidad, como la Guerra de Cuba, o históricos, como la Guerra de la Independencia, no hubo un ciclo de escultura relacionado con la Guerra de África. No se dedicaron grandes estatuas a la toma de Tetuán o a la batalla de los Castillejos, y si se consagraban a sus héroes, como O'Donnell o Prim, la campaña de 1859-1860 quedaba relegada a una inscripción o un relieve en el pedestal, pero nunca era el motivo central de la estatua. Si lo comparamos con las otras dos grandes guerras contra un enemigo exterior de España en el XIX, el conflicto no era, como el de Cuba, lo suficientemente próximo en el tiempo para aprovechar el entusiasmo del momento mientras tenía lugar, y la necesidad de honrar a sus muertos una vez había terminado. Por otro lado, tampoco era una guerra, como la de la Independencia, que hubiese calado con tanta fuerza en la memoria colectiva española. La participación en la guerra de todo el pueblo, que fue la virtud más recordada de la campaña contra los franceses, fue la que justificó la mayor parte de los conjuntos escultóricos (como los de Segovia, Vitoria, Pontevedra, Zaragoza, Jaén…), que resaltaban fuertemente el carácter de glorias locales de los episodios[86].

No obstante, en casos como la escultura erigida por Lluis Puiggener en honor de Juan Prim en la Ciudadela de Barcelona, la Guerra de África estuvo especialmente presente, no solo por el relieve de la batalla de los Castillejos en uno de los lados del pedestal (Fig. 36), sino también en la parte más ritual, la de la inauguración o los homenajes. A la inauguración del monumento en 1887 asistieron varios voluntarios catalanes portando banderas y coronas de laurel. Algunos acudieron con su antiguo uniforme, "ostentando la corbata con la sortija de plata de Nuestra Señora de Monserrat que se le entregó el día del embarque, la tradicional barretina, la cruz de la guerra de Marruecos y banderas y coronas de laurel, con cintas de los colores nacionales, que depositaron al pie del monumento"[87]. En los años siguientes, la estatua del general sería además un tradicional lugar de encuentro para diversos homenajes a los Voluntarios catalanes. Otra destacada referencia a la Guerra de África la encontramos en la estatua que el prestigioso escultor Mariano Benlliure realizó a Martínez Campos en Madrid. Cubriendo todo el lado izquierdo del pedestal hay un bajorrelieve recreando un episodio de la batalla de los Castillejos (Fig. 37), en la que Martínez Campos había participado siendo comandante de Estado Mayor, a las órdenes de Prim[88].

Sí es cierto que hubo iniciativas para realizar algún monumento en honor de la campaña. En 1876 el arquitecto Miquel Garriga i Roca proyectó en Barcelona un

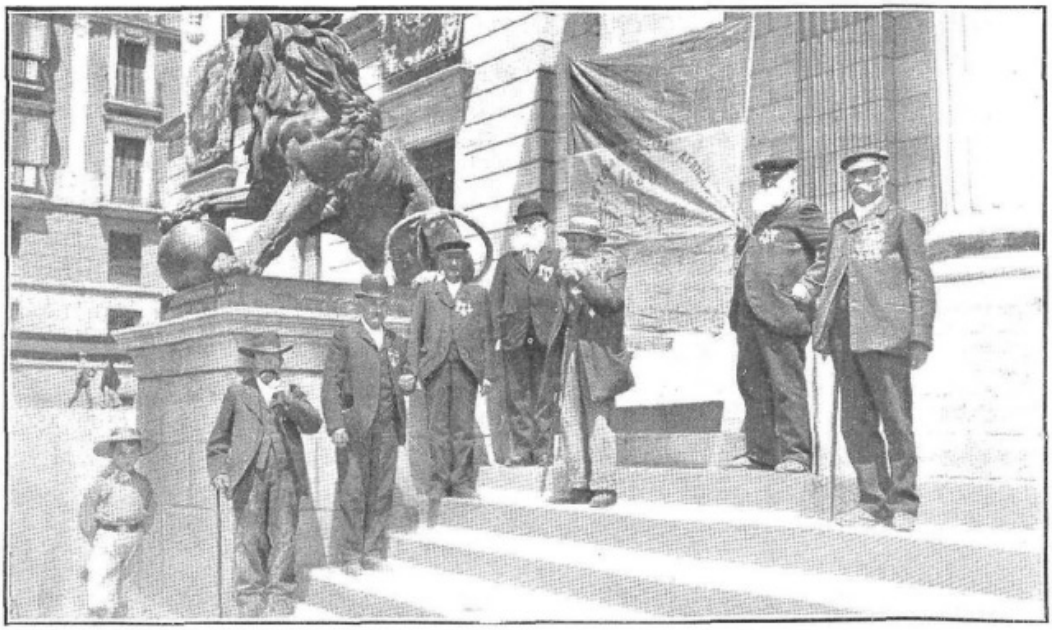
[85] Este autor afirma "que hoy se llama de San Rafael" en 1961, pero desconocemos desde cuando recibió esa denominación. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, p. 254.

[86] Sobre los motivos de la Guerra de la Independencia más utilizados en los monumentos Vid. REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, pp. 157-162, entre otras. Para la memoria de esta guerra Vid. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: "La memoria de la Guerra de la Independencia", en *La Nación en armas: España, 1908-1814*, SECC, Madrid, 2008, pp. 385-397.

[87] "Inauguración del monumento en honor del general Prim", en *La Ilustración española y americana*, 15-VI-1887, p. 3.

[88] ALFEÑIQUE: "Recientes producciones del arte monumental", en Hojas Selectas nº 63, marzo de 1907, p. 262.

Voluntarios castellanos de la guerra de Africa



Grupo de voluntarios castellanos supervivientes de la guerra de Africa, congregados alrededor de la bandera de su Asociación en la escalinata del Congreso, entre los dos leones fundidos con el bronce de los cañones tomados al enemigo

(Fig. 33a) *Nuevo Mundo*, 21-V-1908, p. 26.



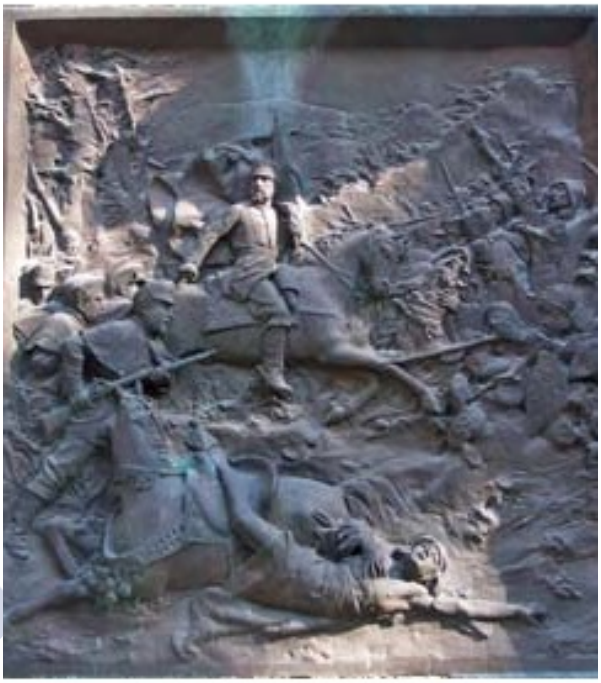
LOS VOLUNTARIOS CATALANES DE LA GUERRA DE ÁFRICA SRES. DANCE, BELTIS, PETICIS, CATALÁ, PUIG, ARBAT, ALBERICH, SITGIS Y EL REPRESENTANTE DE BARCELONA SR. BRUNET, LLEGADOS Á MADRID PARA DEPOSITAR UNA CORONA EN LA TUMBA DEL GENERAL PRIM, EN EL PANTEÓN DE ATOCHA.

De fotografía de Rivero.

(Fig. 33b) Voluntarios Catalanes en su visita a Madrid en 1905.
La Ilustración española y americana, 8-XI-1905.



(Fig. 34a) Monumento a los muertos de la Guerra de África. Melilla, 1895.

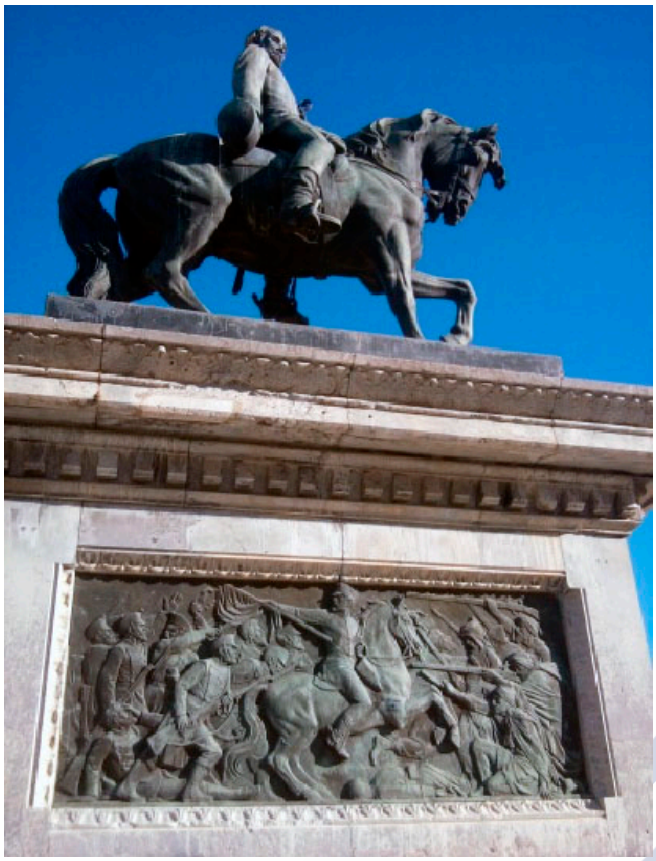


(Fig. 34b) Bajorrelieve de la Batalla de los Castillejos (Antonio Susillo) en el monumento a los muertos de la Guerra de África.



Responso cantado en el Cementerio ante la tumba de los héroes del año 60 FOTS. RUBIALES Y REY

(Fig. 35) "Homenaje a los héroes de la Guerra de África", en *Nuevo Mundo*, 14-XI-1907.



(Fig. 36) Monumento a Juan Prim en Barcelona (Lluis Puiggener, 1887).



(Fig. 37) Monumento a Martínez Campos en Madrid (Mariano Benlliure, 1907).



(Fig. 38) *África* (José Cusach, 1888).

monumento "destinado a perpetuar las glorias de España en la Guerra de África"[89]. Y en 1875 se daba cuenta en el madrileño *La Iberia* que la *Crónica de Cataluña* había publicado unos artículos críticos sobre los 23 proyectos presentados a un concurso del Ayuntamiento para crear un monumento a las glorias de la Guerra de África, y que se exponían en las Casas Consistoriales. El jurado premiaría a tres de ellos con premios económicos entre las 3.000 y las 1.000 pesetas[90]. Pero pese a este concurso y la época dorada que desde esos años vivió el monumento público en España, ninguno de los proyectos fructificó. En definitiva, los mayores símbolos escultóricos de la Guerra de África continuaron siendo los leones del Congreso de los Diputados, a los que ya nos referimos por haber sido comenzados inmediatamente después de la Guerra de África, pero cuya colocación no se produjo hasta 1872, ya en tiempos del Sexenio. Se aludía a ellos con frecuencia al hablar de la guerra, y eran habitual fondo para fotografías relacionadas con el recuerdo de la campaña[91] (Fig. 33a).

Mientras la escultura conmemorativa alcanzaba en estos años un desarrollo como nunca antes había tenido en la historia de España, a la pintura de historia le sucedía lo contrario. Pese a mantener todavía bastante fuerza en los primeros años de la Restauración, hacia el final de la centuria fue entrando en una decadencia que sería definitiva. En ello tuvieron mucho que ver la aparición de las vanguardias pictóricas y la superación del realismo, en buena medida por la irrupción de la fotografía[92]. Con todo, la huella dejada por Fortuny se mantuvo inalterable, y su posición de referente visual de la campaña continuaría sólida, siendo habitual la reproducción de su cuadro *La batalla de Tetuán* en la prensa ilustrada. En las últimas dos décadas del siglo XX también es frecuente encontrar en los periódicos referencias a pintores que han terminado cuadros sobre la guerra, y entre las obras más destacadas podemos señalar el óleo *África* (1888) del pintor José Cusach, en el que se muestra la infantería de línea española atacando las posiciones marroquíes en una escena bastante violenta (Fig. 38); así como *La Batalla de Tetuán* (1894) de Dionisio Fierros Álvarez, en el que O'Donnell es el absoluto protagonista. A pesar del evidente declive de la pintura de historia, mantuvo su objetivo didáctico, y las más famosas pinturas se continuaron reproduciendo, en general con un anhelo de realidad, dando a entender de que las cosas habían acontecido tal como se mostraban en la pintura. Así por ejemplo en el número de 1902 de *Álbum salón*, la primera revista ilustrada en color editada en España, se reproducía un cuadro de Joaquín Sigüenza al hablar de la entrada en Madrid del Ejército de África, y se afirmaba que era un "cuadro lleno de verdad, en que se pueden estudiar los tipos de los principales caudillos de aquel ejército" en un artículo con un notable tono de exaltación patriótica[93].

Finalmente, podemos señalar que en las últimas décadas del XIX continuaron existiendo los panoramas a los que ya aludimos en capítulos anteriores. Agustín Sánchez Vidal constató la existencia de un panorama sobre la Guerra de África que en 1875 se mostró en el teatro Jovellanos de Madrid, y que luego sería enviado para exhibir en Lisboa[94]. En noviembre de 1880 *La Época* señalaba que la Sociedad de Panoramas iba a establecer en Madrid el "Gran panorama nacional" en el que el primer lienzo expuesto sería *La Batalla de Tetuán*, del francés Carlos Castellani[95]. A mediados del año siguiente,

[89] SERRALLONGA: "La Guerra de África", p. 152.
[90] "Provincias", en *La Iberia*, 15-IV-1875, p. 3.
[91] Como la ya aludida que se hicieron algunos voluntarios castellanos en 1908: "Voluntarios castellanos supervivientes de la guerra de África", en *Nuevo mundo*, 21-V-1908, p. 26.
[92] Vid. PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*.
[93] RODRÍGUEZ-SOLÍS, E.: "Entrada en Madrid del Ejército de África", en *Álbum salón*, 1902, p. 132.
[94] Cit. en MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 148.
[95] *La Época*, 7-XI-1880, p. 3.

el espectáculo parecía haberse consolidado con gran éxito, y desde el mismo periódico se señalaba que en el Gran Panorama Nacional de la Castellana se exponía al público *La Batalla de Tetuán*, que se encontraba abierto "desde el amanecer hasta el anochecer". A él concurría numeroso público "para visitar este notable lienzo que recuerda una de nuestras glorias en la guerra de África"[96].

Literatura, poesía y teatro para no olvidar la guerra

Si Fortuny consolidó en la Restauración su carácter de referente pictórico de la Guerra de África, el *Diario de un testigo de la Guerra de África*, de Alarcón, ya había alcanzado esta categoría en la literatura en el propio 1860. Su fama se mantuvo inalterable en las décadas siguientes, reforzándose además gracias a la publicación, en 1880, de una segunda edición, esta vez en tres volúmenes y que de nuevo registró un gran éxito. En el *Diario oficial de avisos de Madrid* se reflejaba la reedición señalando que se trataba de "una de las obras que han tenido más grande y merecido éxito en nuestra patria". También se incidía en que la primera edición estaba agotada desde hacía varios años, y que la segunda había sido "corregida con especial esmero por el autor"[97]. Esta reedición consolidó todavía más una memoria de la campaña africana pasada por el tamiz del escritor granadino, que era incluso considerado como un héroe más de la campaña. En el banquete tributado a los Voluntarios Catalanes en Madrid en 1905, al que ya hemos aludido, Pérez Galdós enalteció tres figuras de la Guerra de África: O'Donnell, Prim y Alarcón; mientras que el político Segismundo Moret, en su alocución, se refirió a los nombres propios de Prim, por su recordada arenga a los voluntarios catalanes; y de Alarcón, como el "cronista inigualable de la guerra"[98]. Otra buena muestra de la enorme influencia de Alarcón la ofreció José Boada en su obra *Allende al Estrecho*, cuando relataba su visita a Tetuán, salpicando constantemente el relato con referencias a las descripciones de Alarcón. Incluso señalaba que muchos de los españoles que visitaban la ciudad iban específicamente a visitar personajes y lugares que aparecían en la obra[99].

La "bendición" de Alarcón era además una garantía para cualquier nueva obra sobre el tema. Así se resaltó respecto a la publicación en 1876 de *Desde Vad-Ras a Sevilla. Acuarelas de la campaña de África*[100], de José Navarrete. En un extenso artículo al respecto en la *Revista de Andalucía* se establecía una comparación entre el relato de Alarcón, "mano maestra" y "monstruo de ingenio y de inspiración a quien admira España entera" y el de Navarrete, pero exaltando ambos, y destacando la diferencia que para el segundo suponía haberse embelesado en muchas ocasiones con el relato del primero[101]. En el artículo se incluía también una carta de Alarcón a Navarrete en la que lo felicitaba por su trabajo, incidiendo en la profunda nostalgia que le había despertado su lectura:

> Leyéndolo á Vd. he visto de nuevo a Tetuán; he tornado a recorrer los bosques de naranjos de sus huertas, salpicados de sangre cristiana y mora en aquella histórica tarde del 4 de Febrero, cuya luz no se extinguirá nunca; he oído otra vez, al cabo de tantos años, la *diana de campaña* que me despertó durante los cien días más grandes y bellos de mi

[96] "Sección de espectáculos", en *La Época*, 18-VII-1881, p. 3.
[97] *Diario oficial de avisos de Madrid*, 18-VI-1880, p. 2.
[98] "Los Voluntarios catalanes. Fiesta española", en *El Heraldo de Madrid*, 7-XI-1905, pp.1-2.
[99] BOADA: *Allende el Estrecho*, p. 278.
[100] NAVARRETE, J.: *Desde Vad-Ras a Sevilla. Acuarelas de la campaña de África*, Imprenta a cargo de Víctor Sáiz, Madrid, 1876.
[101] FERNÁNDEZ GRILO, A., citado en CABRIÓN, A. L.: "Desde Vad-Ras a Sevilla", en *Revista de Andalucía*, 3-I-1876, p. 81.

> vida; he sentido nostalgia de la tienda, hambre del rancho […], he vuelto a ser soldado de la patria; he vuelto a cantar las glorias de aquel gran ejército que luchaba y vencía, no en contienda civil, sino en guerra extranjera…"[102]

En el artículo se recogía también una reunión que, relacionada con la publicación de esta obra, mantuvieron Alarcón y otros artistas, y que sirvió para que se dedicasen "patrióticos recuerdos a los sufridos soldados españoles", recordando todos "con cariño" unos días que habían sido muy duros y de gran sufrimiento, pero que también habían dado a la patria laureles y alegría[103]. Finalmente, se señalaba que la alta consideración de Alarcón, cuyo análisis se consideraba imparcial, era la mejor muestra que podía haber de la calidad de la obra de José de Navarrete.

Otras obras literarias sobre la campaña vieron también la luz en esos años. Entre ellas destaca *Episodios Militares* (1884) de Ros de Olano, que tuvo un éxito inmediato por el prestigio del que gozaba su autor desde 1860[104]. La obra no se basa tanto en el conflicto como en otras vivencias de la época, y por momentos es más una narración de viajes y recuerdos con un tono muy poético y evocador[105]. Con un título similar, *Episodios Militares del Ejército de África* (1892), del también militar Dionisio Monedero, presentaba un discurso mucho más belicista y patriótico[106]. La obra estaba dedicada a la Sociedad de Veteranos de la Guerra de África, y en su introducción señalaba haber escrito el volumen porque "el conocimiento de los heroicos hechos que enaltecen la Historia de la Patria es lo que infunde en los corazones sanos el amor al peligro y a la gloria"[107]. El entusiasmo del autor por lo bélico resulta manifiesto: él mismo había sido voluntario con 17 años y llegaba a afirmar que los días de la guerra habían sido para él venturosos y "los únicos felices de mi vida"[108]. Esta subjetividad impregna la obra, tanto en la exaltación de la campaña como en el estilo, muy literario y afectado, en ocasiones un remedo de la estética romántico de Alarcón.

En lo relativo al género lírico no hemos podido constatar la existencia de poemarios dedicados a la Guerra de África, más allá de apariciones sueltas como el "Episodio de la Guerra de África", con el que el asturiano Ramón Campoamor contribuyó al *Novísimo romancero español*[109], una obra colectiva de temas variados. No obstante, siguieron componiéndose poemas, en particular con ocasión de homenajes y conmemoraciones, aunque también muchas otras veces se aprovechaban los ya existentes. En el homenaje a los Voluntarios Catalanes en Madrid en 1905 se leyeron varios poemas de exaltación de la guerra y de la participación de los *catalanes españoles*, como el de Leopoldo Cano que decía en una de sus estrofas:

> ¡Anem! En reñida acción
> contestaban al cañón
> estos viejos que aquí están.

---

[102] ALARCÓN, P. A., cit. en CABRIÓN, A. L.: "Desde Vad-Ras a Sevilla", en *Revista de Andalucía*, 3-I-1876, p. 84.
[103] CABRIÓN, A. L.: "Desde Vad-Ras a Sevilla", en *Revista de Andalucía*, 3-I-1876, p. 85.
[104] ROS DE OLANO, A.: *Episodios Militares*, Imp. de Miguel Ginesta, Madrid, 1884.
[105] Vid. CARRASCO GONZÁLEZ, A.: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, Sial-Casa de África, Madrid, 2009, p. 39.
[106] MONEDERO ORDÓÑEZ, D.: *Episodios militares del Ejército de África*, Imprenta de Sucesor de Arnaiz, Burgos, 1892.
[107] Ibídem, p. IX.
[108] Ibídem, p. 6.
[109] ARNAO, A. [et al.]: *Novísimo romancero español*, vol. 1, Tip. de G. Estrada, Madrid, 1878. El poema de Campoamor era exactamente el mismo que había publicado en 1860 en el Romancero de la Guerra de África del Marqués de Molins.

¡Así se habla el catalán
y lo entiende el corazón![110]

Más presencia mantuvo el drama, pues siguieron representándose en los teatros obras relacionadas con la campaña de Tetuán. Empero, y como ya señalamos respecto al ciclo de 1860, no hubo ninguna que alcanzase la calidad y el éxito suficientes para convertirse en un referente. Lo más habitual, atendiendo a la prensa, fue que se presentasen pantomimas, como por ejemplo *Episodios de la guerra de África y toma de Moutenegron*, de la que daban cuenta varios periódicos en noviembre de 1871[111], y que se podía ver en el Teatro y Circo de Price, en el madrileño Paseo de Recoletos. Muchos años después, el 31 de diciembre de 1890, el mismo teatro acogió otra obra de la Guerra de África[112], una pantomima en cinco cuadros con la que se conmemoraba el aniversario de la muerte de Prim, que había fallecido el 30 de diciembre de 1870. Era una nueva demostración de la gran importancia de la figura del general reusense, y de cómo su memoria difícilmente se separaba de su recordado papel en la Guerra de África. Otra de estas pantomimas se representó en agosto de 1901 en la antigua plaza de toros de Barcelona. Según *La Época* se trataba de "una grandiosa e interesante pantomima de grande aparato mímico-militar", que ensalzaba las glorias de España y, como no podía ser menos, el papel del "bizarro" Prim y de los voluntarios catalanes[113]. Entre las zarzuelas, otro de los géneros más populares de la época podemos señalar *Los Voluntarios*, de Gerónimo Giménez Bellido, estrenada en 1893; o *La batalla de Tetuán*, de Joaquín Velarde, estrenada en 1899[114].

Finalizamos este repaso con la música, señalando la evidencia de que dos composiciones realizadas en tiempos de la campaña permanecieron en el recuerdo colectivo como los mayores exponentes de la misma. Nos referimos al *Himno Marcial*, de Juan de Castro y, sobre todo, a *Els nets des Almogavars*, de Anselm Clavé, que se siguió interpretando con frecuencia, convertido, al igual que los Voluntarios Catalanes a los que evocaba, en un símbolo de la lucha de Cataluña en defensa de España. En plena Guerra de Cuba, en 1897, este himno fue entonado por las "masas corales" desde un barco cuando el general Valeriano Weyler desembarcó en Barcelona[115]. Su lugar privilegiado de composición con gran fuerza simbólica quedaba bien patente en un texto del periódico republicano *El País* en 1900, que trataba de los silbidos que la *Marcha Real* había recibido en la ciudad condal y la gran polémica que habían generado. Se criticaba a los monárquicos por sus lamentos, sus aspavientos y por considerar un crimen silbar el himno nacional al considerarlo un escarnio a la patria, y se afirmaba que no se pitaba al himno por ser español (ahí estaba el hecho de que la bandera española no había sido pitada), sino por no evocar gloria y, por lo tanto, desentonar con la escena en la que se había utilizado. Como concluía:

> No evoca la lucha por la independencia, que palpita en la jota aragonesa; no trae a la memoria el recuerdo de las revoluciones y guerras civiles en defensa de la libertad porque ese recuerdo lo despiertan los compases del himno de Riego y tampoco hace

[110] "Los Voluntarios catalanes. Fiesta española", en *El Heraldo de Madrid*, 7-XI-1905, p. 1.
[111] Por ejemplo *Diario oficial de Avisos de Madrid*, 11-IX-1871, p. 4.
[112] Según *La Época* (31-XII-1890) el título era *Glorias de España, ó sea las escenas más culminantes de la Guerra de África*; mientras que *La Unión Católica* (31-XII-1890) le atribuía el más sencillo de "Guerra de África".
[113] "Espectáculos", en *La Dinastía*, 31-VIII-1901, p. 3.
[114] PASTOR COMÍN: "El conflicto con Marruecos en la música española", p. 199.
[115] "El General Weyler en Barcelona", en *El Siglo Futuro*, 24-XI-1897.

recordar la guerra de África, que nos conmueve evocada por las valientes, inspiradas estrofas de Clavé[116].

Además del interés que por su contenido tiene la reflexión de *El País*, a nosotros nos interesa muy especialmente esa referencia a la composición de Clavé, situándola al nivel de otras tan populares como el *Himno de Riego* o la tradicional jota aragonesa.

Aita Tettauen, el contrapunto al recuerdo romántico

Al tratar de la narrativa sobre la Guerra de África en estos años nos hemos dejado una obra que, por su calidad, difusión, influencia e impacto en la memoria del conflicto tratado se merece un apartado propio. Nos referimos a *Aita Tettauen*, uno de los famosos *Episodios Nacionales* del prolífico escritor canario Benito Pérez Galdós[117]. La novela se centra en la campaña de 1859-1860, que es mostrada desde una óptica claramente desmitificadora, en contraste con la visión romántica de Alarcón, que es incluso parodiada por Galdós. El éxito de la obra contribuyó a difundir una imagen distinta y menos idealizada de la guerra, pero aun así su éxito no se puede comparar con el de *Diario de un testigo de la Guerra de África*, algo normal teniendo en cuenta que Alarcón se había aprovechado de un entusiasmo generalizado con el que, desde luego, no pudo contar Galdós. De todos modos, según Francisco Márquez Villanueva, autor de uno de los más completos estudios sobre *Aita Tettauen*, Galdós era en 1905 el autor español más leído del siglo, y la obra tuvo cuatro reimpresiones en su primer año, lo que demuestra su notable difusión[118].

Como los restantes episodios galdosianos, estamos ante una novela histórica ejemplar, en el más puro estilo iniciado por Walter Scott[119], por esa capacidad para situar personajes ficticios en un contexto histórico bien documentado, que no es ya un simple pretexto para ambientar una trama inventada, sino que se analiza y se trata de reflejar, lo que le da un cierto valor como Historia[120]. De todas las novelas por las que hemos pasado hasta el momento ninguna reúne al mismo tiempo una calidad literaria tan destacada, una labor de documentación tan completa y una visión tan realista de la guerra, tan rica en matices acerca de la sociedad y la idiosincrasia española de la época. Para Carrasco González, Galdós supone la superación del "tremendismo folletinesco, el extravío geográfico y el lenguaje pobre y rebuscado" que eran comunes en la época[121]. Por eso es tan notable el esfuerzo de documentación histórica realizado por el autor canario, que incluso se desplazó a Ceuta y a Tetuán para ampliar su perspectiva[122]. Aun así, el autor

116 "La Marcha Real silbada", en *El País*, 24-XII-1900, p. 1.

117 Concretamente el libro sexto de la serie cuarta, lo que lo hacía el número 36 del total de 46 que llegaría a escribir Galdós. PÉREZ GALDÓS, B.: *Episodios Nacionales, Serie Cuarta. Aita Tettauen*, Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

118 MÁRQUEZ en PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen*, pp. 7 y 28.

119 "Su objetivo es recrear no los mismos hechos históricos, sino cómo éstos pudieron afectar a hombres y mujeres que, a su vez, contribuyen a moldearlos. De ahí la atención dispensada a la cotidianeidad de lo en apariencia pequeño" p. 13. MÁRQUEZ en PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* , pp. 10 y 12.

120 Como en su día señaló Georg Lukács, la clave de la novela histórica no está en relatar los grandes acontecimientos históricos, sino de procurar la vivencia de los móviles sociales e individuales por los que los pensaron, sintieron y actuaron. LUKÁCS, G.: *La novela histórica*, Ediciones Era, México, 1966 (original de 1937), p. 44.

121 CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 47.

122 Entre las posibles obras de Historia que pudieron influir a Galdós, Márquez Villanueva destaca especialmente la *Historia de la Guerra de África* de Evaristo Ventosa (1860) o la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (1890), entre otras. Vid. MÁRQUEZ en PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* ,

consideraba insuficiente la información de que pudo disponer. Sin duda una de las claves en este sentido fue su correspondencia con Ricardo Ruiz Orsatti, intérprete de la legación española, y que le fue de gran ayuda para aspectos lingüísticos y porque le proporcionó una obra en árabe, *La Guerra de África* del autor marroquí En-Nasiri, que no se publicó en España hasta la edición de Clemente Cerdeira en 1917[123]. Esta obra, de un autor considerado por Orsatti como "poco objetivo y extraordinariamente fanático"[124], le sirvió a Galdós para introducir la perspectiva marroquí en una parte de su obra, y el propio Nasiri inspiró claramente un personaje de la novela. En una extensa carta enviada por Galdós a Orsatti tras acabar la novela, el escritor canario le explicaba que era consciente de los problemas de verismo de su novela por problemas de las fuentes, pues se había visto obligado a "salir del paso con datos incompletos, con recuerdos de lo que había oído a usted, con testimonios buscados en diferentes libros, contradictorios y, sin duda, equivocados en sus referencias"[125]. Al margen de que la obra tenga incorrecciones, la carta manifiesta un admirable deseo de rigor de Galdós, que lamenta errores detectados a posteriori y revela el Corán como una de sus fuentes más útiles, especialmente para la parte de la obra que narra la guerra como si el autor fuese un marroquí[126]. Esta intención, la de ofrecer el punto de vista del tradicional enemigo es una de las claves de la obra y uno de sus mayores logros, ya vislumbrado en su título, pues "Aita Tettauen" significa precisamente "la guerra de Tetuán" en árabe.

Quizá el aspecto del relato de Galdós que más interesante resulta para nuestro trabajo es el completo análisis que realiza de la labor de los cronistas, del contraste entre los hechos y lo escrito, y de la conformación de una memoria de lo sucedido a través de estos relatos. El propio Santiuste, el escritor que protagoniza la novela, realiza una doble crónica en su correspondencia: la que envía para la publicación en el periódico y la que envía a un niño llamado Vicente, al que quería escribirle "en tonos de patriotismo infantil y sonrosado", pero equivoca la correspondencia y será la segunda la que salga en el periódico[127]. Aún cuando su visión de la guerra está cambiando, las crónicas para el periódico las sigue enviando con un evidente halo de heroísmo y gloria, pues es lo que se espera de él. Al final, de los tres cronistas centrales: Santiuste, el propio Alarcón y Nasiri (el cronista marroquí), ninguno llega a escribir una visión realista de la guerra, lo que evidencia la crítica de Galdós a ese tipo de obras, y hace mucho más eficaz la desmitificación de la guerra.

El *Diario* de Alarcón juega un importante papel en *Aita Tettauen*, e incluso el escritor granadino es un personaje del relato, introducido para servir de contraste con Santiuste, el protagonista[128]. Mientras el primero es capaz de seguir exaltando la guerra

p. 21. Buena muestra de la fama de la que gozaba Galdós entonces es que diversos periódicos se hicieron eco de este viaje en 1904, conocedores ya de la temática que tendría la nueva novela del autor canario. Vid. por ejemplo "Otro «episodio» de Galdós", en *El Imparcial*, 12-X-1904, p. 3. También en *El Día*, 12-X-1904, p. 3.

123 AHMAD IBN JALID AL-NASIRI AL-SALAUI: *Versión árabe de la Guerra de África (1859-1860), traducida y anotada por Clemente Cerdeira*, Tip. Moderna, Madrid, 1917.

124 MARÍN: "Los arabistas españoles en Marruecos", p. 84.

125 GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, pp. 90-91.

126 Entre los errores destaca los nombres de las puertas de Tetuán. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961, pp. 90-91.

127 PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 76.

128 Para Susan Martín-Márquez, el personaje de Alarcón es además el portavoz en la obra de la tradicional retórica imperialista. Vid. MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: "«Here's Spain Looking at You»: Shifting Perspectives on North African Otherness in Galdós and Fortuny", en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 5 (2001), p. 13.

después de haberla visto, el segundo sufrirá un profundo cambio, especialmente tras la batalla del Serrallo y la contemplación de los muertos en el campo de batalla[129], hasta el punto de convertirse en un pacifista. De hecho, los dos autores conversan en la obra y un Santiuste ya decepcionado con la guerra le dice a Perico, como él se dirige a Alarcón, que lo considera el más capaz para poner "en endechas de prosa las carnicerías de ayer y de hoy", mientras que a él "la guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando me enamoré por las lecturas", y en varios momentos deja claro que hay otras prioridades, pues señala por ejemplo que con el estómago vacío, el alma "no puede darse cuenta de cosa alguna referente á la gloria y al patriotismo"[130].

Del mismo modo que Santiuste y Alarcón contrastan de forma fehaciente en la novela de Galdós, el contraste entre *Diario de un testigo* y *Aitta Tettauen* también es manifiesto, aunque no hay en absoluto una identificación de Galdós con el personaje de Santiuste, más allá de aspectos puntuales como el pacifismo profesado al final por éste. Pero la racionalidad y el realismo literario de Galdós se oponen frontalmente al romanticismo imbuido de entusiasmo patriótico tan reiterativo en Alarcón. Con todo, hay momentos, como la batalla de los Castillejos, en los que un cierto carácter épico parece también derivarse de la narración galdosiana. Por ejemplo, al describir la célebre carga de Prim enarbolando la bandera:

> Prim empuñó el mástil de la bandera; al viento dio la tela y con la tela unas palabras roncas, ásperas, como si las soltara con un desgarro de su laringe […] coger la bandera, echar la tremenda invocación, hincar espuelas al caballo y saltar éste sobre el tropel de moros, fue todo un instante […] del lado de ese instante estaba el milagro[131].

No obstante, en esa hiperbólica descripción se respira también la sátira que entronca con el resto de la obra. Para López Barranco, ese momento de épica "es irreal, es sarcasmo"[132], y el propio Galdós apunta poco después que de no ser por la llegada de Zabala lo que Prim hubiese tenido habría sido una muerte gloriosa[133]. Además, unas pocas páginas más adelante se podía leer cómo el coronel Francisco Barroeta se suicidaba de un disparo en su tienda, muriendo con él la escasa sensación de épica que en la mente del lector pudiese quedar.

Aun así, queda la impresión de que la visión de la figura de Prim es claramente positiva, más allá de que su *aparición* en los Castillejos sea comparada por Santiuste con la del Apóstol Santiago en Clavijo[134]. Y esta imagen es importante porque, como ha puesto de relieve Fernández Basterreche, la definición de los "espadones" de la España del XIX que Galdós hace en sus novelas de las series tercera y cuarta, es la que ha perdurado en nuestra memoria[135]. O'Donnell queda, por el contrario, como un hombre capaz de sacar adelante con relativa humanidad una guerra con la que Galdós no está para nada de acuerdo en los planteamientos, mientras que Prim "de siempre favorito de Galdós, brilla bajo un enfoque moderadamente «épico» como único triunfador personal de aquella

[129] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 81.
[130] Ibídem, pp. 73, 102 y 111.
[131] Ibídem, p. 124.
[132] LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 47.
[133] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 129.
[134] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), pp. 146.
[135] Vid. FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *Los espadones románticos*, p. 420. "Espadones" es el término con el que este autor se refiere a los personajes con una jerarquía militar, poder e influencia que les permitía imponer una solución política alternativa a la existente, y cuyos mejores exponentes fueron Espartero, Narváez, O'Donnell, Serrano y Prim. FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *Los espadones románticos*, p. 11.

guerra"[136]. También se transmite una visión bastante positiva del soldado español, por valiente y estoico, así como por su actitud en la victoria, algo en lo que Galdós coincide con la tradicional imagen forjada durante el mismo conflicto, y en la que nunca existen los desmanes, el pillaje o las violaciones por parte de los soldados españoles:

> No se maravilló poco Santiuste cuando vió y supo que ni el más leve atropello habían cometido los soldados vencedores: a moros y judíos trataban con afable generosidad, repartiendo entre ellos el pan que llevaban para sí[137].

Las múltiples interpretaciones que se hicieron del conflicto tienen cabida en la novela. Por ejemplo, la de que la guerra fue un intento por distraer la opinión pública de los problemas internos del país aparece en boca del viejo Ansúrez, cuando señala que "debemos alabar al señor O'Donnell por la idea de llevar nuestros soldados al África; que así echamos la vista y el rostro fuera de este patio de Tócame Roque en el que vivimos"[138]. Temas como el exacerbado patriotismo, la amplificación del incidente que dio lugar a la guerra, el apoyo inglés a los *moros*[139], o las lecturas de la guerra en clave de política interior y prestigio exterior tienen igualmente cabida en el reflexivo análisis que realiza Galdós envuelto en sátira. Buena parte de estos motivos aparecen magistralmente resumidos en uno de los fragmentos de la obra que, por su representatividad, ha sido de los más citados en trabajos de historia al referirse a la Guerra de África, analizasen o no la obra de Galdós:

> Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra los obispos. No había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dió la kabila de Anyera, profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta.
>
> El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa, y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles á la acción política[140].

Pero fue sin duda su intento por aproximarse a la perspectiva marroquí su objetivo más ambicioso, y el que más labor de documentación le supuso. El cambio en la narración se produce después de que Santisute, el cronista de guerra español convertido ahora en adalid de la paz y dispuesto para volver a casa, sale una noche desorientado del campo cristiano para, casi sin darse cuenta, terminar en Tetuán antes de su conquista, donde es acogido por un grupo de hebreos, un detalle que para Juan Goytisolo encierra un fuerte simbolismo[141].

La novela continúa a partir de ese momento desde el punto de vista *moro*, como si se tratase de una crónica del marroquí El Nasiry. Tanto en los aspectos formales como en el discurso, la obra cambia radicalmente, y se relata cada episodio de la guerra como favorable a los marroquíes. Además, las referencias a la religión envuelven todo el relato,

---

[136] MÁRQUEZ en PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* , p. 21.
[137] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 333.
[138] Ibídem, pp. 15-16.
[139] Galdós llega a referirse a parapetos "dirigidos en su ejecución por sargentos ingleses": PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 244.
[140] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), p. 45.
[141] GOYTISOLO: *Crónicas sarracinas*, p. 68.

dando muestras de superstición, fanatismo y un providencialismo absoluto, hasta el punto de señalar que "si Dios da la victoria a los infieles, es porque así conviene al universo", o de culpar a Satán de los ingenios de guerra españoles. Además se vierten una serie de tópicos peyorativos sobre los españoles con los que se generaba odio hacia ellos, como por ejemplo el de que tras las misas sacrificaban 100 corderos y 25 bueyes, porque a su Dios le encantaba ver correr sangre[142]. Si las crónicas de Alarcón y Santiuste son ridiculizadas por Galdós, lo mismo sucede con la de El Nasiry. Más si cabe porque el engaño es todavía mayor, y resulta grotesca la contraposición entre lo que este autor escribe y lo que piensa, pues blasfema o se emborracha, por lo que luego pide perdón a Alá. El colofón a esa manifiesta doble moral está en que al final El Nasiry resulta ser un español renegado, y él mismo le pone la puntilla a su propio relato hasta reducirlo a un artífico absoluto:

> ¿Crees tú que es historia lo que escribo para El Zebdy? No, hijo, no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los moríos. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, hele puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió. En cada párrafo he metido exclamaciones del Korán y gran porción de esas pamplinas con las que aquí se alimenta el fanatismo[143].

Para Susan Martín-Márquez ese párrafo muestra un notable racismo, y también de algún modo la constatación de que un español nunca podría dar el punto de vista, la perspectiva de un marroquí[144]. Pero respecto a esto es interesante que reflexionemos sobre qué podemos entender como la perspectiva de un marroquí, pues ese relato ficticio e hiperbólico que surge de la pluma de Galdós no dista en mucho de la crónica de El Nasiry real, que sí es completamente marroquí[145]. Siguiendo el mismo razonamiento, también cabría que nos preguntásemos hasta qué punto las crónicas españolas que llevamos analizadas eran realmente un reflejo del "punto de vista español".

Aita Tettauen fue vista ya en su momento como un cierto punto de inflexión en las lecturas de la contienda, y valorada muy positivamente por buena parte de los críticos. Ángel Guerra, en *La Lectura. Revista de ciencias y artes*, alababa en 1906 la "serenidad de juicio" con la que Galdós analizaba unos acontecimientos que habían sido "tenidos hasta ahora por una patriotería exaltada en olor de leyendas heroicas, propias de ciclos guerreros más famosos". Además, aludía a la casi obligada comparación con Alarcón para contrastar la vieja visión romántica, que en la imaginación del pueblo había adquirido "relieve de inmortales hechos de romancero" y que quedaba con Galdós "sobriamente narrada, justamente juzgada y a sus términos precisos reducida"[146]. No deja de ser irónico que Alarcón, que prometía en su obra ser "narrador exacto"[147], acabase siendo considerado de esa forma en comparación con un escritor que inventó deliberadamente personajes y hechos para dar vida a su relato. Pero es el magnífico análisis de la realidad política e histórica de la época, junto con su desmitificación de la contienda, lo que da tanto valor

[142] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), pp. 209, 232 y 242.
[143] Ibídem, p. 330.
[144] MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: "«Here's Spain Looking at You»: Shifting Perspectives on North African Otherness in Galdós and Fortuny", en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 5 (2001), p. 14.
[145] Youseff Akmir sostiene que, aunque al compartir el nombre se ha considerado que la inspiración de Galdós fue En-nasiri, en su opinión el principal modelo de Galdós fue Alfilal, otro autor marroquí: AKMIR, Y.: "La historiografía marroquí…", p. 77. No obstante, nos parece que la correspondencia entre Galdós y Orsatti es bastante explícita al respecto de la influencia del relato de En-nasiri en *Aita Tettauen*.
[146] GUERRA, A.: "la vuelta al mundo en la «Numancia». Novela por B. Pérez Galdós", en *La lectura. Revista de ciencias y artes*, mayo de 1906, p. 93.
[147] ALARCÓN: *Diario de un testigo…*, pp. 26, 63.

a la novela histórica de Galdós. Otro crítico literario, E, Gómez Baquero, señalaba como grandes virtudes del trabajo de Galdós su esfuerzo por mostrar la perspectiva del enemigo y su labor de documentación, especialmente por el viaje realizado por Marruecos, ya que en un país de progreso tan lento las cosas no habrían cambiado mucho desde 1860, y así Galdós había conseguido "dar un aire de verdad" a su novela[148]. De nuevo vemos que el realismo de la novela recibió críticas positivas, pero no había en estos análisis apenas referencias al enorme componente satírico del relato, a que más que un intento por mostrar los hechos tal como acontecieron lo que Galdós quería era demoler la memoria generada a través de décadas de relatos que distorsionaron los hechos para unos fines concretos.

La obra presenta también lo que Carrasco González ha considerado elementos típicos de la novela orientalista, como el exotismo del amor interracial[149]. La trama amorosa se vertebra a través de la relación entre el propio Santiuste y Yohar, una judía que finalmente lo rechaza, que en palabras de Susan Martín-Márquez "se rebela contra la colonización de sus propio cuerpo", por lo que pasa de "la blanca Yohar" a ser "prieta de maldad"[150]. El racismo inherente a estas valoraciones es manifiesto en otras partes de la obra, y especialmente cuando Santiuste describe a una mujer negra de El Nasiry en términos como "mona", "gigante" o "mula". De todos modos, son aspectos que siempre aparecen diluidos en la crítica de la guerra y de la sociedad española, que se erigen en elemento central. El intenso análisis de la realidad de aquella época, que no resulta lejana para un Galdós que tenía 16 años cuando comenzó la contienda, se construye alrededor de unas críticas a ese patriotismo que necesita la guerra para existir y que él no concibe. A través de la banalidad de una guerra que cae pronto en el olvido, a esa lucha entre pueblos que tenían mucho de hermanos pues, como afirmaba el anciano Ansúrez, quizá la voz en la novela que más encarna una visión racional de lo que sucede, aquella guerra tenía un poco de civil porque los moros al final eran "españoles mahometanos"[151]. Galdós ya había pasado por el 98, y ya había comprobado en todo su esplendor los perniciosos efectos para la sociedad española de ese patriotismo belicoso, de ese pueblo que, como exclamaba Santiuste, daba por hechas las hazañas antes de verlas realizadas[152]. La mentalidad de rechazo a esa forma de patriotismo que se fortaleció en la intelectualidad española con el "desastre" de fin de siglo está muy presente en Galdós, como también lo está una visión del moro más humana, en la que éste aparece como un enemigo circunstancial, con sus sombras, pero también con virtudes[153]. El siguiente *Episodio Nacional* de Galdós, titulado *Carlos VI en la Rápita*[154], continúa la historia de Santiuste, y ofrece algunos aspectos interesantes sobre la Tetuán ocupada y las negociaciones de paz. Sin embargo, la guerra ya ha terminado y sus consecuencias van adquiriendo un papel cada vez más secundario, por lo que nos interesa mucho menos que su predecesora para los objetivos de este trabajo.

Aitta Tettauen nunca pudo disputar a *Diario de un testigo de la Guerra de África* su lugar preponderante a la hora de establecer la visión de la campaña que siguió siendo

[148] GÓMEZ DE BAQUERO, E.: "Crónica Literaria", en La España Moderna nº 201 (septiembre de 1905), p. 174.
[149] CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 48.
[150] Para un completo análisis sobre el papel de la mujer en *Aita Tettauen* y su metáfora con el colonialismo vid. MARTÍN-MÁRQUEZ, S.: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 159 y ss.
[151] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905), pp. 15-16.
[152] Ibídem, p. 30.
[153] LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 130.
[154] PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* (1905).

la generalizada en los años siguientes, pero sí logró matizarla y ponerla en duda[155]. Además, Galdós pudo colocar para siempre su nombre al lado del de Alarcón por haber escrito la otra gran obra literaria de la Guerra de África, sin que más de un siglo después ninguna haya sido capaz de hacerse un hueco.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[155] No parece que hubiese un deseo por desacreditar a Alarcón, pues Galdós había mostrado admiración por su obra, como demostró en su discurso en 1905 en el banquete a los Voluntarios Catalanes, en el que exaltaba las figuras de Prim, O'Donnell y Alarcón como las más destacadas de la campaña. "Los voluntarios catalanes. Fiesta española", en *El Heraldo de Madrid*, 7-XI-1905, p. 1.

5 - Entre el fin del imperio y la búsqueda de uno nuevo

La crisis de Melilla de 1893 apuntó algunos aspectos novedosos que serían centrales en los conflictos hispano-marroquís posteriores. Sin embargo, también presentó rasgos que la situaron mucho más en la línea de los incidentes característicos del XIX, incluyendo la propia Guerra de África. Con el cambio de siglo se produjo un cambio radical de la situación, condicionado por los pactos entre las potencias europeas para repartirse definitivamente Marruecos, así como por lo verdaderamente impopular que llegó a ser la "contribución de sangre" española necesaria para adaptarse a este nuevo marco internacional. Dicha impopularidad estalló de forma abrupta en 1909, manteniéndose en los años siguientes.

El conflicto marroquí de 1893 fue, si atendemos a la respuesta popular, mucho más similar a los precedentes que a los de décadas siguientes. El punto de transición entre el predominio del ardor patriótico nacionalista y notablemente "popular", y la oposición abierta de amplios sectores que permiten calificar las guerras como algo netamente "impopular" no lo situamos respecto a un conflicto marroquí, sino que consideramos que se produce durante el cubano, con el enfrentamiento de escala hasta entonces desconocida que estalló en la Gran Antilla en 1895. Este carácter de conflicto de transición se manifiesta en que siguió existiendo un fuerte discurso belicista que ayudó a movilizar a notables sectores de la población, los cuales se manifestaron para pedir reparaciones del honor, para clamar contra un enemigo indigno o para celebrar cualquier hecho de armas mínimamente interpretable como victorioso. Estas reacciones eran similares a las que se aprecian tan claramente en momentos como 1859, 1885 ó 1893, pero su presencia se redujo sensiblemente en el siglo XX. Pero durante la Guerra de Cuba percibimos también una vehemente oposición a la campaña que, si bien todavía estaba lejos de rivalizar en intensidad y capacidad de movilización con la que tendría lugar en momentos como 1909 ó 1921, ya fue capaz en ocasiones de eclipsar un entusiasmo que empezaba a flaquear. Las protestas contra ese servicio militar obligatorio que se podía eludir con dinero adquirieron una dimensión que con anterioridad ni se atisbaba, y el famoso lema "o todos o ninguno" de los socialistas, que volvería al primer plano en 1909, surgió en este momento.

Los hechos de 1895 llevaron a que la situación de Marruecos pasase claramente a un plano secundario, tanto por la superación del conflicto de 1893 como por las revoluciones de Filipinas y Cuba, sobre todo esta última que en los años siguientes copó la actualidad informativa. Algunos episodios diplomáticos con Marruecos relacionados con las negociaciones de paz que adquirieron cierto interés, destacando el que tuvo lugar en enero de 1895 cuando Miguel Fuentes, general de brigada en la reserva, propinó una bofetada en público al diplomático marroquí Sidi Brisha, lo que supuso un grave problema para la diplomacia española. Periódicos de tanta relevancia como *El Imparcial* dedicaron al completo su portada al suceso al día siguiente[1], calificándolo como un triste y lamentable incidente que podía perjudicar a España en las negociaciones. El militar, que fue castigado con varios meses de prisión, exclamó al propinar la bofetada "-¡Toma, para que se acuerde tu amo de Margallo y Fuentes en Melilla!"[2], y su conducta, aunque mayormente censurada, también levantó aplausos en algunos sectores. Por ejemplo el arzobispo de Toledo anunció que se haría cargo de la pensión de los hijos de Fuentes en

[1] *El Imparcial*, 1-II-1895, p. 1.
[2] "Los moros en palacio", en *El Día*, 31-I-1895, p. 1.

las escuelas pías de Madrid mientras estuviese detenido[3]. Desde el periódico *Don Quijote* se calificó la acción como "un acto de justicia, pero también de demencia"[4], aspecto este último en el que se insistió mucho a la hora de atenuar lo sucedido. Desde *El Correo Militar* se lamentaba la polvareda levantada, considerando que se había exagerado el incidente, y que si eso había menoscabado el honor de España, significaba "que del honor de la patria podría disponer un malvado ó un loco"[5].

Desde 1895 y por tres años los enemigos principales de España dejaron de ser los marroquíes para dar paso a los insurrectos cubanos y filipinos. Aún así, no era raro ver una asimilación entre ellos, y por ejemplo la denominación de "moro" se aplicó en muchas ocasiones a los revolucionarios tagalos, como demostraban ya en 1894 *Don Quijote* o *La Correspondencia de España* al hablar de la "nueva fechoría realizada por los indomables moros de Mindanao contra nuestras tropas"[6]. De cualquier forma, el *moro* continuaba siendo el Otro por antonomasia del español, y en ocasiones a él se asimilaban todos los enemigos de la patria, fuesen internos o externos. Un buen ejemplo de los primeros fue el titular "Peores que los riffeños" de *El Diario de Murcia* tras el atentado anarquista en el Liceo de Barcelona el 7 de noviembre de 1893, una comparativa que era desarrollada en el artículo: "Aunque sean españoles hay que convenir en que los autores del atentado salvaje, brutal, inicuo, que se ha cometido en Barcelona, son peores en todos sentidos que los bárbaros riffeños", que al menos no viven en la civilización, y no atacan tan cobardemente a mujeres y niños indefensos[7].

La Guerra de Cuba y su repercusión en Marruecos

El "desastre" de 1898 impactó de muchas formas a la sociedad española. Respecto a Marruecos, la liquidación del antiguo imperio colonial español lo dejó como uno de los pocos lugares, casi el único, hacia donde podían mirar los que todavía tenían sueños de imperialismo español y expansiones colonialistas. Además, el duro golpe moral y el reforzamiento de las fuerzas obreras y otras opciones políticas se iban a dejar notar en un cambio de actitud respecto a todo lo que oliese a colonialismo, especialmente si se requería "impuesto de sangre".

Aunque la oposición al conflicto cubano lo fue en su inmensa mayoría contra el reclutamiento, supuso un notable reforzamiento de ideas anticolonialistas. No obstante, éstas fueron muy minoritarias, y campañas como las de Pi i Margall, favorables a los independentistas cubanos[8], realmente excepcionales y limitadas a sectores anarquistas, comunistas y del republicanismo federalista. Desde el anarquismo, por su internacionalismo y manifiesto antiimperialismo se llamó a no considerar como desgracias las derrotas coloniales, lo que se refería en primera instancia a Cuba y más adelante se aplicaría a Marruecos, cuando comenzó a convertirse en claro objetivo de la ambición española y se negoció su reparto con Francia. Desde el periódico gaditano *El Proletario* se señalaba con sorna en 1902 que "nos acaban de reventar los americanos y ya *queremos meternos* en nuevas aventuras", y se cuestionaba la capacidad civilizadora

[3] PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 280.
[4] "El general Fuentes", en *Don Quijote*, 26-VI-1895, p. 1.
[5] "Sí, basta ya" en *El Correo Militar*, 4-II-1895, p. 1.
[6] "En Filipinas", en *La Correspondencia de España*, 16-I-1894, p. 2 y "lanzadas", en *Don Quijote*, 12-I1894, p. 4.
[7] "Peores que los Riffeños", en *El Diario de Murcia*, 9-XI-1893, p. 1.
[8] PICH: *Francesc Pi y Margall…*, p. 31.

de España: "¿Qué pueden llevar hoy las naciones cultas a las naciones bárbaras? Solo el infierno que «aquí» vivimos: la guerra social, el odio de clase a clase"[9].

Además del crecimiento del movimiento obrero que se produjo a finales del XIX y principios del XX, fueron también años en los que se consolidaron ciertas opciones políticas nacionalistas que ponían en duda la integridad de la nación española, destacando el catalanismo, que puede ser considerado ya un movimiento de masas en 1907[10]. El crecimiento de estas opciones inquietó en general a los sectores que controlaban el Estado en la época, y que compartían un acentuado centralismo, como demostró la ley del 1 de enero de 1900, por la que se castigaban con prisión mayor los delitos contra la integridad de la patria. No obstante, estos nacionalismos no profesaron un antiimperialismo comparable al del movimiento obrero[11]. Por el contrario, dentro del catalanismo se aprecia una cierta defensa del colonialismo, especialmente orientado hacia intereses comerciales, que ha sido estudiado y analizado por Eloy Martín Corrales o Enric Ucelay-Da Cal. Estos autores destacan planteamientos como los de Prat de la Riba, que defendía el autonomismo de las nacionalidades sin Estado en Europa, pero no de pueblos a los que consideraba bárbaros; o de Rovira i Virgili, que fue uno de los más destacados exponentes del colonialismo catalán de la época, y que negaba el derecho de independencia a pueblos que consideraba "inferiors" o "salvatges"[12].

Es innegable que la pérdida de los últimos restos del antiguo gran imperio colonial fue un duro golpe para el nacionalismo español. No obstante, muchas de las consecuencias de la Paz de París no fueron tan graves para el Estado como para ser catalogadas de "desastre", como algunos estudios han demostrado analizando el impacto político o económico[13]. Lo que si hubo fue un durísimo golpe moral del que sería muy complicado recuperarse, y del que se derivó el que múltiples intelectuales se planteasen el problema de España, una nación que estaba enferma y que necesitaba regeneración[14]. Nació así la conocida como "generación del 98", compuesta por escritores como Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Azorín o Ángel Ganivet, cuya influencia en el ámbito cultural e intelectual fue enorme. A la sensación moral de humillación se sumaba un ejército inflado de oficialidad que se quedaba sin escenarios en los que obtener gloria y ascensos[15], o la pérdida de mercados para ciertos sectores comerciales. Todos

[9]Cit. en SALOMÓN CHÉLIZ, Mª P.: "Internacionalismo y nación en el anarquismo español anterior a 1914", en SAZ y ARCHILÉS: *Estudios sobre nacionalismo y nación*…, p. 155. Según esta autora, el texto era además muy interesante porque revelaba la existencia de un concepto propio de identidad nacional, y caracterizaban al Otro africano como "bárbaro".

[10] Vid. RUBÍ CASALS, Mª G.: "Republicanismo y nacionalismo en Cataluña a principios del siglo XX: un análisis comarcal", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, Mª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 115 y ss.

[11] Algo que no es para nada contradictorio, si tenemos en cuenta el peso de los sectores burgueses en estos movimientos autonomistas.

[12] MARTÍN CORRALES: "El nacionalismo catalán y la expansión…", pp. 189 y 196. UCELAY-DA CAL: *El imperialismo catalán*, pp. 679,

[13] Vid. PAN-MONTOJO, J., "El atraso económico y la regeneración" en ID. (coord.), *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 261-334.

[14] La "enfermedad" de España favoreció un mayor rechazo hacia el régimen político e incluso hacia la propia nación. El primero se materializó en las clases bajas pidiendo cambios sociales, y el segundo en un reforzamiento de ideas alternativas de nación como la catalana o la vasca. Aunque el regeneracionismo salió sobre todo de la intelectualidad, también entre los militares se extendieron ideas de que la patria necesitaba recuperarse, y el ejército, que se veía como un guardián de la nación y valedor de los deseos del pueblo, podía ser la solución a los problemas de la política.

[15] Para las consecuencias de la guerra de Cuba en la mentalidad militar Vid. GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, p. 269 y ss.

estos aspectos contribuyeron en orientar las miradas hacia Marruecos, uno de los pocos territorios africanos que todavía no había entrado en el reparto de las grandes potencias, en el que España tenía especiales intereses y que podría servir para mantener la ilusión del viejo sueño colonial, evitando que España se convirtiese en una de las *dying nations* de las que había hablado Lord Salisbury. Todo ello reactivó los intereses que habían crecido de la mano del africanismo decimonónico, pero que se habían debilitado en los últimos años del siglo. No obstante, varios autores como Eloy Martín Corrales coinciden en que por lo general se afirmó de forma bastante acrítica que el colonialismo español en el Norte de África fue una consecuencia de 1898. Coincidiendo con este argumento, consideramos las pérdidas de 1898 un elemento más que favoreció la presencia española en Marruecos en el siglo XX, pero complementario a otros como un interés que ya venía de muy lejos (patente claramente en el africanismo decimonónico) o las responsabilidades impuestas a España por acuerdos entre otras potencias, como luego veremos. Lo que no parece haber es un interés tan claro por buscar en Marruecos un reconstituyente para la nacionalidad española, como el tan reiterado de la Guerra de África, o el que por entonces fue importante para Estados-nación relativamente jóvenes, como Alemania o Italia, donde el colonialismo en África jugó un papel fundamental en la construcción de la identidad nacional[16].

El reparto de Marruecos y la Conferencia de Algeciras

Desde 1860 hasta 1906, las únicas áreas de influencia española en el Norte de África, al margen de los presidios y Ceuta y Melilla, habían sido algunos territorios en el Sáhara Occidental, apenas aprovechados, y en la teoría una Santa Cruz de Mar Pequeña que nunca se terminaba de ubicar y mucho menos ocupar. Un decepcionado Joaquín Costa definía el Sáhara español en 1900 como una "especie de hueso que tenía prendidas dos menudísimas tajadas de carne, la Sebja de Iyil y el oasis Adraz", un territorio de 190.000 kilómetros que no valían en su conjunto "lo que los 4 o 6 kilómetros que ocupa la Escuela de Agricultura en Madrid"[17].

No obstante, la situación cambió desde los inicios del siglo XX, pues la resistencia que había logrado mantener Marruecos frente al colonialismo de finales del XIX fue agotándose, lo que dio paso a una penetración europea cada vez más intensa protagonizada por Francia y España. Un hecho decisivo para precipitar esta situación fue la rebelión que entre 1902 y 1909 protagonizó El Rogui Bu Hamara, un líder autoproclamado príncipe con pretensiones al trono del Sultán, que consiguió la adhesión de numerosas cabilas con las que estableció un dominio *de facto* sobre un área considerable del norte del país[18]. Su poder fue tal que incluso los españoles negociaron con él, y no con el Sultán, algunas concesiones mineras, lo que a largo plazo acarrearía problemas. Quizá el aspecto más decisivo de la rebelión de El Rogui es que llevó al sultán Muley Abd el Aziz a recurrir a la ayuda europea, favoreciendo una penetración que acabaría en ocupación. Aunque la rebelión de El Rogui no entra dentro de los objetivos de este trabajo, por no afectar directamente a España, podemos señalar que el conflicto

[16] BEN-GHIAT, R. y FULLER, M.: "Introduction", en ID. (Eds.): *Italian colonialism*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2008, p. 2.

[17] COSTA; J., en *Revista de Geografía Colonial y Mercantil* (1900). Cit. en GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 2, CSIC, Madrid, 1966, p. 39.

[18] Aunque sus pretensiones se basaban en una mentira, su capacidad de movilización fue muy notable. Pablo Laporte ha apuntado que, pese a la existencia de numerosas teorías que apuntaban que la rebelión de El Rogui se fundamentaba sobre todo en resistencia a la ocupación europea, para él esta claro que la motivación básica era intentar ocupar el lugar del Sultán. LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 92.

fue seguido con bastante interés por la prensa española, que destacó corresponsales como Vicente Vera (*El Imparcial*) o el famoso escritor Pío Baroja (*El Globo*)[19], para enviar noticias sobre ella. El levantamiento fue visto en general como una guerra civil marroquí. Pero aunque la rebelión de El Rogui aceleró un debilitamiento del poder del Sultán que ya venía de lejos, franceses y españoles estaban negociando la posibilidad de repartirse el territorio marroquí antes de que dicha rebelión hubiese comenzado. Las conversaciones se iniciaron en 1900, entre el embajador español en París, León y Castillo, y el político francés Theophile Delcassé, y dieron como resultado un tratado listo para ser firmado en 1902, pero que quedó en papel mojado. El acuerdo dejaba en manos de España un territorio extenso, poblado y rico, que incluía las ciudades de Taza y Fez, capital religiosa y política del sultanato. No obstante, el Gobierno español no dio el paso.

Defendiendo la negativa a firmar el tratado en 1903, el entonces presidente del Consejo de Ministros, el conservador Francisco Silvela, afirmó que había sido clave la falta de interés de la opinión pública[20]. Pero el factor más decisivo fue el miedo a desairar a Inglaterra. Analizando el tema en 1913, otro político del Partido Conservador, Sánchez de Toca, afirmó que el convenio propuesto por Francia en 1902 "estaba negociado a espaldas de Inglaterra, en realidad en hostilidad a Inglaterra" y que había sido previsor no suscribirlo[21]. Lo cierto es que en 1902, solo cuatro años después del incidente de Fashoda, muchos creían que británicos y franceses no se pondrían de acuerdo en un tema como ese, y no es de extrañar que produjese una notable sorpresa el acuerdo franco-británico de 1904 que, sin contar con España, reducía de forma sustancial el área de influencia española respecto a la negociada en 1902. Por estas circunstancias, el tratado de León y Castillo pasó a la historia como una gran oportunidad echada a perder. Las previsiones del diplomático español de que Francia e Inglaterra se entenderían y que el sostenimiento del *statu quo* era imposible, fueron rechazadas por los líderes conservadores, pero su acierto en ambas le granjeó una imagen muy positiva en los estudios históricos de etapas siguientes.

A pesar de que en el Acuerdo de 1904 a España se le reconocía un área de influencia mucho menor que la negociada con anterioridad, fue tenida en cuenta aún sin tomar parte en las negociaciones franco-británicas[22]. Sin embargo, hubo un país no contemplado en el acuerdo en el que éste generó un importante resentimiento: nos referimos a Alemania, que desde los años finales del XIX había reorientado su política exterior hacia la que se conocería como *Weltpolitik* (política mundial), y que se caracterizaba por una diplomacia más agresiva y un mayor interés expansionista. El 31 de marzo de 1905, en un contexto de tirantes relaciones de Alemania con Gran Bretaña y Francia[23], se produjo la visita del Káiser Guillermo II a Tánger. En ella, mostró su reconocimiento a la soberanía del Sultán, al derecho de Marruecos a ser independiente y

[19]MARTÍNEZ SALAZAR: "Pero no, la guerra no es bonita", p. 117.

[20]GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 2, CSIC, Madrid, 1966, p. 74.

[21] SÁNCHEZ DE TOCA, J.: *La acción ibérica como factor de la política europea en África*, Imprenta de Isidro Perales, Madrid, 1913, pp. 27 y 29. Por supuesto políticos de otros partidos no fueron tan favorables, y por ejemplo Romanones en sus memorias recordaba que el Gobierno Sagasta, del que él formaba parte, había cumplido su deber en 1901 evitando que Francia se convirtiese en dueña absoluta de Marruecos, con lo que culpaba a los conservadores de no haber refrendado un acuerdo ventajoso. Vid. ROMANONES, CONDE DE: *Notas de una vida*, Marcial Pons, Madrid, 1999, p. 261.

[22] Especialmente por las exigencias de Gran Bretaña, que no quería dar a Francia tanto peso en el Estrecho de Gibraltar, pero a sabiendas de que no podía hacer valer derechos propios de ningún tipo en la zona, apoyó los de España, una potencia en decadencia.

[23] La preocupación de Francia e Inglaterra ante la *Weltpolitik* sin duda tuvo mucho que ver en la entente entre ambos tras sus tensas relaciones a finales del XIX.

a su trato en igualdad de condiciones con todas las naciones[24]. Esta actitud suponía una oposición al acuerdo de 1904, y generó la que internacionalmente se conoce como Primera Crisis Marroquí, para cuya solución se convocó la Conferencia de Algeciras[25]. En esta reunión diplomática, celebrada entre enero y abril de 1906 con representantes de 13 países[26], se mantuvo el *statu quo* de Marruecos, pero éste quedaba muy debilitado al refrendarse el acuerdo al que británicos y franceses habían llegado en 1904. España aceptaba el papel decidido para ella, mientras que Alemania apenas vio satisfechas sus pretensiones, lo que incrementó su resentimiento[27]. En Marruecos, por su parte, la sensación de sumisión a los europeos incrementó la inestabilidad, hasta el punto de que en 1908 el Sultán Muley Abd-el-Aziz sería destronado por su hermano Abd-al Hafid, que lo acusó de haber vendido el país.

En España la conferencia recibió una cierta cobertura informativa. Las negociaciones fueron cubiertas con una perspectiva eurocéntrica y colonialista, considerándose casi siempre a Marruecos como inferior al resto de países participantes, por lo que la necesidad de tutelarlo era algo normal. La mayor parte de la prensa española acogió positivamente las negociaciones[28]. Los diversos periódicos analizaban cómo sería la colonización de Marruecos que derivase de una conferencia que, como se señalaba satíricamente en *La Lectura dominical*, había servido para que se conviniese "en la manera de guisar el capón de Marruecos y en la salsa con que han de comérselo las diferentes potencias"[29]. Aunque en la prensa primaron los análisis breves y muchas veces poco fundamentados, también los hubo más serios y concienzudos, e incluso se publicaron estudios tan completos como el de la *Revista de derecho internacional y política exterior*, que contó con artículos de acreditados autores extranjeros[30].

El avance hacia el "barranco"

Tras la Conferencia, que supuso la confirmación para España de que jugaría un papel en la zona norte de Marruecos, sus intereses y actuaciones más allá de los límites de Ceuta y Melilla se intensificaron. Aunque de algún modo España se había visto "obligada" a aceptar el papel que le asignaban Francia y Gran Bretaña, eran muchos los que pensaban que la intervención era imprescindible, no solo por el propio interés en Marruecos, sino también por el miedo a quedar rodeada por Francia, expresado por numerosos teóricos desde el XIX. Por ello algunos autores consideran que España

[24] MORALES: *España y el Norte de África*, p. 51.

[25] Para actualizadas y variadas profundizaciones en esta conferencia Vid. GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.; MARTÍN CORRALES, E. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007.

[26] España, Gran Bretaña, Francia, Alemania, el Imperio Austrohúngaro, Italia, Bélgica, Países Bajos, Rusia, Portugal, Suecia, Estados Unidos y Marruecos. Éste último era la parte más interesada, pero poco pudo hacer a parte de ver cómo otras potencias decían sobre su futuro.

[27] Según John Darwin, las conversaciones secretas entre Francia y Gran Bretaña se incrementaron aún más tras la crisis de 1905-1906, y frenar el crecimiento del poderío alemán parecía ser un objetivo todavía más importante para la armada británica que la propia defensa del Imperio: DARWIN, J.: *The Empire Project. The Rise and Fall of the British World-System*, 1830-1970, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p. 262.

[28] En *El País*, contrario a ellas, se afirmaba que "son pocos los periódicos que no se regocijan ante este acontecimiento", y se mostraban preocupados porque se perjudicase al sultán y se beneficiase a un fanático religioso como El Rogui: "Frutos de la Conferencia", en *El País*, 8-IV-1906, p. 1.

[29] MEDIOCRIS: "Sección de polémica", en *La lectura dominical*, 14-IV-1906, p. 231.

[30] *Revista de derecho internacional y política exterior*, nº 2, Madrid, 1906. La publicación estaba dirigida por el Marqués de Olivart.

comenzó su avance en Marruecos no tanto por la explotación de las riquezas como por aspectos como los avances franceses, las peticiones de protección de algunas cabilas o las agresiones reiteradas. Así, aunque un deseo imperialista al estilo francés, o comercial al estilo británico, estuviesen presentes, para España era más una cuestión de supervivencia política en un nuevo marco de relaciones exteriores[31]. Por eso se lanzó a una comprometida campaña colonial aunque las condiciones no fuesen las más adecuadas[32].

Antes de que los acontecimientos de 1909 marcasen un verdadero punto de inflexión en la situación, queremos señalar otro incidente en el que participó España, en este caso en el área de influencia francesa. Se trata de la intervención francoespañola en Casablanca a finales de julio y principios de agosto de 1907. El motivo fue el asesinato de una docena de obreros de ferrocarril europeos (siete franceses, tres españoles y dos italianos) tras un levantamiento surgido por una afrenta a un cementerio marroquí[33]. España envió al cañonero Álvaro de Bazán y unos 400 hombres para colaborar en las operaciones, aunque su intervención fue poco más allá de labores de vigilancia.

Pese a su escasa entidad, este incidente tuvo una repercusión en España muy por encima de lo habitual por una novedosa circunstancia: la irrupción del cine. Y es que en numerosas ciudades se pudieron emitir grabaciones francesas, como la cinta *Casablanca*, para muchos el primer acercamiento a este sorprendente medio, que permitió ver escenas como el desembarco de la caballería española o los disparos de su artillería[34], y que se promocionó con frases tan entusiastas como las de *La Voz de Galicia*, que señalaba que los combates habían "sido reproducidos en esta cinta con claridad emocionante y con fidelidad irreprochable"[35]. Fue sin duda un precedente de lo que luego, de forma mucho más intensa, sucedió respecto al Barranco del Lobo, objeto de múltiples noticieros filmados en 1909. Por supuesto, la prensa se mantuvo como el principal medio para informar de lo que sucedía, y las noticias de Casablanca coparon las secciones de telegramas durante varios días, con una especial atención a lo que pasaba con el despliegue español y a las consecuencias que el hecho podía tener en la política hispanofrancesa en Marruecos. La agresión se trataba con las ya habituales consideraciones del *moro* como salvaje e incivilizado, y se apelaba al honor aunque sin sacar a relucir por norma el exacerbado patriotismo de otras etapas. En *La Época* se hablaba de la lucha de la civilización con la barbarie, y se catalogaba de "terrible" el suceso[36], mientras que *El Día* incidía en los europeos que habían sido martirizados y degollados, considerando que era el momento de intervenir en un Marruecos dominado

[31] LA PORTE: *La atracción del imán*, pp. 32 y 55.

[32] Esta debilidad colonizadora respecto a otras potencias la resumen muy bien Pablo La Porte cuando señala que España no tenía un desarrollo económico e industrial que necesitase nuevos mercados (como Inglaterra), una expansión colonial previa que justificase nuevas anexiones o un partido colonialista con verdadera influencia (como en Francia), problemas derivados del exceso de población (como en Italia), o de un estatus importante que le permitiese adoptar una postura de fuerza (caso de Alemania). Vid. LA PORTE: *La atracción del imán*, pp. 32-33.

[33] Sánchez de Toca, en 1913, estimaba que el origen de los problemas había sido la brutalidad de un contratista, que empleó losas de un cementerio para pavimentar un puerto. SÁNCHEZ DE TOCA: *La acción ibérica* …, pp. 37-38.

[34] Martín Corrales recoge que la casa Barcelona preparó 310 cintas solo para España, lo que da buena idea de la notable extensión de este innovador invento. Vid. MARTÍN CORRALES, E.: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, p. 12. Este autor también recoge algunos datos sobre otras filmaciones sobre Marruecos que se pudieron ver en España antes de 1909, casi todas de origen francés.

[35] *La Voz de Galicia*, 15-X-1907.

[36] "Lo de Casablanca, en *La Época*, 1-VIII-1907, p. 1.

por la anarquía, las rebeliones y la barbarie[37]. La consideración de que el *statu quo* establecido en Algeciras se mostraba como una solución ineficaz apareció con frecuencia, especialmente en los medios militares[38]. Por otra parte, las publicaciones ilustradas ofrecieron numerosas fotografías, grabados y mapas en relación con los incidentes, y los análisis acerca de la colonización de Marruecos volvieron a cobrar especial actualidad.

El hecho fue uno más en la sucesión de acontecimientos que aceleraron el definitivo desgaste del Sultanato de Marruecos, y aceleró aún más el interés de Francia y España por intervenir, lo que se notó en los años siguientes con diversas operaciones, que en el caso de España se harían famosas por el tristemente recordado Desastre del Barranco del Lobo, eje central de nuestro próximo apartado. Las medidas del Gobierno permitieron al Ejército traspasar los límites fronterizos de las plazas por distintos motivos, que Tomás García Figueras consideró años más tarde como "elementales en un gobierno de responsabilidad", pero también señaló que para muchos estaban destinadas a "provocar a los rifeños para luego conquistar su territorio"[39]. Aunque el autor franquista considerase estos rumores como inconscientes o mal intencionados, lo cierto es que, fuese o no esa la intención del Gobierno, fue justo lo que acabó sucediendo. Además, desde el primer momento el Ejército adquirió un papel preponderante en el cumplimiento de estas medidas. No sólo había hecho presiones para favorecer la presencia española en Marruecos y ahora buscaba su sitio, sino que además, ante la ausencia de una administración peninsular en condiciones, era el único que podía hacerse cargo de la situación en un territorio cuyos habitantes no veían con buenos ojos la presencia europea.

[37] "Degollación de europeos", en *El Día*, 1-VIII-1907, p. 1.
[38] Vid. por ejemplo "Casablanca", en *La Correspondencia militar*, 2-VIII-1907, en una línea que se muestra en varios artículos más de esta publicación.
[39] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo II*, CSIC, Madrid, 1966, p. 308.

6 - El Barranco del Lobo y la Guerra de Melilla de 1909

A pesar de que las relaciones con Marruecos habían atravesado muchos momentos de tensión después de 1860, entre los que el de 1893 fue el más destacado, España no había superado claramente los difusos límites de Ceuta y Melilla para emprender un conflicto armado con las cabilas circundantes desde la Guerra de África[1]. 1909 marcó un importante punto de inflexión al abrir el camino a la ocupación por parte del Ejército español de territorios pertenecientes al área de influencia que se le habían asignado en Algeciras, proceso que culminó con el establecimiento del protectorado sobre la zona en 1912, aunque en principio con una ocupación directa de áreas muy limitadas.

Al igual que en 1859 y 1893, la escalada se generó a raíz de un incidente de poca magnitud, en este caso el ataque del 9 de julio a los obreros del ferrocarril que debía unir Melilla con las minas de Beni Bu Ifrur. En dicho ataque perdieron la vida cuatro obreros, y rápidamente comenzó una operación de castigo que fue aumentando su intensidad según pasaban los días y el Gobierno movilizaba cada vez más tropas. Daba así comienzo una campaña que culminó a finales de septiembre con las ocupaciones de Zeluán y el famoso monte Gurugú. No obstante, el episodio más recordado del conflicto fue el descalabro sufrido por el Ejército español en una hondonada conocida como el Barranco del Lobo. Esta derrota, que el Gobierno suavizó como pudo ante la opinión pública, se empezó a reconocer al poco tiempo como una considerable catástrofe, y el "Desastre del Barranco del Lobo" eclipsaría a las victorias en la rememoración de la campaña. Además, aunque desde entonces España sostuvo conflictos armados en Marruecos casi sin interrupción hasta 1927, las derrotas del Barranco del Lobo y Annual han quedado para la historia como los momentos clave de la presencia española en Marruecos, siendo el Desembarco de Alhucemas el único episodio resuelto favorablemente a España que rivaliza con ellos en la memoria.

Pese a que es frecuente que respecto a 1909 se hable directamente del Barranco del Lobo, la campaña de ese año ha sido referida frecuentemente como "Guerra de Melilla" (al igual que el conflicto de 1893), "Segunda Guerra de Melilla" (para distinguirla de la anterior, pero muy poco frecuente). Recientemente se ha empleado también el apelativo de "Guerra del Barranco del Lobo", que resulta bastante operativo y deja poco lugar a las confusiones[2]. La campaña de 1909 se suele considerar como la fase inicial de la "Guerra del Rif", lo que supone entender como un único conflicto el de toda la etapa 1909-1927.

[1] La única excepción podrían ser las ocupaciones de la Restinga y cabo de Agua en 1908, a las que a continuación aludiremos.

[2] Usada por ejemplo por Eloy Martín Corrales o María Rosa de Madariaga en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011.

La "operación de policía" que se convirtió en guerra

El Gobierno español había pactado con El Rogui, un pretendiente al trono del Sultán con gran poder en el Rif[3], la concesión de las minas de Beni Bu Ifrur. Las relaciones con este controvertido personaje habían llegado a ser tan fluidas que España acordó simular un desembarco en la Restinga para que el líder rifeño pudiese firmar un acuerdo sin ver mermada su autoridad[4]. En 1908, una operación española ocupaba la Restinga, asegurando así el control de Mar Chica, una albufera próxima a Melilla y de importancia estratégica para la ciudad. Lo mismo se hizo con cabo de Agua, un punto costero cercano a las Chafarinas. La ocupación, hecha con pretextos como la ausencia de orden en la zona o el de evitar el contrabando, se hizo casi sin combatir, por lo que pasó muy desapercibida entonces, aunque algunos alertaron de lo peligroso que podía ser "meter la mano en el avispero"[5]. Ese mismo año las cabilas de la zona comenzaron a oponerse a El Rogui y éste perdió el control, no pudiendo garantizar la seguridad de unas explotaciones que empezaron a ser atacadas.

Uno de estos ataques, perpetrado contra las obras del ferrocarril minero en 1909, se saldó con la muerte de cuatro trabajadores. Pese a estas pérdidas, y como ya señalamos para 1893, el episodio podía haber quedado como uno más de los múltiples incidentes fronterizos (en este caso incluso se estaba fuera de los límites de Melilla) de no haber una cierta voluntad de intervenir. Por ello varios autores recientes apuntan la posibilidad de que fuese el deseado pretexto para una acción directa[6]. La percepción de que algo así podía suceder existía incluso antes de que se produjese el ataque, como demostró Juan de Aragón en *La Correspondencia de España* en junio, al afirmar que "por las trazas, se está haciendo todo lo posible para que nos agravien, para luego sacar el argumento del honor nacional, y decirle al país, que no hubo más remedio que defenderse"[7]. Hechos como el que Maura hubiese decretado el cierre de las Cortes el 4 de junio[8], un préstamo extraordinario solicitado para fines militares o la movilización de tropas favorecían este tipo de planteamientos. La misma línea de argumentación fue todavía más habitual después del incidente, y reflejada especialmente por la prensa afín al Gobierno. Entre las voces más relevantes que la defendieron estuvo la del político Miguel Villanueva, que había sido ministro de Marina en 1905, y que el 16 de julio afirmó que el Gobierno había provocado la agresión en connivencia con los franceses "porque la necesitaba para invadir el territorio próximo a Melilla". Por ese motivo, consideraba al Gobierno tan culpable de la muerte de los obreros como a los propios asesinos[9]. Varios años después, esta idea no había perdido actualidad, y en 1921 dos personajes tan alejados ideológicamente como Ruíz Albéniz e Indalecio Prieto insistían en ella. Para el primero "todo estaba previsto,

[3] No obstante, la posible legitimidad de El Rogui Bu Hamara se basaba en una mentira, la de que era un hermano del Sultán. Vid. MALDONADO, E.: *El Rogui*, Instituto General Franco de Estudios de Investigación Hispano-Árabe, Tetuán, 1958, p. 245.

[4] PANDO, J.: *Historia secreta de Annual*, Altaya, Barcelona, 2008 (original de 1999), p. 52.

[5] "La mano en el avispero", en *El Socialista*, 21-II-1908, p. 1.

[6] María Rosa de Madariaga opina que es probable que se estuviese a la espera de una justificación: MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 52. Pablo La Porte va todavía más allá y cree que lo de los mineros pudo haber sido incluso un cebo: "Posiblemente, su casus belli fue provocado por las autoridades de Melilla con el conocimiento del Gobierno español": LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 45.

[7] ARAGÓN, J. DE.: "Ir a Marruecos es ir a la revolución", en *La Correspondencia de España*, 12-VI-1909, p. 1.

[8] Como admitió su hijo Gabriel años después, Maura quería "impedir que difíciles intervenciones de nuestras armas en Marruecos se complicaran con maniobras de oposición parlamentaria, indiscretas o mal intencionadas". Cit. en CONNELL Y ULLMAN, J.: La Semana Trágica, Ediciones B, 2009. (original de 1968), p. 312.

[9] "Declaraciones de Villanueva", en *Heraldo de Madrid*, 17-VII-1909, p. 3.

preparado; el suceso se esperaba, y no queremos decir que se anhelaba porque sería inhumano pensar que se puso como cebo en el anzuelo la vida de tres pobres obreros españoles"[10]. Mientras que para el segundo estaba demostrado que el Gobierno Militar de Melilla y el Gobierno de Madrid esperaban una agresión que justificara un avance más profundo en el área de influencia española, y no se hizo nada por evitarla[11].

Aunque la voluntad de ocupación existiera, Maura siempre se había mostrado poco entusiasta ante la posibilidad de intervenir en Marruecos. Actualmente predomina la hipótesis de que fue el miedo a una intervención francesa si España se mantenía al margen la que hizo decidirse al político mallorquín[12]. La idea de la defensa del honor nacional, que tanto se había empleado en 1893 y, sobre todo, en 1859, volvió a aparecer, aunque de forma mucho más difusa y muy ligada a las responsabilidades internacionales del país. No obstante, resulta manifiesto que entre el conjunto de la sociedad caló mucho más hondo la idea de que eran intereses comerciales en beneficio de unos pocos los que motivaban la campaña, y ello se reflejó con fuerza en el discurso de los que protestaban[13]. Desde medios socialistas y republicanos se difundió rápidamente la idea de que todos los problemas se derivaban de las minas de *los ricos*, aludiéndose en la prensa y discursos especialmente a Claudio López Bru, Marqués de Comillas. A la injusticia de estos intereses se unía la de la redención en metálico y la del propio tratado de Algeciras[14], motivos que estarían presentes en toda la campaña contra la guerra.

A pesar de que muchos veían ya una guerra abierta, incluso en una guerra de conquista, desde el Gobierno y los medios afines a él se insistía en que lo que se llevaba a cabo no era otra cosa que una simple "operación de policía", denominación que según avanzaba el mes iba provocando las rechiflas de la mayor parte de la prensa, y que no era muy lógica para explicar el envío de reservistas. El 21 de julio en *El Liberal* se podía leer "sin lirismos, sin ánimo de extremar las cosas ni de enconar los ánimos, decimos que no se ponen en pie de guerra doce mil hombres y que no se les manda a afrontar noche y día una muerte oscura para el único fin de defender unas casetas de trabajadores y de guardar unos hectómetros de ferrocarril minero"[15]. Ese mismo día, en *El Imparcial* se explicaba que la lectura de los periódicos llevó a la impresión de que había comenzado una verdadera campaña militar, y por esa razón las autoridades (por orden del ministerio de Gobernación) rogaron a los directores de los periódicos que se abstuviesen de anuncios de ese tipo, y el *Heraldo de Madrid* fue obligado a retirar algunas fotografías de Melilla del día anterior que habían expuesto en su quiosco de la Puerta del Sol[16].

Los ataques rifeños en la frontera española arreciaron esos días, por lo que el general Marina, gobernador militar de Melilla, dio órdenes de tomar los alrededores del monté Gurugú. Se movilizaron varias columnas y tuvieron lugar combates especialmente duros desde el 23 de julio. El día 24, *El Liberal* afirmaba no poder seguir hablando a sus lectores de "los sucesos de Melilla", por lo que el título ya era "La Campaña de Melilla"[17].

---

[10] RUIZ ALBÉNIZ, V.: *España en el Rif*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1921, p. 110.
[11] Cit. en LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 94.
[12] Por ejemplo en BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 67. También Paul Preston la comparte, aunque Saro Gandarillas afirma que se quería "romper el fogal que asfixiaba Melilla": Cit. en LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 21. Para Miguel Martín hubo un claro deseo de expansión: MARTÍN, M.: *El colonialismo español en Marruecos*, Ruedo Ibérico, Madrid, 1974.
[13] Aunque esta idea hubiese sido secundaria para Maura, es evidente que ciertos sectores de la élite española presionaban en este sentido.
[14] Vid. por ejemplo "Las dichosas minas. Ya empezamos", en *El País*, 9-VII-1909, p.2.
[15] "Los sucesos de Melilla. Vuelta al pantano", en *El Liberal*, 21-VII-1909, p. 1
[16] "La impresión en Madrid", en *El Imparcial*, 21-VII-1909, p. 1.
[17] "La campaña de Melilla", en *El Liberal*, 24-VII-1909, p. 1.

Poco después, el día 27, iba a tener lugar el más famoso episodio de este conflicto, cuando el Primer Batallón de Cazadores de Madrid, que mandaba el general Pintos y acababa de llegar a Marruecos, recibió órdenes de tomar la loma adyacente a una hondonada apodada "Barranco del Lobo". Pintos, según parece obviando las instrucciones, avanzó hacia el otro lado de la quebrada y sufrió una emboscada, en una operación en la que 56 oficiales fueron heridos, y en la que murieron Pintos y dos tenientes coroneles, entre decenas de soldados[18].

Aunque en aquel momento los medios de que disponía el Gobierno para controlar la difusión de información (censura y limitación de comunicaciones) contribuyeron a atenuar la magnitud del desastre, trascendió en buena medida la gravedad de lo que había acontecido. La imprudencia del general Pintos fue un recurso fácil para justificar la derrota desde el primer momento, y esta idea tendría un gran eco en la historiografía posterior. Aunque sus decisiones tuvieron mucho que ver en el triste desenlace, éste fue también consecuencia de las deficiencias y mala organización del ejército, así como de la torpe y precipitada preparación de la campaña[19].

En los estudios sobre el tema podemos encontramos algunas discrepancias en las cifras de muertos y heridos, pero siempre se sitúan por encima de las 752 bajas que reconocieron las autoridades (153 muertos y 599 heridos)[20]. Si el uso del término guerra para el conflicto de 1893 es cuestionable[21], resulta una definición más apropiada para la campaña de 1909, aunque algunos autores todavía la rechacen[22]. Parece un tanto ridículo considerarla en su conjunto como una "operación de policía", aunque en su momento se argumentaba a favor de ello incluso después del Barranco del Lobo. Así por ejemplo Andrenio, en *La Época*, afirmaba en agosto que el hecho de enfrentarse a unas cabilas rebeldes, y no directamente al Sultán, favorecía tal definición, comparándola con las de otras potencias europeas, como la de Francia en Casablanca[23]. Fuera cual fuera la definición de las autoridades y su mayor o menor pertinencia, el caso es que el conflicto fue percibido por la población de forma absolutamente mayoritaria como una guerra, permaneciendo como tal en la memoria colectiva.

[18] PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 94. Resulta llamativo que Payne, cuya descripción de la operación es muy detallada, aluda al Barranco del Lobo como "otro pequeño desastre". Sin duda, la comparación con Annual atenúa cualquier descalabro bélico anterior, pero no estamos de acuerdo con el empleo de este adjetivo para una operación que se aproximó al millar de bajas, algo que no sucedía desde 1860, y en la que no se obtuvo nada.

[19] Vid. CARDONA: *El problema militar en España*, p. 124. Este autor señala aspectos flagrantes como el uso de cañones que eran verdaderas antiguallas o la ausencia de un vestuario adecuado (pues todavía se usaban uniformes blancos y azules, el *rayadillo* de Cuba, que resultaban muy visibles, mientras que por ejemplo los ingleses usaban el caqui en la India desde 1848).

[20] Sebastian Balfour habla de un total de 180 muertos y más de 1.000 bajas: BALFOUR.: *Abrazo mortal*, p. 58. Pablo La Porte, por su parte, eleva esta cifra de muertos al señalar que perdieron la vida Pintos, 5 jefes, 16 oficiales y unos 200 soldados: LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 44.

[21] Pese a que la RAE presenta una polisemia gracias a la cual el término "guerra" se podría usar para cualquier enfrentamiento, el conflicto de 1909 está, por su magnitud, amplitud territorial y cifras de bajas, mucho más acorde con definiciones más exigentes de lo que merece ser denominado como "guerra".

[22] Así lo hace por ejemplo José Luis Comellas cuando afirma que "en realidad, no había guerra, ni probabilidades de que la hubiera". No obstante, teniendo en cuenta que luego señala "los enfrentamientos relativamente sangrientos –y no mucho- de aquella misión no se registraron hasta después de la Semana Trágica", es evidente que sus valoraciones resultan poco fundamentadas: COMELLAS, J. L.: *Del 98 a la Semana Trágica. Crisis de conciencia y renovación política*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 265.

[23] ANDRENIO: "Glosas de la guerra", en *La Época*, 11-VIII-1909, p. 1.

La protesta supera al fervor patriótico

La guerra de 1859 fue recordada por la ola de entusiasmo general que provocó por todo el país y durante la campaña de 1893 predominó la indiferencia sobre las críticas o un fervor patriótico que también existieron. La reacción popular ante la guerra de 1909 pasó a la historia especialmente por la magnitud de las protestas que contra ella tuvieron lugar y que, con la excepción de una limitada celebración de las últimas victorias, eclipsaron completamente las tradicionales demostraciones pro belicistas.

A pesar de los recursos con que contaba el gobierno para influir en la opinión pública, especialmente a través de la prensa, en 1909 no se había hecho antes de la campaña ningún esfuerzo destacado para ganarse la simpatía de la opinión pública, y el ambiente estaba caldeado por la oposición desde los sectores obreros, que clamaban contra la posibilidad de una guerra en Marruecos antes incluso del incidente que la provocó. Los socialistas fueron quienes con más intensidad se opusieron al conflicto desde el primer momento, y su capacidad de movilización había crecido considerablemente desde 1893[24]. Ya en relación a la Guerra de Cuba sus llamadas a la protesta habían tenido un eco considerable, aprovechando tanto el inmenso reclutamiento como la impopularidad del sistema de quintas y la redención en metálico, que convirtieron en su caballo de batalla, con una reclamación que se mantuvo incluso en tiempos de paz. La redención en metálico, que permitía eludir el servicio militar por un pago aproximado de 1.500 pesetas, una cifra que no estaba al alcance de la mayoría de familias, suponía una clara injusticia muy rentable para el erario público. El Estado había ingresado 11 millones de pesetas por este concepto en 1906, lo que suponía un importante ingreso para el Tesoro[25]. En 1909, esta cifra fue de más de 12 millones[26]. Pese a la impopularidad de la fórmula legal, no resulta difícil comprender por qué se seguía manteniendo.

En 1909 arreció el famoso "o todos o ninguno" de la Guerra de Cuba, que ganó adeptos en los sectores liberales e incluso conservadores. Iba a tener mucho más peso en el discurso de la oposición a la campaña que cualquier mensaje anticolonialista. De hecho, casi no se emplearon argumentos que rechazasen el colonialismo en sí mismo, sino los relativos al coste en sangre y dinero que suponía para la sociedad española. Es por ello que prácticamente no aparecieron voces contra la ocupación de Guinea, la otra colonia española en África. No obstante, dentro del socialismo y ciertos sectores del republicanismo sí que se mostraron posturas que podemos considerar como anticolonialistas. Destacados líderes socialistas como Pablo Iglesias o Antoni Fabra Ribas apelaron a la solidaridad con el pueblo marroquí, reconociéndole el derecho a guardar su independencia, en una línea seguida por la mayor parte del socialismo español, pero que no fue compartida de igual modo por el socialismo europeo, pues en otros países este movimiento se subió al carro de los partidarios del colonialismo[27]. Por ejemplo, el 21 de mayo, mes y medio antes del ataque a los obreros, en *El Socialista* se criticaba a quienes pedían tropas para enfrentarse el Sultán, que lo único que quería era defender la independencia de su país ante unas naciones "civilizadas" cuyo principal objetivo era beneficiar a unos cuantos negociantes[28]. Otro ejemplo representativo lo dio el periódico republicano *El País*, cuando se mostró claramente a favor de los rifeños al afirmar que

[24] Vid. BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 197 y ss.
[25] FERNÁNDEZ VARGAS: *Sangre o dinero*, p. 191.
[26] CONNELLY ULLMAN, J.: *La Semana Trágica*, Ediciones B, 2009. (original de 1968), p. 82.
[27] Fue el caso por ejemplo de Francia, aunque desde el Congreso de la AIT en Stuttgart en 1907 socialistas españoles y franceses acordaron oponerse a las campañas de Marruecos, y emprender protestas contra ellas: MARÍN, D.: *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009, p. 63.
[28] "¡Atención obreros!", en *El Socialista*, 21-V-1909, p. 2.

tenían razón "en esta guerra absurda", y que los argumentos de los que querían conquista eran los que podían aducir los franceses cuando Napoleón invadió España"[29].

Además del perjuicio que la guerra suponía para las clases proletarias españolas, la injusticia de la redención en metálico o el hecho de privar de su independencia a otro pueblo únicamente por interés propio, existía entre estos sectores de la izquierda otro importante argumento que conviene señalar, aunque quedó en un papel secundario en las protestas: el miedo a que la presencia española en Marruecos impulsase un militarismo en la política. La sucesión de pronunciamientos de la España del XIX hacía lógico este temor, aunque todavía faltaba un tiempo para que en Europa proliferasen los directorios militares que marcarían la etapa de entreguerras. Pero es evidente que este miedo resultó profético, como demuestra este mensaje del Comité Nacional socialista a todos los trabajadores:

> [La clase obrera] tiene un alto interés en que el militarismo no alcance en nuestro país mayor preponderancia de la que tiene, y seguramente la alcanzaría si se realizase una campaña guerrera en Marruecos. Lo que ahora le falta, un caudillo capaz de sobreponerse á los hombres civiles, lo tendría entonces, porque es África sitio adecuado para que conquisten laureles los militares de los países que se consideran civilizados[30].

Aunque sectores de izquierda como socialistas y republicanos fuesen los más tenaces en sus críticas a la guerra, en la derecha también eran muchas las voces que se oponían a un enfrentamiento armado. Buena prueba de ello la dio el periódico conservador *La Correspondencia de España*, en el que aparecieron una serie de artículos firmados por Juan de Aragón (pseudónimo del periodista y político Leopoldo Romero), en los que criticaba con dureza cualquier posibilidad de intervención. Especial repercusión tuvo el artículo titulado "Ir a Marruecos es ir a la revolución", que fue recogido por buena parte de la prensa del momento, y valorado muy positivamente incluso en medios republicanos[31]. En él desmontaba los motivos para ir a la guerra, señalaba la tradicional incompetencia demostrada por los políticos y militares españoles en anteriores campañas y criticaba las habituales exageraciones de la prensa cada vez que había combates en Marruecos:

> Supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan, 10, 20, 30, 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y para qué? Pues para nada. Absolutamente para nada, como no sea para gastar una centena de millones, que aquí hacen mucha falta y que allí no servirán para nada. Morirán unos cuantos soldados, ascenderán otros cuantos, enseñaremos una vez más nuestro desbarajuste, nos pondremos por centésima vez en ridículo llamando al tiroteo, escaramuza; a la escaramuza, acción de guerra; al encuentro de avanzadas, combate; al combate, batalla campal; enviaremos más generales que coroneles, más jefes que oficiales, más oficiales que soldados, más promesas que realidades, más proyectos que hechos, y por todo sacar, sacaremos sólo una cosa: sangre al pueblo y dinero al contribuyente[32].

Según pasaban los días, la protesta en el papel fue dando paso a la agitación en las calles, y después del ataque a los obreros y la respuesta armada española proliferaron rápidamente los mítines y manifestaciones de protesta por toda la geografía española,

[29] "Nuestro Alcázarquivir", en *El País*, 20-VII-1909, p. 1.
[30] "Contra la guerra", en *El Socialista*, 2-VII-1909, p. 1.
[31] "Ir a la revolución", en *El País*, 13-VI-1909, p. 2.
[32] ARAGÓN, J. DE.: "Ir a Marruecos es ir a la revolución", en *La Correspondencia de España*, 12-VI-1909, p. 1.

adquiriendo especial magnitud en Madrid y Barcelona, así como en algunas localidades más pequeñas como Alcoy y Calahorra, donde las huelgas generales terminaron con graves incidentes[33]. Las manifestaciones reclamando la reparación del honor, tan recurrentes en 1859 y en otros episodios de menor entidad, estuvieron prácticamente ausentes esos días, lo que supone una buena muestra de hasta qué punto la situación había cambiado.

El 11 de julio multitud de periódicos daban cuenta del mitin contra la guerra que los socialistas habían organizado en el madrileño teatro Variedades, que ya estaba abarrotado de obreros una hora antes de comenzar. En él intervinieron personalidades como Pablo Iglesias, Largo Caballero, García Cortés o Francisco Mora[34]. Los mismos líderes participaron en otro mitin en el teatro Lux Edén, en Chamberí, que generó gran polémica por unas palabras de Pablo Iglesias en las que afirmó que si algún reservista se vengaba hundiendo un puñal en el pecho de alguno de los políticos de turno lo aplaudiría, declaraciones que le valieron la apertura de un proceso judicial. Las detenciones de militantes socialistas y anarquistas o los cierres de locales de sus agrupaciones fueron parte de la habitual represión de las autoridades[35].

El mitin y la manifestación, en principio pacífica, fueron las formas básicas de protesta y, aunque se registraron algunos episodios de violencia, al margen de la Semana Trágica -a la que luego nos referiremos- los incidentes fueron casi siempre de alcance bastante limitado. De todos modos, la suspensión de garantías constitucionales y la prohibición de los actos para protestar contra la guerra contribuyeron a que se incrementara la tensión entre manifestantes y fuerzas del orden. Fueron así frecuentes los disturbios, por lo que podemos incluir el motín como parte de este repertorio, algo que no era inusual en relación al reclutamiento en la Europa de entonces[36]. Muchas de las protestas surgieron como reacción a los embarques de tropas, aunque no hubiese convocatoria previa por parte de agrupaciones políticas o sindicatos, pero sin duda éstos aprovechaban el habitual descontento en las despedidas de los reservistas para favorecer la movilización. Los periódicos nos suelen ofrecer mucha información sobre estas acciones de protesta, pero encontramos grandes diferencias dependiendo de su orientación política[37].

Relacionado con este repertorio de movilización nos gustaría destacar el fundamental papel que jugaron las mujeres, como se reflejó en la prensa de la época y como han analizado varios autores[38]. Valentina Fernández Vargas asegura que en esos años fueron mujeres obreras las que mayoritariamente se manifestaron contra las quintas y embarques, y que por ejemplo en las protestas de Barcelona previas a la Semana

[33] Alcoy se paralizó el 27 de julio a causa de una huelga general, las protestas llegaron a reunir a 5.000 manifestantes y fue decretado el Estado de guerra. En Calahorra también se impuso la huelga general, y los revoltosos llegaron a cortar el telégrafo y a cerrar locales. También en otras ciudades como Valencia, Zaragoza o Bilbao se registraron incidentes de cierta consideración. Vid. MARTÍN CORRALES, E.: "Movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos (julio-agosto de 1909)", en ID. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 155 y ss.

[34] "Mitin en Variedades. Contra la guerra de Marruecos", en *Heraldo de Madrid*, 11-VII-1909, p. 2.

[35] MARTÍN CORRALES: "Movilizaciones en España…", p. 142-149.

[36] Por ejemplo en el caso de Italia hubo importantes motines en 1896, 1911 ó 1914.

[37] Así, por ejemplo, mientras periódicos como El Socialista o El País, dedicaban una gran cobertura a las manifestaciones contra la guerra, a las que llamaban a acudir en sus páginas; otros como *La Época* o *ABC*, en una línea similar a la del propio Gobierno, minimizaban el impacto de las protestas, achacándolas casi siempre a una minoría sediciosa.

[38] Sobre la importancia de las mujeres en las protestas contra el reclutamiento Vid. FERNÁNDEZ VARGAS: *Sangre o dinero*, p. 44. Sobre su papel en la Semana Trágica Vid. MARÍN: *La Semana Trágica*, p. 258.

Trágica, mujeres y niños encabezaban las manifestaciones[39]. Las Damas Rojas radicales, que en todos los barrios tenían sus federaciones, jugaron un papel preponderante, pero también se les unieron tejedoras, planchadoras, pantaloneras, hiladoras, cocineras, trabajadoras domésticas, niñeras o maestras, con el lema principal de "¡Abajo la guerra!"[40]. Sin lugar a dudas, detrás de este papel central de la mujer en la movilización está la ya señalada llamada a los reservistas. No se trataba solo de protestar contra la redención en metálico, tradicional reivindicación de los políticos obreros desde hace años, lo era sobre todo contra el hecho de que se movilizasen soldados de la reserva que llevaban muchos años sin haber sido llamados a filas, y que con frecuencia habían conformado una familia a la que mantenían. Como señalaba *El Imparcial*, una cosa era exigir al ciudadano que diese su vida en defensa de la patria, pero otra muy diferente era que dejase morir de hambre a sus hijos, y por ello cargaban contra una ley injusta sobre la que exhortaba al Gobierno a buscar una solución inmediata[41].

Pese a la existencia de una fuerte oposición social a la guerra y al sistema de reclutamiento, a nivel político la única oposición militante fue la de socialistas y republicanos, como reconocía Romanones en sus memorias: "Si la opinión pública se mostraba cada vez más contraria a nuestras expansiones marroquíes, no es menos cierto que, aparte de los socialistas y los republicanos, las demás fuerzas políticas manifestaron su conformidad con la conducta del Gobierno en África"[42]. Si a esto sumamos que los republicanos no se enfrentaron frontalmente a la guerra allí donde tenían representación parlamentaria, como lamentaron los socialistas en varios de sus escritos, éstos últimos se quedaron relativamente solos en su tenaz campaña. Pero esta vez consiguieron, más que en ningún momento anterior, que su mensaje calara en el pueblo.

¿Apoyo a la guerra o solo a los reservistas?

Aunque la intensidad de la protesta fue superior a la de cualquier campaña anterior, ello no evitó que una parte de la población se volcara como en otras ocasiones en acciones "patrióticas" destinadas a recaudar fondos. Pero hay una diferencia fundamental: aunque todavía aparecieron de vez en cuando colectas y donaciones para premiar a los soldados que más se hubiesen destacado o para comprar armamento para el Ejército, éstas fueron muy minoritarias, y casi todas las iniciativas se realizaron en beneficio de los reservistas, de sus familias y de los soldados heridos. Por tanto, aunque estas acciones se consideraban claras muestras de patriotismo y muchas veces fueron apoyadas por sectores favorables a la guerra, no se pueden entender en absoluto como un apoyo a la misma, cuando por ejemplo en 1859 sí que iba todo de la mano.

No obstante, una parte de la sociedad sí apoyaba a la guerra, con un discurso que siguió en buena medida la tradición de viejas campañas, salvo por el nuevo argumento de los compromisos internacionales adquiridos. Por ejemplo, apelar a la lucha entre civilización y barbarie, así como al honor nacional, volvió a ser habitual entre grupos políticos conservadores proclives a la intervención como el Partido Conservador. El geógrafo Emilio H. del Villar cargó tintas contra los enemigos de la acción expansiva en Marruecos, acusándolos de considerarse los de ideas más revolucionarias y progresistas, pero de no ser capaces de ver el estado de cosas en Marruecos. Aludía a lo explotada que vivía la población local y su injusta indefensión (si no iban a la guerra el rebelde de turno

[39] FERNÁNDEZ VARGAS: *Sangre o dinero*, p. 222.
[40] MARÍN: *La Semana Trágica*, p. 258.
[41] "Las familias de los reservistas", en *El Imparcial*, 18-VII-1909, p. 1.
[42] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 263.

destruía sus cosechas, y si iban las destruía el Sultán legítimo), por lo que para él, no intervenir era dejar así las cosas, que "no están muy conformes con las ideas de libertad, democracia, socialismo y otras parecidas"[43]. Estas ideas paternalistas y protectoras, que se habían difundido con el africanismo decimonónico, podían ser sinceras, o simplemente la excusa más fácil que mostrar a la opinión pública mientras que los objetivos de fondo eran otros. Hubo quien directamente defendió un explícito deseo de conquista, como sucedió con los carlistas[44]. No obstante, declarar abiertamente ese tipo de intenciones sí que fue excepcional.

Entre las muestras de patriotismo que sí llevaban aparejado un evidente apoyo a la guerra podemos destacar a los soldados voluntarios, cuyos ofrecimientos eran enormemente celebrados en los medios favorables a la campaña. Las referencias solían aludir a individuos sueltos, a los que se dedicaban palabras como "valiente y pundonoroso soldado digno de llamarse español y de que la patria conozca su nombre"[45], pero también encontramos, sobre todo desde agosto, grupos más amplios como los 40 voluntarios que salían de Madrid para Melilla a mediados de agosto[46], o los 96 voluntarios de la provincia de Badajoz que habían llegado a Málaga el 28 del mismo mes[47]. La exaltación de los voluntarios alcanzó sus máximos niveles en la prensa militar, y así *La Correspondencia Militar*, destacando la demostración de los que se habían ofrecido voluntarios en Barcelona, les dedicó este panegírico:

> Hay patria. ¡Vaya si hay patria todavía! No se extingue así como así el carácter típico de una raza, no se ahoga la vergüenza y el honor innatos en el alma de nuestro pueblo. El nombre de Cazadores de Mérida es hoy un canto al patriotismo, tan espontáneo, tan sublime, que bien merece esculpirse en todas las casas del pueblo, en todos los domicilios de las sociedades obreras, porque demuestra que allí, en las más humildes capas sociales, existen más enteros, más vigorosos, más abnegados, el valor y la conciencia del deber[48].

Este discurso de reminiscencias románticas, tan propio del siglo XIX, seguía pues todavía vivo, aunque su incidencia había disminuido considerablemente. También se aplicaba con frecuencia a las despedidas de tropas, especialmente desde el momento en que se impuso la censura gubernamental, cuando se aprecia un claro cambio en la mayor parte de la prensa, que de recoger con especial detalle las protestas pasó a darles menor importancia, mostrando un entusiasmo que había sido menos común en días anteriores, y proliferando los titulares con palabras como "patriotismo", "fervor" o "entusiasmo", entre otras. No obstante, resulta evidente que el difuso apoyo a la guerra palideció ante la magnitud de la campaña a favor de los reservistas y sus familias que surgió por todo el país, en la que se implicaron todas las clases sociales[49].

---

[43] VILLAR, E. H. del: "Marruecos y el progreso", en *Nuevo Mundo* 29-VII-1909, p. 8.

[44] En *El Siglo futuro*, uno de sus principales periódicos, se señalaba con frecuencia la satisfacción por los avances y se hablaba de conquista. Incluso publicaron un listado titulado "Nuestras conquistas en África", con todas las ocupaciones españolas entre los siglos XV y XVII, criticando a la casa de Borbón por haber acabado con todo "excepto las tres o cuatro plazas que nos restan, que no tuvo tiempo de liquidar": *El Siglo Futuro*, 28-VIII-1909, p. 2.

[45] "Noticias de Madrid, en *ABC*, 28-VII-1909, p. 7.

[46] "Voluntarios de Madrid", en *El Imparcial*, 16-VIII-1909, p. 1.

[47] "Alrededor de la guerra", en *Heraldo de Madrid*, 1-IX-1909, p. 2.

[48] "Impresiones", en *La Correspondencia Militar*, 17-VII-1909, p. 2.

[49] La forma en la que se movilizó a los reservistas no gustó incluso entre algunos de los más firmes defensores de la campaña. Por otro lado, muchos representantes de la clase alta, cuyos hijos no iban a la guerra gracias a la redención en metálico, vieron en las iniciativas a favor de los reservistas una buena forma de lavar su imagen e intentar reducir la tensión generada por tantas protestas.

La tradicional movilización popular o institucional para recaudar fondos que solía acompañar a cualquier conflicto armado volvió a producirse, pero esta vez predominó casi en exclusiva la atención a los heridos y la ayuda a las familias de heridos, muertos y reservistas en general. Veladas teatrales, conciertos, suscripciones "populares", donaciones de instituciones privadas y públicas, etc., todas ellas tenían por objeto recaudar fondos para aliviar la situación de los soldados y sus familias. Ya no eran frecuentes las aportaciones para comprar material de guerra o armar batallones de voluntarios, y eran también puntuales aportaciones como la de un español de Buenos Aires que, según *ABC*, había enviado 10.000 pesetas al Ministerio de la Guerra para que éste las repartiese en forma de recompensas a soldados u oficiales que destacasen[50].

Dinásticos y antidinásticos estaban de acuerdo en considerar como una "obra de justicia" el apoyo a las familias de los reservistas. Es por ello que incluso los periódicos monárquicos, como *ABC* o *La Época*, promovieron sus propias suscripciones para conseguir dinero. La del segundo diario la encabezó con 25.000 pesetas el Marqués de Puerto Seguro y la continuó con 750 el propio periódico. Todavía mayor fue la implicación de las instituciones públicas: por ejemplo en Bilbao el Ayuntamiento había signado una peseta diaria para la esposa de cada reservista, a la que se sumaban 50 céntimos por cada hijo. Además, el ayuntamiento había encabezado una suscripción con 5.000 pesetas[51]. En esos días se daba cuenta de iniciativas similares en ciudades tan diversas como Pamplona, Castellón, Vitoria, Zaragoza, A Coruña, Vigo o Santander[52]; al final, raro sería el municipio de cierta entidad que no colaborase en esta campaña.

Del mismo modo que tuvieron un papel central en las protestas, las mujeres también tomaron parte de forma muy activa en toda esta proliferación de ayudas a los reservistas. Especialmente las mujeres de alta sociedad aprovecharon para dar muestras de su patriotismo y su solidaridad con las clases más bajas. Una difusión privilegiada se dio a la campaña que promovió la propia reina Victoria "a favor de las familias que sufren los males de la guerra". El periodista y dramaturgo Fernández Bremón afirmaba que estaban colaborando señoras de todas las clases sociales, y que en todas partes se organizaban fiestas benéficas, tómbolas y suscripciones. También señalaba que eran muchas las damas que querían alistarse en la Cruz Roja, "Y si fuera permitido, no faltaría un batallón de voluntarias. Y no lo digo en broma, que sobra espíritu y aliento entre el que llamamos sexo débil nacional para empresas muy gallardas"[53]. La importante recaudación obtenida demostró el éxito de la iniciativa[54].

El apoyo generalizado a las familias de los reservistas, aunque éstos no hubiesen sido heridos o fallecidos en combate, fue algo novedoso respecto a los conflictos de 1859 y 1893. Respondía en parte a unas nuevas circunstancias sociales y a una percepción del sistema de reclutamiento que había cambiado. Lo que no cambió fueron los esfuerzos para ayudar a los heridos, cuyo número crecía exponencialmente. Sobre todo a partir del

[50] "Las noticias de Madrid, en *ABC*, 30-VII-1909, p. 9.
[51] "Por teléfono", en *ABC*, 29-VII-1909, p. 11.
[52] *ABC*, 29-VIII-1909 y 30-VIII-1909. Para un análisis detallado del caso de Tarragona Vid. MARCHÁN GUSTEMS, J.: "Tarragona en 1909: entre el militarismo, el clericalismo y la candidatura popular", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 319 y ss.
[53] FERNÁNDEZ BREMÓN, J.: "Crónica general", en *La Ilustración Española y Americana*, 8-VIII-1909, p. 71.
[54] El 8 de septiembre la Junta presidida por la Reina llevaba recaudadas 241.224 pesetas, que se iban a repartir de la siguiente manera: 99.915 pesetas para la Junta presidida por la Reina Victoria a beneficio de los heridos y familias de muertos en Campaña, 70.300 para la cuenta de la Junta de Madrid para socorrer las familias de los reservistas, y 71.009 para la Cruz Roja: "La Junta de Damas de Madrid", en *La Época*, 8-IX-1909, p. 3.

día 23, las listas de bajas se engrosaron y proliferaron las noticias sobre las disposiciones en diferentes ciudades costeras para la atención de heridos, así como las donaciones para hacer posible esta asistencia. Ante la inminente llegada de heridos, en ciudades como Málaga, Cádiz, Alicante y Valencia se preparaban camas, muchas de ellas ofrecidas por diversas instituciones[55]. También se preparó Cartagena, donde además se suspendían las fiestas de la localidad y se destinaba el presupuesto de las mismas a la atención de heridos, algo que también era una muestra de que las noticias de los reveses no invitaban precisamente a la celebración[56]. También fue habitual que diversas asociaciones prestasen su apoyo a esta tarea: por ejemplo, el Círculo Mercantil de Málaga había preparado en septiembre un hospital de sangre con 150 camas[57]. Todo este tipo de iniciativas se sumaba a la tradicional labor asistencial de la Cruz Roja, institución que, al igual que había sucedido respecto a la Guerra de Cuba, recibió constantes halagos en reconocimiento a su impagable esfuerzo.

En 1910, con la guerra ya terminada, se seguían abriendo suscripciones, organizando veladas y otros eventos como exposiciones[58], especialmente para asistir a las familias de los fallecidos o a los inválidos de guerra.

La Semana Trágica de Barcelona y Melilla

La campaña de Marruecos de 1909 pasó a la historia sobre todo por el Desastre del Barranco del Lobo y por la magnitud del movimiento de protesta contra la guerra. Pero ambos nunca hubiesen recibido tanta atención por parte de los historiadores ni hubiesen calado de forma tan intensa en la memoria colectiva de no ser por la conocida como Semana Trágica. Esta serie de graves incidentes, que tuvo como epicentro Barcelona pero que afectó a otras ciudades catalanas, estuvo íntimamente ligada a la guerra en Marruecos y a la movilización de reservistas, aunque al final desembocase en una violencia anticlerical que poco tenía que ver con sus motivaciones originales.

El descontento entre la clase obrera de toda España era manifiesto, pero faltaba que en algún lugar saltase una chispa para que explotara la situación. Ese lugar fue Barcelona, y el motivo el embarque de reservistas para Marruecos. Además, las medidas del Gobierno prohibiendo modos de protesta pacíficos como mítines o manifestaciones, llevaron a los trabajadores a optar por opciones más drásticas como la huelga general, un nuevo medio de contestación surgido con el desarrollo del movimiento obrero, y el motín, modo de protesta mucho más tradicional. Para el liberal Conde de Romanones, entonces en la oposición, lo sucedido en la Semana Trágica era atribuible a una imprevisión de Maura, por haber movilizado las tropas de Barcelona, que requerían llamamiento de reservistas, en lugar de las de Cádiz[59]. De este modo, reclutas recién incorporados estaban ociosos mientras se enviaban a Marruecos hombres de la segunda reserva, que habían

[55] Vid. por ejemplo "Para los soldados, para los heridos", en *La Época*, 27-VII-1909, p. 2.

[56] "Los heridos", en *La Época*, 29-VII-1909, p. 2. Sobre el caso de Tarragona, Jesús Marchan ha señalado que las fiestas patronales quedaron reducidas a funciones religiosas: MARCHÁN: "Tarragona en 1909", p. 312.

[57] *Nuevo Mundo*, 2-IX-1909, p. 24.

[58] Como la que se instaló en el salón de la casa de *ABC*, inaugurada por el rey y "a beneficio de los inválidos de guerra". *Actualidades*, 27-I-1910, p. 8.

[59] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 263. Dicha hipótesis la comparten numerosos historiadores, que culpabilizan al general Linares por no haber movilizado a los 16.000 soldados para casos de emergencia que su predecesor, Primo de Rivera, había preparado: CARDONA: *El problema militar en España*, p. 124; CONNELLY: *La Semana Trágica*, p. 318. El propio Primo de Rivera acusó a su sucesor enconadamente.

prestado servicio muchos años antes y con frecuencia con familiares a su cargo[60]. Además, Barcelona era probablemente la ciudad de España con mayor implantación del movimiento obrero y donde éste estaba mejor vertebrado.

La primera chispa importante saltó el 18 de julio, con el embarque del batallón de Cazadores de Reus, en el que se vivieron diversos episodios de tensión. Los ánimos entre los que acudieron a despedir a los reservistas estaban muy caldeados, pero se inflamaron aún más por los enardecidos discursos o la distribución entre los soldados de medallas y escapularios por parte de las mujeres de la alta sociedad, cuyos hijos no iban a la guerra. Varios de los reservistas arrojaron al mar estos obsequios, mientras en el puerto arreciaban gritos como "Que vayan los ricos, o todos o ninguno", "Que vayan los frailes" o "abajo Comillas"[61]. El semanario satírico barcelonés *La Campana de Gracia* ironizó sobre este hecho contrastando la imagen de una desharrapada madre con sus niños que quería despedirse y a la que no dejaban pasar, con la de una dama de la aristocracia que tenía vía libre para repartir sus escapularios (Fig.39)[62]. Aunque los incidentes del día 18 no pasaron de varios disparos al aire de la policía o la detención de algunas personas, su incidencia fue grande, porque decidió a socialistas y algunos sectores republicanos a intensificar su campaña contra la guerra. El 21 de julio la asamblea socialista redactó en Terrassa una moción contra la acción española en Marruecos, contra el proceder de ciertas damas de la aristocracia "que insultaron el dolor de los reservistas, de sus mujeres y de sus hijos, dándoles medallas y escapularios, en vez de proporcionarles los medios de subsistencia que les arrebatan con la marcha del jefe de familia"; contra el envío de ciudadanos útiles (en vez de regimientos de curas y frailes) y contra los diputados republicanos que no se habían puesto al frente de la protesta[63]. Estos puntos fueron claves en la campaña socialista de los días siguientes.

A partir del 23 comenzaron a llegar las noticias de los duros combates de ese día. Al impacto por las cuantiosas bajas se unió la constatación de que los reservistas que llegaban a Melilla eran directamente enviados al campo de batalla. Por si esto fuera poco, la prohibición de las reuniones y mítines empujó a muchos indecisos hacia la huelga general, y un paro de 24 horas fijado para el día 26 de julio marcó el inicio de uno de los episodios de protesta popular más famosos de la historia de España. El desarrollo de la Semana Trágica desborda los objetivos de este trabajo[64], pero nos interesa sobre todo por su vinculación directa con la guerra de Marruecos y por la asimilación en la memoria y la historia que desde entonces se haría entre el Barranco del Lobo y la Semana Trágica. Pese a la relación entre la guerra y la Semana Trágica, el momento de mayor intensidad de la protesta violenta en Barcelona coincidió con el Desastre del Barranco del Lobo, por lo que éste no pudo influir en la movilización[65].

Además de la violencia anticlerical y los ataques a las casetas de consumos, difícilmente vinculables a las protestas contra la guerra[66], se atentó contra las propiedades

[60] CARDONA: *El problema militar en España*, p. 124.
[61] CONNELLY: *La Semana Trágica*, pp. 334 y 343.
[62] *La Campana de Gracia*, 24-VII-1909, p. 1.
[63] CONNELLY: *La Semana Trágica*, pp. 354.
[64] El desarrollo de las protestas y la violencia desatada en Barcelona y otros lugares de Cataluña ha sido muy estudiada, destacando obras como ROMERO MAURA; J.: *La Rosa de fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica, 1899-1909*, Grijalbo, Barcelona, 1974; o el ya citado trabajo de Joan Connelly Ullman.
[65] Además, Barcelona había quedado casi incomunicada, por lo que no podía recibir noticias de Madrid, y la censura gubernamental trabajaba duro para atenuar la magnitud de la derrota. Estos factores contribuyeron a que ni siquiera en los últimos días de protestas violentas se supiese del descalabro en el Rif.
[66] Especialmente famosa fue la quema de iglesias, conventos y otras propiedades eclesiásticas. Aunque n principio se instó claramente a los trabajadores a que protestasen contra la guerra y los abusos del Gobierno,

del marqués de Comillas, algo que en este caso si se relacionaba con el conflicto por los intereses de este noble en Marruecos, incluyendo las minas y los múltiples embarques de tropas que se hacían en los navíos de su propiedad.

En el resto de España se recibieron con mucha alarma las confusas noticias que iban llegando desde Cataluña. La prensa conservadora se inclinó desde muy pronto a considerar aquello como una sedición, y a considerar peores las noticias de Barcelona que las de Marruecos[67]. Así de tajante se mostraba *La Época*:

> Esos bandos que desde las faldas del Tibidabo auxilian a las hordas del Gurugú, han creído que con sus actos de bandidaje quebrantarían la fuerza y energía de la madre Patria. Sin duda se dijeron: «Con nuestra traición impediremos que los soldados españoles reciban refuerzos. Combatidos por las kábilas, abrasados por el sol, sedientos, faltos de víveres y municiones, gracias a nuestra traición, a nuestra villanía, el Ejército de Melilla acabará por perecer al filo de las gumías rifeñas…» ¡Y con estos pensamientos parricidas se regocijarán aquellos viles!... Regocijo de judas[68].

La prensa liberal e incluso la republicana, aunque críticas, se mostraron más cautas a la hora de valorar las motivaciones de los revoltosos, e incidieron en que las protestas contra la guerra y el reclutamiento habían originado los hechos. Los primeros días de agosto la información era más precisa, y los sucesos de la Semana Roja, como la catalogaron algunos periódicos de entonces, llegaron a las primeras planas y se convirtieron en el tema más demandado por la opinión pública, superando a un descalabro en el Barranco del Lobo que al Gobierno le interesaba que se aireara lo menos posible. Durante algunos días, en buena parte de la prensa los hechos de Barcelona, con especial atención a la quema de edificios religiosos, superaron a la guerra de Marruecos en el espacio de los rotativos.

La posterior represión por parte de las autoridades fue durísima, y se saldó con 1.725 detenidos, 990 encarcelados y 5 penas de muerte, entre ellas la tan famosa del pedagogo Francisco Ferrer i Guardia. Desde muy pronto, la conocida semana y sus posteriores consecuencias iban a calar muy hondo en la memoria colectiva española. Para la izquierda se convirtió sobre todo en una demostración de la oposición popular a las campañas de Marruecos, así como un símbolo de la represión brutal y arbitraria del Gobierno conservador de Maura, ejemplificada en la protestada ejecución de Ferrer[69]. Para la derecha, fue toda una expresión del peligro que movimientos como el socialismo y el anarquismo suponían para la España católica y tradicional, por lo que sería una eficaz herramienta de propaganda del peligro de la sedición roja. Los militares, por su parte, tuvieron un amplio margen de actuación a la hora de someter la revuelta y especialmente

se impuso la deriva anticlericalista incendiaria, impulsada sobre todo por el Partido Radical de Alejandro Lerroux, y a la que se oponían los socialistas. CONNELLY: *La Semana Trágica*, p. 452.

[67] En Barcelona en toda la semana murieron 111 personas (todos civiles, con la excepción de 5 militares y 2 vigilantes): ROMERO MAURA: *La Rosa de fuego*, p. 515. Eran menos de la mitad de los que perdieron la vida solo en el Barranco del Lobo, pero se consideraba una traición de "hijos de la patria".

[68] "Herir por la espalda, en *La Época*, 29-VII-1909, p. 1.

[69] Aunque predominó el recuerdo de lo sucedido en Barcelona como un trágico desastre, desde sectores de la izquierda fue conmemorada como un símbolo de la lucha contra la opresión y el reclutamiento militar. Sirva como ejemplo esta noticia publicada en El Socialista sobre un acto celebrado para recordar lo acontecido en 1909: "El Círculo Socialista del Norte había organizado una velada para conmemorar los sucesos de Barcelona del verano de 1909, la cual se celebró el sábado en su local, Fuencarral, 143, principal. El local estaba atestado de público, que ratificaba con su presencia lo realizado por aquellos ciudadanos que se batieron en las barricadas, en holocausto de una causa tan humanitaria como la de protestar contra la guerra": *El Socialista*, 9-VIII-1911, p. 3.

en la posterior represión una circunstancia que, como ha destacado Pablo González-Pola, supuso un importante menoscabo del poder civil a favor del militar[70].

Un desastre invisible

Aunque el hecho militar del 27 de julio pasó a la historia como el "Desastre del Barranco del Lobo", esta denominación no se generalizó hasta bastante tiempo después de la derrota. Es más, en su momento ni siquiera pudo ser percibido claramente entre la opinión pública española como una derrota, pues el efectivo control del Gobierno sobre las noticias que se podían enviar a la Península impidió que así sucediese.

Para darnos una idea de la magnitud del episodio podemos señalar que los alrededor de 180 muertos de que en él se produjeron superaron los de las principales batallas de la Guerra de África, como los Castillejos, Tetuán o Wad-Ras, y casi triplicaron a los de toda la campaña de 1893[71]. No obstante, la lectura de la prensa de entonces, que nos ofrece un reflejo bastante fiable de la información que sobre el desarrollo del conflicto manejaba la mayor parte de la opinión pública española, es imposible percibir esta sensación de desastre. Aún así hubo periódicos, como el republicano *El País*, que ya habían usado titulares de "ante el desastre" una semana antes de la derrota en el Barranco del Lobo[72], y hubo otros que catalogaron con mucho pesimismo las primeras cifras cuantiosas de muertos. El católico *El Siglo Futuro* salía el día 23 al paso de las perspectivas catastrofistas afirmando que "en Melilla después de catorce horas de fuego ha habido 35 muertos y 67 heridos, es decir 102 bajas, muy sensibles y dolorosas, pero que no justifican los calificativos de situación gravísima, acción terrible, batalla espantosa, catástrofe horrible y otros tales que corren por la prensa"[73]. Sin embargo, para cuando llegó el Barranco del Lobo los periódicos ya debían moderar mucho más sus apreciaciones, o la censura no permitiría su distribución, lo que frenó las críticas y, con ello, calificativos como los que criticaba *El Siglo Futuro*. La mayor parte de las narraciones hablaron de duros combates, pero sin reconocer que podía haber tenido lugar una derrota. De hecho, se llegó a exaltar el episodio como si hubiese sido una victoria pírrica:

> La noticia del combate del martes 27 produjo en Madrid gran sensación, siendo unánimes los elogios a los bizarros generales, jefes, oficiales y soldados que han muerto heroicamente frente al enemigo, así como para los supervivientes, que tan alto han dejado el honor nacional en aquella sangrienta lucha[74].

Proliferaron las narraciones de hechos heroicos, como el referido por *ABC* de un soldado que llevaba un capitán herido y fue rodeado. Según la crónica lo dejó en el suelo, mató a tres rifeños y los demás huyeron. El corresponsal del diario añadía que "como este hecho heroico podría relatarlos a docenas"[75]. Fue especialmente la prensa conservadora la que trató de minimizar el impacto de las bajas españolas, señalando como infundado el pesimismo de algunos sectores. *ABC* incidía en el hecho de que la gente solo veía las bajas propias, pues no se ofrecían las del adversario porque solo se hacían partes creíbles,

[70] GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, pp. 360-361.
[71] La cifra de 180 la da concretamente BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 58.
[72] *El País*, 20-VII-1909.
[73] "De Melilla", en *El Siglo Futuro*, 23-VII-1909, p. 1.
[74] *La Época*, 29-VII-1909, p. 2.
[75] SÁNCHEZ OCAÑA: "El combate del martes", en *ABC*, 29-VII-1909, p. 8.

en lugar de inventar las pérdidas del enemigo como se había hecho en otras épocas, pues éstas eran difíciles de conocer[76]. Paradójicamente, ese mismo día se podía leer en *La Época* que "Según confidencias dignas de crédito la harka ha tenido hasta ahora 1.200 muertos y varios millares de heridos"[77]. La idea de que no se podía juzgar una batalla por las bajas fue muy reiterativa, e incluso fue frecuente recurrir a otras guerras para dar a entender que no era para tanto. Así lo hizo por ejemplo *La Correspondencia Militar*, valiéndose de la guerra franco-prusiana o la Guerra de África[78]. Por si esto fuera poco, se ofrecían unas bajas minusvaloradas: *La Correspondencia de España* afirmaba el día 29 que las 700 bajas en combate el día 27 que cifraban algunos rumores habían sido desmentidas por el general Marina, que hablaba de 300[79]. Al final, incluso la primera cifra se quedó corta.

Con todo, aunque no se quisiera o no se pudiera hablar de desastre, fue frecuente encontrar nombres tan explícitos como "el barranco del Infierno" o el "barranco de la muerte"[80]. Pero los relatos, aunque duros, estaban por lo general salpicados de loables muestras de valor y heroísmo. Por eso las anteriores denominaciones no eran incompatibles con la de "memorable combate"[81]. En un absoluto panegírico de *La Época* sobre la acción militar española se llegaba a afirmar que era evidente que no se había tenido en lo que iba de campaña ni una sola derrota, pues aunque se hablaba de las numerosas bajas "en el balance de una acción militar, eso no constituye un revés" [82].

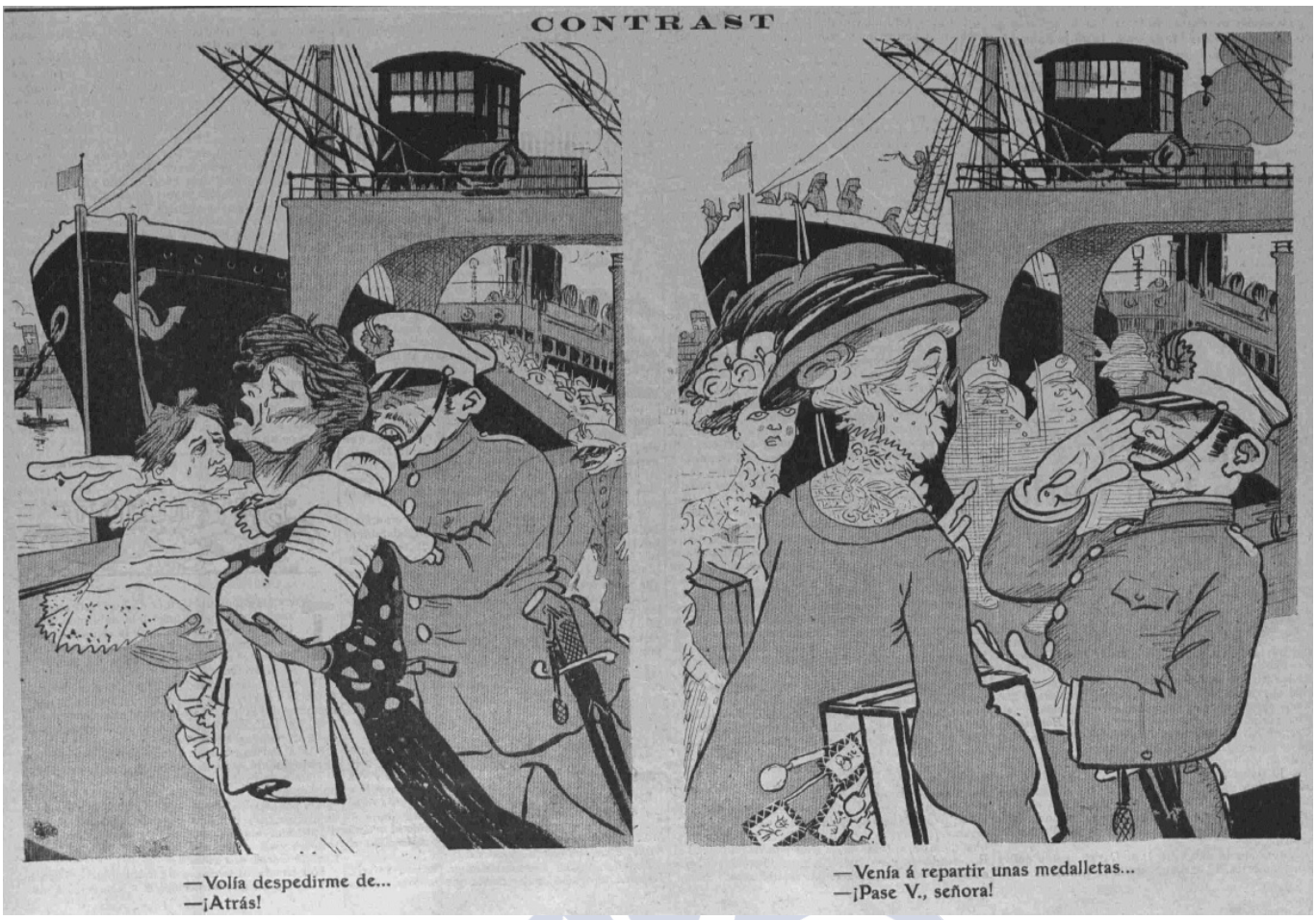
La mayor revelación que tuvieron los españoles sobre la magnitud de la tragedia sufrida el 27 de julio se demoró hasta el 29 de septiembre. Al ocupar el Barranco del Lobo se descubrieron los cadáveres de más de 100 soldados españoles, una terrible realidad cuyo impacto en la opinión pública se redujo considerablemente al coincidir con la toma del monte Gurugú y el entusiasmo popular que el episodio generó. En los periódicos aparecieron descripciones del trágico panorama, en ocasiones bastante explícitas a pesar de la censura:

> Nuestros primeros pasos por el Gurugú nos han proporcionado un terrible dolor: el del hallazgo de los corruptos cuerpos de tantos españoles como entre aquellos traicioneros riscos dieron la vida por la patria en los cruentísimos combates del pasado Julio. […] Estos encuentros de hoy, trágicos, repetidos en serie abrumadora, pasan los límites de lo espantoso[83].

También se publicaron algunas imágenes, aunque sin comparación con las que mostraban cadáveres desperdigados que se hicieron tan famosas en 1921 (Fig. 40)[84]. La constatación del desastre sirvió como acicate a la prensa republicana y socialista para protestar contra la guerra, a pesar de que la situación se había tranquilizado mucho desde julio[85].

---

[76] "Impresiones sobre la campaña", en *ABC*, 30-VII-1909, p. 9.
[77] "La campaña en el Rif", en *La Época*, 30-VII-1909, p. 1.
[78] "Tormenta de verano", en La Correspondencia Militar, 31-VII-1909, p. 1 y "las bajas en campaña", en La Correspondencia Militar", 7-VIII-1909, p. 1.
[79] "Las bajas del 27", en *La Correspondencia de España*, 29-VII-1909, p. 2.
[80] El primero en SÁNCHEZ OCAÑA: "El barranco del Infierno", en ABC, 31-VII-1909, p. 5; el segundo en *Actualidades*, 3-VIII-1909, p. 16.
[81] *Actualidades*, 3-VIII-1909, p. 16.
[82] "Del pueblo y sus pastores", en *La Época*, 8-IX-1909, p. 1.
[83] "Los muertos de julio", en *El Imparcial*, 29-IX-1909, p. 1.
[84] Vid. por ejemplo *Nuevo Mundo*, 30-IX-1909 o
[85] Aspectos como la dura represión derivada de la Semana Trágica, la suspensión de las garantías constitucionales que aún se mantenía o la censura hacían bastante difícil que la contestación resurgiese con fuerza. Periódicos republicanos como El País llamaron a celebrar las victorias sin olvidar a los muertos, lo



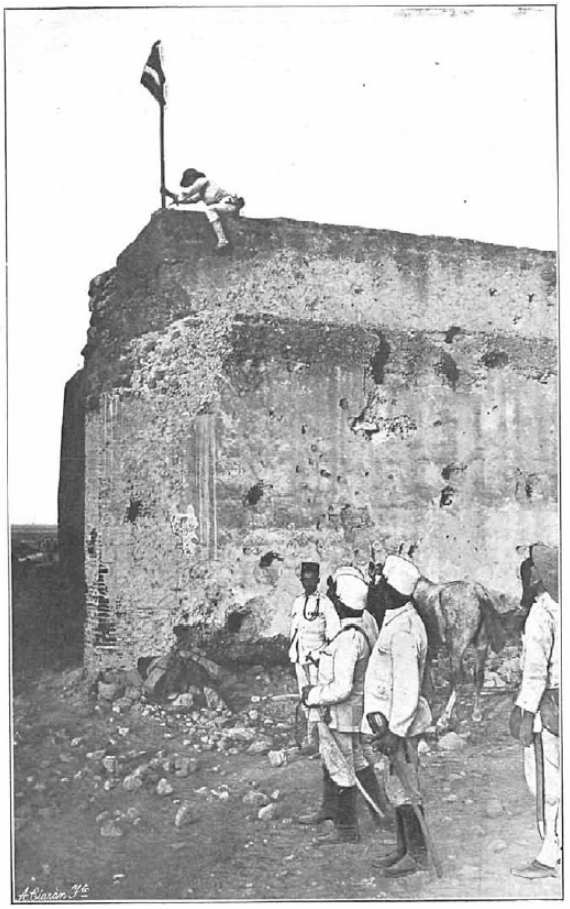
(Fig. 39) "Contrast", en *La Campana de Gràcia*, 24-VII-1909, p. 1.



(Fig. 40) "El barranco del Lobo – Recogiendo víctimas", en RIERA: *España en Marruecos*, p. 334.

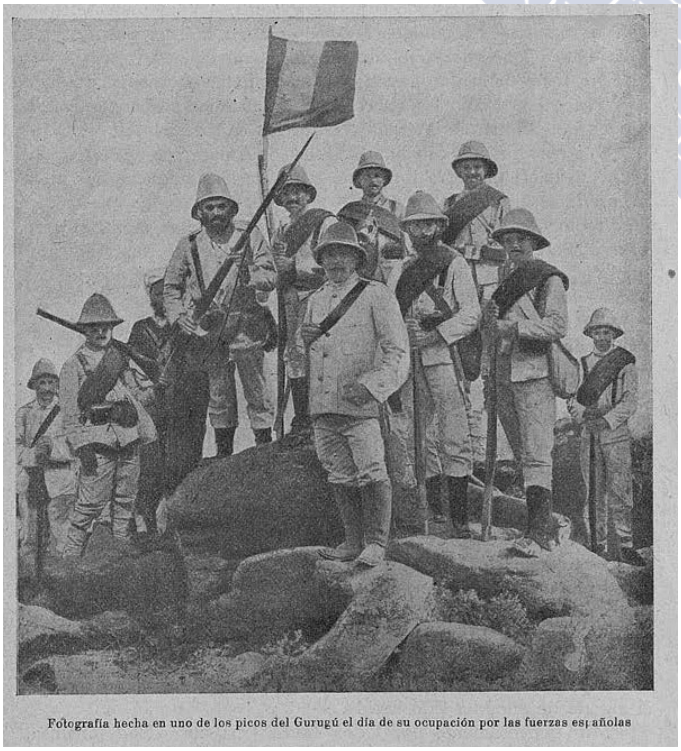


La bandera española en el Gurugú.



Izando nuestra bandera en la Alcazaba de Zeluán.

(Fig. 41) Las banderas españolas en el Gurugú y Zeluán, en *La Ilustración Española y Americana*, 8-X-1909, p. 12.



Fotografía hecha en uno de los picos del Gurugú el día de su ocupación por las fuerzas españolas

(Fig. 42) Soldados españoles posando con la bandera en el Gurugú, en RIERA: *España en Marruecos*, p. 334



(Fig. 43) La toma del Gurugú en la portada de uno de los fascículos de la crónica de Augusto Riera.

En todo caso, pese al macabro descubrimiento, la unión entre "Barranco del Lobo" y "desastre" aún tardó en consolidarse, en buena medida por los medios con los que contaba el poder para manipular a la opinión pública y condicionar su forma de entender el pasado. No obstante, a mediados de 1910 sí la encontramos de manera habitual, e incluso se situaba el episodio entre los más tristes recuerdos de la historia reciente de España, junto a otros como el combate de Santiago de Cuba o la Semana Roja[86].

La victoria que mostró el desastre

El impacto en la memoria colectiva española del episodio del Barranco del Lobo nos interesa en especial porque fue mayor que el de cualquier otro hecho de la campaña, incluso podemos afirmar que mayor que el de cualquiera protagonizado por el Ejército español en Marruecos desde la Guerra de África hasta el Desastre de Annual. La campaña de 1909 prosiguió varios meses después del descalabro, y alcanzó su cénit a finales de septiembre, con la ocupación de Zeluán y del famoso monte Gurugú. Estas victorias produjeron una breve pero relativamente intensa explosión de ntusiasmo patriótico, volviendo a aparecer, aunque más limitado, buena parte del repertorio que caracterizó las victorias de la Guerra de África o de la más reciente en Cuba[87]. A medida que el verano avanzaba disminuyeron los brotes de resistencia popular contra la guerra, en parte por las medidas represivas y en parte también por la populista decisión del Gobierno de suprimir en agosto la redención en metálico[88], que se recuperó una vez terminó la guerra. Al mismo tiempo, las muestras de entusiasmo patriótico comenzaban a ser más frecuentes, aunque seguirían siendo escasas entre los trabajadores urbanos[89].

Zeluán, un pequeño pueblo próximo a Melilla y famoso por su alcazaba, fue tomado el 27 de septiembre, mientras que el 29 culminó la ocupación del Gurugú con el simbólico izado de la bandera española en la cima del monte (Figs. 41-43). Esa imagen de los soldados con la enseña bicolor en lo alto de la casi legendaria montaña se difundió por todo el país, demostrando esa mística y poderoso valor simbólico de las victorias coronando montañas que ha señalado George L. Mosse[90]. La presencia de la bandera en la alcazaba de Zeluán también fue muy celebrada, y algunos recordaron que otro *español*, Juan de Guzmán, la había erigido allí mismo 430 años antes[91]. Desde principios de septiembre el periodo de *impasse* que había caracterizado la situación dio paso a un avance español más sólido, por lo que proliferaron las noticias señalando triunfos de

que demostraba una cierta aceptación de la guerra que no se percibía unos meses antes: "Los muertos de julio", en *El Imparcial*, 29-IX-1909, p. 1.

[86] Algunos ejemplos de la utilización de "desastre del Barranco del Lobo" en 1910 en *El Imparcial*, 1-VII-1910, p. 2 o *El Liberal*, 30-VII-1901, p. 3. La comparación con otros episodios apareció en "la fatídica acción del barranco del Lobo": *El Salmantino*, 31-VII-1911. Cit. en GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 258.

[87] Aunque la de 1895-1898 fue una Guerra con un final trágico, episodios concretos como la muerte del famoso cabecilla Antonio Maceo fueron intensamente celebrados en las calles.

[88] La medida, como es fácil suponer, generó un gran descontento entre las familias que habían pagado, mientras fue muy bien recibida por los sectores obreros y, en general también por los liberales. Para un análisis detallado de los cambios en la política de reclutamiento introducidos por Maura en 1909 Vid. PUELL DE LA VILLA; F.: *El soldado desconocido. De la leva a la mili (1700-1912)*, Biblioteca Nueva, Madid, 1996, p. 299.

[89] PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 95.

[90] MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 115.

[91] *La Época*, 27-IX-1909, p. 3.

diversas columnas o el brillante avance de las tropas[92]. Podemos decir que julio es el mes del desastre, agosto un mes de pausa y septiembre el de la victoria. Del mismo modo que en la reacción popular julio es el mes de las grandes protestas, que en agosto se enfrían y en septiembre dan paso a un tímido entusiasmo que culmina en los últimos días. Durante ese mes la prensa conservadora mostró su apoyo general al Gobierno y al Ejército, mientras que la prensa liberal destacaba con orgullo la labor del segundo al tiempo que continuaba increpando al primero, cebándose en aspectos como el envío de 8.000 hombres por parte del Gobierno justo después de afirmar que no se necesitaban más.

El 27 de septiembre las ediciones nocturnas ya reflejaban la rendición de Zeluán y el Gurugú. *Heraldo de Madrid* mostraba su entusiasmo señalando que: "las impresiones altamente favorables de los pasados días se han coronado en el de hoy con nuevas que aseguran de un modo completo el triunfo de las armas españolas en los campos de Melilla". Además se destacaba que eran "unánimes y generales las manifestaciones de entusiasta satisfacción" que las noticias habían producido, y ya se catalogaba como victoriosa la campaña en su conjunto[93]. Zeluán era una posición de cierto valor estratégico, pero con frecuencia se exageró su importancia para dar más valor a su conquista[94]. Lo mismo sucedió con el monte Gurugú, cuya situación dominando Melilla lo hacía muy importante para su defensa, pero se continuó alimentando la imagen de esa montaña como algo casi mítico[95]. Con estas visiones tan ponderadas no debe extrañar que en ocasiones se comparasen las noticias con las de Tetuán de medio siglo antes[96]. Las tristes noticias del descubrimiento de los cadáveres insepultos en el célebre barranco quedaron en un segundo plano ante la exaltación de las victorias. En algunos casos incluso se llevó a cabo una glorificación combinada de ambos episodios. El murciano *El Tiempo* afirmaba que la fecha del 27 de septiembre sería una nueva gloria para España, que quedaría en los anales de la patria igual que el 27 de julio:

> ¡Gloria en la tierra para los bravos del 27 de Septiembre!
> ¡Gloria en el cielo para los héroes del 27 de Julio, para aquellos que murieron con vista fija en la bandera y la sonrisa en los labios!"[97]

Tan solo los periódicos republicanos o socialistas se quedaron un tanto al margen de la celebración, no dejándose deslumbrar por el resplandor de las victorias y manteniendo una valoración general del conflicto como una gran pérdida para el país. De nuevo *El País* y *El Socialista* son dos ejemplos muy claros: el primero señalaba que tras las victorias habían sido restablecidas las garantías constitucionales y se volverían a abrir las Cortes, y todo seguiría como antes. Esa sensación de "aquí no ha pasado nada" les parecía intolerable:

---

[92] Así catalogaba el 7 de septiembre *Heraldo de Madrid* el avance de las tropas del general Aguilera: "Triunfo de la columna de Aguilera" (7-IX-1909, p. 1.)

[93] "Zeluán y el Gurugú, rendidos", en *Heraldo de Madrid*, 27-IX-1909, p. 2.

[94] Por ejemplo *La Época* señaló que era el lugar el lugar donde cruzaban todos los caminos de aquella región, así como una posición que en manos de España era "inatacable" y que constituía "la llave para la dominación de todo el país": HACHE: "Labor del Ejército", en *La Época*, 27-IX-1909, p. 2.

[95] En *El Siglo futuro* se la definió como una "gigantesca roca que pesaba sobre el pecho de Melilla, ahogándola desde su fundación y manteniéndola en perpetuo estado de sitio". "Las victorias en el Rif", en *El Siglo Futuro*, 30-IX-1909, p. 1. El escritor Eugenio Noel destacaba el exceso de atención que se prestaba al Gurugú afirmando que "España creía que la guerra el monte": NOEL, E.: *Notas de un voluntario*, Imprenta de Primitivo Fernández, Madrid, 1910, p. 178.

[96] "FERNÁNDEZ BREMÓN, J.: "Crónica general", en *La Ilustración española y americana*, 30-IX-1909, p. 190.

[97] "Zeluán", en *El Tiempo*, 29-IX-1909, p. 1.

> ¡Héroes y mártires de las jornadas del 18, el 23 y el 27! ¡Presos, heridos y muertos en las calles, fugitivos, extrañados, fusilados en Montjuich! Perdonad. Mas vuestra memoria o vuestras cuitas turban esta plácida solución a la gran charada, fatigan, abruman, ponen un sangriento comentario al beatífico ¡aquí no ha pasado nada![98]

Para el autor de este editorial había que seguir preguntándose por qué se fue a la guerra, y quizá así evitar que en meses o años volviese a surgir otra agresión y se volviese a clamar venganza, abriendo el camino a un nuevo conflicto armado. Pese a esta línea crítica, el diario republicano también se apuntó en cierta medida a la celebración, cosa que no hicieron los socialistas. A fines de septiembre se afirmaba en sus páginas que lo que había comenzado como un desastre había acabado bien y antes de lo esperado, y se valoraban los muchos beneficios que podría suponer, superiores incluso a los de la Guerra de África[99].

Esas dos victorias propiciaron que los últimos días de agosto las ciudades españolas, empezando por su capital, se volviesen a echar a la calle como antaño para celebrar los triunfos patrios. El entusiasmo bajó muchos enteros respecto a etapas anteriores, como ha señalado André Bachoud[100], y es probable que el apoyo de la clase obrera en las ciudades fuese muy bajo. No obstante, la mayor parte de la prensa, local y nacional, así como las propias autoridades, se esforzaron por destacar la magnitud de estas muestras de patriotismo, que se consideraban muy saludables para el sentimiento nacional. Especialmente la reacción de Barcelona, después de haber sido el símbolo de la protesta contra la guerra, para muchos con una actitud abiertamente antipatriótica, era especialmente seguida. Así *La Época*, después de describir el júbilo reinante en las calles de Madrid, dio cuenta del "extraordinario entusiasmo" que reinaba en la ciudad condal, y lo adornaba refiriéndose a los acuerdos del municipio y varias asociaciones para transmitir felicitaciones, así como las colgaduras e iluminaciones que habían preparado ciertos centros. A lo que no se aludía era a la presencia de gente en las calles, que sí se señalaba para muchos otros lugares, especialmente Melilla[101].

El día 30 de septiembre *La Época* recogía una larga lista de muestras de entusiasmo en más de una veintena de localidades. Muchas eran de colgaduras, iluminaciones y felicitaciones oficiales (casi siempre al general Marina), pero otras aludían a bandas de música recorriendo las calles acompañadas de un gentío (para Castellón se afirmó que la seguían miles de personas). En Soria se señalaba un gran entusiasmo, con disparo de cohetes y repiques de las campanas que alegraban la ciudad desbordante de entusiasmo. En Plasencia los obreros abandonaron el trabajo, los comercios cerraron sus puertas y todos se unieron en una "formidable manifestación" que recorría la ciudad[102]. Según *El Liberal* de Murcia, en esta ciudad se comenzó a saber la noticia por los periódicos, y por la tarde repicaron las campanas para difundirlo en los barrios más apartados, lo que provocó el júbilo general, que se izaran banderas y que se tocase música[103]. En Orihuela se señalaba que habían desfilado "un centenar de banderas españolas", que generaron un enorme entusiasmo[104]. En Elche cerraron las fábricas y se

[98] "Paz en el Rif. Constitución en España", en *El País*, 28-IX-1909, p. 1.
[99] "El Gurugú por España", en *El País*, 30-IX-1909, p. 1.
[100] Vid. BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*.
[101] "La noticia del Gurugú en Barcelona", en *La Época*, 30-IX-1909, p. 1.
[102] "Júbilo en provincias", en *La Época*, 30-IX-1909, p. 2.
[103] "Manifestaciones patrióticas", en *El Liberal* (Murcia), 30-IX-1909, p. 2. En la misma ciudad, *El Tiempo* se colgaba la medalla de que la noticia se conoció en muchos lugares por el telegrama recibido por ellos, que generó un gran júbilo y entusiastas vítores: "La noticia en Murcia", en *El Tiempo*, 30-IX-1909, p. 3.
[104] "Manifestaciones patrióticas", en *El Liberal* (Murcia), 30-IX-1909, p. 2.

decretó día de fiesta, mientras un gentío recorría "todo el pueblo"[105]. En Santiago de Compostela una numerosa manifestación culminó en la Alameda, donde la banda del regimiento Zaragoza tocó hasta las doce de la noche, interpretando especialmente temas como la *Marcha Real*, el pasodoble *Cádiz* o el himno del regimiento[106]. En A Coruña el día de celebración coincidió con el regreso a la ciudad de dos compañías de infantería, a cuya tropa ni siquiera había llegado todavía la noticia, y que recibieron las aclamaciones populares, en lo que según *El Eco de Galicia* fue "una entrada triunfal, como pocas se recuerdan en La Coruña". Ese día se suspendieron las clases en la ciudad herculina y una manifestación patriótica "con público de todas las clases sociales" recorrió la ciudad entre vivas a España, al Rey, al Ejército y a la Virgen del Rosario, patrona de A Coruña; y al son del himno *¡Gloria a España!* o el pasodoble *Los Voluntarios*[107]. Es evidente que hubo manifestaciones, pero las efusivas descripciones de los periódicos pecaban con frecuencia de un exceso de entusiasmo. La prensa local se mostraba especialmente interesada por demostrar el patriotismo de sus paisanos. Frases como la del *Heraldo de Castellón* de "jamás hemos presenciado una manifestación de entusiasmo tan grande, tan sincera, como la de ayer en Castellón. La gente toda se echó a la calle"[108], eran tan habituales como aparentemente exageradas.

Las ocupaciones de Zeluán y el Gurugú no supusieron el fin de la campaña, aunque sí la dejaron vista para sentencia. El único combate de entidad se produjo el 30 de septiembre en Beni Bu Ifrur, pero pasó muy desapercibido a la sombra de las descripciones de los combates victoriosos y de las celebraciones. Durante los meses de octubre y noviembre siguió habiendo noticias de pequeñas operaciones, pero no registraron apenas bajas y merecieron poca atención de los medios. En noviembre se señaló con frecuencia que la guerra parecía tocar a su fin, que el *harka* se había disuelto o que los *moros* estaban pacíficos[109]. Con la toma de Atlatén, pregonada desde el 26 de noviembre, se consideraba que el dominio sobre la península de Tres Forcas quedaba asegurado y se culminaban los objetivos de la campaña, pero la noticia apenas generó entusiasmo[110]. En diciembre las principales noticias relacionadas con el Ejército serían las del progresivo regreso de tropas desde el día 7. Con estos retornos se vivieron algunas escenas festivas en diversas partes de España, con el clásico repertorio de colgaduras, gente dando "vivas", banquetes (habitualmente solo en honor de la oficialidad), premios para los soldados e incluso arcos de triunfo[111]. El más destacado de estos homenajes tuvo lugar el 22 de enero, con ocasión del recibimiento tributado en Madrid a la Brigada de Cazadores, un día después de que en la capital se celebrase un gran funeral en memoria de los muertos en la campaña. La entrada en Madrid recordó inevitablemente a la de 1860, y en casi toda la prensa se ensalzó la "explosión de amor al Ejército que inflamó todos los corazones madrileños"[112], al tiempo que sus páginas se llenaban de fotos de las tropas recorriendo las calles abarrotadas de público en las principales revistas ilustradas y

[105] "Elche", en *El Liberal* (Murcia), 29-IX-1909, p. 3.

[106] "Regocijo popular, en *Gaceta de Galicia*, 30-IX-1909, p. 2. Aunque el pasodoble "Cádiz" se sigue interpretando, desde la derrota del 98 en general se renegó de él, por ser una encarnación del "patriotismo suicida": MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: "Rojigualda sin letra. Los símbolos de la nación", en ID. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, p. 60.

[107] "En La Coruña", en *El Eco de Galicia*, 30-IX-1909, p. 1.

[108] "El Gurugú tomado. Júbilo en Castellón", en *Heraldo de Castellón*, 30-IX-1909, p. 1.

[109] *La Época*, 9-XI-1909, p. 1.

[110] MARCHÁN: "Tarragona en 1909", p. 317.

[111] Como el levantado en Cádiz para homenajear "a los heroicos soldados que dieron la carga de Taxdirt": "En provincias", en *La Correspondencia de España*, 21-I-1909, p. 1; o el erigido en Madrid con motivo del recibimiento de la Brigada de Cazadores: *Heraldo de Madrid*, 22-I-1910, p. 1.

[112] *Actualidades*, 27-I-1910, p. 12.

periódicos. Pese al gran éxito, el desfile quedó algo deslucido por los problemas de organización, pues hubo gran cantidad de heridos por la aglomeración, que la mayor parte de los periódicos achacaron a la ausencia de suficientes fuerzas del orden.

Pese a la celebración de la victoria, la paz no llegó hasta finales de 1910. Los acuerdos incluyeron una indemnización de guerra que Marrucos debía pagar a España, y refrendaron el ensanchamiento del territorio español. Pero al igual que en 1893 fue una negociación lenta y dilatada en el tiempo. De hecho, en septiembre y octubre de 1910 se seguía hablando de ella, y se pedía una reparación que se fijó finalmente en noviembre en 65 millones de pesetas.

Las cifras totales de bajas en la campaña oscilan entre los 1.500 y los 4.000 dependiendo de las fuentes. Las cifras oficiales recogieron 259 muertos y 1.500 heridos[113], pero los principales estudios recientes las incrementan sensiblemente, como las 2.235 bajas y 358 muertos a los que ha aludido María Rosa de Madariaga[114].

Recordando conflictos pasados

Como era habitual, la explosión de un nuevo conflicto armado en Marruecos hizo que los antiguos volviesen a cobrar actualidad, por lo que referirse a ellos fue frecuente tanto en la prensa como en las crónicas o ensayos sobre la campaña. También en el discurso patriótico las alusiones a la Guerra de África fueron constantes, desplazando casi totalmente a los viejos referentes de legitimación como Isabel la Católica, el Cardenal Cisneros, etc., que habían aparecido por doquier en 1859. Esta circunstancia también se explica por la caída en desuso de los argumentos más imperialistas o de la guerra de religión, que de ser generalizados habían pasado a ser defendidos solo por los sectores más conservadores[115]. Así, por ejemplo, *El Siglo Futuro* se refería a la "legítima influencia" que España debía tener en aquellas tierras, "hacia las cuales, naturalmente, se dirige nuestra expansión nacional", como así lo habían entendido Isabel, Cisneros y los Austrias[116].

Aunque el Gobierno español debía camuflar sus deseos colonialistas por los condicionantes internacionales (Francia y España temían la respuesta alemana a su expansión en Marruecos), muchos políticos, militares y otros africanistas deseaban una posición más activa, aunque se argumentase empleando otras razones, como la de la propia defensa[117]. El historiador y diplomático Jerónimo Becker apelaba a la historia reciente en un artículo para la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil* de la Real Sociedad Geográfica, justificando la necesidad de intervenir contra los constantes desafíos de los rifeños. Consideraba que España no hacía más que acudir al Sultán para que mediara, cuando la autoridad de éste era mínima al ser el territorio *Bled es-Siba*. Creía

---

113 VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 177.

114 MADARIAGA, Mª R.: "La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 112.

115 De todos modos, no debemos desdeñar la capacidad de influencia que seguía teniendo la Iglesia a través del púlpito. Aunque es complicado saber hasta qué punto el militarismo estaba presente en las homilías, las numerosas misas en las que se pedía la victoria del Ejército español demuestran que la vinculación seguía muy presente. Además, en relación a la muerte la religión continuaba ocupando un papel preponderante.

116 "Lo de Melilla", en *El Siglo Futuro*, 17-VII-1909, p. 1.

117 Para un análisis del contexto internacional de la época en relación a los intereses de Marruecos Vid. BALFOUR, S.: "La Semana Trágica: contexto geopolítico internacional", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 33-43.

que para afirmar el prestigio de España podían haberse aprovechado justificaciones en 1844, 1847, 1851, 1859 (aunque la guerra no afectó al Rif), 1871, 1890 y 1893, siendo especialmente grave la última, porque al mismo tiempo que se llevaba un ejército "tarde y mal" se negociaba la paz, por lo que se supuso un esfuerzo inútil[118]. Este repaso crítico a las relaciones de España con el Rif en el XIX es una buena muestra de la oposición que entre ciertos sectores había a la política de no intervención en Marruecos, y por supuesto iba destinado a justificar la necesidad de intervenir en 1909, por mucho más que por los recientes acontecimientos.

No obstante, pese a que expertos como Becker profundizasen más en la historia de las relaciones entre España y el Rif, lo más habitual en la prensa fue recordar la Guerra de África por ser una gran gesta y, como mucho, el episodio de 1893, porque su recuerdo aún estaba muy fresco y porque comenzó con muchas analogías al de 1909. La campaña de 1859-1860 se empleó sobre todo como modelo de las virtudes del Ejército español, y de las glorias en el campo de batalla que se querían volver a conseguir. El general Marina en su Orden General del 15 de julio, en la que animaba a las tropas de Melilla a prepararse para lo que estaba por venir, les pedía que probaran ser "dignos descendientes de aquellos héroes que hace medio siglo clavaron nuestra bandera en los minaretes de Tetuán, paseándola victoriosa por el valle de Los Castillejos, por la cuenca del río Martín y por las ásperas montañas de Wad-Ras"[119].

La campaña de 1859-60 también se utilizó para justificar las pérdidas humanas del conflicto que estaba teniendo lugar, por lo que fueron muy habituales en la prensa las cifras de bajas de la vieja guerra, que por su magnitud servían para relativizar las de la campaña actual. Por ejemplo el 1 de agosto La *Correspondencia de España* hacía un resumen de combates y bajas de la Guerra de África, elevando el total a 9.034 entre muertos, heridos y enfermos, y a 6.146 entre muertos y heridos. También se recordaba que la guerra se había iniciado por un "fútil motivo", exactamente lo mismo que ahora volvía a suceder[120]. Por supuesto, para los que se oponían a la guerra recordar las cifras de bajas y lo poco para lo que habían servido también eran una buena justificación de sus ideas. El diario madrileño *El Imparcial* recordaba en agosto la Guerra de África con un interesante artículo, incidiendo en lo necesario que había sido, y cómo ambos conflictos se insertaban en una lucha que se remontaba a mucho más atrás:

> ¿Cómo pensar en la actual guerra de Melilla, sin que el recuerdo traiga los ecos ya lejanos de la «Guerra de África»?... Ayer, hoy, son palabros que se funden. El viejo problema surge nuevamente. Ahora intervienen en la lucha los nietos. Ayer la sostuvieron los antepasados. A través de las edades el sangriento litigio continúa. España se ve obligada incesantemente a derramar su sangre y oro en las tierras hostiles del Mogreb.

Se recordaba con nostalgia el entusiasmo generado por aquella campaña, que no existía en el momento presente, aunque de nuevo la dignidad nacional estaba en juego. Se apelaba a la memoria de aquella guerra para que sirviese de enseñanza para los que ahora desfallecían a la primera. Se recordaba, cómo no, a Prim y a O'Donnell, y a los insignes cronistas, como Alarcón y Navarrete[121]. En 1909 se cumplían cincuenta años de la Guerra de África, lo que sumado a la rabiosa actualidad del conflicto en las

[118] BECKER, J.: "El Rif" en Revista de Geografía Colonial y Mercantil, 1909, nº 10, pp. 396-.403, citado por GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo II,* CSIC, Madrid, 1966, p. 357.

[119] Cit. en MAYORGA NOVAL, M.: *El Cabo Noval. En el centenario de la campaña de 1909*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, p. 88.

[120] "La guerra de África 1859-1860", en *La Correspondencia de España*, 1-VIII-1909, p. 2.

[121] "La guerra de 1859.--- páginas de sus cronistas", en *El Imparcial*, 16-VIII-1909, p. 3.

inmediaciones de Melilla, hacía lógico que la recordada campaña estuviese tan presente. También lo estuvo para intentar remedar las generosas ayudas al esfuerzo bélico, algo que se consiguió en lo relacionado con la atención a las familias de heridos, muertos y reservistas, pero no en el plano estrictamente militar. Así, por ejemplo, se volvieron a concebir batallones de voluntarios a imitación de los de 1860, pero al igual que en 1893 fracasaron por la falta de voluntarios, como sucedió con el batallón vasco que trató de organizar el gobierno provincial de Vizcaya[122].

Que 1860 fuese más recordado que 1893 es lógico si tenemos en cuenta el limitado alcance del segundo conflicto. No obstante, la anterior guerra de Melilla fue un precedente en varios aspectos, por lo que con cierta frecuencia se analizó para tratar de sacar lecciones de lo sucedido[123]. Quizá los que más aludieron a 1893 fueron los que criticaban la actual campaña, que rememoraban aspectos como la deplorable y costosa movilización que se hizo para no obtener ningún beneficio. Poco después del ataque a los obreros del ferrocarril, cuando el conflicto todavía no había superado en gravedad al de dos décadas antes, en *El País* se recordaban los peores aspectos de la campaña de 1893, considerada desastrosa y un preliminar de la catástrofe de 1898. Además se tachaba a la prensa de entonces de "garrula, inconsciente e infame" por cosas como pedir orejas de moros, o se recordaban los sufrimientos de los reservistas, verdaderas víctimas de toda esa historia de catástrofes a las que ahora se incorporaba un nuevo episodio[124]. Aunque casi todas las valoraciones de 1893 eran muy negativas y se recordaba lo sucedido pensando en no repetirlo, había aspectos que se leían positivamente en comparación con lo que estaba sucediendo. Así lo hacía *El Liberal*, para señalar que la situación era insostenible, y que viendo la actitud de la gente en las calles se temía que pasara en España algo peor que lo que estaba sucediendo en Melilla. Según el periódico madrileño "basta para sentirlo, para tocarlo, comparar la forma en que los soldados de 1893 partían para el Norte de África con la forma en que, a horas desusadas, está hoy saliendo la brigada mixta, tan simpática a todos los madrileños"[125].

Finalmente, con la guerra prácticamente terminada adquirió relevancia el recuerdo de los tratados de paz, sobre todo el de Wad-Ras, en especial para no cometer los mismos errores, lo que demuestra que se mantenía muy vigorosa la idea de la "paz chica de la guerra grande". El 9 de diciembre el Ministro de Estado, Pérez Caballero, afirmaba que se estaba en mucho mejores condiciones que nunca para llevar a cabo la acción española en Marruecos, y desde luego mucho mejor que en 1859, cuando los brillantes triunfos armados serían finalmente anulados por la presión extranjera[126]. Una idea similar la exponía meses antes el republicano *El País*: aunque la campaña era menos gloriosa que la Guerra de África, pues no se habían librado grandes batallas, podía ser infinitamente más útil si los Gobiernos no lo echaban a perder con las negociaciones de paz[127].

---

[122] MARTÍN CORRALES: "Movilizaciones en España…", p. 125.

[123] Por ejemplo, se recordaron con frecuencia los deseos que había en 1893 de tomar el Gurugú, que no habían podido verse satisfechos por el estancamiento del conflicto.

[124] "Los reservistas. 1893-1909", en *El País*, 12-VII-1909, p. 1. La referencia a las orejas pedidas por la prensa era una referencia explícita al caso Farreu, que en vez de haber costado la vida al penado debía haber "producido el incendio de varias redacciones".

[125] "Los sucesos de Melilla. Vuelta al pantano", en *El Liberal*, 21-VII-1909, p. 1.

[126] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 2, CSIC, Madrid, 1966, p. 330.

[127] "El Gurugú por España", en *El País*, 30-IX-1909, p. 1.

El fundamental papel de la prensa y la censura del ministro La Cierva

A la altura de 1909 la prensa mantenía su importancia como el medio de comunicación de más alcance, más influyente y decisivo en la opinión pública, sobre la cual la "opinión publicada" ejercía una gran influencia. La calidad de la impresión y el formato se habían modernizado notablemente desde 1893, y muchos periódicos diarios habían aumentado su número de páginas de las cuatro habituales hasta las ocho o diez, por lo que se podía incluir mucha más información, así como ofrecer dos o tres páginas centradas en la guerra sin que la típica estructura del periódico se resintiese. La prensa madrileña seguía siendo la dominadora absoluta, con tiradas sin parangón en el resto del Estado, y distribuía sus números en provincias gracias al servicio postal. La prensa regional y local también atravesaba por un momento de gran difusión. Para temas ajenos al ámbito local este tipo de prensa solía trabajar con la información de los telegramas que le llegaban desde Madrid, o simplemente reproducía textos de los principales periódicos de la capital. Por otro lado, también había muchos periódicos locales que contaban con sus propios corresponsales o al menos con colaboradores bien informados que aportaban más información que la simple copia de los partes oficiales o de noticias de otros medios[128].

El conflicto en los alrededores de Melilla y sus profundas repercusiones en la política interior captaron rápidamente la atención del público, lo que hizo aumentar la demanda de periódicos. Destacó especialmente el éxito de los reportajes fotográficos, que suponían para el público un privilegiado acercamiento a los hechos. Por ejemplo el semanario ilustrado *Nuevo Mundo* alcanzó una cifra récord de 266.000 ejemplares distribuidos poco después del desastre[129]. La prensa no es la mejor fuente para analizar lo que sucedió en la campaña de 1909, en especial por las manipulaciones de que fue objeto a través de la censura y los partes oficiales. Sin embargo, nos ofrece una aproximación privilegiada a la información al respecto de la misma que recibía la opinión pública. Sobre este problema resulta muy expresivo el testimonio del periodista Justo Larios de Medrano, presuntamente parte de una conversación en un café, y que analizaba las típicas cifras "a la baja" que afectaban a los soldados pero no a los oficiales:

> ¿Qué pensaría al leer en poco más de diez telegramas oficiales de seis o siete combates, en los que han caído a puñados jefes y oficiales, aunque el número de bajas de la clase de tropa sea relativamente pequeño?... Pues pensaría usted que […] si en los telegramas se dice que hay quince oficiales muertos y heridos y sólo veinte o veinticinco bajas de soldados y se dan los nombres de aquéllos y se omiten los de éstos, que la primera cifra es exacta, pero que la segunda ha sido amañada[130].

Sin embargo para los militares, aunque ofrecían al público cifras manipuladas de bajas propias y ajenas e impresiones excesivamente benévolas de lo sucedido, la actitud reprobable era la de la prensa "antipatriótica" que exageraba los hechos para poner la opinión contra el Ejército. Esa línea de opinión era compartida por el conservador *ABC*,

---

[128] Para la relación entre opinión pública y opinión publicada Vid. GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 63 y ss. Este trabajo también ofrece información muy interesante sobre diversos aspectos relacionados con el funcionamiento de la prensa local en la época.

[129] Ellos mismos se congratulaban del éxito en sus páginas: "hoy, cuando la ansiedad justificada del público ante el supremo interés de los acontecimientos, duplica nuestra ya copiosísima tirada", al mismo tiempo que señalaban que, sorprendidos por la demanda, tendrían que retrasar los envíos a provincias: "200.000 ejemplares", en *Nuevo Mundo*, 12-VIII-1909, p. 3.

[130] LARIOS DE MEDRANO, J.: *España en Marruecos (Historia secreta de la campaña)*, Fundación Imprenta STAMPA, Madrid, 1915, p. 92.

que constantemente llamaba a la calma en sus páginas ante lo que consideraba un "movimiento de opinión tan exagerado, tan fuera de proporción de la realidad", que más parecía "juicio de mujeres neuróticas que juicio de gente reflexiva". Por ello condenaba el uso de términos como "sangriento combate", "cruenta refriega", u "horrible lucha"[131]. Su idea de que la guerra llevaba aparejadas pérdidas que había que asumir se plasmaba en el siguiente artículo, escrito justo antes del Barranco del Lobo y en relación a los combates del 23 de julio:

> ¡Catorce muertos! ¡Veintitantos heridos..!: ¿Pero es que un país serio puede asustarse de eso? Y si se asustara, ¿no sería prueba de una dolorosa decadencia de su espíritu…? ¿Qué pasaría entonces el día, la suerte no lo traiga, en que tuviéramos que reñir cual han reñido otros, cual en tiempos reñimos nosotros, verdaderos combates en que las bajas se contaran por muchos centenares, serias batallas en que por millares y millares se contaran los hombres puestos fuera de combate?
>
> Cuarenta bajas, poco más o menos, sufridas en tres o cuatro achuchones sobran para asustar a madres y esposas, pero son muy pocas para alarmar a una nación cual siempre fue la española[132].

ABC, siguiendo una tendencia bastante repetida en periódicos conservadores, había afirmado no querer la guerra, pero luego cuando ésta llegó la exaltó con un discurso rimbombante, en el que términos como "bravo", "bizarro", "brioso", "heroico" o "glorioso" estaban omnipresentes, al igual que las referencias a los soldados que habían muerto gritando "viva España". Este lenguaje era casi el único posible en 1859, pero a la altura de 1909 muchos ya no lo utilizaban. Otro importante diario que siguió la línea de *ABC* fue *La Época*, claramente a favor de Maura. En sus páginas se quejaba constantemente de los que solo criticaban al Gobierno, hiciera lo que hiciera, y censuraba lo que consideraban una campaña "depresiva del espíritu público"[133]. Por esa razón recibió con los brazos abiertos la censura de prensa desde el 26 de julio. Entre sus críticas destacaban las vertidas a ciertas figuras de la izquierda como Pérez Galdós o Pablo Iglesias, a los que se consideraba "agitadores de la opinión", que buscaban "contrariar los deseos de paz y tranquilidad que sentía el país"[134]. La mayor parte de la prensa conservadora o militar se mostraba favorable a la guerra y aceptó de buen grado la censura[135].

La prensa liberal, por su parte, demostró estar mayoritariamente contra la guerra. Con anterioridad a ésta no era raro que apostara por la presencia en Marruecos, al considerar que sería rentable para España, al mismo tiempo que se valoraba la importancia de la misión civilizadora, pero el inicio del conflicto enfrió este discurso. A diferencia de la prensa conservadora o militar, los periódicos liberales dieron mucha importancia a las protestas del público en las despedidas, a las muestras de dolor de las familias y, antes de que se impusiese la censura, trazaron por lo general un cuadro muy trágico de la situación en España. Periódicos como *La Correspondencia de España*,

131 "Calma, señores", en *ABC*, 21-VII-1909, p. 5.
132 "Impresiones de la campaña", en *ABC*, 25-VII-1909, p. 8.
133 Vid. por ejemplo "Ataques caprichosos", en *La Época*, 11-VII-1909, p. 1; o "labor penosa", en *La Época*, 23-VII-1909, p. 1.
134 "Los agitadores de la opinión. Hablando con Pablo Iglesias", en *La Época*, 30-IX-1909, p. 1.
135 En *La Correspondencia Militar* se catalogaba la penetración pacífica de "infundio que no puede acabar más que a tiros", se llamaba a no vacilar y se restaba importancia a las bajas. Vid. por ejemplo "Impresiones", en *La Correspondencia Militar*, 10-VII-1909, p. 3. En periódicos como el católico *El siglo Futuro* o *La Ilustración militar*, en el que se defendía vehemente el sacrificio por la patria, son también buenos ejemplos.

Heraldo de Madrid, *El Liberal*[136] o *El Imparcial* son buenos ejemplos. Si bien generalmente rechazaron campañas como las de los socialistas, su oposición a la guerra, al Gobierno y al servicio militar fue bastante clara[137].

Mucho más directa en su oposición a la campaña fue la prensa republicana, cuya crítica era más profunda y se oponía a la presencia española en Marruecos al margen de la guerra. El periodista José Nakens, desde *El Motín*, defendía que la guerra era injusta y conllevaría un terrible sacrificio[138], pero ante la presión de la censura detuvo temporalmente la publicación de su periódico[139]. Otro periódico republicano como *El País* mantuvo una línea crítica durante todo el conflicto, dedicando mucha más atención a las protestas que a las exaltaciones patrióticas. Desde sus páginas se acusaba a los gobernantes por enviar a los pobres obreros a una lucha injusta, y pedían que fuesen los interesados en ella:

> Vuelvan a Melilla las tropas e invite el gobierno a la compañía ferrocarrilera y minera a organizar por su cuenta su fuerza militar con voluntarios moros, españoles o chinos; autorice a los oficiales españoles que voluntariamente quieran ponerse al frente de esa mehalla vaticanista; facilite el paso a África de los carlistas y clericales que entiendan que se gana el cielo muriendo en defensa de los negocios eclesiásticos y no vuelva a hablarse más de expediciones de la guarnición de Melilla, reservándolas para mejores y más justas empresas[140].

En Barcelona, el otro gran centro editorial español, la mayor parte de los principales periódicos se posicionaron claramente en contra de la guerra, dando una gran cobertura a las protestas contra la misma[141]. En lo que respecta a la prensa local, casi toda encaja en alguno de los tipos anteriores en sus valoraciones y su forma de tratar la guerra, dependiendo de la línea ideológica por la que se definiera. La principal diferencia radica, como es lógico, en el interés específico por lo que sucedía con los paisanos que iban a la guerra, cuyos avatares eran seguidos con atención; así como también con las reacciones específicamente locales a la guerra, ya fueran éstas de apoyo o contestación[142].

El Ministro La Cierva se "lía la manta a la cabeza"

En el análisis de la perspectiva sobre el conflicto de 1909 que la prensa ofreció a la opinión pública es imprescindible considerar un punto de inflexión decisivo: la decisión de Juan de la Cierva, ministro de Gobernación, de establecer el 26 de julio la censura, tres

---

136 En un inflamado artículo del 21 de julio, Joaquín Dicenta afirmó sin ambages que allá iban "nuestros soldados a ejercer de héroes en beneficio de unos accionistas". DICENTA, J.: "Heroísmos", en *El Liberal*, 21-VII-1909, p. 1.

137 *El Liberal*, *Heraldo de Madrid* y *El Imparcial* compartían línea por pertenecer a la Sociedad Editorial Española, conocida en la época como "el Trust".

138 *El Motín*, 8-VII-1909, p. 1. Consideraba que, al contrario que en la guerra de Cuba, en la que España defendía su soberanía, en Marruecos se atacaba a los *moros* sin una causa honorable.

139 Previamente ya había sido multado y encarcelado por sus escritos, de modo que prefirió mantenerse al margen. *El Motín* volvió el 7 de octubre de 1909, con la suspensión de garantías ya levantada.

140 "Comentarios", en *El País*, 11-VII-1909, p. 1.

141 Fue el caso de periódicos como *El Poble Català*, *El Progreso*, *El Liberal*, *La Publicitat*, *El Diluvio* o *La Tribuna*. Vid. MARTÍN CORRALES: "Movilizaciones en España…", p. 133.

142 María Gajate, en su estudio sobre la actitud de la prensa salmantina ante a las campañas, señala que la prensa local siempre estuvo mucho más preocupada por los asuntos locales que por Marruecos, que se convertía en el tema central con mucha mayor facilidad en la prensa nacional: GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 52.

días después de impedir las comunicaciones telefónicas o telegráficas con provincias en las que se transmitiesen datos de la campaña de Melilla que no fuesen los oficiales.

Las relaciones entre el Ejército y buena parte de la prensa eran muy tirantes desde el incidente del *¡Cu-Cut!* en noviembre de 1905, cuando unos 300 militares asaltaron y destrozaron la redacción del periódico satírico catalán como respuesta a la publicación de una viñeta ridiculizando al Ejército. En relación a este hecho los militares volvieron a pedir que los delitos de "atentado, desacato, calumnia o injuria contra la patria y el ejército cometidos por la imprenta" pudiesen quedar bajo jurisdicción militar. Por el código de justicia de 1890 habían quedado reservados para la jurisdicción civil, pero la situación cambió el 23 de marzo de 1906 con la promulgación de la Ley de Jurisdicciones, que no fue derogada hasta 1931[143]. Los militares veían con suma preocupación la oposición manifiesta de la gente a la guerra, y culpaban de ella a los sectores políticos que consideraban "subversivos" y a la prensa, a la que acusaban de exagerar la situación y caldear con ello los ánimos de la opinión pública. El Capitán de Ingenieros Eduardo Gallego Ramos, que estaba a las órdenes del General Marina, expuso del siguiente modo la opinión de los militares al respecto:

> La prensa, obstinada por presentar como evidente el error crasísimo de que el Gobierno arrastraba a la nación a una campaña inoportuna y preñada de riesgos, sólo por defender los intereses particulares de cuatro mineros, llegó a crear en la masa inculta (tan numerosa, por desgracia) un ambiente de hostilidad intensa hacia toda disposición guerrera, recomendada por la marcha de los acontecimientos, y lejos de avivar y fortalecer esa compenetración entre pueblo y Ejército, sin la que no se conciben las guerras modernas, tendía de hecho, por su ignorancia y desorientación, a aflojar esos necesarios lazos, ahondando el disgusto y malestar que, cuando llega el momento de verter la sangre por la Patria, produce en no pocos ciudadanos ese odioso privilegio de la redención en metálico…[144]

Ante semejante concepción, no es de extrañar que los militares estuviesen presionando al Gobierno para que estableciera la censura, y éste por supuesto también estaba muy interesado en aplicarla, para así frenar la campaña en su contra. Se introdujo el 26 de julio, ante las catastrofistas crónicas de la batalla del día 23, y fue muy oportuna al llegar justo antes del gran descalabro del 27. La medida se unía a otras como la prohibición de las manifestaciones contra la guerra o las denuncias del ministerio de Gobernación a ciertos periódicos[145]. Juan de La Cierva estaba decidido a que su ministerio centralizase toda la información difundida, algo que quedó muy claro en estas llamativas declaraciones que realizó:

> Me he liado la manta a la cabeza en esta cuestión, y la censura impedirá que se transmita a provincias cuanto se relaciones con el envío de fuerzas y los detalles sobre los combates en Melilla.
>
> Este verano voy a ser yo el único corresponsal, y ustedes pueden descansar, que ya se desquitarán en invierno[146].

---

[143] BOYD: *La política pretoriana*… pp. 25-28.

[144] GALLEGO RAMOS, E.: *La campaña del Rif (1909). Origen, desarrollo, consecuencias*, Madrid, 1910, p.111, Cit. en GARCIA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912). Tomo II*, CSIC, Madrid, 1966, p. 319.

[145] *El País*, uno de los afectados, se refería a la denuncia indicando que le había sido notificada a las 2 de la madrugada, lo que, recordando un embarque de tropas también de madrugada para evitar protestas, les hacía señalar que "ahora todas las hazañas del Gobierno se ejecutan en la tiniebla de la noche": "Nuestra denuncia", en *El País*, 22-VII-1909, p. 1.

[146] "La Cierva corresponsal", en *El Defensor de Granada*, 23-VII-1909, p. 3.

La prohibición del 26 iba a impedir dar noticias sobre los combates librados hasta que se redactasen los partes oficiales[147]. Los "telegramas del general Marina" fueron la fuente principal para conocer las novedades, por lo que se produjo una homogeneización de los contenidos relacionados con la guerra, e incluso la prensa republicana o socialista, mirada con lupa, tuvo que rebajar más su crítica que otros periódicos. Aún así seguían recibiendo denuncias, como *El País*, que en "Otra denuncia y van…" señalaba que una vez más no había podido distribuirse en provincias, y que ya no sabían de qué escribir o cómo escribir[148]. Periódicos como *La Correspondencia de España* o *Heraldo de Madrid* se quejaron amargamente de la censura, considerando que no tenía sentido el que se considerase "antipatriótico" todo lo que no fuese decir que las cosas iban bien[149]. La prensa conservadora se mostró mucho más favorable a una censura que además le afectaba menos[150]. Periódicos como *ABC*, *La Época*, *El Siglo futuro* o *La Lectura dominical* defendieron la medida alegando que era necesario evitar la alarma social y que la gente se hiciese una idea equivocada de un conflicto en el que las bajas eran inevitables[151]. Un ejemplo muy curioso de esta perspectiva nos lo ofrece *La Ilustración española* y americana, que se preguntaba qué hubiese pasado si los ingleses hubiesen tenido titulares como la muerte de Nelson, los barcos perdidos o las numerosas bajas en Trafalgar, respondiéndose que hubieran dado una impresión muy poco acertada de la batalla en la que ganaron "el imperio de los mares"[152].

En septiembre, como todo seguía igual, representantes de varios periódicos emitieron un manifiesto protestando por una situación a la que no se había llegado "en ningún país civilizado" [153]. Baldomero Argente, de *Nuevo Mundo* y unido a esa protesta, se quejaba de la censura que no solo afectaba a los textos, sino también a grabados y fotografías sobre la guerra, especialmente si descubrían "las tristezas y quebrantos inherentes a los combates". Él defendía su importancia e incluso su parte positiva:

> Temen los cautos que grabados y notas depriman el espíritu nacional. Todo lo contrario: lo exaltan: una lámina trágica, despierta la ira con más vigor que cien alocuciones. El dolor no deprime el espíritu, sino en los agotados; lo instintivo es la reacción contra el mal, y en facilitarla y acrecentarla la Prensa es un decisivo factor".

Además recordaba algo que no podemos olvidar al pensar en el impacto de la prensa: el hecho de que había muchísimos españoles a los que ni siquiera con la prensa llegaban las noticias. Afirmaba que había muchos campesinos desconocedores de quién

147 "Sangriento combate del viernes", en *ABC*, 25-VII-1909, p. 4.
148 "Otra denuncia, y van…" en *El País*, 26-VII-1909, p. 1.
149 Leopoldo Romero exponía que no tenía sentido haber criticado a la prensa por fomentar la Guerra de Cuba, y que ahora pareciese que el único patriotismo estaba en fomentar la guerra. Para Romero la prensa era patriótica si decía la verdad y predicaba la paz: ARAGÓN, J. de: "Patriotismo", en *La Correspondencia de España*, 27-VII-1909, p. 1. En Heraldo de Madrid se afirmaba que, después de comprobar la prensa de provincias "con unanimidad absoluta" protestaban todos los periódicos contra las medidas censoras. "La censura telegráfica", en *Heraldo de Madrid*, 27-VII-1909, p. 1
150 A principios de agosto *El Liberal* se quejaba amargamente de que ciertos periódicos podían ser críticos y no les pasaba nada, mientras que los del otro bando, en el que se incluían, permanecían "con la mordaza puesta", y señalaban que era algo que no se había visto en Europa en mucho tiempo: "La verdad y el patriotismo, en *El Liberal*, 5-VIII-1909, p. 1.
151 Vid. por ejemplo "Explotando la alarma", en *La Lectura dominical*, 31-VII-1909, p. 484.; "Graves enseñanzas", en *La Lectura dominical*, 7-VIII-1909, p. 499 (en el que se acusaba a la libertad de prensa de los incidentes en Barcelona); o "La suspensión de las garantías", en *El Siglo Futuro*, 29-VII-1909, p. 1.
152 FERNÁNDEZ BREMÓN, J.: "Crónica general", en *La Ilustración española y americana*, 30-VII-1909, p. 50.
153 "La prensa al país", en *El Imparcial*, 14-IX-1909, p. 1.

reinaba en España o de la existencia de la ciudad de Barcelona: "basta internarse en la sierra o descender en las capas sociales para comprobar tan inaudito alejamiento de la vida actual"[154].

El prestigioso abogado, político conservador y escritor Joaquín Sánchez de Toca realizó un interesante análisis sobre la censura, a la que se oponía, y el poder de la prensa en unas circunstancias tan complicadas:

> La Prensa es para todos estos efectos incomparable e insustituible instrumento de gobierno. Jamás se ha conocido en la historia poder tan formidable como éste para esa suprema función de gobernantes cifrada en la sagacidad y pericia de sacudir los estados pasivos de lo inconsciente y movilizar, en impulsos de opinión activa, las potencias del espíritu, encauzándolas y dirigiéndolas hacia determinada finalidad, pacífica o guerrera, interior o exterior, manejando gubernamentalmente sus creencias, inspiraciones y deseos, convenciéndolas y apasionándolas por una causa pública.

Para Sánchez de Toca, este instrumento tan poderoso estaba roto en manos del Gobierno por haber aplicado la censura, España tenía derecho a conocer la verdad y el silencio tenía más inconvenientes que virtudes[155].

En octubre, después de las victoriosas operaciones en Zeluán y el Gurugú el Gobierno levantó las limitaciones y las aguas volvieron a su cauce, pero las medidas tomadas fueron muy eficaces para controlar la información en la población, y sirvieron para evitar la sensación de que había tenido lugar un desastre, algo que podía haber tenido unos graves efectos en combinación con el descontento popular generalizado que derivaba del reclutamiento militar. De este modo, podemos afirmar que, aunque el tiempo iría cambiando la perspectiva y nacería la noción del "Desastre del Barranco del Lobo", en la memoria a corto plazo lo que más se impuso fue la idea de una operación sangrienta, pero que se insertó dentro de una campaña que terminó siendo victoriosa, y en la que se habían producido numerosas bajas, pero ninguna derrota.

Escritos de cronistas e intelectuales

En 1893, como vimos, se había consolidado la figura del corresponsal de guerra, cada vez más profesionalizada y que ya no era un viajero aventurero con motivaciones románticas, sino un periodista que sabía muy bien lo que esperaba de él el periódico que le pagaba. Además, en estrecha relación con la extensión del movimiento obrero y sus postulados, que fue decisiva en la fuerza que en 1909 cobró la oposición contra la guerra, aparecieron numerosos corresponsales que analizaron la campaña desde un punto de vista crítico. Y no hablamos solo de una crítica superficial a la guerra o al reclutamiento, sino de una crítica de fondo al sistema, al Ejército en su conjunto o a las ideas colonialistas fomentadas desde el poder. Aunque el ciclo de cronistas y literatos derivados de 1909 no pasó a la historia como lo haría el de 1921, porque no hay relatos comparables a los de Ramón Sender, José Díaz Fernández o Arturo Barea, sí tenemos una serie de obras cuyo realismo y crudo análisis prefigura lo que luego serán las obras con más crítica social del ciclo de Annual.

Entre los ejemplos más destacados podemos referirnos a autores como Eugenio Noel (pseudónimo de Eugenio Muñoz Díaz), Manuel Ciges Aparicio o Carmen de Burgos (que firmaba sus crónicas como Colombine), entre los que además encontramos ciertos

[154] "ARGENTE, B.: "La guerra y la prensa", en *Nuevo Mundo*, 16-IX-1909, p. 8.
[155] "Juicios de Sánchez de Toca", en *La Correspondencia de España*, 24-IX-1909

paralelismos. Todos ellos eran periodistas: Eugenio Noel escribía para *España Nueva*, Ciges Aparicio para *El Socialista* y Colombine para *Heraldo de Madrid*, y sus crónicas fueron posteriormente recopiladas en volúmenes. También coincidieron en el lamento por una censura de prensa que les impedía mostrar libremente sus impresiones, o en una crítica –aunque con distintos matices- a la campaña bélica, que desmitificaron mostrando sin reparo algunas de sus facetas más dolorosas y violentas, por ejemplo con escabrosas descripciones sobre las atrocidades sufridas por los caídos encontrados en el Barranco del Lobo[156]. Aunque esta crítica era a menudo contra la guerra en sí misma, en los tres autores predomina la atención a los problemas concretos de España que se reflejan en su Ejército o en la insistencia en continuar una guerra que resulta un gasto inútil de hombres y dinero. Más que un antimilitarismo lo que parece predominar es un afán regeneracionista de una patria que se considera enferma[157].

A Eugenio Noel, que había ido a Melilla como soldado voluntario, uno de sus artículos ("Cómo viven un marqués y un duque en campaña") le valió su ingreso durante más de un año en la cárcel Modelo por atentar contra el honor del Ejército[158]. Desde la cárcel continuó escribiendo crónicas, recopiladas en 1910 en un libro financiado por suscripción popular, con el título *Notas de un voluntario*[159]. Aunque Noel se enroló por iniciativa propia y algunas partes de sus notas destilan una considerable carga heroica[160], predomina claramente la crítica, ya sea al sinsentido de la guerra, al sufrimiento que ésta lleva llevaba aparejado o a la flagrante falta de medios del Ejército[161]. Carmen de Burgos, por su parte, está considerada como la primera mujer corresponsal de guerra en España[162]. Sus crónicas para el *Heraldo de Madrid* presentaban con frecuencia críticas a la censura, el triunfalismo, la poca importancia otorgada a las derrotas o la ocultación de las bajas[163]. En ocasiones parecía mostrar un claro antibelicismo: "Hace poco en la guerra de Melilla se decía que era antipatriótico combatir la campaña. ¿Acaso no eran más patrióticos los que se oponían a esa desdicha vergonzosa?"[164]; pero en otras éste quedaba diluido entre una exaltación heroica de la guerra, en la que Ana Zapata-Calle ha visto una fórmula de

[156] Vid por ejemplo NOEL: *Notas de un voluntario*, pp. 48-49.

[157] El anticolonialismo está ausente en los tres autores. El antimilitarismo es mayor en Ciges Aparicio, pero más que una oposición al Ejército en sí mismo la hay a su situación, problemas y actuaciones concretas. El antibelicismo sí es más marcado en los tres, aunque en ocasiones quede atemperado por un cierto heroísmo y exaltación, sobre todo en los escritos de Carmen de Burgos.

[158] Según Martínez Salazar estuvo inmerso en medio centenar de procesos militares: MARTÍNEZ SALAZAR: "Pero no, la guerra no es bonita", p. 118.

[159] NOEL: *Notas de un voluntario*. En 1912 el mismo autor publicó NOEL, E.: *Lo que vi en la guerra: diario de un soldado*, La Neotipia, Barcelona, 1912; una obra calificada por López Barranco como más colorista, aunque no exenta de una crítica que es más suave que la de su etapa anterior: LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 91.

[160] Especialmente el relato de la carga de caballería de Taxdirt, por el que López Barranco ha considerado relativo el antibelicismo de la obra, cuya crítica sería "más aparente que real": LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 219.

[161] En ocasiones incluso alude a militares que le pidieron que no recogiera algunas de las escenas de las que había sido testigo, como la caída de unos heridos de los mulos que los transportaban, cuyas lesiones se agravaron por ello, y un oficial le pidió que "por misericordia, no anotara eso". También es muy crítico con el armamento, con afirmaciones como "los cañoncitos nuestros, sobre mulos, debían estar ya en los museos de armas de guerra": NOEL.: *Notas de un voluntario*, pp. 37 y 208.

[162] CORREA RAMÓN, A.: "Los otros cronistas de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, p. 95.

[163] Para un interesante análisis de sus escritos sobre la guerra vid. ZAPLANA, E.: "Rewriting the Patria: War, Militarism and the Femenine Habitus in the Writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazan" en *Bulletin of Spanish Studies*, Volume LXXXII, Number 1, 2005.

[164] BURGOS, C. DE: ¡Guerra a la guerra", en *Al Balcón*, F. Sempere y Compañía, Valencia, 1913, p. 200.

lidiar con la censura más que una convicción[165]. Una buena muestra de la ausencia de un contundente antimilitarismo la dio un periódico muy favorable al Ejército como era *La Correspondencia Militar*, que pidió una cruz o una medalla para ella, destacando sus artículos por ser "hermosas páginas de sincero patriotismo, enaltecedoras del Ejército, de la Cruz Roja y del prestigio nacional"[166]. Finalmente, los artículos de Ciges Aparicio fueron recogidos en el volumen *Entre la paz y la guerra*[167], una obra muy completa, que se ha considerado uno de los mejores análisis sobre Marruecos de la época[168]. Está a medio camino entre la descripción y el ensayo, y su crítica se vierte contra la ineficacia española, los errores de su acción en Marruecos y diversos aspectos de la guerra. López Barranco ha considerado la obra como un compendio del pensamiento abandonista español y un anticipo del alto coste económico y de sufrimiento que Marruecos iba a generar en los años siguientes[169].

Las crónicas anteriores se caracterizan por dejar a un lado en muchas ocasiones la temática estrictamente militar, al prestar mucha atención a aspectos de la política, el reclutamiento, la inutilidad de la guerra, las desigualdades en el Ejército, etc. Pero también hubo crónicas mucho mas centradas en los aspectos militares, que resultan de menor interés por limitarse casi siempre a la narración acrítica y más o menos heroica de las diversas acciones bélicas protagonizadas por el Ejército español en la campaña, y tomando a menudo como referencia los informes oficiales y lo publicado en la prensa. Es el caso de *La campaña del Rif. Juicios de un testigo* (1910), de Fernando Urquijo (Curro Vargas), que había sido corresponsal de *El Globo* en Marruecos, y que defendió la heroica labor de los militares al tiempo que criticaba la pasividad del Gobierno[170]; *La campaña del Rif (1909): Orígenes, desarrollo y consecuencias*, de Eduardo Gallego Ramos; *Crónica de la Guerra de África en 1909*, de Manuel del Corral Caballé, que dedicaba gran cantidad de páginas a recorrer la trayectoria de las diferentes conquistas españolas en África desde los Reyes Católicos, incluyendo varios capítulos dedicados a la Guerra de África; o *España en Marruecos: Crónica de la Campaña de 1909*, de Augusto Riera[171]. Esta última debió registrar un considerable éxito pues en 1910 iba por la tercera edición y en 1913 había alcanzado la octava[172].

---

[165] ZAPATA-CALLE, A.: "*En la guerra* de Carmen de Burgos: Crítica del proceso de nacionalización e imperialismo español en Marruecos", en *Decimonónica* vol. 8 nº 2, verano de 2011, p. 95. El antibelicismo de Colombine ha sido objeto de controversia. Carrasco González sostiene que sí existe en sus crónicas, aunque no está presente en su novela posterior, *En la guerra*: CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 83., López Barranco, aún teniendo en cuenta diversos aspectos de su crítica, no la llega a considerar antibelicista: LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 74.

[166] "Recompensa debida", en *La Correspondencia Militar*, 17-VIII-1910, p. 1

[167] CIGES APARICIO, M.: *Entre la paz y la guerra*, Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1912.

[168] BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 346.

[169] LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 221.

[170] Esta pasividad muchas veces provocaba que se echaran a perder los logros del Ejército. Por otro lado su crónica incluye diversas ideas típicas del pensamiento africanista, y su apuesta por la colonización de Marruecos era clara, incidiendo en las virtudes agrícolas y mineras del Rif: URQUIJO, F. DE: *La campaña del Rif en 1909. Juicios de un testigo*, Libería de Pueyo, Madrid, 1910, p. 33 y p. 211.

[171] VARGAS, C.: *La campaña del Rif en 1909: juicios de un testigo*, Pueyo, Madrid, 1910; GALLEGO RAMOS, E.: *La campaña del Rif (1909): orígenes, desarrollo y consecuencias*, Imp. A. Marzo, Madrid, 1909; CORRAL CABALLÉ, M. DEL: *Crónica de la guerra de África en 1909*, Imprenta Atlas Geográfico, Barcelona, 1910; RIERA, A.: *España en Marruecos: Crónica de la campaña de 1909*, Maucci, Barcelona, 1909.

[172] Se trata de una crónica muy extensa (más de 500 páginas) y con un excelente material visual (sobre todo fotografías), pero el texto está plagado de narraciones con movimientos de tropas, combates, sucesos… con un estilo plano y digno de los partes oficiales en los que en buena medida se basaba, de los que también compartía sus apreciaciones de "rasgos heroicos", "retiradas brillantes", "notas patrióticas" o "soldados heroicos". También incorporaba artículos periodísticos e incluso poemas de otros autores.

Otro tipo de crónicas, no menos interesantes pero mucho más difíciles de rastrear, son las que los propios soldados, en absoluto profesionales de la comunicación, podían enviar a sus familiares o amigos. Estas crónicas tendrían un gran impacto entre los receptores, por recibir un testimonio directo y de confianza, pero la cantidad de potenciales lectores sería limitadísima, si bien es cierto que fueron enviadas por millares. Además, aunque estos "cronistas" tuviesen una inmejorable percepción de los hechos desde dentro, ello no quiere decir que plasmasen con total sinceridad sus opiniones. Por ejemplo, el deseo de no preocupar a los familiares podía llevar a ofrecer una perspectiva más optimista de la que realmente se tenía, o a eludir relatar determinados aspectos negativos; las ganas de destacar podían llevar a exagerar las propias acciones; o el miedo a que algún oficial leyese las cartas podía hacer desaparecer las críticas al Ejército que en un relato sincero se verterían. Es por ello que la correspondencia particular es también una fuente que, como al fin y al cabo todas las que estamos empleando, el historiador debe emplear teniendo presentes ciertas prevenciones[173].

La comunicación postal entre Marruecos y la península era mucho más sencilla y barata de lo que había sido en la Guerra de Cuba, por lo que los soldados hicieron un uso mucho más intenso del correo. La imagen del recluta escribiendo a su familia se popularizó además como una estampa típica y apacible de la campaña, apareciendo con frecuencia en periódicos y semanarios ilustrados. La portada de *ABC* del 30 de agosto de 1909 fue un claro ejemplo, con una fotografía de un soldado escribiendo una carta, cuyo pie era el siguiente:

> La constante comunicación por correo con la familia y con la novia es lo que más endulza las fatigas de la campaña para el soldado español. El papel y el lápiz resultan para él artículo de primera necesidad, y en cuanto a escritorio, cualquier cosa es buena: una caja de municiones, la mochila, una peña del campamento, todo les sirve para apoyo sobre el cual trazan las «cortas líneas» que las más de las veces empiezan: «Queridos padres…»[174]

Este interés por el simple correo del soldado no solo se manifiesta en la fotografía, sino que también se intentan trasladar crónicas de este estilo a los periódicos, por considerarlas especialmente genuinas. Aunque en la prensa madrileña a veces aparecen referencias a la información que algún soldado envió por carta, es en la prensa local de provincias donde encontramos un mayor interés por recoger estos testimonios. Un ejemplo magnífico nos lo ofrece el compostelano *Gaceta de Galicia*, en el que se convirtieron en habituales las cartas de soldados cedidas por los destinatarios para su publicación. En el periódico afirmaban copiar literalmente los textos, algo que resulta muy creíble por las constantes faltas ortográficas, problemas de expresión y combinación de los idiomas gallego y castellano. Además, su contenido suele alejarse de los típicos relatos de valor y heroísmo pues, aunque tampoco acostumbran a reflejar lo más duro de la guerra, abundan las descripciones costumbristas y de las duras condiciones o el hastío de la vida en campaña. El siguiente fragmento pertenece a uno de estos relatos, enviado por dos soldados del batallón de Ceriñola a un oficial de Tui al que apreciaban mucho:

> Sabrá que yo estoy de acemilero y Benito en la compañía, pero nos juntamos para escribirle esta carta […] Aquí las moscas fatigan bastante a la gente y el polvo en los campamentos y también hay muchos corvos [cuervos] estamos frente al Gurugú y le

[173] NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: "Cartas sen resposta? A fonte epistolar e algún desafíos da historiografía das migracións ibéricas", en ID. Y GONZÁLEZ LOPO, D. L.: *Amarras de tinta*, CCG, Santiago de Compostela, 2011, pp. 25-29.
[174] *ABC*, 30-VIII-1909, p. 1.

> hacen bastantes descargas de artillería a los moros que están en las cañadas pero no se aproximan, que tan pronto como los ven luego le hacemos descarga y ellos luego se esconden otra vez, pero le andamos arrodeando el Gurugú para que no le entre víveres ni municiones, pues a nosotros nos causa gracia los moros que andan con un hábito blanco que parecen Frades [frailes] y la cabeza atada con un pañuelo blanco de manera que se distinguen bien de nosotros"[175].

Las molestias por los insectos son tan recurrentes en estas cartas como poco habituales en las crónicas periodísticas y libros de la campaña. El cabo Luis Noval, cuya correspondencia adquirió relevancia por su posterior fama, escribía a su hermana Olvido cuando aún era un desconocido:

> Olvido estamos en el campamento muy divertidos solo nos faltava que se marcharan una plaga de mosquitos que nos estan abrasando y no nos dejan comer y nos dieran agua pues ya llevamos treinta horas y nada mas emos vevido un vaso de agua y sin más por hoy no te digo más y se despide de ti este tu hermano que te quiere[176].

En otra carta de la semana siguiente incluso había desparecido ese cierto optimismo del "estamos muy divertidos", y las palabras de Noval ya manifestaban sin ambages lo dura que le estaba resultando la campaña y las nefastas condiciones en las que tenían que desempeñar su labor:

> Sali sin novedad pero si con un poco de hambre y sed, solo te digo que salimos del campamento con dos chorizos y cinco galletas mas duras que las piedras asi que en estos tres dias que hace que salimos del campamento solo nos han dado dos ranchos y tres vasos de agua y ademas nos hacen trabajar todo el día como si fuéramos de hierro y no solo eso sino que ademas tenemos que hacer guardia de noche…[177]

Sin duda la perspectiva de estos genuinos relatos supone un complemento magnífico a las típicas crónicas periodísticas, que muchas veces solo se interesan por los combates o por relatos amarillistas cuyo principal objetivo era captar la atención del lector, y no la descripción sincera de sensaciones de un soldado que parece desprenderse de estas cartas.

Pasando a autores más destacados, y dada la importancia que el tema de Marruecos adquirió con los sucesos de 1909, es fácil de entender que muchos de los principales escritores de la España de la época se ocupasen del conflicto de alguna forma[178], aunque no todos demostraron tener un profundo conocimiento sobre el tema[179]. Aunque su autoridad en círculos intelectuales era grande, en la prensa sus opiniones solían ser una más entre muchas, por lo que su capacidad de influencia quedaba bastante limitada. Solo unos pocos autores eran capaces de ver cómo sus valoraciones se

[175] GONZÁLEZ, A. y FERNÁNDEZ, B., en *Gaceta de Santiago*, 29-IX-1909, p. 1.
[176] La carta está fechada el 15 de septiembre de 1909. Cit. en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 106.
[177] Fechada el 22 de septiembre de 1909. Cit. en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 113.
[178] Sobre la intelectualidad española y las campañas de Marruecos Vid. IGLESIAS AMORÍN, A.: "Los intelectuales españoles y la Guerra del Rif (1909-1927)", en *Revista Universitaria de Historia Militar*, nº 5 vol. 3, 2014, pp. 59-77.
[179] Bernabé López García ha distinguido entre el grupo de los expertos en la realidad marroquí, que trataban de profundizar en su conocimiento físico y humano, y los "polemistas", que pese a su menor conocimiento del tema escribían para dar su opinión, y entre ellos estuvieron varios de los intelectuales más influyentes: LÓPEZ GARCÍA, B.: "La ciencia como instrumento de la acción colonial en Marruecos. Contextos y polémicas", en FELIPE, H. DE; LÓPEZ OCÓN, L. y MARÍN, M. (Eds.): *Ángel Cabrera: Ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, CSIC, Madrid, 2004, p. 20.

reproducían en una alta proporción de periódicos, y fueron los de que de verdad pudieron ejercer de guías de la opinión pública[180]. Fue el caso de Joaquín Costa, cuyo prestigio seguía siendo enorme, por lo que sus escritos generaban bastante expectación. Pero Costa había cambiado mucho sus ideas respecto a las que habíamos visto para finales del XIX, y su anterior optimismo respecto a los asuntos de Marruecos había dejado paso a una apatía que le llevaba a preconizar el abandono y a rechazar la guerra:

> Hace 20 años aún era tiempo de pensar en Marruecos; pero me dejaron solo; me hicieron fracasar […] lo mejor que ahora podríamos hacer es abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle[181].

Tuvo especial repercusión una carta suya publicada el 4 de octubre de 1909 por el periódico *España Nueva*, en la que mostró su oposición a la campaña y acusó directamente al presidente Maura, con un tono muy virulento por el que se abrió un proceso judicial contra él y fueron denunciados varios de los periódicos que habían publicado la carta[182].

El escritor que más obras vendía en la España de entonces y sin duda uno de los más reputados, Pérez Galdós, también se caracterizó por su oposición a la guerra en Marruecos, matizada por un convencido nacionalismo español. No obstante, aunque no ocultase una cierta admiración por el Ejército español, su oposición a los planes de ocupación de Marruecos fue manifiesta, como se desprende de sus colaboraciones en *El Motín*. En octubre de 1909 calificaba la guerra de Marruecos como "una campaña infecunda de vanagloria en las tinieblas", pedía que toda la nación interviniese para obligar al Gobierno a actuar con buen juicio y poner fin tanto al conflicto de Marruecos como a la censura y la represión por motivos ideológicos[183]. Las apelaciones de Galdós a la unidad social tenían objetivos regeneracionistas, pero a pesar del respeto que en general se había ganado por su obra, su actitud contra la guerra fue duramente criticada por los medios conservadores[184]. También participó del rechazo al conflicto otra de las grandes figuras de la intelectualidad española de su tiempo, el filósofo Ortega y Gasset, que en general había apostado por la conveniencia de una relación pacífica con Marruecos, que se centrase en la cooperación económica, comercial y cultural, pero rechazando la ocupación de su territorio y, por supuesto, también la guerra.

Entre escritores con un pensamiento más conservador aparecen también nombres relevantes que sí defendieron la acción de España en Marruecos y trataron de justificar la guerra, siendo ese el caso de Jacinto Benavente, que consideraba natural la acción colonialista, aún cuando ésta llevaba aparejada la necesidad de un conflicto bélico. Además, este autor se apoyaba en la tradición imperialista que apelaba a la conquista de África preconizada por Isabel la Católica como una obligación moral del país[185]. Similares planteamientos demostró José Martínez Ruiz, "Azorín", a través de artículos

[180] Para la hispanista Andreè Bachoud, sobre la cuestión de Marruecos los escritores no guiaron a la opinión, sino que más bien fueron un reflejo de ella: BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 362.

[181] Cit. en GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 199.

[182] *El Liberal*, *El País*, *El Correo* y *España Nueva* fueron los más destacados. El tono de la misiva queda patente en el fragmento que sobre Antonio Maura decía: "Pues ya está juzgado. Él se ha condenado a sí mismo. En los fosos de Montjuich hace falta gente": "La guerra y el Gobierno. Juicios de Don Joaquín Costa", en *El País*, 5-X-1909, p. 1.

[183] PÉREZ GALDÓS, B.: "Al pueblo español, en *El Motín*, 14-X-1909, p. 1.

[184] Vid. por ejemplo "El último episodio de Galdós", en *La Época*, 27-IX-1909, p. 1, en el que se señalaban los daños que los "desbordes de su imaginación" podían producir "en el buen sentido de las gentes".

[185] BENAVENTE, J.: "De sobremesa", en *El Imparcial*, 4-X-1909, p. 3.

como el que publicó *ABC* en agosto y en el que defendía que no había más derecho que la fuerza y concluía que "Estamos en tiempos de guerra, nada hay más alto, más supremo, que la fuerza. Seamos fuertes. Brillen las espadas y retumbe largamente el cañón"[186].

La campaña de 1909 en la literatura

Desde el gran ciclo literario que derivó de la Guerra de África, el norte de Marruecos apenas fue utilizado para ambientar historias de ficción por los escritores españoles. Ya pudimos comprobar cómo en 1893, pese a la proliferación de crónicas, la novelística no prestó ninguna atención a la campaña marroquí. Después de medio siglo desde la Guerra de África, 1909 sí supuso un punto de inflexión a partir del cual numerosos autores volvieron a elegir el norte de África como escenario para sus relatos, una tendencia que continuó durante décadas.

La presencia de cada vez más españoles en territorio marroquí se notó en la literatura, pues aunque hablemos de obras de ficción, se percibe en ellas una mayor riqueza relacionada con el conocimiento directo de la realidad retratada. Así sucedió por ejemplo con las relatos breves *La carga de Taxdirt* (1914) y *Bu Suifa (copo de nieve)* (1914)[187], del médico y periodista Víctor Ruíz Albéniz, que había sido contratado en 1908 para ejercer de doctor en las minas de Beni Bu Ifrur, pero como éstas todavía no estaban en explotación recorrió la zona como médico rural, ganándose el respeto de los nativos, que lo conocieron como El Tebib Arrumi (el médico cristiano)[188]. Lo mismo sucedió con la ya aludida periodista Carmen de Burgos, autora de *En la guerra* (1909)[189]; o con Leopoldo Bejarano, que también habían sido corresponsal de guerra y escribió *Episodios de las guerras de África contados por mi caballo* (1913)[190]. No obstante, estos autores habían estado mucho más limitados al entorno de Melilla, por lo que su conocimiento de la sociedad rifeña no era comparable al de Ruíz Albéniz[191].

Pese a la presencia de la guerra como telón de fondo, la mayor parte de estos relatos no se centraban solo en ella, y abrían sus perspectivas hacia otros temas, como la sociedad rifeña, la acción española al margen de lo militar, aspectos más costumbristas o tramas románticas. No fue este el caso de *La carga de Taxdirt*, que sí se centraba en un episodio bélico, concretamente la famosa carga de caballería del teniente coronel Cavalcanti y su batallón de Cataluña, que tomaron una loma desde la que el enemigo dominaba el terreno. Se trata de un relato belicista que da mucha importancia a temáticas

[186] AZORÍN: "La fuerza", en *ABC*, 3-VIII-1909, pp. 13-14.
[187] RUÍZ ALBÉNIZ, V.: "La Carga de Taxdirt", en *El Libro Popular*, número 7, Madrid, 1914, pp. 171-198. RUÍZ ALBÉNIZ, V.: "Bu-Suifa (copo de nieve): costumbres del Rif y episodios de la guerra del nueve", en *El Libro Popular*, número 9, Madrid, 1914, pp. 627-651.
[188] Además de sus obras noveladas, Ruíz Albéniz escribió ensayos en los que mostraba sus conocimientos de la región, como *España en el Rif* o *El Rif (Estudio de un español en el Norte Africano)*. En estas obras mostraba la importancia que le daba a la cuestión de Marruecos para el porvenir de España. Ruíz Albéniz fue uno de los autores que trató de invertir la idea de que el tema de Marruecos no interesaba a la opinión pública. Profesó ideas claramente colonialistas, pero fue muy crítico con la torpeza y corrupción de la administración española, a la que consideraría culpable de la costosa presencia de España en Marruecos. Vid. RIBEIRO DE MENESES, F.: "Popularizing Africanism: The Career of Víctor Ruíz Albéniz, El Tebib Arrumi", en *Journal of Iberian and Latin American Studies* Vol 11 No 1, abril de 2005, p. 39.
[189] BURGOS, C. DE.: *En la guerra: (episodio de Melilla)*, en El Cuento Semanal, Madrid, 1909.
[190] BEJARANO, L.: *Episodios de las guerras de África contados por mi caballo*, El Libro Popular, Madrid, 1913.
[191] CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 83.

como el honor y la hombría[192], y que recuerda a algunas narraciones de hazañas de la Guerra de África.

No obstante, una de las características novedosas de la época es que hay muchos más intentos por aproximarse a la realidad de los marroquíes, siguiendo la estela de lo que había hecho Galdós en *Aita Tettauen*. Un claro ejemplo es el de Ruíz Albéniz en *Bu-Suifa*, un relato ambientado en el Rif oriental en la época de El Rogui, y en el que la sociedad rifeña se convierte en uno de los temas fundamentales, aunque por lo general es analizada de un modo bastante crítico[193]. Por tanto, pese a que la visión sea desde dentro, no rompe con los tradicionales tópicos y prejuicios, que seguían, en mayor o menor medida, presentes en todas las obras de la época. *En la guerra* es uno de los relatos analizados en los que esta concepción negativa está más presente, especialmente cuando la autora señala lo que los rifeños habían hecho con los cadáveres encontrados en el Barranco del Lobo:

> Todos presentaban bárbaras mutilaciones: las cabezas machacadas con piedras, las sienes atravesadas con palos; saltados a punto de gumía los ojos, los cuerpos, abiertos, rellenos de piedras y los brazos y las piernas cortados. No contentos con todo esto, los cadáveres aparecían quemados[194]

La principal excepción al típico maniqueísmo de estos relatos la encontramos en *Un sol bárbaro, muere* (1911)[195], del dramaturgo y escritor Luis Antón del Olmet. Esta novela breve presenta un protagonista rifeño, capturado y encarcelado en Melilla tras el Barranco del Lobo, pero que se sorprende del buen trato español, por lo que termina entrando en la Policía indígena. No obstante, arrepentido por haber traicionado a los suyos, volverá a cambiar de bando. La obra destaca por la trabajada mentalidad del protagonista y por su alto contenido violento, pero en este caso la violencia no solo define a los rifeños, sino también a los españoles, con escenas como soldados que se disputan la violación de una rifeña o los daños a los civiles en los poblados, que componen una visión poco habitual en un escritor español[196].

Aunque las referencias a la violencia gratuita ejercida por los soldados españoles fuesen muy escasas en la narrativa, sí era normal cuestionar diversos aspectos de la acción en Marruecos. En *Bu-Suifa*, Ruíz Albéniz daba a entender que con El Rogui la paz en la zona estaba asegurada, argumento bajo el cual subyace una crítica a la actuación española por no haber pactado con él[197]. Carmen de Burgos, pese a una cierta exaltación patriótica y sus elogios al Ejército, introducía la crítica a través de la concepción dolorosa y terrible de una guerra innecesaria, pues consideraba que una vida valía más que todas las conquistas. También posee una dura crítica de fondo *Episodios de las guerras de África contados por mi caballo*, pues su trama se vertebra a raíz de un caballo comprado por un periodista, que resulta ser nada menos que Babieca, la montura del Cid, y que contará a su nuevo dueño un par de historias antes de morir: una sobre la guerra de 1859 y otra sobre la de 1909, que sirven al autor para contrastar la grandeza pasada con la humillación presente, pues ante la pasividad y falta de espíritu demostrados, los *moros* han perdido el

---

192 LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 82. En opinión de Vargas González, resulta muy veraz: VARGAS GONZÁLEZ, A.: *La Guerra de Marruecos en la literatura*, Algazara, Madrid, 2001, p. 31.

193 CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 87.

194 BURGOS, C. DE.: *En la guerra: (episodio de Melilla)*, en El Cuento Semanal, Madrid, 1909.

195 OLMET, L. A. DEL.: *Un sol bárbaro, muere*, Los Contemporáneos, Madrid, 1911.

196 López Barranco ha definido la obra como un "rico y certero retrato colectivo en el que tal vez solo sobren algunas excesivas alabanzas a la oficialidad española, deudoras del momento o de la ideología": LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 196.

197 LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 208.

respeto a España. La Guerra de África, por su parte, aparece presentada con todos los tópicos que hacían de aquella campaña una hazaña nacional incuestionable.

Casi todos estos relatos muestran un punto de vista absolutamente masculinizado, como era normal en la literatura bélica de la época. La excepción la pone Carmen de Burgos[198], precisamente la única autora, pues su novela está protagonizada por una mujer occidental, esposa de un comandante destinado a Melilla, y analiza la actitud de ésta ante una sociedad que le es ajena[199]. Además de la historia amorosa, en esta novela se presentan descripciones de gentes y lugares de Melilla, y una interesante perspectiva de cómo la guerra y sus novedades se percibían desde la plaza española.

Las novelas de estos años ambientadas en la guerra de 1909 no son muy numerosas, pero suponen la recuperación con fuerza del tema norteafricano en la literatura, muy en relación con el Ejército. En los años siguientes las tropas españolas estuvieron en actividad casi constante, con una sucesión de conflictos de los que nos ocuparemos en el apartado siguiente, por lo que constantemente surgieron nuevos escenarios que poder emplear como telón de fondo para historias de ficción, y el tema marroquí va a dar lugar a casi un género propio muy prolífico durante años, y que contribuirá a difundir unas determinadas visiones acerca de la realidad del territorio que España trataba de convertir en su Protectorado, así como de la presencia en él de los soldados españoles.

La recuperación con cierta intensidad del tema para la novelística no fue paralela a su recuperación en la poesía. Al igual que lo ya comentado para 1893, no existió nada comparable a los largos romanceros, los certámenes de poesía o las obras de famosos poetas entregados a la causa de la guerra de 1859-1860. Por ello, en lo relativo a la lírica, las composiciones redactadas a vuelapluma y de calidad más que dudosa convivieron con las tradicionales coplas populares, que sí adquirieron mucha fuerza por el impacto de la campaña, reflejando un sentir del pueblo muy diferente al que podía existir en 1859. Así, las coplillas de la necesaria exaltación militarista y patriótica promocionada desde arriba convivían con otras de tono muy diferente, claramente opuestas a la guerra y que destacaban sus aspectos más escabrosos. Es el caso de una canción popular, que todavía hoy se recuerda[200], y que dice así:

> En el Barranco del Lobo
> hay una fuente que mana
> sangre de los españoles
> que murieron por España
> pobrecitas madres
> cuanto sufrirán
> al ver que sus hijos
> a la guerra van[201].

Este tipo de composiciones contribuyeron a que el nombre del barranco se convirtiese en un verdadero símbolo del sacrificio de soldados españoles en suelo marroquí, y su difusión entre las capas populares demuestra lo famoso que llegó a este desgraciado episodio en la España de entonces. Otro elemento típico de estas coplillas más críticas fue el de tachar la guerra de injusta, acusando de la misma a los intereses

198 Vid. ZAPLANA: "Rewriting the Patria".
199 VARGAS.: *La Guerra de Marruecos en la literatura*, p. 30.
200 Actualmente es fácil encontrarla con música en diversos discos recopilatorios de canciones populares. Especialmente difundida ha sido una versión del cantautor Francisco Curto.
201 Cit. en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 77.

particulares que había detrás, por lo que figuras como el conde de Romanones fueron objeto preferente de estas composiciones:

> Los obreros de la mina
> están muriendo a montones
> para defender las minas
> del Conde de Romanones
> que luego los asesina[202].

Estos versos eran de contenido claramente opuesto a la contienda y críticos con los que la promovieron, algo que no hemos localizado para los conflictos anteriores, pero siguieron realizándose poemas caracterizados por la exaltación patriótica. En general banalizaban bastante la guerra, dándole un aire de alegría y regocijo, algo normal si se tiene en cuenta que en muchos casos se querían hacer populares entre los niños, a los que se trataba de habituar a la guerra, mostrándosela como algo natural:

> Ni me lavo ni me peino
> ni me pongo el lazo azul
> hasta que venga mi novio
> de tomar el Gurugú[203].

Como no podía ser de otra forma, el valor y el coraje de los soldados españoles era un elemento tan común en estas producciones populares como la maldad y carácter implacable del enemigo rifeño, contribuyendo una vez más a la idea del "moro malo", y omitiendo completamente al "moro amigo", pese a que por ejemplo en los periódicos éste último era una presencia habitual. El general Marina, en su Orden General de Salutación de tropas, del 15 de agosto de 1909, afirmaba: "la imaginación impresionable de nuestras clases populares ha forjado fantásticas leyendas acerca de las condiciones que reúne el enemigo a quien hemos de combatir"[204]. A buen seguro muchas de estas leyendas se difundieron a través de historias y coplillas de transmisión oral.

También podemos constatar la existencia de una poesía más culta, aunque su impacto fue escaso y apenas quedó para la posteridad por su difusión o su éxito de crítica. No obstante, podemos referirnos a alguna contribución al respecto entre los poetas más destacados de su tiempo, como la de José Echegaray, que dedicó un poema a la campaña recogido por Augusto Riera en su crónica. Se trata de una poesía que justifica la necesidad de España de actuar para salvar su honor, muy crítica con los rifeños, a los que califica de "salvajes de ira ciegos" o "turbas feroces", y de una fuerte exaltación guerrera y patriótica, como evidencian sus últimas estrofas:

> Hoy nuestro ejército brilla
> en la bárbara campaña:
> ¡hinchó sus venas España;
> el los desangra en Melilla!
>
> Campo rojo del horror,
> tierra del viejo alquicel,

[202] Cit. en MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 65.
[203] Cit. en LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 39. No obstante, de esta estrofa existen diferentes versiones con leves variaciones.
[204] GARCÍA FIGUERAS, T.: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomo 2, CSIC, Madrid, 1966, p. 324.

en que se empapa el laurel
con la sangre del honor,

en la tempestad deshecha
de sangre, de plomo y fuego,
¡ya te dio bastante riego,
no le niegues la cosecha!

Quizá en África al abrir
cien surcos ensangrentados
preparan nuestros soldados
semillas de porvenir[205].

En los periódicos fue habitual la presencia de diversos poemas, la mayoría de los cuales apostaban por la tradicional exaltación patriótica, la demonización del enemigo o el amor, éstos últimos referidos sobre todo a mensajes de soldados a sus mujeres o viceversa. Cultivando este tipo de poesía pensada para los periódicos nos encontramos algún nombre relativamente conocido, como el del poeta Mariano Miguel del Val, autor de un *Romancero de la guerra* publicado en *Heraldo de Madrid*. En su prólogo ya dejaba claro el tono de exaltación que pretendía dar a su trabajo:

Venid; atención prestadme
y yo, lo mejor que pueda,
os relataré los triunfos
que alcance nuestra bandera[206].

El resto de versos de su romancero están plagados de tópicos, que inciden en una caracterización salvaje de los rifeños, para los que se usan apelativos como "manadas de fieras" o "fanáticos santones", mientras que del otro lado el soldado español es ensalzado por su valor, heroísmo y otras virtudes. En un tono más desenfadado, Eduardo de Aldecoa publicaba *Desde el campamento*, un largo poema que nos recuerda a los que se prodigaban en las publicaciones satíricas respecto a la campaña de 1893. Aspectos como el arrojo de los *moros*, el mal carácter de un cabo español, el temido Gurugú o un duro combate son algunos de los elementos principales de una serie de rimas con sentido del humor pero muy escasa calidad y sin mayores pretensiones, como demuestra su inicio:

Mi idolatrada Dominga
mi sueño, mi afán, mi amor,
desde la propia Restinga,
y con vistas a Nador,
te escribo gentil gacela,
con el fusil preparao,
estando de centinela
en el segundo blocao[207].

También se compusieron diversos poemas para recibir a los soldados que retornaban, especialmente entre diciembre de 1909 y enero de 1910, entre los que podemos destacar el florido "La vuelta de la brigada", de Francisco de Iracheta. El poeta

[205] ECHEGARAY, J. DE. Cit. en RIERA: *España en Marruecos*, pp. 98-101.
[206] VAL, M. M. DE: "Romancero de la guerra. El Prólogo", en *Heraldo de Madrid*, 13-VIII-1909, p. 1.
[207] ALDECOA, E. DE: "Desde el campamento", en *Nuevo Mundo*, 16-IX-1909, p. 8.

y dramaturgo lloraba las muertes de Pintos, Ibáñez Marín y Melgar, oficiales fallecidos en el Barranco del Lobo a los que dedicaba grandes elogios; destacaba algunas de las hazañas africanas de las unidades que llegaban a Madrid y exaltaba de varias formas la patria y el Ejército[208].

El principal héroe de la campaña, el cabo Noval, cuya imagen analizaremos luego con más detalle, ocupó un lugar privilegiado en la producción artística y literaria sobre la guerra. Entre los diferentes poemas que se le tributaron destaca especialmente el del poeta y escritor asturiano León Castillo (pseudónimo de Florentino Pérez Sánchez). Está plagado de referencias historicistas a Asturias –en su mayoría relacionadas con la Reconquista-, un estilo romántico y una visión peyorativa del *moro*, aspectos dignos de los romances de la Guerra de África. El enemigo es "la canalla", cruel y traicionera, mientras España es la nación gloriosa llena de hijos valerosos dispuestos a dar su vida por ella, en la que un pueblo unido solo piensa en lavar la afrenta al honor.

> Es la guerra de Melilla
> por los moros provocada,
> tan sangrienta y empeñada
> que ya toda España chilla,
> grita, clama, se enfurece,
> contra el enemigo odioso […]
> Es que el pueblo, ante el ultraje
> del fanático africano
> todo plazo halla lejano
> para luchar con coraje[209].

La exaltación del cabo Noval también alcanzó al teatro, con varios dramas que se representaron sobre su *hazaña*, como *El Cabo Noval*[210], de Julio Sánchez Godínez; *El Cabo Noval: episodio trágico de la guerra de Melilla*[211], de Francisco Jiménez Campaña; y *El Cabo Noval*[212], de Tomás G. Perrín, éste último de autor mexicano y que se estrenó en dicho país. Todas ellas se caracterizan por recoger los múltiples estereotipos relativos al cruel, salvaje, fanático, traicionero y despiadado enemigo; así como a un Ejército español donde "todos son héroes"[213], honorables y valerosos. La figura de Noval era glorificada hasta el extremo, y se inventaron sin reparos detalles sobre su personalidad o lo que le sucedió en sus últimas horas de vida, difundiéndose imágenes totalmente irreales de los hechos. Por ejemplo, en la obra de Jiménez Campaña la historia comenzaba en Oviedo, donde Noval se mostraba entusiasmado ante la posibilidad de ir a luchar en el Marruecos: "¿Y habrá quien viva tranquilo, siendo soldado, en Oviedo, mientras mueren en el Rif paisanos y compañeros?"[214], una actitud que, como más adelante veremos, no se parece en nada a la que demostraba en las cartas a su familia. Otro ejemplo es que en

[208] IRACHETA Y MASCORT, F. DE: "La vuelta de la brigada", en *La Correspondencia de España*, 22-I-1910, p. 1.
[209] Cit. en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 129.
[210] Fue estrenado el 22 de enero de 1910 en el Teatro Real de Madrid, con el actor Felipe Calleja como el cabo Noval. SÁNCHEZ GODÍNEZ; J.: *El Cabo Noval: drama histórico, dividido en tres cuadros, en prosa*, Sociedad de autores españoles, Madrid, 1910.
[211] JIMÉNEZ CAMPAÑA, F.: *El Cabo Noval: episodio trágico de la guerra de Melilla: ensayo dramático en dos actos y en verso*, Imprenta de G. López de Horno, Madrid, 1911.
[212] PERRÍN, T. G.: *El Cabo Noval, episodio histórico en un prólogo y un acto, dividido en dos cuadros, escrito en verso*, Editorial de Eusebio Gómez de la Puente, México, 1910.
[213] Ibídem, p. 14.
[214] JIMÉNEZ: *El Cabo Noval*, p. 12.

los tres dramas Noval era capturado por los *moros*, algo que nunca sucedió[215], y se recogían varios diálogos con sus captores, con los que el cabo aceptaba colaborar para luego traicionarlos por España, perdiendo así la vida junto a ellos. Las versiones del momento cumbre, sus últimos momentos de vida, presentaban ligeras diferencias, aunque todas coincidían en la exaltación épica. En la obra de Sánchez Godínez sus últimas frases eran: "¡España!... ¡Soldados, soy el cabo Noval! ¡Tirad hacia aquí! ¡Tirad bien que vienen muchos moros detrás!" y antes de morir gritaba "¡Viva España" además de dar las gracias a las "benditas balas" que le dan la muerte, pero le permiten morir vengado[216]. Por su parte, en la de Jiménez Campaña caía gritando "¡Compañeros! Moros son y traicioneros ¡Fuego al punto! y Viva España"[217].

En general el teatro que podemos considerar como "patriótico" perdió bastante peso en los inicios del siglo XX. Como ha señalado Sandie Holguin, la derrota del 98 llevó a un importante declive de la zarzuela, que a la altura de 1909 ya no ocupaba un lugar tan destacado en la cultura de masas[218], aunque las representaciones en los teatros seguían siendo frecuentes. Este aspecto, sumado a la aparición del cine como un espectáculo más barato y de más fácil acceso para las clases populares, llevó a una escasez de éxitos teatrales centrados en la campaña española.

En la música, la toma del Gurugú fue sin duda el hecho que generó más composiciones, y aparecieron múltiples marchas y pasodobles de títulos genéricos que exaltaban el hecho, como la música para banda *¡La toma del Gurugú o Glorias de España!*, de Ángel Peñalva Téllez; o la marcha *La toma del Gurugú* de Pascual Marquina[219].

La definitiva consolidación de la fotografía como referente visual

Si la de 1859 había sido una guerra de pintores y en la de 1893 fotógrafos y pintores (o más bien dibujantes) se repartieron la labor de proporcionar referencias visuales a la población española, en 1909 asistimos a un definitivo afianzamiento de la fotografía como el modo de transmitir por medio de la imagen lo que estaba sucediendo en territorio africano. La evolución técnica hacía ya muy fácil y rápido tomar capturas, y ahora cualquier corresponsal podía ser también fotógrafo, pues no se requerían unos equipos muy complejos o una gran profesionalización. Ello no quita, obviamente, que hubiese fotógrafos profesionales cubriendo la campaña, que contaban con mejores equipos y podían obtener imágenes de mayor calidad. Los dibujos y grabados siguieron siendo comunes, pero sobre todo para aquello para lo que no había fotografías, así como para los mapas. El medio fundamental para difusión de imágenes siguió siendo con mucha diferencia la prensa, aunque también era habitual que las fotografías se colgasen en lugares públicos donde podían ser vistas por los transeúntes, una práctica típica de las redacciones o quioscos de los periódicos. También fueron frecuentes las postales y cromos. En las primeras ya predominaba la fotografía, mientras los segundos seguían siendo casi siempre dibujos, como la completa colección de 50 cromos de los chocolates Jaime Boix, que recreaba múltiples episodios desde el ataque a los trabajadores de la mina

[215] Así lo concluyó el juicio contradictorio por el que se le concedió la Laureada.
[216] SÁNCHEZ GODÍNEZ: *El Cabo Noval*, p. 18.
[217] JIMÉNEZ: *El Cabo Noval*, p. 47.
[218] Vid. HOLGUIN, S.: "Música y nacionalismo", en MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, p. 503 y ss.
[219] PASTOR COMÍN: "El conflicto con Marruecos en la música española", p. 212.

hasta la entrada de las tropas victoriosas en Madrid, en general con un considerable tono de exaltación (Fig. 44).

Durante los primeros días tras el incidente con los trabajadores en la prensa predominaron los dibujos, pues todavía no había dado tiempo a que llegasen los fotógrafos y menos aún a que enviasen las imágenes. Hay que tener en cuenta que las crónicas podían estar de un día para otro gracias al telégrafo, pero la publicación de las fotografías siempre se demoraba algunos días por el envío postal. En esas primeras semanas, la carrera por ofrecer imágenes realistas de los hechos llevó incluso a evidentes montajes, como el de la portada de *ABC* del 25 de julio, cuyo pie decía: "composición fotográfica hecha con estricta sujeción a las descripciones comunicadas por telégrafo". El resultado, más que un montaje parecía un *collage*, y la escena bélica que se quería recrear con mucho realismo no transmitía ninguno. Esta práctica no fue habitual, y al poco tiempo todos los periódicos disponían ya de fotografías.

El Ejército español era el absoluto protagonista de unas instantáneas que casi siempre eran positivas con él. Se solían mostrar campamentos, con frecuencia con soldados realizando tareas cotidianas o de ocio (Fig 47.), imágenes del despliegue, maniobras e incluso capturas a cierta distancia de las líneas avanzadas disparando[220]. La presencia de muertos o estampas desoladoras era muy escasa, y las imágenes de retiradas de heridos o de hospitales solían ofrecer una sensación de orden y eficiencia. Las fotografías escabrosas o de gran crudeza fueron algo excepcional, pero podemos referirnos a ejemplos como la publicada el 29 de julio en *Nuevo Mundo* que mostraba varios cadáveres de soldados españoles a cara descubierta (Fig. 45), o la de *ABC* del 23 de julio, en la que se veía el cadáver de un sargento que había sido apuñalado y quemado por los rifeños[221]. Muchas de estas fotografías se tenían pero no se publicaban, como demostraba el siguiente fragmento de *Nuevo Mundo* el 30 de septiembre, que evidenciaba la existencia de un interés deliberado por omitir la publicación de fotografías trágicas:

> Las circunstancias de orden interior que ocurrieron al empezar la guerra nos obligaron a reservar fotografías de trágico relieve, esperando a que el triunfo de las armas españolas, al despertar el júbilo de la nación, cambiara aquel estado pasajero de los ánimos e hiciera que lo que entonces pudo calificar la prudencia como nota deprimente, llegara a ser apreciado algún día como inspiración enérgica para todos los espíritus[222].

El descubrimiento en septiembre de más de un centenar de cuerpos en el Barranco del Lobo suponía una buena oportunidad para mostrar toda la dureza del desastre, pero apenas circularon fotografías que revelasen la magnitud de aquella tragedia, y lo hicieron sobre todo en postales o libros, en los que la intervención de la censura era menor (Fig.

[220] Muchas de las imágenes son posados, pero algunas de las capturas de las líneas avanzadas sí ofrecen sensación de combate real. Por otro lado, las escenas costumbristas en los campamentos son muy típicas. Soldados escribiendo cartas, lavando su ropa, preparando la comida… hay incluso imágenes del interior de blocaos o de los hombres durmiendo.

[221] El pie de la primera era "Cadáveres de ocho soldados depositados en las galerías del Cementerio de Melilla. –El juez militar practicando la identificación de las víctimas": *Nuevo Mundo*, suplemento especial del 29-VII-1909. El de la segunda era "La campaña de Melilla. Los muertos en el combate del domingo. En primer término, a la izquierda, el cadáver del sargento que fue acribillado a puñaladas y quemado por los rifeños": *ABC*, 23-VII-1909, p. 3.

[222] *Nuevo Mundo*, suplemento especial del 30-IX-1909. El texto era parte del pie de una fotografía de dos meses antes en la que se veía a "los soldados de Figueras besando con devoción filial el cadáver de su teniente coronel D. José Ibáñez Marín, que sucumbió el 23 de Julio, da color vivo a la frase que define el Ejército como una gran familia de hombres honrados".







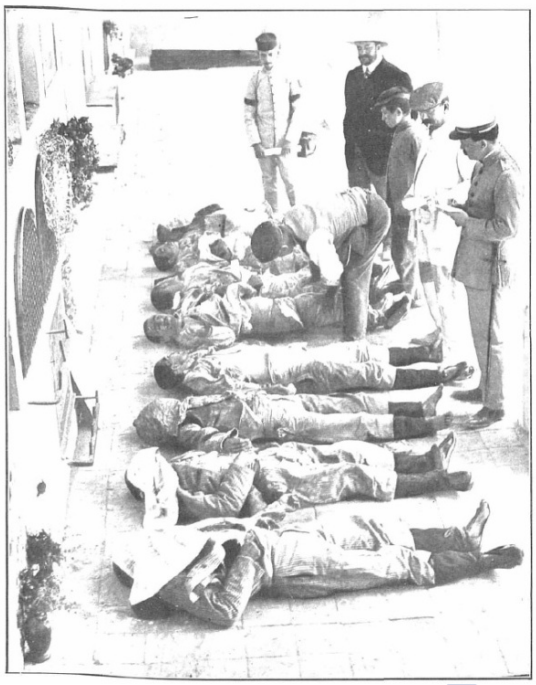








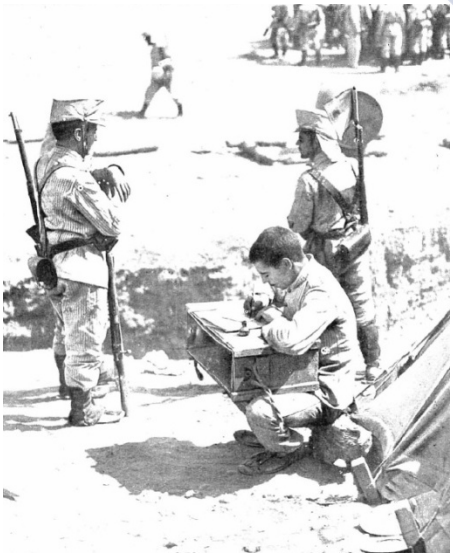
(Fig. 44) Diversas escenas relacionadas con la campaña en los cromos de los chocolates Jaime Boix.



(Fig. 45) "Cadáveres de ocho soldados depositados en las galerías del cementerio de Melilla, en *Nuevo Mundo*, 29-VII-1909.



(Fig. 46) El general Marina conversando con el "moro amigo" Amadi, en *Nuevo Mundo*, 5-VIII-1909, p. 11.



(Fig. 47) "Escenas del campamento. Un soldado escribiendo una carta", en *Nuevo Mundo*, 19-VIII-1909 (Fotografía de Campúa).



(Fig. 48) "El general Arizón sujetando una bandera para envolver con ella los restos de un oficial, encontrado en el barranco del Lobo", en RIERA: *España en Marruecos*, p. 257.

48) [223]. En la prensa periódica fueron habituales las fotografías de la zona donde la derrota había tenido lugar, pero no se veía ésta sembrada de cadáveres. Las imágenes que en 1921 mostraron el desastre en toda su magnitud no tuvieron parangón en 1909, y en los primeros días de octubre las instantáneas de la victoria fueron las que acapararon la atención. Entre ellas estuvieron las más famosas de la campaña, relacionadas con las ocupaciones del Gurugú y Zeluán. En estos dos lugares, la presencia de la bandera española se convirtió en el mejor símbolo posible de su conquista, por lo que la enseña bicolor rodeada de soldados en la alcazaba de Zeluán y lo alto del monte apareció en casi toda la prensa, coincidiendo con los días en los que la celebración popular alcanzó su punto álgido.

Otro aspecto interesante a destacar en las fotografías del momento es la habitual presencia de *moros* en las mismas. Las imágenes grotescas y caricaturizadas tan habituales en los dibujos del XIX ya no eran a la altura de 1909 el referente fundamental para que la mayoría de españoles se imaginasen al enemigo, y la fotografía impuso una visión mucho más realista. Algo que, en todo caso, no era incompatible con seguir caracterizando al Otro como salvaje, cruel e incivilizado[224]. No obstante, resulta muy destacable la habitual presencia del "moro amigo" en los reportajes fotográficos, más común incluso que la del "moro malo". Obviamente, realizar fotografías del segundo ofrecía más problemas y dificultades, pero también había un cierto deseo de evitar los estereotipos del marroquí salvaje, favoreciendo la idea de que un protectorado pacífico era posible, pues había moros satisfechos con la presencia española. En la revista *Actualidades* se contraponían ambas visiones, con una sección fotográfica "Moros adictos a España" y otra "Moros enemigos y prisioneros"[225]. Las imágenes de oficiales españoles conversando con "moros amigos" o "confidentes" mostraron claramente la cooperación entre españoles y marroquíes para el correcto desarrollo de la campaña (Fig. 46).

Lejos de Marruecos también era posible obtener fotografías vinculadas a la guerra, especialmente en relación con el movimiento de tropas. Así, trenes abarrotados de soldados listos para abandonar las estaciones, barcos a punto de hacerse a la mar llevando batallones, nutridos grupos de gente despidiéndose en los puertos o alrededor de las vías y otras escenas similares fueron también imágenes típicas en los periódicos. Muchas veces, el pie de foto era clave, porque una misma imagen podía describirse como "entusiasta adiós" o "dramática despedida", sin que el lector pudiese palpar por sí mismo las sensaciones de una imagen que ofrecía una información limitada. Con esto recordamos que, a pesar de que la fotografía contribuyó a un importante cambio de perspectiva, ofreciendo a la opinión pública imágenes que mostraban una realidad indudable, ésta podía ser interesada y manipularse de múltiples formas para transmitir solo la perspectiva deseada. Si a esto le sumamos la visión acrítica que mucha gente tenía hacia un medio de representación considerado como verdadero, es fácil entender el valor propagandístico que podía tener. No era raro pensar que algunas crónicas podían estar siendo enviadas desde una cómoda habitación en un hotel de Melilla en lugar de desde el frente, pues era

[223] Hay algunas imágenes, como las que aparecen en RIERA: *España en Marruecos*, que muestran soldados recogiendo los restos de las víctimas del Barranco del Lobo, pero en los periódicos fotografías así apenas hicieron acto de presencia.

[224] Entre las fotografías más duras y explícitas acerca de la crueldad marroquí podemos referirnos a la publicada el 9 de septiembre en *Nuevo Mundo*, en la que se mostraban decenas de cabezas de partidarios de El Rogui decapitados que se habían expuesto en las murallas de Fez. La escabrosa imagen iba acompañada del título "Las crueldades de Muley Hafid". Por su parte, el semanario satírico *La Campana de Gracia* presentaba una imagen sobre la entrada triunfal de Muley Hafid en Fez, en un carro repleto de cabezas cortadas, y con el pie: "Un' altra victoria com aquesta, y l'Imperi del Marroch se queda… sense caps": *La Campana de Gracia*, 28-VIII-1909, p. 1.

[225] *Actualidades*, 28-VII-1909, pp. 15-18.

conocido que ello había ocurrido otras veces, pero una fotografía del corresponsal del periódico rodeado de soldados en la zona de operaciones (imagen que fue recurrente) daba al instante confianza a los lectores hacia el material que estaban leyendo.

De entre los numerosos fotógrafos que desarrollaron su trabajo en la campaña de 1909 vamos a destacar a dos, por el impacto y reconocimiento que tuvo su trabajo: Campúa y Alfonso. Campúa, cuyo nombre real era José Luis Demaría López, fue uno de los grandes responsables del éxito de la revista *Nuevo Mundo*[226], en la que se publicaron sus fotografías, que supusieron un hito del reportaje bélico hasta ese momento (incluyendo las primeras fotografías tomadas desde un globo en España), lo que le valió un gran reconocimiento, tanto en España, donde recibió varias condecoraciones[227], como en el extranjero, pues sus fotos fueron las más demandadas y publicadas fuera del país. Alfonso, por su parte, trabajó para los periódicos de la Sociedad Editorial de España, como *El Liberal* o *Heraldo de Madrid*, y también fue condecorado, en su caso por la ayuda prestada a la retirada de heridos durante el Desastre del Barranco del Lobo. Aunque este mérito no estuvo en relación directa con su profesión, le proporcionó una imagen heroica y contribuyó a su fama y reconocimiento, que como fotógrafo ya era notable.

La prensa y, en menor medida, las crónicas, fueron los principales, pero no únicos, medios de difusión del trabajo de estos fotógrafos. Podemos mencionar la popularidad que alcanzaron las tarjetas postales, vendidas en muchos casos en colecciones. Por ejemplo el 16 de septiembre en un anuncio telegráfico en *Nuevo Mundo* se ofrecía una colección de 50 postales de "los episodios más interesantes" de la campaña de Melilla, que se enviaba a provincias por 12,50 pesetas en sellos de correos[228]. Tan solo una semana después, el semanario anunciaba sus propias postales a un precio mucho más bajo (100 tarjetas por 13 pesetas), señalando que eran originales de Campúa y la mayoría inéditas. Este anuncio nos interesa especialmente porque en él se destacaba el valor que la colección tendría para rememorar el conflicto en el futuro, así como ese verismo que se le presuponía a la fotografía:

> En una hermosa colección de *100 Tarjetas Postales* están fielmente reproducidas todas las escenas de la guerra de Melilla, desde la marcha de nuestras tropas, hasta las últimas operaciones y combates.
>
> Poseer estas colecciones es una gran adquisición. No solamente tienen el interés de la más palpitante actualidad, sino que para la posteridad representa un documento histórico, el más verdadero que de esta guerra puede legarse de padres a hijos, acrecentándose su valor a medida que transcurra más tiempo[229].

Finalmente, podemos hacer referencia a publicaciones gráficas ocasionales, como *El álbum de la guerra de Melilla* del periódico *El Liberal*, *Fotografías del Riff* o el *Álbum de la Guerra de Marruecos*, editado por la Sociedad Editorial Española, con fotos de Alfonso, que según Gómez Barceló fue un verdadero éxito"[230]. Sin lugar a dudas, en 1909 la campaña marroquí fue la estrella absoluta de la información gráfica en España, y solo la Semana Trágica, tras la cual proliferaron los reportajes de las consecuencias de la

[226] Aunque su propio periódico no fuese la fuente más objetiva, en el pie de una fotografía en la que aparecía el propio Campúa con su cámara se destacaba su labor, señalando que constituía "como universalmente se reconoce, la mejor crónica gráfica de una campaña militar que se haya jamás publicado en país alguno": *Nuevo Mundo*, 26-VIII-1909, p. 13.

[227] Entre ellas la Gran Cruz de Alfonso XIII por "romper moldes en el periodismo español". El propio monarca lo nombraría "Fotógrafo de la Casa Real".

[228] *Nuevo Mundo*, 16-IX-1909, p. 34.

[229] "De la guerra", en *Nuevo Mundo*, 23-IX-1909, p. 27.

[230] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 64.

misma, con especial atención a los edificios religiosos quemados, le restó temporalmente protagonismo[231].

La primera guerra en los cines españoles

En el enorme impacto generado por la campaña de 1909 tuvo mucho que ver la nueva perspectiva que la imagen cinematográfica llevó a las ciudades españolas. Aunque el cine había sido inventado a finales del XIX, llegó muy justo para la Guerra de Cuba, para la que solo existe alguna referencia fílmica aislada, pero en poco más de diez años las cosas habían cambiado mucho y en 1909 la incipiente industria cinematográfica estaba perfectamente en condiciones de hacer su primera cobertura de una guerra para el público español. Desde las primeras sesiones de cine en España, que tuvieron lugar en Madrid en 1896[232], esta nueva e impactante tecnología fue aumentando exponencialmente su éxito por todo el país. Numerosos teatros se acondicionaron para ofrecer proyecciones en su interior, y también eran frecuentes los cines al aire libre, en los que los sectores más acomodados pagaban entrada para tener una silla, pero el resto de la gente podía asistir de pie o sentada en el suelo. De este modo, no todo el mundo tenía que gastar los entre 15 y 30 céntimos que costaba el cine a la altura de 1910 para poder presenciar una proyección.

En 1909 los españoles ya habían asistido a multitud de noticiarios y diversos espectáculos filmados, pero a excepción de algunas imágenes de lo acontecido en Casablanca en 1907, no se había visto en las salas de cine a las tropas españolas desarrollando operaciones. Además, desde el Ejército se dieron ciertas facilidades a varios cámaras para que acompañasen a los soldados muy cerca de la lucha. Estas facilidades permitieron el acercamiento más realista que nunca se había tenido de una guerra en la distancia, pero también una visión particular de los hechos, pues los oficiales ponían a los cámaras allí donde más les convenía.

De entre los más destacados exponentes podemos referirnos a Ricardo de Baños, que acompañó a las fuerzas del general Marina y trabajaba muy cerca de la batalla (Fig. 49). El periodista Guillermo Rittwagen lo calificó como "el impávido de Baños" por la sangre fría con la que hacía las tomas junto a los silbidos de las balas rifeñas[233]. Realizó filmaciones como *Guerra del Rif*, *Nuestras armas en el Rif* y *Episodios de Melilla*, que tuvieron una excelente acogida entre el público[234], y que habían sido financiadas por la compañía Hispano Films, famosa por la rapidez con la que sus producciones llegaban a las salas de proyección[235]. También son fundamentales las figuras de Ignacio Coyne y Antonio de P. Tramullas, que con una autorización especial del Ministerio de la Guerra realizaron reportajes como la famosa serie *Campaña del Rif. Guerra de Melilla*, y episodios sueltos como *El barranco del lobo*, *Toma del Gurugú*, *Caseta Z* o *Vida en el campamento*. Tramullas trabajaba con una cámara que pesaba 20 kilogramos. Aunque

[231] Por ejemplo el día 8 de agosto *La Ilustración española y americana* incluso publicó un suplemento con fotos de más de 30 iglesias y conventos atacados, olvidando un poco lo sucedido en Marruecos.

[232] MARTÍNEZ, J.: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid. 1896-1920*, Filmoteca Española, Madrid, 1992, p. 33.

[233] SARO GANDARILLAS, F.: "El cine en Melilla" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, p. 89.

[234] ELENA, A.: *La llamada de África: Estudios sobre el cine colonial español*, Bellaterra, Barcelona, 2010, p. 20.

[235] En *Nuevo Mundo*, 30-IX-1909, p. 20 se señalaba que por la rapidez con la que procedía la casa Hispano-Films, de Barcelona, el público de la ciudad podía ver todas las noches en los cinematógrafos los episodios de la guerra del día anterior.

éstos fuesen los más destacados, hubo muchos más *cameramen* que visitaron la zona de operaciones, incluyendo a los de productoras extranjeras como las francesas Gaumont y Pathé, de modo que la campaña fue muy prolífica en documentales[236].

Al tratar el impacto que la nueva perspectiva ofrecida por el cine supuso para los espectadores, es importante volver a incidir en la misma idea a la que aludimos para la fotografía, el hecho de que hubo muy pocas críticas al contenido de unas filmaciones cuya sensación de realismo resultaba deslumbrante, e impedía que el público se plantease la distorsión de la realidad que aquello podría suponer. Además, en esa época el cine no fue utilizado como medio de oposición. Es cierto que no era un sistema barato, y además resultaba especialmente sensible de ser censurado, pero cualesquiera que fueran las razones, es un hecho que casi no fue aprovechado por los sectores opuestos al poder como medio para mostrar una realidad muy diferente a la oficial, que sí se trató de difundir a través de la prensa, por poner un ejemplo. Aún así, hubo grabaciones puntuales sobre las protestas contra la guerra y sus repercusiones, como *Los sucesos de Barcelona*, un documental filmado durante la Semana Trágica por Joseph Gaspar, *cameraman* de la Gaumont, el cual sabemos que se rodó en las calles barcelonesas y el castillo de Montjuich[237], además de emitirse en varios países. Desgraciadamente la grabación no se conserva, al igual que en el caso del reportaje con el mismo nombre de Ricardo de Baños.

Héroes y villanos

Como en toda guerra, en la de 1909 hubo una serie de individuos que a ojos de la opinión pública fueron los principales protagonistas de la campaña. No hubo grandes héroes comparables a los de la Guerra de África, pero el que las operaciones finalizasen con exaltadas victorias permitió encumbrar a los mandos como no se había podido hacer en 1893.

Fue el caso del general José Marina, principal responsable de toda la campaña y al que fueron dirigidos los numerosísimos telegramas de felicitación enviados de todas partes de España. No obstante, su nombre apenas fue incluido en los "vivas" populares con los que la gente celebró las victorias, al menos por lo que hemos podido comprobar en la prensa. Si en 1860 O'Donnell y Prim figuraron en los gritos de aclamación tanto como España, el Ejército o la Reina, en 1909 fueron estos tres últimos (con rey en lugar de reina) a los que se aludía casi siempre en crónicas y periódicos. Además, pese al relativo éxito con el que a la postre se saldó la campaña, la gestión de Marina fue muy controvertida, como lo fue la del Gobierno Maura. Al general se lo acusó especialmente de falta de previsión[238], y de haber obrado con poca cautela en las operaciones del mes de julio, lo que en buena medida le hacía responsable de las numerosas bajas. Incluso se apuntó la posibilidad de que estuviese actuando bajo los designios de alguien, ese "poder extraño" del que hablaría Melquíades Álvarez en un influyente artículo[239], y que no sería otro que Alfonso XIII.

---

[236] Rafael Garófano, en su lista de los que se emitieron en Cádiz incluye otros como *La guerra de Melilla* y *La guerra del Rif* (dividido en: Combate de Taxdir. 20 de septiembre. Avance de una compañía de Talavera. Rifeños parapetados. Carga del escuadrón de Alfonso XII. El general Marina tras la victoria). Y también *La batalla de Taxdir*, una cinta de 350 metros ya en 1910: GARÓFANO, R.: *El cinematógrafo en Cádiz: Una sociología de la imagen*, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz, 1986, p. 311.

[237] MARTÍN CORRALES: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes…", p. 12.

[238] La mala gestión de Marina ha sido recurrente en estudios posteriores. Así por ejemplo Payne incidió en su ineficacia, valorando mucho más positivamente la labor de Jordana, su sucesor: PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 103.

[239] En *España Libre*, 26-I-1912. Cit. en VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 82.

La mayor parte de los muertos en la campaña se concentraron en los últimos días del mes de julio, cuando se convirtió en algo generalizado el reconocimiento al "sacrificio por la patria" que habían protagonizado. Desde las misas por el descanso de sus almas hasta las fotografías en los periódicos para recordarlos, la memoria de aquellos muertos, especialmente de los oficiales, iba a ocupar la primera plana de la actualidad, más aún si tenemos en cuenta que la censura impidió una visión crítica de las operaciones militares. La prensa dedicó amplios reportajes a los oficiales que caían, siendo habituales pequeñas biografías y fotografías[240]. La generalización del mérito fue absoluta, y cualquiera que hubiese fallecido o sufrido graves heridas en combate merecía sin paliativos el reconocimiento de héroe. Aunque se hablaba del "barranco de la muerte", lejos de considerar el episodio una deshonra se exaltaba que "en el memorable combate del 27 de julio hubo numerosísimos actos de valor heroico por parte de los soldados españoles"[241].

Si este reconocimiento de lo heroico estaba presente en casi toda la prensa del momento, en la de corte más militarista el nivel de exaltación de los fallecidos alcanzaba cotas extraordinarias. Así, por ejemplo, *La Correspondencia militar* consideraba después de los combates del día 23 que "Los sangrientos cadáveres de Álvarez Cabrera y de Ibáñez Marín son un raudal de luz que ahuyenta las negras sombras de la cobardía traidora, insidiosa, tenaz, que infames propagandistas inoculan en el alma del pueblo español"[242]. Casi sin tiempo para asimilar estas pérdidas tuvo lugar el descalabro en el Barranco del Lobo, propiciando que los principales oficiales que perdieron allí la vida: Pintos, Palacios y Ortega, coparan el protagonismo. Su foto apareció en la mayoría de los periódicos que incluían material gráfico, y la mayor parte de las descripciones de sus muertes se ajustaban a los telegramas oficiales, pues ya se había establecido la censura[243]. Éstos eran bastante sobrios, pero en los días siguientes proliferaron narraciones más extensas y emotivas, como la que publicó el salmantino *El Adelanto*, que convertía en epopeya la muerte de Guillermo Pintos:

> Llevaba un grito digno de Prim. Gritaba a los suyos, enardecía a los oficiales y electrizaba a los soldados […] El fuego enemigo se hizo más nutrido y más numeroso al ver que los cazadores, con la vieja tenacidad española, iban a hacer suya la posición. Pintos cayó con un balazo en la cabeza[244].

Era difícil encontrar una muerte en combate que no se catalogase de "heroica" o "gloriosa", y las 200 bajas que ofrecían los informes oficiales se atenuaban señalando que, sin duda, el enemigo las habría sufrido mayores. También se insistió en la necesidad de honrar la memoria de los muertos aunque la mayoría, al margen del recuerdo de familiares y conocidos, simplemente formaron parte de homenajes colectivos o su nombre apareció en las múltiples listas que publicaron los periódicos. Todos lamentaban aquellas

[240] Por ejemplo, en la revista *Actualidades* y con el título de "Héroes de la Guerra de Melilla", se ofrecieron en el número siguiente a la derrota en el Barranco del Lobo dos páginas repletas de fotografías de oficiales muertos y heridos: "Héroes de la Guerra de Melilla", en *Actualidades*, 4-VIII-1909, pp. 14-15.
[241] *Actualidades*, 4-VIII-1909, p. 16.
[242] "Impresiones", en *La Correspondencia militar*, 26-VII-1909, p. 2. El coronel Cabrera dirigía la operación del día 23, la primera de gravedad, y en ella perdió la vida. Su muerte causó un gran impacto, y mientras no tuvo lugar el episodio del Barranco del Lobo fue la figura que más dio que hablar. Recordando su memoria incluso llegó a la prensa el croquis que trazó de la operación unas diez horas antes de morir: "Una reliquia del Coronel Álvarez Cabrera", en *Nuevo Mundo*, 5-VIII-1909, p. 5.
[243] En uno de ellos se señalaba: "Nuestras bajas han sido numerosas y sensibles. El general Pintos ha muerto gloriosamente al frente de su brigada, y al frente de sus batallones también han caído muertos los jefes de Las Navas y Arapiles": "La campaña de Melilla", en *La Época*, 28-VII-1909, p. 2.
[244] *El Adelanto*, 31-VII-1909. Cit. en GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 182.

muertes, pero mientras para algunos eran injustas e inútiles, para otros tenían un carácter patriótico y ejemplarizante[245].

Resulta cuando menos paradójica tanta exaltación para un episodio que había supuesto una humillante derrota, pero recordemos que no fue esa la idea que pudieron hacerse los españoles de entonces. Incluso tuvo lugar una lluvia de condecoraciones, generando cierta controversia la apertura durante el mes de agosto de múltiples juicios contradictorios para conceder cruces laureadas[246], cuando la campaña estaba aún muy lejos de vivir sus episodios victoriosos. Un triunfo se podía exaltar en sí mismo, pero múltiples bajas sin ningún resultado tangible no, por eso era tan importante "celebrar" el sacrificio. También en agosto, *Nuevo Mundo* demostraba la importancia que se daba a honrar la memoria de muchos de los que habían luchado, de nuevo considerados "héroes":

> Como lo venimos haciendo en los números pasados y seguiremos haciendo en los sucesivos, consagramos un lugar a honrar la memoria de los que en la presente campaña han dado su vida por la patria o se han distinguido especialmente exponiéndola. Como puede suponerse, esta serie de figuras ilustres nunca puede ser completa, por lo mismo que es harto crecido el número de los que son dignos, por uno u otro concepto, de figurar en ella, lo mismo entre los jefes y oficiales que entre la clase de tropa[247].

Aunque Jefes y Oficiales ocupasen el lugar preponderante en homenajes, funerales o las galerías fotográficas de la prensa, la campaña de 1909 concedió más protagonismo a los soldados de baja graduación que ninguno de los conflictos anteriores. Se sentía ahora la necesidad de valorar el sacrificio que las clases populares hacían por la patria, y que cada vez generaba un mayor escepticismo. Este reconocimiento llegó hasta el punto de que una figura concreta, la del cabo Luis Noval, fue más ensalzada que la de ningún otro militar en aquella guerra, superando el tributo recibido por otras figuras humildes como habían sido López Conejero en la Guerra de África o Eloy Gonzalo en la de Cuba. Por ello, es imprescindible que dediquemos una especial atención a su *hazaña* y su idealizada figura.

Luis Noval y Ferrao había nacido en Oviedo en 1887 y era ebanista de profesión. En 1909 se trasladó a Marruecos como parte del Regimiento de Infantería del Príncipe número 3. Allí, tras varios combates y después de participar en la toma del Zoco El Had de Beni Sicar, protagonizó el 28 de septiembre un episodio en el que perdió la vida, pero que le convirtió en un mito del patriotismo español y de las Fuerzas Armadas. El Coronel del Regimiento del Príncipe envió una interesantísima carta al Cronista de la Ciudad de Oviedo en la que relataba el hecho y abría la puerta a homenajes que permitieran perpetuar la memoria del soldado:

> Se encontraba el cabo Luis Noval, a las 2,30 de la mañana del día mencionado (28 de septiembre) recorriendo la línea de escuchas, y sin duda debido a la oscuridad de la noche, se alejó más de lo conveniente, en el momento en que fue atacado el campamento por nuestros enemigos; un grupo numeroso de los cuales condujo a dicha clase hasta cerca de la alambrada del reducto ocupado por la tercera compañía gritando: *Alto el fuego que somos españoles*, a cuyas voces el primer teniente D. Evaristo Álvarez,

[245] Por ejemplo, en *La Ilustración militar* se decía sobre los muertos del día 27: Su memoria ha de perdurar en cuantos conocimos lo sobresaliente de sus circunstancias personales y lo relevante de sus méritos, y ha de servir de fructuoso ejemplo a las generaciones presentes y venideras para que aprendan cómo se ha de morir cuando el deber lo exige. OMIAE: "Crónica quincenal", en *La Ilustración militar,* 15-VIII-1909, p. 227.

[246] Omiae, en *La Ilustración militar*, hablaba de una decena de juicios, e incluía los nombres de los Jefes y Oficiales: "Crónica quincenal", en *La Ilustración militar*, 15-VIII-1909, p. 227.

[247] "Héroes de la campaña del Rif", en *Nuevo Mundo*, 26-VIII-1909, p. 10.

> al distinguir al cabo Noval que llegó hasta las alambradas, mandó hacer alto el fuego, lo que oído por el cabo, gritó seguidamente: ¡Tirar, que vengo entre moros! ¡fuego! ¡viva España!. Roto el fuego, se rechazó al enemigo con grandes pérdidas, y hecha la descubierta al amanecer, se encontró el cadáver del heroico Noval, abrazado a su fusil, con la bayoneta calada teñida en sangre, y próximo al mismo un moro muerto, que entre otras heridas de armas de fuego, tenía atravesado el pecho de un bayonetazo. […] Al propio tiempo, tengo el gusto de participarle que en el regimiento se ha abierto una suscripción con objeto de perpetuar la memoria de este heroico soldado, y si esa querida provincia estima que debe hacerse algo en favor del mismo, cuenten siempre con el que suscribe y todos los jefes, oficiales e individuos de tropa a sus órdenes[248].

Este relato alcanzó una extraordinaria difusión en toda España a pesar de que, como ha resaltado Marcos Mayorga, que analizó detenidamente las actas del juicio contradictorio en el que se concedió la Laureada, contenía varios aspectos que no se ajustaban a lo que en el Ejército se consideraron los hechos reales[249]. No obstante, ello no impidió que fuesen considerados como verdad absoluta y repetidos hasta la saciedad en obras posteriores.

El llamamiento a la realización de homenajes lanzado por el Coronel del Regimiento del Príncipe fue rápidamente respondido por el Ayuntamiento de Oviedo, que ya en la sesión del 8 de octubre de 1909 había acordado dar el nombre de Cabo Noval a una calle de la ciudad, y el día 15 la carta era publicada íntegra en *El Correo de Asturias*, siendo luego reproducida por otros periódicos, con lo que la figura de Noval adquirió en pocos días un relieve extraordinario. Se crearon comités "Cabo Noval" para gestionar los homenajes y se hicieron suscripciones en diferentes lugares de España e incluso Hispanoamérica, entre otras cosas para sostener a su familia. En Oviedo, además del nombre a una calle, que también se le dedicó en otras ciudades como Melilla, Sevilla, Logroño o Valladolid, se descubrió una placa en la que había sido su casa en la calle de Santa Susana, tras unas exequias fúnebres realizadas el 19 de abril. Unos meses antes, el 22 de enero de 1910, se habían realizado otras exequias en una abarrotada catedral de Oviedo, en las que ya se percibía que se había convertido en un mito para una Asturias que seguía recordando orgullosa su papel en la Reconquista, especialmente de actualidad ahora que se la guerra contra el infiel había reaparecido una vez más: "Al caer tan gloriosamente, obró como español y cristiano, heredero de los valientes y abnegados que en Covadonga opusieron infranqueable dique a la invasión musulmana"[250].

A su familia se le concedió una pensión, e incluso fue visitada por periodistas interesados en obtener detalles de la vida de su miembro más ilustre. No obstante, alguna de estas entrevistas revelaba que, aunque las muestras de apoyo se publicaban a bombo y platillo, era posible que no cumpliesen su cometido. Según la versión de la familia en septiembre de 1911, nada habían recibido todavía de la suscripción del Centro Asturiano de Madrid, ni de lo recaudado en Pravia en la fiesta del batallón infantil, la colecta que hicieron los niños en el circo Feijóo o la función que dieron los estudiantes de Barcelona[251].

---

[248] Cit. en TOLIVAR FAES, J.: *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, Ayuntamiento de Oviedo, Oviedo, 1985, p. 115. La carta está fechada el 15 de septiembre de 1909

[249] Mayorga señala que los españoles ya estaban alertados de la presencia de los moros, se salvaron dos soldados que habían estado con Noval antes de la llegada de éstos, y Noval ni se alejó indebidamente ni fue capturado por el enemigo. Eso sí, se mantiene la famosa frase de "Tirad que son los moros": MAYORGA.: *El Cabo Noval*, pp. 121-128.

[250] MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 129.

[251] B. A.: "Homenaje a un héroe. El cabo Noval", en *La Correspondencia de España*, 9-VI-1912, p. 1. El artículo, de una entrevista de septiembre de 1911, relata la visita de su autor a la casa del fallecido, es muy

A ningún otro soldado de su tiempo le fueron dedicadas tantas manifestaciones artísticas, haciendo honor a las palabras de *El Imparcial* de "Si algún muerto hay cuya memoria merezca perpetuarse, sin duda es aquel modesto hijo del pueblo que en inolvidable noche hizo el sacrificio de su vida en aras de la patria y por salvar la de sus compañeros"[252]. En su honor el pintor Muñoz Degrain realizó el cuadro titulado *El cabo Noval (episodio de la guerra del Riff)*, que al artista le valió para conseguir la medalla de oro en la Exposición Nacional de 1910, y que supone una de las escasísimas recreaciones pictóricas de la campaña de 1909. Julio Sánchez Godínez, Francisco Jiménez Campaña y Tomás G. Perrín le dedicaron obras de teatro. Tuvo poemas como el que le compuso en bable el poeta asturiano Pepín Quevedo o el de León Castillo al que ya aludimos, además de pasodobles, himnos o cantos. Incluso el monumento público, al que dedicaremos el próximo apartado, tuvo en el cabo ovetense su principal referente, con la construcción de un gran monumento en Madrid, sendos proyectos para una estatua en Valencia y en Oviedo (plaza de la Escandalera), que no se llegaron a construir, y otro que sí se terminaría para el cementerio del Salvador de la capital asturiana, bajo el cual se enterraron sus restos en 1916[253]. Por lo demás, su fusil se guardó como una reliquia en el Museo de la Infantería, entregado el 20 de junio de 1910 en un acto cargado de patriotismo, y en el que se exaltó el valor que esa arma tendría para educar a las nuevas generaciones en el sacrificio que "dignifica y engrandece a la patria"[254].

El encumbramiento de la figura de Luis Noval le llevó a convertirse en el mayor exponente de las virtudes que debía tener el buen soldado español. Supone además un buen ejemplo de cómo un episodio aislado y de escasa relevancia puede, interpretado y ofrecido a la opinión pública de forma adecuada, convertirse en un símbolo, en una gesta nacional, en un mito patriótico, mientras que otros muchos episodios, quizá tanto o más heroicos, caerían en el olvido, por el simple hecho de no trascender adecuadamente. Además, la figura de Noval se envolvió de mito, y los relatos superaban con mucho la realidad, recreando conversaciones entre el soldado y los *moros* de las que no había testigos, o reflejando aspectos que no se ajustaban a la realidad, como que Noval había salido a hacer sus necesidades, cayó prisionero o murió abrazado al fusil de un musulmán. Estos elementos estuvieron presentes en múltiples poemas y obras de teatro sobre su sacrificio. En el juicio contradictorio, tras más de una veintena de entrevistas cuyos testimonios se cotejaron, se le concedió la Laureada. No obstante, sus actas muestran unas conclusiones mucho más cautas y menos épicas que las que se transmitieron a través de los periódicos y todavía de forma más exagerada en obras de teatro o poemas. El fiscal militar se preguntaba, sin dejarse llevar por el entusiasmo:

> ¿Qué idea movió a Noval, al decir a los del reducto que hicieran fuego? ¿Fue el deseo noble, de evitar la sorpresa al campamento sacrificando su vida para lograrlo? ¿Fue sólo buscando amparo en el fuego de los suyos que le salvase de caer en poder del enemigo? Difícil es determinar. Todo es humano y cabe también que en aquellas frases fueran enlazadas ambas aspiraciones[255].

elogioso con su madre, su padre y sus hermanos, explica cómo era la casa por dentro, cómo guardaban con cariñó objetos y cartas de Noval, o cómo se enteraron de la desgraciada nueva.

[252] "El monumento al cabo Noval", en *El Imparcial*, 9-VI-1911, p. 3.

[253] Anteriormente habían estado en el cementerio de Melilla, junto a los de otros cuatro compañeros, y acompañado de una placa en la que se podía leer: "Diste tu vida por la patria, escribiendo hermosa página de gloria en la historia del invicto ejército español como buen hijo y mejor patricio. ¡Cabo Noval en África!".

[254] "El fusil del cabo Noval", en *La Correspondencia de España*, 22-VI-1910, p. 3.

[255] Cit. en la transcripción completa de las actas que figura en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 208.

Esta forma de cuestionar la verdadera intención del cabo resulta muy difícil de encontrar en las crónicas o artículos periodísticos de la época, y no se le dio publicidad cuando se conoció la concesión de la Laureada. De este modo, la hazaña quedó para la memoria como un hecho indudable, y las fantasías sobre lo que pudo suceder alcanzaron mucha más difusión que lo que de verdad se sabía por testimonios fiables, algo que reconocía el propio fiscal militar del juicio contradictorio, especialmente en relación a la invención de que Noval había sido capturado y conducido hasta el campamento por los moros.

La campaña también tuvo otros *héroes* menos conocidos, cuyas supuestas gestas fueron celebradas sobre todo en Melilla, donde se tributaron constantes homenajes, tanto a vivos como a muertos[256], así como en los lugares de origen de los soldados. Por ejemplo, en Sevilla se tributaron varios a los muertos de la ciudad, que incluyeron placas y lápidas en distintos lugares, así como dedicatorias de calles[257]. Al Museo del Ejército y otros museos militares fueron a parar múltiples piezas en recuerdo de hechos de armas y hazañas individuales[258]. La prensa local, en la que era habitual hacer un seguimiento pormenorizado de lo que sucedía con sus paisanos en el frente, también ensalzaba sus hazañas o la gloria que envolvió sus desgraciadas muertes. En Salamanca, al cumplirse un año del Barranco del Lobo, se tributó un homenaje en memoria de los salmantinos que allí habían perdido la vida, y un gran rótulo luminoso en el Ayuntamiento recordaba "A los héroes de Melilla". Según la prensa local la jornada fue todo un éxito[259].

Además de las victoriosas tomas de Zeluán y el Gurugú, a las que ya nos hemos referido por el entusiasmo que despertaron, hay un episodio que resulta interesante para nuestro análisis de los "héroes": la conocida como "carga de Taxdirt", una operación dirigida por el teniente coronel José Cavalcanti, y que se hizo un hueco como una de las mayores demostraciones de valor y heroísmo de la campaña. Según Emilio Martín Ferrer, 65 jinetes del Escuadrón Alfonso XII cargaron el 20 de septiembre contra unos rifeños que se estimaron en unos 1.500, en hasta tres acometidas en las que quedaron diezmados, pero hicieron huir a la formación enemiga. Se registraron 7 muertos y 17 heridos, además de 29 caballos que perdieron la vida, pero a Cavalcanti se le dio la Laureada por su hazaña, junto a otras condecoraciones[260]. Cuando el escuadrón regresó a la Península en junio de 1910 su recibimiento fue efusivo[261]. Uno de sus miembros, el sargento Francisco Campuzano, publicó un libro en el que relató de forma exhaustiva y laudatoria aquel episodio[262].

Finalmente, además de otros militares como el coronel Francisco Larrea, el general Antonio Tovar, el cabo Francisco Martín Jordán o el capitán Enrique Navarro Ramírez, se destacó el papel jugado por la población civil de Melilla, que ayudó a retirar

256 Muchas imposiciones de medallas al mérito se producían directamente en la plaza española, en ceremonias con numerosas tropas, y también se enterraban allí los restos de la mayoría de los soldados que se podían recuperar y trasladar.

257 Por ejemplo se dedicó una calle en 1913 al teniente Antonio Muñoz León, que con 19 años perdió la vida en el Barranco del Lobo, y la Academia Politécnica sevillana colocó en su patio una lápida dedicada a Froilán de la Serna y Muñoz León, "sus primeros discípulos muertos en el campo de batalla: GARCÍA FIGUERAS, T.: *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, Imprenta de Francisco Díaz y Comp., Sevilla, 1917, p. 29.

258 Por ejemplo el cañón sobre el que murió el 18 de julio el capitán Enrique Guiloche, Laureado póstumo, fue remitido al Museo de Artillería.

259 GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 229.

260 MARÍN: *Atlas ilustrado…* p. 78.

261 Vid. por ejemplo "Provincias", en *El Día*, 28-VI-1910, p. 2.

262 CAMPUZANO Y GAYOL, F.: *El regimiento de Alfonso XII y su escuadrón en Taxdirt: ¡¡20 de septiembre de 1909!!*, Tip. del diario de Jerez, Jerez, 1910.

y tratar a los heridos, colaboró en el abastecimiento de las tropas y, en general, se volcó para ayudar a los soldados y a aliviar sus dificultades[263].

Los villanos en casa

En una campaña como la de 1909, que había generado tanta oposición, no todo iban a ser héroes y exaltación guerrera, por lo que las acusaciones a distintos personajes, tanto políticos como militares, fueron muy comunes. Ante una campaña que había generado tanta oposición como la demostrada durante la Semana Trágica o un revés como el del Barranco del Lobo, que se buscaran responsables o simplemente "chivos expiatorios" era algo que cabía esperar.

Entre los militares, el que iba a quedar para el futuro como figura representativa del desastre fue el general Guillermo Pintos, que estaba al mando de la Brigada de Cazadores de Madrid, la que fue emboscada en el barranco. Su papel en la memoria iba a ser bastante similar al de Margallo en 1893, y al posterior de Silvestre en 1921. Los tres perecieron en el campo de batalla, por lo que la crítica hacia ellos fue más respetuosa de lo que posiblemente hubiese sido si sobreviviesen, pero por la misma razón era más fácil dejar que la responsabilidad recayese sobre ellos, pues ya nada se les podía exigir. En la España de 1909 fueron muchos los debates sobre las acciones de Pintos, pues se le acusó de haber ignorado órdenes y provocar la muerte de tantos soldados españoles el día 27. Destacadas personalidades del Ejército, como Valeriano Weyler, salieron en su defensa[264], una postura que hacía recaer la responsabilidad en el general Marina, a cuyas órdenes estaba, de modo que entre los propios militares tampoco hubo un posicionamiento claro. En 1915, el periodista Justo Larios de Medrano afirmaba que en 1909 se habían "dicho horrores" acerca del general Marina, pero el tiempo lo había convertido merecidamente en un "prestigio para el país"[265]. Todo lo contrario opinaba el ex presidente Maura, que en los años siguientes, ya en la oposición, trató de lavar su imagen, tan perjudicada a causa de la campaña militar. Además de oponerse a la guerra que en aquellos momentos tenía entre manos el Gobierno de Eduardo Dato, culpó a Marina de ser el instigador de la guerra, intentando eludir la responsabilidad que a él se le atribuía. No obstante, la carrera política de Maura se había visto muy perjudicada por la campaña militar de 1909 y la represión posterior a la Semana Trágica, lo que se demuestra en que hasta 1918 no volvió a presidir el país[266]. El ministro de Gobernación, La Cierva, responsable de la censura, también estuvo entre las figuras más denostadas de la campaña, especialmente desde los sectores liberales, republicanos y obreros.

A pesar de la intensa campaña desatada contra el Gobierno a causa de la guerra, el personaje en el que quizá más se centraron las críticas populares era un miembro de la oposición: el Conde de Romanones, cuya vinculación con el negocio de las minas de Beni Bu Ifrur le hizo pasar a la posteridad como uno de los responsables de la guerra, y su nombre incluso figuró en coplillas populares que lo tachaban de asesino de soldados

263 "El pueblo y el Ejército", en *El Telegrama del Rif*, 24-VII-1909, p. 1.

264 "Quiero destruir una leyenda que se ha formado alrededor del pobre Pintos. No se excedió de su obligación, cual se asegura, remontando el Gurugú. Recibió orden de ejecutarlo, y cumplió. Atacado reciamente tuvo que alentar a sus soldados, y allí perdió la vida": "Habla Weyler", en *Heraldo de Madrid*, 17-VIII-1909, p. 1.

265 LARIOS: *España en Marruecos*, p. 135.

266 El 18 de octubre de 1909 se habían reabierto las Cortes, y el 21 el rey "dimitió" a Maura, justo anticipándose a lo que pensaba hacer el político conservador. En diciembre del mismo año, el Partido Conservador de Maura recibió un duro golpe en las municipales, derrota que era difícil de desvincular de lo sucedido en Marruecos y de la Semana Trágica. Sobre el conflicto marroquí y los resultados electorales Vid. BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 367.

españoles, como anteriormente vimos. El propio político liberal resumió así en sus memorias esta campaña en contra suya y de Maura:

> De esta campaña odiosa, dirigida contra el Gobierno, llegaron hasta mi algo más que salpicaduras. Una determinada parte de la prensa, la más exaltada, aquella cuya influencia era mayor entre las gentes menos cultas, repetía a diario que el presidente del Consejo llevaba a los soldados a morir en los barrancos y peñascales rifeños, sólo para defender los intereses de la compañía minera, de la cual era principal partícipe el Conde de Romanones[267].

Por supuesto, a continuación se defendía afirmando que, aunque era verdad que había invertido, lo había hecho sin aprovecharse de su posición y con el objetivo de evitar que entrasen empresas extranjeras. También explicaba que, para cuando se produjeron los incidentes que encendieron la chispa de la guerra, él ya se había retirado del negocio. Esos mismos argumentos usó incluso antes del Barranco del Lobo para exculparse, y fueron recogidos por numerosos periódicos[268]. A pesar de ello, buena parte de la opinión pública siguió asociando su nombre a los negocios en el Rif, y sufrió episodios como el ser apedreado en un pueblo en el que era "conocido por todos los vecinos, y a no pocos dispensé favores"; o el de un antiguo amigo que le preguntó si era por su culpa que morían tantos soldados en Melilla, pues él tenía allí dos hijos: "aquellas palabras llegaron al fondo de mi alma, dejándome anonadado; era inútil contestar; imposible desarraigar de aquel pobre cerebro la huella que en él dejó la calumnia en letra impresa; no me quedaba otro camino que resignarme, sufrir y esperar"[269].

Otro objeto de las iras populares por sus negocios con Marruecos fue el Marqués de Comillas, que estuvo muy en boca de los que protestaban contra la guerra, especialmente en Barcelona, donde algunas de sus propiedades fueron atacadas. Posiblemente se benefició bastante más de la campaña que Romanones, pues buena parte de los traslados de tropas redundaron en la Compañía Trasatlántica Española, que era de su propiedad, pero aún así el político liberal fue más recordado por sus presuntos negocios. Otro aspecto claro es que las noticias sobre el contrabando, que siguió siendo constante y que a menudo implicaba a militares españoles, no generaron tanta reacción de la opinión pública como aquellas relativas a los presuntos intereses económicos de políticos y hombres de negocios.

En definitiva, podemos constatar la existencia de un estado de opinión popular más crítico hacia los políticos que hacia los militares, pues generalmente por los sacrificios de la guerra se culpa a los primeros, y en las victorias se celebra el papel de los segundos. La visión, favorecida desde varios sectores del propio Ejército, de que sus problemas en Marruecos se debían a la ineficacia e incapacidad de los gobiernos, comenzó a ser un lastre para el régimen de la Restauración, y tendría no poco que ver en su caída unos años más tarde.

Finalmente, una última figura muy denostada fue la del contrabandista, tachado de vil traidor y mal patriota. Melilla tradicionalmente registraba un considerable tráfico ilegal, especialmente de armas, con las cabilas vecinas, y éste se acrecentó de forma muy notable con la ruptura de las hostilidades[270].

---

[267] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 263.

[268] Por ejemplo "Habla Romanones", en *La Correspondencia de España*, 25-VII-1909, p. 4.

[269] ROMANONES: *Notas de una vida*, pp. 263-264. Vid. también la biografía MORENO, J.: *Romanones: Caciquismo y política liberal*, Alianza, Madrid, 1998.

[270] Sobre el contrabando en Melilla en 1909 Vid. MADARIAGA: "La guerra de Melilla…", pp. 114-117.

El moro malo y el moro amigo

Aunque fueran muchos los que veían enemigos en el interior, y en mayor cantidad que en ninguna de las campañas anteriores, el villano por excelencia de esta historia continuaba siendo el *moro*, que en general mantenía todas las características de esa valoración peyorativa que hemos venido analizando. No obstante, en la época que estamos tratando llama la atención la notable importancia que se dio a la figura del "moro amigo", y que en buena medida estaba en relación con la asimilación de la idea de protectorado, así como el interés por demostrar que la presencia de España en Marruecos era deseada por parte de la población nativa, lo que vendría a justificar el comienzo de la ocupación que subyacía a las operaciones de ese año. Coincidiendo con los incidentes en las obras del ferrocarril estaba en España una embajada marroquí, en representación del sultán Muley Hafid, que fue recibida con honores militares y en general tratada con bastante respeto y curiosidad por la prensa. No obstante, las noticias de los incidentes hicieron proliferar la idea de la puñalada por la espalda, pues mientras los moros por un lado negociaban por el otro no tenían piedad con los trabajadores españoles[271]. Sin embargo, y en contra de juicios precipitados, muchos recordaban que los rifeños en su mayoría no reconocían la autoridad del Sultán, de modo que poca vinculación podía existir entre la representación diplomática y el ataque. Ello no logró evitar que se produjesen algunos actos hostiles contra la embajada del Sultán y contra marroquíes residentes en España[272].

Aunque los marroquíes en general eran objeto del odio centenario que se les tenía y las valoraciones que de él derivaban, fueron los rifeños, al igual que en 1893, los que concentraron las apreciaciones negativas, pues se los consideraba representantes de lo peor de todo Marruecos. En su carácter destacaría el que fuesen "duros, sobrios, desconfiados y traicioneros", y también su rechazo a la civilización y sus ventajas, pues no querían saber nada de los nuevos sistemas de cultivo que con la mejor de las voluntades los españoles ponían a su alcance[273]. Estas concepciones servían en muchos casos para atacar a los defensores de la penetración pacífica, insistiendo en la guerra como la única forma de "civilizar" el Rif. *La Ilustración militar*, que hablaba del enemigo como "chusma morisca", y que consideraba que los detractores de la guerra eran "unos cuantos cobardes, locos o malvados", afirmaba que "querer convertir a la civilización y atraer a la cultura a las hordas del Rif por medio de la predicación y el ejemplo, es así como intentar que las ostras se abran por la persuasión"[274].

Pese a todo, como ya señalamos en el apartado dedicado a la fotografía, ganó un peso considerable la figura del "moro amigo", y los dos apartados bien diferenciados de la revista *Actualidades* entre "Moros adictos a España" y "Moros enemigos y prisioneros" son un buen ejemplo de los dos polos entre los que osciló la caracterización del marroquí[275]. Crónicas y ensayos recogieron información sobre algunos *moros* que habían perdido la vida luchando hasta el final en el lado español, reconociendo su implicación y el valor de su sacrificio. Éste no podía compararse al de los españoles, y muchas veces se

[271] *ABC* por ejemplo comenzaba a mostrarse escéptico al afirmar que "a la misma hora en que una embajada marroquí llega a Madrid para tratar, según se cree, de los medios de asegurar la paz en aquel imperio, aparece el conflicto con todo su aparato de sangre y desolación: "Graves sucesos en Melilla", en *ABC*, 10-VII-1909, p. 7.
[272] Vid. MARTÍN CORRALES: "Movilizaciones en España…", p. 129.
[273] *La Correspondencia de España*, 9-VIII-1909, p .1.
[274] *La Ilustración militar*, 30-IX-1909, p. 277.
[275] *Actualidades*, 18-VII-1909, pp. 15-18.

minusvaloraba tratándolos de mercenarios; pero al menos eran merecedores de una cierta consideración, con la que contribuyeron a luchar contra la dominante imagen del "moro malo". El avance definitivo sobre Zeluán y el Gurugú se hizo con un buen número de marroquíes de la policía indígena en vanguardia, que los españoles habían podido ver realizando su instrucción pocos días antes[276]. Aunque se infravaloró la participación de estos marroquíes, algunos de ellos participaron en el recibimiento de Madrid a la Brigada de Cazadores, con lo que se mostraba de primera mano al pueblo madrileño su contribución a la causa española.

Posiblemente el "moro adicto" más referido, cuya figura se hizo popular por su presencia en fotografías, fue el confidente Amadi, viejo conocido de la campaña de 1893. El "moro Amadi" aparecía con frecuencia compartiendo impresiones con oficiales españoles, y su figura era valorada muy positivamente. En agosto en *Nuevo Mundo* se le definía como "el célebre moro Amadi, amigo de España y confidente leal que nos presta actualmente muy buenos servicios. Amadi es el moro a quien un soldado español cortó las orejas en la guerra del 93, por lo que fue éste fusilado"[277]. Además de lo representativos que resultan esos halagos, el texto nos interesa por el ejercicio de memoria del final, que fue puntualizado un par de números después con el artículo que envió un lector, en el que desgranaba el episodio entre Farreny y Amadi, sobre todo para destacar que no se trataba de un soldado regular, como se había dado a entender, sino uno de los penados de la partida de Ariza[278]. La explicación parecía dar a entender que aquel lamentable episodio no había sido una vergüenza para el Ejército, sino obra de unos militares que prácticamente iban por libre.

En definitiva, la sombra del moro como villano continuó siendo muy alargada, y la deshumanización del enemigo se mostró de nuevo como un arma favorable para justificar el esfuerzo bélico, pero no es desdeñable la importancia concedida al "moro amigo" en medios con amplia difusión, que hubo de contribuir a alterar la visión más prejuiciosa de etapas anteriores. No obstante es difícil medir el impacto de este discurso, en buena medida promovido desde arriba, entre las capas más numerosas de la población, en las que las seculares ideas peyorativas sobre el *moro* estaban muy asentadas. Muchos seguirían pensando en la penetración pacífica como el escritor Fernando Urquijo, cuando señalaba que "cree Marina en el "moro amigo", como si el moro fuese capaz de sentir hacia nosotros algo que no fuera un odio a muerte, un odio de religión y de raza"[279].

Monumentos conmemorativos: honrando el sacrificio

En los capítulos anteriores ya apuntamos algunos ecos escultóricos relacionados con los conflictos en suelo marroquí, pero no fue hasta la campaña que ahora nos ocupa cuando adquirieron mayor repercusión a la hora de inspirar monumentos públicos, coincidiendo con una general proliferación de ellos en todo el país. Resulta interesante y hasta cierto punto paradójico que la época de mayor auge de la escultura conmemorativa en España tuviese lugar justo después de la derrota de 1898. En palabras de Carlos Reyero, la idea era "presentar los fastos de poder como si nada hubiera pasado"[280]. Era además un medio de salvar el honor de los derrotados, encumbrando algunos episodios de especial arrojo y valentía. En general, desde el ascenso al trono de Alfonso XIII se

[276] Vid. por ejemplo "Los moros amigos de España", en *Nuevo Mundo*, 19-VIII-1909.
[277] *Nuevo Mundo*, 5-VIII-1909, p. 11.
[278] "Las orejas del moro Amadi", en *Nuevo Mundo*, 19-VIII-1909, p. 6.
[279] Cit. en LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 214.
[280] REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, p. 77.

produjo un repunte en la erección de monumentos, no solo en Madrid, donde la concentración fue enorme, sino también por toda la geografía española. Especialmente proliferaron los de signo nacionalista o patriótico[281], incluyendo muchos de temática militar, algo que estaba en relación con la importancia que el elemento castrense tenía en el propio régimen, y que se incrementó durante la etapa del nuevo monarca[282].

La primera escultura destacada de la campaña que nos ocupa fue la que en 1911 se erigió en Madrid en honor del Capitán Melgar (Fig. 50), nacido en 1876 y que había perdido la vida en el Barranco del Lobo mientras atacaba al enemigo al frente de su compañía, en una acción valerosa que le valió la Laureada póstuma y un gran reconocimiento. La iniciativa de erigirle una estatua partió de sus compañeros de promoción, recibiendo luego numerosos respaldos, entre ellos el del propio Alfonso XIII, responsable de descubrir el monumento el 21 de diciembre de 1911, en la madrileña Plaza de Oriente. Junto al monarca asistió una nutrida representación de autoridades civiles y sobre todo militares[283]. Los diversos discursos exaltaron la valentía del homenajeado, su trayectoria o la importancia del compañerismo en el Ejército[284]. Se interpretaron himnos militares y hubo vivas a España, al rey y al Ejército. Empero, ningún periódico se hizo eco de que se registrase gran asistencia de público, quizá porque el monumento no buscaba la atención popular.

El conjunto, del escultor Julio Fernández Pola, está coronado por un busto de Melgar sobre un alto pedestal. En el busto se aprecian las numerosas condecoraciones, así como el emblema del Regimiento de Infantería número 9, al cual pertenecía. En la parte inferior destaca la figura de un soldado de infantería anónimo, cuyo brazo está levantado, como si quisiera ofrecerse voluntario. El monumento no sobresale por su espectacularidad, y ya en su momento recibió algunas críticas, como las de *La Correspondencia de España*, por el escaso parecido del busto y el pequeño tamaño de la figura del soldado, que resultaba algo pobre[285]. Al pie del monumento hay dos placas de mármol, en las que se puede leer:

> AL / CAPITAN MELGAR / MELILLA 1909.
> S.M. EL REY DON ALFONSO XIII / HONRÓ SU MEMORIA / CEDIENDO SITIO Y MÁRMOLES / PARA ESTE MONUMENTO / RECUERDO DE SUS COMPAÑEROS DE PROMOCIÓN EN HOMENAJE / AL VALOR QUE ACREDITÓ / Y ESTÍMULO PARA IMITAR SU EJEMPLO / MCMXI

Se trata pues, en cierto modo, de un homenaje corporativo y de compañerismo, organizado desde un sector del Ejército y apoyado y financiado sobre todo por grupos afines, lo que supone una gran diferencia con el monumento dedicado al cabo Noval, del que seguidamente nos ocupamos.

En el apartado anterior ya hablamos de la *gesta* de este asturiano y de su importante papel en la memoria del conflicto por las múltiples manifestaciones artísticas que se le dedicaron. De todas ellas, sin duda la de mayor relevancia fue el monumento erigido en su honor en Madrid (Fig. 51), y que fue inaugurado el 8 de junio de 1912. En este caso el proyecto fue promovido por la comisión de damas presidida por la reina Victoria Eugenia[286], la misma comisión de la campaña de recaudación a favor de los

[281] SERRANO: *El nacimiento de Carmen*, p. 195.
[282] REYERO: *La escultura conmemorativa en España*, p. 184.
[283] Entre las civiles destacaron el presidente Canalejas, el alcalde y el gobernador civil de Madrid.
[284] *Heraldo de Madrid*, 21-XII-1911, p. 1.
[285] "En honor del capitán Melgar", en *La Correspondencia de España*, 22-XII-1911, p. 4.
[286] Según apuntó el ministro de la Guerra en la inauguración, fue decisivo para que se gestase el monumento un comentario del escritor Mariano de Cavia, que habían afirmado que Noval no tendría estatua por ser



(Fig. 49) "El fotógrafo Ricardo Baños, de la casa Hispano-Films, de Barcelona, impresionando una película en el campo de batalla", en *Nuevo Mundo*, 30-IX-1909, p. 9.



(Fig. 50) Monumento al capitán Melgar en Madrid (Julio Fernández Pola, 1911).



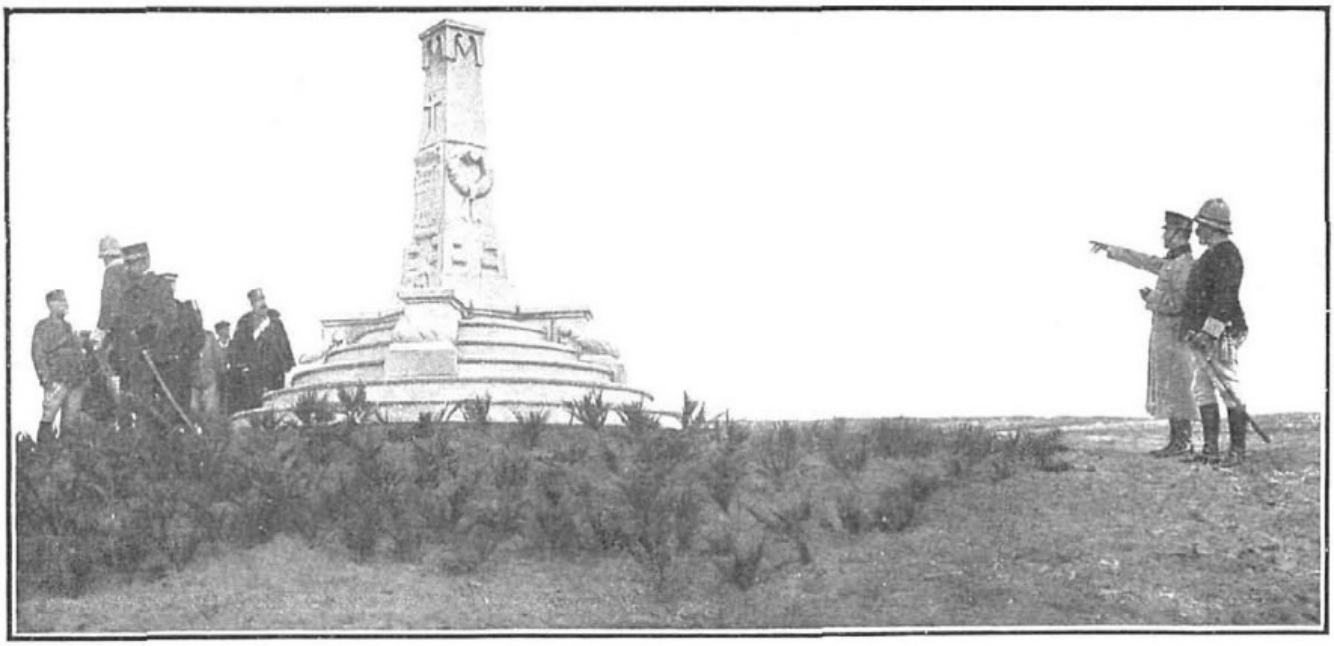
(Fig. 51) Monumento al cabo Noval en Madrid (Mariano Benlliure, 1912)



(Fig. 52) Monumento al cabo Noval en Oviedo (Víctor Hevia, 1916)



(Fig. 53) Panteón de los Héroes. Melilla, 1915.



El Rey viendo el monumento que en memoria de las víctimas de Taxdirt se ha erigido en el mismo arenal donde se dió la famosa carga

(Fig. 54) Nuevo Mundo, 19-I-1911, p. 20.

reservistas y sus familias. La propia reina encabezó la suscripción popular que recaudó el dinero necesario para la estatua, y se destacó mucho la colaboración de otras nobles como la marquesa de Squilache o la condesa de Pardo Bazán para reunir los fondos[287].

En el acto de descubierta del monumento las autoridades presentes eran semejantes a las del tributado al capitán Melgar, pero la familia real acudió en pleno, y no solo el monarca. Las mujeres tuvieron un papel central, tanto en la inauguración del monumento como en su financiación y en la propia simbología de éste[288]. Varios periódicos dieron cuenta de que fuera de los jardines se agolpaba un numeroso público, que fue pasando para ver la estatua una vez hubo concluido el acto de inauguración[289], algo de lo que no hablaron las crónicas para el monumento a Melgar. El objetivo didáctico, de enseñar patriotismo al pueblo, era claro, y como se afirmaba en *Heraldo de Madrid* se pretendía recordar a un hombre y una hazaña día a día al que por allí pasara[290]. El conjunto escultórico fue realizado por el prestigioso artista Mariano Benlliure, y por sus dimensiones y valor artístico resulta una de las obras más destacadas de las numerosas erigidas en la Plaza de Oriente. La escultura central muestra a Luis Noval con indumentaria de soldado y avanzando con decisión[291]. Tras él hay una mujer con ropas humildes, alegoría de la patria, que lo envuelve en una gran bandera española, una típica alegoría de la aceptación por parte de ésta del sacrifico de su valeroso hijo. En la parte baja del monumento hay un relieve que recrea el famoso episodio de Noval, en el momento en que él y los moros que lo acompañaban eran tiroteados por los soldados españoles[292].

Al cabo Noval se le dedicó otra escultura en su ciudad natal, Oviedo. Inicialmente estaba previsto construirle un monumento en la Plaza de la Escandalera, hasta el punto de que cuando se aprobó pavimentarla, el 10 de marzo de 1911, se dejó un espacio para ella, pero nunca llegó a erigirse. Donde sí llegó a buen puerto una estatua fue en el cementerio del Salvador, en el que reposan los restos del soldado desde el 24 de octubre de 1916. El monumento fue obra del escultor local Víctor Hevia, y en él no aparece representando el famoso cabo, sino que se trata de una imagen alegórica de una figura femenina que sostiene en sus manos la Cruz de la Victoria, símbolo de Asturias (Fig. 52). En el pedestal están esculpidas las armas del batallón al que pertenecía Noval y el escudo de armas de Oviedo. Tras varias gestiones, el Ayuntamiento ovetense había conseguido en 1915 permiso para el traslado de los restos del cabo a su ciudad natal. Tanto Oviedo como Gijón (a donde llegaron por mar) se engalanaron y tributaron un especial recibimiento, lleno de patriotismo y de discursos de exaltación ddicados a España, Asturias, el Ejército y, cómo no, el héroe local.

Otro proyecto finalmente cancelado se concibió en Valencia, ciudad en la que se quiso erigir un espectacular conjunto dedicado al cabo Noval y los héroes valencianos de

soldado humilde, algo que movió la conciencia de mucha gente: "El monumento al cabo Noval", en *El Imparcial*, 9-VI-1912, p. 3.

[287] "La inauguración de la estatua al cabo Noval", en *La Correspondencia militar*, 8-VI-1912, p. 2;

[288] La marquesa de Squilache acompañó al rey en el simbólico corte de cinta que descubrió la estatua. Representaba a la Junta de Damas y de algún modo también a las madres españolas y el honor que rendían a sus hijos muertos por la patria, algo que también representaba la alegoría de la patria en la escultura. Además, esta llevaba una inscripción en la que se recordaba que el monumento había sido iniciado por las mujeres españolas.

[289] "Monumento al cabo Noval", en *La Época*, 8-VI-1912, p. 2. "La inauguración de la estatua al cabo Noval", en *La Correspondencia militar*, 8-VI-1912, p. 2; o "Inauguración del monumento", en La Correspondencia de España, 9-VI-1912, p. 1.

[290] "El cabo Noval. Descubrimiento de su estatua", en *Heraldo de Madrid*, 8-VI-1912, p. 1.

[291] La figura recrea múltiples detalles del equipamiento de los soldados, incluyendo gorro de campaña, fusil, cartucheras, machete e incluso la manta enrollada, que lleva cruzada sobre el pecho.

[292] Añadir algunas referencias a los expertos.

la campaña de 1909. En 1910, coincidiendo con la Exposición Nacional de Bellas Artes, se colocó la primera piedra[293], pero el monumento nunca llegó a construirse, aunque se conserva un boceto del mismo[294].

Además de las de Melgar y Noval, en Madrid también se levantó un monumento, hoy desaparecido, en honor teniente Braulio de la Portilla, que murió en 1909 en el Barranco del Lobo y al que le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando, así como el ascenso a capitán a título póstumo. Su mérito consistía en haber luchado con valentía hasta el final al frente de sus tropas pese haber sido herido. El monumento, del escultor Julio Antonio, fue inaugurado el 14 de diciembre de 1913, en el Parque del Oeste. El acto estuvo presidido por el alcalde de Madrid, representantes de la familia del oficial y numerosos militares[295]. Tanto el monumento como su inauguración pasaron mucho más desapercibidos en la prensa que los dos anteriores, algo en lo que posiblemente influyó que Alfonso XIII no estuviese presente en la ceremonia, pero sobre todo la gran manifestación contra la guerra de Marruecos que tuvo lugar en Madrid ese mismo día. En el mismo parque del Oeste se erigió un busto al general Pintos que serviría de lugar de reunión para diversos homenajes en recuerdo de los caídos en el desastre[296]. Algunas pequeñas localidades también dedicaron monumentos a sus paisanos. Por ejemplo, en el pueblo de Enguera (Valencia) se erigió una escultura al teniente coronel José Ibáñez Marín, que perdió la vida tras ser herido en Sidi-Musa el 23 de julio.

Otro hecho heroico que se quiso recordar con un monumento fue la ya aludida carga de Taxdirt, pero en esta ocasión se decidió levantarlo en el mismo lugar en el que la operación había tenido lugar (Fig. 54). Esto sería algo habitual en la etapa del Protectorado, pero antes del inicio de éste resultaba excepcional. No obstante, en buena medida indicaba que aquel territorio que se había ocupado ya se consideraba tierra española. El monumento se mantuvo hasta 1956, pues con la independencia de Marruecos fue trasladado a Melilla como tantos otros erigidos durante la ocupación española. Se trata de un monolito, con forma tronco piramidal, situado sobre una grada circular de cinco escalones. Tiene coronas funerarias, una cruz latina, el escudo de España del reinado de Alfonso XIII y una cartela con la siguiente inscripción: "TAXDIRT. 20 DE SEPTIEMBRE DE 1909. EN MEMORIA DE LOS QUE MURIERON HEROICAMENTE COMBATIENDO POR LA PATRIA. R.I.P". No hemos podido localizar la fecha exacta de su inauguración, pero tenemos la constancia de que Alfonso XIII lo visitó en enero de 1911, durante su viaje a Melilla[297]. Otro monumento en territorio marroquí, en este caso muy humilde, se levantó en el propio Barranco del Lobo para recordar al general Pintos[298].

Para finalizar este apartado, debemos destacar el que sin duda fue el mayor homenaje monumental a la campaña de 1909, aunque su vinculación con los posteriores conflictos haga a menudo olvidar su origen. Nos referimos al Panteón de los Héroes, en el cementerio de la Purísima Concepción en Melilla, que en palabras de Miguel Ballenilla surgió "como respuesta a la sensibilidad despertada en España a raíz de los tristísimos acontecimientos del Barranco del Lobo en la campaña de 1909", y no por el Desastre de

[293] El padre de Noval afirmó en una entrevista que lo habían llamado desde Valencia "para que vaya a derramar una lágrima por mi hijo": B. A.: "Homenaje a un héroe. El cabo Noval", en *La Correspondencia de España*, 9-VI-1912, p. 1.

[294] Para una imagen del boceto Vid. MAYORGA.: *El Cabo Noval*, p. 101.

[295] "En memoria de un héroe. El monumento a La Portilla", en *El Globo*, 15-XII-1913, p. 2; "Los héroes. El capitán La Portilla", en *Heraldo de Madrid*, 14-XII-1913, p. 4.

[296] Vid. *La Ilustración española y americana*, 22-II-1911, p. 107.

[297] Vid. por ejemplo *Nuevo Mundo*, 19-I-1911, p. 20, donde se incluye una fotografía en la que se ve al monarca observando el monumento.

[298] *La Ilustración Militar*, 15-VIII-1910, p. 242.

Annual, como es creencia bastante extendida[299]. El proyecto fue uno más de los que se derivaron de la suscripción nacional patrocinada por la Junta de Damas que encabezaba la reina Victoria Eugenia. Parte de los fondos recaudados se destinaron a un mausoleo cuyo proyecto inició en mayo de 1910 el capitán de Ingenieros José de la Gándara, director de las obras casi hasta su finalización en 1915[300], año en que se bendijo el monumento. En el acto simbólico de colocación de la primera piedra, el 7 de enero de 1911, participó el propio Alfonso XIII[301].

Al panteón se sube por una escalinata y se entra por un arco de medio punto (Fig. 53), flanqueado por dos escaleras laterales que llevan a la parte superior del monumento, donde hay varios nichos y se puede ver el exterior de la cúpula, la parte más característica del panteón. Se trata de una escalinata de planta circular con cuatro ventanales y coronada por una cruz con una laureada. Delante de la cruz hay un ángel de bronce de más de dos metros que no fue colocado hasta 1925[302], y que lleva en una mano la palma de la victoria y en la otra el laurel del sacrificio. El interior es circular, con un humilde altar y las paredes cubiertas de nichos.

En el futuro el panteón se convirtió en un símbolo de las campañas de Marruecos en su conjunto, algo con lo que ya se podía contar cuando se finalizó en 1915, pero no cuando se proyectó, con la campaña de Melilla recién terminada. Su construcción se enmarca en un momento álgido del monumentalismo conmemorativo, y no es de extrañar que, si ya para la limitada campaña de 1893 se había erigido un notable panteón, para la de 1909 el esfuerzo fuese considerablemente mayor. Paradójicamente, buena parte de los cadáveres de 1909, incluyendo los restos anónimos de soldados españoles recogidos en el Barranco del Lobo, descansan aún hoy en el panteón de la anterior campaña, pues allí se colocaron mucho antes de la finalización del nuevo[303]. El primero de los muertos en 1909 enterrado allí lo fue en una fecha tan temprana como el 11 de julio, solo un día después de que perdiesen la vida los primeros cuatro militares de la campaña. Fue el teniente Salcedo, único oficial de los fallecidos, y que a diferencia de sus compañeros fue llevado al panteón de las víctimas de 1893. La prensa dio cuenta de este sepelio en el cementerio melillense, que concitó una gran atención de todo el país, y al que asistió "un gentío inmenso"[304]. No obstante, desde los días siguientes el constante goteo de este tipo de actos y la saturación de noticias de la campaña llevó a que la mayor parte de las honras fúnebres se despachasen con breves telegramas.

El cementerio de Melilla se convirtió en un lugar privilegiado para la memoria de la campaña, y acogió a la mayor parte de los muertos, a excepción de aquellos que, por las dificultades de su traslado a la plaza, fueron enterrados en el territorio ocupado. Por ejemplo, mientras la mayor parte de los cadáveres del Barranco del Lobo se trasladaron a Melilla en un camión, los recogidos en el de Sidi Musa fueron enterrados en una fosa del propio barranco, envueltos en la bandera española[305].

---

[299] BALLENILLA Y GARCÍA DE GAMARRA, M.: "Panteón de los héroes de las campañas. En el cementerio de la Purísima Concepción de Melilla", en *Estela*, nº 4 (2002), p. 44.

[300] Dirigió el proyecto hasta diciembre de 1914, cuando ya estaba casi terminado. Los últimos meses se encargó el también capitán de Ingenieros Tomás Moreno Lázaro.

[301] SOLDEVILLA, F.: *El Año político, Año XVII, 1911*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1912, p. 9.

[302] Fue realizado y fundido en Alemania por un artista de Stuttgart: BALLENILLA: "Panteón de los héroes de las campañas", p. 46.

[303] Los restos de varios de los laureados de 1909 sí que serían trasladados al Panteón de los Héroes.

[304] "El sepelio", en *ABC*, 11-VII-1909, p. 8.

[305] *La Época*, 29-IX-1909, p. 1. No obstante, también fue práctica usual levantar este tipo de fosas para poder llevar los restos a la plaza española.

Al margen del panteón melillense y del monolito de Taxdirt, hubo otros proyectos pensados para rendir homenaje a la memoria, no de un único soldado, sino conjunto, pero no llegaron a buen puerto. Por ejemplo, en octubre de 1910, *El Liberal* se hizo eco de la iniciativa que había lanzado el periódico *España Nueva*, para "perpetuar con un monumento la memoria de los doscientos soldados cuyos restos permanecieron durante dos meses en el fatídico barranco del Lobo", y se señalaba incluso que el popular escultor Mariano Benlliure había acogido favorablemente la iniciativa[306].

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[306] "Los muertos del barranco del Lobo", en *El Liberal*, 4-X-1909. P. 1.

7 - La década del Protectorado y el camino hacia el desastre (1910-1920)

1909 y 1921 fueron dos años clave del conflicto que casi sin interrupción enfrentó al Ejército español con las diversas cabilas del norte de Marruecos que se resistieron a la ocupación. Dado el enorme descontento popular que estas guerras generaron por la llamada "contribución de sangre", no es de extrañar que los dos "desastres" cobrasen especial trascendencia y se ganasen un papel preponderante en la memoria, recordados constantemente por aquéllos que se oponían a continuar con una ocupación que no parecía dar al país más que pérdidas humanas y económicas. Además, los hechos bélicos de 1909 y 1921 fueron decisivos para la política interior española, y golpes importantes para el régimen de la Restauración. De 1909 pudo salir más o menos airoso, pero el golpe recibido en 1921 fue tal que se convirtió en un elemento clave para su definitiva quiebra. El fracaso del Estado a la hora de convencer a sus ciudadanos de la necesidad de continuar aquella guerra se manifestó a la vez como causa y consecuencia de los problemas para generar una sólida conciencia nacional, y fue una pieza más de la falta de identificación entre el pueblo y el Estado, al que muchos consideraban culpable de enviarlos al matadero.

Entre estos dos años fundamentales, otro decisivo fue 1912, pues en él se establecieron los Protectorados español y francés sobre Marruecos. Con ellos, finalizó definitivamente la independencia del sultanato, y se abrió una etapa en la que la ocupación por parte de España de los territorios que le correspondían por el tratado de 1904 no iba a ser cuestionada internacionalmente, aunque siguiese generando una fuerte controversia dentro del país.

El conjunto de las operaciones que se desarrollaron en el área asignada a España entre 1909 y 1927 suelen denominarse en la historiografía como "Guerra del Rif", como ya señalamos en la introducción. La decisión de separar en un capítulo estos años responde a que tanto la Guerra del Barranco del Lobo como el Desastre de Annual fueron dos puntos de inflexión que tuvieron un impacto decisivo en la memoria colectiva española, y que marcaron para siempre la percepción y el recuerdo de las campañas marroquíes, mientras que los años que transcurren entre ellos se caracterizan por un conflicto constante que ha tendido a ser analizado en su conjunto pese a sus múltiples avatares.

El viaje a Melilla de "Alfonso el Africano"

En enero de 1911, cuando todavía no habían transcurrido dos meses de la paz que terminó definitivamente con la Guerra de Melilla, se iba a producir un simbólico viaje de Alfonso XIII a la ciudad, acompañado del presidente del Gobierno, José Canalejas[1]. La prensa española se volcó con este viaje, que duró una semana y que llevó al monarca español no solo a la plaza española, sino también a diversos territorios de los que se habían ocupado en 1909. La presencia del rey y del presidente del Gobierno venía a refrendar dichas ocupaciones, y los diversos actos de sumisión de las cabilas de la zona (por ejemplo el sacrificio de ganado frente al monarca) recibieron una gran atención en los

[1] Para la importancia de los viajes del rey como un elemento de nacionalización de la Monarquía Vid. MORENO: "Alfonso el Regenerador", pp. 319-348.

periódicos. También se recogieron en la prensa diferentes escenas de Alfonso XIII con las tropas españolas, generalmente felicitándolas o confraternizando con ellas. También se dedicó mucho espacio a relatos e imágenes más informales, como los de anécdotas del monarca con la población nativa o sus diversas muestras de generosidad, especialmente con los niños[2]. Mientras la prensa monárquica vio el viaje como el colofón de la campaña y la consagración de la victoria diplomática frente al Sultán, *El País* afirmaba que el viaje habría servido para poco más que para deslumbrar a los rifeños[3]. Por su parte, *El Socialista* lo consideraba un engaño para dar buena sensación al país, así como un paso más para consolidar la ocupación de unos territorios que según la paz de 1910 deberían ser devueltos cuando el Sultán pudiese garantizar su seguridad, lo que también era interpretado como una trampa[4].

Aunque el viaje en sí tuvo cierta trascendencia, el hecho que se hizo un mayor hueco en la memoria posterior tuvo lugar cuanto el rey ya había regresado a Madrid. El 23 de enero, día de su onomástica, se celebró un acto al que asistieron numerosas personalidades y en el que se pronunciaron varios discursos[5]. Uno de ellos, el del presidente del Senado, Eugenio Montero Ríos, contenía varios elogios al viaje del rey, con referencias historicistas al Imperio Romano y a Carlos I, señalando que ningún monarca español desde aquél había pisado suelo africano. También incidió en que el estrecho nunca había sido frontera, y que allí estaba una parte importante del porvenir de España. Pero lo que hizo de su discurso uno de los más sonados de la época fue sin duda su última frase:

> Día llegará en que, como en otros siglos la República del Tíber adjudicaba a sus hijos más ilustres epítetos tomados del territorio con que engrandecían su patria, la historia contemporánea tenga motivos muy legítimos para apellidar el reinado de V.M. con el título de «Reinado de Don Alfonso el Africano»[6].

Al día siguiente pocos eran los periódicos que no comentaban el tema, y Romanones señaló en sus memorias que en el Parlamento "suscitó no pocos comentarios"[7]. Según Fernando Soldevilla, el discurso de Montero Ríos dio mucho que hablar "por su significación y alcance", pero fue todavía más comentado el virulento artículo "Afrentoso y abominable" que publicó *Heraldo de Madrid* al día siguiente, y que a este autor sorprendió por la intensidad de sus diatribas, dada la orientación del diario[8], pues el *Heraldo* era un periódico afín al Partido liberal, al que pertenecía Montero Ríos. El artículo tachaba las ideas del presidente del Senado de "delirios seniles" y "ardores juveniles de senectud", rechazaba que la historia sirviese de guía en ese caso, pues ciertos ideales habían caducado, y consideraba que la política española debía orientarse a Europa y no a África: "Somos de Europa y miraremos a Europa, pese a la temeridad de nuestros funestos estadistas"[9]. La prensa republicana y socialista también se mostró muy crítica con el discurso. Pablo Iglesias señaló que esas palabras no eran tranquilizadoras para el

[2] Por ejemplo en *Nuevo Mundo*, 19-I-1911, p. 11 aparecían dos fotos del monarca con un niño, acompañadas del texto: "S. M. el Rey en el camino de Yazanem hablando con un morito, al cual le dio algunas monedas de plata".
[3] "De vuelta del Rif", en *El País*, 16-I-1911, p. 1.
[4] "La Comedia del Rif", en *El Socialista*, 13-I-1911, p. 1.
[5] Sobre las celebraciones del santo del rey Vid. MORENO: "Alfonso el Regenerador", p. 327.
[6] "Solemnidades palatinas. El santo del Rey", en *La Correspondencia de España*, 24-I-1911, p. 5. También en HALL, M. C.: *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal*, Alianza, Madrid, 2005, p. 130.
[7] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 284.
[8] SOLDEVILLA, F.: *El Año político, Año XVII, 1911*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1912, p. 39.
[9] "Afrentoso y abominable", en *Heraldo de Madrid*, 24-I-1911, p. 1.

país, demostraban que el actual tratado con el Imperio Marroquí no era ninguna garantía de paz y que los sucesores de Maura también querían seguir adelante la campaña en Marruecos[10]. En su respuesta, el rey incidió en que la visita había sido un viaje para la paz[11], una apreciación que fue bastante cuestionada en los días siguientes. No obstante, su discurso pasó muy desapercibido en comparación con el de Montero Ríos, cuya denominación de "Alfonso el Africano" se iba a convertir en muy popular, sobre todo entre los detractores del monarca, especialmente cuando los asuntos de Marruecos se complicaron en los años siguientes, asentándose en la opinión pública la idea de que las ansias expansionistas de Alfonso XIII tenían mucho que ver en la continuación de las campañas.

Al margen de este episodio, anecdótico pero muy emblemático, conviene señalar la importancia que tuvo el rey para la acción africana que se desarrolló durante su reinado[12], y que fue fundamental en el desprestigio de su imagen, especialmente tras el Desastre de Annual. Alfonso XIII, que de niño quedó muy afectado por la derrota del 98, vio en Marruecos un lugar donde su reino podía recuperar la gloria de antaño. Fue un monarca claramente militarista; Antonio Cordón escribió sobre él: "El rey Alfonso XIII era más militarista que el káiser, aprovechaba cualquier ocasión para establecer contacto con los militares y presidir maniobras, desfiles y toda suerte de ejercicios y espectáculos castrenses"[13]. Admiraba al ejército y al colonialismo franceses, que le parecían un modelo a seguir, y se relacionaba con muchas monarquías europeas. De hecho, en múltiples ocasiones complicó las cosas a los políticos españoles por "hacer diplomacia" sin contar con ellos. Maura fue el presidente más reacio a seguir los designios del rey, pero Canalejas terminó aceptando su posición de discutir el *statu quo*, y su poder e influencia no hizo más que aumentar con Romanones y Dato[14]. Durante un gabinete presidido por este último, en 1914, Alfonso XIII pudo asumir el arbitrio de las carreras de los oficiales del Ejército[15], por lo que muchos parecieron más dispuestos a seguir deseos privados del monarca que a los propios Gobiernos, como en los casos de Marina y Silvestre[16]. Desde entonces, el socialismo y otros grupos republicanos emprendieron una campaña contra el rey acusándolo de dirigir personalmente la guerra de Marruecos, como demuestra la referencia de Melquíades Álvarez en 1912 a la existencia de una "voluntad superior"[17].

La apuesta de Canalejas por la ocupación y la vía al Protectorado

Casi no hubo tiempo para digerir la paz firmada en diciembre de 1910, refrendada en apariencia con el viaje de Alfonso XIII a Melilla. Entre mayo y junio de 1911 se produjo el retorno a las operaciones, y los meses siguientes fueron decisivos para consolidar la presencia de España en Marruecos y el establecimiento del Protectorado.

[10] IGLESIAS, P.: "Vida política", en *Vida Socialista*, 5-II-1911, p. 2.
[11] SOLDEVILLA, F.: *El Año político, Año XVII, 1911*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1912, p. 38.
[12] Vid. por ejemplo BOYD, C. P.: "El rey-soldado. Alfonso XIII y el ejército", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 213-237.
[13] CORDÓN, A.: *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971, p. 30.
[14] Romanones fue un acérrimo defensor de Alfonso XIII incluso en sus momentos más comprometidos, y siempre trató de alejar lo más posible al rey, al menos de cara a la opinión pública, de los asuntos de Marruecos, pues veía la forma en que menguaban su prestigio. Demostraba muy bien estas ideas en una carta a López Muñoz. Vid. ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 336.
[15] Una Real Orden de 1914 autorizaba el contacto directo entre el rey y la oficialidad "sin intervención de persona alguna": BOYD: "El rey-soldado…", p. 218.
[16] BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, pp. 88-94.
[17] En *España Libre*, 26-I-1912. Tomada de VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 82.

Durante la guerra de 1909 los avances se limitaron a un área relativamente pequeña en los alrededores de Melilla, pero desde mediados de 1911 la presencia se aceleró con las ocupaciones de varias ciudades en la costa atlántica y una expansión a lo largo de bastantes kilómetros en el Rif.

Al igual que en 1909, la reanudación de las operaciones no supuso una sorpresa en España, pues era algo que se veía venir y sobre lo que ya habían alertado las agrupaciones políticas más antibelicistas. El 5 de mayo, semanas antes del comienzo de las ocupaciones, *El Socialista* alertaba de que franceses y españoles preparaban una verdadera guerra de conquista, y el 7 de mayo tenía lugar una notable manifestación en Madrid contra la intervención en Marruecos[18]. La convocatoria, que estaba firmada por figuras como Benito Pérez Galdós, Melquíades Álvarez o Pablo Iglesias, consignaba el "apartamiento de toda política de aventuras bélicas en Marruecos". Los presagios se cumplieron a finales de ese mismo mes con la ocupación de Fez, capital del Sultanato, por parte de Francia, lo que suponía una clara ruptura de la intención que había salido de Algeciras de mantener el *statu quo* marroquí.

Muchos historiadores coinciden en que Francia no esperaba respuestas, pues Gran Bretaña estaba sobre aviso y se consideraba que España estaba demasiado desgastada por su anterior campaña como para volver a intervenir[19]. No obstante, los galos se encontraron dos enérgicas reacciones ante su movimiento de ficha: por un lado el Gobierno español, que tomó la iniciativa y ocupó Larache el 8 de junio, a la que siguieron las de Alcázarquivir y Arcila. Por el otro el Gobierno alemán, que con el pretexto de proteger los intereses comerciales de su país, envió el cañonero *SMS Panther* al puerto de Agadir. De nuevo Marruecos generaba un tenso conflicto entre las potencias europeas. La ocupación de Larache se justificó en la ausencia de orden que existía en la ciudad marroquí, el mismo argumento esgrimido por los franceses en Fez. Esta idea fue defendida por buena parte de la prensa española, que se hizo eco de la barbarie *mora* demostrada en el brutal y escabroso asesinato de Ben Malek, un protegido de España, y sus dos hijos pequeños[20]. En general, los desmanes contra los intereses españoles y la falta de orden existente en Larache durante los últimos tiempos, temas hasta entonces casi ignorados por la prensa española, de repente se convirtieron en un interés nacional. Poco después, coincidiendo con el desembarco en Larache, se empezó a hablar mucho del estado de inseguridad en que vivía la población de Alcázarquivir, una campaña de información que parecía encaminada a preparar también a la opinión para la ocupación de esta otra ciudad[21]. Aunque en la guerra de 1909 se había demostrado la existencia de una importante oposición popular a la presencia en Marruecos, lo cierto es que estas ocupaciones fueron en general bastante bien acogidas, y tanto periódicos conservadores, como *ABC*, como la prensa liberal perteneciente a la Sociedad Editorial de España se plantearon como necesarias las ocupaciones, ante la indignada opinión de, por ejemplo, *El Socialista*. En los órganos militaristas se apreciaba un extraordinario entusiasmo. Se consideraba que el episodio despejaba "una penumbra que entristecía a la nación", y

[18] "La conquista de Marruecos", en *El Socialista*, 5-V-1911, p. 1.

[19] Por ejemplo en SECO SERRANO, C.: *La España de Alfonso XIII. El Estado. La política. Los movimientos sociales*, Espasa, Madrid, 2002, p. 289. Este autor considera que dichas operaciones salvaron el Protectorado para España.

[20] *El Imparcial*, por medio de su corresponsal Ruiz, destacaba en una implacable columna aspectos como que a Ben Malec le habían hecho beber la sangre de sus hijos, dos niños que fueron ejecutados ante sus ojos, o le hicieron comer su propia carne asada, antes de cortarle la cabeza y usarla para juegos: "Martirio y asesinato de protegidos españoles", en *El Imparcial*, 9-VI-1911, p. 1.

[21] En El Siglo Futuro se afirmaba directamente que tanto en Larache como Alcázarquivir se miraba hacia España para que los librase de El Rogui y otros "merodeadores": "Impresiones del día", en *El Siglo Futuro*, 2-VI-1911, p. 1.

permitiría cumplir los deberes de España en África[22]. La prensa liberal, aunque menos efusiva, aplaudió mayoritariamente el desembarco, algo lógico teniendo en cuenta que era Canalejas quien estaba al frente del Gobierno. El *Heraldo de Madrid*, por ejemplo, destacaba que España intervenía porque estaba obligada a asistir a sus súbditos, y que la opinión así lo había entendido[23]. Con su habitual diferencia de perspectiva, los socialistas se opusieron claramente a la ocupación, mientras que entre los republicanos hubo mayor ambigüedad, con posturas bastante heterogéneas.

Fernando Soldevilla señaló que la entrada de los soldados españoles en Larache era algo deseado por la opinión pública en general, e incluso por los que se oponían a la guerra[24]. Aunque no fue el caso de socialistas, anarquistas o ciertas opciones del republicanismo, hubo una escasa reacción popular contra las ocupaciones del verano de 1911. Esto demostraba que el colonialismo en sí mismo no era el gran problema, y si las conquistas eran incruentas y no llevaban aparejadas movilización de reservistas, el rechazo a ellas tenía un alcance muy limitado[25]. La diplomacia jugó un papel fundamental para que las ocupaciones de Larache, Alcázarquivir y Arcila tuviesen un mínimo coste militar. En este sentido, fueron decisivas las negociaciones con El Raisuni, un pretendiente al trono marroquí, descendiente de Mahoma y considerado una mezcla de bandolero y señor feudal, cuyo poder en el noreste marroquí era muy notable. Desde muy pronto, El Raisuni se convirtió en pieza clave de la presencia española, al mismo tiempo que un personaje de un gran atractivo para la prensa nacional, por el halo de misterio y aventura del que se comenzó a rodear su figura[26].

Con el paso de los meses y la ausencia de incidentes de consideración, las ocupaciones eran vistas ya como algo permanente. Sin embargo, se creía que España tendría que pagar algún precio por ellas, pues Francia iba a compensar a Alemania para que cesase en sus protestas, y se creía que le pasaría la factura al Gobierno español: "Milagro será que las costas del litigio franco-germano no las pague España con la pérdida del Muni y Fernando Poó, con la que nuestro desventurado país, en liquidación desde hace doce años, se va convirtiendo […] en una especie de rastro de Europa"[27]. Finalmente, Francia tuvo que compensar a Alemania con unos 200.000 km² en el Congo, y España con 45.000 km² a Francia en Marruecos[28].

Los acuerdos con Alemania dejaron las bases sentadas para que Francia y España pudiesen ejercer, con ciertas garantías internacionales, su pretendida "labor protectora" sobre Marruecos. José Canalejas, a pesar de haberse mostrado reticente a las "aventuras" en Marruecos, actuó en 1911 convencido de que era la única forma de evitar que Francia

[22] "Nuestra acción en África", en *La Correspondencia Militar*, 9-VI-1911, p. 1.
[23] "Notas de la tarde", en *Heraldo de Madrid*, 9-VI-1911, p. 2.
[24] SOLDEVILLA, F.: *El Año político, Año XVII, 1911*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1912, p. 250.
[25] Según los telegramas oficiales, en Larache solo habían desembarcado 800 hombres, de los cuales 500 marcharon luego hacia Alcázarquivir: "La cuestión de Marruecos", en Heraldo de Madrid, 9-VI-1911, p. 2.
[26] El cherif era totalmente opuesto a la ocupación de Marruecos por los europeos, pero cuando la vio inevitable optó por buscar la alianza con España, a la que claramente prefería antes que Francia. Según Mohammed el Daudi, jalifa de El Raisuni, en 1907, los marroquíes consideraban a los españoles una raza semejante a la suya, y rechazaban a los franceses por su codicia y deseo de apoderarse del país. TESSAINER Y TOMASICH, C. F.: *El Raisuni, aliado y enemigo de España* (tesis doctoral), Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1992, p. 207.
[27] "El problema africano", en *El País*, 26-VIII-1911, p. 1.
[28] Eran territorios que pertenecían a España en virtud de los acuerdos de 1904, pero no habían sido ocupados por España, al contrario que los del golfo de Guinea, de los que también se habló en las negociaciones.

terminase por hacerse con el control de todo Marruecos[29]. Canalejas fue el principal responsable de que España tuviese desde 1912 un protectorado en el norte de Marruecos, pero no llegó a ver su objetivo realizado pues fue asesinado unos días antes de la firma de los acuerdos.

La Guerra del Kert, una campaña olvidada

Si en la zona occidental de los territorios asignados a España la situación cambió radicalmente en poco tiempo, en la oriental las cosas también se precipitaron a partir del mes de agosto de 1911, con unas operaciones que iban a ampliar notablemente el área de ocupación española en el Rif. La campaña pretendió llevar el dominio español hasta los límites marcados por el río Kert, y una vez más se partió de un *casus belli* de dudosa legitimidad: la agresión a una Comisión de Geógrafos que se adentró en territorio cercano al río[30]. El ataque se produjo el 24 de agosto y, según *Heraldo de Madrid*, la comisión topográfica ejecutaba trabajos planimétricos protegida por dos compañías del regimiento de África, que fueron hostigadas y debieron replegarse. El periódico madrileño destacaba el hecho de que numerosos moros de los poblados cercanos se habían batido al lado de España, por lo que se suponía que los sucesos eran obra de cabileños descontentos con la conducta que seguían los de Guelaya[31].

El caso es que García Aldave, que había sustituido a Marina al mando de la Capitanía General de Melilla, pidió rápidamente tropas, y se movilizaron 5.000 hombres al mando del general Larrea. Una vez más, no se podía decir que se enviaban a la guerra, por lo que la versión oficial fue que su objetivo era "disminuir las penalidades del servicio a las unidades ya presentes"[32], pero el recuerdo del Barranco del Lobo se avivó rápidamente tras las noticias recibidas[33]. A principios de septiembre, Canalejas se vio obligado a enviar más tropas, coincidiendo con una huelga general en Bilbao que repercutió en todo el país. No fue en origen una movilización contra la guerra, pero se trató de aprovechar el descontento que ésta generaba, y se convirtió en uno de los principales caballos de batalla de los comités sindicales en todo el país, junto a la solidaridad con los obreros de Bilbao. La respuesta de Canalejas fue una nueva suspensión de las garantías constitucionales y la férrea aplicación de la censura[34]. Aunque la huelga a nivel nacional no llegó a triunfar, demostró una vez más la postura fuertemente antibelicista de socialistas, anarquistas y republicanos, que temían la llegada de un nuevo descalabro en cualquier momento.

---

[29] Así lo señaló reiteradamente Romanones en sus memorias, en las que es muy positivo en su análisis de las actuaciones de Canalejas en el Gobierno. ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 291.

[30] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 49.

[31] "Una agresión de los moros", en *Heraldo de Madrid*, 26-VIII-1911, p. 1.

[32] MARÍN: *Atlas ilustrado*…, p. 89.

[33] Como unos años después señalaba el escritor Justo Larios de Medrano, con las nuevas hostilidades y los nuevos envíos de tropas: "Vino lo inevitable: el recuerdo de la campaña de Melilla de 1909, y con esa evocación horrible, la de una fecha trágica del mes de junio y un nombre fatídico ¡El barranco del Lobo!": LARIOS: *España en Marruecos*, p. 82.

[34] Las garantías constitucionales estuvieron suspendidas entre octubre de 1911 y enero de 1912. Las medidas fueron bastante similares a las de Maura un par de años antes, pero generaron muchas menos críticas. Para María Gajate, la clave estuvo en que Canalejas y Romanones temían más a la opinión pública, y pese a la aplicación de estas medidas, siempre tuvieron una estrategia más tolerante e inteligente respecto a la prensa. GAJATE: *Las campañas de Marruecos*…, pp. 268 y 289.

Las noticias sobre la guerra fueron bastante confusas, y se pasó de momentos en los que parecía que la campaña se terminaba a durísimos combates[35]. Las primeras operaciones se saldaron de forma bastante favorable para el Ejército español, que logró empujar a sus enemigos a la otra orilla del Kert. No obstante, el contingente rifeño no paró de crecer, entre otras cosas por las llamadas a la Yihad de su principal líder, Mohammed Amezian, "El Mizzian", que se convirtió junto a El Raisuni en el *moro* más famoso para la opinión pública española. El volumen del adversario obligó a los españoles a ampliar el número de tropas hasta tener movilizado un contingente de unos 40.000 hombres[36]. A finales de año la situación parecía más tranquila, por lo que el Gobierno comenzó a repatriar tropas, sobre todo pensando en aplacar las protestas. Sin embargo, el 22 de diciembre el harka rifeña volvió a atravesar el Kert con fuerza y la campaña se recrudeció, lo que provocó una intensificación de las protestas en España, sobre todo tras la operación del día 27 en Zazorra que se saldó con 97 muertos y 300 heridos[37]. Pese al elevadísimo número de bajas, la mayor parte de la prensa se apresuró a catalogar de exitosa la operación, y solo unos pocos hablaron de "gloria infructuosa" o de sacrificio inútil[38].

En 1912 continuaron los avances y con el paso de las semanas la situación se tranquilizó bastante, pero la campaña no se pudo dar por terminada hasta un combate menor que se produjo el 15 de mayo, en el que soldados de Regulares abatieron a El Mizzian, lo que provocó el desánimo en los rebeldes y que muchos se sometiesen al Ejército español. La muerte del líder rifeño recibió una importante cobertura informativa en España, siendo escasos los periódicos de actualidad que no le dedicaron varias columnas durante días, e incluso grandes retratos en portada[39]. Este interés se debió a la idea de que su muerte llevaría aparejado el fin de las hostilidades, predicción que se convirtió en realidad, pues pasadas unas semanas se pudo comprobar que la disolución del harka no había sido engañosa como la del anterior septiembre. La muerte de El Mizzian fue mucho más decisiva para la Guerra del Kert que la del cabecilla rebelde Antonio Maceo en 1897 para la Guerra de Cuba. Apenas 14 años separan las dos, pero la comparación resulta interesante por las abismales diferencias en la respuesta popular entre ambas. Para el caso de Maceo, la gente salió a la calle por toda España, ya fuera en grandes ciudades o pequeños pueblos, celebrando su muerte con música, fuegos artificiales o clamorosos vivas[40]. Sobre la que ahora nos ocupa, no encontramos ni una sola referencia en los periódicos de esos días a muestras populares de entusiasmo y alegría. Sí hay un discurso optimista acerca de las perspectivas que en el territorio abría el suceso, pero no pasó de ahí, y la reacción en las calles parece haber sido de absoluta

[35] Así por ejemplo el 11 de septiembre los periódicos hablaban de que el harka enemiga estaba casi disuelta y anticipaban el fin de la guerra, pero al día siguiente se daba cuenta de un duro combate con 13 soldados españoles muertos. García Aldave intentó justificar el error de apreciación de los partes oficiales alegando las dificultades de predecir los contingentes rifeños por su carácter irregular SOLDEVILLA, F.: *El Año político, Año XVII, 1911*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1912, p. 367.

[36] RUIZ ALBÉNIZ, V.: *España en el Rif*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1921, p. 192.

[37] El 31 de diciembre la Conjunción Republicano-Socialista emitía una contundente circular en la que se señalaba que había quedado clara la intención expansionistadel Gobierno, y se pedía el fin de la guerra y reducir los gastos militares para centrarse en la riqueza del país y la renovación de su cultura. "La conjunción y la guerra", en *El Socialista*, 5-I-1912, p. 1.

[38] Por ejemplo "Combates en la orilla del Kert", en *El País*, 27-XII-1911, p. 1.

[39] Así hicieron por ejemplo *Heraldo de Madrid* (16-V-1912) y *ABC* (17-V-1912). Sobre la fotografía de *ABC*, se trata de un retrato que se hizo bastante conocido para representar a El Mizzian, pero según Eduardo Maldonado no era suyo, sino de un jefe de Bu Hamara al que los españoles llamaban "el caíd Gomarí", información que no hemos podido contrastar: MALDONADO: *El Rogui*, p. 276.

[40] IGLESIAS AMORÍN, A.: *Imagen y repercusiones de la Guerra de Cuba en Galicia (1895-1898)*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2008, p. 79.

indiferencia[41]. Terminaba así una larga guerra que se había saldado con cerca de 500 muertos, pero quedaban muy lejos las exultantes demostraciones de alegría que dos años antes acompañaron las conquistas de Zeluán y Monte Arruit. Ni la gente estaba para muchas celebraciones, ni las autoridades vieron conveniente tratar de avivar un sentimiento que cada vez parecía más impopular.

El balance final de la compaña del Kert fue de 414 muertos y 1.538 bajas según la comisión de responsabilidades, una cifra que Marín Ferrer eleva a 498 muertos y 1.587 heridos[42]. Pese a registrar cuantiosas pérdidas humanas y abrir definitivamente el camino a la ocupación del Rif, la Guerra del Kert fue una de las más olvidadas en la memoria posterior del conflicto, algo a lo que contribuyeron aspectos como su fragmentación a lo largo de muchos meses o el no haber generado apenas producción literaria. Este conflicto es uno de los que nos sirve para demostrar que los españoles entre 1909 y 1921 estaban acostumbrados a la rutina de que su ejército estuviese en un estado de guerra casi constante en Marruecos, por lo que operaciones como las del Kert, aunque generasen una gran oposición de los sectores más antibelicistas, ya no resultaban algo llamativo y fueron asumidas como normales por la mayor parte de la sociedad. Periódicos como *El Socialista* insistieron constantemente en la indiferencia que parecía estar apoderándose del pueblo español al respecto y lo dañina que ésta resultaba, pues la falta de oposición favorecía la continuación de las operaciones.

Comparar la Guerra del Barranco del Lobo y la Guerra del Kert resulta muy interesante, pues fueron dos campañas de magnitud bastante similar, pero con un impacto en la memoria colectiva española completamente dispar. La Guerra del Kert registró cifras de muertos y bajas muy semejantes a las de 1909, se movilizaron más hombres y los avances territoriales fueron considerablemente mayores. Sin embargo, mientras la campaña de Melilla de 1909 se convirtió en una de las guerras de Marruecos por excelencia, la del Kert quedó para la posteridad como una campaña marginal y casi irrelevante. Una vez más, el peso mediático del conflicto y la memoria del mismo que se generó a corto plazo fueron aspectos que marcaron su relevancia futura. Así, mientras el Barranco del Lobo, con alrededor de 150 muertos, se convirtió en un hecho decisivo en la historia de España, Zazorra (o Izazorra), con 97 y varios prisioneros[43], resulta un nombre casi completamente ignorado. Por otro lado, el impacto de la protesta popular, materializado sobre todo en la Semana Trágica, contribuyó de forma clara a incrementar la gravedad que se atribuyó a los hechos de julio, y también el interés de los escritores e historiadores por ellos.

Las guerras del Protectorado

Después de arduas negociaciones entre Francia y Alemania, a las que una vez más España asistió desde la barrera, en diciembre de 1912 se establecieron definitivamente las condiciones para el surgimiento de los protectorados francés y español sobre Marruecos, con los cuales se finiquitaba la independencia que hasta entonces había logrado mantener

[41] Algo que provocó incluso reacciones indignadas como la de Sánchez Rojas en el salmantino *El Adelanto*, cuando señalaba su sorpresa ante el hecho de que la muerte de El Mizzian no pareciese interesar al pueblo: GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 273.

[42] MARÍN: *Atlas ilustrado…*, p. 99.

[43] Fueron 8 soldados españoles y un cantinero según los datos recogidos en CALVO, G.: *España en Marruecos (1910-1913): acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la campaña del Rif en 1912*, Maucci, Barcelona, 1913. El 11 de febrero de 1912 fueron liberados tras un canje de prisioneros con los rifeños: "Marruecos. El canje de prisioneros", en *La Vanguardia*, 11-II-1912, p. 11.

el sultanato. La decidida apuesta de Canalejas por ocupar varias de las ciudades que el acuerdo de 1904 reconocía bajo influencia de España favoreció que a ésta no se la olvidase en los acuerdos franco-germanos. El reparto de 1912, bastante similar al de 1904, dejaba bajo dominio español únicamente un 5% de toda la población de Marruecos, quedándose Francia con el resto, lo que incluía los territorios más ricos y fértiles[44]. A España también se le reconoció el derecho a Ifni, lugar en el que se había interpretado que estuvo Santa Cruz de Mar Pequeña, pero como un pequeño enclave dentro del área asignada a Francia. Por otro lado a Tánger, pese a los deseos españoles, se le reconocía un estatus especial que supondría su internacionalización, aunque ésta no se fijó hasta 1923[45]. Como han afirmado varios autores y como reconoció el propio Conde de Romanones, presidente entonces sustituyendo a Canalejas, el tratado fue una derrota diplomática para España, que tuvo que hacer varias concesiones y conseguía una zona pequeña, pobre y difícil de controlar[46].

El 19 de febrero de 1913 el general Alfau ocupó pacíficamente Tetuán, siguiendo órdenes del Gobierno. El hecho trajo inevitablemente al recuerdo lo sucedido en 1860, y tuvo un cierto valor simbólico, pero muy inferior al que el presidente había deseado, como reveló en sus memorias:

> Yo había recogido íntegro el programa de Canalejas, y en primer término y con mayor convencimiento que todo otro extremo cuanto se refería a la política española en Marruecos; por eso juzgué que el acto más evidente de perseverar en ella era que nuestras tropas entraran en Tetuán. Tetuán, la capital marroquí que simbolizaba para España la guerra del 60, con la epopeya que describieron nuestro Ejército y nuestros generales. Para España, Tetuán era un símbolo.
>
> Tenía yo la esperanza de que este hecho tan importante repercutiría en la opinión del país; pero en realidad, pasó casi inadvertido[47].

Quizá el conde de Romanones esperaba que la gente se lanzase a la calle para celebrar la ocupación como en 1860, porque la desmesurada atención que le prestaron los periódicos de todos los matices políticos hace difícil afirmar que el hecho pasó indavertido. Como demostró la muerte de El Mizzian en la campaña del Kert, los españoles ya no parecían tener mucho ánimo para celebrar los *triunfos* que llegaban de Marruecos, y los episodios de "júbilo popular" que acompañaron a las ocupaciones del Gurugú y Zeluán en 1909 no parecen ni tan siquiera atisbarse en la "reconquista" de Tetuán, pese a que solo hubiesen pasado cuatro años y su importancia y valor simbólico fuesen mucho mayores. Aún con esta ausencia de celebraciones, la prensa nos ofrece la sensación de que la mayor parte de la opinión pública acogió positivamente la incruenta ocupación de Tetuán, algo que encaja bien con la idea de que en la España de entonces había un notable antibelicismo, pero un anticolonialismo bastante limitado.

---

[44] Aunque en España predominó la idea del "hueso marroquí", sustentada por la evidencia de la menor riqueza del área asignada a España, varios autores de la época se afanaron por desmentir tal afirmación. Así, por ejemplo, Sánchez de Toca señalaba que el área de influencia española era una "Región de las más ricas del Imperio por los yacimientos mineros en la región del Riff, y riqueza agrícola y forestal en el resto": SÁNCHEZ DE TOCA: *La acción ibérica…*, p. 79. Manuel Ortega se refería a esa concepción peyorativa del norte de Marruecos calificándola de "leyenda": "Es opinión, generalmente admitida en España, que en la mesa de Marruecos nos han tocado todos los huesos; nada tan inexacto. Es una leyenda que es preciso desvanecer", por lo que desgranaba los diversos cultivos y producciones del territorio: ORTEGA, M. L.: *El Raisuni*, Tipografía Moderna, Madrid, 1917, p. 34.

[45] SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 250.

[46] BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 54.

[47] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 327.

El Protectorado se convirtió definitivamente en una realidad. Varios de los gobiernos de esos años intentaron dotarlo de un carácter civil y ejercer la labor "protectora" que en teoría correspondía, pero al final los esfuerzos fueron fundamentalmente de los militares, que tuvieron el control efectivo del territorio ocupado. Buena prueba del carácter militar del que se dotó el Protectorado nos la dan los presupuestos asignados a Marruecos, en los que siempre predominaron los gastos militares[48]. El primer Alto Comisario en 1912, el general Alfau, apostaba en principio por una política basada en atraerse a los jefes de las cabilas a base de dinero, pero la resistencia le fue haciendo decidirse por técnicas más brutales, como demostraba al comunicar al general Luque, Ministro de la Guerra, que era "de gran conveniencia el decapitar a los moros por el efecto moral que produce en las masas, pero no conviene se diga que nosotros lo consentimos". Éste le respondió: "a mí me parece todo el rigor poco, así que podéis decapitar todos los moros que podáis, pero nuestra civilización no nos permite hacerlo público, así que puedes decírmelo a mí, que en este punto disfrazaré la verdad"[49]. De este modo, la presunta "labor protectora" se iba a traducir en una guerra tras otra contra las cabilas del área de influencia española.

A finales de 1913 en la zona occidental había 102 posiciones y guarnecían el territorio unos 22.000 hombres[50]. En junio de 1913 habían empezado nuevas hostilidades cerca de Tetuán, en buena medida porque muchos de los montañeses estaban descontentos con el juego a dos bandas de El Raisuni y escogieron otro Sultán de Yebala. Luego el propio Raisuni se rebeló contra los españoles y hubo diversos combates hasta 1915. El goteo de operaciones militares, bajas y muertes volvía otra vez a ser constante, y con ello la oposición repuntaba de nuevo, aunque las protestas contra la guerra en Marruecos se habían convertido en algo casi estructural en la España de entonces. Entre las iniciativas más destacadas estuvo la gran campaña de recogida de firmas emprendida por los socialistas, que tenía el objetivo de alcanzar el millón de firmas contra la guerra. Según Andrèe Bachoud en Madrid llegó a firmar el 9% de la población, lo que suponía una cifra impresionante[51].

El año 1915 supuso un punto de inflexión que dio paso a los años más tranquilos de la década en el norte de Marruecos. Para ello operaron fundamentalmente dos factores: la Gran Guerra europea y el cambio de rumbo de la Alta Comisaría. Respecto a la Gran Guerra, en la que España fue neutral, se quiso trasladar esa neutralidad al Protectorado, limitando las operaciones militares al mínimo imprescindible. En la Alta Comisaría fue fundamental el cambio del general Marina por Fernando Gómez Jordana, tras la dimisión del primero por un incidente que también salpicó a Silvestre, que no volvería a Marruecos hasta 1919[52]. Gómez Jordana había estado al frente de la Comandancia de Melilla, en la que había llevado a cabo una eficaz labor de atracción de las cabilas, y trató de ponerla en marcha en todo el Protectorado. Su apuesta por intervenir con decisión a favor de los aliados de España no tuvo suficiente respaldo por parte de los políticos[53], cuyas posturas

[48] Por ejemplo en 1925, con el Protectorado ya consolidado y en una situación de guerra abierta, de un total de 124 millones, 110 iban destinados a gastos militares, 6,7 al presupuesto del jalifa y apenas 8 millones a la acción civil española: BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 60.

[49] Cit. en BALFOUR, S.: "El otro moro en la guerra colonial y la Guerra Civil", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, p. 98.

[50] MARÍN: *Atlas ilustrado…*, p. 107.

[51] BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 212.

[52] El incidente fue la muerte de Akalai, un emisario que llevaba salvoconducto del propio Marina. Se produjo una investigación, con el Gobierno intentando tapar el asunto, y al final Silvestre y Marina fueron relevados. El primero se convirtió en jefe de la Casa Militar del Rey y el segundo fue condecorado.

[53] Incluso propuso un desembarco en Alhucemas.

oscilaron con demasiada frecuencia, algo que no resulta extraño si tenemos en cuenta que, durante su etapa en la Alta Comisaría (1915-1918), Jordana estuvo bajo 8 gobiernos y hasta 57 ministros que tuvieron jurisdicción en Marruecos (Guerra, Marina, Gobernación, Fomento, Estado y Hacienda)[54]. De todos modos, la estrategia de Jordana respondía bien a la conveniencia de la paz por la Gran Guerra y la hostilidad de las cabilas amainó considerablemente en esos años. Alemania trató de promover el levantamiento de Marruecos contra Francia, en una campaña que también repercutió en la zona española. La política de pagos germana para ganarse apoyos y la labor de sus agentes fortalecieron la resistencia contra la colonización. El principal objetivo alemán era conseguir devolver al sultanato a Muley Hafid, que había sido destronado en 1912 y residía en España[55], pero no lo lograron.

Entre la enorme atención que la opinión pública española prestó a la conflagración europea y la reducción en el volumen de operaciones en Marruecos por parte del Ejército español, resulta muy fácil entender el descenso de la preocupación por lo que sucedía en el Protectorado en estos años. Del mismo modo, en las constantes protestas sociales de la España de estos años, el tema marroquí redujo notablemente su incidencia, aunque no desapareció del discurso de los manifestantes[56].

Gómez Jordana falleció en su despacho en 1918 y fue sustituido por Dámaso Berenguer, que volvió a apostar por la política de avances y control efectivo, lo que reabrió las hostilidades con El Raisuni. El 12 de julio tuvo lugar en Cudia Rauda uno de los episodios más sangrientos de la década para el Ejército español, que fue dispersado por el harka de El Raisuni en una operación en la que tuvo 79 muertos (de los que 39 eran españoles y el resto Regulares). Las noticias del descalabro fueron bastante confusas y los periódicos no llegaron a dar una visión clara de lo que había sucedido, con afirmaciones como la de que toda la tropa muerta era indígena[57]. Aún así, el incidente fue olvidado al poco tiempo y, cuando el 8 de octubre Silvestre llegó a la posición y pudo enterrar a los cadáveres, las noticias fueron casi siempre escuetas descripciones que dejaban bastantes cosas en el aire:

> Comunican de Tetuán que en estos días han sido enterrados los cadáveres de los 53 soldados que en el mes de julio fueron muertos por los moros en la posición de Cudia Rauda. No han sido identificados, se les ha enterrado en el mismo lugar en que se hallaban[58].

Cudia Rauda fue un episodio con los elementos característicos de un desastre colonial: se perdió la posición y las tropas españolas hubieron de retirarse desordenadamente y dejando docenas de cadáveres en el campo de batalla que no se recuperarían hasta varios meses después. Los 79 muertos eran alrededor de la mitad de los del Barranco del Lobo, pero la repercusión del episodio fue ínfima si la comparamos con la de 1909. El que casi la mitad de los muertos fuesen regulares indígenas era un elemento que permitía reducir el impacto sobre la opinión pública, muy explotado por los

[54] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 69.
[55] Romanones, en sus memorias, da muchos detalles sobre la información que llegó a su poder acerca de los tejemanejes alemanes. Vid. ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 401 y ss.
[56] La protesta contra la guerra relegada casi en exclusiva al movimiento obrero, que nunca la retiró de sus demandas en todos estos años. En 1915, en el congreso socialista celebrado en noviembre se aprobaba reiterar la protesta contra la guerra de Marruecos, pidiendo a los Poderes públicos su terminación. También se alertaba de que se opondrían a cualquier intervención de España contra la República portuguesa. "Congreso socialista", en *La Época*, 3-XI-1915, p. 2.
[57] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 72.
[58] "Marruecos. Las nuevas posiciones ocupadas", en *El Globo*, 15-X-1919, p. 1.

partes oficiales que empezaron a abusar del recurso "bajas en su mayoría indígenas", sin más detalles. Además, con la confusión y la ausencia de listas de fallecidos las autoridades pudieron mitigar aún más las repercusiones de un descalabro que cayó en el olvido para la memoria colectiva española[59].

Silvestre había vuelto el 23 de julio, y su presencia en la comandancia de Ceuta se bastaba para demostrar que ahora se iba decididamente contra El Raisuni, pues ambos eran enemigos irreconciliables. De hecho, la relación entre estos dos personajes resultó muy atractiva para el público español de la época, e hizo correr ríos de tinta en su momento y en la historiografía posterior. Especialmente famosa se hizo una metáfora de cherif yebalí sobre la relación entre ambos, de la que se dieron tantas versiones que resulta difícil precisar hasta qué punto pudo ser cierta:

> Tú y yo formamos la tempestad; tú eres el viento furibundo; yo el mar tranquilo. Tú llegas y soplas irritado; yo me agito, me revuelvo, estallo en espumas. Ya tienes ahí la borrasca. Pero entre tú y yo hay una diferencia: que yo como el mar jamás me salgo de mi sitio, y tú como el viento jamás estás en el tuyo, en uno solo[60].

Sean o no ciertas, estas palabras se hicieron con un hueco preferente en la memoria, siendo raro el estudio que se refiera a estos dos personajes sin hacerse eco de ellas. Las múltiples versiones afectaron a varios episodios más entre Silvestre y El Raisuni, como la presunta liberación por parte del primero de unos prisioneros que el segundo tenía en condiciones inhumanas. Para Juan Pando se trató de una invención del influyente periodista y escritor López Rienda que iba a ser decisiva para el futuro, no solo de Silvestre, sino de España en general:

> López Rienda, al convertir en hazaña de Silvestre lo que lo que éste no hizo pero sí consintió, abrirá puertas a su fama, pero le hundirá como político. En el naufragio se irá a pique la España alfonsina y colonial. Y la leyenda será tal que la seguirán muchos, empezando por Tomás García Figueras[61].

Las múltiples historias que se difundieron y el halo de aventura que envolvió a este yebalí lo convirtieron en el marroquí más famoso para la opinión pública española de toda esta etapa. Además de proliferar sus biografías hubo un profundo debate (en prensa, ensayos, las sesiones del Congreso, etc.) sobre si se debía seguir contando con él después de que hubiese demostrado que su lealtad a España era más que dudosa[62]. Silvestre siempre había considerado que derrotarlo era la única opción, pero el Gobierno español cambió de criterio en múltiples ocasiones, una clara muestra de la desorientación y ausencia de una planificación metódica al respecto[63].

---

[59] El que no se pudiesen reconocer los muertos cuando se recuperaron los cadáveres meses después demostraba también la ausencia de sistemas eficaces de identificación, como medallas individuales, que no se implantarían hasta después del Desastre de Annual.

[60] ORTEGA, M. L.: *El Raisuni*, Tipografía Moderna, Madrid, 1917, p. 112. El propio Manuel Ortega recoge otra, menos poética: ORTEGA: *El Raisuni*, p. 139. También Larios de Medrano recogió la comparación, como el final de una enconada discusión entre ambos: LARIOS: *España en Marruecos*, p. 55.

[61] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 62.

[62] De entre sus biografías destaca especialmente la obra *El Raisuni. Sultán de las montañas*, de la escritora británica Rosa Forbes, a la que el cherif concedió largas entrevistas en 1923 (Fue originalmente publicada en 16 artículos del *The Daily Telegraph*, y luego también en otros periódicos de Gran Bretaña y Francia), la obra de Manuel Ortega antes aludida, así como varias publicaciones de Tomás García Figueras, que tuvo que negociar con él con frecuencia y se convertiría en su principal biógrafo. TESSAINER: *El Raisuni*, p. VIII.

[63] TESSAINER: *El Raisuni*, p. 322.

La campaña de Berenguer en la zona occidental fue cercando a El Raisuni hasta dejarlo cada vez más aislado, al mismo tiempo que el área directamente controlada por España iba en aumento. Fueron especialmente destacadas las operaciones sobre el Fondak y, sobre todo, la conquista de Xauen el 14 de octubre de 1920. Esta ciudad era un centro religioso de gran valor simbólico y los marroquíes decían que nunca había caído en manos de infieles. Aunque los historiadores actuales atribuyen el mérito de la toma incruenta de la ciudad al teniente coronel Castro Girona y su habilidad diplomática, los méritos los recogió Berenguer, que incluso recibió el título de Conde de Xauen. Aunque apenas acaparó portadas, la ocupación de Xauen (denominada en España en 1920 como Xexauen) recibió una importante cobertura informativa en la prensa española, y fue vista como un episodio fundamental para la pacificación de la zona, aunque no suponía la derrota de El Raisuni[64].

Marruecos, un feudo de los militares

Pese a varios intentos de la clase política por dar una orientación más civil al Protectorado, fue el Ejército español quien en mayor grado ejerció el control del mismo, así como el más interesado en mantener la guerra en Marruecos. La propia organización del Protectorado, con tres comandancias (Ceuta, Melilla y Larache) y por encima de ellas un Alto Comisario, era un reflejo de la preponderancia militar en la administración del Marruecos español.

En 1910 el general Luque había restablecido los ascensos y condecoraciones por méritos de guerra, lo que generó mucha polémica entre los oficiales que veían en Marruecos un lugar ideal para rápidos ascensos, encantados con la medida, y sectores peninsulares cuyo descontento iba a contribuir a la creación de las Juntas de Defensa. Los datos revelan que las campañas en Marruecos fueron una mina de ascensos y condecoraciones. Para la etapa 1909-1913 se concedieron 132.925 condecoraciones y 1.587 ascensos "por méritos de guerra"[65]. Estas cifras avalaron el argumento, defendido por numerosos autores, de que las campañas de esta etapa se emprendieron más por el deseo de los militares que por razones de índole estratégico o comercial[66]. No obstante, también es evidente que éstos no podrían haberlas llevado a cabo sin la aprobación de los políticos.

Además de este continuo reparto de premios, de las campañas de Marruecos siguieron surgiendo *héroes* a los ojos de la opinión pública española, aunque en todos estos años no hubo ninguno que trascendiese como lo hizo el cabo Noval. Se habló constantemente de gestas y hazañas, pero los homenajes fueron más modestos y pocos nombres al margen de los principales jefes se hicieron verdaderamente conocidos. Aún así fueron muy numerosas las laureadas concedidas, en mucha mayor proporción a oficiales que a soldados de baja graduación. Entre los múltiples ejemplos de figuras ensalzadas podemos destacar al teniente de Sanidad Militar Manuel Ruigómez Velasco: según el parte oficial y lo que reflejaron los periódicos, en el episodio de Cudia Rauda estuvo 42 horas sin comer ni dormir atendiendo a más de 40 heridos en la línea de fuego,

[64] VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 205.
[65] Según los datos que Juan Pando obtuvo de la relación que el general Juan de Ampudia facilitó a Antonio Maura. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 41.
[66] Por ejemplo MORALES LEZCANO, V.: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Universidad de Granada, Granada, 2002 (revisión del original de 1976), p. 165.

y se jugó la vida para sacar a un oficial herido del campo de batalla, lo que pudo lograr pese a la muerte del practicante que le estaba ayudando[67].

El asunto de las condecoraciones y ascensos fue uno de los que más preocupó al estamento militar, pero la sociedad en general estaba mucho más atenta al del reclutamiento militar, que se había convertido en foco capital de inestabilidad social desde 1909. Ese año se había suprimido la exención en metálico, pero la medida duró unos meses. Sin embargo, el 27 de febrero de 1912 José Canalejas ponía fin a más de dos siglos del sistema de quintas implantando la ley del servicio militar obligatorio. Pese al teórico logro social que suponía la medida, la presión de los ricos llevó a la aparición de un sistema híbrido, en el que todos los llamados a filas tenían que pasar por el cuartel y recibir cierta formación, pero haciéndose cargo de los gastos del equipo y pagando una cuota de 1.000 ó 2.000 pesetas podían escoger guarnición y servir solo 10 ó 5 meses en lugar de tres años[68]. El rechazo a la guerra que de algún modo suponía la exención en metálico pasó ahora a demostrarlo el pago de la cuota, que convivió con los sistemas tradicionales para huir del reclutamiento. Especial magnitud registraron la deserción, que de un 10,31% en 1909 había pasado a un 22,09% en 1914[69]; o las exenciones médicas, a menudo forzadas por los implicados, y que habían alcanzado un 27% a la altura de 1912[70]. Estos datos mostraban hasta qué punto había aumentado el miedo a combatir en Marruecos, y su distribución geográfica resulta un excelente reflejo de las desigualdades económicas. Por ejemplo, entre 1912 y 1920 los "cuotas" de Barcelona eran alrededor del 25-30% del contingente provincial, mientras que en Almería no llegaban al 2%[71]. Como es lógico, en estas zonas donde menos gente se podía permitir pagar la cuota, deserciones y exenciones médicas eran mucho más numerosas.

De todos modos, la instauración del servicio militar obligatorio, que cumplía solo a medias el "o todos o ninguno", no sirvió para aplacar a los grupos que más protestaban contra la guerra, y continuó la movilización contra el reclutamiento y la sangre vertida. Sin embargo, los políticos habían aprendido de sus errores y, entre otras cosas, los envíos de soldados se hicieron mucho más repartidos, evitando las grandes despedidas que podían servir de acicate para protestas. También se buscó mitigar la oposición con la utilización de tropas marroquíes en el Ejército español, que permitiesen reducir el reclutamiento y especialmente las bajas de tropas metropolitanas, que era lo que más incomodaba a la opinión pública. La creación de los Regulares, una fuerza de choque de mercenarios indígenas, fue aprobada en 1910, y hasta 1921 su empleo se consideró muy beneficioso. Los Regulares tuvieron un cierto impacto en el imaginario, pues a los típicos "moros amigos" ahora se sumaban múltiples unidades de soldados marroquíes que formaban parte del Ejército español y se enfrentaban al "moro malo", obteniendo además un cierto prestigio. La definición del Otro se hacía cada vez más compleja, pues cada vez era más difícil englobarlo en el genérico concepto de *moro*.

Si el reclutamiento de reservistas fue muy criticado por la opinión pública, también la abultada oficialidad del Ejército español estuvo en el ojo del huracán de las críticas que entonces se vertieron. No resulta extraño si tenemos en cuenta que antes del Desastre de Annual había en España un oficial por cada cuatro soldados, mientras que la proporción en Alemania e Italia era de 1/20 y en Francia de 1/23. Hubo que esperar a las

[67] "España en Marruecos", en *La Época*, 26-VII-1909, p. 2. Manuel Ruigómez sería finalmente recompensado con la Cruz Laureada de San Fernando por su comportamiento.

[68] Para un estudio más detallado de los cambios en los sistemas de reclutamiento en esos años Vid. FERNÁNDEZ VARGAS: *Sangre o dinero*.

[69] BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, p. 145.

[70] Aspectos como los 48 kilos de peso establecidos como mínimo llevaban a muchos individuos a dietas brutales para lograr evadirse sin incumplir la ley.

[71] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 279

reformas posteriores a 1921 para que se alcanzase una cifra más razonable como era un 1/17[72]. Otros aspectos que concitaron numerosas críticas a los militares fueron la elevada corrupción (demostrada por los escandalosos niveles de enriquecimiento ilícito por vías como el contrabando) o la evidente falta de equipamiento y preparación que afectaba a muchas unidades.

Al margen de la imagen que del Ejército se formó fuera de él, hay que considerar la importancia de la que éste proyectó hacia sí mismo. Como ha señalado Gabriel Cardona, Marruecos contribuyó a formar una nueva mentalidad militar, especialmente en la infantería. Buena parte de la oficialidad destinada en el Protectorado se sentía cómoda en aquel territorio, "organizado como un gran campamento, sin oposición política ni opinión civil" [73]. Al mismo tiempo, se distanciaba de la oficialidad que seguía en la Península, que se sentía molesta por las posibilidades de buenos sueldos y rápidos ascensos que otros tenían, factor decisivo en la aparición de las Juntas de Defensa, que tendrían un papel muy importante en esta etapa[74]. Michael C. Hall las ha definido como un "conjunto poco rígido de asociaciones, formadas por oficiales del Ejército y dedicadas a la defensa de los intereses de sus miembros y la promoción de un programa político vago de regeneración nacional"[75]. Su principal razón de ser se hizo patente en sus demandas, que se referían sobre todo a los sueldos (buscaban la equiparación de los peninsulares con los de Marruecos) y a los ascensos (que en su opinión debían ser por antigüedad y no por méritos)[76]. Los *junteros* consideraban que existía un evidente clientelismo respecto a los ascensos, y que incluso se llevaban a cabo operaciones con el único fin de justificarlos. Como años después señaló Indalecio Prieto, había episodios cuyos logros alcanzaban "a quienes a la hora del supuesto o real combate estaban viendo los toros en Málaga o jugando al póquer en la Gran Peña de Madrid"[77]. La presión de las Juntas llevó en buena medida a que el Gobierno cediese a sus demandas, por lo que en 1918 se suspendieron los ascensos por méritos que Luque había restablecido en 1910, de modo que solo el Parlamento podía concederlos extraordinariamente. La medida generó un notable resentimiento entre los *africanistas*, y contribuyó decisivamente a la radicalización de la oposición con los *junteros*[78]. Las tirantes relaciones entre ambos grupos en estos años se convirtieron sin duda en uno de los temas más analizados por la historiografía hasta la actualidad.

[72] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 78. Payne, basándose en el Anuario Militar de 1906 hablaba de que esta proporción era 1/8, por lo que si los datos de Pando son correctos se duplicó en poco más de una década. PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 85.

[73] CARDONA: *El problema militar en España*, p. 129.

[74] Para las culturas militares en la España de esos años Vid. BALFOUR y LA PORTE: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36", pp. 307-332. Los autores consideran que además de africanistas y junteros, es conveniente analizar lo que ellos han definido como "cultura militar peninsular" (oficiales sin vocación colonial que llevaron a Marruecos sus prácticas coloniales) y "cultura militar política" (Oficiales enviados, especialmente por Azaña durante la II República, buscando su lealtad con el régimen).

[75] HALL: *Alfonso XIII y el ocaso…*, p. 201.

[76] Los ascensos por méritos perjudicaban claramente a los cuerpos de Artillería e Ingenieros en beneficio de Infantería y Caballería. BALFOUR y LA PORTE: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars", p. 320.

[77] "Con motivo del proyecto de recompensas, Indalecio Prieto juzga la catástrofe de Marruecos y pide la repatriación del Ejército" [Discurso parlamentario, 4-V-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*.(2ª parte), p. 34.

[78] Para un completo análisis sobre los enfrentamientos entre los *africanistas* y *junteros* Vid. BALFOUR y LA PORTE: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars", pp. 307-332.

¿El fin del entusiasmo patriótico?

La progresiva reducción en la magnitud de las manifestaciones populares a favor de las guerras en Marruecos es un proceso fácilmente constatable que únicamente sufre una breve ruptura en septiembre de 1909 con las ocupaciones de Zeluán y el monte Gurugú, que devolvieron a las calles un repertorio de celebración que parecía haber desaparecido desde 1898. No obstante, no hubo continuidad, y en la década de 1910 el entusiasmo parece haber quedado relegado a la palabra escrita, pues la satisfacción por los avances en periódicos, ensayos u obras literarias no se puede constatar en las calles con las aclamaciones y el enardecimiento típicos en otros momentos.

Las despedidas de tropas todavía provocaban de vez en cuando grandes aglomeraciones, como la que tuvo lugar en Salamanca en julio de 1913, cuando 7.000 personas despidieron a los jóvenes de la provincia que partían hacia Marruecos. Sin embargo, una vez partieron la prensa salmantina mostró poco interés por seguir la pista de estos hombres[79]. Además, despedidas como ésta fueron menos comunes que en etapas anteriores porque las autoridades se afanaron por hacer muchos envíos de pequeña magnitud, limitando con ello el alcance de las concentraciones, cuyas consecuencias eran muy temidas desde 1909.

Después de las operaciones más exitosas no hubo apenas celebración en las calles, colgaduras, bandas de música y demás elementos del repertorio festivo que tantas veces se había repetido en los años anteriores. Episodios importantes para el avance español como la muerte de El Mizzian o las ocupaciones de Tetuán y Xauen tuvieron una gran repercusión en la prensa, que en general los acogió favorablemente, pero no dieron lugar a demostraciones populares de alegría. Ni en la prensa de Madrid y Barcelona, ni en la prensa local consultada, hemos encontrado referencias en este sentido[80]. Únicamente pudimos constatar que en Ceuta, al recibirse la noticia de la toma de Xauen, tuvo lugar una manifestación espontánea, cuyos participantes cogieron la bandera española del Círculo Reformista y recorrieron con ella las calles de la ciudad, en la que se iluminaron algunos edificios. La manifestación incorporó música y hubo vítores y aplausos hasta las 10 de la noche[81]. En la Península encontramos referencias a algunas muestras de celebración relacionadas con los militares, como la suspensión de las clases prácticas en la Academia de Infantería de Toledo o el indulto a los alumnos e individuos de tropa que sufrían arresto[82], pero tuvieron un alcance muy limitado.

La entrada en Xauen fue señalada como una de las mayores glorias de años de acción española en África, y se consideraba merecedora de producir verdadera satisfacción "a todo buen español"[83]. Numerosas entidades, corporaciones y particulares enviaron al Ministro de la Guerra telegramas y cartas de felicitación por el resultado de las operaciones que habían permitido dicha ocupación[84], pero las noticias telegráficas de actualidad enviadas desde provincias se centraban en los conflictos sociales y no aludían a las repercusiones del éxito en Marruecos. Siete años antes la ocupación de Tetuán se caracterizó por un discurso semejante: según *El Noroeste*, de Gijón, toda la prensa, con

---

79 GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 292.

80 Para este aspecto hemos analizado sobre todo prensa gallega y asturiana (*El Compostelano*, *El Eco de Galicia*, *El Progreso*, *El Noroeste*… y toda ella nos ofrece la misma imagen). Tampoco en la prensa de Madrid y Barcelona, que en su sección telegráfica siempre recogía las noticias sobre muestras de entusiasmo por toda la geografía nacional, se aprecia nada más que algunas manifestaciones muy concretas, como la de Ceuta.

81 "La ocupación de Xexauen", en *La Época*, 15-X-1920, p. 3.

82 "Las tropas españolas en Xexauen", en *El Imparcial*, 16-X-1920, p. 1.

83 "La ocupación de Xexauen", en *La Correspondencia de España*, 15-X-1920, p. 5.

84 "Nuestra acción en Marruecos", en *La Libertad*, 19-X-1920, p. 4.

independencia de su orientación política, acogía con satisfacción la entrada en la ciudad, elogiaba al general Alfau y aclamaba a los soldados españoles. Sin embargo, no se daba cuenta en todos esos días de ninguna manifestación de entusiasmo al respecto en alguna localidad del Principado, mientras que eran constantes las relacionadas con la conflictividad obrera. Únicamente se aludía al júbilo que había provocado entre la colonia española de Tánger[85].

Las dos principales ocupaciones por parte de España en esos años, Tetuán y Xauen, se derivaron más de la acción diplomática que de operaciones militares. Para el coruñés *El Eco de Galicia*: "Como Larache y Alcázar, la Reconquista de Tetuán no significará en la historia el trofeo de una aventura guerrera sino los laureles incruentos de un hermoso triunfo de la diplomacia"[86]. La ausencia de *gloriosas* batallas que llevasen a la ocupación de estas ciudades, como había sucedido con Tetuán en 1860 o con Zeluán y el Gurugú en 1909 puede parecer un elemento importante en esta falta de celebraciones populares. No obstante, nos parece que este factor no es decisivo, como había demostrado la misma falta de reacciones ante la muerte de El Mizzian y el fin de la Guerra del Kert. Hasta que el Desastre de Annual volvió a reactivar los ánimos belicistas en la sociedad española, como también lo hizo con la oposición a la guerra, estos años de transición entre 1909 y 1921 parecen caracterizarse por un marcado descenso en ambos sentimientos.

Creación literaria de esta etapa intermedia

La campaña de 1909 marcó el inicio de una recuperación del tema marroquí en la literatura española que ya no se iba a detener en los años siguientes. A partir de 1912, el establecimiento del Protectorado generó una importante necesidad de personal burocrático, que se unía al militar que llevaba creciendo notablemente desde 1909. Esto posibilitó que desde entonces hubiese mucha más gente conocedora de primera mano de la realidad sobre la que iba a escribir, algo que sin duda se hace notar en la producción ensayística y literaria. De todos modos, si exceptuamos las obras ambientadas en la campaña de 1909, en los relatos de ficción sobre Marruecos de esta etapa predominan los temas exóticos sobre los bélicos, y no sería hasta después de Annual cuando éstos se convertirían en claramente predominantes.

Entre los autores más prolíficos de estos años destaca el granadino Isaac Muñoz, un exponente del exotismo orientalista español que tenía Marruecos como escenario preferente. Muñoz buscaba un oriente estético alejado de ideales positivistas, por lo que recurría con frecuencia a la tragedia y la crueldad, así como también a un marcado carácter sensual y erótico[87]. Entre sus novelas podemos citar *La fiesta de la sangre* (1909), *Bajo el sol del desierto* (1914) o *Esmeralda de Oriente* (1914); pero también fue un prolífico ensayista, como demuestran *La agonía del Magreb* (1912), *Política colonialista* (1912), *Por tierras de Yebala* (1913), *La corte de Tetuán* (1913) y *El país de los cherifes* (1913). Isaac Muñoz resulta todavía un buen exponente del exotismo orientalista que fue característico a finales del XIX, demostrando que el estilo todavía mantenía vigencia en el siglo XX. No obstante, con el triunfo del realismo y la propia dureza de las campañas militares se fue superando, y cada vez fue menos habitual.

Fue habitual que los autores de obras literarias ambientadas en Marruecos fuesen también autores de ensayos sobre el Protectorado. Otro ejemplo es el de Antonio Vera Salas, militar destinado allí que escribió los ensayos *Porvenir de España en Marruecos*

[85] "La toma de Tetuán"; en *El Noroeste*, 20-II-1913, p. 1.
[86] "En Tetuán", *El Eco de Galicia*, 20-II-1913, p. 1.
[87] CARRASCO.: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 62.

(1916) y *El Rif Oriental* (1918), pero que también se alejó del tema militar para escribir ficciones amorosas como *Zoraida* (1916).

La producción ensayística fue mucho mayor que la literaria. Se centró en aspectos como analizar la situación previa a la ocupación española en el norte de Marruecos, desgranar los avatares de la presencia española o tratar de indicar las líneas de actuación que se consideraban más eficaces de cara a futuras actuaciones. Algunas obras los combinaban todos, como la amplia biografía que sobre El Raisuni publicó en 1917 Manuel L. Ortega[88]. El prólogo, de Tomás Maestre, es un buen reflejo de las pretensiones y objetivos que caracterizaban estos trabajos, definiendo así la obra:

> Es uno de nuestros buenos libros modernos que tratan de la acción de España en el Imperio marroquí, y tiene por objeto, digno de todo aplauso, alentar el alma española para que atraviese el Estrecho de Gibraltar y constituya y complete definitivamente su Patria, uniendo bajo una misma civilización en íntima solidaridad nacional la raza íbera que habita hoy en la Península y en el Norte africano[89].

Ortega analizaba cuidadosamente la trayectoria del líder yebalí desde sus orígenes, y desgranaba en detalle sus relaciones con los españoles. Muy positivo con El Raisuni, del que trataba de eliminar los tópicos negativos, creía imprescindible el entendimiento con él para asegurar la paz, contrastando las diferencias entre "estos días del año 1916, en que nuestras tropas dominaban kilómetros y kilómetros de terreno, sin derramar una gota de sangre, y aquellos otros de 1913 y 1914, en que perdió España millares de soldados a las vistas de los muros de Tetuán y en las llanuras del Sahel y la Garbía"[90]. Para él, la diferencia entre una y otra situación era la colaboración con El Raisuni, y por eso ensalzaba la labor diplomática de Jordana e instaba a seguirla en el futuro.

Finalmente, debemos señalar la existencia de una serie de obras, de escasa tirada y relevancia, dedicadas a recoger diversa información sobre los soldados caídos o que llevaron a cabo diversas proezas, con el objeto principal de divulgar su memoria. Uno de los más significativos es *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, publicado en 1917 por Tomás García Figueras, que por entonces era un joven teniente, pero con los años se convertiría en el autor español sobre Marruecos más prolífico de su tiempo. La obra es un repaso a la trayectoria de 5 soldados muertos entre 1909 y 1915. Además de una serie de panegíricos, incluye aspectos diversos sobre el tratamiento que se dio a la memoria de esos soldados que tenían en común su relación con Sevilla y su muerte en Marruecos. García Figueras se mostraba como un entusiasta del Ejército, afirmando sentirse obligado "a exteriorizar y difundir la dulce emoción con que vimos el patriótico comportamiento de nuestros compañeros", a la que además unía el "íntimo convencimiento de que sus nombres gloriosos deben inmortalizarse para que sean pronunciados por las futuras generaciones a las que servirán de sacrosanta emulación"[91]. Vemos, pues, una clara intención memorística, especialmente considerando la memoria como un elemento indispensable en la educación patriótica de los más jóvenes. En esta misma línea consideraba "la ineludible obligación que nos asiste de educar en el sacrificio a nuestra juventud, enseñándole claramente el camino del honor que es el que nuestros héroes

[88] ORTEGA: *El Raisuni*.
[89] MAESTRE, T., prólogo en ORTEGA: *El Raisuni*, p. VIII.
[90] ORTEGA: *El Raisuni*, p. 167.
[91] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, Imprenta de Francisco Díaz y Comp., Sevilla, 1917, p. 12.

trenzaron en su morir grandioso"[92]. En cada una de las pequeñas biografías resaltó los homenajes que habían ayudado a este fin, como la colocación de placas y lápidas, las dedicatorias de calles, las exequias fúnebres o la concesión de condecoraciones, como la Cruz Laureada, que cuando no había sido otorgada suponía en su opinión un "olvido" que urgía reparar[93].

Con tantos años de constantes guerras y miles de españoles combatiendo en Marruecos, no es de extrañar que, además de inspirar diversas novelas y ensayos, el conflicto marroquí fuese un elemento característico del imaginario popular de la época. Así, poemas y coplillas como los que vimos en el capítulo anterior fueron muy comunes y su recuerdo se mantuvo durante generaciones.

Con mucha diferencia, la más popular de estas composiciones fue *La banderita española*, que se convirtió en una especie de himno nacional durante las guerras de Marruecos[94]. *Cádiz* y *El dúo de la africana*, que habían ejercido casi como himnos a finales del XIX, para entonces ya habían perdido todo su protagonismo, y este pasodoble alcanzó, tanto por su música como por su letra, una popularidad asombrosa. Formaba parte de *Las Corsarias*, del compositor Francisco Alonso, y la letra fue escrita por Enrique Paradas y Joaquín Jiménez. El estreno se produjo el 31 de octubre de 1919 en el teatro Martín de Madrid, y a partir del día siguiente los periódicos ya hablaban de "gran éxito", público "muy complacido", "son diariamente ovacionados todos los artistas", "obra entretenida, vistosa, con gracia" o "el éxito teatral más definitivo" [95]. En general, esta obra cómica fue un éxito de crítica, aunque recibió duras censuras desde ciertos sectores católicos. En el periódico *La Lectura Dominical* se la consideraba una indecencia, especialmente por su corte erótico y la forma grosera en que hablaba el fraile, uno de los protagonistas[96]. En Bilbao llegó a haber protestas con motivo de su representación, que incluso obligaron al gobernador civil a retirarla del cartel[97]. Pese a la polémica, sus 252 representaciones en Madrid la convirtieron en el mayor éxito de la temporada de su estreno (1919-1920), y logró repetir en la siguiente, con otras 246[98]. Desde el primer momento, el pasodoble *La banderita española*, también conocido como *Banderita*, se convirtió en símbolo de la obra teatral, y también en su parte más aplaudida.

La letra del pasodoble es una intensa exaltación de la bandera española y su importancia para los soldados que están lejos de su patria. Aunque apenas tiene referencias a Marruecos, la asociación era inevitable porque aquella era la única campaña exterior que entonces libraba España. Además, la referencia directa de su comienzo no dejaba lugar a dudas: "Allá por tierra mora / allá por tierra africana / un soldadito español / de esta manera cantaba". La parte más sonada fue la última estrofa, cuyo nivel de popularidad estuvo al alcance de muy pocas rimas en la España de los años siguientes:

Banderita tú eres roja

---

[92] GARCÍA FIGUERAS, T.: *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, Imprenta de Francisco Díaz y Comp., Sevilla, 1917, p. 12.

[93] Como en el caso de Juan Rabadán Alcalá, para el que se abrió juicio pero nunca se resolvió. GARCÍA FIGUERAS, T.: *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, Imprenta de Francisco Díaz y Comp., Sevilla, 1917, p. 91.

[94] SERRANO: *El nacimiento de Carmen*, p. 158.

[95] "Los estrenos", en *El Día*, 1-XI-1919, p. 4; "Noticias e informaciones tetrales", en *La Correspondencia de España*, 4-XI-1919, p. 4; "Mentidero Teatral", en *El Mentidero*, 15-XI-1909, p. 7; "Informaciones tetrales", en *La Correspondencia de España*, 10-XI-1919, p. 4.

[96] "Crónica teatral", en *La Lectura dominical*, 8-XI-1919, p. 722.

[97] Se produjeron en el teatro Arriaga el 2 de febrero de 1920. DOUGHERTY, D. y VILCHES DE FRUTOS, Mª F, *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y Documentación*, Fundamentos, Madrid, 1990, p. 21.

[98] DOUGHERTY y VILCHES: *La escena madrileña entre 1918 y 1926*, pp. 67 y 71.

banderita tu eres gualda
llevas la sangre, llevas el oro
en el fondo de tu alma,
y el día que yo me muera
si estoy lejos de mi patria
sólo quiero que me entierren
con la bandera de España

Tal fue el éxito de este pasodoble y su importancia como símbolo que a Francisco Alonso se le concedió la Gran Cruz de Alfonso XIII. Resulta aquí inevitable acordarnos de Juan de Castro, autor del *Himno Marcial* al que nos referimos en el capítulo dedicado a la Guerra de África, quien recibió la misma condecoración de Isabel II. Sin embargo, mientras la composición de Juan de Castro fue cayendo en el olvido una vez se hubo terminado la guerra, la de Francisco Alonso mantuvo su popularidad a lo largo de muchas décadas[99]. Ironizando sobre la fama de la composición, un texto humorístico publicado en agosto de 1920 en el periódico *La Acción* contenía un diálogo entre padre e hijo que comenzaba así:

-Banderita, tú eres roja. Banderita, tú eres gualda…
-¡Maldita sea la! ¿Pero quieres callarte, Patro?
-¡Si es la canción de moda, padre!
-¡Miá tú si yo me echase a la cara al que la inventó! ¡Valiente tío tabarrista!
-Bueno, me callaré, pero coste que tié usté el gusto a refinar, padre; porque, pa que usté se entere, esa canción es la que se estila ahora[100].

Banderita eclipsó al resto de composiciones de la época, aunque hubo muchas más. Otra popular zarzuela de carácter militar fue *La canción del soldado*, compuesta en 1917 por José Serrano Simeón. Su letra no contenía referencias a Marruecos, pero por las generalidades sobre el Ejército sirvió perfectamente para usar en relación con las campañas allí libradas. Su autor también recibió un premio, la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo Blanco, otorgada por el Gobierno, por lo que se consideraba una destacada contribución a la patria[101].

Las imágenes de la guerra

Desde su tímido inicio en la Guerra de África, fuimos comprobando en los conflictos siguientes la fulgurante irrupción de la fotografía y su posición de referente visual a la hora de mostrar a los españoles lo que estaba sucediendo en tierras marroquíes, lo que la hizo decisiva en la conformación de nuevos estereotipos sobre el Otro. La fotografía había desbancado de forma clara a la pintura y, aunque hubo pintores que siguieron tratando temáticas de Marruecos, muy pocos lo hicieron en relación a la guerra. Cuadros como el de Muñoz Degrain sobre el cabo Noval o el de Agustín López González titulado *Melilla, 1909* fueron muy excepcionales. Entre los artistas más destacados que desarrollaron su obra pictórica muy en relación al Protectorado podemos citar a Francisco Iturrino, Mariano Bertuchi o José Cruz Herrera. No obstante, apenas se acercaron a temas

[99] Por la notoriedad de que siguió gozando durante el franquismo, actualmente no es infrecuente asociarla a la exaltación patriótica de la Dictadura, porque además colectivos de extrema derecha continuaron utilizándola tras el fin de ésta. No obstante, es evidente que en origen no tuvo nada que ver.
[100] "En la verbena", en *La Acción*, 18-VIII-1920, p. 5.
[101] PASTOR COMÍN: "El conflicto con Marruecos en la música española", p. 219.

bélicos y, salvo el primero, su producción se desarrolló en una etapa posterior a la que ahora nos ocupa.

Aunque sin negar que el peso principal recayese en la fotografía, Eloy Martín Corrales ha destacado el papel del cartelismo en la imagen del *moro* y de la guerra imperante en España en esos años. Este autor distingue tres tipos de carteles en función del uso que se les dio: Los de contenido patriótico y militante, que por ejemplo se usaban para recaudar fondos; los de ensalzamiento de la obra protectora, especialmente destinados a los marroquís; y los que querían ofrecer una imagen de Marruecos para España y el exterior. Algo semejante sucedía con las postales ilustradas, que se movían sobre todo entre la ridiculización del moro, el costumbrismo y la violencia, ya fuese esta última mostrando un moro salvaje y sanguinario o a españoles machacando moros[102].

Además del cartelismo, las postales y los cromos, los periódicos siguieron siendo un medio fundamental para la difusión de ilustraciones. La prensa satírica seguía empleando fundamentalmente el dibujo, mientras que los semanarios ilustrados ya se componían sobre todo de fotografías, que serían el medio principal para mostrar a los españoles las guerras de Marruecos, pero también la obra colonizadora de España. La fotografía se empleó deliberadamente para divulgar las virtudes del Protectorado y de la benévola acción que España desenvolvía en él, pero también para caracterizar al rifeño como primitivo y atrasado, ayudando con ello a justificar su dominación. Pese al realismo inherente a la fotografía, y a que está claro que contribuyó a transmitir una imagen cada vez más fiel de la realidad marroquí, al final solo permitía apreciar lo que los fotógrafos querían mostrar o lo que las autoridades les dejaban. Esto limitó notablemente las posibilidades de reflejar los horrores de la guerra, la dura vida cotidiana de los soldados o los aspectos más negativos de la ocupación española.

La campañas de Marruecos desde 1909 fueron responsables en buena medida del esplendor del periodismo gráfico español en esos años. Tiradas tan impresionantes como los 125.000 ejemplares de *Nuevo Mundo* en 1913 o los 100.000 de *Blanco y Negro* en 1920 son un buen ejemplo de esta calurosa acogida del público[103], muy directamente relacionada con los conflictos marroquíes, que sin duda fueron la principal temática y el principal destino de muchos de los mejores reporteros de la época[104]. Aún así, en opinión de Publio López Mondéjar los fotógrafos de la guerra de Marruecos no estuvieron a la altura de lo que supusieron literatos como Ciges Aparicio, Ramón Sender o Arturo Barea. En ello influyeron problemas generales como la precariedad, la improvisación, el discutible mérito técnico y artístico, las forzadas poses o la intervención del fotógrafo en la disposición de las tomas. También la ausencia de un sentido moderno y riguroso de las revistas en su tratamiento fotográfico. A pesar de todo, para este autor, aquellos "diligentísimos y audaces" reporteros nos han legado un gigantesco documento de la vida española de la época que, pese a sus limitaciones, no deja de ser la emanación viva de un pasado real, con un carácter de certificación histórica que le da un valor documental que no poseen otras formas de representar la realidad, de ahí su gran valor para el historiador[105].

Es evidente que la censura y otras limitaciones de las autoridades se dejaron notar demasiado en esta fotografía, ofreciéndonos una imagen real pero una perspectiva

[102] MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado…", p. 384.
[103] LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II,* p. 79.
[104] Martín Corrales ha recogido los siguientes nombres como algunos de los más destacados de esos años: José Campúa, Leopoldo Alonso, Iglesias, Francisco Goñi, Alfonso Sánchez García, José Ortiz de Echagüe, José Zegrí, Ramón Alba, Serrano Quiles, Quesada, Antonio Rectoret, Arnaud, Ricardo del Rivero, Bartolomé Ros, Alfonso Sánchez Portela y José Díaz Casariego. MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado…", p. 382. Quizá en esta lista podamos añadir a Julio Beauchy García.
[105] LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II,* pp. 77 y 83.

distorsionada para que fuese especialmente benévola. El objetivo principal era convencer a la población de que la entrada en Marruecos era poco menos que un paseo triunfal[106]. De ahí que, salvo contada excepciones como ya vimos en el capítulo anterior, la mayor parte de fotografías mostraban cuarteles impolutos, soldados disciplinados en perfecta formación o apacibles escenas de la vida de campaña que en absoluto transmitían la sensación de tedio, agonía y sufrimiento que empezaban a traslucir cada vez más obras literarias. Por supuesto, este tipo de censura no fue una exclusiva de España, y así quedó patente en la Primera Guerra Mundial, en la que los reporteros tuvieron muchos problemas para trabajar. Los ingleses fueron los más permisivos en el conflicto europeo, pero que los alemanes prohibieron "todo tipo de imágenes del frente, del campo de batalla y de los fallecidos", por lo que en el país germano fue una guerra retransmitida con una información ilustrada relativamente escasa[107].

Además de la propia censura de las autoridades, hay que tener en cuenta que los fotógrafos españoles en Marruecos se movían sobre todo por los ensanches europeos y los cuarteles, los lugares que presentaban un mejor aspecto; alejados de los barrios pobres de las ciudades o de las precarias posiciones españolas repartidas por buena parte de la geografía del norte de Marruecos. Esto podía condicionar los reportajes fotográficos tanto o más que las trabas de la censura.

Las cámaras de cine continúan su avance, con poca presencia marroquí

Con la fotografía ya completamente asentada, en estos tiempos el cine era todavía un medio novedoso que poco a poco se continuaba abriendo camino, siguiendo una tendencia desde comienzos de siglo que en España la campaña de 1909 contribuyó notablemente a acelerar. Aún así no fue hasta los años veinte cuando el tema marroquí se consolidó en la industria cinematográfica española. En la década que nos ocupa la producción se limitó a aportaciones sueltas, difundidas de forma bastante irregular y con éxito limitado.

El género que siguió primando en las proyecciones cinematográficas fue el de los noticiarios, pero no parece que ninguno de los diferentes episodios marroquíes de toda la década hubiese concitado un interés que se acercase al de la campaña de 1909. Aún así, diversos hechos y operaciones se hicieron un hueco en estos noticiarios. Por ejemplo, con motivo de la visita de Alfonso XIII a Melilla, la compañía Pathé exhibió *Salida del Rey de Málaga* y *Revista de tropas en Melilla* en 1911. También tenemos constancia de que la campaña del Kert y varios hechos de armas de años posteriores pasaron por las salas de proyección del todo el país, entre los que destacó *La toma de Xauen*, filmado para la casa Gaumont en 1920 por José Gaspar, uno de los más famosos "fotógrafos de cine" de la época[108]. En un artículo publicado en 1912 en el gaditano *El Progreso* se ironizaba sobre la manipulación que el poder hacía del cine en su propio beneficio, pero además se señalaban algunos interesantes aspectos de la reacción del público ante las imágenes de Marruecos:

[106] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 69.
[107] PÉREZ GALLARDO, H.: "El reportaje gráfico", en SOUGEZ, M. L. (coord.): *Historia General de la fotografía*, Cátedra, Madrid, 2007, p. 412.
[108] Así lo definían en *La Correspondencia de España* en 1920, señalando además el éxito que sus filmaciones habían tenido en Nueva York: "Cinematografía", en *La Correspondencia de España*, 22-IX-1920, p. 12.

> Se reproduce la película del Kert, y el público se ensaña con los moros y alienta a los soldados a perseguirlos con deseo de acabar pronto; se consigue con éxito, grandes aplausos, fiestas y regocijos; nuestras armas brillan con honor; todo concluye[109].

Esto nos recuerda las representaciones teatrales del XIX en las que los espectadores arengaban a los soldados españoles para ayudarles a vencer en aquellas batallas de ficción. El cine había robado al teatro su papel de "noticiario" y por ello casi desapareció la idea del "apropósito", que tanto había proliferado en relación con la Guerra de África. Al margen del documentalismo, se proyectaron filmes de ficción ambientados en las guerras de Marruecos. Martín Corrales ha podido constatar la proyección de *Moritz, soldado en África* en 1911, *Moritz, soldado en Melilla* en 1912, y otros como *Los soldaditos de Jaime en Marruecos* o *Cebollino rey de Sahara*[110]. En 1912 varios periódicos señalaban que en Madrid la proyección de *Venganza Kabileña* en el Recreo del Boulevard[111]. En 1918 se estrenó *La narración del soldado*, o *La España trágica*, de Manuel y Rafael Salvador, con una parte dedicada a Marruecos, rodada en Tetuán y varias ciudades andaluzas. Josefina Martínez afirma que la película tuvo un ruidoso éxito, manteniéndose en cartel en diversos cines y teatros durante meses (en un momento se cambió el título por *Tierra de Sangre*) e incluso se exportó a otros países. Fue además muy elogiada por la crítica[112]. También de 1918 era Los arlequines de seda y oro, de Ricardo de Baños, que intercaló en la película algunos de sus materiales rodados en el Rif[113].

La década de 1910 fue decisiva en la consolidación del cine, pero la presencia de Marruecos en el mismo fue bastante limitada. En general, contribuyó a explotar la tradicional imagen negativa del *moro*, con la que se trataba de justificar la ocupación del Protectorado; y a ensalzar la "obra protectora" española, de la que, especialmente en noticiarios, se daría una excelente impresión.

La memoria de las anteriores "guerras de África"

A pesar de algunos vaivenes en función del volumen de las operaciones, por lo general Marruecos fue un foco constante de atención en España en estos años. Con el tema de actualidad, es comprensible que se mantuviese una memoria bastante activa de los anteriores conflictos librados por el Ejército español en Marruecos. Con frecuencia se los recordaba para honrarlos, intentar sacar lecciones de ellos o por sus analogías con lo que en aquel entonces acontecía.

La gran gesta española en Marruecos, la Guerra de África, siguió muy presente en la memoria en toda la etapa de la Restauración, como ya expusimos en el apartado respectivo. En la década que nos ocupa resultó una referencia especialmente obligada en justo después de la ocupación de Tetuán, el 19 de febrero de 1913. Por supuesto, el recuerdo al mismo hecho el 6 de febrero de 1860 fue reiterado hasta la saciedad, y poseyó un alto valor simbólico. En *El Globo* se destacó la "completa victoria" de 1860 que había permitido conquistar la ciudad, que algo más de medio siglo después volvía "a ser ocupada por los soldados españoles, esta vez sin disparar un tiro". Se culpaba a los

[109] *El Progreso* [1-VI-1912], Cit. en GARÓFANO: *El cinematógrafo en Cádiz*, p. 185.
[110] Nosotros hemos encontrado una referencia a la primera en *La Vanguardia*, 30-XII-1911, p. 5, en la que aparecía como *Moritz soldado de África*, y se emitía en el barcelonés Iris-Park. MARTÍN CORRALES: "Un siglo de relaciones…", p. 19.
[111] Por ejemplo "Entre bastidores", en *El Liberal*, 21-XII-1912, p. 5.
[112] MARTÍNEZ: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid*, pp. 67 y 164.
[113] ELENA: *La llamada de África*, p. 23.

diplomáticos de no haber sabido conservar el terreno ganado por los soldados en la Guerra de África, esperando que no volviese a suceder lo mismo[114]. Ese aspecto y la injerencia británica se seguían considerando las claves del anterior abandono, como afirmaba Sánchez de Toca en 1913:

> La guerra de 1859, emprendida entre enardecimientos de opinión pública hábilmente agitada por los gobernantes, pero sin suficiente preparación militar y diplomática, terminó con el veto interpuesto por Inglaterra para que en el Tratado de paz se alterara el *statu quo* territorial[115].

En el periódico republicano *El País* se preguntaban qué dirían sobre la aparente falta de entusiasmo por la toma de Tetuán los voluntarios que se reunían cada año en la barcelonesa estatua de Prim, o los lectores de las grandes obras sobre aquella campaña, concretamente el *Diario* de Alarcón[116], las cartas de Núñez de Arce, el *Romancero* y *Aita Tettauen*. Se apuntaba que la desidia era tal que las noticias en los escaparates de los periódicos congregaban menos gente que cuando se retiró Maura, o "la prensa de la noche tuvo menos salida que la del domingo de Piñata, con la grave cogida de Dominguín". No salían de su asombro ante la apagada reacción, demostrando de paso un evidente sentimiento colonialista:

> ¿Es que la facilidad de la posesión apaga el entusiasmo? ¿Es que ha muerto ese noble sentimiento en el corazón nacional? Esto sería lo peor. ¿Es que se desconfía de la acción gubernativa, política y social en la parte de Marruecos sometida a nuestro protectorado? ¿Es ansia de paz y temor a la aventura? La frialdad de la opinión pública, no sólo en esto, en casi todo, desconcierta y aterra[117].

Se empleaba el famoso refrán "más vale maña que fuerza" para comparar la actual ocupación y la pretérita, y se mostraban contentos por el resultado, pero llamaban a no olvidar "a los soldados del poncho y el ros y a los voluntarios de la barretina". En *Heraldo de Madrid*, para explicar la apagada reacción acudieron al argumento de la ocupación pacífica, del que ya señalamos que pudo contribuir, pero que no nos parece motivo suficiente. Para el periódico liberal, era indudablemente esa la diferencia entre la respuesta popular a las dos ocupaciones de la ciudad marroquí:

> La victoria lograda en Febrero de 1860 exaltó el entusiasmo público, que derramó las flores de la retórica marcial sobre las cabezas de los bravos generales que alcanzaron el triunfo y de los indómitos soldados que sobrepujaron en valor a los caballeros de Muley-el-Abbas.
>
> No merecerá las mismas alabanzas, naturalmente, el incruento triunfo de la diplomacia de hogaño[118].

Tetuán, que se iba a convertir en la capital del Protectorado español en Marruecos, era inseparable, sobre todo en estos primeros momentos tras su conquista, de los recuerdos de la vieja campaña, e incluso las descripciones que de ella se hacían estaban completamente condicionadas por la memoria de medio siglo antes. Así lo mostraba *La*

---

114 "Nuestras tropas en Tetuán", en *El Globo*, 20-II-1913, p. 1.
115 SÁNCHEZ DE TOCA: *La acción ibérica*…, p. 14.
116 Que no había perdido un ápice de su popularidad y se continuaba editando, como demuestra la edición de 1917 de la imprenta Sucesores de Rivadeneyra.
117 "Después de cincuenta y tres años", en *El País*, 20-II-1913, p. 3.
118 "Notas de la tarde", en *Heraldo de Madrid*, 19-II-1913, p. 3.

Correspondencia de España cuando, describiendo la ciudad, empleaba los nombres de calles, plazas o puertas que habían puesto los españoles en 1860, al tiempo que hacía memoria de cómo había sido la toma entonces[119]. En la revista ilustrada *Mundo Gráfico*, varias de las fotos relacionadas con la ocupación de Tetuán recordaban la Guerra de África, con pies como "puerta de Ceuta, en Tetuán, por la que entraron en dicha plaza las tropas que mandaba el general O'Donnell, después de la gloriosa jornada de 1860", o "Mezquita de Muley Abdallah, donde se dijo la primera misa al ocupar nuestras tropas Tetuán, el año 1860"[120]. Este súbito interés daba la impresión de que para los españoles la ciudad no había existido entre su abandono en 1862 y su nueva ocupación en 1913.

Al margen de este episodio de tanto valor simbólico, la campaña decimonónica siguió siendo reiterada con frecuencia, porque además de su fuerza como mito se veían reminiscencias a ella en múltiples episodios de las campañas que estaban teniendo lugar. Manuel Ortega, al hablar en su biografía de El Raisuni sobre una reunión que éste había mantenido con Jordana escribía:

> Se celebra la entrevista a orillas de Guad Agraz, en el mismo lugar donde la celebraron sesenta años antes el general O'Donnell –un militar frío, sereno y enérgico como Gómez Jordana- y Muley el Abbas[121].

Ensalzaba la figura de O'Donnell y, por los paralelismos mostrados, también la de Jordana, con el que era muy positivo en toda la obra. Pero Ortega veía muchas diferencias entre 1860 y 1916, considerando que el Protectorado era una maravillosa realidad que supondría la paz y armonía del Marruecos español:

> La conferencia celebrada en 1860 entre O'Donnell y Muley el Abbas, sólo sirvió para que enmudeciesen los cañones y los fusiles, pero en los corazones más vivo y latente rugía venganzas el odio tradicional. […] La conferencia de 1916 entre un general español y un príncipe moro, señalaba el principio de la unión de dos pueblos que no deben volver a separarse"[122]

Un ejemplo muy representativo de la enorme importancia de la Guerra de África en la memoria colectiva española nos lo dejó en sus notas el Conde de Romanones. El que fue uno de los políticos de la España de la época que mayor preocupación mostró por los asuntos de Marruecos, dejaba claro hasta qué punto la contienda de 1859 era para muchos españoles la mayor fuente de conocimiento sobre lo que había al sur del Estrecho:

> Mi curiosidad y mi interés por el Imperio del Mogreb debo calificarlo de instinto, pues al llegar a los consejos de la Corona, de él solo conocía la guerra del 60, el triunfo del Ejército español, los rasgos de arrogante valentía del general Prim y los planes bien meditados de O'Donnell[123].

Respecto al otro conflicto marroquí del siglo XIX, el de Melilla de 1893, quedó bastante relegada al olvido. En 1909 había sido aludido con relativa frecuencia por la analogía que los hechos de ese año, al menos inicialmente, presentaban con los de 1893. Sin embargo, con posterioridad encontramos que solo se lo recuerda de forma bastante puntual y, en general, peyorativa. Sánchez de toca comparaba en 1913 el "gran aparato

[119] "Descripción de la ciudad de Tetuán", en *La Correspondencia de España*, 20-II-1913, p. 2.
[120] *Mundo Gráfico*, Nº 69 (19-II-1913), pp. 20 y 21.
[121] ORTEGA: *El Raisuni*, p. 174.
[122] Ibídem, p. 180.
[123] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 328.

de la campaña de 1859" con "los estrépitos de la de Melilla de 1893[124]; mientras que en 1917 la publicación *Hojas Selectas* la definía como "la sonada y estéril campaña de Melilla, que no nos dio ni gloria ni provecho"[125]. Aunque se recordasen en general como heroicos y gloriosos hechos como la muerte de Margallo, la guerra no pasó a la historia como un dechado de memorable épica.

En la literatura, al margen de su presencia en las obras inmediatamente posteriores al conflicto, resulta muy difícil encontrar algo ambientado en aquella campaña. Entre lo poco a señalar existe una obra literaria de 1918, de Antonio Baig y Baños, titulada *Antonio Real y Real (Media Peseta). Héroe Fabuloso de la Guerra de Melilla de 1893*[126]. Se trata de una novela de escasa calidad protagonizada por un sargento que intenta ayudar a lavar el nombre de un compañero de la guerra del 93, que había formado parte de la guerrilla de Ariza. La novela se ambienta sobre todo en los bajos fondos de Melilla, aunque apenas se distinguen en el relato características propias de la ciudad africana, y la guerra también es una excusa en la que apenas se profundiza. López Barranco la considera "subliteratura" por su escasa calidad[127].

Finalmente, la campaña más inmediata, la de 1909, estaba demasiado cerca y había tenido demasiada repercusión como para ser relegada al olvido. Tanto para lo bueno como para lo malo se la consideró como el inicio de la definitiva penetración española en el norte de Marruecos, que había culminado con el establecimiento del Protectorado. Al contrario de lo sucedido en el propio 1909, con el tiempo el Barranco del Lobo le fue quitando protagonismo a la ensalzada toma del Gurugú, por lo que mientras el desastre se hacía un destacado hueco en la memoria de las tragedias españolas, como el 98, la celebrada conquista del monte casi nunca aparecía como una gloria nacional comparable a las múltiples de, por ejemplo, la Guerra de África. Términos como "catástrofe" o "desastre" ya estaban asociados de forma casi indisoluble al principal lugar de memoria de la campaña de 1909, siendo frecuente pensar en "un nuevo Barranco del Lobo" cada vez que se temía que un hecho de armas pudiese terminar en desastre. Sobre todo por parte de los sectores más opuestos a la guerra, que lo esgrimieron frecuentemente como arma, además de lamentar una y otra vez que no se hubiese acertado nunca a exigir responsabilidades sobre lo sucedido[128]. Desde medios más conservadores y militaristas, no obstante, se criticaba duramente el uso político de la memoria de la derrota, que se consideraba poco menos que una traición a la patria. En *La Correspondencia militar* se reaccionaba ante una de estas alusiones en el Congreso censurando a "un diputado socialista que, para negar la gloria alcanzada por el Ejército, evocó el recuerdo del Barranco del Lobo. ¡Qué saben de eso los que no han hecho otra cosa que encumbrarse fanatizando a las masas que les dieron sus votos!". También se recordaba que la prensa española y extranjera de agosto de 1909, sin importar su matiz político, había exaltado la gloria de aquellos héroes, caídos por los errores de los políticos y no por los suyos propios[129].

En 1919 se cumplieron 10 años de la Guerra de Melilla, lo que reactivó un poco su recuerdo, especialmente los últimos días de julio. El Barranco del Lobo era interpretado como una tragedia nacional que no se debería volver a repetir para unos, un

[124] SÁNCHEZ DE TOCA: *La acción ibérica…*, p. 14.
[125] ARACELI, G.: "Las atalayas de Marruecos", en *Hojas Selectas*, 1917, p. 1001.
[126] BAIG BAÑOS, A.: *Antonio Real y Real (Media Peseta)*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Madrid, 1918.
[127] LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 183.
[128] Así lo señalaba por ejemplo el nacionalista gallego Antón Vilar Ponte en un artículo para *El Sol*: VILLAR PONTE, A.: "Osera-Nebra Narón-Sofán", en *El Sol*, 23-II-1919, p. 4.
[129] "El Ejército y las glorias de la patria", en *La Correspondencia militar*, 9-VIII-1919, p. 1.

modelo de sacrificio heroico por la patria para otros, e incluso ambas interpretaciones al mismo tiempo, como demostraba *El Día*:

> Hoy es el aniversario de uno de los días más luctuosos de nuestra campaña africana: el barranco del Lobo. Hoy hace diez años que, por imprevisión de los Gobiernos y por otros errores tan frecuentes en España, dejamos centenares de víctimas en aquellas vertientes africanas[130].

Pese a estas duras palabras, consideraban que había que seguir allí, y en otro artículo del mismo número se recordaba en detalle lo sucedido, ensalzando los "gloriosos nombres" de los que habían dado su vida por la patria y la civilización[131]. Nombres como los de Pintos, Cabrera o Ibáñez Marín aparecían con frecuencia cuando se ensalzaba lo heroico del episodio, y eran mucho menos aludidos cuando éste se leía en clave crítica, pues se consideraba que las responsabilidades estaban en niveles muy superiores. De entre las figuras con un lugar más privilegiado en la memoria colectiva por la campaña de 1909 continuó destacando la del cabo Noval, que mantuvo su papel ejemplarizante en relación a los sacrificios que continuamente seguían reclamando las guerras de Marruecos. En 1916, como ya vimos, sus restos se habían trasladado a Oviedo, y al cumplirse los 10 años de su muerte se le tributaron varios homenajes, incluyendo poemas laudatorios de los autores E. Moyano y Fernández Alvarado, Julio Sánchez Godínez o Guillermo Cohen[132]. El siguiente fragmento, de este último, ejemplifica muy bien hasta qué punto se rendía culto a su presunta hazaña:

> Gloriosa fue tu muerte, y enorme tu victoria;
> tu padre perdió un hijo, y el mundo un español
> pero Noval no ha muerto, Noval vive en la historia
> Noval puso su nombre tan alto como el sol.
> a ti, Noval heroico, que un día por España
> la sangre de tus venas vertistes sin temblar,
> mi lira en tu homenaje cantar quiere la hazaña
> que en letras imborrables la historia ha de guardar[133].

[130] "Nuestros verdaderos enemigos en África", en *El Día*, 27-VII-1919, p. 1.
[131] "¡El Barranco del Lobo!", en *El Día*, 27-VII-1919, p. 4.
[132] Recogidos en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, pp. 161-163.
[133] COHEN, G., Cit. en MAYORGA.: *El Cabo Noval*, pp. 162.

8 - Annual, el nombre del desastre

Si 1909 supuso un punto de inflexión importante por varias razones, 1921 es el año decisivo, el año del verdadero desastre, de la mayor derrota colonial jamás sufrida por cualquier potencia europea en territorio africano, de la debacle que se llevó consigo las vidas de cerca de 10.000 soldados españoles y también, tras unos cuantos coletazos, al régimen político de la Restauración. Pese a su estabilidad y su capacidad para salir indemne de situaciones tan complicadas como la derrota de 1898 y la pérdida de las últimas colonias, el desastre de 1921 lo sacudió desde sus cimientos, y fue un factor decisivo en el golpe de Estado de Primo de Rivera que puso fin a casi medio siglo de alternancia entre gobiernos conservadores y liberales[1].

El verano de 1921 transcurría bastante tranquilo, siendo el problema de Marruecos "para la atención general una vieja incomodidad en la que nadie pensaba"[2]. Paradójicamente, en junio de 1921 el escritor Manuel Cordero, a través de las páginas de *El Socialista*, lamentaba la indiferencia y resignación de las clases populares, recordando con nostalgia las protestas de 1909, cuando "las noticias de África impulsaron campañas públicas, que se aprovechaban para hacer propaganda de las ideas" y remachaba el contraste con el presente: "ahora como si no hubiera ocurrido nada. Total, unos muertos más y aquí paz y allí gloria"[3]. Solo un mes después ese mismo tema se iba a convertir en el principal de la actualidad española, con más fuerza que nunca. No obstante, como ha puesto de relieve Pablo La Porte, uno de los autores recientes que más y mejor ha profundizado en el Desastre de Annual, la derrota no sacudió al país del mismo modo que el Barranco del Lobo, porque las noticias fueron llegando con cuentagotas, los contingentes se movilizaron rápido y organizaciones como el Partido Comunista o la CNT habían sido objeto de fuerte represión, sobre todo en Barcelona[4]. Por ello, aunque Annual tuvo mucha más repercusión a medio y largo plazo, mientras se estaba produciendo la expectación superó con mucho a la movilización.

Con anterioridad a 1921 algunas voces habían alertado sobre la inminencia de un gran desastre. Aunque fue algo relativamente habitual desde 1909, ciertas predicciones pasaron a la historia como especialmente proféticas. Fue el caso del militar y diputado conservador Joaquín Fanjul Goñi, que el 19 de agosto de 1919 afirmaba en el Congreso:

> En Marruecos vendrá una catástrofe, y es necesario abrir una cuenta para saber a quién corresponderán las responsabilidades, porque llegado el momento del desastre todas caerán sobre un ejército que no tiene las condiciones necesarias para actuar allí, y, entonces, vosotros, hombres públicos, que sois verdaderamente responsables de la política marroquí, encogeréis vuestros hombros y dejaréis caer las responsabilidades en los hombres que visten el uniforme militar[5].

Comentarios como éste, con la perspectiva del tiempo resultaron muy reveladores y fueron utilizados con frecuencia para criticar la acción del Ejército español. Sin embargo, estamos de acuerdo con Pablo La Porte en su consideración de que la derrota

[1] Para un análisis del golpe de Estado de Primo de Rivera y su vinculación con Marruecos Vid. SUEIRO SEOANE, S.: E*spaña en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la "Cuestión Marroquí", 1923-1930*, UNED, Madrid, 1992.

[2] ORTEGA Y GASSET, E.: *Annual. Relato de un soldado e impresiones de un cronista*, Ediciones del Viento, A Coruña, 2008 (original de 1922), p. 11.

[3] CORDERO, M.: "Marruecos, sepultura de España", en *El Socialista*, 11-VI-1921.

[4] LA PORTE: *La atracción del imán*, pp. 86 y 87.

[5] Cit. en PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 74.

de 1921 no era una derrota prevista, como desde entonces se afirmó en múltiples ocasiones[6]. El desastre sorprendió a Berenguer, al Ejército, al Gobierno español, a los Gobiernos extranjeros, a los rifeños y al propio Abd-el-Krim[7]. A posteriori fue muy fácil buscar problemas en el avance, pero en su momento parecía relativamente correcto. Había informes, como los del coronel Morales, que señalaban que el despliegue había llegado al límite de su elasticidad, entre otros problemas[8], pero estaban muy lejos de considerar inminente una debacle a gran escala. La lectura de la prensa en las semanas previas al desastre avala la idea del desastre imprevisto. De hecho, en julio de 1921 la atención estaba centrada en las operaciones del sector occidental del Protectorado, y se dio muy poca importancia a lo que sucedía en la Comandancia de Melilla. Casi todas las noticias trataban de ocupación de posiciones, *brillantísimos* triunfos, importantes avances, *escarmientos* al enemigo, sumisiones de cabilas, felicitaciones por los avances o diversas conductas heroicas, entre otras muchas[9]. También eran constantes los partes de muertos y heridos, pero ya convertidos en algo casi tan cotidiano como la información teatral, y que no parecían generar gran preocupación, sobre todo porque las operaciones se saldaban positivamente y la derrota de El Raisuni parecía cada vez más próxima[10].

En la Comandancia de Melilla la ocupación de Igueriben, posición que resultaría clave en el desastre, pasó casi desapercibida, y lo mismo sucedió con la ocupación de la posición de Abarrán, el 30 de mayo, y su pérdida a las pocas horas (1 de junio), que ha sido considerada como la chispa de la gran ofensiva rifeña, por haberles dado la moral de una victoria y haber consolidado el liderazgo de Abd-el-Krim[11]. En los periódicos aparecieron noticias de los concurridos funerales en Melilla por las víctimas de Abarrán[12], pero no se consideró preocupante la pérdida de la posición. Para el periodista Eduardo Ortega y Gasset, hermano del famoso filósofo, esto había sido una consecuencia de la costumbre de los gobiernos españoles de "aislar al público de la exacta visión de sus problemas y de la completa gravedad de los sucesos desgraciados"[13]. Pero es posible que el propio Gobierno no estuviese suficientemente informado por Berenguer, cuyos despachos resultaban bastante tranquilizadores, y éste por Silvestre, que tampoco concedió al hecho demasiada importancia en sus mensajes. El socialista Indalecio Prieto

[6] Autores como Augusto Vivero o Francisco Gómez Hidalgo afirmaron tal cosa justo después del desastre: GÓMEZ HIDALGO, F.: *Marruecos. La tragedia prevista*, Imp. De Juan Pueyo, Madrid, 1921; VIVERO, A.: *El derrumbamiento. La verdad sobre el desastre del Rif*, Rafael Caro Raggio, Madrid, 1922. Autores muy posteriores como Manuel Leguineche o David S. Woolman también lo han sostenido: LEGUINECHE: *Annual 1921*. Para una lista más larga de obras que han sostenido dicha idea Vid. LA PORTE: *La atracción del imán*, pp. 62-64.

[7] Josep María Prous i Vila recordaba en sus memorias que un *moro* catalán (vivía entre ellos desde 1909) le había explicado que el desastre era inexplicable, incluso para los *moros*, que habían sido los primeros sorprendidos de la magnitud de la catástrofe: PROUS I VILA, J. M.: *Cuatro gotas de sangre*, Barril Barral, Barcelona, 2011, (original de 1936), p. 196.

[8] El informe de Morales se puede consultar en la sección de recursos electrónicos de la Universidad de Lyon: http://recherche.univ-lyon2.fr/grimh/ressources/ejercito/Marruecos/1921informemorales.htm

[9] Entre las operaciones destacaron las de Beni Arós, y respecto a la sumisión de cabilas varias en la zona de Larache. Brillantísimo triunfo de las fuerzas de Ceuta y Larache", en *Heraldo de Madrid*, 12-VII-1921, p. 2; "La acción española en Marruecos", en *La Época*, 12-VII-1921, p. 2.

[10] El 15 de julio se afirmaba que, capitulara o no El Raisuni, se había puesto fin a su foco de rebeldía en Tazarut: "El objetivo de las últimas operaciones", en *El Imparcial*, 15-VII-1921, p. 1. El día 19 se afirmaba que la cabila de Beni Arós estaba totalmente dominada y ya se hablaba de conquista definitiva: "La acción española en Marruecos", en *La Época*, 19-VII-1921, p. 2.

[11] Aunque se consideran importantes otros factores, como la excelente cosecha de 1921 o un bombardeo en Axdir que se había hecho para favorecer a los aliados de España pero coincidió con un zoco en el lugar; en general los diversos autores coinciden en que Abarrán supuso el punto de inflexión decisivo.

[12] "La acción española en Marruecos", en *La Época*, 1-VII-1921, p. 2.

[13] ORTEGA: *Annual*, p. 11.

se mostró en el Congreso muy crítico con esta infravaloración del revés, que había tenido nefastas consecuencias y que todavía en octubre algunos defendían. Para él, considerar Abarrán un incidente minúsculo era "querer desconocer la grandiosidad que en la imaginación rifeña adquiere una victoria de esta naturaleza"[14]. Es cierto que la derrota en sí misma no había sido tan trascendental, pero su importancia fue capital por el impulso enorme que dio a la resistencia rifeña. En las obras de historia y ensayos posteriores al Desastre las críticas a la operación de Abarrán -y especialmente a Silvestre por haberla decidido- fueron constantes. Aún así, pese a la importancia que hoy en día sabemos que tuvo el episodio en la conformación del *harka*, medio mes antes de que la Comandancia de Melilla comenzase a caer como un castillo de naipes la situación seguía aparentando bastante tranquila, por lo que incluso después de Abarrán nos parece poco apropiado hablar de "tragedia prevista".

La situación volvió a complicarse desde mediados de julio con los ataques a las posiciones de Igueriben y Annual, esta última la más importante del despliegue en la Comandancia de Melilla. Después de la pérdida de Igueriben y de que los ataques rifeños arreciaran, en la mañana del 22 de julio los más de 5.000 soldados que había en Annual comenzaban una desordenada retirada que en las primeras horas ya se había saldado con un millar de muertos[15]. En aquel momento la situación en Marruecos ocupaba la segunda plana de los periódicos y se hablaba del entierro en Melilla de los caídos en los últimos días, pero aún se consideraba controlada la situación. No fue hasta el 23 de julio cuando el tema se convirtió en portada y se comenzó a apreciar su extrema gravedad. En *La Época* ya iban poniendo la venda al afirmar que "no hay país que haya ejercido labor de colonización o protectorado que no haya tropezado de vez en vez con algún incidente desgraciado y doloroso". Además de reconocer que Annual había sido tomada al asalto, se señalaba que había muerto heroicamente el general Silvestre, así como Abd-el-Krim, el líder rifeño[16].

La huida continuó los días siguientes, en los que poco a poco iban cayendo las posiciones españolas camino a Melilla. Ante la presunta muerte de Silvestre el mando había pasado al general Felipe Navarro, y fue éste el que decidió el abandono de Dar Driús, posición a la que habían llegado muchos de los huidos de Annual y que por sus condiciones estratégicas estaba considerada como la mejor de todo el despliegue, lo que generó muchísimas censuras en posteriores análisis[17]. Algo semejante ocurrió con la posición de Ben Tieb, que contaba con cañones, agua, víveres y municiones, pero fue

[14] PRIETO, I: "Ocho mil cadáveres españoles" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 183.

[15] La retirada fue decidida por el general Silvestre, ante la escasez de víveres, municiones y las dificultades para hacer la aguada. A ella se opusieron oficiales como el coronel Morales, buen conocedor de la zona, pero no pudieron convencer a Silvestre. Además, la retirada se realizó sin avisar a los soldados, una de las más comentadas y polémicas decisiones de Silvestre, que María Rosa de Madariaga considera absolutamente incomprensible a nivel militar: MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 153.

[16] "Ataque de los moros a Annual e Igueriben", en *La Época*, 23-VII-1921, p. 1.

[17] El teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz afirmó en sus memorias haber intentado convencer a Navarro de resistir en la posición, pues las condiciones eran muy buenas. PÉREZ ORTIZ, E.: *18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit*, Interfolio, Madrid, 2010 (original de 1923), p. 55. Indalecio Prieto señaló que Policarpo Bonilla, de la Compañía Minera Hispano Africana le dijo que "por sus condiciones, con agua ilimitada, con víveres abundantísimos y con enorme repuesto de municiones, podía haber resistido 6 meses: PRIETO, I.: "Gabriel Ramos y Emilio Martínez" [24-IX-1921] en ID.: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Algazara y UNED-Melilla, Málaga, 2001, p. 83. También Francisco Franco en su diario se sorprendía de que no se hubiese detenido allí la retirada: FRANCO BAHAMONDE, F.: *Diario de una Bandera*, Doncel, Madrid, 1976, p. 192. A todas estas opiniones se opuso Luis Rodríguez de Viguri en su defensa de Navarro, señalando que las condiciones de la posición no eran tan buenas como muchos se habían empeñado en defender: RODRÍGUEZ DE VIGURI Y SEOANE, L.: *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924, p. 30.

abandonada por el capitán Lobo tras esperar sin éxito órdenes de Dar Driús. Lo que debía haber sido una retirada ordenada se convirtió en un "sálvese quien pueda", que iba a tener su episodio más trágico en la masacre de Monte Arruit, donde unos 3.000 españoles murieron en pocas horas. El desastre se saldó con unos 10.000 muertos y 155 posiciones perdidas en 21 días, muchas de las cuales ni siquiera habían sido atacadas, con lo que prácticamente se retrocedió a la situación territorial de 1909. La sociedad española fue recibiendo sorprendida las noticias cada vez más desoladoras de lo que había sucedido con su Ejército, pues a pesar de la censura era difícil relativizar la gravedad de los informes oficiales[18]. Aunque a partir del 26 habían comenzado a llegar noticias más tranquilizadoras, las posiciones de Zeluán, Nador y Monte Arruit estuvieron sitiadas durante varios días[19]. Las noticias sobre la capitulación y posterior masacre en Monte Arruit, que llenaron los rotativos el 13 de agosto, supusieron la culminación de la tragedia, que además iba a mantener durante meses un nuevo capítulo, el del medio millar de prisioneros españoles que habían hecho los rifeños.

El desastre también afectó a Melilla, que fue cercada y hostigada, llegándose a temer por su caída, pero finalmente no hubo un intento serio de asaltarla[20]. Si toda la retirada de posiciones militares que llevaban menos de una década en manos españolas causó un gran impacto en España, la pérdida de Melilla, una plaza famosa, española desde hacía siglos y con una numerosa población civil, hubiese sido verdaderamente escandalosa. Poco después de caer Annual la situación se había tensado tanto en la plaza española que incluso se vivieron escenas de pánico. No obstante, la llegada de 3.149 soldados el 24 de julio hizo cambiar los ánimos. Especialmente emblemática resultó la llegada del Tercio de Extranjeros, encabezado por Millán Astray y Francisco Franco, que elevó mucho la moral de la población[21]. No obstante, es un error frecuente en la historiografía y en otras obras considerar que el Tercio y los Regulares fueron los primeros en llegar para salvar Melilla, cuando unas horas antes lo había hecho el Regimiento de la Corona, pero su presencia, más discreta, fue mucho menos recordada[22].

[18] El 26 de julio la prensa indicaba la existencia de la censura, al mismo tiempo que las noticias parecían más tranquilizadoras. Algunos periódicos fueron muy duros con la medida, como por ejemplo *Heraldo de Madrid*: "Por la verdad y contra la previa censura", mientras que otros como *La Época* o *La Correspondencia Militar* la acataban sin realizar juicios contra ella.

[19] Durante varios días fueron habituales titulares del tipo: "Sigue mejorando la situación", en *El Siglo Futuro*, 27-VII-1921, p. 2. No obstante, según iban pasando los días y no se acudía a las posiciones cercadas, el pesimismo volvió a apoderarse de la opinión.

[20] Para Indalecio Prieto esta decisión de Abd-el-Krim no respondió a que no tuviese capacidad suficiente, sino al desprestigio internacional que podría haber acarreado una matanza de civiles cristianos para su proyecto de República del Rif: PRIETO, I: "Abd-el-Krim" [14-VII-1947] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*.(2ª parte), p. 184. En una entrevista de 1954, Abd-el-Krim afirmó que pudo haber entrado en Melilla pero no quiso, pues nunca pensó en apoderarse de las plazas de soberanía, porque además contribuían a la prosperidad de Marruecos: LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 63. En el *Expediente Picasso* se recogió como causa fundamental la rapacidad de los *moros*, que estaban demasiado ocupados con el botín del resto de las posiciones tomadas, mientras que otros autores han apuntado también los deseos de volver a los hogares y la proximidad de la cosecha: *Expediente Picasso*, Ediciones Morata, Madrid, 1931, p. 293; REGAN, G.: *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989, p. 352.

[21] Vid. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. L.: *¡A mí la Legión! De Millán Astray a las misiones de paz*, Planeta, Barcelona, 2005, p. 160.

[22] Autores como Carlos de Arce o Martín Ferrer, en obras bastante recientes, siguen reproduciendo el error: "las tropas del Tercio fueron las primeras en llegar en auxilio de la aterrada ciudad": MARÍN: *Atlas ilustrado…*, p. 87.

Héroes y cobardes

La gravedad de las noticias que llegaban del Rif llevó a la sociedad española a interesarse por todos los detalles de aquel descalabro de magnitud desconocida. El papel que en él habían tenido los oficiales y soldados españoles se empezó a polarizar entre la cobardía y el heroísmo en función de las descripciones publicadas. En general, los que quedaron para la memoria futura como los héroes o los indignos en aquella hecatombe, fueron así reconocidos ya al poco tiempo de los hechos.

Entre los comportamientos considerados heroicos destacaron las guarniciones de las posiciones que lucharon hasta el final, que no intentaron retirarse hasta el último momento, que se sacrificaron por la patria de una forma presuntamente honorable por su enconada resistencia. El caso que mayor trascendencia tuvo, hasta el punto de convertirse en el principal "lugar de memoria" que podía ser recordado como una gloria nacional, fue la defensa de la cercada Igueriben. Esta posición cayó justo antes del abandono de Annual, resistiendo su guarnición aún cuando algunos de los soldados ya morían de sed. La situación fue tan angustiosa que habían llegado a beber tinta o su propia orina endulzada con azúcar, un detalle que se hizo muy famoso y corrió como la pólvora en la prensa y obras escritas de la época.

El teniente Luis Casado y Escudero, único oficial que pudo escapar con vida de la posición, dio a conocer los últimos heliogramas entre Igueriben y Annual, que se convirtieron en todo un símbolo de valor y heroísmo. La respuesta del comandante Julio Benítez al permiso de Silvestre a parlamentar con los *moros* se reiteró constantemente por su emotividad: "los oficiales de Igueriben, mueren; pero no se rinden". Junto a éste, destacó el presunto último heliograma, que suponía un testimonio de un sacrificio por la patria comparable al del cabo Noval: "Solo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas, y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros; pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición"[23]. Desde agosto de 1921 proliferaron relatos de todo tipo sobre las últimas horas de la posición, con versiones muy distintas y hasta contradictorias, hasta que meses después la obra del teniente Casado y el *Expediente Picasso* se convirtieron en los referentes[24]. En un desastre de semejante magnitud y que en tan mal lugar había dejado al Ejército, la defensa de Igueriben adquirió carácter de mito, y su ensalzamiento fue constante durante los años siguientes. Especialmente para los militares, se convirtió en una demostración de que las clásicas virtudes del soldado español seguían muy vivas. El entonces comandante Francisco Franco finalizó en 1922 su *Diario de una bandera* con un epílogo dedicado a la "gloriosa" defensa de Igueriben, para ensalzar un valor que consideraba poco reconocido en España, mientras que "los moros, más justos, pronuncian con admiración y respeto el nombre de Igueriben"[25]. Cerraba la obra con un "¡Salve!, heroicos defensores de Igueriben; ¡salve!, gloriosos soldados de infantería.

---

[23] CASADO Y ESCUDERO, L.: *Igueriben*, Imprenta de G. Hernández y Galo Sáez, Madrid, 1923, pp. 198- 201.

[24] Por ejemplo Rodolfo Viñas escribió en 1921 un relato para *Nuevo Mundo* con algunos de los componentes más famosos del asedio, pero señalaba que los oficiales de la posición se habían suicidado, algo desmentido por las versiones posteriores: VIÑAS, R.: "Más allá de la muerte… Los últimos momentos de Igueriben", en *Nuevo Mundo*, 2-IX-1921, p. 11. El sargento Basallo, cautivo en Axdir, decía tener entre sus documentos perdidos el último telegrama de Benítez, que señalaba que habían bebido orina de caballo, que sería un gran baldón para España no socorrerlos y daba vivas al rey y a la patria. BASALLO, F.: *Memorias del cautiverio*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1924, p. 145. Como la versión de Basallo no coincide con la de Casado se ha tenido más en cuenta ésta última, pues el teniente estuvo en la posición hasta que huyó durante su caída.

[25] FRANCO BAHAMONDE, F.: *Diario de una Bandera*, Doncel, Madrid, 1976, p. 218.

El horror del desastre no podrá nunca nublar vuestra gloria"[26].

También se recordó por su tenaz resistencia la posición Intermedia A, que dejó a otras muchas en evidencia pues, pese a estar enclavada en medio del despliegue, todavía resistía en manos españolas los días 27 ó 28 de julio, cuando todas las posiciones próximas habían sido cobardemente abandonado días antes. Intermedia A estaba dirigida por el capitán José Escribano, que contaba con 68 infantes, 11 artilleros y 4 soldados de ingenieros, de los que solo hubo un superviviente[27]. Cuando aún se pensaba que nadie había salido con vida, los detalles que se ofrecían de la heroica resistencia procedían de lo que el médico Vázquez Bernabéu, que había logrado escapar del cautiverio en Axdir, escuchó a los familiares de Abd-el-Krim. Esta fuente tan indirecta de los hechos describía la muerte de Escribano con muchas similitudes a la tan popular del cabo Noval: Escribano habría salido a parlamentar con los jefes rifeños y los convenció para acompañarlos a la posición, donde había dado órdenes a sus soldados para que disparasen contra todos, muriendo así el capitán con su último servicio a la patria[28]. Esta versión se impuso hasta nuestros días, al no haber ninguna contradictoria y haber sido aceptada por Juan Picasso en su famoso expediente. Aunque su popularidad quedó muy lejos de la del comandante Benítez, el capitán Escribano se convirtió en uno de los grandes héroes del desastre, "testimonio de que la hidalguía y la grandeza de nuestra patria están en pie"[29]. En La Roda (Albacete), su pueblo natal, se celebró una fiesta patriótica en su honor y años después se descubrió una lápida en su memoria[30]. También recibieron una buena consideración por su ejemplar resistencia los defensores de Nador, que se refugiaron en la fábrica de harinas de la ciudad, donde aguantaron varios días. En este caso a algunos se les pudo reconocer en vida porque al rendirse fueron llevados sanos y salvos por los rifeños hasta el Atalayón.

Al margen de la resistencia en estas posiciones sobresalió el recuerdo de la Caballería de Alcántara, cuyos esfuerzos fueron fundamentales para que la columna del general Navarro pudiese alcanzar Monte Arruit. De los 691 hombres que componían este regimiento, 541 murieron y 78 cayeron prisioneros, por lo que muy pocos completaron la retirada a Melilla[31]. Su líder, el teniente coronel Fernando Primo de Rivera, se convirtió en uno de los grandes héroes españoles del desastre, quizá el único cuya popularidad superó la del comandante Benítez. El valor de que hizo gala y el estoicismo demostrado antes de morir en Monte Arruit a causa de las heridas fueron los aspectos que más se ensalzaron de su figura[32]. Multitud de periódicos ofrecieron fotografías y noticias del teniente coronel. Además, su entierro y los funerales que se le tributaron registraron una cobertura mediática sin parangón en esos años.

Acabamos de referirnos a los *héroes* que recibieron una mayor atención y cuyo recuerdo fue más duradero por la fama adquirida, por los homenajes que se les tributaron o por su constante presencia en los escritos sobre el desastre. No obstante, la lista de los calificados como héroes sería inacabable, pues a diario se dedicaban homenajes a los caídos, constantes en el cementerio de Melilla, así como a nivel local en muchos lugares que habían perdido un paisano en circunstancias presuntamente heroicas. En la prensa fueron generalizadas secciones como "los héroes de la campaña" y a diario se narraban

[26] Ibídem, pp. 218-220.
[27] El soldado Antonio Tovira Morales.
[28] "Las noticias que se reciben de Melilla", en *La Correspondencia Militar*, 12-X-1921, p. 1.
[29] "Cómo murió el capitán Escribano Aguado", en *Heraldo de Madrid*, 15-X-1921, p. 1.
[30] "Fiesta patriótica: honrando a un héroe: procesión", en *La Unión Ilustrada*, 8-VI-1924, p. 31.
[31] MARÍN: *Atlas ilustrado…*, p. 151.
[32] Pérez Ortiz, en sus memorias, destacó la fortaleza con la que Primo de Rivera aguantó la amputación sin anestesia de un brazo que le tuvieron que hacer en Monte Arruit. PÉREZ ORTIZ: *18 meses de cautiverio*, p. 101.

hazañas que contribuían a ensalzar a un Ejército que no pasaba por su mejor momento. Sobre todo desde sectores militaristas se consideró al Ejército en su conjunto como un héroe y un mártir, por haber sucumbido combatiendo y entre terribles privaciones a causa de la incompetencia de los políticos. El extremo sufrimiento que padecieron los soldados, especialmente por la intensa sed, fue uno de los aspectos que más impacto tuvo en la opinión pública y fue más recordado en la memoria posterior. La circunstancia de que los soldados llegasen a beber orina, contrastada por gran cantidad de testimonios, pareció impresionar más a la sociedad española que muchos de los datos sobre las muertes a manos de los rifeños, a los que ya estaba bastante acostumbrada después de tantos años de guerra[33].

Estas lecturas relativamente positivas del Ejército tuvieron que convivir con las dominantes, que situaron el conjunto de su actuación en el polo opuesto, el de la vergüenza, aunque incluyesen algunas salvedades. La desbandada generalizada que comenzó en Annual fue interpretada en múltiples ocasiones como una oda a la cobardía. Se reconocía que a los soldados poco se les podía exigir en una situación como la que vivieron, pero se consideró que no tenían excusa actuaciones como la de los oficiales que habían abandonado Annual en coche o los que se habían arrancado sus insignias para no ser reconocidos por el enemigo en su retirada[34].

La conveniencia o no del abandono de Annual generó bastante controversia, pero de lo que hubo pocas dudas es de que se había ejecutado de la peor manera posible, como luego corroboró el Expediente Picasso[35]. Annual se convirtió en un símbolo de cobardía e incompetencia de los propios militares, mientras que con el otro gran emblema de la campaña, Monte Arruit, sucedió lo contrario, y quedó más como un paradigma de resistencia heroica, del carácter traicionero de los *moros* y de la incompetencia de los gobernantes, que no enviaron auxilio a la posición pese a los muchos días que estuvo sitiada. Annual dio nombre al desastre por la importancia de la posición y porque su abandono supuso la derrota, pero Monte Arruit fue "el símbolo de la tragedia"[36], y lo sería mucho más cuando se recuperó la posición y se vieron las imágenes del drama. Algo semejante sucedió con Zeluán, muy cerca de Melilla, donde el capitán Carrasco y unos 500 hombres fueron masacrados después de rendirse. Monte Arruit y Zelúan no entraron en el grupo de las "glorias nacionales" como Igueriben o Intermedia A, fundamentalmente porque su asedio terminó con una rendición, pero se respetó la actuación de sus defensores.

Entre los episodios más censurados estuvieron el de Dar Quebdani, posición en la que los oficiales encabezados por el coronel Araujo se salvaron pagando a los rifeños un

[33] Uno de los primeros testimonios fue una carta a su familia del propio Luis Casado y Escudero, que ya publicaban los periódicos en agosto de 1921: "Noticias interesantes", en *La Acción*, 13-VIII-1921, p. 4. Indalecio Prieto señaló en el Congreso que bebieron "los orines de las bestias, dulcificados con azúcar": PRIETO, I: "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" [21-XI-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), p. 73., casi todas las memorias consultadas que aluden al tema indican que fueron las suyas propias. Así aparece por ejemplo en SENDER, R. J.: *Imán*, Destino, Barcelona, 1997 (original de 1930), p. 111. En varios momentos de la obra se hacen referencias a cantimploras de orina, pero nunca a que esto no fuese de los soldados.

[34] Muchos de estos casos fueron recogidos con indignación en el *Expediente Picasso*, calificándolos de totalmente reprobables, y avalándolos por numerosos testimonios. También se destacó el hecho de que varios camiones, algunos de los cuales transportaban heridos, volcaron a causa de los soldados en retirada que se subían a ellos.

[35] Según el informe judicial las excusas que se dieron para el repliegue carecían de la suficiente solidez, e incluso se prescindió del uso de la artillería de la posición para cubrir la retirada. La desbandada general a la salida de la posición en la ascensión al monte Izzumar facilitó mucho la matanza por parte de los rifeños. Además en Izzumar había una posición cuyo abandono también fue ilógico y muy criticado.

[36] "Monte Arruit y Beni Urriaguel", en *La Acción*, 28-X-1921, p. 1.

rescate por su vida, mientras que casi un millar de soldados perdieron la vida sin haber luchado[37]; la retirada de Zoco El Telatza Bu-Beker hacia la zona francesa, famosa no solo por la falta de combatividad demostrada, sino también por los incidentes protagonizados en el Protectorado francés; o lo sucedido en el aeródromo de Zeluán, único de la comandancia, del que no despegó un solo avión por negligencia y porque los pilotos estaban en Melilla[38]. La cobardía y la vergüenza se personalizaron mucho menos que el heroísmo, y más que a figuras concretas se acusó a unidades o guarniciones en su conjunto. Además, la aparición en los periódicos de columnas dedicadas a "rasgos heroicos" de los soldados españoles o a las "traiciones" y "horrores" de los *moros* fue más frecuente que la de las que resaltaban actuaciones patéticas del Ejército español. De hecho, muchos de los detalles más vergonzosos del Desastre no se conocieron hasta que comenzó a difundirse el *Expediente Picasso*. A ello contribuyó la censura, pues los partes oficiales siguieron siendo una fuente fundamental y, aunque reconocían la gravedad de los hechos, solían hacer lo posible por salvar el honor de la actuación del Ejército.

Si hubo un nombre en el que se personalizó el desastre, ése fue el de Silvestre, general sobre el que iba a recaer buena parte de la responsabilidad por lo ocurrido. El *Expediente Picasso*, en unas palabras que iban a ser muy reproducidas en los años siguientes, lo sintetizaba así:

> Muerto o desaparecido el general Silvestre, es lo cierto que en este momento se eclipsa definitivamente su estrella, en la que, según declaración de un testigo, tanto él confiaba […] y que en Annual se apaga por completo, envolviendo en su oscuridad, en fúnebres crespones, a las fuerzas que mandaba, y en doloroso luto a España entera, dejando oculta por tupido velo la duda de si lo ocurrido era debido a arranques propios y peculiares de su carácter o si estaba autorizado por el Alto Comisario[39].

No obstante, al igual que sucedió con Juan García y Margallo en 1893, su muerte hizo que su memoria fuese relativamente respetada. También encontramos una analogía con Margallo en la existencia de diversas teorías sobre su muerte. Todo apunta a que Silvestre falleció el mismo día de la fatídica retirada, pero el que ningún superviviente estuviese presente y no se encontrase el cadáver hicieron posible la aparición de numerosas versiones, incluso leyendas. Algunas afirmaban que había sido tiroteado o incluso que pudo haber sobrevivido, pero la más extendida entonces fue la de que se había suicidado, que sigue siendo la que defienden hoy la mayoría de historiadores[40]. Aunque

[37] Según el *Expediente Picasso* Araujo y sus oficiales pagaron 5.000 pesetas para salvar sus vidas, mientras cerca de ellos pudieron perecer unos 900 soldados españoles. El contraste entre los 19 días de asedio de Monte Arruit y la rendición sin luchar de Dar Quebdani hacían parecer más grave lo sucedido: OTEYZA, L. DE: "Navarro, Araujo y los aviadores", en *La Libertad*, 9-VIII-1922. Por ello, el proceso judicial contra Araujo concitó bastante atención mediática. Se tuvieron en cuenta varios atenuantes y Araujo fue condenado a seis años y un día, sobre todo por no haber dispuesto lo necesario para la defensa de la posición: "Vista de la causa instruida al coronel Araujo", en *ABC*, 27-IV-1925, p. 19.

[38] La investigación de Picasso consideró que hubo manifiesta negligencia del jefe de escuadrón, que no asumió el mando ni tomó disposiciones: *Expediente Picasso*, Ediciones Morata, Madrid, 1931, p. 292.

[39] *Expediente Picasso*, p. 336.

[40] El testimonio más fiable parece ser el del teniente Arias y el cabo Las Heras, quien afirmó en 1956 que el general fue tranquilamente hasta su tienda, y al poco tiempo escucharon un disparo: MARÍN: *Atlas ilustrado*…, p. 144. El propio hijo de Silvestre daría parte del suicidio de su padre, aunque ya había regresado a Melilla antes del desastre. Las conjeturas fueron muchas. El 26 de agosto *ABC* publicaba un artículo en el que señalaba que de Annual había salido una maleta con cosas personales de Silvestre que su chófer, Eusebio Casanovas, debía hacer llegar a Melilla: "Lleva este maletín a casa. En la inteligencia de que si no llega el maletín, tampoco debes llegar tú… ¿Entendido?": "El último día de Annual", en *ABC*, 26-VIII-1921, p. 9. Las detalladas explicaciones sobre lo sucedido en aquellas fatídicas horas proliferaron extraordinariamente.

se insistió mucho en que los graves errores de Silvestre habían sido funestos, fue habitual considerar su muerte como honorable[41]. Aunque resulte paradójico considerar honorable un suicidio, máxime teniendo en cuenta lo mal visto que siempre estuvo en la tradición cristiana, en el Ejército la idea de acabar con la propia vida antes de caer en manos del enemigo ha tendido a ser considerado un loable sacrificio[42]. De todos modos, muchos compartieron la idea del teniente coronel Fernández Tamarit, de que ni siquiera la muerte podía salvar el honor del Ejército: "la retirada terminó en un *sálvese quien pueda* desdichado, fatal consecuencia de errores que eran de todos, y de los que la oficialidad del ejército, ni aún muriendo, puede redimir a éste"[43].

Los prisioneros y su rescate

A corto plazo las enormes cifras de muertos y desaparecidos, así como las pérdidas territoriales, fueron los aspectos del desastre que concitaron una mayor atención. No obstante, según fueron pasando los meses el tema que más interesó a la opinión pública fue el de los prisioneros, que también se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza para los gobiernos españoles, ya que las negociaciones para su liberación siempre fueron tensas y se dilataron por más de un año. La atención mediática obtenida fue tal que varios de los cautivos se hicieron relativamente famosos, como Carmen Úbeda, una joven de 17 años a la que los periódicos dedicaron una considerable atención[44].

Al poco tiempo de suceder el desastre los prisioneros estaban muy repartidos entre las diferentes cabilas del Rif, pero Abd-el-Krim los fue agrupando gracias a su autoridad y los concentró en Axdir, cerca de su cuartel general. Según el sargento Francisco Basallo, uno de los cautivos, eran un total de 570 sin contar los civiles[45]. Su situación generó un movimiento de solidaridad por toda España. Además de la movilización para pedir su liberación se hicieron múltiples suscripciones para enviarles alimento y medicinas, muchas de ellas coordinadas por la Cruz Roja. Desde humildes muestras de cariño hasta envíos bastante considerables, fueron muchos los españoles que quisieron poner su granito de arena para mejorar las condiciones de aquellos hombres[46]. Además, por pocos temas se protestó tanto a los gobernantes, a los que se consideraba culpables de no hacer lo necesario para una liberación que se había convertido en una urgente necesidad nacional.

En septiembre de 1921 la Federación de Empleados y Obreros del Ayuntamiento de Madrid ya había creado una Comisión para el rescate de los prisioneros. Exhortaba a

[41] Por ejemplo en *La Época* todavía se hablaba del "heroico General Margallo" (30-VII-1921, p. 2).

[42] En este sentido tuvo una cierta influencia en la época la difusión del bushido, el código samurái, que fue traducido al castellano por Millán Astray.

[43] *Expediente Picasso*, p. 108.

[44] En noviembre se señalaba que sería prontamente liberada: "la joven Carmen Úbeda, que había sido raptada del campamento de Annual y recuperada por Abd-el-Krim, será devuelta por el jefe moro a su familia uno de estos días": "En la zona de Melilla", en *El Imparcial*, 18-XI-1921, p. 1. Finalmente no fue así y tuvo que soportar completos los 18 meses que duró el cautiverio.

[45] Hernández Mir cifró los prisioneros en 545, incluyendo 54 civiles. Para las distintas cifras al respecto Vid. MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 210.

[46] Eduardo Pérez Ortiz en sus memorias da cuenta de algunos de ellos. Desde los más sencillos, como unos libros acompañados de esta sentida dedicatoria: "Amigos míos, os deseo de todo corazón que estos libros que os mando os sirvan de distracción y consuelo en vuestro cautiverio, y si un día, que espero será muy pronto, recobráis la libertad deseada por toda España, acordaos siempre de que hubo un alma que no se olvida ni un día de rezar por vosotros" hasta el envío de 200 cajas de la Marquesa de Barberá, cada una de ellas con una botella de coñac, otra de Jerez, un bote de leche, una lata de carne, un paquete de galletas, cigarrillos, un pequeño jamón y un escapulario. PÉREZ ORTIZ: *18 meses de cautiverio*, p. 235 y 244.

conseguir su liberación "por deber de humanidad" y consideraba que los cuatro millones de pesetas con que "la ambición y la infamia han valorado el rescate de nuestros compatriotas" no tenían el valor de los llantos y el sufrimiento de los cautivos y sus familias. La comisión sugería además que si el Gobierno no procedía con el rescate comenzaría una suscripción nacional para recaudar dinero. Su manifiesto fue refrendado en todo el país por múltiples corporaciones, instituciones, asociaciones de funcionarios, particulares y un largo etcétera[47]. La prensa de matices políticos muy diversos se sumó a la campaña a favor del rescate. Periódicos como *La Libertad*, *La Correspondencia de España*, *La Voz*, *El Sol*, *El Liberal* o *El Imparcial* destacaron por su labor en este sentido, aunque no faltaron otros críticos con la misma, como *El Debate*, que tachó un mitin suyo de "revolucionario" o *Heraldo de Madrid*, que calificó la campaña de insensata, señalando que no iría en provecho de los prisioneros, sino de los *moros*[48]. El Gobierno conservador de Maura trató de desacreditar esta campaña por el rescate y varios periódicos fueron procesados[49]. En *El Sol* se señalaba que al Gobierno parecía inquietarle que los *moros* se enterasen por los periódicos de que la suerte de los prisioneros preocupaba a sus familias, y criticaba las apelaciones al patriotismo para no hacer el rescate, afirmando que el patriotismo era para el Gobierno un estanco como el tabaco o las cerillas, que solo admitía los productos oficiales[50].

Las autoridades españolas trataron de volcar sobre Abd-el-Krim toda la responsabilidad de que las negociaciones no prosperasen, pero los españoles pudieron contrastar estas valoraciones con las del líder rifeño a través de sus cartas, que circularon por muchos diarios. En ellas deseaba un feliz retorno de los familiares a sus casas, justificaba los cuatro millones pedidos por el rescate y ofrecía salvoconductos para visitar a los prisioneros[51]. Pese a que el caudillo rifeño se había granjeado el odio de España por liderar la masacre, la cordura de sus textos sirvió para avivar la oposición contra el Gobierno. Además, mientras se negociaba la liberación de los cautivos el Ejército español avanzaba para recuperar las posiciones perdidas, lo que no era muy favorable para las negociaciones[52]. Aunque se sabía que el dinero del rescate ayudaría a los rifeños en la guerra, la mayor parte de la sociedad parecía aprobar su pago, algo que disgustaba mucho a los militares, en su mayoría opuestos a la vía negociadora, que consideraban un deshonor[53].

El cambio de Gobierno de diciembre de 1922, que llevó al poder a García Prieto y los liberales, cambió radicalmente la situación. La vía negociadora se aceleró, culminando el 27 de enero de 1923 después de que el Gobierno pagase 4 millones de pesetas y entregase prisioneros rifeños. Habían pasado un total de 18 meses, quedando 367 cautivos supervivientes de los que 332 eran militares. Según los datos del sargento Basallo, uno de los prisioneros, de los restantes militares 141 murieron por enfermedad,

[47] CEREZO GARRIDO, M.: *El rescate de los prisioneros (Libro de la verdad)*, Editoriales Gráficas Postal Express, Melilla, 1922, pp. 51, 55 y 104. También se hizo un llamamiento a la intelectualidad española para que se posicionase a favor del rescate, y así lo hicieron escritores como José Ortega y Gasset o Miguel de Unamuno.

[48] "Esa campaña es insensata", en *Heraldo de Madrid*, 5-XII-1921, p. 1.

[49] CEREZO: *El rescate de los prisioneros*, p. 141.

[50] "Los prisioneros" en *El Sol*, 16-V-1922, p. 5.

[51] "Interesante carta de Abd-el-Krim", en *La Libertad*, 13-XII-1921, p. 2.

[52] Por ejemplo, en respuesta a la toma de Dar Drius por las tropas del general José Sanjurjo, Abd-el-Krim mandó ejecutar al comandante Villar, lo que supuso una inmediata interrupción de las negociaciones.

[53] Se señaló que el general Berenguer, Alto Comisario en Marruecos, era una de las principales trabas para el rescate. El general Valeriano Weyler llegó a afirmar que mientras el general Berenguer ocupase la Alta Comisaría, no había posibilidad de hacer gestión alguna para el rescate. Sus palabras levantaron bastante revuelo: "Una grave afirmación", en *El Imparcial*, 27-VI-1922, p. 1.

11 fueron ejecutados y 86 lograron fugarse[54]. La liberación de los prisioneros fue en general acogida con júbilo en España. Periódicos como *El Adelanto, El Socialista* o *El Imparcial* mostraron claramente su alegría. Otros se declararon menos entusiastas por el alto precio pagado, pero reconociendo que era la única forma y sin criticar la decisión. Las voces críticas llegaron sobre todo de la prensa conservadora, que consideró humillante el acuerdo e incidió en que ayudaría a armar a los rebeldes[55]. *ABC*, por ejemplo, dedicó su portada de ese día a Alfonso XIII, que estaba de montería, y relegó el rescate de los prisioneros a una discreta séptima página[56]. La reacción negativa más famosa a la liberación, aunque nunca se pudo demostrar su veracidad, fue la que presuntamente pronunció el rey al conocer la noticia: "resulta cara la carne de gallina". Esas palabras corrieron de boca en boca de forma extraordinaria, siendo incluso aludidas en el Congreso, pero se desconocía su origen[57]. Aunque pudo ser un rumor falso, perjudicó la ya dañada imagen de Alfonso XIII.

Se demoró durante mucho tiempo y ello costó la vida a bastantes prisioneros, pero el final feliz de la historia hizo que se reconociese mucho el esfuerzo de algunos de los principales protagonistas. En especial se ensalzó la figura del empresario Horacio Echevarrieta, que fue quien llevó el dinero a Abd-el-Krim y actuó constantemente de intermediario en las negociaciones. Su reconocimiento fue casi unánime y recibió múltiples muestras de agradecimiento[58]. En L*a Correspondencia de España* se le definió como "el héroe de ese momento inolvidable, el hombre que ha devuelto a España la tranquilidad y a muchos hogares el bienestar y la dicha", y en *El Imparcial* se consideraba que todo el país estaba en deuda con él[59]. Manuel Cerezo, de la Comisión para el rescate de los prisioneros, destacó también las actuaciones de Dris Ben Said, el sargento Basallo o el Ministro de Estado, Santiago Alba[60]. Pérez Ortiz, uno de los cautivos, recordaría sobre todo la labor del padre Revilla, Manuel Cerezo, Ben Said y Horacio Echevarrieta[61].

Los prisioneros fueron muy agasajados, primero en Melilla y luego en Málaga, de donde fueron saliendo hacia sus lugares de origen. A las habituales aclamaciones de la gente se unieron banquetes, regalos y diversas suscripciones abiertas para favorecerlos. A muchos de ellos incluso les ofrecieron trabajo, como al sargento Basallo, que pudo ocupar un puesto en el Banco de España. La atención mediática sobre ellos fue muy alta, y sus testimonios conmovieron a la opinión pública de entonces hasta el punto de favorecer una nueva ola de militarismo y deseos de venganza. Sobre la famosa Carmen Úbeda, se pudo leer en *El Sol*:

> Carmen Úbeda, joven bellísima, de la que tanto se ocupó la Prensa a raíz del desastre, por ser muy estimada en Melilla, fue raptada por un moro de la zona francesa; pero Abd-el-Krim la reclamó, ordenando que fuera conducida a Axdir; ha sufrido, como

[54] BASALLO, F.: *Memorias del cautiverio*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1924, p. 189.
[55] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 402.
[56] Además, la noticia estaba redactada sin atisbo de la alegría mostrada en muchos otros periódicos: "Melilla ha recibido con serenidad y tristeza a los prisioneros rescatados", en *ABC*, 29-I-1923, p. 7.
[57] CEREZO: *El rescate de los prisioneros*, p. 25. Al Congreso llegaron por ejemplo en boca de Indalecio Prieto, al que el ministro de la guerra respondió que eso no lo había dicho nadie: PRIETO, I: "Ocho mil cadáveres españoles" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 155.
[58] Entre ellas la del monarca, que le envió un "cariñoso telegrama" de gratitud: "El rey felicita al señor Echevarrieta", en *La Época*, 30-I-1923, p. 2.
[59] "La gratitud de España hacia el Dr. Echevarrieta", en *La Correspondencia de España*, 29-I-1923, p. 1. "Una deuda nacional de gratitud", en *El Imparcial*, 1-II-1923, p. 1.
[60] También destacó la labor del Padre Revilla, que en su opinión había sido injustamente omitido por el Gobierno y la prensa: CEREZO: *El rescate de los prisioneros*, p. 385.
[61] PÉREZ ORTIZ: *18 meses de cautiverio*, p. 322.

> todas las mujeres prisioneras, todo género de ultrajes. La brutal ferocidad del moro no ha respetado ni a las niñas[62].

La sensación de humillación entre los militares, derivada de no haber podido rescatarlos por la fuerza, tuvo mucho que ver en el ardor bélico[63]. La prensa liberal y de izquierdas mostró su desaprobación, no entendiendo que se pudiese usar la libertad de los prisioneros para justificar una "campaña de represalias y venganzas guerreras", pues las vejaciones y tormentos que habían sufrido eran conocidas hace meses[64]. Según el conde de Romanones, el rescate a fuerza de dinero había sido un duro golpe para los militares, que entonces se enfrentaban al problema de las responsabilidades del desastre y ya conspiraban contra un poder político al que culpaban de todos sus males[65]. Para el Gobierno conservador de Maura el tema de los prisioneros se convirtió en una de las principales complicaciones y tuvo bastante que ver en su caída. Cuando el Gobierno liberal logró el rescate unas semanas después de haber llegado al poder, muchos consideraron que la liberación podía haberse conseguido muchos meses antes por el mismo precio, salvando así muchas vidas[66]. Para la causa de Abd-el-Krim, los prisioneros resultaron de gran utilidad, no solo porque finalmente cobró el rescate deseado, sino porque durante meses sirvieron de escudo ante una posible operación en Alhucemas, se mantuvieron fieles muchos líderes que esperaban cobrar, generaron movilización contra la guerra en España y facilitaron a la República del Rif establecer contactos diplomáticos[67]. Aunque los prisioneros de guerra por ambas partes fueron algo normal en las campañas de Marruecos, nunca generaron tanta expectación como los que Abd-el-Krim reunió en Axdir, por su amplio número, por la duración de su cautiverio, por ser consecuencia de un desastre de dimensiones colosales y por haberse convertido en un problema diplomático y social de primer orden. Por todo ello también, los 18 meses de cautiverio de centenares de españoles en la bahía de Alhucemas fueron uno de los aspectos del desastre más recordados en su memoria futura.

El Expediente Picasso, mucho más que un informe judicial

En los "desastres" de 1898 y 1909 se habló mucho del tema de las responsabilidades, pero no se llegó a materializar, al menos de puertas afuera respecto al Ejército. Sin embargo, la magnitud de la catástrofe en 1921, así como su impacto sobre la política y la opinión pública fueron tales que se hizo necesario determinar algún tipo de responsabilidad. La labor de dirigir la investigación que a ello llevase le fue encomendada al General de División Juan Picasso González.

El resultado, después de nueve meses de intenso trabajo, fue un extenso y detallado expediente. En absoluto resultó el típico informe judicial para cumplir el trámite, sino que supuso un asombroso ejercicio de memoria, para cuya realización se emplearon fuentes orales, documentales y materiales, con la debida prevención y una cuidada metodología. Estos aspectos, unidos al objetivo planteado de rescatar la memoria de aquellos fatídicos días y salvarla para la posteridad, hacen que el trabajo de Picasso, pese a partir con una voluntad judicial, pueda ser considerado también como un trabajo

[62] "El estado de los cautivos. Lo que cuentan", en *El Sol*, 30-I-1923, p. 1.
[63] SECO SERRANO: *La España de Alfonso XIII*, p. 707.
[64] "La dignidad del Ejército se halla a salvo", en *El Imparcial*, 7-II-1923, p. 1.
[65] ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 473.
[66] Vid. por ejemplo RIVERA, A.: "Recuerdos e impresiones de un periodista", en *El Imparcial*, 2-II-1923, p. 3.
[67] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 110.

histórico, mucho más contrastado y riguroso que la inmensa mayoría de la Historia que se hacía en la época. Además, el expediente ha condicionado la memoria de lo sucedido aquellos fatídicos días hasta la actualidad, y su alcance en lo político fue enorme, suponiendo un importante golpe para el sistema político de la Restauración.

El *Expediente Picasso* y su difusión resultan inusuales, no solo en la historia de España, pues en las restantes potencias europeas tampoco encontramos ninguna investigación sobre un desastre colonial que llegase a tal extremo. De puertas para adentro era normal que los ejércitos investigasen sus fracasos, pero que lo hiciesen con tanta exhaustividad y que dejasen los resultados completos en manos de los políticos ya era otro tema. En Gran Bretaña la derrota en Isandhlawana solo llevó a acusaciones a Disraeli por haber descuidado los asuntos de Sudáfrica y por haber vertido sangre inocente en nombre de unos afanes de aventura vanos; mientras que en Italia el desastre de Adua provocó la caída del gobierno Rudini, pero apenas hubo más consecuencias políticas[68]. En España, la crisis iba a durar varios años con diferentes gobiernos, el clamor popular pedía que se dirimieran las responsabilidades, y las investigaciones de las Cortes surgidas tras la presentación del informe de Picasso solo fueron frenadas por un golpe de Estado.

La información del expediente ha sido analizada en innumerables ocasiones, especialmente desde la historia militar, pero lo que aquí nos interesa no es tanto su contenido, sino hacer una breve aproximación a su enorme valor desde el punto de la vista de la memoria, pues Desastre de Annual y *Expediente Picasso* son dos nombres que han pasado a la historia de la mano, y la memoria del primero no se puede entender sin el segundo.

La elaboración del expediente

El nombre oficial del informe fue *Expediente instruido con motivo del abandono de posiciones en el territorio de Melilla en los meses de julio y agosto*. No obstante, ha pasado a la historia ligado al apellido del juez que lo instruyó: *Expediente Picasso*, una denominación mucho más corta, efectista y que ya se había extendido antes incluso de que el informe viese la luz.

Juan Picasso conocía bien Marruecos e incluso poseía una Laureada de la campaña de 1893. La responsabilidad de elegirle recayó en el Ministro de la Guerra, el Vizconde de Eza. Picasso nunca se aproximó públicamente a ninguna ideología política, aunque en ciertos sectores muy militaristas fue acusado de republicano, masón y *protestante*[69]. Poco después de su elección, el expediente ya había generado una notable polémica por el límite impuesto al juez instructor. Cuando éste solicitó los planes de operaciones del Alto Mando, la reacción del Ministerio de la Guerra y de la Alta Comisaría en Marruecos fue la de restringir sus competencias, por medio de un telegrama en primer lugar[70], y después por una Real Orden del 24 de agosto[71]. Esto no hizo sino demostrar el convencimiento de que el escándalo salpicaría a altos cargos del Ejército y el Gobierno. En las

[68] SCHAMA, S.: *Auge y caída del Imperio británico 1776-2000*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 333. ETEMAD, B.: *Possesing the World. Taking the measurements of colonization from the 18th to the 20th century*, Berghahn Books, Nueva York, 2007, p. 179 y ss.; LA PORTE, P.: *El desastre de Annual: Frente al imperialismo europeo y los políticos españoles (1921-1923)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, p. 82.

[69] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 272. Stanley Payne por ejemplo ha señalado que Picasso era protestante: PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 147.

[70] Picasso consideraría el telegrama de Eza, Ministro de la Guerra, una clara extralimitación de funciones (*Expediente Picasso*, p. 302).

[71] *Expediente Picasso*, p. 383. La Real Orden le obligaría a dejar de lado al Alto Comisario, el general Berenguer, en sus indagaciones, aunque tenía menos limitaciones que las que suponía el telegrama, por el miedo de La Cierva a que Picasso dimitiese ante tantas trabas. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 269.

consideraciones que al Expediente hizo el consejo pleno que lo evaluó, se señaló describiendo la retirada de Annual:

> Y en este momento aparece un punto oscuro, que no se ha podido dilucidar en la información gubernativa por la limitación impuesta al juez instructor y a la que con tanta frecuencia nos hemos tenido que referir […], relacionada con un telegrama del Alto Mando[72].

El consejo pleno incidió también en la incongruencia que suponía el polémico telegrama, considerando que el Alto Comisario y otros muchos miembros del Ejército debían responder por sus acciones. El fiscal que encabezaba el consejo señalaba notables deficiencias en la investigación, no culpando por ellas a Picasso sino a las limitaciones que se le impusieron. Las consideraciones culminaban con una lista de todos los militares que se estimaron merecedores de castigo, dada con gran prevención e incluso miedo: 38 nombres que se sumaban a los 37 aportados por el juez instructor, siendo los últimos Navarro, Silvestre y Berenguer[73]. Así pues, y quizá con la connivencia del nuevo Gobierno, la comisión no hizo caso de la promesa de inmunidad del anterior, y señaló al Alto Comisario entre los que debían ser procesados.

El 23 de enero de 1922 Picasso ya había finalizado su investigación y volvió de Melilla con un expediente de más de dos mil folios, concluyendo su trabajo el 18 de abril, fecha en la que lo firmó como "el general de división Juez instructor, Juan Picasso". Fundamentalmente, lo que en la actualidad se conserva es la redacción de Picasso entre los folios del 2.172 al 2.417, que recogen un total de 50 declaraciones de testigos; así como el cuerpo argumental de la Fiscalía, una especie de resumen de enorme valor documental, que sintetiza con detalle la información del Expediente. Esto último es lo que hoy se puede encontrar en librerías y bibliotecas con el nombre de *Expediente Picasso*, aunque no lo sea en sentido estricto, pues la mayor parte del expediente se ha perdido, incluyendo la documentación concerniente a la Alta Comisaría. Esta parte fue la que se imprimió en Madrid y, según Abad de Santillán, en ella no se incluyeron documentos que podían haber resultados comprometedores para el rey[74]. La tirada que se hizo fue muy restringida y sobre todo para los miembros del Congreso, desapareciendo muy pronto de la circulación. No obstante, muchos detalles e informaciones del mismo se difundieron en resúmenes a través de la prensa, por lo que su influencia a gran escala sobre la opinión pública fue inmediata.

El Expediente Picasso como fuente histórica

El *Diario de un testigo de la Guerra de África* condicionó de forma evidente la memoria de la Guerra de África en España. De un modo muy distinto, el *Expediente Picasso* hizo lo mismo con la memoria del Desastre de Annual. La popularidad y difusión del primer libro superaron abrumadoramente a la del segundo, que fue deliberadamente relegado al olvido durante años. No obstante, su valor documental y cuidada elaboración le permitieron ser la fuente más valiosa para acercarse a aquellos trascendentales días, y lo seguirá siendo. Autores de referencia como Stanley Payne, Sebastian Balfour o María

[72] El informe del consejo pleno se incluyó al final del Expediente en su publicación. *Ibídem*, p. 334.
[73] *Expediente Picasso*, pp. 308, 383, 385 y 389.
[74] ABAD DE SANTILLÁN, D.: "Prólogo", en *Expediente Picasso* (Primera edición facsimilar), Frente de Afirmación Hispanista, A. C., México, 1976, p. X.

Rosa de Madariaga han descrito el desastre de un modo muy similar al de Juan Picasso, cuya obra les ha resultado fundamental[75].

La investigación era terriblemente complicada por la presión que sobre ella recaía y porque los lugares sobre los que había que investigar se habían perdido, resultando imposible obtener pruebas sobre el terreno. Esa circunstancia dejaba los testimonios orales como elemento central para el informe, muchos de los cuales eran "testigos a su pesar"[76], declarantes en un proceso judicial en el que sus relatos podían marcar la diferencia entre la culpabilidad y la inocencia. Sin embargo, Picasso señaló siempre con humildad los problemas de su investigación y sus reservas acerca de la información contenida[77]. En su afán por llegar al fondo de los hechos escuchó también testimonios de paisanos de pueblos próximos a las posiciones, de los que obtuvo revelaciones importantes rara vez señaladas por los militares, como las relativas a la abusiva autoridad policial sobre las cabilas, incluyendo registros a las mujeres, que provocaban un gran rechazo por ir en contra de las tradiciones[78]. Con todo, los testimonios de los militares reflejados en el expediente eran en general muy críticos con las Fuerzas Armadas, a la vez que casi siempre muy exculpatorios con respecto a la actuación individual del declarante. Picasso no dejó de tener presente en ningún momento que estaba hablando con gente cuya principal prioridad no era favorecer la depuración de responsabilidades o esclarecer la verdad de los hechos, sino evitar en la medida de lo posible que les salpicara la investigación. Por ello, sabía que, aunque generalmente había miedo a mentir por la posibilidad de caer en contradicciones con otros testimonios, se empleaban con frecuencia términos considerados por él eufemismos, como "unidades", "recoger" o "reorganizarse":

> Dice reorganizarse, pero esto parece excesivo eufemismo, reuniendo casi todos los hombres y parte del ganado, «pero ninguna carga». […] haciendo lo propio las demás *unidades*, en cuanto pueda darse este nombre a las agrupaciones que aún conservan cierta agregación, ya que no apariencia orgánica […] se dirigieron a Tistutin a fin de «recoger» la Caballería indígena; que traducido en su recto sentido quiere decir que dicha caballería se desbandó y huyó, no conociéndose a cuál fuerza determinada se refiera[79].

Los testigos fueron la fuente principal, pero Picasso también analizó pormenorizadamente la documentación de operaciones, lo que le valió para demostrar errores de los mandos y falseamientos de los informes oficiales[80]. Fue tan exhaustivo en sus pesquisas que analizó cada una de las 155 posiciones que se desmoronaron en apenas 20 días, tratando de contar con testimonios para todas ellas, aunque en algunos casos no se tenía constancia de supervivientes y la única opción era recurrir a difusas referencias de terceros[81]. El desorden en la retirada de las posiciones, el comportamiento deficiente de los mandos y los problemas de años de imprevisión (nefasto despliegue[82], mal empleo

[75] PAYNE: *Los militares y la política…*,; BALFOUR: *Abrazo mortal*; MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*.

[76] Como los ha definido RICOEUR: *La memoria, la historia, el olvido*, p. 222.

[77] El estar perdido el territorio y muertos la mayoría de los testigos, así como los problemas de fiabilidad de las declaraciones, fueron los principales problemas por él reconocidos: *Expediente Picasso*, p. 8.

[78] *Ibídem*, p. 69.

[79] *Ibídem*, p. 167.

[80] Por ejemplo el parte oficial sobre la pérdida de Igueriben señalaba que se había acogido en Annual "la mayor parte de la guarnición", cuando únicamente se salvaron un sargento y 10 individuos de tropa. *Expediente Picasso*, p. 93.

[81] Son los casos de Yebel Uddia, Axdir Asus o Morabo de Sidi Mohamed.

[82] Destacando aspectos como problemas en las carreteras, escasez de vehículos, problemas para desplazar la artillería o las dificultades de la aguada en varias posiciones, entre las que el caso más extremo fue el de la posición de Zoco el Telatza, cuya aguada estaba a 38 kilómetros. *Expediente Picasso*, p. 232.

de la Policía Indígena, errores políticos, escasa instrucción de los soldados) fueron errores duramente criticados por Picasso[83], que sintetizaba así sus juicios:

> En resumen: hemos sido, como de costumbre, víctimas de nuestra falta de preparación, de nuestro afán de improvisarlo todo y no prever nada y de nuestro exceso de confianza; y todo ello constituye, a juicio del declarante, una grave responsabilidad, que el país tiene el derecho de exigir a todos; porque si es cierto que autoridades e incluso ex Ministros han visitado el territorio y encontrado todo perfectamente, y que el Mando ha felicitado por los resultados alcanzados, que después se desplomaron como un castillo de naipes, no lo es menos, por desgracia, que la oficialidad, en su misión de preparar el instrumento que ha de usarse para combatir, ha olvidado que cuando por medios que podrán tener excusa, pero que eran graves, obtuvo ventajas materiales, prometió solemnemente dedicar todos sus esfuerzos, en primer término, a mejorar la condición del soldado y la capacidad del Ejército, y ha dejado incumplida esta promesa, en perjuicio de la Patria, que necesita, no un Ejército que se sacrifique, sino un Ejército que triunfe, preparándose en los períodos de paz, porque en la guerra no se aprende nada[84].

Picasso también se opuso a la lluvia de peticiones de condecoraciones y ascensos tras el desastre. Reconocía las valerosas defensas de ciertas posiciones[85], pero señalaba algunas prevenciones necesarias para que los militares no alegasen como servicio distinguido "el regular desempeño de su obligación", "pues si tantos creen haberse comportado tan esforzadamente, no se comprende entonces la consumación de la catástrofe en las condiciones que los hechos relatan"[86]. Su investigación contribuyó a que las condecoraciones otorgadas fuesen más justas de lo habitual, aunque no evitó el clientelismo o la picaresca, tan frecuentes en este tipo de concesiones.

La memoria maleada, el ejemplo de Tistutin

El *Expediente Picasso* resultó un verdadero tesoro respecto a la memoria del desastre de 1921, por lo que ningún trabajo le disputa el honor de ser la principal fuente para estudiar aquellos hechos. Pero como reconoció su juez instructor tenía las limitaciones de rigurosidad intrínsecas a cualquier investigación histórica. Al final, la única memoria real fue la de los que estuvieron allí, vieron los hechos con sus ojos o los padecieron ellos mismos. En el momento en que esa memoria era transmitida, se convertía en una memoria reconstruida, quizá incluso tergiversada o manipulada, lo que no evitaba que en ocasiones pudiese dar lugar a la aparición de un "hecho histórico". El que muchos asuman como cierto algo que nunca ocurrió no lo hace más real, pero puede quedar para siempre en la memoria, no en su sentido individual, sino en el colectivo. El mejor ejemplo de esto respecto al *Expediente Picasso* lo tenemos en la presunta defensa del pozo número dos de Tistutin, que protagonizaron los cabos Jesús Arenzana y Rafael Lillo con otros cuatro soldados. Arenzana relató una heroica epopeya de defensa del pozo que fue ratificada por sus compañeros[87], considerada una loable muestra de valor en el *Expediente*

[83] *Expediente Picasso*, pp. 45, 49, 55, 61 y 62.
[84] *Expediente Picasso*, p. 52.
[85] Como por ejemplo las de Igueriben, Intermedia A o la aguada de Dar Quebdani, que aguantaron muchos días de sitio, mientras que muchas posiciones fueron abandonadas antes de haber sido atacadas. También apareció como intachable la labor de la Caballería de Alcántara, cubriendo la retirada hasta perder la mayoría de sus efectivos.
[86] *Expediente Picasso*, p. 74.
[87] Hicieron un un pacto de paz con los rifeños que duró mientras hubo agua y una hábil retirada hacia zona francesa en la cual fueron descubiertos por dos rifeños a los que dio muerte el propio cabo.

Picasso e incluso sirvió para abrir un juicio contradictorio para concederle la Laureada[88]. La prensa compartió la exaltación, como demostraba *ABC* en noviembre de 1922, catalogando el episodio de "epopeya" y a los soldados de "héroes":

> Del 28 de julio al 2 de agosto resistieron de modo inverosímil, y llegado el último extremo, reuniéronse los seis defensores con su jefe (un cabo), y relevándole de toda responsabilidad, inutilizaron las armas y el motor del pozo y se internaron en la zona francesa, después de haber pasado grandes peligros y penalidades[89].

Curiosamente, lo más acertado del fragmento anterior terminó siendo el "resistieron de modo inverosímil", pues a finales de 1922 se conoció que entre todos habían creado una gran mentira, rindiendo la posición sin resistir y pagando 100 pesetas para que los llevasen a la zona francesa. El propio Arenzana reveló la verdad, tal vez empujado por su conciencia ante las constantes alabanzas y muestras de aprecio recibidas. El cabo realizó una nueva declaración, con la cual el fiscal togado del Consejo Supremo reconstruyó la verdad[90]. Sin embargo, la difusión del engaño entre la opinión pública fue infinitamente menor que la de la epopeya, pues no convenía airear una nueva humillación del Ejército, que además podía llevar a muchos a pensar cuántas más de las hazañas dadas por ciertas podían haber sido tan imaginarias como la de Arenzana y compañía[91].

En este asunto queda expuesto uno de los grandes problemas de esa relación difícil pero necesaria entre memoria e historia. Allí donde no se puede recurrir a fuentes documentales o pruebas de ningún tipo y donde los testimonios son tan poco numerosos que fácilmente pueden haber llegado a un acuerdo, nadie puede asegurar la fiabilidad de hechos que, sin embargo, se hacen un hueco en la memoria colectiva, y se van abriendo paso hacia la historia. De no ser por la rectificación de Arenzana, tal vez hoy en día hablásemos de él como un *laureado* en uno de los más valerosos episodios de la guerra: la defensa del pozo número dos de Tistutin, que sin embargo actualmente ha quedado más bien como un representante de la picaresca española.

El impacto del expediente en la política de la Restauración

Meses antes de estar terminado, el *Expediente Picasso* ya había generado un intenso debate público, con elucubraciones diversas sobre el alcance de la investigación que se estaba llevando a cabo. No fueron pocos los que consideraron que dicho proceso no era sino una quimera, orquestada desde el poder para acallar las críticas de la opinión pública y de ciertos grupos políticos, así como que la labor del tal Juan Picasso no era otra que liar el asunto para posponerlo lo más posible y que se fuese olvidando. También había quien defendía la labor que se estaba realizando, y pedía tiempo para que la misma diese frutos[92]. Una vez que el informe vio la luz, aunque de forma limitada, se terminaron

[88] El proceso se inició el 26 de diciembre de 1921, habiendo sido decisiva la recomendación de Picasso, que todavía se encontraba en Melilla en medio de su investigación.

[89] "La epopeya brilla en las negruras del desastre", en *ABC* (19-XI-1922), p. 20.

[90] "Que el 28 de agosto al verse solos y abandonados, viendo como era imposible la defensa, decidieron arreglarse lo mejor posible con el enemigo, quedando dentro del pozo los rifeños y los españoles prisioneros de éstos, habiendo tenido que entregar el armamento al jefe Hammú, según confesión del mismo Arenzana": PANDO: *Historia secreta de Annual*, pp. 214-215.

[91] En enero de 1924 se habla del Consejo de guerra contra Arenzana y Lillo, pero apenas se dan detalles sobre la gran mentira. Hay que tener también en cuenta que ya eran los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera y las limitaciones a la libertad de prensa eran mayores. Vid. por ejemplo "La acción de España en Marruecos", en *La Época*, 22-I-1924, p. 1.

[92] El Ministro de Defensa, Juan de la Cierva, pidió en varias ocasiones en el Congreso que se tuviese paciencia, que las investigaciones llegarían a buen puerto.

las dudas sobre la labor del general y su trabajo se convirtió al momento en un elemento clave en el debate político español. Uno de los mejores ejemplos de este cambio de apreciación nos lo dio el diputado socialista Indalecio Prieto. Antes de que el expediente comenzase a circular entre los miembros del Congreso, Prieto se mostró totalmente escéptico acerca de la labor que se estaba realizando y muy duro con Picasso desde el desconocimiento de su trabajo:

> Quien pretenda enterarse de lo ocurrido en la zona de Melilla por esta información habrá de dedicar un par de años a la lectura, no se enterará de nada y acabará por perder la cabeza. Veinte generaciones de ratones harán sus nidos en esta montaña de papel. He aquí en qué parará toda la depuración de responsabilidades a través de las investigaciones oficiales. Si a un señor le hubiesen dicho "procure usted embrollarlo" no lo haría mejor, seguramente[93].

Prieto llegó a referirse a Picasso como "el constructor del panteón del olvido". Ante la ausencia de noticias sobre su labor y la cada vez menor esperanza de que la prometida investigación se convirtiera en algo tangible, afirmó con ironía en las Cortes que "veinte o veintiún millones de españoles creen que no existe ese general"[94]. Curiosamente, para entonces Picasso ya había terminado, aunque Prieto no accedió a los resultados hasta unos meses después, momento en que su discurso al respecto cambió radicalmente. En una intervención en las Cortes en noviembre de 1922, cuya repercusión en la prensa de entonces fue enorme, agradecía al presidente el haber llevado el expediente al Congreso y añadía un aplauso "más ferviente, más rendido, más obligado todavía (que además tiene la virtud de que nadie le pudiera poner la mácula de la sospecha de una adulación) al dignísimo general del Ejército español que ha instruido ese expediente"[95], una referencia que levantó los aplausos de la izquierda. En efecto, después de sus diatribas contra Picasso, el diputado por Bilbao no era sospechoso de adular interesadamente al general, lo que incrementa el valor de sus halagos sobre las páginas del informe, tan efusivos como constantes: "hemos sentido la amargura de ver en ellas ratificado [el desastre] con el sello indiscutible de la imparcialidad y de la comprobación documental"; "una síntesis admirable donde campean el mérito y la claridad de exposición"; "El mejor relato del estado moral lo hace este hombre verdaderamente insigne, este ciudadano meritísimo, que se llama don Juan Picasso"[96]. El sentir de Prieto fue el de la mayor parte de los políticos en el Congreso, y al general le llovieron elogios en numerosas sesiones de la cámara[97]. Además, muchos ayuntamientos españoles participaron de este reconocimiento, especialmente el de Málaga, ciudad natal de Picasso,

[93] PRIETO, I.: "Notas del block" [25-IX-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 90.

[94] PRIETO, I: "Con motivo del proyecto de recompensas, Indalecio Prieto juzga la catástrofe de Marruecos y pide la repatriación del Ejército" [4-V-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), pp. 16-17.

[95] PRIETO, I: "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" [21-XI-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey* (2ª parte), p. 49.

[96] PRIETO, I: "Dictamen" en ID.: *Con el Rey o contra el Rey* (2ª parte), p. 39 y PRIETO, I: "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" [21-XI-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey* (2ª parte), p. 56.

[97] El ministro Juan de la Cierva, que lo había defendido mucho mientras trabajaba, se mostró muy orgulloso del trabajo. Niceto Alcalá Zamora, diputado entonces del Partido Liberal, afirmó que el expediente que se les había remitido era "el extracto fidelísimo, sin una inexactitud, de las actuaciones practicadas": ALCALÁ-ZAMORA, N.: "Acusaciones al Ministro de la Guerra y al Gobierno de julio de 1921", en *Discursos de Don Niceto Alcalá Zamora pronunciados en el Congreso de los Diputados los días 24 y 28 de noviembre de 1922*, Tipografía Moderna, Madrid, 1923, p. 11. José Sánchez Guerra, presidente del Consejo agradeció los elogios rendidos al general Picasso, merecidos por la serena justicia que puso en el cumplimiento de una labor penosa y difícil: "Las Cortes", en *El Siglo Futuro*, 24-XI-1922, p. 3.

que lo nombró "hijo preclaro y predilecto" de la ciudad por la labor realizada en "su expediente sobre la depuración de responsabilidades"[98], mientras que otros le enviaron felicitaciones por su labor[99].

Menos efusivos fueron los conservadores, que veían cómo las responsabilidades los podían salpicar. De hecho, los liberales, que entonces gobernaban, consideraron culpable al gabinete conservador de Allendesalazar basándose en el expediente[100], mientras que los socialistas acusaban a todos los gobiernos desde 1909. Los conservadores, como era de esperar, no entendieron que hubiera que buscar responsabilidad política alguna, e incluso consideraban al *Expediente Picasso* como un peligro para la patria. Como señaló *La Voz*, el informe de Picasso no había cumplido las expectativas del típico informe que perpetuase la leyenda de las derrotas heroicas, y por ello muchos políticos hablaban mal de él en privado: "Picasso no ha hecho un expediente como otros expedientes que figuran en la historia bochornosa de las irresponsabilidades hispanas, uno de esos expedientes donde todos son héroes desgraciados"[101]. Emilio Vellando, en *La Libertad*, alabó a Picasso por su integridad y su negativa a proyectarse públicamente, sin aparecer en entrevistas o dar su foto a los periódicos, demostrando que no buscaba notoriedad[102].

Como ejemplo de las visiones más críticas podemos referirnos a la del periodista y político conservador Salvador Canals, quien consideraba que había errores de forma en el encargo del expediente, que el general Picasso no era la persona más idónea, que se extralimitó en su investigación o que faltaba aparato crítico: "acumula los materiales, pero no edifica la obra". Con todo, Canals valoró positivamente la labor documental y consideró que, si el énfasis puesto en señalar culpables se hubiese volcado en analizar los errores y buscar líneas de conducta para el futuro, la investigación hubiese sido mucho más útil para el país[103]. Criticar el expediente en sí mismo no era fácil por la minuciosidad y rigor con que se había elaborado, pero muchos de los que reconocieron su valor consideraron un gran error haberlo llevado a las Cortes. Para el Conde de Romanones lo fue porque al elemento civil le faltaba autoridad material y moral, y Sánchez Guerra no midió las consecuencias de semejante decisión[104].

Parece evidente que el impresionante informe de Picasso, la amplitud de sus conclusiones y su escalofriante narración de lo sucedido en la Comandancia de Melilla superaron las expectativas del Gobierno y los propios militares. El extensísimo relato del general se convirtió en una dramática sucesión de muestras de incompetencia militar, de cobardía y desorganización, reveló el desastre en toda su crudeza y no escatimó en detalles sobre los vicios y corruptelas del Ejército, concluyendo que éstos habían sido los principales causantes de la debacle junto con los errores estratégicos del mando. De este modo, el expediente dejaba en muy mal lugar a la propia institución de su responsable, con una sinceridad y un buen oficio que resulta muy sorprendente para una época

[98] "El general Picasso, hijo preclaro de Málaga", en *La Voz*, 2-XII-1922, p. 8.

[99] Tal fue el caso del de Alicante, que acordó enviarle una felicitación por su "brillante actuación en la formación del expediente para depurar responsabilidades": "De varias regiones", en *El Sol*, 26-XI-1922, p. 3. No fueron solo ayuntamientos: el Ateneo de Madrid aprobó por unanimidad rendir homenaje de adhesión y cariño al general Picasso, por la "meritísima y ejemplar labor" que realizó: "Dimite la Junta de Gobierno en pleno", en *El Sol*, 28-XI-1922, p. 1.

[100] Si bien no pedirían ningún tipo de castigo para el mismo, mientras que sí favorecerían la búsqueda de responsabilidades entre los militares, lo que no gustó en el Ejército.

[101] "El debate sobre las responsabilidades acabará con un voto de censura a Picasso", en *La Voz*, 25-XI-1922, p. 1.

[102] "El general Picasso", en *La Libertad*, 1-VIII-1923, p. 1.

[103] CANALS. S.: "Causas y responsabilidades del desastre", en *Nuestro Tiempo*, nº 288 (diciembre de 1922), pp. 214-217.

[104] ROMANONES: *Notas de una vida*, pp. 457-465.

caracterizada por la corrupción y la manipulación. Y ello a pesar de las limitaciones que se impusieron al general y que, además de complicar su trabajo, favorecieron la extensión de todo tipo de rumores y elucubraciones sobre hasta dónde llegaban las responsabilidades, incluyéndose con cada vez más insistencia la figura del Rey, Alfonso XIII.

Buscando responsables

Resulta difícil desligar la búsqueda de responsabilidades por lo sucedido en 1921 del *Expediente Picasso*, pues condicionó de forma decisiva todos los procesos que se emprendieron, especialmente en relación con los militares, aunque su juez instructor ya no participó en ellos[105]. Uno de los problemas fue que el informe no resultaba explícito para dilucidar las responsabilidades políticas, demandadas por la sociedad cada vez con mayor insistencia. En un primer momento los llamamientos a la venganza contra los rifeños y la preocupación por los prisioneros limitaron el alcance del clamor por las responsabilidades, pero según fue pasando el tiempo y se empezaron a difundir las terribles fotografías sobre las consecuencias del descalabro la sociedad se volvió contra los dirigentes que no habían podido evitarlo[106].

El Presidente del Gobierno cuando tuvo lugar el desastre fue Manuel Allendesalazar. Aunque el episodio acabó con su carrera política, nunca fue procesado en las diversas causas iniciadas. Por otra parte, su nombre no quedó en la memoria colectiva tan ligado al Desastre de Annual como el de Antonio Maura al del Barranco del Lobo, en buena medida por haber sido un personaje mucho menos famoso. Paradójicamente, el propio Maura sucedió a Allendesalazar, ante la indignación de muchos de los que no le perdonaban sus actuaciones de 1909. Además, Maura ratificó en su puesto al general Berenguer, quien junto al Vizconde de Eza, ministro de Guerra entonces, era otro de los grandes señalados. Ambos fueron acusados de lentitud a la hora de tomar disposiciones, de ser los superiores de Silvestre y haberlo dejado campar a sus anchas o de no haber acudido a la sitiada posición de Monte Arruit[107]. Con todo, la mayor parte de las responsabilidades se hicieron recaer en Silvestre, algo muy conveniente para los señalados que seguían con vida. Aunque resulta evidente que Silvestre estuvo muy poco acertado[108], se aprovechó su muerte para cargarle más culpas de las que tenía[109].

---

[105] Volvió a su trabajo en la Sociedad de Naciones, en la que era el principal miembro español. Cuando volvió a España ya estaba Primo de Rivera en el poder, y los frutos de su esfuerzo habían quedado paralizados.

[106] HALL: *Alfonso XIII y el ocaso…*, p. 287.

[107] En su estudio sobre el desastre, Juan Pando desgrana el proyecto, acusando a los ministros de Guerra y Marina por no haberle puesto más facilidades a un Berenguer al que también le faltó decisión. Vid. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 253 y ss.

[108] La toma de Abarrán y la diseminación de tropas son decisiones suyas, eliminó subsidios a jefes de cabilas adictas y no escuchó los consejos de Morales sobre la situación de los indígenas, entre otros problemas. PALMA MORENO, J. T.: *Annual 1921. 80 años del desastre*, Almena, Madrid, 2001, p. 91. El propio abandono de Annual y la forma en que se hizo fue el último y más grave error de Silvestre. Las fuentes marroquíes han confirmado que sobre Annual no pesaba la amenaza de un ataque de las dimensiones que el general estimó, y que los rifeños fueron los primeros sorprendidos ante el abandono de la posición. VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 224.

[109] Dispuso operaciones que podían haber ayudado y no fueron tenidas en cuenta, como sus intentos de que se hiciese una intervención desde el mar que, de haber tenido lugar entre el 15 y el 17 de julio podía haber salvado al Ejército. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 156. Además, se le cargaron culpas que se demostraron falsas, como la de que había abofeteado a Abd-el-Krim generando así su levantamiento contra España. El propio líder rifeño desmintió tal cosa en una entrevista: OTEYZA, L. DE: *Abd-el-Krim y los prisioneros*, Ciudad Autónoma de Melilla, 2000 (original de 1922), p. 124.

La situación cambió desde el 9 de junio de 1922, cuando se aprobó el *Expediente Picasso*, incluyendo las consideraciones de la Fiscalía que instaban a procesar a Berenguer, por lo que éste dimitió al momento como Alto Comisario. Fue el Senado el que se encargó del proceso por la fórmula del suplicatorio. En su defensa, Berenguer achacó el desastre a la falta de recursos, no a la imprevisión. Una línea lógica teniendo en cuenta que tanto el *Expediente Picasso* como la investigación parlamentaria del PSOE insistían en ella[110]. No obstante, algunos de sus errores resultaban manifiestos y esos días la prensa se llenó de acusaciones contra él[111]. En el mismo proceso también se encausó a Navarro, especialmente por no haberse mantenido en la posición de Driús[112]. Al margen de las causas contra Berenguer y Navarro, el mayor protagonismo en la depuración de responsabilidades lo tuvieron las dos comisiones parlamentarias que se crearon[113], sobre todo la segunda, formada el 10 de julio de 1923 por 21 miembros que representaron a las principales tendencias políticas del momento con presencia en las Cortes[114]. El trabajo de esta comisión fue muy intenso pero poco fructífero por las negativas del Gobierno para acceder a documentación decisiva, y el golpe de Primo de Rivera de septiembre de 1923 supuso el fin de su actividad. Pese a los reducidos resultados, esta labor de investigación de responsabilidades resulta excepcional para la época, tanto en el caso español -en el que ni siquiera para el desastre de 1898 hubo procesos importantes[115]-, como en otros países, siendo uno de los casos más similares el de la comisión formada en 1902 para investigar la conducta del Ejército británico en la humillación sufrida en la guerra contra los Boers, pero las investigaciones de la conocida como Comisión Elgin sirvieron más para realizar cambios a fin de mejorar las prestaciones del Ejército colonial que para depurar responsabilidades como se intentó en España[116].

Dentro del propio Ejército no sentó nada bien que los procesos abiertos entre 1921 y 1923 se emprendieran casi exclusivamente contra militares, aunque era evidente que los políticos tenían su parte de culpa[117]. Por otro lado, el debate de las responsabilidades avivó intensamente el enfrentamiento entre africanistas y junteros. Aunque la

[110] MORALES: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos*, p. 145.

[111] Vid. por ejemplo "Continúa el debate sobre Marruecos", en *El Globo*, 22-X-1921, p. 1, donde se recogen varias críticas del marqués de la Biesca a la actuación de Berenguer. El error que más veces se le achacó fue el de no haber puesto freno a las temerarias acciones del general Silvestre.

[112] De defender a Navarro ante el Consejo de Guerra y Marina se encargó Luis Rodríguez de Viguri, cuyas argumentaciones fueron publicadas en 1924. Su defensa se basó en que Navarro estaba en Melilla por orden de Silvestre, tuvo que coger un ejército en desbandada, la posición de Driús no era tan favorable para la defensa como se había dicho y los testigos coincidían en que la defensa de Monte Arruit había sido admirable: RODRÍGUEZ DE VIGURI.: *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit*, pp. 6 y 7.

[113] La comisión "de los diecinueve", formada el 3 de noviembre de 1922, y la comisión "de los veintiuno", formada el 10 de julio de 1923.

[114] Había cuatro conservadores (Alas Pumariño, Rodríguez de Viguri, Ruano y Taboada), dos socialistas (Los Ríos y Prieto), dos ciervistas (Díez de Revenga y Rodríguez Valdés), dos demócratas (Sagasta y Zancada), dos miembros de Izquierda Catalana (Domingo Sanjuán y Tejero), un alcalá-zamorista (Fernández Jiménez), un gassetista (Inza), un reformista (Palacios), un tradicionalista (García Guijarro), un nacionalista (Rodés), un albista (Soto Reguera) y un independiente (Martínez de Campos).

[115] En 1898 Valeriano Weyler presionó a los políticos para que se investigasen las responsabilidades militares. En 1899 debates y peticiones de responsabilidades fueron constantes pero no se crearon comisiones como las de 1921. El veredicto de los tribunales militares en agosto de 1899 supuso el retiro prematuro de dos generales y un almirante, y poco más. Incluso el difunto Pascual Cervera, que había comandado la flota del Atlántico, terminó siendo eximido de toda acusación. Vid. PAYNE: *Los militares y la política…*, pp. 74-75.

[116] Se determinaron graves deficiencias como la falta de profesionalidad de los oficiales o falta de medios, pero apenas hubo depuración. Vid. DARWIN: *The Empire Project*, p. 258

[117] El periódico *La Acción* consideró una comedia la búsqueda de responsabilidades iniciada en el Congreso, pues la propia cámara estaba compuesta por "más culpables que inocentes": "Los culpables, acusadores", en *La Acción*, 20-XI-1922, p. 1.

responsabilidad directa recaía más en los primeros[118], éstos culparon a las Juntas del desastre, por haber minado la moral con actuaciones como la supresión de los ascensos por méritos de guerra. El papel jugado por los militares africanistas tras el desastre, recuperando esforzadamente el terreno perdido, les otorgó una cierta simpatía de la opinión pública, a la que en general lograron granjearse mejor que los junteros. Muchas fueron las críticas a las Juntas de Defensa en esos años, procedentes de figuras tan antagónicas ideológicamente como Millán Astray o Indalecio Prieto[119]. Aunque no se abrió un proceso contra ellas, quedaba implícita su consideración de responsables cuando se procedió a disolverlas durante el Gobierno de Sánchez Guerra, justo cuando se comenzaba a discutir el *Expediente Picasso*[120].

Al margen del debate entre africanistas y junteros, del que los primeros salieron reforzados, el Ejército en su conjunto se vio muy afectado, y el daño a su imagen de cara a la opinión pública iba a ser muy difícil de reparar. Además, en 1922, en el punto álgido del debate de las responsabilidades, apareció una demoledora investigación periodística que terminó de socavar el prestigio de un Ejército cada vez más en entredicho. Con el título de *El escándalo del millón de Larache*[121], el periodista Rafael López Rienda destapó un desfalco de extraordinarias proporciones, muy famoso entre la opinión pública y que aumentó su descontento y desconfianza hacia cómo se gestionaban las cosas en el Protectorado. Se promocionó en la prensa como el libro de "las inmoralidades en Marruecos", señalando que había sido muy elogiado por la crítica[122]. En general, la obra, que llevó a la apertura de tres procesos judiciales contra aquéllos denunciados por López Rienda, se consideró una clara demostración de que los problemas de Marruecos no eran culpa de los soldados, sino de sus superiores, muchos de los cuales solo pensaban en enriquecerse[123]. Llovía sobre mojado, pues el desastre había desplazado más atención que nunca hacia Marruecos, lo que multiplicó las informaciones sobre la corrupción en el Protectorado[124].

Salpicando al monarca

[118] Así lo consideró en sus memorias Antonio Cordón que, sin exculpar a las Juntas, veía mucha más responsabilidad en las actuaciones de los africanistas. CORDÓN: *Trayectoria*, p. 79.

[119] El primero, una figura muy popular, renunció a su puesto culpando de ello a las Juntas, tachándolas de subversivas y afirmando reconocer solo el poder del Gobierno "El jefe del Tercio, Millán Astray, pide el retiro y acusa a las Juntas con gravísimas revelaciones", en *ABC*, 10-XI-1922, p. 9. Su renuncia, con los ánimos ya caldeados, fue un gran acicate para que la opinión pública se pusiese contra las Juntas. Vid. por ejemplo "El sentimiento nacional de protesta es unánime", en La Acción, 11-XI-1922, p. 6. Para Prieto, no podía "admitirse ese sindicalismo exclusivo que determina la captación de la fuerza de toda la nación para ponerla en unas pocas manos". Aún así, criticaba que se les usase como "colchón de todas las responsabilidades", considerando que había muchos más culpables: PRIETO, I: "Un discurso que no puede ser contestado por el Gobierno" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 202.

[120] Al mismo tiempo, se satisfizo un poco el deseo de los militares africanistas al establecerse en un 20% para cada grado el número de ascensos que podían concederse de forma excepcional, después de pasar un proceso.

[121] LÓPEZ RIENDA, S.: *El escándalo del millón de Larache*, Sáez Hermanos, Madrid, 1922. Esta obra está considerada como uno de los primeros ejemplos de periodismo de investigación en España: MOGA ROMERO, V.: *La cuestión marroquí en la escritura africanista*, Bellaterra, Barcelona, 2008, p. 25.

[122] Vid. por ejemplo *El Imparcial*, 2-II-1923, p. 4.

[123] MARTOS, B. de: "Revista de libros", en *El Sol*, 19-I-1923, p. 2.

[124] Por ejemplo, en octubre de 1921 había tenido una notable repercusión la intervención en el Congreso del diputado reformista Ramón Solano, quien había estado en Melilla y conocía de primera mano los problemas del Ejército. Habló de oficiales que cobraban 600 pesetas de sueldo pero se embolsaban 14.000, así como de otros que habían traficado armas con los rifeños. Este diputado marchó a Melilla para agregarse a la columna del general Cabanellas, algo que hizo más respetables sus valoraciones: "El diputado Sr. Solano", en *ABC*, 26-IX-1921, p. 12.

Aunque fuese un tema difícil de tratar públicamente, se extendió con virulencia la idea de que el rey había tenido una buena parte de la responsabilidad del desastre, por estar más al tanto de las intenciones de Silvestre que sus superiores o el Gobierno, así como por haberlo apremiado en su objetivo de llegar a Alhucemas lo antes posible. Las acusaciones a Alfonso XIII se difundieron sobre todo a través de rumores, potenciados por aspectos como las limitaciones impuestas a Juan Picasso en sus investigaciones, que acrecentaron la sensación de que había responsabilidades muy altas que ocultar[125].

Numerosos autores han insistido en la falta de pruebas contra Alfonso XIII como la mejor demostración de su inocencia[126]. En el Archivo de Palacio en Madrid se conserva la correspondencia del rey, pero apenas aparecen en ella asuntos políticos y no ha aportado luz sobre esta controversia[127]. No obstante, la idea de que el monarca conocía, al menos en parte, los planes de Silvestre, parece difícil de rebatir. Uno de los más vehementes defensores del rey, el Conde de Romanones, admitió en sus memorias que Silvestre se sentía apoyado por el monarca, aunque apostillaba en todo exculpador que éste creía "de buena fe que su antiguo ayudante era el hombre predestinado para lograr la paz en el Marruecos español[128]. Pero estuviese o no Alfonso XIII detrás de las prisas de Silvestre por llegar a Alhucemas, el desastre fue ruinoso para la imagen del monarca, y se convirtió en un argumento central para sus detractores, aprovechando hasta los más pequeños detalles[129].

Dos de las figuras cuya oposición al monarca tuvo entonces mayor repercusión fueron Indalecio Prieto y Vicente Blasco Ibáñez. El primero destacó por una serie de intervenciones en el Congreso en las que insinuó la responsabilidad del rey por haber autorizado y excitado a Silvestre a ir a Alhucemas. Sus invectivas contra el monarca, incluso si eran pequeñas insinuaciones, hicieron que fuese llamado al orden y causaron reacciones airadas de los diputados más monárquicos. Pero a veces fue más explícito, destacando su impactante declaración en noviembre de 1922, cuando criticó las limitaciones impuestas a Picasso y afirmó:

> Las responsabilidades que el fuero parlamentario pueda atraer están ahí; la otra, desgraciadamente, no la podemos sancionar: es la que un pueblo vital hace efectiva con

---

125 Entre los rumores destacó el de que se habían forzado los cajones del despacho de Silvestre, por lo que las cábalas sobre documentos comprometedores para el rey estuvieron a la orden del día. Según María Rosa de Madariaga fueron el hijo de Silvestre y su ayudante, el teniente coronel Tulio López Ruiz, los que se encargaron. Vid. MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*. Juan Pando cree que se trató de López Ruiz, que además se reunió con el rey el 27 de julio, solo una semana después: PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 183.

126 VILA-SAN-JUAN, J. L.: *La vida cotidiana en España durante la dictadura de Primo de Rivera*, Argos Vergara, Barcelona, 1984, p. 20. Carlos Seco Serrano, por ejemplo, considera que el papel del rey no pasó de algunos mensajes de estímulo perfectamente lógicos, pero la idea caló en el "pueblo sencillo" por su falta de descernimiento. SECO SERRANO: *La España de Alfonso XIII*, p. 630. También alude a la investigación de Alonso Baquer, que permitiría afirmar que el "telegrama comprometedor" no se cursó nunca, basándose en que no hay huella en los registros del Ministerio de la Guerra. Algo que parece no tener en cuenta la simple idea de que algo así sería especialmente proclive a ser borrado.

127 HALL.: *Alfonso XIII y el ocaso…*, p. 32.

128 ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 451.

129 Por ejemplo, se dio gran importancia al hecho circunstancial de que el 21 de julio, día del fatídico abandono de Annual, el monarca presidía tranquilamente un desfile de tropas en Burgos, con motivo del traslado de los restos del Cid. Mientras ni un solo avión sobrevolaba Annual para ayudar a la retirada, Alfonso XIII disfrutaba de unas festivas acrobacias aéreas. Del mismo modo, se consideró un desprecio que estuviese de caza cuando los prisioneros liberados llegaron a Melilla. Por otro lado, sus campañas a favor de los heridos y sus familias o viajes como el que realizó a Las Hurdes en 1922 fueron intentos por lavar su imagen en esas complicadas circunstancias.

> una revolución; la que no tendrá históricamente sanción en España más que cuando se abra la cripta de El Escorial, para recoger los restos de un reinado de decadencia[130].

La línea de Indalecio Prieto era compartida por todo el socialismo español. Julián Besteiro señaló directamente en el Congreso que: "España no es la que ha ido a Marruecos, a Marruecos ha ido la Monarquía española, ha ido el Rey, nosotros no", generando airadas protestas entre los diputados dinásticos[131]. El escritor y político republicano Vicente Blasco Ibáñez, por su parte, escribió en 1924 el folleto *Alfonso XIII desenmascarado*, una de las más famosas e influyentes diatribas contra el rey. En él, se apuntaba claramente al monarca como instigador del conflicto marroquí, "la [guerra] más incomprensible y absurda que se conoce en la historia"[132]. La campaña de Blasco Ibáñez tuvo un cierto éxito a la hora de deteriorar la imagen internacional de Alfonso XIII, pero su alcance fue menor en España, en buena medida por la censura que impuso la dictadura de Primo de Rivera[133].

De todos modos, como ha señalado Javier Moreno, a pesar del Desastre de Annual y sus evidentes perjuicios para Alfonso XIII, la literatura crítica contra él no se desarrolló del todo hasta que dio su apoyo a la dictadura de Primo, circunstancia que más socavó su legitimidad y que motivaría su condena por el Gobierno republicano[134]. Desde el punto de vista del propio Alfonso XIII, toda la responsabilidad del desastre recaía en los partidos dinásticos, motivo por el cual vio con malos ojos la investigación de responsabilidades de Picasso y del Consejo Superior de Guerra y Marina. Sus desacuerdos respecto a la ocupación de Marruecos, la renuncia de las Cortes a aprobar las recompensas por méritos de guerra o los intentos por dar un carácter más civil al Protectorado eran aspectos que convencían al monarca de que los políticos no hacían lo necesario[135].

Los muertos y el impacto de las cifras

La magnitud del incomparable desastre del verano de 1921 se podía medir de muchas maneras: por el terreno perdido, por su alto coste económico, por la cantidad de derrotas encadenadas, etc. El desastre de 1898 se había medido sobre todo en pérdidas territoriales, porque supusieron el traumático fin de un Imperio establecido siglos atrás. En Marruecos el territorio perdido llevaba apenas dos décadas en manos españolas, y su valor en muchos sentidos no era en absoluto comparable al de la isla de Cuba. Así es que en 1921 la magnitud del desastre se midió sobre todo por el número de muertos. Aunque las cifras bailaban mucho dependiendo de las fuentes, a todo el mundo le quedaba claro que habían sido varios miles en unos pocos días, lo que superaba la suma de todos los muertos en combate en Marruecos desde 1909.

---

130 PRIETO, I: "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" [22-XI-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), p. 125.

131 BLAS ZABALETA, P. DE: *Julián Besteiro: nadar contra corriente*, Algaba, Madrid, 2002, p. 197. El extracto pertenece a la sesión del 3 de noviembre de 1921.

132 Según Morgan C. Hall en respuesta a este texto se produjo la mayor manifestación monárquica de la Restauración, con 60.000 personas afluyendo a Madrid de provincias el 23 de enero de 1925: HALL, M. C.: "El Rey imaginado", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): Alfonso XIII. Un político en el trono, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 79.

133 NIÑO, A.: "El rey embajador. Alfonso XIII en la política internacional", en MORENO LUZÓN, (Ed.): Alfonso XIII. Un político en el trono, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 269.

134 MORENO LUZÓN, J.: "El Rey de papel. Textos y debates sobre Alfonso XIII", en ID. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 27.

135 BOYD: "El rey-soldado…", p. 232.

El dato preciso que más repercusión tuvo fue el de los 8.668 muertos de los que habló Indalecio Prieto en el Congreso en octubre de 1921, cantidad que apenas fue tachada de descabellada y que dejó helada a buena parte de la opinión pública, aunque a ésta llegaron algunos datos todavía más pesimistas. De hecho el político bilbaíno criticó al presidente del Consejo por no haber dado las cifras de víctimas, aunque solo fuese para que dejasen de circular algunas que él consideraba exageradas[136]. El número exacto era imposible de precisar, porque no se podía conocer cuántos de los que tenían que estar en sus puestos faltaban a su deber. Los datos que manejaba Prieto eran de 24.432 hombres para toda la comandancia[137], de los que en agosto quedaban 11.140, lo que suponía 13.192 bajas, a las que había que restar los 4.524 indígenas, obteniendo así la cifra de 8.668 españoles. Realmente el dato no era de muertos, como afirmó Prieto, sino de muertos y desaparecidos, muchos de los cuales seguían vivos en poder de Abd-el-Krim. En la actualidad seguimos sin tener cifras mucho más precisas, oscilando notablemente entre los diferentes autores. Algunas se elevan hasta resultar inverosímiles, como los 19.000 muertos que señaló Geoffrey Regan[138]. Mucho más fundamentado parece el abanico de entre 8.000 y 12.000 muertos en 18 días que señala Sebastian Balfour[139]. Juan Pando, analizando minuciosamente los datos del *Expediente Picasso*, cree que la cifra más realista es la de que en el momento fatídico había 19.923 hombres en la Comandancia de Melilla (4.678 indígenas y 15,245 españoles), y con un minucioso recuento de los supervivientes concluye que alrededor de 10.000 muertos "europeos" es la cifra más razonable[140].

No resulta en absoluto complicado entender el enorme impacto generado en la opinión pública por unas cifras de caídos tan elevadas, pero debemos tener en cuenta el contexto, ya que la magnitud de la Gran Guerra hizo que lamentar la pérdida de miles de soldados se convirtiese algo casi cotidiano. En 1916 los medios de comunicación se hicieron eco de recuentos de bajas que superaban el millón para la batalla del Somme, una magnitud absolutamente desconocida hasta entonces[141]. George L. Mosse ha ilustrado este cambio de perspectiva con ejemplos como el escándalo mundial que se produjo ante los 49 judíos muertos en Chisináu en 1903, y la escasa repercusión de los 60.000 muertos en los pogromos rusos de 1919[142]. Esta circunstancia podría ayudar a entender el hecho de que el Barranco de Lobo y Annual, pese a su enorme diferencia de magnitud, ocupasen lugares relativamente similares en la memoria colectiva. La sociedad de la época se había acostumbrado a leer sobre cientos de miles de muertos en conflictos internacionales, lo que produjo una cierta despersonalización, que convertía las cifras en meras estadísticas fácilmente olvidables. No obstante, en el Desastre de Annual la fotografía desempeñó un papel fundamental para limitar esta sensación, y de no haber

136 PRIETO, I: "Ocho mil cadáveres españoles" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 144.

137 El vizconde de Eza manejaba una cifra aún más alta, 25.790 hombres. No obstante, el *Expediente Picasso* reveló que las cifras eran muy inferiores porque no se estaban teniendo en cuenta los anormales permisos, que por ejemplo Palma Moreno ha establecido en 6,270 militares. PALMA: *Annual 1921*, p. 17.

138 REGAN: *Historia de la incompetencia militar*, p. 353.

139 BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 146.

140 1.830 militares acantonados en Melilla, 439 prisioneros en poder de Abd-el-Krim, 2.100 que pudieron replegarse hasta Melilla, los peñones y las Chafarinas, 156 rendidos en Nador que fueron devueltos y 387 escondidos en diversos lugares que fueron llegando hasta mayo de 1922. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 186.

141 Por ejemplo en *La Correspondencia de España* en diciembre de 1916 se afirmaba que solo los alemanes habían sufrido un millón y cuarto de bajas entre Verdún y el Somme, lo que sobrepasaba "a todo lo registrado hasta ahora": "El esfuerzo inglés", en *La Correspondencia de España*, 29-XII-1916, p. 1.

142 MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 160.

sido por la difusión de las imágenes de la catástrofe es probable que las cifras se hubiesen olvidado mucho antes.

Ante la indefensión en la que las autoridades civiles y militares habían dejado al ejército que huyó en retirada, solo quedaba tener mucho tacto con el tratamiento dado a los muertos, a los que la opinión pública había exculpado por considerar que las responsabilidades estaban mucho más arriba. Sin embargo, según se iban recuperando costosamente las posiciones perdidas había cada vez más problemas para dar a los cadáveres un enterramiento digno. En muchas posiciones lo más que se podía hacer era simplemente enterrarlos en una zanja, sin que en ningún caso el Ejército se preocupase por hacer una identificación sistemática de los cadáveres. Julián Sanz Magro, un soldado de cuota, recordaba así la dramática tarea de enterrar los cuerpos:

> Los únicos que no eran culpables eran los muertos, aquellos cadáveres momificados que arrojábamos a la zanja. Cientos y cientos de soldados desconocidos que no tendrían ni el consuelo de un enterramiento digno. Extendíamos una manta y cuatro soldados, cada uno tirando de una punta, envolvíamos en ella los cadáveres y a la zanja. Fue una mezcla de espanto y de ignominia. Aquellos muertos tenían padres, madres, novias, esposas, hijos, amigos. ¿Quién les daría a ellos una explicación sobre lo ocurrido? Se les envió a la muerte sin una buena instrucción, sin una explicación de lo que les esperaba, sin medios. Nos ordenaron correr en su auxilio cuando ya habían muerto, sólo nos quedaba darles la tierra[143].

La descripción de este soldado correspondía a Monte Arruit, la posición a cuyas puertas habían perdido la vida más españoles y la que mostró un panorama más terrible a los que la recuperaron. Las condiciones logísticas, con un avance todavía poco consolidado, no permitieron más que introducir todos los cadáveres en una zanja y erigir un humilde e improvisado monumento en memoria de los caídos. Desde entonces, la "cruz de Monte Arruit" se convirtió en un gran símbolo. Para unos recordaba el heroico sacrificio de los que allí perecieron, mientras para otros simbolizaba la ignominia de los culpables de todas aquellas muertes. A la fosa de Monte Arruit se llevaron en los años siguientes restos de otras posiciones que se fueron recuperando. No obstante, los restos de los caídos más cercanos a Melilla, así como muchos de los muertos en las posteriores operaciones de reconquista del territorio, se llevaron al Panteón de los Héroes y otras tumbas del cementerio de la Purísima Concepción de Melilla. El tratamiento no debía ser el mismo para la oficialidad que para los soldados, porque estos últimos pocas veces contaban con lápidas y sus restos iban a parar a enterramientos compartidos. Canet, un compañero del soldado Prous i Vila, le preguntaba indignado en el cementerio: "¿Y los soldados? ¿Hay alguna inscripción que indique el lugar donde yacen los restos de algún soldado? ¿Los soldados no cuentan, no mueren por la patria?"[144].

Desde la Primera Guerra Mundial en Europa se adoptó la costumbre americana de los cementerios militares, en los que oficiales y soldados compartían el espacio. Al mismo tiempo surgió un deseo por conservar un recuerdo de cada soldado individual, como el de dejar su nombre en una lista en algún monumento[145]. En España lo más parecido que encontramos a un cementerio militar es el Panteón de los Héroes, y no hubo un deseo

[143] Cit. en LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 251

[144] PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 86.

[145] Esta costumbre se popularizó en el siglo XX, pero no era algo nuevo, pues ya se hacía en la Grecia clásica, por ejemplo en estelas atenienses del siglo V a. C.: LOW, P.: "The Monuments to the War Dead in Classical Athens: Form, Contexts, Meanings", en LOW, P.; OLIVER, G. y RHODES, P. J. (Eds.): Cultures of Conmemoration. War Memorials, Ancient and Modern, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 14. Para la Primera Guerra Mundial Vid. WINTER: *Sites of Memory*.

por identificar a los soldados muertos para homenajearlos de alguna forma, quedando enterrados como restos anónimos y mezclándose en ocasiones los de unas posiciones con otras sin ninguna preocupación[146]. Otra práctica funeraria popularizada por la Primera Guerra Mundial fue la del monumento al soldado desconocido, consistente en enterrar a un caído anónimo en representación de todos los muertos en combate que no habían podido ser identificados[147]. Fueron muy populares los de Londres, París o Roma, pero se erigieron en muchos más países. España no estuvo entre ellos, a pesar de que el Desastre de Annual, plagado de caídos que no pudieron identificarse, supuso una oportunidad excepcional. Aurelio Matilla, que años más tarde sería Gobernador civil de Córdoba, abogó desde las páginas de *Mundo Gráfico* por que se trasladase de Monte Arruit a Madrid un soldado desconocido, "para honrar con solemnes exequias a cuantos perecieron en aquella arrolladora catástrofe y para guardar a perpetuidad bajo artístico y monumental mausoleo los restos que el azar marque"[148]. Sin embargo, su llamamiento pasó bastante desapercibido y no hemos podido constatar ni tan siquiera que se proyectase algo como lo que él proponía.

Hubo muchos homenajes individuales pero, salvo los de algunos militares de alta graduación, se caracterizaron por su sencillez. Posiblemente los más destacados fueron los tributados al teniente coronel Fernando Primo de Rivera, cuyo cadáver se encontró en la recuperada posición de Monte Arruit el 24 de octubre de 1921. Fue enterrado con honores en Melilla al día siguiente, en un nicho cedido por el Ayuntamiento. No obstante, entre el 10 y el 14 de noviembre de 1923 sus restos fueron trasladados a Madrid pasando por Málaga. En las tres ciudades se le tributaron grandes honores: en Melilla hubo un desfile de tropas ante su féretro, en Málaga se le instaló una capilla ardiente que fue muy visitada y en Madrid Alfonso XIII le impuso la Laureada, antes de que el féretro fuese trasladado acompañado de una comitiva de la que formaron parte el propio monarca, supervivientes del desastre, madres de soldados muertos o desaparecidos y varios representantes de instituciones públicas. Fue conducido al cementerio de San Isidro donde recibió sepultura[149].

Aunque su impacto fuese muchísimo menor, las ceremonias fúnebres en Melilla fueron constantes, y la prensa de todo el país se afanó por recogerlas. Muchos cadáveres se fueron recuperando con cuentagotas y a menudo se trasladaban a la plaza para realizar allí las exequias fúnebres. Éstas habitualmente estaban presididas por altos mandos del Ejército, y acudían comisiones civiles y militares[150]. Por otro lado, fueron constantes los actos de depositar flores y coronas en el Panteón de los héroes[151], lugar que centralizó los

[146] Tras la Primera Guerra Mundial, en países como Francia o Gran Bretaña hubo un intenso debate sobre si los muertos debían reposar en el campo de batalla o retornar a sus lugares de origen, un debate que, si existió en España respecto a las guerras de Marruecos, tuvo un impacto escaso. En Francia, de 700.000 muertos identificados, 300.000 volvieron a sus lugares de origen para ser enterrados: WINTER: *Sites of Memory*, p. 26.

[147] MOSSE: *Fallen Soldiers*, p. 96.

[148] MATILLA, A.: "El soldado desconocido", en *Mundo Gráfico*, 13-VI-1923, p. 6.

[149] "Hoy llega a Madrid el cadáver de D. Fernando Primo de Rivera", en *El Sol*, 14-XI-1923, p. 8. "Llegada a Madrid, imposición de la laureada y sepelio en el cementerio de San Isidro", en *La Voz*, 14-XI-1923, p. 3; "Los restos del teniente coronel Primo de Rivera, en *ABC*, 13-XI-1923, p. 21; "Su majestad el rey coloca la Cruz Laureada de San Fernando sobre el cadáver del teniente coronel Primo de Rivera", en *ABC*, 15-XI-1923, p. 7. El homenaje a Fernando Primo de Rivera se produjo en noviembre de 1923, cuando el directorio militar encabezado por su hermano Miguel ejercía el poder en España, circunstancia que pudo influir en la magnitud del homenaje.

[150] Vid. por ejemplo "Nuestro protectorado en África", en *El Globo*, 13-II-1922, p. 3.

[151] Por ejemplo "La infanta doña Luisa en Melilla", en *La Esfera*, 411 (noviembre de 1921); "La fiesta de la infantería en Melilla", en *La Unión Ilustrada*, 28-XII-1921, p. 20; "De Melilla", en *La Correspondencia de España*, 25-VII-1922, p. 1; "Noticias de Melilla", en *La Voz*, 2-XI-1922, p. 3.

homenajes civiles y las visitas de personalidades, pues la "cruz de Monte Arruit", pese a haber sido recuperada la posición, seguía estando enclavada en una zona peligrosa. A mediados de 1922 hubo una suscripción y múltiples donaciones para terminar de acondicionar el panteón melillense, respondiendo a una campaña de la prensa de Melilla a principios de año[152].

El mayor desastre colonial africano

Desde que tuvo lugar y se comprobó su excepcional magnitud, el Desastre de Annual se ha comparado con frecuencia con otras derrotas coloniales sufridas por potencias europeas. En muchos casos, sobre todo justo después de los hechos, el objetivo principal era el de quitarle hierro al asunto, tratando de demostrar que países más poderosos que España también habían sufrido humillaciones en sus territorios coloniales. En otros, la idea era la contraria, buscando mostrar la gravedad de lo acontecido al situar el descalabro del Ejército español como el mayor desastre colonial africano, una consideración que en la actualidad se puede justificar fácilmente con los datos en la mano, como han señalado múltiples autores españoles y extranjeros[153].

Los desastres coloniales que más se asemejaron a Annual fueron el italiano de Adua (1896) y los británicos de Isandlwana (1879) y El Obeid (1883)[154]. Todos ellos supusieron miles de bajas y un retroceso territorial para el ejército invasor, mostraron baja moral e insuficiente formación de las tropas, que se infravaloró al enemigo o que los mandos actuaron de manera temeraria o precipitada. Sin embargo, Annual fue el que registró un mayor número de muertes, tuvo mayores consecuencias políticas y generó una mayor cantidad de información, por la importancia de la fotografía a la hora de mostrar sus consecuencias y por la existencia de una "memoria del desastre" tan completa y humillante para el Ejército como fue el *Expediente Picasso*.

Italia registró en 1896 en Adua (Abisinia), su mayor tragedia colonial. En ella el general italiano Oreste Baratieri, con unos 10.000 soldados italianos y otros tantos nativos se lanzó, de forma precipitada por presiones políticas, sobre el ejército del emperador etíope Minilik, que podía haber contado con cerca de 100.000 soldados, en su mayoría provistos de fusiles. La desventaja numérica y los numerosos errores estratégicos provocaron una desastrosa masacre que pudo superar los 6.000 muertos, a los que añadir miles de heridos y prisioneros[155]. La retirada, o más bien desbandada, protagonizada por los soldados italianos, registró bastantes paralelismos con la de Annual, pero hubo una gran diferencia en el volumen del enemigo, numéricamente muy superior en el caso de Adua[156], así como en las bajas infligidas a éste, pues mientras los etíopes tuvieron varios

---

[152] Vid. por ejemplo "En Melilla", en *La Época*, 3-VI-1922, p. 2 o"En Melilla", en *La Época*, 6-II-1922, p. 2.

[153] J. Trythall, por ejemplo, afirmó en 1970 en su biografía sobre Franco que la mayoría de los Estados colonizadores sufrieron graves derrotas que llevaron en las metrópolis a recriminaciones por la incompetencia de los generales y la falta de apoyo de los políticos, pero que ninguno es comparable al trauma que en España produjeron los eventos de Annual desde el 22 de julio de 1921: TRYTHALL, J. W. D.: Franco. A Biography, Rupert Hart-Davis, London, 1970, p. 38.

[154] Sobre el desastre de Isandlwana Vid. KNIGHT, I.: *Isandlwana 1879: The Great Zulu Victory*, Osprey Publishing, Oxford, 2002.

[155] ETEMAD, B.: *Possesing the World. Taking the measurements of colonization from the 18th to the 20th century*, Berghahn Books, Nueva York, 2007, p. 179 y ss.

[156] De todos modos los diferentes estudios oscilan mucho en relación al número de rifeños que se enfrentaron a España durante el Desastre de Annual. Juan Pando ha señalado que solo en el sector Annual-Driús combatieron más de 12.000 fusileros rifeños: PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 107. Palma Moreno, autor que más pormenorizadamente ha analizado el tema, ha señalado que a las pocas horas de

miles de muertos en Adua, los rifeños tuvieron unas bajas en el verano de 1921 que rondaron el medio millar[157]. Políticamente, las repercusiones en Italia no tuvieron un alcance comparable al de Annual, siendo más semejantes a las que solo dos años después derivaron de la Guerra de Cuba: Un cambio de Gobierno que no afectó al sistema (en este caso dimitió el presidente Francesco Crispi y el poder volvió a los conservadores) y una búsqueda de responsabilidades que no se concretó en condenas. Incluso el general italiano Baratieri fue absuelto ocho meses después del desastre, igual que sucedió en España con el difunto almirante Pascual Cervera.

Adua fue la derrota colonial extranjera que más se comparó con el desastre de la Comandancia de Melilla. En agosto de 1921 en *Mundo Gráfico* se consideraba que era el único "contratiempo colonial" equiparable a Annual, aunque se afirmaba que con sus 7.000 soldados muertos había tenido mayores proporciones, así como mayor impacto internacional[158]. En 1922, en un artículo del semanario *España* se comparaban las consecuencias de ambos desastres, incidiendo sobre todo en la diferencia que suponía el cambio de la política colonial italiana, que entonces renunció a sus proyectos expansionistas, con la insistencia española al seguir combatiendo en los mismos territorios[159].

La derrota anglo-egipcia en El Obeid, en 1883, registró unos muertos cercanos a los 9.000, por lo que es la que más se aproxima a las cifras de Annual, además de presentar algunas similitudes en su desarrollo. Sin embargo, en este caso era un ejército compuesto en su inmensa mayoría por egipcios, de modo que las bajas europeas fueron unos pocos hombres, lo que limitó mucho el alcance de la derrota en Gran Bretaña[160]. Isandlwana, la gran derrota del Ejército británico contra los zulúes, es quizá la más recordada, pero también la más diferente. No solo por las cifras, pues hablamos de unos 1.300 soldados británicos muertos de un contingente de unos 1.800[161], sino también porque pasó a la historia caracterizada por el valor y ferocidad con el que los ingleses lucharon hasta el

Abarrán Abd-el-Krim habría pasado de contar con 3.000 hombres a más de 11.000, que pudieron llegar hasta los 18.000: PALMA: *Annual 1921*, p. 64. Otros autores que dan cifras más a la baja, como Regan (REGAN: *Historia de la incompetencia militar*, p. 346.), parecen tener solo en cuenta el *harka* de Abd-el-Krim, y no que fueron muchas más las que combatieron, así como cientos de miembros de la Policía Indígena que cambiaron de bando.

[157] Pablo La Porte habla de menos de 500 bajas de los rifeños en Annual por 5.000 de los etíopes en Adua. También da otro dato muy significativo que es el de la proporción de oficiales muertos, demostración de que en la Comandancia de Melilla mucho no estaban donde debían, pues murieron un tercio de oficiales españoles que italianos, mientras que en soldados fue casi a la inversa: LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 81.

[158] ANDRENIO: "La atención del mundo", en *Mundo Gráfico*, 17-VIII-1921, p. 3. Poco tiempo después se comprobó que las bajas del desastre español habían sido todavía superiores, y sus consecuencias políticas se mostraron de mucho mayor alcance, pero aún así sigue siendo frecuente leer en obras actuales sobre el colonialismo italiano que Adua fue el mayor desastre colonial europeo en África. Así por ejemplo Giulia Barrera habla de la mayor derrota sufrida por un poder europeo en suelo africano: BARRERA, G.: "The Construction of Racial Hierarchies in Colonial Eritrea. The Liberal and Early Fascist Period (1897-1934)", en PALUMBO, P. (Ed.): *A Place in the Sun. Africa in the Italian Colonial Culture from post-unification to the Present*, University of California, Berkeley, 2003, p. 83. Lo mismo que SORGONI, B.: "Italian Antropology and the Africans: the Early colonial period", en BEN-GHIAT, R. y FULLER, M. (Eds.): *Italian colonialism*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2008, p. 77.

[159] "Invocando la historia: Adua-Melilla", en *España*, nº 346 (2-XII-1922), p. 11.

[160] Se trataba de una expedición de más de 10.000 hombres, pero solo unos pocos europeos, incluyendo el coronel William Hicks, que iba al frente de la misma, y que murió en la batalla. GREEN, D.: *Three Empires on the Nile: The Victoria Jihad, 1869-1899*, Free Press, Nueva York, 2007, p. 130 y ss.

[161] KNIGHT, I.: *Zulu War 1879*, Osprey Publishing, Oxford, 2003, p. 33.

final[162]. La derrota electoral de los conservadores en 1880 supuso un castigo del electorado al Gobierno que estuvo en buena medida propiciado por el desastre colonial[163].

Al margen del desastres militares, si nos centramos en las consecuencias políticas de una actuación colonial, las que tuvieron un mayor impacto en la política de sus estados fueron las de Francia en Argelia hasta 1958, que propiciaron el establecimiento de la Quinta República Francesa; y las de Portugal en sus posesiones africanas hasta 1975, fundamentales en la Revolución de los Claveles[164].

Los "pobres soldados" y su falta de medios

Durante toda la década de 1910 se habían destacado los problemas logísticos que caracterizaban al Ejército español en Marruecos, ya fuera a través de artículos periodísticos, ensayos u otros medios. Después del desastre, la opinión pública se interesó mucho más en aquellas lamentables condiciones que los soldados españoles habían tenido que soportar. Se notó por ejemplo en la literatura y los ensayos, que prestaron mucha más atención a los problemas estructurales que en cualquiera de las anteriores etapas. Entre los ejemplos más destacados estaban la insuficiente formación, el deficiente equipo, el armamento en mal estado, así como los problemas de sanidad, higiene, alimentación o alojamiento, de los que se culpaba a las autoridades militares y a los gobiernos civiles.

Más difícil era encontrar datos sobre la extensión de enfermedades venéreas como la sífilis, pese a que eran muy comunes entre los soldados. El problema era que demostraban la existencia de prácticas que se intuían, pero respecto a las cuales la censura era especialmente inflexible. Las violaciones de mujeres marroquíes y sobre todo la prostitución estaban a la orden del día. Hubo intentos para limitarlas pero buena parte de la oficialidad las toleraba. Incluso hubo campañas contra la inmoralidad y la pornografía, con órdenes de que no se llevasen libros o imágenes eróticas. *El Telegrama del Rif* publicó una especie de manifiesto, firmado por damas y otras personas, para que los soldados reservasen su virilidad para la patria[165]. Otro tema relativamente tabú eran los suicidios, de los que parece ser que hubo al menos una docena entre 1920 y 1922, sin contar los que se quitaron la vida para no ser capturados, que eran considerados como los muertos en combate[166]. Esto era otro reflejo de una realidad trágica e incómoda que las autoridades militares se afanaban por ocultar. Muchos años después, el veterano Eulogio de Vega contaba al periodista Manuel Leguineche:

> No era raro el suicidio. ¿Quién era capaz de resistir noches interminables en un blocao de madera de reducidas dimensiones, seis por cuatro metros para quince o veinte soldados, defendido por unos cuantos sacos terreros, sin provisiones de agua, armado de fusiles descalibrados, pendiente del menor ruido, tiritando de frío y miedo con los ojos borrosos por el esfuerzo, siempre pendiente de los convoyes de aprovisionamiento, con

[162] Aunque siempre podemos tener la duda de si las crónicas de lo acontecido fueron demasiado benévolas con el ejército derrotado, edulcorando con gloria y valor una derrota aplastante. En todo caso, lo que no hubo fue una desbandada de varios kilómetros.

[163] DARWIN: *The Empire Project*, p. 87. También la derrota con los bóers tuvo mucha influencia en la política inglesa, pero al ser europeos la consideración fue muy diferente, y no se puede considerar como una derrota colonial.

[164] Sobre la Revolución de los Claveles y su relación con el problema colonial Vid. MAXWELL, K.: *O império derrotado: revoluçao e democracia em Portugal*, Companhia das Letras, São Paulo, 2006.

[165] Prous i Vila señalaba que esa gente que firmaba el manifiesto consideraba que "el pensamiento sensual conducía a la masturbación, y ésta a la idiotez", lo cual le parecía absurdo: PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 260.

[166] BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 425

> la sola ayuda de un heliógrafo, de un escapulario, del rosario que al partir te dio tu madre?[167]

Había otras posibilidades para intentar escapar de esa situación, como la deserción o autoprovocarse enfermedades. Así, por ejemplo, se mascó tabaco para aparentar ictericia, se contrajeron voluntariamente enfermedades venéreas, se aplicaron ortigas a pequeñas heridas para que se ulcerasen o monedas al rojo para hacer llagas ulcerosas en las piernas[168]. No obstante, la existencia de estas prácticas apenas era referida en los medios de comunicación. Las autoridades militares conocían perfectamente su existencia, pero trataban en lo posible evitar que se difundieran. Aunque la sociedad española no tuviese apenas información sobre ellas, sí pudo constatar mucho de la cruda realidad a la que había de enfrentarse el soldado, y con ello creció la preocupación acerca de la necesidad de mejorarla. Una de las medidas que más contribuyó a ello fue el fin del sistema de cuota, que funcionaba desde la supresión de la redención en metálico, permitiendo a los que pagasen librarse de ir a Marruecos. Las protestas y reivindicaciones de estos nuevos soldados, a menudo de un alto nivel cultural y de familias influyentes, fueron mucho más escuchadas en la Península de lo que era habitual[169]. Ramiro de Maeztu afirmó que la de Marruecos se había convertido en la primera guerra española en la que "los hijos de los ricos están peleando, como soldados, junto a los hijos de los pobres"[170]. Aunque la medida de suprimir las cuotas tuvo contradicciones y apenas aplacó el descontento de la opinión pública con los gobernantes[171], la alegría en las formaciones de izquierda que más se habían opuesto a las desigualdades del servicio fue manifiesta, considerando que la sociedad no la había valorado en su justa medida:

> Comprendemos que le haya costado al general Olaguer serios disgustos el retener en filas a los soldados de cuota […] Los padres de los soldados de cuota, cegados por el cariño hacia los suyos han hecho campaña contra los diputados socialistas […] En cambio la clase obrera no se ha dado cuenta de la conquista que para ella y para sus hijos significa el haber conseguido que fueran a la guerra los hijos de los ricos[172].

El enemigo: la traición del "moro amigo"

En todos los conflictos que hemos ido viendo se percibió al enemigo como el *moro* de una forma bastante genérica, personalizando poco en figuras concretas, al menos hasta que El Raisuni se convirtió en un personaje popular para la opinión pública española. En 1921 un solo hombre pasó a ser el protagonista indiscutido de la guerra contra los españoles, y una figura cuyo nombre se hizo un importante hueco en la memoria colectiva

---

[167] LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 61

[168] WOOLMAN, D., Cit. en REGAN.: *Historia de la incompetencia militar*, p. 354.

[169] BEN-CHO-SHEY (Xosé Ramón e Fernández Oxea): *Crónicas de Marruecos*, Ronsel, Barcelona, 2005, p. 39. Giménez Caballero iba aún más lejos apuntando que "con no hacer más que pasearse y hacer algunas amistades con moros notables, han realizado más labor política en pro de la idea de España que todas las pamemas que ante los moros hace tanto improvisado". GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Planeta, Barcelona, 1983 (original de 1923), p. 118.

[170] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 281.

[171] No todos los "cuotas" eran hijos de ricos. Algunos habían ahorrado mucho para el pago o incluso se habían empeñado para poder asumirlo, y no les había valido de mucho. Además, los que eran de familias influyentes seguían teniendo ventajas como servir en hospitales o no tener que salir de Melilla. Vid. por ejemplo PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 202-204.

[172] "Hemos de persistir contra las cuotas militares", en *El Socialista*, 23-IX-1922, p. 1.

española: Mohamed ben Abd-el-Krim El Jatabi[173], antiguo colaborador de España, lideró indiscutiblemente el levantamiento en armas de los rifeños contra España desde el verano de 1921, poniendo en jaque durante años al Ejército colonial español.

La familia Abd-el-Krim llevaba años colaborando con España[174], y él mismo había trabajado en Melilla de cadí (juez de derecho musulmán) nombrado por las autoridades españolas. Entre 1907 y 1915 había sido colaborador del periódico *El Telegrama del Rif*. Los problemas empezaron en el contexto de la Primera Guerra Mundial, por las relaciones de su padre (también Abd-el-Krim) con agentes alemanes, que llevaron al hijo a la cárcel y a un intento de fuga del que le quedaron secuelas de por vida[175]. El padre, por su parte, comenzó a cortar los lazos con España por el escaso beneficio que le reportaban, aunque no con la intención de emprender una guerra[176]. En 1920, tras la muerte de su padre, Abd-el-Krim se convirtió en el líder de Beni Urriaguel, una de las cabilas más poderosas del Rif, con la que fue capaz, tras sus éxitos contra los españoles, de unir a las de toda la región. Aunque multitud de autores de la época incidieron en lo contrario, el líder rifeño no profesaba ideas anti-españolas o xenófobas, pero la situación que se precipitó tras la toma de Abarrán lo llevó a liderar un movimiento en el que la mayor parte de los miembros sí las compartían[177]. Abd-el-Krim quiso crear un Estado rifeño, demostrando que manejaba ideas progresistas e incluso revolucionarias, aunque es difícil conocer hasta qué punto este objetivo tan ambicioso estaba detrás del inicio de su campaña[178].

Después del desastre era lógico que se considerase a Abd-el-Krim el gran enemigo de España y líder de la resistencia a la ocupación, pues ni los propios rifeños dudaban de que lo fuera. No obstante, su imagen se envolvió en un halo mítico que le llevó a protagonizar episodios que no tenían ningún fundamento real[179], muchas veces para

---

[173] A veces escrito como El Khattabi, era un sobrenombre con connotaciones de relación genealógica con uno de los primeros califas. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 33. El nombre completo se ha usado a veces para distinguir al líder rifeño de su padre, que también era Abd-el-Krim El Jatabi (ben significa hijo en árabe).

[174] Abd-el-Krim (padre) había llegado a negociar con los españoles que éstos desembarcasen en Alhucemas para ejercer un control más efectivo sobre el territorio, pues a él cada vez le era más difícil mantener a los suyos a favor del entendimiento con España.

[175] Se lesionó al caer desde una gran altura, lo que le dejaría para siempre con una ostensible cojera, por lo que en España se le denominó muchas veces "el cojo" de forma despectiva.

[176] Mohammed, hermano de El Jatabi, lo expresaba muy bien en una carta de 1919, en la que explicaba cómo los españoles hacían un pacto con un jefe para luego dejarlo a su suerte, con lo que muchas veces los contrarios a pactar con España terminan por quitarle su poder, sus bienes y hasta su vida. Consideraba que la política de penetración así estaba destrozada y que su padre se había cansado de esa política que no daba resultados beneficiosos. ABD-EL-KRIM, M. (1919), citado en PRIETO, I: "Abd-el-Krim" [11-VI-1947] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), p. 195.

[177] Para el autor marroquí Germain Ayache, Abd-el-Krim en absoluto deseaba una guerra con los españoles, y las circunstancias le sorprendieron y le llevaron a una confrontación a gran escala. Cit. en VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 138.

[178] Pablo La Porte, que entre otras cosas se basa en la carta de Abd-el-Krim a uno de sus seguidores, ve motivaciones más "mundanas" como su estancia en prisión deudas que Berenguer no le había pagado o dinero de su padre que habían retenido los españoles. Según este planteamiento, el ideal nacionalista y la organización del Estado rifeño habrían sido concebidos después de la victoria, y las presuntas motivaciones iniciales de Abd-el-Krim habrían estado mediatizadas por los hechos posteriores. Vid. LA PORTE: *La atracción del imán*, pp. 102-109 y 132.

[179] De hecho, a nivel militar el líder del harka era su hermano, pues a Abd-el-Krim la cojera le impedía desempeñarse correctamente en el campo de batalla. Ello no impidió, sin embargo, la proliferación de titulares como "La harca la dirigía el propio Abd-El-Krim", respecto a lucha por Atlaten, en *El Liberal* de Murcia, 7-X-1921, p. 2. Indalecio Prieto ironizó así acerca de una de estas invenciones: "Según la fantasía periodística, días atrás, en el combate de Sebt, se vio con prismáticos a Abd-el-Krim, montado en un caballo

desacreditarlo y convencer a la opinión pública de sus malas artes. Especial crispación generó una carta real en la que se dirigía a los regulares que luchaban por España, y que alcanzó gran difusión en la prensa. En ella afirmaba que los españoles tenían perdida la partida y se iban "derrumbando al empuje arrollador de los hijos del Profeta", ponía de relieve el mal trato al que estaba sometida la policía indígena, explicaba que luchar contra otros musulmanes los convertía en enemigos del Islam y se ofrecía a pagar a los que se uniesen a él lo mismo que los españoles[180]. La carta era propaganda para captar adeptos, y el fanatismo de algunas de sus partes no se correspondía con el razonable estilo usado generalmente por Abd-el-Krim, pero resultaba mucho más eficaz para promover la espiral de odio que contra él se había generado. El hecho de que hubiese colaborado con España se consideraba su faceta más peligrosa, pues le permitía tener un conocimiento privilegiado de los problemas del que ahora era su enemigo. Romanones se refirió a él como "el jefe rebelde que habíamos criado a nuestros pechos y que conocía aún mejor que nosotros nuestra organización militar y sus defectos"[181]. Esta circunstancia también lo hacía más indigno, pues además de despiadado enemigo era un traidor. Luis Casado y Escudero, superviviente de Igueriben, explicaba así el inicio de la colaboración de Abd-el-Krim con España:

> El joven marroquí llama a las puertas de nuestra hidalguía implorando el cariño protector de España que, siempre noble, generosa siempre, le tiende sus brazos, imponiéndose la dura labor de sembrar en el páramo de aquella inteligencia el gérmen de la cultura, que con cariño de madre cultiva, para que un día cuaje en frutos de bien[182].

El episodio considerado más ignominioso de la campaña, la traición de Monte Arruit, también se achacó a Abd-el-Krim, ignorando el hecho de que había avisado a los españoles de que no tenía influencia sobre las cabilas de la zona, por lo que no descartaba que la situación se desmadrase. Incluso llegó a enviar hombres de su confianza a Monte Arruit, que fueron recibidos a tiros por los guelayis[183]. Son muchas las pruebas de que Abd-el-Krim no era un salvaje despiadado, como avalaron la mayor parte de los españoles que lo conocieron personalmente, desde el sargento Basallo, cautivo en Axdir[184], al empresario Horacio Echevarrieta, que negoció mucho con él. También el director de *La Libertad*, Luis de Oteyza, y los fotógrafos Díaz Casariego y Alfonso Sánchez Portela lograron sortear la censura para hacer un reportaje en el cuartel general de Abd-el-Krim, bastante objetivo y que tuvo una enorme repercusión, por lo que permitió en cierta medida difundir una imagen del líder rifeño menos condicionada por la magnitud del desastre[185].

Un buen ejemplo de las *leyendas* que se forjaron para culpar a Abd-el-Krim de diversas fechorías fueron las conexiones comunistas, nunca demostradas[186]. En la España de entonces existía una cierta obsesión al respecto, sobre todo en sectores conservadores,

---

blanco. ¡Magníficos prismáticos! ¡Y soberbia imaginación!". PRIETO, I.: "Notas del block" [20-X-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 112.

180 CASADO: *Igueriben*, p. 86.

181 ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 459.

182 CASADO: *Igueriben*, p. 109.

183 Así lo afirmó el autor marroquí Germain Ayache, que ha señalado que incluso murieron 25 beniurriagueles en el enfrentamiento. AYACHE, G, 1996, p. 150. Cit. en VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 144.

184 Lo describió como un personaje coherente con sus objetivos, enemigo de la violencia gratuita y cuya clemencia pudo comprobar en varias ocasiones. BASALLO: *Memorias del cautiverio*.

185 OTEYZA, L.: "Abd-el-Krim y los prisioneros", en *La Libertad*, 8-VIII-1922, pp. 1-2.

186 Aparecieron noticias que colocaban en el Rif a delegados de la III Internacional, como un tal Raslolnikoff, que habría organizado la propaganda comunista en china: "Es probable que se realice en nuestra zona una operación de policía", en *El Sol*, 1-VIII-1925, p. 8.

que veían la "amenaza roja" en cualquier enemigo. Décadas más tarde, el franquismo alimentó esta idea que le resultaba muy conveniente[187]. También fue normal que se viese la mano de Abd-el-Krim en numerosos hechos que le quedaban muy lejos. Por ejemplo, sobre la muerte de un huésped turco en un hotel de París, achacada a sus compañeros de una red de ladrones de hoteles, un periodista de *El Noticiero Granadino* se salía con un:

> Hay otra suposición: la suposición de que el turco fuera un espía al servicio de las organizaciones pan-islámicas, es decir de Abd-el-Krim. Esta idea se funda en la interpretación de algunos de los documentos hallados en el equipaje del muerto[188].

Las críticas a Abd-el-Krim se hicieron extensivas a la República del Rif que éste lideró, demostrando muy poco conocimiento acerca del funcionamiento de dicho Estado, sus motivaciones o su estructura.

Otros enemigos

Antes de la irrupción de Abd-el-Krim, el líder marroquí más famoso en España había sido El Raisuni, que se encontraba muy presionado por el Ejército español cuando la Comandancia de Melilla se vino abajo, pero su situación se desahogó gracias al desastre. Se propagaron entonces los temores a una posible alianza entre El Raisuni y Abd-el-Krim, que se consideraba terrible para España, pero ésta no llegó a concretarse[189]. El Raisuni terminó cayendo en poder de Abd-el-Krim en 1925, y su cautiverio recibió una importante cobertura por parte de la prensa española. Además, se pudo comprobar que todavía había en España quien se preocupaba por la suerte del cherif y las consecuencias que su pérdida podían tener[190]. Al margen de estos dos personajes, se popularizaron otros nombres propios como los de algunos lugartenientes de Abd-el-Krim, por ejemplo Mohamed Azerkán "Pajarito", Sidi Amar o El Jeriro. Pero lo cierto es que su popularidad fue mínima en comparación con la de los dos anteriores, y tuvo un escaso alcance en la memoria colectiva española.

Un caso excepcional fue el de Abd-el-Kader, líder de la cabila de Beni Sicar, la más próxima a Melilla. Enemigo de los españoles en el conflicto de 1909, mantuvo desde entonces buenas relaciones con ellos. En pleno desastre y con Melilla casi sitiada Abd-el-Kader se mantuvo fiel a España, por lo que se le consideró una figura clave en la salvación de la plaza. Tratado como un héroe (aún hoy conserva una calle con su nombre en Melilla), se convirtió en el mejor ejemplo del "moro amigo", de que no todos los marroquíes eran iguales y de que las posibilidades de recuperar el Protectorado no estaban perdidas si se eliminaba el gran problema: Abd-el-Krim. Entre los homenajes a Abd-el-Kader destacó el que se le tributó en agosto de 1923, cuando se le hizo entrega de una casa construida cerca de donde estaba la suya, que había sido saqueada en el verano de

---

187 Vid. SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F. (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010.

188 *El Noticiero Granadino* (20-XII-1925), Cit. en GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 243.

189 Tessainer Y Tomasich ha señalado que no se conservan los originales de esta correspondencia, pero que existió, y las posibilidades de cooperación entre ambos líderes se rompieron entre reproches e insultos, especialmente derivados de la mala consideración que El Raisuni tenía de Abd-el-Krim y de los rifeños, por lo que no aceptó las propuestas de éste. TESSAINER: *El Raisuni*, p. 601.

190 La Liga Africanista española, por ejemplo, dirigió una carta a Primo de Rivera en la que reflejaban los temores de la asociación por las repercusiones que la caída de El Raisuni en manos de Abd-el-Krim podía tener para la labor protectora de España en Marruecos. TESSAINER: *El Raisuni*, p. 715.

1921[191]. Hubo una nutrida presencia de militares españoles y varios discursos que exaltaron la figura del caíd. El general Martínez Anido afirmó que era merecedor del homenaje por su lealtad, y que la nación protectora le demostraba su gratitud, deseando que sirviera de ejemplo a los demás indígenas para facilitar la implantación del protectorado[192]. Cerezo Garrido señalaba en 1922 que de la gran labor de este caíd no se había dado cuenta exacta a los españoles, y le parecía que tampoco a los Gobiernos[193]. No obstante, los poderes que se le concedieron, así como lo que de él se dijo en prensa, ensayos y declaraciones de políticos y militares nos ofrece la sensación contraria, pues su nombre aparece una y otra vez, siempre tratado elogiosamente, como "moro amigo", "amigo de España" o "salvador de Melilla"[194]. Alfonso XIII también quiso mostrar su reconocimiento a la lealtad del caíd, regalándole un automóvil[195].

Aunque la figura del "moro amigo" siguió existiendo, como demuestra el trato a Abd-el-Kader, no fue fácil que escapase a la generalizada campaña de demonización del rifeño. Muchos de los que habían demostrado seguir del lado de España, como los Regulares, fueron mirados con escepticismo. La idea de que los que apoyaban a España lo hacían solo por conveniencia o por dinero tuvo un claro refrendo después de comprobar cómo se habían rebelado muchos líderes adictos o cómo había desertado en masa la Policía Indígena[196]. El desastre supuso un abrupto final a unos años en los que la tradicional imagen del marroquí se había suavizado levemente, muy en relación con la obra protectora. Algunos consideraron que había sido un grave error tratar de entender a los marroquíes (especialmente a los rifeños) y empatizar con ellos. Para el militar y novelista José María de Acosta, se habían ensalzado al rifeño de forma irreflexiva, mientras que para él la única imagen que se podía promover era la de "feroz, cruel, sanguinario, vengativo, inhumano, fanático, desagradecido, traidor, pérfido, inculto, bandolero, interesado y desleal"[197]. Textos como el siguiente, firmado en 1917 por el político Tomás Maestre, habían sido muy comunes en la década de 1910, pero desde 1921 se hicieron menos habituales:

> De mi viaje por tierras de moros saqué la convicción de que los habitantes de Marruecos, en lugar de ser tribus bárbaras y feroces, bandas sanguinarias e insociables, según de ellos han dicho sin razón los que no los conocen, son gente buena, noble, comedida, hospitalaria, valerosa hasta el heroísmo, amante de la justicia, defensora de su independencia sin importarle la muerte, y que consagra a las leyes de la humanidad un culto santo, inquebrantable, piadoso[198].

---

[191] Según *ABC*, la casa costó 55.000 pesetas, con cargo al ministerio de Estado: "Homenaje a Abd-el-Kader", en *ABC*, 7-VIII-1923, p. 13.

[192] "Homenaje a Abd-el-Kader", en *ABC*, 7-VIII-1923, p. 13.

[193] CEREZO: *El rescate de los prisioneros*, p. 350.

[194] Algunos ejemplos en: "Los moros que piden la paz", en *El Sol*, 11-X-1921, p. 1; "Sobre las sumisiones", en *La Época*, 11-X-1921, p. 2; "Noticias de actualidad", en *La Correspondencia de España*, 8-X-1921, p. 4; "Senado. Sesión del día 2", en *Heraldo de Madrid*, 11-XI-1921, p. 5; "La primera piedra del protectorado en el Rif", en *La Correspondencia de España*, 27-VI-1922, p. 1.

[195] "Siguen las operaciones en suspenso", en *La Época*, 28-I-1922, p. 3.

[196] Muchos de los que analizaron la situación desde España no intentaron comprender la presión que para muchos jefes de cabilas que llevaban mucho tiempo colaborando con España podía suponer el tener que enfrentarse al harka de Abd-el-Krim y sus seguidores. Pero era mucho más fácil aludir al "carácter traidor" del rifeño que tratar de entender unas razones que desde luego no fueron tan homogéneas.

[197] ACOSTA, J. Mª de: "La apología del moro" en *La Ilustración Española y Americana* (8-XII-1921). Cit. en GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 240.

[198] MAESTRE, T.: Prólogo en ORTEGA: *El Raisuni*, p. XIV. Otro buen ejemplo lo daba en el misma libro el periodista Manuel Ortega, que quitaba hierro a la "terrible justicia" empleada a veces por los marroquíes, señalando que pocos siglos antes la misma todavía se empleaba en Europa, y ponía como ejemplo un texto español de 1799 con normas para ejecuciones: ORTEGA: *El Raisuni*, p. 212.

Con el Desastre de Annual en general, y el episodio de Monte Arruit en particular, las tribus marroquíes fueron consideradas más bárbaras, feroces y sanguinarias que nunca. Las caracterizaciones volvían a recordar a las de la Guerra de África, animalizando al Otro y exponiendo sus más pérfidas cualidades[199]. El presunto carácter traidor del *moro* se convirtió en el elemento central de su definición, como múltiples episodios habían demostrado en aquellos días del verano de 1921. Se dio así mucha publicidad a testimonios que resaltaban las tretas consideradas más rastreras, como la de acercarse a posiciones con bandera blanca para luego intentar aniquilar a todos sus defensores, una táctica de la que Monte Arruit fue la culminación, definiendo incluso un cambio en la opinión pública. Antes entre la sociedad española había indignación contra los rifeños por insistir en su lucha, pero al fin y al cabo defendían su tierra, por lo que convivía con la indignación contra gobernantes y militares. Pero la matanza de miles de soldados tras la rendición de la posición fue considerada una traición incomparable, una infamia y una afrenta contra toda España, un motivo para combatir y para vengarse. El Desastre de Annual pudo ser un acicate para las tesis abandonistas, pero la puntilla de Monte Arruit fue una justificación ideal que esgrimieron los partidarios de la venganza.

La opinión pública española también consideró el asunto de los prisioneros como una evidente muestra de la perfidia enemiga. Los periódicos ofrecieron continuas informaciones sobre las nefastas condiciones de los cautivos y las muertes de varios de ellos. Con la publicación de crónicas y entrevistas a prisioneros tras su liberación se incrementó esta sensación, pues si bien por lo general dejaban a Abd-el-Krim en relativamente buen lugar, dieron cuenta de malos tratos, palizas o ejecuciones perpetradas por sus hombres, caracterizados con frecuencia como auténticos salvajes. Así aludía el sargento Francisco Basallo a una brutal paliza por la que había muerto uno de sus compañeros:

> ¿Es posible que sean hombres como nosotros los autores de tan monstruosas atrocidades? ¡Qué difícil es creer que lo sean y qué triste concepto se ha de tener de la Humanidad, si es que lo son![200]

En contra de todas estas ideas, que fueron las más difundidas, estuvo la de entender como algo normal lo que habían hecho los rifeños, incluso después de Monte Arruit, culpando a los propios españoles de haberlos llevado a esa situación. Indalecio Prieto fue uno de los más vehementes defensores de esa postura, señalando que España había ido, agravio tras agravio, hiriéndolos en su psicología, su moral y su religión. Y como en vez de ser una raza rudimentaria y torpe como muchos pensaban, era astuta, cauta y observadora, se había cosechado un desastre de semejantes proporciones[201].

Las tropas de Regulares habían pasado a ser mal vistas después del desastre, pese a que las deserciones generalizadas habían sido en la Policía Indígena[202]. No obstante, su participación junto a las tropas españolas en los siguientes episodios hizo que recuperasen

[199] "Fieros chacales de la desolación que el rencor azuza y el monstruo de la codicia guía", los definía Luis Casado y Escudero. CASADO: *Igueriben*, p. 93.
[200] BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 149.
[201] PRIETO, I.: "Ocho mil cadáveres españoles" [Discurso parlamentario, octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), 1990, p. 161.
[202] De hecho algunos autores han destacado el valeroso papel de los Regulares en la rota del verano de 1921. Palma Moreno señala que la unidad de Regulares mandada por el comandante Llamas fue una de las que mejor se comportó en medio de la deshonrosa retirada. PALMA: *Annual 1921*, p. 76.

la confianza, aunque se mantuviese un cierto escepticismo[203]. En su *Diario de una Bandera*, Francisco Franco recordaba la frialdad con la que habían sido recibidos en Melilla, derivada de la "mal llamada traición de los Regulares de Melilla", y muy pronto habían demostrado lo contrario[204]. Además, una vez se tranquilizó la situación, su exotismo hizo populares estas tropas, siendo habitual su presencia en obras literarias, películas y representaciones visuales.

Finalmente, podemos señalar que siguió siendo común la presencia de dos enemigos tradicionales como Francia e Inglaterra, aunque las críticas a estos dos países por dificultar la labor española en el Protectorado muchas veces se basaban en meras especulaciones. Desde múltiples medios españoles, especialmente la prensa militarista, se insinuó que los franceses estaban interesados en el triunfo de la causa rifeña, porque podría servir para eliminar la presencia española en Marruecos. Aunque la documentación del Ministerio de Asuntos exteriores desmienta la teoría, buena parte de la opinión pública española la dio por cierta[205]. Por otra parte, la neutralidad de Francia y sus contactos con la República del Rif, aunque no fructificasen, no ayudaron a la imagen del país vecino[206]. A los ingleses se los consideraba menos interesados en la derrota española, porque solo podría favorecer el predominio absoluto de Francia en Marruecos. Aun así, el tema de Tánger levantaba muchas ampollas, pues predominaba la idea de que franceses y británicos compartían el interés por no dejar la ciudad en manos españolas. Aunque estaba lejos de la zona del desastre, muchos la veían como el lugar desde donde se dirigía y enviaban suministros a la rebelión del Rif[207]. Unos años después lo señalaba así Francisco Franco:

> Enclavada en la zona del Protectorado español, fue siempre Tánger el centro de las mayores intrigas marroquíes […] fue siempre el refugio de cuantos en nuestra zona levantaron contra el Majzén o la Nación protectora, la bandera de la rebeldía; en Tánger encontraron acogida los cabecillas rebeldes y agitadores rifeños, y Tánger fue la puerta por donde se recibieron armas y dinero con que fomentar la rebelión[208].

El Tercio de Extranjeros, los héroes tras el Desastre

Para defender a la sitiada Melilla y la posterior recuperación del territorio perdido se emplearon decenas de miles de hombres, pero de las múltiples unidades militares hubo una que brilló con luz propia en relatos y crónicas, alcanzando una popularidad a la que ninguna otra fracción del Ejército pudo acercarse: fue el Tercio de Extranjeros, también conocido como la Legión Española. Esta fuerza militar había sido fundada en 1920 por el teniente coronel de infantería José Millán Astray, que la concibió como una unidad de

[203] Fueron fundamentales en la defensa de Melilla y en las primeras operaciones para recuperar terreno tras el desastre. Decía Indalecio Prieto que de 800 Regulares de Ceuta que se desplegaron en la Comandancia de Melilla tras el desastre, únicamente 400 se embarcaron de vuelta. PRIETO, I.: "Crónica cablegráfica desde Melilla" [13-X-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 98.

[204] FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 101.

[205] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 149.

[206] Por ejemplo, una fotografía de tres de los lugartenientes de Abd-El-Krim en París, publicada por el francés *Le Journal*, generó protestas en la prensa española, que calificó de "bandoleros" a los rifeños y criticó la buena acogida que le dieron los parisinos. "Rifeños en París", en El Sol, 3-II-1922, p. 1.

[207] Primo de Rivera era uno de los que así lo entendía. TOGORES, L. E..: *Muñoz Grandes: Héroe de Marruecos, general de la División Azul*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007, p. 71.

[208] FRANCO BAHAMONDE, F.: "Tánger", en ID.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p 231.

soldados voluntarios cuyo origen o antecedentes no importaban[209], y dirigida con una férrea disciplina. En varios aspectos recuerda a la "Partida de la muerte" del capitán Francisco Ariza, a la que aludimos en la campaña de 1893, y que en mucho menor grado había compartido el halo legendario en el que se envolvió a la Legión.

Millán Astray se inspiró en diversas fuerzas militares y recuperó múltiples elementos del "glorioso pasado" del Ejército español[210], de ahí el nombre de "tercio" (en honor a los de Flandes) y diversos aspectos del discurso y la puesta en escena. La teatralidad era indispensable para un Millán Astray que se preocupó mucho por la espectacularidad de desfiles y paradas, himnos y canciones de marcha. Otro aspecto llamativo fue el culto a la muerte, que se idealizó hasta el punto de ser considerada la mayor de las recompensas, en consonancia con una visión romántica de la guerra. La combinación de estos elementos hizo de la Legión una unidad con un gran atractivo para la sociedad española, convirtiéndose algunos de sus líderes, como Millán Astray o Francisco Franco, en figuras populares del momento. Desde la propia Legión se trabajó deliberadamente para potenciar y difundir la imagen heroica a través de medios como la literatura patriótica, la prensa e incluso el cine, apareciendo así una especie de "leyenda" sobre las andanzas del Tercio en tierras de Marruecos. Esta idealización estaba también presente, como es lógico, en la propaganda para reclutar voluntarios. Así se promocionaba la unidad en un cartel de 1920:

> El Tercio de Extranjeros es un Cuerpo de Infantería que tendrá bandera propia, y sus soldados estarán amparados por ella. Es un cuerpo honorable; en los combates irá en el puesto de honor; el uniforme es vistoso; las pagas, suficientes; la comida, sana y abundante. Los que sean buenos soldados, disciplinados y valientes, pueden hacer muy honrosamente la carrera de las armas"[211].

La idealización no solo se volcó hacia fuera, sino que además los miembros de la Legión desarrollaron una notable sensación de superioridad respecto a otras unidades, generando una identidad diferenciada dentro del Ejército español. Esta identidad en origen no estuvo directamente vinculada con la ideología fascista que por entonces comenzaba a irradiar desde Italia, pero pronto iba a conectar con ella por la existencia de multitud de elementos comunes[212]. Un momento clave para la fama del Tercio fue su llegada a Melilla, en pleno desastre, considerada entonces como salvadora y ampliamente difundida en la prensa. Se afirmó que había permitido a la población recuperar el espíritu, y que en los desfiles y arengas se vivieron escenas de "delirante entusiasmo" o "emoción indescriptible"[213]. Desde este momento se los consideró como los principales vengadores del desastre.

---

[209] Como su propio nombre indica, los voluntarios podían ser extranjeros, aunque por extranjeros se refería a europeos y americanos. Con todo, la cifra de españoles siempre superó los dos tercios del total del contingente.

[210] Se ha destacado especialmente la importancia que en su configuración del Tercio tuvieron la Legión Extranjera francesa, el código samurái y los Tercios de Flandes. Vid. por ejemplo RODRÍGUEZ: *¡A mí la Legión!*, pp. 88 y ss.

[211] ARCE, C. de: *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984, p. 21.

[212] Como fueron el culto a la muerte, la mística de la violencia, el voluntarismo irracionalista, el desprecio por la democracia, un nacionalismo a ultranza, fanatismo y afición por los símbolos, liturgia y actos teatrales. Vid. MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 46.

[213] "Marruecos", en *El Globo*, 27-VII-1921, p. 1; "Fe en España", en *La Época*, 27-VII-1921, p. 3; Berenguer afirmó que fue él quien ordenó el desfile en Melilla, pero Juan Pando considera que fue Millán Astray con permiso de Sanjurjo: PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 237. Palma Moreno recuerda que Sanjurjo hizo desfilar juntos a Regulares y Legionarios para que la gente viese que seguían unidos. PALMA: *Annual 1921*, p. 158.

Al margen de la *leyenda* generada alrededor de las andanzas del Tercio, de la que veremos más aspectos cuando aludamos a la literatura o al cine, el aporte de estas tropas en la campaña que se dilató hasta 1927 fue notable, aunque proporcionalmente muy inferior al privilegiado lugar que ocuparon en la memoria colectiva. En ocho años participaron en la campaña de Marruecos unos 14.000 legionarios, frecuentemente empleados como vanguardia y tropas de choque, de los que unos 2.000 perdieron la vida[214]. Al margen de su aportación militar, el Tercio de Extranjeros ayudó a aplacar las iras de la opinión pública ante las constantes noticias de la muerte de soldados españoles. Los legionarios caídos se lloraban de forma muy distinta, pues ellos mismos habían elegido poner en riesgo sus vidas, y el propio cuerpo envolvía de épica y romanticismo sus muertes, por lo que solían llegar a la opinión pública convenientemente adornadas. La visión positiva del Tercio fue generalizada y no se derivó solo de su propia propaganda: escritores poco militaristas y bastante imparciales, como Eduardo Ortega y Gasset o Xosé Ramón Fernández Oxea, a cuyas crónicas aludiremos más adelante, ensalzaron al Tercio por su eficacia[215].

Una buena contrapartida a las visiones positivas de la Legión nos da la dejó en sus memorias el entonces capitán de artillería Antonio Cordón, muy crítico con la brutalidad o el salvajismo mostrados por este cuerpo. Sorprendido de la cantidad de ingenuos que se dejaban embaucar por las "mentiras y exageraciones" periodísticas o de la propaganda oficial, Cordón atacaba los principales mitos del Tercio basándose en su experiencia personal para desmentirlos. Así por ejemplo, sobre Millán Astray afirmó:

> En los minutos de la *visita* que hizo para enterarse de cómo marchaba la operación de Nador, una bala perdida lo hirió en el pecho. Lo ví de cerca, tendido en la camilla, pues los que lo llevaban pasaron a mi lado. Iba pálido y callado, y no dando gritos de "¡Viva la Legión!" como inventaron luego sus numerosos amigos y jaleadores, los periodistas que llevaba siempre como cortejo. Millán Astray no se distinguía por sus conocimientos militares ni era ese *jabato* creado por los cronistas de la campaña[216].

Las memorias de Cordón vieron la luz varias décadas después del desastre, pero hay múltiples ejemplos de vehementes críticas a la Legión y sus mandos realizadas justo después del desastre. Entre las más duras destacó la del coronel Domingo Batet, juez de causas en los procedimientos derivados del *Expediente Picasso*. En ella había fragmentos tan duros como éste:

> Algunos oficiales de Regulares y del Tercio se sienten valientes a fuerza de morfina, cocaína o alcohol; se baten, sobre todo los primeros, en camelo: mucha teatralidad, mucho ponderar los hechos y mucho echarse para atrás y a la desbandada cuando encuentran verdadera resistencia[217].

Batet fue además muy duro con Millán Astray, del que decía que temblaba ante el silbido de las balas y explotaba heridas leves para labrar su imagen heroica; o con Franco, del que afirmó que tenía poco de militar y había "explotado vergonzosa y descaradamente

[214] RODRÍGUEZ: *¡A mí la Legión!*, p. 234; TOGORES, L. E.: *Millán Astray: Legionario*, La Esfera de los libros, Madrid, 2003, p. 155.
[215] Vid. por ejemplo ORTEGA: *Annual*, p. 128.
[216] CORDÓN: *Trayectoria*, p. 88.
[217] Cit. en RAGUER, H.: *El General Batet*, Publicacions de l'abadia de Monserrat, Barcelona, 1994, p. 65.

una enfermedad" para pasar un tiempo lejos del campo de batalla[218]. Una de las críticas al Tercio más influyentes, sobre todo a nivel internacional, fue la que publicó el *Times* el 26 de noviembre de 1921, reproducida a los pocos días por muchos periódicos españoles[219]. Se basaba en las declaraciones de algunos voluntarios ingleses que habían abandonado el cuerpo, y que hablaban de vejámenes, malos tratos, castigos físicos, mala alimentación, nefasta sanidad e impagos: "Nosotros los ingleses no éramos tratados peor que los otros, sino acaso mejor, pero no estaba bien vivir de un modo tan poco confortable. Estamos satisfechos de vernos fuera de aquello"[220].

La Legión fue también muy conocida por su violencia extrema contra el enemigo, que llevó a la aparición de voces muy críticas. Brutales prácticas como la de decapitar a los prisioneros generaron controversia entonces[221]. No obstante, era un momento relativamente propicio para la difusión de esta realidad, ya que después de conocer las crueldades perpetradas por los rifeños eran pocas las quejas de la opinión pública hacia combatirlos sin piedad, y el tema era incluso objeto de burlas en la prensa satírica (Fig. 63)[222].

Clamor por el abandono contra clamor por la venganza

Aunque la sociedad española parecía haberse acostumbrado a convivir con los conflictos en Marruecos, la magnitud de lo sucedido en 1921 cambió mucho la perspectiva sobre el "problema de Marruecos" en la mayor parte de la opinión pública. La constatación de las extremas dificultades para controlar un terreno que ofrecía poca riqueza y cuyos habitantes se oponían con todas sus fuerzas a la ocupación española fue un acicate para las tesis abandonistas, que ganaron muchos adeptos desde 1921. No obstante, el efecto de la "traición de Monte Arruit" y otros episodios llevó a una breve pero contundente ola de patriotismo revanchista, aprovechada por los Gobiernos españoles para justificar la campaña de recuperación del terreno perdido que comenzó unas semanas después de la debacle. Sin embargo, esta "reconquista" resultó tan lenta y costosa que los rotundos ánimos iniciales se fueron apagando. Un año después del desastre quedaba mucho terreno que recuperar, los prisioneros seguían en manos de Abd-el-Krim, el tema de las responsabilidades avanzaba poco y no se sabía todavía bien cuáles

[218] RAGUER: *El General Batet*, pp. 64-65. Según esta misma autora, Franco guardaba rencor a Batet por sus informes, y por ello se negó a indultarlo en 1937, cuando fue ejecutado por haberse mantenido fiel a la República.

[219] Vid. por ejemplo "Las patrañas de unos legionarios que se han ido", en *La Acción*, 30-XI-1921, p. 1; "Los legionarios ingleses", en *La Época*, 30-XI-1921, p. 1; o "Los legionarios ingleses se quejan del mal trato en África", en *Heraldo de Madrid*, 30-XI-1921, p. 4.

[220] "Los legionarios ingleses se quejan del mal trato en África", en *Heraldo de Madrid*, 30-XI-1921, p. 4.

[221] Son muchos los testimonios que avalan que esto sucedía. Por ejemplo el veterano Miguel Léivar Olano contaba en una entrevista que después del desembarco de Alhucemas su unidad iba detrás de la Legión y encontraron a varios enemigos decapitados: Vid. LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 310. Prous i Vila ofrece varias descripciones al respecto, incluyendo unas compañías del Tercio que pasaron con una hilera de al menos dos docenas de cabezas de moros clavadas en las puntas de las bayonetas. También se refiere a oficiales que obsequiaban una jarra de vino por cada cabeza de *moro*: PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, pp. 122-123. En el Congreso Indalecio Prieto y el Ministro La Cierva protagonizaron una enconada polémica por las cabezas de *moros* que presuntamente habían sido regaladas a la Duquesa Victoria, ante el disgusto de ésta.

[222] Vid. por ejemplo la portada del semanario *L'Esquella de la Torratxa*, el 23 de septiembre de 1921, en el que un sonriente legionario llevaba un montón de cabezas con el pie "DE LA COLLITA DE NADOR – Um gotin [racimo] del negrel".

eran los verdaderos objetivos de la campaña africana[223]. Con semejante panorama, no era raro que las posturas abandonistas continuasen ganando adeptos.

Los socialistas, que en la década anterior no habían cejado en su empeño de lograr que España reculase de sus compromisos en Marruecos, aprovecharon el descontento del momento para arreciar su campaña, que se centró en pedir el abandono del Protectorado y la depuración de responsabilidades por el desastre. Sabían que el momento era propicio pues, como señalaba Indalecio Prieto, la postura del abandono había dejado de ser cosa de la extrema izquierda nacional, extendiéndose hasta convertirse "en un ansia genuinamente española"[224]. La postura socialista seguía centrada en la incongruencia de desarrollar una misión civilizadora a tiros, y cada vez se defendía con más firmeza el derecho de Marruecos a la independencia, aunque este argumento seguía muy supeditado al verdadero objetivo de evitar las desdichas de la guerra a los obreros españoles. Las críticas al Protectorado alegando que éste no era tal fueron constantes: en octubre de 1921 *El Socialista* definía así su verdadero objetivo, después de dar una larga lista de lugares de la tragedia:

> ¿Queda algún kilómetro de la zona melillense sin que en él se haya escrito una página sangrienta? ¿Y para qué? No es guerra de conquista. Es de protectorado. ¿De protectorado? Sí, para muchos que, terminada la gran guerra, necesitan nuevos filones, para vivero de los ya en España conocidos "determinados elementos", para que haya presupuesto de Guerra. Por eso, para batirse en África, faltan elementos de combate, y para perseguir a la clase trabajadora, sobran[225].

Los comunistas defendieron posturas cercanas a las socialistas, pero es más difícil acceder a ellas porque sus medios de comunicación tuvieron poca difusión y se conservan mal[226]. María Rosa de Madariaga, analizando especialmente fuentes francesas, ha revelado datos interesantes, como que Abd-el-Krim estaba considerado por ellos un libertador del pueblo rifeño y al mismo tiempo de la clase obrera española[227]. Era una idea arriesgada que difícilmente podría calar en la gran mayoría de los españoles y que ni siquiera los socialistas trataron de defender.

Probablemente, la mayor defensa de Abd-el-Krim dentro de España la protagonizaron algunos grupos del nacionalismo vasco, especialmente las juventudes que tuvieron en el diario Aberri su principal órgano de difusión y en Eli Gallástegui, "Gudari", su principal figura. Gallastegi, que en julio de 1921 había sido expulsado de la Comunión Nacionalista Vasca[228], junto con otros miembros de sus juventudes con los que fundó Aberri-PNV[229], defendió el derecho de los rifeños a su independencia, e incluso la idea de una "Cuádruple Alianza" en la que la República del Rif tenía un hueco junto a Euskadi, Cataluña y Galicia. Gallástegui criticaba a los *moros* que se dejaban comprar por España

---

[223] "Aniversario", en *La Voz*, 22-VII-1922, p. 1; "Al cumplirse un año del desastre", en *El Sol*, 22-VII-1922, p. 1; "Notas del día", en *Heraldo de Madrid*, 22-VII-1922, p. 1.

[224] PRIETO, I: "Con motivo del proyecto de recompensas, Indalecio Prieto juzga la catástrofe de Marruecos y pide la repatriación del Ejército" [4-V-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 23.

[225] *El Socialista*, 22-X-1921, p. 1.

[226] Además, la débil influencia que tenían en España hacía que sus perspectivas anticolonialistas apenas trascendiesen: NERÍN, G.: *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 77.

[227] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 197.

[228] La CNV también se mostraba contra la guerra en Marruecos, aunque con menor contundencia que la del sector que en 1921 fundaría el Partido Nacionalista Vasco. Vid. UGALDE ZUBIRI, A.: *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco (1890-1939): Historia, Pensamiento y Relaciones Internacionales*, Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1996, pp. 286-287.

[229] El grupo Aberri recuperó la tradicional denominación de Partido Nacionalista Vasco, que había sido abandonado por la corriente mayoritaria.

y defendía a los que luchaban por la independencia de su patria, especialmente a su principal líder: "Abd-el-Krim quiere defender la independencia marroquí proclamando la República del Riff (…) ¡Vaya por ello y llegue hasta ti, caudillo moro, nuestro saludo de admiración, respeto y simpatía!"[230].

Esta visión tuvo su reflejo en el nacionalismo catalán más radical. Francesc Macià fue uno de los más destacados defensores de la incorporación del Rif a una "Liga de Naciones Oprimidas" junto a Cataluña, Euskadi y Galicia. Su agrupación, Estat Català, y otras como Acció Catalana, aclamaron en diversos actos a la República del Rif y enviaron un mensaje de solidaridad a su líder[231]. Una especial significación tuvieron los hechos registrados el 11 de septiembre de 1923, en la conmemoración de la derrota catalana contra Felipe V en la Guerra de Sucesión. Durante el tradicional homenaje en el monumento a Rafael Casanova, con las autoridades presentes y miles de personas, se dieron vivas a la República del Rif, y se arrastró una bandera española[232]. La mayor parte de la prensa madrileña se hizo eco de los hechos, en general con un tono consternado e indignado. Los "¡Viva Cataluña libre! ¡Viva la República del Rif!"[233] representaban las dos mayores preocupaciones de buena parte de las clases política y militar españolas: el separatismo catalán y la guerra de Marruecos, elementos centrales del golpe de Estado de Primo de Rivera, que se produjo solo dos días después de los hechos referidos, aunque su gestación había comenzado mucho antes. El mensaje de hermanamiento con los rifeños caló de algún modo en la sociedad, como demuestra la anécdota narrada por Enric Ucelay de un grupo de campesinos catalanes enviados a Marruecos en 1922, que acordaron no disparar a nadie porque los rifeños eran campesinos igual que ellos. Sin embargo, el mismo autor también señala que la "compasión" por los marroquíes fue muy instrumentista, y que bajo esta retórica sobrevivían muchos estereotipos y prejuicios[234].

Estas posturas se podían encontrar incluso en soldados españoles obligados a luchar en contra de su voluntad, aunque no pudieran defenderlas en el frente. Lo vemos por ejemplo en las crónicas del gallego Ben-Cho-Shey, que se mostraba comprensivo con el independentismo rifeño; o del catalán Prous i Vila, que no quería matar ningún *moro* y entendía su causa, pero su prioridad era que no lo mataran a él[235]. Aun así, fueron muy minoritarias, predominando un abandonismo que no mostraba tanta simpatía por los rifeños y que, al igual que el de 1909, se centraba en los factores positivos que la retirada de Marruecos tendría para la sociedad española, prestando una mínima o nula atención a la justicia de la causa rifeña. Las diferentes manifestaciones de protesta directamente vinculadas a la guerra de Marruecos entre 1921 y 1923 tuvieron tres peticiones fundamentales: la primera era el fin de la guerra y el abandono del Protectorado, para que no siguieran muriendo soldados españoles por una causa vana[236]; la segunda, que se hiciesen efectivas las responsabilidades del desastre[237]; y la tercera que se hiciese todo lo

[230] UGALDE ZUBIRI: *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco*, p. 303.
[231] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 200; PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 161; UCELAY-DA CAL, E.: "Els enemics dels meus enemics. Les simpaties del nacionalisme català pels «moros»: 1900-1936", en *L'Avenç. Dossier: el colonialisme espanyol i l'Àfrica*, nº 28, abril de 1980, pp. 29-40.
[232] VILA-SAN-JUAN: *La vida cotidiana en España…*, p. 15.
[233] Recogidos en multitud de periódicos. Vid. por ejemplo: "Banquete de separatistas", en *La Voz*, 11-IX-1923, p. 1. "Gritos antiespañoles, cargas, heridos y detenciones", en *El Sol*, 12-IX-1921, p. 1.
[234] UCELAY-DA CAL: "Els enemics dels meus enemics", p. 33.
[235] BEN-CHO-SHEY, *Crónicas de Marruecos*, p. 34; PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, pp. 28, 42 y 71.
[236] El desastre había convertido Marruecos en un destino todavía menos apetecible, por lo que la oposición al reclutamiento continuaba siendo una parte de la oposición a la guerra. Con alrededor de 150.000 que tenía España destinados en Marruecos en 1922, no es de extrañar la preocupación en este sentido.
[237] "La manifestación del domingo sobre las responsabilidades", en *Heraldo de Madrid*, 7-XII-1922, p. 3.

posible por liberar a los prisioneros. En algunos casos se realizaron específicamente por alguno de estos motivos, como la que organizó en diciembre de 1922 el Ateneo de Madrid por las responsabilidades, respaldada por docenas de asociaciones e instituciones y con gran concurrencia de público[238]. En otros casos, aunque la guerra no fuese el motivo principal, su finalización siempre estaba entre las principales demandas. Así sucedió por ejemplo en las manifestaciones del 1 de mayo, tanto de 1922 como de 1923[239].

El descontento no desembocó en episodios violentos comparables a los de 1909, aunque fueron habituales las típicas reyertas o cargas policiales. La principal excepción tuvo lugar en Málaga en agosto de 1923, con una verdadera rebelión protagonizada por más de 500 soldados del Regimiento de Navarra que no querían embarcar hacia África. Durante los incidentes el repertorio de la movilización recordó al de varios momentos de 1909, con un importante papel de las mujeres, las cuales gritaron cosas como "no vayáis a Marruecos" u "os llevan al matadero", que se unieron a otros lemas como "muerte al Rey" y "viva la República"[240]. En los incidentes murió de un balazo el suboficial José Orgaz, intentando reducir a los insubordinados, que luego se dispersaron por la ciudad tratando de que los vecinos se uniesen a la rebelión[241]. Poco a poco los rebeldes se fueron entregando, hubo 74 detenidos y el cabo Sánchez Barroso fue condenado a muerte por liderar a los últimos que se rindieron. Sin embargo, la presión de la opinión pública fue tal que finalmente la pena capital fue conmutada por cadena perpetua gracias a un indulto de Alfonso XIII[242]. Aunque esta decisión fue muy bien acogida por la opinión pública, generó bastante descontento en la oficialidad del Ejército[243], entre la cual muchos ya conspiraban abiertamente contra un régimen político al que solo le quedaban unos pocos días.

Los sucesos de Málaga fueron interpretados de formas diversas, por lo general bastante comprensivas desde la prensa liberal o de izquierdas, y muy críticas por parte de la conservadora y militarista, que se escandalizó y vio detrás de los hechos propagandas "separatistas y comunistas". *La Época*, por ejemplo, concluía que no podía "continuar la indisciplina social existente, el libertinaje de pensamiento, la licencia para tratar de todo, la audacia para que cualquiera se ponga frente a un designio nacional e infiltre el pesimismo en todos", instando al Gobierno a actuar con dureza para conseguir disciplina social[244]. Pese a la atención que se le prestó en los días inmediatamente posteriores, el motín de Málaga ha recibido una atención bastante secundaria en los estudios sobre el tema y no tuvo un papel destacado en la memoria colectiva. Por su proximidad al golpe de Estado de Primo de Rivera pudo haber sido un acicate importante en el mismo, pero también por ello dejó de ser noticia muy pronto y a mediados de septiembre apenas se recordaba.

El Desastre de Annual llevó al cénit del abandonismo respecto a Marruecos. Muchos "indecisos" de décadas anteriores se posicionaron claramente en contra de la

[238] Para una lista de muchos de estos apoyos Vid. "La manifestación que se celebrará hoy será como un símbolo", en *El Sol*, 10-XII-1922, p. 1.

[239] No así en la de 1921, lo que demuestra que antes del desastre el tema ocupaba un papel secundario. Vid. SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid (ediciones de 1921, p. 149; 1922, p. 157 y 1923, p. 129). En 1922 se percibe una mayor preocupación por la repatriación de tropas, mientras que en 1923 es el tema de las responsabilidades el que parece más candente.

[240] MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 286.

[241] "Relato completo de los sucesos desarrollados en Málaga", en *La Voz*, 25-VIII-1923, p. 1.

[242] Entre la clase obrera de toda España hubo un movimiento de solidaridad con los detenidos. Por ejemplo la Asamblea obrera de A Coruña, con motivo de una huelga en la ciudad herculina, pidió el abandono total de Marruecos y la amnistía para "los sublevados en Málaga": "cuestiones sociales", en *La Época*, 30-VIII-1909, p. 4.

[243] VILA-SAN-JUAN: *La vida cotidiana en España…*, p. 13.

[244] "Frutos del derrotismo", en *La Época*, 24-VIII-1923, p. 1.

guerra[245], las tesis colonialistas sufrieron un profundo descrédito y se cuestionó más que nunca la capacidad de España y su Ejército para cumplir los compromisos internacionales en Marruecos. No obstante, este reforzamiento del abandonismo no fue paralelo al de la movilización social y, a pesar de los ejemplos que hemos analizado, el nivel de protesta en las calles fue moderado, no alcanzando los niveles de 1909[246].

Clamor por la venganza

El renovado empuje del abandonismo convivió con un resurgir de sentimientos patrióticos derivados de la magnitud de la derrota y del modo en que se conoció que había actuado el enemigo. Numerosos autores coinciden en afirmar que la solidaridad nacida del desastre dio cohesión al Ejército de África[247], y también al Gobierno de concentración de Maura y La Cierva, que fue poco criticado incluso por la oposición. Esta unidad, en opinión de María Gajate, no fue un indicador de conformidad, sino de terror, pues ante el pánico generado el presidente aparecía como una especie de encarnación de la unidad nacional[248]. No obstante, esta fase de relativa unidad, aunque intensa, fue bastante efímera, y la lentitud de las operaciones para recuperar el terreno perdido contribuyó a que se apagase.

A diferencia de lo sucedido en el siglo XIX, sobre todo alrededor de la Guerra de África, en las campañas del XX los momentos de mayor intensidad de las soflamas guerreras tuvieron lugar justo después de los descalabros. Ello se explica por el cansancio de la sociedad española ante la constante lucha en Marruecos, que hacía de la desidia la nota predominante, dinámica que cambiaba bruscamente ante un desastre.

La contraofensiva desde Melilla comenzó siete semanas después del desastre. El rápido avance inicial fue convenientemente transmitido a la opinión pública como una espectacular serie de hazañas, cuando en realidad las grandes victorias destacaron por su ausencia y fueron numerosos los pactos, muchos no especialmente honrosos, con las mismas cabilas que poco antes se habían rebelado, e incluso se entablaban negociaciones secretas con Abd-el-Krim[249]. La ocupación del zoco El Arbaa fue el primer avance, difundido en la mayor parte de la prensa como una gloriosa victoria, dando la razón a Indalecio Prieto, que estaba como corresponsal en Melilla: "Temo que la ocupación del zoco El Arbaa, de Arkeman, se haya presentado a España como una brillante página militar, como un éxito suficiente a producir los clamores del júbilo. Quien eso haya hecho, habrá engañado al país y habrá prestado un flaco servicio al Ejército"[250]. Quizá el combate de esta larga reconquista que hizo correr más ríos de tinta en la larga reconquista fue el de Tizza, en el que el comandante militar de Melilla, José Cavalcanti, protagonizó una polémica carga de caballería, tras haber abandonado la dirección de una operación para tomar el mando de algunos hombres y realizar un asalto. La prensa conservadora y más

[245] Miguel de Unamuno fue un buen ejemplo de ello. Vid. IGLESIAS AMORÍN, A.: "Los intelectuales españoles y la Guerra del Rif (1909-1927)", en *Revista Universitaria de Historia Militar*, nº 5 vol. 3, 2014, pp. 59-77.

[246] Eloy Martín Corrales ha visto como uno de los factores de este proceso el hecho de que los sectores opuestos a la guerra no supieron aprovechar el potencial de la fotografía. Por eso, más que para proimover el abandono, las dramáticas imágenes del desastre sirvieron para promover los deseos de venganza, y la relativa escasez de movilizaciones puede ser una muestra. MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado…", p. 382.

[247] Por ejemplo Sebastian Balfour, que señaló además la capacidad que en ocasiones tienen las derrotas de avivar más que las victorias. BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 168.

[248] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 429.

[249] BALFOUR: *Abrazo mortal*, pp. 173-184.

[250] PRIETO, I.: "La toma del zoco de Arkeman" [17-IX-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 55.

militarista puso por las nubes a Cavalcanti, comparando su carga con la de Prim en los Castillejos y pidiendo que se recompensara al "héroe de Tizza". Antonio Cordón, que participó en la operación, afirmó en sus memorias que Cavalcanti había arriesgado innecesariamente para que la prensa exagerara la acción y para reabrir el debate sobre los ascensos por méritos de guerra que tanto interesaban a los militares africanistas[251]. El general Batet, en sus informes, fue muy crítico con Cavalcanti al señalar que el "acto de valor que, si salvó la situación por él mismo creada, no le exime de la ineptitud demostrada como general", y el asunto de sus responsabilidades estaba pendiente de esclarecimiento por el Supremo, habiendo opiniones encontradas, algunas "verdaderamente apasionadas" [252]. Estas últimas fueron las que más llegaron a la opinión pública española, en buena medida porque la censura y las autoridades militares hicieron lo posible para evitar transmitir datos que "oscureciesen el brillo" de las operaciones[253]. Además, a estos avances se aludió en general como victorias sobre Abd-el-Krim, cuando no lo eran en absoluto, pues la influencia del líder rifeño apenas llegaba a las cabilas próximas a Melilla. El propio Berenguer quería evitar que las tropas españolas, que en aquel entonces estaban todavía con la moral muy baja por el desastre y no contaban con la preparación adecuada, se enfrentasen directamente a los Beni-Urriaguel, pero aunque es evidente que los mandos sabían que en la zona de Guelaya no estaban los hombres de Abd-el-Krim, no hicieron nada para evitar que se expusiesen las victorias como si hubiesen sido contra ellos.

Hasta que comenzaron los avances, el desastre se había conocido por los testimonios de los supervivientes, con confusas noticias sobre lo sucedido en muchas de las posiciones. No obstante, la reconquista fue dando a conocer de primera mano los horrores y favoreció mucho las ansias revanchistas. Zeluán fue el primer lugar en el que se constató la crudeza de lo ocurrido, transmitiendo los periódicos detalladas crónicas de lo encontrado, unos 400 cadáveres de soldados y algunas escenas verdaderamente dantescas, definidas con términos como "realidad espantosa", "horrible tragedia", "espectáculo macabro" y otros semejantes[254]. Lo mismo sucedió en Nador, donde se hizo muy famoso el mensaje de Juan el Botero, que había sido quemado vivo en una casa con otras 18 personas, dejando escrito un mensaje que causó una indignación generalizada:

> Si alguno entra en este cuarto sepa que emos muerto quemados 30 defensores y dos mujeres y llevamos cinco días sin comer ni vever y nos anecho las mil perrerías.
> Así hermanos españoles defendernos y pedir por nuestras almas.
> Yo. Juan el Botero de Nador natural de Málaga[255].

Aún así, estas primeras posiciones fueron solo un anticipo del panorama descubierto en Monte Arruit, donde los equipos de higienización contabilizaron 2.618 cadáveres en seis días, y el titular "dos mil cadáveres españoles" llenó los periódicos del país[256]. Las series de imágenes de la entrada a la posición regada de cadáveres, difundidas

[251] CORDÓN: *Trayectoria*, p. 85.
[252] Cit. en RAGUER: *El General Batet*, p. 66.
[253] Así le sucedió a un periodista que quería telegrafiar que antes de la ocupación un camión había ido y vuelto de Monte Arruit sin recibir un solo tiro, pero el censor no le permitió esa parte porque "oscurecía el brillo de la operación": MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 304.
[254] Vid. por ejemplo "Espectáculo macabro en la Alcazaba", en *Heraldo de Madrid*, 15-X-1921, p. 1.
[255] LEZAMA, A. de: "Dos cadáveres", en *La Libertad*, 24-IX-1921, p. 1. Juan el Botero era frecuentemente recordado cada vez que aparecía algún mensaje de un soldado de que vengasen su muerte. Vid. por ejemplo "Melilla y Monte Arruit. Incidentes", en *La Voz*, 2-XI-1921, p. 1.
[256] La cifra de 2.618 cadáveres es de PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 300. Como ejemplos de los titulares "Pasan de dos millares los cadáveres de españoles encontrados en Monte Arruit", en *El Imparcial*, 26-X-1921, p. 1; o "Dos mil cadáveres españoles", en *La Libertad*, 26-X-1921, p. 1.

en la prensa desde principios de noviembre de 1921, supusieron probablemente el mayor impacto fotográfico al que se enfrentó la sociedad española antes de la Guerra Civil (Figs. 66-68). Además, los detalles sobre el estado de los caídos, muchos de los cuales habían sido torturados o les habían cortado los genitales, escandalizaron la opinión pública[257].

El nivel de crueldad y falta de compasión que el enemigo había demostrado en el desastre azuzó la brutalización de una campaña que ya se caracterizaba por elevados niveles de violencia. Además, consiguió que buena parte de la opinión pública tolerase e incluso celebrase esa brutalización, la cual se pudo difundir de un modo explícito que en anteriores etapas hubiese resultado más incómodo. Lo vemos presente no solo en la prensa más militarista, sino también en la presuntamente más liberal, como demuestra este fragmento de *Heraldo de Madrid* en diciembre de 1921, sobre no limitar el uso de ningún tipo de arma en Marruecos:

> Aeroplanos y gases asfixiantes y tubos lanzaminas y cuantos medios ofensivos ha inventado la ciencia para destruir al enemigo y atemorizarlo. Y no se hable de crueldades excesivas. En la guerra no hay nada excesivo. La crueldad, la brutalidad están en la guerra misma; pero aceptado el hecho violento de la guerra, hay que aceptarlo con todas sus consecuencias[258].

No hay duda de que se emplearon gases asfixiantes, como claramente han demostrado autores como Juan Pando o Sebastian Balfour, que fijan entre 1923 y 1924 el momento de su primer empleo efectivo en Marruecos[259]. En la prensa apenas se dieron datos directos sobre su uso[260], pero sí hubo un amplio debate acerca de su conveniencia desde 1921, con múltiples valoraciones favorables, habiendo incluso quien los consideró

[257] Prous i Vila señaló en sus memorias que sabían fácilmente que habían sido castrados cuando estaban desnudos de cintura para abajo, pero no quiso dar más detalles, algo común a la mayoría de testigos. Señalaba también que habían sido las *moras* como venganza a las violaciones sufridas. Más adelante, una mujer *mora* le confirmaría que eso había sido así. Vid. PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, pp. 97 y 241.

[258] "La guerra en África", en *Heraldo de Madrid*, 23-XII-1921, p. 1.

[259] El trabajo más completo al respecto es BALFOUR: *Abrazo mortal*. Aunque los gases de iperita no se emplearon hasta 1924, Balfour habla de bombardeos con gas fosgeno en 1923, para levantar el asedio de la posición de Tifarauin. Juan Pando también lo había dejado claro con datos como una conversación entre el Ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, y el Alto Comisario Berenguer. El segundo señalaba que había tenido reservas en utilizarlos, pero el desastre se las había quitado. Se realizaron pedidos de iperita y se estableció una fábrica de gases cerca de Melilla. PANDO: *Historia secreta de Annual*, pp. 262-263. Ignacio Hidalgo de Cisneros afirmó en sus memorias que había sido el primer aviador español en tirar iperita desde un avión en 1924. Afirmaba que hasta años después no se dio cuenta de la "monstruosidad que había cometido". También señaló que no se obtuvo la eficacia esperada por la poca concentración de los bombardeos: HIDALGO DE CISNEROS, I.: *Cambio de rumbo* (tomo 1), Bucarest, 1961, p. 194. Ramón Sender incluyó en su famosa novela Imán referencia al empleo de gases de iperita antes de que tuviese lugar el desastre de Annual, pero dado que él no llegó a Marruecos hasta 1922 y los datos que hemos ido señalando, parece evidente que se trata de un anacronismo: SENDER.: *Imán*, p. 78.

[260] María Gajate localizó en *La Gaceta*, de Salamanca, un "rociada" en referencia a una cabila, en lo que parece una referencia al empleo de gases asfixiantes: GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 354. Pero aunque se dé a veces por sentado, las referencias explícitas son realmente escasas. En diciembre de 1921 generó un gran revuelo la información del periódico francés de Tánger *La Dèpeche Marocaine*, que afirmaba el uso por parte de España de gases asfixiantes, calificado como un cúmulo de falsedades por muchos periódicos españoles. No obstante, el periódico tangerino se retractó a los pocos días. "Una campaña violenta contra nuestra acción en África", en *El Sol*, 2-XII-1921, p. 1; "Los colonialistas franceses y nuestra acción en Marruecos", en *La Época*, 1-XII-1921, p. 1. Sobre la rectificación Vid. "Ni hay gases asfixiantes ni reclamaciones diplomáticas", en *La Voz*, 9-XII-1921, p. 4.

"una prueba más del modo de humanizar la guerra" [261]. En el verano de 1922 aparecen noticias de que los gases estaban a punto de utilizarse por primera vez, y que su inminente empleo había contribuido a la desmoralización de Abd-el-Krim[262]. Estas informaciones podían tratarse de filtraciones destinadas a atemorizar a los rifeños, pues se sabía que Abd-el-Krim seguía con atención la prensa española[263]. Desde abril de 1923 se registran numerosas informaciones sobre la creación de una fábrica de gases asfixiantes en El Jarama, coincidiendo con la cual proliferaron las noticias sobre las diferentes aplicaciones de este tipo de gases, como la lucha contra los insectos o la curación de enfermedades[264]. El 7 de agosto en *La Correspondencia de España* se hablaba del viaje a Italia de una comisión militar, presuntamente para adquirir materiales de guerra entre los que se encontraban gases de iperita. Apenas diez días después, en el mismo periódico se señalaba que el próximo plan ofensivo que se utilizaría incluía el empleo de estos gases[265].

De todos modos el uso de armas químicas por parte del Ejército español no fue generalizado, especialmente porque se temían las repercusiones internacionales que pudiera tener, como demostró la respuesta del Estado Mayor central al gabinete del Alto Comisario en Marruecos en agosto de 1923, cuando no autorizó el empleo masivo de bombas tóxicas porque las potencias podrían protestar, sobre todo por los daños a civiles, y ello podría comprometer la acción en todo el Protectorado y los intereses en Tánger[266]. En 1925 el Protocolo de Ginebra prohibía la utilización de estas armas, aunque no entró en vigor hasta 1928, cuando la campaña del Rif ya había terminado. A pesar de estos datos, alrededor del uso de armas químicas en la Guerra del Rif existió un olvido generalizado en la memoria colectiva española, que únicamente ha empezado a ser subsanado en las últimas décadas. Con las extendidas ideas del castigo sin piedad, concienciar a la opinión pública española de su empleo no parecía un problema, pero las posibles reacciones internacionales propiciaron este silencio, que hizo de la guerra química algo muy desconocido.

Las ideas de que era necesario un castigo ejemplar a los rifeños predominaron sobre las típicas justificaciones de hacer la guerra para llevarla civilización. La literatura se influyó notablemente y proliferaron relatos claramente xenófobos sobre los marroquíes que incidían en su barbarismo. Por otra parte, aunque no compartieran las apreciaciones xenófobas y de guerra a ultranza, los que deseaban que España continuase su Protectorado en Marruecos tenían que ponerse al lado de este clamor por la venganza, pues parecía el único que podía permitir recuperar el terreno perdido. Mucha gente entendió la guerra posterior al desastre como un mal necesario, pero ello no corresponde con un entusiasmo patriótico o un ánimo belicista. Lo sintetizaba bien el embajador británico en Madrid, Mr. Esme Howard, cuando afirmaba: "El pueblo español parece darse cuenta de que, por poco que le gusten las guerras coloniales, de las cuales recibe tan pocas ventajas, el momento

[261] FERNÁNDEZ, O.: "El empleo de gases en la guerra", en *La Época*, 18-II-1922, p. 1. *La Correspondencia militar* (8-XI-1921) o *La Época* (15-VI-1922); nos ofrecen otros buenos ejemplos de artículos que defendían o al menos disculpaban el uso de estos gases.

[262] "Agresiones en las zonas de Tetuán y Larache", en *La Libertad*, 18-VIII-1922, p. 3; "La sumisión de Abd-el-Krim", en *El Globo*, 23-IX-1922, p. 1.

[263] En diversas obras literarias se situó el uso de este tipo de armas en momentos anteriores. En la popular *Imán* (1930), de Ramón Sender, se habla del uso de "hiperita" incluso antes de que comience el desastre, algo imposible según los principales estudios: SENDER.: *Imán*, p. 78.

[264] GÓMEZ DE LA SERNA, R.: "Fábrica de gases asfixiantes", en *El Sol*, 5-IV-1923, p. 1; "Los gases asfixiantes como remedio contra la gripe, la tuberculosis y la parálisis", en *La Voz*, 5-V-1923, p. 1; "Empleo de gases asfixiantes contra los insectos", en *El Imparcial*, 4-XI-1923, p. 3.

[265] "Una comisión militar a Italia", en *La Correspondencia de España*, 7-VIII-1923, p. 8 y "Cartas de un soldado", en *La Correspondencia de España*, 16-VIII-1923, p. 1.

[266] SHM, R. 538, carp. 6. Cit. en LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 190.

presente, cuando muchos de sus compatriotas están cercados y la ciudad de Melilla podría caer, no es tiempo de echarse atrás"[267].

La movilización ¿patriótica? para ayudar a los soldados

Aunque la responsabilidad del desastre correspondiese a políticos y militares, fueron las clases populares las que más sufrieron, ya que de ellas procedían, contra su voluntad, la mayor parte de los soldados que perdieron la vida en aquel sangriento verano de 1921. Por ello es normal que, fuese cual fuese su nivel de aceptación de la campaña bélica, la sociedad española en su conjunto se volcase para ayudar a las familias de los que habían muerto en aquel desastre, así como a los supervivientes, muchos de los cuales se encontraban heridos o en poder de los rifeños.

Por toda España se produjeron, desde agosto de 1921, actos con los que se trataba de ayudar a los soldados espiritual y materialmente. De los primeros destacaron funerales, misas y procesiones por el alma de los muertos. De los segundos, el repertorio fue inmenso, con corridas de toros, tómbolas, rifas, funciones teatrales, proyecciones cinematográficas, conciertos, suscripciones populares… todas con el denominador común de recaudar donativos para los soldados o para financiar el esfuerzo bélico. La reina Victoria Eugenia encabezó cuatro suscripciones populares, y en dos semanas todas pasaban de trescientas mil pesetas recaudadas[268]. También la prensa se volcó para recaudar dinero, destacando la suscripción de *El Imparcial*[269]. Tantas eran las noticias sobre este tipo de contribuciones que en los periódicos nacionales aparecieron desde agosto secciones específicas con largas listas en las que se incluían ciudades y pueblos de todo el país, dando constancia hasta de muestras muy humildes[270]. Lo mismo sucedió en la prensa local, en la que las contribuciones de la provincia o región recibían una cobertura especial[271]. Muestras de este apoyo aparecían por toda la geografía española, y además con participación de los diferentes grupos sociales. Un interesante ejemplo fue la suscripción organizada por *El Ideal Gallego* para que pudiesen participar los campesinos, ya fuese en metálico o donando madera para construir barracones que aliviaran la situación de los soldados. El periódico se congratulaba del éxito de la iniciativa, señalando además que hasta los vecinos más humildes habían aportado, lo que se demostraba en la cantidad de monedas de cobre, "prueba del sentimiento popular que inspira la suscripción". El periódico delegaba en las Federaciones Católico-Agrarias para continuar recaudando, pero donde éstas no pudiesen se comprometía a recibir el dinero de las comisiones parroquiales para entregar a la Capitanía general, y también se comprometía a publicar las listas de los donantes "para honra y prestigio de los campesinos gallegos"[272].

---

[267] Cit. en LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 187.
[268] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 272.
[269] A finales de septiembre superaba las veinte mil pesetas, una cantidad considerable para la suscripción de un periódico, y publicaba la que era la decimoséptima lista de donantes: "En favor de los soldados que pelean en África", en *El Imparcial*, 25-IX-1921, p. 1.
[270] Por ejemplo en *El Imparcial* esta sección era "Rasgos patrióticos", y recogía "ofrecimientos, donativos y fiestas a beneficio de los soldados". Vid. por ejemplo *El Imparcial*, 13-IX-1921, p. 2. En *La Acción* era "El patriotismo popular", que a su vez se dividía entre "Movimiento de tropas" y "Donativos y actos patrióticos". Vid. por ejemplo *La Acción*, 2-IX-1921, p. 2. En La Época era "ofrecimientos y rasgos patrióticos".
[271] "Asturias y la guerra", en *El Noroeste*; "Castellón en la guerra", en *Heraldo de Castellón*; "Pontevedra y los soldados de África", en *El Diario de Pontevedra*.
[272] "Los campesinos responden a la invitación de *El Ideal Gallego*", en *El Ideal Gallego*, 16-IX-1921, p. 1.

Como en los años anteriores, la Cruz Roja se convirtió en la principal fuente de asistencia para los heridos durante el Desastre de Annual y la campaña posterior, haciendo además un esfuerzo por ofrecer a las familias datos sobre la suerte de sus parientes que no demostraron el Gobierno y las autoridades militares. Según la *Revista Mensual Ilustrada de la Cruz Roja*, entre octubre de 1921 y junio de 1922 la institución había socorrido a 5.566 soldados durante el viaje a sus hogares, unos 10.000 habían recibido atención primaria en la estación de ferrocarril y se habían proporcionado a las familias cerca de 1.000 informaciones de estado y paradero[273]. El papel de las damas de la Cruz Roja también recibió mucha consideración, tanto por el dinero recaudado como por su labor asistencial y por servir como enlaces entre los soldados y sus familias. Especialmente reconocida fue la labor de la Duquesa de la Victoria y de las damas que la acompañaron, de las que se destacó su amplia preocupación por atender a los heridos, incluso los que peor estaban. Indalecio Prieto se refirió a ellas como "el único heroísmo español del que he sido testigo"[274]. No obstante, varias de estas damas de alta posición social fueron muy criticadas por los socialistas porque, a pesar de sus contribuciones a favor de los soldados, también hacían lo posible para evitar que sus hijos fuesen a la guerra.

Otra figura para apoyar a los soldados que se popularizó en esta etapa fue la de las madrinas de guerra, que había aparecido en Europa durante la Primera Guerra Mundial. Consistía simplemente en que una mujer se prestaba voluntaria para cartearse con un soldado, ofreciendo a éste un entretenimiento y una forma de evadirse de su dura realidad. También era frecuente que las madrinas enviasen a sus "ahijados" regalos como ropa, comida o tabaco[275]. Muchos periódicos incluyeron anuncios de soldados que deseaban tener una de estas madrinas[276]. Según el diario del soldado Josep María Prous i Vila, recibieron una notificación de que unas chicas barcelonesas se ofrecían de madrinas de guerra, constituyéndose en sociedad. Los requisitos eran que el soldado fuese de cuota y proporcionase algunos datos básicos. Prous recordaba que una de las cosas que más agradeció de su madrina de guerra fueron los libros que ésta le envió[277].

Todas estas acciones fueron en general consideradas como patrióticas, lo que nos muestra que se mantenía el discurso que ya habíamos visto para 1859, en el que toda ayuda a los soldados era vista como una contribución por el bien de la nación, sin plantearse si realmente estaba o no ligada a un sentimiento patriótico. El periódico conservador *La Época* iba aún más allá y consideraba la proliferación de los más diversos ofrecimientos patrióticos como evidencia de la "admirable disposición del espíritu público para secundar la acción del Gobierno", entonces del Partido Conservador[278]. De opinión muy distinta era el periodista Xosé Fernández Oxea, que lo definía como un "patriotismo de plástico", por lo artificial que resultaba y porque todo se envolvía con él.

---

[273] *Revista Mensual Ilustrada de la Cruz Roja*, 241 (22 de julio), pp. 570-571. Cit. en GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 385. Para la actuación de la Cruz Roja en la Guerra del Rif desde 1921 y apuntes bibliográficos para su estudio Vid. MARTÍNEZ-ANTONIO, F. J.: "La Cruz Roja en la Guerra del Rif (1921-1926)", en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* nº 7, 2009, pp. 1-17.

[274] PRIETO, I: "Ocho mil cadáveres españoles" [octubre de 1921] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (1ª parte), p. 159.

[275] En el periódico murciano *El Tiempo* se señalaba que las damas de la provincia podían realizar tales envíos (totalmente voluntarios) de forma gratuita a través de la agencia El Soldado Murciano: "A las madrinas de guerra", en *El Tiempo*, 28-IX-1921, p. 2.

[276] Por ejemplo *La Voz*, a mediados de 1922 presenta varios días a la semana una pequeña columna titulada "Madrinas de guerra", en las que se indican los nombres y el lugar de destino de soldados que desean tener.

[277] PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 102.

[278] "Organización necesaria", en *La Época*, 5-IX-1921, p. 1.

Le parecía que "ser patriotero" se había hecho casi una moda, por lo que hasta el más pequeño pueblo tenía que realizar una función por los soldados en África[279].

Para 1909 constatamos que las iniciativas y suscripciones populares fueron de forma absolutamente mayoritaria para ayudar a los heridos y a las familias perjudicadas por la guerra, desapareciendo casi del todo las recaudaciones de fondos para financiar el esfuerzo bélico que habían sido normales en la Guerra de África o años más tarde en la de Cuba. En 1921 nos encontramos con que reaparecen con fuerza este tipo de propuestas, muy en consonancia con el aludido clamor por la venganza. Por ejemplo, se organizaron múltiples colectas para comprar aviones, hasta el punto de que en octubre ya se contaba con diez de estos aparatos, estando pendientes otros veinte de diecisiete provincias, además de seis aportados por particulares[280]. También los vehículos blindados o los aljibes para el agua estuvieron muy demandados.

Entidades locales y provinciales tuvieron un papel preponderante en este tipo de iniciativas, que trataron de orientar específicamente a las unidades en las que servían sus paisanos. En Salamanca, por ejemplo, se financiaron 2 aeroplanos, 1.050 colchonetas, 5 carros-cuba, 50 capas impermeables, ropa y premios para soldados destacados, destinándose casi todo a favorecer al regimiento de La Victoria[281]. Lo mismo sucedió en Bilbao, en donde las iniciativas de las instituciones y la prensa locales sirvieron sobre todo para ayudar al batallón de Garellano. Muchas veces estas iniciativas llevaban aparejada una crítica al Gobierno, al considerar que las corporaciones locales tenían que dar a los soldados una ayuda que el Estado no proveía[282]. También fueron muchos los particulares que se encargaron personalmente de suministrar más material al Ejército. Entre ellos destacó la Reina Victoria, que además de iniciar múltiples suscripciones compró material para los soldados, lo que le valió para ser considerada como "encarnación suprema de la caridad española" en los medios monárquicos[283]. Las donaciones de algunos particulares sirvieron para criticar al Gobierno por su ineficacia, pues no era raro que un individuo con algo de voluntad y dinero lograse en pocas horas suplir carencias que las autoridades llevaban semanas sin resolver[284].

Las despedidas y recibimientos de tropas se convirtieron una vez más en estampas típicas de la guerra y con una notable carga emotiva. Las multitudinarias aglomeraciones para despedir a los soldados que marchaban a África, bastante escasas en la década de 1910, volvieron a aparecer con fuerza en 1910. El Gobierno se afanó en mostrarlas como reflejo de la implicación en la defensa del honor de España o de los compromisos

279 BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 87.

280 Habitualmente eran bautizados con el nombre de la provincia, con lo que se daba notoriedad y se demostraba patriotismo. Fue el ejemplo de Murcia, donde los periódicos promocionaban la suscripción para el aeroplano "Murcia". Vid. *El Tiempo*, 20-IX-1921, p. 1; o "La solemne entrega al Ejército", en *El Tiempo*, 7-X-1921, p.1, en el que se pueden comprobar los discursos patrióticos que rodearon la entrega. Los primeros aviones en llegar fueron los cuatro donados por Murcia y Cartagena, dos por Salamanca y dos por Zaragoza, uno por Ávila y otro por Vigo: PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 273.

281 GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 385.

282 Así pedía Indalecio Prieto ayuda para el batallón de Garellano, criticando la falta de inversión e incompetencia mostrada por las autoridades. Ponía como ejemplo el buque-tanque con 6.000 toneladas de agua que se había comprado a un altísimo precio, que después de varias semanas seguía sin poderse usar porque tenía mayor calado que el puerto de Melilla, y no se disponía de otros sistemas para extraer el agua: "¿Se quiere un signo mayor de idiotez, de desorganización y de algo más?". PRIETO, I.: "Lo que necesita Garellano" [18-X-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 108.

283 "Ecos del día", en *La Época*, 28-III-1922, p. 1.

284 Juan Pando recoge varios ejemplos, como el de Juan Vitórica Acasuso, que compró seis fusiles ametralladores, que no terminaban de llegar al Ejército, y los entregó al coronel de un regimiento en cuatro jornadas. Otro caso similar fue el de la Marquesa de Urquijo, que puso en Melilla mil colchonetas en 48 horas, porque había soldados durmiendo en el suelo y los pedidos del Gobierno no terminaban de llegar. PANDO: *Historia secreta de Annual*, pp. 280-281.

internacionales, pero nuestra percepción es que respondían mucho más a la solidaridad con los paisanos y, en menor medida, a un deseo de vengar lo ocurrido. El que se aprecie un mayor entusiasmo en los retornos que en las despedidas contribuye a esta idea. También se destacó la respuesta popular en los recibimientos de heridos, en ciudades como Málaga o Murcia[285].

En conjunto, nos encontramos en 1921 con un nivel de movilización para ayudar y apoyar al Ejército español que no tenía parangón desde la Guerra de Cuba. Las iniciativas para favorecer a los soldados recuerdan en varios aspectos a las de 1909, pero la magnitud fue superior y las aportaciones para el esfuerzo bélico que casi no habían aparecido entonces proliferaron después de Annual. A casi todo se le ponía la etiqueta "patriotismo", aunque en nuestra opinión en muchos casos no tenía por qué llevar aparejados este tipo de sentimientos, aunque inundasen la retórica. Está claro que un despliegue de semejante magnitud tuvo que impactar de forma contundente en el conjunto de la población, pero a diferencia de lo que sucedió con la Guerra de África, no podemos considerar que la guerra fuese "popular". No hay que confundir el apoyo a los pobres soldados, o incluso al esfuerzo bélico, con una aprobación de la guerra. La mayor parte de los españoles tendrían entre las decenas de miles de soldados movilizados en Marruecos familiares y conocidos a los que era natural querer ayudar, mientras que por otro lado el apoyo al esfuerzo bélico, además de ser también en beneficio de los soldados, se entiende sobremanera en un momento en el que el miedo se apoderó de los españoles ante la magnitud de la derrota y la posibilidad de que cayese una ciudad española como Melilla, que no era territorio colonial.

El Desastre de Annual y los periódicos

En las páginas anteriores hemos utilizado la prensa como una fuente fundamental para conocer cómo el Desastre de Annual fue visto por los españoles, pero nos gustaría ofrecer unos breves apuntes sobre el papel específico que este medio jugó en la percepción del desastre y su memoria posterior.

Si el desastre resultó muy poco previsible para la sociedad española de la época fue en buena medida por la sesgada información sobre los episodios bélicos que la prensa ofrecía. Las caídas de Abarrán o Igueribén, antesala del desastre, son los mejores ejemplos, por cómo se redujo la importancia de lo sucedido a la hora de transmitirlas. La culpa no era solo de los periódicos: las autoridades militares de Marruecos rebajaban la gravedad en sus informes y el Gobierno hacía lo propio con los suyos, por lo que a la prensa llegaban muy edulcorados[286]. Era lo que el periodista Eduardo Ortega y Gasset definió de forma muy crítica como "procedimientos morfinómanos" de los responsables políticos, que no revelaban los males del país a la opinión pública para evitarle el sufrimiento[287]. El abandono de Annual era un episodio de tal magnitud que ya no se podía tapar o disfrazar, y el torrente de información desbordó todas las trabas del Gobierno de Allendesalazar, que después de los sucesos del 21 y 22 de julio sometió las publicaciones a una considerable censura. Esta práctica fue habitual en momentos mucho menos preocupantes, por lo que no era una sorpresa y, aunque no iba a poder evitar la alarma

[285] Vid. por ejemplo "Llegada a Murcia de heridos y enfermos", en *El Liberal* de Murcia, 7-X-1921, p. 1.
[286] Las coincidencias entre las crónicas de diferentes periódicos permite apreciar que muchas veces se limitaban a copiar los informes oficiales o los transmitidos por las agencias. Aunque en Melilla había muchos corresponsales de periódicos, no tenían mucho más acceso que los peninsulares a información de lo que pasaba en el interior del Rif.
[287] ORTEGA: *Annual*, p. 13.

social, su objetivo era minimizarla. Con la llegada del Gobierno de Maura, éste la suprimió el 20 de agosto, pero el Ministro Juan de la Cierva, al igual que en 1909, consideró que era un método indispensable del control de la información y la restableció el 13 de septiembre[288]. Las limitaciones favorecieron la propagación de los más variados y terribles rumores, por lo que de nuevo se decidió dar marcha atrás y el 19 de octubre se eliminó nuevamente[289]. La ausencia de censura no significaba que la difusión de información no siguiese limitada, pues las autoridades militares intentaban que los soldados no filtrasen información y tener controlados a los periodistas que querían acercarse al frente y los que estaban en Melilla[290]. No obstante, comparando lo sucedido en 1921 y 1909 percibimos que la opinión pública española estuvo mucho más informada tras el Desastre de Annual, pues las crónicas y testimonios de lo sucedido fueron más explícitas e incluso se generalizaron las imágenes más crudas que los fotógrafos pudieron obtener de las consecuencias de la derrota. Entre las informaciones que más se afanaron por ocultar las autoridades estuvieron las ingentes cifras de bajas, las dificultades para el erario público, los problemas sanitarios o las motivaciones de un Abd-el-Krim al que se trataba de deshumanizar lo más posible[291]. También se quería evitar das pistas a los rifeños de los planes españoles, llegándose a considerar que explicarlos equivalía a ayudar al enemigo. Así lo afirmó Juan de la Cierva en sus críticas a algunos periódicos, a las que respondió con ironía Indalecio Prieto, consciente de que el enemigo estaba perfectamente al tanto de los movimientos de tropas españoles:

> Se les llevaba [a miles de hombres] a veranear a la Restinga, donde abrasa el sol, se carece de agua potable, no hay un árbol y el poniente levanta nubes de polvo. […] Tiene de estos cabileños una idea equivocada. Los cree capaces de dejarse embaucar. Los ha tomado por electores del distrito de Mula[292].

Otros dos temas cuya aparición en la prensa chocó bastante con las autoridades fueron el de los prisioneros y el de las responsabilidades, que llevaron a sanciones e incluso detenciones de periodistas que superaron los límites considerados por el Gobierno. En noviembre de 1922 un redactor del *Heraldo de Madrid* fue encarcelado por un artículo sobre las responsabilidades, lo que generó la solidaridad de muchos otros periódicos. En *La Acción* se decía que directamente debían ser encarcelados todos los que escribían, porque visto lo visto eran los verdaderos culpables[293].

A diferencia de los sucedido después del episodio del Barranco del Lobo, cuando la prensa conservadora trató de quitarle hierro al asunto y consideró las bajas como parte de la guerra, en 1921 todos los periódicos, sin importar sus posiciones políticas, coincidieron en calificar como un desastre sin paliativos lo acontecido en el Rif, pues relativizarlo era prácticamente imposible. La mayoría de los periódicos tenían entre

---

[288] Algunos periódicos añadían a sus crónicas propias la palabra "censura" cada vez que ésta había sido aplicada. Así por ejemplo en *El Imparcial*, una crónica de dos columnas de su corresponsal Augusto Vivero llevaba nada menos que diez veces dicha palabra: "Diligencia, pericia y eficacia", en *El Imparcial*, 8-X-1921, p. 1.

[289] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 338.

[290] Según parece, cuando llegaron a Melilla los supervivientes de Nador, Millán Astray prometió "un castigo durísimo a quien de ellos cuente lo que les ha sucedido o de detalles que lo expliquen", Cit. en NERÍN: *La guerra que vino de África*, p. 79.

[291] Por eso no se vio con buenos ojos la publicación de sus manifiestos, que podían hacerle parecer un individuo sensato y guiado por unos objetivos racionales.

[292] Mula es una localidad murciana en la que nació Juan de la Cierva, y en cuyo distrito salía escogido diputado año tras año. PRIETO, I.: "La situación antes de ir hacia Nador" [21-IX-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*, p. 74

[293] "¡Ya tenemos un responsable!", en *La Acción*, 28-XI-1922, p. 1.

cuatro y ocho páginas, de las cuales los problemas en Marruecos iban a ocupar alrededor de la mitad durante muchos meses. Una vez más un desastre llevaba a un momento álgido de la prensa española, por la excepcional demanda de información que generó la tragedia. La permanente situación de conflicto en el Protectorado había convertido a los corresponsales de guerra en algo casi estructural, pero en 1921 casi no quedaba periódico que no tuviese el suyo. El uso comercial del tirón de la guerra fue evidente, e incluso hubo quien se valió de la picaresca para este fin. Tal fue el caso del director de *La Voz*, Eduardo Fajardo, que se inventó un amplio servicio de crónicas que fechaba en Melilla y escribía en la mesa de un café madrileño. Según Manuel Leguineche "lo hizo tan bien y tenía una imaginación tan fértil que la tirada de su periódico subió como la espuma"[294]. El periodista Fernández Oxea criticó en sus crónicas a los múltiples corresponsales de la prensa de Madrid que "adobaban" sus crónicas en las mesas de los cafés de Melilla, ofreciendo en sus escritos múltiples evidencias de exageraciones que podía desmontarse fácilmente[295].

Incluso la prensa local pudo tener sus propios corresponsales, muchos de los cuales fueron soldados de cuota de los que se movilizaron después del desastre. El localismo de las informaciones bélicas, que siempre había estado presente, fue si cabe mayor desde 1921, por esta proliferación de corresponsales propios en la prensa local y por la especial atención que se daba a lo que pasaba con los soldados de la localidad. Por ejemplo *La Verdad*, de Murcia, solía incluir una columna sobre "las baterías de Murcia", en la que se iba informando de lo que pasaba alrededor de sus paisanos[296].

La narrativa sobre el Desastre

El desastre de 1921 dio lugar a un ciclo literario de extraordinaria magnitud[297]. Ríos y ríos de tinta corrieron a través de crónicas, memorias, novelas y otras demostraciones literarias. Ni siquiera la Guerra de África generó tanta producción literaria. En 1859 la explosión había sido muy intensa, pero breve, y la mayor parte de las obras fueron de mera exaltación patriótica. La proliferación desde 1921 continuó durante varios años, caracterizada además por una gran variedad de enfoques, desde los que seguían la tradición de presentar la guerra con una perspectiva romántica y patriótica, a las obras que la usaban como telón de fondo para una crítica social o para explorar la condición del ser humano.

Aunque fueron varias las obras que destacaron por su calidad o especial difusión, la inmensa mayoría de la producción volvió a caracterizarse por su escaso valor literario. Muchos autores que vivían de la realización regular de modestas obras vendidas en ediciones a bajo precio, los que López Barranco ha denominado "jornaleros de la pluma"[298], aprovecharon la guerra como una excusa para vender más, integrándola como contexto en unos relatos cuyas trazas básicas eran los habituales tópicos heroicos o del

[294] LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 105.
[295] BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 16. Otro buen ejemplo es Prous i Vila, que al día siguiente de haber participado en una dura y terrible operación, pudo ver sorprendido los titulares de "gran triunfo y gloria para las tropas": PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 81.
[296] Por ejemplo "Las baterías de Murcia en África", en *La Verdad*, 28-IX-1921, p. 1.
[297] En este apartado vamos a incluir las obras publicadas entre 1921 y 1930 que guardan relación directa con el desastre de Annual y las operaciones de los meses siguientes. Aunque la Dictadura de Primo marcó un punto de inflexión en la guerra de Marruecos, y por ello le dedicamos el siguiente capítulo, el golpe de Estado no supuso una ruptura en el ciclo literario sobre el desastre, por lo que hemos optado por no ceñirnos a un criterio cronológico e incluir las obras de toda la década que cumplan los criterios temáticos oportunos.
[298] LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 152.

amor en la guerra. Este aprovechamiento comercial de la guerra provocó algunos rechazos, especialmente entre quienes creían que la literatura sobre la guerra debía ser patriótica y ayudar al Ejército. Emilio Mato, en su prólogo a la obra del teniente Luis Casado sobre Igueriben, veía como una gran virtud del autor el no formar parte de "la numerosa legión de los mercaderes del libro, espíritus encanallados por un insano deseo de codicia que, en su desmedido e innoble afán de lucro, hasta de los sagrados dolores de su patria hacen material de negocio"[299].

También en muchas ocasiones las obras perseguían un fin concreto más allá de lo comercial, como podía ser ensalzar una determinada unidad militar (algo que fue especialmente habitual con el Tercio), favorecer ideas como las colonialistas o las abandonistas, responsabilizar o exculpar a determinados personajes, etc. Como afirmó Ramón Armada Quiroga, antiguo legionario, en el Ateneo de Madrid:

> De esta guerra, como de todas, ha surgido una literatura tendenciosa las más de las veces que falsea los hechos para que corroboren una teoría social o política o bien que por observar con ligereza altera los sucesos dejando en la conciencia del lector ideas erróneas[300].

Las crónicas de la catástrofe

El género de la crónica de guerra, que acompañó a todos los conflictos principales que hemos ido analizando en este trabajo, tuvo sin lugar a dudas su cénit en la etapa de 1921 a 1925, en la que la cantidad de publicaciones fue abrumadora, destacando 1922 como el año de edición de un mayor número de estas obras. Esta proliferación se explica por diversos factores, entre los que destaca la propia magnitud del desastre, que lo convirtió en el principal tema de conversación y debate en España durante meses, incluso años, por lo que el público, interesado por conocer los detalles de lo sucedido, consumió gran cantidad de información escrita. Si la demanda era enorme la oferta estuvo a la altura, porque además nunca antes hubo tantos escritores que conociesen de primera mano la realidad que iban a tratar: periodistas que se trasladaron por docenas a Melilla y recorrieron los lugares del desastre, militares de carrera que relataron sus vivencias o soldados de cuota con un cierto nivel cultural que eran llamados a Marruecos por primera vez son algunos de los perfiles más habituales entre los autores de este tipo de trabajos.

Entre las más influyentes realizadas por periodistas estuvieron las del político socialista Indalecio Prieto, que estuvo en Melilla como corresponsal del periódico bilbaíno *El Liberal*, o la de Eduardo Ortega y Gasset, hermano del famoso filósofo y cuyas crónicas se publicaban en *La Libertad*[301]. Ambos aprovecharon su estancia en la plaza española para recabar información entrevistando a soldados y también a población civil, y se esforzaron por mostrar una versión diferente a la difundida por las autoridades, con la que eran muy críticos. Indalecio Prieto consideraba que con la "verdad oficial" y la censura se tenía al país engañado, haciéndole pensar que la situación no era tan grave y que las tropas que allí luchaban lo hacían entregadas con un desbordante patriotismo:

[299] MATO, E.: Prólogo a CASADO: *Igueriben*, p. 6.
[300] ARMADA QUIROGA, R.: *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*, Imprenta de los Sindicatos Católicos, Vigo, 1925, p. 7.
[301] PRIETO, I.: *Crónicas de guerra*; ORTEGA: *Annual*.

> No han venido las tropas llegadas de la Península poseídas de bélicos ardores, no. Todo eso pertenece a los tópicos e idiotez de ministros lerdos y de periódicos jingoístas. […] Esta guerra ni ha despertado, ni despierta, ni despertará entusiasmo en España[302].

En la segunda parte de su obra, las "impresiones de un cronista", Ortega intentó explicar la nefasta situación en la que estaban los soldados por la corrupta administración española y los vicios de la oficialidad, así como su idea de que con más medios materiales y más modernos se podía haber evitado el desastre[303]. Lo mismo pensaba un Indalecio Prieto que incluso solicitaba la ayuda de sus lectores para mejorar la situación de los soldados vizcaínos en Marruecos, lo que supone un buen ejemplo de movilización para ayudar opuesta a ardores patrióticos. Ambos cronistas, como muchos otros de la época, aprovecharon sus escritos para profundizar en los males de la Restauración, pero aún así sus perspectivas eran muy diferentes, y mientras Ortega apostaba por devolver en golpe, pues ya habría tiempo para hablar de responsabilidades, para Prieto el abandono de Marruecos era necesario, y el sistema político debía pagar sus culpas: "una catástrofe como la de Annual, en los pueblos que tienen vitalidad se liquida con una revolución que derriba el régimen causante de la misma"[304].

La crónica de Eduardo Ortega cuenta además con una primera parte, el "relato de un soldado", que recorre los principales episodios del desastre de la mano de Bernabé Nieto, un presunto soldado madrileño cuya existencia no ha podido ser contrastada, por lo que es posible que el autor aprovechase testimonios reales de diferentes soldados para hilvanar el texto con un protagonista ficticio[305], práctica relativamente habitual que también se encuentra en *Por el camino de Annual* (1924) de José María Araúz de Robles[306], protagonizada por un soldado de cuota inventado, o *Frente a Abd El Krim* (1922), de Antonio Osuna Servent y "el soldado desconocido"[307], en la que la propia autoría da una idea del recurso al presunto soldado como cronista. Uno de los aspectos que hacen más sospechosas estas obras es que sus protagonistas a menudo recorren todas las posiciones principales del desastre, incluyendo algunas como Igueriben en las que casi no hubo supervivientes, lo que parece responder a un deseo por recoger lo más famoso de la campaña, y también lo más escabroso, pues tanto la violencia extrema de los rifeños como el sufrimiento de los españoles cercados en posiciones son temas centrales en casi todas las crónicas[308].

Aunque en ocasiones poseen análisis muy lucidos de la guerra y denotan un conocimiento cercano de la realidad relatada, estas narraciones no se pueden comparar con las mejores crónicas escritas por soldados, que podían ofrecer una privilegiada visión de la guerra basada en las propias vivencias. Algunos de éstos actuaron también como corresponsales, pues sus crónicas se publicaban en los periódicos. De entre los periodistas-soldados pocas crónicas presentan un interés tan excepcional como las del

---

[302] PRIETO, I.: "A Granada la bella" [7-IX-1921] en ID.: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Algazara y UNED-Melilla, Málaga, 2001, pp. 21-22.
[303] ORTEGA: *Annual*, p. 167.
[304] PRIETO, I: "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" [21-XI-1922] en ID.: *Con el Rey o contra el Rey*. (2ª parte), p. 50.
[305] La hipótesis la plantea por ejemplo LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 341.
[306] ARAÚZ DE ROBLES, J. M.: *Por el camino de Annual: apuntes y comentarios de un soldado de África*, Voluntad, Madrid, 1924.
[307] OSUNA SERVENT, A.: *Frente a Abd-el-Krim*, Felipe Samarán, Madrid, 1922.
[308] Eduardo Ortega, por ejemplo, dejaba entrever las torturas, no siendo en general muy explícito en los relatos. No obstante, aparecían algunos truculentos relatos como el de un compañero al que le cortaron las orejas y se las hicieron mascar. ORTEGA: *Annual*, p. 66.

gallego Xosé Ramón e Fernández Oxea, firmadas con el seudónimo de Ben-Cho-Shey[309]. Fueron publicadas en el diario *La Zarpa*, periódico ourensano dirigido por el lider agrario Basilio Álvarez, y reproducidas por varios diarios gallegos e incluso del resto de España como *El Socialista*[310]. Ben-Cho-Shey no vivió de primera mano el desastre, pero fue movilizado cuando éste se produjo y participó en la recuperación de las posiciones perdidas, por lo que fue testigo de los restos de la debacle militar, que recogió con mordiente ironía, hábil estilo y un marcado realismo. Uno de sus principales objetivos fue el de combatir la costumbre de presentar mínimas escaramuzas como grandes batallas, por lo que constantemente fue muy crítico con la prensa española y la búsqueda de fama de los oficiales de Melilla, más preocupados por salir en la foto de la presunta hazaña que por hacer eficazmente su trabajo[311]. Al igual que en las de Prieto u Ortega, la ineptitud e incompetencia demostradas en la gestión del Protectorado fueron uno de los temas centrales, aunque se mostró más comprensivo que ellos con la causa rifeña, algo que el propio Ben-Cho-Shey reconocía y achacaba a su nacionalismo gallego, pues podía entender perfectamente los deseos independentistas del enemigo[312].

Otras crónicas se escribieron sin ser pensadas para su inmediata publicación en un periódico, pudiendo llegar a salir posteriormente en formato libro. Fue el caso de *Cuatro gotas de Sangre*[313], del soldado de cuota Josep María Prous i Vila, un conjunto elaborado a partir de notas y correspondencia que no fue publicado hasta 1936, pero que había sido escrito en Marruecos en 1921 y 1922. Algunos fragmentos ya habían sido publicados en los periódicos *Foment* y *Revista del Centre de Lectura de Reus*, pero otros eran notas y cartas que guardó durante más de 10 años. Las notas de Prous también se caracterizan por su realismo y falta de épica, por sus interesantes reflexiones sobre la guerra, la condición humana y el sufrimiento o por las múltiples anécdotas que lo hacen resultar un relato muy cercano. Autores como Fernández Oxea o Prous i Vila no gozaron de la fama de Indalecio Prieto o Eduardo Ortega, por eso sus crónicas, pese a su calidad literaria y su magnífica capacidad para transmitir la realidad de la guerra y reflexionar sobre su condición, fueron mucho más olvidadas en la memoria posterior.

También hubo crónicas de soldados que vivieron de primera mano el desastre, lo que las dotó de un interés excepcional en su momento. Muchos de los supervivientes ofrecieron sus testimonios a periodistas, pero fueron relativamente escasos los que lo pusieron por escrito ellos mismos en crónicas de una cierta extensión. Entre ellos destacaron Eduardo Pérez Ortiz y Francisco Basallo, que no solo estuvieron en el ojo del huracán aquellos días de julio de 1921, sino que además estuvieron más de un año prisioneros en Axdir. La expectación de los españoles por conocer de primera mano detalles de aquel largo cautiverio convirtió en un éxito estas crónicas, que además se encuentran entre las mejores fuentes con las que han contado los historiadores para reconstruir aquellos hechos.

El teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz escribió *18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit* (1923)[314]. Este oficial estuvo en varios de los principales

[309] El nombre es un juego un juego de palabras con sonoridad árabe pero que en realidad representa una frase típicamente gallega, "ben cho sei", que significaría "lo sé bien"; como él mismo señaló: "se me ocurrió dar apariencia árabe a una frase gallega": BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 17.
[310] Por uno de sus artículos publicados en este periódico le fue abierto sumario.
[311] BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 58.
[312] Señaló que tanto él como un moro "éramos arredistas": BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 34.
[313] PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*.
[314] PÉREZ ORTIZ, E.: *18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit*, Interfolio, Madrid, 2010 (original de 1923). El original fue publicado por la imprenta melillense Artes Gráficas Postal Express, cuyo propietario era Miguel Vila Calzada, yerno del autor.

escenarios del desastre, y formó parte del grupo de cautivos hasta su liberación en 1923. Su obra es muy clara y contundente en sus explicaciones sobre la derrota, arrancando con una declaración de intenciones que nos resulta especialmente interesante porque pretendía dar valor al propio testimonio en relación a otros que consideraba tendenciosos y llenos de invenciones fantásticas. Quería, por tanto, aportar nueva luz sobre una memoria que se había estado configurando y que en su opinión no hacía honor a la verdad:

> Confieso que esta crónica encierra toda mi venganza; no consentir que a nadie se engañe. […] Sucedió todo como lo digo y no fue de otra manera.
>
> El testigo que se atreviera a decir lo contrario de lo que yo expongo, faltaría a la verdad, y habría entonces de sospecharse que lo haría con su cuenta y razón.
>
> Refiero únicamente lo que he visto y, en algunas ocasiones, lo que se me ha dicho y luego he comprobado escrupulosamente, y si reflejo opiniones no las comento, como ha de verse durante la lectura de mi hilvanada crónica.

En medio del debate sobre las responsabilidades, añadía que no podría culpar a nadie, pero sí podía afirmar que él no había sido responsable del desastre, pues hizo esfuerzos casi sobrehumanos para evitarlo, y no podía exigírsele tanto. Del mismo modo creía que otros compañeros a los que "se viene condenando" (clara referencia a las investigaciones que afectaron a algunos de los cautivos como el general Navarro y él mismo) posiblemente tampoco lo fuesen, aunque pudieran haber cometido errores y delitos[315]. Como parte del interés por exculparse, que parece una motivación importante de la obra, Pérez Ortiz afirmó haber defendido la idea de mantenerse en la posición de Driús, que él mismo había diseñado y que contaba con excelentes condiciones de defensa, pero no pudo convencer a Navarro que ordenó la retirada[316]. Este objetivo de justificar sus acciones impulsó muchas de las narraciones de militares, siendo quizá la más famosa *Campañas del Rif y Yebala 1921-1922*, publicada en 1922 por el propio general Berenguer, que pretendió lavar su imagen explicando en detalle sus decisiones y diversas operaciones que se habían hecho bajo su mando[317]. *18 meses de cautiverio* posee descripciones muy dramáticas, no solo del cautiverio, caracterizado por las precarias condiciones higiénicas y los malos tratos de los captores, sino también de los angustiosos cercos de las posiciones, en las que siempre se confiaba que llegaría la ayuda de España, lo que nunca sucedió[318]. Sus memorias finalizan con la visita a Monte Arruit, a donde quiso acudir a depositar unas flores en memoria de los "pobres mártires" que allí murieron[319].

Berenguer. En el prólogo dice "si buscas la verdad, abre el libro y lee" y afirma que todo está cimentado con pruebas documentales. "se verá que si nuestro Ejército

---

315 PÉREZ ORTIZ: *18 meses de cautiverio,* p. 27.

316 Ibídem, p. 55.

317 En el prólogo insistía en el verismo de su obra: "si buscas la verdad, abre el libro y lee", y añadía que todo estaba cimentado con pruebas documentales. A lo largo de sus páginas se apreciaba una clara crítica a los políticos, como demostraba el hincapié hecho en sus peticiones de refuerzos al ministerio de la Guerra, que no le fueron concedidas. BERENGUER, D.*: Campañas del Rif y Yebala, 1921-1922: notas y documentos de mi diario de operaciones,* Voluntad, Madrid, 1923. Otras obras al margen de la del propio Berenguer también trataron de exculparlo, como *El Rif en sombras: (lo que yo he visto en Melilla)* , de Juan Guixé, en la que se hacía recaer en Silvestre casi toda la culpa, quedando el papel de Berenguer en mucho mejor lugar: GUIXÉ, J.: *El Rif en sombras* (la versión conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid no posee fecha ni lugar de edición).

318 Incluso en Monte Arruit, consideró que si los masacraron sin combatir fue por haber esperado órdenes: PÉREZ ORTIZ: *18 meses de cautiverio,* p. 149.

319 Ibídem, p. 23.

padeció flaquezas, predominaron las virtudes, y si su labor no se estimó completa, culpa no fue suya, sino de quienes le estorbaron o malbarataron sus resultados".

Insiste en sus peticiones de refuerzos al ministerio de la guerra

La otra gran crónica de los prisioneros fue la escrita por el sargento Francisco Basallo, con el título *Memorias de un cautiverio* y publicada en Madrid en 1924. El autor planteó el libro como una narración, un relato de hechos, en el que no entraría en opiniones o valoraciones, marcando así una clara diferencia con Pérez Ortiz[320]. La obra presenta en general un estilo sencillo y con poco artificio, y destaca por no ser tan maniquea como la mayoría. Incluye diversos relatos sobre las crueldades de los *moros* y la resignación con las que las soportaron, incluyendo las violaciones de algunas de las mujeres del grupo, las palizas o las profanaciones de cadáveres españoles[321]. No obstante, también aparece un Abd-el-Krim relativamente humanizado, muy distinto del salvaje sanguinario de buena parte de la literatura de entonces, así como muchos "moros buenos", especialmente en las cabilas de la zona por las que le permitieron moverse al ser médico[322]. En este sentido, el relato contiene interesantes aspectos sobre los usos y costumbres de los habitantes de Alhucemas, sus opiniones sobre España, prácticas supersticiosas, etc., que lo enriquecen notablemente.

Respecto al tema del cautiverio, el trabajo de Basallo destacó por su exhaustividad, pues tomaba anotaciones muy precisas de aspectos como su asistencia a enfermos o las intervenciones quirúrgicas realizadas. Por eso, su trabajo se convirtió en la fuente más utilizada por los historiadores para tratar aquellos hechos, honrando el deseo del sargento de ayudar algún día a construir la memoria de lo que había sucedido[323]. A diferencia de Pérez Ortiz, Basallo dedicó muchas páginas al caluroso recibimiento a su retorno, recordando lo bien que los trataron en Melilla y Málaga, veladas y funciones teatrales en su honor incluidas. Basallo en particular fue tratado como un héroe y homenajes por la continua ayuda médica que proporcionó a sus compañeros, algo que sin duda contribuyó a la popularidad de su obra[324].

La liberación de los prisioneros cambió en ciertos aspectos la memoria del desastre que se estaba consolidando, pues supuso la aparición de una serie de reputados testimonios que completaron o corrigieron los anteriores. Aunque había pasado más de año y medio desde el desastre, el tema no había perdido actualidad porque la lucha continuaba y el debate de las responsabilidades estaba en su punto álgido. *Igueriben* (1923), de Luis Casado y Escudero fue otro buen ejemplo. Este teniente fue el único oficial superviviente de Igueriben, y su crónica se convirtió inmediatamente en la principal referencia para elaborar la memoria de aquel trágico episodio, que hasta el momento se había construido sobre todo con testimonios indirectos y a menudo contradictorios. A diferencia del estilo sobrio de Basallo, Casado empleó con frecuencia una retórica rimbombante que por sí sola le resta credibilidad, aunque obviando este detalle su información, muy descriptiva, apenas contradice las investigaciones recogidas en el *Expediente Picasso*. El prólogo, firmado por Emilio Mato, resulta muy revelador de una concepción más heroica de la guerra, pues recomienda la obra a los que busquen vivir

[320] BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 8.
[321] BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 128.
[322] Según el propio Basallo, lo nombraron "enviado de Dios" y llegó a intervenir en pleitos, además de tener libertad para moverse por la cabila. BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 133.
[323] Incluso lamentó amargamente que le habían quitado unas memorias y el "último telegrama cursado entre el comandante Benítez, jefe de la posición de Igueriben, y el general Silvestre, precioso documento que yo guardaba como testimonio del patriotismo de aquel jefe": BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 145.
[324] Al final del relato Basallo incluyó muchos poemas y declaraciones elogiosas hacia él, que suponen solo una muestra de lo ensalzadísima que fue su figura.

"la intensa emoción de una página de honor y de gloria", que quieran conocer "un homérico episodio de los muchos que componen la grandiosa epopeya que culminó, con bizarrías numantinas, en las trágicas llanadas de Nador, Zeluán y Monte Arruit, prosigue la lectura"[325]. Vemos pues una lectura positiva del desastre, la que olvida los actos de cobardía e incompetencia para centrarse en los de resistencia y valentía, que ya se consideran merecedores de un hueco entre las "glorias nacionales". Luis Casado dedicó la obra al rey, "suprema encarnación de las excelsas virtudes de la raza", y a la memoria de sus compañeros muertos, considerándose salvado por la Providencia para poder ser "vocero de la gloria de aquel puñado de hombres de honor"[326]. Casado presentaba a las tropas españolas como siempre combativas y de moral inquebrantable. A pesar de estar relatando lo que al final fue un desastre, nunca criticó directamente al Ejército, a los mandos militares o a España. La obra está llena de datos estratégicos muy precisos, que demuestran los conocimientos del autor, pero se echa en falta el factor humano, pues no trata aspectos como lo que opinaban los soldados o cómo encaraban el sufrimiento[327]. Sobre el enemigo, su visión es siempre negativa, siendo su imagen de Abd-el-Krim la de un traidor lleno de ambición y codicia, muy distinta a la más humana de Pérez Ortiz y Basallo que, a diferencia de Casado, sí habían conocido al líder rifeño. Finalizado el relato con la captura de su protagonista, el libro concluye con una serie de capítulos dedicados al "plantel de héroes", en lo que resulta una auténtica elegía al valor y la gloria de los que resistieron en Igueriben, comenzando por los comandantes Mingo y Benítez, y concluyendo con el cantinero.

Un interés excepcional, un poco al margen de las obras anteriores, lo tiene *Abd-el-Krim y los prisioneros*, de Luis de Oteyza (1922)[328], director del diario *La Libertad*, y que se acerca al caudillo rifeño con una perspectiva sorprendente, al humanizar al personaje y sus motivos, contradiciendo así la imagen general que sobre él forjaban la mayoría de obras. Su libro recoge algunas de las dificultades a las que tuvo que enfrentarse para poder entrevistarlo[329], y reflejó con bastante neutralidad los resultados de sus conversaciones, incluyendo las diversas quejas que le transmitieron sobre la arbitrariedad y el mal trato que los españoles daban a los rifeños[330], así como el deseo de que el asunto de los prisioneros se resolviera favorablemente. La obra culmina con un llamamiento al abandono de Marruecos como la salida más sensata al problema[331].

La Legión, objeto preferente de la narrativa

Una mención aparte entre los temas más recurrentes de la literatura ambientada en Marruecos en estos años fue la Legión. El atractivo que presentaba para los lectores de la época y la alta demanda de obras sobre el tema llevó a un auténtico *boom*, que incluyó tanto crónicas o libros de memorias como novelas. Además, los escritores que aprovechaban el mito de la Legión para hacer sus obras más atractivas y vender más no

[325] MATO: Prólogo a CASADO: *Igueriben*, p. 5.
[326] CASADO: *Igueriben*, pp. 1-3.
[327] Recogió las penalidades del asedio, especialmente el tema de la sed, y las cosas que fueron bebiendo hasta llegar a la orina, pero apenas transmite sobre sus reflexiones o el modo de encarar estos problemas. CASADO: *Igueriben*, p. 212.
[328] OTEYZA: *Abd-el-Krim y los prisioneros*.
[329] Sobre el viaje de Oteyza y los fotógrafos que le acompañaron Vid. MADARIAGA, Mª R.: "Estudio introductorio", en OTEYZA: *Abd-el-Krim y los prisioneros*, , pp. 11-52.
[330] OTEYZA: *Abd-el-Krim y los prisioneros*, p. 89 y ss.
[331] Ibídem, p. 162.

hicieron sino seguir alimentando ese mito, muy en consonancia con los deseos de su fundador, Millán Astray, que lo buscó desde el primer momento.

Entre las obras de memorias la que ha alcanzado más trascendencia, sobre todo por la futura trayectoria de su autor, fue el *Diario de una bandera*, publicado en 1922 por el entonces comandante Francisco Franco. Pese a su importancia posterior, en su momento no tuvo demasiada difusión porque la tirada no había sido muy numerosa, aunque ésta se terminó bastante rápido[332]. La obra seguía la tradición de los diarios popularizada por Alarcón, cuya influencia se nota en el estilo romántico de la narración de Franco y en una cierta voluntad de imitación[333]. También siguió el formato del diario *Los caballeros de la Legión: el libro del Tercio de Extranjeros* (1922), de Carlos Micó España, conocido periodista que se enroló como voluntario antes del desastre con la idea de conocer mejor el Tercio para escribir sobre él. Según *La Correspondencia militar* se proponía "estudiar los dramas íntimos que han llevado a ese brillante Cuerpo militar a hombres de tan distintas condiciones sociales y de diferentes países, conviviendo con ellos durante cuatro años"[334]. Desde julio de 1921 había publicado artículos en la prensa[335], y en la primavera de 1922 salía su obra, un panegírico en el que el cuerpo del que formaba parte era constantemente ensalzado[336]. El propio Millán Astray participó en la proliferación de este tipo de obras con *La Legión*[337], de 1923, que podemos considerar más unas memorias que un diario, y cuya visión idealizada no era tan marcada como la presente en las obras anteriores. El fundador de la Legión desmenuzó diversos aspectos de la unidad, como sus objetivos fundacionales o sus ideales, y dedicaba una atención secundaria a describir las operaciones en las que el Tercio había participado en sus primeros años. Finalmente, no todos los escritos de legionarios fueron favorables con el Cuerpo del que formaron parte: Ramón Armada Quiroga, en *Emociones literarias de la guerra de Marruecos* (1925), ofreció una perspectiva muy diferente, realista y crítica: "a falta de otro mérito encontraréis serenidad e imparcialidad en estas reflexiones"[338].

La proliferación de narrativa sobre la Legión fue todavía mayor en la novela, género en el que la mayor parte de los exponentes presentaron una escasa calidad literaria, así como argumentos reiterativos en los que aparecían los mismos tópicos una y otra vez. Aunque en el intenso ciclo literario posterior a Annual encontramos varias obras que ofrecieron un amplio y elaborado análisis de la realidad del Marruecos de entonces y de la situación de los españoles allí destinados, las novelas centradas en la Legión rara vez demostraron estas aspiraciones, convirtiéndose la exaltación militarista en el elemento

---

[332] En parte porque el propio Franco regaló muchos ejemplares: VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 75.

[333] Dionisio Viscarri ha visto múltiples coincidencias (aunque matizadas) entre ambos diarios: Actitud imperialista con ideal civilizador, constantes descripciones bélicas, conciencia de misión histórica, discurso uniforme, datos precisos, lenguaje altisonante, enaltecimiento de la vida militar, reconocimiento de los sacrificios y preocupación por evitar pérdidas inútiles, respeto por la jerarquía militar, dudoso respeto hacia el marroquí, desprecio por el judío y proyección de identidad católica, intento engañoso de quitar peso a la participación del autor, secuencia cronológica lineal en episodios, pretenciosa objetividad, postura crítica y política templada, representación romántica de la guerra y subordinación del artificio a lo ideológico… VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 123.

[334] "Carlos Micó, Legionario", en *La Correspondencia militar*, 11-V-1921, p. 2.

[335] Por ejemplo "El Tercio en la guerra. Una operación" en *La Voz* el 29-VIII-1921, p. 1.

[336] Su relato es claramente belicista y se regocija en la guerra, lo que demuestran fragmentos como "Es magnífico, bello, grandioso y solemne el espectáculo bélico. Uno se exalta, se enardece": MICÓ, C.: *Los caballeros de la Legión*, Suc. De Rivadeneyra, Madrid, 1922, p. 187.

[337] MILLÁN ASTRAY, J.: *La Legión*, V. H. Sanz Calleja, Madrid, 1923.

[338] ARMADA QUIROGA: *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*, Imp. de los Sindicatos Católicos, Vigo, 1925.

central, combinado con otros como la violencia, la visión negativa del enemigo o la glorificación del sacrificio, muy en consonancia con los ideales legionarios. Entre las novelas sobre el Tercio de los años posteriores al desastre podemos referirnos a las *Memorias del Legionario Juan Ferragut*, escritas por Julián Fernández Piñeiro. En origen fueron crónicas publicadas en *Nuevo Mundo*, por lo que muchos lectores pensaban que se trataba de un soldado real, ya que además se iban publicando según iban sucediendo nuevos hechos reales, que se incorporaban a la ficción para hacerla más creíble, algo habitual en este tipo de narraciones. De hecho, la deserción del protagonista, que abandona la Legión por amor, respondió a un parón real de las operaciones militares[339]. Cuando estas crónicas se agruparon en un libro en 1922 para una colección de novelas ya llevaban la firma de su verdadero autor[340]. Otro relato muy destacado es *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*[341], de Luys Santa Marina[342]. Esta obra ha recibido mucha atención de filólogos e historiadores, especialmente por sus novedosos planteamientos formales y por el elevado nivel de violencia que presenta, superior al de cualquiera otra manifestación literaria referida en este trabajo. Se publicó en 1924 y se agotó rápido, por lo que la censura primorriverista tuvo poco tiempo para actuar y ya apenas quedaban ejemplares que retirar. Según los censores militares, la obra "transgredía los preceptos de la moralidad tradicional y del buen gusto"[343]. También iba a ser prohibida durante la Dictablanda del general Berenguer, la II República y el franquismo, a pesar de que había sido reeditada en 1939[344].

Aunque la mayor parte de las obras sobre la Legión presentan un personaje principal, en bastantes ocasiones encontramos un protagonismo colectivo, que parece destinado a resaltar la unidad del cuerpo militar. Esto es evidente por ejemplo en *Diario de una bandera*, cuyo título resulta paradigmático, pues aunque por definición un diario es algo personal, el que sea "de una bandera" nos remite a la mayor importancia del grupo sobre los individuos, pensamiento que estaba muy en conexión con las ideas fundacionales de la Legión y con las ideas fascistas de sumisión del sujeto al Estado[345]. En *Tras el Águila del César* tampoco hay protagonistas, pues los relatos se plantean como diversas "estampas" sin un hilo conductor claro y sin que haya, como en el caso de Franco,

339 LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 246 y ss.

340 FERNÁNDEZ PIÑERO, J.: *Memorias del legionario Juan Ferragut*, Mundo Latino, Madrid, (s. a.).

341 SANTA MARINA, L.: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*, Planeta, Barcelona, 1980 (Edición original de 1924), p. 33.

342 Aunque lo incluyamos entre los relatos de ficción, ha habido diversas dudas sobre si su autor estuvo realmente en la Legión. La mujer de Santa Marina afirmó en una entrevista al editor Rafael Borrás que el relato era imaginado, y que su marido jamás había estado alistado en la Legión: BORRÁS BETRIU, R.: *La batalla de Waterloo. Memorias de un editor*, p. 83. Cit. en VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 253. A pesar de estas declaraciones, Dionisio Viscarri no se atreve a afirmar que Santa Marina nunca hubiese estado en la Legión, y lo deja en duda ante la ausencia de pruebas.

343 VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 255.

344 La reeditó la editorial Yunque de Barcelona (colección Solera de España – nº 1) y también se agotó pronto, pero de nuevo fue condenada por su brutalidad, y se temió que pudiese ofender a los *moros* aliados. El escritor Rafael García Serrano, en su prólogo a la edición de 1980 señalaba que "Al parecer futuros paladines de la libertad de expresión encontraron que el libro podría agredir los sentimientos de nuestros mojamés, fieles y curtidos colaboradores en la victoria": GARCÍA SERRANO, R.: "Prólogo" en SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, p. II.

345 Aunque en el prólogo Millán Astray consideró un rasgo humilde que Franco no se nombrase a sí mismo (*Diario de una bandera*, Pueyo, Madrid, 1922, p. 7.), autores recientes consideran que la obra tiene una clara intención de promoción personal y de mitificación del propio autor. Vid. VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 349.

un narrador participando claramente de los hechos. En otras obras la existencia de varios protagonistas permite plasmar diferentes tipos de perfiles sociales presentes en la Legión, como sucede en *Bajo el sol enemigo*, de Antonio Hoyos y Vinent (1922)[346], con tres protagonistas muy distintos (un campesino, un aristócrata y un hijo de nobles arruinados). En el plano estilístico, casi todas las obras sobre la Legión se caracterizan por un escaso valor literario y con frecuencia están escritas con modos afectados y cargados de cursilería. La excepción es la rupturista obra de Santa Marina, cuya riqueza y variedad lingüística la sitúan en un escalón diferente, aunque muchas veces su excesiva carga violenta haya distraído la atención de sus considerables logros artísticos[347].

La violencia es sin lugar a dudas un elemento fundamental en estas obras, presente tanto en las de mayor exaltación del Tercio como en aquellas en las que prevalece la carga crítica. La fama de dureza y crueldad que caracterizaba a los legionarios no era en absoluto una leyenda, y el desastre marcó un momento propicio para incidir en la violencia ejercida contra los *moros*, que se veía como más justificada que nunca. Así lo afirmaba en su diario un Franco que no escatimó en detalles violentos y que manifestaba un odio al atroz e irracional enemigo, al que no se traba de entender como hicieron otros autores[348]. Aunque eludió temas como las frecuentes violaciones de mujeres marroquís por soldados españoles[349], sí se refirió directamente a razias y castigos a poblados. En su relato la violencia es tan común que llega a banalizarse hasta quedar reducida a una simple diversión: "El día transcurre en el fuerte entre los gritos y hurras de los legionarios cada vez que "cazan" algún tirador enemigo; ¡es tan divertida la "caza" del paco!"[350]. En sus páginas también se celebraban "hazañas" como la de un joven legionario que le pegó un tiro a un *moro* que imploraba que no lo mataran, y luego le cortó una oreja para enseñarla orgulloso como un trofeo[351]. Luys Santa Marina va mucho más allá en el nivel de violencia, cebándose en aspectos como las decapitaciones o los diversos usos que les daban a las cabezas de los *moros*[352], un tema que entonces era conocido pero sobre el cual no se acostumbraba a ser tan explícito. En una de las "estampas" un grupo de legionarios llevaba un carro tapado mientras gritaban: "¡Sandías! ¡sandías!", y cuando una criada les preguntó si estaban maduras uno de ellos sacó una cabeza de un *moro* que provocó que

346 HOYOS Y VINENT, A.: *Bajo el sol enemigo*, Publicaciones Prensa Gráfica, Madrid, 1922.

347 LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 321. La presencia en la obra de citas bíblicas, así como cánticos y poemas de diversas épocas e idiomas son un buen ejemplo de las inquietudes culturales de su autor.

348 CLARK: "A Critical Re-evaluation of Languages of War…", pp. 753-754. Aunque es cierto que Franco presentó una cierta ambigüedad entre el odio y la admiración. A la pregunta de un periodista de si odiaba al enemigo afirmó: "Al contrario, nadie admira más que yo a los rifeños, porque conozco su habilidad, su tesón, su energía militar y hasta sus ideales". Cit. en GONZÁLEZ ALCANTUD: "El enemigo lejano…", p. 151. En todo caso, las obras en las que hay un claro interés por la Legión muy rara vez intentan humanizar al enemigo, al contrario, es el enemigo bárbaro y salvaje que justifica la propia existencia de este cuerpo militar, el único capaz de enfrentarse en igualdad de condiciones a semejante enemigo.

349 Sus referencias al respecto no pueden ser más bucólicas, pues en un momento, justo después de hablar de "moritas jóvenes" señala que "Los añosos olivos del bosque sagrado han sido muchas veces mudos testigos de la galantería legionaria". FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 59. Susan Martín-Márquez considera que, de todos modos, estas referencias eufemísticas contrastan con la propaganda oficial, que destacaba la sublimación de los legionarios de sus energías eróticas como un sacrificio por la nación

350 FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 172. Los términos "paco" y "paqueos" aparecen con frecuencia en la literatura y prensa de la época, incluso en la especializada, pudiendo confundir al lector no familiarizado con la jerga militar del momento. El término "paco" se refería al ruido al disparar del fusil Remington de 11 mm (una especie de pa-cumm) de modo que "un paco" solía ser un francotirador rifeño, un "paqueo" un tiroteo y un "pacazo" un disparo certero.

351 FRANCO: *Diario de una bandera* (1922), p. 177.

352 Vid. por ejemplo SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, pp. 33 y 36.

la mujer saliese corriendo. Como se puede comprobar, la brutalidad enlaza con la diversión como en la narración de Franco, se trata de un barbarismo gratuito, que no responde solo a las necesidades de la guerra o a la venganza, sino también a un irracional deseo de violencia:

> Formóse un corro, en cuyo centro los moros corrían y chillaban, acosados a palos y pedradas… El azul frío de las navajas no tardó en lucir: orejas, narices, dedos y quien sabe más qué les cortaron… Poco después aquellos tristes despojos ardían[353].

En otro momento Santa Marina explicaba que remataban a los enemigos heridos a machetazos, y que como algunos se hacían los muertos los acuchillaban a todos para estar seguros[354]. El pudor del diario de Franco para las referencias sexuales no lo compartía *Tras el Águila del César*, que incluso tiene una "estampa" ambientada en un burdel y con un lenguaje agresivo y de sometimiento, aunque recurra a metáforas por los problemas para emplear un vocabulario explícito[355]. También relata el "acuchillamiento" por toda la compañía de una morita joven que encontraron con el fusil aún caliente, en una descripción que también parece ser una metáfora de lo sexual[356]. Sus truculentas descripciones también se ocuparon de dar detalles sobre los dramáticos restos del desastre que se iban encontrando entre Zeluán y Monte Arruit, recorrido que él definía como un *vía crucis*, del que Monte Arruit era el Calvario, y que también le recordaban a la *Divina Comedia*. Así describía el lamentable estado en que habían encontrado los restos de los caídos:

> Desparramados por el llano, en grupos desiguales, todos ennegrecidos, hechos momias… -y ¡qué expresiones de angustia…!- unos con los dedos crispados clavados en la tierra, otros sin manos… Muchos tenían las muñecas amarradas con los alambres de las pacas de paja. Y les había llegado hasta el hueso: a uno se lo corté, y siguió en la misma postura[357].

Obviamente, en ninguna de las obras sobre el Tercio se describió directamente el desastre, pues en julio de 1921 las primeras banderas que habían sido creadas operaban en la Comandancia de Ceuta en las operaciones contra El Raisuni, y fueron trasladadas a Melilla para defender la plaza y la posterior reconquista del terreno perdido, por lo que pudieron comprobar de primera mano las trágicas consecuencias de la debacle. Lo que no aparece prácticamente nunca es la violencia interna de la Legión, pues es famosa la brutalidad con la que podía ser sancionada cualquier falta o las peleas entre sus

---

353 SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, p. 42.

354 Ibídem, p. 27.

355 Por ejemplo "Y como un tropel de bestias, mujeres en transparentes camisas rosas o violetas, y otras del todo desnudas, chillando bajo los cinturones hechos látigos, acuciadas por los tiros que disparaban a sus pies…": SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, p. 115. Klaus Theweleit ha analizado obras de miembros de los Freikorps alemanes que recuerdan bastante a la de Santa Marina: Vid. THEWELEIT, K.: *Male Fantasies*, University of Minessotta Press, 1987 (original de 1977); y Susan Martín-Márquez ha analizado varios aspectos del culto a la masculinidad presente en muchos de los africanistas militaristas y sus objetivos. Vid. MARTÍN MÁRQUEZ: *Desorientaciones*, p. 228.

356 Carlos de Arce ha visto en la diferencia entre las descripciones de Franco y Santa Marina la distinta percepción del militar hecho a las crueldades de la guerra y del "civil metido a guerrero, incapaz de comprender el *o mato o me mata*": ARCE, C. de: *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984, p. 170. Sin embargo, aunque no dudamos de las diferencias entre ambos autores, no nos parece que el recato de Franco o las pretensiones estilísticas de Santa Marina tengan que ver con diferentes formas de concebir la guerra.

357 SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, pp. 74-75.

miembros[358]. Tampoco aparece nada sobre los habituales problemas protagonizados con otras unidades del Ejército español, que sí fueron frecuentes en otro tipo de crónicas y novelas[359].

Otro elemento recurrente en la mayoría de estas obras es la idealización de la vida en campaña, que suponía una parte importante de la exaltación de la Legión, y que estaba presente en la propia publicidad de los folletines de enganche. A pesar de que la Legión fue conocida por sus malos hábitos, su carácter problemático y las disputas de sus miembros entre ellos y con los de otras unidades, la literatura al respecto tendió a presentarla como un grupo en el que la confraternización era la norma y las riñas no existían[360]. En este sentido la excepción la puso Armada Quiroga, que alejaba la Legión de la cordial camaradería reflejada por Franco o Carlos Micó, presentando un grupo en el que eran habituales las rencillas y cuyos miembros no eran un ejemplo de comportamiento. Los legionarios eran además presentados como individuos extremadamente valerosos, que no dudaban a la hora de prestarse voluntarios para las misiones más difíciles, y que afrontaban el combate con alegría y buen humor: "Los hombres están contentos porque van a entrar en fuego, a satisfacer su afición o su instinto combativo. La algazara, el chiste y el donaire recorren las filas"[361]. Es probable que tuviesen un oscuro pasado, pero lograban enderezar sus vidas en el Tercio, como ejemplifica el protagonista de la novela breve *El héroe de la Legión*, de José María Carretero[362], que no solo pasó de ser un "bala perdida" a un hombre de provecho y un patriota[363], sino que además realizó una meteórica carrera militar en la que pasó de soldado raso a capitán en apenas dos años. Francisco Franco mostraba a las tropas de la Legión como ejemplos de las virtudes de la raza[364], e incluso como individuos generosos y desinteresados, perfil reflejado en la anécdota en la que un soldado entregaba el dinero de su cuota a un teniente para que la donara a la Cruz Roja, pues sabía que iban "a una muerte segura"[365]. También la muerte formaba parte de la exaltación, pues se consideraba un glorioso sacrificio por la patria, y no era casual que "¡Viva la muerte!" fuese el lema por excelencia de la Legión. Por supuesto, se lamentaban amargamente las pérdidas[366], pero no se olvidaba su valor. De nuevo en el polo opuesto, Armada Quiroga rechazaba las ideas de valor y culto a la muerte, en las que le costaba ver más allá de un gasto inútil de vidas.

Otro aspecto muy interesante que se reitera es el reflejo un victimismo que era bastante habitual entre los militares africanistas, los cuales se sentían incomprendidos por unos políticos inoperantes y por una sociedad que no parecía entender el valor de lo

358 Franco alude a ellas, pero las idealiza, pues al terminar de pelear los combatientes se separan amistosamente. Millán Astray consideraba la justicia y el "Castigo enérgico y ejemplar" como algo necesario, pero insistía en que debía ser justo.

359 Como en las de Antonio Cordón, Prous i Vila o la novela de Arturo Barea.

360 FRANCO: *Diario de una bandera* (1976), p. 59.

361 MICÓ: *Los caballeros de la Legión*, p. 132.

362 CABALLERO AUDAZ, EL.: *El héroe de la Legión*, La Novela Semanal, Madrid, 1930.

363 De origen noble, había perdido grandes sumas de dinero en el juego, y ya cuando cobra su primer dinero en la Legión, el primero que ha ganado por sí mismo, lo valora más y decide no gastarlo. CABALLERO AUDAZ: *El héroe de la Legión*, p. 24 y ss.

364 Tantas alusiones a la raza resultan paradójicas cuando precisamente las tropas que el mandaba eran el Tercio de Extranjeros, incluyendo algunos soldados negros como el caso de William Brown, citado elogiosamente por el propio Franco, que destacaba su condición de buen boxeador.

365 FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 12.

366 Francisco Franco, que daba los partes de muertos con bastante frialdad veía "con dolor separarse de su lado para siempre" al barón de Misena, mientras que Santa Marina envolvía la muerte del comandante Fontanes en valor y tristeza, mientras sus hombres "miraban entre lágrimas al guía paternal y viril que les dejaba: SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, p. 81.

que estaban haciendo. Franco señalaba que los ecos de España les mostraban que el país vivía apartado de la acción del Protectorado y miraba con indiferencia los sacrificios del Ejército y de la oficialidad, que día tras día pagaba su "tributo de sangre". Esa insensibilidad generaba una insatisfacción interior de la oficialidad[367]. Santa Marina era además crítico con los móviles económicos, y lamentaba que los "primeros beneficiados con nuestro sacrificio", como los ricos y los hijos de los ricos, se dedicaban a vilipendiarlos, tratándolos de cuadrilla de bandoleros, que matan a sueldo"[368]. Estas críticas son importantes porque en *Tras el águila del César* se ven aspectos que anticipan la orientación fascista de su autor[369], mientras que Franco ya dejaba entrever su consideración del Ejército como el posible salvador de la patria, y Marruecos como la verdadera escuela del valor y el heroísmo del que ésta estaba tan necesitada:

> La campaña de África es la mejor escuela práctica, por no decir la única de nuestro Ejército, y en ella se contrastan valores y méritos positivos, y esta oficialidad de espíritu elevado que en África combate ha de ser un día el nervio y el alma del Ejército peninsular[370].

De no ser por su trayectoria posterior, es probable que Franco, pese a algunas controversias, hubiese quedado en la memoria como un eficiente oficial colonial. Así, las lecturas de su obra se hubiesen centrado más en lo en ella relatado que en tratar de buscar y percibir cómo las vivencias africanas influyeron en la mentalidad del futuro dictador. *Diario de una bandera* se reeditó por primera vez en 1939, momento desde el cual la obra adquirió verdadera importancia. Además, los cambios realizados para esta edición y otras posteriores supusieron un excelente ejemplo de la manipulación de la memoria derivada de un contexto y unos objetivos concretos.

La novela social

Además de la literatura centrada en la exaltación de los valores castrenses, entre la que destacó la que tuvo la Legión como inspiración fundamental, se hizo otra de corte muy diferente, en la que lo militar estaba obligatoriamente presente, pero era lo humano lo que adquiría el principal protagonismo. Entre los temas principales de estas obras, que incluyen casi todas las que destacaron por su calidad literaria, está el sufrimiento de los soldados, su incomprensión de una guerra en la que participaban por obligación, el recuerdo de sus lugares de origen y su vida en ellos, el sinsentido de tener que matar para la defensa de algo tan ajeno como el patriotismo, etcétera. La perspectiva ante la muerte

[367] FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 77.
[368] SANTA MARINA: *Tras el águila del César*, p. 201. Cit. en VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 250.
[369] De hecho, para Dionisio Viscarri su obra es supone una "precursora síntesis narrativa de los aspectos estéticos e ideológicos más destacados del pensamiento ultraderechista moderno", señalando gran cantidad de elementos como la glorificación de la muerte, el nacionalismo incondicional, la mentalidad expansionista, el retoricismo ideologizante, la exaltación de lo vital y del valor, el respeto a la tradición medieval y renacentista, la inconformidad belicosa y melancólica, la ambigüedad ante la modernidad, la creencia en una trayectoria histórica única, la yuxtaposición del pasado heroico al presente cotidiano, el culto de la virilidad y de la acción, acompañan a un discurso que tiene pretensiones épicas, que abusa de la metáfora, del anacronismo y de la reiteración, y que destaca por la violencia con la cual se somete al mensaje: VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 249.
[370] FRANCO: *Diario de una Bandera* (1976), p. 71.

marca otra clara diferencia entre un tipo y otro de literatura, pues mientras la más militarista solía considerar la muerte como algo glorioso, loable, digno de exaltación; en estas otras se analizaba como algo inútil, sin valor, una realidad triste y dramática, una perspectiva que sería a la novela lo que relatos como los de Ben-Cho-Shey o Prous i Vila fueron a la crónica.

Entre las obras más interesantes de este ciclo literario, por contenido, controversia y repercusión, está *Notas Marruecas de un soldado* (1923), de Ernesto Giménez Caballero. Se trata de un relato desmitificador de la guerra y una intensa crítica contra la clase militar y política, a las que se acusaba de las nefastas consecuencias del conflicto. La obra era arriesgada por lo directo de su mensaje, como demostraron su retirada por la censura y el proceso contra su autor al poco tiempo de su publicación. La imprenta familiar había hecho una tirada de 500 ejemplares que se agotaron en dos semanas, y su impacto fue inmediato entre algunos grupos de intelectuales de ideologías muy diversas, que se interesaron por su atrevido enfoque. Su buena acogida entre posiciones de izquierda la demostró el que Indalecio Prieto publicase la obra por entregas en su periódico *El Liberal* de Bilbao, mientras que Luis de Oteyza publicó varios capítulos en *La Libertad*, incrementando su popularidad. Por otro lado, gustó a intelectuales más conservadores e incluso considerados prefascistas (al igual que el propio Giménez Caballero), como Ramiro de Maeztu, José María Salaverría o Eugenio D'Ors, muy cercanos a ese deseo de una intervención regeneradora de la patria mostrado en *Notas marruecas de un soldado*. Del mismo modo, algunos de estos autores creían que del Ejército podía surgir esa regeneración nacional, pero en ello no coincidía un Giménez Caballero que veía la oficialidad como un grupo corrupto e interesado, que quería el conflicto para enriquecerse y ascender[371]. El proceso contra Giménez Caballero comenzó con el último Gobierno liberal de la Restauración y finalizó en la Dictadura de Primo. El propio autor había pensado que "si los liberales me pedían una veintena de años, un dictador me cortaría la cabeza", pero al final fue declarado inocente, y la obra incluso pudo volver a circular[372]. Lo más polémico de *Notas marruecas de un soldado* fue su revolucionario manifiesto final, una llamada a los jóvenes excombatientes que volvían de Marruecos para que se unieran "en haz" e intervinieran en la depuración de responsabilidades de aquella "guerra injusta".

> Si alguien tiene que intervenir, somos nosotros. Nosotros, que hemos hecho la campaña, los que hemos mantenido tantos meses y meses -¡muchachos de blocaos, de esos blocaos trágicos y desamparados!- el que España no se viniese al suelo. […] Intervenid porque esta situación del cuota se reglamente o termine. No permitamos más, que algunos ineptos con galones y estrellas imperen sobre nuestra juventud más delicada y más culta[373]"

A diferencia de la mayoría de obras contemporáneas sobre el tema, *Notas marruecas de un soldado* presenta un estilo agradable y muy cuidado. Es un relato poético, plagado de referencias a obras clásicas, a pasajes bíblicos o a debates filosóficos, pero que al mismo tiempo destila un realismo puro, de lo cotidiano, carente de la épica de otros relatos. En ocasiones se centra en pequeños detalles, que parecen nimios ante las

[371] VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 181.
[372] GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 6. La edición de 1983 presenta un prólogo del propio autor, en el que relata los avatares del proceso y se preguntaba si quizá José Antonio Primo de Rivera había influido sobre su padre para conseguir que fuese liberado.
[373] GIMÉNEZ: *Notas marruecas de un soldado*, pp. 186-188.

dimensiones del conflicto, pero son parte de una memoria personal que no solía ser tan genuina en los relatos de operaciones, donde con frecuencia se bebía tanto de fuentes y testimonios como de los recuerdos propios[374]. Aunque Giménez Caballero sufrió en sus carnes las lamentables condiciones en las que vivían los soldados españoles en Marruecos, su condición del soldado de cuota le permitió evitar las zonas más peligrosas, algo que se nota en su narración, pues no aparecen grandes combates o peligrosas operaciones. Su relato es claramente desmitificador y su visión de los soldados y de la guerra en absoluto heroica, viendo al Ejército como una "vieja máquina" que ya no funcionaba. Incluso la Legión, cuya atracción vinculó al aura romántica en la que se la envolvió, para él era un cuerpo compuesto en su mayoría por "pobres diablos". Consideraba el territorio del Rif como un territorio sin valor, "un hueso para un perro", por el que era absurdo luchar. Uno de los mejores ejemplos de su deseo de acabar con los mitos es su descripción del monte Gurugú, que como ya vimos se había convertido en accidente geográfico casi legendario en la memoria colectiva española:

> ¡El Gurugú! ¿Hay palabra que tenga más resonancia en los oídos históricos de los españoles contemporáneos? Tanto nos ha inquietado. Tanto, que en la imaginación del peninsular que no lo vio, es algo monstruoso, un fiero genio voraz y gigantesco. Cuando lleno de interés al llegar a Melilla se dirige la vista a él, se queda uno asombrado. No hay tal grandiosidad. Es un monte que no merece el calificativo de ingente. No llega a ser una montaña. Comparado con el macizo de Beni Hosma, que domina Tetuán, resulta casi un sencillo cerro[375].

Algunos autores consideran a Giménez Caballero como uno de los más talentosos literatos de su época, que podría haber figurado entre los protagonistas de la generación del 27, pero fue excluido en el canon literario español por sus ideas políticas y por su excesivo rupturismo[376].

Otra obra de enorme trascendencia de este ciclo es *El blocao*, publicada en 1928 por José Díaz-Fernández, que había sido soldado en Marruecos y conocía de primera mano la realidad relatada. Originalmente iban a ser 25 páginas para presentar a un concurso literario, pero terminó siendo una novela breve ampliamente reconocida en su tiempo, que a los tres meses ya había tenido una segunda edición y en 1930 una tercera. El propio autor mostraba su satisfacción en el prólogo a la reedición: "Esta experiencia me ha servido para comprobar que existe un público dispuesto a leer obras de ficción que no sean el bodrio pornográfico o la ñoñez espolvoreada de azúcar sentimental", y también señalaba que el interés del público y el de la crítica habían coincidido en una "rara unanimidad"[377]. Díaz-Fernández quiso "convertir en materia de arte mis recuerdos de la

[374] Por ejemplo en la parte que habla de los hospitales, recuerda cómo recibir una ración de comida era todo un sueño que le producía una imaginable satisfacción, algo que explicaba con simpáticas palabras. GIMÉNEZ: *Notas marruecas de un soldado*, p. 43.

[375] GIMÉNEZ: *Notas marruecas de un soldado*, pp. 27, 48, 66 y 73.

[376] VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 165.

[377] Al final de la segunda edición, Díaz-Fernández incluyó hasta 47 juicios críticos de distintos autores y publicaciones periódicas, que en todos los casos resultaban muy favorables con su obra. El estilo sobrio y directo, el vanguardismo de la obra y el futuro del autor como literato eran algunos de los aspectos más reiterados. El poeta José del Río afirmaba en *La Voz de Cantabria* que "entre los innumerables libros que se han escrito de nuestras guerras marroquíes, deplorables casi todos -lo mismo los de los militares que los de los periodistas-, El blocao es la excepción. Por lo menos, es la primera obra que se escribe en un castellano depurado, en ese castellano nuevo que ha elaborado la nueva generación": DÍAZ-FERNÁNDEZ, J.: *El blocao*, Turner, Madrid, 1976, pp. 25-26, 118 y 123.

campaña marroquí"[378], lo que resultó en siete relatos independientes, ambientados cerca de Tetuán y algunos de ellos muy breves. La guerra en sí misma tiene poca relevancia, aparece como algo que no genera más que sufrimiento y que no puede ser exaltado: "De mis tiempos en Marruecos, durante las difíciles campañas del 21, no logro destacar ningún episodio heroico"[379]. El blocao, que da nombre a la obra, aparece como un símbolo de los males a los que se enfrenta el soldado en la dramática cotidianeidad, como la soledad, el tedio, la tristeza, el abatimiento, la sensación de abandono o la injusticia por la arbitrariedad de los mandos, entre otros. Resulta especialmente significativo el peso que se da a la inhibición sexual del soldado y los problemas que ésta lleva aparejada[380]. En la mayor parte de los relatos aparece una mujer, marroquí o española, que se convierte en objeto de deseo, pero las cosas nunca salen bien, como si el amor y el deseo supusiesen una especie de perdición para el soldado[381].

Probablemente, la obra más trascendente de todo el ciclo literario de Annual fue *Imán*, publicada en 1930 por el entonces periodista Ramón J. Sender, que comenzó con ella su prolífica carrera como novelista. La hemos incluido en este capítulo como una manifestación de la memoria sobre el desastre generada en esta etapa, aunque por cronología su impacto fue mayor durante la II República, cuando registró un gran éxito de ventas[382]. La obra muestra la progresiva degradación de Viance, un soldado aragonés de origen humilde destinado en Marruecos y que se ve envuelto de lleno en el Desastre. Aunque va sobreviviendo a varios de los más terribles episodios del verano de 1921, el asedio, la huida y el constante sufrimiento van minándolo física y mentalmente hasta que se convierte casi en un despojo humano. Con todo, Viance ya atraía la mala suerte como un imán antes de llegar a Marruecos[383], y cuando recuerda su vida anterior no aparece idealizada, sino envuelta en tragedia, por lo que de algún modo la crítica se hace extensiva a la realidad social española de la época. *Imán* está plagada de referencias al Desastre, cuya evolución se puede seguir fácilmente a través de la obra, porque además recorre varios de los lugares más significativos[384]. Sin embargo, lo principal no es el contexto general, sino las vivencias personales del protagonista, que no tiene una noción clara de lo que está ocurriendo y su percepción se reduce a los límites de su propio cuerpo[385].

Sender, que había sido soldado en Marruecos entre 1922 y 1924, muestra en su novela un contundente antibelicismo y antimilitarismo, además de criticar un patriotismo que le parecía vacío por dentro. No hay en *Imán* ninguna glorificación del combate o las heridas, incluso el famoso telegrama de Benítez y sus circunstancias se consideran un gesto valiente, pero no *hermosamente heroico* como en muchas de las obras de exaltación, y el asedio termina de forma dantesca. Algo semejante sucede con otra *hazaña* de la

[378] FUENTES, V.: "Prólogo", en DÍAZ-FERNÁNDEZ: *El blocao*, p. 18.
[379] DÍAZ-FERNÁNDEZ: *El blocao*, p. 47.
[380] Vid. LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 160.
[381] Vicente Fuentes ha visto simbolizado el fracaso colonial en esa imposibilidad de conquistar una mujer, elemento que parecía obsesionar al autor: FUENTES, V.: "Prólogo", en DÍAZ-FERNÁNDEZ: *El blocao*, p. 22.
[382] Su edición inicial de 5.000 fue seguida de otra popular en 1933 de 30.000 ejemplares, buena prueba de su éxito. Incluso obtuvo una buena difusión en países como Alemania. Vid. LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 167.
[383] El título de imán hace referencia a la atracción. En sus orígenes había sido una broma, porque trabajaba de herrero y "se le pegaban todos los hierros", pero luego su imán parece atraer solo desgracia.
[384] Como Igueriben, con elementos recurrentes como la sed extrema de sus defensores; Annual (en este caso indirectamente); o Nador, con la famosa defensa de la fábrica de harinas. En el caso de Igueriben el nombre no se cita explícitamente, aunque por el relato está muy claro que se trata de esa posición. Lo mismo sucede con algunos personajes, pues por ejemplo Navarro es el "general N.".
[385] CLARK, R.: "A Critical Re-evaluation of Languages of War in Spain's Relations with Morocco (1859-1921)" en *Bulletin of Hispanic Studies* 88.7 (2011), p. 755.

campaña como las cargas de la caballería de Alcántara, en las que lo que se percibe son únicamente muertes y muertes de jinetes. Si los episodios presuntamente más heroicos del desastre aparecen desmitificados, del resto solo cabe esperar una constante tragedia con toda su dureza y brutalidad. Las descripciones no eluden los cadáveres mutilados, los soldados agonizantes o lamentables estampas de la huida española[386], componiendo un cuadro realmente terrible. Con todo, la "suerte" de Viance le permite seguir con vida y alcanzar la salvación de Melilla, donde su enfrentamiento con un médico militar que lo considera apto le va a costar dos años de recargo en Marruecos. Paradójicamente, cuando por fin consigue volver a su pueblo, se lo encuentra anegado por una presa y todo lo que conocía había desaparecido, quedando bajo el agua incluso las tumbas de sus padres, el fin de un proceso que no había dejado nada del hombre que Viance fue en otro tiempo.

Un rasgo común a estas tres destacadas obras, y que también comparten otras de la época, es una visión peyorativa del Ejército español, cuyas víctimas no son solo los *moros* enemigos, sino también los propios soldados españoles que lo componen, y que han sido arrancados de sus hogares para sufrir por una causa que rara vez entienden. De ahí se deriva un antimilitarismo que, como ha destacado López Barranco, tiende a ser más pragmático que conceptual o filosófico[387]. El trato que se da al enemigo también es más humano, pues aunque sus bárbaras actuaciones se recogen sin reparos, se suele considerar que los desmanes españoles previos justifican en parte las actitudes adoptadas por los *moros*. Con todo, apenas se puede hablar de anticolonialismo, pues casi nunca se critica la colonización en sí misma. La desmitificación de la guerra es otro rasgo común, que se apreciaba muy bien en la descripción del Gurugú de Giménez Caballero. El heroísmo es mayoritariamente percibido como un desconcertante sinsentido, como señalaba Viance en *Imán* al afirmar que "Nosotros somos lo que en la prensa y en las escuelas llaman héroes. Llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines, eso es ser un héroe"[388]. En general aparecen unos protagonistas cuyas vidas quedan destrozadas a causa de la guerra, pero no son raras las excepciones, como sucede en las novelas *La tragedia del cuota* o *La Colorina*[389], en las que los protagonistas sí mejoran tras su experiencia bélica. En la primera, escrita por el periodista Francisco Hernández Mir, un joven díscolo de familia rica aprenderá en medio de las tragedias y el horror de la guerra a convertirse en una persona de provecho; mientras que en la segunda, de Antonio Reyes Huertas, un hombre de pocos recursos se convierte en héroe por una valerosa acción en la que fue herido, lo que le vale para conseguir prestigio y dinero. Otro elemento importante de este tipo de literatura es la introducción de los problemas sociales de la época, que muchas veces adquieren un notable protagonismo. En *El blocao* uno de los relatos, "Magdalena roja", se centra en el terrorismo sindicalista de la época, encarnado en una mujer que quiere atentar contra una fábrica y convence al protagonista para que la ayude. El tiempo los separa y mientras él termina siendo un soldado en Marruecos, ella se convierte en espía al servicio de Abd-el-Krim. En *Imán* también es patente la lucha de clases en muchas conversaciones entre los soldados, que se plantean aquello por lo que están luchando e incluso la posibilidad de resistirse[390].

---

386 Una escena muy representativa tiene lugar cuando Viance intenta subirse a un coche que huye, y lo echan a golpes rompiéndole algún dedo, aunque hubiese tenido sitio. En un plano más escabroso está por ejemplo el terrible descubrimiento de que los moros alimentaban a los cerdos con cadáveres para luego venderlos a los españoles: SENDER.: *Imán*, pp. 158 y 197.

387 LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 176.

388 SENDER.: *Imán*, p. 135.

389 HERNÁNDEZ MIR, F.: *La tragedia del cuota*, Pueyo, Madrid, 1922; REYES HUERTAS, A.: *La Colorina*, Arqueros, Badajoz, 1928.

390 DÍAZ-FERNÁNDEZ: *El blocao*, p. 121.

El contraste entre esta literatura y la centrada en la Legión que antes analizamos es manifiesto. Ambas coexistieron, aunque durante la II República la de tipo social ya se impuso claramente a la de exaltación bélica y patriótica, dentro de un descenso general de obras sobre las campañas de Marruecos que demostraba un cierto agotamiento del tema. Sin embargo, para la década de 1920 la importancia de ambas en la memoria colectiva fue notable, y contribuyeron a favorecer una polarización entre dos formas diferentes de entender la guerra que tenía lugar en suelo africano.

Al margen de las novelas de contenido más social o las relativas a la Legión, otro bloque bastante numeroso, aunque de menor relevancia, fue el de las ficciones amorosas. En ellas, la guerra solía ser un aspecto secundario, un contexto atractivo para el lector en el que luego introducir una historia manida y sin especial valor literario. Al igual que en etapas anteriores, el tópico del soldado español enamorado de una joven *mora* es el recurrente. Así sucede por ejemplo en *¡Kelb Rumí!*[391], de Víctor Ruíz Albéniz, en la que un médico militar era hecho prisionero de los rifeños se enamora de la hija de un jefe de cabila a la que había curado; o en *¡Mektub!*[392], de Gregorio Corrochano, en la que los amoríos de un capitán con una rifeña de buena familia supondrán la perdición de éste.

Para concluir este apartado, podemos referirnos a algunas tentativas más excepcionales, como intentar enfocar el conflicto desde el punto de vista rifeño, algo que hizo Carlos Micó España en *La sed* (1923)[393], que narra lo sucedido en un aduar de Marruecos en el que los rifeños se quedan sin agua en época de sequía y los españoles no quieren compartir el único pozo de la zona; o buscar el humor y la parodia, algo que se puede ver por ejemplo en *El señor Feliciano en la República del Rif* (1922) [394], relato anónimo que ridiculiza el viaje y la obra de Luis de Oteyza *Abd-el-Krim y los prisioneros*.

Annual y el teatro

Varios factores, entre los que destacó la irrupción del cine desde principios de siglo, contribuyeron a un cierto decaimiento del teatro, especialmente del que podríamos denominar como "patriótico", que se había devaluado después de 1898 por su asociación con la decadencia española y la derrota militar. No obstante, la popularidad de la que había gozado el género dramático permitió que se siguiera manteniendo a lo largo de estos años, y los principales teatros del país continuaron gozando de una notable vitalidad[395]. Al igual que la guerra de 1909, el Desastre de Annual provocó que llegaran a los teatros españoles algunas representaciones que, aprovechando el tirón de un tema que estaba en el centro del debate nacional, se labraron un notable éxito.

El caso más significativo fue *Voluntarios a Melilla, apropósito hispanomarroquí en 1 acto*[396]. Escrita por Elías Cerdá y Joan Baptista Pont, con música de Manuel Quislant y Enrique Bru, se estrenó en el teatro Novedades de Madrid el 4 de noviembre de 1921. Con 131 representaciones fue la quinta obra más representada de la temporada 1921-1922, y todavía registró 17 más en la temporada siguiente, alcanzando las 148[397]. En *El Imparcial*, además de recoger el éxito de su estreno, se destacaba que se trataba de una

[391] RUIZ ALBÉNIZ, V.: *¡Kelb Rumí!*, Rivadeneyra, Madrid, 1922.
[392] CORROCHANO, G.: *¡Mektub!*, Imp. Helénica, Madrid, 1926.
[393] MICÓ ESPAÑA, C.: *La sed*, Editorial Gráfica, Madrid, 1923.
[394] ANÓNIMO: *El señor Feliciano en la República del Rif*, Ed. Artes Gráficas Postal Exprés, Melilla, 1922.
[395] Vid. DOUGHERTY y VILCHES, *La escena madrileña entre 1918 y 1926*.
[396] No nos ha sido posible localizar una copia de esta obra, que ni siquiera se encuentra en el espléndido catálogo de la Biblioteca Nacional.
[397] DOUGHERTY y VILCHES, *La escena madrileña entre 1918 y 1926*, p. 75.

obra de actualidad en la que vibraba la nota patriótica, se fustigaba la perfidia de los moros y se ensalzaba el valor de las tropas españolas. Se reconocía que carecía de argumento, que no era más que una sucesión de escenas "para hacer destacar las heroicidades de los soldados que luchan en África", pero ello no había evitado las aclamaciones del público[398]. En *La Libertad* presagiaban al poco de su estreno que había "*Voluntarios a Melilla* para rato", al tiempo que se destacaba el sentimiento de la obra, las partes que el público había hecho repetir y las ovaciones a los autores[399].

Aunque *Voluntarios a Melilla* fue la obra relacionada con el conflicto marroquí de más éxito en esos años. Resulta mucho más interesante otra que, con menos representaciones, también tuvo un notable éxito pese a lo arriesgado de su propuesta. Nos referimos a *¡Responsables!*[400], en la que Luis Antón del Olmet y Joaquín García y García abordaron el Desastre de Annual, centrándose en el controvertido tema de la depuración de responsabilidades. La obra se ambienta en unos lugares imaginarios, pero cuya correlación con los reales es evidente: La acción se desarrolla en la República de Estizia, en la que se conocen las funestas consecuencias de un enfrentamiento ocurrido en Esturia, una de sus colonias. No se ha podido negociar con los rebeldes liderados por Mustafá Kéler por culpa de los intereses económicos del presidente y del primer ministro, y mucha información se esconde a la opinión pública. Un yerno del presidente y un periodista viajan a Esturia para tratar de conocer la verdad, en vista de la cual el primero dimite como ministro y declara en un juicio contra su suegro pese a las peticiones de éste y de su hija. El drama contiene sin demasiados disimulos una dura crítica contra el sistema político de la Restauración, al que se acusa de haber provocado el desastre en defensa de intereses personales; y contra un ejército que ha perdido la moral combativa[401]. También recoge de forma excelente las principales corrientes de opinión sobre el tema marroquí que caracterizaban la España (Estizia) de entonces, como muestra el debate entre los interesados en el Protectorado por las posibilidades económicas y los que consideraban que el objetivo fundamental era la defensa del honor nacional:

> Pero la razón patriótica está por encima de las razones personales. ¿Para qué se nos ha reconocido en los tratados internacionales la posesión de Esturia? ¿Para hacer el ridículo dejándonos vencer por unas tribus desharrapadas? En Esturia está el honor de la patria[402].

Enrique, el yerno del presidente, encarna la honestidad en contraposición con su suegro, que participa en negocios ilícitos en Esturia junto al ministro de la guerra, tratando con la censura que se oculte al país un desastre en el que ha habido ocho mil muertos o desaparecidos. Enrique se opone tajantemente, afirmando con resolución: "¿Ocultárselo? No. ¡No! Es preciso que el pueblo lo sepa todo. El desastre y la causa del desastre, para ahorcar al responsable de esta inmensa desgracia"[403]. El drama parece muy pesimista respecto al tema de las responsabilidades, pues varios personajes honrados coinciden en que no servirán de nada los esfuerzos y la búsqueda de culpables no conducirá a nada concreto. Con estas contundentes palabras lo expresaba al protagonista un médico de un hospital militar:

---

398 "Novedades teatrales", en *El Imparcial*, 5-XI-1921, p. 3.

399 A. G.: "Los teatros", en *La Libertad*, 8-XI-1921, p. 3.

400 ANTÓN DEL OLMET, L. y GARCÍA Y GARCÍA, J.: *¡Responsables!: Epopeya en tres actos y en prosa*, Establecimiento tipográfico de J. Amado, Madrid, 1923.

401 "El juego, la prostitución triunfan por allá con caracteres de innoble bacanal": ANTÓN y GARCÍA: *¡Responsables!*, p. 16.

402 ANTÓN y GARCÍA: *¡Responsables!*, p. 11.

403 Ibídem, p. 27.

> Sí. Lo de siempre. Encontrará un enorme montón de escombros, miles de huesos esparcidos, la huella de inicuos escándalos, muerto el general que mandaba esto. Se perderá en un caos de minucias. Y si logra encontrar la pista verdadera, el origen del mal, tropezará con nombres ilustres, con gentes poderosas, y de esto sólo habrá quedado una página de luto en la Historia de Estizia y una crisis ministerial… cobarde[404].

Sin embargo, varios hechos hacen concebir esperanzas, como el sumario instruido por el coronel Bizanzo, una figura paralela a la de Juan Picasso, que permite juzgar a algunos ministros en el Senado (en la realidad habían sido militares). La figura de Bizanzo es ensalzada por los autores a través de varios personajes, como un ujier del senado que dice de él: "¡Vaya un tío salado y de narices! Se va a Esturia como una hormiguita, y dale que te pego, sin frases ni ruidos, se trae una documentación que tumba de espaldas", afirmando que hacían falta muchos como él en Estizia[405]. Finalmente hay depuración de responsabilidades, saliendo mal parado el suegro de Enrique, pero éste siente que ha hecho lo correcto, y cuando su mujer lo recrimina le dice que ha salvado a Estizia, quizá incluso de una revolución. Este desenlace hace que sea difícil considerar la obra como revolucionaria en sentido político[406]. El que Estizia sea una República parece simplemente un detalle para suprimir la figura del rey, cuya inclusión podría haber supuesto muchos problemas con la censura. El hecho de que el desastre suceda bajo dicha república parece prueba suficiente de que la obra no es un alegato a favor de este sistema, y la satisfacción por haber evitado una revolución demuestra que el problema estaba en los hombres que detentaban el poder, no en el régimen político.

La obra se estrenó el 30 de enero de 1923 en el Teatro de La Latina. En *Heraldo de Madrid* el propio autor, que no se atrevía a juzgar el valor artístico, sí era muy claro con la finalidad pública de su obra, que buscaba ser un revulsivo teatral que agitase a la opinión contra la afrenta sufrida y que encendiese "las almas de la multitud"[407]. En *El Imparcial* se llegó a definir la obra como un mitin de gran éxito, cuyos autores tuvieron que salir muchas veces a recibir los aplausos del público[408]; mientras que en *El Sol* se destacaba su valor para alentar a las gentes a "seguir pidiendo lo que debían pedir"[409]. Finalmente sumó 55 representaciones en La Latina, a las que hay que añadir otras dos en el Teatro Cervantes, la primera el 1 de abril de 1923. El éxito no se puede comparar al de *Voluntarios a Melilla*, pero no cabe duda de que fue considerable teniendo en cuenta que se acercaba a una temática polémica y poco habitual en los escenarios españoles. *¡Responsables!* No se libró de algunos problemas con la censura, e incluso una breve suspensión gubernativa a raíz del estreno, que se solucionó rápido con los cambios en la caracterización de un personaje[410].

---

[404] Ibídem, p. 30.

[405] Ibídem, p. 48.

[406] Así lo consideran Dougherty y Vilches, que califican la obra de "alegato posibilista", en el que el mensaje es que desde el poder se puede hacer lo necesario, con justicia y honradez, para que todo funcione bien y de paso se evite una revolución: DOUGHERTY y VILCHES: *La escena madrileña entre 1918 y 1926*, p. 138.

[407] ANTÓN DEL OLMET, L.: "¡Responsables! En La Latina", en *Heraldo de Madrid*, 2-II-1923, p. 1.

[408] "Novedades teatrales", en *El Imparcial*, 3-II-1923, p. 2.

[409] "Información teatral", en *El Sol*, 3-II-1923, p. 2.

[410] En *El Imparcial* lo que menos había gustado era la caracterización del Ministro de la Guerra "como un político muy significado que ha desempeñado dicho cargo": "Novedades teatrales", en *El Imparcial*, 3-II-1923, p. 2. Ése fue uno de los motivos del problema con la censura, pues como se decía en *España* los autores diluyeron la caracterización del personaje, quitándole la barba y haciendo cambios en su atuendo: C.R.C.: "¡Responsables!", en *España*, 10-II-1923, p. 7.

Junto con el de las responsabilidades, la otra consecuencia del desastre que más debate generó en la España de entonces fueron los prisioneros, que también dejó su huella en el teatro: *Prisioneros en el Rif* se estrenó en el Teatro de Novedades de Madrid el 28 de julio de 1922 y alcanzó las 17 representaciones. Su autor, Pascual Guillén, empleó el tema cuando el cautiverio duraba casi un año[411], pero al final resultó sobre todo un pretexto para una historia de amor bastante arquetípica, con una mujer *mora* que rechaza al marroquí que la quiere porque su verdadero amor es un capitán de Melilla, que casualmente cayó prisionero. A este capitán se le plantea el dilema entre la posibilidad de huir con su amada o la de intentar ayudar a sus compañeros cautivos a escapar, que será la que elija por honor, con fatal desenlace para ambos. El tema de los prisioneros está supeditado a la historia de amor, pero en cierta medida se explora el sufrimiento de los cautivos y las dificultades de sobrevivir tanto tiempo en condiciones penosas, que llevan incluso a algunos a pensar en el suicidio. Pese a la trágica realidad que muestra, *Prisioneros en el Rif* posee un notable componente de exaltación patriótica y los soldados españoles no dejan de aparecer como gloriosos y valerosos. Todo lo que contrario que el enemigo, considerado cruel y despiadado. Incluso la aparente comprensión del Santón que ejerce como líder, claramente inspirado en Abd-el-Krim, se muestra falsa: "hipócrita, que finges humanidad con nosotros para cubrir tu ansia de dinero"[412].

Finalmente, nos gustaría señalar que el tema marroquí seguía presente en muchas otras obras sin relación con la guerra, especialmente aprovechando el exotismo que ofrecía para tramas románticas. Fue por ejemplo el caso de *El apuro de Pura*, una farsa matrimonial escrita por Antonio Paso Cano que vio la luz en 1922. En ella hay un sueño erótico del protagonista en un escenario definido así por el autor: "un salón árabe, todo lo fantástico que quiera el pintor. Diez mujeres lo más guapas posibles y lo menos vestidas posibles aparecen tendidas sobre pieles de tigres con una indolencia verdaderamente moruna"[413]. Aunque las sangrientas guerras y los terribles desastres favorecieron que Marruecos se convirtiese más en un símbolo de derramamiento de sangre española que de exotismos orientalistas, su atractivo al respecto todavía seguía siendo considerable.

Annual en la poesía y el cancionero popular

Con el Desastre del Barranco del Lobo pudimos comprobar que no solo las victorias se hacían hueco en el imaginario colectivo español, también los desastres se recordaban a través del cancionero popular. Annual no iba a ser una excepción, y desde 1921 proliferaron coplillas y canciones referidas a diversos aspectos del desastre y la campaña posterior. La historiadora María Rosa de Madariaga recogió algunas coplas que un campesino de un pueblo asturiano recordaba escuchar a su abuelo, quien solía cantarlas cuando se reunía con otros veteranos de la guerra. La sed que habían pasado estando cercados era el tema más recurrente, pero aún así la mayor parte de las composiciones se caracterizaban por su tono humorístico, banalizando la guerra y sus penalidades. Esto nos recuerda la importancia del humor como un elemento de camaradería entre los soldados y también importante para evadirse de la cruda realidad:

> Si queréis comer, señores,
> barato y de buena forma,

411 "Un año prisioneros y como si na": GUILLÉN, P.: *Prisioneros en el Rif*, Establecimiento tipográfico de J. Amado, Madrid, 1923, p. 7.
412 GUILLÉN: *Prisioneros en el Rif*, p. 51.
413 Cit. en DOUGHERTY y VILCHES: *La escena madrileña entre 1918 y 1926*, p. 103.

subir a los picos de Xauen,
Abd-el-Krim tiene una fonda.
El primer plato que dan
son granadas rompedoras,
el segundo, de metralla,
para recordar memoria[414].

En sus memorias, el soldado de cuota catalán Josep María Prous i Vila incluyó algunas coplas que entonaban los legionarios, caracterizadas muchas veces por su irreverencia y socarronería. El origen de la que sigue pudo haber estado en la Península o en los propios legionarios, pero el caso es que se convirtió en una tonada popular:

Abd-el-Krim subió a los cielos
A pedir a Dios perdón
Y le respondió San Pedro:
"¡Pídeselo a la Legión!"[415]

La popularidad del líder rifeño fue tal que se convirtió en un elemento reiterado en el imaginario popular español, con una presencia en canciones y coplas comparable al Barranco del Lobo o al monte Gurugú de la campaña de 1909. He aquí otro ejemplo que se hizo muy popular:

El día que yo me encuentre
cielito mío
con Abdelkrim
le tengo que obsequiar
con una bala
de mi fusil[416].

La muerte y la tragedia fueron otro tema recurrente. Si ya era habitual asociar Melilla o el Rif con un matadero, después del desastre esa percepción se incrementó todavía más, e ir destinado a Melilla se presentaba como ir directo a la tumba:

Si te vas para Melilla
escríbeme a mí primero
para ponerme de luto
hasta la cinta del pelo[417].

Al igual que sucedió en la literatura, el Tercio de Extranjeros se convirtió en un gran inspirador de poemas y canciones, que se convirtieron en clásicos populares españoles y se seguirían cantando durante décadas. La Legión contaba desde 1920 con una marcha oficial, *La Canción del Legionario*, con letra de Emilio Guillén Pedemonti y música del maestro Modesto Romero. Pensada para ser cantada en marchas y desfiles por los propios soldados, recogía los principales tópicos ligados a este cuerpo militar, como el valor, la ausencia de miedo a la muerte, la trágica vida anterior de sus miembros o el amor a la patria. La canción se popularizó rápidamente, especialmente su estribillo:

414 MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 10.
415 PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 122. En 1973 en *Blanco y Negro* aún se recordaba esta "vengativa copla que cruzó nuestro país" al recordar al jefe rifeño: "El dinero de Abd-el-Krim", en *Blanco y Negro*, 13-I-1973, p. 1 p. 56.
416 LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 270.
417 MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 11.

Legionario, legionario
que te entregas a luchar
y al azar dejas tu suerte,
pues tu vida es un azar.
Legionario, legionario
de bravura sin igual,
si en la guerra hallas la muerte,
tendrás siempre por sudario,
legionario
la Bandera Nacional.

Pese a su fama, en 1921 le salió una competidora que superaría con mucho su éxito: *El Novio de la Muerte*, que nació como una cuplé creada por Fidel Prado Duque y con música de Juan Costa Casals. Se estrenó con muy buena acogida en Málaga en julio de 1921, interpretada por la cupletista Lola Montes. A una de las funciones acudió la Duquesa de la victoria, que convenció a la artista para que fuese a Melilla a actuar, pues era necesario levantar la moral de la población que atravesaba un momento crítico. Lola Montes actuó en Melilla los días 30 y 31 de julio, con "éxito indescriptible"[418], y el propio Millán Astray asistió a una de las funciones, decidiendo que aquella composición era idónea para sus tropas, por lo que también se adoptó como marcha oficial de la Legión, y finalmente se convertiría en su himno[419]. De las composiciones surgidas al calor de las campañas marroquís del siglo XX el éxito de *El Novio de la Muerte* es solo comparable al de *La banderita española*, y como las de aquella, sus primeras líneas tienen un lugar privilegiado en la memoria colectiva española:

Nadie en el mundo sabía
quién era aquel legionario
tan audaz y temerario
que se alistó en la Legión.
Nadie sabía su nombre
más la Legión sospechaba
que una pena le rondaba
como un lobo el corazón[420].

También hubo una proliferación de poesía que podemos considerar como "culta", caracterizada en su mayor parte por el objetivo de honrar a los muertos o de alabar su sacrificio. El poeta gallego Ramón Goy de Silva dedicó un sentido poema a los muertos de Monte Arruit, publicado por *ABC* y que se hizo un hueco especial en la memoria al ser grabado en un monolito erigido en el cementerio de la posición, del que actualmente se conserva en Melilla una copia encargada por el periódico *El Telegrama del Rif*. El poema se titula *La Cruz de Monte Arruit* y está dedicado a "los héroes de la patria". Contiene muchas referencias a la crucifixión de Jesucristo, trazando una analogía entre los montes Arruit y Gólgota, y también entre ambas cruces:

[418] La fuente para esta información es un relato de la propia Mercedes Fernández González (Lola Montes había sido su nombre artístico) en 1976, con el que respondía a un artículo de *ABC* según el cual aquella interpretación con más de medio siglo había sido de otra artista. Vid. FERNANDEZ, M.: "Una simpática aclaración", en *ABC*, 6-X-1976, p. 4.

[419] ROCHE, A.: "El novio de la muerte se estrenó en Málaga", en Sur.es: http://www.diariosur.es/v/20110213/malaga/novio-muerte-estreno-malaga-20110213.html

[420] Cit. en CORDÓN, A.: *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971, p. 88.

Después de aquella cruz divina del calvario
ninguna cruz más santa que esta cruz dolorosa
trazada con la tierra bendita de esta fosa
donde el alma española tiene su relicario[421].

Los homenajes al Ejército español en su conjunto no resultaban muy convenientes después de la implacable derrota que había sufrido, pero dedicados a figuras concretas cuyo comportamiento heroico estaba fuera de toda duda eran muy convenientes. Luis Casado y Escudero, único oficial superviviente de Igueriben dejó un hueco en su obra para un largo poema laudatorio dedicado a él y a sus compañeros de posición, firmado por Emilio Mato y titulado *Mi adhesión*. Con una fuerte carga patriótica y un estilo rimbombante, el poema recordaba Sagunto y Numancia como ejemplos de resistencia heroica y gloriosa que habían terminado en tragedia. Solo tenía palabras de elogio para Casado y para los que, a diferencia de él, no pudieron salvarse. Términos como "sublime bizarría" le servían para cantar a una gesta que consideraba ya entre las más señaladas de la historia patria:

Igueriben… Del cañón
resuena el ronco estampido
rimando con el rugido
del ibérico león.
Allí una brava legión
graba con sangre en la Historia
tan excelsa ejecutoria,
que del mártir que caía,
España el nombre ponía
en la cumbre de la Gloria[422].

También el sargento Basallo incluyó al final de sus memorias sobre el cautiverio múltiples manifestaciones de simpatía y afecto recibidas por los liberados en general y por él en particular. Entre ellas varios poemas, todos bastante laudatorios, como el que le tributó el lírico cordobés Carlos Valverde, en el que lo calificaba de "valiente, magnánimo y noble", recordaba su esfuerzo para curar a los prisioneros enfermos y para asistir a los moribundos, considerándolo un ejemplo de piedad y un gran orgullo para la patria española, que nunca podría morir con hijos así. En el siguiente fragmento vemos un ejemplo de esta exaltación del sargento, así como su cometido de ser recitado cuando éste llegara a Málaga:

La Patria española bendice tu nombre,
las madres te aclaman con júbilo santo,
y Málaga entera, cual tú, generosa,
cual tú, hospitalaria, te tiende los brazos[423].

A pesar del Desastre, la lírica de exaltación patriótica continuó siendo la más frecuente. No obstante, también vemos como la poesía se dejó influir por las corrientes de los escritores que trataron las campañas de Marruecos desde su lado más crudo y menos heroico. Uno de los más destacados ejemplos fue el poeta cántabro José del Río Sanz, al que Leguineche definió como "el poeta del desastre de 1921". Su poema *Noche*

421 "Por los héroes de la patria", en *La Correspondencia de España*, 31-I-1922, p. 1.
422 MATO, E.: *Mi adhesión*, en CASADO: *Igueriben*, pp. 292-293.
423 VALVERDE, C. Cit. en BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 186.

en Segangan es una sentida representación del drama del soldado, de su angustia y sufrimiento, no solo por los combates, sino también por la dureza de lo cotidiano, de la trágica vida en un entorno tan hostil:

> A cada instante me despierto inquieto;
> el pabellón parece un esqueleto,
> un esqueleto de algún muerto enorme;
> veo a mi lado un hombre que sujeto
> aún tiene el correaje de uniforme.
> Es igual que un montón de carne hedionda,
> humedad y parásitos; no acierto
> a conseguir que nadie me responda,
> y entonces por el miedo alucinado,
> me llego a figurar que estoy muerto
> y que estoy de cadáveres cercado"[424]

Pese a la existencia de algunas aportaciones como la de José del Río, las guerras de Marruecos del primer tercio del siglo XX no supusieron una inspiración destacada para la poesía española como años más tarde supuso la Guerra Civil. Mientras en la narrativa sí hubo autores que escribiendo sobre el conflicto se hicieron un hueco relativamente destacado en la historia de la literatura española, apenas hubo poetas cuyo recuerdo se ligase a las campañas españolas en el norte de África.

El Desastre y la reconquista en las salas de cine

La industria cinematográfica ya estaba lo suficientemente desarrollada en 1909 como para que aquella guerra tuviese un notable impacto en las salas de proyección. No obstante, pese al *boom* de aquel año, las campañas de la década siguiente no despertaron tanta expectación y, aunque los noticiarios fueron habituales, la producción fílmica fue mucho menor. El Desastre de Annual lo cambió todo. En pocas semanas las salas de cine se llenaron de documentales y decenas de cámaras hicieron su aparición en el frente. Las dos productoras más famosas de la década de 1920, Gaumont y Pathé, pusieron rápidamente a sus mejores hombres sobre el terreno para enviar materiales de primera mano. En las primeras semanas tras el desastre Gaumont produjo documentales como *Marruecos, El combate del 20 de septiembre, España en el Rif, En las gargantas del Gurugú, Visita del Rey al Rif, La batalla de Taxdir, Los Sucesos de la zona de Melilla* y *España en África. Campaña de 1921*[425]. Pathé destacó especialmente por su serie *Marruecos*, que desde septiembre de 1921 estrenaba un episodio cada miércoles y fue muy elogiada en la prensa[426]. Algunos títulos de los sumarios nos dan una buena idea de la variedad temática: *Toma de Nador, Baterías haciendo fuego, el acorazado Alfonso XIII protegiendo la marcha de las tropas, Diversas fases del combate, Cavalcanti entra en Tizza, Nuestra bandera ondea en la posición, Asalto al Gurugú, Comisión del pueblo de Málaga en Melilla, haciendo donativos al regimiento de Borbón, Construcción de*

[424] Cit. en LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 353.
[425] MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado…", p. 383.
[426] "Marruecos", en *La Correspondencia de España*, 8-IX-1921, p. 5. En *Heraldo de Madrid* se afirmaba que "con justicia están siendo muy elogiadas" y se destacaba el peligro para la obtención de muchas de ellas: "Correo del teatro", en *Heraldo de Madrid*, 11-XI-1921, p. 4; mientras que en *El Sol* consideraba la revista como "el documento más veraz, a la par que interesante, de la actual campaña marroquí": "La campaña marroquí vista desde España", en *El Sol*, 9-X-1921, p. 4.

blocaos, En Zeluán entierro de las víctimas, Hospitales de la Cruz Roja, Damas de la aristocracia enfermeras, La Duquesa de la Victoria, Monte Arruit, etc. En muchos casos la revista cinematográfica se promocionaba destacando que las imágenes habían sido tomadas en las primeras líneas de fuego o que había logrado poner al público en pie[427].

La prisa por aprovechar el tirón del momento llevó a que algunos de estos primeros documentales se elaborasen, de forma un tanto engañosa, con material que en su mayoría era anterior al desastre. Fue el caso de *Los sucesos en la zona de Melilla*, de Gaumont, que ya en el mes de agosto se publicitaba así en la prensa de Barcelona:

> Empresarios. Pídannos inmediatamente fecha y condiciones para proyectar en sus salones la grandiosa actualidad LOS SUCESOS EN LA ZONA DE MELILLA. Aparecen en esta película el general FERNÁNDEZ SILVESTRE, los coroneles «Morales» y «Manella», el campamento de Annual, el cañonero «Laya» frente a la playa de Sidi-Dris, etc., etc.[428].

Algunos cámaras que llevaban alejados del tema marroquí desde 1909 volvieron entonces ante la demanda de información gráfica. Fue el caso de Antonio Tramullas, que rodó *Llegada de los heridos de África* (1922) o *Entierro del Jefe del Tercio Teniente Coronel Valenzuela* (1923). Otro destacado cineasta fue el polifacético periodista y escritor Alejandro Pérez Lugín, que en 1922 realizó con el operador Enrique Blanco *Los novios de la muerte, Los troyanos de Zaragoza, Los que dieron su sangre por la patria, Las baterías gallegas* y *Los Regulares*. En la producción de varias de estas películas participó el productor gallego Isaac Fraga, especialmente interesado en que se filmase a sus paisanos[429]. La empresa del Teatro Linares Rivas de A Coruña encargó a la prestigiosa casa Pathé la filmación del documental *Los soldados gallegos en campaña*, compuesto por escenas como *El regimiento de Isabel la Católica en su posición de Gurugú, Capitán y oficiales que mandan las fuerzas, grupos de soldados, las fuerzas del tercero de montaña con la columna Sanjurjo, en pleno combate, el regimiento de Zaragoza* y *el aeroplano «Vigo»*". Otra productora gallega, Celta-film, rodó *Los defensores de la patria retornan*. La proliferación de producciones regionales centradas en los soldados propios es otra manifestación del habitual interés por estar al tanto de lo que sucede con los paisanos destinados a Marruecos, algo que en la prensa llevaba décadas haciéndose. En el cine esta tendencia no estuvo presente en 1909, pero desde entonces se habían incrementado mucho las productoras y la reducción en los costes de la industria hacía que resultase mucho más barato encargar filmaciones. Otro ejemplo de este cine "regional" fue la película que el catalán Francisco Oliver rodó sobre los soldados cántabros, respondiendo a un encargo del santanderino Alfredo Narbón a la casa Pathé.

La censura cinematográfica era muy estricta, algo que entre otras cosas evitó que se difundiesen grabaciones de los cadáveres esparcidos en posiciones como Monte Arruit, cuya impactante difusión correspondió en exclusiva a la fotografía. En el Ejército era bien conocido el valor propagandístico del cine y se trató de aprovechar para mostrar la guerra como justa y heroica, además de presentar una situación de los soldados españoles mucho mejor que la real. Resulta muy revelador el testimonio de Prous i Vila, cuando señalaba en sus memorias que después de 21 días comiendo solo galletas les habían llevado tres sacos de pan tierno. Pero lo hicieron porque iban a filmar una película mientras lo

[427] Por ejemplo del combate de Ait-Aixa: "Suplemento num. 2 a la Revista Pathé", en *La Acción*, 19-IX-1921, p. 6.
[428] Cit. en MARTÍN CORRALES: "Un siglo de relaciones…", p. 14.
[429] GARCÍA FERNÁNDEZ, E. C.: *Historia del cine en Galicia (1896-1984)*, Biblioteca Gallega de La Voz de Galicia, A Coruña, 1985, p. 95.

repartían: "y así nuestras familias podrán ver que no nos falta el pan de cada día". También habían tenido que ponerse ropa limpia, con lo que el resultado de la grabación diferiría bastante de la realidad cotidiana de la tropa[430].

Especialmente interesada por las posibilidades propagandísticas del cine se mostró la Legión, que acaparó buena parte de la atención tanto en los documentales como en el cine de ficción. El propio Millán Astray asistió el 28 de julio de 1922 al estreno en A Coruña del documental *Los novios de la muerte*, de Pérez Lugín[431], con el que había colaborado y para cuya filmación había dado muchas facilidades. En general, el líder y fundador de la Legión favoreció notablemente el trabajo de los cámaras, lo que ayudó todavía más a que su fuerza militar fuese un tema recurrente. De la opinión de Millán Astray sobre el valor del cine resulta muy revelador este fragmento de su obra sobre la Legión de 1923:

> También es deuda de la Legión con los informadores gráficos españoles, que tuvieron sus cámaras siempre propicias a registrar cuanto grato o interesante ocurriese en la Legión.
>
> Últimamente la película, que da la vida a la figura y aire de realidad a lo representado, que interesa, que atrae y emociona, los buscó con predilección y llevó la vida de los legionarios a todas partes proporcionándoles el público homenaje de efectivos aplausos. En igual manera llegó a la Legión gratuita, espontánea, con sentido de interés, esmerándose en los pormenores favorables, apartándose de los adversos, con verdadero cariño[432].

Además del documentalismo, el cine de ficción también prestó atención a la guerra en Marruecos desde 1921. No obstante, el desastre no resultaba un episodio muy favorable para mostrar en las salas de cine, de modo que la reconquista posterior fue la que sirvió de contexto para todas las producciones. La innovación temática y estética que percibimos en la literatura no tuvo paralelismo en la industria cinematográfica, pues los argumentos estaban llenos de tópicos y estereotipos. Los soldados españoles, siempre valientes y entregados a su patria aparecían luchando denodadamente contra los *moros*, a los que siempre terminaban venciendo entre heroicidades. Se perdió el componente cómico que había caracterizado a algunas películas de la década de 1910[433], pues la situación no era para tomarse las cosas a broma, pero el componente patriótico iba a estar siempre presente.

Entre las escasas producciones destacadas podemos señalar *Por la Patria. Memorias de un legionario* (Rafael Salvador, 1921), definida por Ignacio Lahoz como un documental ficcionalizado[434]. Se estrenó en noviembre de 1921 y gozó de un notable éxito, como señalaron los periódicos y como demuestra el que todavía se seguía emitiendo en 1924[435]. Otra película destacada fue *Alma Rifeña*, dirigida por el cineasta José Buchs y estrenada en 1922. El famoso escritor y corresponsal Rafael López Rienda fue guionista, y varios de los principales protagonistas no fueron actores profesionales, sino corresponsales de guerra. La película se rodó en Melilla y áreas próximas en las que no había combates[436]. Aunque en la Península habría múltiples escenarios que servirían

[430] PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 117.
[431] "Millán Astray en La Coruña", en *El Ideal Gallego*, 29-VI-1922, p. 1.
[432] MILLÁN ASTRAY: *La Legión*, p. 82.
[433] Como las señaladas *Moritz soldado en Melilla* o *Cebollino rey de Sahara*.
[434] LAHOZ RODRIGO, I.: *La construcción de un cine nacional: Fracaso industrial y éxito popular entre 1921 y 1930*, Liceus, Madrid, 2005, p.
[435] "Espectáculos y deportes", en *ABC*, 12-XII-1924, p. 31.
[436] MARTÍNEZ: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid*, p. 191.

perfectamente para emular las tierras del Rif, resultaba mucho más veraz y más cómodo filmar en el Protectorado, por las facilidades que daban las autoridades militares. La película se centraba en tres ingenieros españoles que eran atacados por los rifeños, combinándose el conflicto hispano-marroquí con una típica historia de amor. La película se volvió a estrenar en 1928 con el título *Una aventura en el Rif*.

En definitiva, podemos afirmar que el Ejército se aprovechó del cine documental y de ficción para transmitir una imagen determinada de la guerra y el colonialismo, mientras que las productoras buscaban sobre todo el beneficio, por lo que se centraron en temáticas que les podrían proporcionar más espectadores, al tiempo que evitaban problemas con la censura. Estos aspectos lastraban la objetividad de esta producción cinematográfica, pero en aquel entonces apenas se ponía en duda la veracidad de lo visto en las pantallas. La selección interesada de lo que se quería mostrar al público suponía una clara distorsión de la realidad, en la que difícilmente pensarían unos espectadores embargados por el realismo de las imágenes. En años anteriores, el cine ya estaba dominado por los estereotipos peyorativos del marroquí, pero después de Annual éstos se exageraron todavía más. Triunfó la imagen del "espíritu de codicia del rifeño, su fanatismo, belicosidad, nómada y poco apego a la tierra"[437]. Más que nunca había que vencer la oposición a la guerra y el antimilitarismo, y el control que había sobre el cine era mucho más fácil que el de la literatura, por lo que no fueron posibles producciones críticas como las que hubo en papel.

Annual y el monumento conmemorativo

Aunque los años de las Restauración fueron de gran proliferación de monumentos públicos, la aplastante derrota sufrida en Annual no era un episodio especialmente favorable para recordar a futuras generaciones. Sin embargo, como sucedió tras la Guerra de Cuba, se trató de salvar el honor de los derrotados rescatando algunas de las mayores muestras de entrega y valor, por lo que se erigieron algunos monumentos aislados.

A raíz de la Primera Guerra Mundial, en países europeos como Francia y Gran Bretaña se había producido una gran oleada de monumentos en memoria de los caídos, en los que destacó la preocupación por recordar en la medida de lo posible los nombres de los que habían perdido la vida. En España no hubo nada comparable después del Desastre. Obviamente las cifras de fallecidos no eran comparables a las de la Gran Guerra, pero aún así sorprenden aspectos como la ausencia de un esfuerzo por identificar los cadáveres, de modo que muchos de los que habían perdido la vida figurarían siempre como "desaparecidos" por la desidia de las autoridades, con la consiguiente angustia para las familias. El 17 de agosto de 1921 se implantó la "Medalla de identidad del Ejército Español", para facilitar la identificación de bajas, como habían hecho varios ejércitos en la Primera Guerra Mundial, pero la medida llegaba tarde[438].

El monumento más aludido y emblemático de la campaña fue la conocida como Cruz de Monte Arruit (Fig. 56). Se trataba de una sencilla cruz de madera, de varios metros de altura, decorada únicamente con coronas de laurel. Fue erigida después del entierro de los casi 3.000 cadáveres encontrados en la posición y alrededores, convirtiéndose en un símbolo del martirio de aquellos pobres soldados. Posteriormente, por iniciativa de *El telegrama del Rif* se erigió a su lado un pequeño monolito con un

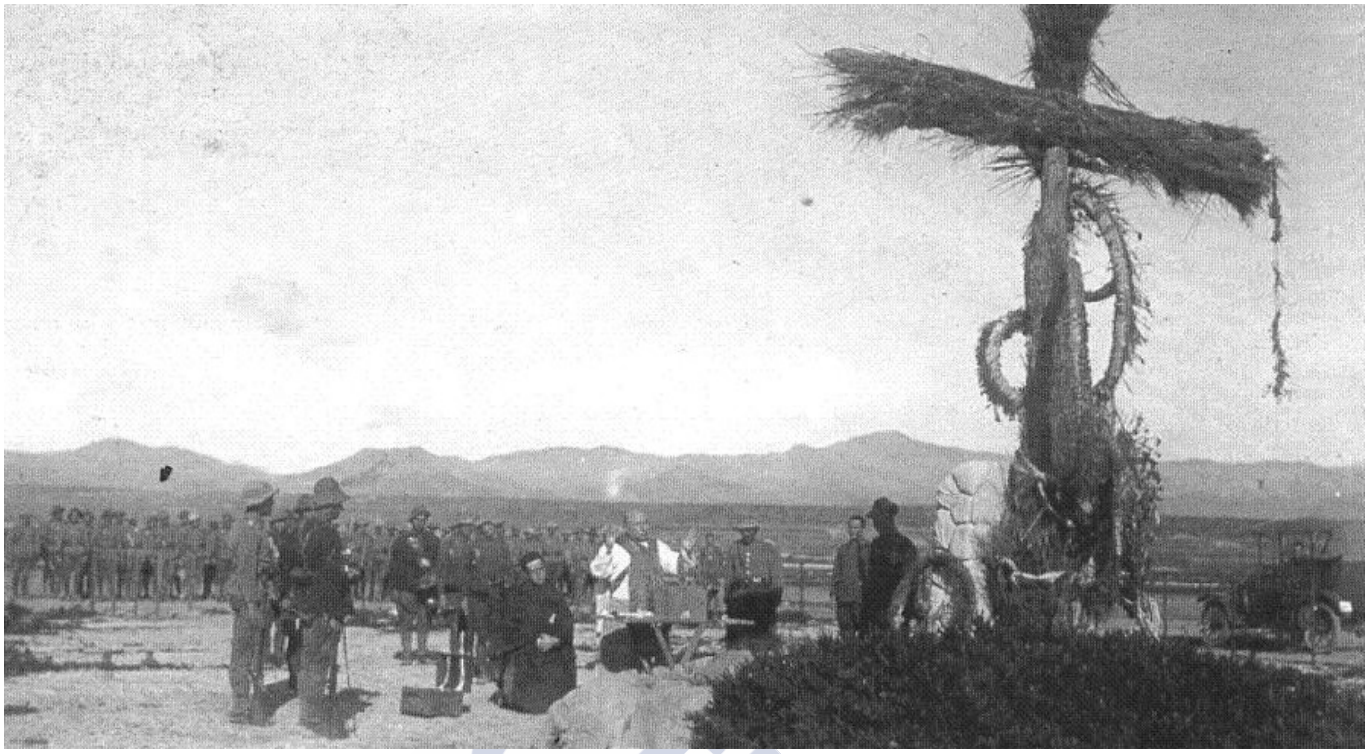
[437] LÓPEZ GARCÍA, B.: "El cine y las relaciones hispano-marroquíes, de la imagen del "protegido" a la del "inmigrado"", en MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000, p. 44.
[438] BALLENILLA: "Panteón de los héroes de las campañas", p. 58.

poema de Goy de Silva sobre la tragedia. También se instaló al pie de la cruz un altar en el que se celebraron misas y otras ceremonias religiosas en honor de los caídos[439]. La sencillez del monumento fue considerado uno de sus rasgos más destacados y genuinos, porque encajaba muy bien con la lastimera realidad que representaba. Prous i Vila la definió como "una cruz hecha de postes como de teléfono, ornamentada con ramas y hojas y declarada monumento nacional", a cuyos pies había otra gran cruz de piedra con centenares de cadáveres enterrados[440]. Aunque siempre se habló del monumento con respeto, había quien no estaba de acuerdo con su existencia, especialmente cuando ya había pasado un cierto tiempo desde la catástrofe. Las voces que pidieron su retirada lo consideraban un símbolo de la derrota que los rifeños podían contemplar constantemente. El general José Sanjurjo compartía esta idea, estimando que se debía desmontar el monumento y trasladar a Melilla los restos de los caídos. El periodista Rafael López Rienda coincidía con él en 1924, considerando que también habría que eliminar las ruinas de lugares como Zeluán, Nador y Monte Arruit, porque para los rifeños eran "vestigios de un éxito efímero", así como retirar las diversas cruces sembradas en las posiciones perdidas[441]. Este tipo de opiniones contrastaron con las de los que querían que se construyera un panteón nacional en Monte Arruit, que finalmente no prosperaron, aunque sí se emprendieron diversas mejoras en el acondicionamiento del lugar.

Junto a la Cruz de Monte Arruit, el otro monumento simbólico de la tragedia iba a ser el Panteón de los Héroes del cementerio de Melilla. Aunque como vimos en anteriores capítulos se concibió en estrecha relación con la Guerra del Barranco del Lobo, terminó estando más vinculado al Desastre de Annual. Desde el verano de 1921 el panteón se convirtió en lugar de visita obligada para las personalidades civiles y militares que pasaban por Melilla, que con gran frecuencia depositaban allí ramos o coronas de flores como homenaje a los muertos en el desastre. El edificio estaba en un estado de construcción muy avanzado, pero aún no se había rematado, por lo que se aprovecharon diversas suscripciones para continuar las obras[442]. Con fondos de la suscripción "Melilla" se financió una figura para coronar el monumento, un ángel de bronce de más de dos metros, que porta el laurel de la victoria y la palma del sacrificio. Fue fundido en Alemania y no estuvo colocado hasta 1925 (Fig. 56)[443]. A día de hoy descansan en el panteón casi todos los restos de muertos en el desastre que había sido enterrados por todo el Rif, pero fueron trasladados allí muy poco a poco, produciéndose la mayor parte de estas exhumaciones durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera, por lo que con el paso del tiempo el panteón se fue convirtiendo cada vez más en el lugar que centralizó la memoria del desastre.

Dejando a un lado Melilla y buscando en el resto de España, el monumento más destacado en relación con el desastre fue el que se erigió en Málaga en memoria del comandante Benítez y los *héroes* de Igueriben (Fig. 57). Convertido en el hecho heroico por excelencia de la campaña, no resulta extraño que se le tributase un gran homenaje para valorar el sacrificio y sirviese como ejemplo en unos tiempos muy complicados. El Arma de Infantería estaba preparando homenajes a Julio Benítez, y el Ayuntamiento de

439 Vid. por ejemplo "España en Marruecos", en *La Acción*, 18-IV-1922, p. 2; "Nuestra acción en Marruecos", en *El Siglo Futuro*, 18-IV-1922, p. 2.
440 PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 237.
441 LÓPEZ RIENDA, R.: "La cruz de Monte Arruit", en *El Sol*, 22-V-1924, p. 8.
442 Por ejemplo la Junta de Donativos de Melilla destinó 12.000 pesetas a tal efecto en marzo de 1922: "Informes de Melilla", en *La Libertad*, 8-III-1922, p. 2. En junio la corporación municipal donaba otras 12.000 pesetas, y se señalaba que Joaquín Arteaga, Duque del Infantado, contribuiría con lo que faltase: "El Alto Comisario y el Jalifa", en *La Época*, 3-VI-1922, p. 2.
443 BALLENILLA: "Panteón de los héroes de las campañas", p. 46.



(Fig. 55) La Cruz de Monte Arruit en una postal de la época



(Fig. 56) Parte superior del Panteón de los Héroes de Melilla, con la escultura añadida en 1925.



(Fig. 57) Monumento al comandante Benítez y los héroes de Igueriben en Málaga (Julio González Pola, 1926).



(Fig. 58) Monumento al teniente coronel Fernando Primo de Rivera en Madrid (Mariano Benlliure, 1923).



(Fig. 59) *Los de Igueriben mueren pero no se rinden* (Antonio Muñoz Degrain, 1924)



(Fig. 60) Monumento a la Duquesa de la Victoria en Madrid (Julio González Pola, 1925).



(Fig. 61) Oficiales y soldados del Tercio y los Regulares en los laterales del monumento a la Duquesa de la Victoria.

Málaga decidió adherirse a ellos el 2 de febrero de 1923[444]. El 27 de abril el concejal Manuel Rivera señalaba que el homenaje debía iniciarlo Málaga, porque el jefe de la posición era malagueño y su defensa había sido "el episodio más grandioso que se registró en el descalabro de Melilla", mereciendo un homenaje nacional por su "intensidad y nobleza". Se aceptó por unanimidad la propuesta del concejal de que la *Plaza de Capuchinos* pasase a llamarse *Plaza de los Defensores de Igueriben*. También propuso que se invitase a los ayuntamientos de las capitales de provincia a unirse al homenaje nacional, y que Málaga iniciase con diez mil pesetas una suscripción de fondos para erigirle un monumento, propuestas que finalmente salieron adelante pero que en aquel momento se supeditaron a la decisión de los militares[445]. Aunque se proyectó durante el último Gobierno de la Restauración, la inauguración no se produjo hasta bien entrada la Dictadura de Primo de Rivera, el 11 de febrero de 1926. En el solemne acto estaban presentes los reyes, los infantes, Primo de Rivera, el alcalde de Málaga y otras personalidades, además de una nutrida representación militar y niños de las escuelas públicas. Las diversas intervenciones en el acto de inauguración coincidieron en ensalzar la hazaña de Benítez como una de las mayores glorias nacionales. El gobernador militar destacó el que la estatua estuviese colocada frente al puerto, de modo que pasasen cerca de ella todos los soldados que en la ciudad embarcasen rumbo a Marruecos, lo que podía amplificar el objetivo moralizante del monumento. Al acto también asistieron los tres supervivientes de Igueriben y la mujer de Benítez, a la que Alfonso XIII dijo: "Puedes estar satisfecha; se ha rendido justicia a tu esposo" [446]. El monumento fue realizado por Julio González Pola. Se compone de un gran pedestal de piedra sobre el que se alza una estatua de bronce de considerables dimensiones representando a Julio Benítez, quien está en posición marcial, con un sable en las manos y una pieza de artillería detrás. En la parte baja del pedestal yace un soldado con la mano en el pecho y la otra agarrando una bandera. La inscripción está dedicada "Al heroico comandante Benítez", y también se puede leer "Igueriben 1921". En los laterales del pedestal fueron grabados los últimos heliogramas enviados desde la posición, como "Los de Igueriben mueren, pero no se rinden", símbolos de la hazaña reiterados hasta la saciedad en la época y a los que ya nos referimos en el apartado dedicado a los héroes.

Otro monumento a un protagonista del desastre fue el mausoleo que el escultor Mariano Benlliure realizó en honor del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, para el cementerio de San Isidro en Madrid (Fig. 58). Fue inaugurado en noviembre de 1923, coincidiendo con el traslado de los restos del militar desde Melilla, que generó una gran expectación[447]. Se componía de una sencilla estela de piedra, acompañada de la figura en bronce de un oficial de Caballería que sujeta la bandera del regimiento de Alcántara. En la estela había un medallón de bronce con el retrato del teniente coronel, y la dedicatoria del conjunto era "del Arma de Caballería al teniente coronel Primo de Rivera", por haber llegado al límite de la abnegación y el sacrificio. A diferencia del de Benítez, era un monumento pequeño (la estatua era de tamaño natural), y su ubicación respondía más a

[444] "Noticias de Sociedad", en *La Época*, 5-II-1923, p. 2; "Homenaje a los héroes de Igueriben", en *El Globo*, 5-II-1923, p. 1.

[445] CHAVES GUERRERO, E. I.: "Muñoz Degrain: renovando la pintura de Historia: Los de Igueriben mueren; informe sobre su propiedad", en *Museo y Territorio*, nº 1, p. 143.

[446] "Los Reyes de España en Málaga", en *La Época*, 11-II-1926, p. 3. Vid. también MELENDRERAS GIMENO, J. L.: "Monumento al comandante Benítez en Málaga", en *Jábega* nº 90, 2012, p. 105.

[447] Vid. por ejemplo "De Marruecos. Los restos del teniente coronel Primo de Rivera", en *La Libertad*, 11-XI-1923, p. 5.

su objetivo funerario que a su carácter ejemplarizante o de recordar una gloria nacional al pueblo[448].

Mucha más visibilidad iba a tener otro destacado monumento, directamente relacionado con la guerra, pero de un carácter muy diferente a todos los analizados hasta ahora: el que se erigió en Madrid a Carmen Angolotti y Mesa, Duquesa de la Victoria, justo en frente al Hospital de San José y Santa Adela de la Cruz Roja Española (Fig. 60). La iniciativa partió de la reina y tuvo muchas adhesiones. En los discursos del acto de inauguración se destacó que el homenaje había nacido "de la gratitud de miles de madres, hermanas y esposas de militares heridos, que recibieron los beneficios de la generosa obra"[449]. La inauguración tuvo lugar el 29 de junio de 1925, presidida por la reina Victoria sin la compañía de Alfonso XIII. En los discursos se ensalzó constantemente la labor de la Cruz Roja española y de las damas enfermeras. Obra de Julio González Pola, el monumento destaca por la figura de la Duquesa de la Victoria arrodillada, con ropas de enfermera y un soldado herido en brazos, del que toma su mano como si intentara reconfortarlo, una composición inspirada en la clásica *Pietà*. La parte alta del monumento la compone una ancha cruz flanqueada por cuatro soldados: un oficial de Regulares y un soldado indígena a la derecha, y un oficial del Tercio y un legionario a la izquierda (Fig. 61). La elección de estas tropas en un monumento dedicado a la labor asistencial demuestra hasta qué punto eran las más populares en aquel entonces del Ejército español que luchaba en Marruecos. El conjunto escultórico está dedicado en nombre de "la nación agradecida" a la Duquesa de la Victoria, como "bienhechora de los soldados heridos y enfermos por la campaña de Marruecos". De todos los monumentos conmemorativos centrados en un personaje concreto que hemos analizado, el de la Duquesa de la Victoria es el único que se dedicó a una persona viva, pues duquesa falleció en 1959. No obstante, no quiso estar en la inauguración, lo que fue considerado un rasgo de modestia[450]. De este monumento existe una reproducción casi exacta, aunque de menores dimensiones, ubicada en Cádiz. La iniciativa salió adelante sobre todo por el apoyo del alcalde Agustín Bázquez, y la inauguración se produjo el 24 de noviembre de 1925, destacando la presencia de Primo de Rivera y del infante Don Carlos[451].

Otros monumentos a los que podemos aludir son el que se erigió en Molina de Aragón (Guadalajara) al capitán Félix Arenas Gaspar, laureado póstumo por su labor protegiendo la retirada de Annual[452], ejemplo de homenaje local a un paisano ilustre de una pequeña localidad; el busto en Segovia en honor al teniente Diego Flomesta, muerto en la defensa de Abarrán, que fue hecho para la Academia de Artillería de la ciudad[453]; o el notable conjunto escultórico de Benlliure dedicado a la caballería española en general, y a los jinetes de Alcántara que cubrieron la retirada desde Annual en particular (Fig. 81). Fue inaugurada en Valladolid en 1931, pero había sido concebida muchos años antes, pues en abril de 1923 su emplazamiento ya estaba decidido[454].

---

[448] Por ello también sería más olvidada en los años siguientes. Durante la Guerra Civil la figura de bronce y otras partes del monumento fueron destruidas, por lo que actualmente la tumba del militar es mucho más sencilla.

[449] La cita pertenece al discurso de Carmen de Laá, en representación de la Comisión organizadora. Cit. en "Homenaje a la Duquesa de la Victoria", en *La Época*, 29-VI-1925, p. 3.

[450] "Homenaje a la Duquesa de la Victoria", en *La Voz*, 29-VI-1925, p. 2; "Homenaje a la Duquesa de la Victoria", en *El Globo*, 30-VI-1925, p. 1; "Los Reyes de España en Málaga", en *La Época*, 11-II-1926, p. 3; MIRALLES-SANGRO, M. T. y DURAN ESCRIBANO, M.: "La enfermera en el monumento madrileño (1908-1936)". *Index Enferm* [online]. 2005, vol.14, n.51, pp. 65-69.

[451] "Pormenores de la estancia en Cádiz del Marqués de Estela", en *El Siglo Futuro*, 25-XI-1925, p. 2.

[452] Inaugurado el 5 de junio de 1928, en presencia de Alfonso XIII. La estatua era obra del escultor Collaut Valera.

[453] Inaugurado el 22 de mayo de 1926 (desde el 30 de junio de 1924 ya había una placa en su honor).

[454] "El monumento a los jinetes de Alcántara", en *La Voz*. 28-IV-1923, p. 2.

En conclusión, podemos señalar que la construcción de monumentos relacionados con el Desastre de Annual fue puntual, sin que hubiese desde el Estado o el Ejército una política conmemorativa definida y con pautas marcadas. Al contrario, fueron iniciativas concretas y muchas veces personales las que llevaron a la construcción de la mayoría de los homenajes. El método de la suscripción popular completada con dinero público fue el más habitual, salvo en el caso de los monumentos financiados directamente por el Ejército. En cuanto al objeto de los homenajes, son fundamentalmente personales y, más allá de lo visto en Melilla, no hubo una proliferación de monumentos dedicados a los muertos del desastre, a pesar de la magnitud de la tragedia. Las inauguraciones continuaron la tendencia de años anteriores, con amplia representación de personalidades civiles y militares, así como con discursos de exaltación de las hazañas militares y el sacrificio por la patria. La mayor parte de estos monumentos se inauguraron durante la dictadura de Primo de Rivera, por el tiempo necesario para su construcción, pero habían sido planificados durante los últimos gobiernos de la Restauración.

Pintando y dibujando la catástrofe

El Desastre de Annual fue un hecho histórico cuya repercusión en la pintura fue muy escasa, al igual que los anteriores conflictos de España en Marruecos en el siglo XX. El claro declive de la pintura de historia desde finales del XIX, la irrupción de la fotografía y su consolidación como apoyo gráfico en prensa y libros, la impopularidad de las campañas de Marruecos o la ausencia de apoyo institucional fueron aspectos que explican esta ausencia tan marcada. También podríamos pensar que el carácter trágico del episodio fue fundamental en esta situación, pero unos años después el exitoso desembarco de Alhucemas tampoco generó más que algunas muestras pictóricas puntuales. Una buena muestra de esta escasez es que la obra más destacada a la que podemos aludir es un cuadro inacabado: *Los de Igueriben mueren, pero no se rinden*, de Antonio Muñoz Degrain (Fig. 59), uno de los últimos exponentes de la pintura de historia y que falleció antes de poder terminar su obra. En agosto de 1923 Muñoz Degrain ya estaba trabajando en su pintura "a la epopeya gloriosa del comandante malagueño Julio Benítez". Degrain había decidido regalar la obra al Ayuntamiento de Málaga, pero murió en octubre de 1924, con el cuadro muy avanzado pero sin terminar, y éste terminó en el Museo de Bellas Artes de Málaga[455]. Aunque se trata de una pintura de historia por su temática, se aleja del estilo realista predominante en el XIX y que Muñoz Degrain había cultivado en su juventud, pudiendo catalogarse de impresionista por su colorido y sus pinceladas sueltas. La escena muestra al propio Benítez yaciendo herido sobre una bandera española, en medio de un caos en el que multitud de rifeños asaltan la posición.

Un pintor que con los años se convertiría en el gran referente de la pintura española sobre Marruecos, Mariano Bertuchi, realizó algunos trabajos menores en esta etapa, como el caso de *Tazarut*. *Teniente Coronel González Tablas* (1922), en el que representa el funeral de este oficial de Regulares; o *Convoy a Tizzi Azza* (1923), que muestra la muerte del Teniente Coronel Rafael Valenzuela, en una composición llena de colorido en la que un grupo de rifeños se retira ante el empuje de los legionarios, pero Valenzuela, al frente de sus tropas, recibe un disparo.

Al margen de los trabajos de Muñoz Degrain y Bertuchi encontramos alguna aportación suelta de escasa relevancia, como *La traición de Monte Arruit*, pintado en 1921 por Emilio Martínez Medal. Mucho más habituales eran los dibujos y grabados

[455] Según sus propias palabras al periodista Muñoz Estrada: CHAVES: "Muñoz Degrain: renovando la pintura de Historia…", p. 144.

pensados para ilustrar libros o periódicos, o simplemente para postales o colecciones de cromos. En la prensa, el dominio de la fotografía dejó poco espacio para grabados e ilustraciones sobre la guerra, cuya presencia era cada vez más marginal. La principal excepción era la prensa satírica, en la que las viñetas no dejaron de ser el elemento fundamental. En ellas seguían presentes muchos de los tradicionales estereotipos peyorativos sobre los *moros*, y los recientes hechos contribuyeron a reforzar el del salvajismo. A pesar de la existencia de múltiples viñetas relacionadas con el tema marroquí, en ellas encontramos una cierta ausencia de referencias al desastre. La frecuencia de las imágenes de soldados españoles asesinados por los *moros*, que se podrían haber empleado tanto para demonizar al enemigo como para atacar a los políticos españoles, fue menor que por ejemplo en 1909. Esta ausencia pudo deberse a la magnitud de la tragedia, que no hacía muy apropiadas las bromas, y también a la censura, que actuaba como demuestran los espacios en blanco con los que salieron algunos números de *La Campana de Gràcia*[456]. Otro semanario satírico, en este caso madrileño, como era *Buen Humor*, prácticamente no tocó el tema marroquí en sus viñetas de los meses posteriores al desastre, a pesar de que estaba más candente que ningún otro. Mucho más prolífico y beligerante fue el barcelonés *L'Esquella de la Torratxa*, en el que la visión grotesca del moro fue constante y se apelaba con frecuencia mensajes vengativos y de castigar al enemigo (Fig. 63)[457], aunque sin olvidar la crítica a los políticos y la sociedad española[458]. También mostró varias estampas de despedidas de tropas, en las que aparecían en clave de humor muchos elementos típicos, como damas regalando escapularios, mujeres pidiendo orejas de moros, mensajes de patriotismo o diversos chistes sobre el viaje, la guerra y los *moros*[459]. *La Campana de Gràcia*, todo un clásico de la prensa satírica catalana, resulta muy interesante porque, a pesar de su visión negativa de los marroquíes, éstos no salían peor parados que los políticos y militares españoles. De hecho, era un recurso recurrente caracterizar a los gobernantes españoles como *moros*, lo que al mismo tiempo suponía aprovechar unos tópicos negativos que eran perfectamente comprendidos por la opinión pública, y tratar a los políticos como otro enemigo. El 13 de agosto presentaban el "auca de Abd-el-Krim, el moro malo", una sucesión de viñetas sobre la vida del líder rifeño, pero pese a lo que pudiese parecer, la mayor parte de la crítica iba contra la política española[460]. También eran habituales las ilustraciones criticando la presunta labor civilizadora de España, la ausencia de avances en el tema de las responsabilidades o el que todavía hubiese quien plantease el conflicto como una guerra de religión[461]. Esta actitud de *La Campana de Gràcia* parece vinculada a la evolución de las posiciones catalanistas que sus principales impulsores defendían.

Otro medio fundamental de difusión de ilustraciones fueron las postales. Aunque las series más famosas de 1921 fueron con diferencia las fotográficas, había muchas compuestas por dibujos. Entre los variados temas tratados destacaban las que presentaban

[456] Letras de "Censurat" dejaban claro el motivo de los espacios en blanco. Vid. "Psicología mora", en *La Campana de Gràcia*, 13-VIII-1921, p. 1.

[457] Como el "Prepára´t moro traidor" de la portada del 26-VIII-1921, en la que un grupo de soldados con un tanque entraban por la boca de un gigante *moro* negro (Fig. 62)

[458] Muy bien reflejada en una imagen de un duro combate entre españoles y rifeños, que unos hombres trajeados miraban con telescopio mientras comentaban que no le quedaría otra que organizar una nueva fiesta "Per començar. Una página de gloria", en *L'Esquella de la Torratxa*, 9-IX-1921, pp. 600-601.

[459] Vid. por ejemplo *L'Esquella de la Torratxa*, 19-VIII-1921, pp. 552-553; 26-VIII-1921, pp. 568-569

[460] "Auca de Abd-El-Krim, el moro malo", en *La Campana de Gràcia*, 13-VIII-1921, p. 4.

[461] El semanario barcelonés era claramente anticlerical, por lo que no resulta raro que los ataques al catolicismo fuesen todavía más comunes que aquellos a la religión musulmana. Vid. ejemplos como "Legionaris místics", en *La Campana de Gràcia*, 17-IX-1921, p. 4, con frailes y monjas desfilando armados; o "Coloraines refractàries", 10-IX-1921, p. 1, contrastando un eclesiástico con una mujer con burka.



(Fig. 62) “Prepara’t, moro traidor”, en *L’Esquella de la Torratxa*, 26-VIII-1921, p. 1.



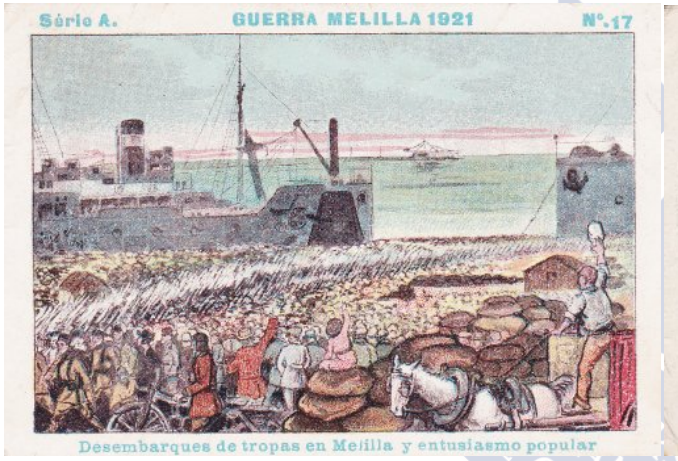
(Fig. 63) “De la collita de Nador”, en *L’Esquella de la Torratxa*, 22-IX-1921, p. 1.

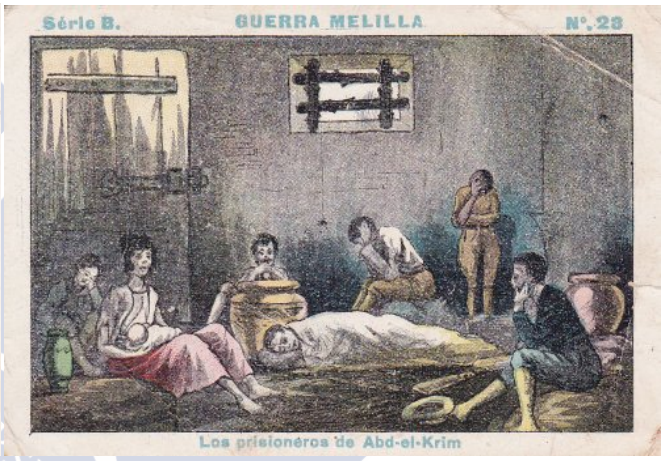


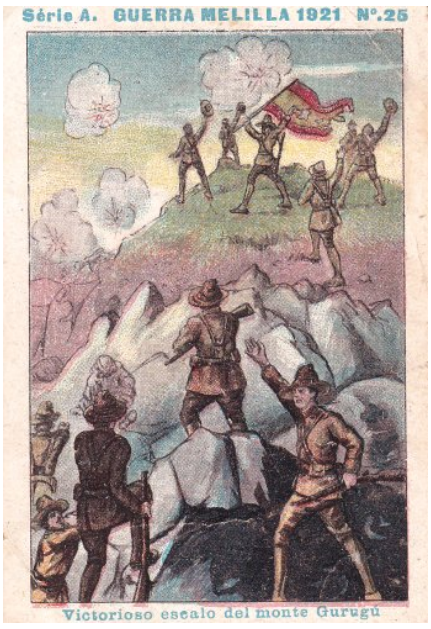
(Fig. 64) Postales de J. Ibáñez editadas por N. Coll Salieti.













(Fig. 65) Las tarjetas de los chocolates Jaime Boix volvieron a contar con una serie que recogió las más variadas escenas de la guerra.



(Fig. 66) “La tragedia de Monte Arruit”, en *La Esfera*, 5-XI-1921, p. 14.



(Fig. 67) Cadáveres de jinetes y caballos de los escuadrones de caballería de Alcántara, en *Mundo Gráfico*, 2-XI-1921, p. 9.



(Fig. 68) “La fosa de los héroes de Monte Arruit”, en Mundo Gráfico, 16-XI-1921, p. 18.



(Fig. 69) Fotografía anónima que muestra a un grupo de legionarios posando con cabezas de los enemigos rifeños.



(Fig. 70) El periodista Luis de Oteyza con Abd-el-Krim, fotografiado en su cuartel general por Alfonso Sánchez Portela.

a soldados españoles en acción, muchas veces en escenas muy violentas, como la típica de ensartar a los enemigos en las bayonetas; enemigos interpretados con especial desprecio y destacando sus aspectos negativos. Resultan muy significativas las del autor J. Ibáñez, editadas por N. Coll Salieti, cuyos motivos a color iban desde soldados españoles asando a un *moro* vivo a grotescos retratos que sufrían diversas humillaciones (Fig. 64)[462].

A esto habría que añadir las ilustraciones para libros, como las cubiertas de novelas o ensayos, muchas veces imágenes en color que representaban a rifeños[463]; aleluyas, recortables, tebeos e incluso cromos que acompañaban a las tabletas de chocolate (Fig. 65). La presencia de la guerra de Marruecos en ámbitos tan diferentes hacía que casi toda la población española estuviese expuesta al bombardeo de imágenes, y que éstas siguiesen siendo muy importantes a la hora de asimilar una imagen determinada de la guerra y el enemigo. Prous i Vila recordaba en sus memorias que incluso los que luchaban en Marruecos tenían vivo "el recuerdo de aquellos héroes que habíamos visto en las revistas ilustradas y en los cromos que salían en las tabletas de chocolate poniendo la típica banderita en algún blocao, en la cima del Gurugú, en Nador y en Zeluán"[464]. No obstante fue la fotografía, que llevaba años ganando protagonismo, la que acaparó la mediatización de un conflicto cuyas repercusiones no hubiesen sido las mismas sin ella.

Annual y la fotografía: el desastre más real

El progresivo incremento de la influencia de la fotografía que pudimos constatar con cada nuevo conflicto en Marruecos culminó tras el Desastre de Annual. No se puede entender el impacto generado en la población española por los sucesos de la comandancia de Melilla sin tener en cuenta el papel que tuvieron las imágenes mostrando los restos de soldados caídos. Especialmente las fotografías tomadas en la posición de Monte Arruit y sus inmediaciones, completamente sembradas de cadáveres en descomposición, fueron una terrible revelación de la magnitud de la tragedia (Figs. 66, 67 y 68). El refrán español de "ojos que no ven, corazón que no siente" quedó sin efecto con la extraordinaria difusión a través de postales, prensa o libros, de cientos de fotografías que desde entonces tienen un lugar especial en la memoria colectiva española. Si la Guerra de África quedó fundamentalmente asociada a las pinturas de Fortuny a la hora de imaginarla, el Desastre de Annual evocaría aquellas estampas de muerte y desolación desde pocos meses después de haber ocurrido. Esas fotografías también marcaron un punto de inflexión entre el intenso clamor inicial por la venganza y el fortalecimiento de las apuestas por el abandono y la búsqueda de responsabilidades que se produjo después.

Además de los restos de los soldados muertos, las fotografías de Monte Arruit mostraron a oficiales españoles (incluyendo al Alto Comisario Berenguer) observando el desolador panorama, así como a los equipos de higienización del Ejército y miembros de algunas órdenes religiosas retirando los cadáveres. Respecto a estos últimos hubo una cierta polémica porque varios periodistas los acusaron de haber posado para las fotografías sin haber realizado labor alguna. Fue el caso de Fernández Oxea, que en sus crónicas ensalzó a un alférez de sanidad militar, que con su grupo llevaba recogidos 5.000 cadáveres, pero que no salía en las fotos como esos *chupacámaras* "vanos y presumidos",

462 MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, pp. 136-137.
463 Fue el caso de *Seis meses en Yebala* (Gabriel Rebellón), *España en el Rif* (Ruiz Albéniz) o *España en África* (Néstor Gambetta).
464 PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, p. 301.

cuyas fotos eran una gran mentira[465]. Juan Pando ha señalado que fueron unos jóvenes sacerdotes, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, los que pidieron a un teniente médico que los fotógrafos los retratasen "en ademán de enterrar los muchos cadáveres que había", a lo que éste accedió prestándoles unas palas y una carretilla. Pando contrasta este hecho con la labor de los capuchinos, que sí fue eficiente y en absoluto para aparentar[466]. Este suceso, que no pasa de una simple anécdota, resulta interesante como ejemplo de la facilidad para deformar la realidad a través de las cámaras, en una época en la que estaba cada vez más perfilado el valor propagandístico de la fotografía. Indalecio Prieto recogió en una de sus crónicas que, cuando se estaba recuperando el monte Gurugú, la bandera española fue izada en la cumbre antes de que la posición se hubiese rodeado, quejándose de que la situación no era para perder tiempo con teatralidades. A los pocos días las fotografías de la enseña en el monte ya aparecían en los periódicos[467].

Los fotógrafos más famosos del momento, como Pepe Campúa o José María Díaz Casariego, apenas retrataron con sus cámaras los horrores de la guerra. Alfonso Sánchez Portela sí consiguió algunas capturas más duras, pero los que más destacaron fueron fotógrafos de Melilla como Carlos Lázaro o Salvador Lázaro, que utilizaron empresas postales como Hauser y Menet o Postal Express para difundir sus reportajes fotográficos[468]. Además, el abaratamiento de los sistemas fotográficos y su versatilidad permitió que los soldados pudiesen llevar sus propias cámaras, algo que fue habitual en los de cuota, lo que llevó incluso a hablar de la "guerra del Kodak"[469]. Al margen de las famosas fotografías de la posición de Monte Arruit, el reportaje fotográfico que generó mayor impacto fue el que llevaron a cabo en exclusiva José Díaz Casariego y Alfonso Sánchez Portela. Ambos, en compañía del periodista Luis de Oteyza, consiguieron llegar al cuartel general de Abd-el-Krim con un salvoconducto del líder rifeño, pero teniendo que sortear múltiples trabas de las autoridades españolas. Este reportaje contribuyó notablemente a generar en España una imagen mucho más realista y humana del temido y mitificado enemigo, al igual que hizo la entrevista de Luis de Oteyza (Fig. 70). Otro fotógrafo relevante fue Bartolomé Ros, que trabajó muy en relación con el Ejército y autor de muchas de las más famosas fotografías de la época. Suya es, por ejemplo, la foto de Franco y Millán Astray cantando el himno, que se convirtió en todo un símbolo de los militares africanistas.

Un aspecto fundamental que debemos considerar al analizar la fotografía de esta etapa es el hecho de que los fotógrafos seguían siendo casi siempre "de retaguardia", por lo que apenas capturaron los combates, sino sobre todo sus consecuencias y múltiples aspectos de la vida en el Ejército. En España no fue hasta la Guerra Civil cuando se generalizó la figura del fotógrafo que acompañaba a los soldados en el frente[470]. Aunque no son raras las imágenes que parecen retratar combates, casi siempre se trataba de posados, como suelen denotar algunas posturas de los soldados apuntando con sus rifles[471]. El despliegue de nuevas armas como tanques o piezas de artillería, tropas avanzando, caravanas del Ejército o grupos de oficiales observando el horizonte son algunos de los tipos de imágenes más comunes. De las consecuencias del desastre, además

[465] BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, p. 46.
[466] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 305.
[467] PRIETO, I.: "Al volver a Melilla" [15-X-1921] en ID.: *Crónicas de guerra*., p. 100.
[468] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 72.
[469] GIMÉNEZ: *Notas marruecas de un soldado*, p. 127.
[470] Para López Mondéjar, con la Guerra Civil se produjo un cambio en la estética fotográfica, que se hizo "ética, participativa y solidaria", abriendo paso a un periodo caracterizado por "la emoción, la exaltación y la militancia del fotógrafo": LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II*, p. 92.
[471] CARRASCO GARCÍA, A.: *Las imágenes del desastre. Annual 1921*, Almena Ediciones, Madrid, 1999, p. 39.

de los cadáveres fueron típicas las imágenes de las construcciones dañadas en las diferentes posiciones, así como de los restos del material abandonado en la huida.

La mayor presencia de cámaras hizo mucho más difícil para las autoridades militares controlar lo que se fotografiaba, por lo que pudieron difundirse imágenes de las malas condiciones en las posiciones que para años anteriores brillaban por su ausencia. Capturas como la de una ristra de ratas muertas en una posición que se cargaban en un burro eran muy reveladoras del Estado de los lugares en que vivían los soldados[472]. No obstante, estos testimonios siguieron siendo minoritarios por los constantes esfuerzos de las autoridades. El fotógrafo Díaz Casariego recordaba que, cuando se estaba produciendo el desastre, el Alto Comisario había dado órdenes de que los periodistas no presenciasen de cerca las operaciones, y que para evitar que se burlaran sus órdenes Berenguer los había embarcado en un buque en altamar[473]. Esa medida explica la ausencia de fotografías de las tropas en retirada que llegaban a Melilla.

Otro tema bastante recurrente fue el de la violencia contra el enemigo, cuya manifestación más visible fueron las fotos de soldados, especialmente legionarios, posando con cabezas de *moros*. Incluso en algunos casos mercenarios indígenas de los Regulares fueron los retratados con cabezas de otros marroquíes[474]. Una de estas imágenes se haría muy famosa años después (Fig. 69), al ser utilizada durante la Guerra Civil por el bando sublevado como una muestra del salvajismo de los *rojos*, que posaban con cabezas de españoles *nacionales* a los que habían asesinado. Muchas veces un simple pie de foto es suficiente para manipular por completo una fotografía.

Las guerras de Marruecos fueron, desde 1909, uno de los grandes acicates para el enorme éxito del que la prensa gráfica española gozó a principios del siglo XX. Los momentos de mayor expectación de las campañas africanas coincidieron con las mayores tiradas, y los reportajes fotográficos sobre Marruecos se convirtieron casi en secciones fijas de publicaciones como *Blanco y Negro* o *Nuevo Mundo*, cuyas ventas no dejaron de crecer en estos años. *Blanco y Negro*, que tiraba unos 100.000 ejemplares en 1915, rondaba los 115.000 en 1923[475].

Calles a los sacrificados por la patria, no a los desastres

El Desastre de Annual y la campaña posterior tuvieron una notable incidencia en el callejero español. Después de 1898 en varias ciudades se recordaron los lugares de la derrota, como Cavite, poniendo su nombre en calles. Después de 1921, ningún Ayuntamiento creyó apropiado que nombres como Annual o Monte Arruit mereciesen tal consideración. Los hechos en ellos acontecidos eran demasiado luctuosos y solo cabía recordar el valor de algunos hombres que presuntamente habían luchado con honor. Al margen de algún nombre aislado como el de Igueriben, que apareció ocasionalmente, las calles se dedicaron a soldados que se habían hecho famosos por su valor y heroísmo. Estas denominaciones eran acordadas por los diferentes Ayuntamientos, situándose casi todas entre 1922 y 1929, con un claro predominio de los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera, cuando la "cuestión marroquí" ya estaba resuelta.

Entre los más homenajeados estuvo el Comandante Benítez, héroe indiscutible de Igueriben, al que se le dedicaron calles en ciudades como Melilla, Madrid, Barcelona o

[472] Ibídem, p. 27.
[473] Cit. en LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II*, p. 77.
[474] Eloy Martín Corrales ha recogido un buen puñado de estas fotografías: Vid. MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, pp. 140.
[475] LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II,* p. 79.

Málaga. Junto a Benítez, el otro militar más reconocido fue Fernando Primo de Rivera, emblema de la valerosa participación de la caballería de Alcántara cubriendo la retirada desde Annual. En Barcelona su hermano Miguel inauguró el 10 de octubre de 1929 una calle en su honor, con una placa que decía: "Este es el heroico Jefe que sufrió y murió por la patria en Monte Arruit. Aprende ciudadano". La exhortación al final es una evidente muestra del carácter ejemplarizante que estaba detrás de este tipo de iniciativas. También se le dedicó una calle en Santa Cruz de Tenerife, cuyo nombre fue aprobado el 1 de agosto de 1927. El Capitán Félix Arenas, otro Laureado póstumo por su papel defendiendo la retirada de Monte Arruit, tuvo calles en Barcelona, Melilla o Molina de Aragón, su pueblo, coincidiendo esta última con la inauguración del monumento en su honor. Otra de las figuras del desastre que más huecos se hizo en el callejero español fue el teniente Diego Flomesta, laureado póstumo en 1923 por su defensa de Abarrán y por haber muerto cautivo de los rifeños al no aceptar comida a cambio de enseñarles a manejar la artillería capturada. Así lo recordaría su placa en el Carrer del Tinent Flomesta en Barcelona, que incidía en el mérito de haber "muerto de hambre y sed antes que enseñar el manejo de los cañones al enemigo". El cambio de nombre en la calle barcelonesa se efectuó el 2 de mayo de 1928, en un acto en el que había representantes de agrupaciones muy variadas (Somatén, los exploradores, la Unión Patriótica…) y muchos niños[476], algo común a este tipo de inauguraciones y que demostraba el interés por educar desde pequeños a los ciudadanos en el valor del sacrificio por la patria. Ciudades como Mérida, Murcia o Melilla dedicaron igualmente su nombre a una calle. También había fallecido en el cautiverio, en este caso de tifus en Axdir, el médico militar Fernando Serrano Flores. Murió en 1922 y en 1923 el Ayuntamiento de Valencia acordó dedicarle una calle por ser un ejemplo, pues durante meses había estado atendiendo a sus compañeros de cautiverio[477]. Lejos de considerarlos una deshonra para la patria, predominaba la idea de que los prisioneros también eran héroes españoles, que además habían seguido padeciendo por la incompetencia de los políticos.

En algunos de los casos anteriores las calles estaban en las localidades de origen de los homenajeados, pero en la mayor parte no existía dicha vinculación. En el caso de Melilla, la capital de la memoria del Desastre y una ciudad cuya toponimia urbana estaba plagada de referencias al Ejército, esta proliferación de dedicatorias tenía poco de sorprendente. Podría resultar más extraordinario el caso de Barcelona, pero todos esos nombres derivaron de una misma iniciativa, que partió en 1927 del alcalde Dario Romeu i Freixa. Además de los muertos en el desastre (Flomesta, Arenas, Benítez y Primo de Rivera) también se dedicaron calles al teniente coronel Rafael de Valenzuela, jefe de la Legión muerto en combate en el Rif en junio de 1923 y al teniente coronel Santiago González Tablas, jefe de los Regulares, que murió en mayo de 1922 en la parte occidental del Protectorado, en el marco de las operaciones contra El Raisuni. Ambos oficiales tuvieron también calles en su honor en sus ciudades de nacimiento (Zaragoza y Pamplona, respectivamente)[478]. La mayor parte de las dedicatorias de calles que hemos ido viendo se aprobaron e inauguraron con varios años de retraso respecto al fallecimiento del homenajeado, pero también hubo casos más inmediatos. Por ejemplo el del teniente de Artillería Marcelino González, que murió el 2 de noviembre de 1922 cerca de la posición de Tizzi Azza. Su cadáver fue repatriado a su Gijón natal, donde llegó solo una semana

[476] SÁNCHEZ REGAÑA, J.: http://desastredeannual.blogspot.com.es/

[477] GIL SALINAS, R. y PALACIOS ALBANEDA, C.: *Las calles de Valencia y pedanías. El significado de sus nombres*, Ajuntament de València, Valencia, 2003, p. 483.

[478] A Valenzuela también se le dedicó una calle en Madrid.

después de su muerte y fue recibido entre múltiples homenajes de las autoridades y paisanos, decidiéndose posteriormente dedicarle una calle[479].

En los actos de inauguración de los nuevos nombres en las calles hay algunas tendencias interesantes que podemos señalar. Los discursos se caracterizaban por una fuerte exaltación del sacrificio por la patria de los homenajeados, que se contrastaba con la deshonrosa desbandada protagonizada por buena parte del Ejército. Si el *héroe* era local, dicho componente era muy fuerte y se incidía con frecuencia en la cercanía con el fallecido y el honor que suponía para su lugar de origen. La presencia de autoridades políticas y militares solía ser muy nutrida, complementada por representaciones de lo más diverso (desde periódicos a asociaciones, pasando por grupos de niños) y por el público en general. Respecto al Ejército, es muy desigual el papel de las diferentes armas. Resultaba muy fácil saber si el homenajeado era de Caballería, Infantería o Artillería, porque la representación del cuerpo respectivo siempre era mucho más numerosa, algo lógico dentro de una mentalidad militar caracterizada por una fuerte conciencia de pertenencia a una determinada arma.

Volviendo al caso particular de Melilla, además de sus tributos a *mártires* del desastre, la ciudad recordó de forma muy especial su propia salvación, homenajeando a figuras que consideró claves en ella. Así, se destacó el papel de Francisco Franco o de Millán Astray por acudir a la ciudad cuando más indefensos se sentían sus habitantes, o el de Abd el Kader, el caíd de Beni Sicar y único marroquí que tras el desastre se hizo un hueco importante en los homenajes españoles, al haber sido considerado otro salvador de la ciudad por haberse mantenido fiel a España. Todavía hoy una calle de la ciudad conserva su nombre.

Finalmente, un caso excepcional pudo haber sido el del general Picasso, homenajeado por haber llevado a cabo una investigación judicial. Según señalaba el periodista Emilio Vellando en *La Libertad*, el nombre de Picasso, en reconocimiento a su encomiable labor, se hallaba "en las esquinas de algunas calles de provincia" [480], lo que parece indicar que se le dedicó alguna calle por su instrucción del expediente que lleva su nombre. No obstante, solo hemos podido constatar la existencia de una calle General Picasso en la ciudad de León.

La memoria personal, la gran olvidada

A causa de las limitaciones impuestas por las fuentes, en este trabajo nos hemos centrado en la memoria colectiva, así como en las manifestaciones, artísticas o de otro tipo que esta memoria ha dejado. De algún modo nos hemos podido acercar a una memoria más "personal" a través de algunas de las crónicas literarias y diarios escritos, así como de muestras aisladas de correspondencia. Pero al final, las crónicas y diarios que se publican suelen tener determinados objetivos que hacen diluirse la propia memoria de sus autores. Por definición, la memoria personal nunca puede ser transmitida, porque en el momento que se expone a otro ya se convierte en algo diferente, pero al menos podemos acercarnos un poco a ella a través de esos testimonios que no parecen estar condicionados por un deseo de mostrar una determinada interpretación de algo, por pretensiones literarias que distorsionan las ideas o que, simplemente, hablan de algo que solo se conoce a través de otros.

[479] PIÑERA, L. M.: *Las calles de Gijón. Historia de sus nombres*, Ediciones Trea, Gijón, 1999, p. 187. Para datos sobre el recibimiento que se le tributó en la ciudad Vid. "Grandiosa manifestación de duelo", en *El Noroeste*, 10-XI-1922, p. 3.

[480] "El general Picasso", en *La Libertad*, 1-VIII-1923, p. 1.

En este sentido, me parece interesante comparar dos textos elogiando al sargento Basallo, pues ofrecen un contraste entre lo que sería la "memoria oficial", difundida desde las instituciones y a través de la mayor parte de los medios, y recuerdos directos, mucho más reales y sinceros, que en su mayoría caerían en el olvido por no alcanzar difusión. El primero es del Gobernador civil de la provincia de Córdoba, con respecto a la concesión de la Orden Civil de Beneficiencia:

> [Basallo] se impuso el deber, abnegado y altruista, de ser el consuelo de todos, atendiéndolos en sus sufrimientos, curándolos en sus enfermedades, pidiendo clemencia a sus verdugos, buscándoles alimentos y medicinas y dando dinero de su peculio particular para aliviarlos en su desgraciada situación, llegando, en fin, hasta el extremo de sufrir él rigores por evitárselos a sus compañeros de infortunio, y siendo él una de las víctimas del cautiverio era, a la vez, el paño de lágrimas de todos[481].

Unas emotivas palabras que no eran más que un reflejo de lo que se había difundido entre la opinión pública acerca del papel de Basallo con sus compañeros de cautiverio, y que podemos contraponer a estas otras de una carta al sargento de Paquita Lozano, que había estado cautiva en Axdir y lo recordaba con gran cariño, al igual que los niños a los que había atendido todo aquel tiempo. Paquita le agradecía de corazón todo lo que había hecho por ellos:

> Incluso los pequeñitos se acuerdan de Basallo; pues Juanico, el de mi tía, dice que cuando se va usted a venir para que le cure una cortadurita que se ha hecho en un dedo, la cual no quiere que nadie le toque, como no sea Basallo, y por el mismo estilo el Rubio, de mi primo, que dice que no se purga si no viene Basallo, que le da huevos, torta y un bote de leche[482].

Los pormenores del cautiverio en Axdir, no obstante, fueron algo que se conoció en detalle, y era difícil dudar de su credibilidad cuando hubo más de trescientos liberados que pudieron ofrecer sus versiones al respecto. Pero la historia de muchos de los episodios del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla se escribió basándose en unos pocos testimonios, por lo que grandes mentiras como la de la heroica defensa del pozo de Tistutin, ya aludida, pudieron hacerse un lugar en la memoria colectiva española. Por el contrario, muchas muestras de valor y heroísmo no serían recordadas por no haber supervivientes que las relatasen. Así sucedió en cierta medida con la de la posición Intermedia A, la única en muchos kilómetros a la redonda que seguía resistiendo en manos españolas varios días después de la caída de Annual. La resistencia de la posición no se ponía en duda, pero habías dudas sobre las circunstancias de su caída, y el único testigo era un desertor, cuya credibilidad estaba en entredicho. Para el capitán José Escribano Aguado, que mandaba la posición, se pidió la Laureada, pero no se le concedió por los problemas con los testimonios. En el Juicio Contradictorio el fiscal destacó los "favorables comentarios entre los rifeños rebeldes", que dieron testimonio del valor de aquellos hombres, y la férrea defensa de una posición que rechazó rendirse durante días, pero no fue suficiente[483]. La historia que sobre él se contó recordababa mucho a la del cabo Noval, pues Escribano habría salido con bandera blanca después de ordenar a sus hombres que disparasen sobre él cuando los *moros* se acercasen, pues sabía que estos no aceptarían la rendición. Con todo, la resistencia de Escribano y sus compañeros se movió entre la memoria y el olvido por los huecos en su historia, que la impidieron figurar entre

[481] BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 261.
[482] BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 198.
[483] PANDO: *Historia secreta de Annual*, pp. 219-221.

las *gestas* españolas al nivel de Igueriben. Escribano pudo haber sido otro Benítez de haber tenido más testigos, pero la difusión de su presunta proeza fue limitada por los problemas de las fuentes. De todos modos, sin saber muy bien lo que sucedió, a Escribano y sus hombres se les recordó en cierta medida. Otros muchos fueron aún más olvidados.

El periodista Manuel Leguineche entrevistó en los años noventa a algunos de los supervivientes, para acercarse a las memorias que guardaban de lo sucedido. Un aspecto muy interesante es que los recuerdos de la mayoría de los testimonios se refieren a cosas muy básicas, como lo mal que lo pasaron, el sufrimiento cotidiano, la desolación por los compañeros muertos o las dificultades para comer los primeros días después de haber pasado mucha hambre. Muchos de aquellos recuerdos habían marcado para siempre a los que los experimentaron, como demostraba a sus noventa y cinco años el veterano Mariano Gálbez, cuando decía que "cada vez que bebo un vaso, y han pasado más de setenta años, se me viene a la cabeza aquella obsesión por el agua"[484]. Miguel Léivar Olano, otro veterano, recordaba haber presenciado una escena escalofriante que nunca se pudo borrar de su cabeza

> Un obús del siete y medio disparado por los moros agarró justo donde marchaban cuatro cabos entre sección y sección. A uno le llevó el morral, a otro le arrebató la cabeza, a los otros dos los hirió en el vientre. Yo, que marchaba a muy poca distancia por detrás, cojeando, pude presenciar la escena, los gritos "¡Ay, madre mía!" de los heridos, el cuerpo deshecho del muerto. Yo creo que me salvé porque iba rezagado. Puede que aquel tropezón me salvara la vida. No fue menos sorprendente la escena que presencié pocos segundos después. Nuestras reacciones en medio de una catástrofe son imprevisibles. Con gran sangre fría, el capitán Ristori había tomado asiento a media ladera y comía una tableta de chocolate de las que saltaron del morral de uno de los cabos. Al pie del muerto y de los heridos se merendaba la onza de chocolate como si no pasara nada"[485].

Con la muerte de los últimos supervivientes de aquellos trascendentales días de 1921 se habrá ido para siempre la memoria personal de unos hechos de los que solo perdurarán los recuerdos transmitidos a otros. Habrá historias que se olvidarán para siempre, mientras que otras quedarán reflejadas en alguna de las múltiples fuentes de la memoria, para que la sociedad pueda seguir recordando unos hechos en los que no participó, pero que dejaron sus particulares huellas marcadas de formas muy diversas en la memoria colectiva.

[484] LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 267.
[485] LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 312.

9 - Del abandono a la conquista

El golpe de Estado de Primo de Rivera y la "cuestión marroquí"

El 13 de septiembre de 1923 Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, daba un golpe de Estado que ponía fin a casi medio siglo de gobiernos constitucionales. El apoyo de Alfonso XIII, que se negó a la petición del Gobierno de destituir a los generales sublevados, facilitó que en pocas horas el triunfo del golpe fuese absoluto[1]. El día 15 se establecía, por medio de un real decreto, un directorio militar presidido por Primo de Rivera y que asumía todo el poder. La vinculación entre el Desastre de Annual y el golpe de Estado fue evidente[2]. El propio manifiesto de Primo de Rivera incidía en ello al señalar la prioridad de buscar una solución "pronta, digna y sensata" al problema de Marruecos. Aunque el golpe cogió bastante de improviso al Gobierno liberal de García Prieto, desde hacía años varios intelectuales y políticos españoles habían incidido en que el contexto era favorable para un golpe de Estado, algo que no sucedía desde hacía décadas. Las palabras de José Ortega y Gasset en *España invertebrada* (1921), se convertían en proféticas:

> ¿No era la inevitable consecuencia de todo este proceso que el ejército cayese sobre la nación misma y aspirase a conquistarla? ¿Cómo evitar que su afán de campañas quedara reprimido y renunciase a tomar algún presidente del consejo como si fuese una cota?[3]

La política de Primo de Rivera respecto a Marruecos era una incógnita, pues el nuevo dictador se había caracterizado en varias ocasiones por la defensa de tesis abandonistas respecto al Protectorado. Especialmente preocupados estaban los militares africanistas, temerosos ante la posibilidad de que el directorio militar apostase por el fin de la ocupación y siguiese adelante con las investigaciones de responsabilidades. Si bien la opción del abandono se mostró como una realidad, las comisiones de investigación se paralizaron rápidamente e incluso se rehabilitó al general Berenguer, que había sido apartado del Ejército "por incapacidad". La idea de que el Ejército había sido más víctima que culpable en el desastre, que ya estaba bastante extendida, se convirtió en "verdad oficial" después del golpe de Estado, pues al directorio militar le convenía cargar sobre la vieja y corrompida política de la Restauración todos los males de la patria, siendo el desastre uno de los más evidentes. Por otro lado, la Dictadura supuso el fin de los intentos por dotar al Protectorado de una organización civil que había puesto en marcha el último gobierno liberal de la Restauración.

Una de las principales diferencias con respecto a etapas anteriores fue que la movilización contra la presencia española en Marruecos quedó reducida a su mínima expresión. El control por parte del Gobierno de la educación, los medios de comunicación y la movilización social facilitaron esta situación. Todo ello formaba parte del objetivo

[1] Sobre la participación de Alfonso XIII en el golpe existe un amplio debate historiográfico, Autores como Carlos Seco Serrano afirman que el rey sabía de su existencia, pero ni estimuló ni ordenó prepararlo: SECO SERRANO: *La España de Alfonso XIII*, p. 765. Por el contrario, otros autores como Ignacio Olábarri han postulado una mayor vinculación del monarca. Sobre el debate al respecto Vid. MORENO: "El Rey de papel", p. 55 y ss.

[2] Así lo reconoce la historiografía de forma unánime, y son muchos los autores que lo consideran la causa principal, como por ejemplo Susana Sueiro o Pablo La Porte: LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 24. El otro tema que se suele equiparar al de Marruecos fue el del orden público en Barcelona, simbolizado en los incidentes de la Diada el 11 de septiembre, a los que aludimos en el capítulo anterior.

[3] ORTEGA y GASSET, J.: *España invertebrada*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972 (original de 1921), p. 75.

del régimen de crear un Estado nación moderno que resultase atractivo para la mayoría de españoles. Por ello emprendió una nacionalización de masas desde arriba, con la que también pretendía reemplazar la identidad nacional española liberal por una autoritaria[4]. Siguiendo el ejemplo del fascismo italiano se emplearon la educación, la propaganda y la movilización popular para conseguir el apoyo de las masas y su adoctrinamiento en postulados ideológicos tradicionales. La censura alcanzó por primera vez un estado permanente, a través de la Oficina de Información y Censura, siendo más eficaz que en ningún momento anterior de la historia de España, lo que permitió silenciar toda la crítica política[5]. La prensa, que tanta importancia había tenido a la hora de favorecer la movilización contra la guerra desde 1909, quedaba amordazada por una combinación de censura y propaganda. Todos los periódicos eran convenientemente revisados y se borraban o editaban contenidos. Además, las conocidas como "notas oficiosas", informaciones proporcionadas por el régimen, eran de obligada inclusión en la prensa.

No obstante, si el régimen tuvo éxito a la hora de limitar la oposición al Protectorado y a la guerra en Marruecos, no lo tuvo en la misma medida a la hora de generar un entusiasmo patriótico a favor de los mismos como el que se pudo haber producido en etapas anteriores. Esta realidad quedaba demostrada en actos como embarques de tropas, que por lo general fueron bastante fríos en toda esta etapa[6]. Aunque de carácter aislado, también se produjeron incidentes entre los soldados, como el plante de algunos de la quinta del 21, que se negaron a aceptar más órdenes tras cumplir los tres años de estancia en Marruecos. Como las autoridades tenían miedo de que la situación pudiese desembocar en incidentes mayores solo hubo dos arrestados liberados al poco tiempo, pero este tipo de hechos demostraban una situación dentro del Ejército mucho menos idílica de la mostrada por las autoridades. Pese a esto, también se logró reducir la resistencia al reclutamiento, pues éste pasó de un 56,46% en 1923 a un 62,66% en 1930, entre otros factores porque los caciques dejaron de poder manipular el proceso[7].

La "retirada táctica" o el "semiabandono"

En las semanas posteriores al Desastre los refuerzos enviados permitieron reforzar la débil posición de Melilla para luego comenzar la recuperación del terreno perdido. Sin embargo, la República del Rif, el Estado creado y liderado por Abd-el-Krim, se había hecho fuerte, unificando no solo las cabilas rifeñas, sino también muchas de otras regiones como Yebala. La unidad de los marroquíes enfrentados a la ocupación española fue aparejada de un empleo de tácticas y armamento moderno que incrementó su eficacia. Así, los problemas para el Ejército español siguieron siendo acuciantes a pesar de los esfuerzos realizados. De hecho, en agosto de 1923, un mes antes del golpe de Estado de Primo, el asedio por los rifeños de la posición de Tifarauin hizo temer un nuevo desastre, por lo que incluso se produjeron escenas de pánico en Melilla, con asaltos a barcos en el

[4] QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A.: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, p. 3.
[5] Ibídem, p. 71.
[6] Resulta interesante el ejemplo de Salamanca, analizado en su excelente estudio por María Gajate, en el que muestra la frialdad con la que se recibieron las tropas que volvían en octubre de 1923, la triste despedida que se produjo en 1924, otra discreta bienvenida ese mismo año o el menor respaldo dado a las suscripciones populares. Vid. GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 448.
[7] QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 153. Otras medidas importantes fueron la reducción del servicio de tres a dos años y el mantenimiento de redenciones en metálico parciales, aunque en principio iban contra las ideas del régimen.

puerto para poder escapar[8]. En la prensa de esos días predominaron las llamadas a la calma, pero las noticias daban a entender que la situación era muy grave, apareciendo miedo a que pudiese tener lugar un "segundo Annual" o "un nuevo Annual"[9]. En general, estos problemas de 1923 han recibido muy poca cobertura en las obras sobre el tema, en parte porque el goteo de bajas era ya costumbre y porque al final las posiciones resistieron. No obstante, hicieron aparecer de nuevo la sombra del desastre y reforzaron las ideas abandonistas, porque pasaban ya dos años desde Annual y la situación seguía siendo de extrema gravedad[10].

Las ideas abandonistas de Primo de Rivera eran algo bien conocido, pues había perdido dos altos cargos por sus declaraciones al respecto. La primera vez fue el 25 de mayo de 1917, como comandante militar de Cádiz, cuando afirmó que España debía intentar cambiar la mayor parte del Protectorado por Gibraltar a los ingleses. La segunda el 25 de noviembre de 1921, como capitán general de Madrid, cuando señaló en el Senado que estimaba "desde un punto de vista estratégico, que un solo soldado más allá del Estrecho es perjudicial para España"[11]. Por eso su ascenso al poder no fue bien visto entre los africanistas que más decididamente apostaban por la ocupación militar del Protectorado.

La situación en Marruecos siguió siendo muy delicada después del golpe de Estado, volcándose la preocupación cada vez más hacia la zona occidental, pues la República del Rif se había hecho con múltiples apoyos en la región de Yebala y comenzaba a comprometer la defensa de ciudades como Xauén, Larache o incluso Tetuán. Aunque la movilización antibelicista se desactivó bastante por la actitud represiva de la dictadura, resolver el problema de Marruecos seguía siendo una prioridad decisiva, además de un elemento fundamental para la supervivencia del régimen. No quedó ninguna duda al respecto cuando, en octubre de 1924, Primo de Rivera se designó a sí mismo como Alto Comisario y se trasladó a Tetuán para dirigir personalmente el nuevo rumbo del Protectorado. Bajo su mando se procedió a una retirada gradual en la zona occidental, no sabemos si con la idea inicial de que pudiese ser definitiva o si, como han sostenido algunos autores, con la de que Abd-el-Krim tuviese las manos libres y se viese lo suficientemente poderoso para lanzarse contra la zona francesa[12]. En su concienzudo estudio, Susana Sueiro ha rechazado esta última teoría en base a la documentación, definiendo el repliegue como "la primera fase de ningún plan", y justificando las declaraciones de Primo dando a entender que se recuperarían posiciones más adelante como un intento de calmar a los africanistas[13].

Las ideas de Primo de Rivera le generaron muchas enemistades entre los militares africanistas, manifestándose la tensión entre las dos posturas en múltiples declaraciones

[8] LA PORTE: *La atracción del imán*, p. 193.

[9] Vid. Por ejemplo "La situación no ha variado", en *La Libertad*, 21-VIII-1923, p. 1.; o "Actualidades", en *Vida Financiera*, 30-VIII-1923, p. 1.

[10] Sebastian Balfour apenas le dedica algunas líneas: BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 187; algo similar hace María Rosa de Madariaga: MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo*, p. 331.

[11] Vid. PAYNE: *Los militares y la política…*, pp. 104 y 152 ó VILA-SAN-JUAN: *La vida cotidiana en España…*, p. 189.

[12] El principal defensor de esta idea fue Francisco Gómez Jordana (*La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, 1976), y le siguieron otros como Carlos Seco Serrano. El propio Abd-el-Krim, en una entrevista concedida en 1954 al periodista Fernando P. de Cambra, afirmó que Primo de Rivera le había tendido una trampa cuando decidió aquella retirada de Xauen, y que había caído en ella: Cit. en LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 333.

[13] Esto último lo afirma porque sus declaraciones públicas contradicen a la correspondencia diplomática, que incluso daba a entender la posibilidad de nuevos repliegues. Vid. SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, pp. 136-139.

o artículos periodísticos[14]. Especialmente representativo fue un episodio que nos interesa sobre todo por lo que se magnificó en la historiografía posterior y por su importante papel en la memoria del conflicto: tuvo lugar en julio de 1924 en el cuartel avanzado de la Legión y los Regulares en Ben Tieb (comandancia de Melilla), y su elemento más representativo fue un menú a base de huevos ofrecido a Primo de Rivera en su visita a la posición, en representación de los muchos que tenían los oficiales cuyo deseo era seguir combatiendo[15]. No obstante, este peculiar menú, muy del gusto de los hagiógrafos de la Legión y de Franco, fue desmentido por varios autores e incluso por Franco[16]. El incidente apenas trascendió en los días siguientes, como se puede comprobar en la prensa, aunque versiones como la del periodista Francisco Hernández Mir en *Del desastre a la victoria (1921-1926)*[17], contribuyeron a popularizar los presuntos hechos, que en el futuro serían citados por muchos escritores e historiadores, pero casi siempre basándose en testimonios indirectos y ofreciendo versiones diferentes y hasta contradictorias. Según afirmó el propio Primo de Rivera en 1930, la situación en Ben Tieb no había sido nada más que un trance difícil, pero "ni un momento humillada ni humillante, como la calumnia esparciera en hojas clandestinas, injuriándolos al par a ellos y a mí"[18].

En lo que todas las fuentes coinciden es que el discurso de Primo de Rivera fue bastante abandonista y recibido muy fríamente, además de respondido en un tono desafiante por Francisco Franco, que llegó a presentar su dimisión al dictador, no siendo aceptada. El propio Franco reconoció en privado en 1955 que Primo le dijo antes de irse: "Tiene usted una oficialidad bastante mala", y él respondió "Si mi oficialidad es mala, es que no supe hacerla mejor y por ello le presento mi dimisión", a la que se sumaron los coroneles Pareja y Varela[19]. Unos días después volvió a reunirse con Primo y las cosas se calmaron, reconociendo Franco que no habían estado del todo correctos en Ben Tieb y que la oficialidad cumpliría con su deber. Algunos autores han considerado que el incidente de Ben Tieb contribuyó a que Primo cambiase de parecer, y por eso el repliegue no afectó a la zona oriental. Para otros, Franco debía haber sido destituido en aquel momento porque sus palabras fueron de clara insubordinación[20].

El caso es que, cambiase o no su perspectiva Primo de Rivera después de Ben Tieb, las complicaciones en la zona de Yebala entre el verano y otoño de 1924 fueron tales que el plan de repliegue se intensificó, hasta el punto de que en la madrugada del 16 al 17 de noviembre el Ejército español se retiraba de Xauen, el principal núcleo

[14] Por ejemplo los publicados en la *Revista de Tropas Coloniales*, como el "Pasividad e inacción" de Francisco Franco en el número 4 (abril de 1924), en el que veía la sumisión de los focos rebeldes como única solución, y despreciaba la política de pagos a las cabilas a cambio de una lealtad que luego era más que dudosa.

[15] El periodista Hernández Mir fue uno de los principales difusores del hecho, siendo una de las principales fuentes de autores como Stanley Payne: PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 181. Según éste testimonio, Primo habría preguntado el motivo del menú y se le dijo que los que querían abandonar Marruecos no necesitaban huevos, pero que los oficiales del Tercio los tenían de sobra y querían seguir luchando.

[16] El propio Franco señaló en varias ocasiones que no había sido verdad, especialmente en 1972: Vid. CIERVA, R. DE LA: "Una página histórica", en *ABC*, 1-IV-1973, pp. 145-147. Otras obras que lo han negado como VILA-SAN-JUAN: *La vida cotidiana en España…*, p. 194; o LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 327.

[17] HERNÁNDEZ MIR, F.: *Del desastre a la victoria (1921-1926)*, Fernando Fe, Madrid, 1926-1927.

[18] Cit. en FERNÁNDEZ RIERA, V.: *Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*, Almena, Madrid, 2013, p. 50.

[19] FRANCO SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 2005 (original de 1976), p. 171.

[20] Tomás García Figueras defendió la primera postura, mientras que la segunda fue defendida por Antonio Cordón, quien señaló que la mayor parte de sus compañeros artilleros consideraban sensato el plan de repliegue. Vid. CORDÓN, A.: Trayectoria *(Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971, p. 127.

abandonado junto a cientos de posiciones, en una costosísima operación cuyo lugar en la memoria ha sido muy inferior al que por su magnitud le correspondería.

El repliegue de 1924, un desastre directo al olvido

La retirada de los meses finales de 1924 tuvo un altísimo coste militar, de eso no hay ninguna duda. No obstante, las cifras al respecto han generado una gran controversia a lo largo de los años, acrecentada por la ausencia de estadísticas detalladas del propio Ejército. Algunos autores han hablado de 2.000 muertos solo para la operación de retirada de la ciudad de Xauen, así como de cifras de bajas que superarían las 15.000, más que las del funesto verano de 1921[21]. Según el general López Ochoa, cayeron en el repliegue de finales de 1924 más de 16.000 soldados españoles, muchos jefes y oficiales y hasta un general. A esta elevada cifra de bajas unió sus comentarios sobre escenas de pánico, errores de organización y falta de planificación, contraponiéndolos a los constantes halagos de la "verdad oficial":

> Solamente la retirada de Xauen en que murió el general Serrano, nos costó más de dos mil bajas; la indisciplina y el pánico hizo presa en parte del ejército; hubo soldados que tiraban los fusiles sin combatir y no se preocupaban más que por la huida. Y a este ejército que, destrozado, iba llegando a Tetuán (…) Primo de Rivera sobreponiéndose en su cinismo al desastre dirigió aquella célebre arenga: «Entráis triunfantes en Tetuán… Bravo, señores generales, jefes, soldados»[22].

La gravedad de una retirada que el aviador Ignacio Hidalgo de Cisneros calificó de "catastrófica" llevó incluso a que el general Ignacio Despujols, jefe de Estado Mayor, anunciase investigaciones por incapacidad y negligencia, aunque éstas no se llevaron a cabo[23].

En oposición a los trabajos que han puesto de relieve las trágicas consecuencias del repliegue de 1924, otros autores han insistido en destacar las virtudes de la operación, exaltándola por haber evitado que se produjera un nuevo Annual, una idea defendida por Shanong Fleming (*Primo de Rivera and Abd-el-Krim*, 1974)[24] a la que se han sumado autores hasta el reciente trabajo de Vicente Fernández Riera (*Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*, 2013)[25]. Naturalmente, si las cosas se hubiesen hecho peor el descalabro hubiese sido mayor, pero nos parece que esta interpretación resulta demasiado benévola con un episodio cuyas pérdidas humanas y territoriales fueron tan considerables[26]. Estos trabajos también han rebajado notablemente las cifras de bajas, que Fernández Riera ha estimado en unas 4.500, de las que alrededor de 1.500 serían muertos[27].

---

[21] Así lo recogen BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 208; o PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 185.

[22] LÓPEZ DE OCHOA, E.: De la Dictadura a la República, Ed. Zeus, Madrid, 1930, pp. 57-59. BONAMUSA, F.: "España y las Guerras de África", en VACA LORENZO (Ed.): *La guerra en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1999, p. 308.

[23] HIDALGO: *Cambio de rumbo* (tomo 1), p. 309.

[24] SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, p. 136.

[25] Para Fernández Riera, La retirada de Xauen fue la antítesis de la de Annual,

[26] Además, centran la acción española en lo militar, llegando a despreciar la acción política, que pudo no ser tan inútil. Tessainer y Tomasich ha señalado la importancia de la influencia de El Raisuni y los pactos con las cabilas, que serían fundamentales por ejemplo en el importante repliegue sobre Beni Arós: TESSAINER: *El Raisuni*, p. 655.

[27] La escasa bibliografía, el uso reiterado de los mismos trabajos y la ausencia de fuentes documentales hacen que las cifras mostradas por este autor resulten problemáticas. No obstante, la ausencia de datos

En su momento la cuestión fue incluso objeto de debate, como demuestra la carta abierta de Francesc Cambó a Primo de Rivera en octubre de 1925, respondida por este último. El objeto de la carta, escrita después del exitoso Desembarco de Alhucemas, era solicitar al Directorio el abandono de Marruecos, pues ya se había salvado el honor y no se obtendrían más beneficios por su dominación. Cambó se refería a los ataques del Lau de 1924 como un desastre, lo que fue respondido por Primo de Rivera con el siguiente análisis:

> Aunque usted no confunde, como otros, las operaciones del Uad Lau (junio a septiembre del 24) y las de socorro, liberación y repliegue de guarniciones (septiembre a diciembre del mismo año), encuentro exagerada la calificación de desastre que a las primeras aplica, aunque fueron ciertamente un grave contratiempo militar. Las segundas (el repliegue) las tendré siempre por la operación más política, más difícil y mejor ejecutada (en esto temé mínima parte) que se ha conocido desde que en Marruecos actuamos militarmente[28].

El repliegue de 1924 presenta múltiples diferencias con lo sucedido en el verano de 1921, por lo que hablar de un "segundo Annual" es fácilmente cuestionable[29]. No obstante, son múltiples los aspectos que nos permiten poder calificar los hechos de "desastre", sobre todo si en lugar de con Annual comparamos por ejemplo con el Barranco del Lobo.

- En primer lugar estarían las cifras de bajas y muertos. Aunque nos movamos en un margen de entre 4.000 y 16.000, en el mejor de los casos son unas pérdidas sensibles para un repliegue tan "perfectamente ejecutado" como insistió la Dictadura. Las cifras más bajas de muertos hablan de 1.500, mientras que para toda la campaña de 1909 (Desastre del Barranco del Lobo incluido) rondaron los 400.
- Otro aspecto central serían las posiciones perdidas. Somos conscientes de que las bajas son un factor relativo a la hora de hablar del éxito o fracaso de una operación y que, por tanto, debe ser analizado con cautela. Pero si a las considerables pérdidas humanas se le suman cerca de 300 posiciones abandonadas en todo el repliegue (90 de ellas solo en la circunscripción de Xauen), más que durante el Desastre de Annual, hablar de éxito parece cuando menos paradójico. Es posible que el abandono de posiciones fuese la opción más correcta dada la gravedad de la situación, pero la combinación de bajas y posiciones perdidas pinta un panorama desolador.
- Por otro lado diferentes testimonios apuntan a las escenas de pánico que se produjeron, algunas similares a las del Desastre de Annual, lo que demuestra la benevolencia de los informes oficiales, que nunca aludían a ellas. Además, fue un hecho que se dejaron muchos cadáveres en el campo de batalla (característica común a los anteriores desastres), algunos de los cuales no se pudieron recuperar

oficiales fiables como los de Annual, hacen que todas las estimaciones resulten complicadas y difíciles de aceptar.

[28] PRIMO DE RIVERA. M. Cit. en SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, p. 370.

[29] Aún así, muchos militares vieron similitudes desde el principio. En un escrito para Antonio Maura, el militar Joaquín Fanjul escribió que se trataba de "Dos episodios que, partiendo del mismo error inicial político, han tenido igual causa: la debilidad militar de una línea que se tambalea sin tocarla, y que ha caído al menor empuje". También Emilio Mola señaló que "Casi estábamos en los comienzos de otro Annual trágico y no quedaba más remedio que prepararse a morir con dignidad". Citados en FERNÁNDEZ RIERA: *Xauen 1924*, p. 110.

hasta años después, pues en las operaciones de 1926 todavía seguían apareciendo[30].

- Finalmente, la enorme cantidad de prisioneros capturados por los marroquíes supone otro gran hándicap para defender la perfecta ejecución de las operaciones. El general Manuel Goded señaló que, según los delegados rifeños en la conferencia de Uxda, en abril de 1925 Abd-el-Krim tenía en su poder 19 oficiales y 324 soldados y paisanos españoles hechos prisioneros en la retirada del año 1924, algunos de los cuales habían muerto en los últimos meses[31]. Fernández Riera afirma que llegaron a ser unos 600, como en una ocasión manifestó el propio Primo de Rivera, pero niega cifras que los elevaron hasta 800[32]. Susana Sueiro señala que llegaron a ser 658, de los que solo 140 pudieron ser liberados cuando se derrotó a Abd-el-Krim[33].

Parece difícil considerar el término "desastre" como inapropiado con la combinación de todos estos datos, fundamentales para el análisis si tenemos en cuenta la evidencia de que las informaciones oficiales del directorio no son la mejor fuente para evaluar lo sucedido, a lo que se añade el hecho de que el Ejército no elaborase ningún tipo de informe de responsabilidades como el que había planteado el general Despujols. La realidad es que la percepción de que podía tratarse de un desastre apenas la pudieron tener los españoles en su momento, al igual que había sucedido con el Barranco del Lobo, pero a diferencia de éste, el tiempo tampoco hizo cambiar la percepción: mientras el de 1909 fue junto a Annual el desastre más recordado, la importancia de lo sucedido en 1924 fue minusvalorada e incluso lo sigue siendo hoy en día[34]. El impacto mediático de los prisioneros es otro gran ejemplo: En el capítulo anterior comprobamos lo que dieron que hablar en su día los alrededor de 600 prisioneros cautivos en Axdir desde 1921, una cobertura que convierte en ridícula la atención prestada a los de 1924. No hubo movimiento de solidaridad, manifestaciones en las calles o comisiones para el rescate, y el tema tampoco se convirtió en objeto constante de atención de la prensa. Por número de prisioneros y duración del cautiverio los paralelismos son evidentes, pero la censura de la dictadura actuó eficazmente para evitar que el tema pudiese desestabilizarla como hizo con el Gobierno de Antonio Maura.

Para entender este olvido general debemos tener en cuenta una serie de factores. El primero y más decisivo fue la combinación de censura y propaganda. Es cierto que la censura también se había aplicado en los anteriores desastres, pero su eficacia fue mucho menor que durante la Dictadura. El control de la información consiguió convertir operaciones aciagas en exitosas muestras de valor y heroísmo, y en general hizo de la complicada y costosa retirada un "repliegue táctico" perfectamente ejecutado y felizmente culminado. Estaba expresamente prohibido dar noticias que pudiesen producir

[30] Por ejemplo el del teniente del Tercio Francisco Aguirre Ibeas, encontrado cerca de Xauen en agosto de 1926 y llevado a Ceuta para recibir sepultura: "La columna del comandante Capaz ha ocupado esta mañana la ciudad de Xauen", en *Heraldo de Madrid*, 10-VIII-1926, p. 3.

[31] GODED, M.: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Compañía Ibero-americana de publicaciones, Madrid, 1932, p. 307.

[32] FERNÁNDEZ RIERA: *Xauen 1924*, pp. 244-245. El autor ofrece este dato destacando que eran menos que los de Annual, pero incluso teniendo en cuenta los 600 las cifras estaría prácticamente a la par que la de 1921.

[33] SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, p. 324.

[34] Queda claro en obras como el *Atlas Ilustrado de las Guerras de Marruecos*, de Emilio Marín Ferrer, que dedica páginas y páginas al Barranco del Lobo y a Annual, mientras que despacha en un par de párrafos sin apenas información lo sucedido en 1924: MARÍN: *Atlas ilustrado*…, p. 207.

alarma o implicasen críticas de las "notas oficiosas", que eran la fuente principal y casi única de información.

Así, por ejemplo, la evacuación de Xauen se transmitió como un gran éxito. La prensa reflejaba que el marqués de Magaz había dado la noticia sonriente, señalando que tenía buenas noticias, pues el "repliegue" se había realizado "con toda felicidad". El general Villaespinosa completó la información oficial señalando que la difícil "marcha retrógrada" se había hecho con habilidad extraordinaria: "Desde que el general Primo de Rivera se puso al frente de aquel Ejército van ahorradas más de 180 posiciones", regadas por el territorio y siempre expuestas a caer en manos enemigas. También se habló de la hábil gestión política[35]. El empleo de eufemismos como "repliegue" o posiciones "ahorradas" se unía al constante uso de adjetivos elogiosos para presentar una visión idílica poco acorde con la dureza que demuestran las cifras que manejamos. La manipulación informativa hizo imposible que en la prensa apareciesen detalles sobre las dificultades de la retirada o las escenas de pánico de las que algunos periodistas habían sido testigos[36]. Periódicos que habían sido tan críticos con las campañas como *El Socialista* suprimieron casi del todo el tema marroquí en sus páginas, al no querer compartir las apreciaciones oficiales[37].

Otro factor importante es el contexto en el que se produjeron las operaciones, como parte de un plan de repliegue que estaba previsto. De este modo, el abandono de decenas de posiciones estaba explicado de antemano, a diferencia de lo que había sucedido en 1921, cuando una de las cosas que más impactó fue la sorpresa de ver que eran abandonadas una tras otra. En 1924 se iba poniendo la venda antes de la herida, por lo que cada posición perdida se explicaba como un nuevo éxito del plan de repliegue. Además, la nueva línea defensiva, a la que precisamente se conoció como "línea Primo de Rivera", no fue rebasada por los rifeños, lo que sirvió para argumentar a favor del repliegue.

También hay que considerar un elemento importante el peso en las operaciones de los Regulares y el Tercio, cuerpos de voluntarios que combatieron en vanguardia y que fueron los que más bajas registraron. Cumpliendo uno de los objetivos centrales de su creación, los muertos de estas dos unidades militares generaban un impacto mucho menor en la metrópoli. Es más, Primo de Rivera utilizó el repliegue de 1924, con el retorno del reemplazo de 1921, para apuntarse el tanto de la repatriación de soldados[38].

Finalmente, es también fundamental la ausencia de un informe que se acercase al menos un poco a lo que supuso el *Expediente Picasso*, pero como ya señalamos la investigación de las responsabilidades no fue más allá de la promesa de algunos oficiales del Estado Mayor. Tampoco se realizaron esfuerzos en esa dirección durante la II República, cuando se podía haber recuperado el tema de las responsabilidades por los desastres marroquíes, con las consiguientes investigaciones que podían haber cambiado la visión predominante.

El desastre envuelto de gloria

[35] "La evacuación del sector de Xauen", en *La Época*, 17-XI-1924, p. 1.

[36] Este tipo de informaciones no aparecían en los partes oficiales, que suponían la fuente principal de información, y tampoco en las crónicas de los propios corresponsales, en las que la censura no las dejaría pasar. Todos los datos hablaban de un repliegue hecho en perfecto orden, y por ejemplo la muerte del general Serrano, el oficial de mayor graduación que perdió la vida durante la retirada, se explicaba por "la fatalidad de un disparo suelto", aún cuando había muerto en una operación con gran cantidad de bajas. SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1924, p. 414.

[37] Sus números en esos días aparecen con numerosas columnas en blanco, lo que nos habla además de una constante intervención de la censura.

[38] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 473; FERNÁNDEZ RIERA: *Xauen 1924*, p. 198.

La retirada de 1924 no solo se ofreció suavizada, sino que además se ensalzó hasta aparecer como un cúmulo de hazañas. Los partes oficiales eran casi siempre de mucho optimismo. Aunque hubiesen sufrido muchas bajas, las fuerzas alcanzaban sus destinos "felizmente", y constantemente se hablaba de retiradas "brillantes" y con pocas bajas, las más de las veces sin ofrecer cifras. Pese a los múltiples problemas, Primo solo reconoció un revés del 19 de noviembre en Xeruta, que en parte achacó a la tormenta[39].

Uno de los primeros ejemplos de episodio especialmente ensalzado fue la resistencia de la posición de Cobba D'Arsáa, liberada el 6 de julio de 1924 después de haber estado asediada siete días. La resistencia fue catalogada de "gloriosa epopeya" o "episodio brillante"[40]. Como la mayor parte de los periódicos no hacían más que compartir la información oficial, la descripción de la operación rebosando sentimiento patriótico y elementos como las constantes cargas al grito de "¡Viva España!" fue la que pudieron leer la mayoría de los españoles[41]. Un buen ejemplo de este exaltado discurso nos lo dan los siguientes fragmentos de una crónica de *La Unión Ilustrada*:

> Un serio intento de rebelión rifeña se ha registrado en la zona occidental, dando motivo a que la pericia del mando y la bravura de nuestras tropas […] escriban una epopeya brillante y proporcionen un día más de gloria a España y a su Ejército. Durante los días que duró el asedio de la numerosa harka, los heroicos defensores de Cobba-Darsa mantuvieron estoicismo incomparable. Aquel puñado de valientes […] Se han hecho acreedores al agradecimiento de la Patria[42].

Los defensores fueron premiados con la Medalla Militar, y se abrió juicio contradictorio para conceder la Laureada al jefe de la posición[43]. Además en Cáceres, de dónde eran la mayoría, se les hizo un homenaje al poco tiempo[44]. Según la prensa fueron recibidos como héroes por las principales autoridades políticas y militares de la provincia, que les obsequiaron con una comida y premios en metálico, además de ser aclamados por la multitud de personas que se acercaron a verlos[45]. Otro episodio destacado fue el de Abada número uno, posición defendida por 21 soldados de Cazadores de Madrid durante semanas (del 7 de septiembre al 25 de octubre), de los que solo siete sobrevivieron hasta que fue liberada[46]. Al alférez Leopoldo López Neira y al cabo Manuel Blanco Pardal se les concedió la Laureada[47], solo dos de las docenas que se concedieron por hechos protagonizados entre 1924 y 1925, el bienio más prolífico para esta condecoración militar en toda su historia.

En enero de 1925 Primo abandonó Tetuán para volver a Madrid, considerando completado su objetivo: una línea que podía ser abastecida en cualquier momento con

---

[39] El conocido como combate de Xeruta ha sido prácticamente ignorado en la historiografía española, mientras que autores marroquíes le han dado una enorme trascendencia, hasta el punto de catalogarlo como el enfrentamiento más importante de las guerras de esos años. Vid. AZZUZ HAKIM, M. H.: *La actitud de los moros ante el Alzamiento. Marruecos 1936*, Algazara, Málaga, 1997, p. 12.

[40] Vid. por ejemplo CASTILLO, E. DEL: "Los telegrafistas en Cobba D'Arsáa", en *Revista de Tropas Coloniales*, nº 7, julio de 1924, p. 6.

[41] "Liberación de Cobba-Darsa , en *El Imparcial*, 8-VII-1924, p. 1.

[42] "La gloriosa epopeya de Cobba-Darsa", en *La Unión Ilustrada*, 20-VII-1924, p. 27.

[43] "El presidente, a Marruecos, en *El Imparcial*, 8-VII-1924, p. 2.

[44] Fue el 21 de julio, con presencia de trece de los defensores, naturales de la provincia. De los 34 soldados que guarnecían aquella posición, 22 eran cacereños.

[45] "Las provincias", en *La Época*, 22-VII-1924, p. 2. En este periódico se afirmaba que "toda la población" había acudido a la estación.

[46] MATILLA, A.: "Tenaz defensa", en *Mundo Gráfico*, 19-XI-1924, p. 6.

[47] "La Cruz Laureada al Cabo Blanco Pardal", en *ABC*, 1-X-1925, p. 10.

rapidez y sin multitud de posiciones que podrían quedar fácilmente aisladas. Aunque no se ensalzó a Primo como un gran héroe como se hizo después del Desembarco de Alhucemas, si se comenzó a trazar su figura de magnífico estratega, que ponía fin a años de tácticas que se habían demostrado inútiles.

Abd-el-Krim contra Francia

Fuese o no un objetivo pretendido por Primo de Rivera, el repliegue dejó las manos libres a Abd-el-Krim e hizo posible que éste se preocupase más por el límite con la zona francesa, a la que atacó. Con ello iba a facilitar el entendimiento y la cooperación entre Francia y España, que resultó clave para la finalización del conflicto. Desde que Abd-el-Krim consolidó su poder y dio los pasos para la creación de la República del Rif, Francia había optado por una política de neutralidad que supuso un importante problema para España. En *La hora de Xauen*, Franco ya había señalado que las dificultades de control de la zona española se debían en buena medida a la falta de cooperación con Francia, estimando necesario trabajar juntos y considerando la zona internacional de Tánger como el principal foco de rebeldía de Yebala[48].

Coincidiendo con el repliegue español a finales de 1924, Francia procedió a la invasión del valle del Uarga, en el difuso límite entre los dos protectorados. La ocupación de territorios que Abd-el-Krim consideraba correspondientes a su área de influencia fue el motivo aducido por éste para una enérgica respuesta que iba a provocar un desastre militar francés en la primavera de 1925. Según el propio líder rifeño, él no tenía intención de atacar Francia, pero la rebelión de algunas cabilas en la zona francesa y los choques con tropas francesas que avanzaron lo arrastraron a ello. No obstante, el general Manuel Goded, que recogió este testimonio, creía que Abd-el-Krim mentía y que el ataque había sido premeditado[49]. El formidable ataque rifeño llevó incluso a los franceses a hacer temer por las ciudades de Fez y Taza, hasta el punto de que en ésta última se llegó a disponer la evacuación de los civiles. Aunque tampoco disponemos de estimaciones precisas sobre las pérdidas francesas en esta serie de descalabros, diversos estudios han estimado los muertos del ejército colonial francés desde menos de 1.500 hasta cifras superiores a los 10.000[50].

Aunque en el Ejército español era bastante habitual la admiración hacia el francés por su organización y eficacia, se recibió con cierta satisfacción el descalabro galo, pues se consideraba que Francia había despreciado a España y minusvalorado a su enemigo, que resultó ser lo suficientemente potente para humillarlos también a ellos[51]. Las derrotas francesas cambiaron mucho la visión en el extranjero sobre el potencial de los rifeños, cuyos éxitos se habían achacado más a la ineficacia española que a sus propios méritos. En esta satisfacción tuvo un importante papel un clima antifrancés que había ido creciendo desde 1921 hasta culminar en 1923, cuando se produjo, según Susana Sueiro, "una verdadera explosión de francofobia", caracterizada por la imagen de Francia como una potencia imperialista que solo pensaba en sacarle a España lo más posible y que incluso apoyaba a los rifeños, cuya rebelión les convenía. Hechos como la presencia del

[48] FRANCO BAHAMONDE, F.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p 197.
[49] GODED: *Marruecos*, p. 110.
[50] Fernández Riera señala que lo denominado por algunos autores como "el Annual francés" a él le parece exagerado, porque apenas hubo retiradas y porque los muertos no superaron los 1.500: FERNÁNDEZ RIERA: *Xauen 1924*, p. 40. Otros autores ofrecen cifras mucho más elevadas, desde los 2.500 hasta los 11.000: VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 249.
[51] TOGORES: *Muñoz Grandes*, p. 78.

hermano de Abd-el-Krim en París tratado como un diplomático, la negativa del mariscal francés Hubert Lyautey a colaborar con España o la situación de Tánger incrementaron este sentimiento[52].

Después del ataque al valle del Uarga, la prensa española tuvo que desechar el argumento del apoyo francés a Abd-el-Krim y recurrir a otros (como el turco, alemán o ruso) para explicar un éxito rifeño que costaba asumir sin ayuda exterior. Especialmente habitual fue la conexión soviética, pues uno de los principales temores a la República del Rif era que se convirtiese en una puerta de penetración de la amenaza bolchevique. Si durante la dictadura fue importante para la afirmación nacional el enemigo externo, cuyo máximo exponente era el *moro*, todavía más lo fue el enemigo interno, fuese comunista, anarquista o separatista[53]. Así se le daba también un tono contrarrevolucionario a la guerra de Marruecos.

También fueron frecuentes las críticas a Francia por la actitud de sus partidos políticos respecto al problema marroquí, especialmente desde posiciones africanistas. Tomás García Figueras señalaba en la *Revista de Tropas Coloniales* que el ataque rifeño a Francia debía haber tenido una respuesta unánime del parlamento francés, pero que se habían puesto de relieve los egoísmos y ambiciones personales, así como el subordinar el interés de la Patria al de los partidos[54]. Su crítica era de fondo a los problemas del sistema parlamentario, cuando en éste se confundía la libertad con libertinaje, e insistía en la relación entre los rifeños y el comunismo, reflejando muy bien el pensamiento compartido por las elites de la Dictadura. Desde el 9 de julio de 1925 la colaboración entre Francia y España pasó a ser vista como una realidad porque ya se daba cuenta de los acuerdos francoespañoles, sobre los que la prensa es muy optimista, porque se creía que sin duda acercarían la pacificación del Protectorado y el fin de la resistencia de Abd-el-Krim[55].

La colaboración con Francia y el desembarco victorioso

Aunque las ideas abandonistas de Primo de Rivera demostraron ser sinceras, su pragmatismo estaba por encima y no tuvo problema en reorientar sus planes cuando la situación lo recomendó. Además del compromiso con Francia, Primo de Rivera tuvo en cuenta aspectos como el grave desafío que seguía suponiendo Abd-el-Krim, el papel de España en el contexto internacional o los problemas que podían plantear los militares africanistas[56]. Respecto al último punto, Dionisio Viscarri ha valorado como un elemento importante el posible miedo a que tuviese que retornar a España un ejército frustrado e insurrecto si se continuaba avanzando hacia el abandono[57]. Pese a todo, Susana Sueiro demostró que en 1925 todavía seguía valorándose seriamente la opción de permitir un Estado rifeño negociando con Abd-el-Krim, y si las negociaciones no prosperaron fue

[52] SUEIRO.: *España en el Mediterráneo*, pp. 1, 19, 23 y 47.
[53] QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 27.
[54] GARCÍA FIGUERAS, T.: "El ataque de Abd-el-Krim a la zona francesa", en *Revista de Tropas Coloniales*, junio de 1925, p. 18.
[55] Vid. por ejemplo "Hoy se firman los últimos acuerdos francoespañoles", en *La Libertad*, 9-VII-1925, p. 2; "La conferencia francoespañola, en *La Correspondencia militar*, 9-VII-1925, p. 6; o SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, pp. 256-258. Aún así, como señaló el general Manuel Goded, el acuerdo de 1925 fue "de carácter político y naval, pero no de cooperación militar; ésta no se consiguió y practicó hasta la campaña de 1926": GODED: *Marruecos*, p. 131.
[56] MORALES: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos*, p. 184.
[57] VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 54.

porque el líder rifeño no estaba dispuesto a aceptar las condiciones ofrecidas por España[58]. Estas negociaciones apenas trascendieron a la opinión pública por el rechazo que hubiesen generado[59].

La nueva situación de entendimiento con Francia iba a ser el factor principal para justificar ante la opinión pública una nueva intervención. El 11 de julio, una de las notas oficiosas del directorio señalaba la posibilidad de tomar la ofensiva contra los rifeños, valorando los esfuerzos franceses y alertando del peligro que una "gusanera en el Rif" tendría para "la civilización y la paz occidental"[60]. El 12 de agosto, una exitosa operación franco-española en la región del Lucus fue el primer y eficaz paso de la colaboración directa francoespañola. El 21 de agosto se tomaba en Algeciras la decisión final de colaborar en un desembarco anfibio en la bahía de Alhucemas, una operación concebida muchos años antes pero descartada en múltiples ocasiones[61]. El desembarco aliado en Gallipoli (1915) durante la Primera Guerra Mundial, aunque fue un fracaso, sirvió como modelo para la operación en varios aspectos, e incluso se usaron barcazas empleadas en aquél que el Gobierno español había adquirido[62]. Los planes no se difundieron a la opinión pública porque, aunque Abd-el-Krim estaba al tanto de la posibilidad de un desembarco, se quería jugar en lo posible con el factor sorpresa. De hecho, al salir del Consejo de Ministros en el que se había decidido el desembarco, Primo afirmó que se había hablado de pesca fluvial y de publicidad en las fachadas de los edificios de correos[63].

Finalmente la operación, primer desembarco aeronaval de la historia, tuvo lugar el 8 de septiembre de 1925, con el desembarco de unos 13.000 hombres en las playas de Cebadilla e Ixdain, ambas situadas un poco al oeste de la bahía de Alhucemas, y que no eran las consideradas en la planificación inicial. Dicha circunstancia ha generado un debate sobre si el buen resultado del desembarco se debió en parte a su ejecución en la playa equivocada, o ese aspecto había respondido a una cuidada planificación, desconociendo los soldados el verdadero destino por las prevenciones del mando[64]. La ofensiva tuvo un extraordinario seguimiento en la prensa española, con un discurso dirigido por las autoridades y caracterizado por la exaltación bélica de cada nuevo paso en las operaciones. A través de ésta exaltación no solo se transmitió a la opinión pública el éxito de los combates, sino que también sirvió para fomentar el patriotismo español y

[58] SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, p. 222

[59] No obstante, en las semanas posteriores al Desembarco de Alhucemas se reflejaron algunos detalles de un acuerdo de paz que españoles y franceses habían ofrecido a Abd-el-Krim y que éste habría rechazado. Por ejemplo "La paz que rechazó Abd-el-Krim", en *El Sol*, 7-X-1925, p. 8.

[60] "El directorio habla de la situación en Marruecos", en *Heraldo de Madrid*, 11-VII-1925, p. 3

[61] Según Manuel Goded, el acuerdo entre franceses y españoles se basaba sobre todo en delimitar las fronteras, permitir el derecho de franqueo de las mismas a ambas naciones y la cooperación naval para facilitar el desembarco español. GODED: *Marruecos*, p. 131.

[62] SECO SERRANO: *La España de Alfonso XIII*, p. 650.

[63] TOGORES: *Muñoz Grandes*, p. 81.

[64] Sebastian Balfour ha apuntado la idea del error, mientras que las minuciosas investigaciones de Susana Sueiro han apoyado la idea de que el aparente cambio de playa a última hora no fue casual, y el 6 de septiembre Primo de Rivera dijo a la columna del general Leopoldo Saro que desembarcarían por sorpresa en Cebadilla, y que todo lo demás era para despistar al enemigo. Balfour ha trabajado mucho con fuentes orales, por lo que su afirmación pudo derivar de los testimonios de soldados, que habían sido informados de que el desembarco se realizaría en otra playa, y a muchos ni llegaría la información sobre el cambio de última hora. SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, pp. 276-277 y BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 219. El general Manuel Goded, señaló que a última hora supo que se había variado el punto de desembarco, pero que no sabía a quién se debió la inspiración afortunada de elegir la playa de Cebadilla. Señala que algunos la atribuyeron a un inteligente marino ya fallecido (la obra es de 1932). Lo afirmado por Goded rechazaría la idea del desembarco por error, pero no arroja luz sobre si el cambio final estaba planificado de antemano. GODED: *Marruecos*, p. 138.

ensalzar la labor del régimen político. Los días 8 y 9 toda la prensa española recogía las informaciones oficiales que referían el éxito del desembarco, con un discurso alegre y rimbombante. Muchos periodistas, con permiso de las autoridades, pudieron seguir en directo las operaciones y enviar sus crónicas, convenientemente revisadas por la censura[65]. Además, el recurso a las glorias imperiales y a la importancia que la victoria podría suponer fue constante. A solo dos días del desembarco, Primo de Rivera hablaba de los soldados peninsulares como "legítimos descendientes de los heroicos del Gran Capitán", y afirmaba que formaban un ejército que iba "a reverdecer las glorias de los antepasados"[66]. Los periódicos se volcaron con el desembarco y los avances que lo siguieron, por lo que la opinión pública española estuvo exhaustivamente ilustrada sobre el rumbo de las operaciones, con muchos más detalles que los de la retirada en 1924. De nuevo la Legión se convirtió en el objetivo predilecto, siendo la unidad más seguida y sobre la que se volcó un mayor caudal informativo.

De los diversos avances posteriores al desembarco hubo uno que concitó una especial atención: la ocupación de Axdir, el cuartel general de Abd-el-Krim, cuya toma fue vista en cierto modo como una venganza por Annual. Entre las propias tropas había un manifiesto deseo por saquear la población, lo que no fue impedido por el mando. Manuel Goded señaló que no habían podido resistir la tentación de hacer sentir al enemigo su fuerza, "poniendo nuestra planta en la guarida y razziando el poblado cuyo nombre era pronunciado con dolor y con ira por todo el Ejército de Marruecos y por España entera"[67]. *El Globo* era muy optimista sobre el rumbo del conflicto con el titular "Tenemos el dominio absoluto del país"[68]. En *La Vanguardia* se recordaba que no abundaban en la guerra de Marruecos episodios dignos de ser recordados con entusiasmo, y ese sin duda era uno de ellos. Pero también señalaban que lo era por la triste fama de Axdir, símbolo de la derrota, del cautiverio y de la humillación española. Consideraban más valiosa la toma de Axdir por esas memorias que por su valor estratégico[69].

Las reacciones a la ocupación de Axdir, aunque estuviesen potenciadas por las autoridades, trajeron el recuerdo de las grandes victorias a las calles españolas de un modo que no se recordaba desde la coronación del Gurugú en 1909. Los periódicos se llenaron de referencias al júbilo provocado en las diferentes ciudades, a las colgaduras en los balcones, bandas de música acompañadas de los paisanos (con la *Marcha Real* como melodía principal, por primera vez sin competencia alguna), dinero a repartir entre los soldados más distinguidos, disparos de bombas, repiques de campanas o fuegos artificiales. También numerosos telegramas de felicitación cursados por autoridades locales y provinciales para felicitar a Primo de Rivera, así como múltiples ceremonias religiosas, como los tedeum agradeciendo a Dios la victoria y misas por los caídos. La religión recuperó el papel en la celebración que había tenido en otras épocas, y la Iglesia dio su apoyo a la "misión civilizadora" de España en Marruecos, incrementando la identificación catolicismo-nación[70]. En Barcelona, las Juventudes de la Unión Patriótica fueron las que organizaron la mayor manifestación de júbilo, que recorrió las calles de la ciudad al son de la Marcha Real y con una pancarta de "Viva el Ejército. Viva el

[65] En *La Correspondencia Militar* se señalaba que se habían dado grandes facilidades a los periodistas. El corresponsal del periódico, Mariscal, señalaba que con él iban Leopoldo Bejarano (*El Liberal*), Ruiz Albéniz y Fernández Castro (*Informaciones*), Lezama (*La Libertad*) , De Miguel (*La Voz*) o el conocido fotógrafo Alfonso, además de varios "periodistas locales y de provincias": MARISCAL: "Diario de un corresponsal de guerra", en *La Correspondencia Militar*, 8-IX.1925, p. 6.
[66] SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, p. 315.
[67] GODED: *Marruecos*, p. 232.
[68] *El Globo*, 5-X-1925, p. 1.
[69] "La toma de Axdir", en *La Vanguardia*, 4-X-1925, p. 7.
[70] QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 87.

Directorio". Además, se adornaron con la bandera española diversos edificios de la ciudad[71]. El *ABC* del 4 de octubre, en una sección titulada "manifestaciones patrióticas en provincias" dedicaba varias páginas a recoger las reacciones en distintas ciudades, hasta un total de 24[72]. Por toda España hubo desfiles militares y los soldados repatriados se recibieron como héroes. En Madrid los actos culminaron con un desfile presidido por el rey con numerosas autoridades militares, civiles y religiosas.

Aunque el júbilo por la victoria se mostró unánime, muchos consideraban que tras ella era el momento de reducir drásticamente los esfuerzos en Marruecos. En este sentido tuvo mucha repercusión una carta de Francesc Cambó el 20 de octubre en la que abogaba, ya que el honor estaba a salvo, por el abandono definitivo. Primo de Rivera permitió la publicación de la carta y la rebatió respetuosamente, mientras que medios como *El Sol* o *El Liberal* se adhirieron a la idea del político catalán (*El Liberal* con algunos matices para hacer la propuesta más "realista y práctica")[73]. El abandonismo siguió siendo considerable, aunque por la censura y la falta de vertebración de los partidos obreros en el régimen fue imposible llevar a cabo una campaña activa como la que tuvo lugar en Francia. Además, aunque no se pudiese transmitir públicamente por la censura, no todo el mundo consideraba merecidos los méritos que se estaban dando al directorio militar o, mejor dicho, los que el propio directorio se daba a sí mismo. El artillero Antonio Cordón recordaba en sus memorias la indignación que él y sus compañeros tuvieron ante una de las notas oficiosas en la que Primo declaraba que él y su Gobierno merecían la mayor de las glorificaciones que pudiese hacerse[74].

La victoria fue muy celebrada y un refuerzo enorme para la Dictadura, que se sintió más legitimada que nunca, especialmente su líder. Después de la toma de Axdir se le concedía a Primo de Rivera la Laureada de San Fernando por un Real Decreto. También era nombrado hijo adoptivo de Madrid y Barcelona, entre otros homenajes del momento de mayor exaltación de su figura de toda la Dictadura. No solo se había logrado una victoria en Marruecos como no se producía desde la Guerra de África, ésta había sido contra un enemigo con un potencial superior al de cualquier otro momento. Unos días antes del Desembarco de Alhucemas, Primo de Rivera había afirmado que los *moros* no eran los de 1909, 1911, 1913 y ni siquiera 1921, porque desde entonces habían conseguido cada vez más recursos de fuera, dirección técnica, disciplina, armamento moderno y un mando único[75]. Con un enemigo tan formidable, como había demostrado en su ataque a la zona francesa, la victoria podía ser considerada especialmente meritoria[76].

Aunque la buena marcha de las acciones militares hizo menos necesaria la censura que el año anterior, hubo aspectos que apenas pudieron trascender entre la opinión pública española, como las negociaciones con los rifeños, cubiertas por numerosos corresponsales extranjeros pero no por españoles[77]. Además, estas negociaciones no convencían a muchos militares que, como Francisco Franco, las consideraban un vano esfuerzo, pues eran las operaciones militares las que habían inclinado las cabilas a la sumisión y el desarme[78].

---

[71] "La situación del día", en *La Vanguardia*, 4-X-1925, p. 8.
[72] "Manifestaciones patrióticas en provincias", en *ABC*, 4-X-1925, pp. 18-20.
[73] SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, p. 290.
[74] CORDÓN, A.: Trayectoria *(Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971, p. 257.
[75] SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, p. 314.
[76] Manuel Goded señaló en sus memorias que la campaña "tuvo sabor a guerra europea", y destacó lo inusual que había resultado comprobar la dirección de un mando único en el enemigo, así como la eficaz organización de los rifeños: GODED: *Marruecos*, p. 205.
[77] SUEIRO.: E*spaña en el Mediterráneo*, p. 317.
[78] FRANCO BAHAMONDE, F.: "Diario de Alhucemas", en ID.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p. 223.

Al mismo tiempo que se preparaba el desembarco, tuvo lugar un episodio destacado: la defensa de Kudia Tahar, posición fundamental para la seguridad de Tetuán que, en caso de haber caído, podía haber hecho necesario el envío de más refuerzos, con notable perjuicio para la invasión de Alhucemas[79]. Su resistencia fue de las más elogiadas de la campaña, y el propio Primo llegó a decir el 15 de septiembre:

> He aquí otra nueva emoción: besar a un soldado ennegrecido y sucio, el primero que llegó a mí después del heroísmo de Kudia Tahar. He besado en la vida muchas veces con el corazón puesto en los labios al crucifijo, a la bandera, a mi madre, a mis hijos y a las mujeres amadas; pero ese beso de hoy también es inolvidable[80].

Los supervivientes fueron recibidos como héroes en Madrid el 10 de octubre (Fig.71), con presencia del propio rey, que les dedicó elogiosas palabras[81]. Al día siguiente el rey le imponía la Laureada a Primo y dos después presidía el día de la Raza, que iba a ser de gran exaltación bélica.

El balance final de muertos y heridos del contingente español en el desembarco y operaciones posteriores fue de 361 fallecidos (24 jefes y oficiales, 132 europeos y 205 indígenas) y 1.975 heridos (109 jefes y oficiales, 786 europeos y 1.080 indígenas)[82].

Completando la pacificación

Aunque es común referirse al Desembarco de Alhucemas como el último y definitivo paso de la pacificación del Protectorado español en Marruecos, hicieron falta casi dos años más de campaña para completar tal objetivo. Por ello, a pesar de la enorme importancia de la operación aeronaval, golpe decisivo a la República del Rif, es importante recordar que durante el invierno de 1925 las operaciones estuvieron bastante paradas, y no fue hasta la primavera de 1926 cuando comenzó la ofensiva final, la cual logró pronto la rendición de Abd-el-Krim, pero hubo que seguir combatiendo focos de resistencia hasta bien entrado 1927. El general Manuel Goded en su obra de 1932 fue muy explícito al respecto, señalando que en el invierno de 1925 seguían insumisas 40 de las 66 cabilas de la zona española, que se sometieron en las operaciones de 1926-1927, en contra del pensamiento de muchos españoles de que la guerra de Marruecos había quedado virtualmente terminada en 1925[83]. Después de años de descalabros y avances conseguidos a muy alto coste, la campaña de 1926-1927 fue una sucesión constante de avances y victorias, aspecto que pudo tener bastante que ver en su minusvaloración, a pesar de la publicidad que el Directorio hizo de las operaciones a través de sus "notas oficiosas"[84].

Una de las principales batallas tuvo lugar entre el 8 y el 10 de mayo de 1926 en la loma de los Morabos. En ella se registraron 113 bajas de tropa y 75 de oficiales, pero fue

---

[79] GODED: *Marruecos*, p. 192.
[80] SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, p. 326.
[81] SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1925, p. 351-352.
[82] CARRASCO: *Las imágenes del desastre*.
[83] GODED, M.: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Compañía Ibero-americana de publicaciones, Madrid, 1932, pp. 234, 248 y 251. Para Goded, el hecho de que el Tercio y los Regulares encabezaran la lucha pudo contribuir a que en España no se sintieran tan dolorosamente los efectos de esa campaña final.
[84] Para Manuel Goded, que era Jefe de Estado Mayor del Alto Comisario José Sanjurjo, se había terminado "el periodo heroico, esmaltado de sacrificios sublimes, pero estériles, a la época gloriosa en la que todos los sacrificios y todos los esfuerzos encuentran su compensación inmediata en la victoria": GODED: *Marruecos*, p. 261.

un importante triunfo para España y fundamental para forzar la rendición de Abd-el-Krim[85]. De la entrega a los franceses del líder rifeño se daba cuenta en los periódicos el 26 de mayo. La "nota oficiosa" mostraba la gran satisfacción del Gobierno y felicitaba al Ejército de África, pero también se mostraba cauta y alertaba de que todavía quedaban múltiples esfuerzos antes de poder pacificar el territorio[86]. La noticia se recibió con júbilo en toda España, especialmente en Melilla[87], pero apenas se produjeron escenas de júbilo o celebraciones al respecto. Al mismo tiempo se produjo la liberación de los prisioneros que seguían en su poder, lo que dio lugar a escenas emocionantes que los periódicos recogerían con mucho interés. Los liberados fueron 123 militares y 29 civiles, entre los que había 6 niños y 4 mujeres. No se salvó ningún oficial, algo que se achacó a las enfermedades y las malas condiciones, pero también se aseguró que algunos habían sido fusilados[88]. Además, en las semanas siguientes aparecieron múltiples detalles sobre los malos tratos sufridos por los prisioneros, lo que llevó a protestas constantes ante los honores y deferencias que Francia hacía al líder rendido, y también llevó a numerosas peticiones de extradición que no fueron aceptadas.

Otro hecho importante tenía lugar el 10 de agosto de 1926, cuando el comandante Capaz entraba en Xauen, por lo que la ciudad abandonada en 1924 volvía a manos españolas. La noticia, pese a ser muy bien recibida, no generó la atención mediática de su primera ocupación o de la de Axdir el año anterior, y no parece que se hubiesen producido destacadas manifestaciones de júbilo. Todos esos días eran de un torrente informativo constante sobre cabilas sometidas y desarmadas, victorias en el campo de batalla y nuevos avances, de los que la ocupación de la emblemática ciudad fue uno más. Entre el 23 de septiembre y el 1 de octubre de 1926 José Sanjurjo y Manuel Goded, con un escuadrón del Tercio como única escolta, hicieron por primera vez el recorrido Tetuán-Melilla. Una marcha de 452 kilómetros sin incidentes que demostraba la consolidación de los avances y la pacificación de la mayor parte del territorio. Fue muy agasajado por las cabilas y también recibió muchas felicitaciones desde España por su atrevido viaje[89].

La campaña de 1926-1927 no solo permitió la ocupación de todas las cabilas del Protectorado español: también se procedió a su desarme, y se las organizó con mandos indígenas asistidos y dirigidos por los interventores militares españoles[90]. De este modo se sentaron las bases de una pacificación duradera, pues no se volvieron a registrar levantamientos de entidad hasta que España abandonó Marruecos en 1956. Incluso los militares africanistas, los más empecinados en seguir combatiendo en Marruecos, eran conscientes de que la lucha tocaba a su final, que se avecinaban tiempos de paz y de política. El entonces general de brigada Francisco Franco, señalaba que se terminaba el momento de las armas, pero alertaba de que una mala política podía llevar a perder lo que se había obtenido "brillantemente". En su *Diario de Alhucemas*, Franco señalaba que faltaba poco para que llegase a Marruecos la civilización y la modernidad, lo que supondría un gran hito para España que le sería reconocido internacionalmente. Una vez alcanzada la pacificación, su discurso recordaba al de los africanistas del XIX,

[85] VILLALOBOS: *El sueño colonial*, p. 268.
[86] "Anoche, a las diez, atravesó Abd-el-Krim las filas francesas", en *La Época*, 27-V-1926, p. 1.
[87] "Abd-el-Krim, el jefe de la rebelión, se ha entregado", en *El Imparcial*, 27-V-1926, p. 1.
[88] SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1926, p. 182. Manuel Leguineche señaló que Abd-el-Krim había afirmado que murieron a causa del tifus, pero habían sido cruelmente asesinados: LEGUINECHE: *Annual 1921*, p. 285.
[89] "Del viaje del general Sanjurjo por las cabilas", en *La Vanguardia*, 3-X-1926, p. 24.
[90] Manuel Goded afirmó que ocupar no era dominar, y que el marroquí no estaba dominado mientras dispusiese de un fusil, porque la idea de rebeldía estaba siempre en su espíritu. GODED: *Marruecos*, p. 432.

centrándose en aspectos económicos, comerciales y de desarrollo[91], aunque mantenía sus ideas del Ejército de Marruecos como modelo de virtudes de la patria y germen de regeneración de la misma.

El 10 de julio de 1927 el Alto Comisario Sanjurjo anunció en Bab Taza el fin de la pacificación, ensalzando a sus soldados, recordando que habían recogido 42.000 fusiles entre la población y saludando a Francia, nación hermana con la que habían cooperado:

> Merecéis bien de la Patria y vuestro general en su representación os lo dice; los que en breve plazo regreséis a vuestros hogares podréis recibir con la frente alta el beso de vuestras madres, que en él pondrán no sólo el cariño de madre, sino el orgullo de española, al abrazar a un hijo que cumplió su deber[92].

El 11 de julio el Gobierno emitía un comunicado en el que se señalaba que la campaña estaba "virtualmente" terminada y se procedería al licenciamiento de la quinta de 1924[93]. Eran muy buenas noticias, pero tampoco estuvieron acompañadas de grandes celebraciones, y los distintos periódicos dedicaron un espacio relativamente pequeño a semejante noticia. El periodista López Rienda había afirmado que la gente era fría con las victorias porque no se había sido sincero con ella, y por ese motivo recelaba[94].

Como ya vimos en el caso de Francisco Franco, la pacificación supuso un cambio en la mentalidad y en la política con respecto al Protectorado. La retórica de la hermandad, de la obra protectora y de la civilización resurgía con fuerza, plasmándose en proyectos de organización y desarrollo. Por ejemplo en 1928 se realizaron las primeras obras hidráulicas en el Protectorado español[95], que llegaban después de 16 años de guerra constante.

Los "héroes" de la pacificación

Si los diferentes reveses españoles en Marruecos habían generado una considerable cantidad de *héroes*, la operación más exitosa desde la Guerra de África tenía necesariamente que contar entre sus protagonistas con grandes modelos de virtudes castrenses y sacrificio por la patria. Primo de Rivera había restituido en 1925 las recompensas por méritos de guerra, por lo que éstas se prodigaron al final del largo conflicto marroquí. Hubo gran cantidad de ascensos, concesión de títulos nobiliarios y medallas al mérito militar, incluyendo docenas de cruces laureadas de San Fernando por hechos protagonizados entre 1924 y 1927. El escritor Armada Quiroga, que había participado en la campaña como legionario, señalaba en 1925 que los galones se concedían con excesiva facilidad: "El capitán, con voz cansada, siguió leyendo la interminable lista de los premiados con galones. No llegaban a una docena los que

---

[91] FRANCO BAHAMONDE, F.: "Reflexiones políticas", en ID.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p 235; "Diario de Alhucemas", en ibídem, p. 227; "Tánger", en ibídem, p. 231.

[92] Cit. en GODED: *Marruecos*, p. 435. Sobre el tema de los fusiles, Goded señala que la cifra llegó a los 60.000, aunque algunos autores la elevasen hasta los 100.000. Vid. GODED: *Marruecos*, p. 103.

[93] *ABC*, 11-VII-1927, p. 15.

[94] GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 458.

[95] Otro proyecto interesante fue la elaboración de un mapa cartográfico a escala 1:50.000, que se terminaría en 1934. Queda bastante claro el interés que se tenía en Marruecos y la importancia que se había dado a la cartografía (sobre todo por lo útil que resultó para Alhucemas y las operaciones siguientes) por el hecho de que en 1934 ese mismo mapa todavía era incompleto en la Península.

quedaban soldados rasos. La mayor parte de los que formaban mi compañía ascendieron a cabos y sargentos"[96].

El propio Miguel Primo de Rivera iba a ser la figura principal, la que obtuvo un mayor reconocimiento y cuyo nombre iba a quedar siempre ligado al Desembarco de Alhucemas y a la pacificación de Marruecos. Cuando Primo se convirtió en Alto Comisario era consciente de que su prestigio quedaba enlazado al "problema marroquí". La resolución exitosa de éste supuso un gran refuerzo para institucionalizar su dictadura y le valió la concesión por Alfonso XIII de la Cruz Laureada de San Fernando. Por otro lado, la planificación del desembarco iba a suponer la consideración de Primo como un gran estratega, fomentada en su tiempo y mantenida durante la Dictadura franquista, aunque en la actualidad haya sido puesta en duda por diversos autores[97].

Después de Primo de Rivera, el mayor reconocimiento fue para José Sanjurjo, nombrado por Primo de Rivera como jefe de operaciones del Desembarco de Alhucemas y sustituto de éste como Alto Comisario. En 1926 se le concedió el título de marqués de Monte Malmusi, que se convirtió en el de marqués del Rif tras el final de la pacificación en 1927. Además, su reconocimiento llegó al punto de que el asentamiento que se comenzó a construir en la bahía de Alhucemas tras el desembarco iba a recibir el nombre de Villa Sanjurjo. La exaltación de Sanjurjo en los periódicos fue tan grande que su figura se envolvió de mito, y la situación de censura impedía la aparición de análisis más críticos de su figura. Antonio Cordón en sus memorias se hizo eco de la mitificación de Sanjurjo, afirmando que todas las operaciones se hubiesen realizado igual si en lugar de estar allí hubiese estado en Japón, porque los planes no los diseñaba él, sino el Estado Mayor. Y sin embargo, en la prensa se presentaba la acción del día como otra difícil y gloriosa batalla ganada sobre todo por el "arrojo y genio militar africanista de Sanjurjo"[98].

Otras grandes figuras del desembarco y las operaciones posteriores fueron Francisco Franco, que llegaba a general en febrero de 1926, con solo 33 años; Leopoldo Saro, que recibió el condado de la Playa de Ixdain; Muñoz Grandes, que comandó el harca que primero alcanzó tierra; o Millán Astray, que había sufrido en octubre de 1924 una herida que le costó el brazo. Su imagen de soldado aguerrido y que combatía siempre en primera línea se reforzó todavía más, y la herida no le impidió seguir participando en la campaña hasta que en marzo de 1926 recibió otro disparo que le haría perder un ojo y le dejó notables secuelas de por vida.

A diferencia de lo acontecido en 1921, casi todos los *héroes* principales sobrevivieron a las operaciones. En su mayoría fueron oficiales con cierta graduación, destacando los principales militares africanistas, cuyo prestigio e influencia se incrementó muchísimo después de la victoria. Mucha gente los consideró como los verdaderos responsables de la victoria, viendo también en ellos una posible defensa contra los enemigos internos, una garantía para la unidad nacional y contra la revolución. No obstante, la mayor parte de los muertos en la campaña, especialmente durante la retirada de Xauen, pasaron muy desapercibidos, sin que se recordaran sus nombres, salvo en los casos de oficiales, cuyo reconocimiento no obstante la mayoría de las veces no pasaba de una breve nota en los periódicos y una sepultura con su nombre. Del repertorio de homenajes que fueron característicos en Europa desde la Primera Guerra Mundial (cementerios militares, monumentos al soldado desconocido, estelas en los lugares de origen, listas de nombres en memoriales…) ninguno fue promovido por la Dictadura para

[96] ARMADA QUIROGA: *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*, p. 58.

[97] Sebastian Balfour, por ejemplo, ha señalado que el plan de desembarco se realizó basándose en un borrador que había elaborado en 1923 un comité encabezado por el general Martínez Anido, que entonces había sido archivado por el Gobierno: BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 217.

[98] CORDÓN, A.: Trayectoria *(Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971, p. 100.

homenajear a los muertos en la campaña. Sí se dispuso que los delegados gubernativos organizasen "actos patrióticos" en memoria de los caídos por la patria en Marruecos[99], y en las iglesias españolas se realizaron numerosos tedeum por el alma de estos soldados que habían perdido la vida. Finalmente, algunas celebraciones ya existentes, como la fiesta de la Raza, también sirvieron para homenajear a los soldados españoles[100].

Una prensa mediatizada por la censura

El aspecto más destacado de la prensa respecto a las campañas de esta etapa fue la insólita eficacia de la censura gubernamental, que evitó el disenso y permitió que la versión oficial fuese prácticamente la única a la que pudo tener acceso la opinión pública. Por ello, las habituales diferencias que remarcábamos en otros capítulos entre las versiones de los distintos periódicos, dependiendo de su orientación política, se redujeron al mínimo en esta etapa. La obligatoria publicación de las "notas oficiosas" del directorio uniformaba la perspectiva sobre lo que acontecía en Marruecos, ya que éstas resultaban siempre muy optimistas, incluso en operaciones que se saldaban con centenares de bajas y pérdidas de posiciones. La censura militar, que borraba o modificaba contenidos con asiduidad, completaba este proceso de manipulación informativa.

A pesar de esta situación, los corresponsales de guerra seguían funcionando, y algunas de sus crónicas tuvieron mucha influencia, como las de López Rienda en *El Sol* o Gregorio Corronchano en *ABC*. No obstante, estas crónicas eran muy descriptivas y escasas en valoraciones negativas[101], mientras que los artículos de opinión criticando duramente la política marroquí, tan habituales en los años finales de la Restauración, ahora eran muy escasos y suaves en sus apreciaciones.

Pese a este control a través de las notas oficiosas, Primo de Rivera se quejó en varias ocasiones de la parquedad informativa de los diarios. Por ejemplo, le ofendió la poca cobertura recibida por las muestras de adhesión ciudadana que se produjeron tras el Desembarco de Alhucemas, que habían sido promovidas en su mayoría por la Unión Patriótica[102]. Ésta era una de las respuestas de buena parte de la prensa a las imposiciones gubernamentales. Fueron muchos los intentos de los periódicos para convencer al directorio de la importancia de la libertad de expresión, como el que presentaron las asociaciones de prensa en noviembre de 1924, incidiendo en el peligro que el medio de comunicación tenía de sucumbir por culpa de la censura, como demostraba el constante cierre de publicaciones[103]. Estas limitaciones de la libertad de prensa fueron, en opinión de María Gajate, el golpe de gracia a para los moribundos periódicos políticos[104].

Primo de Rivera no se ablandó, y la censura de publicaciones fue una constante hasta el final de la Dictadura. En general entre los militares, tanto los africanistas como

99 QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 84.

100 La fiesta de la raza tenía un marcado carácter religioso desde que se hizo fiesta oficial en 1918. Pero desde 1923 sus connotaciones militares se multiplicaron, y en 1927 el 12 de octubre fue declarado "Fiesta de la Raza, del soldado y de la Paz", en conmemoración de la victoria: Vid. QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 308.

101 Las crónicas de López Rienda aparecían como "autorizadas por la censura de Tetuán", lo que sumado a la propia censura del ejemplar del periódico dejaba claras las restricciones. Por eso su obra *Del Uarga a Alhucemas* podía ser mucho más explícita que sus crónicas, como sucedió con la explicación de la desbandada a Zoco el Arbaa del 19 de noviembre de 1924, que había aparecido en la prensa mucho más suavizada.

102 GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 94.

103 Vid. SOLDEVILLA, F.: *El Año político*, 1924, pp. 388-392.

104 GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 93.

los que no lo eran, había una visión bastante negativa de la mayor parte de la prensa, a la que se consideraba culpable de propagar entre la población ideas revolucionarias, separatistas y antibelicistas. Víctor Ruíz Albéniz criticaba con dureza a la prensa española desde la *Revista de Tropas Coloniales* en 1924, al señalar que constantemente manipulaba las noticias, más pendiente de ensalzar a amigos y de criticar a enemigos que de informar con rigor, lo que era muy dañino para el país. Además, alertaba a la oficialidad del peligro de hacer filtraciones a periodistas, desaconsejándolas[105]. Todos estos aspectos complicaron aún más la fiabilidad de las crónicas de los periódicos. Como destacaba Antonio de Lezama en el salmantino *El Adelanto*, muchos de sus colegas empleaban partes oficiales y ni se acercaban a los lugares de peligro, pero además a él, que sí trabajaba sobre el terreno, la censura le mutilaba las crónicas, por lo que éstas llegaban medio deshechas[106].

Entre las nuevas publicaciones surgidas en esta etapa nos resulta de especial interés la *Revista de Tropas Coloniales*, fundada en 1924 como medio de expresión de los militares africanistas. En sus páginas se defendió sin ambages la presencia española en Marruecos y la labor realizada por el Ejército, considerada imprescindible para poder acabar con el problema marroquí. Como hizo Francisco Franco en su primer número, se destacó con frecuencia la importancia de la campaña de Marruecos para un Ejército español que sin ella no hubiese despertado de su letargo y ampliado su eficacia. Como reflejo de la mentalidad de los africanistas, criticaron cualquier política abandonista y que no optase por la intervención a ultranza, como demostró el polémico artículo "Pasividad e inacción", firmado en el número 4 por el propio Franco, quien desde enero de 1925 se convirtió en director de la publicación. *Revista de Tropas Coloniales* era una publicación técnica y cuidadosamente publicada. Llevaba portadas a cargo de pintores conocidos[107], además de fotografías de grandes dimensiones. Incluso se enviaban a los suscriptores cubiertas entreteladas para las colecciones anuales, lo que demostraba la vocación de obra bibliográfica que tenía la publicación[108].

Los efectos del costoso repliegue de 1924 se notaron incluso en la prensa africanista, cuyos máximos representantes perdieron multitud de redactores y colaboradores. *El telegrama del Rif* atravesó problemas[109], mientras que la *Revista de tropas coloniales* se dejó de publicar entre octubre y diciembre, volviendo en enero de 1925 con una dedicatoria a los principales colaboradores de la revista muertos en las operaciones de Yebala en aquellos meses.

Crónicas y novelas de guerra

Durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera el Desastre de Annual todavía seguía resonando con fuerza y muchas de las crónicas que se publicaron se referían a él o a los combates inmediatamente posteriores, como pudimos comprobar en el capítulo anterior. Éstas se completaron con las referidas a las nuevas operaciones que habían tenido lugar con posterioridad al golpe de Estado, especialmente la retirada de Xauen, el Desembarco de Alhucemas y la campaña posterior a éste que aseguró la pacificación del Protectorado. En este conjunto de crónicas encontramos un descenso en las que

[105] EL TEBIB ARRUMI: "La causa de muchos males. La actuación del periodista en la guerra colonial", en *Revista de Tropas coloniales*, nº 2 (febrero de 1924), pp. 12-13.
[106] LEZAMA, en *El Adelanto*, 27-IX-1925. Cit. en GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 456.
[107] Como Mariano Bertuchi, Antonio Got o Carlos Gallegos.
[108] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 101.
[109] MOGA ROMERO: *La cuestión marroquí en la escritura africanista*, p. 31.

presentaban un marcado antibelicismo y se centraban en el absurdo de tanto sufrimiento. Entre los motivos están que la censura primorriverista trató de impedir que se difundiesen los hechos de 1924 como desastrosos y también que en las operaciones de estos años la participación de las unidades profesionales en vanguardia fue superior a la de cualquier momento anterior, por lo que la Legión o los Regulares llevaron la parte más dura de los combates, y muchas de las crónicas fueron de sus oficiales o soldados.

Militares africanistas como Francisco Franco o Emilio Mola escribieron crónicas de este tipo. Del primero son *La hora de Xauén* y *Diario de Alhucemas*, ambas publicadas por entregas en la *Revista de Tropas Coloniales* que su autor dirigía. Como en *Diario de una bandera*, Franco volvió a emplear un estilo bastante ostentoso y a valorar heroicamente cada hecho de armas protagonizado por los hombres que mandaba. Además, reflexionó sobre la sociedad, las costumbres marroquíes y el impacto que en ellas tenía la ocupación, así como de las perspectivas de futuro, admitiendo que habrían de pasar muchos años antes de que la labor de España fuese reconocida con gratitud[110]. El por entonces teniente coronel Emilio Mola era otro buen ejemplo de una visión optimista y heroica de la guerra, demostrada en su obra *Dar Akobba*[111], de 1924. Su descripción de la lucha en la zona occidental del Protectorado estaba acompañada de críticas al antibelicismo de la sociedad de entonces y una enconada defensa del sacrifio por la patria como merecedor de gloria, creyendo que era "un disparate" educar a las masas en una "engañosa teoría pacifista" . Mola destacaba que la defensa de Dar Akobba era un episodio poco conocido porque había acabado bien, afirmando que si hubiese terminado en tragedia sería tan famoso como el Barranco del Lobo o Monte Arruit[112], lo que suponía una muestra de la habitual crítica de los africanistas a los medios de comunicación, a los que con frecuencia acusaban de torpedear la acción española cebándose con los descalabros y no valorando las victorias. Otra crónica sobre esta etapa fue *Dos años en Gomara*[113], del capitán Alberto Bayo, que estuvo en la Legión y al mando de tropas de Regulares entre 1924 y 1927. Su obra era muy belicista y caracterizada por lo que López Barranco definió como "un necrófilo deseo de morir"[114], además de demostrar un fuerte racismo hacia unos *moros* considerados salvajes. También nos podemos referir a *Seis meses en Yebala*, de Gabriel Rebellón (1925)[115], en la que la atención se centra sobre todo en la retirada de Xauen, aunque por su contenido parece más un ensayo que una crónica.

Todas estas obras se caracterizan por una concepción bastante peyorativa del enemigo y por entender como algo normal la violencia que se llevaba a cabo contra él. Ésta aparece de modo bastante explícito en *Dos años en Gomara*, y todavía más en *En la hora de la paz*[116], de Vitaliano Gómez en 1928, un atípico relato muy centrado en la represión ejercida sobre los marroquíes después del desastre, incluyendo las razias de los aduares y otras acciones que irónicamente eran consideradas como las que traerían la paz. A diferencia de los anteriores, Vitaliano Gómez era un periodista, por lo que su relato estaría más basado en testimonios que en vivencias personales, lo mismo que sucede con

110 FRANCO BAHAMONDE, F.: "La hora de Xauen", en ID.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p. 186.
111 MOLA, E.: *Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria*, Doncel, Madrid, 1977 (original de 1924).
112 MOLA, E.: *Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria*, Doncel, Madrid, 1977 (original de 1924), p. 9.
113 BAYO, A.: *Dos años en Gomara*, Imp. de Cleto Vallinas, Madrid, 1928.
114 LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 349.
115 REBELLÓN, G.: *Seis meses en Yebala*, Sáez Hermanos, Madrid, 1925.
116 GÓMEZ, V.: *En la hora de la paz*, Hispano-Africana, Tetuán, 1928.

El blindado número 5[117], del sargento Benigno Pereda del Río (1925), un relato bastante heroico sobre la resistencia de la dotación de un vehículo blindado inutilizado por los rifeños, que aguantó durante dos días las acometidas de los *moros* y pudo salvarse, recibiendo sus miembros el reconocimiento de Primo de Rivera. El autor no había protagonizado la presunta hazaña, por lo que basó en los testimonios de los supervivientes para escribir sobre ella.

De entre las crónicas y memorias sobre la Guerra del Rif publicadas en esta etapa hubo una obra muy particular que cambiaba radicalmente el punto de vista. Nos referimos a las memorias de Abd-el-Krim publicadas en París por Roger Mathieu en 1927, que registraron un éxito sobresaliente pero que pasaron prácticamente desapercibidas en España, pues ni siquiera se tradujeron al castellano[118]. En *La Correspondencia militar* se llegó a hablar de que eran inventadas por el autor y se las criticó duramente, acusándolas de tener por único objetivo hacer daño[119]. Esta opinión de un órgano que era portavoz de las ideas de los militares permite comprender bastante bien por qué la obra no pudo llegar a la España del Directorio militar.

Narrativa de ficción

Para completar este apartado nos queda referirnos a la narrativa de ficción, pues en estos años hubo otras muchas novelas además de las ambientadas en el Desastre y en la reconquista inmediatamente posterior, las cuales tratamos en el capítulo anterior. Por ejemplo con la Legión como elemento central podemos aludir a *Los del Tercio en Tánger*, de Francisco Triviño Valdivia[120], cuya trama se desarrollaba en la ciudad de su título, que se había convertido en un lugar recurrente para ubicar novelas por su carácter cosmopolita, por el misterio en el que a menudo se la envolvía y porque se la consideraba el foco del espionaje y las intrigas en el Protectorado español. También se ambientó en Tánger *Águilas de acero*[121], publicada en 1926 por Rafael López Rienda y cuyo argumento daría lugar a una película poco después. Está protagonizada por un aviador que trata de conquistar a una mujer extranjera, una polaca que resultará ser una espía comunista que sirve de enlace entre la Unión Soviética y la República del Rif. Una nueva vuelta de tuerca a este tópico poco ajustado a la realidad pero que gozó de gran vigor especialmente durante la Dictadura de Primo. De casi idéntico título es *Las águilas de acero*[122], de Antonio Cases, un relato también protagonizado por un aviador, en este caso chileno, que se centra en un intento de hazaña (la de acercarse a Abd-el-Krim para luego entregarlo) y una historia de amor.

Aunque se publicaron diversas novelas críticas con la guerra en este período, las de mayor componente antibelicista tuvieron problemas con la censura. Ya vimos como *Cartas Marruecas de un soldado* le pudo salir cara a su autor e *Imán* no se publicó hasta

117 PEREDA DEL RÍO, B.: *El blindado número 5*, Imp. Pasaje de Valdecilla, Madrid, 1925.

118 En la Biblioteca Nacional de Madrid se conservan dos ediciones en francés tituladas *Mémoires d'Abd-El-Krim*, ambas de 1927 pero correspondientes a la quinta y la decimoséptima edición, lo que da una buena idea de su rotundo éxito en Francia. Hay incluso una edición en alemán: *Memoiren: mein Krieg gegen Spanien und Frankreic*, Carl Reinner, Dresden, 1927; pero no tenemos constancia de que se hayan publicado en castellano.

119 "Las supuestas memorias de Abd-el-Krim", en *La Correspondencia militar*, 3-II-1927, p. 1. Manuel Goded en sus memorias las catalogó de "pintorescas", aunque sin negar que fuesen reales: GODED: *Marruecos*, p. 77.

120 TRIVIÑO VALDIVIA, F.: *Los del Tercio en Tánger*, Artes y Letras, Valencia, 1926.

121 LÓPEZ RIENDA, R.: *Águilas de Acero*, Atlántida, Madrid, 1926

122 CASES, A.: *Las águilas de acero*, Imp. Martosa, Madrid, sin fecha (probablemente 1927).

1930. Un caso semejante fue el de *Uno de tantos*[123], de Salvador Ferrer, que no vio la luz hasta 1930. Entre la crónica y la novela, recogía la historia de un soldado de cuota que pudo comprobar directamente la tragedia que supuso la retirada de Xauen. Su antibelicismo se hace patente en una visión nada gloriosa de la guerra, cuya crudeza se manifiesta en el drama de los muertos y heridos en una lucha que aparece como inútil. Una cierta crítica a la guerra, aunque no tan explícita, aparece en *La pared de la tela de araña*[124], de Tomás Borras, una de las obras más valoradas de este ciclo como demostró la crítica de entonces[125]. El autor era corresponsal de *El Sol* y conocía bien lugares como Melilla y Xauen. Precisamente la toma y retirada de esta última ciudad adquieren importancia en una narración en la que también tiene mucho peso una historia de amor y el análisis de la personalidad y costumbres de unos marroquíes a los que se intenta comprender[126].

Casi toda la producción literaria relacionada con las guerras de Marruecos que se publicó en la década de 1920 estaba ambientada en el Desastre de Annual o los episodios posteriores. Fueron muy excepcionales novelas como *La hija de Marte*[127], publicada en 1930 por Francisco Carcaño y en la que la campaña de 1909 era la que tenía un mayor peso[128]. La actualidad y el interés por los incidentes recientes las hacía demasiado apetecibles como tema para los escritores de la época, por lo que las guerras anteriores iban a quedar en un plano muy secundario.

El teatro sobre Marruecos en los años de la Dictadura

En los años finales de la Restauración vimos que el teatro, a pesar de haber perdido vitalidad respecto a otras épocas, aún se prodigaba bastante en acercamientos al tema marroquí, en ocasiones con dramas que lograban un considerable éxito. No obstante, durante la Dictadura de Primo la reducción de obras y representaciones sobre el tema fue considerable. Varios factores pudieron contribuir a esta situación. En primer lugar, el desastre ya había pasado con éxito por los teatros durante varios años y se encontraba un tanto agotado. En segundo, la férrea censura de la Dictadura disuadió a los autores de sacar adelante obras que pudiesen dejar en mal lugar al Ejército, por lo que seguir la estela de *¡Responsables!* hubiese sido imposible. En tercer lugar, el episodio que podía haber reactivado la producción sobre Marruecos, el Desembarco de Alhucemas, apenas interesó a los dramaturgos, algo a lo que debió contribuir una cobertura cinematográfica sin precedentes. Finalmente, la continua evolución y abaratamiento del cine continuaba comiendo terreno a un teatro que cada vez se utilizaba menos para recrear realidades cercanas.

En este contexto, solo hemos localizado una obra centrada en las campañas de Marruecos con cierta repercusión: *La Bandera Legionaria*: *zarzuela en dos actos*, de Manuel Fernández Palomero, que se estrenó en el Teatro de Novedades de Madrid el 26 de febrero de 1926. Alcanzó las 17 representaciones, una cifra respetable, pero que quedaba muy lejos de las 131 de *Voluntarios a Melilla* o las 57 de *¡Responsables!* Como evidencia su título, está dedicada "a los Héroes de la Legión", para los que hay un

123 FERRER, S.: *Uno de tantos*, Barcelona, 1930.
124 BORRÁS, T.: *La pared de la tela de araña*, Marineda, Madrid, 1924.
125 LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 137.
126 CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 140.
127 CARCAÑO, F.: *La hija de Marte*, Imprenta Zambrana, Málaga, 1930.
128 La obra se centraba más en la ciudad de Melilla y en las vicisitudes del protagonista que en la guerra, pero la decisiva influencia de ésta en el crecimiento de la ciudad aparecía muy bien reflejada.

verdadero panegírico al inicio de la publicación[129]. El protagonista es un legionario andaluz que habla de forma muy vulgar y al que le gusta flirtear con enfermeras, pero que acude sin dudar a la llamada de la patria. La zarzuela presenta una Legión heroica pero al mismo tiempo brutalizada, algo presente desde los apodos de los compañeros (como Rompe Cráneos, Masca Huesos o Troncha Cuellos) a algunas de las canciones, como la que dice: "Jamás, / jamás, / en la lucha al enemigo / concedí nunca piedad. / Matar, / matar, / destrozar, pulverizar, / deshacer y exterminar". "¡Exterminio! / ¡Degollina! / ¡Sangre y fuego! / ¡Destrucción!"[130]. La retórica de la violencia se combina con otra del patrioterismo, caracterizada por constantes alusiones a la bandera y al amor por la patria. Además de la guerra, el hilo conductor de la obra es una historia de amor llena de tópicos, como también lo son los estereotipos sobre los *moros*, como el harén o diversas costumbres religiosas, que suelen ser utilizadas en clave de humor. En conjunto resulta una obra con pocas pretensiones literarias, muy básica en sus planteamientos y que únicamente destaca por la ausencia de acercamientos a esa temática en la época en la que se estrenó.

Fuera de los teatros madrileños podemos destacar *El héroe de la Legión*, de Rafael López Rienda[131], una comedia ambientada en un cortijo andaluz y protagonizada por un oficial que vuelve a casa ciego de la Guerra del Rif. Según el malagueño *La Unión Ilustrada* la obra se estrenó en Granada "con extraordinario y resonante éxito"[132].

Finalmente, aunque no tenía vinculación directa con Marruecos, fue muy popular en relación al Ejército que allí estaba el pasodoble "Soldadito español", que formaba parte de la revista musical, en 19 cuadros, *La orgía dorada* (1927), de Jacinto Romero.

El fin de las campañas en el cine

La campaña del Barranco del Lobo había provocado una importante producción cinematográfica sobre Marruecos que tuvo poca continuidad en los años siguientes. Sin embargo, el otro punto de inflexión que fue el Desastre de Annual sí que dio lugar a una producción que se mantuvo en el tiempo, caracterizándose toda la década de 1920 por una gran presencia en las salas de producción españolas de grabaciones obtenidas en Marruecos. Por los precios aparecidos en la prensa, acudir al cine en estos años costaba entre cincuenta céntimos y una peseta, mientras que un kilo de pan rondaba los 60 céntimos[133], y los números sueltos de periódicos solían venderse a 10 céntimos. Vemos por tanto que el cine resultaba un entretenimiento relativamente barato, cuya popularidad no dejó de incrementarse en esta época.

El documentalismo continuó teniendo una gran importancia, pero pasó a estar controlado minuciosamente por los mecanismos censores de la Dictadura, que evitaron cualquier emisión que pudiese llevar aparejada una crítica al Ejército o a la labor

[129] "A vosotros, bravos Caballeros de la Muerte. Hidalgos mantenedores de la gloriosa tradición de nuestros famosos Tercios. Héroes anónimos de la legendaria bizarría Hispana. A los que, con vuestra generosa sangre, añadís nuevos cuarteles de gloria al sacrosanto escudo de nuestra madre Patria. A los que rendís vuestra vida, sin otra noble aspiración que la Gloria de vuestra muerte; nosotros, vuestros más entusiastas y fervientes admiradores, os dedicamos esta sencilla y poética leyenda de amor y sacrificio": FERNÁNDEZ PALOMERO, M.: *La bandera legionaria: zarzuela en dos actos*, Maucci, Barcelona, 1926, p. 5.

[130] Ibídem, p. 59.

[131] LÓPEZ RIENDA, R.: *El héroe de la Legión: comedia en tres actos*, Los Contemporáneos, Madrid, 1925.

[132] "Otras notas", en *La Unión Ilustrada*, 25-I-1925, p. 30.

[133] El 3 de marzo de 1925 el precio del pan en Madrid se había fijado en 0,63 céntimos el kilo. "Junta Provincial de Abastos", en *La Época*, 3-III-1925, p. 2.

protectora de España en Marruecos[134]. Primo de Rivera consideraba al cine como uno de los progresos modernos que más influencia podía tener en la difusión de ideas[135], por lo que las proyecciones cinematográficas, tanto en el Protectorado como en la metrópoli e incluso de cara al extranjero, se consideraron un medio útil de transmitir una visión determinada de la labor de España en Marruecos. De este modo, los noticiarios fueron casi un traslado a la pantalla de lo que reflejaban las notas oficiosas que difundía el Gobierno. Mientras duraron las campañas trataron sobre todo de dar una imagen de un Ejército eficaz y esforzado que mantenía bien alto el honor de España. Entre los títulos de algunos de éstos documentales estuvieron *Últimas operaciones militares en Marruecos* (1924), *La toma de Alhucemas* (1925), *Los reclutas de Ceuta* (1926) y *Los Regulares de Ceuta* (1928)[136]. Finalizado el conflicto, lo principal era ofrecer una imagen idílica del Protectorado, con la que demostrar el éxito de la colonización española, de lo que fueron ejemplo filmaciones como *La paz en Marruecos* (1927), *Hispania* (1928), *Marruecos en la paz* (1928), *Para la paz a Marruecos* (1929) o *El resurgir de España* (1929)[137]. *La paz en Marruecos*, por ejemplo, era un documental de dos horas centrado en el viaje de los reyes por el Protectorado, que estaba financiado por el propio Ministerio de la Guerra y se estrenó en el teatro de la Zarzuela en octubre de 1927, con un público muy selecto entre el que estaban Alfonso XIII y Primo de Rivera. Los beneficios de la función se destinaron a los "mutilados de África"[138].

Además de estas grabaciones profesionales, la facilidad para adquirir y trasladar cámaras cinematográficas permitió también que muchos particulares amateurs realizasen sus propias filmaciones. Fue el caso de Francisco Franco, que rodó varias películas con una Pathè-Baby, incluyendo una de la retirada de Xauen en pleno fuego. Desgraciadamente, estas grabaciones se perdieron en el saqueo de su casa de Madrid después de la sublevación de 1936[139].

En cuanto al cine de ficción, siguió pautas similares a las del documental, ofreciendo siempre una visión positiva tanto del Ejército español como de la labor protectora de España. A diferencia de lo que sucedió en la literatura, no pudieron aparecer películas en las que el sufrimiento de los soldados españoles o el sinsentido de la guerra fuesen aspectos centrales. Posiblemente la película más famosa e influyente del periodo fue *Águilas de acero*[140], dirigida en 1927 por Florián Rey, con guión de Rafael López Rienda, en cuya novela del año anterior y mismo título se basaba. Se filmó en diversos lugares de los protectorados español y francés como Tánger, Tetuán, Axdir, Fez, Casablanca o Marrakech, destacando los críticos cinematográficos la belleza y acierto de

134 Las empresas privadas que realizaban documentales estaban obligadas a presentar una "hoja declaratoria" en la que exponían los contenidos de la película y la "rotulación literal" con la que se iba a emitir. Vid. FERNÁNDEZ COLORADO, L.: "Visiones imperiales: documental y propaganda en el cine español", en VV. AA.: *Actas del IV Congreso de la A.E.H.C.*, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, Madrid, 1998, pp. 97-110.

135 Así lo afirmó en un discurso en 1928: FERNÁNDEZ COLORADO, L.: "El colonialismo truncado en la elipsis. La canción de Aixa", en ROMERO CAMPOS, D. (Ed.): *La historia a través del cine: memoria e historia en la España de posguerra*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2003, p. 97.

136 *La toma de Alhucemas* aparece referida por ejemplo en *La Voz*, 20-X-1925, p. 7; *Los Regulares de Ceuta* se conserva, según López Barceló, en el Centro de Documentación de RTVE. Este mismo autor destaca una película sobre la preparación del Desembarco de Alhucemas que se rodó en 1925 y se conserva en la Filmoteca Española, constituyendo uno de los documentos gráficos más destacados de la época sobre Ceuta: GÓMEZ BARCELÓ: "El cine en Ceuta", p. 70. Rafael Garófano da algunos títulos emitidos en Cádiz como Los jinetes de Alcántara (1926) o Los novios de la muerte.

137 FERNÁNDEZ COLORADO: "El colonialismo truncado en la elipsis", pp. 98-99.

138 "Novedades cinematográficas", en *La Correspondencia militar*, 21-X-1927, p. 4.

139 DÍEZ PUERTAS, E.: *Historia social del cine en España*, Fundamentos, Madrid, 2003, p. 297.

140 También conocida como *Águilas de acero o Los misterios de Tánger*.

los escenarios. También se hizo hincapié en la colaboración de los ejércitos de España y Francia, que permitió dar mayor espectacularidad a la película gracias a tomas como las de un avión hechas desde otro. La trama se centraba en las intrigas y el espionaje en Tánger durante el conflicto, así como en los incidentes que dieron motivo a la colaboración franco-española para enfrentarse con un Abd-el-Krim que también aparecía en el filme[141]. Aunque el guión fuese ficcionado, por el realismo de sus escenarios y otros elementos la película fue catalogada de "documento novelesco e histórico"[142].

El polifacético López Rienda, que además de guionista fue coproductor y actor en *Águilas de acero*, dirigió otra película estrenada en 1927: *Los héroes de la Legión*. En este caso el eje central era el famoso cuerpo militar español, tanto en su vertiente "heroica" como "sentimental"[143]. Era una película de exaltación, pues diferentes críticos coincidían que la Legión quedaba retratada como gloriosa[144]. Además de Madrid, se estrenó en otras ciudades como Zaragoza, donde obtuvo un gran éxito y el público hizo repetir el himno legionario que se cantaba durante la proyección[145]. Rafael López Rienda fue sin duda el personaje más destacado del cine de ficción sobre Marruecos en esos años. De origen granadino, según González Alcantud ello influía en la visión de Marruecos que proyectó a través del cine, que fue "realista" y de rechazo del exotismo, aunque era un abierto partidario del colonialismo militar por parte de España[146]. En una entrevista para *El telegrama del Rif*, el cineasta afirmó que, ante todo, quería cultivar la película patriótica, que ensalzase las virtudes de España; pero que también tenía mucha preocupación en divulgar la obra civil de España en Marruecos, y en *Águilas de acero* y *Los héroes de la Legión* había querido rendir un homenaje especial al Ejército, sobre todo a aviadores y legionarios[147]

Otras películas de ficción a las que podemos referirnos son *Ruta gloriosa* (1925), de Fernando Delgado, un filme de aventuras en el que la aviación española desempeña un importante papel; *La Bejarana* (Eusebio Fernández Ardavín, 1925), *El cura de aldea* (Florián Rey, 1926), *Malvaloca* (Benito Perojo, 1926), *La Condesa María* (Benito Perojo, 1927) y *La copla andaluza* (Ernesto González, 1928). Salvo la primera, no son filmes centrados en la guerra de Marruecos, pero ésta aparece en todas ellas como un elemento con cierta importancia. Un caso excepcional fue el de *La Malcasada* (Francisco López Hidalgo, 1926), una película sin apenas referencias a Marruecos, pero a través de la cual los espectadores pudieron ver en movimiento a muchos de los principales protagonistas de la campaña marroquí, que aceptaron incorporarse al reparto, como fue el caso de Francisco Franco, José Millán Astray, José Sanjurjo o el propio Miguel Primo de Rivera, que acompañaron a un elenco de figuras famosas de su tiempo nunca visto en una película de ficción española[148].

Finalmente, resulta interesante referirnos a *Prim*, película dirigida por el cineasta José Buchs y estrenada en 1930, durante la *dictablanda* de Dámaso Berenguer. El

[141] Puesto que no se conserva ninguna copia de la película, hemos recurrido fundamentalmente a los periódicos para detalles sobre su temática y fotogramas. Vid. "Águilas de Acero", en *Nuevo Mundo*, 25-III-1927, p. 26; "Una gran película española", en *Mundo Gráfico*, 23-III-1927, p. 18; "Películas y cines", en *Heraldo de Madrid*, 15-VI-1927, p. 7.

[142] "Cinematografía", en *La Esfera*, 12-XI-1927, p. 22.

[143] "Notas de actualidad", en *El Sol*, 18-VIII-1927, p. 5.

[144] Vid. por ejemplo "Cinematografía", en *La Esfera*, 12-XI-1927, p. 22.

[145] "Los héroes de la Legión", en *La Libertad*, 19-X-1927, p. 10.

[146] GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 178.

[147] X.X.: "Las películas de Marruecos", en *El Telegrama del Rif*, 9-II-1928, p. 1.

[148] Según Dionisio Viscarri, Franco, que aparecía de civil pero con un papel de héroe de la guerra marroquí, participó en el filme para pulir su imagen, al igual que un Millán Astray que quería "consagrar su perfil en la pantalla para la posteridad": VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 151.

largometraje recogía los aspectos más destacados de la vida de Juan Prim, desde su lucha al frente de las tropas de Espartero hasta su famoso asesinato en Madrid, pasando, como no, por su intervención en la Guerra de África, incluyendo una recreación de la batalla de los Castillejos en la que no se escatimaron medios[149]. *El Imparcial* la catalogó como "el acierto más definido de la película" por la cantidad de elementos y su movimiento, que la dotó de un realismo como pocas veces se había visto[150]. Desgraciadamente, la cinta se ha perdido, pero registró un notable éxito de crítica y público, y fue catalogada como una de las mejores películas sonoras aparecidas hasta la fecha. Para Luis Fernández Colorado, en la película había una intención de resaltar la similitud entre las figuras de Prim y Berenguer (ambos habían sido héroes en Marruecos, militares de fama reconvertidos en estadistas, liberales antirrepublicanos…), por eso se la podría considerar un alegato a favor de Berenguer y la solución armada, al mismo tiempo que una crítica al régimen republicano. Que el régimen apoyó la realización del largometraje fue algo que quedó claro en la cesión de una espectacular cantidad de tropas para recrear la batalla de los Castillejos, en la que pudieron participar alrededor de 2.000 extras y 600 jinetes[151]. Al margen de esta posible vinculación con el presente político, estaba claro que el largometraje era un acercamiento a la imagen más heroica y laudatoria de Prim[152], que seguía siendo la predominante, y cuya figura seguía muy asociada a su actuación en la Guerra de África[153].

Las imágenes de la victoria y del nuevo rumbo

La Dictadura de Primo de Rivera no supuso un punto de inflexión para las representaciones gráficas de Marruecos en general y de los episodios militares que allí tuvieron lugar en particular. Las victoriosas operaciones que tuvieron lugar entre 1925 y 1927 apenas generaron producción pictórica, lo que demuestra que el declive de la pintura bélica no se debía solo a la ausencia de victorias. En el resto de las representaciones gráficas se aprecia un cierto cambio a la hora de recrear al Ejército español, porque hay más exaltación y menos imágenes de soldados muertos en el campo de batalla, muy típicas desde 1921. En el lado del enemigo *moro*, las victorias no hicieron cambiar las visiones peyorativas, por lo que postales, cromos viñetas o portadas de libros seguían reflejando a los rifeños como sedientos de sangre, crueles traicioneros y cobardes. A veces incluso se los asimilaba a los enemigos interiores a través de elementos como el puño cerrado en alto, que podía recordar fácilmente a los comunistas (Fig. 74). Cuando sí se produjo un cambio fue a partir de 1927, pues la pacificación del Protectorado favoreció

[149] Según *Heraldo de Madrid*, Buchs había vuelto de Marruecos en mayo de 1930 después de un mes rodando las escenas guerreras de la película, con especial esfuerzo en la batalla de los Castillejos, con fidelidad y "grandes contingentes de tropas españolas y moras": "Teatros y cines", en *Heraldo de Madrid*, 26-V-1930, p. 5.

[150] DON JUSTO: "Proyecciones", en *El Imparcial*, 31-I-1931, p. 8.

[151] FERNÁNDEZ COLORADO, L.: "Prim (1930)", en PÉREZ PERUCHA, J. (Ed.): *Antología crítica del cine español. 1906-1995*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 87-88.

[152] Cabero, en su crónica, destacaba que "la gigantesca figura del general Prim" destacaba sobre los demás elementos de la película. CABERO, J. A.: "Crónica cinematográfica", en *Heraldo de Madrid*, 28-I-1931, p. 8. En la misma página un cartel publicitario de la película se refería a Prim como "el valiente caudillo".

[153] Su nombre seguía siendo constantemente rescatado y era el héroe español en África por excelencia. El antiguo legionario Ramón Armada Quiroga, hablando en el Ateneo de Madrid recordaba un legionario que caminando a su lado le había dicho "Aquí fue la batalla de los Castillejos, aquel Prim era un hombre de verdad". Fuera esto un hecho real o una licencia literaria, lo cierto es que su figura era tan popular que no solo era recordada por los sectores más cultos. ARMADA QUIROGA: *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*, p. 11.

que se recuperase una imagen más amable del marroquí en detrimento de las visiones peyorativas, aunque éstas seguían manteniéndose con fuerza. Eloy Martín Corrales ha hablado de una "imagen más tolerante, aunque burlona y caricaturesca"[154]. Los marroquíes volvían a ser salvajes a los que había que proteger y civilizar, por lo que ya no eran "el enemigo" y la burla no podía ser tan abierta como antes.

El mayor exponente de la pintura española sobre Marruecos en esto años fue Mariano Bertuchi. El pintor era desde 1925 director artístico de la *Revista de Tropas Coloniales*, en la que aparecieron muchas de sus pinturas. En 1928 fue nombrado inspector-jefe de los Servicios de Bellas Artes del Protectorado en Tetuán, desde donde puso en marcha diversas iniciativas artísticas. Bertuchi se convirtió en el pintor por excelencia del Protectorado, teniendo sus ilustraciones un papel fundamental para promocionar la imagen del Marruecos español, y por ejemplo estuvieron presentes en casi todos los sellos sobre el Protectorado que se emitieron hasta 1956. Ofreció una visión de Marruecos y los marroquíes muy respetuosa, aunque centrada en aspecto tradicionales y explotando tópicos que podía ser fácilmente reconocidos por el público español. Aunque Bertuchi fue el pintor del Protectorado, no lo fue de la guerra. Pese a colaborar en una publicación militar como era la *Revista de Tropas Coloniales*, la mayor parte de sus trabajos mostraban lugares de Marruecos, como mercados, cafés, jardines o calles; así como escenas costumbristas, fiestas o ceremonias. Sus óleos y acuarelas destacaron por la viveza de los colores y pinceladas rápidas y empastadas. Entre sus obras de contenido bélico en esta etapa podemos referirnos por ejemplo a su versión del Desembarco de Alhucemas, una pintura en blanco y negro que muestras a soldados desembarcando con el agua al pecho y los fusiles en alto (Fig. 72). De entre los cuadros bélicos terminados en esta etapa podemos referirnos también a *El desembarco de Alhucemas* (1929), de José Moreno Carbonero, un óleo en el que Primo de Rivera aparece en un torpedero de la Marina, saludando a tropas que están a punto de proceder al desembarco (Fig. 73).

Respecto a la fotografía, con el Desembarco de Alhucemas culminó el proceso progresivo de afianzamiento de la fotografía para mostrar al público hechos contemporáneos, en detrimento de los dibujos, grabados e ilustraciones, que quedaron casi exclusivamente relegados a un plano artístico. Según Goméz Barceló, *El desembarco de Alhucemas*, publicada en 1925 por el militar y pintor Antonio Got, fue la última crónica gráfica como tal[155]. Las múltiples revistas ilustradas de la época se volcaron en mostrar a sus lectores cómo había sido el exitoso Desembarco de Alhucemas, y lo hicieron casi en su totalidad a base de fotografías (Fig. 76). Revistas como *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *La Unión Ilustrada* o *La Esfera* ofrecían a mediados de septiembre varios especiales con fotografías de autores diversos como Díaz Casariego, Alfonso, Zarco o Litrán, muchas de las cuales aparecían en más de una publicación[156]. Buena parte de la prensa diaria también incorporó algunas de estas fotografías. Ningún episodio bélico anterior en España había recibido una cobertura gráfica semejante, con numerosos fotógrafos situados en lugares privilegiados como barcos, aviones o las playas donde se realizó el desembarco. Entre las imágenes más repetidas destacaron las espectaculares tomas aéreas (generalmente proporcionadas por Aviación Militar, Fig. 77), disparos de artillería desde los buques, soldados alcanzando la orilla y columnas avanzando por las playas, arengas de los oficiales, asaltos de casas próximas a la costa o posados de soldados. Gracias a ellas y a su enorme difusión, la sociedad española de la época no tuvo que imaginarse los hechos basándose en los relatos de crónicas y noticias, sino que pudo hacerse una idea muy real de las condiciones en las que se efectuó el desembarco. El

[154] MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, p. 144.
[155] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 71.
[156] Vid. por ejemplo *Mundo Gráfico*, 16-IX-1925; 23-IX-1925 y *La Unión Ilustrada*, 20-IX-1925.

Gobierno, como era de esperar, se valió de la censura para asegurarse de que no se publicasen imágenes de soldados heridos o muertos que pudiesen deslucir la "brillantez" de las operaciones, aprovechando mucho el valor propagandístico de la fotografía.

La situación contrastaba con la de la retirada de Xauen, un año antes, en la que la cobertura fotográfica fue mínima. Por ejemplo, en las revistas *Mundo Gráfico* y *Blanco y Negro* la noticia de que las tropas españolas habían evacuado la ciudad se ilustró con diversas imágenes de monumentos y lugares emblemáticos de la ciudad, sin que hubiese ni una sola fotografía de las operaciones[157]. Lo que si abundaron esos días fueron fotografías de los sepelios de oficiales muertos en combates, así como retratos de los mismos, además de los típicos posados de soldados, con los que se trataba de transmitir una imagen de normalidad entre las constantes noticias de muertos y posiciones abandonadas.

También eran cada vez más habituales los montajes fotográficos, mejor realizados que en etapas anteriores y que podían confundir a muchos lectores, poco habituados a la existencia de este tipo de técnicas. Por ejemplo, *Mundo Gráfico* presentaba en junio de 1926 una imagen en la que Abd-el-Krim aparecía junto a Primo de Rivera, Sanjurjo y M. Steeg, residente francés, realizada a partir de cuatro fotografías diferentes (Fig. 75).

Aunque sus fotografías no se difundieron tanto a través de la prensa como las de otros fotógrafos, varios autores han considerado al militar Bartolomé Ros como el mejor fotógrafo de temas bélicos de su tiempo[158]. Fernando Castillo lo considera una combinación de artista y técnico, una especie de sociólogo que realizó una fotografía documental y objetiva, alejada del pictorialismo, con la que recogió magníficamente la realidad del Protectorado desde los años veinte. En opinión de este autor, merecería un hueco al lado de los literatos Ramón Sender, Arturo Barea y Díaz Fernández o el pintor Mariano Bertuchi, porque sus trabajos innovadores y de gran valor artístico han quedado como representaciones fundamentales de la presencia española en Marruecos de esos años[159]. No obstante, a la hora de analizar la fotografía de Ros es importante tener en cuenta que se trataba de un profesional que cobraba del Ejército, institución que hacía lo posible por alejar las cámaras del campo de batalla, motivo por el cual la mayoría de imágenes estaban tomadas en los campamentos, incluyendo posados simulando operaciones, o en lugares que se habían ocupado y ya habían sido pacificados[160]. En la actualidad muchas de las fotografías de Bartolomé Ros se utilizan para ilustrar la ocupación española de Marruecos desde los años veinte y la evolución del ejército colonial, incluyendo algunas tan famosas como la que muestra a Franco y Millán Astray cantando juntos el himno de la Legión en 1926 (Fig. 78).

[157] "Nuestras tropas evacuan la ciudad santa de Xauen", en *Mundo Gráfico*, 26-XI-1924, p. 8; "Marruecos, en la zona occidental", en *Blanco y Negro*, 23-XI-1924, p. 21.
[158] Así lo consideran por ejemplo José Luis Gómez Barceló o Fernando Castillo Cáceres. Vid. GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz.*.
[159] CASTILLO CÁCERES, F.: "Prólogo" en GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, pp. 16-17.
[160] GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz*, p. 71.

Monumento conmemorativos para cerrar la campaña del Rif

La victoriosa campaña que se inició con el Desembarco de Alhucemas tuvo poca presencia en el monumento público. A pesar de la enorme importancia que la dictadura primorriverista dio a la exitosa pacificación del Protectorado, no se erigieron monumentos dedicados al desembarco o la campaña posterior. Lo más destacado fueron las esculturas en sus lugares de origen a algunos de los principales oficiales de la campaña. En este periodo también se inauguraron varios monumentos dedicados a *héroes* del Desastre de Annual, que analizamos en el capítulo anterior, pero casi todos ellos habían sido promovidos en los últimos gobiernos de la Restauración.

La presencia más destacada del Desembarco de Alhucemas o el final de la campaña del Rif en un monumento conmemorativo la encontramos en Jerez, localidad natal de Primo de Rivera, donde se erigió en septiembre de 1929 una gran estatua ecuestre en honor del dictador, obra de Mariano Benlliure. La idea del monumento había surgido poco después del golpe de Estado (en noviembre de 1923) y éste no estuvo terminado hasta pocos meses antes del final de la Dictadura, por lo que apenas tuvo tiempo para ser un símbolo de exaltación del hombre que mandaba España, convirtiéndose pronto en recuerdo de uno de los más famosos hijos de Jerez, que ya era parte del pasado, al igual que su régimen político. La concepción de la estatua es también anterior a las victoriosas operaciones de 1925-1927, por lo que en origen no estaba vinculada a la solución del "problema marroquí". No obstante, el desenlace de la Guerra del Rif llevó a incluir en el monumento escenas relacionados con la campaña en los laterales del basamento. Uno de ellos con la inscripción "Estudiando el plan definitivo de avance", recoge un momento de la planificación de las operaciones militares, algo bastante excepcional en la escultura conmemorativa, pero que servía para ensalzar la faceta de estratega del homenajeado (Fig. 79). Junto a Primo de Rivera aparecen algunos de sus principales colaboradores como Sanjurjo, Leopoldo Saro o Emilio Fernández Pérez. En el otro se ven campesinos con un arado tirado por bueyes, con la inscripción "El fruto de la victoria". Por su caracterización parecen marroquíes, en lo que sería una referencia a la consecución de la paz y el desarrollo de la obra protectora. El conjunto se completa con una victoria alada en la parte frontal del monumento. Según los periódicos en la inauguración había "millares de personas", que recibieron a Primo de Rivera con vítores y aplausos. En los discursos se destacó que el dictador había restablecido el orden social y pacificado Marruecos, y que el monumento perpetuaba "una España grande, nueva y próspera". Primo se mostró muy satisfecho del homenaje y especialmente emocionado con una medalla en el monumento que recordaba a su hermano[161].

Otro destacado monumento fue el erigido a José Sanjurjo en su Pamplona natal, por suscripción popular al igual que el de Primo de Rivera. Obra del escultor Fructuoso Orduna e inaugurado en julio de 1929, se compone de una base de granito con dos relieves representando a la Victoria y a la Paz. Sobre ellos un busto de Sanjurjo cuyo notable parecido con el militar destacaron los periódicos de la época. Aunque la guerra de Marruecos no aparece directamente en el monumento, es evidente su vinculación con la misma, que estuvo muy presente en una inauguración que se convirtió en un acto de exaltación de la Dictadura y de Sanjurjo. El alcalde de Pamplona, José Sagardía, recordó la intervención en Marruecos de Primo de Rivera con fastuosos elogios:

[161] Los fragmentos entre comillas corresponden al discurso de María de la Calle, esposa de un oficial, en representación de las mujeres españolas. Vid. "Informaciones y noticias políticas", en *ABC*, 1-X-1929, p. 21; "El domingo se inauguró el movimiento al Marqués de Estella", en *La Correspondencia Militar*, 1-X-1929, p. 1. Las versiones son iguales en estos dos periódicos. En general hubo pocas diferencias a la hora de dar la noticia, pero en las publicaciones conservadoras se le dedicó más espacio.

> En los momentos en que la guerra africana asolaba los campos del Rif y las madres españolas veían separarse a sus hijos con lágrimas en los ojos y con el pensamiento de que tal vez no habrían de volverlos a ver, surgió la figura ilustre de un caudillo que tomó la rienda del Gobierno de España y con la colaboración de las tropas francesas puso fin a aquella sangría que tantas lágrimas y tanto dinero había de costar a la madre patria.

A continuación se refirió a la ayuda que el caudillo había tenido "del hombre ilustre que ahora perpetuamos en la victoria", al que consideraba una de las grandes figuras de su tiempo, así como un "ídolo de todos los buenos españoles", pero muy especialmente de sus paisanos pamplonicas[162].

Muchas similitudes al de José Sanjurjo presenta el monumento a Leopoldo Saro en Úbeda. Promovido tras el desembarco del Alhucemas por el Ayuntamiento de la localidad de la que Saro era hijo adoptivo (había nacido en Cuba), para perpetuar la memoria de un paisano que se había hecho famoso por liderar el desembarco en la playa de Ixdain en 1925. Fue realizado por Jacinto Higueras, discípulo de Benlliure, y estuvo terminado en 1930. Su amplio basamento está cargado de simbolismo: en su parte trasera destaca la diosa Minerva, flanqueada por Mercurio y la Abundancia, así como numerosas figuras realizando labores en el campo, elemento apropiado para un Ayuntamiento que vivía sobre todo del sector agrícola. En la parte delantera aparece una Victoria alada rodeada de soldados en posición de avance y con atuendos que remiten claramente a la campaña de África. Coronando el conjunto pétreo, una estatua de bronce en representación del militar. Los avatares de esta estatua son muy representativos de una época de constantes cambios en lo político. Su inauguración estaba prevista para el 1 de octubre de 1930, en plena dictadura del general Berenguer, pero hubo de ser pospuesta en varias ocasiones, entre otras cosas porque el Ministro de Fomento, José Estrada, muy interesado en acudir, no podía desplazarse a Úbeda ante los problemas políticos del país[163]. Se pospuso tantas veces que se proclamó la II República y el monumento seguía sin inaugurar. Para el nuevo régimen Saro no resultaba una figura cómoda, hasta el punto de que la familia hubo de desmontar la estatua y estaría en una finca hasta 1939, después de haber sido tiroteada al inicio de la Guerra Civil, cuando el propio general fue fusilado en Madrid[164].

Una vez más es en la ciudad de Melilla donde encontramos un mayor interés monumental respecto a las campañas de Marruecos. A finales de 1925, después del éxito del Desembarco de Alhucemas, se inició una suscripción nacional para construir un monumento en memoria de los soldados muertos en campaña, que estaría ubicado en la plaza de España en Melilla (Fig. 80)[165]. Se compone de un amplio basamento, de cuyo centro surge un obelisco de notable altura. En la parte baja del monumento hay un soldado anónimo de bronce que mira en dirección al monte Gurugú, mientras que el obelisco está coronado por una victoria alada. El autor fue Juan López Merino y el conjunto tiene una altura de 15 metros. Este memorial no estuvo terminado hasta la II República, por lo que fue inaugurado bajo este régimen, el 6 de septiembre de 1931. En el acto, muy concurrido por la población de Melilla, las representaciones militares estuvieron presididas por

---

[162] "En Pamplona se inauguró ayer el monumento al general Sanjurjo", en *La Correspondencia militar*, 14-VII-1929, p. 4.

[163] HERRADOR MARÍN, P. M.: *Nuestras cofradías en el siglo XX: 1896-1930*, Asociación Cultural Ubetense Alfredo Cazabán Laguna, Úbeda, 2007, p. 269.

[164] MADRID DELGADO, M.: "La estatua fusilada", en http://www.ideal.es/jaen/v/20100410/ubeda-baeza/estatua-fusilada-20100410.html

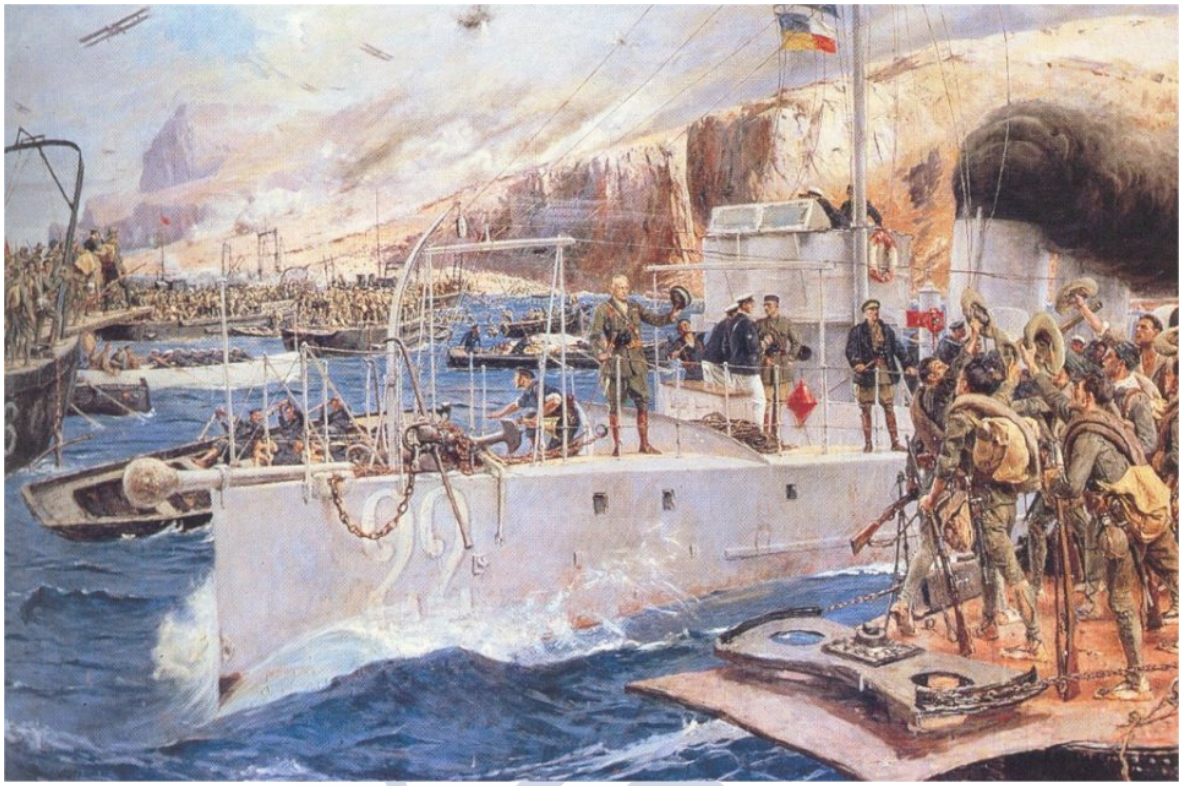
[165] "Información de provincias", en *El Imparcial*, 24-XII-1925, p. 4.



(Fig. 71) Homenaje en Madrid a los supervivientes de Kudia Tahar, en *Nuevo Mundo*, 16-X-1925, p. 1.



(Fig. 72) Ilustración de Mariano Bertuchi para la portada de la *Revista de Tropas Coloniales*, 1-X-1925.



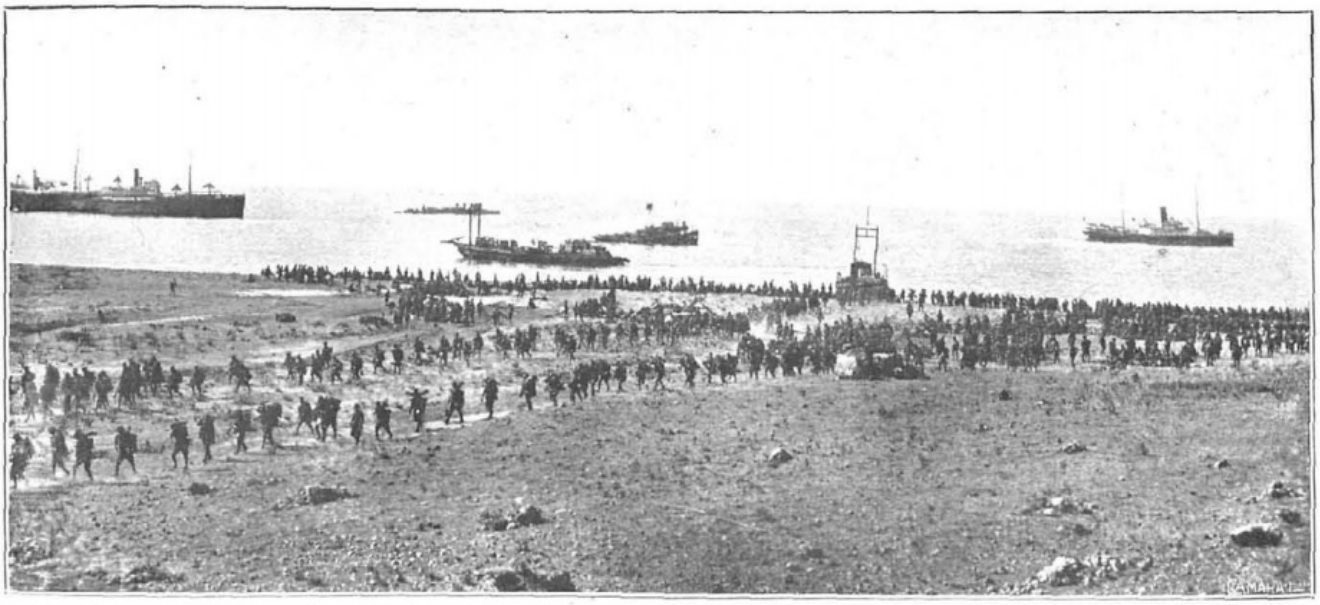
(Fig. 73) *El desembarco de Alhucemas* (José Moreno Carbonero, 1929)



(Fig. 74) Portada de *España en África*, del Capitán Néstor Gambetta (1928)



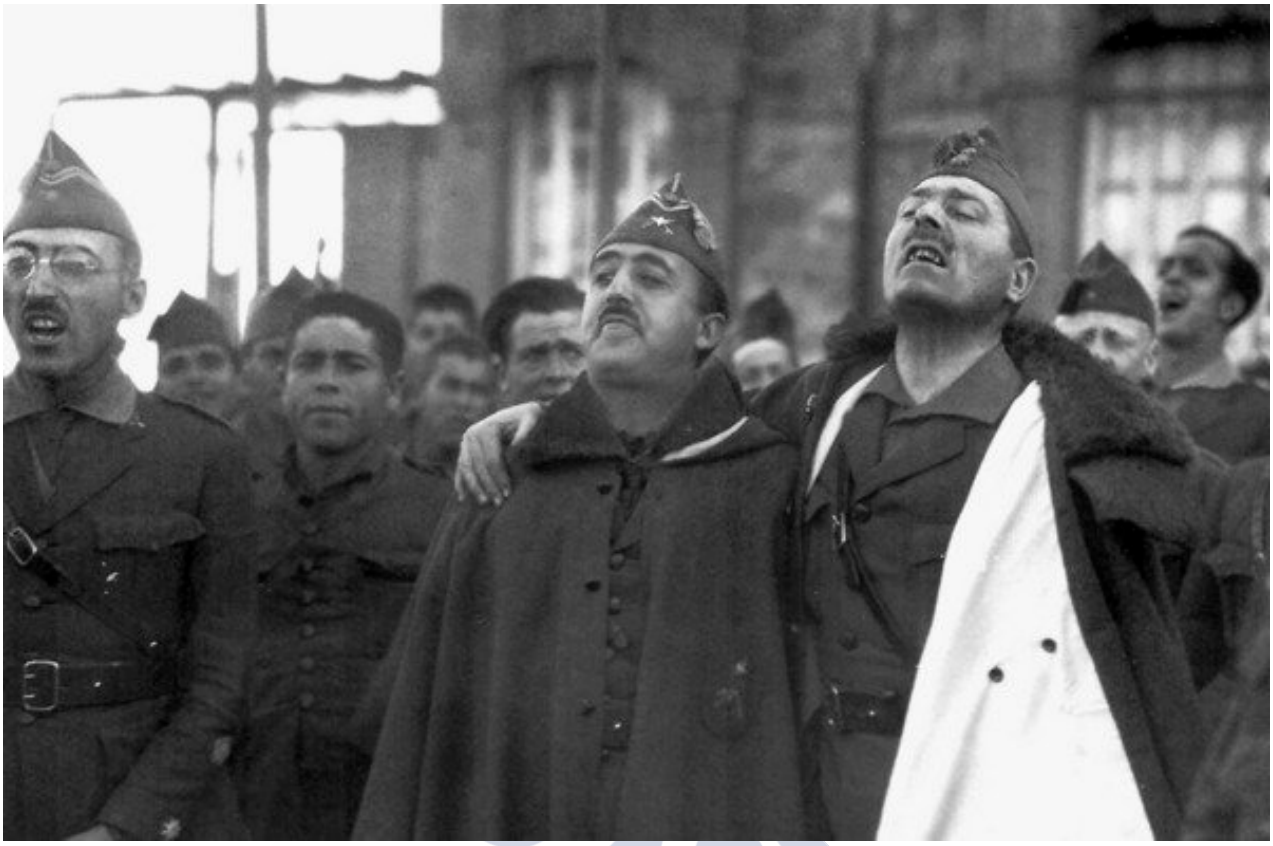
(Fig. 75) Montaje fotográfico mostrando a Primo de Rivera, Sanjurjo, M. Steeg y Abd-el-Krim, en *Mundo Gráfico*, 2-VI-1926, p. 7.



(Fig. 76) Fotografía de Zarco del Desembarco de Alhucemas, en *Nuevo Mundo*, 18-IX-1925, p. 2.



(Fig. 77) Fotografía del Servicio de Aviación Militar publicada en La Unión Ilustrada, 20-IX-1925, p. 20, que recoge los primeros momentos del desembarco.



(Fig. 78) Fotografía de Bartolomé Ros en 1926 que muestra a Franco y Millán Astray cantando el himno de la Legión.



(Fig. 79) Escena de la planificación del Desembarco de Alhucemas en el monumento a Primo de Rivera en Jerez (Mariano Benlliure, 1929).



(Fig. 80) Monumento a los héroes y mártires de las campañas, Melilla (Juan López Merino, 1931). Fotografía de Antonio J. Lara.



(Fig. 81) Monumento a la Caballería española en Valladolid (Mariano Benlliure, 1931).

Leopoldo García Boloix, general en jefe de la Circunscripción del Rif, pero en los diferentes periódicos no se aludía a ninguna representación enviada por el Gobierno republicano[166]. Según se afirmaba entonces en *El telegrama del Rif*, con anterioridad había fracasado un proyecto similar por el carácter religioso que se le había querido dar, pues se buscaba un homenaje que también recordase el sacrificio de los voluntarios extranjeros no católicos o de los indígenas musulmanes que habían luchado por España, por eso el monumento estaría libre de referencias religiosas. Además, la elección del sitio respondería al deseo de dejar eterno reconocimiento a los sacrificios del Ejército, no en un lugar de dolor y amargura (clara referencia al cementerio de Melilla) sino en un lugar de alborozo y regocijo como era la Plaza de España[167].

El otro gran monumento de Melilla a los muertos de las campañas de Marruecos, el Panteón de los Héroes en el cementerio de la Purísima Concepción siguió muy activo en estos años. En 1925 se colocó el ángel en la parte alta del monumento y se siguieron enterrando oficiales muertos en las operaciones, aunque a un ritmo menor porque la lucha principal tenía lugar en la zona occidental. A partir de 1929 se empezaron también a trasladar al panteón los restos diseminados en cementerios provisionales del Protectorado (57 en total), en honor de los cuales la Junta Municipal de Melilla dejaría dos placas que hacían referencia a "los restos mortales de héroes anónimos que dieron su vida por la patria" [168].

En territorio marroquí, la referencia siguió siendo la "Cruz de Monte Arruit", donde se había edificado un panteón, y que recibió restos de otras posiciones, como los de Drius cuando esta posición fue desmantelada en 1925. Según la crónica de *La Ilustración del Rif* la exhumación duró unas tres horas y fue muy dolorosa para los allí presentes, recogiéndose en cinco bidones de hierro más de 500 cadáveres[169]. Por otra parte, se hicieron monumentos más modestos para homenajear a militares caídos, como el sencillo memorial que se erigió en la circunscripción de Tafersit en recuerdo de los pilotos Hidalgo de Quintana y Pérez Vázquez, muertos en un accidente de aviación el 30 de mayo de 1924. Se trataba de un obelisco sobre una base adornada con medallones, que se inauguró con la presencia del general Sanjurjo y una amplia representación del Cuerpo de Ingenieros[170].

Mirando hacia el pasado

Durante la Dictadura de Primo de Rivera se dio mucha importancia a la Historia, utilizada con fines propagandísticos como un elemento central para dar sentido y potenciar el nacionalismo español defendido por el régimen, basado en postulados ideológicos tradicionales, lo que llevó a ensalzar mitos como el de la España imperial, cuyo esplendor se quería recuperar. Una de las claves que se marcó la Dictadura para conseguir esto fue la educación, cuyo papel como elemento nacionalizador se intentó fomentar como parte del intento por nacionalizar a las masas desde arriba. Se apostaba desde la educación por una historia que trataba de inculcar ideas contrarrevolucionarias a través de la exaltación del pasado nacional.

166 Vid. la amplia crónica "El monumento a los héroes y mártires de las campañas, en *El Telegrama del Rif*, 8-IX-1931, p. 1. Otro ejemplo en "Los asuntos de Marruecos", en *La Libertad*, 8-IX-1931, p. 8.
167 "El monumento a los héroes y mártires de las campañas, en *El Telegrama del Rif*, 8-IX-1931, p. 1.
168 BALLENILLA: "Panteón de los héroes de las campañas", pp. 47 y 60.
169 "Tristes recuerdos del pasado", en *La Ilustración del Rif*, 1925, p. 81. Los restos sepultados en Monte Arruit reposan actualmente en el Panteón de los Héroes, pero su traslado no se produjo hasta 1949.
170 "Homenaje póstumo a los hermanos Hidalgo de Quintana y Tte. Pérez Vázquez", en *La Ilustración del Rif*, 1925, p. 96.

En el ámbito escolar, la iniciativa más destacada fue el intento de unificar los libros de texto de primaria y secundaria, por lo que se pidieron a la Real Academia de Historia una serie de manuales para los diversos cursos, encargo que recayó en Rafael Altamira, veterano pedagogo y defensor de la educación como base de la nación[171]. No obstante, solo llegó a tiempo el que realizó para las escuelas primeras, que se publicó en 1930, ya durante la dictadura de Berenguer, que lo hizo de uso obligatorio. Sus referencias a los conflictos marroquíes eran muy sucintas: a la campaña iniciada en 1859 solo se aludía con un escueto "la llamada guerra de África contra los marroquíes y en defensa de los derechos de España en el litoral de Marruecos"[172], mientras que de las campañas del siglo XX se afirmaba que "después de varias guerras costosísimas, España ha logrado ver respetada su autoridad en esa zona", hecho que había renovado el prestigio de España y devuelto a los españoles la confianza, permitiéndoles soñar con que España volviese a ser "tan importante en el mundo como lo había sido desde los Reyes Católicos hasta el siglo XVII"[173]. No obstante, a pesar de las mejoras en la educación que se produjeron en el periodo, la dictadura falló a la hora de convertir el sistema educativo en una máquina de adoctrinamiento[174].

Respecto a la historia más reciente de las campañas de Marruecos, la Dictadura se encontró desde el primer con un problema incómodo: El *Expediente Picasso* y las responsabilidades del Desastre, que tanto impacto habían generado en los meses anteriores al golpe de Estado. Teniendo en cuenta que el pronunciamiento de Primo de Rivera lo fue en cierta medida contra la segunda comisión de responsabilidades, era de esperar que el expediente desapareciese rápidamente del debate político español, y lo que podía ser aún más grave, que desapareciese para siempre. Eso fue lo que pensó el diputado Bernardo Mateo Sagasta, presidente de la "comisión de los veintiuno", que por su posición pudo retirar el informe completo el mismo día 13 de septiembre de 1923 en que Primo de Rivera se alzó, ocultándolo en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos, que él mismo dirigía[175]. No se equivocó Sagasta en su presentimiento, pues poco después de su llegada a Madrid, el entonces dictador ya había solicitado el expediente, llevándose la noticia de su ausencia, aunque no tomó represalias[176].

En principio la Dictadura se convirtió, respecto al desastre, en una máquina de olvido institucionalizado[177]. Paralizó la Comisión de responsabilidades y apostó por la impunidad del Ejército, materializada en las amnistías que desde febrero de 1924 se concedieron a los oficiales Navarro, Cavalcanti, Araújo, Berenguer, Lacanal y Tuero.

---

171 En su obra *La enseñaza de la historia*, de 1891, había afirmado que "la escuela es la base sobre la que se construye el futuro de toda nación. Si falla, todo el sistema se tambalea […]. Es necesario preparar al maestro para esa función básica y fundamental, para que nuestra escuela enseñe, pero, sobre todo, para que nuestra escuela forme españoles": ALTAMIRA, R.: *La enseñanza de la Historia*, 1891. Cit. en CAMPOS PÉREZ: *Los relatos de la nación*, p. 19.

172 REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA [ALTAMIRA, R.]: *Historia de España para Uso de las Escuelas Primarias. Primer Grado*, Compañía General de Artes Gráficas, Madrid, 1930, p. 56.

173 Ibídem, p. 61.

174 QUIROGA: *Haciendo españoles*, p. 225.

175 Juan Pando afirma al respecto: "El hecho es cierto: en septiembre de 1998 encontramos una parte del Expediente en el Archivo del Congreso. En uno de los legajos, bajo la mención de «Índice de los documentos de la Alta Comisaría que se hayan en el Consejo Supremo de Guerra y Marina», escrita en lápiz rojo y con trazo enérgico, se lee esta advertencia: «se los llevó el señor Sagasta»": PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 77.

176 Primo interpeló a Sagasta, que afirmó no saber nada. Aunque el dictador no tomase represalias directas, parece que no olvidó el desaire, pues cuando años después Sagasta solicitó 700 hectáreas de terreno para la labor docente de la Facultad de Agrónomos le fueron concedidas 21, cifra que no por casualidad coincidía con los miembros de la comisión que Sagasta había presidido. PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 312.

177 Así ha definido Josefina Cuesta a la labor de ocultación del pasado en algunos regímenes políticos, especialmente autoritarios. Vid. CUESTA: *La odisea de la memoria*, p. 42.

Marruecos era el problema a encarar y una de las grandes prioridades del dictador, pero centrándose en el presente, no en el pasado. Su golpe en sí mismo había sido una depuración de responsabilidades por la debacle de 1921, pero en la que toda la culpa recaía en los políticos, que pagaban su culpa dejando paso al Ejército como cuerpo rector de la nación.

Pero quizá lo más sorprendente es que Primo de Rivera, que pasó de ser un abandonista a garantizar la presencia española en Marruecos, también pasó de favorecer el olvido respecto a los desastres norteafricanos a apostar por la memoria. Así, en 1927 la Asamblea Nacional exigía, en su artículo segundo, "enjuiciar la política general desde el 1 de julio de 1909", pues se consideró que ahí había dado comienzo el "periodo de inquietudes". A raíz de esta voluntad se llevó a cabo una importante exhumación documental, que afectó en buena medida a Marruecos y que demostraba una notable preocupación por el juicio histórico[178]. En este contexto, el *Expediente Picasso* volvió a cobrar actualidad y, aunque no se disponía del mismo en su totalidad, Primo de Rivera depositaba en el Congreso lo que había logrado reunir de él, iniciándose el 22 de noviembre de 1927 la que sería la tercera comisión de responsabilidades sobre el Desastre de Annual. La investigación fue un fiasco porque casi toda la documentación a la que sus miembros quisieron acceder era reservada o había sido retirada, y la depuración que en teoría debía hacer quedó en nada, pero demostró un deseo de justicia histórica muy llamativo en ese contexto. Por otra parte, en este caso las investigaciones apenas trascendieron a la opinión pública, y las referencias al informe de Picasso en la prensa durante la Dictadura son casi inexistentes.

[178] PANDO: *Historia secreta de Annual*, p. 314.

10 - Marruecos y la II República

El Protectorado, una realidad incómoda para el nuevo régimen

El 14 de abril de 1931 se proclamaba la II República española, después del exilio de Alfonso XIII y la constitución de un Gobierno Provisional del que formaban parte republicanos y socialistas. Teniendo en cuenta la trayectoria ideológica de los principales partidarios del nuevo régimen, parecía factible que supusiese el fin de las "aventuras" en Marruecos[1]. No obstante, el cambio político de 1931 llegó en un momento de paz y estabilidad en la zona española, así como de un protectorado que por fin se comenzaba a ejercer de manera eficaz. En un contexto como el de 1923, parece lógico pensar que un Gobierno como el que se acababa de constituir habría tomado la decisión de poner fin a la sangría de hombres en Marruecos retirando las tropas, pero terminadas las guerras la actitud respecto al Protectorado no fue anticolonialista. Los principales argumentos de la izquierda fueron el respeto a los tratados internacionales (que interesaba sobre todo para mantener buenas relaciones con Francia), el deseo por ayudar al progreso de los colonizados y el interés por difundir entre ellos la cultura occidental. Aunque los principales dirigentes del PSOE aceptaron esta situación, dentro del partido generó ciertas desavenencias, y otras formaciones criticaron el mantenimiento del Protectorado. Por ejemplo Eli Gallástegui "Gudari" suguió defendiendo durante toda la República el derecho de Marruecos a la independencia, y en 1933 recordaba con cariño la causa de Abd-el-Krim. El semanario radical *Jagi-Jagi*, portavoz de la Federación de Mendigoizales de Vizcaya, insistió en estas ideas, lamentando que el cambio de régimen no había producido, como era de esperar, la adopción de una política descolonizadora. Se reconocía que se había dejado de verter sangre vasca y española en Marruecos, pero el abandono no se realizaba[2]. Este tipo de opiniones, pese a su recurrencia, continuaron siendo muy minoritarias incluso durante los gobiernos republicano-socialistas, cuando la censura las permitía, lo que demuestra una vez más que en la sociedad española existía un antibelicismo que no se correspondía en absoluto con anticolonialismo.

Aunque el mantenimiento del Protectorado no se puso en duda, sí se intentó reducir el poder del Ejército de África, pues no era un secreto que en él predominaban los pensamientos reaccionarios, y se temía que pudiese suponer un foco de inestabilidad para el nuevo régimen político. En principio, el Gobierno provisional de la República optó por nombrar a José Sanjurjo como Alto Comisario, una decisión que tranquilizó mucho los ánimos entre los militares africanistas. Sanjurjo tuvo que poner fin a los disturbios y huelgas que se produjeron en el Protectorado a finales de abril y principios de mayo, sobre todo en la ciudad de Tetuán, donde declaró el estado de guerra e hizo una demostración de fuerza. Con la situación ya tranquilizada, el general mostraba así su opinión sobre las luchas políticas en la zona controlada por España:

> Marruecos no es España. No puede ser, como España, teatro de luchas políticas. Hoy, afortunadamente, los moros no tienen armas, pero ésa no es una garantía bastante de que no se promoverá un verdadero estado de guerra. No puede haber más que una

[1] Aunque a diferencia de lo que sucedía con los socialistas, el movimiento republicano en España sí tenía una cierta tradición colonialista. En todo caso, las diversas sangrías en Marruecos fueron una de las grandes bazas para los que seguían criticando a Alfonso XIII, al que se le calificó con especial insistencia como Alfonso Africanus o Alfonso el Africano.

[2] *Jagi-Jagi*, 4-III-1933, Cit. en UGALDE ZUBIRI: *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco*, p. 464.

política: autoridad y justicia por parte del protector, sumisión y orden por parte del protegido[3].

Pese a los éxitos de Sanjurjo a la hora de consolidar la paz en el Protectorado, a los tres meses de su nombramiento fue sustituido por un civil, el abogado y político Luciano López Ferrer, inaugurando una etapa en la que todos los altos comisarios fueron civiles hasta mayo de 1936. La reducción del contingente en Marruecos también fue manifiesta, y entre 1930 y 1934 se pasó de 59.000 a 35.700 soldados, con lo que muchos jefes tuvieron que volver a la Península, donde el sueldo y las posibilidades de ascenso eran menores[4]. Las autoridades republicanas justificaron así esta política:

> El propósito del Gobierno de introducir las mayores economías posibles en el presupuesto, ha movido al Ministerio de la Guerra a estudiar una reorganización de las fuerzas militares en Marruecos en forma tal que puedan ser reducidas sin restar eficacia a aquel Ejército, ya que si bien hoy existe tranquilidad en la Zona del Protectorado, es indispensable contar siempre con los medios precisos para que sea factible hacer frente a cualquier eventualidad que allí pudiera presentarse. Esta reducción que hoy se inicia podrá ser ampliada en un día próximo, cuando esté terminada la carretera central de la Zona y mejoradas las restantes pistas, con lo cual serán rápidamente transportables en grandes núcleos de fuerza a los puntos que las circunstancias demanden[5].

Según Gabriel Cardona, la República elaboró una legislación específica para reformar el Ejército de Marruecos, pero no la pudo aplicar por falta de dinero[6], por lo que los problemas endémicos de las Fuerzas Armadas continuaron. Lo que sí se hizo fue una revisión de los ascensos por méritos de guerra otorgados por la Dictadura de Primo, y algunos militares africanistas, como Berenguer o Mola, fueron procesados, lo que generó un hondo malestar en buena parte del estamento militar. Tampoco gustaron entre los militares africanistas otras reformas de 1932 como la que eliminaba los ascensos por méritos en categorías inferiores a general, el cierre de la Academia General Militar de Zaragoza o el decreto que impedía la publicación de periódicos militares, de los que solo se mantuvo *Marte*, mientras que la *Revista de Tropas Coloniales* tuvo que cambiar su título por *África* y derivar hacia una orientación más centrada en temas políticos y de investigación. A pesar de lo sucedido con Mola o Berenguer, el Gobierno republicano también concedió puestos importantes a oficiales africanistas como Goded, Queipo de Llano, Cabanellas o Muñoz Grandes[7], aunque todos ellos fuera de Marruecos. Un objetivo central de Manuel Azaña era conseguir la lealtad del Ejército de África, y por ello envió oficiales cuya lealtad con el poder civil fuese clara[8]. Pero a causa de las presiones de Francia y otros motivos no pudo reducir el contingente de los Regulares y la Legión tanto como le habría gustado[9].

---

[3] Cit. en SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 182.
[4] BONAMUSA: "España y las Guerras de África", p. 311.
[5] *Gaceta de Madrid*, nº 155, Decreto de 3-VI-1931.
[6] CARDONA: *El problema militar en España*, p. 159.
[7] Agustín Muñoz Grandes fue elegido para organizar la Guardia de Asalto creada por Miguel Maura, una unidad cuyo objetivo era no tener que recurrir al Ejército o a la Guardia Civil para los asuntos de orden interno; Manuel Goded fue nombrado Jefe de Estado Mayor Central; Queipo de Llano iba a ser Capitán General de Madrid e Inspector General del Ejército; y Miguel Cabanellas Capitán General de Andalucía, cargo en el que fue sustituido por José Sanjurjo cuando éste ya no era Alto Comisario.
[8] Sebastian Balfour ha señalado que las reformas le granjearon a Azaña muchos enemigos, pero que el mito de la antipatía de éste hacia el Ejército fue más bien una creación de las derechas: BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 441.
[9] BALFOUR y LA PORTE: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars", pp. 325-326.

En agosto de 1932 tuvo lugar el primer levantamiento del Ejército contra la II República, cuando el entonces Capitán General de Andalucía, José Sanjurjo, se sublevó en Sevilla y exhortó al resto de las Fuerzas Armadas a que lo secundaron. El golpe fue un fracaso, por lo que Sanjurjo fue encarcelado y africanistas tan destacados como Emilio Mola o Manuel Goded destituidos por su colaboración en el mismo[10]. Todos ellos fueron amnistiados en 1933 por el Gobierno radical-cedista que presidió Alejandro Lerroux. Durante esta nueva etapa Francisco Franco fue nombrado Jefe de Estado Mayor, se pudieron volver a reunir muchos de los oficiales que el Gobierno de Azaña había dispersado y varios militares de izquierdas fueron desplazados de los puestos más importantes. En 1936, con la victoria del Frente Popular, las izquierdas trataron de voltear una vez más la situación, y volvieron a alejar de la capital y del Protectorado a algunos de los oficiales que se consideraban más peligrosos, como Franco, Goded o Mola, enviados a Canarias, Baleares y Navarra, respectivamente. Sin embargo, esto no sería suficiente para frenar la conspiración que llevó al golpe de Estado en julio de 1936, y que tuvo en el Ejército de Marruecos y la oficialidad africanista a sus principales valedores, dando la razón a un Manuel Azaña que el 4 de enero de 1933 había escrito en su diario que "esto de Marruecos es el talón vulnerable de la República"[11].

Autores como Robert G. Colodny han afirmado que si la República hubiese concedido la independencia a Marruecos, o bien un mayor nivel de autonomía, se hubiese evitado la extrema colaboración marroquí con los sublevados[12]. La primera posibilidad nos parece poco factible, no solo por las complicaciones internacionales que hubiesen derivado de la medida, sino porque los propios nacionalistas marroquíes no necesariamente anhelaban independizarse de España, pues se sabía que ante esa situación Francia ocuparía su lugar. Lo que sí parece evidente es que con el régimen republicano aquéllos habían concebido unas ilusiones autonomistas que nunca tuvieron respuesta[13]. Azzuz Hakim ha señalado que los distintos gobiernos republicanos nunca intentaron acercarse al nacionalismo marroquí, mientras que éste buscó la negociación varias veces. Desde el principio, con la "poco amistosa" decisión de nombrar a José Sanjurjo como Alto Comisario, las relaciones fueron tensas y la República perdió un posible aliado[14].

Aunque los cuadros superiores de la estructura del Protectorado cambiaron con la República, a un nivel más bajo las reformas fueron mucho menores, por lo que las cosas siguieron funcionando de la misma manera, y por ejemplo el sistema de pactos con dinero con los líderes marroquíes se mantuvo, junto con una autonomía de los militares que los altos comisarios civiles apenas pudieron reducir[15].

---

[10] De todos modos la *Sanjurjada* no generó grandes problemas en Marruecos. Incluso se movilizaron para una eventual defensa de la República un tabor de Infantería, un escuadrón de caballería del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Ceuta y los batallones de cazadores números 2 y 8, ambos con sendas compañías moras, pero no tuvieron que luchar: SALAS LARRAZÁBAL: *El Protectorado de España en Marruecos*, p. 203.

[11] AZAÑA, M., Cit. en VARGAS: *La Guerra de Marruecos en la literatura*, p. 11.

[12] Cit. en MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 12. Al igual que esta autora, somos bastante escépticos respecto a la conjetura contrafactual de Colodny, sobre todos por las complicaciones que para la República hubiese supuesto una medida tan drástica como la independencia de Marruecos.

[13] Vid. NERÍN: *La guerra que vino de África*, pp. 104-105.

[14] AZZUZ: *La actitud de los moros ante el Alzamiento*, pp. 19-20.

[15] Ya durante la Guerra Civil, el capitán británico Francis Mellor señalaba lo siguiente sobre los cambios que la República llevó a Marruecos: "La situación general no cambió en lo más mínimo con la llegada de la República. Ya podían los republicanos recalcitrantes tocar la Marsellesa en los presidios […] que la administración no experimentó el menor cambio: MELLOR, F. H.: *Morocco Awakes*, Cit. en MADARIAGA, Mª R.: "La guerra colonial llevada a España: Las tropas marroquíes en el ejército franquista", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, p. 69.

La ocupación de Ifni en 1934

Aunque entre la proclamación de la II República y el estallido de la Guerra Civil no hubo conflictos armados de entidad en Marruecos, sí que tuvo lugar un avance español que se llevaba décadas esperando, y cuya culminación fue muy celebrada y considerada por muchos como un éxito de la República: nos referimos a la ocupación del territorio de Ifni por las tropas españolas que encabezaba el coronel Fernando Capaz en abril de 1934.

Desde que en la paz de Wad-Ras de 1860 Marruecos había concedido a España el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, cuya ubicación exacta se desconocía, la ocupación de ese emplazamiento se demoró una y otra vez, tras el fracaso de muchas tentativas poco firmes[16]. Según las investigaciones actuales, lo más probable es que el asentamiento que los españoles ocuparon entre 1476 y 1524 no estuviese donde Sidi Ifni, sino mucho más al Sur[17], pero se acordó esa localización con los franceses, que estaban ocupando las áreas circundantes[18]. Aunque la operación se llevó a cabo durante el Gobierno de Alejandro Lerroux, había sido ordenada y organizada por el de Manuel Azaña.

La ocupación de Ifni acaparó las portadas de la prensa el 9 de abril de 1934. En el periódico *Luz* se señalaba que en la población ya ondeaba la bandera española y se alababa la operación por la forma incruenta con la que se había llevado a cabo. Además, se hacía un recorrido por los derechos históricos de España y se ensalzaba al coronel Fernando Capaz[19]. Una línea similar seguía el *Heraldo de Madrid*, en el que se destacaba que Capaz tenía orden de renunciar a la empresa antes de tener disparar un solo tiro, lo que demostraba el compromiso de la República con la paz y la labor de protectorado[20]. La mayoría de los medios republicanos y conservadores se mostraron favorables a la ocupación de Ifni, pero en la prensa obrera hubo actitudes de frontal oposición, como la de *El Socialista*, que hablaba del "nuevo avispero" y comparaba las declaraciones de Lerroux de que la ocupación de Ifni era un acto pacífico con las de Maura de que el Barranco del Lobo era una sencilla operación de policía. En este caso sí podemos distinguir un anticolonialismo claro, con el rechazo de una política similar a la francesa y con un contundente "grito de alarma pronunciado en favor de España y de los indígenas de Ifni"[21]. Desde las páginas del *Heraldo de Madrid* se replicó directamente a *El Socialista* señalando que la ocupación era un "hecho memorable" en el que habían participado ilustres socialistas como Indalecio Prieto, Largo Caballero o Fernando de los Ríos, pues formaban parte del Gobierno de Azaña que había hecho la labor preparatoria para la ocupación[22]. Similares acusaciones a las vertidas por el periódico obrero recibió Lerroux en el Congreso, donde su política fue tachada de imperialista y se le criticó por

[16] En ningún caso se trató de intervenciones militares, por lo que no hubo que lamentar más que pérdidas económicas. El conde de Romanones recordaba en el tercer volumen de sus memorias (1938) que él había intentado en varias ocasiones que se concretase la ocupación, pero el principal impedimento fue el desconocimiento del punto exacto de su emplazamiento, que seguía sin conocerse pese a la ocupación de Ifni: ROMANONES: *Notas de una vida*, p. 334. Vid. También MARIÑAS ROMERO, G.: *El Sahara y la Legión*, Ed. San Martín, Madrid, 1988, p. 75.

[17] Cerca de cabo Blanca, al sur del Sahara Occidental: RODRÍGUEZ: *La Guerra de Melilla en 1893*, p. 83.

[18] GIL HONDUVILLA, J.: *Marruecos ¡17 a las 17!*, Guadalturia, Sevilla, 2009, p. 440.

[19] "La ocupación de Ifni por el coronel Capaz", en *Luz*, 9-IV-1934, p. 1.

[20] *Heraldo de Madrid*, 9-IV-1934, p. 1.

[21] "Nuestra resuelta oposición", en *El Socialista*, 10-IV-1934, p. 1.

[22] "En Ifni no hay novedad", en *Heraldo de Madrid*, 12-IV-1934, p. 16. Fernando de los Ríos, pese a ser socialista, tenía un discurso colonial moderado y era admirador de la política colonial francesa. Por ello en la revista *África* (antigua *Revista de Tropas Coloniales*) se lo catalogaba como un ejemplo de socialista razonable, pues no promovía el abandonismo: GONZÁLEZ ALCANTUD: *Lo moro*, p. 200.

emprender operaciones que resultarían muy costosas para la nación[23]. Sin embargo, la ocupación de Ifni fue mayoritariamente considerada como un triunfo de la República y el propio Lerroux se mostró muy satisfecho, recordando que España había hecho valer unos derechos que se remontaban a tiempos de los Reyes Católicos[24].

El coronel Fernando Capaz iba a ser considerado un héroe, el único que dio Marruecos en toda la etapa republicana, y se alabaron sobre todo sus dotes como negociador[25]. Entre los honores que se le tributaron, además de su ascenso a general, estuvo el de cambiar el nombre de Punta de Pescadores por el de Puerto Capaz. Hubo quien se refirió a él como "el último de los conquistadores", aunque el éxito de la ocupación se debió sobre todo a los pagos y las negociaciones previas con los caídes de la zona[26]. En todo caso, la de Ifni iba a ser la última expansión territorial de la historia de España.

En 1934 también se produjo una intensificación de la colonización del Sahara, con episodios como la ocupación de El Aaiún por el capitán Galo Buyón. Aunque eran territorios que pertenecían nominalmente a España, esta nueva política más activa respondía al mismo tratado con Francia en el que se reconoció el derecho a la ocupación de Ifni, y en el que España se comprometía a asegurar sus fronteras en el Sahara y controlar mejor el territorio[27].

En los meses siguientes abundaron los artículos, comentarios y discusiones parlamentarias relativos a diversos aspectos de la organización civil, militar y administrativa de Ifni. Al año siguiente de su ocupación ya se describían los numerosos avances realizados donde antes ni siquiera existía una ciudad como tal, y que ahora ya contaba con hospital, hoteles, pabellones, oficinas, plazas y calles, además de tener un aeródromo en camino, y todo siguiendo un concienzudo plan político-estético[28].

La "guerra africana" en Asturias

Aunque durante la II República no hubo enfrentamientos armados en el Protectorado español de Marruecos, sí nos parece conveniente centrar nuestra atención en un episodio decisivo en el devenir de la II República, que tuvo una importante faceta de guerra de Marruecos: la revolución obrera de octubre de 1934 en Asturias[29]. La huelga general revolucionaria comenzó entre los días 5 y 6 de octubre, en los que miles de sindicalistas asaltaron los cuarteles de la Guardia Civil, dominaron las cuencas mineras de Langreo y Mieres y se hicieron con el control de Avilés y Gijón, mientras que en Oviedo la lucha continuó a pesar de que casi toda la ciudad estaba en manos de los revolucionarios desde el 7 de octubre. Para reprimir esta insurrección de importantes proporciones, el Gobierno de Lerroux movilizó a tropas del Tercio y los Regulares, que

[23] "Las sesiones de Cortes", en *Heraldo de Madrid*, 19-IV-1934, p. 14.
[24] "El señor Lerroux participa la ocupación de Ifni", en *El Siglo Futuro*, 9-IV-1934, p. 2.
[25] Vid. por ejemplo "Detalles de la forma en que el coronel Capaz realizó el desembarco y la ocupación de Ifni, en *El Sol*, 10-IV-1934, p. 9.
[26] MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 160 o PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 257.
[27] GARCÍA, A.: *Historia del Sáhara y de su conflicto*, Catarata, Madrid, 2010, p. 27. En mayo en El Sol ya se hablaba de "excursiones pacíficas" desde cabo Juby destinadas a ejercer un dominio efectivo sobre el territorio del Sahara: "Después de la ocupación de Ifni", en *El Sol*, 6-V-1934, p. 2.
[28] "García Sanchiz, en emocionante y patriótica charla, la ocupación de Ifni", en *La Época*, 7-XI-1935, p. 3.
[29] Para un estudio pormenorizado de la situación que llevó al estallido de esta revolución Vid. SCHUBERT, A.: *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Crítica, Barcelona, 1984.

por primera vez desde su creación combatieron en la Península, algo que entraba en cierta contradicción con sus objetivos fundacionales[30]. El impacto que su presencia generó y la ferocidad con la que actuaron hizo de su intervención uno de los aspectos más recordados de lo sucedido en octubre en Asturias, y sirvió de ensayo para el empleo generalizado de tropas del Ejército de África en la Península que los sublevados llevaron a cabo desde julio de 1936.

El principal responsable de la controvertida decisión fue el ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, aunque es probable que tuviese mucho que ver Francisco Franco, al que el ministro llamó para que le asesorase y al que eligió para que desde Madrid coordinase las operaciones[31]. El propio Hidalgo justificó ampliamente el empleo de estas tropas, con argumentos como la escasez de fuerzas próximas, el peligro de desguarnecer otras plazas o la perspectiva de una lucha cruenta en la que podían perecer muchos soldados no profesionales:

> Me aterraba la idea de que nuestros soldados cayeran a racimos víctimas de su inexperiencia y falta de preparación para la guerra, teniendo que luchar en un clima duro, en un terreno hostil, en una posible lucha de guerrillas y agresiones en las que la dinamita actuaría con preferencia a las armas de guerra, y de que mientras fueran cayendo muchos soldados, hubiera en África 12.000 hombres aguerridos, preparados, duchos en la defensa y en la emboscada, duros y acostumbrados a la vida de campaña, sujetos a la disciplina con mano de hierro.
>
> La vida de un soldado debe tener para un gobernante un valor inestimable; la de un legionario o un moro de regulares tiene también el valor de la vida humana; pero el que de éstos cae en la lucha es un accidente profesional; pero si cae un soldado español, que, aunque cumple un sagrado deber, no es un profesional de la milicia ni ha ido a ella voluntariamente, queda una madre española que derrama lágrimas y a la que el estado no tiene medios de consolar"[32].

Para dirigir a las tropas de la República que debían sofocar la insurrección se escogió al general Eduardo López Ochoa. Era una decisión del presidente Niceto Alcalá-Zamora, quien buscaba un perfil negociador con el que limitar el derramamiento de sangre[33]. Sin embargo, para situarse al frente de las tropas de África el ministro de la Guerra escogió al teniente coronel Juan Yagüe, famoso por su severidad y rudeza, y cuya actuación en Asturias le granjearía entre las izquierdas el sobrenombre de "la hiena de Asturias". Las diferencias entre ambos provocaron que chocaran en múltiples ocasiones, llegando al extremo de que Yagüe amenazase a López Ochoa con una pistola, por lo que estuvo a punto de ser procesado en Consejo de Guerra tras la denuncia de su superior[34]. Yagüe también se quejó del buen trato que López Ochoa dio a los rebeldes, y se indignó cuando conoció los términos de la rendición pactada con el sindicalista Belarmino Tomás,

[30] Aunque era la primera vez que tenían que intervenir directamente, habían sido movilizadas en enero de 1929, por el intento golpista de Sánchez Guerra, en diciembre de 1930 por el levantamiento de Jaca y en agosto de 1932 por la *Sanjurjada*: NERÍN: *La guerra que vino de África*, p. 169.

[31] Stanley Payne ha señalado que aunque Franco pudo haber recomendado el empleo de tropas de Marruecos, la rapidez de su despliegue parece sugerir que ya estaban preparadas con anterioridad: PAYNE: *Los militares y la política…*, p. 259. La idea la reitera Paul Preston en PRESTON, P.: *El holocausto español*, Debate, Barcelona, 2011, p. 125.

[32] HIDALGO, D.: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra?*, Cit. en MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 125.

[33] PRESTON, P.: *Franco: Caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994 p. 137.

[34] ARCE, C. de: *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984, pp. 199-201.

un sentimiento que en Madrid compartieron Franco y Gil Robles[35]. Ochoa entró en Oviedo el día 11, al frente de unas tropas a las que luego siguieron los Regulares y el Tercio, que habían desembarcado en Gijón. Una vez controladas Oviedo, Avilés y Gijón el Ejército se adentró en la cuenca minera, en la que hubo combates de consideración hasta que el día 18 se sometieron los últimos focos, y continuó una represión que iba a ser recordada por indiscriminada y brutal.

A pesar de las justificaciones de Diego Hidalgo, resultaba una aparente contradicción llevar a marroquíes a Asturias para someter españoles, pero eran muchos en el Gobierno y el Ejército los que consideraban que se trataba de una necesaria reconquista contra el comunismo, e incluso había quien tenía por más españoles a los marroquíes que luchaban con las tropas coloniales que a los rebeldes asturianos[36]. Esta consideración de los revolucionarios como los verdaderos enemigos de España reforzó la imagen del Ejército como salvador de la patria entre las derechas. También incrementó mucho el prestigio personal de Franco entre los partidarios de la contrarrevolución, pues apareció como el salvador de Asturias, a pesar de los varios militares decididamente republicanos que habían participado en el sometimiento de la revuelta[37]. Entre las izquierdas, la perspectiva fue la contraria, y no solo se incrementó el miedo a que el Ejército de Marruecos pudiera eventualmente convertirse en un arma contra la República, sino que también se generó una imagen brutal y sanguinaria del mismo que iba a culminar durante la Guerra Civil.

En la prensa, la intervención de las tropas marroquíes en Asturias no fue criticada en los días en los que tuvo lugar, pues la censura de prensa actuó tan enérgicamente que los periódicos que se habrían opuesto a ella o bien no pudieron publicarse o bien llevaban los fragmentos que no gustaran a los censores debidamente tachados. Periódicos republicanos como *El Sol* o *Heraldo de Madrid* estuvieron cerca de diez días sin ponerse a la venta[38], mientras que la prensa conservadora como *La Época*, *ABC* o *El Siglo Futuro* salía diariamente sin mayores contratiempos. La peor parada fue la prensa obrera, cuyo máximo exponente, *El Socialista*, estuvo fuera de la circulación desde el 4 de octubre de 1934 hasta el 18 de diciembre de 1935. De este modo, la visión de los periódicos resulta completamente sesgada, predominando las informaciones muy positivas con la intervención. Por ejemplo las referencias en *La Libertad* no iban más allá de cosas como "al día siguiente las tropas de Regulares tomaron el hospital sin hacer más que disparos al aire y dando sus gritos característicos"[39]. No aparecía nada sobre los desmanes o atrocidades cometidos por legionarios y *moros*, mientras que sí se daba cuenta de los perpetrados por los revolucionarios. La intervención de las tropas de África se mostraba incluso como celebrada por el pueblo, pues habrían sido recibidas a su entrada en las

[35] PRESTON: *El holocausto español*, p. 133. Una de las pocas condiciones que pusieron los revolucionarios para su rendición fue la de que las tropas del Tercio y los Regulares no fuesen en vanguardia.

[36] Desde la pacificación del protectorado, la imagen del "moro amigo" se había podido potenciar de un modo más eficaz que en ninguna de las etapas anteriores, y la consideración al respecto fue mejorando. Según el periódico *La Voz*, en el desfile celebrado en abril de 1934 para celebrar el aniversario de la República, los Regulares y otras fuerzas de África habían sido especialmente aplaudidas: "Las fiestas de la República", en *La Voz*, 16-IV-1934, p. 3. Sobre la imagen del "rojo" y su consideración como extranjero Vid. SEVILLANO CALERO, F.: "El "rojo". La imagen del enemigo en la "España nacional"", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. e ID. (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, p. 325 y ss.

[37] CARDONA: *El problema militar en España*, p. 164.

[38] *El Sol* estuvo sin publicarse entre el 4 y el 14 de octubre, mientras que Heraldo de Madrid no pudo salir a la venta desde el 3 hasta el 15 de octubre, y cuando lo hizo llevaba un gran "Este número está visado por la previa censura".

[39] "La situación en Asturias", en *La Libertad*, 17-X-1934, p. 4.

diferentes localidades con vítores y aplausos (Fig. 82)[40]. También se recogieron las felicitaciones que les dedicó Diego Hidalgo, que los consideró merecedores de la gratitud de la República[41]. La prensa asturiana, más afectada si cabe por la censura, siguió pautas muy semejantes a la de tirada nacional[42].

El recuerdo de las atrocidades

La censura dificultó la difusión de informaciones sobre la forma en la que estaban actuando las tropas de Marruecos, pero aún así las atrocidades que cometieron durante su intervención fue el aspecto por el que más se las recordó. Aunque la memoria al respecto se movió entre dos polos: el silencio y olvido de la derecha por un lado, y el recuerdo (en ocasiones exagerado) de las izquierdas por otro.

Diego Hidalgo, al justificar el uso de las tropas mercenarias de África, señalaba que el único aspecto en contra que se podría esgrimir era el de que esas unidades hicieran la guerra sin respeto a las leyes, pero consideraba la posibilidad de que se dedicasen a la razia y al pillaje como un "tópico novelero", pues su disciplina les hacía seguir sin dudar a sus jefes y oficiales, cuya autoridad evitaban que pudieran dejarse llevar por los malos instintos[43]. A argumentos semejantes se aferraron las derechas, que defendieron que la intervención había sido proporcionada y que todos los desmanes los habían cometido los obreros. Millán Astray le explicó a Sanjurjo (ya amnistiado y exiliado en Portugal) que la violencia ejercida por mujeres e incluso niños en Asturias había superado a la de Regulares y Tercio, pero alertaba a su amigo de que se estaba preparando una "campaña de difamación", con el objeto de "decir que los horrores de la revolución han sido los africanos"[44]. Sin embargo, la única campaña posible en un principio fue la las derechas, que retrataron a los mineros asturianos como títeres de la conspiración judeomasónica y bolchevique[45]. Hasta 1936 es difícil encontrar en la prensa duras críticas a la represión como las de Eduardo Guzmán o Francisco Caramés en *La Libertad*, que recogían asesinatos indiscriminados[46].

Como un ejemplo de la interpretación hecha por los sectores más extremistas de la izquierda podemos referirnos a la obra *¡¡Asturias!! (Relato vivido de la insurrección de octubre)*, publicada en Valencia probablemente en 1935 y firmada por Alejandro Valdés. Se trata de una obra que destila retórica socialista soviética en cada línea, y que casi podríamos calificar de propaganda. Su objetivo principal era el de combatir la versión oficial, que consideraba totalmente falseada: "Hasta hoy, de aquel magnífico levantamiento de las masas en armas, no se ha hecho más explicación que la oficial. Patrañas infames de los atestados policiacos; mentiras burdas; truculencias urdidas por el odio, la venganza y el miedo de una clase que sintió conmovidos sus cimientos, a punto de partirse en astillas". También dejaba bastante claro el público al que estaba orientada: "Va dirigida a ti, camarada socialista, camarada anarquista, camarada comunista,

[40] Fue el caso por ejemplo de Mieres: "Después de la revolución asturiana", en *La Voz*, 22-X-1934, p. 2.
[41] "De los pasados sucesos", en *El Sol*, 30-X-1934, p. 3.
[42] La mayor parte de las publicaciones obreras fueron cerradas, mientras los periódicos que se seguían publicando pasaban por el estricto filtro de la censura. Así por ejemplo, *El Noroeste* no ofreció datos de la agresividad de las tropas de Marruecos, mientras que sí lo hizo de los revolucionarios, con continuas referencias a la "obra destructora de los rebeldes": Vid. Por ejemplo "Emprendemos el viaje hacia Noreña", en *El Noroeste*, 19-X-1934, p. 2.
[43] Cit. en MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, p. 143.
[44] Cit. en TOGORES: *Millán Astray*, pp. 290-291.
[45] PRESTON: *El holocausto español*, p. 132. Sobre la masonería y la preocupación que generaba entre algunos sectores del Ejército Vid. NERÍN: *La guerra que vino de África*, pp. 84-85.
[46] "¡Asturias!", en *La Libertad*, 10-I-1936, p. 3.

hermano de clase, trabajador en fin […] y a los camaradas de la U.R.S.S. se dirige también este relato"[47]. La obra presumía de seguir paso a paso la actuación de Ríos, un militante comunista, y aseguraba la veracidad de los hechos contenidos, pero aspectos como recoger con todo lujo de detalles las conversaciones privadas de López Ochoa en su tienda disipan fácilmente esta veracidad de "relato vivido"[48]. También ofrecía una visión idílica de la actuación insurrecta, en la que nunca habrían tenido lugar desmanes y todos los asesinados por los revolucionarios lo habrían sido en combate o en ejecuciones justificadas[49].

El relato de Valdés nos interesa sobre todo por su minuciosidad a la hora de referirse a la violencia demostrada por las tropas de Marruecos durante su intervención en la cuenca minera: saqueos para conseguir botín, asesinatos (incluyendo ancianos, mujeres y niños), mutilaciones, violaciones y un largo etcétera de brutalidades[50]. El fragmento que reproducimos a continuación, referido a Villafría, es un buen ejemplo de ello:

> En casi todos los hogares entraban tiroteando. Después incendiaban las casucas con los cadáveres y los heridos dentro de ellas.
>
> Atrapaban a las muchachas fugitivas y las violaban en cuadrilla. Como símbolo de su hazaña, segaban con las gumías los pechos de las mujeres y los clavaban en el pico de las bayonetas.
>
> Muchas madres enloquecieron de pavor. Niñas impúberes eran atropelladas por aquellos bárbaros enviados por el Gobierno de reaccionarios y fascistas, y muchas quedaban muertas, con las entrañas desgarradas, ante el furor delirante de los padres que ni llanto ni gritos tenían ya para su dolor espantoso, para sus preguntas sin respuesta posible.

Alejandro Valdés insistía en la paradoja de que los que antes eran considerados "cabilas salvajes" ahora fuesen los elegidos para salvar la "civilización cristiana": "¡Los moros traían a España, enviados por ministros católicos, a fuego y sangre, la paz de Jesús!"[51]

Mucho más creíbles que los de *¡¡Asturias!!* resultan los testimonios recogidos por Félix Gordón Ordás, ex ministro de la República y diputado a Cortes por León, que visitó las zonas más sospechosas de anomalías en la represión del movimiento obrero, mientras preparaba un informe que remitió al Presidente del Consejo de Ministros: "en ellas adquirí con toda certidumbre tal cantidad de noticias terribles que se me llenó el alma de espanto"[52]. El diputado señalaba indignado que desde el Gobierno se habían tachado las atrocidades de "hechos hipotéticos, que seguramente no existirán más que en la imaginación de los familiares", algo que desmintió con los testimonios recopilados en las provincias de Asturias, Palencia y León. Aunque la mayor parte eran actuaciones de la Guardia Civil con los presos, expuso varios desmanes de los legionarios y regulares,

[47] VALDÉS, A: *¡¡Asturias!! (Relato vivido de la insurrección de octubre)*, Ediciones Verdad, Valencia, ca. 1935, pp. 5 y 8.

[48] Los diálogos de López Ochoa en su tienda, cuando estaba trazando los planes y por tanto no había revolucionarios, se antojan inventados, no solo por estar escritos de un modo que parece más propio de una novela, sino también porque no tiene sentido que se hubiesen difundido en una fecha tan temprana en la que censura seguía funcionando.

[49] Por ejemplo las diversas quemas de conventos y ejecuciones de frailes siempre respondían a que habían sido atacados desde ellos. Tampoco habían hecho saqueos, que serían responsabilidad de las tropas de África para luego poder achacarlas a los mineros: VALDÉS: *¡¡Asturias!!*, pp. 100 y 142.

[50] VALDÉS: *¡¡Asturias!!*, pp. 282 y 306.

[51] VALDÉS: *¡¡Asturias!!*, p. 347.

[52] Cit. en GARCÍA GÓMEZ; E.: *Asturias 1934. Historia de una tragedia*, Pórtico, Zaragoza, 2009, p. 305.

como las ejecuciones del barrio ovetense de San Pedro de los Arcos o las terribles razias de Villafría, entre otros saqueos y asesinatos[53]. Similares testimonios recogió Vicente Marco Miranda, diputado de Esquerra Valencianista a Cortes por Valencia, sobre sucesos ocurridos en las "barriadas extremas" de Oviedo a la llegada de las tropas de Regulares y el Tercio. Especialmente interesantes resultan las repetidas alusiones a desmanes de los *moros* que se producían hasta la aparición del respectivo oficial español[54]. Ambos congresistas eran claramente opuestos al Gobierno, al que no dudaron en considerar principal responsable de lo que había sucedido en Asturias. Gordón Ordás afirmaba que habían tenido que gobernar la República unos partidos llamados católicos para que "oficialmente se trajeran a nuestra patria tropas de mahometanos (berberiscos, árabes y moros) con el designio de matar cristianos por las calles y en las casas. Y para mayor ironía del destino fueron a hacerlo precisamente por las tierras de Don Pelayo el Reconquistador". Marco Miranda, refiriéndose a unos intentos de violación por parte de los regulares exclamaba: "¡Malditas fieras; venganza pide el pueblo!... ¡Así se portan los salvajes extranjeros, enviados por el Gobierno vaticanista Lerroux-Gil Robles, traidores, para matar a españoles civilizados!"[55]

La represión no se limitó únicamente al sometimiento de las áreas en las que había triunfado la revolución, sino que tuvo continuidad en las cárceles. Especialmente conocido y documentado fue el asesinato del periodista Luis de Sirval (pseudónimo de Luis Higón) por un oficial del Tercio (el teniente búlgaro Dimitri Ivanov), según parece porque tenía información sobre atrocidades cometidas por esta unidad en Villafría. Su muerte en la cárcel provocó la repulsa de intelectuales como Julián Besteiro, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez o José Bergamín. El posterior juicio a Ivanov levantó gran expectación, y la mínima pena (seis meses de prisión menor) una campaña de repulsa cuya trascendencia se vio limitada por la censura[56].

Para recordar la presencia y actuación de los *moros* en Asturias aparecieron también distintos poemas y romances, muchos de los cuales se transmitieron de forma oral. Fue el caso del anónimo *Romance de Villafría*, planteado como la conversación de un niño que quería salir a enfrentarse a ellos pero al que su madre no le dejaría hasta que tuviese 15 años:

> ¡Los moros, madre, los moros;
> vienen por las praderías;
> los moros, los moros, madre,
> dicen, madre, que asesinan! […]
> Los moros, madre, los moros;
> vienen por la Tenderina;
> matan hombres, saltan muros,
> los hogares desvalijan
> y siegan niños y mozas

[53] En San Pedro de los Arcos los legionarios habrían sacado al menos una docena de personas de sus casas, la mayoría muchachos, para fusilarlos frente a la pared exterior de la tapia del cementerio. Por otro lado, sobre Villafría daba cuenta de relatos como el de una anciana en cuya casa había 18 personas, de las que 13 murieron en un tiroteo indiscriminado de los regulares GORDÓN ORDÁS, F., Cit. en GARCÍA: *Asturias 1934*, pp. 347 y 350.

[54] "Un capitán, el señor Lechuga, llegó inmediatamente, gritó alto el fuego e impidió que los soldados asaltaran el establecimiento"; "En esta finca se refugiaron algunas personas que fueron protegidas por un capitán que dijo apellidarse Galarza, quien aparece en otras casas del barrio realizando actos humanitarios. MARCO MIRANDA, V., Cit. en GARCÍA: *Asturias 1934*, pp. 361 y 363.

[55] GORDÓN ORDÁS, F.; MARCO MIRANDA, V. Cit. en GARCÍA: *Asturias 1934*, pp. 350 y 364.

[56] GARCÍA: *Asturias 1934*, p. 263 y ss.

como si fueran espigas[57].

El romance también aludía a su cobardía, a su salvajismo (hicieron una ristra con catorce cabezas de vecinos para colgar de un hórreo), y se maldecía a quien hubiese traído la Media Luna a Asturias.

Aunque la represión del Tercio y los Regulares se hizo especialmente famosa, no fue solo responsabilidad suya, y también serían recordados por sus atrocidades militares como el comandante Lisardo Doval, que con hombres de la Guardia Civil y de Seguridad y Asalto llevó a cabo una brutal labor represiva después de que se hubieran rendido los últimos focos revolucionarios[58].

Hubiera o no exageraciones en algunos de los testimonios, existen evidencias suficientes para considerar que la intervención del Ejército de África en octubre de 1934 fue brutal, y que se emplearon tácticas de guerrilla y razias que eran propias de la guerra colonial en la que se habían forjado. El impacto de la presencia de los *moros* en Asturias más de diez siglos después tuvo un fuerte componente emocional que, si bien durante la República apenas pudo ser explotado por causa de la censura, durante la Guerra Civil se convirtió en un referente de las izquierdas para atacar a los sublevados, que al aliarse con el tradicional enemigo de España permitían que éste volviese a conquistarla[59].

Los hechos de Asturias coincidieron con la proclamación del Estado catalán por el presidente de la Generalitat de Cataluña, Lluís Companys, el 6 de octubre. Al día siguiente zarpó de Melilla, rumbo a Barcelona, un vapor con tres banderas de la Primera Legión, que llegaron a Barcelona el día 8 y rápidamente tomaron posiciones[60]. No obstante, las tropas de Marruecos no tuvieron que intervenir, por lo que los sucesos de Cataluña no presentan para nuestro trabajo el mismo interés que los de Asturias.

La memoria de las anteriores guerras

Durante la II República reapareció con frecuencia el recuerdo de los anteriores conflictos en los que España había tomado parte en Marruecos, teniendo un especial peso los episodios luctuosos como el Barranco del Lobo o Annual, identificados como símbolos del régimen político anterior. Por otra parte, al contrario de lo que sucedió durante las dictaduras de Primo de Rivera y Francisco Franco, fue una etapa de poca exaltación de los conflictos bélicos anteriores, y especialmente los de Marruecos estuvieron lejos de ser celebrados oficialmente, como demuestra la eliminación de numerosos nombres de calles[61], que no se erigieran apenas monumentos o que incluso se retiraran algunos como el de Leopoldo Saro.

---

[57] RAMOS-GASCÓN, A.: *El Romancero del Ejército Popular*, Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1978, pp. 192-193.

[58] PRESTON: *El holocausto español*, p. 136.

[59] Buena prueba de ello son las múltiples imágenes de los *moros* invadiendo España que caracterizaron el cartelismo propagandístico del bando republicano: Vid. MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí…*, p. 151 y ss.

[60] ARCE, C. de: *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984, p. 197.

[61] Durante la II República fueron muy frecuentes los cambios de nombre de calles, que intentaban ser una representación visible de los cambios del nuevo régimen político. Entre los nombres eliminados hubo varios relacionados con las guerras de África, por ejemplo las plazas de Tetuán de Barcelona y Valencia cambiaron sus nombres por los de Hermenegildo Giner de los Ríos (1932) o Senyera Roja (1936), respectivamente. Incluso el nombre de la población que los españoles fundaron en Alhucemas después del desembarco, Villa Sanjurjo, pasó a denominarse Villa Alhucemas, recuperando de nuevo su nombre anterior durante el franquismo.

La memoria de la Guerra de África se redujo, en parte porque no se la usaba para recordar las calamidades del régimen político anterior, pero en ocasiones era citada por diferentes motivos. Por ejemplo, en 1933 se conmemoró el centenario del nacimiento de Pedro Antonio de Alarcón, y siempre se aludía a su *Diario de un testigo de la Guerra de África* como su principal obra[62], manteniendo el protagonismo de épocas anteriores como el principal referente de la memoria de la campaña, y apareciendo de una u otra forma casi siempre que se recordaba la guerra. *Aita Tettauen*, que había sido reeditada en 1930[63], también mantenía una cierta popularidad, aunque sin comparación con la de la obra de Alarcón. La perspectiva más "romántica" de la guerra seguía vigente sobre todo de la mano del *Diario de un testigo*, pero cada vez estaban más extendidas las visiones desmitificadoras, como la que ofrecía *La Revista Blanca*, de orientación anarquista, en la que se señalaba que si se paró la guerra fue porque el ejército estaba cansado y sin moral, no por un veto de Inglaterra, se criticaba la exaltación de Prim y se insistía en la necesidad de no conocer el pasado por las lecturas oficiales[64]. Aunque la mayor parte de las interpretaciones no eran tan negativas, sí incluían con frecuencia argumentos como que la guerra se había hecho con el objeto de distraer al pueblo o que había resultado "costosa y materialmente poco eficaz"[65]. El general Manuel Goded consideraba en su completo estudio sobre la pacificación de Marruecos que las ventajas materiales habían sido escasas, pero que las tropas españolas se habían cubierto de gloria y el país había logrado un enorme prestigio moral[66]. Por último, podemos señalar que a pesar del tiempo que había transcurrido, todavía era posible encontrar algún superviviente como Martín Codina Odena, que a sus más de noventa años concedió una entrevista a la revista *Estampa*, que lo consideraba "quizá el último superviviente de la guerra de África". Este veterano aludía sobre todo a algunos de los principales tópicos de la guerra, como Prim y los Voluntarios catalanes, pero también recordaba las dificultades y sufrimientos de la campaña[67].

Más frecuente era recordar el Barranco del Lobo, tanto por el deterioro que la tragedia había supuesto para el régimen de la Restauración como porque todavía quedaban excombatientes que se reunían anualmente y a los que de vez en cuando se homenajeaba[68]. Por ejemplo, el 27 de julio de 1932 se cumplían veintitrés años de la derrota, y hubo un acto en Madrid en el que se depositaron flores en el monumento al general Pintos del parque del Oeste. El *Heraldo de Madrid* se hacía eco del homenaje, pero sobre todo para recordar aquella "acción nefasta" que había llevado "el sello característico de la Monarquía"[69]. En agosto de 1934 la revista *Mundo Gráfico* presentó un especial sobre los hechos de 1909, que estaban relatados con mucho detalle, y en el que se incluían algunas de las imágenes más duras, como una de la recogida de cadáveres en el Barranco del Lobo u otra con varios soldados españoles muertos y colocados en el

[62] Por ejemplo en *Revista del Ateneo*, enero-marzo de 1933, p. 25; *Nuevo Mundo*, 17-III-1933, p. 8; o *África*, 1-IV-1933, p. 80.
[63] MÁRQUEZ en PÉREZ GALDÓS: *Aita Tettauen* , p. 28.
[64] ALÁIZ, F.: "El general Prim, desde Reus a París y Londres", en *La Revista Blanca*, 15-III-1935, pp. 247-249.
[65] Eso último señalaba Tomás García Figueras en *Acción Española*, revista que dirigía Ramiro de Maeztu: GARCÍA FIGUERAS, T.: "El problema de Tánger", en *Acción Española*, octubre de 1935, p. 37.
[66] "No habiendo en la Historia ejemplo de otra campaña que se empezase y terminara con la declaración formal de no buscar ensanches territoriales ni ventajas materiales, sino solo satisfacer la dignidad ofendida de España": GODED: *Marruecos*, p. 37.
[67] "La historia contada por sus héroes. El hombre que tocó el cornetín en la batalla de los Castillejos", en *Estampa*, 6-V-1933, pp. 21-22.
[68] "1909", en *La Voz*, 29-VII-1935, p. 9. En este periódico se hablaba sobre la reunión de soldados supervivientes del barranco, y se señalaba que todos los años se reunían.
[69] "Homenaje a los ex combatientes del barranco del Lobo sus compañeros muertos en campaña", en *Heraldo de Madrid*, 27-VII-1932, p. 1.

suelo con la cara descubierta. Se aludía también a algunos episodios destacados como la carga de Taxdirt o la toma del Gurugú, pero la lectura en conjunto de lo sucedido ese año era negativa[70].

Pese a estas referencias exclusivas al Barranco del Lobo, lo más habitual era que se aludiese a este episodio junto al Desastre de Annual, como dos hechos fundamentales en la pérdida de prestigio de la Monarquía y su posterior caída[71]. Sin embargo, la memoria de la debacle de 1921 fue mucho mayor, y constantemente formó parte del discurso de los defensores de la República, que con frecuencia la utilizaban como arma contra las diversas campañas antirrepublicanas. En noviembre de 1933 el *Heraldo de Madrid* criticaba la campaña de las derechas, y recordaba que "Doce mil hombres llenos de vida y energía murieron en Annual. Esos doce mil cadáveres constituyen la más implacable acusación contra la Monarquía. ¡Entonces sí que estaba España bajo el furor y la impunidad de los forajidos!" (Fig. 84)[72]. Del mismo modo, se consideraba con frecuencia como una causa de la República, como demostraba la escritora María Rosa Alonso en el círculo del Partido Republicano Radical Socialista, al afirmar que "la guerra marroquí, con su Desastre de Annual y las múltiples inmoralidades administrativas de la Monarquía, trajeron la República que hoy gobierna España"[73].

Aunque no era lo habitual, en ocasiones se incorporaba la retirada de Xauen a ese grupo de las grandes calamidades que habían minado la Monarquía. Nada más proclamarse la República, *La Libertad* recordaba en su portada a un régimen que "sembró con diez mil cadáveres de nuestros soldados las tierras desoladas de Annual; que abandonó cuatro mil cadáveres en la insensata retirada de Xauen"[74]. Unos meses después el mismo periódico reemplazaba esta última cifra por la de 15.000 muertos, en un artículo muy crítico con varios aspectos de una operación por la que estimaban necesario exigir responsabilidades, y en el que se atacaba duramente a los engaños de los partes oficiales, recordando la "rechifla" con la que la prensa extranjera había recibido la nota oficial en la que se consideraba la retirada como un triunfo eminente[75]. El ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, declaró en diciembre de 1931, mientras señalaba las inversiones que se iban a hacer en la obra protectora en Marruecos, que la retirada de Xauen "ha sido una de las catástrofes españolas de los últimos tiempos, que la prensa española, por la presión oficial, hubo de silenciar en 1924", y aludía a 24.000 bajas[76]. Como se puede comprobar con estos y otros ejemplos[77], esta visión estuvo bastante extendida y pudo combatir en cierta medida la más idealizada que se había impuesto durante la dictadura de Primo. No obstante, ésta última seguía predominando en la prensa conservadora, en la que podemos ver que se la recordaba como la estratégica retirada que

[70] MONTERO ALONSO, J.: "Marruecos, 1909", en *Mundo Gráfico*, 22-VIII-1934, p. 1.

[71] Por ejemplo "los desastres tristísimos del barranco del Lobo y de Annual, con haber socavado los cimientos ya resquebrajados de la monarquía, no fueron tan decisivamente destructores de aquel régimen como los manejos financieros del rey: "La eficacia del régimen", en *La Libertad*, 5-XII-1935, p. 7. Otro ejemplo exponía los males de un patriotismo que había llevado a las catástrofes del barranco del Lobo y de Annual: "Actos políticos celebrados ayer", en *Luz*, 1-VIII-1932, p. 4.

[72] "Contra la campaña reaccionaria", en *Heraldo de Madrid*, 9-XI-1933, p. 14.

[73] "La gloriosa fecha del 11 de febrero en España", en *Heraldo de Madrid*, 12-II-1932, p. 12.

[74] "¡Señores viajeros, al tren!, en *La Libertad*, 14-VI-1931, p. 1.

[75] "El proceso de las responsabilidades", en *La Libertad*, 18-IX-1931, p. 3.

[76] "Los ministros de Instrucción y de Marina regresan de Marruecos y Cádiz", en *La Libertad*, 1-I-1932, p. 5

[77] "Las víctimas del barranco del Lobo, de Monte Arruit, de Xauen", que se recordaban en "Mirilla", en *Heraldo de Madrid*, 14-XI-1932, p. 1; o la inclusión de la retirada de Xauen junto al barranco del Lobo, Zeluán, Annual o Arruit en "Comentarios del día", en *La Voz*, 9-XI-1934, p. 1.

obligó a los franceses a cooperar[78], o un "señaladísimo" servicio de Primo de Rivera al país, que evitó una catástrofe aún mayor[79].

Con la llegada de la II República también volvió al primer plano de la actualidad el *Expediente Picasso*. En agosto de 1931 la imprenta de Javier Morata editó la primera versión pública de la investigación. Incluía el informe final, redactado por Juan Picasso a modo de resumen[80], el informe del fiscal togado y extractos de otras partes del expediente, sobre todo de entrevistas[81]. En la sección de libros del periódico *La Libertad* esta publicación fue ensalzada como una "obra cumbre", y se hacía un amplio repaso de su historia, destacando la importancia que había tenido y dedicando numerosos halagos a Juan Picasso por su labor[82]. En septiembre de 1931, toda la documentación del informe, que en su día había resguardado el diputado Bernardo Mateo Sagasta, volvió a su lugar en el Congreso de los Diputados[83]. A pesar de la publicación y el retorno del expediente, el interés decayó muy rápido, ya que el nuevo régimen no retomó las investigaciones del Desastre con la energía que algunos esperaban. Por ejemplo, el diputado por Cádiz del Partido Republicano Radical, Santiago Rodríguez-Piñeiro, insistió en varias ocasiones en que se debía abrir una comisión para volver sobre el tema de las responsabilidades[84]. A principios de 1934 el tema se seguía discutiendo en el Congreso, donde algunos diputados consideraban vergonzoso que en dos años y medio no se hubiese resuelto nada[85]. El 5 de abril de 1935 murió Juan Picasso, y por su propio deseo la noticia no se hizo pública, no apareciendo la esquela en *ABC* hasta dos días después. La noticia de su fallecimiento generó tan poca atención como interés su expediente, que iba cayendo cada vez más en un olvidó que se incrementó durante la Dictadura franquista.

Finalmente, aunque el tema de los desaparecidos en las campañas no había llevado a grandes investigaciones una vez se logró pacificar el Protectorado, en estos años aparecieron diversas noticias sobre que todavía quedaban en Marruecos prisioneros españoles de la Guerra del Rif. La campaña para que el asunto se investigara y se hiciesen todas las gestiones posibles se intensificó en 1933, año en que incluso se constituyeron "comités locales pro cautivos" en ciudades como Alcoy, Valencia, Barcelona y Madrid[86].

Obras literarias y crónicas

La pacificación del Protectorado y la proclamación de la II República redujeron notablemente la importancia de las guerras de Marruecos en la narrativa española de los años treinta, por lo que las obras inspiradas en ellas fueron muchísimas menos que durante la década anterior. Sin embargo, los ecos de las campañas todavía no se habían apagado y vieron la luz algunos destacados exponentes literarios, que además contaron con la ventaja de poder publicar en un régimen a priori menos represivo con la imprenta que los de etapas anteriores.

---

[78] "Temas de hoy", en *El Siglo futuro*, 18-VI-1935, p. 7.
[79] *Acción Española*, 16-VI-1932, p. 98.
[80] Eran las páginas 2.171 a 2.417 en el informe original.
[81] *Expediente Picasso*, Ediciones Morata, Madrid, 1931. La selección publicada por Javier Morata es la que en la actualidad contienen las distintas ediciones que se pueden encontrar en bibliotecas y librerías con el nombre de *Expediente Picasso*.
[82] "El Expediente Picasso", en *La Libertad*, 23-VIII-1931, p. 8.
[83] "El Expediente Picasso vuelve al Congreso", en *La Voz*, 3-IX-1931, p. 2.
[84] "Las responsabilidades del desastre de Annual", en *La Voz*, 1-XII-1932, p. 2; "Un pleito apasionante", en *Heraldo de Madrid*, 9-VIII-1932, p. 13.
[85] "Cortes y pasillos", en *El Siglo Futuro*, 13-I-1934, p. 2.
[86] NIETO PENA, X.: "Como respuesta a nuestra campaña va a realizarse una minuciosa investigación en Marruecos", en *La Libertad*, 19-X-1933, p. 5.

Entre las obras más destacadas publicadas en este periodo está *La barbarie organizada*, escrita por el capitán Fermín Galán y publicada en 1931[87]. Su autor había servido muchos años en Marruecos, pero fue ejecutado en 1930 por su participación en la Sublevación de Jaca, de modo que se trata de una obra póstuma. Según parece la escribió durante su convalecencia en el hospital de Carabanchel, tras haber sido herido en el Rif en 1924. Su publicación poco después de proclamada la II República se entiende fácilmente porque Galán fue considerado un héroe de la misma, como demuestra la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando y el cambio de nombre de la madrileña Plaza de Isabel II por el de Fermín Galán, todo ello en 1931[88]. *La barbarie organizada* destaca por su fuerte componente de crítica social, abordando aspectos como la tragedia que supone la guerra[89], la miseria que es la que lleva al protagonista a enrolarse en la Legión o la ausencia de libertades[90]. Además, durante toda la obra se percibe un anticolonialismo que seguía siendo algo minoritario en la España de entonces. El título no solo se refiere a la guerra de Marruecos, sino que se hace extensivo a toda la sociedad, el sistema, incluso lo que algunos consideran el "pensamiento civilizado". El final de la obra, cuando el protagonista retorna a su hogar, es muy revelador de esos sentimientos:

> Piso España. Ya estoy otra vez solo. Completamente solo en medio de una civilización exuberante, en la que nada tengo. Ni pan siquiera para sustentarme a mi llegada. En la que nada soy más que un despojo que se reincorpora a los despojos. Con dolor y espanto voy penetrando en ella.
>
> Los ojos de mi experiencia me muestran las manifestaciones brutales de la civilización en su vida interna y externa. Y temo a medida que el tren avanza.
>
> Temo llegar a los centros de la vida civilizada. Temo que el tren se detenga. Temo el momento de apearme. El momento de hallarme solo en esta expléndida barbarie organizada[91].

La utilización de las campañas de Marruecos para desprestigiar el sistema político anterior fue habitual durante la II República, muchas veces con un objetivo propagandístico. Esta perspectiva también apareció en la narrativa, en obras como *¡Los muertos de Annual ya son vengados!*, publicada en 1932 por Eliseo Vidal Gallego[92] y *Pacazos*, de Miguel Tubau también en 1932[93]. En la primera, hay una evidente denuncia de la Restauración y de la Dictadura de Primo, considerándose a Alfonso XIII como principal culpable del Desastre de Annual, mientras que la República sale muy bien parada. En la segunda, por su parte, hay una defensa de fondo del régimen republicano[94]. Ambas obras exploran la tragedia humana que las campañas de Marruecos supusieron, estando ausente de ellas la exaltación bélica. Otra obra con un fuerte componente de

[87] GALÁN, F.: *La barbarie organizada*, Editorial Castro, Madrid, 1931.

[88] Sin embargo, la publicación se abría con una nota biográfica del autor escrita por su hermano, Francisco Galán, que acusaba a todos de su muerte: a los monárquicos por acción y a los republicano-socialistas por omisión, considerando a Fermín precisamente como una víctima de la barbarie organizada: GALÁN: *La barbarie organizada*, p. 9.

[89] Su forma de relatar los entierros resulta reveladora al respecto, pues carece de cualquier exaltación gloriosa y de la muerte, reflejando toda su dureza. Vid. por ejemplo GALÁN, F.: *La barbarie organizada*, Editorial Castro, Madrid, 1931, p. 123 y ss.

[90] "Los pueblos viven subyugados. Subyugados a la clase rica, a la clase militar y a la clase eclesiástica: GALÁN: *La barbarie organizada*, p. 171.

[91] GALÁN, F.: *La barbarie organizada*.

[92] EL JOVEN DEL RIF: *¡Los muertos de Annual ya son vengados!*, Gráfica Administrativa, Madrid, 1932.

[93] TUBAU, M.: Pacazos, Imp. Santa María, Ripoll, 1932.

[94] LÓPEZ BARRANCO: *La guerra de Marruecos en la narrativa…*, p. 460

crítica es *Un buen oficial*[95], de Eduardo de Valdivia, una novela protagonizada por un teniente que decide ir al Protectorado porque considera inútil su labor en la Península. Sin embargo, allí podrá comprobar una desidia e ineficacia que choca con sus deseos de hacer las cosas bien. Antonio Carrasco cree que el autor deja entrever que una nueva guerra podría ser positiva para regenerar el país y su Ejército[96], mientras que López Barranco ha indicado, con reservas, una posible inclinación al incipiente fascismo[97].

Otro motivo que se encuentra con más frecuencia que en etapas anteriores es una comprensión del enemigo y sus motivaciones. Por ejemplo en la obra de Vidal Gallego se señala que los *moros* defendían su país y sus familias[98], algo que era perfectamente entendible y que convertía a ciertos españoles en los verdaderos culpables de la catástrofe. En el caso de *Chumberas y babuchas* (1934)[99], de Francisco Fusimaña, la visión del lado rifeño es la predominante, y la vemos a través de un desertor de las tropas españolas. Si bien no se es tan comprensivo con el enemigo rifeño como en *¡Los muertos de Annual ya son vengados!*, las valoraciones negativas recaen igualmente en el Ejército español.

La exaltación bélica siguió estando presente, aunque fue mucho menos abundante. Uno de los ejemplos lo tenemos en la crónica *El manco de Tikún*[100], de Roque Sánchez Javaloy, que se basa en hechos reales pero cuyo tono la aleja de los relatos de operaciones más serenos que predominaron en la época. El autor narra la historia de su hijo y la heroica defensa de la posición de Tikún que protagonizó en 1924. Por otra parte, el cuerpo que hasta entonces había acaparado la mayoría de las obras que se caracterizaban por el ardor patriótico y el entusiasmo militarista, la Legión, recibió durante la II República un trato diferente en la narrativa, en el que la visión negativa se fue abriendo paso en cada vez más relatos, como en *La barbarie organizada*, en la que salía muy mal parada y aparecía como principal representante de la desmesurada violencia ejercida por el Ejército español en Marruecos. A medio camino entre una visión cruda y una cierta admiración encontramos *Los que fuimos del Tercio* (1932), del capitán José Asenjo García, una crónica muy alejada del idealismo presente en obras anteriores, pues muestra la guerra como algo terrible que va segando la vida de los protagonistas, pero en la que también aparece una exaltación del sacrificio y se relatan acciones bélicas en un tono bastante heroico. Un ejemplo de visión más idealizada lo ofrece *La conquista de Alhucemas o En el Tercio está el amor*[101], en la que la Legión aparece tratada a través de un prisma positivo, pero debe enfrentarse a una peligrosa amenaza, pues un grupo de comunistas se han infiltrado en ella y tratan de minarla desde dentro. Tampoco se abandonó el tema amoroso, que seguía ocupando un papel central en muchas de las obras. Así sucedía en *Un buen oficial*, en *La conquista de Alhucemas o En el Tercio está el amor*, y en *Yamina*[102], de Celedonio Negrillo. Como en etapas anteriores, los protagonistas de los romances eran un soldado español y una mujer *mora*, y las historias al respecto resultaban bastante típicas e insustanciales[103].

---

[95] VALDIVIA, E DE: *Un buen oficial*, Tall. Gráf. Marsiega, Madrid, 1935.
[96] CARRASCO: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, p. 204.
[97] LÓPEZ BARRANCO: *El Rif en armas*, p. 257.
[98] EL JOVEN DEL RIF: *¡Los muertos de Annual ya son vengados!*, Gráfica Administrativa, Madrid, 1932, p. 31.
[99] FUSIMAÑA, F.: *Chumberas y Babuchas*, Rodenca, Roda de Ter, 1934.
[100] SÁNCHEZ JAVALOY, R.: *El manco de Tikún*, Imp. Sucesores de Nogués, Murcia, 1935.
[101] ROS ANDREU, J. B.: *La conquista de Alhucemas o En el Tercio está el amor*, La Provincia, 1932.
[102] NEGRILLO CORON, C.: *Yamina*, Imprenta Provincial, León, 1932.
[103] Aunque en el caso de Yamina la *mora* descubre que es española, pero fue acogida en una cabila tras el asesinato de sus padres. Este descubrimiento desplazará la trama a territorio peninsular, pues la joven es acogida por su abuela, lo que también complica su romance.

Un relato excepcional y que para nosotros tiene un notable interés forma parte de *Aventuras del Caballero Rogelio de Amaral*, de Wenceslao Fernández Florez[104]. Se trata de la segunda de las cuatro historias contenidas en esta novela, y recoge la presunta hazaña heroica de tres hombres que resistieron pese a la autorización para rendir la posición porque no podía ser socorrida, lo que provocaba la indignación de una opinión pública que ya los consideraba héroes. Su historia removió la sociedad, sus familias eran entrevistadas y su leyenda crecía según lo hacían sus hazañas, que llegaban al extremo de seguir peleando a golpe de gumía cuando ya estaban sin municiones[105]. Finalmente resultó ser todo una farsa, y los soldados se mantuvieron en la posición mientras en ésta quedaba vino, abandonándola luego sin mayores dificultades. A punto estuvieron de tener que pasar por un consejo de guerra, pero no lo hicieron para que no se difundiera una nueva humillación del Ejército. Así argumentaba Amaral la conveniencia de mantener la falsa historia:

> Nuestro heroísmo, real o supuesto, ahí acaba. Para los efectos del bienestar, del regocijo o del progreso humano, en cuanto se crea que realmente hemos hecho lo que se dice, tanto da que lo hayamos hecho o que no. Nada cambia, nada se altera, nada se beneficia o perjudica. ¿Qué importa que hayamos dado muerte a cuatrocientos moros o que no hayamos visto ni la sombra de uno? ¿Qué iba usted a hacer, qué iba a hacer España con cuatrocientos cadáveres de moros?[106]

El relato que se había ido transmitiendo a la opinión pública recordaba a las más heroicas resistencias de 1921, como la de Igueriben, mientras que en realidad era una farsa, como la del pozo de Tistutin. La facilidad con la que la memoria sobre unos determinados hechos podía ser maleada y modificada es uno de los aspectos más conseguidos del relato de Fernández Flórez.

Casi todas estas obras se ambientan en el Rif después del Desastre de Annual y antes de que finalizase la pacificación del Protectorado. Hay casos como el de *Un buen oficial* en que la guerra ya había terminado, pero no encontramos novelas o crónicas ambientadas en alguna de las anteriores campañas de Marruecos. Finalmente, nos gustaría recordar que aunque nos referimos a *Imán* con anterioridad porque se publicó en 1930, cosechó su éxito sobre todo durante la II República, en la que se consolidó como un referente literario y su autor gozó de notable prestigio. No le fue igual de bien a Luys Santa Marina, autor de *Tras el Águila del César: Elegía del Tercio*, publicada en 1924, que durante la República fue condenado a muerte por lo que, aunque al final la pena fue conmutada, a punto estuvo de ser fusilado por su libro[107].

Recuerdos sueltos en la gran pantalla

Durante la etapa republicana descendió de forma muy marcada el peso del tema marroquí en el cine, y buena parte de lo que se hizo tenía por objetivo principal el ensalzamiento de la labor protectora. Además del decisivo descenso del interés por Marruecos, causa principal de este declive, hay que tener también en cuenta que la crisis económica derivada del crac bolsista de 1929 incidió muy negativamente en el cine, que registró un descenso de las producciones, no solo en Estados Unidos. Ante la ausencia de exponentes cinematográficos relevantes, la película que nos resulta de un mayor interés

[104] FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Aventuras del Caballero Rogelio de Amaral*, Pueyo, Madrid, 1933.
[105] Ibídem, p. 95.
[106] FERNÁNDEZ FLÓREZ: *Aventuras del Caballero Rogelio de Amaral*, p. 108.
[107] VISCARRI, D.: *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolonia, 2004, p. 257.



(Fig. 82) Desfile de las tropas de Regulares en Oviedo en octubre de 1934.



Annabella y Jean Gabin en una escena del film de Duvivier, realizado en el Marruecos español con la colaboración del Tercio, «La bandera». Su estreno en el Cine Callao ha constituído un éxito extraordinario

(Fig. 83) Fotograma de la película *La bandera* (Julian Duvivier, 1935)



(Fig. 84) Viñeta del *Heraldo de Madrid*, 9-XI-1933.

es una francesa: *La bandera*, dirigida por Julien Duvivier en 1935 (Fig. 83). El largometraje está centrado en la Legión y contó con el total apoyo de ésta, hasta el punto de que en los créditos se podía leer: "Este film está dedicado al General Franco, Jefe del Estado Mayor del Ejército Español, al Comandante Alcubilla, Jefe de la 5ª Bandera de la Legión Extranjera Española, y a todos los de dicha Legión en señal de gratitud"[108], aunque dicha dedicatoria se eliminó tras la Guerra Civil[109]. La película se rodó en el campamento de Dar-Riffien, cuartel general en Marruecos del Tercio y del que éste estaba especialmente orgulloso. Según la revista *Cinegramas*, los actores franceses que protagonizaron la cinta se integraron en la Legión como si formaran parte de ella, y más de 1.500 soldados participaron en el rodaje[110]. La acción se desarrolla en París, Barcelona y el Protectorado español, y su protagonista es un francés que se alista en la Legión española porque para él supone una liberación. Otra película extranjera ambientada en Marruecos fue *Soñadores de gloria* (Miguel Contreras Torres, 1931), una coproducción entre México y Estados Unidos que fue filmada en Madrid, Sevilla y Tetuán[111].

Estos ejemplos extranjeros de cierta relevancia no presentan ningún paralelismo dentro de España en lo relativo al cine de ficción. Como mucho, las guerras de Marruecos aparecieron tangencialmente en otras películas de la época, como *El desaparecido* (Antonio Graciani, 1934) o *La bien pagada* (Eusebio Fernández Ardavín, 1933), pero con una relevancia mínima en la trama. La presencia del tema marroquí fue mayor en el cine documental, en el que además de las diversas filmaciones para ensalzar la labor protectora de España se registran producciones como *Ifni* (Cayetano Puig, 1934), montado con las imágenes que grabó el cámara José María Beltrán cuando las tropas dirigidas por el coronel Capaz ocuparon el territorio[112]. También se filmaron algunos documentales relacionados con la revolución de octubre en Asturias, como *Luctuosos sucesos de Asturias* (José Campúa, 1934), conservado en la Filmoteca Española y que se centra en reflejar los daños achacados a los rebeldes, pero también recoge algunas escenas de un campamento de los Regulares, de las fuerzas del Tercio patrullando la ciudad o de la reunión de López Ochoa con Diego Hidalgo y Francisco Franco para darles parte de las operaciones realizadas.

A modo de conclusión, podemos señalar que en los años de la República el cine dejó de transmitir una visión épica y gloriosa de las campañas de Marruecos como había sido habitual durante la década anterior, pero siguió sin aprovecharse para dar la visión contraria, es decir, la que fue frecuente en la literatura y que mostró el lado más cruel y terrible de la guerra, explorando temas como los problemas sociales o el ser humano y sus respuestas ante situaciones extremas. Si el antibelicismo en literatura todavía se estaba abriendo paso en estos años y el anticolonialismo era muy escaso, en el cine ambos estuvieron prácticamente desaparecidos.

[108] MARTÍN CORRALES: "Un siglo de relaciones…", p. 21.
[109] MOGA ROMERO, V.: "La "Cruzada del moro" a contraimagen", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, p. 163.
[110] MIRALLES, A.: "Una película de Duvivier sobre la Legión española", en *Cinegramas*, 15-IX-1935, p. 26.
[111] ELENA: *La llamada de África*, p. 25.
[112] Ibídem.

Conclusiones

Para cerrar este largo recorrido por la memoria de las guerras de Marruecos entre 1859 y 1936 nos gustaría apuntar algunas breves conclusiones a modo de recapitulación.

Una de las hipótesis de partida que mayor interés teníamos en demostrar en relación con las campañas de Marruecos era que la importancia real de un acontecimiento histórico no se correspondía con su papel en la memoria colectiva. En este sentido hemos podido ver que la difusión de una determinada interpretación a corto plazo de los hechos ha jugado un papel decisivo en su consolidación a largo plazo. La Guerra de África difícilmente pudo dejar atrás el halo romántico del que se la había cubierto cuando se produjo, a pesar de la sucesiva aparición de un número cada vez mayor de lecturas poco idealizadas que permitieron analizarla sin el entusiasmo que había generado en su momento, aunque la imagen de Alarcón primó siempre sobre la de Galdós. El Desastre del Barranco del Lobo supone otro buen ejemplo, pues fue magnificado por una serie de circunstancias –sobre todo la de coincidir con la Semana Trágica- que confluyeron para que fuera considerado uno de los desastres por excelencia del Ejército español, aunque en comparación con otros episodios podemos afirmar que su relevancia fue mucho menor que el lugar que ocupó en la memoria. La comparación entre las campañas de 1909 y 1911 (Guerra del Kert) también resulta muy significativa en este sentido, pues sus similitudes son notables y sin embargo la segunda cayó en el olvido. En general, los episodios acontecidos entre 1910 y 1920 tuvieron muchas dificultades para abrirse camino en la memoria colectiva española debido, entre otras cosas, a la rutina de los enfrentamientos, que generó un hastío considerable, la hábil censura, que a menudo transmitía una falsa sensación de tranquilidad, o la ausencia de momentos de ruptura[1]. Con ello se cumplía la afirmación de Halbwachs de que "en las épocas de tranquilidad, el recuerdo colectivo reviste una importancia menor que en los periodos de tensión o crisis, y en estos, a veces se hace mito"[2].

Entre los aspectos más decisivos en la conformación de una determinada memoria coetánea a los hechos hemos podido destacar la importancia de la propaganda y la censura. Ambos factores actuaron en mayor o menor medida en todos los conflictos analizados, pero en ninguno tanto como en la retirada de Xauen, un desastre de considerables proporciones que la censura primorriverista fue capaz de ocultar en buena parte, e incluso pudo convertir en un episodio victorioso a los ojos de la mayoría de la opinión pública. En los años de la II República la imagen idealizada de la Dictadura dejó paso a una más crítica y realista, pero durante el periodo republicano los esfuerzos por difundir esta otra memoria no fueron muy intensos. Durante el franquismo se recuperó la que había sido "versión oficial" en la Dictadura de Primo, en buena medida porque muchos de los principales generales sublevados, incluyendo el propio Franco, habían participado en las operaciones de Xauen, por lo que no convenía mostrarlas como un fracaso, y eso tuvo mucho que ver en que hoy en día sea un episodio que recibe bastante menos importancia de la debida. En una época a priori tan diferente como la II República pudimos comprobar que los procedimientos fueron análogos, y una eficaz combinación de censura y propaganda condicionó la percepción que los españoles de entonces pudieron tener de los sucesos de Asturias en 1934, acerca de los cuales la brutal

[1] María Gajate ha definido a la opinión pública española como conformista, sobre todo en los momentos de tranquilidad, y que solo las derrotas hacían que se pusiese claramente en contra de las campañas. GAJATE: *Las campañas de Marruecos…*, p. 35.

[2] HALBWACHS: *La memoria colectiva*, p. 12.

participación del Ejército de África fue algo que a duras penas pudo ser difundido antes de 1936.

Otro de los aspectos más interesantes del que hemos podido trazar una evolución a largo plazo es el del belicismo y antibelicismo de la sociedad española, al menos en sus muestras visibles, pues claros elementos de rechazo como la resistencia al reclutamiento dejaron muchos menos testimonios. No hay duda de que la Guerra de África de 1859-1860 se caracterizó por un mayoritario sentimiento belicista, hasta el punto de que las demostraciones de oposición a la guerra fueron imperceptibles en el plano público. Con posterioridad el antibelicismo fue creciendo en España paralelamente al movimiento obrero, que siempre se mostró contrario a cualquier tipo de guerra y sobre todo al reclutamiento obligatorio y a la posibilidad de que los ricos lo eludieran, protesta que se convirtió en uno de sus principales caballos de batalla y que les granjeó un importante apoyo popular. Este antibelicismo todavía era débil a la altura de 1893, razón por la cual en la campaña de ese año la decepción de buena parte de la sociedad fue mayor por no haber "escarmentado" a los *moros* que por el envío a Melilla de miles de soldados. Muy diferente era la situación de 1909, donde las consecuencias del desastre cubano y el desprestigio que supuso para el patriotismo belicista se habían dejado notar, al igual que el crecimiento de un movimiento obrero cuya vertebración e influencia social se había disparado en pocas décadas. Por eso, y porque desde entonces la actividad del Ejército español en el norte de Marruecos se convirtió en algo permanente, 1909 marca un punto a partir del cual la oposición de una notable parte de la sociedad española a las "aventuras de Marruecos" será manifiesta. Sin embargo, aunque el conflicto seguirá durante años, la rutina de las constantes operaciones llevó a que en ocasiones pedir el fin de la guerra desapareciera de las principales demandas de la clase trabajadora. Esta situación volvió a cambiar en 1921 con el Desastre de Annual, que sirvió de acicate brevemente para las ansias revanchistas, pero fue algo superficial, y su efecto sería mucho mayor a la hora de potenciar el abandonismo. Las tesis abandonistas parecían haberse convertido en oficiales en 1924, debido a la retirada ordenada por Primo de Rivera, quien en más de una ocasión se había declarado favorable al abandono Marruecos, pero no por antibelicismo, sino simplemente por estimar que el Protectorado suponía más pérdidas que beneficios y por detener una sangría que parecía no acabar nunca. Sin embargo, después de una retirada gradual de altísimo coste en sangre, Primo de Rivera sería el principal responsable de la victoria en una guerra que se había prolongado por casi 20 años. Con la victoria volvieron las muestras de júbilo, pero se vio que en buena medida estaban manejadas por la Unión Patriótica -el partido del régimen- y sus ecos terminaron pronto.

Acerca de la vinculación entre las guerras de Marruecos y las identidades nacionales en España, hemos visto claramente cómo la Guerra de África funcionó como un conflicto de unidad nacional en el que los incipientes regionalismos no ponían en duda la nación española, y la unidad de España no tuvo contestación visible en ninguna parte del Estado. La situación fue cambiando de forma visible en los conflictos del siglo XX, cuya impopularidad sirvió de arma propagandística para los partidos nacionalistas, que al igual que las formaciones obreras aprovecharon las guerras de Marruecos para ganar adeptos y fortalecer sus bases. Estas formaciones nacionalistas, concretamente en Cataluña y el País Vasco, encarnaron además los casos más claros de anticolonialismo, con muestras de apoyo a los marroquíes que luchaban contra España, con los cuales se identificaban. No obstante, este apoyo fue instrumental y no se materializó más allá de un apoyo nominal. Uno de los aspectos que lo evidencian es la ausencia casi completa de referencias a Guinea, otra colonia que España tenía en África pero que recibió poca atención en la prensa y no fue motivo de queja, pues en ella no morían continuamente españoles. Lo que sí está claro es que el desprestigio del Estado español, que ya fue

manifiesto a raíz de la derrota de 1898, continuó incrementándose con los desastres de Marruecos, y ello fue fundamental en el éxito cada vez mayor de diferentes opciones nacionalistas periféricas.

La visión que los españoles pudieron tener de las campañas de Marruecos, y que condicionó la memoria que se proyectó de las mismas en el futuro, respondieron en buena medida a la evolución de los medios de comunicación, los modos de representación, las tendencias artísticas y la evolución política y social. La imagen es uno de los mejores ejemplos. El grabado, el dibujo o la pintura fueron viendo como la progresiva aparición de la fotografía les "comía el terreno". Era muy distinto imaginar un hecho a través del dibujo de un artista que hacerlo a través de una fotografía, pues ésta dejaba menos espacio a la imaginación. Durante la Guerra de África las representaciones visuales fueron muy importantes, pero su relevancia no estuvo a la altura de la de los textos. Sin embargo, para el Desastre de Annual, las capturas de los fotógrafos fueron tanto o más importantes que las descripciones escritas a la hora de transmitir a los españoles la magnitud de hechos tan desgraciados como el de Monte Arruit. La censura primorriverista tomó buena nota de lo sucedido entonces, y de los restos de los caídos en la retirada de Xauen que se recuperaron en las operaciones posteriores, o no se hicieron fotografías o no se difundieron.

La visión del Otro también fue cambiante, aunque en general se mantuvo una percepción peyorativa que tenía una larga tradición, y que las ideas del "moro amigo" y del protectorado apenas pudieron modificar levemente. Después de la Guerra Civil, con Marruecos pacificado y la importancia que los *moros* habían tenido en la victoria, se produce el momento de mayor exaltación del antiguo enemigo, convertido ya sin ambages en amigo. Pero en el periodo que estudiamos, el estado de guerra casi constante y episodios como los de 1921 impidieron que la visión positiva pudiese competir con la negativa. Con todo, la importancia de la fotografía fue completamente decisiva a la hora de favorecer una imagen más creíble y acabar con la casi mítica que se tenía con anterioridad.

La conmemoración también varió con el tiempo, muy condicionada por el contexto. Si la Guerra de África apenas registró monumentos conmemorativos en comparación con las campañas posteriores, esto no tuvo nada que ver con el entusiasmo patriótico, que como hemos visto nunca volvió a ser tan elevado, sino que respondió a la tendencia general de una época en la que el monumento público todavía no estaba en su esplendor, como ocurriría a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando muchos de los *héroes* de guerra serán honrados con estatuas por toda la geografía española. Aún así, la conmemoración de la Guerra de África quedará definida por lo positivo, y los nombres que más se recordarán serán los de las victorias, como Castillejos y Tetuán, o los de los *héroes*, como Prim y O'Donnell. Sin embargo, de los conflictos posteriores predominará el recuerdo trágico, ligado a lugares como el Gurugú, el Barranco del Lobo, Annual o Monte Arruit, y a *mártires* como Margallo, Pintos o Silvestre. Otro buen ejemplo de ese carácter cambiante y de constante reconstrucción de la memoria nos lo da lo que pasa después de Annual con la forma de interpretar la acción africana de la década anterior. El desastre modificó tanto las cosas que se activó una especie de "memoria del despropósito", que cambió la manera en la que hasta ese momento se había entendido el pasado. Como es natural, los hechos de la década de 1910 no habían cambiado por el Desastre de Annual, pero la forma de verlos quedó muy condicionada por aquella especie de desenlace inesperado. Toda la historiografía posterior iba a analizar los progresivos avances en la región del Rif como un cúmulo de despropósitos, como una especie de camino hacia el desastre, desapareciendo los típicos ensayos que hablaban de las virtudes

de la colonización y de la penetración pacífica[3]. A toro pasado fue muy fácil ver que las cosas se habían hecho mal, y se consideraba Annual como la culminación de un desastre que se había iniciado en el Barranco del Lobo. Por mucho que la diferencia de magnitud entre ambos episodios fuese enorme, se asimilaron como las mayores demostraciones de la incapacidad de España para colonizar el norte de Marruecos.

El desastre de 1921 tuvo una enorme magnitud y la forma en la que trascendió a la opinión pública española hizo que su impacto fuese demoledor. La caída de la posición de Annual fue considerada una tragedia y el emblema de la terrible sucesión de hechos acontecida en aquellos días, pero el impacto de Monte Arruit fue todavía peor[4]. Las noticias fueron desconsoladoras, pero se mostraron eficaces a la hora de generar un deseo de venganza y con ello limitar la movilización social contra la guerra. Sin embargo las imágenes, aparecidas unas semanas después, dejaron atónita a la población española y quedarían grabadas en la memoria de esa generación. Desde entonces aquellos cadáveres fueron el arma de los que rechazaban la guerra, así como de los que rechazaban al régimen, y la sensación de que se les podía haber salvado acudiendo en su auxilio pesó como una losa sobre la Restauración. Alcalá Zamora afirmó que por el calvario de Annual habían pasado todos los países que habían tenido empresas coloniales, pero que "por el calvario ignominioso de Monte Arruit, de Zeluán y de Nador no ha pasado en el mundo ningún Ejército"[5].

Es evidente que la Guerra de África y los principales episodios de la larga Guerra del Rif son los conflictos de mayor relevancia de los que analizamos en este trabajo. Sin embargo, hemos prestado una atención considerable a la campaña de 1893, cuando se trató de un conflicto menor, de muy escasa importancia y cuyo impacto en la memoria colectiva fue modesto. El que le hayamos dedicado tanto espacio ha respondido a su excepcional valor para nuestro extenso recorrido temporal. Entre 1910 y 1920 hubo una serie de campañas de mucha mayor importancia, pero los aspectos que centran nuestro análisis continuaron con muy pocos cambios la tendencia iniciada en 1909. Sin embargo, 1893 se sitúa casi a medio camino entre la Guerra de África y la convulsa etapa que da comienzo en 1909, por lo que su valor es enorme a la hora de analizar el proceso de cambio que ha tenido lugar entre ambas, pues aun manteniendo múltiples elementos del discurso "romántico" característico del XIX, aparecen ya varias de las claves que definirán el rechazo de las campañas de Marruecos del XX. Como pudimos ver, en 1893 se produjeron además las primeras críticas de relevancia a la penetración española en África, aunque el descontento contra los políticos fue mucho mayor que el que podía generar la intención de incrementar la presencia en Marruecos. Los africanistas trataron de aprovechar la actualidad del tema para captar la atención de la opinión pública y de los gobernantes hacia los intereses españoles en Marruecos, pero el cambio de mentalidad que deseaban no se produjo. La situación iba a cambiar después de 1898, pero no tanto por una concienciación de la opinión pública, que apenas se produjo, como por elementos tales como el retorno generalizado de militares o el contexto internacional.

Pero no solo los periodos de cambio, las fechas clave o los acontecimientos decisivos nos han interesado. Hemos tratado de cubrir también los periodos de calma, los

[3] Vid. por ejemplo ORTEGA: *El Raisuni*, p. 41.

[4] La traición fue uno de los aspectos que motivó la diferencia, mientras que el otro, el de las imágenes, respondía en parte a que en Annual los rifeños sí enterraron los cadáveres, por lo que cuando se recuperó la posición no hubo imágenes de ese tipo. Francisco Basallo relataba en sus memorias que nél mismo dirigió un equipo de cautivos para dicha labor, que sepultó 662 cadáveres. BASALLO: *Memorias del cautiverio*, p. 66.

[5] ALCALÁ-ZAMORA, N.: "Acusaciones al Ministro de la Guerra y al Gobierno de julio de 1921", en *Discursos de Don Niceto Alcalá Zamora pronunciados en el Congreso de los Diputados los días 24 y 28 de noviembre de 1922*, Madrid, Tipografía Moderna, 1923, p. 10.

años de transición, que nos han aportado una información muy interesante y de la que a menudo prescinden los estudios. Por ejemplo, la reacción popular generada por la Guerra de África y su conmemoración inmediata ha sido desgranada en múltiples trabajos, pero el poso persistente que fue dejando en la memoria colectiva a través del tiempo ha recibido muy poca atención. Su papel en la historia, las conmemoraciones o el papel de los veteranos, que como hemos podido ver todavía no habían desaparecido en los años finales de este trabajo, son ejemplos de aspectos de gran interés que permiten entender la reelaboración del discurso sobre los hechos históricos, en un proceso de constante cambio que no se detiene ni siquiera en los momentos en los que la atención de la opinión pública es mínimo. La mayoría solo hemos podido apuntarlos superficialmente en este trabajo, pero nos han permitido enriquecer de forma sustancial nuestra perspectiva a largo plazo.

Estos son, a grandes rasgos, algunos de los aspectos principales que hemos podido desgranar en este recorrido a través del tiempo y de la memoria, de los recuerdos de unas guerras que marcaron las vidas de los que participaron en ellas y pudieron sobrevivir, pero que también influyeron de forma decisiva en una sociedad española que las siguió con atención y se vio afectada por sus decisivas consecuencias en el devenir del país. Años y años de lucha y tragedias en Marruecos, de exaltación bélica y de indignación por la sangre vertida, de conmemoración y de olvido, de historia y de memoria.

> *Es la guerra. Esto es la guerra. La banderita en el mástil de la escuela, la "Marcha Real", la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela del éxito. Todo aquello, rodeado de condecoraciones, trae esto. Si aquello es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas.*
>
> Ramón J. Sender: *Imán*, 1930.

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Bibliografía

Bibliografía primaria

ABENIA TAURE, I. de: *Memorias sobre el Riff, su conquista y colonización*, Imprenta de Antonio Gallifa, Zaragoza, 1859.

ACUÑA, R. de: *La Voz de la Patria. Cuadro dramático en un acto y en verso*, R. Velasco, Madrid, 1893.

ALARCÓN, P. A.: *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Ediciones del Centro, Madrid, 1974 (original de 1860).

ALCALÁ-ZAMORA, N.: *Discursos de Don Niceto Alcalá Zamora pronunciados en el Congreso de los Diputados los días 24 y 28 de noviembre de 1922*, Madrid, Tipografía Moderna, 1923.

ALFEÑIQUE: "Recientes producciones del arte monumental", en *Hojas selectas* nº 63 (marzo de 1907), pp. 257-263.

ALTADILL, A.: *Lágrimas y laureles*, Imprenta de Jaime Jepús, Barcelona, 1860.

ALTAMIRA, R.: *La enseñanza de la Historia*, Akal, Madrid, 1997 (original de 1891).

AMELLER, V. DE: *Juicio crítico de la Guerra de África*, Imprenta de Francisco Abienzo, Madrid, 1861.

ANTÓN DEL OLMET, L. y GARCÍA Y GARCÍA, J.: *¡Responsables!: Epopeya en tres actos y en prosa*, Establecimiento tipográfico de J. Amado, Madrid, 1923.

ARMADA QUIROGA, R.: *Emociones literarias de la Guerra de Marruecos*, Imprenta de los Sindicatos Católicos, Vigo, 1925.

ARNAO, A. [et al.]: *Novísimo romancero español*, vol. 1, Tip. de G. Estrada, Madrid, 1878.

ASÍN PALACIOS, M.: *Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes*, Boletín de la Universidad Central, Madrid, 1940.

AXEITOS, X. L., BREA SUÁREZ, R. y BREA REY, X. R.: *Charamuscas, 1923: Xosé María Brea Segade, Rafael Dieste, Xesús Romero Suárez: una revista galega na guerra de África, estudios e transcripción*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 1995.

AYLLÓN Y ALTOAGUIRRE, M.: *El héroe de Anghera*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1860.

BASALLO, F.: *Memorias del cautiverio*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1924.

BEN-CHO-SHEY (Xosé Ramón e Fernández Oxea), *Crónicas de Marruecos*, Ronsel, Barcelona, 2005.

BERENGUER, D.: *Campañas del Rif y Yebala, 1921-1922: notas y documentos de mi diario de operaciones*, Voluntad, Madrid, 1923.

BOADA Y ROMEU, J.: *Allende el Estrecho*, Barcelona, Seix Editor, 1895.

BURGOS, J. DE: *Cádiz: Episodio nacional, cómico-lírico-dramáticio, en dos actos, dividido en nueve cuadros y en verso*, José L. Vallejo, Antigua Librería Religiosa, c. a. 1890, México, pp. 48-49.

BUSTILLO, E.: *Romancero de la Guerra de África*, Gaceta Militar, Madrid, 1860.

CABALLERO AUDAZ, EL.: *El héroe de la Legión*, La Novela Semanal, Madrid, 1930.

CANALS. S.: "Causas y responsabilidades del desastre", en *Nuestro Tiempo*, nº 288 (diciembre de 1922), pp. 213-255.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *Apuntes para la historia de Marruecos*, Imprenta de la América, Madrid, 1860.

CASADO Y ESCUDERO, L.: *Igueriben*, G. Hernández y Galo Sáenz, Madrid, 1923.

CEREZO GARRIDO, M.: *El rescate de los prisioneros (Libro de la verdad)*, Editoriales Gráficas Postal Express, Melilla, 1922.

CERVINO, J. J.: *La nueva guerra púnica o España en Marruecos*, Imprenta Nacional, Madrid, 1860.

CIGES APARICIO, M.: *El Libro de la crueldad: Del cuartel a la guerra*, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, 1986.

CORRAL CABALLÉ, M. DEL: *Crónica de la guerra de África en 1909*, Imprenta Atlas Geográfico, Barcelona, 1910.

CORDÓN, A.: Trayectoria *(Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971.

DÍAZ-FERNÁNDEZ, J.: *El blocao*, Turner, Madrid, 1976 (original de 1928).

ECHAGÜE, F.: *Marruecos. Recuerdo del viaje de la Embajada española de 1894*, Fototipia de Hauser y Menet, Madrid, 1894.

EGUILAZ, L. DE: *¡Santiago y a ellos!*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1859.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.: *Manual del oficial en Marruecos o Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Imprenta de Don Ignacio Boix, Madrid, 1844.

Expediente Picasso, Ediciones Morata, Madrid, 1931.

Expediente Picasso (Primera edición facsimilar), Frente de Afirmación Hispanista, A. C., México, 1976.

El Expediente Picasso. Las sombras de Annual, Almena, Madrid, 2003.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Aventuras del Caballero Rogelio de Amaral*, Pueyo, Madrid, 1933

FERNÁNDEZ PALOMERO, M.: *La bandera legionaria: zarzuela en dos actos*, Maucci, Barcelona, 1926.

FRANCO BAHAMONDE, F.: *Diario de una Bandera*, Pueyo, Madrid, 1922; Editorial Católica Española, Sevilla, 1939; Afrodisio Aguado, Madrid, 1956; Doncel, Madrid, 1976.

——: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986.

FRANCO SALGADO-ARAÚJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 2005 (original de 1976).

FRISCH, R. J.: *La guerra en África*, Talleres del Depósito de la Guerra, Madrid, 1913.

GALÁN, F.: *La barbarie organizada*, Editorial Castro, Madrid, 1931.

GARCÍA FIGUERAS, T.: *Héroes sevillanos de la campaña del Rif*, Imprenta de Francisco Díaz y Comp., Sevilla, 1917.

——: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961.

——: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, dos tomos, CSIC, Madrid, 1966.

——: *Mística y poesía del Alzamiento nacional en Marruecos*, Jerez Industrial, Jerez, 1966.

GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Planeta, Barcelona, 1983 (original de 1923).

GODED, M.: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Compañía Ibero-americana de publicaciones, Madrid, 1932.

GÓMEZ DE BAQUERO, E.: "Crónica literaria", en *La España Moderna*, nº 201 (septiembre de 1905), pp. 172-179.

GUERRERO, R.: *Crónica de la Guerra del Riff*, Maucci, Barcelona, 1895 (primera edición de 1894).

GUILLÉN, P.: *Prisioneros en el Rif*, Establecimiento tipográfico de J. Amado, Madrid, 1923.

HERNÁNDEZ MIR, F.: *Del desastre a la victoria (1921-1926)*, 4 tomos, Fernando Fe, Madrid, 1926-1927.

HIDALGO DE CISNEROS, I.: *Cambio de rumbo*, s/n, Bucarest, 1961.

IBÁRRURI, D. (Dir.): *Guerra y revolución en España 1936-1939*, Progreso. Moscú, 1966.

Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José Carvajal. En el meeting celebrado en el teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884 por la Sociedad española de africanistas y colonialistas, Madrid, Fortanet, 1884.

JIMÉNEZ CAMPAÑA, F.: *El Cabo Noval: episodio trágico de la guerra de Melilla: ensayo dramático en dos actos y en verso*, Imprenta de G. López de Horno, Madrid, 1911.

La política hispano-marroquí y la opinión pública en España, Biblioteca de la Sociedad Española de africanistas y colonialistas, Madrid, 1885.

LAFUENTE ALCÁNTARA, E.: *Catálogo de los códices arábigos adquiridos en Tetuán por el Gobierno de S. M.*, Imprenta Nacional, Madrid, 1862.

LANDA, N.: *La campaña de Marruecos (1859-1860). Memorias de un médico militar*, Algazara, Madrid, 2008 (original de 1860).

LARIOS DE MEDRANO, J.: *España en Marruecos (Historia secreta de la campaña)*, Fundación Imprenta STAMPA, Madrid, 1915.

LLANOS Y ALCARAZ, A.: *Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-94*, R. Velasco, Madrid, 1894.

LÓPEZ RIENDA, R.: *Abd-el-Krim contra Francia*, Calpe, Madrid, 1925.

MAURA GAMAZO, G.: *La cuestión de Marruecos, desde el punto de vista español*, M. Romero, Madrid, 1905.

MENESES, E.: *La Cruz de Monte Arruit, memorias de un voluntario de regulares*, Juan Pueyo, Madrid, 1922.

MICÓ, C.: *Los caballeros de la Legión*, Suc. de Rivadeneyra, Madrid, 1922

MILLÁN ASTRAY, J.: *La Legión*, V. H. Sanz Calleja, Madrid, 1923.

MOLINS, MARQUÉS DE: *El Romancero de la Guerra de África*, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1860.

MONEDERO ORDÓÑEZ, D.: *Episodios militares del Ejército de África*, Imprenta de Sucesor de Arnaiz, Burgos, 1892.

NAVARRETE, J.: *Desde Vad-Ras a Sevilla. Acuarelas de la campaña de África*, Imprenta a cargo de Víctor Sáiz, Madrid, 1876.

——: *Las llaves del estrecho: Estudio sobre la Reconquista de Gibraltar*, M. Ginés Hernández, Madrid, 1882.

NOEL, E.: *Notas de un voluntario*, Imprenta de Primitivo Fernández, Madrid, 1910.

OLMET, L. A. DEL.: *Un sol bárbaro, muere*, Los Contemporáneos, Madrid, 1911.

ORTEGA, M. L.: *El Raisuni*, Tipografía Moderna, Madrid, 1917.

ORTEGA Y GASSET, E.: *Annual. Relato de un soldado e impresiones de un cronista*, Ediciones del Viento, A Coruña, 2008 (original publicado en Madrid en 1922).

ORTEGA Y GASSET, J.: *España invertebrada*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972 (original de 1921).

OTEYZA, L. DE: *Abd-el-Krim y los prisioneros*, Ciudad Autónoma de Melilla, 2000 (original de 1922).

PÉREZ GALDÓS, B.: *Episodios Nacionales, Serie Cuarta. Aita Tettauen*, Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

——: *Aita Tettauen*, Francisco Márquez Villanueva (Ed.), Akal, Madrid, 2004.

——: *Episodios Nacionales, Serie Cuarta. Carlos VI en la Rápita*, Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

PÉREZ ORTIZ, E.: *18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit*, Interfolio, Madrid, 2010 (original de 1923).

PERRIN, T. G.: *El Cabo Noval, episodio histórico en un prólogo y un acto, dividido en dos cuadros, escrito en verso*, Editorial de Eusebio Gómez de la Puente, México, 1910.

PRIETO, I.: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Algazara y UNED-Melilla, Málaga, 2001.

——: *Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos*, dos volúmenes, Planeta, Barcelona, 1990.

PROUS I VILA, J. M.: *Cuatro gotas de sangre*, Barril Barral, Barcelona, 2011 (original en catalán de 1936: *Quatre gotes de sang*).

REPARAZ, G.: *Melilla. Peligros-Desaciertos de España. Urgente necesidad de remediarlos. Manera de hacerlo*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1893.

——: "Los sucesos de Melilla", en *Actualidades*, Segundo semestre de 1893, pp. 187-266.

RIERA, A.: *España en Marruecos: Crónica de la campaña de 1909*, Maucci, Barcelona, 1909.

RODRÍGUEZ DE VIGURI Y SEOANE, L.: *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924.

RODRÍGUEZ-SOLÍS, E.: *Batalla de los Castillejos*, Oficinas de "La Última Moda", Madrid, 1898.

ROMANONES, CONDE DE: *Notas de una vida*, Marcial Pons, Madrid, 1999.

ROS DE OLANO, A.: *Episodios Militares*, Imp. de Miguel Ginesta, Madrid, 1884.

RUIZ ALBÉNIZ, V.: *España en el Rif*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1921.

SÁNCHEZ DE TOCA, J.: *La acción ibérica como factor de la política europea en África*, Imprenta de Isidro Perales, Madrid, 1913.

SÁNCHEZ GODÍNEZ; J.: *El Cabo Noval: drama histórico, dividido en tres cuadros, en prosa*, Sociedad de autores españoles, Madrid, 1910.

SANTA MARINA, L.: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*, Planeta, Barcelona, 1980 (Edición original de 1924).

Secretaría de Estado y del Despacho Universal de la Guerra: *Estado Militar de España é Indias. Año de 1860*, Imprenta Nacional, Madrid, 1860.

SEGURA, D.: *Españoles a Marruecos*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1859.

SENDER, R. J.: *Imán*, Destino, Barcelona, 1997 (original de 1930).

URQUIJO, F. DE: *La campaña del Rif en 1909. Juicios de un testigo*, Librería de Pueyo, Madrid, 1910

VALDÉS, A.: *¡¡Asturias!! (Relato vivido de la insurrección de octubre)*, Ediciones Verdad, Valencia, ca. 1935.

VENTOSA, E.: *Historia de la guerra de África*, dos tomos, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860.

——: *La regeneración de España*, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1860.

VICENTE ROCA, M.; CALVO Y RODRÍGUEZ, C.: *La Unión en África*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1860.

ZAFRA, A. E. DE: *La toma de Tetuán*, Imprenta Militar, La Habana, 1860.

Fuentes Hemerográficas

ABC (Madrid, 1909-1929, 1976).

La Acción (Madrid, 1920-1923).

Acción española (Madrid, 1932-1934).

Actualidades (Madrid, 1893-1894, 1909).

África (Madrid, 1931-1933).

Album Salón (Barcelona, 1901).

Año político, El (Madrid, 1909-1911, 1920-1925).

Blanco y Negro (Madrid, 1893-1894, 1924-1927 1973).

Campana de Gracia, La (Barcelona, 1893, 1909, 1921-1922, 1925).

Ciudad lineal (Madrid, 1907).

Correspondencia de España, La (Madrid, 1860-1862, 1893-1894, 1897, 1902, 1904, 1909-1913, 1916, 1919-1923).

Correspondencia Militar, La (Madrid, 1897, 1901, 1907, 1909-1912, 1919, 1921-1930).

Cañón rayado, El. Periódico metralla de la Guerra de África (Madrid, 1859-1860).

Clamor de Castellón, El (Castellón, 1893).

Clamor popular, El. Periódico del Partido Liberal (Madrid, 1859-1861).

Compostelano, El (Santiago, 1912-1913, 1920).

Correo de Llanes, El (Llanes, 1893).

Correo Militar, El (Madrid, 1893-1895).

Defensor de Granada, El (Granada, 1909).

Diario de Murcia, El (Murcia, 1893).

Diario de Pontevedra, El (Pontevedra, 1921).

Diario oficial de avisos de Madrid (Madrid, 1871, 1880, 1893, 1898, 1906).

Diario universal, El (Madrid, 1860)

Día, El (Madrid, 1885, 1893, 1907, 1910, 1919).

Día de Madrid, El (Madrid, 1908-1909).

Dinastía La (Barcelona, 1887, 1893, 1895, 1901).

Discusión, La (Madrid, 1859-1860, 1869, 1879).

Don Quijote (Madrid, 1893-1895).

Eco de Galicia, El (A Coruña, 1909, 1912-1913, 1920).

Época, La (Madrid, 1859-1860, 1879-1881, 1885, 1890, 1893-1897, 1907-1935).

Escuela Moderna, La (Madrid, 1897).

Esfera, La (Madrid, 1921, 1925-1927).

España (Madrid, 1922-1923).

España Moderna, La (Madrid, 1905).

España y América (Madrid, 1919).

Esperanza, La (Madrid, 1860, 1870, 1873).

Esquella de la Torratxa, L' (Barcelona, 1921, 1925-1926).

Estampa (Madrid, 1933-1934).

Faro de Vigo (Vigo, 1909, 1921-1927).

Gaceta de Galicia (Santiago de Compostela, 1909).

Gaceta de instrucción pública (Madrid, 1895).

Gaceta de Madrid, La (Madrid, 1860, 1931).

Globo, El (Madrid, 1897, 1901, 1907, 1913, 1919, 1921-1925).

Guía de Sevilla. Su Provincia (Sevilla, 1873-1878).

Heraldo de Castellón (Castellón, 1909, 1921).

Heraldo de Madrid (Madrid, 1894-1895, 1905, 1909-1913, 1919, 1921-1935).

Hojas Selectas (Barcelona, 1917).

Iberia, La (Madrid, 1859-1860, 1880, 1888-1889, 1893-1894).

Ideal Gallego, El (A Coruña, 1921).

Ilustració catalana, La (Barcelona, 1887, 1893-1894).

Ilustración del Rif, La (Madrid y Melilla, 1925).

Ilustración española y americana, La (Madrid, 1887, 1905, 1909).

Ilustración ibérica, La (Barcelona, 1896).

Ilustración militar, La (Madrid, 1909-1910).

Imparcia, El (Madrid, 1882, 1893, 1895-1896, 1901, 1905-1913, 1919. 1921-1931).

Joven Galicia, La (Santiago de Compostela, 1860).

Juventud Literaria, La (Murcia, 1893).

Lectura dominical, La (Madrid, 1905-1906, 1909, 1919).

Lectura, La. Revista de ciencias y artes (Madrid, 1906).

Liberal, El (Madrid, 1885, 1893, 1909-1912, 1919).

Liberal, El (Murcia, 1909, 1921).

Libertad, La (Madrid, 1920-1927, 1931-1935).

Luz (Madrid, 1932).

Madrid Científico (Madrid, 1907).

Mentidero, El (Madrid, 1919).

Motín, El (Madrid, 1909).

Mundo gráfico (Madrid, 1913, 1921, 1923-1927, 1934).

Mundo militar, El (Madrid, 1859-1860).

Noroeste, El (Gijón, 1909, 1912-1913, 1920-1921, 1934).

Nuevo Mundo (Madrid, 1905, 1907-1910, 1924-1927, 1933-1934).

Nuevo Régimen, El (Madrid, 1893-1894, 1906, 1911).

Orden, El (Murcia, 1893).

País, El (Madrid, 1900, 1906-1909, 1911, 1913).

Progreso, El (Pontevedra, 1912-1913, 1920).

Publicador, El (Gijón, 1909).

Reservista, El (Madrid, 1893-1894).

Revista de derecho internacional y política exterior (Madrid, 1906).

Revista de España (Madrid, 1873).

Revista de Sanidad Militar (Madrid, 1887).

Revista de Tropas Coloniales (Ceuta, 1924-1925).

Revista del Ateneo (Jérez de la Frontera, 1932-1934).

Siglo Futuro, El (Madrid, 1876, 1885, 1893-1894, 1897, 1902, 1909, 1911, 1921-1922, 1931-1936).

Socialista, El (Madrid, 1893, 1908-1935).

Sol, El (Madrid, 1919, 1921-1927, 1934).

Telegrama del Rif, El (Melilla, 1909, 1921-1931).

Tiempo, El (Murcia, 1909, 1921).

Tomasa, La (Barcelona, 1893).

Unión, La (Madrid, 1886).

Unión Católica, La (Madrid, 1885, 1890).

Unión Ilustrada, La (Málaga, 1921, 1924-1925).

Vanguardia, La (Barcelona, 1888, 1893, 1909, 1912-1913, 1920-1921, 1925-1926).

Verdad, La (Murcia, 1921).

Veu de Catalunya, La (Barcelona, 1905, 1909, 1919-1922).

Vida Socialista (Madrid, 1911).

Voz, La (Madrid, 1922-1925, 1931-1935).

Voz de Galicia, La (A Coruña, 1909, 1921-1925).

Bibliografía secundaria

ACASO DELTELL, S.: "Orígenes y características de la Guerra de África 1859-1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 381-395.

AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política: El caso español en perspectiva comparada*, Alianza, Madrid, 2008.

——: "Agents of Memory: Spanish civil war veterans an disabled soldiers", en WINTER, J. y SILVAN, E. (Eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1999, pp. 84-103.

AKMIR, A.: "La guerra de Sidi Ifni en la prensa marroquí", en MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000, pp. 125-134.

AKMIR, Y.: "La historiografía marroquí y la crítica al colonialismo español", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 71-90.

ALARCÓN CABALLERO, J. A.: "El siglo XX", en VILLADA PAREDES, F.: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*, Tomo II, Instituto de Estudios Ceutíes y Ciudad Autónoma de Ceuta, Ceuta, 2009, pp. 210-353.

——: "Ceuta en la Guerra de África de 1859-1860. La forja de una ciudad", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 281-380.

ALBISU ANDRADE, P.: "La división vascongada. El segundo tercio. Guerra en África 1859-1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 37-180.

ALCALÁ, C.: *La campaña de Marruecos 1859-1860*, AF Editores, Valladolid, 2005.

ALLAIN, J. C.: "La conferencia de Algeciras en la estrategia diplomática francesa a comienzos del siglo XX", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. y MARTÍN CORRALES, E. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 51-72.

ALONSO BAQUER, M.: *Franco y sus generales*, Taurus, Madrid, 2005.

ÁLVAREZ, J. T.: "Opinión pública y propaganda bélica al inicio de la contienda", en DIEGO, E. de (dir.), *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Editorial Complutense, Madrid, 1996, pp. 247-262.

ÁLVAREZ GILA, O.: *Ikuriñas antes de la ikurriña. Banderas, símbolos e identidad vasca en América (1880-1935).*

ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001.

——: "La nación en duda" en PAN-MONTOJO, J. (coord.): *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 405-476.

——: "El nacionalismo español como mito movilizador: Cuatro guerras" en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (coords.): *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 35-67.

AMUSCO, A.: "La poesía de Antonio Ros de Olano" en *Anales de Literatura Española* nº 2, Universidad de Alicante, Alicante, 1983, pp. 25-56.

ANDALL, J. y DUNCAN, D. (Eds): *National Belongings. Hybridity in Italian Colonial and Postcolonial Cultures*, Peter Lang, Berna, 2010.

ANGUERA, P.: *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Edhasa, Barcelona, 2003.

ARCE, C. de: *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984.

ARCHILÉS CARDONA, F.: "¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios políticos y constitucionales; Madrid, 2007, pp. 127-151.

——: "Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea", en SAZ, I. e ID.: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

ARIAS ANGLÉS, E.: "La pintura orientalista", en VV. AA.: *Pintura orientalista española [1830-1930]*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, pp. 23-50.

——: "La visión de Marruecos a través de la pintura orientalista española", en *Melanges de la Casa de Velázquez* 37.1 (2007), pp. 13-37.

ARKINSTALL, C.: "Configuring the Nation in Fin-de-Siècle Spain: Rosario de Acuña's *La Voz de la Patria*", en *Hispanic Review* (University of Pennsylvania) Vol. 74, Nº 3 (verano, 2006), pp. 301-318.

ARÓSTEGUI, J. y GODICHEAU, F. (Eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

AZNAR VALLEJO, E.: "África en la política de Isabel la Católica", en RIBOT, L; VALDEÓN, J. y MAZA, E. (coords.): *Isabel la Católica en su época. Actas del Congreso Internacional* (2004), Universidad de Valladolid, Valladolid, 2007, pp. 591-610.

AZZUZ HAKIM, M. H.: *La actitud de los moros ante el Alzamiento. Marruecos 1936*, Algazara, Málaga, 1997.

——: "Una visión realista del Protectorado ejercido por España en Marruecos", en MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000, pp. 53-64.

——: "La oposición de los dirigentes nacionalistas marroquíes a la participación de sus compatriotas en la guerra civil española", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 14-41.

BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa, Madrid, 1988.

BALBOA LÓPEZ, X. L..: "Quintos e prófugos: os galegos e o servicio militar no século XIX", en VV. AA.: *Mentalidades colectivas e ideoloxías. VI Xornadas de Historia de Galicia*, Deputación Provincial de Ourense, Ourense, 1991, pp. 49-71.

BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002.

——: *El fin del Imperio Español (1898-1923)*, Crítica, Barcelona, 1997.

——: "War, nationalism and the masses in Spain, 1895-1936" en ACTON, E. y SAZ, I. (eds.), *La transición a la política de masas*, Universitat de València, Valencia, 2001. pp. 75-93.

——: "El otro moro en la guerra colonial y la Guerra Civil", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 95-110.

——: "La Semana Trágica: contexto geopolítico internacional", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 33-43.

BALFOUR, S. y LA PORTE, P.: "Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36", en *European History Quarterly*, vol. 30 (2000), pp. 307-332.

BALLENILLA Y GARCÍA DE GAMARRA, M.: "Panteón de los héroes de las campañas. En el cementerio de la Purísima Concepción de Melilla", en *Estela*, nº 4 (2002), pp. 43-61.

BARATIERI, D.: *Memories and Silences Haunted by Fascism. Italian Colonialism MCMXXX-MCMLX*, Peter Lang, Berna, 2010.

BARRERA, G.: "The Construction of Racial Hierarchies in Colonial Eritrea. The Liberal and Early Fascist Period (1897-1934)", en PALUMBO, P. (Ed.): *A Place in the Sun. Africa in the Italian Colonial Culture from post-unification to the Present*, University of California, Berkeley, 2003, pp. 81-115.

BEN-GHIAT, R. y FULLER, M. (Eds.): *Italian colonialism*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2008. (original de 2005)

BEN-GHIAT, R.: "The Italian Colonial Cinema: Agendas and Audiences" en ID. y FULLER, M. (Eds.): *Italian colonialism*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2008, pp. 179-191.

BENABOUD, M.: "La intervención española vista desde Marruecos", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 159-179.

BENJELLOUN, A.: "Las causas de la participación de marroquíes en la Guerra Civil Española (1936-1939)", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 42-57.

BERAMENDI, X. G. y NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *O nacionalismo galego*, A Nosa Terra, Vigo, 1995.

BERAMENDI, J. y TABOADA, S.: "Guerras y nacionalización en la Galicia del siglo XIX", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, M.ª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, pp. 213-234.

BERGSON, H.: *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*, Cactus, Buenos Aires, 2006 (original de 1896).

BERMUDO-SORIANO, E.: *El Raisuni (caudillo de Yebala)*, Gráfica Literaria Francisco G. Vicente, Madrid, 1941.

BERNER, B.K.: *The Spanish American War: A Historical Dictionary*, Scarecrow Press, Lanham (Maryland), 1998.

BERTENELLI, G.: "Colonial Autism. Whitened Heroes, Auditory Rhetoric, and National Identity in Interwar Italian Cinema", en PALUMBO, P. (Ed.): *A Place in the Sun. Africa in the Italian Colonial Culture from post-unification to the Present*, University of California, Berkeley, 2003, pp. 255-278.

BIZCARRONDO M. y ELORZA, A.: *Cuba / España. El dilema autonomista, 1878-1898*, Editorial Colibrí, Madrid, 2000.

BLAS ZABALETA, P. DE: *Julián Besteiro: nadar contra corriente*, Algaba, Madrid, 2002.

BONAMUSA, F.: "España y las Guerras de África", en VACA LORENZO (Ed.): *La guerra en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Saamanca, 1999, pp. 287-319.

BORG, A.: *War Memorials. From Antiquity to the Present*, Leo Cooper, Londres, 1991.

BOTREL, J. F.: *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993.

BOX, Z.: "Rituales funerarios, culto a los caídos y política en la España franquista: a propósito de los traslados de José Antonio Primo de Rivera (1939-1959)" en CASQUETE, J. y CRUZ, R. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009, pp. 265-298.

——: "Secularizando el apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la victoria", en MORENO LUZÓN, J. (coord.): *Nacionalismo Español: las políticas de la memoria*, monográfico de la revista *Historia y Política*, nº 12, 2004, pp. 133-160.

BOYD, C. P.: *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Pomares, Granada, 2000.

——: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1990.

——: "El rey-soldado. Alfonso XIII y el ejército", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 213-237.

BURDIEL, I.: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Taurus, Madrid, 2010.

CABEZAS, J. A.: *Diccionario de Madrid. Las calles, sus nombres, su historia, su ambiente*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1968.

CAJAL VALERO, A.: "La Guerra de África (1859-1860) y las expresiones patrióticas en el País Vasco", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, M.ª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, pp. 261-288.

CALDER, A.: *Disasters and Heroes. On War, Memory and Representation*, University of Wales Press, Cardiff, 2004.

CAMPOS PÉREZ, L.: *Los relatos de la nación. Iconografía de la idea de España en los manuales escolares (1931-1983)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010.

CAPELÁSTEGUI, P.: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Memoria de Licenciatura, Universidad Autónoma de Madrid, 1985.

CARBONELL PALLARÉS, J. A.: "Los pintores de la guerra hispano-marroquí de 1859-1860. El caso particular de Marià Fortuny", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860*, XII Jornadas de Historia de Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 205-217.

CARDONA ESCANERO, G.: *El problema militar en España*, Albor, Madrid, 2005.

CARRASCO GARCÍA, A.: *Las imágenes del desastre. Annual 1921*, Almena Ediciones, Madrid, 1999.

CARRASCO GONZÁLEZ, A.: *Historia de la novela colonial hispanoafricana*, Sial-Casa de África, Madrid, 2009.

CASARES RODICIO, E.: *Francisco Asenjo Barbieri. Volumen 2. Escritos*, Instituto Complutense de Ciencias Musicales, Madrid, 1994.

CASQUETE, J. y CRUZ, R. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009.

CASTELLS, L.: "La conmemoración como identidad (el 2 de mayo bilbaíno)" en LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, pp. 145-163.

CASTELLS, L., CAJAL, A. y MOLINA, F. (EDS.): *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007.

CASTRO, L.: *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea*, Catarata, Madrid, 2008.

CHAVES GUERRERO, E. I.: "Muñoz Degrain: renovando la pintura de Historia: Los de Igueriben mueren; informe sobre su propiedad", en *Museo y Territorio*, nº 1, pp. 143-144.

CLARK, R.: "A Critical Re-evaluation of Languages of War in Spain's Relations with Morocco (1859-1921)" en *Bulletin of Hispanic Studies* 88.7 (2011) pp. 743-759.

COHEN, A.: ""Razas", tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 225-248.

COMELLAS, J. L.: *Isabel II. Una reina y un reinado*, Ariel, Barcelona, 1999.

——: *Del 98 a la Semana Trágica. Crisis de conciencia y renovación política*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

CONNELLY ULLMAN, J.: La Semana Trágica, Ediciones B, 2009. (original de 1968).

CORREA RAMÓN, A.: "Los otros cronistas de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 85-99.

CRUZ R.: "El sabor fúnebre de la política española entre 1876 y 1940" en CASQUETE, J. e ID. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009, pp. 73-105.

CUESTA, J.: *La odisea de la memoria: Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Alianza, Madrid, 2008.

DARWIN, J.: *The Empire Project. The Rise and Fall of the British World-System*, 1830-1970, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

DIEGO, E. de (dir.), *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Editorial Complutense, Madrid, 1996.

DÍEZ PUERTAS, E.: *Historia social del cine en España*, Fundamentos, Madrid, 2003.

DOUGHERTY, D. y VILCHES DE FRUTOS, Mª F., *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y Documentación*, Fundamentos, Madrid, 1990.

——: *La escena madrileña entre 1926 y 1930. Un lustro de transición*, Fundamentos, Madrid, 1997.

DURKHEIM, E.: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza; Madrid, 1995 (original de 1895).

ELENA, A.: *Romancero marroquí: El cine africanista durante la Guerra Civil*, Filmoteca española, Madrid, 2004.

——: *La llamada de África: Estudios sobre el cine colonial español*, Bellaterra, Barcelona, 2010.

ELORZA, A. y HERNÁNDEZ SANDOICA, H.: *La Guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

ENRIQUE, A.: "África: radiografía de un sentimiento en Pedro Antonio de Alarcón", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 101-120.

ESTEBAN DE VEGA, M.: "La nacionalización española en la sociedad castellana. Actitudes ante la guerra de África (1859-1860)", en ID. y CALLE VELASCO, M.ª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, pp. 289-301.

——: "Castilla y España en la historiografía nacional española, 1833-1900", en LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, pp. 129-144.

ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, M.ª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010.

ETEMAD, B.: *Possesing the World. Taking the measurements of colonization from the 18th to the 20th century*, Berghahn Books, Nueva York, 2007.

FABRE, J. y HUERTAS, J. M.: *Calles de Barcelona. Cómo han evolucionado sus nombres*, Edhasa, Barcelona, 1982.

FAGE, J. D. y OLIVER, R. (Eds.): *The Cambridge History of Africa. Volume 6. From 1870 to 1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

FELIPE, H. de; López Ocón, L. y MARÍN, M. (Eds.): *Ángel Cabrera: Ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, CSIC, Madrid, 2004.

FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *Los espadones románticos*, Síntesis, Madrid, 2007.

FERNÁNDEZ COLORADO, L.: "Visiones imperiales: documental y propaganda en el cine español", en VV. AA.: *Actas del IV Congreso de la A.E.H.C.*, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, Madrid, 1998, pp. 97-110.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, M. A.: "Introducción", en NÚÑEZ DE ARCE, G.: *Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860)*, ID. (Ed.), Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 9-55.

FERNÁNDEZ RIERA, V.: *Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*, Almena, Madrid, 2013.

FERNÁNDEZ RIVERO.: "La fotografía militar en la guerra de África: Enrique Facio" en *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 459-492.

FERNÁNDEZ SANTANDER, C.: *La Voz de Galicia: Crónica de un periódico (1882-1992)*, Ediciós do Castro, Sada (A Coruña), 1993.

FERNÁNDEZ VARGAS, V.: *Sangre o dinero. El mito del Ejército nacional*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

FOLCH I TORRES, J.: *Fortuny*, Asociación de Estudios Reusenses, Reus, 1962.

FONTBONA, F.: "Africanismo y orientalismo en la renovación de la pintura catalana moderna" en *AWRAQ: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*: Anejo al volumen IX: Actas de ciclo de conferencias "Africanismo y orientalismo español", Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid?, 1990.

FUSI, J. P. y PALAFOX, J.: *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa, Madrid, 1997.

GAJATE BAJO, M.: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, Madrid, 2012.

GARCÍA, A.: *Historia del Sáhara y de su conflicto*, Catarata, Madrid, 2010.

GARCÍA ÁLVAREZ, J.: "Los mapas", en MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, pp. 315-363.

GARCÍA BALAÑÀ, A.: "Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)" en MARTÍN CORRALES, E. (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002, pp.13-77.

GARCÍA DE CORTÁZAR, F.: *Los mitos de la Historia de España*, Barcelona, Planeta, 2003.

GARCÍA FERNÁNDEZ, E. C.: *Historia del cine en Galicia (1896-1984)*, Biblioteca Gallega de La Voz de Galicia, A Coruña, 1985.

GARCÍA FIGUERAS, T.: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, CSIC, Madrid, 1961.

——: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, dos tomos, CSIC, Madrid, 1966.

GARCÍA GÓMEZ; E.: *Asturias 1934. Historia de una tragedia*, Pórtico, Zaragoza, 2009.

GARÓFANO, R.: *El cinematógrafo en Cádiz: Una sociología de la imagen*, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz, 1986.

GIL HONDUVILLA, J.: *Marruecos ¡17 a las 17!*, Guadalturia, Sevilla, 2009.

GIL SALINAS, R. y PALACIOS ALBANEDA, C.: *Las calles de Valencia y pedanías. EL significado de sus nombres*, Ajuntament de València, Valencia, 2003.

GILLIS, J. R. (Ed.): *Conmemorations: The Politics of National Identity, Princetown University, New Jersey*, 1994.

——: "Memory and identity: the history of a relationship" en ID (coord.): *Conmemorations: The Politics of National Identity, Princetown University, New Jersey*, 1994, pp. 3-24.

GOEBEL, S.: "Cultural Memory and the Great War: Medievalism and Classicism in British and German War Memorials", en LOW, P.; OLIVER, G. y RHODES, P. J. (Eds.): *Cultures of Conmemoration. War Memorials, Ancient and Modern*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

GÓMEZ BARCELÓ, J. L.: *Tiempo de guerra, imágenes de paz. Iconografía militar de Bartolomé Ros*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005.

——: "El cine en Ceuta" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 57-83.

——: "El siglo XIX", en VILLADA PAREDES, F.: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*, Tomo II, Instituto de Estudios Ceutíes y Ciudad Autónoma de Ceuta, Ceuta, 2009, pp. 118-209.

GÓMEZ GARCÍA, M.: *Diccionario Akal de Teatro*, Akal, Madrid, 1997.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. y MARTÍN CORRALES, E. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Anthropos, Barcelona, 2002.

——— (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003.

———: "El enemigo lejano. Mística colonial y políticas de contacto cultural de los ejércitos de ocupación francés y español en Marruecos", en ID (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 132-157.

——— (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004.

———: "Poética de la conquista en la obra orientalista de Pedro Antonio de Alarcón", en ID (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 11-30.

———: "Pedro Antonio de Alarcón, héroe cultural en la frontera prohibida", en ID (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 31-43.

GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003.

GOYTISOLO, J.: *Crónicas sarracinas*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1982.

GREEN, D.: *Three Empires on the Nile: The Victoria Jihad, 1869-1899*, Free Press, Nueva York, 2007.

HALBWACHS, M.: *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004. (Edición original de 1950).

———: *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Barcelona, 2004. (Edición original de 1925).

HALL, M.C.: *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal*, Alianza, Madrid, 2005.

———: "El Rey imaginado", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 59-82.

HERRADOR MARÍN, P. M.: *Nuestras cofradías en el siglo XX: 1896-1930*, Asociación Cultural Ubetense Alfredo Cazabán Laguna, Úbeda, 2007.

HOLGUIN, S.: "Música y nacionalismo", en MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, pp. 497-529.

HYNES, S.: "Personal narratives and commemoration", en WINTER, J. y SILVAN, E. (Eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1999, pp. 205-220.

IGLESIAS AMORÍN, A.: *Imagen y repercusiones de la Guerra de Cuba en Galicia (1895-1898)*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2008.

——: "Los intelectuales españoles y la Guerra del Rif (1909-1927)", en *Revista Universitaria de Historia Militar*, nº 5 vol. 3, 2014, pp. 59-77.

INAREJOS MUÑOZ, J. A.: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*, Sílex, Madrid, 2007.

JACKSON, G.: *La República española y la guerra civil*, Grijalbo, Barcelona, 1976.

JIMÉNEZ GUERRERO, J.: *El reclutamiento militar en el siglo XIX. Las quintas en Málaga (1837-1868)*, Universidad de Málaga, 2001.

JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

——: "De "guerra contra el invasor" a "guerra fratricida"" en ID. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 11-54.

JÜNKE, C.: "«Pasarán años y olvidaremos todo»: La Guerra Civil española como lugar de memoria en la novela y cine actuales en España", en WINTER, U. (Ed.): *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el Franquismo. Representaciones literarias y visuales*, Iberoamericana, Madrid. 2006, pp. 101-129.

KEENE, J.: *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War*, 1936-39, Leicester University Press, Londres, 2001.

KRIZMAN, L. D.: "In Remembrance of Things French", en NORA, P. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. Volumen I, Columbia University Press, Nueva York, 1996.

KRUGER, C. G. y LEVSEN, S. (Eds.): *War Volunteering in Modern Times*, Palgrave McMillan, Basingstoke, 2011.

——: "Introduction. Volunteers, War, and the Nation since the French Revolution", en ID. (Eds.): *War Volunteering in Modern Times*, Palgrave McMillan, Basingstoke, 2011, pp. 1-22.

LA PORTE, P.: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.

LAHOZ RODRIGO, I.: *La construcción de un cine nacional: Fracaso industrial y éxito popular entre 1921 y 1930*, Liceus, Madrid, 2005.

LARA RAMOS, A.: "Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 121-153.

LARBI MESSARI, M.: "Reflexiones desde el Sur de Tarifa: Algeciras, un hito en la historia de Marruecos", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. y MARTÍN CORRALES, E. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 159-169.

LAVABRE, M. C.: "Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos", en ARÓSTEGUI, J. y GODICHEAU, F. (Eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006 (pp. 31-55).

LE GOFF, J.: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, 1991 (original de 1977)

LEGUINECHE, M.: *Annual 1921. El desastre de España en el Rif*, Alfaguara, Madrid, 1996.

LLOYD, A.: *Franco*, Longman, Londres, 1970.

LÓPEZ BARRANCO, J. J.: *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

——: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Mare Nostrum, Madrid, 2006.

LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012.

——: "Enseñanza primaria y nacionalización de la población española (1850-1931)", en ID. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, pp. 111-127.

LÓPEZ GARCÍA, B.: *Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917)*, Universidad de Granada, 2011.

——: "Arabismo y orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo" en *AWRAQ: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*: Anejo al volumen IX: Actas de ciclo de conferencias "Africanismo y orientalismo español", Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1990.

——: "El cine y las relaciones hispano-marroquíes, de la imagen del "protegido" a la del "inmigrado"", en MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000, pp. 43-52.

——: "La ciencia como instrumento de la acción colonial en Marruecos. Contextos y polémicas", en FELIPE, H. de; LÓPEZ OCÓN, L. y MARÍN, M. (Eds.): *Ángel Cabrera: Ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, CSIC, Madrid, 2004, pp. 13-26.

LÓPEZ GARCÍA, B. y HERNANDO DE LARRAMENDI MARTÍNEZ, M. (coords.): *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2007.

LÓPEZ MONDÉJAR, P.: *Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Lunwerg, Barcelona, 1989.

——: *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1992.

LORENZO ESPINOSA, J. Mª: *Gudari, una pasión útil: vida y obra de Eli Gallastegui (1892-1974)*, Txalaparta, Tafalla 1992.

LOSADA MÁLVAREZ, J. C.: *Ideología del Ejército Franquista (1939-1959)*, Istmo, Madrid, 1990.

LOW, P.; OLIVER, G. y RHODES, P. J. (Eds.): *Cultures of Conmemoration. War Memorials, Ancient and Modern*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

——: "The Monuments to the War Dead in Classical Athens: Form, Contexts, Meanings", en ID.; OLIVER, G. y RHODES, P. J. (Eds.): *Cultures of Conmemoration. War Memorials, Ancient and Modern*, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 13-39.

LUKÁCS, G.: *La novela histórica*, Ediciones Era, México, 1966 (original de 1937).

MADARIAGA, Mª R. DE: *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil Española*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 2002.

——: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Alianza, Madrid, 2005.

——: "La guerra colonial llevada a España: Las tropas marroquíes en el ejército franquista", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 58-94.

——: "Los estudios sobre el Protectorado español en perspectiva", en LÓPEZ GARCÍA, B. y HERNANDO DE LARRAMENDI MARTÍNEZ, M. (coords.): *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2007, pp. 21-44.

——: "La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 91-120.

MADRID SANTOS, F.: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el fin de la Guerra Civil*, tesis doctoral presentada en la Universidad Central de Barcelona, 1989.

MALDONADO, E.: *El Rogui*, Instituto General Franco de Estudios de Investigación Hispano-Árabe, Tetuán, 1958 (texto de 1949).

MARCHÁN GUSTEMS, J.: "Tarragona en 1909: entre el militarismo, el clericalismo y la candidatura popular", en MARTÍN CORRALES. E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 303-345.

MARFANY, J. LL.: *La llengua maltractada. El castellà i el català a Catalunya del segle XVI al segle XIX*, Empúries, Barcelona, 2001.

MARÍN, D.: *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.

MARÍN, M.: "Los arabistas españoles en Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 73-97.

MARÍN FERRER, E.: *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos (1859-1926)*, Susaeta, Madrid, 2012.

MARIÑAS ROMERO, G.: *El Sahara y la Legión*, Ed. San Martín, Madrid, 1988.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, M.: "Introducción" en PÉREZ GALDÓS, B.: *Aita Tettauen*, ID. (Ed.), Akal, Madrid, 2004, pp. 17-52.

MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Bellaterra, Barcelona, 2002.

——— (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002.

——— (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011.

———: "El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 143-179.

———: "Imágenes del Protectorado de Marruecos en la pintura, el grabado, el dibujo, la fotografía y el cine", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 375-399.

———: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 9-32.

———: "El nacionalismo catalán y la expansión colonial española en Marruecos: de la guerra de África a la entrada en vigor del Protectorado" en ID. (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002, pp. 167-215.

———: "La Conferencia de Algeciras en la prensa catalana: entre el pragmatismo económico de *La Vanguardia* y el imperialismo orsiano de *La Veu de Catalunya*" en ID. y GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Eds.): La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial, Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 219-252.

———: "El «moro», decano de los enemigos exteriores de España. Una larga enemistad (siglos VIII-XXI)", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F.: (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 165-182.

———: "Movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos (julio-agosto de 1909)", en ID. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 121-182.

———: "El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848). Antecedentes de la Guerra de África de 1859-1860", en *Illes i Imperis*, nº 7, primavera 2004, pp. 11-43.

MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *El monumento conmemorativo en España (1875-1975), Universidad de Valladolid*, Valladolid, 1996.

MARTÍN MÁRQUEZ, S.: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011.

———: "«Here's Spain Looking at You»: Shifting Perspectives on North African Otherness in Galdós and Fortuny", en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 5 (2001), pp. 7-24.

MARTÍNEZ, J.: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid. 1896-1920*, Filmoteca Española, Madrid, 1992.

MARTÍNEZ-ANTONIO, F. J.: "La Cruz Roja en la Guerra del Rif (1921-1926)", en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* nº 7, 2009, pp. 1-17.

MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000.

MARTÍNEZ SALAZAR, A.: "Pero no, la guerra no es bonita. Aproximación a la figura del corresponsal de guerra", en *Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, nº 7, 1997, pp. 107-130.

MARTÍNEZ TÓRTOLA, E.: *La enseñanza de la Historia en el primer bachillerato franquista (1938-1953)*, Tecnos, Madrid, 1996.

MAYORGA NOVAL, M.: *El Cabo Noval. En el centenario de la campaña de 1909*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.

McCORMACK, J.: *Collective Memory: France and the Algerian War (1954-1962)*, Lexington Books, Plymouth, 2007.

MELENDRERAS GIMENO, J. L.: "Monumento al comandante Benítez en Málaga", en *Jábega* nº 90, 2012, pp. 104-107.

MICHONNEAU, S.: *Barcelona: memoria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Eumo Editorial, Vic, 2002.

MIRALLES-SANGRO, M. T. y DURAN ESCRIBANO, M.: "La enfermera en el monumento madrileño (1908-1936)". *Index Enferm* [online]. 2005, vol.14, n.51, pp. 65-69.

MOGA ROMERO, V.: *La cuestión marroquí en la escritura africanista*, Bellaterra, Barcelona, 2008.

——: "La "Cruzada del moro" a contraimagen", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 158-210.

MOLINA APARICIO, F.: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid, 2005.

MORALES LEZCANO, V.: *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, UNED, Madrid, 1988.

——: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Universidad de Granada, Granada, 2002 (revisión del original de 1976).

——: *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1986 (segunda edición, la primera es de 1984).

——: "Participación marroquí en la Guerra Civil: cómo la han visto la historiografía anglosajona y francesa", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003, pp. 211-230.

——: "Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África", en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Ed.): *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 61-84.

MORCILLO ROSILLO, M.: "Albacete y la Guerra de África (1859-1861)" en *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, Nº. 8, Universidad de Castilla la Mancha, Albacete, 1993, pp. 83-94.

MORENO, F.: "La represión de la posguerra" en JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 277-406.

MORENO ESPINOSA, A.: *Compedio de Historia de España*, octava edición, Imprenta de la Revista Médica de D. Federico July, Madrid, 1898.

——: *Compedio de Historia de España*, vigésima edición, Editorial Atlante, Barcelona, 1923.

MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

—— (Ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios políticos y constitucionales; Madrid, 2007.

——: "El Rey de papel. Textos y debates sobre Alfonso XIII", en ID. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 23-58.

—— (coord.): *Nacionalismo Español: las políticas de la memoria*, monográfico de la revista *Historia y Política*, nº 12, 2004.

——: *Romanones: Caciquismo y política liberal*, Alianza, Madrid, 1998.

——: "Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)", en *Hispania*, nº 244, mayo-agosto 2013, pp. 319-348.

MORENO LUZÓN, J. y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013.

——: "Rojigualda sin letra. Los símbolos de la nación", en ID. (Eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, pp. 57-103.

MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

NAGORE FERRER, M.: "Historia de un fracaso: el "himno nacional" en la España del siglo XIX", en *Arbor*, septiembre-octubre 2011, pp. 827-845.

NAVARRO BELTRAME, F. y MORALES LEZCANO, V.: "La Conferencia de Algeciras vista por la prensa de Las Palmas de Gran Canaria" en MARTÍN CORRALES,

E.; GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (Eds.): *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Bellaterra, Barcelona, 2007, pp. 302-327.

NERÍN, G.: *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005.

NIÑO, A.: "El rey embajador. Alfonso XIII en la política internacional", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 239-276.

NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territoril*, Milenio, Lleida, 1999.

——: "Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos", en ID. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 183-224.

NORA, P. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. III volúmenes, Columbia University Press, Nueva York, 1996.

——: "Between Memory and History", en ID. (Ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. Volumen 1, Columbia University Press, Nueva York, 1996, pp. 1-19.

NÚÑEZ DE ARCE, G.: *Recuerdos de la campaña de África*, Imprenta de José M. Roses, Madrid, 1860.

——: *Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860)*, María Antonia Fernández Jiménez (Ed.), Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.

NÚÑEZ FLORENCIO, R.: *Militarismo y antimilitarismo en España*, CSIC, Madrid, 1990.

NÚÑEZ SEIXAS. X. M.: *Los nacionalismos en la España contemporánea (siglos XIX y XX)*, Hipótesis, Barcelona, 1999.

——: *¡Fuera el invasor!: Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2006.

——: "The region as essence of the fatherland: Regionalist variants of spanish nationalism (1840-1936)" en *European History Quarterly* Vol. 31(4), 2001, pp. 483-518.

——: "Nation Building and Regional Integration: The Case of the Spanish Empire", artículo inédito.

——: "La memoria de la Guerra de la Independencia", en *La Nación en armas: España, 1908-1814*, SECC, Madrid, 2008, pp. 385-397.

—— (Ed.): *La construcción de la identidad nacional en Europa y España (siglos XIX y XX)*, monográfico de la revista Ayer, número 64 (2006).

——: "Cartas sen resposta? A fonte epistolar e algún desafíos da historiografía das migracións ibéricas", en ID. Y GONZÁLEZ LOPO, D. L.: *Amarras de tinta*, CCG, Santiago de Compostela, 2011, pp. 25-29.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F. (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010.

——: "Las Españas y sus enemigos", en ID: (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 13-27.

OJEDA EISELEY, J. D.: *El 98 en el Congreso y la prensa de los Estados Unidos*, Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 1999.

OLIVAR BERTRAND, R.: *El caballero Prim (vida política y revolucionaria)*, Luis Mirade, Barcelona, 1952.

——: *El caballero Prim (vida íntima, amorosa y militar)*, Luis Mirade, Barcelona, 1952.

OSTOLAZA ESNAL, M.: "La Nación española en el País Vasco, 1857-1931: el papel de la escuela", en CASTELLS, L., CAJAL, A. y MOLINA, F. (EDS.): *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007, pp. 163-184.

OUIMETTE, V.: *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Pre-Textos, Valencia, 1998.

PALMA MORENO, J. T.: *Annual 1921. 80 años del desastre*, Almena, Madrid, 2001.

PALUMBO, P. (Ed.): *A Place in the Sun. Africa in the Italian Colonial Culture from post-unification to the Present*, University of California, Berkeley, 2003.

——: "Orphans for the Empire. Colonial Propaganda and Children´s Literature during the Imperial Era", en I.D. (Ed.): *A Place in the Sun. Africa in the Italian Colonial Culture from post-unification to the Present*, University of California, Berkeley, 2003, pp. 225-251.

PANDO, J.: *Historia secreta de Annual*, Altaya, Barcelona, 2008 (original de 1999).

PASTOR COMÍN, J. J.: "El conflicto con Marruecos en la música española", en ALÍA MIRANDA, F. (Coord.): *La Guerra de Marruecos y la España de su tiempo (1909-1927)*, Sociedad Don Quijote de Conmemoraciones Culturales de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2009, pp. 195-222.

PAYNE, S. G.: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968.

PÉREZ GALLARDO, H.: "El reportaje gráfico", en SOUGEZ, M. L. (coord.): *Historia General de la fotografía*, Cátedra, Madrid, 2007, pp. 367-491.

PÉREZ GARZÓN, J. S.: "España: Nacionalización del Estado, de la propiedad y de la cultura", en LÓPEZ FACAL, R. y CABO, M. (Eds.): *De la idea a la identidad: Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Comares, Granada, 2012, pp. 93-109.

PÉREZ PERUCHA, J. (Ed.): *Antología crítica del cine español. 1906-1995*, Cátedra, Madrid, 1997.

PÉREZ VEJO, T.: *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2002.

——: "El liberalismo español decimonónico y el ser de España. El sueño de una nación liberal y democrática", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios políticos y constitucionales; Madrid, 2007, pp. 83-103.

PERGHER, R.: "Between Colony and Nation on Italy's «Fourth Shore»", en ANDALL, J. y DUNCAN, D. (Eds): *National Belongings. Hybridity in Italian Colonial and Postcolonial Cultures*, Peter Lang, Berna, 2010, pp. 89-106.

PICH I MITJANA, J.: *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-1894*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2008.

——: "Un lugar de memorias: la revolución de 1909, o Semana Trágica, Sangrienta, Roja, Negra o Gloriosa", en MARTÍN CORRALES, E. (Ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Bellaterra, Barcelona, 2011, pp. 183-232.

PINEDO HERRERO, C.: *El viaje de ilusión: un camino hacia el cine*, Ediciones de la Filmoteca, Valencia, 2004.

PIÑERA, L. M.: *Las calles de Gijón. Historia de sus nombres*, Ediciones Trea, Gijón, 1999.

PORTELA SANDOVAL, F. J.: "Julio González Pola y la escultura conmemorativa española en los albores del siglo XX", en *El Museo de Pontevedra*, Tomo 39, Pontevedra, 1985, pp. 265-280.

PRADO, A.: *El retorn de l'Islam a Catalunya*, Libres de l'índex, Barcelona, 2008.

PRESTON, P.: *Franco: Caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994.

——: *El holocausto español*, Debate, Barcelona, 2011.

PUELL DE LA VILLA; F.: *El soldado desconocido. De la leva a la mili (1700-1912)*, Biblioteca Nueva, Madid, 1996.

PUYOL, F. y AMADES, J.: *Cançoner popular de Catalunya. Vol. 1: Diccionari de la dansa, dels entremesos i dels instruments de música y sonadors*, Fundació Concepció Rabell i Cibils, Vda. Romanguera, Barcelona, 1936.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A.: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

——: "Maestros, espías y lentejas. Educación nacional y nacionalización de masas durante la Dictadura de Primo de Rivera", en MORENO LUZÓN, J. (Ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales; Madrid, 2007, pp. 183-205.

RAMOS-GASCÓN, A.: *El Romancero del Ejército Popular*, Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1978.

RAGUER, H.: *El General Batet*, Publicacions de l'abadia de Monserrat, Barcelona, 1994.

——: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Península, Barcelona, 2001.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA [ALTAMIRA, R.]: *Historia de España para Uso de las Escuelas Primarias. Primer Grado*, Compañía General de Artes Gráficas, Madrid, 1930.

REDONDO PENAS, A.: *Guerra d'Àfrica (1859-1869): els 466 del general Prim*, Cossetània Edicions, Valls, 2008.

——: "Voluntarios catalanes: Gloria en los campos de África (1860", en VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011, pp. 181-203.

REGAN, G.: *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989.

REIG TAPIA, A.: *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Alianza, Madrid, 1994.

——: "Los mitos políticos franquistas de la guerra civil y su función: el «espíritu» del 18 de julio de 1936", en ARÓSTEGUI, J. y GODICHEAU, F. (Eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006 (pp. 201-244).

REYERO, C.: *La escultura conmemorativa en España. La Edad de Oro del monumento público (1820-1914)*, Cátedra, Madrid, 1999.

RIBEIRO DE MENESES, F.: "Popularizing Africanism: The Career of Víctor Ruíz Albéniz, EL Tebib Arrumi", en *Journal of Iberian and Latin American Studies* Vol 11 No 1, abril de 2005, pp. 39-63.

RIBOT, L; VALDEÓN, J. y MAZA, E. (coords.): *Isabel la Católica en su época. Actas del Congreso Internacional* (2004), Universidad de Valladolid, Valladolid, 2007.

RICOEUR, P.: *La memoria, la historia, el olvido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004 (original en francés de 2000).

RIUDOR, LL.: "Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)", en NOGUÉ, J.; VILLANOVA, J. L. (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999, pp. 249-276.

RODRÍGUEZ ESTELLER, O.: "La intervención española de las aduanas marroquíes (1862-1885)", en MARTÍN CORRALES, E. (Ed.): *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]*, Bellaterra, Barcelona, 2002, pp. 79-131.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: *La Guerra de Melilla en 1893*, Almena, Madrid, 2008.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. L.: *¡A mí la Legión! De Millán Astray a las misiones de paz*, Planeta, Barcelona, 2005.

ROMERO CAMPOS, D. (Ed.): *La historia a través del cine: memoria e historia en la España de posguerra*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2003.

ROMERO MAURA; J.: *La Rosa de fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica, 1899-1909*, Grijalbo, Barcelona, 1974.

ROTH, M. P.: *Historical Dictionary of War Journalism*, Greenwood, 1997.

RUBÍ CASALS, Mª G.: "Republicanismo y nacionalismo en Cataluña a principios del siglo XX: un análisis comarcal", en ESTEBAN DE VEGA, M. y CALLE VELASCO, Mª D. DE LA (Eds.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, p. 115-132.

RUBIO, J.: *El final de la era de Cánovas. Los preliminares del "desastre" de 1898*, 2 tomos, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2004.

SAID, E.: *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002 (original de 1978).

SAIZ VIADERO, J. R.: "Rafael López Rienda, un cineasta olvidado" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 33-55.

SALAFRANCA ORTEGA, J. F.: *El sistema colonial español en África*, Algazara, Málaga, 2001.

SALAÜN, S. y SERRANO, C.: *1900 en España*, Espasa, Madrid, 1991.

SALAS LARRAZÁBAL, R.: *El Protectorado de España en Marruecos*, MAPFRE, Madrid, 1992.

SALGUES, M.: *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010.

SALOMÓN CHÉLIZ, Mª P.: "Internacionalismo y nación en el anarquismo español anterior a 1914", en SAZ, I. y ARCHILÉS, F.: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 137-168.

SÁNCHEZ ILLÁN, J. C.: *Prensa y política en la España de la Restauración. Rafael Gasset y El Imparcial*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

SANTIÁÑEZ, N.: "De la tropa al tropo: colonialismo, escritura de guerra y enunciación metafórica en *Diario de un testigo de la guerra de África*", en *Hispanic Review*, invierno de 2008, pp. 71-93.

SANTONJA GÓMEZ-AGERO, G.: *Por la práctica a la teoría (Sobre los soportes del éxito en una fórmula editorial)*, en *Monteagudo* nº 12, 2007, pp. 121-142.

SARO GANDARILLAS, F.: "El cine en Melilla" en VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999, pp. 85-93.

SAZ, I.: "Regeneracionismos y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea", en ID. y ARCHILÉS, F.: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 55-78.

SAZ, I. y ARCHILÉS, F.: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011.

SCHAMA, S.: *Auge y caída del Imperio británico 1776-2000*, Crítica, Barcelona, 2004.

SCHUBERT, A.: *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Crítica, Barcelona, 1984.

SECO SERRANO, C.: *La España de Alfonso XIII. El Estado. La política. Los movimientos sociales*, Espasa, Madrid, 2002.

SEPÚLVEDA, I.: *Gibraltar. La razón y la fuerza*, Alianza, Madrid, 2004.

SERAG, S. S. C.: *The Remnants of the Great Ilonggo Nation*, Book Store Inc., Ciudad Quezón (Filipinas), 1997.

SERRALLONGA URQUIDI, J.: "La Guerra de África (1859-1860). Una revisión" en *Ayer* nº 29, 1998, pp. 139-159.

SERRANO, C.: *El nacimiento de Carmen: Símbolos, mitos, nación*, Taurus, Madrid, 1999.

——: *El turno del pueblo: Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Península, Barcelona, 2000.

——: *Final del Imperio. España 1895-1898*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

SEVILLANO CALERO, F.: "El "rojo". La imagen del enemigo en la "España nacional"", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. e ID. (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 325-340.

SOUGEZ, M. L. (coord.): *Historia General de la fotografía*, Cátedra, Madrid, 2007.

SHERMAN, D. J.: "Art, commerce, and the production of memory in France after World War" en GILLIS, J.R. (coord.): *Conmemorations: The Politics of National Identity, Princetown University, New Jersey*, 1994, pp. 186-211.

STUCKI, A.: "¿Guerra entre hermanos en la Gran Antilla? La imagen del rebelde cubano (1868-1898)", en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. Y SEVILLANO CALERO, F.: (Eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010, pp. 269-291.

SUEIRO SEOANE, S.: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la "Cuestión Marroquí", 1923-1930*, UNED, Madrid, 1992.

TESSAINER Y TOMASICH, C. F.: *El Raisuni, aliado y enemigo de España* (tesis doctoral), Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1992.

THEWELEIT, K.: *Male Fantasies*, University of Minessotta Press, 1987 (original de 1977).

TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien: Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelona, 2002.

TOGORES, L. E.: *Millán Astray: Legionario*, La esfera de los libros, Madrid, 2003.

——: *Muñoz Grandes: Héroe de Marruecos, general de la División Azul*, La esfera de los libros, Madrid, 2007.

TOLIVAR FAES, J.: *Nombres y cosas de las calles de Oviedo*, Ayuntamiento de Oviedo, Oviedo, 1985.

TRYTHALL, J. W. D.: *Franco. A Biography*, Rupert Hart-Davis, London, 1970.

UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003.

——: "Els enemics dels meus enemics. Les simpaties del nacionalisme català pels «moros»: 1900-1936", en *L'Avenç. Dossier: el colonialisme espanyol i l'Àfrica*, nº 28, abril de 1980, pp. 29-40.

——: "Enterrar al ciudadano o el tránsito que para el tránsito. El gran funeral público del prócer en la Barcelona ensanchada (1900-1939)" en CASQUETE, J. y CRUZ, R. (Eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Catarata, Madrid, 2009, pp. 129-169.

UGALDE ZUBIRI, A.: *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco (1890-1939): Historia, Pensamiento y Relaciones Internacionales*, Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1996.

URRUTIA, J.: *Poesía de la Guerra Civil española. Antología (1936-1939)*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2006.

VACA LORENZO (Ed.): *La guerra en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Saamanca, 1999.

VARGAS GONZÁLEZ, A.: *La Guerra de Marruecos en la literatura*, Algazara, Madrid, 2001.

VICENS VIVES, J.; SOBREQUÉS VIDAL, S.: *Ágora. Historia universal y de España II. Edades Moderna y Contemporánea* (2ª edición), Editorial Teide, Barcelona, 1959.

VILAR, J. B.: "España y la descolonización de Marruecos", en MARTÍNEZ CARRERAS, J. U. (coord.): *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*, Asociación Española de Africanistas, Madrid, 2000, pp. 65-76.

VILA-SAN-JUAN, J. L.: *La vida cotidiana en España durante la dictadura de Primo de Rivera*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

VILLADA PAREDES, F.: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*, Tomo II, Instituto de Estudios Ceutíes y Ciudad Autónoma de Ceuta, Ceuta, 2009.

VILLALOBOS, F.: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Ariel, Barcelona, 2004.

VV. AA.: *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta,* Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011.

VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos,* Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999.

VV. AA.: *Mentalidades colectivas e ideoloxías. VI Xornadas de Historia de Galicia,* Deputación Provincial de Ourense, Ourense, 1991.

VV. AA.: *Pintura orientalista española [1830-1930]*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988.

WINTER, J.: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge University Press, 1995.

WINTER, J. y SILVAN, E. (Eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, 1999.

——: "Setting the framework", en ID. (Eds): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 1999, pp. 6-39.

WINTER, U. (Ed.): *Lugares de memoria de la Guerra Civil y el Franquismo. Representaciones literarias y visuales*, Iberoamericana, Madrid. 2006.

ZAPATA-CALLE, A.: *"En la guerra* de Carmen de Burgos: Crítica del proceso de nacionalización e imperialismo español en Marruecos", en *Decimonónica* vol. 8 nº 2, verano de 2011, pp. 91-112.

ZAPLANA, E.: "Rewriting the Patria: War, Militarism and the Femenine Habitus in the Writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazan" en *Bulletin of Spanish Studies*, Volume LXXXII, Number 1, 2005, pp. 37-58.